

ILDEFONSO ARENAS



ÁLAVA EN WATERLOO



Lectulandia

Pese a conservarse en el Museo de Armería de Álava una estatua y sobre todo una escultura ecuestre en el Monumento de la batalla de Vitoria del general Álava, resulta muy sorprendente que no existiera todavía la gran novela acerca de uno de los personajes españoles más fascinantes e internacionalmente conocidos del siglo XIX.

La de Miguel de Álava (Vitoria, 1772 - Barèges, 1843) es una de las trayectorias biográficas más fascinantes de la historia europea. Intervino como segundo comandante del *Príncipe de Asturias* en Trafalgar (1805), con unidades británicas en Talavera y Buçaso (1810), dirigió el sitio de Ciudad Rodrigo (1811), participo en la batalla de Los Arapiles (1812) y trazó el plan de batalla en Vitoria (1813), entre otros hechos de armas, antes de acompañar a Wellington en su persecución de las tropas napoleónicas más allá de la frontera franco-española.

De las acaloradas reuniones diplomáticas, a los sofisticados salones franceses, Álava se nos muestra siempre como un político de rara honestidad, liberal convencido (lo que le llevó en más de una ocasión a la cárcel), embajador excelente y parlamentario brillante. Pero cuando tuvo ocasión de dar la medida de sus mejores virtudes fue en el convulso año que recrea Ildelfonso Arenas en esta novela, 1815, cuando, al lado de su gran amigo el duque de Wellington, desempeñó un papel decisivo en la batalla de Waterloo.

1815 fue el año del Congreso de Viena, del Imperio de los Cien Días, de la batalla de Waterloo y de la ocupación de París por los prusianos. Fueron muy pocas los hombres que vivieron en primera fila y en posiciones destacadas ese año inigualable de la historia europea. Miguel de Álava fue, de entre todos ellos, el único español.

Lectulandia

Ildefonso Arenas

Álava en Waterloo

ePub r1.0

MadU 05.01.14

Título original: *Álava en Waterloo*
Ildefonso Arenas, 2012
Ilustraciones: Enrique Iborra
Retoque de portada: MadU

Editor digital: MadU
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Elena, sin quien esta obra no existiría

Mi más profundo agradecimiento a Carmen Balcells, Diotima de Mantinea, Jorge Manzanilla y Santiago Foncillas. Sólo gracias a su ayuda pude sacar este libro adelante

Al hombre se le ha dado la palabra para que pueda encubrir su pensamiento.

Talleyrand

El autor prefiere, para los nombres propios, ajustarse en general a la norma, costumbre del cuerpo diplomático, de respetarlos tal y como aparecen en su lengua original. Además, el autor ha optado por dejar en el texto algún galicismo típico de una época y no «castellanizar» expresiones adoptadas por la inmensa mayoría de las culturas, muy consolidadas que se encontraron tanto en el campo de batalla de Waterloo como en el congreso de Viena.

En cuanto a la biografía de los personajes principales (a partir del año 1816), al texto de las notas y a las referencias bibliográficas, las encontrará el lector en las páginas 1131-1177, 1179-1203 y 1205-1211, respectivamente.

ANDANTE

Madrid, viernes 18 de noviembre de 1814

Al rey le impacientaba leer. Prefería que lo hiciese alguien por él. En eso no era distinto de su primo Luis XVIII, como bien sabía el duque de Ciudad Rodrigo, que así firmaba Sir Arthur Wellesley, Duke of Wellington, sus cartas a Don Fernando. Las escribía en su excelente francés, cuidando que su letra, de suyo nada clara, para el rey español sí lo fuese. Merecía la pena esforzarse si con eso conseguía que leyera por sí mismo y no a través de sus abúlicos secretarios, sólo superados en desidia por sus indolentes ministros, o eso pensaba su hermano Henry, que les conocía bien por ser el embajador de Inglaterra en la depauperada España de la Restauración.

— ¿Por qué tendrá este sinvergüenza tanto interés en el tío ése?

Pedro Cevallos, primer secretario de Estado y del Despacho,^[1] ya se había pensado las palabras.

—Según creo, le sirvió bien mientras fue su enlace con la Junta de Extremadura, la de Andalucía y la Central. Álava entendía de modo natural a la guerrilla y a nuestros mandos, lo que para los ingleses, que rara vez hablan otra cosa que su idioma, resultaba muy difícil. Wellington le debe alguna parte de su gloria, y a lo que se ve no es un hombre desagradecido ni que olvide a sus amigos.

Tono neutro, cuidadosamente desapasionado. El de un diplomático de 51 años con muchos de servir a la Casa de Borbón. Cevallos había ocupado el mismo puesto en los últimos ocho del reinado de Carlos IV, así como los treinta días que duró el primero de Don Fernando. José I quiso atraerle a su causa, necesitado como estaba de políticos españoles que, además de hablar francés, fueran competentes y honestos — especie que, según su hermano Napoleón, era dudoso que alguna vez hubiera existido —, pero él prefirió pasar a la oposición. Una lealtad que SCM^[2] recompensó tres días antes eligiéndole para el mismo cargo. Tres días en que apenas había dormido, en su empeño de aligerar la masa de problemas dejados en herencia por su antecesor, el duque de San Carlos, al cual tenía por irresponsable, vago e incapaz. Unos dones incompatibles con ser secretario de Estado, pero Don Fernando le apreciaba, quizá por la compañía que le hizo durante su encierro en Valençay. De ahí que la primera medida de SCM tras su golpe del 4 de mayo fuera poner al frente del Consejo Real a Don José Miguel Carvajal y Manrique, duque de San Carlos, el cual se pasó los seis meses siguientes sin hacer nada, y así habría seguido si la intervención de Sir Henry no hubiera hecho caer de los reales ojos la venda que los cubría. Gracias a eso Cevallos se veía como se veía, resucitando docenas de asuntos podridos. El del mariscal de campo Álava sería uno de tantos de no haberle pedido Sir Henry, en nombre de su hermano, que le diera prioridad. Así lo hizo, empezando por documentarse sobre la vida y los logros del interesante militar para después calcular la forma de resolver el entuerto a satisfacción de todo el mundo, dentro de lo difícil

que resultaba satisfacer a todo el mundo, al menos para un primer secretario de Estado de SCM Don Fernando VII de Borbón, Rey de España.

— ¿Y los otros? ¿Qué tienen que ver con él?

Señalaba dos cartas, una del rey de Holanda y otra del inquisidor general. Yacían en el escritorio donde se sentaba las menos veces posibles durante los menos minutos posibles. Su estilo de reinar pasaba por aristotélico: solía pasear a lo largo y a lo ancho del grandioso aposento, hasta que se le quedaba pequeño, momento en el cual dirigía sus pisadas al resto del palacio, en aquellos días atestado de pintores, carpinteros, escayolistas y tapiceros, afanosos en recuperar el esplendor que tuvo en vida de Carlos III. Así, al tiempo de transitar por las inmensas estancias, no sólo discutía con su ministro los aburridos asuntos del Estado, sino que veía qué tal marchaban los carísimos trabajos.

—El rey Willem no le conoce. Su hijo, el príncipe de Oranje-Nassau, habrá inspirado la carta. Él y Álava fueron *aides-de-camp*^[3] de Ciudad Rodrigo. Era un chico muy joven, un tanto desamparado y no demasiado listo. Álava le hizo aprender el oficio castrense. Falta le hacía, porque ya sabe Vuestra Majestad cómo es el sistema inglés: los puestos, hasta el grado de teniente coronel, se compran al coronel del regimiento. De ahí que los coroneles de los más distinguidos jamás abandonen el cargo, aunque ya sean mariscales, que así llaman allí a los capitanes generales. De ahí, también, que Su Alteza llegase de capitán y regresase de coronel, aunque sin saber distinguir un trabuco de un arcabuz.

El rey sonrió con generosidad a la sutil muestra de desprecio. No solía gastar demasiada, pero a Cevallos aún no le trataba con la rudeza que reservaba para sus secretarios y gentilhombres.

—En cuanto al inquisidor general, el arzobispo Francisco de Mier y Campillo, sólo sucede que Álava es sobrino de Don Raimundo Ethenard, miembro del consejo inquisitorial —el rey volvió a sonreír, aunque con desdén, pues sabía del inquisidor Ethenard: un sinvergüenza de los que más se habían postrado ante Pepe Botella, del cual tuvo el alborozo de oír que «la religión es la base de la moralidad y la prosperidad, y que si bien había países donde se admitía diversidad de cultos, España podía considerarse afortunada, ya que allí sólo se honraba al legítimo y verdadero»; qué repugnante manera de darse coba, uno para garantizarse la magnífica vida que ya se daba con Carlos IV y el otro para poner de su parte a la más acomodaticia de las instituciones—. Álava es caballero de pocas misas, aunque ha debido movilizar a su parentela y a sus amistades, y a las de su mujer, para que le saquen del apuro.

— ¿Está casado? Tenía entendido que no valía.

—Pues no se sabe, Majestad. En Dueñas recibió un tiro en muy mal sitio, malo de verdad —el ministro señalaba con discreción sus partes pudendas, lo que provocó un gesto de dentera real—, tanto que necesitó meses de cuidados para volver con

Wellington. Luego, al año, se casó con una prima, Doña Loreto de Arriola y Esquivel. La boda no pasó desapercibida, pues para que se unan dos primos hace falta dispensa eclesiástica, trámite que lleva meses, pero ellos la recibieron en días, lo que sólo sucede cuando el obispo sabe que será una boda blanca. Eso además, también podría ser que allá en Vitoria, de donde son los dos, a él se le venera, porque sin su intervención los ingleses habrían hecho allí lo que hicieron en Ciudad Rodrigo y en Badajoz, y luego harían en San Sebastián. La ciudad se salvó gracias a él, y quizá se debiese a eso lo agilísimo de los trámites canónicos.

—Los ingleses, ¿siempre se comportaron así?

—Sólo aquí, Majestad. En Portugal fueron por demás correctos, y en Francia Wellington hasta mandó ahorcar unos cuantos, incluyendo algún pillastre de la división de Paco Longa, para ejemplo y advertencia de lo que podría suceder a quien se comportase allí como era usual en España.

— ¿Alguien le ha pedido explicaciones alguna vez?

—A él, que yo sepa, no, aunque tuve ocasión de preguntar a Whittingham^[4] a qué se debió aquella diferencia en la permisividad del mando inglés con las tropas a sus órdenes.

— ¿Y qué te dijo?

El rey trataba de tú a todo el mundo. A él, ni su muy aborrecida madre. La tradición venía de su abuelo Carlos III, quien, habiendo sido italiano hasta los cuarenta y tres, nunca llegó a dominar el castellano; como se armaba enormes líos con los tratamientos terminó por dictar tabla rasa y no salirse del tuteo. Lo bueno de ser rey, alguna vez lo comentó el propio Don Fernando al príncipe de Bénévent, su primer anfitrión en Valençay, era que si alguna vez metes la pata con una palabra en el acto se transforma en nueva moda real y se incorpora de por siempre a los usos de la corte. A eso se debía, explicó para que Talleyrand riera no poco al saberlo, que la Marina Real llamase *respetos* a los *repuestos*.

—Que de las tropas a las órdenes del duque, las que más se afanaban en saquear, incendiar y violar eran las españolas, en especial las de Longa. Se debió a eso que Wellington las hiciera regresar del sur de Francia. Prefirió quedarse sin veinte mil de los españoles a su mando, todos salvo la I División, la de Morillo, y las dos de Freire-Andrade, las de Marcilla y Espeleta. Cualquier cosa menos consentir en Francia lo que de tan mala gana les permitió en España.

— ¿Y tú te lo creíste?

—Pues no, Majestad. Tengo informes muy precisos de lo que pasó en San Sebastián. Hoy no podríamos encontrar un guipuzcoano que hable bien de los ingleses, y pudiera ser que tampoco de nosotros. Todos piensan que Wellington actuaba por cuenta de la Corona, cuando en realidad lo hacía por la suya propia. En cuanto a las tropas españolas, no llegaron a entrar en la ciudad. Él las mantuvo

alejadas, entreteniéndolas en una escaramuza menor llamada de San Marcial.

El rey quedó en silencio, reflexionando sobre los horrores merecidamente padecidos por aquella ciudad tan hermosa, si bien no tan leal como él querría que fueran las ciudades españolas.

— ¿Qué más sabes de Álava? ¿Es de los nuestros, al menos? Mejor: ¿debería serlo?

—Pienso que sí, Majestad. Tanto él como su esposa son hijos de las mejores familias de Vitoria. De no excesivo dinero, aunque suficiente para dar a sus hijos una buena educación. La de Álava comenzó en el Real Seminario de Bergara, donde llegó a los nueve años. En 1785, ya con trece, ingresó en el Regimiento de Infantería de Sevilla, que a la sazón mandaba su tío José; gracias a eso no se vio en la obligación de abandonar las aulas, pudiendo permanecer en dos lugares a la vez, una propiedad sólo al alcance de las grandes familias. Lo hizo junto a su hermano Claudio, un año menor. Hasta 1790 cursó estudios de matemáticas, filosofía, geometría, cartografía, trigonometría, lengua, inglés y francés. Su carrera militar proseguía en paralelo, de modo que al tiempo de terminar en Bergara se graduó de Subteniente. Tras eso él y su hermano eligieron destino en la Marina, siguiendo los pasos de sus tíos, Don Luis y Don Ignacio de Álava y Sáenz de Navarrete. Pasaron un año, ya guardiamarinas, estudiando navegación, artillería, maniobra y fortificación, para después embarcar. Álava se lució en varias acciones contra La Convención. Su bautismo de fuego tuvo lugar en 1791, durante la defensa de Ceuta. Después ascendió al empleo de Alférez de Navío, para embarcar en la fragata *Casilda*. Con ella participó en el bloqueo del Rosellón, la toma de Tolón y la campaña de Italia, de 1793 a 1794. Ese año ascendió a Teniente de Fragata. Después se incorporó a la expedición de su tío Ignacio a Filipinas. Lo hizo en calidad de Ayudante Mayor a bordo del navío insignia, el *Europa*. Se hicieron a la mar a finales de 1795. Meses después fondeaban en Concepción del Nuevo Extremo, cuyo intendente general era otro tío suyo, Don Luis. De allí siguieron hacia El Callao y luego atravesaron el Pacífico. En Filipinas se supieron en guerra con Inglaterra. En abril de 1797 se perdió la fragata *Lucía*. Desapareció toda la tripulación, incluyendo a Claudio de Álava, el hermano más joven.

El rey rara vez resistía tan largos parlamentos, pero aquella vida novelesca parecía interesarle.

—En enero del 99 la *Pilar*, donde navegaba el alférez Álava, fue hundida por una fragata inglesa, y su tripulación apresada. Meses después Álava fue devuelto a España en un barco americano. Al llegar se le dijo que su padre había fallecido, por lo cual pidió licencia temporal, por haberse convertido en cabeza de familia y tutor de sus hermanas. Se reintegró al servicio en julio de 1802, como segundo comandante del *Príncipe de Asturias*. Su primera misión fue recoger, en Nápoles, a la esposa de

Vuestra Majestad, Doña María Antonia —el rey elevó la cabeza con alguna brusquedad; esa parte del relato le tocaba de lleno; le hacía recordar su inquietud de niño de diecisiete años casado por poderes contra una prima de la que nada sabía, salvo que tenía su misma edad—, y a vuestro hermano político, Don Francisco, recién desposados con Vuestra Majestad y con Su Alteza Real la Infanta Isabel.

Cevallos quedó en silencio, al observar que la mente de Don Fernando se marchaba lejos. Sabía que los primeros años en común de la real pareja fueron desdichados. El rey era un niño apocado y tímido; su prima, toda una mujer, le imponía tanto que una y otra vez demoraba la penosa consumación. Sólo al cabo de dos años encontró motivación suficiente para izar su pabellón, aunque para encontrar que la esposa en ciernes, horrorizada, en modo alguno se veía capaz de cobijar el mastodónico ariete borbónico. La frustrada ceremonia fue durante meses la comidilla de las cortes europeas, con resultados desiguales en cuanto a calificación, pues si bien algunos envidiaban el prodigioso don del príncipe y otras la suerte de la princesa, más de uno murmuraba que la combinación de tamaña desmesura con el inusitado desinterés de Su Alteza quizá delatase otro más de los innumerables episodios de imbecilidad que la realeza española disfrutaba desde los tiempos de Leovigildo. Así, cuando el 15 de septiembre de 1803 la Princesa de Asturias pasó a serlo de pleno derecho, un suspiro de alivio recorrió el Palacio Real. Sus relaciones mejoraron, por haber dejado de considerar *aquello* como un asunto enojoso. Sin embargo, su juvenil alegría no duró demasiado. La princesa sufrió dos abortos, en 1804 y 1805, para fallecer el 21 de mayo de 1806, oficialmente de tisis aunque su madre y el Príncipe siempre sospecharon que de arsénico. Cevallos era por entonces secretario de Estado de Carlos IV, aunque realmente lo era de Godoy, el valido real. Tenía trato con el Príncipe de Asturias, de modo que le fue fácil valorar la sinceridad de su pesar. No creía que hubiera querido a su mujer, porque Don Fernando era metafísicamente incapaz de amar a nadie, pero sí que sintió su muerte; cuando menos, había terminado por ser para él una divertida compañera de juegos.

—Sigue.

—El 21 de octubre de 1805, siendo Capitán de Corbeta en el *Príncipe de Asturias*, participó en Trafalgar. Luchó bien, al punto que gracias a él su barco fue de los pocos no hundidos o apresados, pese a sufrir 160 bajas. En recompensa por sus acciones, el 9 de noviembre fue ascendido a Capitán de Fragata. Dejó el *Príncipe de Asturias* en mayo de 1806, para regresar a Vitoria. Un año después pidió la baja por razones de salud. En enero de 1808, y sin pretenderlo, fue nombrado Diputado del Común^[5] en el Ayuntamiento de Vitoria, y al poco resultó elegido para representar a la corporación en las juntas provinciales. Allí se le pidió que tratara ciertos asuntos económicos con el mariscal Moncey, que mandaba un *corps d'armée* francés acuartelado en la ciudad. Tras eso, ya entrado mayo, se le comisionó para exponer a

Murat la pésima situación financiera de la provincia, tan grave que le impedía costear la estancia de las tropas francesas; debió hacerlo bien, porque le arrancó 300.000 reales. Aún se hallaba en Madrid cuando se le ordenó representar a la Marina Real en la firma de las capitulaciones de Napoleón. El Pelele^[6] —Cevallos ponía cuidado en no decir *el rey José*; a los efectos de SCM José I nunca existió, pese a ser de los primeros en reconocerle como rey legítimo— quiso convencerle de que se pusiese a su servicio, necesitado como estaba de oficiales que hablaran francés, aunque se supo resistir. Semanas después, el general Merlin forzó al diputado general a proclamar la Constitución de Bayona, con lo cual hizo de Vitoria la primera ciudad donde La Usurpación —Cevallos sabía vocalizar con un énfasis especial, como en mayúsculas— se hacía oficial. Si alguna duda quedaba en el ánimo de Álava, ese atropello la terminó de resolver. Así, tras testar a favor de su hermano José Ignacio y de sus hermanas Rosario, Antonia y Escolástica, y de aplazar la boda con su prima Loreto, marchó a Madrid. Castaños, que venía de aplastar en Bailén a un *corps d'armée*, le recibió con los brazos abiertos. Por cierto, habla muy bien de él —Don Fernando se sorprendió; Castaños era de sus generales más reaccionarios, y a éstos no les gustaban los liberales ilustrados sospechosos de masones; Cevallos dudaba si seguir adelante con su disimulada *laudatio* del denostado liberal ilustrado, tan sospechoso de masón como él mismo, pero al ver que SCM recomponía el gesto y devolvía su faz a la expresión habitual, mezcla de indiferencia, desconfianza y asco, siguió adelante—. Le ordenó incorporarse al Regimiento de Órdenes Militares, con el grado de teniente coronel. La primera de las acciones en que participó fue la de Tudela, tras la cual se ocupó de cubrir el repliegue a Calatayud. Al poco, ya 1809, fue ascendido a coronel y destinado a Extremadura.

El rey se habría preguntado si Cevallos estaría inventándose la historia de no haber comprobado infinidad de veces que su leal servidor padecía una memoria excepcional, del tipo que un político no se puede permitir, so pena de pasarse la vida sumido en un pozo de amargura.

—En enero de 1810 se incorporó al ejército de Sir Arthur Wellesley como adjunto de O'Lawlor,^[7] un coronel de origen irlandés que llevaba quince años en los Reales Ejércitos; su castellano era bueno, aunque no conseguía entenderse con los que no hablaran de una forma exquisita, y los guerrilleros no destacaban en eso. Wellington le apreciaba, pero una vez comprobó que cuando Álava trataba con la guerrilla todo se resolvía con sencillez, prescindió del otro, aunque sin devolverlo. Cada día que pasaba depositaba más y más confianza en Álava, tanta que terminó por encargarle la coordinación con los Reales Ejércitos. Dado que su gente sólo hablaba inglés, y de sus interlocutores sólo unos pocos chapurreaban un mal francés, sus relaciones con todos ellos eran tan penosas como plagadas de malentendidos, pero con Álava todo mejoró, por lo cual echó el resto en conseguir que se le nombrara, en junio de 1810,

representante oficial de la Junta de Extremadura.

El rey compuso un gesto de comprensión. Era un decidido campeón en la causa de los idiomas. Pese a lo que sus detractores sostenían era hombre de cultura; su dominio del francés era tan notable que le había permitido traducir de los clásicos a una escala que cabría calificar de brillante, lo cual le sirvió para sobrellevar el aburrimiento de cinco interminables años en el dorado encierro de Valençay; leía inglés de corrido, entendía el italiano y también el portugués; gran oyente —que no lector; en sus años de Valençay leyó todo lo que un rey puede leer en una vida, comenzando por la enciclopedia de D’Alembert, la cual devoró de la cruz a la fecha; era razonable, pues, que no quisiese leer más—, a menudo sorprendía grandemente a sus secretarios demostrando conocimientos impensables en un rey español, y para completar la panoplia de sus dones era un músico notable, tanto por su sentido del oído como por su habilidad como instrumentista, sobre todo con la guitarra de seis cuerdas, que hacía sonar en las tabernas y tugurios que tanto le gustaba frecuentar con la calidad de un artista consumado, no de un aburrido y antipático monarca. Don Fernando, en suma, era para conocerle.

—La primera batalla en que participó fue la de Busaco, en septiembre de 1810. Su comportamiento fue tan notable que, a petición de Wellington, fue ascendido a Brigadier. Tras eso le ordenó planear la toma de Ciudad Rodrigo, que capituló el 19 de enero de 1812. La Junta Central, satisfecha por lo bien que al fin se coordinaban las tropas británicas con los ejércitos españoles, le ascendió a mariscal de campo el 31 de enero de 1812. Wellington ya marchaba sobre Madrid, con cautela, porque las tropas enemigas sumaban doscientos cincuenta mil hombres mientras que las suyas no llegaban a sesenta mil. Así llegaron a Salamanca, siguiendo a las columnas francesas tan de cerca que las divisaban a simple vista. Marmont, el mismo que acabó vendiendo a Bonaparte, cometió un error el 22 de julio. Wellington, en media hora, le hizo quince mil bajas. El francés se retiró hacia Burgos con las fuerzas que le quedaban y el inglés siguió hacia Madrid. El 11 de agosto sus vanguardias portuguesas llegaron a Majadahonda, mientras sus mercenarios alemanes cercaban el Buen Retiro, donde se hacía fuerte la guarnición francesa. Wellington, que ya era Grande de España y duque de Ciudad Rodrigo, se dio un baño de gloria: tras capturar tres mil franceses y ciento setenta piezas de artillería, entró en Madrid al frente de la caballería británica. La multitud enloquecía de alegría, por pensar que aquella era la liberación definitiva. Llegaron así, Wellington y sus jinetes, a la Puerta de Bilbao, o de los Pozos de la Nieve que también se le dice, y siguieron hacia la Puerta del Sol por Fuencarral, la Red de San Luis y la calle de la Montera. En Sol se juntó con cuatro jefes guerrilleros, El Empecinado, el Chaleco, el Médico y el Abuelo. Ahí sobrevino el delirio. Luego siguieron por Mayor hasta el Ayuntamiento, donde los ediles que no habían huido, encabezados por Sainz de Baranda, se unieron al cortejo

para marchar todos juntos a la Puerta de San Vicente, donde les esperaba el mariscal Álava con las divisiones españolas. Tras eso ya no hubo nada, pues a Wellington sólo le importaba que las tropas se acuartelaran enseguida, no se fueran a desmandar en una ciudad que les recibía tan bien.

—He oído no sé dónde que Wellington tenía por entonces un asunto con una dama de buen ver.

—Así fue, Majestad. La señora de Quintana, si la memoria no me falla. Wellington encontraba un gran consuelo en su conversación. De lo que no se sabe mucho es de qué hablaban, porque lo hacían en soledad. Sé que conoció a Wellington en Badajoz y que se les vio juntos en Madrid. Parece que brilló especialmente la noche del 31 de agosto, cuando Wellington ofreció un baile de despedida porque al día siguiente marchaba con el grueso de su ejército. Tras eso no volví a saber de nada donde participaran esa dama y su exquisita conversación. Es notorio, Majestad, que al duque de Ciudad Rodrigo le apasiona dialogar con señoras de magnífica educación y notable atractivo, sobre todo si sus maridos no están presentes. Debe ser cierto que tal cosa le ayuda grandemente a soportar sus abrumadoras obligaciones —SCM sonrió torcidamente; también él apreciaba la conversación femenina, pero no era tan exigente como Wellington; Su Gracia sólo hablaba francés además de su inglés natal, y para dar en España con una señora de conversación interesante y que supiera sostenerla en la primera de aquellas lenguas había que buscar en lo mejorcito de la sociedad; a él, en cambio, que las damas dominasen o no esa clase de perfecto francés le daba igual; sólo le importaba que fueran duchas en la otra—. Días después Álava proclamó la Constitución en la Puerta del Sol, por orden de la Junta y explicando que lo hacía en el mejor servicio de Vuestra Majestad. También decretó amnistía para los soldados españoles a las órdenes del Títere, si entregaban sus armas. A unos cuantos no les gustó que lo hiciera, porque no le reconocían más autoridad que la de un oficial a las órdenes de un general extranjero. Sostenían que se había extralimitado, pues de ningún modo la Junta le habría podido investir del poder necesario para comportarse como un caudillo.

—¿Y no fue así?

—Creo que no, Majestad. En lo que conozco de Álava, es un militar disciplinado, muy poco dado a ir más lejos de donde se le ordene. Siempre se ha manifestado leal a la Corona, y que yo sepa jamás ha formulado críticas contra Vuestra Majestad. Contra vuestros secretarios puede que sí, pero nosotros estamos para eso, para recibir en nuestras espaldas los vituperios que se alcen desde la nobleza, la magistratura, la soldadesca y el populacho. La Corona siempre ha de permanecer por encima de cualquier crítica, y en el caso de Álava no me consta que se haya permitido formular alguna.

—Pues son muchos los que me lo ponen a caer de un burro.

—¿Yerraría en demasía, Majestad, si pensara que son los mismos que hablan mal de Lacy, de Palafox, de Morillo, de Milans del Bosch y hasta de Whittingham?

SCM se lo quedó pensando. Los generales victoriosos no estaban bien vistos en su entorno. Con los otros no había problema, pues la historia demostraba que casi nunca se revolvían contra sus señores. Los Brutos y los Casios sólo eran de temer por los que destacaban sobre los que padecían sus mismos orígenes. El peligro, como buen rey católico bien que lo sabía, estaba en los Cromwells.

—Sigue, anda. ¿Qué pasó después?

—Wellington abandonó Madrid a primeros de septiembre, por el camino de Valladolid y cuidando de mantener despejada la ruta de regreso, por si algo iba mal. Conforme cerraba distancias sobre Burgos la resistencia francesa se hacía más encarnizada. El 25 de septiembre, cerca de Dueñas, tuvo lugar una escaramuza bastante fuerte, a resultas de la cual Álava se llevó un tiro donde dije antes a Su Majestad. Su recuperación fue muy lenta, lo natural cuando las heridas se sufren en zonas húmedas. Según mis informes, Wellington anduvo todo el tiempo muy pendiente de su persona. Llegó a escribirle nada menos que veintisiete cartas, de su puño y letra, en apenas dos meses.

Don Fernando compuso una sonrisa muy torcida. Pobre diablo, Álava. ¿Qué clase de apego a la vida podría sentir un capón? ¿Y qué clase de servicio de información poseería Cevallos para conocer datos tan precisos, tan minuciosos y tan reservados?

—El 21 de junio del año siguiente, 1813, tuvo lugar la batalla decisiva contra el invasor, la de Vitoria. De nuevo la participación de Álava fue crucial. Suya fue la planificación del ataque, suyo el mostrar a Wellington el mejor camino para rodear las posiciones enemigas, y suya la determinación de tomar la ciudad con dos compañías de mercenarios alemanes, adelantándose al grueso del ejército, gracias a lo cual Vitoria se libró del saqueo que la esperaba. También es cierto que los potenciales saqueadores andaban muy entretenidos con el botín que Bonaparte transportaba en un convoy de mil quinientos carruajes. Solamente las unidades que llegaron tarde se quedaron sin saquear, y para entonces el propio Wellington se había reunido con Álava en el centro de la ciudad, de modo que hubieron de renunciar y conformarse con lo poco que despreciaron los demás.

El rey pensaba en el convoy. Sesenta y cinco cuadros valiosísimos, en su mayoría pertenecientes a la colección del Palacio Real, pues los de la Real Academia de San Fernando ya los había rapiñado Napoleón, más incontables piezas de vajilla y cubertería, tapices, alfombras, muebles... El ajuar del palacio, en suma, cargado de mala manera en cientos de carretas. Un expolio tan ruin como vergonzoso, y al final para nada, para caer en las sucias manos de treinta o cuarenta mil facinerosos ingleses, portugueses y alemanes. Salvo los cuadros. Esos, despreciados por la soldadesca, se los quedó el bandido mayor, el propio Wellington. Quince Teniers,

cinco Murillos, tres Tizianos, dos Correggios y un Watteau, que recordara entonces. Cierta que cuando le visitó, seis meses hacía ya, el muy cabrito le propuso devolvérselos, obligándole a contestar «por Dios, cómo los va Your Grace a devolver, quédeselos, no faltaría más», y a tragarse un irritado que «dónde van a estar mejor que colgados en las paredes de su puta casa». El rey, pese a su exquisita educación y quizá por causa de lo mucho que disfrutaba sus nocturnas expediciones al Madrid menos recomendable, costumbre iniciada meses después de casarse con su tempestuosa prima, se había hecho a la costumbre de hablar muy mal. Le divertían las pintorescas expresiones del populacho, en especial las de aquellas manolas y chulapas que, una vez aceptaban que primero su príncipe y después su rey era tan humano como ellas, por no decir tan borde, le regalaban con su más pícara intención. A eso se debía que no sólo hablara mal, a menudo con una grosería rayana en lo atroz, sino que construyera sus pensamientos con el mismo vocabulario.

—Tras el éxito de Vitoria permaneció en el estado mayor de Wellington, como *aide-de-camp*. Debo indicar a Vuestra Majestad que la organización del ejército de Wellington era un tanto sui géneris. No era la propia de los ejércitos británicos, y menos aún de los españoles, ni tampoco la de ningún país europeo, con la excepción, si acaso y de lejos, del de Bonaparte.

Don Fernando se encogió de hombros. La estructura militar le apasionaba tanto como la estrategia militar, la filosofía militar, la cocina militar o incluso la música militar: nada. De los generales le interesaba que fueran obedientes y no plantearan problemas. Por lo demás, les ascendía con la misma facilidad con que los encarcelaba. No sentía respeto por ellos, salvo quizá por Whittingham. En cuanto a los demás, tenía presente lo que dijo Ciudad Rodrigo: «salvo Álava y Morillo, ninguno habría pasado de sargento en el ejército británico». De ahí aquel despacho con Cevallos: quería saber a qué se debía que Wellington demostrase su estima por aquel tipejo en esa forma tan categórica.

—Álava, tras Vitoria, participó en varias acciones, hasta caer herido una vez más, en Sorauren. La herida fue seria, de modo que volvió a Vitoria. Permaneció allí hasta diciembre, no sólo para reponerse, sino para contraer matrimonio y recibir el nombramiento de diputado general, otorgado por las Juntas Generales de Álava y que aún ostenta. Tras eso regresó a Francia. Wellington estaba disgustado con la Junta Central, hasta el punto de presentar su dimisión de comandante supremo, que no le fue aceptada. El descontento se refleja en una carta que dirigió el 21 de noviembre al secretario de Guerra y Colonias, Bathurst, y que algún alma buena filtró a nuestro embajador. Tengo aquí una copia —blandía un papel con el membrete de Don Carlos Gutiérrez de los Ríos, VII conde de Fernán Núñez—. En ella dice que «Los españoles me desesperan. Se hallan en un estado tal de miseria que sería demasiado pedirles se contuvieran y no saquearan el hermoso país donde han entrado como conquistadores,

y más si se consideran las miserias que padeció el suyo a manos de los franceses. A esto se debe que no pueda correr el riesgo de mantenerles en Francia, salvo las únicas de sus divisiones que, por estar bien mandadas, se pueden considerar tan disciplinadas como las británicas. Sin recibir sus pagas y sin que su desastrosa intendencia les alimente, no tendrían otra que saquear; y si lo hicieran nos perderían a todos, pues en vez de vérnoslas sólo con los restos del ejército de Bonaparte nos veríamos también con su pueblo en armas».

Don Fernando no contestó; aquello, como casi todo, le dejaba indiferente.

—Acaba con Álava, venga.

—No hay mucho más, Majestad. Siguió al lado de Wellington hasta el fin de la campaña, el pasado abril. Participó en las acciones de Orthez, Burdeos, Ose de Bigorre, Tarbes, el paso del Garona y Toulouse, siempre con distinción. Hasta resultó herido, una vez más. En esta ocasión en el culo, creo —el rey sonrió con generosidad; el estilo de Cevallos, solemne, majestuoso y un punto irónico, tan parecido al de Talleyrand, le resultaba divertido—, aunque no de un modo irreparable, pues, salvo verse obligado a cabalgar unos días un tanto escorado, no padeció males mayores. Después de tomar Toulouse, y cuando Wellington planeaba perseguir a Soult, por entonces replegándose hacia el norte, se supo de la renuncia de Bonaparte y el fin de las hostilidades. Álava, tras unos días de celebración, regresó a Vitoria. Wellington marchó a París, a presentar credenciales al rey Luis. Lo hizo a primeros de mayo, aunque no se quedó allí, ya que a los pocos días vino a visitar a Vuestra Majestad. Pernoctó en Vitoria, en el palacio de los Álava. Tras eso, y ya con el mariscal, siguió camino hacia Madrid.

A Don Fernando Wellington le cayó bastante mal. Seco, frío y adusto, no se recataba en mostrarse impudicamente seguro de sí, por la práctica que tenía en tratar con toda clase de testas coronadas, desde zares a maharajás y desde reyes a emperadores. Su antipática suficiencia le nacía del detallado conocimiento que poseía de los escasos recursos españoles, con lo cual toda negociación, que siempre tiene algo de timba, se hacía inviable. No era que lo refregara por sus reales narices, pero su posición era tan fuerte, y la española tan débil, que no vaciló en recomendarle prescindir de buena parte de su gobierno, comenzando por su primer secretario, el duque de San Carlos, al que consideraba malamente capaz de ser un simple alcalde de pueblo, siguiendo por el de Gracia y Justicia, Macanaz, de quien opinaba que difícilmente se podría encontrar en toda Europa un hombre más corrupto, y acabando por su secretario de Guerra, Freire-Andrade, a quien no dudó en calificar de retrasado mental. Con aquel gobierno sería cuestión de meses que se apagara el afecto que le profesaba su pueblo, del cual necesitaría en gran medida para llevar adelante las profundas reformas que España precisaba. No le puso en la calle porque Wellington estaba tan por encima de todo que podía permitirse cualquier cosa, pero se reservó el

derecho a no hacerle caso, salvo en lo referente a Freire-Andrade, a quien sustituyó por Eguía una semana después. Habría debido hacérselo, porque San Carlos quizá fuera un buen diplomático, pero no fue un buen secretario de Estado. Con Cevallos las cosas parecían ir mejor, aunque al llevar sólo tres días era pronto para juzgar.

—De Madrid marchó a Londres, para ocupar su escaño en la Cámara de los Lores. Lo hizo el 28 de junio, aplastado bajo cientos de condecoraciones. Tanta desmesura le supuso una felicitación del *speaker*, asombrado de que hubiera conseguido en cinco años todos los títulos que Inglaterra^[8] puede otorgar —el rey sonrió, sardónico; por mucho que le hubieran ennoblecido, Wellington siempre sería el cuarto hijo de un conde de medio pelo; la pátina *de clase*, bien lo sabía él, no se conquista con los años, sino con las generaciones—, pero eso no viene a cuento; sólo pretendía explicar su relación con Álava, el cual siguió aquí, en su casa de Fuencarral, donde antes vivía Moratín; creo que la consiguió a través de Goya, pues aquél estaba escondido en Peñíscola. Goya, por cierto, no se había metido en nada; tan es así que, como sabe Vuestra Majestad, acaba de superar el proceso de purificación.^[9] Wellington, que conocía su fama, quería que le retratase. Álava lo gestionó, advirtiéndole a Goya que sólo dispondría de una hora para captar las facciones del duque. A Goya debió de parecerle bien, aunque a Wellington no le gustó el primer retrato. Según creo, el único que apreció de los tres o cuatro que le hizo fue uno ecuestre donde Goya mostró todo su descaro, pues lo había pintado para el Plazuelas, quien lo rechazó por culpa del caballo en que Goya le hacía montar; la cabeza del animal era tan pequeña que lo consideró una burla, de modo que se lo devolvió sin pagarle un real. Goya, Vuestra Majestad ya sabe cómo es, que no tira nada, lo guardó por si podía reutilizarlo. Suponiendo que Wellington estaba en la higuera, pintó su rostro sobre la faz del Pelele, retocó el sable y ya está, «fíjese Voecencia qué cuadro tan hermoso». A Wellington le maravilló que de la noche a la mañana le pintase una obra tan enorme, pero la pagó encantado^[10] —el rey sonreía, malévolo; «bien por Goya», se decía—. Volviendo a mayo, Álava pretendía un destino con acuerdo a su grado, pero San Carlos quiso servirse de su amistad con el heredero de los Países Bajos, así que le designó ministro en la corte del rey Willem con fecha 29 de mayo, aunque no llegó a ordenarle que se incorporara, de lo cual ignoro la razón —el rey la sabía, pero no dijo nada—. El día 8 del mes pasado fue denunciado por Velasco, Teniente de Diputado de la provincia de Álava, con muy graves acusaciones, por lo que se decidió encarcelarle. Dada su condición militar, el arresto lo efectuó el sargento mayor de la plaza de Madrid. Su esposa se dedica desde su encarcelamiento a procurar su libertad, aunque sin éxito, pues ahí sigue, alojado en el cuartel del conde duque, donde me consta que se le trata con acuerdo a su rango.

—¿De qué le acusó Velasco?

«Como si no lo supieras», pensó para sí el inexpresivo secretario de Estado.

—Pues de haberle obligado a jurar la Constitución. También, de falsificar poderes para que Manuel Aróstegui fuese nombrado diputado, así como de hacer imprimir un panfletillo liberaloide titulado *Proclama de un labrador de Reus*. El meticoloso Velasco no sólo denunció al mariscal. También arremetió contra otros diputados, como Aldama, Cigarán, Martínez de Maturana, Egaña e Iruegas. A lo que parece, hay mar de fondo en el Arabako Foru Aldundia, Majestad; es como llaman a la institución algunos alaveses empeñados en servirse de un dialecto que aún se usa en sus aldeas —Don Fernando se encogió de hombros; en algunas provincias se hablaban sublenguas hostiles, lo sabía, pero no le preocupaba, como no había preocupado a su abuelo; ya se cansarían ellas solas de ir contra corriente—. Álava se comportó en todo momento como un hombre injustamente acusado, empezando por dirigir un escrito a Vuestra Majestad. En él dice que «...tranquila la conciencia del suplicante con la rectitud de sus operaciones desea entrar en juicio imparcial en que pueda acrisolar su inocencia y descubrir la malignidad de sus acusadores; tan justos deseos no es fácil se consigan con la autoridades de Vitoria, que implacables enemigos suyos se valdrán de los ardidés más animales para entorpecer la causa y hacer que padezca su honor; además de que siendo como Diputado General la primera autoridad de la Provincia y su primer Magistrado no es decoroso, ni legal, el que sea juzgado por el inferior. En tan críticas circunstancias no le queda otro arbitrio que recurrir a Vuestra Majestad con la súplica de que se digne nombrar un juez de la chancillería de Valladolid o del Consejo de Navarra para que pasando a la Ciudad de Vitoria a costa de culpados forme proceso conforme a derecho y soberanas resoluciones, trasladando al exponente a Vitoria con la misma calidad de arresto para los efectos convenientes, gracia que espera de la justicia de Vuestra Majestad».^[11]

—¿Y qué se hizo, si se hizo algo?

—Según creo, Majestad, se formó una comisión judicial integrada por el conde del Pinar, José de Arteaga, Andrés Lafauca, Joaquín de Añorga y Antonio Alcalá Galiano, que la preside.

—¿Y qué han dicho?

—Por ahora, nada. Esperan instrucciones.

Cevallos lamentaba que aquel caso fuera tan poco extraordinario, y tan propio de Fernando. El rey muy rara vez se personaba en sus desmanes. Siempre había un paniaguado que a la mínima insinuación real acusaba de lo más peregrino a cualquiera que a SCM le pluguiese. Álava podía considerarse afortunado por habersele imputado algo tan banal, pues hacer que la comisión le liberase no costaría más que hacerle llegar el texto a firmar. Ahí acabaría todo, le parecía seguro, ya que Don Fernando era demasiado cobarde para enfrentarse al duque de Wellington.

—Si lo soltamos, ¿qué hacemos con él? Hay demasiados liberales sueltos por las calles para que nos arriesguemos a que haya otro más, y encima tan peligroso como

éste.

—¿Peligroso, Majestad?

—Pues sí. Los que defienden la Constitución son muertos de hambre sin la menor capacidad de arrastre, pero este tío es otra cosa. Un hombre honrado y valiente, con muy buenos amigos. Ya sé que todo eso debería ser tomado como un conjunto de virtudes encomiables, pero en un enemigo de la Corona son vicios abominables, porque pueden hacer pensar al pobre diablo común que la nobleza del que las posee es la nobleza de lo que piensa, y lo que piensa éste no vale una puta mierda.

Don Pedro se lo quedó pensando. A su manera, el rey Fernando no era tan lerdo.

—Dice bien Vuestra Majestad. Ahora, dado que seguimos sin embajador en La Haya, podríamos volver a la idea original y despacharle allí, pues ya corre prisa cubrir el puesto. Es porque uno de los asuntos cerrados en Viena, dice Labrador, es la creación del Reino Unido de los Países Bajos, el cual agrupará las provincias septentrionales, protestantes, y las meridionales, católicas; las primeras, como sabe Vuestra Majestad, constituyen desde hace un año la Vereenigde Nederlanden o Unión de los Países Bajos, y las segundas son aún propiedad de Austria, en ambos casos a consecuencia de los tratados de Utrecht, de 1713, y Rastatt, de 1714. Hasta entonces, me apena recordarlo, formaban parte de nuestro imperio —el rey bien sabía que aquellos territorios, más Menorca y Gibraltar, fueron el precio de que la Casa de Borbón reinara en España; en verdad que salió carísimo cambiar los Habsburg por los Bourbon, pero un excelente don de SCM era no pensar en lo que le pudiera importunar—. El Káiser ha cedido sus provincias a cambio de lo que aún no posee de la península Itálica, salvo Nápoles y las dos Sicilias. El Reino Unido de los Países Bajos será un estado artificial donde convivirán dos culturas, dos religiones y dos idiomas; la primera preocupación de la Corona Británica, cuyas bayonetas siguen allí, será mantener el orden, así que no tendrá nada de particular que confíe la embajada, una vez el tal Reino Unido sea una realidad, a un tipo drástico, que bien podría ser Wellington. Hoy es embajador en Francia, pero se murmura que los aires de París no le sientan bien, al punto que ya se ha registrado un atentado contra su vida. También se dice que al rey Luis su compañía no es de las que más le agradan, así que nada tendría de particular que allá por abril, cuando el rey Willem se ciña la corona, Wellington sea designado embajador en su corte. Así estarían juntos los principales valedores de Álava: el duque y el heredero, de modo que podría desempeñar a satisfacción sus funciones como embajador y al tiempo permanecería lejos de Madrid y de Vitoria.

—¿Qué hay del chico ése que me recomendaron Zayas y el Arzobispo de Toledo?

—Vuestra Majestad me ordenó que le buscara un puesto en alguna embajada menor, y en ello estoy. No hay muchas plazas vacantes o, mejor dicho, apenas hay fondos para cubrirlas.

—Pues ya está: me pones en La Haya, o donde carajo tenga que ser, al Álava de los cojones, y como necesitará una cierta dotación de personal, que se lleve al pollo ése. Decías antes que no es de familia muy adinerada, ¿verdad? Bien, pues le das algo. Lo suficiente para que arriende una casa de alguna dignidad y para que pueda sentar gente a su mesa sin que nos haga pasar vergüenza, no acabe por ocurrirnos como con Labrador. Y nada más. Me preparas una carta para Wellington y otra para el otro, le liberas lo antes que se pueda y que se largue con viento fresco. ¿Alguna reserva?

El rey quizá no padeciera una inteligencia deslumbrante, pero su sensibilidad, un tanto enfermiza, le permitía darse cuenta de cuándo algo no quedaba por entero a la satisfacción de su primer secretario. El que tal cosa sucediera solía darle igual, pero en materia diplomática nunca estaba seguro de sí mismo. De ahí que diese a Cevallos la oportunidad de añadir algo.

—Sería bueno concederle alguna recompensa, una que, sin valer nada, hiciera pensar que no se le trata mal. De no proceder así, su talante sería negativo, lo que acabaría trasladando a Wellington.

—¿Qué sugieres?

—Ascenderle. La diferencia en dignidades y haberes sobre su grado de mariscal será mínima, pero al hacerlo, y más si es con carácter retroactivo, Vuestra Majestad le dejará sin argumentos.

—Pues hazlo así. Teniente general desde hace quince días. Cuando deba fusilarle, tanto dará que sea teniente general o cabo primero. No habrá que pegarle más tiros por eso.

El rey se adentró en sus aposentos. El despacho con Cevallos ya era historia. Por los ventanales del este, los que se asomaban a la escombrera que le dejara en herencia el asno del Plazuelas, se veía caer la lóbrega noche madrileña. No faltaba mucho para que, acompañado del duque de Alagón, saliera en un discreto carruaje para emprender el camino del Café Lorenzini, en la Puerta del Sol, donde aquella noche pensaba sentar sus reales nocturnidades; allí le servirían unas opíparas criadillas, pues de lo que come se cría, unos exquisitos sesos rebozados, por lo mismo, y una paletilla de lechazo bien asada; solía emprenderla con dos, pero aquella noche prefería no excederse, para no estar ahíto a la hora del postre. Empujaría todo eso con unas cuantas frascas del mejor vino de Longares, disfrutando la compañía del bueno de Alagón, el no peor Ugarte y el fidelísimo Chamorro, quien canturrearía con gracejo las últimas coplillas que sonaran contra él y que siempre le hacían reír. Lo haría bajito, para no superponer sus salmodias al rasgueo de las guitarras que siempre andaban listas para que se sintiese como en Palacio. Una se la pasarían a la que hiciera un gesto, sabedores los gitanos de que tocaba tan bien como ellos, aunque aquella noche no pensaba rasguear. Rasgar, sí. En cuanto llegase a la casa de Pepa la

Malagueña, en Ave María —tras dar un recorrido a las tabernas del Arco de Cuchilleros—, que a esas horas ya estaría tomada por sus guardias. Esa noche la casa de la Pepa sólo abriría en su honor, para solaz de las pupilas y alegría general, pues el desprendido Alagón jamás dejaba de pagar lo que la casa solía recaudar los días normales. La Pepa —única mujer en este mundo que osaba tutearle, si bien sólo se atrevía, entre jadeos, cuando le tenía dentro y bramando como un toro de Vistahermosa— comentaba días antes la próxima llegada de cinco bailaoras gaditanas: una de Sanlúcar, tres del Puerto y, lo mejor del lote, una de Jerez que a sus quince años no sólo descollaba por su arte, su gracia y su belleza, sino porque venía intacta. Bien, pues aquel sería El Postre.

El primer secretario, al que la camarilla real apodaba *El Indispensable*, cerró la puerta de su despacho. Las cartas importantes las redactaba en persona. Sus secretarios eran eso, secretarios; para escribir a un Duke of Wellington, a un Prins van Oranje-Nassau y a un inquisidor general, estaban los secretarios de Estado. Sus hombres sí valdrían para comunicar a la Junta de Nombramientos que, por deseo de SCM, el mariscal de campo Álava debía ser ascendido al empleo de teniente general con fecha 14 de octubre de 1814, así como para oficiar a Don Francisco de Eguía y Letona, secretario de Guerra, ordenándole su puesta en libertad, y también para indicar con discreción a Don Antonio Alcalá Galiano que debía confeccionar un escrito dirigido a SCM afirmando que, «por lo expuesto, el dictamen de la comisión es que inmediatamente se ponga en libertad al mariscal de campo con una declaración honorífica». Con aquello ventilaría el enojoso asunto, pudiendo ya dedicarse a cosas más productivas. Bien sabía Dios que si había puesto tanto interés en aquello fue por la embajada británica; sin su concurso, aquel pobre diablo de Álava mejor habría hecho encomendándose al Señor.

Viena, viernes 25 de noviembre

Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord, príncipe de Bénévent y de Talleyrand, presidía la legación francesa en el congreso de naciones que se celebraba en la ciudad. Francia seguía siendo una nación derrotada por Austria, Prusia, Inglaterra, Rusia y Suecia en abril de 1814, convaleciente de la invasión de soldadescas prusianas, británicas, austríacas, rusas, portuguesas y españolas, castigada por un tratado irritante y apartada del nuevo equilibrio de poderes, el que las potencias dominantes acordaron establecer por medio de un congreso que duraría lo que tuviese que durar, pues por laborioso que resultase, y carísimo de sostener, sería preferible a escuchar la música de los cañones, cuando menos en una Europa devastada que llevaba un cuarto de siglo sin oír otra cosa.

Talleyrand llegó a Viena tras haber sido secretario de Asuntos Exteriores en el Conseil Privé de Louis XVIII, el mismo puesto que ocupó con Bonaparte de 1799 a 1809. Se le tenía por un genio de la diplomacia, capaz de dar con vías de acuerdo cuando los generales ya mandaban retirar los cubrebocas. Se le sabía el hombre más venal del universo, además de un pozo de depravación donde se agazapaban todos los vicios, sin dejar uno. Gran maestro de la traición y la mentira, obispo excomulgado y revolucionario notorio, se había casado por imposición de Bonaparte con una *cocotte* de las carísimas a la que tenía desterrada en Londres, sin preocuparse de recordar que por su cama pasaron en otros tiempos casi todos sus amigos y buena parte de sus enemigos. Aquella era otra demostración de su saber flotar sobre todas las pasiones, la cual partía de la insuperable fascinación que su persona ejercía sobre la inmensa mayoría de las mujeres, las cuales nunca terminaban de abandonarle ni de ser abandonadas. Tan extraordinarias cualidades se veían amplificadas por un accidente sufrido en su niñez, a resultas del cual poseía la gran ventaja de un pie deforme,^[12] gracias a eso se había librado de obligaciones tan molestas como bailar, hacer reverencias e ir a la guerra. Era un hombre de gran apostura, que conservaba impecable a sus sesenta otoños y que se concentraba en sus reputados ojos verdes, de lentísimo parpadeo y que ajustaba prodigiosamente a mirar de un modo a veces magnético, en ocasiones penetrante y, lo más frecuente, con displicente indiferencia.

El elegir como residencia el carísimo palacio Kaunitz^[13] fue su primera demostración de que la diplomacia francesa regresaba en gran estilo. Cuando llegó el momento de intrigar, que no sólo negociar, su saber hacer y su colosal experiencia le valieron para desarbolar a sus enemigos más recalcitrantes. Uno por uno sucumbieron a su imaginación, su talento, su habilidad y sus sobornos, a veces directos aunque por lo general indirectos. Jamás, por ejemplo, habría osado volver a corromper a Metternich —el canciller austríaco, al que tuvo a sueldo en sus tiempos de ambicioso embajador en la corte de Bonaparte—, pero su hombre de confianza, el barón Gentz,

que actuaba como secretario del congreso y que sostenía un idilio con una de las fogosas hermanas de su *châtelaine*, no tardó en volver a honrar su nómina. Donde no llegaba su insuperable talento para detectar a los que ardían en deseos de hacerse comprar, lo hacía su maestría para manipular ingenuos, que no escaseaban. Uno que durante las primeras semanas le resultó muy útil fue Don Pedro Gómez de Labrador, jefe de la legación española, quien comenzó a levitar tras hacerle ver el crucial papel que desempeñaría cuando entre los dos renovaran el viejo pacto de familia entre los Bourbons y los Borbones. Él sólo buscaba en Labrador una muleta donde apoyarse, un aliado que votase con él en las cuestiones generales, haciendo así que se le invitase a participar en las de discusión reservada, pero a partir de ahí ya no necesitaba más ayudas. Alguien menos avisado se habría librado ahí del pesadísimo marqués de Labrador, pero él jamás prescindía de nadie; sostenía que hasta el mayor imbécil podía ser de utilidad en un momento determinado, de modo que seguía sobornando su ego, que no su bolsa, con detalles que cualquier otro habría tomado por lo que a fin de cuentas eran: risibles naderías.

Un ejemplo era el comité formado esa mañana por Austria, Prusia, Rusia, Suecia, Portugal, Inglaterra, Francia y España. Su misión sería debatir el grave asunto de la prelación, u orden de precedencia que deberían seguir las potencias cuando llegara el momento de firmar el acta final del congreso. A propuesta suya, las reuniones se celebrarían en el palacio Palffy, residencia de la legación española, y serían presididas por el marqués de Labrador, quien se mostró tan satisfecho como henchido de orgullo. Con ese nombramiento le hacía sentir que tanto España como él poseían gran relevancia en la escena europea, cuando sólo se aseguraba de mantenerle a su lado a cambio de nada. En la lógica del príncipe, desde sus tiempos de obispo muy consciente de la extraordinaria utilidad de comprar a los demás con pagos a realizar en el Más Allá, y de la todavía mejor de saber provocar el ser comprado —cobrando por adelantado; como buen teólogo tenía muy claro que Más Allá no había gran cosa—, jamás debía gastarse una moneda en lo que pudiera conseguirse a cambio de lisonjas.



Anna-Dorothea von Biron (née Medem), Duquesa de Courlande (madre de las cuatro hermanas Von Biron)

Aquella noche ofrecía un baile. Llevaba unos minutos observando las evoluciones de sus invitados al tiempo que maquinaba sobre sus vidas. Friedrich-Wilhelm III de Prusia, que giraba y giraba con Julie Zichy, era el que más le atraía. «Pobre diablo», se decía con caridad. Para cobrar la pieza, de virtud se sospechaba que tambaleante, debía soportar el suplicio de danzar al son de aquella música espantosa. Los valeses, a Talleyrand, le aburrían; eso no significaba que detestase la música como el bárbaro de Bonaparte; sólo sucedía que sus gustos eran más sofisticados de lo que se acostumbraba en la provinciana Viena. No podía soportar a Mozart, ni a Haydn, y mucho menos al insufrible Beethoven, pero le apasionaban Sanz —el único buen recuerdo que conservaba de Fernando de Borbón; por despreciable que le pareciese, reconocía su maestría con la guitarra de seis cuerdas, y donde mejor la manifestaba era con las partituras de aquel olvidado genio; su clavicembalista, Neukomm, consciente de lo mucho que le gustaban aquellas obras embrujadas, a menudo interpretaba para él los *Canarios*, la *Minyona de Catalunya* o la *Esfachata de Nápoles*, pero el sonido de su *Jérôme* era demasiado metálico para esas piezas tan sutiles—, Vivaldi, Couperin, Rameau, Marais y un organista de Nürnberg al que la humanidad debía el regalo de un canon a tres voces que, cuando se quedaba en Kaunitz con Dorothee, condesa de Périgord, *née* Von Biron además de princesa de Courlande y de la que toda Viena murmuraba que era la última de su larga lista de amigas incondicionales —la que un cáustico Bonaparte definiera como «serrallo particular del Évêque d’Autun—,^[14] jamás dejaba de pedir a sus músicos,

encabezados por Neukomm, que lo tocaran cuantas veces necesitase para mejor concentrarse.



Elisabeth, Zarina de Rusia

Cualquiera que le mirase pensaría que su atención estaba puesta en los apuestos danzarines y en sus bellísimas parejas, pero no era cierto. Su pensamiento se concentraba en Lord Castlereagh, al que veía entretenido con la Zarina Elizabeth. El inglés y él pensaban igual: Europa sólo podría prosperar si se conseguía establecer un equilibrio donde las cuatro potencias continentales, Austria, Rusia, Prusia y Francia, pesaran lo mismo. Fue magnífico que aquel inglés lo comprendiese, ya que ni los rusos, ni los prusianos ni los austríacos estaban dispuestos a ver en Francia un igual de pleno derecho. De ahí venía su satisfacción de haberle devuelto su papel de gran

potencia sin disparar un solo tiro, sin retornar un solo cuadro, sin pagar un solo franco, sin apenas ceder tierras y quedándose con más de seiscientos mil almas sobre las que de facto poseía cuando se libró del Corso. Era su mérito, lo sabía él y lo sabían quienes debían saberlo: Castlereagh, Metternich, Hardenberg, Alexander y Wellington. A éste le consideraba interesante; sería un gran militar —subespecie que despreciaba—, pero sobre todo era un diplomático, lo que pocos comprendían. Ni siquiera Jaucourt, a quien había encomendado la secretaría de Asuntos Exteriores. Lo evidenciaba en la última de sus cartas; en ella describía la situación de Wellington, antes aclamado y ahora denostado, como si el populacho y la nobleza le achacasen la culpa de lo mal que iba todo. Una descortesía de la cual His Grace pasaba con desdén, lo que no hacía con los desaires de Madame Récamier. Talleyrand sonreía evocando a la reina de las coquetas. Un ser tan excepcional que sin abandonar su adscripción al gremio de las vestales llevaba veinte años sometiendo enamorados que darían por ella sus vidas y sus fortunas. Una inexpugnabilidad de la que seguía sin saberse la razón, pero él no se preguntaba cuál sería. Prefería reflexionar desde su expresión imperturbable, la de una esfinge diplomática, sobre los frutos de su trabajo, que a su entender no sólo eran de gran valor para Francia. El equilibrio paneuropeo que surgiría del congreso sería beneficioso para todos. La paz reinaría durante años y con ella llegaría la prosperidad, pese a los afanes del sinnúmero de atontados que no entendían nada. El peor era su propio soberano. Su estupidez natural llevaba camino de igualar la del aún más bobo Pierre-Louis de Blacas, *Ministre de la Maison du Roi* y miembro principal de su Conseil Privé, que así prefería el monarca llamar a su gobierno, al peor estilo *Ancien Régime*. Un gobierno que para nada recordaba lo que solía tenerse por *gobierno* en los países avanzados. No se reunía por separado, ni había un primer ministro, ni existía una responsabilidad colegiada. Blacas no era un *premier*, sino el capataz de los ministros, sobre los que despeñaba los caprichos del rey sin preocuparse de la legalidad. A SCM le asistía un derecho divino y él estaba para que se hiciera su real voluntad. De ahí venía su alivio al dejar su puesto a Jaucourt y salir para Viena. No sólo sería un trabajo interesante, digno de su talento y su experiencia. Era que no podía resistir a Blacas, un cretino al que le habían bastado nueve meses para ser el hombre más detestado de Francia, incluso más que los sobrinos del rey, cabezas de la corte de retrógrados *émigrés* y realistas cerriles que trajo la Restauración. Entre los unos y los otros llevaban al país a otra revolución, y ésta no sería como la del 89, un pronunciamiento de civiles idealistas e iluminados enloquecidos. Sería del ejército, al que Blacas no cesaba de hostigar. Costaría muchos más muertos que los veintipocos mil de la Convención, una nadería para los veintiocho millones de franceses que había por entonces. La Francia de 1815 tenía un millón menos gracias a Bonaparte, lo cual se le podría disculpar; tendría todos los defectos imaginables, pero era un hombre de prodigiosa inteligencia y por demás

trabajador. En el Ejército de 1815 nadie se le podría comparar, ni en talento ni en moderación, por mucho que pensar tal cosa de Bonaparte sonara extravagante. La chusma militar se caracteriza por adherirse a las soflamas de los más exaltados, y en eso nadie podía igualar a Ney, el temerario *rougeaud* que bien podría desencadenar una matanza de imponerse a sus iguales. Si tan horrible cosa sucediese necesitaría un ministro de Asuntos Exteriores que le representara por el mundo sin sonrojarse demasiado. De ahí que cultivase a la ultrajada esposa del *maréchal*, la dulce Aglaé, tan repetidamente humillada por Charlotte de Bourbon, duquesa D'Angoulême, hija de Louis XVI y sobrina de Louis XVIII y del conde D'Artois, del que además era nuera. La dulce Aglaé Auguié había quedado huérfana con sólo doce años, al cuidado de una tía que le buscó un buen colegio; allí compartió pupitre con Hortense de Beauharnais, hija de la influyente Madame de Beauharnais; ésta, cuando ya era Madame Bonaparte, a petición de Hortense le buscó un buen marido: el General Michel Ney, el cual compensaba su triste origen con una excelente carrera, una gran fortuna y una innegable apostura. Madame Ney seguía siendo a sus treinta y tres años una mujer de gran atractivo, tanto que su principal admirador, el Zar Alexander, la monopolizó en el baile que dio el Fürst^[15] Schwarzenberg la noche del 16 de mayo y al que Ney asistió con toda desfachatez, habida cuenta que las paredes de Fontainebleau aún hedían a Bonaparte. También se murmuraba que al hierático Wellington se le alegraban las pajarillas en las proximidades del grandioso escote de Madame la Maréchala, y que Blücher ni se molestaba en admirar su bello rostro, por ser incapaz de mirar tan arriba, pero Talleyrand desdeñaba todo ese cotilleo. A su entender, Madame Ney era una madre de cuatro hijos en buena relación con su marido y al que apuntalaba lo mejor que podía, sin dejarse meter mano más de lo indispensable. De ahí que al Maréchal le ofendiese tanto el desprecio con que la trataban la duquesa y su odioso coro de damas *émigrées*. En los últimos tiempos aquello le tenía tan inflamado que al saber del último desplante de la basilical D'Angoulême se plantó en sus aposentos en uniforme de campaña, sable de húsar, botas de montar y espuelas de batalla. Tras abrirse paso lanzando contra las paredes a todo el que pretendió impedirselo, y abrir de una patada la puerta del vestidor de la petrificada duquesa, se plantó frente a ella y le despeñó en espléndido lenguaje de cuartel lo que pensaba de sus modales y de su persona, para terminar explicando su desfavorable opinión sobre la morsa coronada que le daba cobijo y sobre sus demás deplorables parientes. Tras eso se marchó como había venido, dando un colosal portazo. La historia tardó minutos en ser del dominio público, pues los sirvientes que se ganaban en Les Tuileries sus lamentables vidas no habían tenido una historia tan sabrosa de contar desde la decapitación de *l'autrichienne*,^[16] de modo que a la noche se bailaba por las calles al son de *La Carmagnole*, en demostración de qué bando prefería el populacho, el de la detestada duquesa o el del heroico *rougeaud*. Blacas no

se atrevió a encarcelarlo, temiendo verse con docenas de nobles colgados de las *lanternes*.^[17] Tras aquello, si alguien tenía fácil ser el nuevo Robespierre era Michel Ney, Duc d'Elchingen y Prince de la Moscowa. Quizá no faltase mucho para que se decidiese, así que sería bueno ir tomando posiciones. Por si acaso.



Maréchal Michel Ney, Duc d'Elchingen, Prince de la Moscowa

El baile alcanzaba su cénit. Las testas coronadas^[18] exhibían su destreza mientras las reinas del congreso, no por llevar una corona sino por poner a sus pies a quienes las lucían, mostraban su poderío. Las acaudillaban la espectacular princesa Katharina de Bagration y la prodigiosa condesa Julie Zichy, seguidas de las suculentas princesas Marie-Theresia Esterházy, Maria Narishkin y Gabrielle Auersperg, y las apetitosas condesas Sophie Muzzy Zichy, Flora Wrbna, Rozalia Rzewuska y Aurora de Marassé.

Las primeras tenían embobados al Zar de Rusia y al rey de Prusia, y las otras conseguían lo mismo de diversos soberanos y príncipes de sangre real, como Frederik VI af Danmark —se consolaba de la pérdida de Noruega con la osada Carolina Seufert, que además de golfa era plebeya—, Karl von Bayern, Georg-Wilhelm von Schaumburg-Lippe, August von Preußen y el envarado Friedrich-Hermann von Hohenzollern-Hechingen, incómodo ante la irónica mirada de su esposa, por entonces en los brazos del Graf Wallmoden. Aun así, las que captaban mayor número de miradas codiciosas o envidiosas, según géneros, eran las Von Biron. Las hijas de la duquesa de Kurland^[19] merecían los entusiastas comentarios que les dedicaban los innumerables gacetilleros de la Viena frívola, y no sólo por su belleza y elegancia, sino por el morbo que adornaba sus jugosas biografías.

La Península de Kurland albergó durante siglos un ducado asociado al reino de Polonia. Desde hacía generaciones la familia Biron lo gobernaba con elogiada competencia. Al último de los duques, llamado Peter, hasta el día de su muerte — febrero de 1800— se le conoció como Herzog Kurland-Semgellen, aunque a título personal, pues el ducado era desde 1795 propiedad de la Zarina Ekaterina II, quien, tras repartirse Polonia con Austria y Prusia, y en un detalle de cortesía inusual en su forma de hacer las cosas —rara vez dejó de comportarse como lo que a fin de cuentas era: una princesa prusiana—, le compró sus derechos en vez de invadirlo sin más, pagando una parte al contado y el resto en pensiones vitalicias para su esposa y sus cuatro hijas, la mayor de las cuales era su ahijada. El duque Peter, que aun llevándose bien con ella intuía que tarde o temprano se quedaría no sólo con su ducado sino con Polonia, diez años antes había comprado el inmenso feudo de Zahán^[20] a una familia checa, los Lobkowitz, con las bendiciones del preocupado Friedrich II de Prusia, el cual se había hecho con Niederschlesien^[21] en 1742 al precio de dos guerras con la plácida Kaiserin Maria-Theresia von Österreich, su anterior propietaria. En 1785 seguía sin consolidar su pabellón en unas tierras cuyos católicos habitantes miraban bastante mal a los prusianos luteranos. No tenía éxito en asentar terratenientes emprendedores, pues casi todos los que tanteaba opinaban que, a no tardar, aquel paraíso acabaría en manos de Austria o de Rusia. Gracias a eso, el audaz Biron consiguió de Friedrich II unas inusitadas condiciones de asentamiento, coronadas por el derecho, inusual en la nobleza prusiana, de transmitir a las hembras el título vinculado a la propiedad.

El duque —de ascendencia rusa— y la duquesa —prusiana— educaron a sus hijas al modo usual, con preocupación por los idiomas y con institutrices y religiosos nada liberales. Las tres primeras no crecieron más incultas de lo normal en su mundo, aunque los dones del criterio, la prudencia y la templanza no les fueron otorgados a una escala que compensase su fogoso temperamento. La mayor, Wilhelmine, a los diecinueve heredó Zahán y Náchod —un condado de Bohemia que su clarividente

padre había comprado a muy buen precio—, varios palacios y una gran colección de joyas y obras de arte. Su madre cobijaba por entonces en su residencia de Löbichau, Thüringen, a un militar finlandés de notable apostura; se llamaba Von Armfeldt, era barón y asesoraba en finanzas. El casi muerto Von Biron apenas reparó en él, aunque la duquesa, para compensar, se asesoraba sin descanso. El barón rebosaba un vigor muy apreciado por la princesa Wilhelmine,^[22] al punto que un buen día, meses después de la muerte del duque, la descompuesta duquesa se vio en la necesidad de procurarse un yerno al que deberían adornar dos cualidades: un nivel social suficiente para desposar una Herzogin von Sagan —ésta, un año antes, se había quedado petrificada cuando un encandilado admirador, el Prinz Louis-Ferdinand von Preußen, fue conminado por la reina Luise a callar una propuesta de matrimonio que se hallaba listo para despeñar; el príncipe lo sintió de veras, pues además de gustarle la princesa valoraba en gran medida la fortuna en que se hallaba sentada, pero se abstuvo de protestar; en la corte de los Hohenzollern nadie osaba desafiar un anatema de la Königin Luise, quien tenía muy atravesados en la garganta los altivos modales de la que, por mucho dinero que tuviera, jamás sería otra cosa que una princesilla campestre— y unas tragaderas descomunales, las necesarias para compartir su esposa con Von Armfeldt. Lo encontró en Praga, donde malvivía un príncipe Louis de Rohan-Guémenée de altísima categoría prelacional. Los tres iniciaron una vida triangular que a nadie sorprendía, por ir siendo notorio que de las Von Biron podía esperarse casi todo; en cuanto al fruto del pecado que inflaba la silueta de Wilhelmine no cabía camuflarlo de prematuro, de modo que al octavo mes la recién casada y su asesor financiero partieron hacia Hamburg, donde aquélla dio a luz una robusta niña. El parto fue difícil, tanto que la torpe comadrona dejó a la duquesa tan averiada que jamás volvió a inquietarse por lo que tanto fastidiaba la vida de las aristócratas casquivanas, las desasosegantes *maladies de neuf mois*. A la niña se la quedaron unos primos del asesor, el cual siguió prestando sus servicios a la inteligente, mundana, despreocupada y muy aliviada duquesa de Sagan.



Katharina, princesa viuda de Bagration, por Isabey (su apodo policial era 'Andromeda von Russland')

La Vévodkyne Zahánská —solía escribir su título en checo; una forma de manifestar que no se tenía por prusiana ni por austríaca; en realidad, de lo que más tenía era de rusa—, una vez repuesta, decidió aprovechar el interludio de paz que disfrutaba el continente para viajar de Londres a Roma, de París a Viena y de San Petersburgo a Berlín. Lo hacía con su asesor y su marido, muy cómodos el uno con el otro, aunque su feliz *ménage-à-trois* entró en crisis a finales de 1804; al primero lo puso en la calle y del segundo se divorció sin importarle que buscara consuelo en su hermana Pauline, con la que meses después tendría una preciosa niña que inscribiría como Marie Wilson y de la que al año se hizo cargo la propia Wilhelmine, tras registrarla bajo un aristocrático Mary von Steinach, iniciando así una de sus más exquisitas aficiones: adoptar niñas.^[23] Por entonces planeaba divorciarse de su segundo marido, el príncipe Vasily Troubetzkoy, que pese a su contrastada valentía en el campo de batalla huyó despavorido de su lecho a mediados de 1806. La duquesa, tras eso, concentró sus energías en una búsqueda de amor tan infatigable que ocho años después era la comidilla de la corte imperial. En su abultada lista de idilios, casi todos de poca duración, dos se mostraban estables: el que sostenía desde 1810 con el

Prinz Alfred zu Windisch-Grätz y el que tras un año de pasión salvaje aún la ligaba con el Fürst Metternich, Kanzler del Imperio. Una pasión que sólo Talleyrand y algunos más sabían que no alentaba; su excelente servicio de información —fruto de haber sobornado al insobornable jefe de la policía secreta del Imperio, el incorruptible Freiherr Hager von und zu Altenstiegl, director de la Oberste Polizei und Censur Hofstelle^[24]— señalaba no sólo que un mes antes se habían cruzado sendas cartas de «ahí te quedas» —la de la duquesa, de la cual poseía una copia, era sabrosa —, sino que la coyuntural favorita del Zar era la indomable Wilhelmine, irrespetuosamente apodada *Kleopatra von Kurland* por los severos policías; sería el precio, pensaba Talleyrand, de que Alexander le ayudase a recuperar a su hija, una finlandesa de trece años que de ningún modo quería dejar a su madre de adopción para irse con el mayor pendón del continente. Su residencia, el ala derecha del palacio Palm, en el 54 de la Schenkenstraße —el mismísimo centro de la ciudad—, donde convivía con sus tres hijas, era la casa con más sirvientes en la nómina de Altenstiegl. Quizá fuera por economía de medios, pues en el ala izquierda residía la princesa Katya de Bagration, cuyo apodo policial, *Andromeda von Russland*, señalaba que no se quedaba muy atrás en visitantes de tronío.



Freiherr Hager von und zu Altenstiegl, jefe de la policía secreta austriaca

Una de las razones que hacía del Palm —ala *Kleopatra*— el lugar más frecuentado por el *tout Wien* era que Wilhelmine se trajo de París algo que de no mediar su personalidad no habría fructificado: el *salon littéraire*. Doce años antes, en su tiempo de duquesa triangular, comprendió que vivir en Viena, en Dresden, en Londres o en Berlín significaba resignarse a ser una vulgar aristócrata de provincias. El viento de renovación que soplaba en París, pese a la creciente ominosidad del Primer Cónsul —al cual fue presentada en una recepción sin que se gustasen demasiado—, era más que refrescante, sobre todo en los ambientes donde Germaine de Staël y Juliette de Récamier brillaban de un modo cegador. En particular, el *salon* que administraba la segunda y ennoblecía la primera le llegó al alma. De ahí que años después, ya estabilizada en Viena y libre de maridos y asesores, abriera el suyo, que al momento se volvió lugar preferido de *l'élite*. En él representaba el doble papel de musa y *salonnière*. Siendo Juliette no necesitaba una Germaine: ella era las dos. Más hermosa que la Récamier —afirmaban los que podían comparar—, tan agradable y

dulce como la lionesa —la Récamier había nacido así, mientras que la temible Zahánská lo era sólo cuando le daba la gana—, su talento político y su ingenio natural dejaban muy atrás a los de la baronesa Staël-Holstein, sobre todo porque brillaban todo el tiempo, mientras que a ésta le hacía falta un *magnum* de *champagne* para empezar a estar en forma.

Su *salon* alcanzó el cénit en la primavera de 1813, cuando Metternich se desvivía en oponerse a que Austria se aliase con Prusia y Rusia, rompiendo el pacto suscrito con Bonaparte al casarle con la idiota de Marie-Louise. Sus íntimos sabían que no era el único frente que absorbía su talento. Al tiempo luchaba por el alma y por el lecho de la sin par Wilhelmine, por entonces en un momento bajo de su idilio con Alfred Windisch-Grätz, de quien se sabía que sólo sus asombrosos dones amorios impedían que fuese arrojado al arroyo de una patada en el trasero por la impaciente Zahánská. Si aquellas fueran sus únicas realidades Talleyrand no le habría prestado atención, pero había otra que le hacía reflexionar: en los peores días de la guerra entre Bonaparte y la Sexta Coalición, de finales de agosto a primeros de noviembre de 1813, la Zahánská no marchó a la tranquila Viena para esperar noticias y angustiarse con languidez por la suerte de los amigos. Al volver de Ratiborschitz, su *château* de Bohemia donde había propiciado el acuerdo entre Metternich, Hardenberg y Nesselrode que dio lugar a la reanudación de la guerra —ella participaba en las discusiones como lo hacía en su *salon*, manteniendo llenas las tazas y las copas, desviando las conversaciones cuando subían de tono y cuidando que la mesa de su precioso *schloss* no envidiase la de un palacio real; fue no sólo la perfecta *salonnière*, sino una extremadamente hábil manipuladora del gran maestro de la manipulación, el Kanzler Metternich—, se quedó en Praga y no para disfrutar los horrores de la retaguardia, sino para organizar un hospital y arrastrar a las damas de la buena sociedad a ocuparse de los heridos, que llegaban a millares. Era la más popular, pues a los franceses les hablaba en francés, a los lombardos, los toscanos y los ilíricos en italiano, a los austríacos, a los alemanes y a los prusianos en alemán, a los polacos en polaco, a los checos en checo, a los moravos en eslovaco y a los ucranianos, a los rusos y a los cosacos, en ruso. Sumado eso a su dulzura natural, a lo cálido de su voz —mientras no se saliera del susurro; cuando la levantaba causaría sensación en cualquier regimiento prusiano— y a su belleza insuperable, resultaba natural que ni un herido dejara de volverse loco por ella.



Fürst Hardenberg, Prusia, por Thomas Lawrence

Aquella mujer tan sensacional valía demasiado para ser una reina sin corona. De ahí que Talleyrand sintiese cierto pesar por el que intuía su futuro. Metternich, por enamorado que pudiera estar, jamás abandonaría a su familia. No sólo a su dulce, comprensiva y feísima esposa, sino a sus hijos y en especial a la mayor, Marie, por la que sentía debilidad. No sólo le costaría la carrera —el Kaiser Franz era muy mirado en cuestiones de infidelidades y divorcios—; también le costaría las entrañas. Lo más que podría ofrecer a Mina sería un desairado papel de querida oficial, una especie de marquesa de Pompadour al estilo vienés, a la espera de que Laure —Frau Metternich se llamaba Marie-Eleonore, pero el Fürst la rebautizó *Laure* y así se había quedado —, que poseía una mala salud de hierro y que tras seis o siete partos estaba ciertamente castigada, se muriese cualquier día. Entonces, sí. Entonces podría ofrecerle ser la Fürstin Metternich, pero Mina, entendían él y su sobrina Dorothee, que la conocía bastante bien, era demasiado impaciente para soportar esa situación.

La segunda de las Von Biron, la cotilla, indiscreta y lenguaraz Pauline, propietaria del gran feudo de Holstein, en la Baja Silesia,^[25] no imponía tanto como su hermana, pero aun así tenía gran éxito. Casada con el Fürst Friedrich-Hermann von Hohenzollern-Hechingen, mantenía con él formas civilizadas aunque ninguno de los dos entendía el matrimonio como un asunto de plena exclusividad. La Fürstin Pauline, según Altenstieglitz, repartía su corazón entre Lord Stewart, el atorrante y borrachín hermanastro de Lord Castlereagh, y Ludwig-Georg Thedel, Graf Wallmoden, uno de los muchos militares austríacos al servicio del Zar. La primera relación era ocasional, la propia de la Viena turbulenta; la segunda era estable, aunque no de un modo exclusivo. El informe incluía un apunte redactado con policial seriedad: uno de los esbirros de Altenstieglitz indicaba que de las hermanas Von Biron la

única de la que no se conocía un hijo ilegítimo era la joven condesa de Périgord; dados los usos familiares, para el honrado funcionario sólo era cuestión de tener paciencia y esperar.

La tercera, Johanna, era la más romántica, tanto que a finales de 1799 se fugó con su profesor de música, un tal Arnoldi. Von Biron, ya medio muerto, resucitó para mover sus hilos —el activo Armfeldt y el obispo Dalberg— y hacer que los enamorados fueran interceptados en Erfurt, se devolviese a Zahán la preñada princesa y se decapitase al profesor. Tras dar a luz el fruto del pecado, un niño al que pusieron Friedrich y que Armfeldt encasquetó a la familia Parthey —que además de un gran talante liberal poseía una lamentable necesidad de dinero—, y sin esperar a que la desheredada princesa recuperase su figura virginal, su resuelta madre la casó contra el noble napolitano Francesco Ravaschieri-Pignatelli, Ducca D’Acerenza, cuya única riqueza era su título y el figurar como *protégée* de la tambaleante Marie-Caroline di Napoli, hermana de *l’autrichienne* y ya centrada en la implacable mira de Bonaparte. D’Acerenza no era un tipo impresionante, pero la consternada duquesa bien sabía que dar con un mejor aspirante a la mano de su desatada hija, incontrolablemente ansiosa de varón, era un asunto imposible, por mucho que su dote fuera principesca. Los nobles meridionales de siempre han sido sensibles a las cuantías de las dotes, de modo que hacia marzo de 1801 se casaban en Dresden, con sordina. Cinco años después sucedía lo inevitable: la pareja, tan sin descendencia como los concedores del duque profetizaban, se separó sin perder la esposa el derecho a usar su título. Tras eso, la joven Johanna-Katharina —veintidós magníficos años; había unanimidad en que Jeannette d’Acerenza era una belleza— sentó sus reales en Viena, compartiendo con su hermana Pauline una bonita casa en la elegante Annastraße y llevando un gran tren de vida gracias a su pensión rusa y a la generosidad de su madre, que poco a poco le traspasaba la que sería su herencia, comenzando por uno de los innumerables palacios Kurland, el Czernin de Praga, donde la duquesa y sus tres hijas mayores pasaron los duros meses que siguieron a la invasión de Prusia en octubre de 1806. La duquesa D’Acerenza era muy popular, por ser la más abierta de las cuatro, la más alocada, más divertida y menos estirada. Quizá por eso extrañaba tanto su idilio con el taciturno Freiherr Gentz.

La cuarta, Johanna-Dorothea de nacimiento aunque desde su boda se hacía llamar Dorothee, no había dado más escándalos que ser la *châtelaine* de Talleyrand. Dada la fama de su tío, lustros y lustros de seducir a las más bellas y nobles damas europeas, las apuestas caían a favor de que una vez más *le diable boiteux* se procuraba una princesa. Era razonable suponer, y así lo hacía el *tout Wien*, que la enigmática Dorothee había pasado a ocupar en la cama de Talleyrand el lugar que hasta no hacía mucho era de su madre, la imponente duquesa de Courlande, tan en buena forma que a sus cincuenta y tres años no desentonaba, ni desmerecía, cuando se dejaba ver al

frente de sus fabulosas hijas.

Dorothee abandonó a su marido tras regresar a París escoltada por una *soika* de cosacos —venía de pasar el azaroso invierno de 1814 en el *château* de Rosny, una propiedad de su tío—; también dejó su casa de la Rue de la Grange-Batelière para fijar su residencia en el *hôtel particulier* de la Rue Saint-Florentin, donde su tío había construido para ella no sólo habitaciones privadas, sino su propio *salon littéraire*, para que recibiese a quien deseara con autonomía sobre lo que sucediera en el resto del edificio; así fue como inició su vida de *castellana del diable boiteux*,^[26] comenzando por hacer los honores al Zar, que pensaba quitarse las botas en l'Élysée aunque aceptó a última hora la invitación de Talleyrand para residir en su casa, lo que intrigó a las noblezas, tanto a la desfalleciente y aprensiva imperial como a la sedienta de sangre que regresaba de la emigración. Dorothee se trajo sus dos hijos vivos, ambos varones; la tercera, una niña de dos años, se le había muerto de sarampión al poco de regresar de Rosny, lo que para ella fue una horrible tragedia de la que tardó casi tres días en recuperarse. Dorothee, fiel a los principios prusianos, entendía que a los niños no conviene quererles demasiado, por su desagradable costumbre de morir a destiempo. Ella era un buen ejemplo de tan gélida filosofía: no fue hasta volverse sobrina de Talleyrand que comenzase a comprender, con sorpresa, qué significaba sentir el afecto de alguien a quien no se le paga para que te quiera.

Su propio nacimiento fue otra sorpresa. Su madre, la condesa Ann-Dorothea von Medem, se casó en 1779 con el duque Peter, de cincuenta y cinco años y con dos esposas enterradas. Ella tenía dieciocho, y aunque se le auguraba una vida difícil se las apañó para darle cinco hijos en ocho años; dos murieron a temprana edad, pero las otras, Wilhelmine, Pauline y Johanna, se criaron fuertes como caballos. Era sumamente inteligente, además de dueña de un insuperable buen gusto y un sorprendente don para las relaciones humanas. A lo último se debió que hacia 1792 el achacoso duque la enviara en su representación a discutir en Varsovia desagradables asuntos tributarios. La duquesa cumplió a satisfacción, por su talento natural y por la desinteresada colaboración de un joven oficial de finanzas, el conde Alexander Batowski. Tan encantada quedó con él que se lo llevó a Mittau a pasar unas vacaciones. Batowski llevaba diez meses con los duques, primero en Mittau y luego en su palacio de Friedrichsfelde, cerca de Berlín, cuando la duquesa dio a luz por sexta vez. Los concedores de la familia no consideraban probable que fuera el retoño postrero del decrepito duque, aunque la duquesa se las compuso para que, tras comentar que le parecía muy fea, diera la bienvenida con toda normalidad a la cuarta de sus hijas. Las tres rubias princesas pensaban como él. La recién nacida, morena, pequeña, peluda y de ojos negrísimo, parecía más un gato que un bebé, lo que hizo sospechar a los que se asomaron a verla que aquel tardío regalo del Señor no venía en

condiciones. Así, conforme a lo usual en las grandes familias, la duquesa la confió a una *nanny* británica de costumbres extravagantes —le gustaba corretear desnuda por los campos, y cosas así— y se desentendió de su vida.

Siete años después la pequeña Dorothea era un ser silvestre. Tímida, hosca y antipática, no sabía leer ni escribir, ni apenas comunicarse con el género humano. Sólo parecía divertirse subirse a los árboles, razón por la cual solía presentar un aspecto lamentable. Sin embargo, algo en su pequeña persona despertaba curiosidad. Pudiera ser que fueran sus ojos, inmensos, brillantes, oscuros y que dependiendo de la luz pasaban por grises, por azules o hasta por negros. Uno de los que sintió curiosidad fue Armfeldt, que desde hacía tiempo relevaba en sus funciones de invitado para todo al indolente Batowski. Las exigencias de la duquesa por un lado y de la princesa Wilhelmine por otro no le consumían el total de sus fuerzas, así que dedicaba las sobrantes a estudiar el comportamiento de la vergonzante hija subnormal de la duquesa. Tras dudar un poquito, pues su primer intento de acariciar al monstruo le costó un mordisco, probó a enseñarle a leer. Para su sorpresa, en una semana exacta Dorothea era capaz de reconocer las letras del alfabeto romano, de asociarlas a los sonidos que le resultaban familiares y, lo más sorprendente, a usarlas para plasmar en un papel cuáles eran éstos. El perplejo Armfeldt no podía creer que aquel extraño ser hubiese aprendido a escribir con razonable corrección palabras en inglés, en francés, en alemán, en checo y en polaco, cuando pocos días antes era una total analfabeta sospechosa de oligofrenia. Tras probar una y otra vez, tantas como necesitó para estar seguro, concluyó que aquel ser no tenía nada de subnormal; no sólo eso, sino que apuntaba una capacidad intelectual muy superior a la de sus tórridas hermanas, lo que puso en conocimiento de la duquesa. Ésta no se alegró demasiado. Era una prusiana de costumbres rígidas donde cada cosa ocupaba un lugar inamovible, de modo que la noticia le causó un cierto desasosiego. Aun así, le buscó un preceptor y una institutriz. La suerte de Dorothea fue que tanto la una como el otro —la ex novicia prusiana Regina Hoffmann y un monje florentino renegado llamado Scipione Piattoli— demostraron a lo largo de los siguientes diez años no sólo estar capacitados para lo que se les encomendaba, sino un desinteresado afecto por aquella niña tan desamparada.

La familia Biron dejó Kurland a finales de 1795. El duque pensaba izar su pabellón en Zahán, pero la duquesa prefería Löbichau, una bonita propiedad que acababa de comprar en Thuringen, y la severa Berlín. Pensaba que dada la triste vida de la cuartelera capital de Prusia, excelente ciudad donde las hubiera para largarse de allí —según dejara dicho el sarcástico Voltaire—, no le sería difícil concentrar a su alrededor lo que valiera la pena de la nobleza prusiana. La Herzogin von Kurland poseía una suprema exquisitez, una fortuna descomunal y un aspecto envidiable, de modo que casi en el acto se convirtió en la segunda reina de la ciudad, sólo detrás de

la primera, la bellísima Luise von Preußen (*née* Mecklenburg-Strelitz; como la mayoría de los mejores prusianos, no lo era). La influencia de la vida berlinesa sobre la joven Dorothea, ya en la breve adolescencia de las princesas casaderas, tuvo sus efectos, siendo el principal que su desapego por Kurland y Zahán se transformara en extremo patriotismo prusiano. En su talante comenzaban a influir filosofías ajenas a las moderadamente liberales de Herr Piattoli y Fräulein Hoffmann. Los jóvenes de su casta y edad atravesaban un período de nacionalismo arriscado, influido por el recuerdo de la Guerra de los Siete Años y de las muchas palizas que su gran rey Friedrich der Große había dado a los franceses. Pensaban que para Prusia sería un juego de niños poner en su sitio a las hordas napoleónicas, de modo que raro era el día en que desde sus filas no se alzarán voces pidiendo al desbordado Friedrich-Wilhelm que se decidiese a emprenderla con Bonaparte. Dorothea era de las que más chillaban, sintiéndose la más prusiana de las prusianas. Tanto aullaron, ella y los demás —le daba escalofríos de gozo ver a los sombríos húsares *totenkopf* afilar sus sables contra la escalinata de la embajada de Francia—, que a primeros de octubre de 1806 Friedrich-Wilhelm no tuvo más alternativa que declarar la guerra, sin aliados, sin dinero, sin reservas y con sólo una vaga promesa de apoyo del impredecible Zar Alexander.



Luise von Preussen Mecklenburg-Strelitz-por Élisabeth Vigée-Lebrun



Su hermana Friederike, que tampoco era muy fea y y que algunos propusieron a Friedrich-Wilhelm como consuelo de su viudez, aunque sin éxito

La guerra terminó diez meses después. La paz de Tilsit, celebrada entre Francia y Rusia con la reina Luise implorando magnanimidad a Napoleón —sin éxito, pese a visitarle a solas y lista para lo que fuese con tal que Prusia no se desmembrase; ahí el Corso desoyó el sabio consejo de Talleyrand, «nunca conviene triunfar demasiado», perdiendo de paso la oportunidad de averiguar qué tal se sacrificaban las bellísimas reinas de Prusia—, fue una ocasión sombría, también para Talleyrand, pese a ser él quien cocinara el tratado. Sin embargo, fue allí donde por primera vez oyó hablar de una Prinzessin Dorothea von Kurland a quien la derrota de Iéna dejó aislada en Friedrichsfelde, que no pudo incorporarse a la comitiva real y que se las apañó, sin más escolta que su aterrada *fräulein* Hoffmann, para esquivar a los húsares franceses

y buscar su camino al *schloss* Altautz, la residencia báltica de uno de sus tíos, y de allí a Mittau. Llegó nada pobre, pues con gran prudencia se había cosido a los refajos una buena cantidad de diamantes, demostrando que sus trece años no eran incompatibles con una sorprendente madurez, una elogiada prudencia y una gran astucia. La clase de cualidades que, sumadas a una estimable fortuna, buscaba Talleyrand para su sobrino el conde de Périgord, hijo de su hermano Archambault y heredero del ducado de Talleyrand. Un título muy noble, aunque carente de inmensos bienes; Archambault tenía dónde caerse muerto, sí, pero sólo eso. Talleyrand no tardó en comentar al Zar su interés en que la valerosa Dorothea se convirtiera en condesa Edmond de Périgord. Alexander, en pleno idilio no sólo con Bonaparte sino con su tortuoso ministro de Asuntos Exteriores, en el que percibía una interesante predisposición a traicionar a todo el mundo, no dudó en conceder aquel favor que tan poco le costaba, de modo que sobre la marcha escribió a la Herzogin von Kurland dándole cuenta del interés manifestado por el Prince de Bénévent.

A la duquesa no le pareció una petición de rechazar. Le agradaba la idea de tener a Talleyrand por consuegro virtual, y más aún la de abrir casa en París. Por si eso no bastase, su renta vitalicia la pagaba el Zar, y bien sabía cómo las gastaba con quienes no acataban sus deseos, o sus caprichos. Así, le hizo saber que nada le agradaría más que complacerle. Sólo hacía falta que su hija madurase un poquito y se dejase adiestrar en las artes de ser una dama impecable y una consumada *châtelaine*, además de sacar de su mente la imagen de un atractivo treintón, el príncipe Adam Czartoryski, hasta meses antes ministro de Asuntos Exteriores del propio Zar y por entonces su consejero en política internacional. La princesa sostenía que aquel guapísimo polaco se le había insinuado cuando anduvo por Mittau escoltando a su amo, con el desgraciado efecto de hacerse con su alma. Quizá fuese verdad, pues tras una discreta investigación la duquesa constató que a Czartoryski no le pasaron inadvertidos los fanales que su hija llevaba impostados en el rostro, de modo que se inventó un supuesto compromiso matrimonial del bravo príncipe, a resultas del cual la ingenua princesa, con el corazón destrozado, dejó de poner trabas a su destino de condesa rica, joven y desgraciada.

A su debido tiempo, el conde de Périgord, nada feliz por casarse con una delgaducha y antipática princesa prusiana, se pasó por Löbichau en su papel de *aide-de-camp* del Maréchal Berthier.^[27] La impresión que se llevaron el uno de la otra, con ser lamentable, no impidió que contrajeran matrimonio en Frankfurt-am-Main el 21 de abril de 1809 —sus hermanas no se dejaron ver, por entender que se había pasado al enemigo—; Talleyrand eligió Frankfurt, ciudad-Estado de acreditada tolerancia, por la necesidad de un terreno neutral en lo religioso, a fin de que la boda entre un católico y una luterana fuera bendecida por un obispo, Emmerich von Dalberg, tan sensible al buen dinero con que disipó sus dudas canónicas como a las bayonetas de

una Grande Armée que se concentraba cerca de allí, camino de Ulm; de hecho, los preparativos de la guerra eran tan acuciantes que al novio, para gran alegría de la novia, sólo se le dieron dos días para consumir el matrimonio y volver con Berthier.

Dorothee se resignó a sufrir la suerte de las Von Biron, aunque con el consuelo de vivir en París. No le llevó mucho tiempo volverse una francesa de las más refinadas. Su elegancia, su exquisitez y sus irreprochables aunque nada espontáneos modales, así como su ingenio, le granjearon lo más difícil de alcanzar en la inhóspita corte imperial: ser dama de honor de la emperatriz Marie-Louise. A l'Empereur le gustaba Dorothee, pese a lo mucho que había llegado a detestar a Talleyrand, al que por entonces definía, en celebrada exhibición de sutileza, como un montón de mierda en una media de seda.^[28] El que Dorothee le gustase no dejaba de ser lógico, ya que se desarrollaba de un modo sorprendente, no sólo en el plano físico —gracias a sus maternidades era una real hembra de magníficas formas y suntuosos escotes—, sino en el intelectual y en el cultural. En ambos casos gracias no sólo a las buenas compañías y mejores lecturas que le procuraba su tío, sino a él mismo, el mayor pozo de sabiduría de la corte imperial. Una relación que al cabo de cinco años se había transformado en un afecto más profundo del natural entre un tío y la mujer de su sobrino. Un cariño y una confianza en la competencia de la fascinante condesa que le llevaron a confiarle la misión de ser la más encantadora de las anfitrionas, la *châtelaine* por excelencia del Congreso de Viena, lo que su madre, abandonada en su mansión de la Rue Drouot y que soñaba con el puesto, aún seguía sin asimilar.

Una *châtelaine* que bailaba con un oficial austríaco. Disfrutaba el momento; la sonrisa que adornaba su rostro, una que bien conocía él aunque muy pocos más —la seriedad, si no severidad, de la condesa de Périgord era proverbial—, lo decía del modo más abierto y natural. Dorothee, después de todo, era una chiquilla de veintiún años, esos donde no debe haber más que vivir, reír, bailar y amar sin más preocupación que saber elegir el mejor vestido para el baile, la fiesta o el banquete del día siguiente. A él le asombraba la firmeza con que Dorothee separaba las dos vertientes de su vida, la de ser la más profesional de las *castellanas* presentes en aquella corte internacional y la de ser una joven ansiosa por disfrutar de la vida, cosa explicable porque había vivido en guerra desde sus trece años tras haber disfrutado una niñez *a la prusiana*. La despreocupación, la irreverente alegría de saberse viva, le fueron negadas desde su nacimiento. Talleyrand, que la contemplaba desde sus impasibles ojos verdes, se preguntaba qué ocurriría si su sobrina se viera en situación de seguir sirviéndole, y en cierto modo seguir amándole, o romper con su pasado, divorciarse del imbécil de su sobrino y emprender una vida de princesa libre, inteligente, bella, rica e irresponsable. Una elección difícil, suponía. Lo mejor para él, en todo caso, sería no hacerse ilusiones. En modo alguno debía mantener la esperanza de retener a su lado una criatura tan magnífica, tan envidiable y tan codiciada. Ya era

bastante milagro que le hubiera seguido hasta Viena. Sería difícil que la conservara más allá.

—¿Te aburres mucho?

—Lo indispensable. ¿Qué tal tu pareja? ¿Sabe moverse?

—Tolerablemente.

—¿Sabe hacer algo más, aparte de bailar y ser guapísimo?

La condesa, divertida, sonrió a la velada muestra de celos.

—Pues no lo sé, ni creo que lo sepa jamás. Sale mañana para no sé cuál regimiento acuartelado no sé dónde. Cuando vuelva, si algún día vuelve, dudo que aún haya Congreso de Viena.

Se sonrieron. El príncipe, algo preocupado. Por notarse un punto chocheante.



Príncipe Czartoryski, Rusia

Sommerschenburg y Madrid, lunes 28 de noviembre

El Graf Gneisenau había nacido en Schildau, en la fonda *Weintraube*, cincuenta y cuatro años antes. Era el primer hijo de un teniente de artillería; su madre, hija de un capitán de infantería, tuvo un mal parto, tanto por alumbrar un gran bebé como por el empeño que ponía el enemigo —vivían lo peor de la guerra de los Siete Años— en que no lo hiciera en paz. Cuatro días después, aterrada por la inminente llegada de los prusianos despiadados y de sus aún peores mercenarios bosnios, ella y su hijo subieron a una carreta en compañía de otros desgraciados, para buscar refugio en la cercana Oschatz. El traqueteo del armatoste la llevó, según la partera pronosticase, a que se le desprendiera el útero, de forma que, pese a la lluvia y el frío del hostil otoño sajón, se quedara dormida; se la llevaba el sueño de una muerte muy dulce, la de una exhausta recién parida que se desangra sin advertirlo.

Es propio de las madres moribundas que viajan en la trasera de una carreta que sus brazos dejen caer al bebé recién nacido en un charco del camino. Esa fue la suerte de August-Wilhelm, pues su historia, de haber caído en duro, habría sido breve. Su caída fue observada por un pelotón del 5.º regimiento de húsares *Prittwitz*, los detestables jinetes del antipático Freiherr Rüsck. Los aterrados sajones los identificaban por sus uniformes negros, sus caballos negros y sus chacós^[29] negros, éstos envueltos en fundas de hule translúcidas, de modo que se percibiera su tétrica insignia, una calavera sobre tibias cruzadas. Los jinetes del 5.º no iban de caritativos ni de compasivos —con esa insignia sería ilógico—, pero en todo hay excepciones, y el sargento que conducía el destacamento algo debió de sentir en su corazón de piedra, pues en vez de cargar contra los espantados campesinos echó pie a tierra, se hizo con el lloroso bebé y lo depositó en los brazos de una vieja que, como todos los a bordo del carromato, ignoraba que habían perdido a su pasajero más joven. Hecho esto, los siniestros húsares Totenkopf, temidos como la muerte por franceses, sajones y austríacos, siguieron su camino entre aguaceros y relámpagos mientras la carreta proseguía su cansino rodar hacia Oschatz, donde la desventurada Eva-Dorothea Neidhardt-Müller consiguió recuperarse lo bastante para entender el doble milagro, el de que su hijo y ella siguieran vivos. Ella no por mucho tiempo; un año después, el 22 de octubre, su marido, el ya capitán Neidhardt, la enterró en Fürth; la pobre habría merecido una vida mejor, y algo más larga. El robusto bebé siguió la errante vida de su padre, al cuidado mercenario de alguna esposa de militar que a su vez siguiera la de su marido. Con el tiempo llegó la paz, el asentamiento y una nueva boda para el inconsolable viudo. La esposa, también viuda, no encontró en August-Wilhelm motivo alguno para quererle. Como el padre tampoco le hacía caso acabó en Würzburg, con sus abuelos Müller. Su abuela se preocupó de su educación, aunque de un modo confuso, pues entre los Müller coexistían jesuitas fanáticos con

calvinistas extremos. El indefenso August-Wilhelm se habría perdido en aquel *mälstrom* del espíritu de no intervenir un vecino ateo, Herr Wolfgang Herwig. Gracias a él, y al tino con que fomentó en el niño un reprobable amor a la lectura, el otra vez salvado por los pelos August-Wilhelm volvió a sobrevivir, ahora en lo intelectual.

Tenía trece años cuando falleció su abuela; no tuvo más opción que volver con su padre, que se ganaba la vida en Erfurt como maestro de fortificaciones. Consiguió plaza en un colegio, y además se granjeó la protección de un profesor llamado Siegling, que supo ver en él un singular talento para las matemáticas, el dibujo y las ciencias. No mucho después Herr Neidhardt volvió a marcharse. August-Wilhelm prefirió seguir en Erfurt, alojado en la casa del excelente profesor Siegling. Por desdicha para él estaba en la edad donde las hormonas se apoderan del cerebro, y en la casa vivía una Fräulein Siegling que padecía formidables hormonas, ella también. El incipiente idilio no duró mucho, ya que la preocupada Frau Siegling sospechaba que de no separar a las criaturas sería inevitable que al poco hubiera más criaturas, de modo que August-Wilhelm volvió a verse, una vez más, en la calle. Tenía quince años, una edad en que las penas de amor y de dinero a menudo conducían a probar fortuna en los ejércitos. Eligió un regimiento de húsares austríacos, el *Wurmser*, aunque al año se cambió al mejor pagado *Zwergfürstenarmee Anspach-Bayreuth*, al saber que su dueño, el Markgraf Christian-Friedrich, tramaba colocárselo a Inglaterra. El 28 de febrero de 1777 un ilusionado August-Wilhelm estaba listo para iniciar con 2.352 compañeros —cuatro regimientos— un viaje que acabaría meses después en los muelles de New York, pero en el último momento el caritativo Markgraf decidió que no embarcase, pues había conseguido una beca para él en la cercana universidad de Erfurt. Según le dijo, un par de años allí le bastarían para conseguir una plaza de teniente, tanto en su ejército como en cualquier otro. En cuanto a sus esperanzas de conocer las colonias británicas, que no se preocupara; en ese mismo par de años seguro que surgirían más necesidades de carne de cañón.

Los cuatro regimientos se rendirían en octubre de 1781 en un lugar llamado Yorktown. Se les internó en muy malas condiciones, al punto que sólo eran un tercio cuando abordaron varios barcos, rumbo a Europa, el 4 de mayo de 1783. En el muelle se les unieron tres batallones Anspach-Bayreuth llegados en 1781 que no se habían dejado apresar. Uno de sus oficiales, un fornido Leutnant Neidhardt de agradable aspecto, regresaba satisfecho, pues aparte de haberse divertido ya era todo un oficial. De los 1.643 mercenarios que regresaron a Bayreuth fue de los que trajeron el zurrón más lleno, y no sólo de dinero. Contaban más las ideas. Durante su tiempo en las colonias aprendió que las guerras bien podían no ser cosa de mercenarios —los milicianos enemigos eran voluntarios— y que había más formas de lucharlas que las inspiradas en Turenne, Friedrich II, Marlborough y Eugen von Savoyen. Los

americanos andrajosos no sólo desdeñaban las pautas disciplinarias de los ejércitos europeos, sino que ni siquiera guerreaban con usos civilizados. A partir de aquellos principios, lo intuía, la guerra pronto dejaría de ser un deporte de soberanos para volverse un asunto de patrias.

En Bayreuth se replanteó su porvenir. El Markgraf no quería seguir en el negocio de la guerra mercenaria, lo que anulaba cualquier idea de hacer carrera en su ejército, y por extensión en ningún otro de los varios dedicados a lo mismo. Así, tras vencer no pocas dudas, a primeros de 1786 sentó plaza en el KPA o Königlich Preußische Armée^[30] —con Inglaterra en paz, no había muchas patrias para elegir—; tras un proceso de aceptación que culminó en una entrevista con el recién coronado Friedrich-Wilhelm II, se incorporó al 15.º Füsilierbataillon con el grado de Oberleutnant.^[31] Tenía veintiséis años, ideas claras y un firme propósito de abrirse camino. Lo primero que necesitaba para despejar su ruta de ascensos en aquel clasista ejército era implantarse un Von, adminículo nominativo que señalaba un origen noble. Los prusianos legítimos, si no lo poseían de cuna, tenían difícil procurarse uno —los registros nobiliarios eran tan minuciosos como casi todo lo prusiano—, aunque los mercenarios procedentes de marquesados incontrolados podían seguir caminos tortuosos, en la seguridad de que jamás toparían con los suspicaces reyes de armas de los desconfiados Hohenzollern. Así, el astuto August-Wilhelm transformó su discreto apellido en un imponente Neidhardt von Gneisenau, inspirado en un ignoto castillo familiar situado en los confines del Heiliges Römisches Reich^[32] y que no había sobrevivido a sabría Dios qué catástrofe. Un apellido digno de ser tomado por prusiano, y así se inscribió en el registro del Cuerpo de Oficiales, aunque no hubiera nadie capaz de señalar en un mapa dónde quedaban las ruinas del fantasmagórico *schloss Gneisenau*.

Sus primeros tiempos en el KPA no fueron distinguidos. A los treinta y cinco años, sin haber visto más acción que una campaña sin historia en la Polonia de 1794, era un triste *hauptmann* destinado en Jauer, una oscura guarnición en Schlesien. La única de sus virtudes era que allí tenía la mansión familiar un discreto Freiherr de provincias. Su hija mayor, pese a la floja prosapia de sus ancestros, era un partido codiciado, tanto por su calidad de belleza local como por su espléndida dote. A eso se debía que fuese una plaza bajo asedio, si bien para ella, desde nada más conocerle, no hubo sitiador más deseable que un capitán singularmente agraciado, de gran inteligencia, cultura muy amplia, cálido y apasionado verbo, excelente pluma, fuerte personalidad y valentía personal avalada por numerosos duelos victoriosos. Así, el 17 de octubre de 1796 Karoline-Friederike von Kottwitz se convirtió, a sus veinticuatro años y en la preciosa Friedenkirche,^[33] en Frau Neidhardt von Gneisenau. Fue un matrimonio feliz, como se puso de relieve con el paso de los años, pues al promedio de un hijo cada dos ella y su marido engendraron un total de siete. Al tiempo de

construir su familia el Hauptmann Gneisenau reavivó su carrera, lo cual le llevó a ser Major poco después de que Friedrich-Wilhelm III declarase una insensata guerra contra la Francia de Napoleón, el hombre más temido del universo.

La guerra de 1806 comenzó en el desastre de Iéna-Auerstädt, siguió con la carnicería de Eylau y acabó en la matanza de Friedland. Para el KPA fue una catástrofe, con una excepción, un único destello de pasadas glorias: la defensa de Kolberg, un puerto báltico que resistió hasta el final las acometidas de dos *corps d'armée*. A su frente, un desconocido Major Gneisenau. A su país —él se consideraba prusiano, pero conforme subía y subía más patente se hacía el rechazo que inspiraba en los *junkers*;^[34] jamás le perdonarían que naciera sajón, que se llevase una heredera cotizada y, sobre todo, que fuera tan avisado; como alguna vez dijera el propio Friedrich-Wilhelm, buen conocedor de su pueblo, «Gneisenau es demasiado inteligente para que le vayan bien las cosas»— le hacía falta un héroe, y gracias a eso el Oberstleutnant Gneisenau fue aceptado en la Kriegsakademie^[35] de otro ilustre mercenario, el Oberst Gerhard-Johann von Scharnhorst. Éste compartía con Gneisenau el no ser prusiano, el pensar del KPA que necesitaba una reforma integral y el estar mal visto por sus ultraconservadores colegas. En pocas semanas se les unieron otros raros militares aficionados a pensar, así como algunos políticos e intelectuales. Pronto se les dio en llamar *reformadores*, con tinte negativo, pero al deprimido rey —por la derrota, por la desmembración del país y por la muerte de su esposa, la venerada Königin Luise— le gustaban mucho sus ideas, tanto que les dejó hacer más o menos a sus anchas, aunque siempre bajo la vigilante mirada de Napoleón, que nunca se fió de los tales «reformadores».

En marzo de 1813 Gneisenau era coronel, en la reserva. Se había pasado parte de 1809 y 1812 implicado en misiones diplomáticas ante las cortes austríaca, británica, sueca y rusa, sirviéndose del inglés aprendido en las colonias y el limitado francés que con inaudito empeño logró aprender en sus años de Jauer. Nada más declarar la guerra el irresoluto Friedrich-Wilhelm le nombró Generalquartiermeister^[36] a las órdenes de Scharnhorst, a su vez Generalstabschef del Schlesischesarmee^[37] bajo el mando del General der Kavallerie Gebhardt-Leberecht von Blücher, un guerrero de setenta años y limitado intelecto pero excelente conductor de hombres; tampoco era prusiano, ya que procedía de un ducado vecino, Mecklenburg-Schwerin. Que siguiera en activo era culpa de Gneisenau, quien había pedido al rey que, pese a las medidas habilitadas con carácter general, no le pasase a la reserva; de ahí que al comenzar la *Befreiungskriege*^[38] sólo Blücher y Bogislav-Friedrich von Tauentzien hubieran sido generales con mando el fatídico día de Iéna. Los otros 144 estaban jubilados, formalmente por el rey pero en realidad a iniciativa de los muy odiados Scharnhorst y Gneisenau.

Scharnhorst cayó herido en Großgörschen, para morir en Praga mes y medio

después. Gneisenau, ascendido a Generalmajor, tras ocupar su puesto se mantuvo junto a Blücher hasta la ocupación de París, en marzo de 1814. Fueron días de gloria, coronados por el rey con inusitada generosidad. Blücher fue ascendido a Generalfeldmarschall^[39] y recibió el título de Fürst Blücher zu Wahlstatt. Los tenientes generales Yorck, Tauentzien, Kleist y Bülow fueron promocionados al grado de General der Infanterie y ennoblecidos con los títulos de Graf Wartemburg, Graf Wittemberg, Graf Nollendorf y Graf Dennewitz y, por fin, el Generalmajor Gneisenau ascendió a Generalleutnant, recibió el título de Graf Neidhardt von Gneisenau y, lo que no esperaba nadie, se le concedió una magnífica propiedad: el *schloss* Sommerschenburg, a poca distancia de Magdeburg.

Aquel día le acompañaba la Gräfin Karoline. Querían ver por sí mismos su nuevo *schloss*, así como valorar lo que costaría restaurarlo, pues el notoriamente tacaño Friedrich-Wilhelm se lo había regalado a como estuviera. Visto de cerca parecía próximo a caerse, y por dentro era como si ya se hubiera caído. Por fortuna no había necesidad de habitarlo, sino en todo caso adecentarlo a la espera de venderlo cuando ya no hubiera Friedrich-Wilhelm III. En el entretanto seguirían donde siempre. Su propiedad en Schlesien, Erdmansdorff, era incomparablemente mejor.

Cevallos padecía estigmas que traicionaban su españolidad. Uno muy significativo era su extrema puntualidad. Un defecto tan inespañol que sus preocupados secretarios le rogaban que a sus visitas les hiciera guardar unos minutos de antesala, no se fuesen a crecer en demasía. Era lo que aquella mañana sugerían en relación al mariscal que se acababa de sentar en la sala de visitas del primer secretario de Estado, el jefe de la en otros siglos temida y admirada diplomacia española. Él valoraba su opinión, aunque a pesar de la suavidad de sus modales era hombre de criterios firmes, tanto que no sólo desoyó el consejo, sino que se levantó de su escritorio para ir a buscar a su visita. Lo hacía no sólo por su gran sentido de la cortesía, el propio de quien ha sido embajador buena parte de su vida. Influyó el cálculo; de una parte, aquel hombre contaba con las mejores recomendaciones que podía presentar un español, y de otra nunca es bueno enviar a una embajada un tipo que se sienta miserable o maltratado, pues al no sentirse respaldado hará mal su trabajo.

Se conocían desde la encerrona de Bayona, pero sólo se volvieron a ver en 1812, cuando Álava llevó a Cádiz la noticia de Ciudad Rodrigo. Cevallos recordaba un tipo cetrino, delgado, más vivaz que nervioso, de oído bastante duro, como era normal en los que tienen por oficio el cañonazo, y de hablar muy teñido de términos marinos, lo que podría sorprender a quien no conociese su vida. Las semanas en el cuartel del conde-duque no parecían haberle sentado mal, pues no sólo le veía con más peso,

sino que algún indiscreto botón de su impecable uniforme^[40] delataba que cuando se lo hicieron desplazaba menos. Cevallos conocía la razón, así que no necesitó preguntar: el coronel jefe del conde-duque le había tratado con el respeto y la deferencia que su rango merecía, en prueba de lo cual no le puso en una celda, sino que le habilitó una pieza en su propia residencia, con su salón, su cocina y su aseo. La cocina no hizo falta, ya que cada tarde su devoto criado, un truhán apodado Zurrasas, le traía su cena, recién cocinada, pues no había ni diez minutos desde la casa del mariscal hasta el cuartel. Si la comida era buena —lo que comprobaba en persona el hambriento coronel, cordialmente invitado por su prisionero— mejor era la bodega del mariscal, de inmejorable calidad y que además se incrementaba con acuerdo a un ritmo superior al que Álava y el coronel podían resistir. No tuvo nada de particular que, al llegar el oficio del secretario Eguía ordenando la liberación del preso, éste y su anfitrión dieran cuenta de todas las botellas que pudieron la última cena que disfrutaron juntos, y que las sobrantes pasasen a enriquecer la bodega del coronel. De ahí venía que, al responder al sutil interrogatorio de un secretario de Don Pedro, el coronel no vacilara en afirmar que Don Miguel era un caballero de los que ya no quedaban.

—Si no le parece mal, amigo Álava, nos apeamos los tratamientos. Como diría Su Majestad, no nos andemos con el bolo colgando, que por desgracia no tenemos mucho tiempo.

El tono era cordial y el gesto simpático. El mariscal, sin ganas, accedió a sonreír.

—¿De verdad habla tan mal como dicen?

—Peor. No sé dónde aprenderá, la verdad. Algunas de las cosas que suelta luego he de consultarlas con mis palafreneros, que si de algo presumen es de hablar peor que nadie. Pues ni por esas: les supera en todo —sonrieron; Álava, más abiertamente que antes; Cevallos, tan experto como cualquier embajador en el arte de calibrar personas, sintió alivio—. Tenemos poco tiempo porque no sería prudente que le concediera más de media hora, y es que no hace falta mucho más para explicar su misión a un embajador —el mariscal compuso un gesto de sorpresa—. Como ha pasado usted mes y pico fuera del mundo no debe de saber que Madrid se ha vuelto una ciudad muy peligrosa, tanto que cada mañana nos aparecen unos cuantos infortunados que han tenido un mal encuentro. En su mayoría son maleantes que se cruzaron con otros maleantes, aunque hay honrados ciudadanos que, para su desgracia, no eligieron bien los pasos para llegar a sus casas. También, y con penosa frecuencia, nos damos con algunos igual de honrados pero que no fueron víctimas de asaltos fortuitos. Su característica común es ser tenidos por desafectos o por afrancesados, o, peor aún, por liberales. Quienes les buscan, y les encuentran, jamás son a su vez encontrados, pese a demostrar que poseen una excelente información, de la clase que un delincuente vulgar jamás podría conseguir. No me asombraría que

alguno de sus informadores, nada más se vaya usted, comuníquese a quien tenga orden de hacerlo la duración de nuestra para mí agradable reunión. Si dijera que no ha pasado de media hora nadie se preocuparía, pero si consumiera más tiempo se levantaría lo peor que se puede levantar contra cualquiera en estos difíciles días, La Sospecha, y si algo puedo recomendarle, mi querido teniente general, es que no levante usted las de nadie. No en Madrid, y si puede tampoco en Vitoria.

—¿Dijo usted teniente general?

—Así es. Con antigüedad de 14 de octubre. Su Majestad me ha encargado le haga saber que le tiene a usted en su más alta consideración y que quienes le acusaron serán severamente castigados por denunciarle con tan imperdonable ligereza y tan vil falsedad.

—Pues más me suena que pretende callarme la boca, sin más —el secretario Cevallos no dijo nada, porque no había nada que decir; se limitó a sonreír con un punto de amargura, en lo que pronto le imitó el teniente general—. Los uniformes me valen, gracias a Dios. Sólo deberé añadir en las bocamangas otro entorchado. Y los bicornios, claro. Deberé comprar unos cuantos.

—No se lo discuto, pero ni en París, ni en Bruselas ni en La Haya creo yo que tenga necesidad de aparecer como un teniente general. Como un embajador, sí. Su cargo requiere tres uniformes: gala de diario, gala nocturna y verano al aire libre. Bueno, y todos los que pueda usted considerar oportuno, que no hay un solo embajador, de los poquitos que ahora nos podemos pagar, que no sea flexible con el asunto de la uniformidad. Eso, en cualquier caso, ya dependerá de cómo lo vea usted y de cuánto dinero quiera gastar. Dentro del no mucho que por desgracia le puedo entregar figura el necesario para que se haga esos tres, y a ser posible con un sastre no desmedidamente ambicioso.

—El mío de Vitoria nunca lo ha sido.

—Pues no sabe la suerte que tiene. Pensando que se haría usted allí la ropa he mandado que incluyan en la valija que ahora le darán mis secretarios los figurines correspondientes a los tres grados de uniformidad, por si su cortador los desconoce.

—¿Ha dicho que voy a ser embajador en París, en Bruselas y en La Haya?

—No exactamente. Lo será en el Reino Unido de los Países Bajos, un país que no existe. Nacerá una vez concluya el congreso que se celebra en Viena, lo que sucederá entre abril y septiembre, o eso pensamos aquí. Hoy por hoy ni siquiera se sabe dónde residirá su gobierno. Yo rezaría por que fuera en La Haya, pues allí tenemos casa. Si fuera en Bruselas deberá usted arrendar una, pues para comprarla no le llegará. En cualquier caso, no deberá ir por allí antes de que dicho Reino Unido exista, por lo cual será en París donde fijará su residencia.

—¿Por qué allí precisamente? ¿No podría seguir en Madrid, o en Vitoria?

—No son esos los deseos de Su Majestad, ni los míos. Antes de contárselos

desearía poner algo en claro: su nombramiento no es un destierro dorado. El Reino Unido de los Países Bajos será nuestra octava embajada en orden de importancia, tras Inglaterra, Francia, Rusia, Austria, Prusia, Portugal y la Santa Sede. Estas legaciones no se confían a simples desterrados. Su nombramiento responde a una necesidad del Estado, y si he pensado en usted es porque le supongo el mejor español disponible para la misión, no porque le desee lejos de Madrid. Sí que prefiero no verle aquí, por supuesto, aunque por su seguridad, en prevención de que la chusma vil le degüelle cualquier noche. Donde de verdad le quiero ver es en su destino cuando sea el momento, y mientras llega le necesito en París.

El teniente general, que no necesitaba preguntarse qué sería la *chusma vil* —su hospitalario coronel-carcelero-anfitrión era singularmente locuaz a partir de la tercera botella; gracias a su muy naval don de resistir media docena sin perder el norte, pudo saber que así llamaba el populacho a la camarilla real, la que formaban el duque de Alagón, Antonio Ugarte, Pedro Chamorro, los curas Escóiquiz y Ostolaza, el nuncio Pedro Gravina y el embajador Dimitri Tatischeff, y también que la lista de aquellos a quienes se la tenían jurada la encabezaba Cevallos, figurando él mismo en el grupo que sus colegas ingleses llamarían *top ten*, y que si de momento se libraba de pasar por el paredón era porque las sospechas de su adscripción a la masonería no casaban con su notorio emparentamiento con la Santa Inquisición—, percibió el matiz: el primer secretario de Estado dejaba de hablar en plural. Ya no se parapetaba tras el rey. Se convertía en lo que a fin de cuentas era: su jefe. Una constatación tranquilizadora. Cuando menos significaba que aquel nombramiento no era como el de mayo. El que le acababan de anunciar tenía mayor aspecto de ir en serio.

—¿Y qué debo hacer en París?

París y Vitoria, viernes 9 de diciembre

El duque de Wellington, embajador de Inglaterra en la corte del rey Louis XVIII, estaba preocupado. Había elegido para preocuparse un *salon littéraire* muy concurrido, el de Madame Récamier, pensando que la diosa se apercibiría de su rostro ausente, pero no debía ser la suya una expresión capaz de atraer las miradas de la deidad, por entonces secreteando con otra diva de la noche, la *rather common* Aglaé Ney. Menos mal que su rupestre marido no andaba por allí. Los disgustos del día se habrían tornado catastróficos de toparse con el *maréchal*. No le gustaba, Ney. No por sus pasados episodios en Portugal, que por su parte no tuvieron nada personal; si hubiera podido matarle lo habría hecho, aunque sin encono especial, como se habría cargado a cualquier otro mariscal francés. Si le caía mal era por su nula deportividad, hija de su limitada caballerosidad, a su vez consecuencia de su educación lamentable, la propia de lo que al fin y al cabo era: un vulgar hijo de tonelero. Los efectos de la mala crianza son inexorables, y de ahí venía que aquel Picton mitad francés, mitad alemán, tendiese a comportarse como un perfecto animal. Aún se comentaba su encononazo con la duquesa D'Angoulême, y sólo porque la pobre mujer había tomado un poco el pelo a la madre de sus hijos. Ciertamente que no está bien menospreciar a las princesas que no lo son de sangre propia, sino de la mucha derramada por sus maridos en los campos de batalla, pero un Maréchal d'Empire, ahora Maréchal de France, no podía perder los papeles de un modo tan cuadrúpedo. En eso debería tomar clases de su colega Masséna, que lejos de mostrar animadversión le saludó alegremente, de un modo que sólo cabría calificar de *británico*, reclamándole una invitación a cenar por haber estado cerca de matarle de hambre cuando guerreaban en Portugal. Un estilo tan de *gentleman* que sólo permitía responder como lo hizo él, reclamándole lo propio ya que, a cambio de adelgazar un poquito, el otro le había quitado el sueño durante semanas. Acabaron riendo y tomándose del brazo, cual corresponde a dos elegantes caballeros que no por eso dejarían de masacrarse si volvieran a vérselas en un campo de batalla. Ney, no. Ney era un borrico. No pudo ser más propio de su pésima educación el volverle la espalda en presencia del rey, que un punto avergonzado por el comportamiento del cabestro se quiso disculpar en su nombre, aunque gracias a los dioses él traía ensayada la respuesta, de modo que no vaciló en exhalar un venenoso «estoy acostumbrado, Sire; desde hace cinco años, siempre que nos encontramos hace lo mismo». No debió tardar en llegar a las orejas del gorila pelirrojo, aunque por fortuna no regresó para tirarle un guante. Quizá por eso resultara tan sorprendente que Madame Ney fuera tan exquisita pese a ser tan ordinaria. ¿Cómo podría soportar al asno de su señor?



Charlotte, duquesa d'Angoulême, hija de Louis XVI y nuera de su tío el conde d'Artois; Napoleón, que no sentía gran simpatía por la familia real, a Charlotte la respetaba, al punto de decir de ella que era 'el único macho de su familia'.

El *salon* de Juliette era el más celebrado de París. Aquella noche lo infectaba el usual coro de jesuseros de la espiritual *salonnière*, reforzado con algunos provincianos carentes de interés y de paso por una ciudad empeñada en brillar, aunque más peligrosa que cuando reinaba el Corso. El que peor opinaba del orden público era el Duc d'Otrante, seguramente porque Blacas, incapaz de comprender que si alguien convenía tener cerca era el que demostró ser mayor conspirador del Imperio, no le ofreció su antiguo cargo de ministro de la Policía. El siniestro duque, con el que Wellington se veía de vez en cuando, no era un asiduo al salón de Juliette, por ser notorio que la sin par anfitriona le detestaba de un modo nada cordial, quizá porque se lo cerró a finales de 1803. A la bella Récamier le gustaban los políticos, pero Fouché superaba ese concepto. Su papel desde 1793, cuando en Lyon le

rebautizaron *mitrailleur*, se parecía más al de Cerberus. Un hombre de gran sutileza y profundo conocedor de los recovecos del alma, pero no por sensibilidad, sino por haber dirigido la policía del Directorio, del Consulado y de los primeros años del Imperio. Un ser exquisitamente bien dotado para sobrevivir. A todo y a todos. De ahí venía que Wellington buscara su compañía, pese a lo mal que olía. Joseph Fouché, Duc d'Otrante, era un tipo inusual: reciente viudo de una mujer horrible a la que siempre fue fiel, padre de unos hijos feísimos a los que amaba tiernamente, de modales bruscos, conversación retorcida y carente de gracia personal, era el hombre mejor informado de Francia. El que conocía más secretos de más franceses y más francesas. El que pretendía contarle los de Juliette, pero al que no quería escuchar para no tener que pagar lo que pediría por explicárselos.



Joseph Fouché, Duc d'Otrante, antiguo diputado regidista y ministro de la policía del Consulado, y de la primera mitad del Imperio

Wellington, junto a una muy preñada princesa de Chimay, aparentaba interés por la evocación de otros tiempos, los anteriores al 18 Brumario. Qué diferencia, escuchaba, entre aquella sosa estancia y el primitivo salón de la Récamier, el del *hôtel* de la Rue Mont Blanc donde vivió tantos años el ministro Necker, llorado padre de

Germaine de Staël, al cual lo compró Jacques Récamier cuando era uno de los hombres más ricos del Directorio, para que Juliette «recibiese» a sus anchas. Divinos días aquellos, cuando *la belle Julie* recibía en lo que más que una casa era un *hôtel particulier*^[41] Los tiempos cambiaron y el dinero desapareció, pero en alguna medida regresaba, de modo que la hospitalaria mujer de nuevo «recibía» en un salón donde no había más lujo que la notoriedad de los habituales. Aquella noche destacaba la baronesa Staël-Holstein. Una mujer que llevaba veinticinco años dominando París. El tiempo le pasaba factura, pues su tonelaje desbordaba lo aceptable. Su trasero, que los exégetas del Directorio consideraban más interesante que su espléndido cerebro, ahora recordaba los monstruosos recintos que los despiadados españoles empleaban para torturar hasta la muerte, con inconcebible crueldad, animales inocentes que no se metían con nadie. Un entretenimiento vituperable, aunque no el único que Wellington contemplara con frialdad en los años de la Guerra Peninsular. Aún peor era despeñar cabras desde los campanarios, o alancear durante horas vacas aterradas sin la decencia de rematarlas. De ahí que le gustase Álava. Era español, sí, pero en absoluto comulgaba con aquellas barbaridades. Sería por eso que a él, y a los que pensaban como él, sus paisanos les llamaran *ilustrados*, con desprecio. Para ser tan bárbaro como eran casi todos hacía falta ser tan iletrado como la mayoría de los que había tenido el disgusto de tratar.

Una de sus preocupaciones partía de una carta que antes de salir le pasó su secretario militar y sobrino consorte, Lord Fitz-Roy Somerset, un chico leal y no muy listo, del mejor origen —octavo hijo del duque de Beaufort—, discreto hasta la exageración y del que dos años antes se quedó prendada su sobrina favorita, con la que se casó no hacía mucho. La carta procedía de la secretaria de Monsieur Blacas. En ella se le comunicaba el cese del general Dupont como ministro de la Guerra y el nombramiento del mariscal Soult para sustituirle. Lo primero estaba cantado desde hacía semanas, cuando empezó a correr la voz de que se dejaba sobornar. Él no lo creyó. Allí jamás cesarían a un ministro por poner el cazo —figurar en un gobierno y no aceptar un soborno era tan inconcebible que no se podía concebir—; lo que le había destruido era la insoportable atmósfera que se respiraba en el ejército. Blacas no sabía reconocer errores, pero ante sí mismo seguro que lo hacía: designar a Dupont para la Secretaría de Guerra, sólo por no ser sospechoso de amar a Boney, fue un completo disparate.



Pierre-Antoine Dupont de l'Étang (1765-1840)

Pierre-Antoine Dupont de l'Étang fue un oscuro general en los tiempos de la Convención, el Directorio, el Consulado y la primera mitad del Imperio. Salió del anonimato al apuntarse la primera gran derrota del Ejército Imperial, y por si fuese poco a manos de un desconocido que mandaba una horda de desharrapados. Si algún ejército despreciaba Napoleón era el español, al que tenía por corrupto, indisciplinado, mal armado y peor mandado por una caterva de borrachos; a eso se debió que se sintiera profundamente agraviado ante la noticia de que había masacrado uno de sus *corps d'armée*. Se lo tomó tan a mal que se puso al frente de las tropas en la Península, dispuesto a liquidar cualquier resistencia que los españoles osaran plantear. A Dupont no sólo le destituyó, sino que le sometió a un consejo de guerra, gracias a lo cual el pobre hombre se pasó dos años en la fortaleza de Joux. Cuando Louis XVIII recuperó el trono Dupont era el general menos sospechoso de simpatizar con Boney, así que le incorporó a su Conseil Privé como ministro de la Guerra. Su nombramiento fue contestado por los mariscales, asqueados de verse a las órdenes de un idiota que capituló ante un ejército inferior. Con el paso de los meses la sorda hostilidad pasó a ser clamor ensordecedor, menos por sus antecedentes que por la impopularidad de sus medidas, como licenciar a medio ejército, poner a media paga el otro medio, bloquear los programas de armamento, instrucción y suministros, permitir que se ofendiera de modo sistemático a los mariscales del Imperio, que ahora lo eran de Francia y, de postre, crear una Guardia Real mercenaria, desmedidamente bien pagada y equipada de un modo tan fabuloso que despertaba no ya la envidia, sino la indignación general.

El plante contra Dupont era tan amenazador que Blacas debió recurrir a un mariscal prestigioso, Jean de Dieu Soult, Duc de Dalmatie —los títulos del Imperio no eran apreciados en el entorno de la vieja nobleza regresada, pero se hacían excepciones—, quien había logrado convencer a todo el mundo no ya de su lealtad,

sino de su devoción por el rey. Si la primera medida sólo tuvo de malo que no la tomase antes, la de nombrar a Soult sería catastrófica, pensaba Wellington. Soult era el tipo más corrupto no ya de Francia, sino del continente. Tardaría en echar mano a la caja lo que tardara en ocupar la poltrona. Un ejército tan necesitado de fondos como el francés no podía permitirse que ni un solo franco de los presupuestados dejara de llegar a su destino, fuera éste salarios, instalaciones o armamento. Con Soult sería cuestión de meses que los soldados se sublevaran. Siempre les había derrotado, aunque no por causas imputables a ellos o a la oficialidad, que a su juicio era profesional y valerosa. Los mariscales eran la causa de las derrotas, y él sabía la razón: a la sombra de Boney era imposible que un general desarrollara la capacidad de pensar por sí mismo que debe poseer el jefe de un ejército. Los mariscales de Bonaparte funcionaban bien cuando tenían a la vista su *riding coat*, pero si estaban solos la inseguridad les dominaba, les hacía cometer errores rara vez fatales, aunque sí lo bastante graves para impedirles acceder a posiciones vencedoras. Los de la primera época, cuando Boney iniciaba su carrera, sí sabían vencer. Buenos ejemplos fueron Moreau, Desaix y su cuñado Davout, pero los primeros estaban muertos y del tercero no se fiaba nadie. Otro error de Blacas. Davout habría debido ser su hombre, pero aquel imbécil, como Fernando, no quería rodearse de los mejores. Sólo le interesaban los leales. Davout, el más republicano de los mariscales, no era fácil de manejar. No lo fue ni para Bonaparte, de modo que nada tenía de particular que Blacas le ignorase. Dios quisiera que Inglaterra, que a fin de cuentas era lo importante, no lo tuviera que lamentar.



Juliette bailaba para el sublime pedante Benjamin Constant. La multitud les hacía corro, hechizada. El más profundo de los intelectuales profundos babeando ante los meneos de la más inaccesible de las diosas. Wellington se preguntaba si no estaría ya bien de hacer el imbécil. Seguir allí, sin conseguir una sola mirada de Juliette, era penoso. El problema era que volver al *hôtel* Charost, su recién adquirida residencia en el Faubourg Saint Honoré —Paulina Bonaparte, comprensiblemente ansiosa de hacer caja, lo había vendido a la Corona Británica, mobiliario incluido, en el para ella no buen precio de 863.000 francos—, se le hacía todavía más horrible. Por Kitty. Aquel día padecía un magnífico dolor de cabeza. De los no graves, los que sólo le impedían salir. Si regresase a tan temprana hora la encontraría en pie. Había ya cumplido con la obligación de visitar el establo, por lo que no haría falta movilizar su imaginación para fingir un ataque de pasión, pero de lo que no podría escapar sería de la fatigosa servidumbre de charlar unos minutos. Si hablar con ella le aburría, salir con ella era un espanto. Le avergonzaba dejarse ver con aquella mujer tan vieja y tan fea, fatal realidad de la que años antes fuera belleza cotizada, tanto que su rechazo coquetuelo a sus apasionados avances le descorazonó de tal modo que desertó del violín para dedicarse a la infantería, y además tampoco era tan anciana, que aún no cumplía cuarenta. Sería dos o tres años mayor que Juliette, aunque puestas las dos juntas la duquesa de Wellington pasaría por la madre de Madame Récamier. Alguna vez se preguntaba si no debería divorciarse. Viviría mejor, pero sería un acto criticable, de la clase que un caballero no se podía permitir, y menos si no se conformaba con ser un simple Duke of Wellington, Feldmarschall of the British Army and British Ambassador. Quería más. Para eso, lo sabía, no quedaba más opción que seguir con la vieja, desdentada y casi ciega Kitty Pakenham colgada de su brazo. Una tortura, sí, pero sería otra vez llevadera cuando la devolviese a Hamilton Place. Los últimos diez años los habían pasado así, ella en la mansión familiar y él por esos mundos. Un tiempo en el que comprobó hasta la exasperación que la vida sin Kitty era preferible a la vida con Kitty. Cuando regresó al continente, cuatro meses antes, ya sabía que no tendría más remedio que traérsela, pues no tenerla con él en el excitante París de la Restauración daría que hablar, lo que jamás es bueno para prosperar en política. Ésa era la razón de haberla sacado de su plácida vida vegetal para soportar el suplicio de verla cada día. Terminaría pronto, pues Liverpool le quería en Viena para relevar a Castlereagh, al que decía necesitar en la House of Lords, aunque también podría ser, había dejado caer minutos antes la viperina Germaine de Staël, que para negociar con aquellos tigres de Metternich, Talleyrand, Hardenberg y los mercenarios del Zar, mejor sería que Inglaterra contase con alguien de acreditada dureza, en lugar de aquel melífluo y delicado Viscount of Castlereagh.



Lady Catherine 'Kitty' Wellesley, Pakenham, Duquesa de Wellington

Quizá Germaine tuviera razón. Lo pensaba por la última carta de Liverpool. Le pedía sus mejores esfuerzos para ganarse a Francia. En la opinión de Sir Robert Banks Jenkinson, Earl of Liverpool y primer ministro del Regente, Louis XVIII era el único soberano continental digno de confianza, opinión que Wellington deploraba; el Zar, proseguía Liverpool, era un libertino insoportable, al rey de Prusia lo esclavizaban sus asaltados generales, y en cuanto al Kaiser Franz le tenía por un bobo muy honesto aunque del todo en manos del sinvergüenza de su canciller Metternich, del que ninguna persona en su sano juicio se fiaría. Una evaluación, se decía, benévola en exceso. La suya era peor.

Le gustaba observar a *la belle Julie*, pese a no ser una belleza canónica. Su rostro era gracioso, aunque de facciones poco resaltables y de cuello un tanto fornido. Pese a la moda imperante no mostraba más allá de un recatado escote, por ser evidente que no estaba bien dotada para criar a nadie. Sus brazos eran robustos y sus caderas resultaban un tanto escurridas. En cuanto al resto del cuerpo, del que seguía sin conocer a nadie capaz de opinar, sólo mostraba unos pies nada diminutos. Juliette era un conjunto de imperfecciones que alcanzaban una inusitada perfección, sin que fuera capaz de formular el porqué de tal fenómeno. Prefería sentarse y divagar, sin dejar de contemplarla. Recordaba una carta de días antes, de Fernando el Deseado, anunciando la liberación de Álava y explicando que todo fue un malentendido. Fernando era un imbécil, tanto como Louis si no más, sentenciaba sin conseguir una

mirada que le alegrase la *soirée*. La vida les había ofrecido lo que bajo ninguna lógica merecían, una restauración pacífica, y en vez de ser juiciosos se afanaban en llevar a sus países a una revuelta, si no a una revolución. Cuán penoso era verse obligado a respaldarles, pero Inglaterra necesitaba estabilidad en el continente y libre comercio con las colonias españolas, y si el precio era dar apoyo a esos dos tiranuelos, pues no habría más remedio, por mucho que le repugnara.

El baile se interrumpía. Constant amenazaba leer una de sus excrecencias. Expectación en la sala. Wellington empezó a estudiar una senda de huida; él no había ido allí a escuchar majaderías. Volvió a fijar en Juliette su acreditada mirada penetrante, implorando de los cielos el milagro de que la bella la devolviese y saliera del salón, en cuyo caso él iría tras ella un segundo después, aunque hubo de constatar que para los ateos no hay milagros. Juliette parecía no ya en trance, sino a punto de levitar. Suspiraba por las sollozantes palabras de *le crétin boiteux*, que aquella noche pensaba martirizar a los presentes con unos textos recién eyaculados a los que pensaba llamar *Adolphe*, y que según la venenosa Germaine serían un detallado y exhaustivo estudio de su inmensa estupidez. Pues asunto concluido, se dijo al tiempo de aparejar sin excesiva discreción y arrumbar hacia la puerta dando una buena velocidad. Si de algo sabía el duque de Ciudad Rodrigo era de retiradas estratégicas.

Álava tenía frío. Las nevadas no cesaban, así que sólo caminar por las empinadas callejuelas era un jugarse la vida. Pese a todo, lo prefería. Madrid, gran razón tenía Cevallos, era excelente para irse, y eso fue lo que hicieron días antes su esposa, él y Zurraspas, un soldado de artillería herido y olvidado en Medellín, y al que Álava, que cubría la retirada de Cuesta, vio moverse bajo la cureña de un cañón gracias a su vista de serviola. Tras izarle a su grupa y ante la demanda del pobre hombre —que le dejase allí, o los franceses les matarían a los dos—, exclamó en buen tono, para ser oído por los jinetes que le acompañaban —partidarios de abandonar al herido y huir al galope, pues a los lanceros que les perseguían ya se les adivinaba el color de los ojos—, que o se salvaban juntos o perecían juntos. Al soldado no se le olvidó aquel detalle tan impropio de un oficial —no podía saber que tan desusado caballero era marino—; de ahí que nada más recuperarse buscase al coronel que con virtual seguridad le librara de perecer a culatazos. Álava, enternecido, le tomó a su servicio. Zurraspas —Marcelino Expósito Paternoster, pero en su pueblo, Don Benito, el mote que te ponían de pequeño si eras el hijo de una puta, de los abandonados en la puerta del hospicio, era para toda la vida—, desde aquel día, no se movió de su lado; cocinaba —mejor que Thornton, opinaba Ciudad Rodrigo—, cuidaba de su ropa, se ocupaba de sus caballos y sus armas y, como un día le pidiera Doña Loreto, de impedir que le mataran por la espalda, pues de quienes vinieran de frente Don Miguel ya sabría ocuparse.

Al palacio Álava se le notaba que durante la invasión no se invirtió nada en sus hechuras. Habrían debido ir a la casa de los Arriola, en la cercana calle Correría, mas para el teniente general era cuestión de principios habitar la suya, de modo que recurrió al pretexto de así realizar mejor el inventario de las obras que debían llevarse a cabo a lo largo de los siguientes meses, las cuales deberían ser supervisadas por Doña Loreto, ya que, por razones que no necesitó explicar, tenía que marchar a su destino en prudente soledad. Su esposa, por su parte, no deseaba dejar su casa. En Vitoria estaba bien, rodeada de los suyos —la familia que formaban los Arriola, los Álava y los Esquivel era muy numerosa—, disfrutando de su sencilla y piadosa vida y, sobre todo, de sus sobrinos, a los que amaba con la intensidad de las que desde jóvenes intuyen que nunca parirán. Había marchado a Madrid por un deber de solidaridad, pero La Haya era otra cosa. En aquella lejana ciudad no se le había perdido nada, de modo que ni se planteó llevar allí su vida. Quería mucho a su esposo, aunque de un modo platónico. Era, el suyo, el amor de dos solterones que, archivadas las pasiones por culpa de una herida de guerra, comparten la lucha cotidiana contra la triste vejez. Lo último aún no era cierto, porque ancianos no eran —acababa de cumplir veintinueve y Miguel haría cuarenta y tres en febrero—, aunque su relación podía definirse así. No sólo por la inexistencia pasional, sino porque ninguno de los dos gozaba de muy buena salud.

Sentado junto a una estufa, Don Miguel trabajaba en un escrito para el hombre al que debía lo máspreciado que alguien puede deber a otro: la libertad. Wellington debía conocer su excarcelación, pues le mandó una carta nada más llegar a su casa de la calle Fuencarral, aunque sólo dijo que ya era libre y que pronto escribiría *in extensum*. Fue tan lacónico por la certeza de que sería leída por la policía de Fernando. En Vitoria sí podía extenderse, pues los Arriola sabían hacer llegar un sobre a París sin que lo interceptaran los esbirros del rey, de modo que dedicó un buen rato, y varias páginas, a explicar sus planes al hombre que tanto tenía que ver con ellos. Tras repasarla sólo añadió que pretendía llegar a París a mediados de enero y que se hospedaría en la embajada, en la Rue Mont Blanc. Como pronto dejaría Vitoria no habría tiempo para que le llegase una respuesta, de modo que mejor no contestara. En realidad sí lo daría, pero le avergonzaba explicar que la España de Fernando era mal lugar para recibir cartas, y que una de Wellington a Miguel de Álava sería primero leída por Velasco. Los descerebrados que gritaban «¡vivan las caenas!» seguro que no tenían quién les escribiera.

Portoferraio y Viena, viernes 23 de diciembre

Las finanzas del Emperador —aún lo era, pese a sólo imperar en las dos mil hectáreas de su isla— estaban en precario. La renta de la diminuta Elba no sobrepasaba los cuatrocientos cincuenta mil francos anuales. Con eso cubría un tercio de lo que necesitaba para vivir con la fracción de su familia que se le unió en el destierro —Madame Letizia y su hermana Paulina—, mantener sus tres residencias y hacer frente a los gastos de su séquito —los generales Drouot, Bertrand y Cambronne —, su servicio y su escolta, que había reducido a 607 *grogards*, 125 lanceros, 101 artilleros y 21 marinos. Cubría el déficit con los cuatro millones de francos que se llevó de Fontainebleau, pero a mediados de 1817 ya no podría pagar nóminas. Los términos de su abdicación establecían que Francia le abonaría con carácter vitalicio una pensión anual de dos millones de francos, pero Louis no dejaba de dar largas a la entrega de las primeras cantidades. Él sí cumplía lo pactado. Desde que llegase a Portoferraio a bordo del *HMS Undaunted*, cuyo comandante, Usher, no sólo fue su primer carcelero, sino el primer seducido por su nueva personalidad de viejo guerrero fatigado, sólo interesado en sus mulas y sus vacas, se comportaba con acuerdo a lo que Inglaterra esperaba de su persona. Llevaba recibidos más de setenta visitantes, todos de buen nivel social; de hecho, sus excelentes relaciones con Inglaterra, canalizadas a través de los numerosos barcos que fondeaban en Portoferraio, databan de sus primeros días en la isla. Las inició el 4 de junio, al asistir a la recepción celebrada en el *HMS Curaçao* con motivo del cumpleaños del rey George; una ocasión que luego se criticó al comandante, Towers, por haber habilitado un trono para él. Sir Benjamin Hallowell, por entonces comandante de la BMF,^[42] no veía con buenos ojos la fascinación que sus oficiales mostraban por el desterrado emperador; en alguna ocasión, en presencia de Sir Neil Campbell, comisionado en Elba y principal instigador de que los buques de Su Majestad recalasen allí, se lamentaba de que sucedieran tales cosas. Habría podido mandar que cesaran las visitas, pero al ser su mando temporal, a la espera de que Lord Exmouth tomara posesión, no quería complicaciones. Debería ser Sir Neil quien lo desaconsejase, aunque no tenía intención. Aquella misión suponía para él una vía de ascenso en la escala social, y la quería disfrutar.

La económica no era la única preocupación. Ni la mayor. Hojeando los periódicos británicos que le hacía llegar Lady Holland, a quien conocía desde que le visitara en el breve interludio de paz del tercer año del Consulado y que por entonces invernaba en Florencia —le asombraba que siendo Inglaterra la más tenaz de sus enemigas, tanto que a diferencia de Austria, Prusia, Rusia y España jamás había entrado en alianza con él, los admiradores que tenía en su nobleza y su alta burguesía fueran tan numerosos—, había sabido que las potencias reunidas en Viena barajaban alternativas

para su próxima residencia, una donde ya no sería el soberano de una isla paradisíaca, sino un prisionero sepultado en algún infame lugar a elegir entre Santa Lucía, Trinidad, Botany Bay, las Azores y, el más perdido de todos, Santa Helena, en medio del Atlántico Sur. A eso se debía su profunda inquietud. La vida en Elba no sería excitante, pero allí era un soberano. Era El Emperador. Su vida en cualquiera de aquellos otros lugares sería la de un vulgar prisionero. Él era un soldado traicionado, que no derrotado, y en ningún caso un criminal. Preferiría ser fusilado a que le desterraran a un islote tan abominable como cualquiera de aquellos, aunque también era verdad que no tendría por qué ser la única de sus opciones. Había otra, y llevaba días analizándola. Si cuando se clausurara el congreso él no estaba listo, su destino estaría sellado. No podía esperar a que tal cosa sucediese.

Al cumpleaños del Zar no sólo acudían el Kaiser Franz y el König Friedrich-Wilhelm —eran vecinos, pues el Kaiser había cedido al Zar el ala del Hofburg conocida como *Amelie*, adjudicando al König las habitaciones de la desconsolada Kaiserin Maria-Ludovika—, sino los titulares de las docenas de ducados y principados acreditados en el Congreso. Eran tantos, sumándoles sus séquitos, que la Großer Redoutensaal, la estancia mayor del complejo Redoutensäle,^[43] resultaba insuficiente. No había fallado uno solo por esperar que la fiesta del Zar, encantado de cumplir treinta y siete —inusitada longevidad para su oficio—, impulsase las embarrancadas negociaciones, comenzando por la que sostenían Rusia y Prusia contra Inglaterra y Austria por el porvenir de Sachsen (Sajonia) y Polska (Polonia). La fiesta era eso precisamente, una fiesta, de modo que los invitados se ocupaban de lo que se acostumbra en las fiestas: divertirse. Ahora, unos pocos, dispersos por estancias y saloncillos, entendían que la oportunidad era excelente para celebrar discretos conciliábulos y zarandear un poquito los asuntos.

De la Großer Redoutensaal llegaba la estridente música de Beethoven, una Octava Sinfonía estrenada en honor del Zar por deseo del gran benefactor del menesteroso compositor, el conde Razumovsky. Su duración, veinte minutos, recomendaba dedicar tan precioso tiempo a cosas mejores que torturar los propios oídos, más aún considerando que su creador en persona se ocupaba de aporrear las indefensas teclas de un afligido clavicémbalo pianoforte, o así lo dejaba caer el displicente príncipe de Bénévent en la cortesmente inclinada oreja del vizconde Castlereagh. El sonido era tan potente que impedía secretar, de modo que ambos se alejaban a cortos y silenciosos pasos, los únicos que podía dar el lisiado príncipe de la diplomacia. Llegaron así a una salita donde la catarata de corcheas quedaba lo bastante amortiguada para poder escucharse sin servirse de trompetillas.

—Si no fuera el protegido de Razumovsky ya le habrían fusilado. Castlereagh

prefirió no seguir por ahí. La música le gustaba, y se murmuraba que padecía dotes canoras, pero ni la horrisona de Beethoven era su favorita ni buscaba ese aparte para discutirla.

—Hoy vinieron a verme Czartoryski, Stein, Hardenberg y Humboldt. El dos y el tres de los rusos, y el uno y el dos de los prusianos. En actitud inamistosa, diría yo. Pretendían que dejara de oponerme a que los unos se queden con Polonia y los otros con Sajonia. Su talante sonaba, créame, más conminatorio que negociador. En lo que más interesados se mostraban era en convencerme de que no se trataba de tácticas negociadoras, y mucho menos de un farol. A mi pesar, me lo he tomado en serio. Estos indeseables parecen dispuestos a provocar otra guerra si no se salen con la suya.

—No le habrá pillado de sorpresa, ¿verdad? Es a lo que juegan desde hace un par de meses. No aprecio ninguna novedad, si me permite decírselo.

—La novedad estaba en el tono y en quién llevaba la voz cantante. Por el lado ruso siempre había sido Razumovsky, todo delicadeza y cortesía. Stein, en cambio, ladra.

—Es natural. Aunque se haya pasado al servicio del Zar, no deja de ser un renano salvaje. Lo que me asombra es saber que se presentó con Hardenberg. Creía que no se soportaban.

—El diablo hace muy extraños compañeros de cama, ¿no le parece?

Talleyrand asintió. Si de verdad Stein y Hardenberg colaboraban, habiendo sido el uno puesto en la calle por el otro, la situación podría ser preocupante.

—¿Y qué tal Hardenberg y Humboldt? Era Hardenberg quien conducía las operaciones, ¿no?

—Es la mejor manera de definirlo. No se ha quedado tranquilo hasta soltar que Prusia cuenta en Sajonia con ochenta mil hombres, que Rusia tiene doscientos mil en Polonia y que a sus monarcas les costará un chascar los dedos desplegar medio millón más. Ah, y que como ya están en Sajonia y Polonia, para que se marchen de allí deberíamos movilizar el doble, por lo menos.

—Es un diplomático muy sutil, debo reconocerlo. ¿Dijo quién los debería movilizar?

—No llegó a tanto, aunque de otras ocasiones conservo la impresión de que piensa en los austríacos. A nosotros nos desprecia, porque sabe que casi toda nuestra gente la tenemos en las Colonias, Dios las confunda. En cuanto a Francia, se comporta como si hubiera dejado de alentar.

—Es el primer error del que deberíamos sacarles, ¿no cree?

—Sin duda. Por cierto, mi gente dice que no estamos lejos.

—La mía opina lo mismo.

—La incógnita, mucho me temo, es Metternich.

—No lo crea. Metternich siempre ha visto bien de lejos. Sabe que si Francia e Inglaterra se inhiben, a la vuelta de dos días su nuevo jefe será Friedrich-Wilhelm, si no el propio Alexander.

Castlereagh no lo veía tan claro. El Kanzler poseía la virtud de ser capaz de traicionar incluso a su nobilísimo padre. Recordaba su indignación al saber, en pleno asedio de un Napoleón acorralado, que se descolgaba de sus aliados con una oferta de paz que Bonaparte, por fortuna, no tomó en consideración, pese a que pondría en el trono a su hijo bajo la regencia de Marie-Louise, correspondiéndole a él un dorado retiro en Estados Unidos. Si Bonaparte no quiso escuchar fue por advertir que Metternich sería elegido por el Kaiser, padre de la regente, para el cargo de presidente del consejo de regencia, de modo que, al fin, los destinos de Francia quedarían en las manos del tortuoso Imperio Austríaco. El más derrotado de sus enemigos sería, por una carambola del destino, quien al fin se haría con la corona francesa. Menos mal que no hizo falta enfadarse, pues de haber seguido aquello adelante habría podido suceder que la guerra de todos contra Napoleón se transformara en la de todos contra Franz y Bonaparte, con éste al frente de dos ejércitos, el de aquél y el suyo.

—Deberíamos darle un toque. Recordarle que hay prisa.

—Es lamentable que ande tan ofendido con el Zar. Habríamos podido dárselo aquí.

—El mal de amores debería estar prohibido a los cancilleres.

—Tampoco importa mucho. Mañana es el festejo del Kaiser, el que organiza en honor de la Zarina. También aquí, por cierto. Nos podríamos esconder en este mismo rinconcillo.

—Igual se lo salta. El festejo, digo.

—Imposible. Metternich estará triste, pero de ningún modo loco, y debería estarlo para no asistir a un sarao de su emperador. Allí le pillaremos, Your Grace.

Se sonrieron. Talleyrand, sin esfuerzo. Era capaz de sonreír a cualquiera. Castlereagh, con sorpresa. La de aceptar que con aquel monstruo de inmoralidad era sencillísimo entenderse.



Conde Andrei Kirillovich Razumovsky, Rusia

Viena, viernes 30 de diciembre

Una de las claves de la reputación de Talleyrand como diplomático de vivaz ingenio, siempre con la frase oportuna en el momento adecuado, era que rara vez improvisaba. Un diplomático, solía explicar, es ante todo un vendedor. De su señor, de su país y de su propia persona. En su calidad de vendedor, y si de veras busca el éxito, es necesario que se adelante a lo inesperado. Una buena parte de lo que nadie podría esperar surgía en las mesas de negociaciones, otra en los desayunos o las cenas que a menudo precedían o prolongaban lo que sucedía en las reuniones oficiales, y otra más en los salones donde con visos de informalidad, y hasta frivolidad, con frecuencia quedaban esbozadas las bases de un acuerdo, cuando no se cerraba un trato de un modo tan en apariencia incomprensible que solamente lo entendían aquellos que poseían muy buena información. Si él era tan capaz de salir victorioso en toda clase de situaciones era por haber previsto qué podría suceder, cómo sucedería y qué debería él hacer para que sucediera como a él le convenía. El proceso de profetizar, que comenzaba en la predicción de lo que dirían sus adversarios y acababa en lo que debería decir él, en diversas variantes pues anticiparse no era sencillo, podía llevar horas, dependiendo de lo inspirado que se hallase. Contra lo que se pensaba, que raro era el momento en que *le diable boiteux* no estaba en buena compañía, solía ocultarse, buscando la necesaria paz espiritual para lograr predecir, con inquietante precisión, qué acontecimientos iban a suceder. Eso no significaba estar a solas; antes bien, agradecía la presencia de alguien que hiciera de frontón para sus ideas. No le pedía discutir las; sólo que las siguiera con atención y en silencio, con derecho a interrumpir si detectaba una ruptura de la línea lógica no advertida por él mismo en su delicado proceso de maquinarse. De ahí que le gustase contar con personas de inteligencia muy despierta y exquisita sensibilidad, así como dotadas de una gran perspicacia, pero no implicadas en el juego. Debían ser de su confianza, lo que dejaba el espectro reducido a un número muy pequeño. En el tiempo que llevaba en Viena —tres meses y siete días—, el tal era uno solo: su sobrina Dorothee. Una criatura de sorprendente agudeza y prodigioso cuidado de los detalles, dones sin duda heredados de su madre, la interesante Ann-Dorothea von Medem, Herzogin^[44] von Kurland, a la que había dejado en su bonita casa de la Rue Drouot sin haber querido enterarse de que le habría complacido mucho más ser la *châtelaine* del palacio Kaunitz.

Aunque no sabía de química Talleyrand entendía de catalizadores. Uno de los que más apreciaba era la inmersión prolongada en agua muy caliente, de poder ser en un receptáculo de considerable tamaño. La condesa se ocupaba de mantenerla en la temperatura que más aceleraba los procesos mentales de su tío. La tecnología de la época permitía llenar una gran bañera pompeyana con agua capaz de cocer cualquier crustáceo, pero era inevitable que al cabo de un rato se quedase fría. Eso no era del

agrado del príncipe, pues sus reflexiones rara vez culminaban en menos de dos horas. De ahí que la estancia contase con una chimenea chisporroteante, ideal para mantener el ambiente lindando con lo infernal. Sobre su hogar se calentaban cuatro cubos llenos a rebosar, los cuales eran utilizados por la condesa para mantener el caldo en que se cocía su tío a la temperatura conveniente. Vestía una liviana túnica de hilo que a media ceremonia ya era una segunda piel, lo que sería estimulante para el obispo si no estuviese allí para maquinarse, y en todo caso explicar sus maquinaciones, lo que a su sobrina no le aburría. En realidad sucedía lo contrario: le agradaba ser de las pocas mujeres en la Viena congresual capaces de comprender qué cosas sucedían, y aún más verificar que quizá fuera la única en saber cuáles iban a suceder.

—¿De veras estás seguro de que no habrá otra guerra? Es que Mina la ve inevitable.

—No la puede haber; no, al menos, que nos implique a todos. Lo que buscamos cada uno es fácil de identificar a poco que se observe qué hacemos, qué decimos y qué ocultamos. El que se deje confundir está condenado a salir escaldado, pues para ver claro basta con mirar el mapa y estudiar las cifras que prepara nuestro excelente Comité de Estadísticas. Un ente maravilloso, querida. Lo creamos a sugerencia de Castlereagh, bendito sea. Gracias a sus informes no puede ser más evidente que si alguien resulta engañado es porque tiene verdaderas ganas de que lo engañen —el obispo guiñó un ojo a su sobrina, obteniendo una gran sonrisa—. La clave principal de la tensión está en los prusianos. Hay más, por supuesto, pero la postura más amenazadora es la suya, y no por lo que piden sino por cómo lo hacen. Han venido a pleno despliegue, con su rey a la cabeza y con Hardenberg al frente de la legación. La expresión amable y el tono moderado lo pone tu primo Friedrich-Wilhelm, mientras que la cara de perro es competencia de Hardenberg, que a su vez saca sus argumentos de sus generales más odiosos, comenzando por un tal Gneisenau al que Dios, si de veras fuera cierto que padecemos uno, debería fulminar con algún rayo. La base de sus demandas es que fueron los que más almas perdieron en sus guerras con Bonaparte, y por tanto les corresponde una mayor tajada en el desguace de los que permanecieron al lado de Francia, empezando por la vil Sajonia.

—¿Almas? ¿Desde cuándo un obispo piensa que las hay?

El interpelado sonrió con amplitud, encantado con la inquisitiva expresión de su sobrina.

—Lo primero para que cinco potencias puedan ponerse de acuerdo es definir criterios de medida. No fue fácil. Nos costó esfuerzos inverosímiles aceptar que sólo había dos: territorio y población. La dificultad con el primero fue la unidad de cuenta, porque los agrimensores de cada país emplean sus propias medidas, aunque ya todos se resignan a servirse de nuestros imparciales kilómetros cuadrados, los que tanto defendía el pobre Lavoisier, Dios le tenga en su gloria.^[45] Con la población, que

debería ser un asunto más fácil, también hubo problemas. Los rusos, por ejemplo, sostenían que no puede valer lo mismo un pastor de Oswiecim que un matemático de Leipzig, aunque acabaron aviniéndose a dar por bueno que las almas, al ser propiedad de Dios Nuestro Señor, deben ser contadas como las cuenta Él, de una en una y sin ponderación, como el rebaño que al fin y al cabo somos.

—Es de agradecer que Dios ilumine vuestras conferencias.

—De algo tendría que valer, ¿no?

La condesa, divertida, sonreía mientras volcaba en la bañera un cubo de agua hirviente. Así el obispo se acostumbraba, comentaba con solemnidad, a lo que probablemente sería su hábitat durante la procelosa eternidad.

—Llegaron con la pretensión de anexionarse Sajonia y Luxemburg. A cambio cederían a Rusia sus derechos sobre los sufridos polacos, de forma que nuestro magnífico Zar se sirviera de Polonia como un colchón amortiguador. Alexander, debo advertírtelo, no está interesado en aumentar su territorio ni en hacerse con más almas. Tiene suficiente, de lo uno y de las otras. Lo que necesita es algo que se interponga entre su imperio y sus aliados, de los que no se fía, y un puerto en el Báltico que no tenga que dragar cada dos por tres y que todo el año esté abierto.

—¿No le sirve San Petersburgo?

—No. Tampoco Riga. Se le hielan cada invierno. Controlando Polonia, tarde o temprano se hará con uno. De ahí que apoye a Friedrich-Wilhelm. El problema es determinar si es un respaldo absoluto, de los que dan lugar a guerras, o si es un farol del que se apeará cuando nos vea firmes, dejando a Friedrich-Wilhelm con su real trasero al aire. Franz no piensa nada, pero su canciller, ese guapísimo Metternich al que tan mala vida da tu hermana, no querrá llevar tan lejos las apuestas. Castlereagh, en cambio, sí se lo ha tragado. Anda como alma en pena, muy preocupado. Las guerras con Bonaparte han costado a su país setecientos millones de libras,^[46] como el muy pedante no cesa de repetir. Una suma tan disparatada que la mitad del presupuesto británico se la lleva el pago de la deuda comprometida por sus diversos gobiernos para librarse del Ogro. Su *premier*, Liverpool, le presiona para que consiga una paz estable, a fin de que Inglaterra pueda de nuevo comerciar a gran escala y resarcirse de tanta calamidad. No está satisfecho de cómo van las cosas, de modo que piensa sustituirle, lo que para Castlereagh, que todavía no lo sabe, será una doble afrenta, porque le quiten y porque Liverpool quiere poner a Wellington. Éste, debo advertírtelo, no sólo es un militar victorioso, especie detestable donde las haya, sino un diplomático aceptable. Castlereagh detesta la sola idea de marcharse con todo a punto cerrarse, dejando un triunfo fácil a quien le sustituya. De ahí que venga por aquí con cara de mártir. Necesita un éxito, y le da igual cuánto deba pagar por él.

—Y tú, todo corazón, has decidido ayudarle, ya veo.

—Hay oportunidades que no se deben desaprovechar. Dados los temores de los

unos y los otros, es probable que de aquí a unos días Metternich, Castlereagh y yo firmemos un pacto de mutua protección; uno en que tanto su gente como la mía llevan semanas trabajando en el mayor secreto. Ahora, en cuanto Alexander perciba que nos hemos aliado, por no decir constituido en coalición militar, y ya me las apañaré para que lo perciba, seguro que se vuelve razonable. A Friedrich-Wilhelm, desde ahí, no le quedará otra que pasar por el aro, de modo que ya podremos empezar el congreso.

—Ah, ¿es que no ha comenzado? ¿Qué habéis hecho estos tres meses, entonces?

—No demasiado, pero es que antes debíamos enseñarnos los dientes. Cuando llegamos aquí, tú y yo, el panorama era desolador. La corriente imperante sostenía que, dada nuestra calidad de derrotados, nos correspondía pagar todas las facturas. En dinero, en colonias, en territorios y en población. Gracias al escaso empeño que todos hemos puesto, de lo cual tengo alguna culpa, por fin se han dado cuenta los que se la deben dar que para llegar al equilibrio que a todos nos interesa, uno que asegure paz y prosperidad, si no a todos sí a quienes las merezcamos, hará falta que Francia sea fuerte. A menos lo sea más lo serán Prusia, Rusia y Austria, de modo que la paz saltaría por los aires mucho antes de cuando deba suceder, lo que Dios quiera sea dentro de muchos años.

—¿Y quiénes son los que se deben dar cuenta?

—Los ingleses. No buscan territorio ni población. Buscan equilibrio y paz. Viven para comerciar, y no sólo con las cosas que fabrican en sus aburridas islas, sino con las que compran en Europa y con las materias primas que sacan de sus colonias, las nuestras, las españolas y las portuguesas. Cuando reine la paz, siete octavos de las mercancías que vayan de un continente a otro lo harán a bordo de barcos ingleses fletados por consignatarios ingleses. De ahí que la quieran a cualquier precio, pues por alto que sea en dos días lo habrán amortizado. A eso se debe que sean tan perspicaces, y a esa perspicacia que Castlereagh sea mi primer valedor. Me costó algún esfuerzo, no lo voy a negar, pues si bien es listo no deslumbra, y además tenía que vencer la idiotez de su gobierno. Eso, lo supuse cuando nos vimos en París, le llevaría un tiempo. De ahí que para nada me haya entristecido que todo marche tan despacio. La postura de Castlereagh ahora la comparten todos menos los prusianos, y en parte los rusos, aunque la verdad es que cuesta mucho saber a qué juegan los rusos. Sí, verás:

La virtualmente desnuda condesa conocía los efectos combinados del baño hirviente y la estimulación intelectual por vía de un buen brandy en la mente de su afable tío; uno de los más acusados era que, conforme ganaba temperatura, su pensamiento aceleraba y se hacía más profundo y didáctico, más para ser entendido, quizá por ser él quien primero debía comprender el torrente de ideas que manaba de su todavía deseable boca sexagenaria.

—Los ingleses han enviado aquí sus representantes más expertos, conscientes de lo que se juegan. Los austríacos, lo mismo; estamos en su casa y nos vemos con el Kaiser, aunque todos tenemos claro que su papel es de anfitrión y poco más, pues todo lo delega en Metternich. El Zar, en cambio, vino con ánimo no sólo de divertirse, a lo que dedica enérgicos esfuerzos, sino de conducir las negociaciones, con lo que sólo consigue marearnos. Su equipo de apoyo, además, no es ruso. Nesselrode, Kapodistrias, Stein y Pozzo di Borgo; un sajón, un griego, un renano y un corso. Ya me dirás qué clase de lealtad cabe suponer en unos patriotas a sueldo. Hay un quinto que aun siendo polaco tiene algo de ruso, Czartoryski —la condesa se alegró de que la mirada de su tío deambulase por el techo; no debía recordar que su tierno corazón de quince añitos había sollozado muchas noches en espera de que aquel bellissimo treintón se diera por enterado de los mensajes que le hacía llegar a través del ex fraile Piattoli—; hasta no hace mucho era su mejor amigo, pero desde que se acuesta con la Zarina no acaba de tenerle confianza. El único ruso del que sí parece fiarse tampoco lo es del todo. Me refiero a Razumovsky. Es ucraniano, cosa que para todo el mundo carece de significado, salvo para los que conocemos Ucrania. Sus nacionales son rusos que ansían dejar de serlo, cosa que les vuelve imprevisibles. Razumovsky, además, hace tantísimo que vive aquí, como embajador, que se ha vuelto vienés. Tan es así que se construyó un palacio, lo que jamás haría un verdadero embajador, porque jamás echamos raíces. Si añades que ya es mayor y que a lo largo de su carrera no ha hecho mucho más que transmitir al Kaiser las tonterías que se le ocurrían al Zar, el de ahora y el de antes, te harás idea de qué clase de negociador es: lo menos indicado para conducir un forcejeo contra Metternich y Castlereagh, y contra este humilde servidor si me permites la inmodestia. La consecuencia de todo esto es que al Zar se le ven las cartas, por mucho que nos distraiga con sus líos de cama. No lo hace, claro está, porque pretenda escandalizarnos. Es que al compartir enamoradas con casi todo el mundo, y sobre todo con Metternich, se sirve de las confianzas de alcoba para transmitirnos una información tan falsa que nos daría la risa si no fuéramos conscientes de lo que nos jugamos.

Dorothee sabía de quién hablaba su tío. Desde hacía semanas su hermana Mina se afanaba en mostrar al Zar la suprema hospitalidad vienesa, pero no por su tendencia natural a visitar la cama de toda testa coronada que se le pusiese a tiro. Las promesas de Metternich de influir en la voluntad de Alexander para que recuperase a su hija seguían sin cumplirse, al punto que, impaciente, prescindió del intermediario para ir ella misma por el asunto. Metternich, contra lo que se pensaba en los mentideros, que ni se hablaban, seguía en buena relación con ella, la suficiente para colocar entre los que deseaban estar a bien con él las joyas que Mina necesitaba vender, no sólo para mantener su fabuloso tren de vida, sino para liquidar unas deudas cada día más agobiantes —su hermana era extraordinariamente rica, pero gastaba como si lo fuera

mucho más—. Por si fuera poco, una docena de las habitaciones de su ala del Palm las tenía cedidas a personalidades de segunda fila que no encontraban acomodo en Viena. Lo hizo en los días en que Metternich aún dominaba su lecho y porque se comprometió a correr con los gastos, pero el caso era que seguía sin ver un táler, y aquellos indeseables comían y bebían como lo que a fin de cuentas eran: unos gorriones magníficos.

—Lo de los prusianos es peor. Friedrich-Wilhelm pretendía mantener un doble nivel de interlocución, Hardenberg y Humboldt contra los jefes de legación, y él contra el Kaiser y el Zar, pero resulta que se ha enamorado, el infeliz, así que sólo tiene ojos para tu amiga Julie Zichy.

No eran tan amigas, puntualizaba para sí misma. Julie *née* —Festetics zu Tolna—, su hermana Mina y Katya Bagration eran las bellezas más celebradas del congreso, aunque con un matiz: Mina estaba divorciada y Katya era viuda. Julie estaba casada con el conde Karoly Zichy de Zich e Vásonkeö; él y su cornamenta revoloteaban por los salones donde triunfaba su esposa, con lo cual ella debía mantener unas ciertas apariencias, mientras que de los maridos de su hermana nadie se acordaba, pese a estar los dos en Viena, uno en busca de un empleo y el otro como *aide-de-camp* del Zar. Julie, en cualquier caso, era una divertida compañera de cotilleos. Le gustaba verse con ella y compartir malignidades, aunque no en su *salon*. Ahí Julie se ocupaba de reinar —los sábados; ella, Mina, los Metternich y los Castlereagh *recibían* en días fijos—, no de lucir la inteligencia que tan a duras penas disimulaba con Friedrich-Wilhelm. Pobre diablo, que no cesaba de buscar una reencarnación de Preußen Luise. Si pensaba que Julie podría serlo era por ser aún más bobo de lo que se murmuraba.

—¿Y el que se haya enamorado importa mucho?

—Desde luego. Declarar guerras requiere un estado mental en que no hay sitio para sentimientos agradables. He visto a Bonaparte iniciar demasiadas, de modo que conozco los síntomas: cuando se planteaba invadir algún país, dejaba de ir al teatro y licenciaba sus queridas. Necesitaba estar muy cabreado, si me permites la vulgaridad. A Friedrich-Wilhelm le ocurre lo mismo. Llega la Zichy, le regala una tarde inolvidable y tras eso ya le puede ir Hardenberg con propuestas bélicas. Esa es la razón de que se le vea tan incómodo. Ayer, por ejemplo, se reunió con Castlereagh, Metternich y Razumovsky; Gentz, el *chevalier servant* de tu hermana Johanna, levantaba el acta. Para Hardenberg y Razumovsky se trataba de pactar con Metternich y Castlereagh la desmembración de Polonia y la liquidación de Sajonia, pero éstos no pensaban tratar nada mientras las reuniones no fueran a cinco. Razumovsky protestó, alegando que las únicas potencias llamadas a opinar debían ser Rusia, Prusia y Austria, por ser las únicas con fronteras entre sí además de con Polonia y Sajonia, y en todo caso Inglaterra, pero nadie más. Ver que Castlereagh no sólo se mantenía

firme, sino que insinuaba que los rusos comían o no comían en función de los subsidios de su gobierno, le descompuso. De ahí que no reaccionase cuando Metternich, sumándose a Castlereagh, despeñara que Austria no pasaría de ahí mientras Francia no se incorporase a las reuniones, el lugar que le correspondía por territorio, población y riqueza. Lo que más le desconcertó fue la confusión de Hardenberg, que al no entender nada no le apoyaba. Total, que la reunión se levantó con el ucraniano muy enojado, el prusiano necesitado de que alguien le contase qué había sucedido, y el inglés y el austríaco encantados y felices.

—¿Por qué dices que Hardenberg necesitaba que alguien le contara qué había pasado? Mina, que le ha tratado mucho, dice que no es ningún imbécil. ¿Por qué tú piensas que sí?

Al príncipe le asaltó una sonrisa. Dorothée quizá no se diera cuenta, pero de vez en cuando le asomaba la princesa prusiana que llevaba en el fondo de su alma. De ahí que todo en Kaunitz funcionara como un reloj. Con una *châtelaine* francesa el gran palacio sería un casino italiano.

—No es eso. Es que cada día está más sordo. Metternich, un mal bicho, le habla muy deprisa, sirviéndose de un francés entre *incroyable* y *boulevardier*, de forma que Hardenberg ha de recurrir a sus esbirros para ver claro. Como éstos no dominan nuestra pantanosa lengua como lo haría un verdadero diplomático, acaban perdidos en La Confusión. Razumovsky comprende las palabras pero no las sutilezas, de modo que jamás acaba de ver adónde se le lleva. Sumando su desconcierto al de Hardenberg, ya puedes entender por qué Metternich y Castlereagh salieron tan contentos.

—¿Y cómo has sabido todo eso? ¿Te lo contó Metternich? ¿O fue Castlereagh?

—Ninguno de los dos. Un diplomático ha de tener oídos en todas partes, de dos tipos: los aficionados, de los que te puedes fiar sólo hasta cierto punto, y los profesionales, más exactos aunque nunca puedes saber si además de para ti escuchan para otros. Los primeros son baratos, aunque su ego lastimoso requiere pesadísimas horas de atención. Los segundos no requieren cuidado alguno, pero a cambio suelen ser muy caros. Lo bueno de contar con los dos, pese a sus mutuas pejugueras, es que si conoces el trasfondo, la personalidad de los actores y tienes una idea general de sus intenciones, lo que te cuentan entre ambos te coloca en la misma situación que si hubieras estado allí.

—¿Y ahora qué sucederá?

—Pues que Hardenberg capitulará. Hoy se reunirán los cuatro, sus adláteres y Gentz. Todo irá como ayer, hasta el momento de tomar decisiones. Ahí Hardenberg verá callarse a Razumovsky. Se indignará, protestará y amenazará con las siete plagas, pero le dará igual, porque Razumovsky no se moverá de donde le han mandado plantarse: que a la mesa seamos cinco, no cuatro.

—¿Cómo puedes sentirte tan seguro de que Alexander le ha mandado eso?

Tono de sorpresa. Talleyrand se limitó a entornar un poquito más sus semicerrados ojillos y a esbozar una sonrisa traviesa. No sólo sabía eso, sino que aquella mañana Friedrich-Wilhelm y Hardenberg habían visitado al Zar, el cual les recibió con Kapodistrias y Razumovsky. Los prusianos gastaron en cortesías menos de un minuto, según la etiqueta de su cultura. Tras eso, y pese a un cierto estupor de su propio soberano, Hardenberg inició una perorata sobre movilizaciones y despliegues. Daba por imposible cualquier solución no militar al problema de Sajonia, y por extensión al de Polonia. El rey no le contenía, pero su incomodidad era evidente. También debía serlo para el Zar, porque tras soportar una exasperante disertación sobre los ejércitos que debían movilizar ambas naciones, cortó en seco al prusiano aprovechando que preguntara por las medidas que tomaría Rusia cuando la guerra fuera inminente. Respondió en tono frío que ni había pensado ninguna ni quería pensarla, ni creía que aquella recién comenzada negociación debiera terminar tan pronto y de tan mala manera. Hardenberg se quedó mudo, sin saber qué cara poner. Ahí tomó la palabra su rey, aunque sólo para preguntar a Razumovsky si en la lista de los invitados a su fiesta de fin de año figuraban Metternich y Talleyrand. Razumovsky respondió que Talleyrand acudiría con su deslumbrante sobrina, pero que la presencia de Metternich era dudosa, pues no parecía estar para muchas fiestas desde que la Sagan se le meara en la chistera, el extravagante tocado de forma cilíndrica que un sombrerero llamado Hetherington había puesto de moda en Londres y que Sir Charles Stewart parecía empeñado en que ningún aristócrata saliese a la calle sin uno encima. El Zar se rió hasta la dislocación maxilar; de vez en cuando le asomaba un ramalazo de cosaco, y el astuto Razumovsky no desperdiciaba ocasión de alegrarle las mañanas con alguna ordinariez. Tras eso no tenía sentido volver con los regimientos, de manera que los prusianos, encantado el rey, no tanto su canciller, se levantaron, saludaron y se fueron por donde habían venido. No había pasado una hora cuando Kapodistrias se lo contaba palabra por palabra, provocando su insincera hilaridad. Pocos sabían que hacerle reír no dependía de otra cosa que de su voluntad de reírse, y ésta de si la ocasión lo aconsejaba.

—¿Y eso será todo? ¿Ahí empezará el verdadero congreso?

—Así lo espero. Ponernos de acuerdo será muy complicado. Recuerda que nos hemos llegado a Viena en el supremo ánimo de construir una Europa tan estable y ordenada que no volvamos a oír cañonazos en una generación, a ser posible dos, nada menos que cinco potencias de primera categoría, otras cinco de segunda y unas cuarenta que realmente no son potencias, sino estados que no podrían existir por sí mismos y que necesitan la protección de una potencia de primera.

—Que son Austria, Rusia, Francia, Inglaterra y Prusia, si he comprendido bien.

—Exactamente. Las cinco que poseen medios suficientes para entrar en guerra

con las demás. Ninguna, por fortuna, los tiene todos. Inglaterra carece de un ejército suficientemente grande, Prusia no tiene industria, de modo que ha de importar hasta la munición de sus mosquetes, y en el imperio austríaco se habla tal cantidad de lenguas y coexisten tal número de culturas que su posición jamás podrá ser enérgica, pues el riesgo que padece de saltar en pedazos es pavoroso. Los rusos serían los más fuertes, por tamaño y población, pero ésta es de tan baja calidad que no tienen nada salvo una nobleza irresponsable, incapaz de comprender que cuando a los pueblos se les aprieta demasiado, tarde o temprano florecen las *louissettes*.^[47] Nosotros somos los más equilibrados. Por población sólo Rusia es mayor y por territorio cohesionado también sólo Rusia nos supera. Por ejército, y pese a Blacas, aún tenemos el mejor del continente. Ya ves, entre los cinco formamos un club por demás selecto. De ahí que, maniobras diplomáticas aparte, todos aceptemos que nos conviene, y mucho, entendernos. De ningún modo sería deseable volver a una situación de cuatro contra uno, si no tres contra dos, como tantísimas veces nos ha ocurrido desde la paz de Westfalen.^[48] Por mucho que a Hardenberg le duela, no podemos plantearnos el crecer a fuerza de cañonazos, salvo si fuese a costa de una potencia de segunda fila, pero en ese caso habría de hacerse a partir de un consenso general o, si lo prefieres, de forma que todos sacásemos tajada. Les aguardan malos tiempos a las potencias de segunda. Sobre todo a las tan mal gobernadas que no se aperciben del peligro que corren.

—Supongo que te refieres a España y a Nápoles, ¿verdad?

—Nápoles, no. Es inviable. No puede respirar sin que Austria esté de acuerdo. Las potencias de segunda son más fuertes que Nápoles. En lo militar y en lo económico. España y Portugal, por ejemplo, aún poseen imperios colosales. Si se volvieran a unir serían lo que fueron en su mejor siglo, una potencia formidable, pero gracias al Santísimo no se dan cuenta de que sus imperios tienen los días contados. No porque nadie piense arrebatárselos. Alentar que se independicen es más barato. A España, en particular, la pérdida de su imperio le costará un baño de sangre. Acabará odiando a sus criollos, de un modo tan visceral que durante un tiempo no sabrá sustituir las viejas relaciones de dependencia por otras meramente comerciales. Ahí llegará nuestro momento, el de los ingleses y el nuestro, pues dudo que las otras potencias sepan aprovecharlo. Sin hacer ruido, sin alarmar, ocuparemos el lugar que los españoles abandonen gratis, de forma que cuando se les curen los cuernos y quieran regresar nosotros ya estemos allí, sentados en el botín. Su caso es el peor entre las potencias de segunda, y no porque Bonaparte les haya dejado el país devastado. Es por la sangría. El burro de su rey ha echado del país a los sospechosos de connivencia con los hermanos Bonaparte. Veinte mil profesionales de alta capacitación y gran nivel cultural. Médicos, abogados, ingenieros y profesores. Los hombres de mayor valía, los que hacen avanzar a la sociedad. Bueno, pues Fernando

ha mandado que se vayan. No hay país que pueda permitirse tal descapitalización. Lo peor para España es que lleva siglos haciendo lo mismo: primero expulsó a los judíos, después a los musulmanes, más tarde a los liberales, luego a los jesuitas. Ahora es el turno de los ilustrados. En poco más de trescientos años los católicos extremos han logrado echar de su país a lo más valioso de cualquier sociedad: los que poseen un cerebro. Así les ha ido, así les va y así les irá. ¿Un ejemplo? Piensa en a quién ha enviado Fernando a este congreso donde tanto se juega. Su representante quizá sea el más incapaz de los que infectan la ciudad. No sabe nada, no entiende nada, no se da cuenta de nada. Todos le ignoraríamos si no fuera porque su estupidez le hace deseable a la hora de conseguir votos. Es tan obtuso que se le compra con nada, porque no pide nada. Sólo figurar, sólo lisonjas que refuercen la ilusión en que vive, la de ser el Embajador de la España Imperial. Pobre idiota. La historia le despellejará. Yo no, porque ya soy viejo, pero tú vivirás los suficientes años para ver cómo le crucifican.

—No eres tan viejo. No para mí.

El príncipe y su sobrina se sonrieron. Tras eso la segunda decidió que ya era momento de bañarse. Sin despojarse de su túnica, ocupó el lugar que gentilmente le ofrecían. Una que no conociese a Talleyrand pensaría que la inequívoca gentileza con que le hacía sitio sugería un dar por terminada la conversación, pero ella sabía que para según qué cosas su tío no era un ser anfibio. Sus limitaciones en cuanto a maniobrabilidad le habían llevado a dominar el supremo arte de dejarse hacer, lo que implicaba yacer sobre almohadones. Lo que procedía era darle pie a reanudar su interesante disertación. No sólo por no haber prisa, sino porque con él era inútil prefijar el tempo. Como bien decía su madre, Napoleón sería el dueño de los relojes, pero el tiempo era de Talleyrand.

—Entonces, ¿cuáles son las otras potencias de segunda fila?



Friedrich, Freiherr von Gentz (secretario neutral), por Sir Thomas Lawrence

Friedrich von Gentz era un diplomático prusiano de cuarenta y ocho años, al servicio del Fürst Metternich desde 1803. Hablaba con perfección inglés, francés y alemán, al punto de redactar en los tres idiomas con igual fluidez. Poseía gran prestigio en los círculos diplomáticos, menos por su historial que por sus publicaciones, en las cuales demostraba estar bien informado. Nadie protestó cuando Metternich propuso contar con él para levantar en francés, *lingua franca* del congreso, el acta de las reuniones. Su actitud en las mismas, que se celebraban en el palacio de la Cancillería, el de la Ballhausplatz, era de neutralidad, concentrado en tomar notas; rara vez hablaba, y sólo para pedir que se repitiese algún párrafo de significado dudoso. El que se comportase como un autómata no significaba que las discusiones le dejaran indiferente. Sus notas no sólo reflejaban las palabras, sino los tonos en que se decían —o se gritaban— y los ademanes que las acompañaban. Lo hacía con varios fines, siendo el más sutil un libro que valdría una fortuna, por lo bien que se vendería o por lo mucho que le pagarían para que no lo publicase. Rara vez necesitaba emplearse a fondo, pues los oradores usuales, Metternich, Castlereagh, Hardenberg y Razumovsky, tendían a ser reposados, pero esa tarde los dos últimos parecían sufrir muy malas digestiones, tanto que a los otros les costaba no dejarse

arrastrar por su vehemencia y convertir la solemne reunión en una disputa de pescaderas. La ira de Hardenberg, se decía Gentz, era la peor de todas, la de tipo personal. Talleyrand le descomponía, y no sólo por ser un profesional mucho más hábil, sino por ser el mismo jefe de la diplomacia francesa que un verano de 1807 le hiciera saber las disposiciones que tomaba Bonaparte sobre una Prusia cerca de ser borrada del mapa. De ahí que pareciese al límite de su resistencia. Le veía muy lejos, desmesuradamente atrás de Talleyrand, que sin estar allí controlaba la conferencia. Si no por otra cosa, porque de todos los presentes no creía ser el único que aquella noche le visitaría para explicarle cómo iban las cosas.

Al cabo de una larga discusión y a propuesta de Castlereagh con la visceral oposición de Hardenberg, se acordó que a la siguiente reunión asistiría la legación francesa. Sin duda sucedía, pensaba Gentz, que Alexander había tirado a Razumovsky de las riendas. Ahora, ¿de dónde vendría ese golpe de timón? En lo que sabía del déspota, su actitud ante la vida solía respaldar la del último que le visitaba. No pudo ser Metternich, porque no se dirigían la palabra, y dudaba que fuera Castlereagh, pues no era un diplomático audaz, de los que se plantan sin avisar en el palacio de un emperador y le retuercen un miembro hasta que le hacen cambiar de opinión. Igual, una vez más, la larga mano de Talleyrand intervenía en el lugar y en el momento más conveniente para sus intereses, a saber si en persona o a través de un intermediario. Metternich debería saber quién era, pues por algo presumía de tener fichados a todos los que poseían un fácil acceso al Zar. Igual su control del escenario, porque Viena no era otra cosa que un inmenso escenario, no era tan total como suponía.

La sesión, ya volcada en Sajonia, proseguía con el ofrecimiento de Rusia de ceder a Prusia una fracción del Ducado de Varsovia —Tarnopol y parte de las minas de Wieliczka— si aceptaba renunciar a Leipzig. Era como si Razumovsky ofreciese al abatido Hardenberg una salida honorable para que se resignase y capitulara, pero en ese momento, y para sobresalto general, Hardenberg estalló. La situación de Sajonia, exclamó a grandes voces, no era para ser discutida en esa forma y en esa mesa, y dado que los ejércitos prusianos permanecían allí desde 1813, cuando arrebataron Leipzig a las hordas de Bonaparte, cualquier intento de hacerles evacuarla sería considerado una invitación a la guerra. Sobrevino un largo silencio, que Gentz dedicó a estudiar la consternación que caía sobre la mesa. Un minuto después Castlereagh, muy serio, se aclaró la voz, haciendo que Gentz volviese a empuñar el lápiz. Si aquel era el planteamiento del Fürst Hardenberg, y si no se consideraba capaz de razonar en un adecuado estado de frialdad emocional, convendría desconvocar el congreso, renunciar a los acuerdos alcanzados y hacer saber al mundo que la posición de Prusia no dejaba espacio a la diplomacia. Hardenberg, demudado, comprendía que los nervios le habían traicionado, lo que se manifestaba en que más que hablar,

farfullaba. Sólo consiguió musitar que no pretendía intimidar a nadie, y tras eso se levantó la sesión. La valoración de Gentz era que la guerra sería inevitable. Debía informar a Talleyrand. Lo haría después, a la hora de las conspiraciones, aunque la sombría expresión de Metternich le hizo preguntarse si no convendría ir a Kaunitz de inmediato. Su larga relación con el canciller le hacía suponer que necesitaría una hora para poner en orden las ideas, y su primera decisión sería compartirlas con Talleyrand. De ahí la prisa con que salió; de ningún modo deseaba encontrarse con su patrón en la concurrida Johannesgasse, la calle más céntrica de Viena.

Talleyrand no se hizo esperar, aunque lo inusual de su atavío —una bata de seda sobre una larga camisa de dormir— indicaba que salía de una placentera siesta. Gentz optó por abreviar. Palabra por palabra repitió lo que dijo cada uno, para terminar con la explosión de Hardenberg y la respuesta de Castlereagh. Talleyrand escuchaba parpadeando muy despacio y sin hacer comentarios. Una vez el otro acabó, y tras un gesto de asentimiento, enredó en sus cajones hasta dar con una bolsa que contenía quinientas libras —en el mundo del soborno se prefiere la divisa más fuerte—. Gentz las agradeció de corazón, pues no sólo estaba lejos de ser un hombre rico, sino que padecía gustos muy caros y aficiones difíciles de sufragar con un salario de asesor del canciller. Era imposible no comparar aquella principesca manera de corromper con la de Castlereagh, deplorablemente tacaño, al punto que durante los tres meses que llevaba pasándole información aún no había llegado a pagarle la mitad. Talleyrand, sin embargo, no era especialmente desprendido. Sólo aceptaba que las orejas a sueldo eran más caras que las otras, pues al oír para varios el que pagase mejor sería el que primero recibiese la información. A Gentz le conocía desde los tiempos en que Metternich representaba los intereses del Kaiser en París. Entonces le sobornaba en napoleones,^[49] muy apreciados en las casas de juego donde Fouché hacía que ganase o que perdiera en virtud de las instrucciones que recibiera de Talleyrand. Era bueno hacerle pasar una mala racha cuando se acercaba el momento de pedirle algo muy confidencial. Por lo demás, Gentz era un excelente sinvergüenza. Contar con su asequible complicidad siempre le vino de maravilla. Gracias a él no sólo se mantenía muy al tanto de lo que sucedía en la mesa principal, donde conferenciaban las grandes potencias, sino que logró manipular alguna coma en ciertas actas delicadas antes de que fueran impresas, impedir que las manipularan los demás y conocer con cierto grado de antelación las intenciones con que amagaban los unos y los otros.

De regreso a su dormitorio —allí recibía por las mañanas, al punto que la cotidiana ceremonia de su aseo, que dejaba en manos de su *valet* Courtiade, se celebraba con testigos— advirtió que Dorothee le había preparado un Earl Grey. Contra lo usual, Dorothee no quiso hacer los honores a Gentz. Le detestaba, por inducción de Wilhelmine y pese a su relación con Johanna. Le tenía por una rata inmunda, siempre dispuesto a prestar a Metternich cualquier servicio que pidiera, por

despreciable que fuera. El que le costó la estima de Wilhelmine era el haber intentado controlar sus movimientos a su regreso de París, cuatro meses antes. Metternich se lo encargó por los celos que sentía no sólo del amante más notorio de los muchos con que Mina endulzaba su vida, el príncipe Alfred Windisch-Grätz, sino del tampoco muy discreto Sir Christopher Lamb, un guapísimo diplomático inglés. Mina, que si bien sabía controlar su temperamento había días que no le daba la gana, terminó con Gentz una mañana cuando salían hacia el cercano balneario de Baden-bei-Wien, saltando de su calesa y regresando a pie a la Schenkenstraße, tan furiosa como podía llegar a estar una duquesa riquísima. Días después le pasó una factura por demás cruel: aprovechando uno de los imprudentes cotilleos de Gentz, referido a un príncipe ruso de temible visceralidad, le hizo llegar una nota, imitando la letra del ruso, cuando estaba jugando a *l'homme* en casa de Katya Bagration, retándole a duelo al amanecer del día siguiente. Se descompuso de tal modo que no dio pie con bola el resto de la partida, perdiendo todo lo que llevaba. De regreso a su casa, muy preocupado, encontró una segunda nota del supuesto príncipe, preguntando qué había elegido, si sable o pistola. El sable más pequeño de los que se vendían en las armerías medía más que Gentz, y en cuanto a su habilidad con las pistolas era similar a la que tendría con los azadones. Aterrado, fue a buscar a su amigo el conde Schulemburg, *oberstleutnant* del ejército austríaco y contable de Mina; éste, tras un buen rato de verle padecer —de una forma olorosamente incontrolada—, se compadeció, para explicarle que todo fue una broma de la traviesa duquesa, la cual no le perdonaba que se hubiera erigido en guardián de su honra por cuenta de Metternich. Dorothee lo sabía por la risueña Johanna, porque Mina no soltaba prenda. Lo que pretendía Metternich de su hermana mayor, que aceptara un triángulo donde fuera para Laure lo que Jeanne-Antoinette Poisson fue para María Leszczyńska, le parecía de una naturaleza tan vil que cualquiera que la respaldara, como el puerco de Gentz, sólo podría contar con su desprecio.

La de Gentz no sería la única visita. Metternich debía de estar al caer. En cuanto a Castlereagh, probablemente aparecería después del *souper*. El último sería Kapodistrias, el más inteligente de los esclavos del Zar; si no tanto, el de hábitos más nocturnos. En cualquier caso, y salvo que dijese algo que contradijera su análisis, llegaba el momento de plantar cara, con firmeza y determinación, a rusos y a prusianos. La primera medida sería filtrar a Friedrich-Wilhelm que Inglaterra, Francia y Austria se ponían de acuerdo en defender Sachsen. Ya se ocuparía él de que fuera el primero en intuirlo. Ahora, no lo haría en tanto el tratado no estuviera firmado. Había, pues, que acelerar.



Ioannis Kapodistrias, Rusia, por Sir Thomas Lawrence

Viena, sábado 31 de diciembre

El Fürst Metternich no estaba en buena forma. Sufría un ataque de melancolía, del tipo debido a causas externas, como la nevada que veía caer en la Ballhausplatz. Ojala fuera eso, aunque bien sabía que no, aceptó volviendo a empuñar la pluma. Intentaba escribir a la duquesa de Zahán, o Sagan, como decían con acento prusiano los que no se atrevían con la proscrita lengua de Bohemia. No le costaba evocarla, pero a fin de hacerlo fácil mantenía frente a él una miniatura pintada por Isabey. El retrato demostraba que treinta y tres años es la edad en que las mujeres alcanzan la perfección. Incluso si han sido madres tempranas. Eso se lo contó ella la Navidad anterior, cuando le pidió influyera en el Zar para que recuperase a su hija Vava, por entonces de trece años y súbdita de Su Majestad. Si lo supo antes de que Mina le abriera su helado corazón fue porque alguna ventaja tendría ser el patrón de la Oberste Polizei und Censur Hofstelle. No la hizo investigar por desconfiar de su honra, sino en el enamorado ánimo de saberlo todo de la que se había quedado con su alma. Contra la opinión general, tenía una. Su aire glacial, su acreditado gran dominio de sí mismo y su imagen de haber nacido exento de sentimientos, no era más que una máscara mantenida desde su adolescencia. Klemens-Wenzel von Metternich había cumplido cuarenta y un años sin que casi nadie supiera que se parecía muy poco a la leyenda fabricada por él mismo. Por increíble que pudiera parecer, era un hombre apasionado.

Con la carta pensaba enviarle una pequeña nadería, un brazalete de diamantes. Sabía que pensaba pasar la noche con Alfred Windisch-Grätz, al que sacaba siete años y con el que desde hacía cuatro sostenía un idilio intermitente, lo que alguna vez le había llevado cerca de la locura. Mina dormiría en sus brazos, lo que no podía deprimirle más, pese a comprender su ira cuando supo que no pensaba romper su matrimonio para después unirse a ella. Mina detestaba la idea de ser el *affaire* de un canciller casado y con hijos. De ahí que le plantase de un modo borrascoso, lo que no contribuía demasiado a la paz espiritual necesaria para conducir negociaciones diplomáticas. Le irritaba constatarlo, pero su obsesión por ella era tal que se había desentendido del tratado con Inglaterra y Francia. No le importaba reconocer que la colosal aversión a Bonaparte que padecía la duquesa —le debía estar medio en la ruina, desde que allá por 1808 incautara su feudo de Zahán, lo que redujo sus ingresos a la renta de su condado de Náchod y a su pensión rusa, y aunque a finales de 1813 lo hubiera recuperado lo encontró en tal mal estado que tardaría un par de años en volver a rendir lo esperable de 120 km² de buena tierra de arbolado, pasto y cultivo— era la razón de su cambio de bando, el haber pasado de querer estar a bien con l'Empereur, instalando en su cama la más desatada de las archiduquesas ninfómanas, a volverse campeón de la Sexta Coalición, la que se consolidó en

Ratiborschitz,^[50] el precioso *manor* de la duquesa. En su estado mental de aquel tristísimo día de Sankt Silvester todo le daba igual. Incluso si se organizaba otra guerra. Sabía que no podía comportarse así, que nadie cuya responsabilidad fuera gobernar veinte millones de almas debía permitir que sus sentimientos gestionaran sus determinaciones políticas, y a eso se agarró para decirse que quizá no fuera buena idea dejarse llevar por la depresión, ni mostrarse tan generoso con quien le trataba de un modo tan cruel. Igual podría dar mejor destino a lo que sostenía entre sus dedos. Laure jamás le reprochaba nada y siempre le perdonaba todo. Sería para ella una sorpresa tenerle la noche de fin de año, y más lo sería encontrarse con aquel fabuloso regalo. Pobre Laure, que siempre acababa siendo el refugio de sus decepciones. Pues hecho: aquella noche visitaría el establo.

El tratado yacía en el escritorio. Un punto reconfortado, lo abrió por la primera página.

Castlereagh releía la carta que Liverpool le dirigió días antes, respondiendo a otra suya donde pedía instrucciones para el caso de que la situación se deteriorase aún más. El *premier*, en su respuesta, se salía por la tangente. Dadas las circunstancias, y con el ejército embarrancado en la segunda guerra contra las Colonias —el término *Estados Unidos* era intragable para él—, no quería ni pensar en una nueva confrontación europea. Convendría que concentrara sus esfuerzos en acercarse a Francia. Si lograra establecer una entente con ella y con Austria, quizá Rusia desistiera de secundar a Prusia. Terminaba indicándole que se coordinara con Wellington, a quien pensaba pedir que hiciese lo mismo con Louis XVIII. Aquello, se decía Castlereagh, era lo más preocupante: que su jefe aparentase no saber que no hacía otra cosa, incluso desde antes de llegar a Viena.

Ver el nombre de Wellington en una carta del *premier* le sacaba de quicio. No pensaba que su amigo de tantos años pretendiera levantarle los faldones, pues de su lealtad para con los íntimos podría dar fe, aunque Arthur había cambiado mucho. La mentalidad de un general no se parece a la de un diplomático, y más si está repleto de ambición, la natural en un oscuro coronel que sólo necesitó cinco años para ser el único *feldmarschall* en activo, y para dejar de ser un simple Arthur Wellesley, o Welleslie, o Wesley, o como diablos se llamara cuando regresó de la India, pues con Arthur era difícil estar al tanto de sus nombres, para ser el más glorioso héroe británico desde Boadicea. No tendría nada de particular que su buen amigo anduviera segándole la hierba bajo los pies. De ser así, no quedaba más opción que acelerar, costara lo que costase. La carta con que respondiese a esa de Liverpool habría de incluir el tratado con Francia y Austria, debidamente firmado. No quedaba demasiado por ajustar, gracias a Dios. Unos cuantos millones de libras adicionales y eso sería

todo. Al final, como siempre sucedía, todo era cuestión de unos pocos millones más. Pues adelante. Los que hicieran falta, pero el tratado debería ser firmado el martes 3 a lo más tardar. Le iba el cargo en ello.

A Talleyrand le gustaba ver bailar a Dorothée. Un tipo vulgar habría preferido encerrarla con llave, temeroso de quedarse sin ella, un riesgo del que ningún sesentón está exento si entrega su amor a una criatura de veintiuno que destaca entre sus iguales por su belleza, su encanto, su talento y su cultura. Por su fortuna, no. A Dorothée no le tocó demasiado en el testamento del duque Peter. Apenas una propiedad, el palacio Kurland de Berlín, más el señorío de Günthersdorf y su pensión rusa. El palacio, alquilado al Zar —era su embajada—, le generaba una renta decorosa, pero no extraordinaria. La del señorío sería mejor cuando lograra recuperarse de la devastación en que la sumieron los rusos en 1813. La suma de las dos, más su pensión, le daría para vivir muy bien si fuera de naturaleza estoica, lo que no era el caso. A su sobrina le gustaba el lujo, lo que no le parecía mal, porque las personas que no sabían apreciar las cosas buenas de la vida le aburrían. La propiedad de no aburrirle solía ser la que más valoraba en sus semejantes. De ahí venía su convicción de que lo primero y necesario para resultar aburrido era un aburrirse muchísimo. Si Dorothée no saliera de Kaunitz se volvería tan tediosa como cualquier mujer decente. Sería otra forma de perderla, quizá la más cruel. En absoluto deseaba eso, de modo que aceptaba el precio, que no iría más allá de algún cuerno que otro. Un acontecimiento que le asombraba fuese tan grave para la mayoría de los hombres. Pocos comprendían que con la infidelidad llega el refrescar la propia inteligencia y el colmar la necesidad de saberse deseada, cosas ambas necesarias para transmitir alegría y desenfado, los ingredientes esenciales de la miel espiritual con que las buenas mujeres endulzan la vida de los hombres.

Verla disfrutar no le inquietaba. Dorothée necesitaba más alimento intelectual del que podrían brindarle los numerosos jovenzuelos que parecían rifársela. Él, a su edad, no estaba en condiciones de suministrarle con la debida frecuencia otra clase de alimento que también necesitaba, pero le daba igual, porque jamás padeció una naturaleza posesiva. Como cierta vez explicase a Bonaparte a cuenta de las notorias infidelidades de su esposa Catherine, prefería una potranca de pura sangre compartida con algún otro semental que una penca vieja para él solo.

Observar a su sobrina en el atestado salón del conde Razumovsky, donde se celebraba la fiesta de despedir el gran año 1814, era una de las cosas que hacía plácidamente recostado en una cómoda. En cierto modo, le divertía pensarlo, era como si aquello fuera un confesionario donde la música de fondo no fuera de órgano catedralicio, sino de un horror compuesto años antes por el insufrible Beethoven, tan del gusto del malvado Razumovsky; a eso se debía que aquel tarugo renano hubiera

elegido para torturar a los invitados su espantoso cuarteto nº 1 en La mayor, Opus 59, compuesto en honor del conde ucraniano que pagaba sus facturas. De vez en cuando se acercaba un penitente, permanecía unos minutos a su vera y desaparecía. El barón Nostitz, por ejemplo, acababa de contarle que muchos de los músicos, bailarines y cantantes habían decidido marchar. Él no tenía esa percepción, aunque no dejó de alabar la perspicacia del prusiano, un secuaz de Humboldt. Sin duda pretendía transmitirle de un modo indirecto que la guerra era inminente, a fin de hacerle recapacitar sobre la conveniencia de ser comprensivo con sus tesis. Su afirmación de que los *entertainers* emigrarían a climas menos procelosos una vez se celebraran la fiesta de Año Nuevo que daba el Kaiser y el baile de la princesa de Bagration —el Zar y Metternich se detestarían, pero en materia de mujeres tenían gustos idénticos; los amores del segundo con *Andromeda* venían de cinco años antes, uno más de los que tenía Marie-Clementine de Bagration, una preciosidad que llevaba el apellido del marido de su madre por imposición del Zar, quien debió retorcer el brazo a su mosqueadísimo general Pyotr Bagration para que la reconociera como suya—, lo mismo era cierta, de modo que apuntó en su memoria la conveniencia de comprobar si aquello que decía de los parásitos del entretenimiento era o no verdad. Si algo no debía descuidar un diplomático era observar el comportamiento de las ratas.

Un nuevo pecador, del tipo razonable y bien educado; los pobladores del planeta diplomático solían ser así, aunque bien sabía él que para muchos de sus colegas los buenos modales eran un disfraz bajo el que ocultaban una crianza vergonzosa. No era el caso de Castlereagh. Sobre todo cuando expresaba sus ideas en el afectado inglés de su casta. Lo hacía cuando quería estar seguro de que salvo su interlocutor nadie comprendiera una palabra. Los individuos más próximos no parecían sospechosos (un barón ruso, una condesa sueca y un pederasta bávaro), pero toda precaución era poca.

—Por mi parte no hay nada que añadir ni suprimir.

—Celebro que opinemos lo mismo. ¿Alguna noticia del Fürst?

—Salvo que no ha venido, ninguna. Qué chiquillada, ¿verdad? —los dos diplomáticos se sonreían el uno al otro, con elegante malignidad—. Yo querría firmar pasado mañana, si fuera posible.

—Por mi parte, de acuerdo.

—Por la mía, también. Feliz 1815, querido Charles-Maurice.

El majestuoso Lord se alejó hacia la multitud, satisfecho. Talleyrand se limitó a bostezar.

Viena, domingo 1 de enero de 1815

El Hofburg era menos acogedor que aquel tan agradable aunque ya extinto palacio Razumovsky. Sin embargo, el que careciera de alma ofrecía ventajas. Una era que resultaba fácil hallar un lugar donde pasar inadvertidos. Los tres. El príncipe Metternich, el de Bénévent y Lord Castlereagh.

—No acabo de creer que se haya quemado solo. Que haya sido un incendio fortuito.

Castlereagh hablaba del acontecimiento del día: el palacio Razumovsky había perecido debido a un incendio declarado poco después de que los invitados a su fiesta se hubieran marchado. No había explicación, afirmaba Metternich, aunque los indicios apuntaban al sistema de calefacción, lo bastante potente para que sus invitadas pudieran bailar tan semidesnudas como la moda obligaba. El buen conde ucraniano estaba muy afectado, añadió a continuación. Su congoja era comprensible. Con independencia de la pérdida económica, las cenizas de su palacio eran las de su vida entera. De ahí que mientras los soldados de un cercano cuartel se afanaban contra el fuego, él se sentara en un banco sollozando e indiferente al frío. Ahí le vio el Zar, que había corrido a socorrer a su leal servidor, aunque Talleyrand sospechaba que contemplar un hombre destrozado debía parecerle divertido. Alexander, bien lo sabía él, que le conoció de *zarévitch*, era un individuo de lo más especial.

—Tengo entendido que se ha quedado ciego. Por el humo, y el fuego, y todo eso.

Metternich tenía mejor información, y por una vez no le importó compartirla.

—Tanto, no. Una fuerte irritación a causa del calor, sí, pero se recuperará. De la pérdida económica, no, aunque le queda suficiente; ni de lejos está en la ruina. La sentimental es más seria. Está muy deprimido. Tanto que ha pedido al Zar que le releve, siquiera por un tiempo.

—¿Se sabe a quién pondrá?

—Todo indica que a Kapodistrias —cayó un breve silencio; Metternich intuía que tanto Talleyrand como Castlereagh evaluaban si ganaban o perdían—. Habría podido elegir peor. Por ejemplo, Stein.

Talleyrand asintió con gravedad. Aplaudía la elección del Zar, pues los mejores adversarios son los que se tienen a sueldo, pero lo último que haría sería demostrar complacencia.

—Es raro que no haya puesto a Czartoryski. Él y Nesselrode son los únicos rusos de su horda.

Castlereagh, pensaba Talleyrand, jamás acabaría de comprender los insondables misterios del alma rusa. Uno de los primeros era que, a la hora de buscar alguien en quien confiar, si se podía elegir uno que no fuera compatriota, mejor.

—No lo son. Nesselrode sigue siendo un aristócrata sajón, y dado que las relaciones de Alexander con Czartoryski, que sobre todo es polaco, no pasan por su

mejor momento, no tiene nada de particular que designe a Kapodistrias. Es lo más consistente con su inconsistencia natural. Kapodistrias es un arriesgado aficionado a decirle la verdad, cosa que no siempre le gusta. En cuanto a Stein, no creo que le tenga excesiva confianza; si no por otra cosa, porque hace demasiada causa común con los prusianos.

—¿A qué se debe que no esté a bien con Czartoryski? Talleyrand dudó un instante, para decidir que no había riesgo en actualizar a Castlereagh; sólo a él, porque a Metternich no hacía falta. Si el inglés no viviera tan encerrado en su mundo estaría más al día, como se hallaría un par de horas después si antes no le iluminaba él. Aquel asunto, uno de los muchos en hacer las delicias del *tout Wien*, era del dominio público.

—Según parece, la Zarina Luise se consuela últimamente con el bello Czartoryski del escaso interés que despierta en Su Majestad Imperial.

Talleyrand solía decir *Luise* y no *Elizabeth Alexeievna*, en un sutil recordatorio de que la Zarina era una princesa de Baden. Que se hubiera buscado un amante amigo del Zar era buena noticia, por ir contra la influencia del pensamiento alemán en la mente de Alexander. La Zarina, por otra parte, levantaba simpatías en la Viena congresual. Su amabilidad y su belleza delicada, tan diferente de las nada etéreas Katharina de Bagration, Mina Zahánská y Julie Zichy, la colocaban en el favor de muchos, empezando por el compasivo Kaiser y su lánguida esposa, la Kaiserin Maria-Ludovika, lo que no dejaba de ser indiciario, pues ésta, que sólo tenía veintiséis años, estaba tan tuberculosa que desconfiaba de todas las menores de cincuenta por las que su dueño y señor mostrara simpatía.

—Está muy deprimida. El hecho de que sus hijas se hayan muerto le hace sentirse insegura.

—¿De verdad se les murieron todas?

—Así es. No queda ni una.

—¿Y no pueden tener más? —el interés de Castlereagh no era simplemente social; como buen ministro inglés, cualquier cosa que pudiese afectar la estabilidad del continente le preocupaba.

—Poder, igual sí, pero lo que importa es que ya no quieren. O es el Zar el que no quiere. Ya tiene seis o siete hijos, o por ahí. Entra en lo razonable que no quiera más.

—Son todos ilegítimos. Ninguno podrá heredarle.

—Dadas las costumbres rusas, mi querido Castlereagh, igual es un alivio. Si mal no recuerdo, a lo largo de la historia casi todos sus antecesores, empezando por su padre, perecieron a manos de sus herederos. Alexander siente un gran apego a la vida. Quizás intuya que sin Zarévich le durará más.

Metternich y Castlereagh sonrieron, a su pesar. Definitivamente, Talleyrand tenía un don.

—Bien, ¿qué pasa con lo nuestro? —Castlereagh era el más impaciente, como siempre.

—Ayer di mi visto bueno. Por mí, adelante.

Talleyrand y Castlereagh se miraron, como preguntándose quién debía contestar.

—¿Qué tal si lo firmamos pasado mañana?

—¿Dónde? Preferiría un lugar discreto. Es que hay espías prusianos por todas partes.

Metternich sonrió la ingenuidad de Castlereagh. Bien sabía él que había muchos más.

—Aquí, en mi despacho del Hofburg, a las tres de la tarde si les parece bien. A nadie le intrigará, diría yo, que los jefes de las legaciones británica y francesa vengan a tomar café con el Kaiser Franz.

Se sonrieron con la instintiva simpatía que sólo da la complicidad criminal. Europa era suya. Sólo quedaba una cosa por hacer: regresar, sin ganas, a la congestionada Kleiner Redoutensaal, adonde los acalorados invitados escapaban con ánimo de recuperarse durante unos minutos de las briosas danzas con que se les torturaba en la contigua Großer Redoutensaal.

Al igual que las penas rara vez llegan solas, lo mismo sucede con las alegrías, se decía Lord Castlereagh mientras se desvestía. La razón de su optimismo era una carta que Planta, su secretario, le acababa de pasar. Procedía de la legación en Bruselas y estaba fechada el Boxing Day. Anunciaba la firma, en Gante, de la paz con las Colonias. La segunda guerra entre Inglaterra y Estados Unidos había terminado. La noticia era importante, ya que para todo el mundo sería claro que a la vuelta de seis meses Inglaterra contaría en Europa con cien mil soldados regulares. Sumados a los acantonados entre los Países Bajos e Irlanda formarían un ejército de ciento cincuenta mil profesionales, todos veteranos, bien por la propia guerra contra las Colonias, bien por haber luchado en Francia, España y Portugal. A diferencia de lo sucedido en los peores años de las guerras contra Bonaparte, Inglaterra, de organizarse una nueva en Europa, no sería un mero espectador relegado a un teatro secundario, como fue la Península. Con su base de operaciones en Amberes y con el aún por nacer VKN^[51] bajo control, su ejército continental sería un elemento disuasorio de primera categoría, si no una evidente amenaza para cualquiera que, como Prusia, deseara marchar por el sendero de la guerra.

Sintetizando, se decía cuando buscaba el frasco de su mejor *single malt*, sus bazas para negociar, que ya eran buenas, se volvían inmejorables. Nada podría privarle de un triunfo decisivo para la carrera. No su carrera. Pensaba en la oscura, disimulada y sutil, aunque despiadada e implacable, que desde hacía tiempo él y otros disputaban

por la poltrona de Lord Liverpool.



Lord Liverpool, por Lawrence

Viena, martes 3 de enero

El baile de la Bagration no era tan multitudinario como el del Kaiser. Podría deberse a que sus salones no eran tan grandes como la Redoutensäle, de forma que muchos potenciales asistentes, escarmentados por pasadas apreturas, habían preferido dar descanso a sus castigados cuerpos, aunque las más de las ausencias se debían al frente abierto aquella mañana por treinta y dos soberanos de otros tantos estados. Uno de los motivos del Congreso era determinar qué hacer con los ducados y principados que hasta el 6 de agosto de 1806 convivían en el Sacro Imperio Romano-Germánico. [52] Sus problemas eran tan específicos que algunos hasta pensaban que no tenían ninguno, y que su vida, desde que las hordas de Bonaparte fueron expulsadas de sus territorios, no podía ser más idílica, pero Humboldt sí entendía las peculiares obsesiones de aquellos jueguistas; por ello preparó las bases de una Dieta o asamblea donde todos estuvieran representados. Los problemas que intentaba resolver partían de que aquellos treinta y tantos soberanos querían mantener su independencia pese a que sus díscolos súbditos se consideraban a sí mismos ciudadanos de un gran imperio más que vasallos de un despotilla provinciano. La peor manifestación de tan peculiar fenómeno era la sorprendente facilidad con que las almas no atadas a la tierra cambiaban de soberano. Los estados pretendían organizarse de tal modo que pudieran preservar sus respectivas autocracias sin renunciar a las ventajas de un imperio unificado, lo que por idioma y cultura venían siendo desde hacía siglos. El temor general era quedar entre los dientes de Austria y Prusia, para terminar diluidos en una de las dos. A eso se debían su presencia en Viena y su impaciencia por dar con una fórmula que les permitiera beneficiarse del progreso que se cernía sobre Europa sin por eso acabar engullidos.

El lunes 2 de enero, treinta y dos de sus soberanos o plenipotenciarios presentaron una declaración en la que protestaban por el bloqueo de unas negociaciones que, de hecho, ni se habían iniciado. Si la situación siguiese así abandonarían el congreso y convocarían uno donde sólo participarían ellos y cuyo fin sería darse una constitución extensible a Prusia, Württemberg, Sachsen, Bayern y Baden; cautos, prefirieron no citar al Imperio Austríaco. Al fin y al cabo, estaban en su casa.

La princesa de Bagration, indiferente a todo eso, era de por sí espectacular, aunque aquella noche superaba sus registros. Se podría decir que deslumbraba. Dorothee de Périgord, casi tan malévola como su tío, susurraba en la predispuesta oreja del mismo que tal fenómeno sólo podía deberse a dos causas: una, que pese a la densa concentración de fiestas, bailes y saraos, su mitad del Palm difícilmente podría estibar más gente, toda ella de primera categoría, comenzando por la totalidad de las testas coronadas; otra, que su vecina e íntima enemiga, la duquesa de Sagan, excusaba su presencia. Por lo visto, estiraba su despedida de año con el semental

Windisch-Grätz, o quizá no quería encontrarse con un Fürst Metternich que aquella noche se mostraba en compañía de la Fürstin Laure, quien resplandecía —pese a su habitual mala salud, fruto más de sus partos que de sus treinta y nueve años—, quizá gracias al fabuloso brazalete de diamantes que adornaba su brazo izquierdo.

Talleyrand era de los pocos en saber que horas antes Castlereagh, Metternich y él firmaron el tratado por el que Francia, Inglaterra y Austria se comprometían a poner en pie de guerra tres ejércitos de ciento cincuenta mil hombres cada uno en caso de ser agredidas por alguna tercera potencia. Establecían, también, que Bayern, Hannover y el VKN serían invitadas a unírseles; eran potencias de tercer nivel, pero sus contingentes añadirían otros ciento cincuenta mil hombres; a efectos militares, con esos seiscientos mil efectivos netos se igualaría todo lo que pudieran movilizar rusos y prusianos. Nada explicaría mejor el excelente aspecto del Fürst Metternich. Castlereagh también se mostraba exultante, pues el tratado demostraba la bondad de su política de acercamiento a Francia. Gracias a su genio y su talento, y su visión estratégica, Francia e Inglaterra formaban en el mismo bando por primera vez desde la guerra de los Cien Años. A partir de aquel tratado Europa dejaría de ser el desdichado continente incapaz de resistir dos generaciones consecutivas sin que ingleses y franceses se las vieran en los campos de batalla.

Metternich y Castlereagh, se decía Talleyrand, necesitaban extender las alas y cacarear. No podían hacerlo de un modo manifiesto, aunque nada les impedía mostrar un aspecto feliz, muy distinto del apagado habitual. Gracias a lo amistosos que se mostraban se había levantado un murmullo de curiosidad entre los diplomáticos arteros. A eso se debía que Alexander, tras desembarazarse de Pauline Hohenzollern-Hechingen, se le abarloase agradablemente por su banda de babor.

—Se les ve muy en forma, ¿verdad? —*le diable boiteux* asintió con placidez—. ¿A qué se deberá?

—En el caso de Castlereagh es claro que a la paz con Estados Unidos, Majestad.

—Sin duda es una buena noticia, pero ¿de veras es como para mostrarse así de satisfecho?

—No puedo adivinar lo que pasa en la cabeza de Lord Castlereagh, aunque intuyo que contar con doscientos mil soldados bien equipados es, para él, un motivo de alegría. El trabajo de los diplomáticos se simplifica en gran medida cuando se saben respaldados por tantísimas bayonetas.

—¿Tantas tenían en América?

—Muchas más, según Castlereagh. Yo prefiero reducirlas a esa cifra. De sobra sé cuán exagerados somos los ministros de Asuntos Exteriores, Majestad.

—¿Dónde diría Su Alteza que piensan desembarcarlas? ¿En Irlanda?

—Me inclinaría por Amberes. A diez días de marcha de Dresden. O a quince de Krakow.

El Zar, muy serio y sin la menor intención de disimular, se le quedó mirando.

—¿De veras cree que son esos sus planes?

—Entra en lo posible. Lord Liverpool se ha pasado cuatro años con el ejército embarrancado en las antiguas colonias. Hoy, ya con las manos libres, sería lógico que replanteara su despliegue. Ha podido comprobar que poner dinero no conduce a que se ganen las guerras; sólo a que duren más. Sería natural que ahora se inclinara por soluciones más drásticas. Más aún tras estudiar el apasionado verbo del Fürst Hardenberg. Por mi parte sólo puedo añadir que cualquier iniciativa para salvaguardar la paz, la tome quien la tome, será bienvenida por mi señor el rey Louis. Incluso una tan extrema como poner Sajonia y Polonia bajo la protección británica y garantizar su independencia.

Tono relajado, el de alguien muy alejado del conflicto; era natural, porque Francia no estaba en la senda de avance del ejército británico. Esperaba que así se hiciese clara para el nada veloz Zar la sabiduría de Lord Liverpool, la de hacer desembarcar en Amberes una fuerza de cuatro mil hombres en los días más duros del último invierno, en pleno avance rusoprusiano sobre París. Él, excelente jugador de ajedrez, calificó aquella decisión como el equivalente a poner en séptima una torre. Gracias a Dios, Alexander sólo sabía jugar a las damas.

—¿Iría demasiado lejos si supusiera que Su Alteza el Fürst Metternich piensa lo mismo?

—Jamás opinaría que Su Majestad va demasiado lejos en nada.

El Zar de Todas las Rusias se lo quedó pensando un largo minuto.

—Sus comentarios han sido por demás instructivos, como siempre. Me temo que nuestra gran anfitriona me reclama. Le ruego me disculpe, príncipe de Bénévent.

Talleyrand no se molestó en decirse que aquello era mentira. El propósito de Alexander no podía ser otro que actualizar a Friedrich-Wilhelm, por entonces atrapado en la opulenta condesa Zichy y al cual el Zar ya se aproximaba por el camino más corto.

Viena, miércoles 4 de enero

Castlereagh escribía con soltura. En francés quizá no consiguiera transmitir su pensamiento con la debida sutileza, pero en inglés no sufría limitaciones. Aún menos cuando conocía la personalidad del destinatario. A Liverpool le sabía inteligente, atento al matiz; unos dones que le permitían redactar de un modo suave sin por ello perder firmeza, la necesaria para dejar establecido que si alguien merecía el reconocimiento por el éxito, era él. Talleyrand y Metternich cumplieron con su deber de buenos estadistas, pero las bases del acuerdo las planteó él. En su cosmogonía era impensable que, sin advertirlo, hubiera sido manipulado, de principio a fin, por aquel par de serpientes venenosas.

La carta giraba en derredor de un solo concepto: las amenazas de guerra se desvanecían. Era una sutil indicación de que llegaba el tiempo de la diplomacia. Sería momento de licenciar regimientos, desguzar navíos y jubilar generales, de asentarse y comerciar, de obtener los réditos de tantísimos años de lucha, desde los primeros cañonazos en Toulon a los últimos en Toulouse. Llegaba una era donde los hombres como él serían más necesarios para Inglaterra que los grandes guerreros. Su buen amigo Arthur, al que ayudaría de corazón una vez llegase a Viena, jamás habría conseguido firmar el tratado que recibiría Liverpool junto a la carta que releía. Para ello habría necesitado el profundo conocimiento de los actores que a él le otorgaban sus muchos años de diplomático.

Se preguntaba si explicar lo último del Zar. Prefirió pasar de largo, porque seguía sin comprender la preocupación que manifestó donde la Bagration sobre la intención británica de poner a Polonia bajo su protección, al punto de hacer marchar allí a su ejército. No le desengañó, porque aquel delirio venía bien al propósito general, pero le resultaba imposible imaginar de dónde habría sacado aquel disparate. Si había un país donde a Inglaterra no se le había perdido nada, era Polonia.

Entre los dones de Talleyrand destacaba el de ser muy perezoso, en especial para escribir. Prefería dictar. Alegaba que la concentración necesaria para volcar en el papel las menos estupideces posibles no le permitía sujetar la pluma con la debida firmeza. De ahí que rara vez renunciase a tener un escribano cerca. En ocasiones desesperadas Dorothee le hacía de amanuense, aunque las había sin opción: él era quien debía pensar y redactar, ambas cosas a la vez, porque la persona que debería leer el escrito conocía su letra y consideraría una descortesía que se la hubiera hecho escribir. Era lo que sucedía esa tarde, cuando venciendo su invencible galbana se dispuso a informar a su rey. El cansancio que le asaltaba en esas ocasiones daba lugar a un curioso estilo literario: sus cartas hológrafas eran inusitadamente lacónicas, incluso las dirigidas a quienes autorizaban sus desmesurados salarios —jamás

trabajaría para nadie que le pagara por lo que hacía y no por lo que conseguía—; gracias a eso resultaban fáciles de comprender, salvo cuando ponía empeño en lo contrario. En la que releía entonces pretendía ser claro, y tras una nueva lectura decidió que sí, que lo era. El propósito no sólo era informar a su monarca de la firma del tratado con Austria e Inglaterra, sino de su significado. De ahí que meditase largamente hasta dar con la oración adecuada: «la Coalición se ha disuelto para siempre». Aquello tendría más valor para el pusilánime Louis que alejar una buena temporada el espectro de una guerra continental. Su rey no era el único en mostrar inquietud por un hipotético revivir de la Coalición, la que acabó con Bonaparte. La mayor parte de su Conseil Privé también la exhibía. Temían el rencor de las potencias con las que Napoleón luchó más o menos ininterrumpidamente desde 1792, de forma que acabara desplazándose de Bonaparte a Francia. El tratado del 3 de enero no disolvería el odio latente, aunque impediría que volvieran a odiarles todas las potencias a la vez. Sólo con eso ya se había ganado el sueldo, susurró para sí mismo al tiempo de firmar.

La ventaja para Metternich de haber firmado en Viena era no necesitar escribir un memorándum detallando los efectos: los explicó de viva voz en términos sencillos, los que tanto agradecía el Kaiser. Al hombre le gustaron, pese a sentir alguna preocupación por su huésped del *Amelie*, que lucía un tanto mohíno. Metternich achacaba su tono bajo a la obligación de hacer saber a Friedrich-Wilhelm que, de guerra, nada. No debía ser plato de gusto, sobre todo si debiese hacerlo en presencia del belicoso Hardenberg. «Igual es que fornicar poco», había sugerido Talleyrand de su desmedido ardor guerrero —«los que pasan poco tiempo rezando en el altar de Afrodita dedican demasiado a orar en el de Ares; me pregunto si no podríamos encontrarle alguna duquesa o alguna princesa que le alegrase las pajarillas; sería un bien para todos, empezando por la desdichada Prusia»—. Una sugerencia que correría de su cargo, en su calidad de Gran Alcahuete del Congreso. No eran pocas las damas que caían rendidas en los brazos de plenipotenciarios a los que ni se les ocurría que tales milagros pudieran ser de origen mercenario. Si estaba tan seguro era por pagar él las facturas, aunque no directamente. De reclutar y administrar candidatas se ocupaban ciertas nobles damas de su total confianza, conseguida donde suelen conseguirse determinadas formas de certeza; él, al igual que Talleyrand, jamás jubilaba del todo a sus amantes. A medida que envejecían se volvían más mundanas, lo bastante para identificar con sagacidad a las que deseaban iniciar carreras comparables a las suyas. Desempeñar el papel de *femme de campagne* de algún príncipe o algún duque, o de alguien capaz de aplicar sobre su amo, el que fuese, una influencia decisiva, solía estar recompensado en sí mismo, aunque ya se las apañaba él para que sus distinguidas hetairas aceptaran que ciertas oportunidades no se

presentan a menudo.

Se preguntaba quién iría mejor para calentar las gélidas sábanas del Fürst. La primera en venirle a la mente fue la sin par Mina, pero no quiso evaluarla. El corazón le sangraba, de modo que la barrió de su mente, pese a intuir que no sería un encargo que despreciase sin pensárselo. Sus finanzas seguían en mala situación, al punto que, con su habitual desfachatez, semanas antes le hizo llegar un collar de zafiros y esmeraldas, pidiéndole que lo colocara por ahí, cosa que hizo en menos de una: Madame Montesquieu, la gobernanta del *Aiglón*, se quedó con él a cambio de tres mil *dukats*.^[53] Los problemas económicos de Mina, de los que sólo él y Schulemburg estaban al corriente, podrían redondear su tendencia natural a encamarse con toda clase de testas coronadas, primeros ministros y grandes mariscales, aunque también era verdad, se decía en un vaivén de su especulativa mente, que Hardenberg sería una conquista difícil. Viejo de sesenta y cuatro mal llevados, aburrido, antipático, sordo y carente por completo de sentido del humor, muy necesitada debería estar la Zahánská para endulzarle la vida. No, a tanto no llegaría, se dijo el canciller conteniendo un suspiro de pesadumbre.

Tras un rato de revisar duquesas, condesas y princesas de las muchas llegadas de los *fürstentum*,^[54] hubo de aceptar lo imposible de dar con una capaz de salir victoriosa. La única que quizá pudiese aceptar tan complejos desafíos era Dorothea von Kurland, la exquisita madre de Mina, Pauline Hohenzollern-Hechingen, Johanna d'Acerenza y Dorothee de Périgord. En el plano intelectual la sabía capaz de camelar a cualquier Hardenberg, pero seducir cancilleres hasta el punto que olvidasen las ganas de guerrear requería unos atractivos que la otoñal belleza —cosecha de 1761— no conservaba. Una pena, empeorada porque la sabía en París, quizás escandalizada por el descarado idilio que su cuarta y putativa hija sostenía con el último de sus grandes amantes, el jamás bien ponderado Évêque d'Autun. Definitivamente, volvió a suspirar, era una empresa inabordable.

Era un soleado atardecer, esos en los que tan agradable resultaba pasear por Viena; Lady Castlereagh y él no podrían hacerlo, pues padecían invitados. Sería una cena de quince, amenizada por dos artistas italianos que trabajaban para el príncipe de Ligne y que recogió sin ganas, para sorprenderse no ya de lo bien que tocaban, sino de la enorme cantidad de obras que dominaban hasta el punto de interpretarlas sin partituras. Quizá podría cantar con ellos, pero ahí su mayordomo le sacó de sus pensamientos. Una visita inesperada: el Fürst Hardenberg. Inquieto, al poco se reunía en un pequeño salón con su nada relajada visita. Se notaba en que no sólo permanecía en pie, sino que paseaba compulsivamente por los no más de diez metros que mediría de largo el recogido aposento.

El canciller estaba preocupado. Se advertía eso en su ir al grano del modo más directo. Quería resolver «el asunto» de un modo amigable, para lo cual solicitaba su ayuda y cooperación. Castlereagh se inclinó por dejarle hablar. No sólo por cortesía. Era por no querer parlamentar. Mientras Hardenberg no aceptara que las opciones militares eran inviables, no cabría empezar a discutir.

—Aprecio la lógica de sus palabras, príncipe Hardenberg, aunque temo que Su Alteza no percibe la situación en la forma que lo hacemos nosotros. Austria, Francia e Inglaterra, quiero decir. Y no me asombraría que también Rusia. Sus pretensiones sobre Sajonia no niego que posean alguna justificación, aunque no tan abrumadora que les otorgue derecho a quedarse con el país. No estaríamos en contra de analizar demandas limitadas, pero no creo que seamos capaces de valorar otras opciones.

—Sus palabras, si fueran últimas y finales, podrían conducirnos a una guerra que nadie desea.

—¿Y a quién verían a su lado, canciller? ¿Piensa que los doscientos mil hombres que puede Prusia movilizar podrían hacer frente a seiscientos mil austríacos, franceses y británicos?

—¿Franceses? ¿Habla Su Excelencia en serio?

—Temo que sí. Francia no desea emprender una nueva guerra. Su población está no menos fatigada que la prusiana, pero tengo la seguridad de que no vacilaría en unirse a Inglaterra y Austria si fuéramos agredidas por el solo motivo de preservar la independencia de Sajonia.

Una vez más Hardenberg demostraba lo que decía Talleyrand: era todo menos un diplomático. Uno de verdad no consentiría que aquella ira incendiaria se apoderase de su faz.

—¿Debo entender que han alcanzado un compromiso a espaldas del congreso?

—El congreso no limita lo que cada nación establezca con carácter bilateral, pero eso no significa que hayamos firmado nada. Si me permite una recomendación, sería un buen movimiento por parte de Prusia estudiar una compensación territorial. No puedo predecir los resultados, aunque no me asombraría que, bajo determinadas condiciones, llegáramos a un acuerdo satisfactorio. No obstante, debo reiterar que antes de abordar cualquier negociación sería necesario que Prusia dejara de plantear sus demandas en los términos actuales. Puede que sea una interpretación errónea por nuestra parte, pero los encontramos innecesariamente belicosos. Tanto, que nos impide concentrarnos en otra cosa que no sea cómo hacer frente, una vez más, a una guerra continental.

A Hardenberg no le quedaba más por decir. Castlereagh le acompañó hasta la puerta, preguntándose por el camino si no sería bueno invitarle a la cena que no tardaría en comenzar. Se contestó que no. La presencia de aquel zoquete sólo conseguiría reventarla, y estaba demasiado en deuda con su impaciente y aburrida

esposa para que aquella no fuera tan agradable como ella deseaba. Hardenberg no estaba hecho para el hedonismo social. Lo suyo era La Guerra.

El matrimonio que formaban Jean-Gabriel Eynard, segundo del representante suizo Charles de Rochemont, y Anna Lullin, su sobrina, llegó a las seis. Los Castlereagh los adoraban. Eran divertidos, cultos, discretos y estaban bien informados. Él, de la vida económica, que aún discurriendo separada de la diplomática con frecuencia se cruzaba con ella. Su esposa, de la mundana. Tras ellos, o así esperaba la nerviosa Lady Castlereagh —el papel de *châtelaine* no le gustaba, y menos tras la marcha de su hermana Mathilda, bastante más flemática—, llegarían el Kronprinz^[55] Ludwig von Bayern y su esposa Thérèse, *née* Sachsen-Hildburghausen, el joven Ernst, duque de Sachsen-Coburg und Gotha, el también joven conde Karl-Joseph Clam-Martinitz, los príncipes Metternich, el de Bénévent con Dorothee de Périgord, el cardenal Consalvi, el príncipe Eugène de Beauharnais y su esposa Augusta von Bayern, hermana del Kronprinz Ludwig. Todos, salvo Clam-Martinitz, habituales de la casa.

Talleyrand y su sobrina ocupaban el centro de cualquier reunión que se celebrara en el selecto mundo de las legaciones. Él resultaba magnético. No ya por su ingenio, su simpatía y la extraordinaria cantidad de anécdotas que atesoraba en su descomunal memoria, sino por haber sido durante años el hombre más próximo a Bonaparte. Casi todos los diplomáticos presentes en Viena en alguna ocasión habían negociado con él, lo que ninguno calificaría de acto en sí mismo desagradable. Ni los prusianos, que jamás dejarían de tener presente la sombría ocasión de Tilsit, criticaban la cortesía del mejor ministro de Asuntos Exteriores que había tenido el Corso. Si a eso se añadía el encanto, la belleza y la malicia de la condesa de Périgord, más el delicioso morbo de imaginar cuáles serían sus verdaderas relaciones, se comprendía que fueran la pareja más disputada en aquel Walhalla social.

Si los Talleyrand eran los más disputados, los Metternich resultaban insoslayables. En realidad no *los Metternich*, sino el canciller. La Fürstin llevaba una vida retirada, volcada en su familia y consciente de que al canciller convenía darle cuerda larga, tanto porque podría marcharse si no se la daba como porque siempre volvía, no pocas veces lamiéndose unas heridas que sólo Laure sabía restañar. De ahí su desdén ante los rumores que le traían las almas buenas. Su marido siempre regresaba, y no sólo por amor a su familia, sino porque su cargo dependía de no enemistarse con los Kaunitz, pues tal cosa le costaría el favor del Kaiser. Llevaban una temporada sin dejarse ver juntos; de ahí que se comentase ampliamente su reciente reaparición. Sobre todo, que la princesa luciera una joya identificada tiempo atrás por los agudos observadores de la orfebrería vienesa, los cuales auguraban que

su destino era otro brazo, el de una duquesa no se sabía si báltica, prusiana, bohemia o vienesa, pero incomparablemente más hermosa que la feísima princesa. Si Lady Castlereagh se había volcado en conseguir que vinieran a su cena era por pillarles en el buen momento que atravesaban y que, como en otras ocasiones, el enamoradizo Kanzler ya se ocuparía de abreviar.

Eugène de Beauharnais era otra pieza disputada. Hijo de la fallecida Joséphine y ahijado de Napoleón, había combatido para él con singular distinción. Su boda con Augusta von Bayern, que si bien pudo ser de conveniencia se reveló de sincero amor —o eso se creía—, le ganó la protección del König Max y la del Kronprinz Ludwig. De ahí que los cuatro, Eugène y Augusta de Beauharnais, Ludwig y Theresia von Wittelsbach, fueran inseparables. Eran jóvenes, guapísimos, muy ricos y se les veía tan dichosos de vivir que muy raras veces tenían ocasión de cenar en sus respectivas casas.

El apuesto Ernst von Sachsen-Coburg und Gotha era un habitual compañero de las dos parejas. Su relación con Eugène de Beauharnais era muy afectuosa, lo que sorprendía no poco a los menos conocedores de las almas nobles. Al igual que Eugène, había luchado con distinción en las guerras que devastaron Europa de 1792 a 1814, pero en el bando prusiano. La muerte de su padre le llevó a ocuparse de su pequeño estado a la temprana edad de veinte años. De aquello hacía diez. Si bien pasaba por juerguista impenitente, administraba su ducado con gran seriedad, lo cual le procuraba una sana prosperidad. A esas virtudes se debía que fuera un partido cotizado, al punto que los palacios con princesas por casar se lo rifaban. Él no tenía prisa. Su vida era tan estupenda que no encontraba necesidad de volverse formal. Aun así, era consciente de que un día u otro debería casarse, inevitable servidumbre de su cargo; de ahí que hubiera delegado en su madre, la formidable duquesa viuda Augusta von Reuß-Ebersdorf und Lobenstein, la tediosa tarea de conseguirle mujer. La candidata de su gusto era una cría de quince años, Luise von Sachsen-Gotha-Altenburg. El duque valoraba sus buenas maneras y que sería una estupenda paridora, como buena hembra de su linaje, pero aún no estaba en condiciones de ofrecer atractivo alguno a un hombre como él; ya lo haría cuando cumpliera dieciocho, de modo que aún le quedaban tres años de vivir muy bien. De quien los Castlereagh no sabían nada era del conde que vendría con él; apenas que se llamaba Karl-Joseph von und zu Clam-Martinitz, que a sus veintidós años era teniente coronel y *aide-de-camp* de Schwarzenberg y que parecía emparentado con los Sachsen-Coburg und Gotha, cosa por demás natural, pues los unos y los otros ya infectaban Centroeuropa en los más oscuros años de la tenebrosa Edad Media.

El último invitado, el cardenal Ercole Consalvi, era un arquetípico príncipe de la Iglesia. Refinado, cultísimo y poseedor de un exquisito cinismo, encontraba placentera la compañía del Évêque d'Autun, ya que procedían de la misma escuela y

compartían similares devociones. Aún le agradaba más su atea sobrina. Lady Castlereagh sospechaba que sostener una relación como la del Évêque d'Autun con la bella Dorothee quizá figurara entre los delirios favoritos del cardenal, declarado admirador de sus desmesurados escotes. Pese a sus frecuentes pérdidas de hilo, fenómeno que se agravaba en la proximidad de las magníficas ubres Von Biron, sus palabras tenían la virtud de relajar cualquier tensión, lo que si bien no sería el caso aquella noche sí podría serlo cualquier otra, pues los Castlereagh recibían con extenuante frecuencia. De ahí que la muy anglicana vizcondesa jamás olvidase invitar al solemne cardenal católico. El representante de Pio VII en el congreso era, todo el mundo estaba de acuerdo, un apaciguador extraordinario.

La velada prometía. Serían unas horas de placentero disfrute social entre personas de gran categoría, pero algo no iba bien. A eso se debía que Lady Emma estuviese tan nerviosa.

—Estoy desolada: Eugène no se puede quedar a cenar. Théodolinde, la chiquitina de ocho meses, tiene fiebre. No debe de ser nada serio, pero ya sabes cómo es Augusta de madraza, si no de histérica.

Lo era, concedió el Lord. Las dos cosas. Augusta de Beauharnais había parido cinco veces a sus apenas veintiséis años, y para general asombro le vivían todos los cachorros; nada que ver con las madres prusianas, que aceptaban como cosa natural que se les muriesen dos de cada cinco; a eso se debía que tuviesen tantos. Lord Castlereagh sentía envidia por aquellas familias tan prolíficas. Él y Emma ya no tenían esperanzas, aunque tras veinte años de casados tampoco era para tener muchas.

—Bien, pues da orden de que se retiren dos cubiertos y en paz. ¿Eso es todo?

—¿Pero te has vuelto loco, Robert? ¿Cómo vamos a ser trece a la mesa?

Castlereagh no era supersticioso, y Lady Emma, de soltera Hobart, pese a sus notables excentricidades no pasaba por serlo en exceso, pero la Fürstin Metternich y Theresia von Bayern si se cruzaban con un gato negro se metían en la cama y no se levantaban en un mes.

—Bueno. Les diré que debo preparar un informe para Liverpool, lo que además es cierto, y que habré vuelto para el café, cuando ya no haya comida sobre la mesa. ¿Será suficiente?

A Castlereagh, en realidad, no le disgustaba librarse de la cena. Quería pensar, y no sólo en la charla con Hardenberg. Tenía sobradas razones para sentirse muy bien y le apetecía darse un festín de autoestima, la de calcular qué se diría en Londres y qué nuevas prebendas debería ofrecerle Liverpool para distinguirlo de sus envidiosos iguales. También, y al tiempo, paladear algunas gotas del excelente *single-malt* que destilaba su amigo Jack Taylor en el idílico Moray; un licor tan excelente que pese a lo secreto de su crianza jamás faltaba en la mesa del regente. Innumerables veces había sugerido al puritano Liverpool que legalizara tan prodigioso reconstituyente,

aunque sin éxito. El día que llegase a *premier* su primera medida sería legalizar aquel maravilloso *Milltown* con que solía incrementar su capacidad de concentración. También le apetecía escuchar música. Sería una excelente ocasión para disfrutar el arte del extraordinario violinista y el magnífico pianista heredados del hacía poco fallecido príncipe de Ligne. Ya debía serlo para ofrecer cobijo a ese par de sodomitas. En pocos palacios encontrarían la misma comprensión para su vivir *contra natura*. Si la encontraron en el suyo no sólo fue por la liberalidad británica en materias correspondientes al interior de las alcobas. Era porque tocaban de maravilla. Sobre todo el violinista, el con diferencia más guapo de los dos.

La disposición de los comensales revelaba que Lady Castlereagh era una *châtelaine* incompetente, pensaba Talleyrand aparentando seguir la disertación del insulso Ludwig von Wittelsbach sobre la influencia de Voltaire en el pensamiento de Schiller. Cierto que la defección de dos invitados sobre los quince previstos, más la huida del anfitrión —tuvo la decencia de susurrarles en un aparte, a él y a Metternich, que Hardenberg había venido a verle, que le dejó preocupado, que después les daría detalles y que no tenía más remedio que poner sus reflexiones en un papel y enviarlas a Londres—, podía llevar a los umbrales del paroxismo a cualquier anfitriona —no a Dorothée, como alguna vez pudo constatar; su sangre fría le habría permitido reconfigurar la mesa en dos segundos y a satisfacción de todo el mundo; su sobrina poseía el insuperable don de saber sentar juntos a los más compatibles entre sí, gracias a lo cual el número de bostezos en sus cenas era palpablemente inferior al de las diseñadas por cualquier otra u otro, empezando por las infernales de Hardenberg —, pero colocarle frente a Metternich, ella misma en su estribor y la vegetálica Laure a su babor, obligando a que su otro invitado principal padeciese a la Hildburghausen a su derecha y al cardenal a su izquierda, era un desatino colosal. Lady Castlereagh debió pensar que ubicar a los maduros con los maduros y a los jóvenes con los jóvenes resultaría menos inseguro, y quizá fuese así en Inglaterra, pero en aquella cena vienesa sólo consiguió que sobre la zona central del discutible festín —la cocina de los Castlereagh figuraba entre las más temidas de la ciudad— cayera un tedio indisimulable, mientras que hacia el extremo de la izquierda, donde se concentraban los jóvenes, las carcajadas se alzaban con envidiable frecuencia, cuando menos a su juicio y al de un Metternich que parecía tan ausente como él. Quizá pensara lo mismo: el grupo que formaban Anna Eynard-Lullin, Ernst von Sachen-Coburg und Gotha, Dorothée de Périgord y Karl-Joseph Clam-Martinitz lo pasaba mucho mejor que los demás.

Dorothée de Périgord, sin embargo, apenas participaba en la conversación. Sonreía todo el tiempo y parecía no perderse palabra, pero no quitaba la vista de la nerviosa Fürstin Eleonore, quien de vez en cuando hacía lo recíproco, sin duda

consciente de ser observada por la dueña de una de las lenguas más afiladas de Viena, la hermana pequeña de la detestable, descarada y desvergonzada Vévodkyne Zahánská. Dorothee se preguntaba qué podría encontrar Metternich en aquella osa hormiguera. Según Pauline, el Fürst llevaba dos años absolutamente loco por Mina, escribiéndole sin cesar, haciéndole cada dos por tres regalos carísimos y en los últimos tiempos poniéndose muy en evidencia, por no decir en ridículo, con sus ataques de celos. Lo curioso era que Metternich y Mina se conocían desde hacía varios años, desde cuando ella sentara sus reales en Viena y se hiciera con medio Palm. El por entonces recién nombrado Kanzler fue desde los primeros días no sólo un habitual de su *salon littéraire*, sino uno de sus más próximos, y en consecuencia testigo en primera fila de su borrascoso idilio con Alfred Windisch-Grätz, plagado de broncas y ataques de cuernos, lo cual no suponía incomodidad alguna para su hermana, que según Pauline jamás se descompuso, pese a que para cualquier otra menos glacial estar en boca de todo el mundo habría sido un supremo fastidio; de ahí lo asombroso de que su irreprochable amistad se transformara en pasión desbordante. Quizá, sospechaba la romántica Johanna, sucediera que la tensión de la guerra inminente les echara en los brazos del otro. Pauline añadía que también pudo influir un conjunto de casualidades, de sucesos de los que no fueron responsables pero que les hicieron estar en el epicentro del terremoto. «Bien por el terremoto», se decía Dorothee riendo sin ganas una tontería de Clam-Martinitz, un punto incómoda porque, a su vez, éste no le quitaba ojo. Era cierto que los acontecimientos del verano de 1813, tal y como ambas se los explicaron, fueron un colosal terremoto. El que se viese ahora en Viena era uno de los muchos ríos cuyos cursos habían cambiado a consecuencia del temblor; de no haber éste ocurrido seguiría en París, despatarrada bajo el imbécil de su marido. Qué maravilloso fue que Wilhelmine, a finales de mayo de 1813, dejara la tórrida Viena para pasar el verano en su idílico Ratiborschitz. Bien pudiera ser que gracias a eso estuviese allí, escuchando sin apenas interés lo que contaba Clam-Martinitz acerca de las jornadas que había pasado como *aide-de-camp* del general Köhler, escoltando al Ogro desde Fontainebleau hasta Fréjus, un Ogro al que ni Anna Eynard-Lullin ni Ernst Sachen-Coburg und Gotha habían visto jamás, al menos de cerca. De ahí su implacable interrogatorio.

—¿Y cómo es? ¿Y qué hacía? ¿Le veía usted asustado? ¿Es verdad que debieron disfrazarle?

El joven conde contestaba con la precisión y la convicción del que no inventa, o con las del que ha contado la historia tantas veces que los tramos inciertos han pasado a formar parte de la verdad; de algo debía valerle ser, en aquella esquina de la mesa, el único que alguna había visto al Monstruo en persona: pues sí, es bajito y está muy gordo; sí, lo del uniforme no puede ser más cierto; de ahí que llegase al barco vestido de coronel austríaco; lo del tricornio, también; no encontramos uno donde le cupiera

la cabeza; sí, era verdad, hubo que recurrir al bicornio de un sargento de la escolta.

—Pues yo no recordaba que tuviese la cabeza tan grande.

Tono despegado, de hablar del tiempo. Sus compañeros la miraban, sorprendidos, y también el cardenal, en apariencia pendiente de Jean-Gabriel Eynard, que a la sazón explicaba las mejores formas de no pagar aduanas, pero que no se perdía lo que decían los jóvenes; no sólo era más divertido, sino que a los servidores del Espíritu Santo las aduanas jamás les han preocupado.

—¿Alguna vez le vio de cerca, Dorothée?

—Pues sí, Anna. Desde mediados de 1810 hasta mayo de 1812, casi todos los días; bueno, los que me tocaba estar de guardia. Con la emperatriz. Es que Napoleón quiso que yo fuera dama de corte al servicio de Marie-Louise, por hablar alemán. Contra lo que se dice por ahí, todo le parecía poco para ella, incluso que conmigo no hablara en francés. A eso se debe que muchos días cenáramos todos juntos: él, la emperatriz, dos o tres de sus *aides-de-camp*, tres o cuatro damas de corte y algunos mariscales, que siempre había unos cuantos por ahí sueltos, en Les Tuileries.

El conde Clam-Martinitz comprobaba, un punto apesadumbrado, lo efímero de la gloria. Recorrer mil y pico millas a caballo tras un pesado carruaje, tragando todo el polvo del mundo y con el agravante de haber tenido que desenvainar el sable a la entrada de algún pueblo, pues la multitud parecía interesada en despedazar a su aterrado ex emperador, de nada valía frente al displicente relato de una que comía piezas de fruta cogidas de la mano del Tirano, quien se las tendía en demostración de preferencia por la en absoluto arredrada princesa de Courlande.

—¿Es tan grosero como dicen?

—Conmigo jamás lo fue, y no recuerdo que lo fuera con otros, al menos estando yo delante, aunque tampoco se podría decir que poseyera un gran encanto. Lo digo por sus modales. Pese a ser cuidadosos no eran naturales, no eran los de un hombre criado entre personas muy bien educadas. Lo peor, ahora que lo pienso, eran los ojos. Los suyos. No los podía controlar; de ahí que fuera muy difícil sostenerle la mirada, sobre todo si hacía calor e ibas un poquito escotada. No era que impusiera demasiado; era que no había forma de atraparla.

Anna fue la primera en comprender y echarse a reír. Lo que más le fascinaba de Dorothée, y de su hermana Mina, era la naturalidad con que hablaban de asuntos escabrosos. El conde Clam-Martinitz, por su parte, se veía por primera vez en su vida de acuerdo con Bonaparte: tampoco a él le resultaba fácil sacar los ojos de donde tan ardientemente deseaba poner las manos.

—He oído que piensa participar en el *tableaux vivant* de la Kaiserin Maria-Ludovika.

El interés del conde no era insincero. Si bien la última costumbre social era organizar con exasperante frecuencia esos actos tan difíciles de calificar y que tan

aburridos solían ser, el de la Emperatriz había despertado expectación. El *tableaux vivant* era un entretenimiento de moda en París y que, como todo lo que procedía de allí, había causado sensación en la pacata Viena. Consistía en imitar algún famoso cuadro multitudinario, de forma que cada participante cargase con la responsabilidad de hacer vivir un personaje de los que hubiera desplegado el pintor a lo largo y a lo ancho del panel. «Hacer vivir» significaba que no bastaba con ocupar la posición del personaje, sino hacerle hablar, bien explicando su vida o qué diablos hacía puesto ahí en medio, y en ocasiones hasta cantando alguna estupidez concebida por la mente calenturienta que hubiera engendrado el disparate. La tortura culminaba con un poquito de música y alguna delicada pieza de ballet, donde las más audaces damas palaciegas se lucían si querían, aunque lo usual era que de aquella parte se ocuparan danzarinas profesionales, donde destacaba con luz propia la en verdad preciosa si bien un poquito embarazada Marie Bigottini. No todos los *tableaux vivants*, sin embargo, acababan en éxito clamoroso. Alguno resultó fallido, como el intento de representar la Compañía del Capitán Frans-Baning Cock y el Teniente Willem van Ruytenburg yéndose de juerga por ahí^[56] la enorme tela de Harmensz Rembrandt van Rijn que bajo los auspicios de un travieso príncipe de Ligne la princesa Esterházy quiso representar, y cosechó un fracaso absoluto, si bien las carcajadas del Zar ante tamaño desastre fueron esperanzadoras (cualquier cosa que contribuyese a espantar el fantasma de la guerra era bienvenida). La opinión general era que aquel de la Kaiserin estaba mejor orientado. Se basaba en una obra de Teniers donde figuraría una nutrida representación de dioses y semidioses, todos ellos en atavíos adecuados a su divinidad —ciertamente someros; en el Olimpo, era sabido, no hacía frío—; las más jóvenes bellezas del congreso habían confirmado sus papeles (Dorothee de Périgord, la condesa Wrba, Aurora Marassé y Jeannette d’Acerenza, entre otras), así como los encargados de hacer de dioses, entre los cuales sólo se resistió el bellissimo conde Wrba, y no porque hacer de Apolo le resultase inaceptable, sino porque no pensaba renunciar a su formidable mostacho «a la tártara», pero no se pudo resistir a los ruegos de la Emperatriz, que gracias menos a su título que a su carita de moribunda conseguía todo de todo el mundo. El único papel del que aún no se sabía quién lo representaría era el de Venus, que Teniers había pintado exactamente igual que brotara de una ostra gigante. La princesa de Bagration, muy presionada, osó aceptar, pero a la mañana siguiente, una vez metabolizadas las dos botellas de *champagne* que le llevaron a considerar aquello una buena idea, se volvió atrás. El comité organizador llevaba días buscando una Venus adecuada —no les valía una mercenaria—, y se rumoreaba que habían centrado la puntería en la poco asustadiza condesa de Périgord. De aceptar ella el encargo, el conde Clam-Martinitz mataría por conseguir un tiquet de primera fila.

—Así es. Ahora me preguntará si pienso hacer de Venus —el conde se sonrojó

indecorosamente—; ya veo, no hace falta que diga nada —Dorothée sabía ser muy cruel, pero su sonrisa era tan agradable que todo se le podía perdonar—; espero no decepcionarle si le digo que intentaré ser una Eris convincente —ninguno de sus oyentes sabía una palabra de la gemela de Marte, dios de la guerra; el cardenal sí sabía quién era la diosa de la discordia, de los contubernios y de los hijos de las putas, aunque prefirió aparentar que seguía pendiente de Lady Castlereagh—; en cuanto a Venus, tengo entendido que será Fräulein Wilhelm —ninguno sabía quién diablos era Fräulein Wilhelm—; sobre la ropa que lucirá, lo cual supongo es el motivo subyacente de su curiosidad —en aquel duelo de picardías el conde tenía todas las de perder—, he sabido que será un convincente traje de Venus, aunque la emperatriz ha decidido situarla muy al fondo del escenario, en una púdica penumbra y de modo que no se la vea ni de frente ni de perfil. Aun así, preveo que nos robará los papeles a todas la demás.

Las carcajadas volvieron a estallar, para envidia de la mesa. No cabía duda, pensaba el cardenal, de que la condesa de Périgord combinaba los supremos dones de su madre con el ingenio y la malicia de su tío. La clase de mujer, se decía con tristeza, que avala con su sola existencia la santidad de los prelados. Había que padecer mucha para no volverse loco por ella.

Viena y Portoferraio, jueves 12 de enero

Los asistentes tomaban asiento. El último en hacerlo sería Metternich. El penúltimo, Gentz. La expectación era mayor que la registrada en las dos reuniones anteriores, primeras en las que participaba Francia. Era porque Talleyrand en persona, flanqueado por sus plenipotenciarios, el duque de Dalberg, el marqués de la Tour du Pin y el conde de Noailles, representaría los intereses de su país. Era uno de los imprevistos que más desconcertaban a los prusianos, que aquel viejo zorro de las mesas de conferencias se permitiese hasta ese día la displicencia de hacerse representar. En realidad, si no se dejó ver fue porque aún no consideraba neutralizados a los prusianos. En modo alguno deseaba sostener un debate con Hardenberg, al menos mientras éste no se sintiera maniatado. Las confrontaciones diplomáticas sólo deben emprenderse contra los muy débiles o contra los dispuestos a rendirse, jamás contra los que puedan revolverse. Aquel día Talleyrand tenía por seguro que no era ésa la situación de Hardenberg. Por senderos directos e indirectos había confirmado que su rey le ordenaba izar bandera blanca. Era una partida ganada, pero incluso éstas han de saberse jugar, y si en algo él era un maestro era en jugar partidas ganadas; las otras no las jugaba.

Mientras escuchaba las palabras de un Metternich convencido de haber nacido para lo que hacía, Talleyrand pensaba en lo que dijo Dorothée cuando desayunaban, él semitumbado en su cama y ella sentada más o menos a sus pies. Tras escuchar sus profecías sobre lo que sería ese día, en cuanto a esgrima diplomática y molestias diversas, Dorothée comentó que, si había entendido bien, aquella reunión a cinco sería el verdadero inicio del congreso. No necesitó reflexionar para ver que así sería si los prusianos insufribles no se descolgaran con alguna reivindicación inesperada. Tenía una idea precisa de cuáles despeñaría Hardenberg, las mismas que, según Kapodistrias, Alexander pactó con Friedrich-Wilhelm tras contrastar con los enviados de Castlereagh y Metternich que más allá no pensaban ceder, y si aun así Friedrich-Wilhelm quería una guerra, pues la tendría. Qué magnífico es a la hora de negociar, convenía consigo mismo, saber dónde a los oponentes les han marcado sus límites. Dados los resultados que con virtual seguridad obtendría en la reunión, las no disparatadas sumas que le costó informarse no ya eran un precio magnífico, sino una ganga. Definitivamente, la primera de las ciencias que debe dominar un diplomático es la de sobornar con maestría.

—¿Qué tal ha ido?

—Hardenberg planteó que Prusia, para compensar sus pérdidas, debería recibir tres millones cuatrocientas mil almas. Dos millones cien mil deberían venir de Sachsen, compensando a Friedrich-August con Luxemburg y algún territorio del

Moselle, más ochocientos mil a sacar del ducado de Varsovia, trescientos mil de Berg, ciento treinta mil de Westfalen, veinte mil de Dortmund, cincuenta mil de Fulda y setecientos cincuenta mil a consolidar entre diversos *départements* franceses. El total superaba cuatro millones ciento cincuenta mil, o setecientos cincuenta mil sobre su propia cifra. Una ganancia que a sus ojos era razonable, toda vez que suponía menos de lo que Austria, Rusia e Inglaterra ya se habían embolsado. Metternich, ahí, expuso del modo más frío, y ya sabes cómo es de frío cuando pretende ser frío, que un ciudadano sajón o renano altamente instruido, tanto daba si fuese artesano, comerciante o granjero, no se podría comparar con un *muzhik* sin educación, sin tierras, sin habilidades manuales o intelectuales, e incluso sin unos mínimos aperos, como desgraciadamente son las docenas de miles de infraseres que pululan por los páramos de Masuria. Una vez arrojado eso a la cabeza de Hardenberg comenzó un turno de comentarios no todos atinados ni tampoco bien centrados, y mucha tontería del estilo «estamos aquí para ordenar la reconstrucción del orden social, debemos buscar una paz duradera fundada en una justa y cristiana distribución de la riqueza y de la fuerza», y estupideces así. Ya sabes, piadosismos destinados a camuflar lo que hacemos, que no es otra cosa que repartirnos los despojos de los que no supieron desengancharse a tiempo de Bonaparte. Lo que importa, en cualquier caso, es que Hardenberg ahora sabe que deberá reducir sus pretensiones en un millón de almas, o unas pocas más si decide podar hacia el este, como entre todos deberíamos llevarle a que hiciera.

La condesa reflexionaba. No porque la suerte de los *untermenschen* masurianos le importara. En su cosmogonía, los infraseres eran como eran y vivían como vivían porque la naturaleza lo dispuso así. Le constaba que las Sagradas Escrituras insinuaban opiniones contrarias agrupadas bajo un concepto ambiguo, la caridad, pero el haber sido educada lejos de sus preceptos morales le permitía flotar con magnífica despreocupación sobre cualquier planteamiento que afectase a sus privilegios.

—Eso es tanto como proclamar que los seres humanos no son todos iguales, ¿cierto?

Alguien que no la conociese deduciría de la pregunta que tras ella se agazapaba una cierta mala conciencia, pero *le diable boiteux* sabía que a su sobrina no le atormentaba ninguna clase de conciencia. Mejor aún, dudaba que tuviese alguna. Era perfecta incluso en eso.

—Es que no lo somos. Tú has nacido inteligente y hermosa, y además princesa, y por si fuera poco en una familia podrida de títulos, propiedades y dinero. Gracias a eso creciste sana, fuerte, culta, lista e incomparablemente más rica que noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve de cada cien mil mujeres. ¿Tienes tú la culpa? No, ni la tiene nadie. Si hubiera Dios la tendría Él por haber hecho un mundo tan

injusto, pero como no lo hay no podemos imputar a nadie la desfachatez estructural en que se basa nuestra selvática sociedad. En todo caso, a más dinero se posea más justa parecerá y menos carraspeará nuestra conciencia, si no por otra cosa porque no hay juez que no puedas comprar si tienes suficiente.

La condesa sonrió. El cinismo de su tío era el componente principal de su atractivo. De ahí el empeño que ponía ella en analizar sus claves. Con éxito, creía. De momento, y pese a su edad, ya poseía cierta fama de cínica. Su principal detractora, la condesa de Boigne, lo achacaba, o eso decían las almas buenas, a que no recibió la debida formación moral en los años que más conviene padecerla; lo que pudieron contarle una monja renegada y un jesuita herético en nada debió de contribuir a que su espiritualidad se desarrollara del modo que conviene a las personas de su rango, lo que a juicio de la muy cotilla era una lástima, pues por lo demás poseía todos los dones imaginables.



Condesa de Boigne, por Isabey

—Sigo encontrando asombroso que seas, a la par, tan ateo y tan obispo.

—Se puede ser ateo sin ser obispo, aunque no a la recíproca. Nuestra obligación profesional como príncipes de la fe incluye comprender el sustrato metafísico de lo que predicamos. De ahí que ninguno de nosotros escape a la tentación de preguntarse: ¿no será una barbaridad esto que predicamos a las bestias? Ya sabes, lo del virgo de María, la Santísima Trinidad y todas esas majaderías.

—¿Y cuál es la respuesta?

—Que no lo son. Gracias a los disparates que les contamos, la gobernación de los pueblos sale barata. Imagina lo que sucedería si nuestros fieles poseyeran tu cultura,

tu inteligencia y tu sabiduría.

¿Se les podría pastorear con tanta facilidad como lo hacemos? ¿Se dejarían matar alegremente por su rey, su patria o su bandera? No, querida. Para llevarles por el buen camino, el de obedecer sin chistar, harían falta instrumentos más onerosos, y nuestra sociedad no se los puede permitir. No se los puede pagar, más exactamente. O no puede todavía. Dentro de muchos siglos es posible que sí pueda, pero en el entretanto debemos esforzarnos en convencer a los creyentes de que no pasa nada por vivir muy mal, ya que tras morir se comerán pollo todos los días.

A la condesa le costaba sujetar las carcajadas. Aquella exhibición de su tío no era una simple colección de bromas ingeniosas. Era una cátedra magistral.

—¿Y cuál es tu receta para los que dejen de ser creyentes?

—Si son princesas, como tú, adorarlas. Si son miserables campesinos de las estepas polacas, o de las mesetas castellanas, a la hoguera. No te harías idea de cuánto incrementa la fe y la devoción el aroma de la carne achicharrada. Hoy, por desdicha, ya no se lleva quemar herejes, aunque hay alternativas. El caso es impedir que las masas se desmanden. Cuando lo hacen ya sabes lo que pasa. Recuerda, si no, lo que sucedió con tu lejana tía *l'autrichienne*. Menos mal que la providencia nos regaló a Bonaparte. Gracias a él la Iglesia francesa, que llevaba el peor de los caminos, volvió a ser poderosa. Fue muy tonto, el Corso. Incluso habiendo puesto de su lado al Papa, se dejó arrebatarse el imperio. Una obra maestra de incompetencia, ¿no te parece?

La condesa de Périgord volvió a sonreír, un punto distraída. Se había concentrado en explicar la misma historia, con el mismo tono displicente, al arrogante, y presumido, Graf Clam-Martinitz.

—Hay un despacho de Jaucourt. No dice nada —no leía los comunicados del Conseil Privé porque fuera indiscreta, sino porque se lo pidió él, demasiado indolente para ocuparse de los cotilleos de su esbirro—, salvo algún comentario sobre Wellington; según parece, se aburre muchísimo. No se pierde una fiesta de la D'Angoulême, las que organiza en el pabellón Flore, y se pasa las tardes con Germaine de Staël, quizá por considerarla una buena peana desde donde adorar a Juliette de Récamier. Su corazón, en todo caso, posee sitio sobrado, porque se da por seguro que la princesa de la Moscowa, tras sacudirse al joven Bruce, un secretario del propio Wellington, ha pasado a inspeccionar en persona el armamento de His Grace. Bueno, esto no lo dice así, pero viene a ser lo mismo —el príncipe reía de buena gana, no porque la historia le pareciera divertida, sino por la malicia con que se la explicaban—. Wellington debe ser un tipo bien dotado, porque Jaucourt le relaciona indistintamente con Giuseppina Grassini y Marguerite Weimer, las antiguas amantes de Bonaparte.

—De Bonaparte y de todo París. Esas dos han debido acostarse hasta con Blücher.

—¿Contigo también?

—Pues no me acuerdo, querida. Si algo no debe poseer un caballero es memoria, y en cualquier caso los pecadillos de juventud se olvidan mucho antes que los demás.

La condesa le besó, con cariño. Si un don poseía Talleyrand era el de ser adorable.

—Ah, se me olvidaba. Esto —le tendía un sobre lacrado con los sellos de la legación bávara— llegó esta mañana. Lo trajo un ayudante de Ludwig. Según dijo, el Kronprinz agradecería que os pudierais ver esta noche, si no has vuelto demasiado fatigado. ¿Quieres que te lo lea?

El príncipe asintió, aunque ya sabía de qué se trataba: el rey Max se les unía. Sesenta mil bávaros veteranos y bien armados, a engrosar la bolsa común, la siempre insuficiente de carne de cañón.

El Emperador, en la balconada de *i Mulini*, se decía que doscientos metros más abajo fondeaban su suerte y su primer problema. La primera paseaba por el puente del *HMS Partridge*, el bergantín del coronel Sir Neil Campbell; la fortuna consistía en que su título fuera de comisionado, no de carcelero. Gracias a eso iba y venía de Portoferraio a Génova, donde sentaba sus reales el cónsul inglés, o a Livorno, donde moraba una tal Signora Bartoli que a la sazón era su querida principal. Su peculiar sentido de la cortesía le hacía explicar con antelación dónde pensaba disfrutar su próximo asueto, con lo cual brindaba excelentes ventanas de oportunidad, ya que desde nada más aparejar le dejaba de seis a diez días para pasar de su oficial estado abúlico al de un emperador dispuesto a recuperar su corona. No mucho más. Ya sería difícil volver a ponerla sobre su cabeza, como para pensar en recobrar la media Europa perdida. En cualquier caso no era momento de soñar. Tenía un plan, y se trataba de llevarlo a término. Ya tendría tiempo para especular, una vez en París. Si llegaba.

Entre las propiedades de su mente figuraba una memoria prodigiosa. Le permitía trazar planes detallados sin recurrir a notas. Todo lo conservaba en su mente mientras no fuera imprescindible poner al corriente a terceros, momento que aún no llegaba. Drouot, Bertrand y Cambronne seguían en la inopia, disfrutando del agradable invierno de Liguria y engordando un poquito. Él también estaba más gordo, aunque no le preocupaba. Unas cuantas jornadas a caballo, las que habría entre Antibes y Grenoble, bastarían para recuperar su peso ideal. Bueno, el ideal de cuarenta y cinco años, que ya no era el de tomar el puente de Arcola, se decía con tristeza, pero se la sacudió de la mente como se sacudiría una mosca impertinente. Se había llegado a la balconada para observar al *Partridge*, a punto de zarpar hacia Livorno, y pensar en su primer problema: cómo ganar Golfe-Juan con su minúscula fuerza de novecientos y pico soldados, sus carruajes, su impedimenta y unos trescientos caballos.

El tratado de Fontainebleau le concedía seis embarcaciones, apenas válidas para traer mercancías desde Cecina y Livorno, dos puertos de la Toscana. Su capitana era *l'Inconstant*, un bergantín en tan mal estado que sólo valía para contornear la isla, si hacía buen tiempo. Así, al menos, estaba seis meses antes. Poco a poco, de un modo muy discreto, su capitán, un alférez de navío llamado Taillade, junto a su exigua tripulación, lo reparó tan a fondo como se podía sin contar con un dique de carena. El problema de *l'Inconstant* era estar pintado con los chillones colores de La Royale,^[57] amarillo y azul, de modo que su presencia en un mar infectado de fragatas inglesas jamás pasaría desapercibida. De ahí su propósito de repintarlo en el blanco y negro de los cargueros, lo que no sería posible allí donde lo veía, en el muelle de donde ya zarpaba el *Partridge*. Habría que trasladarlo a Porto Longone, un abrigo tan recoleto como apartado de los ojos que miraban por cuenta de Inglaterra. De lo que no estaba seguro era de poder confiar ese trabajo a Taillade. No tenía queja de su trabajo, pero el juego le gustaba demasiado y su esposa tenía gustos caros, lo que con su discreta paga de oficial era difícil costearse. De ahí que aceptase la sugerencia de Bertrand, contratar un maduro capitán de navío Chantard en absoluto sospechoso de beber, de jugar y de yacer con mujeres. En cuanto a su competencia profesional, no haría falta demasiada para ganar Golfe-Juan. Con aquel cambio en su almirantazgo particular despejaba la última de las incógnitas. Las noticias que llegaban de Viena seguían siendo alarmantes, dentro de que no había novedades. Las bestias seguían siendo incapaces de ponerse de acuerdo. Sólo él, aceptaba con pesadumbre, había logrado que lo hicieran.

Viena y París, domingo 22 de enero

Ni los que más detestaban al Kaiser le habrían acusado de padecer una inteligencia deslumbrante, aunque se admitía que no estaba mal dotado para divertirse. Lo que había organizado ese domingo lo atestiguaba: una procesión de treinta y dos trineos que salían del Hofburg remolcados por dos caballos cada uno — salvo el que abría marcha, que transportaba un sexteto de cuerda— para cubrir una hora de camino hasta Schönbrunn —un palacio de verano construido por la Kaiserin Maria Theresia y donde Bonaparte sentaba sus reales siempre que invadía Viena—, donde sus ciento y pico invitados, tras almorzar en una relajada intimidad, presenciarían un ballet sobre cuchillas cuyo escenario sería el mayor de los estanques helados; después regresarían flanqueados por patinadores atléticos portadores de antorchas. Abría marcha el propio Franz, tripulando su trineo con plausible habilidad; le acompañaba la Zarina, con la que hacía buena pareja; poseían un intelecto parecido y una similar preferencia por las cosas sencillas, de modo que congeniaban de un modo admirable, sobre todo cuando el indiscreto Kaiser explicaba la parte más picante de los informes Altenstiegl, con cuidado de olvidar los dedicados al despreocupado Zar. Tras ellos marchaba éste, que no había elegido acompañante con criterios de reciprocidad, pues la Kaiserin Maria-Ludovika, que ponía un gran empeño en no morir, detestaba la sola idea de mostrarse al aire libre. Al Zar no le quedó más opción que hacer sitio a la Kronprinzessin Theresia von Bayern, que aún alta, y atractiva, recordaba demasiado el aspecto de un caballo para poderle interesar. En los asientos de atrás, el König Friedrich-Wilhelm y la condesa Zichy. Tras ellos marchaban, siguiendo un implacable protocolo prelacional, los trineos de los restantes soberanos y príncipes herederos. En uno de los últimos viajaban, entre risas —era el más feliz de los treinta y dos vehículos—, el Kronprinz Ludwig, la condesa de Périgord, la duquesa D'Acerenza y el conde Clam-Martinitz; éste se ocupaba de pilotar, y con ensalzable pericia, ya que, según explicaba, guiar trineos sobre pistas congeladas era cosa que se hacía en Hrdlív desde antes de aprender a caminar. A la displicente pregunta de la condesa, «¿y qué cosa es un Hrdlív?», respondió que un pueblo de Bohemia propiedad de su familia, coronado por un castillo llamado Smcno; allí fue donde nació y tras eso dijo que si bien los Clam-Martinitz estaban asociados desde hacía generaciones al Imperio Austríaco, nunca dejarían de ser checos. Una declaración de intenciones fuera de lugar, se decía una condesa en contra de las grandilocuencias, pero con una pizca de interés; aquella gente, como los Biron, a lo largo de la historia debían de haber cambiado de señor unas cuantas veces, pero en eso acababa el parecido. Ellos seguían siendo checos, gentilicio que por si fuera poco estaba mal visto, por sugerir que preferían su áspero dialecto del polaco al alemán de la nobleza, mientras que los Biron dejaron de ser bálticos para volverse a saber qué, pues ni ella estaba segura de ser prusiana o francesa, de igual forma que Mina, en

cuyas posesiones ondeaban tres o cuatro banderas —quizá no supiera cuántas—, ni era del todo austríaca, ni rusa, ni bohemia, ni polaca, ni prusiana. No dejaba de ser un signo de distinción, aunque alguna vez echaba de menos el ser de alguna parte. Sentada tras el conde aunque a la otra banda, donde no perdía de vista su policlético perfil, se preguntaba qué más cosas haría bien, además de pilotar trineos. Al tiempo reflexionaba sobre sí misma. El sexo nunca le había preocupado, pese a padecerlo desde los diecisiete años. Una mujer que con apenas veintiuno ha parido ya tres veces no debería pensar de sí misma que hasta semanas antes no sabía nada de fornicar, pero esa era la verdad. Los encuentros con su marido, cuando aún convivían, no podían ser satisfactorios, ni para ella ni para él. Eran breves, apresurados y, lo peor, obligados. Se sentían forzados, como si copular fuese algo dispuesto por una ley superior a la que ambos debían someterse, con resignación a falta de más apasionados sentimientos. En su caso por ser ésa su misión de honesta esposa, y en el de su marido para procurar que hubiese más franceses, como reclamaba l'Empereur. Lo demostraba un hecho específico: jamás se quedó a dormir con ella. Cuando se acordaba de visitarla era para despachar en un minuto una obligación que le debía resultar desagradable. No necesitaba preguntarse a qué dedicaba el resto de sus horas, pues era notorio: el conde de Périgord era un devoto de las mesas de juego y del amor mercenario, aficiones que le costaban bastante más de lo que ingresaba y que terminaron por llevar a su tío a lanzarle un ultimátum: o limitaba sus gastos o se las vería solo con sus acreedores. Ella sospechaba que si empleaba tanto tiempo y dinero en esa clase de mujeres no sólo sería por vicio, sino por hallar en sus camas lo que no encontraba en la suya. No le hacía ilusión averiguar qué cosas serían ésas para dárselas y así retenerle, pero sentía curiosidad por averiguar en qué consistirían, pensando en la posibilidad de algún día contar con un compañero que supiera valorarlas. Desdichadamente, su vida en el París imperial no le deparó la oportunidad de conocer caballeros lo bastante interesantes como para despejar sus incógnitas. Ninguno de los que transitaban en sus proximidades le interesó lo más mínimo, quizá por culpa de su tío. Su fascinación por él crecía y crecía de un modo incontenible, tanto que flotaba en cotas de adoración el día que decidió mudarse a la Rue Saint-Florentin. Hacerse con el papel de *châtelaine* de la gran casa fue un acto para el que se sabía bien adiestrada, pues por algo la duquesa de Courlande padecía la reputación de haber sido la más adorable *castellana* de todas las cortes donde se dignó establecerse, aunque tal papel, en sí mismo, no era significativo, no explicaba que asociarse a Talleyrand llegase a ser algo tan profundo. No sabría explicar cómo llegó a compartir hasta los más íntimos pensamientos de su tío. Quizá porque nunca fue un asunto sistematizado. Un día, de sobremesa, se sorprendió a sí misma comprendiendo sus complejos juicios sobre algún acontecimiento, el que fuese, al punto de formular una opinión que no debió desagradar al príncipe de la diplomacia, pues tras aquella

primera ocasión hubo muchas otras, cada vez más frecuentes, más intensas y más profundas. Cada vez, también, con menos gente alrededor, hasta llegar al punto mágico en que, aún en París, ella fuera la primera persona que le viera cada mañana. Tras eso, poco a poco, surgieron sus demás rutinas cotidianas, empezando por ocuparse de su correspondencia y filtrarle las cartas de interés de la basura epistolar. A eso se debía que fuera la única mujer, en Viena, que se hallase al corriente de casi todo. Estaba convencida de que ninguna de las sesenta o más que viajaban a bordo de los trineos tenía idea de nada. Pensarían que todo era disfrute y alegría, lo que también era para ella, con la diferencia de que las otras eran simples objetos de placer y deleite, sin más. El poder, cuya primera expresión es la información, estaba en manos de los hombres. Y en las suyas.

No fue hasta Viena que su intimidad intelectual deviniera física. En París sufrían la presencia de la duquesa de Courlande, que si bien sabía mirar hacia otra parte no ponía las cosas fáciles al pasar buena parte de su tiempo en la Rue Saint-Florentin. En Viena no sucedía eso. La duquesa seguía en París, de modo que ya no se alzaba entre su tío y ella ningún impedimento para que su estrecha relación culminara en lo que acostumbran culminar las estrechas relaciones entre hombres y mujeres, incluso cuando median treinta y nueve años de diferencia. Fue algo natural, como todo entre los dos. Una noche, tras una cena para veinte, se quedaron a comentar palabras, sensaciones, reacciones y detalles, primero en el salón y después en las habitaciones de su tío, al que apetecía una camomila para terminar de procesar los acontecimientos del día y que así se vio, a su vez, procesado. Se ruborizó ligeramente al recordar que aquello sucedió por tomar ella la iniciativa. El príncipe no manifestó sorpresa. Su conocimiento del alma femenina era tan profundo que lo esperaba. Llegó así para ella el comienzo de otros fenómenos, unos intuitos y otros no. El que más de los últimos, que aquel profundo conocimiento de las mujeres brotaba de uno aún mayor de su naturaleza. El príncipe la sabía conducir a voluntad a eso que Jeannette llamaba *le petite mort* y que hasta entonces no era capaz de comprender, quizá porque también hasta entonces había sido incapaz de mantener con nadie una conversación sobre aquello en términos explícitos. El príncipe sabía llamar a cada cosa por su nombre, con lo cual pasó a ser el responsable de que su atrofiada sexualidad despertase al estilo del Vesubio en sus mejores días, a todas horas listo para sepultar Pompeya en un mar de fluidos y desmayos.

Aquellos episodios poseían un efecto maligno: eran como haber desfondado el gran tonel donde se ocultaban todos los que se había perdido desde que cumplió los años necesarios para disfrutar el primero. Su tío, que poseía una técnica depuradísima y una experiencia insuperable, hacía cuanto podía por rellenar el insondable abismo que con gran asombro descubría ella en su organismo, pero la naturaleza tiene sus límites; la de un hombre de sesenta con muchas cosas en la cabeza no deja excesivos

recursos a la satisfacción de las sobrinas insaciables. De ahí debió venir que le mostrase lo más oculto, el remedio infalible que los curanderos aplicaban a sus pacientes para curarles las histerias y los sofocos. Un remedio sencillísimo y por demás socorrido, pero el frotarse hasta la exasperación su delicado *bouton de rose* sólo le servía para comprender que habría más, que necesariamente habría de haber más. Algo de una naturaleza incompatible con la mente distraída y la incapacidad de mantener por mucho tiempo el estado que los bárbaros españoles, su rey a la cabeza, llamaban «zafarrancho de combate». Algo que Karl-Joseph Clam-Martinitz debía de poseer en magnitudes considerables, y no sólo eso: era evidente que ardía en deseos de mostrárselo.

Cinco meses de vida en París le habían llevado a modificar sus costumbres. Ahora, por ejemplo, no desdeñaba cenar en algún templo de la gran cocina. Valoraba la devoción de Thornton, su cocinero desde hacía muchos años, pero no perdía oportunidad de plantarle. La única debilidad culinaria que hasta entonces se le conocía era su preferencia, en los tiempos de la Península, por la tienda de Sir Lowry Cole, cuyo cocinero, un belga que antes cuidaba los fogones de un difunto marqués *émigrée*, preparaba platos y condimentos a todas luces inusuales en los campamentos del ejército británico. La Tour d'Argent lo conocía por Talleyrand, dominador del supremo arte de comer bien. Cenar en el 2 de la Rue Saint-Florentin era un acto grandioso en sí mismo. Para empezar, por el exquisito recibimiento que su exótica *châtelaine* solía dispensar a sus invitados, haciéndoles sentirse como soberanos gracias a su peculiar sentido de la cortesía, mezcla de lo más afable de la rusa, lo más espontáneo de la báltica, lo más desenfadado de la sajona, lo más hospitalario de la vienesa, lo más formal de la prusiana y lo más refinado de la francesa. Unos invitados que a su vez solían ser interesantes, divertidos, elegantes y numerosos; Talleyrand, por lo visto, no era capaz de cenar a gusto sin veinte mortales pendientes de sus palabras. «Cenar», opinaba Wellington evocando aquellas ceremonias, era un concepto equívoco. Bacanales pantagruélicas sería más ajustado. El dios de los pucheros que ocultaba en su cocina era un genio deslumbrante, cuando menos en el incomparable arte de ofrecer los más sabrosos platos, las más sublimes salsas y los más exquisitos postres. La bodega de Talleyrand, que marchaba en consonancia, no era sin embargo responsabilidad del gran Antoine Carême. La condesa de Périgord, sutil hasta en eso, era quien se ocupaba de que sus invitados trasegaran los mejores caldos que producía no sólo Francia, sino cualquier país donde se criara un gran vino.

Talleyrand también disfrutaba la cocina mercenaria. París ofrecía numerosos lugares donde pecar contra la gula en gran estilo, y él era bien recibido en todos, ya que su fama de *gourmet* se remontaba tan lejos como a los tiempos en que Louis XVI los visitaba. El príncipe de Bénévent, como buen eclesiástico, sabía disfrutar las

alegrías de la buena mesa. Wellington, sin llegar al mismo nivel de pasión, también ponía empeño en cenar bien. Era frecuente que con tres o cuatro acompañantes, rara vez más, se abandonara en los reservados de los grandes restaurantes. La Tour d'Argent, viejo de tres siglos y en su momento favorito de Henri IV era su preferido, no sólo por la calidad de su cocina, sino por no quejarse nadie de la presencia en los corredores de sus guardias de corps y de mantener una férrea discreción, de modo que tras dejar sobre la mesa las bandejas de los licores, el *maître d'hôtel* y sus camareros desaparecían sin ruido, dando así lugar a que comenzaran las conversaciones interesantes. A eso se debía que llevase allí a Miguel de Álava; no se planteó cenar en la embajada, ni por la floja calidad de su cocina ni por hacerle soportar la tediosa compañía de Kitty. Le mandó el coche a la envejecida embajada española —no desentonaba de las otrora elegantes mansiones de la Rue Mont Blanc, todas ellas condecoradas de tiempos mejores, esos en que por decisión del Primer Cónsul fue la primera calle pavimentada de París; el que por resolución real se volviese a llamar Rue de la Chaussée d'Antin, con regusto a mercenarias del amor y salteadores de caminos, no le sentaba bien— para que le trajese a la suya, presentase sus respetos a la *châtelaine* y, tras dejarla en las pacientes manos de Somerset y de su preñada esposa, dirigirse a una cena que le apetecía de verdad.

—Bien, ¿qué dijo Cevallos? ¿Cuál es esa misión que te ha encomendado?

—Aparte de representar a España en el VKN quiere que la represente ante ti. Piensa que tu opinión cuenta para Liverpool más que la de Castlereagh, y entiende que tenerte si no de nuestro lado, al menos no en contra, será un buen apoyo para el pobre Labrador.

Wellington se quedó en silencio, lo que a su antiguo ADC —*aide-de-camp* en la jerga militar británica— no le sorprendía. No le recordaba diciendo nada sin haber meditado las palabras.

—Castlereagh dice que Labrador no es un diplomático. No ha organizado un baile, ni una recepción, ni una simple cena. No asiste a ninguno, porque nadie le invita. Vive solo, sin ayudantes y sin apenas servicio. Sólo sale a misa, lo que daría pena si no diera risa. Su carácter es de una hosquedad asombrosa. No muestra una pizca de cortesía. Todo lo exige como si las naciones le debieran algo, a él o a España. Sus escritos, que son confusos e impertinentes, irritan. La consecuencia, querido amigo, es que tu país conseguirá en Viena mucho menos de lo que merece —se interrumpió unos segundos, para que su interlocutor procesara sus palabras—. ¿Cevallos te parece un tipo espabilado? —el general asintió; sabía que Wellington pensaba otra cosa, pero no por razones objetivas, porque apenas le había tratado, sino por la desconfianza en los prohombres hispanos que cuatro años de vida en la Península le habían llevado a desarrollar—. En ese caso proponle venirte a Viena conmigo, hasta que nazca el VKN. Si lo haces, asegúrale que tendrás todo mi

respaldo. Si no es idiota, te dirá que sí.

—No sabía que te fueras a Viena.

—Es que no habíamos llegado ahí. Liverpool quiere que releve a Castlereagh, porque le necesita para calmar a nuestros levantiscos MPs.^[58] Quizá piense también que conmigo ganaremos velocidad. Yo no soy tan optimista, porque hay tantísimos intereses encontrados, y son tan colosales los egos contendientes, empezando por Alexander, siguiendo con Metternich y acabando en Talleyrand, que por mucho empeño que pueda poner no habrá forma de ganar un solo día, pero, como bien sabes, a un primer ministro jamás se le debe decir que no, salvo si aceptas que nunca más podrás decirle nada. Por otra parte, irme de aquí no me aflige. Gracias a Louis y su asombroso gobierno París se ha transformado en una ciudad excelente para marcharse. De seguir así las cosas cualquier día estalla otra revolución, y si algo es propio de los populachos es no respetar la inviolabilidad de las embajadas. No me gustaría ver lo que vio Walsingham,^[59] ni vivir otra toma de la Bastilla, y todavía menos contemplar en el Faubourg Saint Honoré, frente a las ventanas de la mía, una procesión de testas nobles clavadas en picas, pudiera ser que con la de Blacas encabezando la compañía. Supongo que sabes lo que sucedió con la princesa de Lamballe —no lo sabía, pero prefirió que no se lo explicaran—; no me asombraría que con la duquesa D'Angoulême algunos deseen hacer lo mismo. No lo pienso yo solo, por cierto. También lo hace Fouché. A mi entender es razón suficiente para estar encantado con salir para Viena, y te recomendaría que hicieras lo mismo. Ser extranjero, aquí, no es saludable.

—Ya me gustaría, pero Fernando no accederá. Labrador es el que tiene su confianza, lo que no deja de ser lógico. Él no pide competencia ni profesionalidad. Sólo quiere obediencia ciega. Sin eso no se fía de nadie, y a mí me acaba de tener mes y pico a la sombra por eso mismo, porque no se fía. Escribiré a Cevallos, por supuesto, aunque doy por hecho que dirá que no.

—En ese caso, ve a Bruselas. No sólo porque un día u otro deberás presentar tus credenciales, sino porque se ha vuelto una ciudad interesante. Los indígenas son pacíficos y pragmáticos, además de duchos en invasiones. Por allí habéis pasado vosotros, los austríacos, los franceses, los prusianos y, estos días, nosotros y los holandeses. A todos nos atienden con gran cortesía, ofreciéndonos su extraordinaria cultura y vendiéndonos todo lo que antes nos han robado. Bruselas es irresistible para cierta fracción de nuestros aristócratas, la empeñada en mantener un tren de vida incompatible con sus ingresos. El mejor ejemplo es el duque de Richmond, para quien mañana te prepararé una carta de presentación; es algo así como el jefe de la colonia, si no por otra cosa porque ir a verle suele ser lo primero que hacen los ingleses cuando se mudan allí. Ten en cuenta, Miguel, que llevamos veinte años encerrados en nuestras islas. Yo no, claro, y los demás que conoces tampoco, pero es

porque vivimos de la guerra. Son muchos los que desean abrir casa en Europa. Bruselas es una opción muy atractiva: cerca de Inglaterra, costes bajos, servicio abundante y seguridad británica. Ya ves, un paraíso. Para redondear sus maravillas, ahí sienta sus reales nuestro querido Slender Billy,^[60] para el mundo Prins van Oranje-Nassau —Álava sonrió al evocar su divertido compañero de juergas en numerosos tugurios y no pocos burdeles—. Allí encontrarás, además, cantidad de camaradas de la Península, con Graham a la cabeza. Sí, el que mandaba el ala izquierda el día de Vitoria. Dada la cantidad de gente que deberás tratar, y dado que yo me largo, no creo que ni Cevallos ni Fernando te dejen aquí. Por si acaso, no sea que sigan haciendo el idiota, como acostumbran, diles que, según una confidencia muy secreta, es probable que yo, una vez concluya en Viena, salga para Bruselas con misión de amamantar a Willem y a su cachorro, impedir que cometan demasiadas atrocidades y, en general, hacer que se comporten con acuerdo a lo que Inglaterra espera de los dos.

—¿Seguro que Bruselas será la capital? Es que Cevallos apuesta por La Haya.

—Sigue sin dar una. Según las tradiciones holandesas, Amsterdam es donde fija su residencia el rey y La Haya donde lo hace su Parlamento. Del gobierno nadie ha escrito nada. De ahí que Willem, a sugerencia mía, piense llevarlo a Bruselas. Así dejará contentos a todos. Necesitará esforzarse más para que los valones y los flamencos acepten un rey holandés y unas leyes que van a ser las holandesas, aunque no será un mal principio. Billy, ya te dije, allí se lo pasa en grande. Dice que tiene muchas ganas de verme. Será porque Graham le incomoda. En la Península no estaban mal, ¿verdad?

Álava compuso un gesto de ignorancia. Billy solía ser amigable, pero de ADC. En Bruselas era el príncipe de la Corona y el comandante supremo de los ejércitos nacionales. Su tiempo de aguantar niñeras habría quedado atrás, sobre todo si eran tan plúmbeas como Sir Thomas Graham.

—Por lo que cuentas de Bruselas, entiendo que será difícil conseguir casa.

—Difícil y caro. Son más baratas que las de Londres, pero la llegada masiva de británicos ha disparado los precios. Lo sé por los Richmond. Tardaron en decidirse a emigrar, y cuando lo hicieron ya no quedaban gangas. La duquesa está disgustadísima. Se ha tenido que conformar con un chamizo donde viven amontonados, porque no tiene más que veinte habitaciones. Por si fuera poco, no está en el centro sino en una calle tenebrosa, la Rue de la Blanchisserie, muy por fuera de donde patrullan los chicos de Graham. Pensando en eso he aceptado una invitación que de no ser por ti habría dejado correr —el embajador se limitó a elevar las cejas; bien sabía que, cuando Wellington estaba tan locuaz, el papel de sus interlocutores debía ser silencioso—; sucede que aquí en París la buena sociedad padece una docena de *salons littéraires*, a cual más temible. Un *salon*, en la jerga local, es una casa

donde recibe una *salonnière* ansiosa de brillar en sociedad y donde acuden damas y caballeros seleccionados con esmero. Se supone que ser asiduo a uno de prestigio habla bien de los que se dejan ver ahí, ya que se acude, fundamentalmente, para ser visto. El problema es que, al haber tantos, los individuos más de moda se ven forzados a elegir a cuál *salonnière* prefieren honrar, pues ni los más hábiles son capaces de aparecer en dos a la vez. Lo más, lo más, es posible pasar primero por uno y después por otro, pero incluso eso es arriesgado, así que ha terminado por establecerse una especie de *ranking*, y los que nos vemos más acosados solemos fiarnos de la última ponderación, qué remedio nos queda. Hoy por hoy los más cotizados son el de Juliette de Récamier, el de la condesa de Boigne y el de la duquesa de Duras. El que visitaremos esta noche no está bien clasificado. Es porque la *salonnière* está mal vista, pese a dar muy buen *champagne*. Rara vez consigue que acuda gente notoria. Es una injusticia, porque se trata de una dama encantadora, pero la buena sociedad de París se rige por unas reglas difíciles de comprender, y ella, según parece, las ha quebrantado todas.

—¿Quién es? ¿Debería saberlo?

—Quizá, porque nació española. Es francesa desde los catorce. Hoy anda por los cuarenta, y con un historial extraordinario, pero no temas, que no voy a contártelo. Te bastará saber que desde hace doce años es condesa de Caraman y princesa de Chimay, y que se lleva bien con su marido, tanto como para estar cerca de alumbrar el tercero de *sus* hijos. Cuando digo *sus* intento expresar que de sus anteriores parejas, santificadas o no, tiene... —contaba con los dedos, componiendo una expresión tan simpática que nadie le habría reconocido— diría yo que seis más. O todavía seis, porque uno, el mayor, estos días se le anda muriendo. La princesa de Chimay, que así es como firma, lleva muy a mal que la buena sociedad del Faubourg Saint Germain, la nobleza más vieja y más rancia, no le perdone ni su pasado revolucionario ni la pasmosa colección de caballeros que han pasado por su cama. Los intelectuales y los artistas marchan aquí, como en todas partes, al rebufo de los nobles y los grandes burgueses, así que tampoco se dejan ver en su salón. La pobre viene a ser un alma en pena, y lo asombroso es que tanto ella como su marido están podridos de dinero, y sus títulos son de los buenos, tan antiguos como para que ya hubiera príncipes de Chimay cuando Charlemagne atormentaba Europa. De ahí que se haya emocionado al saber que pasaríamos por su salón, y aún le habrá ilusionado más que Germaine de Staël, la bruja cuya presencia más se cotiza, le haya hecho saber que también irá, flanqueada por la Récamier y por los más excelsos pelmazos de la ciudad, Constant y Chateaubriand, que a su vez remolcarán unos cuantos pedantes más. Nos vamos a encontrar, entre otros, con los embajadores Von der Goltz y Pozzo di Borgo, el duque de Doudeauville, el Maréchal MacDonald, el duque de Montmorency-Laval, el barón Gérard, que es el mejor retratista del país, y François

Talma, el más eximio de los actores eximios. Ya ves, Miguel: de un plumazo no sólo conseguirás casa en Bruselas, sino que vas a conocer a lo mejorcito de París. A lo que más de moda está.

—Perdona, pero no acabo de ver qué relación hay entre la casa y la princesa.

—Es que tiene una en Bruselas y la quiere alquilar. Sí, verás: en agosto del año pasado marché de Londres a París, aunque no por el camino más corto, sino por Bergen-op-Zoom, Amberes y Bruselas. Me acompañaban tres coroneles que seguro recuerdas, Carmichael-Smith, Chapman y Pasley. Pasamos unos días revisando fortificaciones en Amberes, planes defensivos con Graham y medidas organizativas con Billy, en previsión de que a Louis le saquen a patadas de Les Tuileries, venga otra Convención y volvamos a empezar. De ahí que diera un vistazo a los escenarios del 93 y del 94; por cierto, encontré una línea buenísima quince millas al sur de Bruselas, pero esa es otra historia. Tras eso marchamos a París, aunque nos detuvimos en el *château* de Chimay, veinte millas al sur de Charleroi. La castellana, que como habrás adivinado es nuestra princesa, nos esperaba. Su marido y ella suelen vivir allí, por el vacío que les hacen. Mantienen una especie de corte campestre; un músico de cierta notoriedad, un par de pintores, algún escritor..., ya sabes: parásitos. En algún momento la princesa dejó caer que tenía una casa en Bruselas y que andaba dando vueltas a la idea de alquilarla. Le hablé de los Richmond y de su congoja por vivir en la Rue de la Blanchisserie, pero no se inmutó; según supe después, la duquesa le hizo un feo semanas antes, y ella, que como buena española es muy rencorosa, se la tiene jurada. Su idea era esperar a que comenzaran a venir embajadores, ya que pagan por adelantado —Álava tomó nota; Wellington jamás daba puntada sin hilo—; también, porque las recepciones de las embajadas son los actos de mayor trascendencia social tras las que organizan los soberanos, y debe de suponer que ningún embajador sensato se olvidaría de su casera.

—¿A qué se debe que le hagan el vacío? Si sus títulos son tan buenos, ¿por qué la ningunean?

—La explicación es larga —el duque parecía dudar—, pero aún tenemos tiempo. Remóntate a 1789. Los Estados Generales, la toma de la Bastilla y el inicio de los disparates que algún imbécil dio en llamar Revolución Francesa. ¿Por dónde andabas tú, entonces?

—En Cádiz. Era un guardiamarina de diecisiete añitos. Sin la menor idea de nada.

His Grace también era muy joven, por entonces. Fue a primeros de aquel 1789 cuando se licenciara en la escuela de caballería de Angers. Por entonces, lo recordaba con tristeza, estaba tan enamorado de Kitty Pakenham que cada noche le sangraba el corazón al evocarla. Esa misma Kitty que tan a duras penas soportaba y de la que con sincero alivio se libraría en cuanto saliese para Viena.

—En el París del 89 andaban casi todos los que después se harían un nombre.

Sólo Robespierre aún seguía en su pueblo. Bueno, y Bonaparte. Los demás..., Mirabeau, Tallien, Talleyrand, Lafayette, Barras, Fouché, Marat, Danton..., todos, sin dejar uno, ya infectaban esta desventurada ciudad. También estaban *ellas*, las tres gracias: Rose de Beauharnais, la marquesa de Fontenay y Juliette de Récamier. A juicio de la mayoría, cuando menos la que años después seguía en situación de opinar, eran las más bellas, las más distinguidas, las más interesantes y las más pendones. Algunos piensan que había una cuarta gracia, la baronesa Staël-Holstein, aunque no por ser una preciosidad, sino por padecer un cerebro comparable al de Bonaparte o al de Talleyrand. En realidad, y según Fouché, más que una cuarta gracia fue una musa. Mejor aún: La Musa de la Revolución. ¿Te sonaban?

—Vagamente. Lo poco que Godoy dejaba publicar no tocaba la vertiente frívola. Si he de ser sincero, la única que me dice algo es la Beauharnais, si es la misma que acabó siendo Madame Bonaparte, aunque me parece recordar que se llamaba Joséphine, ¿no?

—No. La bautizaron Marie-Josèphe-Rose, aunque para todo el mundo era Rose; sus íntimos la llamaban *Yeyette*, pero eso a Bonaparte le descomponía. La primera medida que tomó tras convertirla en su santa esposa fue borrar su pasado, empezando por disponer que se la llamara Joséphine. Era una catarsis, un imponer que su dama y generala jamás fue un *putón verbenero* —sonrieron; al duque le gustaba dejar caer, con su más afectado acento de clase alta británica y en las escasas ocasiones en que su severo gusto social lo encontraba oportuno, alguna de las brutales expresiones que cuando estaban en campaña solía exclamar el más exótico de sus ADC—. Un tipo curioso, Boney. Según dice, La historia no depende de los hechos acaecidos, sino de cómo y quién los cuente.

Se aclaraba la voz con un trago de borgoña, y al tiempo aprovechaba para poner a punto el siguiente aluvión. También había cambiado su veloz y un tanto ceceante inglés por su peculiar francés bruselense, mucho más reposado.

—No sé si alguna vez has estudiado la Revolución del 89 como un hecho histórico rutinario, con sus fechas, sus nombres y sus acontecimientos enumerados en forma estructurada —el general denegó con la cabeza; su conocimiento del último cuarto de siglo era un tanto provinciano—. En ese caso te vendrá bien un preámbulo —según hablaba escanciaba en las respectivas copas lo que aún quedaba de borgoña—. En el 89 comienzan los desórdenes. Meses después llega la Convención, o el Caos, que concluye a mediados del 94 y con ella su peculiar forma de gobernar a mano alzada. Los últimos once meses fueron el Terror. En ellos, explica Fouché, dieciocho mil individuos pasaron por la *louisette*; él lo sabe bien porque fue de los más señalados en conseguir que Louis XVI fuese liberado de su cabeza, y gracias a eso tiene hoy tantos problemas con sus hermanos XVIII y D'Artois; también se le imputa el haber establecido un ente siniestro llamado *Comité de Salut Public* donde

Robespierre y unos cuantos más se hicieron un nombre mandando guillotinar gente; les bastaron once meses para cargarse a esos 18.000 que dice Fouché, pero las locuras acaban, un día u otro, y al tal Robespierre le aplicaron su propia medicina en junio del 94. Tras el Terror vino el Directorio, institución que resiste hasta finales del 99, cuando Boney da un *coup d'état* y establece la dictadura que llamó Consulado. El Imperio, que data de 1804, sólo fue su continuación coronada. Su fin, en abril hará un año, señala el de los veinticinco que duró el condenado asunto. Bueno, es lo que ahora se piensa. Ya te dije que no me asombraría que dentro de unos días empiece todo de nuevo, pero ésa será otra historia. ¿Te centras? —el embajador asintió—. En 1789 tres de nuestras amigas ya estaban en París. A la musa, *née* Necker y baronesa Staël-Holstein por matrimonio, e hija de un ministro de Louis XVI, se la veía en los círculos progresistas y sus opiniones alcanzaban cierta consideración, pese al escaso valor que las sociedades sensatas conceden a lo que dicen las mujeres. A pesar de su sexo, la Staël es inteligente; a eso quizá se deba que no sea una belleza, porque la naturaleza rara vez concede ambos dones a una misma mujer, aunque puedo asegurarte que no estuvo mal del todo. Talleyrand dejó caer una vez que una siesta con ella era más interesante que hablar de política con ella. Por cierto, ¿le conoces?

—Me parece que coincidimos en Bayona, cuando el rey José despeñó la constitución de Boney, pero no estoy seguro. En aquellos tiempos me costaba distinguir un francés de otro.

El duque asintió. La empatía no era su peor defecto, pero aun así entendía que sus interlocutores, alguna vez, tenían derecho a no saber de qué o de quién les hablaba.

—La Beauharnais era la ex esposa criolla de un general regresado del Caribe. Había unanimidad en que poseía un rostro agraciado y una silueta magnífica, si bien extrañaba que hablara tan poco, lo cual se disipaba cuando se veía qué ocultaba tras una sonrisa de Gioconda que no se le caía de la cara. Yo no la conocí, pese a que aún vivía cuando pasé por aquí, pero es notorio que tenía los dientes negros —Álava sabía que hablar de dentaduras no era de las aficiones favoritas de Wellington, pues padecía una piorrea tan acusada que casi no le quedaban muelas—. Era de moral despreocupada, pero no mucho más que casi todas en aquellos duros tiempos. Thérèse de Fontenay sí que iba más allá, porque su marido sentía por ella tal desinterés que ni se ocupaba de saber con quién se consolaba. Thérèse, hoy princesa y a quien conocerás dentro de un rato, llegó a París con catorce añitos, oficialmente a mejorar su educación, pues era hija de un conde francés y una española que le atrapó al vuelo. Mademoiselle Cabarus, que así se llamaba, causó sensación nada más dejarse ver. Según explica Talleyrand, que fue de los primeros en catarla, era bastante alta, de silueta situada más allá del pecado mortal y dueña de unas facciones, unos ojos y un cabello de veras exquisitos. La casaron a los dieciséis contra un perfecto imbécil, un tal Jean-Jacques Devin de Fontenay, el cual dejó de hacerle caso nada

más preñarla; Thérèse no esperó a recuperarse del parto para empezar a consolarse, como era lo normal. Pese a su barriga era la jovencita de moda, y pronto demostró que sabía sacar partido de sí misma. No era culta, pero sí despierta, y muy astuta, cosa que a menudo vale más que una inteligencia sutil aunque desprovista de sentido práctico. Sobre todo si se posee un cuerpo como el que tenía entonces y se dominan las artes de alcoba como se dice que las dominaba ella.

El duque sonreía con malignidad, acompañado del embajador, que hacía lo mismo.

—La más joven, Madame Récamier, no llegó de Lyon hasta 1794. Tenía diecisiete años, llevaba dos casada y padecía un incontenible deseo de triunfar. Su marido era un banquero cincuentón, aunque a diferencia de lo usual sí se preocupaba de su mujer. No en el plano bíblico, pues su matrimonio era blanco, pero sí de su bienestar, porque no le regateaba un capricho, al punto que le compró un *hôtel particulier* frente a donde tienes tu embajada, y así su señora pudo dedicarse a lo que más ambicionaba: ser una Julie de Lespinasse; le faltaba un D'Alembert, pero en los tiempos del Directorio se podía pasar sin eso si a cambio contabas con suficientes *incroyables*. Fíjate cómo lo haría de bien que han pasado veinte años desde que abriera su *salon* y aún es el más renombrado de París. Así era, en fin, cómo estaban las cosas cuando empezaron los festejos del 89. Poco a poco el ambiente pasó de la explicable alegría de los primeros días a la desazón de ver rodar muchas cabezas. Germaine apenas tuvo problemas, por ser notorio que pese a ser hija de un antiguo ministro era muy republicana, pero tanto Rose como Thérèse lo pasaron fatal. La primera no ya se quedó sin ex marido, decapitado como tantos otros generales, sino que anduvo cerca de lo mismo. La segunda prefirió divorciarse y así escapar del patán de su señor y de su título de marquesa, pero le salió mal y acabó en la prisión de Carmes, donde se amontonaban las *hors-la-loi* en espera de la *louisette*. Ya estaban ambas en capilla cuando un amante de Thérèse, Jean-Lambert Tallien, cabecilla de la Convención y abanderado del Terror, se volvió contra Robespierre y consiguió que le guillotinasen. Tras eso las cárceles se vaciaron y así las dos salieron a la calle, tan amigas, tan felices y cogiditas del brazo. Thérèse, por cierto, al mes ascendió a Madame Tallien. Los tiempos, querido Miguel, no eran los mejores para decir que no a un tipo que lo mismo te libraba de la guillotina que te hacía pasar por ella.

His Grace hizo una pausa. No era la primera vez que contaba todo aquello. En los últimos tiempos se le planteaban frecuentes oportunidades de relatar no sólo sus campañas, sino la brumosa historia de la Revolución y la muy picante de su vertiente frívola. Desde un punto de vista histórico la última quizá no fuese aleccionadora, pero el plano social, el de conseguir que un público en su mayoría femenino babease con sus palabras, era el que de verdad le interesaba. De ahí venía que se sintiera tan

agradecido a Talleyrand, por la exquisitez con que le había enseñado a explicarla.

—Al término del Terror la vida parisina sufrió un fenómeno parecido al de una botella de *champagne* cuando, tras ser agitada, se descorcha. Lo que había sido pánico y angustia se transformó en una explosión de alegría, de cantar, de reír, de bailar y, en general, de divertirse. Los chicos del Directorio, Barras, Carnot, Reubell, Tourneur y La Révellière, entendían que París necesitaba un baño de frivolidad, y se lo dieron. Las ropas de las mujeres cambiaron de la noche a la mañana. Lo que antes era severidad republicana se convirtió en exhibicionismo libertario, de modo que las más seguras de sí mismas comenzaron a mostrarse prácticamente desnudas. A la cabeza de todas ellas se situó la Tallien, que gracias a su boda con Jean-Lambert se relacionaba de la manera más cordial, y se murmura que más íntima, con la cúpula revolucionaria, en especial con Paul-François Barras, el más influyente. Su amiga Rose, que andaba fatal de dinero, no tardó en unírsele, de modo que comenzaron a ser vistas en una tan adorable asociación que de ningún modo podía ser excluida del ombligo de la buena sociedad, el salón de la Récamier, donde reinaban la propietaria y su invitada contumaz, la Staël. No eran los únicos de París, aclaro. Los había muy celebrados, como los de Madame Thélusson y la condesa de Genlis, pero el *glamour* del de Juliette no tenía igual, como no lo tiene hoy. Siempre supo ser neutral, por mucho que a su alrededor era posible oír toda clase de barbaridades. Gracias a eso, y a que su marido era un desconocido con dinero, no tuvo problemas con el Directorio, de forma que aún en los peores días de Barras «recibía» con normalidad. Hasta finales del 99, cualquier conocedor del Olimpo donde moraban los elegidos, unos cuantos cientos de patanes conocidos por *incroyables* y otras tantas golfas apodadas *merveilleuses*, tenía tres noches por semana la oportunidad de adorar a las cuatro principales, unas veces en el salón de la Récamier, otras en el de la Staël y las demás en el de Thérèse, las cuatro al tiempo y sin dejar a los *incroyables* más interesantes que buscaran otros lugares de ver y ser vistos. No por eso eran las mejores amigas del mundo. Rose lo era de Thérèse como Juliette de Germaine, sin diagonales. Se apoyaban unas a otras, eso era todo. El Directorio, de 1794 a 1799, fue un tiempo idílico, de fiesta en fiesta y de juerga en juerga. También lo fue, aunque no de un modo tan desenfrenado, para el que con el tiempo acabaría con todo: el buen Boney.

—Ahí sí sé algo: se prendó de Rose-Joséphine y se casó con ella, ¿no?

—Pues no. Se prendó, y según Fouché hasta la locura, de Thérèse, que por entonces ya no estaba con Tallien. En esos tiempos era propiedad de Barras, igual que Rose. Eso, para él, no era impedimento; su asociación con Barras era más importante para éste que una o dos de sus queridas, así que le hizo ver que podía llevarse la que quisiera. Él sólo pensaba en la Tallien, pero ella, que le sacaba media cabeza, le trataba con alguna condescendencia, la de llamarle, no está claro que con cariño, *mon petit gringalet*. Se da por seguro que compartieron sofá una temporada, pero Boney

no se acababa de sentir seguro con una mujer tan grande, y tan indómita, porque Thérèse, ya la conocerás, se las trae, de modo que bajó la mira y enfocó a Rose, más accesible, más dulce y más tonta. Influyó también, o eso creo, que la Tallien andaba un poco embarazada, no sé si del propio Tallien o de Barras, o de a saber quién, lo que quizás enfriara los pacatos ardores de Boney; por cierto, aún no era nadie, lo que debió de influir en que Thérèse se lo sacudiera como a un piojo. Su historial sólo señalaba una conducta distinguida en el sitio de Toulon y haber dispersado a cañonazos unos cuantos *sansculottes*, haciendo así saber que los tiempos de colgar princesas de las farolas habían terminado. Era imposible adivinar que un tipo tan insignificante acabaría siendo lo que fue, así que no tiene nada de raro que la Tallien se confundiera. Rose debía de ser más lista, o estaba mejor aconsejada, porque le aceptó. Le puso unos cuernos horrorosos, por supuesto, aunque sólo hasta el 18 Brumario. Ya sabes, el golpe de noviembre del año 99. Bonaparte se coronó Primer Cónsul y de la noche a la mañana los franceses aprendieron que Yeyette se llamaba Joséphine, y apañado iba el que no se diera por enterado.

Álava sonrió, admirado. No por la historia, sino por lo mucho que había cambiado el relator. Ni siquiera sospechaba que Wellington pudiera sentir interés por el anecdotario mundano.

—Thérèse, a su vez, había dejado a Barras. Al ver que se hundía se lió con Gabriel Ouvrard, un especulador que prosperaba sobornando a todo el mundo. Thérèse seguía siendo la mejor amiga de Rose, al punto de ser su madrina cuando se casó con Boney. Éste, al poco de volverse dictador, suprimió la ligereza. Impuso un puritanismo de lo más rancio, entre Cromwell y Tertuliano, a consecuencia del cual, por ejemplo, Talleyrand hubo de casarse con la *cocotte* que le hacía de *châtelaine*. En la órbita de Napoleón, primero la consular y luego la imperial, los comportamientos desvergonzados eran objeto de anatema y exclusión. Ahí comenzó su fin, pues la vulgaridad intelectual que se abatió sobre su corte dio lugar a que las grandes mentes, las que contribuyeron a encumbrarle, se marcharan. Talleyrand fue de los primeros; tras él, muchos más, no tan notorios aunque sí muy valiosos. Boney no podía saber, porque nunca fue un demócrata, que los regímenes políticos necesitan una válvula de seguridad por donde se amortigüe la presión social. La nuestra es el sentido del humor, y todavía nos funciona. La del Directorio corría por cuenta de personajes como Germaine en su calidad de adorada principal en todos los salones, con Talleyrand unas veces admirando y otras dejándose admirar, pero Bonaparte y Savary, su segundo ministro de la Policía, no advirtieron su gran utilidad. A finales de 1803 cerraron el salón de la Récamier, tras hacer lo mismo con el de Thérèse y el de Germaine, casi las únicas que por entonces aún podían recibir. Juliette, además, estaba mal vista, por haberse negado a ser *dame de compagnie* de Joséphine, a la cual, por si fuera poco, jamás dejó de llamar Rose. Ya ves, no era cobarde. Lo malo

para su marido fue que Bonaparte le pasó unas facturas tan colosales que acabó por declarar la bancarrota, lo que dio lugar a que malvendieran su *hôtel* de la Rue Mont Blanc y se fueran a vivir a una chabolilla de la Basse du Rempart, aunque dentro de lo que cabe tuvieron suerte. Boney encarcelaba, desterraba y arruinaba, pero rara vez mataba.



Paul Barras, miembro más influyente del Directorio

Wellington casi lamentaba que la historia llegase a su fin. Le divertía explicarla.

—Bajo el Consulado primero y el Imperio después, las tres gracias se redujeron a dos, pues Rose no volvió a exhibirse, y luego a una, cuando Thérèse, expulsada de la corte y deseosa de librarse de un Ouvrard al que había sacado hasta el hígado, atrapó al vuelo un conde de provincias y se dedicó a una vida idílico-bucólica, pariendo un Riquet tras otro. Las otras también desaparecieron, Germaine porque Boney la desterró y Juliette porque se le puso a tiro un tipo que le interesó como tal y no como

fenómeno social, un tal August von Preußen. Germaine le hizo de alcahueta en su *château* de Coppet, para luego fugarse a Viena y de ahí a lugares más seguros, no fuera que Boney le hiciera lo mismo que a D'Enghien. Juliette, que no consiguió entenderse con su adorador, acabó en Roma, lo bastante lejos de París como para que Savary la dejara en paz. Así, exiliadas, siguieron hasta la primavera pasada, Thérèse en su *château* de Chimay, Germaine en Londres y la Récamier en Roma, pero nada más saber que ya no había Bonaparte regresaron tan ansiosas de triunfar como en sus mejores tiempos. Te imagino deseoso de conocerlas —el embajador asintió, entusiasta—. Pues andando.

La casa 18 de la Rue de Babylone merecía por tamaño la consideración de *hôtel particulier*. Por belleza, no. Cuando Gabriel-Julien Ouvrard la compró en 1800 para su amante más notoria sus fondos atravesaban una crisis, pues aún no daba con la clave para sobornar a los hombres del Primer Cónsul. A eso se debía que fuese horrible, si bien esto pasaba desapercibido ante su decoración interior: requería que se amase profundamente a su dueña para no espantarse ante su contemplación, lo que debía de ser el caso de François-Joseph de Riquet, conde de Caraman y príncipe de Chimay.

La princesa resplandecía. Su *salon* jamás había presentado el aspecto de aquella noche, con dos ministros, tres millonarios, cuatro embajadores y una nutrida representación de la *crème* de la nobleza, la política, las artes y la intelectualidad. No debía de ser idiota, se decía el general Álava valorando las atenciones que reservaba para su invitado principal; debía de intuir que si su casa rebosaba era gracias a la capacidad de convocatoria de Lord Wellington. Éste, realmente, sólo había tirado de las tres o cuatro cerezas más gordas, las cuales ya se ocuparían de arrastrar a las demás. La radiante *salonnière* debía de ser consciente del gran favor que le hacía el Lord, pues aceptó encantada un breve aparte con su amigo el embajador español, para determinar cuándo podrían verse para tratar de casas y alquileres. A continuación, y quizá tras decirse «misión cumplida», el majestuoso *feldmarschall* pasó a ocuparse de su interés principal, que a los divertidos ojos de Álava era poner sitio a la inexpugnable Juliette. No pudo ver cómo lo hacía, pues la princesa le llevaba en volandas de un corro a otro corro, presentándole a las innumerables celebridades que infectaban el lugar, con lo cual pronto tuvo claro que le aguardaba un penoso esfuerzo de archivar quién era quién. Las docenas de rostros se le confundían en la memoria, salvo en todo caso el de la inquisitiva Germaine de Staël, el de la indiferente Juliette de Récamier y el de la escotadísima Aglaé Ney. Como debut en lo más duro de la vida diplomática no estaba mal, se decía preguntándose cómo habría podido arribar a ese proceloso mar de no ser conducido por Wellington, quien parecía no ya conocer a todo el mundo, sino ejercer un colosal ascendiente sobre aquella

distinguida fracción de la especie humana.



Madame la Maréchala Aglaé Ney

Un buen rato después ya operaba por su cuenta, tras habersele desabarloado la princesa, quien, con muchos invitados que atender, se dedicaba por entonces a inspeccionar los grupos que se formaban alrededor de los notorios, pendiente de que todo el mundo se sintiera en su salsa. Él, por su parte, se dejaba deslizar de un corrillo a otro para ser interrogado más o menos delicadamente; lo hacía sin impacientarse, consciente de que aquel era el peaje que debía pagar como buen recién llegado. Resistía la prueba con naval entereza cuando una súbita redistribución de las fuerzas en presencia le hizo ver que llegaba lo peor, la lectura de *La Primicia Literaria*. La protagonizaba un tal François-René de Chateaubriand; Wellington le conocía desde

sus tiempos en la escuela de Angers, según le dijo al explicarle, de camino al lugar, cuál era el pretexto de la velada. Le vio avanzar hacia el centro de la gran estancia con unas cuartillas en la mano. En ellas se agazapaban las primeras palabras de un horror que, según explicaría, se titulaba *El último de los Abencerrajes*. El ser algo duro de oído le impedía comprender el sentido de la obra, si bien captó la idea de que transcurría en un ambiente de moros granadinos preocupados, lo cual le llevó a temer un verse acorralado por el autor cuando acabara de balar, en demanda de información con la que aderezar el engendro. No sucedió, porque buena parte de la hipnotizada multitud, una vez terminada la lectura, se arremolinaba en derredor del enfatuado individuo, aunque no descartaba que terminara por suceder, pues la sutil deriva de los corrillos, obedeciendo a una no formulada ley física en la que decía trabajar un agradable Gaspard-Gustave de Coriolis que se aburría tanto como él, parecía empujarle hacia su posición.



Se tranquilizó al ver surgir de la nada un arpa de buen tamaño. Wellington no le había explicado que la baronesa Staël-Holstein poseía más dotes que una inteligencia deslumbrante, una lengua como la daga de Micheletto y un tafanario de concurso. Por lo visto sabía de música, lo que no debía ser una sorpresa, pues el gentío se recolocaba en su derredor, pendiente de la majestuosa forma en que cobijaba el instrumento entre sus robustos muslos. La flanqueaban cuatro damas que si no fallaba su memoria eran la condesa de Gothland, la marquesa de Castellane y las señoras de Moreau y de Béranger, las cuales, cuando le fueron presentadas, lucían una expresión inquietante, como si se preguntaran cómo de tiernas tendría las criadillas *le petit ambassadeur espagnol*. Su papel en lo que se avecinaba debía de ser de coro, pues la primera voz era evidente que sería la *salonnière*, a la sazón abarloándose a los fornidos hombros Staël-Holstein. Quizá sucediera que la princesa de Chimay se retiraba para dejar paso a Thérèse Tallien, siquiera mientras entonaba la melancólica *Sur les bords de la Loire*. No le costaba imaginar a la princesa y a la baronesa, veinte años y varias arrobas menos, haciendo lo mismo en aquel salón de Madame Récamier que tan bien le describiera un duque de Wellington concentrado en el agradable perfil de la Gracia más joven.

*La belle se promène, au fond de son jardin,
Au fond de son jardin, sur les bords de la Loire,
Au fond de son jardin, sur les bords du ruisseau...*

La princesa poseía una cálida voz de *soubrette*; a los agudos no llegaba, pero aprendió a compensarlo en los tiempos revolucionarios, cuando para cabrear a Fontenay se arrancaba con el *Ah! Ça Ira!*, según explicara Wellington mientras aproaban a la Rue de Babylone una vez dejaron atrás el Quay de la Tournelle. Thérèse Devin de Fontenay, que así se llamaba para El Señor, pues la Iglesia no se apeaba de que mientras viviera el marqués ella no podría ser condesa de Caraman ni princesa de Chimay —según Wellington, su boda con Riquet en la iglesia de las Misiones Extranjeras no sólo fue religiosa, sino que la ofició un amable cardenal Bellay sobornado por Talleyrand por cuenta de la Tallien y sin duda que haciéndose con algo, pues l'Évêque d'Autun jamás gestionaba gratis; todo habría salido bien si los parientes de Riquet no hubieran denunciado el asunto ante la Santa Sede, la cual dictaminó contra la indignada princesa; de haber Napoleón terciado en su favor el Papa se habría puesto en primer tiempo de saludo, como hacen los Papas cuando les hablan dictadores, pero, siendo notorio lo que Boney pensaba de la Tallien, Pío VII se

inclinó por el canon de malvistos—, sabía desde siempre, desde cuando sólo era una vivaracha niña de Carabanchel, que su voz quizá no fuera la indicada para una Contessa d'Almaviva, pero no le importaba. Le bastaba para cantar en su salón.

Wellington había establecido tráfico verbal con una Juliette de Récamier que no le miraba como tantas veces lo hizo la señora de Quintana. Un fenómeno inhabitual en su historial, cuando menos desde que comenzó a ser duque, se decía Monsieur D'Alava con íntima ironía. Le parecía entender a qué se debía la gran cantidad de datos que su amigo poseía sobre la bellísima Juliette, aunque también era verdad que quizá no resistiera su contemplación a plena luz del día y tras haberla zambullido en un barreño. Lo que mostraba en las esquinas de sus no muy grandes ojos eran patas de gallo, quizás incipientes aunque tan patas y tan de gallo como las que ya lucía la santa de Loreto, Dios la bendijese. Le había contado, casi llegando a la Rue de Babylone, que la economía de la Récamier mejoró unos meses antes, en parte por haber recibido la herencia de su madre, medio millón de francos, y en parte porque su marido-padre parecía reponerse de la última de sus quiebras. Aún no había regresado a su estatus más brillante, aquel de ofrecer magníficas fiestas y aún mejores cenas, aunque sí al de poseer un palco en el *Théâtre Français* y recibir a sus de nuevo innumerables amigos a la salida de los teatros, momentos en los que su casa de la Balse du Rempart era otra vez la más concurrida de París. Un torrente de información que le hizo recordar al Wellington de las batallas. Aquello debía de ser lo mismo: His Grace se veía próximo a un combate y como buen general comentaba los detalles con su Quartermaster-General. Curioso tipo, Arthur: hiciera lo que hiciera, siempre lo hacía como un *feldmarschall*. Quizá fuera porque, ocupara el puesto que ocupase, no valía para otra cosa.

París, martes 24 de enero

Los días en París eran llevaderos, se decía Miguel de Álava mientras daba un paseo. Era el primer día de sol desde que saliera de Vitoria, y se agradecía el calentarse con algo que no fuera una estufa. La Chaussée d'Antin invitaba, de por sí, a caminar. Amplia, bien pavimentada y flanqueada por casas hermosas aunque un tanto descuidadas, emanaba paz, cosa siempre deseable y más cuando la ciudadanía se sabe afincada en un polvorín. El populacho debería enfriarse, pensaba para sí, pues sólo habían pasado seis meses desde que los últimos soldados rusos, austríacos y prusianos dejaran de circular por esa calle y por todas las demás, aunque si Wellington estaba en lo cierto el siguiente baño de sangre que padecería la infeliz París estaba poco menos que a la vuelta de la esquina.

Le alegraba pensar que si Arthur tuviera razón él no lo viviría. La causa era el excelente acuerdo al que había llegado con los condes de Caraman-Chimay. Les visitó según lo acordado, para encontrarles entretenidos en la enumeración de las condiciones que debería reunir el ama de cría que ano tardar iban a necesitar. La princesa era muy ducha en contratar esa clase de servicios, lo bastante para saber qué ocurriría si antes de un mes del parto no contaba con una buena candidata. El riesgo peor no era cargar con cualquier cosa, sino amamantar al recién nacido con los medios de a bordo. Por ahí había pasado, lo que le supuso una hipertrofia mamaria de la que nunca logró recuperarse, a lo cual el conde asentía sin excesiva pena, de modo que «una y no más, Santo Tomás» —la princesa conservaba un excelente acento madrileño—. De ahí que llevara semanas buscando, exponía blandiendo un documento que debía esperar fuera leído por el silencioso general, en la esperanza de que la Embajada Española supiera de alguna señora interesada en el empleo. La candidata ideal, según exponía con minuciosidad, debería ser una joven que aceptara destetar a su propio mamón, el cual no habría cumplido seis meses —de ser mayor no produciría leche de calidad aceptable y en cantidad suficiente—; debería ser ni gruesa ni flaca, de buena salud, ni demasiado morena ni excesivamente pálida, con la dentadura completa, o al menos blanca en las piezas que conservara, de pechos firmes y abiertos —no sería el primer bebé asfixiado por dos tetazas muy juntas—, de pezones no muy gruesos, que su leche fuera de tercer o cuarto parto, que fuera limpia, de buen pelo y que no bebiera, ni vino ni licores, y de padres cristianos, aunque de no haber más remedio aceptaría una gitana. El mercado de la teta estaba imposible, aclaraba. El regreso de los prolíficos *émigrés* disparaba la demanda, y con ella los precios; no era raro que fornidas campesinas abandonaran temporalmente sus familias para buscar en París cobijo, sustento y buena paga en las recién ocupadas mansiones donde tanto se suspiraba por alguna bretona o alguna normanda interesada en el negocio de la ubre mercenaria.

A él todo aquello le traía sin cuidado, aunque disimulaba. Su propósito era

conseguir una embajada, y si para eso debía encajar el relato de diez partos, lo encajaría. Por fortuna no debió llegar a tanto, pues a medias del segundo el conde intervino —se aburría tanto como él— y se centraron en las casas. Poseían dos, una en la Rue de l'Empereur, el centro mismo de Bruselas, y otra, más pequeña, junto a la catedral de Saint Michel et Sainte Gudule. Las buenas referencias que les dio su gran amigo Wellington les inclinaban a llegar a un acuerdo con España por la más grande de las dos, aunque a partir de ciertas condiciones. El general, que ya temía lo peor, se sorprendió al saber que sólo pedían que conservara el servicio que la cuidaba, un matrimonio algo mayor, y que reservara para uso de sus caseros la mitad del primer piso. La casa, decía Riquet, era lo bastante grande para contener una embajada con todas sus dependencias, de modo que no creía que fuera una pretensión desmesurada. En absoluto lo era, se decía el general, y más a partir de un precio sensiblemente inferior al que Cevallos le autorizó, de modo que ahí mismo se dieron las manos, dejando establecido que Álava podría colocar una placa en la fachada, indicando que aquella era la Embajada Española, e izar su bandera en el mástil que adornaba los edificios de Bruselas, en la tradición local de izar cada cierto tiempo una distinta. La última fue la tricolor, pero en aquellos días permanecía desnudo y no por oposición a ninguna realidad política, sino porque nadie tenía la menor idea de cómo sería la del VKN.

Doscientos metros antes de la esquina con la Balse du Rempart^[61] estaba la que ya era su tienda favorita. Se llamaba Terzuolo y ofrecía la mercancía que más valoraba en este mundo: libros. En gran cantidad, ediciones modernas y antiguas, nuevos y usados, en francés, en inglés, en italiano, en alemán y hasta en ruso. Desdichadamente, muy poquito en español. Era natural, se decía con tristeza. La guerra no sólo dejó la economía devastada, sino las imprentas destruidas, las editoriales arruinadas y los escritores emigrados. Cuando menos, los que valían la pena. Como siempre sucede con los exilios masivos, sólo se quedaron los mediocres. Terzuolo también vendía papel, sobres, plumas, lápices, tinta y toda clase de objetos auxiliares. A esa excusa se debió que renunciase al paseo, tan necesario para contener el lastre que se depositaba en su cintura, y se zambullera en el sugestivo mar de publicaciones que se ofrecía en una gran mesa. Una maravilla tras otra, se decía con el optimismo del que se sabe no aislado en un lugar extraño, y no porque conociera mucha gente, sino porque cuando se puede leer lo que se publica en un país, el que sea, la soledad se hace llevadera.

Terzuolo era una librería muy popular; de ahí que allí fuera frecuente dar con personas conocidas. Él no sabría identificar demasiadas; apenas las cuarenta o cincuenta que le presentaron Wellington y la princesa de Chimay, de las cuales sería incapaz de reconocer a la mitad, pero a Juliette de Récamier la identificaría en cualquier parte. Incluso en la muy arrulladora umbría de Terzuolo.

—¡Qué alegría verle por aquí, Monsieur D'Alava!

El embajador no tardó en oír que la dama venía con frecuencia, pues vivía muy cerca, en la esquina de la Balse du Rempart, y que antes, de 1798 a 1806, vivió en el 7 de aquella misma Rue Mont Blanc o Chaussé d'Antin, frente a la embajada española, y también que conservaba el recuerdo de una espléndida colección de cuadros del XVII, así como una batería de incunables dispuestos en una exquisita combinación de salón y biblioteca; se la enseñó el arquitecto Berthault, el mismo que decoraba su recién comprada casa. El general, apenado, respondió que aquella imagen sería imposible de reproducir, pues el delegado en París del funesto José desvalijó el edificio cuando supo que ya no representaba ningún rey ni país alguno. Ante los asombrados ojos de la mujer —el embajador seguía pensando que no eran tan hermosos como para justificar la inconfesada pasión de Wellington, la cual quizá no fuera mucho más que un deseo de plantar la pica donde hombre alguno jamás había plantado nada— comentó sin emoción que los saqueos de las embajadas suceden cuando se pierden las guerras civiles, y que la de Bonaparte contra las Cortes de Cádiz no dejó de ser el conflicto de unos españoles contra otros españoles, el de un gobierno legalmente constituido, el de José, contra otro que, por las razones que fueran, se sublevó. Una perspectiva que la dama encontró de interés; hasta entonces ningún español le había explicado aquella guerra —el general creyó detectar cierto énfasis en *español*—, y ahí se descolgó por lo más inesperado, invitándole a tomar algo en un cercano café para que le contara qué ocurrió. Definitivamente, las parisinas no padecían las encorsetadas costumbres que asfixiaban a las españolas, cuando menos a las empeñadas en parecer decentes.

Los recuadros blanquecinos en las no muy limpias paredes señalaban que allí, no hacía mucho, colgaban cuadros que a saber dónde andarían. El mercado los habría engullido en pocos días, una vez el hombre de José los pusiera en venta nada más saber que se quedaba sin trabajo. Juliette examinaba el desastre con expresión apenada, lo que Álava daba por bueno con alguna indiferencia. No podía decir que la hora de charla le hubiese aburrido, pero Madame Récamier dominaba como pocas el arte de no decir nada. No fue una conversación animada, esas plenas de comentarios chispeantes que tanto estimulan al que lleva el peso del asunto. Juliette, en suma, le parecía bastante sosa. De ahí su sorpresa cuando expuso que le gustaría volver a ver la embajada, o lo que aún sobreviviera.

El edificio era similar a muchos otros de la misma calle: un cubo de cinco alturas que cerraba un patio muy amplio. El lado más estrecho era la fachada de la Rue Mont Blanc. Allí se alojaban los sirvientes, salvo en la planta inferior, que contenía las caballerizas, y en él se abría el portón por el que los carruajes accedían al patio. A éste daban las puertas del conjunto: la del bloque de la servidumbre, la del que

contendría las oficinas, la de donde se alojaba al personal que aún no hubiese conseguido vivienda y, por fin, el edificio principal, que contenía las estancias nobles y la residencia del embajador. Juliette preguntó por qué Álava no vivía en él, para escuchar que las obras destinadas a devolver al edificio el esplendor que tuvo en otro tiempo se concentraban en las habitaciones del conde de Perelada; era sintomático, se decía el general según lo explicaba, que Cevallos le dijera no saber quién sería el próximo representante de SCM, mientras que Wellington incluso conocía las aficiones personales del plácido individuo, tan poco impaciente por desempeñar su función.

Avalaba la personalidad del último habitante de la casa el que la biblioteca sólo hubiera perdido sus incunables. El patán no debía padecer el mal de la lectura, explicaba el general mientras Juliette recorría las filas de volúmenes. Había no menos de seis mil, de los que la mitad eran originales en español. De los publicados en francés casi todos eran traducciones de clásicos castellanos, y también criollos. En las colonias, pese a no ser un vicio de los llevados al extremo por los conquistadores implacables, algunos se mostraban empeñados en demostrar que sabían escribir.

—¡Oh, dios mío! *La Nuit Obscure*!

Álava se sobresaltó ante aquel grito, menos de sorpresa que de un entusiasmo hasta entonces imposible de imaginar en la muy lánguida mujer. Tardó poco en saber que Juliette sentía una especie de adoración voluptuosa por Saint Jean de La Croix, que le llevaba desde sus años de infancia en Lyon a buscar su obra en francés. *La Nuit Obscure*, la colección de poemas escritos durante su estancia en la prisión de Tolède —vocalizaba tan exquisitamente que los acentos casi se veían en su aliento— era el único de sus libros que seguía sin conseguir. Se preguntaba si sería un abuso pedir al general que se lo prestase, para sonreír de un modo alentador al comenzar éste un amable:

—Nada de préstamos, Madame. Es un simple regalo clandestino del ministro español en los Países Bajos. Con todo lo que se ha saqueado aquí, un libro más o menos carece de importancia.

En ese instante comprendió cómo era el verdadero rostro de Juliette. Aquella mirada sí era para morir por ella. Ya no le sorprendía que su amigo se negase a dar la batalla por perdida. Renunciar a Burgos encajaba en su personalidad. Perderse una sonrisa como esa, definitivamente no.

Se despedían frente al portalón de la Balse du Rempart. Álava, cuyo sentido de la etiqueta nunca dejó de ser el de la Marina Española, se inclinaba frente a la diosa de los salones literarios.

—Esta noche, a la salida de los teatros, unos amigos y yo nos juntaremos aquí, en mi casa. Me gustaría que nos honrara con su presencia, y no sólo esta vez, sino tantas

como quiera. En mi *salon* siempre será bien recibido, Monsieur D'Alava. Ah, y no es preciso que venga en compañía de nadie. A usted, mi querido embajador, se le apreciará por usted mismo, en mi casa y en todo París.

La vio desaparecer en el patio de caballos, preguntándose si bajo las amistosas palabras no yacería un mensaje, y en ese caso si debería transmitirlo. Ya lo pensaría después, se dijo emprendiendo el empinado camino de regreso a la desvalijada embajada española.

París, Madrid y Viena, sábado 28 de enero

Wellington quería empezar el viaje con la primera luz del día. No debía despedirse de nadie porque la noche anterior ya lo hizo de todo el mundo, aunque le agradó ver a Lord Fitz-Roy Somerset esperando para escoltarle hasta su carruaje, una berlina de la que tiraban seis caballos. Sobre sus lomos, dos palafreneros; en los pescantes, dos cocheros, su valet —Tesson; llevaba con él toda la vida— y su ordenanza —Beckermann, un hosco alemán procedente de la KGL^[62] que había ya demostrado estar dispuesto a dar la vida por su jefe—; a caballo, dos ADC, Sir Charles Lennox y Sir John Fremantle, y una docena de *light dragoons*. Varias millas por delante, lanzados en avanzadilla, otros dos ADC en una calesa; su función era reconocer el camino, comprobar que no había obstáculos ni emboscadas y conseguir alojamiento para su jefe, que adoraba dormir en blando; sus ADC lo hacían tirados en cualquier parte, a lo que ya estaban acostumbrados; en cuanto a Beckermann, lo hacía con un ojo abierto y atravesado contra la puerta de su amo, con dos pistolas cargadas y el sable desenvainado; lo menos que se podría decir de su inquietante personalidad era que resultaba disuasoria.

Lady Wellington, preocupada por su marido, había visitado Terzuolo en compañía de Lady Somerset; de allí salió con una obra de Miss Jane Austen y otra de Sir Walter Scott que a su juicio entretendrían el viaje de Sir Arthur. Éste, sin embargo, ya se había procurado entretenimiento: le acompañaría una reputada cantante, contratada por el Burgtheater de Viena. Giuseppina Grassini poseía numerosos atractivos, además de una gran belleza natural; su voz era tan prodigiosa como su simpatía, y su memoria, en la que conservaba infinidad de anécdotas, era extraordinaria, cosa de agradecer para la insaciable curiosidad del duque, de siempre interesado en las amantes de Bonaparte. Sería un viaje tan detestable como solían serlo casi todos, pero His Grace sabía endulzarlos.



Giuseppina Grassini, por Madame Vigee-Lebrun

Cevallos llevaba un día horrible. Se preguntaba si no sería momento de renunciar al cargo y abandonar el país a su destino, bajo el patán de su monarca y la «chusma vil». De mil amores lo haría, pero bien sabía que a Fernando no convenía dimitirle, pues su mejor suerte sería ser asesinado. Más probable sería que le persiguiese hasta el punto de no dejarle vivir, y tampoco quería eso. No quedaba más opción que resignarse y hacer lo que buenamente pudiese, hasta que llegara el día en que alguno de los reales paniaguados reclamara el puesto de secretario de Estado y del Despacho. Cuando sucediera tan deseada cosa lo cedería de inmediato, acallando su júbilo y tras reservarse alguna representación en el exterior, la que fuese, a fin de poner tierra entre su persona y la camarilla real. Cevallos no era un héroe y de ningún modo quería ser un mártir. Se conformaba con sobrevivir.

Ante sí tenía dos cartas. Una estaba escrita en el seco castellano de Álava, inequívocamente militar. La otra, en el confuso y leguleyístico de Labrador. De la

primera se desprendía que la realidad era peor de lo que se suponía en Madrid. De la segunda, y con dificultad, entresacaba un panorama tan florido como ilusorio. La historia de Labrador en Viena era la de uno al que nada le salía bien y que no paraba de quejarse. Sólo le daba la razón en que sin dinero era imposible *recibir*, pero ni se llevó una suma ridícula, que para conseguir un palacio como el Palffy bien que le llegó, ni podía decir que no le hacía llegar nada; mucho menos le dio al otro y ya se codeaba con todo París, y además por la cara, como debe hacer un embajador que tenga poco dinero; él lo había interpretado, a conciencia, en 1809, tras llegar a Londres en el *Algeciras*. No contaba con nada salvo su oficio, y regresó con diez mil mosquetes y un empréstito de sesenta millones de reales. Álava no sería un diplomático de carrera, pero difícilmente habría podido emprenderla mejor. El otro inútil, en cambio...

Tras tomar la pluma empezó por celebrar lo bien que marchaba la misión de Álava, para después autorizarle a trasladarse a Bruselas y residir en la excelente casa de la princesa de Chimay; le autorizaba también a usar su dirección, Rue de l'Empereur 8, en el papel de cartas que hiciese imprimir, con el título Residencia del Ministro Español. Por último, le comunicaba que SCM había ordenado la incorporación a su embajada del consejero de cuarta categoría Nicolás de Miniussir y Giorgeta, incorporado a la carrera diplomática en excedencia de los tiradores de Doyle. Aun siendo ése su primer destino, algún conocimiento de la carrera sí tenía, pues era hijo de un diplomático austríaco y había vivido en diversas capitales europeas; gracias a eso poseía un gran conocimiento de la lengua germana y un dominio razonable de los idiomas español, francés, inglés e italiano. Tanto SCM como él confiaban en que, una vez ganara experiencia, le sería de ayuda en sus funciones y cometidos.

Miniussir le había causado una impresión mejor de la esperada. No poseía una gran cultura legal, pero un hombre de veintinueve años que había llegado a capitán en la división de Morillo por lo menos debía de saber cuidar de sí mismo, lo que para empezar no estaba mal. Si valía o no para diplomático el tiempo lo diría, pero al menos hablaba cinco idiomas, bagaje ciertamente raro. Dudaba que Álava necesitase refuerzos en alemán o italiano, mas lo que abunda no daña. En cuanto a su propuesta de marchar con Wellington a Viena, ni se planteó comentarla con el rey. Labrador era hombre de la plena confianza de Fernando, dentro de lo que SCM era capaz de confiar en nadie. Lo único que le importaba era que se mantuviera firme, hasta las últimas consecuencias, en la defensa de sus instrucciones. Sin duda que lo haría, pero sería un desastre como el de Numancia o el de Sagunto, los hombres degollados, las mujeres violadas, los ancianos empalados y los niños devorados. Españoles heroicos dignos del mayor respeto, sí, pero que no ganaron nada, ni para el país ni para nadie. Álava conseguiría más. Hasta el último limpiabotas conseguiría más, pero, como

explicaba Talleyrand en una celebrada sentencia, «lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible»; aquel era el caso de la hipotética sustitución de Labrador por Álava. Un arcángel tendría que aparecerse a Fernando para que aceptase la realidad: la defensa de sus intereses en Viena no podía estar en peores manos.

Quedaba un punto. No le apetecía volver a escribir la carta, de modo que lo añadió como un postscriptum; le pedía que buscara a un cierto José Martínez Hervás, marqués de Almenara, un antiguo ministro del Plazuelas que trataba de comprar el perdón dando datos del paradero de noventa y seis cuadros de gran valor, pertenecientes a la Real Academia de San Fernando, que fueron rapiñados por Napoleón en persona. Según hacía saber el tal marqués a través de un correveidile, figuraban inventariados en los fondos del antiguo museo imperial del Louvre. Entendía las dificultades de dar con uno del que sólo se sabía el nombre, de modo que, una vez hechas las gestiones razonables, le rogaba que dejara en la embajada razón de su domicilio en Bruselas, de forma que, si apareciera y fuera cierto que podía ejercer alguna influencia sobre un tal Jean-Dominique Vivant-Denon, conservador del museo, se desplazase desde allí para comprobar que se podían recuperar, toda vez que las gestiones efectuadas ante SM el rey Luis XVIII ni daban resultado ni creía que pudieran darlo.

Liquidado Álava, regresó a las profecías de Labrador. Tras media hora de leer llegó a varias conclusiones. La primera, que no había posibilidad de recibir ingresos compensatorios por la devastación sufrida entre 1808 y 1813. La razón oficial era que no habría indemnizaciones económicas para ninguna potencia, pero la colosal hipocresía de repartirse territorios pertenecientes a los aliados de Bonaparte, como el reino de Sajonia, el ducado de Luxemburgo y las provincias flamencas y valonas, no se consideraba «reparación». A partir de la misma lógica España debería recibir algún territorio situado al norte de los Pirineos, o al menos Córcega, pero según Labrador no había nada que hacer. Pues la primera en la frente, murmuraba Cevallos mientras se adentraba en el siguiente punto.

Las esperanzas de recuperar las obras de arte rapiñadas por los Bonaparte y sus mariscales también eran nulas, pues en el Tratado de París se pactó que ninguna potencia reclamaría las suyas, pudiendo Francia quedarse con todas. ¿Pero quién firmó semejante disparate?, se preguntaba sin recordar que se formalizó entre Francia y la Sexta Coalición, sin España. Tampoco era posible afirmar que se participó en la derrota de Bonaparte, pues los reales ejércitos no estuvieron en la campaña de Francia, ya que por decisión del duque de Ciudad Rodrigo fueron devueltas a Irún. Al llegar a ese punto no pudo contener un taco: el bobo de Labrador no sabía nada de las divisiones de Morillo y Freire-Andrade. Sí tenía razón en que Francia y España establecieron una paz por separado sustanciada en el Tratado de Valençay, firmado por Fernando y Bonaparte meses antes del de París. Aquello era inapelable; bien era

verdad que las Cortes de Cádiz invalidaron con carácter preventivo cualquier cosa que firmara el rey durante su encierro, pero también lo era que la primera medida de Fernando fue anular las disposiciones de las Cortes, comenzando por la Constitución. Muy de lamentar, pues gracias a eso España se quedaría sin la indemnización a que tenía derecho, sentenciaba el contristado Cevallos con la mayor amargura, la de servir a la dinastía más inútil del planeta.

El último punto trataba de los esclavos africanos. España, dado su gran catolicismo y su empeño en llevar el Evangelio a todas partes, era el país más esclavista del planeta. Una práctica, sin embargo, muy amenazada por los ingleses, a los que parecía unirse, por razones místicas, el desconcertante Zar. En una de las reuniones a ocho, esas donde participaban las potencias signatarias del Tratado de París más España y Portugal, uno de los rusos propuso crear un comité para debatir el asunto y emitir una propuesta de resolución. Él y Palmella, el portugués, se opusieron con vehemencia, pues el fin de la iniciativa no era otro que liquidar el comercio y después la propia esclavitud, lo que iría contra los intereses de las cristianísimas potencias ibéricas. El punto de vista que defendieron, e insistía en que con firmeza, era que sólo las potencias poseedoras de colonias donde la esclavitud fuera un derecho —las portuguesas y las españolas; en las británicas el tal estaba en cuestión— deberían abordar el asunto, y de ningún modo las demás. Sin embargo, y pese a la dureza con que defendían sus posturas, los otros insistían en la inmoralidad del tal comercio, según ellos infamante no ya para el género humano, sino para la cristiandad; para ellos era incontestable la necesidad de abolir la esclavitud, si bien aceptaban que se deberían estudiar el cómo y el cuándo, dadas las repercusiones económicas a que daría lugar el aceptar que los negros eran personas. Ahí Labrador tomó la iniciativa, exponiendo que las consecuencias para España de una posible abolición serían gravísimas, no sólo en las colonias, donde los propietarios de fuerza laboral no voluntaria —el piadoso diplomático amaba los eufemismos— se verían muy afectados, sino en su economía global. La reunión concluyó sin acuerdo, a causa de una declaración de Palmella por demás abrupta, negándose a reconocer que aquel asunto pudiera ser objeto de aplicación de leyes internacionales.

El hastío de Cevallos se incrementó al advertir que ahí no acababa el asunto. Al día siguiente, relataba Labrador, Castlereagh volvió a plantearlo. Más imaginativo que sus plenipotenciarios, expuso algo que suscitó no pocas risas: la experiencia británica señalaba que la prohibición del tráfico no disminuía la disponibilidad de mano de obra. El crecimiento vegetativo de los esclavos, que se reproducían como conejos —era la única distracción a su alcance—, daba lugar a que la disponibilidad fuera la misma, e incluso más barata, por la supresión de los costes de transporte y almacenaje de africanos salvajes. Partiendo de ahí, ni España ni Portugal perderían nada si aceptasen la prohibición del tráfico. Sería una medida, insistía el Lord, bien

vista por las respectivas sociedades civiles, aunque sin efecto práctico en sus economías. Un punto de vista tan cínico que al momento fue respaldado por Talleyrand. Él y Palmella se vieron obligados a convenir, a regañadientes, que podría ser una solución, aunque con la exigencia de que cada potencia fuera libre de seleccionar el momento adecuado para suprimir su tráfico. Labrador, según explicaba, no perdía de vista el gran déficit poblacional de Cuba, tan grave que antes de interrumpir los embarques deberían llevarse allí varias docenas de miles de cabezas, demandadas desde hacía varios años por los plantadores de caña. Lo mismo sucedía con Palmella, porque sus necesidades en Brasil eran igual de acuciantes. Pese a la excelente lógica de sus respectivas argumentaciones, exponía en tono de queja, su firmeza irritó a Castlereagh, al punto de recordarles de un modo grosero que si se veían libres del sometimiento a Francia era por el desinteresado empeño de Inglaterra, sin conseguir por eso el respaldo de las otras potencias, las cuales no querían hablar más de un asunto sin repercusión práctica en Europa.

Cevallos volvió a sacudir su cabeza, de veras abatido. Con aquel animal, tan espléndidamente dotado para enfrentarse a todo el mundo y no hacer ningún amigo, ¿qué posibilidades le podían caber a España de conseguir nada en ese congreso de naciones donde los sentimientos y las emociones a menudo pesaban más que los razonamientos y las conveniencias?

No había más alternativa que tratar aquello con SCM, aunque bien sabía qué contestaría. Viena y Europa, definitivamente, para nada preocupaban al rey de España.



Pedro Cevallos Guerra

En condiciones normales las misas mayores se celebraban los domingos, pero

Viena vivía en anormalidad desde septiembre, cuando empezaron a llegar plenipotenciarios, delegados, príncipes, duques, reyes y emperadores. El que coincidieran en la ciudad los cultos cristianos más extendidos hacía que la planificación de los oficios fuese caótica. Sólo una misa, la de los sábados en la Stephansdom, no variaba sus horarios, por ser la favorita de las testas coronadas. Su popularidad residía en los apocalípticos sermones del padre Zacharias Werner, en su juventud predicador luterano de cierto éxito —se pasó a la competencia tras constatar que la figura del clérigo tonante disonaba de la sobriedad luterana— y en aquellos días empeñado en una briosa cruzada contra la frivolidad que asolaba la Viena pecadora. Los soberanos, pragmáticos, convenían que aquella penitencia era tolerable: llegaban, se santiguaban, encajaban la diatriba y se marchaban tan contentos, con el alma descargada y listos para el siguiente sarao, que aquel sábado tendría lugar en el palacio de Julie Zichy, quien, pese a su gran devoción, ya no se dejaba ver en las iglesias, se decía que por una crisis de conciencia. La condesa, que hasta no hacía mucho era dueña de una piedad monumental, desde la llegada de los soberanos experimentaba cambios notables, tanto que los gacetilleros no sabían decir si era Metternich con quien se acostaba, o Friedrich-Wilhelm, o Alexander, y más de uno sostenía que con los tres. Se sospechaba que de ahí venía el palpable alejamiento de su acreditado confesor, un redentorista que pasaba por santo.^[63] Fuera eso, fuera otra cosa, su talante no recordaba el de pía madre de familia que lucía meses antes. Era un fenómeno para el que Talleyrand no tenía explicación, por falta de datos —Altenstiegl mantenía un embargo total sobre la condesa— y también de interés. Las mujeres muy devotas que dejaban de serlo componían un subgénero que no le apasionaba, pese a ser de las grandes comidillas del congreso. A eso se debió su sorpresa cuando su sobrina, sentada como todas las mañanas a los pies de su cama, comentara que a la Zichy sólo le ocurría que no terminaba de pasar el sarampión de ser, por primera vez en su vida, una mujer y no un jarrón.

—Hoy en día nadie, ni siquiera su marido, se atreve a tocarle un pelo, pero algún día terminará el congreso, Friedrich-Wilhelm se irá y no habrá nadie que la proteja. Para Metternich dejará de tener valor, el que tenga hoy, que prefiero no preguntarme cuál es, y en cuanto se corran las voces Julie estará perdida. Pobrecilla, que aún no se da cuenta de lo que se cierne sobre su cabeza.

El príncipe de la diplomacia se quedó mirando a la que bien podría ser princesa de lo mismo, si a las mujeres se les permitiera serlo por su valía y no mediante sus dueños. Su reflexión le parecía tan aguda como inquietante, por no ser fácil determinar si era un simple razonamiento abstracto, fruto de un intelecto tan frío como el suyo, o una proyección de su propia situación, si no de su propio futuro, sobre la vida de una que debía ser todavía más idiota de lo que se sospechaba. En cualquier caso era un toque de atención. Uno más de los varios que percibía desde no

hacía mucho. Algo cambiaba en Dorothée, y a él, en buena lógica, no le quedaría más opción que apostar por lo peor.

Pues bueno, se dijo saliendo de su ensimismamiento. Dorothée no había dejado de mirarle desde sus fanales grises, de lo que ahora se apercibía. ¿Cuánto habría sido? ¿Un minuto, dos? Qué más daba, se dijo suspirando con diplomática contención. Que Dorothée le leía el pensamiento lo tenía bien asumido. Que le hubiera leído aquel..., pues a saber. Lo peor que se puede padecer es la incertidumbre, pero no pensaba forzar la situación. Se conformaría con que cuando el milagro cesara, el de tenerla cerca, se lo dijera con sencillez y le abandonara con naturalidad. No pedía más.

—Habría que levantarse. ¿Las diez y media? Otra vez nos perderemos la misa de Sant Stephan. ¿Contra quién disparará hoy, el cura loco ése?

Castlereagh también se levantaba tarde. La ventaja de ser anglicano en Viena era que los oficios se celebraban a domicilio, y en su caso ni eso, ya que delegaba en Lady Emma la miseria de soportarlos. Aceptar la existencia de Dios y obedecer sus preceptos eran servidumbres del cargo, tan fastidiosas como inútiles, si bien, y gracias al mismo Dios, en Viena resultaban tolerables.

Estaba de buen humor. La noche antes había convenido con Palmella que ninguna empresa o ciudadano de nacionalidad portuguesa sería libre de adquirir esclavos capturados en el tramo de la costa occidental africana comprendido entre Gibraltar y el ecuador. En compensación, Inglaterra cancelaría un préstamo de seiscientos mil libras esterlinas concedido en 1809 y pendiente de amortizar. Portugal se ahorraba una cantidad que no podía pagar y el gobierno de Su Majestad, a cambio de un dinero pequeño, quedaría estupendamente tras anunciar que Portugal, gracias al gobierno de Lord Liverpool, renunciaba para siempre al repugnante comercio esclavista. Bien sabía que lo segundo no era cierto, pues al patrón de cualquier carguero portugués rebosante de negros inmundos que fuera interceptado por una fragata británica le bastaría decir que los había estibado en Luanda, o en Capetown, para seguir adelante con toda normalidad. La complicidad entre Inglaterra y Portugal, en eso y en todo, estaba por encima de cualquier consideración cartográfica-moral. Los tratados, como los diplomáticos no ignoran, se firman para ser interpretados al gusto de las partes, y si alguien, alguna vez, se considera engañado, es porque ha dedicado su vida y sus esfuerzos a un trabajo para el que no vale.

El humor se le agrió al leer una carta de Liverpool fechada en Bath el jueves 19. Sus palabras sugerían que no confiaba en cómo conducía la política británica en el contencioso Austria-Francia contra Prusia-Rusia, sin dejar de reconocer su gran mérito al conseguir el tratado tripartito. Tras eso le ordenaba regresar, aduciendo que hacía más falta en Londres, y a fin de aliviar sus inquietudes por las negociaciones pendientes le hacía saber que Wellington estaba en camino. Aquella no era la primera

carta impertinente que recibía de su *premier*, pero le fastidiaba más de lo usual. El maldito idiota no sentía respeto por sus logros, y se permitía la grosería de darle órdenes, como si fuera un pajecillo y no el hombre que llevaba cantidad de años sacándole del fuego las castañas más candentes. Se preguntó si no habría llegado el momento de volver a ser un simple Lord de magnífica y placentera vida, sentado en su escaño a la espera de ver flotar en el río de la política el cadáver de Liverpool, para contestarse que no. De hacerlo, le apenaba decírselo, se aburriría demasiado. Ahora, Liverpool debería comprender que se hallaba muy cerca de mandarle al diablo, para lo cual nada iría mejor que un buen escrito. Castlereagh, a diferencia de Wellington, jamás contestaba sobre la marcha las cartas intolerables. Conocía los efectos de la calentura sobre la palabra escrita, lo suficiente como para jamás ponerse a sí mismo en posición de riesgo, pero en aquella ocasión el riesgo era el contrario, el de perder un tiempo precioso y encontrarse con Wellington sentado frente a él antes de haberla enviado. Ni hablar. Si había una ocasión que justificara un abrir el fuego con todas las piezas era esa. En realidad, tanto riesgo había si la escribía como si no de que jamás volviese a disparar. Estando así las cosas, mejor perecer a lo Nelson que vivir como Guy Fawkes.

Media hora después releía lo que al momento saldría para Londres a uña de caballo. Nada de valijas. Texto en clave y una copia por los conductos acostumbrados, pero salvo catástrofes naturales nada impediría que Liverpool sufriera una indigestión el viernes 3, lo más tardar. No decía nada que fuera novedad para su *premier*, salvo la forma en que lo hacía: lacónica, seca, directa y sin adjetivos. La de uno que al tiempo está diciendo, sin decirlo, «ándate con ojo, que si te dejo solo a ver qué haces». Tras un frío encabezamiento, una grave advertencia sobre la seriedad de la situación, con Friedrich-Wilhelm y Hardenberg presionados por sus *junkers*, sus generales, sus periódicos y su opinión pública, y con Alexander iniciando un nuevo movimiento pendular, más belicoso que durante las semanas anteriores. Podría o no ser otro farol del Zar, pero su deber era informar del grave riesgo que se cernía sobre los intereses de Inglaterra. En su opinión, sólo él y Talleyrand eran capaces de disuadirle, o al menos contenerle. Con Metternich no se podía contar, por su reconocida tendencia natural a traicionar a todo el mundo y porque Alexander le detestaba de tal modo que no aceptaba sentarse a una mesa donde se contara con él. Si Liverpool no aceptaba sus preocupaciones, debería tener presente que con su marcha desaparecería la última esperanza que poseía Inglaterra de ahorrarse una guerra para la que no estaba preparada, que le costaría más que la suma de las anteriores desde 1794 y que la victoria en modo alguno podía considerarse asegurada. Inglaterra bien podría verse un año después con el ejército perdido, las arcas vacías, su prestigio por los suelos y enfrentada sin opciones a un eje ruso-prusiano, con Austria de comparsa, que dominaría Europa durante un futuro imprecisable. Si aun

así Lord Liverpool le ordenaba regresar, él estaría, como siempre, a sus órdenes.

Una vez cifrada, Planta la entregó al correo que aguardaba en las caballerizas, ensillando un buen caballo. Aquella carta, explicó, debía estar en el número 10 de Downing Street el viernes 3. Si así fuese, la bolsa del correo engordaría en treinta guineas de las acuñadas en 1813.^[64] Fue oír eso y borrarse del tal su gesto de protesta. Nada le llenaría más de orgullo que cumplir con su deber, exclamó sin que Planta le creyera; si algo tenía claro era que las motivaciones más enérgicas, las que iban más allá del deber, el heroísmo y la más total abnegación, se conseguían a fuerza de guineas. El *salon* Zichy rebosaba, pero la condesa no resplandecía. Podría ser, se decía Metternich, porque Friedrich-Wilhelm llevaba su hastío hasta el extremo. Si le plantara sería un problema, pues sin algo que le alegrase las pajarillas igual le daba por invadir Baviera. Otra posible razón era que un *aide-de-camp* de Alexander se presentó poco antes con el mensaje de que su patrón se veía forzado a excusarse. Un disgusto para la Zichy, tanto porque un baile sin Zar no quedaba tan lucido como uno con Zar, como por su apenas disimulado empeño en cambiar un plúmbeo rey de Prusia por un rijoso emperador de Rusia, el cual, Altenstiegl *dixit*, llevaba una hora en el Palm, ala de *Andromeda von Russland*. Había una tercera razón, aceptaba con frialdad: su aversión por él era tan total que ni se molestaba en desmentir un comentario filtrado por Pumpnickel:^[65] «de no ser yo un monarca me comunicaría con Metternich a pistola». Él, a diferencia de sus consejeros,^[66] pasaba de los desaires del Zar. Conocía el alma rusa, y la de Alexander no podía serlo más pese a su cuarto de prusiana. En la peculiar forma de negociar de los rusos, cuando elegían al que compartiría sus sábanas le trataban a escobazos para que al llegar los besos estuviese blandito. Alexander y él habían vivido un largo idilio, al punto de sacarle del apuro en que le puso la Bagration con su lamentable avidez por ser mamá, pero desde que sentara sus reales en Viena le ignoraba del modo más grosero. Dado que si algo sabía de Alexander era su incapacidad de sentir celos, resultaba imposible que se debiese a la coincidencia que mostraban al pecar contra la carne. Según Altenstiegl, el Zar y él parecían empeñados en sólo acostarse con las amantes del otro, siendo las únicas excepciones la Zarina Elizabeth, a la que jamás él se acercaría si no fuese para despedirse, y la Fürstin Metternich, manifiestamente incapaz de despertar las pasiones de Zar alguno. Éste, que si bien estaba como una cabra no tenía un pelo de tonto, bien sabía que, al final, habría de negociar con él. Sólo sucedía que tal momento aún no llegaba, lo que resultaba tan evidente para él como para el impasible Talleyrand, por entonces acercándose.

—Una de sus almas buenas acaba de contar a una de las mías que hoy vino a verle nuestro común amigo Hardenberg, a quien parecía salirle humo por las orejas. ¿Fue así o es exageración?

El canciller sonrió. Conversar con Talleyrand solía ser, si no saludable, al menos

agradable.

—Temo que Wassenberg, pues se refiere a él, ¿verdad? —el príncipe de los diplomáticos asintió—, no exageró demasiado. Nuestro respetado Fürst venía muy acalorado, además de sin avisar. Ya hizo algo así con Castlereagh, ¿no? —Talleyrand asintió nuevamente—. También hoy venía solo. Se diría que no quiere dejar testigos, de forma que cuando deba borrar sus huellas no haya nadie que le contradiga —el príncipe de Bénévent compuso un amigable gesto de «pues igual es eso»—. Fue derecho al asunto. Tanto por el tono como por las palabras aquello era un ultimátum, aunque al menos tuvo la decencia de farfullar las razones que le impelían a despeñarlo. Según creí entender, no siente deseo alguno de ir a la guerra, pero la prensa, el gobierno, la opinión pública y el ejército le presionan de un modo incontenible, al punto que ni dimitiendo alejaría el peligro. Simplemente, vendría otro aún más bruto y sería peor. El asunto de Sajonia, repetía, es para su pueblo un *casus belli*. Seis años de ocupación, un empobrecimiento general y docenas de miles de buenos prusianos muertos a manos de las hordas napoleónicas de ningún modo podrían zanjarse con las migajas que Castlereagh les ofrece. De ahí que me pidiese ayuda, en la seguridad de que Austria, también humillada por Bonaparte, comprendería su situación y las irresistibles fuerzas que dentro de nada le obligarán a tomar una terrible resolución: la guerra mejor que la deshonra. En ese momento, que como Su Excelencia entenderá resultaba deplorablemente melodramático, sacó una carta del bolsillo y me forzó a leerla. Era de un viejo conocido de ustedes, el mariscal Blücher. ¿Le recuerda?

—Cómo no. En Francia, cuando un niño no quiere tomarse su sopa, la madre le dice que o lo hace, o vendrá Blücher y se lo llevará.

—Es curioso. Lo mismo hacen las madres flamencas, salvo que allí prefieren al duque de Alba.

—Es por ser más antiguo en el empleo de ogro. Si conocieran a Blücher seguro que se actualizaban. Por cierto, ¿la carta era suya-suya, o de Gneisenau firmada por él?

—Pues no sabría decirle. Hasta hoy no conocía la caligrafía de Blücher, ni tampoco la del otro, ahora que lo pienso. ¿Es usual que Blücher se haga escribir las cartas?

—No exactamente. Gneisenau es el segundo de Blücher. En la práctica, el Schlesischesarmee, o como llamaran a su maldita horda, lo mandaba Gneisenau a través de Blücher; es que ya es mayor, y en el plano de la táctica y la estrategia no logra salirse de lo que aprendió de Friedrich der Große, pero el otro es el más aventajado de los discípulos de Bonaparte, o eso dice Schwarzenberg, al que sobre tales asuntos reconozco autoridad y sabiduría muy superiores a las mías. Sin embargo, en la etiqueta militar prusiana está mal visto que un inferior dé órdenes a un

superior, así que a Gneisenau no le quedaba otra que hacerlas firmar por Blücher. Todos eran conscientes de la farsa, pero como así se mantenía la ficción la daban por buena. Luego, en París, Blücher sólo se preocupaba de beber y de jugar, delegando en Gneisenau el resto de sus funciones, para lo cual seguía firmando todo lo que le ponía bajo el hocico. Ahora, esto no significa que Blücher no sepa escribir. De hecho no sólo sabe, sino que le gusta, y así pasa que de vez en cuando lanza unas cartas espantosas que horrorizan a todo el mundo. El muy asno padece un sentimiento patriótico extremo, tanto que habla de la guerra como si fuera nuestro estado natural, y de la paz como de lamentables intervalos sólo buenos para cubrir bajas haciendo más soldados, actividad a la que antes dedicaba gran empeño —Metternich sonreía; el estilo de Talleyrand era incomparable—, tanto que no pocos de sus hombres tendrían derecho a llamarle algo más que *generalfeldmarschall*, pero en estos tiempos ya no se afana en eso, porque anda por los setenta y tantos, y a ciertas edades, por desdicha lo sé, todo se vuelve patética espiritualidad. Si la carta que le mostró Hardenberg es de Blücher-Blücher no hay nada que temer, pues tras ella sólo hay corazón y *valseuses*, pero si ha salido de la mente del otro es para preocuparse, pues Gneisenau, añade Schwarzenberg, padece un cerebro del calibre del de Bonaparte cuando estaba en forma, y si amenaza con algo es porque lo tiene acuartelado y en primer tiempo de saludo.

—Ya veo. De todos modos insisto en que no sabría qué decirle, pero la letra era tan errática, y los argumentos tan mal hilados, que probablemente sea original de Blücher.

—En ese caso, disfrutemos de la fiesta. Por mucho que diga Hardenberg y por mucho que añada Blücher, el pueblo prusiano es tan lamentablemente disciplinado que jamás hará nada si no lo manda su rey, y Friedrich-Wilhelm, si está pensando en batallas, son de otra clase.

Los dos miraban, con sendas sonrisas, al centro del salón, donde la condesa y el monarca iniciaban otra polonesa. La expresión de la condesa transmitía preocupación por sus pies, pero la del König von Preußen recordaba tan en exceso la de un gorrino ansioso —indicaba con dulzura Talleyrand— que los riesgos de que Prusia declarase la guerra por una cuestión tan baladí como Sachsen eran nulos. Cuando menos, mientras su rey siguiera mirando así a la sugestiva Julie Zichy.

Dorothee había encadenado un vals y dos mazurkas con el otrora dueño de su alma, el guapísimo Adam Czartoryski, aunque sin apenas mirarle y sin cruzar palabra, lo que parecía confirmar, pensaba Talleyrand, que aquel lejano episodio de su vida estaba no ya olvidado, sino archivado. Tras las oportunas y mutuas reverencias, la sonriente condesa pasó a dejarse caer en los brazos del hierático Gentz, que por lo visto no sabía respirar sin una Von Biron en sus proximidades,

mientras el un punto acalorado príncipe polaco al servicio del Zar optaba por abarlotarse al *diable boiteux*.

—¿Será éste nuestro último gran baile, príncipe de Bénévant?

—Dios quiera que no, mi querido Adam. Sería lamentable que fuéramos incapaces de comprendernos los unos a los otros sin que Bonaparte nos ponga de acuerdo.

—Sería bueno que lo quisiera, sí. No se puede hacer idea de hasta qué punto nos hace falta.

—¿A quiénes?

—Pues a todos, claro está —tono extrañado; pese a ser un diplomático de raza, el príncipe Czartoryski nunca conseguía sentirse cómodo en la cercanía de Talleyrand, y no sólo por estar al tanto de que le había dejado sin una novia extraordinaria, sin querer acordarse de que seis años antes sólo era una escuálida jovencueta deplorablemente romántica—. ¿No lo ve así Su Alteza?

—No tengo las ideas excesivamente claras. Quizá podría usted ayudarme a que lo fueran. Por ejemplo: ¿en qué bando figuraría?

El príncipe polaco se lo quedó pensando. No le gustaba el cariz que tomaba la mundana conversación en la esquina del animado salón, aunque no por eso dejaba de sentir una regular fascinación.

—Le supongo al corriente de que mi nómina la paga el Zar.

—Lo estoy, cierto, pero ¿qué sucedería si antes de que se iniciaran esas hostilidades que con seguridad su jefe deploraría más que nadie, Austria, Inglaterra y Francia declararan al unísono que marchan a la guerra para salvaguardar la independencia de Polonia? Un hermoso aunque afligido país, bien lo sabe usted, que sólo bajo las banderas francesas consiguió recuperar su libertad y cuya defensa provocaría que tres naciones marcharan a la guerra contra las potencias que se la quieren repartir. Dígame, ¿cómo cree que se lo tomarían sus conciudadanos de Varszawa, de Krakow, de Katowice, y de todas las demás grandes ciudades, esas a las que tan poco tiempo les queda de ser polacas?

—¿Harían ustedes eso? —tono de aprensión; si Talleyrand lo dejaba caer con tan relajada displicencia, era porque deseaba que fuera él quien lo transmitiese al Zar, y bien sabía que los últimos tiempos no eran los mejores para llevarle malas noticias.

—Es una posibilidad con la que deberían ustedes contar, mi querido príncipe.

—De ser así, las consecuencias para la población, si se llegase a sublevar, serían calamitosas. ¿No les avergonzaría que con una declaración tan demagógica provocaran una carnicería?

—Las carnicerías requieren carniceros, y los del Zar estarían en Sachsen, apuntalando a Friedrich-Wilhelm. Si el Zar debiera devolver a Polonia los trescientos mil necesarios para masacrar diez millones de polacos, la suerte de Prusia quedaría

tan en el aire que hasta podría cambiar de bando, y no sería la primera vez que un ejército prusiano se vuelve contra sus aliados de la noche anterior —un cuadro muy realista, se decía el príncipe Adam rememorando el inquietante Pacto de Taurogen; ¿por qué razón el amoral aquel le habría elegido de mensajero?—. Si en esto que acabo de contarle su Majestad Imperial no encontrara suficiente motivo de preocupación, quizá le fuera útil recordar que 70.000 de sus mejores hombres son, ante todo, polacos. Me pregunto qué clase de fidelidad podrán esperar Wittgenstein, Langeron o Barclay de Tolly de tales tropas, sabiendo que, con seguridad, estarán más que al tanto de lo que habrá empezado a suceder en su país.

—¿Y cómo está Su Excelencia tan seguro de que se hallarán al corriente? ¿Infiltrarán ustedes agentes en sus filas para convencerlos de abandonar sus armas y desertar?

—Mi querido Adam, no piense tan mal de nosotros. Seríamos incapaces de infiltrar agentes para convencer a nadie de rendir sus armas y desertar. Volverlas contra sus mandos, los que ordenan asolar su país, se les ocurrirá sin necesidad de que nadie les inspire, no lo dude usted.

Talleyrand sonreía con beatitud episcopal. El mensaje había sido depositado y el palomo estaba listo para volar. Dios bendijese a Polonia, se decía. No había país mejor para producir benditos.

Madrid y Viena, viernes 3 de febrero

La Mala de Francia no era un lugar adecuado para sentirse bien. Si además debía cargarse con un saco que contenía lo poquito que uno poseía, se padecía una gran desconfianza en el futuro y se disfrutaba el dolor insoportable de un corazón hecho pedazos, resultaba comprensible que la búsqueda del coche 17, Aranda-Burgos-Vitoria, se hiciera dolorosa. El 17 no tenía mal aspecto, dentro del mal aspecto que presentaba casi todo en la desventurada España, pero eso no consolaba demasiado a un joven diplomático cuya vida llevaba dados tantos tumbos que la única de sus alegrías, al menos esa mañana, era estar en una pieza. Suspirando con disimulo, pues no quería exhibir su estado de ánimo, se acurrucó en la parte de banco que le correspondía. Su saco estaba sujeto en la trasera, donde ya se le unían los que aportaban los otros pasajeros. Con fundado pesimismo se preguntaba si con ellos no viajaría una joven belleza en compañía de un tía muy anciana y cuya única misión en este mundo sería dejarle su fortuna una vez reventase, pero no tardó en comprobar que tales cosas sólo sucedían en las noveluchas que devoraban las hermanas Cabal. Un carnicero de mediana edad, un sacerdote, un matrimonio de aspecto indefinido y un soldado recién licenciado que prefería no gastar su dinero en ropa, como si su raído uniforme le absolviese de sus miserias terrenales.



Teniente General Pablo Morillo, por Horace Vernet

Los cristales de las ventanillas se habían empañado, aunque nadie las entreabría; los paisajes del camino de Fuencarral, todo miseria y escombros, no merecían ser vistos. El joven diplomático se dijo que lo natural sería dormirse, pues aquella noche no había podido pegar ojo, pero el traqueteo del armatoste ya le hacía saber que para encontrar allí el consuelo de Morfeo haría falta ser un botijo. Entreabrió un ojo y limpió una fracción del cristal, para sentir un *déjà vu* al observar el vaho que un burro aterido dejaba escapar por el hocico. La escena le recordaba el cruce del Bidasoa, el de año y pico antes. Él era, por entonces, un capitán adscrito a la plana mayor de Morillo. Vivía bien, con un *status* privilegiado gracias a su dominio del inglés, que le servía para que su inusitado general^[67] no sólo entendiera los mensajes del Deputy Quartermaster-General^[68], sino para que sus respuestas y sugerencias tuvieran alguna esperanza de ser valoradas. Gracias a tan valioso bagaje su vida en la I División era bastante cómoda, pero nada más entrar en Francia pasó a tener mucho trabajo. La I

División era la más desabastecida del cuerpo español, al punto que no pocas veces el DQMG del duque de Ciudad Rodrigo, un coronel De Lancey con el que a menudo parlamentaba, les desviaba pertrechos de los adquiridos para las tropas inglesas a cuenta del dinero que, se suponía, un día u otro llegaría de la olvidadiza Junta Central. Aquello no constituía una gran generosidad por parte del inglés, ya que nadaba en oro. En alguna ocasión le vio pagar a los encantados campesinos de Lapurdi con guineas específicamente acuñadas para esa campaña, lo que según él no se hacía desde los tiempos de Agincourt. Unas medidas, explicaba, que había tomado el gobierno Liverpool para evitar conflictos con los indígenas, temeroso de que se alzaran contra el ejército inglés de la misma forma que sus iguales españoles lo hicieron contra el de Boney. De ahí venían las órdenes de Ciudad Rodrigo —Morillo, un hombre de muy baja extracción, era incapaz de pronunciar *Wellington*; los idiomas, y la cultura en general, no eran lo suyo^[69]—, prohibiendo que se molestase a la población civil, empezando por las saludables campesinas, las cuales rara vez dejaban de sonreír a los elegantes soldados ingleses —a los harapientos españoles ni les miraban—. El castigo era el mismo por levantar un cochinito que por violar cuarenta monjas: la horca. De ahí que, tras ver columpiarse un par de rufianes que tentaron demasiado a la suerte, nadie pusiera en duda lo peligroso de salirse de donde marcaba Narizotas. De lamentar, pues el que más y el que menos soñaba con las idílicas oportunidades que ofrecía la dulce Francia. De ahí también que acompañase al intendente a la compra de las escasas vituallas que la I División podía obtener en los pueblos que atravesaba, con lo cual aprendió a regatear en francés. Hasta entonces su dominio de aquel otro idioma sólo le servía para interrogar hábilmente —las palabras las ponía él; los culatazos en los huevos, los sargentos inquisidores— a los aterrados gabachos que de vez en cuando capturaban. Soñaba en desarrollar alguna forma de comercio con las rollizas maritornes que divisaban en su avance por las riberas de la Garonne, pero dado que bastaba una queja para despedirse del mundo en forma muy desagradable, acabó quedándose con las ganas.

La campaña de Francia no fue dura para los ingleses, ni para los alemanes, ni para los portugueses. Para los españoles, sí. Él no creía que fuera culpa del vesánico Ciudad Rodrigo, que les elegía para lanzar los peores ataques o cubrir las posiciones más expuestas. Sólo sucedió que sus generales disponían de sus tropas con total desprecio por sus vidas. De ahí la matanza de Toulouse: tres mil muertos, en su mayoría de las divisiones de Freire-Andrade. Morillo, pese a ser un cafre, cuidaba de su gente. Buena prueba de ello fue que al regreso aún eran más de cuatro quintos de los que vadearon el Bidasoa ocho meses antes, mientras que los de Freire-Andrade no llegaban a la mitad.

La guerra terminó para él a primeros de mayo. Desde ahí todo fue malvivir sin apenas dinero, con su sable, las dos mudas que le quedaban, dos camisas y dos

uniformes, uno tan en ruinas como su moral. Aun así la guerra, para él, no fue un episodio trágico. La paz sí podría serlo, pues aparte de sus idiomas no sabía nada ni poseía nada. Con frecuencia reflexionaba sobre lo injusto de la vida. Él, nacido en Trieste^[70] y educado en Dresden y Viena, se manejaba en español no tan bien como en alemán, en inglés, en francés y en *triestino*, un dialecto del veneciano; aun así le convenía ser español, pues a pesar de su sombrío porvenir más negro lo tendría si regresase a su casa. Él, a diferencia de no pocos mercenarios que deseaban seguir en España, tenía derecho a quedarse, pues su madre, Margarita Giorgieta de Miniussir, era catalana. Gracias a eso y al apoyo de su mejor valedor, el teniente general José de Zayas y Chacón, había conseguido ingresar en el cuerpo diplomático sin dejar de ser militar de carrera. En apariencia sonaba bien, pero ser capitán a media paga y consejero de cuarta categoría le supondría unos ingresos con los que tendría garantizado comer cada dos días. Lo cierto era, reflexionaba con alguna congoja, que su historial sólo decía que tras enviudar su madre del Edler^[71] Roque von Miniussir, secretario de la embajada en Dresden —a eso debía el haberse criado muy por encima de sus posibilidades patrimoniales, pero así era como vivían los hijos de los diplomáticos, estudiando en los mejores colegios y rodeados de la mejor sociedad—, había ingresado en la academia de oficiales con apenas once años, que a los quince ya era subteniente y que sin saber nada de la vida se vio formando parte del ejército del Herzherzog Karl en la campaña de Wagram. Tras aquel desastre Austria capituló, aceptando, entre otras calamidades, ceder a Francia el Adriatische Küstenland —conjunto de Iliria y de las posesiones austríacas en el Adriático—, lo que incluía no sólo Trieste, sino el puerto de Fiume, donde su compañía de cazadores ilíricos estaba de guarnición. A él, como a los demás oficiales oriundos de Iliria, no le quedaban más opciones que ingresar en el ejército francés o volverse un proscrito, pero sucedió que antes de llegar las fuerzas de ocupación lo hicieron el embajador español en Viena (Eusebio Bardají), el secretario de la embajada (Joaquín Campuzano) y la fragata *Paz*, cuya misión era llevarlos a Cádiz junto con algunos funcionarios que no querían ser súbditos del rey José y con los oficiales ilíricos que no quisieran ingresar en la Grande Armée, a los cuales se ofrecía licencia del Kaiser —no serían considerados desertores—, el ingreso en los Reales Ejércitos, unos haberes que tal y como estaban las cosas no parecían despreciables y, en particular, una prima de incorporación que Miniussir al momento entregó a su madre, pues ella y su hermano Jacobo no podrían ni plantearse dejar Trieste pese a lo difícil que se les pondría la vida, ya que los ahorros del difunto Roque de Miniussir, obstinado partidario de vivir al día —nunca se preocupó de meter la mano en la caja, como tan sensatamente se acostumbraba en su gremio—, no durarían mucho.

Llegó a Cádiz en mayo de 1810, para incorporarse como teniente a la compañía de cazadores de las Guardias Valonas. Ocupando ese puesto participó en el combate

de Chiclana del 5 de marzo de 1811, donde mostró un arrojo y una temeridad cuya causa, bravuras aparte, sólo podía ser la inconsciencia de sus recién cumplidos diecisiete. El mariscal Zayas, que le había observado en acción, le puso a sus órdenes, proponiéndole para posiciones de mayor responsabilidad pese a ser evidente que sólo era un crío medio imberbe, más alto de lo normal y, eso sí, bastante apuesto, lo que redondeaba con un acento exótico, mezcla de los cuatro idiomas que hablaba y del castellano que aprendía como podía, y que dado el ambiente cuartelero en que vivía no podía ser exquisito. La guerra le llevó a combatir en Albuera —tras lo que fue ascendido a capitán—, Badajoz —allí obtuvo plaza en el regimiento de tiradores de Doyle—, Salamanca —trasladado en comisión a la plana mayor del Brigadier Morillo—, Vitoria, Sorauren, Aribelza —donde sufrió su bautismo de sangre, del cual conservaba una cicatriz en la mejilla izquierda que no pocas señoritas encontraban irresistible— y Toulouse. Al término de la campaña podía envanecerse de ser un capitán joven, de haber sido citado en varias ocasiones y de haberle felicitado el mismísimo Wellington tras el día de Vitoria, donde tuvo la mala suerte de llegar tarde al saqueo. Un historial como para sentir alguna esperanza de reconocimiento, pero la realidad, ya lo presentía, era lúgubre. Arrumbado en una sórdida pensión de la calle Leganitos en expectativa de un destino que sin duda sería malo, pues había más oficiales que dinero para las pagas y además los buenos puestos eran para los españoles, no para los mercenarios reacios a largarse, rezaba para que sus angustiadas cartas al recién ascendido teniente general Zayas dieran fruto. Ya se planteaba regresar a Trieste cuando un suboficial le trajo una nota de Zayas, invitándole a cenar. Tras una larga sobremesa, el buen general criollo, que también había sido subteniente a los quince años y como Miniussir muy lejos de los suyos, decidió que la mejor salida para su joven protegido era la carrera diplomática. Sobre la marcha escribió a su amigo el cardenal arzobispo de Toledo Luis de Borbón y Vallabriga, que había sido presidente del consejo de regencia y que pese a deplorar las medidas que tomaba su sobrino el rey estaba en buena relación con él, pidiéndole su mejor recomendación para el joven Miniussir. Al tiempo él haría lo propio, en la idea de que si las dos cartas llegaban a palacio más o menos a la vez habría posibilidad de que no cayeran en saco roto. Tras eso nada más podía recetar al joven Miniussir, salvo paciencia, y también mudarse a una casa donde le dieran mejor de comer y le llevaran algo más limpio. Había un Antonio Cabal que gracias a él había llegado bastante alto en no recordaba qué asunto de aduanas; le debía no sólo su excelente situación, sino algún oscuro favor que mejor era no comentar, de modo que a la semana Miniussir se veía de invitado en el hogar de un Don Antonio que sin duda disfrutaba de magníficos ingresos, pues en su casa-palacio del paseo de Hortaleza no sólo no hacía frío, sino que se comía muy bien, lo que su juvenil estómago valoraba con alborozo. Seguía desesperado por la falta de noticias, pero un día, cercana ya la Navidad, recibió un

oficio del secretario de Estado y del Despacho, convocándole a palacio.

Cevallos le recibió de un modo tan afable que al minuto se sintió como en su casa. «Los diplomáticos somos así, joven», le dijo Don Pedro, «y los que no consiguen serlo es que no valen para esto», remachó acto seguido, con lo cual comenzó a preguntarse si, contra lo que pensaba, su talante no se habría vuelto excesivamente tosco. En cualquier caso ya estaba «dentro»; sólo faltaba la orden de marchar. Sabía que su destino sería la embajada en el aún por nacer Reino Unido de los Países Bajos y que su jefe sería un viejo conocido, el general Álava. «Viejo conocido» no en sentido literal, pues jamás cruzaron palabra, pero le había visto alguna vez, con Don Pablo. No tenía mala fama, y hasta se comentaba su buen detalle de no abandonar al truhán que le hacía de criado y que siempre marchaba tras él con dos pistolas atravesadas en el cinturón y un trabuco en bandolera. Dado que habría de tener un jefe —siempre se padece uno, dejó caer Cevallos—, era preferible que fuese un general herido repetidas veces y no un marqués cualquiera de los que habían pasado la guerra en un dorado exilio. Habría preferido iniciar su carrera en alguna de las embajadas principales, y sobre todo en la de Viena, donde contaba con amigos que ya serían importantes y donde se cocía la sopa en que abrevaría Europa las siguientes generaciones, o eso dijo después al director del Servicio Exterior mientras le daba un sobre con sus papeles de viaje y una bolsa muy flaca con unos pocos reales y todavía menos francos, para escuchar que los buenos puestos estaban copados por los funcionarios más antiguos, así que mejor se resignase y aceptara que aún habría podido ser peor.

Las semanas que aún permaneció en casa de Don Antonio, a la espera de ser llamado por el director del Servicio Exterior, las entretuvo estudiando unos abstrusos textos sobre relaciones internacionales que le hizo llegar Don Pedro, si bien el grueso de sus energías se le fueron en enamorarse hasta la desesperación de la hija segunda de Don Antonio, la señorita María Teresa Cabal y Arteché. A eso se debía el pésimo estado de su corazón, aceptaba meneando la cabeza con profundo desánimo. Si hubiera sido un amor imposible, tragedia que no era inhabitual en su vida, el sufrimiento habría sido menor, pero lo terrible fue que la bella Maite le correspondió. Una reciprocidad explicable, opinaba una de las doncellas de la casa, que también le ponía ojitos y que amén de bastante bruta era nativa de Plasencia, por lo cual padecía una lamentable predisposición a la sinceridad extrema.

«Usted es alto, guapo, sabe hablar, sabe bailar, sabe hacer reír, es un oficial y casi un embajador. Que a la señorita Maite se le haga el culo agua de limón cuando usted la mira es de lo más natural, pero no tiene un real, y tardará usted en tener bastantes para que aquí, en esta puta casa, le miren bien».

Habría debido hacer caso a la cariñosa Manolita —la necesidad de ser discreta le hacía expresarse en tono bajo y acercándose mucho a su oído, lo que sin duda

explicaba que acercase más cosas—, pero los corazones sangrantes necesitan estrellarse, así que dos días antes de marchar se armó de valor y tras una cena menos animada que de costumbre pidió a Don Antonio le concediera unos minutos. Éste lo debía ver venir, ya que ni pestañeó al escuchar la descabellada pretensión: que le concediera la mano de Maite, que les otorgara su bendición y que tras una boda por poderes, pues el peticionario tendría difícil regresar a Madrid en un plazo predecible, la facturase a Bruselas. El buen hombre, tras oír la enamorada deposición, comenzó a desgranar unas ideas que debía tener meditadas. Ni siquiera preguntó si su hija estaba en favor de aquella barbaridad; aún menos si tan ardiente pasión era correspondida; le debía constar que sí, pues María Teresa era la segunda de cuatro hermanas, la clase de comunidad en que si una de las integrantes pierde la cabeza es inevitable que las otras lo hagan saber. La posición de Don Antonio era muy civilizada: sentía por el declarante la mayor simpatía y no dudaba que su porvenir era inmejorable, pero Maite acababa de cumplir dieciséis y él sólo tenía veintiuno. Unas edades en que los corazones acostumbran estafar a las cabezas. De ahí que sugiriese al esforzado enamorado que marchase a Bruselas con su mejor ánimo y sus ilusiones intactas, que se abriese camino y que regresara cuando se sintiera un diplomático de provecho, que allí siempre sería bien recibido, y de nuevo se lo planteara, en esa misma sala y tomando el mismo brandy jerezano. Una postura muy razonable, comentó Manolita cuando pudo confesarse con ella, pero aun así su alma sollozaba. Un suplicio incrementado por una maniobra de la prudente madre: a partir de aquel momento le fue imposible verse con Maite a solas. Ni un segundo. Una Maite, por cierto, que no le parecía particularmente atribulada. Igual su desaforada pasión, ahora que lo pensaba, no era tan correspondida. Quizá la bondadosa extremeña tuviera razón en lo último que le dijo:

«No le dé máh vueltas, señorito. Se l'an meao en el bicornio, y eso es tó, que no hay más, se lo digo yo. Despreocúpese, olvídela y piense ná más en lo que habrá en Bruselas —ahí aprovechó para llevarse a su pecho, dimensionado para criar a mucha gente, una de las manos del inconsolable joven, que al momento, la naturaleza es así, empezó a consolarse—: ¡miles y miles de chochitos empapados y peludos, loquitos de pensar que ya s'acerca usted!».

Lo que sucedió a continuación, pese a ser breve, y atropellado, y fuera de todo control, merecía ser evocado, y se dedicó a evocarlo. La buena de Manolita, qué gran corazón demostró tener.

Un punto más entonado volvió a mirar por la ventanilla. Quizá se había dormido, porque los montes que divisaba no demasiado lejos eran la sierra de la Cabrera. La primera posta debía ser inminente. De ahí que su estómago carraspease. La vida sigue, se dijo a título de telón, despedida y cierre. Dios quisiera que Bruselas rebosara de aquello que tan gráficamente describiera la buena de Manolita. Dados sus veintiún

muy saludables años, le hacía verdadera falta.

La vida vienesa se veía sacudida por la llegada del último gran participante. Sólo llevaba dos días en la ciudad, pero su presencia se hacía sentir no sólo en las legaciones diplomáticas, en la cancillería y en el Hofburg. La noche anterior ya se dejó ver en el *redoute* organizado en la Kleiner Redoutensaal por el preocupado Kaiser —los fondos de festejos estaban a punto de consumirse, sin que se viera el final de la pesadilla—; su propósito era señalar que los carnavales de 1815 quedaban inaugurados; en realidad comenzaron el martes anterior, pero eso al Kaiser le daba igual: en su imperio nada comenzaba mientras no lo dijera él, o eso afirmaban sus ministros arteros. Wellington se presentó escoltado por una hija de Lord Cathcart y la sobrina de Lord Stewart, para general admiración. Pese a la recomendación de un Castlereagh sólo interesado en trabajar, la noche siguiente no declinó la cena en su honor que daba la reina del congreso, Wilhelmine von Sagan, la cual, deseosa de mostrar quién era la más bella, rica e influyente, había tirado la casa por la ventana. Ocupaba el centro de una mesa larguísima donde tomaban asiento sesenta comensales. Frente a ella, un Duke of Wellington al que conoció siete meses antes, en Londres, cuando vagaba por Inglaterra con un enamorado Metternich. Un Wellington que se presentó impecablemente vestido de *feldmarschall*; un detalle sutil, se decía un Talleyrand atento a los detalles; la diplomacia británica, en Viena, solía mostrarse contemporizadora, paciente y sosegada, lo que se correspondía con el talante natural de Castlereagh; quizá Wellington quería poner de manifiesto que los tiempos de las buenas palabras habían terminado, y por si fuera preciso tirar por el sendero de la guerra él ya venía uniformado. Por lo demás se mostraba tan amable como no esperaban los que no le conocían. Su fama de adusto le precedía, pero Talleyrand bien sabía que cuando quería era tan capaz como los mejores de resultar amable y seductor.



Ekaterina Pavlovna, Gran Duquesa de Rusia

A la duquesa la flanqueaban el Kaiser y el Zar. Más allá de aquél, la gran duquesa Ekatherina Pavlovna —hermana del Zar—, el Fürst Hardenberg, la princesa Von Auersberg y el conde Nesselrode; de ahí hasta el extremo los comensales eran de menor entidad, un revoltijo de duques y marquesas, príncipes y condesas, mezclados al tresbolillo. Más allá del Zar se desplegaban Augusta de Beauharnais, el Fürst Metternich, la duquesa D’Acerenza y el Kronprinz Ludwig von Bayern. A babor de Wellington y frente al Kaiser, la condesa Julie Zichy; más allá, el príncipe de Talleyrand, la princesa Sterházy y el príncipe Eugène de Beauharnais. De la otra banda, la condesa de Périgord, el König Friedrich-Wilhelm, la otra Zichy, el Fürst Schwarzenberg, la princesa Hohenzollern-Hechingen y el cardenal Consalvi. Dado el poco tiempo que tuvo la duquesa para preparar el evento, y dada la infinidad de agendas que los asistentes debieron traicionar, era un completo éxito. Sólo dos ausencias se hacían notar; una, la de Castlereagh, excusado por el propio Wellington,

pues tenía muchos asuntos que liquidar antes de marchar; otra, la de su vecina de palacio, la recalcitrante princesa de Bagration, que mantenía la política de no asistir a festejo alguno si debía coincidir con la Zahánská. El éxito, aun así, no era completo, como no dejaba de advertir el divertido Talleyrand. Pese a que la proporción fuera la común, una dama por caballero, la duquesa se vio en dificultades para reclutar bellezas en cuantía suficiente, lo que no era una sorpresa, pues si bien un caballero queda listo para el combate con minutos de preaviso, una dama necesita más tiempo, así como saber qué se pondrían las demás. De ahí que las Von Biron estuvieran tan bien situadas. Cubrían los huecos de tres ilustres ausentes, la zarina Elizabeth, la emperatriz Maria-Ludovika y la princesa Theresia von Bayern, pero aun así flotaban sobre las críticas. Se sabían más hermosas, y más divertidas, que cualquier nobilísima dama capaz de pensar de sí misma que merecía mayor proximidad al formidable Wellington.

La cena se desarrollaba con acuerdo a lo que a fin de cuentas era: un acto social donde no se deberían celebrar escaramuzas. Las fuerzas en presencia, siquiera las masculinas, bien sabían cómo estaba la situación y por dónde marchaban los acontecimientos, de modo que aquel no era lugar ni momento para proseguir lo que tan duramente se peleaba en las legaciones, en la cancillería y en el Hofburg, aunque algún chispazo iluminaba de vez en cuando la irreprochable atmósfera en que abrevaban y engullían. Friedrich-Wilhelm, por ejemplo, apenas comía. Su expresión era la de uno al que han anunciado no ya que su madre acaba de morir, sino que no le ha dejado nada. Talleyrand sabía la razón: el rey prusiano se había visto aquella mañana con Castlereagh, quien no se hizo acompañar por Wellington. De la sesión, definida por Castlereagh como la más tensa de las que había padecido en Viena —se pasó por Kaunitz para explicársela, de regreso a la Minoritenplatz—, los dos extraían la conclusión de que aquel pobre diablo, presionado hasta el estrujamiento, se hallaba cerca de una crisis nerviosa. Ya sólo se obstinaba en conservar Leipzig, tras dar por perdidas Dresden y el sur de Sajonia; su firmeza no parecía fruto de su voluntad, sino del sudor que le asaltaba de pensar en mandar a sus generales abandonar una ciudad que les había costado treinta mil bajas.



Conde Nesselrode, Rusia

Otro que tenía mal aspecto era Metternich, aunque Talleyrand sospechaba que no por problemas diplomáticos. Verse con su ex amor le debía pesar en el ánimo. La duquesa, compasiva, sentándole del mismo lado de la mesa le libraba de la tortura de verla, si bien era imposible que no le llegara su potente voz —habría podido ganarse la vida conduciendo carretas por la Kurische Nehrung—, y más al registrarse una cierta elevación en el tono de las conversaciones, causada por el incremento de la temperatura interior de los comensales, tanto por la calidad de los alimentos —la cosecha entera de Beluga *malosol* de 1815— como por los efectos vigorizantes de innumerables frascas de grandes vinos franceses. Un ejemplo ilustrativo de la gran alegría determinada por lo último corría por cuenta del Fürst Schwarzenberg, cuya estentórea voz, diseñada para imponerse a los coros de cañones, explicaba la suerte

que correrían los ejércitos prusianos si entraran en guerra contra las huestes austríacas. Una indiscreción lamentable, y más porque sólo le separaba de Friedrich-Wilhelm la encogida Sophie Zichy. Pese a no ser malo que Friedrich-Wilhelm comprobara por sí mismo cómo estaban los ánimos, aquello era demasiado, de modo que Eugène de Beauharnais comenzó a disertar, en buen tono, sobre las excelencias arquitectónicas de los últimos edificios de Berlín, manifestando su admiración por Schinkel y pidiendo a Friedrich-Wilhelm le sugiriese darse una vuelta por München. Talleyrand, que sabía cuánto se agradecen las acciones de salvamento, le respaldó enunciando las ventajas del estilo neoclásico sobre la corriente romántica, ya que, cuestiones estéticas aparte, necesitaban menos fregonas, y tras una saludable salva de risas todo el mundo se puso a charlar sobre casas y palacios. Segundos después le llegaba una mirada de reconocimiento real. El pobre Friedrich-Wilhelm no sólo se debatía en un marasmo de tensiones político-diplomáticas; debía llevar minutos advirtiéndole que la bella Julie había puesto sitio a un Wellington que lo pasaba de maravilla. Se apreciaba en un fenómeno inusitado, pero que su sobrina recordaba: His Grace no reía como un humano. Sus carcajadas recordaban más el relincho de un caballo borracho. Qué cosa tan extraordinaria, se decía Talleyrand. Cómo un hombre tan venerado podía conseguir que su imagen quedara destrozada por una debilidad semejante. Igual Wellington no era tan prodigioso como su leyenda establecía. Igual sólo era, como tantos otros, un imbécil hiperpromocionado.

También era verdad que Wellington, cuando no reía, resultaba perfectamente respetable. Lo demostró aquella mañana, cuando sin previo aviso recibió la visita de Alexander. Se conocían desde la desafortunada visita del Zar a la corte británica, en junio haría un año. El sentido de la etiqueta del Zar y de su hermana Ekaterina tenía poco que ver con el inglés, de modo que aquellos penosos días fueron una sucesión de meteduras de pata, conflictos protocolarios y pavorosos desencuentros. El Zar, que llegó a Londres encaramado en la más elevada cresta de popularidad, acabó marchándose abuchado, de tan pésimos que llegaron a considerarse su educación y sus modales. No se cayó bien con político ni diplomático alguno, salvo Wellington. La simpatía entre los dos, que por el lado inglés fue simplemente profesional, se vio extendida por las semanas y los meses en forma epistolar, por lo que aquella visita matinal, tan de amigo que viene a saludar a otro amigo, no tenía por qué despertar suspicacias. Sin embargo, algo había tras las relajadas saluciones. Dado que Wellington venía de París, Alexander le preguntó, con aparente inocencia, qué tal estaba la situación. Debía buscar confirmación de lo que su embajador, Butyagin, le transmitiría en sus informes, que París era un polvorín y que Louis haría bien aferrándose a su trono, a dos manos de ser posible, pero Wellington le describió una imagen diferente. Según sus palabras, el gobierno de Blacas era fuerte, la situación cívica no podía ser más idílica y el ejército estaba en la misma buena forma que

cuando lo dejó Bonaparte. Una mentira descarada, pensó Talleyrand cuando Kapodistrias relataba la escena, pero ilustrativa sobre la nueva forma de pensar de His Grace: nada de honestidad militar y respeto a la verdad. Se había vuelto tan embustero como debe ser un diplomático que respete su profesión; quizás iba descubriendo, como le pasó a él a medida que se degradaba de sacerdote a obispo, que la verdad es un concepto relativo. La Grande Armée, continuó explicando al cejijunto Zar, seguía siendo un arma formidable, y aunque Bonaparte ya no estuviese al mando le quedaba una docena de mariscales capaces de conducir cualquier campaña, en la propia Francia o donde fuera necesario. Eso lo dijo, además, con la seca seriedad del militar profesional, lo que pareció afectar al sorprendido Alexander aún más que lo anterior, quizá porque llevaba demasiado tiempo sin hablar con verdaderos guerreros.



Wilhelmine-Katherine, Herzogin von Sagan, por Johann Ender(para la policía del

Ojalá que la situación en Francia fuese así de idílica, se decía el príncipe de la diplomacia sin perder la impassibilidad. Las cartas que le dirigían Fouché y otros menos puestos en los detalles, aunque igual de bien informados, corroboraban más los informes del ruso que los embustes del inglés. Fouché hablaba de conatos de motín en Lyon y en Grenoble, así como de calma chicha en París, la misma que precedió al Terror. Dios quisiera que se alcanzara un acuerdo antes de que aquello reventase y él se quedara sin cartas para jugar. Si llegase a Viena la noticia de un alzamiento, si no del inicio de una guerra civil, nada podría impedir que Friedrich-Wilhelm se lanzase sobre Alsace y Lorraine, al tiempo que Alexander engulliría Polonia de un solo bocado. Metternich, viéndose solo, no movería un dedo, y los ingleses, atrincherados en Amberes, tampoco podrían hacer mucho. Europa, una vez más, devendría inestable. La guerra, que durante un cuarto de siglo había destrozado el continente, comenzaría de nuevo, pero esta vez sería ya el primer día lo que tanto tardó, años atrás, en llegar a ser: millones de hombres combatiendo sobre tierra calcinada. La consecuencia sería la devastación general. Europa dejaría de ser un paraíso y se transformaría en un lugar excelente para irse a Estados Unidos. Él ya lo hizo una vez y le salió bien. No pasaría nada por volver a lo mismo. Nunca se es demasiado viejo para emigrar, sobre todo si se hace con los bolsillos rebosantes, suspiraba para sí al tiempo de evaluar las miradas que Katerina Zahánská se cruzaba con Wellington. No le sorprendería que aquella noche His Grace no retornase a la mansión de Sir Charles Stewart, donde se hospedaba. Haría bien, si así fuese. No todo para un guerrero debe ser la guerra. Siempre hay que dejar sitio al amor, sobre todo si quien lo brinda es una diosa. Kleopatra von Kurland, decía el cretino de Altenstiegl. No, de Cléopâtra, nada. Mina de Sagan sería, en todo caso, la Circe de Courlande.



Lord Charles Stewart (aka Pumpernickel), Inglaterra, por Sir Thomas Lawrence

Viena y Bruselas, miércoles 8 de febrero

Miércoles de Ceniza. Un día importante para los católicos. Entre delegados y plenipotenciarios había unos cuantos, pero salvo Palmella y Labrador ninguno era tan devoto como para saltarse una reunión plenaria, y más siendo la primera con Wellington, aunque de simple oyente hasta que Castlereagh desapareciese. Además de los ingleses formaban Talleyrand, Dalberg, Razumovsky, Kapodistrias, Hardenberg, Humboltz, Metternich, Wessenberg y Gentz. Castlereagh, aprovechando las ausencias, consiguió sin esfuerzo que todos aceptaran que la trata y el tráfico de seres humanos esclavizados por la fuerza eran actividades repugnantes e inmorales, siendo su intención erradicarlas y su compromiso llegar hasta el final en su persecución, con la más firme perseverancia. Sabía que tal declaración era un puro *bells & whistles*,^[72] una salva de grandilocuencia sin efecto práctico alguno, y que torcer el brazo a los españoles y a los portugueses requeriría instrumentos de convicción algo más duros, aunque de momento era suficiente para salvar la cara frente a su gobierno.

Tras la discusión de aquel punto Gentz tomó la palabra para informar de los avances en los contenciosos principales, los que mantenían el Congreso paralizado. En tono plano y cuidadosamente neutro, explicó que, según se le comunicaba desde las diferentes legaciones, Prusia estaba cerca de dar por bueno un acuerdo propuesto por Austria, Inglaterra, Francia y Rusia, en virtud del cual entraría en posesión de dos quintas partes de la superficie de Sajonia. Esos territorios no contendrían ni Leipzig ni Dresden, de donde Prusia retiraría sus guarniciones una vez se formalizara. En ese punto, sin llegar al aplauso, casi todos los presentes —los prusianos permanecían impasibles— compusieron una expresión de alivio y satisfacción. Sabían que a ese compromiso habían llegado Hardenberg y Castlereagh la noche anterior, y que sólo estaba pendiente de que lo refrendara Friedrich-Wilhelm, lo que nadie dudaba que haría, le gustase o no y por mucho que se pudieran irritar sus generales. El fantasma de una nueva guerra continental parecía desvanecerse, siquiera de momento.

Castlereagh resplandecía. Era su éxito, si no su gloria. Wellington participó, cierto, aunque como espantajo, en el desairado papel de «como no lleguéis a un acuerdo con éste, conmigo lo vais a tener fatal»; lo hizo bien —se vio por separado con Hardenberg, Friedrich-Wilhelm y Alexander, transmitiéndoles lo mismo: si Prusia quería guerra, la tendría, y si Rusia quería empréstitos, que diese por bueno lo que se le ofrecía sobre Polonia—, pero el mérito era suyo. El primero en reconocerlo debería ser Liverpool, cuya angustiada contestación a la última de sus cartas le había causado un placer incompañable, por sórdido, pero de los que dejan el mejor de los cuerpos.

—Ahora sólo queda Friedrich-Wilhelm —le susurraba Talleyrand al salir.

—El Zar ya se habrá reunido con él; salvo que le haya dado alguna de sus locuras, a la noche tendremos confirmación, o en todo caso en el festejo de mañana —el baile que daba la Zahánská con motivo de su cumpleaños—. En dos días firmaremos, querido príncipe. Ya verá Su Alteza que así será.

Talleyrand agradecía que de vez en cuando no hubiera una cena, un baile o una recepción. Más aún, tras haber dedicado largo rato a una carta que a esas horas estaría camino de París, de modo que Louis, y Blacas, la leyeran la mañana del lunes. En ella daba cuenta de los acontecimientos del día, que sin ser muchos eran importantes. Se había resignado a que aquella fuera una velada en soledad, pues suponía que Dorothée saldría esa noche como salía casi todas, aunque se abstuvo de mostrar alegría cuando le dijo que prefería quedarse con él a cambio de que la pusiese al día. Tras eso añadió, con sencillez, que le acababa de bajar la regla y no tenía ganas de nada, salvo de sentarse frente a él, cada uno en un sofá, y escuchar. Era inusitado que una princesa-condesa explicase tales cosas a un tío suyo, aunque Talleyrand supo decirse que si algún día todas las mujeres manifestaran la misma naturalidad en relación a «esas cosas», el mundo sería un lugar más agradable, y más pacífico.

—Ha sido lo que me oíste profetizar hace meses. Friedrich-Wilhelm consigue menos de lo que habría sacado de haber venido con un talante más abierto, aunque aun así debería estar contento, pues se hace con dos quintos de Sajonia. Tu lejano tío Friedrich-August conserva Leipzig, Dresden y dos tercios de sus almas, lo que no está mal, pues ha estado cerca de perderlas todas. Friedrich-Wilhelm se queda también con Posen, Dantzig, Pommern, la isla Rügen, Westfalen y Rheinland. En cuanto a las diversas pequeñeces, Hannover se queda con Ostfriesland, lo que hace feliz a Castlereagh, ya que deja en las manos de su BCF la desembocadura del Ems, y de paso quedan definidas las fronteras del VKN, de modo que ya podremos entregar al burro de Willem su corona y su reino, a ver cuánto le duran. Por último, y en un regateo final que nos ha pillado tan cansados que si hemos dicho que sí ha sido por hastío, Prusia se quedará con Nassau tras desgajarlo del VKN, aunque a cambio cederá Luxemburgo, siempre y cuando Willem acepte que durante unos cuantos años siga ocupado por tropas prusianas. Ya ves, querida: más o menos, como en un zoco moruno.

Cuánto le gustaría, suspiraba Dorothée para sí, vivir aquellas negociaciones en persona y no a través de nadie, incluso de aquel formidable maestro de los cambalaches. Qué penoso era saberse tan capaz como cualquiera de aquellos rijosos carcamales y verse condenada, por razones de género, a no ser más que un cacharro auxiliar. Un adorno en los bailes y en las cenas, un consuelo para los fatigados guerreros de la palabra y, todo lo más, un estímulo para los que tras haber conquistado incontables territorios sin más arma que su verborrea no podían dormir

sin llevarse a sus camas alguna princesa o alguna duquesa, cuanto más vistosa y disputada, mejor. Definitivamente, ser mujer era un asco. Más aún, con aquella regla del demonio. Su estado perfecto era la gravidez. En ninguno de sus embarazos había sentido molestias, los partos no fueron mucho más que un par de apretones y de los tres se recuperó en menos de un mes. Así seguía su figura, no ya menos esquelética que cuando se casó, sino del pleno gusto de un barón Gérard que se moría por retratarla desnuda, seguro de que una vez la despojara de su ropa no encontraría nada inferior a la Mademoiselle Lange que tan espléndidamente pintara Girodet-Trioson quince años antes. Se lo había pensado, porque posar en cueros no era cosa que le repugnase; no sólo eso: le apetecía, por no decir que la excitaba, pero aquello quedó en nada cuando salió para Viena. Mientras su vientre siguiera igual de plano, sus pechos tan en su sitio y su trasero tan alto y tan duro, ¿por qué no? Se ruborizó levemente al pensar en la cara que pondría Karl-Joseph si la viera posar. Debería pensar en ello. Parecía ofrecer un sinfín de posibilidades, y cada día que pasaba estaba más y más a favor de no renunciar a ninguna.

—¿Y ahora que pasará? ¿Se acaba ya el congreso?

—No, qué va. Queda mucho. El asunto de Nápoles, el lío de la Dieta que pretenden formar los alemanes, la maquiavelada que se quiere sacar de la manga el Zar con el asunto de Polonia, y mil tonterías más. Padeceremos bailes y cenas hasta muy entrada la primavera, ya lo verás.

La condesa se lo quedó pensando. Le gustaba vivir en Viena. Sentía un leve malestar cuando pensaba en lo abandonados que andaban sus hijos, pero no le costaba sacudirse tan molestos nubarrones. Como bien le hizo aprender su madre, los niños pequeños existían para ser mantenidos a distancia. Una vez crecidos, cuando ya fuera seguro que sobrevivían, se podía empezar a quererles, aunque sin exagerar. Quizá por eso ella y su madre se llevaban tan bien. Tenía razón su escéptico tío: no hay madre más estupenda que la que sólo se soporta unos pocos días al año.

Álava llevaba dos días en Bruselas. Apenas había salido de la que algún día sería su embajada. La pareja que lo cuidaba no era un modelo de simpatía, si bien eran dispuestos y obedientes. La mujer, además, sabía coser, de modo que, tras vencer algunas dudas, le confió las piezas de tela que se había traído de París. Los colchones no estaban mal, pero si quería dormir en sábanas nuevas debería procurárselas él. Y no sólo las sábanas. También las cortinas y las toallas, y los manteles y, en general, cualquier cosa que pudiera encajar en el concepto «*ajuar*», tanto para él como para el ignoto Miniussir que cualquier día entraría por la puerta. Costaría esfuerzo, pero en unos días aquel caserón podría empezar a llamarse Residencia del Ministro Español sin que sintiera excesiva vergüenza.

A la noche pensaba salir. En las anteriores no tuvo ganas de nada que no fuera una

cena sencilla, un poco de vino, un libro y dejarse llevar por el sueño, pero aquella mañana se había levantado con la satisfacción de saberse al fin en casa. El día era magnífico, de modo que, tras un largo paseo y una buena siesta, se sentía en la mejor de las formas para empezar su trabajo, pues cenar con el Prins Willem, por placentero que pudiera ser, era su trabajo. Willem era un chico simpático, superficial y absolutamente britanizado, aunque sólo en la vertiente frívola del término. Para la «familia», el selecto grupo de aristocráticos ADC del que se rodeaba Wellington, era *Slender Billy*, y también *Joven Sapo*, en contraposición al Stadhouders Willem, su padre, de siempre *Viejo Sapo*.^[73] La mejor propiedad del Prins van Oranje-Nassau, que cuando su padre recibiera la corona sería Prins van Oranje a secas, era su capacidad de abrir puertas. Álava no creía que fuese a disfrutar en exceso de su compañía, pues los veinte años que le llevaba separaban demasiado sus gustos y sus aficiones, pero aquel era su buey, el único que poseía en aquella tierra extraña, y con él tendría que arar.

La cocina del príncipe no destacaba por nada, pero al general le daba igual. Valoraba más la cordialidad. Saldrían al cabo de media hora para padecer el baile de la noche, que según decía el indolente príncipe lo daba la vizcondesa Hawarden. En el entretanto hablaban de su común amigo, antiguo jefe y gran valedor, el duque de Wellington. El príncipe sentía por él más admiración que por su propio padre. Casi todo lo que sabía de la vida se lo había enseñado él, o al menos fue a su sombra donde lo aprendió. No le preocupaba el futuro, ni pensaba que los primeros años del VKN fueran a ser tempestuosos. La situación era tranquila, todo el mundo estaba en paz, el dinero circulaba y la perspectiva de padecer un soberano neerlandés a nadie le preocupaba, ya que los valones y los flamencos llevaban sometidos a monarcas lejanos desde que llegaron los vándalos, o los godos, o quienes diablos fueran. La ventaja de la nueva situación sería que Amsterdam, donde viviría su padre, quedaba más cerca que París, Viena o Madrid, y además estaba el no pequeño detalle de que buena parte del gobierno residiría en Bruselas, con él a la cabeza y no en calidad de virrey, según gruñía la desorganizada oposición, sino de príncipe de la Corona y comandante supremo de los ejércitos.

—¿La gente de Graham estará también a tus órdenes?

—Formalmente sí, pero no me hago ilusiones. Los ingleses pretenden que haya calma y paz, y que Amberes permanezca tan ordenada y disciplinada como Plymouth. Con el tiempo acabarán por largarse, cuando Bonaparte sólo sea un mal recuerdo y este país funcione lo bastante bien como para que ya se puedan fiar, aunque no será mañana. Espero vivir lo bastante para verlo con mis propios ojos, pero dejemos ya estas cosas tan serias. ¿Qué te va pareciendo Bruselas?

—No puedo decir mucho. Salvo a ti, aún no conozco a nadie. Mi casa está bien y todo parece agradable, pero no sé más. Por cierto, ¿a qué se debe que mi calle se llame de l'Empereur? ¿Es por Boney?

—No, qué va. Por ninguno en particular. Por aquí han pasado incontables emperadores, lo que hace que la gente sea pragmática. Ese nombre vale para todos, incluso para Bonaparte si resucitara. Cambiando de tema, ¿te han hablado de los Richmond? Me refiero a His Grace the fourth Duke y su enorme familia. ¿Recuerdas al joven March? Si, el crío que Wellington se llevaba con él a todas partes hasta que le pegaron un tiro, en Orthez; es asombroso que aún no se haya muerto, porque lleva la bala encajada en el costillar. Su papá y Wellington son grandes amigos. Tu obligación es conocerle, de modo que nos dejaremos ver donde la Hawarden y después arrumbaremos a su caserón. El duque tuvo una juventud brillante, de lo más alegre, tanto que hasta se batió en duelo cantidad de veces, una de ellas contra el mismísimo Duke of York. Ahora ronda los cincuenta y de lo guapísimo que fue no queda nada. Gordo de hartarse y no moverse, calvo, dipsómano, gotoso y dispéptico. Del último cargo que tuvo, gobernador de Irlanda, salió mal parado, pese a las muchas manos que Wellington tuvo a bien echarle. A resultas padece problemas a cuál más grave, gracias a los cuales exhibe un aire melancólico que a nadie le gusta nada. Su cuita principal es que anda en la ruina. Con catorce hijos, y salvo March^[74] ninguno independizado, si se ha venido con la tribu no es porque le vaya bien el clima, sino porque con las pocas rentas que le quedan aún puede vivir bien, sin que la bruja de la duquesa le llame calzonazos cada cinco minutos. Es su segunda tribulación. Charlotte, que así se llama el virago, es una dama terrible: arrogante, despótica, dominante, caprichosa, esnob, escocesa y tan implacable como despiadada en su afán de cazar maridos de riñón cubierto para sus siete desdichadas hijas. Si puedo describirla con tan gran precisión es porque March está empeñado en que los visite. Lady Charlotte pretende colocarme una de sus niñas, y lo hace de la forma en que una pescadera de Wapping te cogería la mano para meterla en el barril de las pescadillas. Las chicas no están mal, vaya eso por delante. No son los engendros que algunos murmuran, y alguna incluso es lista, y hasta divertida, pero de ahí a que abjure de mi soltería falta muchísimo. La miseria y la duquesa, ya lo ves, son los infortunios mayores del pobre Richmond, aunque no los únicos. Otro muy malo es que no consigue trabajo. Cosas del regente, que se la tiene jurada por las tonterías que hizo en Irlanda; colgó demasiados católicos, según creo; bastantes más de lo que se consideraría una cifra razonable. Liverpool tampoco le quiere mucho. Si lo pones todo junto, pues ya lo tienes: nada podría explicar mejor que se pase los días borracho como una cuba. Con decoro, eso sí. No se tambalea, pero le cuesta horrores poner un pie detrás del otro. De ahí que rara vez se levante del sofá.

El príncipe no estaba bien dotado para la conversación ingeniosa, pese a su

exquisito acento de Oxford, pero Álava sí lo estaba para perdonar a todo aquel con quien conviniera estar a bien.

—Llevan aquí desde agosto. Demasiado tarde para encontrar una buena casa en una buena zona y a un buen precio. Los Capel, que sólo tienen diez hijos, vinieron en junio. Se arriesgaron bastante, porque las cosas en Bruselas andaban lejos de aclararse, pero consiguieron una choza magnífica, frente al parque. Cuando vinieron los Richmond, o los Lennox, como también les gusta que se les llame, los grandes chollos ya estaban liquidados. Se tuvieron que conformar con el caserón de un carretero de la Rue de la Blanchisserie, tras la puerta de Anvers. Lejísimos de todas partes. La casa es grande y posee una caballeriza inmensa, tanto que la duquesa la está convirtiendo en un segundo salón, pero no deja de ser un edificio feote y ruinoso, y además está en un barrio nada distinguido. En Bruselas, te lo digo por si aún no te orientas, moverse por fuera de las bayonetas, las de Graham o las mías, es arriesgado, y ni las unas ni las otras son fáciles de ver más allá de la Place Saint Michel.

—¿También los tratas mucho? A esos Capel, digo.

—Es inevitable. Allá donde haya un baile, allá que te das con unas cuantas señoritas Lennox que acompañan a otras tantas señoritas Capel. Superado el trauma, viene lo ventajoso: ser soltero, no desmesuradamente feo y con algún dinero está bien visto. Por cierto, tú te casaste, ¿no? —el embajador, sonriente, asintió; le divertía la forma en que aquel príncipe desenfadado se hacía el olvidadizo, pues debería recordar haber firmado, él también, la ensaladera que presidía la fabulosa vajilla que le regalaron los oficiales de Wellington con motivo de su boda—. Eso te coloca fuera del mercado matrimonial, aunque seguro que caerás en el de las alcahueterías, el de las honorables damas que para colocar a sus retoñas necesitan un *go-between*. Verás lo poquito que tardan en hacerse contigo.

—No me digas que Lady Capel y Lady Lennox cazan con reclamo.

—Pues igual que todas. Por mucho que se hayan organizado en alianza de intereses, la competencia es brutal. Eso da lugar a que ambas, y otras muchas, lancen de continuo sus escuadrones de alcahuetes, a ver si hay suerte y pica un coronel con fincas. La Capel, en eso, es temible. Tiene dos hijas, Lady Mary y Lady Georgiana. Dieciocho y diecinueve. No del todo feas, aunque les ha dado por escribir. Es una moda indeseable, te supongo al tanto. ¿Que no? En España estáis fuera del mundo, Miguel. Para que lo sepas: Inglaterra está infectada de mujeres engorrinadoras de cuartillas. Hace un tiempo, una provinciana incasable conocida por Miss Austen, o algo así, publicó un par de noveluchas aborrecibles. Desde aquello, la cultura británica es un sinvivir. Proliferan como las setas en noviembre. Deberían colgarlas, malditas sean. Londres, gracias a ellas, está crujida de oleadas y oleadas de romanticismo infecto. Así pasa, que cualquier idiota con una mínima instrucción se considera preparada para escribir un *Orgullo y prejuicio*... ¿qué? Sí, la más insufrible

de todas. Es tan repugnante que hasta yo la leí. A escondidas, claro. Bueno, ¿qué tal si marchamos? La noche se presenta bien. Bruselas rebosa vírgenes ansiosas por dejar de serlo, ¿sabes? Lástima que te hayas retirado. En esta prodigiosa ciudad te sacudirías tus tenebrosas telarañas españolas, no lo dudes.

—No me hagas ir a bailar, haz el favor. Me gusta conocer gente, aunque no al precio de verla pegar saltos. Menos aún, de pegarlos yo. ¿No podríamos ir directamente a la cueva de los Richmond?

El joven príncipe se rascaba la barbilla, pensativo.

—Bueno. En atención a tu fatiga, iremos al Vauxhall. Representan algo muy de moda en Londres. No tendría interés, pero la primera dama es La Jordan. Que no te dice nada. Ensalzo tu sinceridad, aunque te aconsejo que aquí la luzcas menos, no vayas a quedar como un paleta. La Jordan es la muy celebrada ex querida del duque de Clarence, el hermano del Regente. No lo hace mal, aunque no siempre se la oye bien, porque todo son murmullos acerca de los cuarenta y cuatro tacos que ya tiene, de lo fondona que se ha puesto y de cómo se le notan los diez bastardillos Fitz-Clarence que le hizo el hermano de su Alteza Real, así como de la ruina en que se halla, porque nuestro posible George IV la tiene con una mano delante y otra detrás. Ya ves, todo a mayor gloria de Talía. Bien, tú: ¡andando!

Viena, miércoles 15 de febrero

A Talleyrand le preocupaba Bonaparte. No creía que l'Empereur fuese a esperar sin hacer nada la llegada de unas cuantas fragatas de las que descendería una fuerza contra la que poca oposición podrían ofrecer sus mil fanáticos. Una vez capitularan, los ingleses se lo llevarían al fin del mundo. El Napoleón que conocía él, y no había ser humano que le hubiera estudiado más a fondo, sería incapaz de tal cosa, y menos a la vista de cómo evolucionaba Francia, de lo que debía de estar bien informado. Además, no le llegaba un franco de los dos millones que desde mayo le adeudaba Louis. Aquello le llevaría, más pronto que tarde, a moverse. Dando eso por cierto veía dos posibilidades preventivas: encerrarle muy lejos, lo que daría lugar a una fuerte reacción en la descontenta Francia, o hacerle llegar el dinero que se le debía, de forma que se mantuviera tranquilo y engordando. Según sus noticias, su silueta se redondeaba progresivamente. La vida muelle hacía su trabajo; unos pocos años más bajo el mismo régimen, tan similar al de una oca del Bearn, y se habría neutralizado por sí mismo a un coste despreciable. Sería la solución perfecta si Louis no fuese un imbécil además de un miserable, aunque cabía la esperanza de que alguien pusiera el dinero. De su trato con Wellington había concluido que aquel inglés poseía un cerebro de calidad, más práctico que los de Liverpool o Castlereagh. Se verían para cenar, en Kaunitz. Asistiría poca gente, pero de calidad; a la cabeza, la indescriptible Zahánská, la cual, decía Dorothée, no pensaba morir sin haber comprobado qué tal amaba His Grace; de hecho, y según le aseguró con sonriente malignidad, si aún no había sucedido era por cuestiones de intendencia, pues el duque, huésped de Sir Charles, tenía difícil dar con un lugar lo bastante retirado para seducirla con garantías de discreción; en cuanto a visitarla él, ni hablar; de ningún modo aceptaba poner sus pies en el Palm, consciente de que no había en el mundo un lugar más espiado. Serían condiciones ideales para buscar un aparte y sondear al previsiblemente bienhumorado Wellington sobre la posibilidad de que su gobierno aceptara la factura. No sería un precio excesivo por garantizar lo último que faltaba para que la paz no peligrase; a Liverpool, después de todo, cualquier conflicto que se organizara le costaría mucho más. Quizás incluso la poltrona.

El esperable buen humor de Wellington no sólo tendría por origen la inminencia de coyunda: esa mañana se había celebrado la última conferencia de las cinco en que participaría Castlereagh, quien se despidió tras explicar que seguiría vigilando, desde Londres, los avances que se registraran en el congreso, el cual era de suponer que algún día concluiría. Wellington, así pues, se quedaba con lo de Sajonia y lo de Polonia resuelto, así como próximo a mudarse a la bonita casa de la Minoritenplatz que le cedía Castlereagh, lo bastante discreta para que su naciente idilio con Mina Zahánská culminase sin que nadie se apercibiera, empezando por el activo Altenstiegl.

El sonido de la puerta le sacó de su abstracción. Era Dorothée, que buscaba su

bendición.

—¿Qué tal estoy?

Quizá no fuera un vestido muy al día, pues ir medio desnuda se había dejado de llevar al poco del 18 Brumario, pero no tardó en saber que aquella moda encantadora de nuevo se imponía. Quizá fuera porque cada vez que se aleja el fantasma de una guerra la tensión aflora por los resquicios, y nada es más estimulante para el benigno fenómeno que contemplar las más hermosas carnes lo menos cubiertas posible. También sucedía, explicaba según giraba frente a un espejo, que vivían en un mundo efímero, y en condiciones efímeras todo es lícito. Cuando el congreso terminara, y aunque no se divisaba el fin mucho no podría durar, los visitantes cederían la ciudad a los aburridos aborígenes. La Großer Redoutensaal tardaría meses, si no años, en volver a verse abarrotada de vertiginosos escotes y espaldas desnudas. Las carnes volverían a taparse para retornar a la severa moda vienesa, gazmoña, triste y pacata, pero en el recuerdo colectivo permanecerían imborrables las maravillosas escenas vividas en aquella sala y en su melliza menor, y en los diversos palacios y residencias, y, en fin, a lo largo y a lo ancho de la maravillosa ciudad, pese a que por entonces ya no sería maravillosa. De ahí venía, insistía, que hubieran regresado las insinuantes muselinas transparentes. Se acercaban los últimos resplandores, los fulgores postreros, y nadie se los quería perder, ya que hacerlo sería renunciar al recuerdo de que una vez, ya lejana, fueron jóvenes y prodigiosos.

El príncipe la escuchaba embobado. No era la primera vez que le dejaban asomarse a la vena poética que Dorothée administraba pudorosamente, sirviéndose de la misma destreza con que distribuía por las mesas duques y condesas, diplomáticos y cortesananas. De ahí que se preguntara la razón de que su madre la considerase tonta perdida. Debía de ser envidia.

—¿Alguna idea de cómo vendrá tu hermana?

—Si pudiera, desnuda. Lo que llevo te parecerá un hábito del Carmen cuando nos veas juntas. No creas que sólo son sospechas. El otro día estuvimos por ahí, de compras. Las cuatro. Es curioso, pero lo pasamos muy bien juntas. En una tienda de la Annastraße, cerca de la casa de Pauline, nos enseñaron lo último en corsetería francesa. Imagina quién se llevó lo más audaz, lo más descocado.

—Ya. La caza de Wellington, *I suppose*.

—*Precisely*. Si no fuera porque de aquí a una semana ya tendrán *dónde*, apostarí por que le seducía esta misma noche, sobre la mesa del salón.

—Sería un espectáculo fascinante. Me pregunto qué tal fornicará His Grace. No sé por qué, pero intuyo que pertenece a la clase de caballeros que no se quitan las espuelas.

La condesa compuso en su mente la imagen correspondiente, para trasladarla después a un rostro que no conseguía suprimir de su memoria. Ser poseída por un

jinete con espuelas sería una experiencia interesante. Tanto, que se alarmó al sentir un indiscreto ardor facial.

—Qué calor hace aquí. ¿No te asas con esta chimenea tan atroz?

Portoferraio y Bruselas, domingo 19 de febrero

El *Partridge* dejaba puerto. En una mansión de las alturas que rodeaban la ciudad, la conocida por *i Mulini*, se le seguía con ayuda de un catalejo montado en oro. Una vez desapareciera bajo el horizonte, rumbo a Livorno, su dueño se reuniría con tres hombres llamados a compartir su destino: los generales Bertrand, Drouot y Cambronne. Los únicos de los que alguna vez le habían servido sobre cuya lealtad no tenía dudas, pues si no fuese absoluta no le habrían seguido hasta esa isla maldita.

Sir Neil pensaba pasar unas vacaciones de diez días. Lo había explicado al Emperador, siempre amable con él, tanto que su prevención inicial ya era cosa del pasado; hasta le insinuó que los disfrutaría en los brazos de la bella italiana que sorbía sus escasos sesos, cuando menos a los ojos del bien informado Emperador, que no sólo sabía de la frondosa *signora* Bartoli, sino que tenía una villa entre Pisa y Lucca; gracias a eso podía deducir que Sir Neil difícilmente regresaría más pronto. Ya contaba con ello, pues el coronel había pedido al mayordomo de su albergue, a sueldo de Bertrand, que aprovechara su ausencia para dar a las paredes una mano de pintura. Gracias a tan indiscretos preparativos los suyos propios se simplificarían bastante, pues con Campbell en Portoferraio todo sería complicado. No le quedaría otra que apresarle, cosa no difícil. Más peliagudo sería tomar el *Partridge*. Por fortuna, los marinos británicos bajaban a tierra con frecuencia. Portoferraio, pese a su pequeñez, poseía un buen número de tabernas y figones, así como una sorprendente cantidad de casas de lenocinio —la escolta imperial despertó en su momento gran inquietud en las autoridades locales, las cuales aprobaron la urgente importación de un apreciable número de rameras calabresas, a las que luego se añadió una docena de albanesas, más exóticas, menos peludas y poseedoras de un exquisito dominio del francés—; con su cálida colaboración, y mediante un reparto adecuado de ginebra —conmemorando a saber cuál batalla; daba igual, porque cualquier excusa valía para que los valerosos marinos se pusiesen hasta las cejas—, suponía que, de madrugada, los tripulantes del *Partridge* serían fáciles de reducir. En cuanto al barco en sí, quizá conviniera incorporarlo a su flota. No sólo no tendría que camuflarlo de inglés, sino que, además de ser más grande que *l'Inconstant*, estaba en mejor estado. Aun así, no se llevó un disgusto al verlo desaparecer. Con suerte, no lo vería nunca más.

Desoyendo el malestar instalado en la boca de su estómago, el de siempre que iniciaba una campaña, volvió al interior de *i Mulini*, donde le aguardaba su reducido estado mayor, sorprendido de haber sido convocado en domingo. Su extrañeza no duró demasiado. Apenas los cinco minutos que necesitó para ponerles al día y hacerles ver que, contra lo que se pensaba en Viena y en París, estaba lejos de haberse muerto. El plan que les mostraba, perfilado en todos sus detalles, surgía íntegramente de su memoria, lo que demostraba que, cuando menos de cabeza, seguía en buena forma. Pese a la grave preocupación que se apoderó de los tres, les alegraba constatar

que su general de tantas y tantas campañas seguía siendo un excelente intendente general de sí mismo.

Una hora después Chantard recibía de Drouot la orden de convocar a la tripulación de *l'Inconstant*, hacerse a la mar y fondear en Porto Longone,^[75] sin más detalles. Chantard no necesitaba saber que a la mañana siguiente se le abarloadría una barcaza cargada de pintura marina, colores blanco y negro, los mismos que distinguían a los cargueros ingleses. Un acopio efectuado semanas antes por Drouot, que al recibir la correspondiente orden no hizo gesto alguno, exactamente igual que desde hacía veinte años, los que llevaba con *l'Empereur*. Éste sentía por sus tres generales la misma confianza personal, si bien era Drouot el que más la merecía en el plano profesional. Valoraba, y mucho, a Cambronne, pero le sabía poco inteligente, además de lenguaraz. A Bertrand le consideraba el más leal de los hombres, aunque no terminaba de confiar en su mujer. No tenía nada contra ella, salvo que Madame Mère la miraba con prevención. Él sólo veía una joven de buen aspecto, saludable y simpática que desde hacía unos años era de las mejores amigas de su hermana Paulette, como prefería llamarla él, a la francesa. Bertrand no tardaría un minuto en referirle la novedad con tintes negativos, pues no eran pocas las ocasiones en que manifestó una opinión desfavorable a la hipótesis de volver a Francia. Madame Bertrand haría lo mismo con Paulette, y a la hora las tendría, juntas o por separado, aburriéndole con sus miedos, sus angustias y sus aprensiones. De ahí que les exigiera que no dijese a nadie una palabra de sus órdenes, incluyendo a sus esposas y a sus íntimos. Como no acababa de fiarse —pese al gran cariño que sentía por Bertrand le sabía muy calzonazos—, al acabar la reunión, y cuando ya salían los tres, le retuvo del brazo, para ordenarle con voz muy baja que de ninguna manera dijese a su mujer una palabra de aquello, y acto seguido, ya en su habitual tono de voz, que diera orden de comenzar el adecentamiento de La Marciana —la más veraniega de sus casas—, con el pretexto de que pensaba trasladarse allí a mediados de mayo. La charlatana Paulette tardaría minutos en comentarlo, siendo cosa de horas que llegase a los oídos de los incontables informantes de Metternich, Castlereagh o Blacas, quienes tampoco tardarían en transmitir a sus amos que, lejos de haber novedad, el Ogro pensaba mudarse a las montañas. El que quizá levantase una ceja sería Talleyrand, el único ser vivo capaz de adelantarse a sus pensamientos, aunque gracias al Santísimo el impagable Blacas le ninguneaba de una forma total, manteniéndole lo más desinformado que podía. Era la maldición del *diable boiteux*, se decía con ecuanimidad: ninguno de sus jefes podría jamás fiarse de su tortuosa personalidad. Lo malo era que tampoco podrían sustituirle por alguien de valía comparable; ni había nacido uno ni quizá la raza humana fuera capaz de dar en muchas generaciones otra víbora tan venenosa, pero tan inteligente y tan clarividente como Talleyrand.



Pierre Cambronne

La casa número 8 de la Rue de l'Empereur ya se parecía bastante a lo que debería ser una embajada. Cuando menos eso pensaba el embajador, y de ahí que planease ofrecer un discreto banquete a sus dos cabezas de playa, el Prins Willem y Sir Thomas Graham, a las tres o cuatro autoridades que de momento constituían su segunda línea de desembarco, encabezadas por el duque de Richmond y Sir Charles Stuart, y a los que por entonces figuraban más arriba en su lista de caza, comenzando por el previsible primer ministro, el honorable Leopold van Limburg-Stirum. A tal efecto estudiaba el comedor de la casa, cuya mesa era lo bastante grande como para sentar veinte comensales no excesivamente apretados entre sí. Estaba un tanto ajada por culpa de los siglos, aunque sus numerosas cicatrices bien podrían ocultarse bajo un gran mantel de hilo que la princesa olvidó llevarse a París. Aquella labor de inspección la realizaba caminando lentamente con la manos cruzadas a la espalda, en compañía de su recién incorporado consejero de cuarta categoría.

—¿Qué tal el viaje? ¿Algún incidente?

—Nada de particular, Excelencia.

—Según creo, fue usted militar antes que diplomático, ¿no?

—Sí, Excelencia.

La primera salva quizá fuese un accidente, pero la segunda indicaba que debía pararle.

—Miniussir, cuando estemos solos me tratará de «mi general». En presencia de terceros, lo mismo. Ahora, cuando no esté yo presente y deba referirse a mí, dirá «el embajador». ¿Queda claro?

—Sí, mi general.

—¿Dónde sirvió?

—En la Guardia Valona, en los fusileros de Doyle, donde tengo plaza fija, y desde Salamanca en la plana mayor del general Morillo, cuarto ejército, primera división; así hasta mayo de 1814, mi general.

El embajador al fin comprendía lo bien que aquel granuja de Morillo se apañaba con los mensajes que le hacía llegar el golfo de Sir George Murray, el intendente de Wellington, o su segundo, el aún más alegre coronel De Lancey. Miniussir era la razón viviente de que nunca se quejara.

—¿Qué tal ha encontrado su cuarto?

—Excelente, mi general. La vista es muy hermosa.

«Ya verás tú de madrugada, cuando pasen las lecheras», se decía el rencoroso embajador aunque sin excesiva inquina. Sospechaba que la verdadera misión del patán era informar cotidianamente a SCM de si había tenido buena puntería frente al orinal o si había fallado alguna gota. De ahí que hubiera perfilado unas cuantas maldades con objeto de conseguir que huyera despavorido, si no que se volase la sesera o se colgase de una viga, pero el caso era que, viéndole al natural, le inspiraba una cierta simpatía. Quizá por su manera de mirar, sorprendentemente noble, y también por su planta, que no era la de un españolito usual, como sin ir más lejos era él. Le sacaba entre cuatro y cinco pulgadas, de modo que resultaba no sólo más alto que la mayoría de sus compatriotas, sino incluso más que los sajones y austríacos con quienes, según decía, le habían educado. Igual Frau Miniussir no fue del todo fiel a su dueño y señor nueve meses antes de que naciera el tal Nicolás.

—Cuénteme su vida. Toda. Desde que le destetaron hasta que llegó hace una hora.

Tono muy castrense, acompañado de un dedo índice que apuntaba, inquisitivo.

—Sí, mi general. A sus órdenes, mi general. Bien, pues...

El muchacho se había ido a descansar, para después darse un baño y vestirse lo mejor que pudiera, pues aquella noche daría comienzo lo más duro de su incipiente vida profesional: asistir a una recepción del Prins Willem. En ella le presentaría en

calidad de lo que a fin de cuentas era, un joven diplomático que hacía sus primeras armas, y tras eso le dejaría volar por su cuenta. Le había explicado, tras oír la nada prolija historia de su vida, que aquella era una embajada equipada tan precariamente que no tenía secretario, de modo que las funciones administrativas serían su responsabilidad. Eso no significaba que fuese a privarle del derecho a padecer sus obligaciones diplomáticas, las cuales, por si no sabía en qué consistían, eran conocer a toda la gente que pudiera, mantenerse atento ante cualquier comentario que pudiese redundar en beneficio español, hacérselo saber para que resolviera si era o no de interés y, en general, ser consciente de que un diplomático no es otra cosa que un vendedor. De su patria, de su jefe y, siempre, de sí mismo, pues la influencia que pudiera ejercer sobre los demás no era otra que la de su país. Así pues, que se afanara en ser tan encantador como le fuera posible, aunque sin beber una gota. No sería el primer diplomático que perdiera la brújula por un trago mal echado, y lo malo de tal cosa era que la factura siempre la pagaba España.

Su instinto de militar acostumbrado a determinar de un vistazo si quienes le siguen saltarán o no el parapeto para correr campo a través bajo el fuego enemigo, le decía que si Fernando le había puesto allí era porque salía barato, porque así le dejarían en paz sus recomendadores y porque servir a las órdenes de un general mal visto debía repugnar a los elitistas diplomáticos de carrera. De hecho, y como Loreto puso de relieve, los últimos que ocuparon las siete legaciones más importantes en los tiempos de Carlos IV eran duques, marqueses o condes. El único sin más prosapia que la grabada en su espada —la que le regalase un año antes la corporación de Vitoria— era él.^[76]

Si bien el día no fue malo, la noche amenazaba ser como cualquiera de Bruselas en febrero: ideal para no pisar la calle. A eso se debía que marcharan en el carruaje del embajador. La recepción que ofrecía el príncipe no era de las relajadas, sino muy formal, pues faltaba poco más de una semana para que se anunciara el nacimiento del Verenigd Koninkrijk der Nederlanden. Los embajadores importantes ya se habían establecido, y era obligatorio, por pocas ganas que tuviera el indolente Slender Billy, ponerles a todos juntos y darles de beber, para que se fueran conociendo e hicieran lo propio con las fuerzas vivas del lugar, empezando por el nonato gobierno del VKN, siguiendo con la corporación municipal, saltando a la nobleza local y acabando en la emigrada desde Inglaterra, con His Grace the Duke of Richmond encabezando la formación. Sería una noche penosa y sin esperanzas de comer gran cosa —el Prins van Oranje, además de sus muchas otras virtudes, poseía la de ser holandés—, pero la vida diplomática es así de dura y a los dos no les quedaba otra que resignarse.

Bromas aparte, y según comentaba, los invitados a la recepción serían lo mejor y

más granado de la sociedad bruselense, la indígena y la británica. Sería una excelente oportunidad para intercambiar información y también cotilleos, que si algo no escaseaba en Bruselas eran las murmuraciones. Era, pues, un momento tan bueno como cualquier otro para explicar a su joven auxiliar la razón de que la embajada existiera y a qué se debía que SCM les hubiera enviado allí.



Willem I del Reino Unido de los Países Bajos

El VKN unificaría Holanda con las posesiones austríacas en Flandes y Valonia. Nació sostenido por Inglaterra, la cual lo consideraba vital. La Europa post-1814 sería un lugar con muchos rescoldos e infinidad de cuentas por ajustar entre las potencias principales y las secundarias. Entre las más delicadas, las de Francia con Prusia. Francia era la potencia dominante de la Europa occidental, la más poblada y de industria más desarrollada, y de mayor renta. Prusia no se le acercaba, pero crecería si fagocitaba los principados y ducados de habla germana, gracias, sobre todo, a su

ejército. Entraba en la lógica que volviese a dirimir sus diferencias con Francia en el campo de batalla, una costumbre que les entretenía con asiduidad desde hacía más de un siglo. Para evitarlo sería bueno interponerles una nación lo bastante grande para no ser un obstáculo despreciable y tan fiel a la Corona Británica que no diera un paso sin su consentimiento. La oportunidad se presentó a raíz de una sublevación contra los franceses a finales de 1813. Inglaterra, que la fomentaba, desplegó cuatro mil hombres en Amberes, bajo el mando de Sir Thomas Graham. Su propósito era establecer un estado títere; a eso se debía que los soldados de Sir Thomas aún siguieran allí. A Lord Castlereagh no le costó convencer a los austríacos de ceder al que se llamaría VKN su posesiones en Flandes y Valonia, ni que los estados alemanes vecinos cedieran pequeñas fracciones de terreno a fin de que su territorio fuera viable. Castlereagh temía que la forzada unión entre los holandeses del norte, orgullosos de su idioma, comerciantes, industriales y protestantes, con los valones del sur, francófonos, agricultores, encerrados en sí mismos y muy católicos, no acabaría bien, pero Inglaterra tenía práctica en aglutinar religiones, costumbres e idiomas diversos, de modo que a Lord Liverpool no le parecía imposible que Willem I lo pudiera conseguir, pese a lo difícil de su trato. Su disposición a no dejarse conducir por quienes le sentaron en su trono venía no sólo de la obstinación natural de los *stadhouders*,^[77] sino de los vínculos familiares que le unían a Prusia, pues no sólo era hijo de una princesa prusiana, sino cuñado de Friedrich-Wilhelm III. A eso se debía que la diplomacia británica se concentrara en su heredero, que tarde o temprano —de convenir a Inglaterra sería lo segundo, según sospechaba el lúcido Willem I; una cosa era que Liverpool le sentara en el trono de Amsterdam y otra que no fuera capaz de liquidarle a poco que se pusiera difícil; el asesinato político, bien lo sabía, era una exquisita especialidad de los gobiernos británicos— se vería reinando sobre varios millones de holandeses, valones, y flamencos, y que se mostraba muy bien dispuesto a ser mangoneado desde Londres. Formado en Oxford, era más inglés que los ingleses. Su educación intelectual no fue un éxito, fundamentalmente por sus escasas aptitudes para descollar en nada que no fuera divertirse, pero a los dieciocho fue confiado a la paternal autoridad de Wellington, en cuyo aristocrático grupo de ADC se sentía como pez en el agua. Su veneración por el duque no le ahorra ser juzgado por éste con la objetividad del acostumbrado a evaluar toda clase de gañanes, de modo que Lord Liverpool tenía presente la lacónica opinión de Wellington tras cuatro años de haberlo padecido: «es un chico valiente; nada más».



Friedrich-Wilhelm III, König von Preussen

El regente deseaba estrechar su dependencia de Inglaterra por vía de casorio. De ahí el intentar unirle a su hija, la princesa Charlotte. De lograrlo sería cosa de pocos años que naciera un prodigioso Reino Unido de Inglaterra, Irlanda, Hannover y los Países Bajos. La princesa, por desgracia, no sólo no era un modelo de belleza, cuando menos para Willem, incapaz de arrostrar el penoso destino de Philip II of Spain, sino que tampoco aceptaba ser un instrumento del Estado. En el breve tiempo que duró su insinuado noviazgo nunca se sintió cómoda con la escasa seriedad del príncipe, sólo interesado en correr caballos, cazar zorros, emborracharse a morir y dejarse ver con actrices del West End. Como era inevitable, la gordísima Charlotte acabó por rechazar la oferta que nunca le formularon. Como se murmuraba en la «familia», la cauta princesa no quiso arriesgarse a besar al Joven Sapo.



Charlotte, Princesa de Wales. Se dijo de ella que pudiendo haber besado a un Joven Sapo no quiso hacerlo, cosa que Inglaterra y Holanda todavía no le han perdonado.

Seis meses antes Wellington se dio una vuelta por aquellas provincias de torturada historia y tan poco entusiastas de formar país con unos holandeses que detestaban. El viaje llamó una regular atención, porque dedicaba todo el tiempo a inspeccionar fortificaciones. Era un mensaje para el conde D'Artois, tan dado a pensar que la fuerza de las armas bastaría para recuperarlas; decía «Holanda es nuestra, Flandes y Valonia también, y si Francia intenta quitárnoslas tendrá otra guerra». Las hipotéticas aspiraciones francesas tenían su lógica. Durante más de veinte años las provincias valonas fueron parte de Francia, sin desconsuelo de sus habitantes. Compartían idioma, religión, costumbres y sistemas administrativos, de modo que jamás constituyeron un problema para Bonaparte, a diferencia de Holanda y de las

provincias flamencas. Unas realidades capaces de preocupar a cualquier estadista, de modo que la medida final de Wellington fue poner al mando de su ejército al Prins Willem van Oranje-Nassau, pretextando que su formación militar bajo las armas británicas le llevó a ser coronel en la Península con apenas veintiún años. Al tiempo, y con sordina, puso a sus órdenes —en realidad, lo contrario— al Lieutenant-General Sir Thomas Graham y a su fuerza expedicionaria.



Prins Willem van Oranje-Nassau (aka 'Slender Billy', aka 'Young Frog')

El gobierno británico intuía que aquel VKN *contra natura* sólo se sostendría mientras sus bayonetas lo apuntalaran, lo que bien podría costar generaciones. Ésa era la razón de su fuerte presencia en Bruselas; en apenas un año la transformaron en una plaza tan británica que hasta la lengua holandesa retrocedía. Influían los excelentes precios locales, donde con rentas anuales de pocos miles de libras, con las que no se podría sostener una casa en Londres, se podía vivir en unos niveles de lujo

impensables para Inglaterra, con un beneficio adicional: en Bruselas se comía prodigiosamente bien. Los ingleses descubrían allí una maravilla que les cambiaría la vida: el *déjeuner à la fourchette*, que pronto empezaron a llamar *lunch* y con el cual enterraron el hábito de desayunar como tigres y cenar como leones sin nada entre ambas ceremonias. Así, sucedía que llegar a Bruselas y ganar peso era todo uno. También ayudaba la moda femenina, muy relacionada con la de París, donde se volvían a llevar los ropajes *merveilleuses*: vestidos vaporosos, amplios y de talle muy alto, que permitían disimular cualquier indiscreta redondez. Las jóvenes británicas, por razones que nadie osaba formular, al poco de llegar se despojaban de su atávica pudibundez. Era como si en Brabante la virtud capitulase. Cuando menos, a nadie parecía importarle demasiado en aquel bendito invierno de 1815.



Lady Charlotte Greville

Castlereagh, tras la marcha de Wellington, designó embajador al avezado Sir Charles Stuart, a quien le bastaron dos semanas para controlar Bruselas, y con ella la creciente colonia de aristócratas en dificultades, con la suave firmeza de la diplomacia británica. Una labor en la que colaboraban, con fervor, las a juicio del Joven Sapo verdaderas reinas de la ciudad, por demás afanosas en el servicio de la Corona: Lady Charlotte Greville, Lady Caroline Capel y la duquesa de Richmond.



Lady Charlotte Lennox, Duquesa de Richmond

—Esas tres brujas son las que mandan, mi joven amigo. Esperan que las adoremos, a ellas y a sus temibles hijas. Ándese con ojo, no le vayan a pescar. Su peligro no está en lo hechiceras que le puedan parecer. Es que sus dotes no valen nada. Con ellas no tendrá usted la menor esperanza de pegar un braguetazo, disculpe que se lo advierta de un modo tan brutal. Y ahora —el carruaje se había detenido—, al deber. Ah, por cierto: se va usted a zambullir en un barril que rebosa esnobs. Un capitán a media paga sería poco apreciado, de modo que a partir de ahora es usted *major*. ¿Se acordará? —el ascendido militar-diplomático sonrió al tiempo de asentir; le gustaba, el general Álava—. Pues en marcha.

Portoferraio y Viena, viernes 24 de febrero

El Emperador paseaba por la terraza de *i Mulini*. Revisaba los detalles del plan, que pasaría de las musas al teatro al atardecer del domingo 26; él habría preferido ese viernes 24, pero el capitán Chantard, alegando enigmáticos misterios de vientos y mareas, le convenció de aguardar dos más. En eso habría seguido, en búsqueda de algún punto flaco inadvertido, si el respetuoso Bertrand, que no le perdía de vista, no hubiera exclamado en un tono más alto de lo usual:

—¡Sire, por allí! ¡El *Partridge*!

Sintió que se le aceleraba el pulso. Era el maldito *HMS Partridge* de toda la vida, o de toda la que había vivido en aquella puta isla —l'Empereur, pese a sus severas instrucciones en contrario, de vez en cuando se abandonaba en los brazos del florido lenguaje cuartelario—. Todo indicaba que Sir Neil no resistió el tiempo previsto la incandescente pasión de Madame Bartoli. Igual era verdad aquello que según Lord Holland solía decir Wellington cuando uno de sus oficiales le pedía permiso para pasar un tiempo con una señora, y que si las necesidades del servicio lo permitían él concedía, pero siempre por dos jornadas improrrogables; una vez alguien le preguntó a qué se debía esa igual receta para todos, a lo cual respondió con la teatral imperturbabilidad que con tanto empeño cultivaba, «es el tiempo máximo que un hombre razonable puede permanecer en una cama con una misma mujer». Fuera lo que fuese, no pensaba consentir que aquel buen tipo, al que había llegado a tomar un cierto apego, le arruinara los planes. Ya se preparaba para dar orden de llamar a la primera compañía de *grenadiers-à-pied*, que aún no había salido para Porto Longone, cuando reparó en que la cubierta del *Partridge* no lucía del modo usual. No sólo no divisaba la desgarbada silueta del afable coronel, sino que muy a proa se distinguían seis siluetas masculinas en ropajes civiles, más dos femeninas con sombrillas.

—Bertrand, lléguese al amarradero y vea qué pasa. Si sólo sucede que vienen a ver al mono en su jaula, que suban y les echaremos de comer. Si no...

Hora y pico después el comandante del *Partridge*, Lieutenant-Commander Adyee, que había subido hasta *i Mulini* con Bertrand y los ocho emocionados civiles, aclaraba el misterio.

—Campbell nos despachó a Nápoles para que les recogiéramos. Querían visitarle, dijeron. Tienen dinero, son influyentes y afirman que diversos MP's les comen de la mano. Son una peste, Sire. Si desea despeñarles por el acantilado, dígamelo y miraré para otro lado.

El Emperador sabía reír una muestra de humor. Adyee le caía bien. Le veía profesional, y serio, y capaz de sostener una conversación interesante sin perder de vista quiénes eran los dos; sobre todo, sin olvidar quién había sido él. De ahí que le alegrara no tener que matarle.

Al sol le quedaban tres horas hasta hundirse bajo el horizonte. Las que necesitaría el buen Adyee para depositar su carga en Follonica con tiempo para cenar. De allí seguirían a Nápoles al amanecer del día siguiente. Luego regresarían a Livorno, a recuperar a Campbell, si por entonces la Signora Bartoli hubiese dejado algo digno de ser recuperado. Ahí l'Empereur volvió a reír, por lo mucho que le alegraba saber que de ningún modo Sir Neil regresaría más pronto del miércoles de la siguiente semana, cuando él ya estaría en Grasse, por lo menos. Todo despejado, pues.

Le gustaría dar un paseo, pero aquella caterva de ricachos le había hecho perder seis horas. Aún debía preparar un sinfín de proclamas, destinadas al populacho. Una distinta para cada día, para cada pueblo y para cada situación desde que desembarcaran hasta Grenoble. Una vez allí, si para entonces no hubiera disparado un tiro, París sería suya. Del esmero que pusiera en las proclamas dependería el éxito de la jugada, porque aquello era una jugada. Colosal, eso sí. Con un resto jamás visto en la historia de los juegos de azar. O no tan de azar. En su carrera jamás había planeado una campaña con tal minuciosidad, si bien era verdad que aquella no era contra los enemigos de Francia, sino contra otros franceses. Unos que podrían ponerse a su lado, permanecer indiferentes o unirse a Louis. Acertar en sus palabras y sus tonos era igual de importante que cubrir etapas y no dar a la foca inmunda tiempo a reaccionar. Con su pequeño ejército no podía soñar en nada de carácter militar; con el que se formase a medida se le incorporasen unidades podría ganar cualquier batalla que ofreciese Louis, si así demostrara su colosal imbecilidad, pues lo último en que debería embarcarse un rey era en una guerra civil. Difícilmente sería tan idiota, pero era pronto para perder la esperanza.

No quería sentarse a escribir. Prefería sentir el perfume del mar paseando bajo los frutales, pero jamás se había dejado llevar por sus debilidades humanas. Tampoco lo haría entonces.

El Fürst Hardenberg se tomaba el día libre. Su intención no era dedicarse a la holganza, sino a vestir los resultados. Se podrían considerar inamovibles, pese a que aún quedasen por fijar detalles formales, como el estatuto de las nuevas propiedades en Polonia y menudencias por el estilo. Si algo no se le podía reprochar era no haber intentado absolutamente todo para conseguir más. Lo que peor le dejó el alma fue su entrevista con Talleyrand de la tarde anterior. Le fue a ver con el sentimiento del que ingiere un sapo vivo, podrido y apestoso, chorreante de pus. Lo más penoso, lo más humillante que había hecho en sus muchos años de servir a Prusia, y sin que sirviera para nada. Fue a ofrecerle apoyo si, a cambio de alinearse con Prusia en el asunto de Sachsen, reclamara para Francia las provincias valonas que hasta no hacía mucho eran francesas y que, nada más comenzar el congreso, las cuatro potencias, a

propuesta de Inglaterra, las cedieron al *stadhouder* Willem para que creara el VKN. Aquel gran cínico ya debía contar con ello —según decía un Metternich igual de tenebroso, Talleyrand contaba con todo, empezando por lo más insospechado—, de modo que le dejó mudo tras informarle con sus más agradables palabras, las propias de un diablo de la diplomacia, que Francia no estaba interesada en aquellas provincias, al extremo que las rechazaría incluso si se las ofrecieran a cambio de nada. La razón con que justificó tan inverosímil toma de posición era que la firma del Tratado de París daba lugar a un equilibrio global que sólo traería paz y prosperidad, y que aquel y ningún otro era el interés del rey Louis. En modo alguno aceptaría compromisos que pusieran en peligro la llave de la paz, que otra cosa no era, para Francia y él mismo, aquel tratado bienaventurado.

Pese a lo que desde hacía días explicaba, que tan mal no iban las cosas, no estaba satisfecho. De ahí que llevara los mismos días reflexionando sobre cómo vestir los resultados, a fin que parecieran más de lo que a fin de cuentas eran: *grosso modo*, la mitad de lo que con tanta vehemencia reclamaba desde la firma del Tratado de París. Lo peor era no haber logrado hacerse con toda Sachsen. Los dos quintos que consiguió arrancar a Castlereagh y Metternich no incluían ni Leipzig ni Dresden, donde se concentraba la riqueza del país. Humboldt decía que la nueva y reducida Sachsen carecía del tamaño necesario para subsistir por sí misma, y que sería cuestión de tiempo que cayera en las manos de Prusia, como una manzana madura tarde o temprano lo hace del árbol. Sin duda era cierto, pero no lo haría en su tiempo de canciller, que a fin de cuentas era lo que aquella mañana le importaba. Eso y seguir siéndolo tanto tiempo como fuera posible. Las críticas serían durísimas, bien lo sabía. De hecho, ya lo eran. Las de la prensa, las primeras; en sí mismas no le preocupaban, pues el sistema político prusiano era indiferente a los periódicos y al caldo en que flotaban, el de la opinión pública, pero le reconocía un poder, el de influir en el pensamiento de la nobleza y de los grandes terratenientes, los cuales, a su vez, afectaban poderosamente a los que más temía: la cúpula del ejército y el cuerpo de oficiales, los principales grupos de presión en la corte del timorato Friedrich-Wilhelm. De ahí el exquisito cuidado que puso en la redacción de la carta que releía por quinta vez. Una larga carta para un buen amigo, consejero habitual y de los pocos poseedores de un cerebro lo bastante bien dotado para que pudiera confiar en su juicio: el Graf Neidhardt von Gneisenau.

No era una carta insincera. Sólo decía verdades, aunque de una forma que Gneisenau entendería: lo que hacía era pedirle que le respaldara con su prestigio frente al cuerpo de oficiales. La cúpula del ejército, los ciento y pico generales en activo, era otra cosa. Su influencia en ella era no ya limitada, sino contraproducente, por no ser un hombre apreciado por sus iguales. Había excepciones, pero en general se le considera un mercenario arribista y sospechoso de formar parte del *Tugenbund*,

esa suerte de masonería militar que tanto exasperase a Bonaparte y a los *junkers*. En general se consideraba que alguien debería pararle los pies, pero el caso era que Friedrich-Wilhelm parecía de la opinión, compartida por el cuerpo de oficiales de un modo también unánime, de que la *Befreiungskriege* se ganó gracias a las medidas tomadas por Gneisenau entre 1807 y 1812, y a su papel como Generalstabschef del Schlesischesarmee, a las órdenes de Blücher en teoría y haciendo lo que le daba la gana en realidad. Si le pusiera de su lado no sólo neutralizaría la indignación de los oficiales sino que amansaría la de Blücher, que desde hacía semanas le inculpaba de todos los males que aquejaban a la patria. Blücher era un animal, pero supo hacerse con el alma prusiana, tanto que desde hacía un tiempo, desde que regresase a Berlín sobre la cuádriga de la Brandenburg Tor, era el hombre más querido del país. El único capaz, también, de imponerse a los generales levantiscos. Si Blücher, impulsado por Gneisenau, se manifestara en su favor, quizá salvase la cabeza. Bueno, el cargo. Era una verdadera lástima saberse incapaz de vivir sin ser el Preußische Kanzler.

La coqueta casa de la calle Anna no era de las que más atraían el interés del infatigable Altenstiegl, al punto que rara vez se vigilaba desde fuera; el barón tenía suficiente con las observaciones del cochero de la duquesa D'Acerenza y los cotilleos de la segunda doncella de la princesa Hollenzollern-Hechingen; en realidad, lo que hicieran ambas hermanas le daba igual; sólo le interesaba lo que pudieran decir sus amantes «oficiales», el Freiherr Gentz y Sir Charles Stewart, quienes, por su parte, no era en esa casa donde pecaban más; de naturaleza cómoda, más que visitar preferían ser visitados, de modo que los informantes del activo Altenstiegl rara vez tenían algo interesante que contar. La condesa de Périgord, que leía sus informes, había recomendado a sus hermanas no despedir a sus infieles servidores, al menos antes de la clausura del congreso, ya que además de serles difícil conseguir recambios aceptables sólo conseguirían que Altenstiegl tantease a los demás, de modo que mejor harían calculando qué les interesaba dejar ver y qué no, y cuando se vieran en la necesidad de una estricta intimidad, que les dieran la tarde libre. Le hicieron caso, y así los informes que llegaban al Kaiser, al Kanzler y a Talleyrand, y quizá no sólo a ellos, jamás indicaban que sucediera nada de particular en el bonito edificio. A eso se debía que aquella mañana Jeannete se marchase de compras con su coche, acompañada de Paulina tras haber ésta dado el día libre a su segunda doncella. La primera, checa —ningún país las producía mejores que Cechy, como sabía la Vévodkyne Zahánská y gracias a ella sus hermanas—, llevaba con su ama desde los tiempos de Mittau y, además de no gustarle mucho salir por ahí, era lo bastante devota de la familia para saber no estar presente a la llegada de la cuarta hermana, ni a la del caballero que lo haría poco después. Se limitó a dejar encendido un crepitante fuego en la chimenea del dormitorio principal, de por sí acogedor aunque con aquella

hoguera mucho más, para tras eso regresar a su cuarto y entregarse a su ocupación favorita: paladear el recién traducido *Raison et Sensibilité, ou les Deux Manières d'Aimer*. La doncella era lo bastante cultivada para comprender el original inglés, pero la traductora, Isabelle de Montolieu, disfrutaba de una excelente reputación, más incluso cuando se servía de palabras de terceros que cuando escribía por su cuenta, de modo que lo compró en la estupenda librería Hanusch gracias a una de las propinas que tan a menudo le dejaba el generoso Lord Stewart.

El lecho de Paulina von Hollenzollern-Hechingen era principesco, lo que no dejaba de ser natural siendo ella doblemente princesa. No excesivamente mullido, pese a que lo infectasen cantidad de almohadones rellenos de plumas exóticas, parecía más diseñado para el amor que para el sueño, y quizá por eso la princesa prefería servirse de un segundo dormitorio, más pequeño y recoleto, que a diferencia del principal no lo presidía una cama descomunal. En aquel aposento para no dormir todo parecía sacrificado a la voluptuosidad, empezando por una chimenea empeñada en afirmar que allí la ropa era indeseable. Sin embargo, y pese a ser un lugar no concebido para el reposo, el exhausto conde se había quedado frito. Cosas de la naturaleza, pensaba la tranquila condesa, un punto enternecida por el poco angelical rostro del yacente. Con eso no pretendía decirse que no fuera un hombre bellísimo; sólo que la bondad que quizá no padeciera tampoco se reflejaba en sus facciones de Apolo traspuesto, uno que habría merecido ser inmortalizado por el mejor Policleto; ahí residía la única pega que le ponía su entusiasta compañera de juegos: su canon establecía una proporción 1 a 7, siendo uno la longitud vertical de la cabeza y siete la del cuerpo entero. En los tiempos de aquellos griegos tan bajitos quizá fuese correcta, pero determinaba que sus dioses resultaran un tanto cabezones, como era el caso de aquel conde maravilloso aunque dos pulgadas menos alto de lo que debiera. Por lo demás estaba bien construido, sobre todo en aquella parte del organismo que más atestigua la virilidad del sujeto. Bastante más que aquel despreciable conde de Périgord en quien prefería no pensar, y más o menos como el príncipe de la diplomacia, si bien era de reconocer que ni costaba tanto atraerle a la refriega ni era tan difícil que conservase la textura durante un tiempo suficiente, por no hablar sobre su capacidad de revivir y volver a la batalla. Karl-Joseph sería fisiológicamente perfecto si el Supremo Hacedor se hubiera servido de los criterios de Praxíteles, como hizo con ella, se decía mirándose a los espejos, dos de cuerpo entero que se reflejaban en otros dos opuestos, de forma que a su hermana, o a cualquiera que se contemplara en ellos, no le costase contorsión alguna examinar el estado de su trasero. El suyo se manifestaba un tanto dolorido. Su curiosidad de mujer deseosa de aprender todo lo que aún no sabía del amor le llevó a confiar en el ardiente varón cuando le propuso una variante muy apreciada en el Peloponeso y que, según él, desde hacía siglos reducía la incidencia de la temible *maladie de neuf mois*. No fue

tan penoso como temía, pero no le dejó ganas de repetir, y eso a pesar de que Karl-Joseph no sólo parecía conocer los principios operativos esenciales, sino también los secundarios. Era de aceptar que su dedo corazón hizo un trabajo formidable, una vez superado el espanto de verse con aquello abriéndose paso por donde la Santa Iglesia tanto insistía en que sólo debía usarse para lo contrario; una clase de trabajo que creía conocer, pues el príncipe también era un maestro digital, aunque combinado con el otro factor daba lugar no exactamente a una *petite mort*, sino a un derrumbamiento general del firmamento.

La condesa se desprecizó frente al espejo, de un modo que Fräulein Hoffman no aprobaría. Le daba igual. Todo le daba igual aquella tarde, aunque no hay dicha sin dolor, como decía Piattoli; el suyo era recordar que hacía cinco meses desde que dejase a sus hijos, y no los echaba de menos. Aquello sólo podía significar que no era buena madre. Pues bueno. Tampoco la suya lo fue mucho, y quizá gracias a eso se veía como se veía, tan completa y tan perfecta como pocos habrían podido pronosticar durante su infancia sombría. El Creador se portaba bien con ella, se decía girando sobre sí misma para contemplarse mejor. No sólo le regaló una mente privilegiada, sino un cuerpo muy bien dispuesto para pecar. Su vientre seguía tan plano como cuando se miró a un espejo parecido, en Frankfurt-am-Main, minutos antes de ascender al empleo de mujer. Sus pechos seguían tan en su sitio como aquel día, y ni sus caderas ni sus muslos mostraban signos de la maldición familiar, la fastidiosa *cottage cheese skin*. Ahí se notaba la superioridad de la herencia Batowski sobre la Biron. Sus hermanas eran víctimas en mayor o menor medida de algo que a ella le seguía respetando, pese a que ninguna llevaba más de dos partos sobre su conciencia y ella iba ya por tres.

Se preguntaba cómo sería bailar desnuda frente al fuego. Una experiencia desconocida y que sobre la marcha convertiría en realidad, aunque antes debería reavivarlo, pues las llamaradas de hora y pico antes sólo eran pavesas. Los troncos estaban junto al hogar, en una bandeja de buen tamaño —la estupenda frau Absolonova pensaba en todo—, pero una de las servidumbres de añadir leños a un fuego desfallecido es que hace falta encorvarse. Si se hace de un modo despreocupado, sin recapacitar sobre las posibles consecuencias, puede suceder que la escena sea contemplada por un conde lejos de haber consumido su reserva de munición. Lo suficiente para saltar del lecho al mejor estilo de un leopardo, ganar sobre las mullidas alfombras la nada esquiva silueta que alimenta chimeneas y sin más proceder con lo recomendado por Bocaccio en asuntos de yeguas párticas.

—Estás loco... —tono dulcísimo; la condesa, para su propia sorpresa, también se diferenciaba en eso de sus hermanas: mientras ellas necesitaban muy largos minutos para considerarse listas para el sacrificio, a ella le bastaban segundos.

—No lo sabes tú bien.

El conde se confundía: sí que lo sabía. Quizá fuera esa su maldición: por mucho que disfrutase aquellas horas de locura incontrolada, su mente, implacable como un reloj *Vacheron*, el que le regalaría cuando se dijeran «hasta la vista», seguía controlando la situación.

Portoferraio, domingo 26 de febrero

Era un día importante, de la clase que Napoleón fijaba en su memoria. De ahí que luciera su legendario uniforme de coronel de los *chasseurs-à-cheval*^[78] —no se lo había puesto desde hacía diez meses, cuando antes de cruzar Avignon y a propuesta del general Köhler, temeroso de que la multitud le linchara, se vistiese de coronel austríaco; aquella medida le humilló profundamente, por mucho que comprendiera las razones del amable general, pues el riesgo de ser liquidado antes de llegar a Fréjus era considerable; Francia, según afirmaban él y Campbell, los comisionados que le acompañaban, le achacaba la pérdida de un millón de sus hijos, y sus padres, sus hermanos, sus mujeres y en algunos casos sus propios descendientes parecían empeñados en cobrárselos—, seguro de que la inmensa mayoría de sus algo más de mil hombres le había visto así alguna vez, o más de una. No lucía condecoraciones, salvo su inseparable Legión de Honor, así como la escarapela violeta con que adornaba su también tradicional tricornio. Coronando la coreografía —su sentido de lo teatral era notable—, un sobrio *redingote*^[79] gris, el de las grandes ocasiones. El de Austerlitz, sin ir más lejos. No podría decirse que dejar Elba fuera un acto comparable, pero invocar a los dioses nunca estaba de más.

El día empezó como de costumbre, como cualquier domingo somnoliento, el usual en los amables inviernos de Portoferraio. Los informadores que pulularan por el puerto sólo repararían en que la presencia de soldados era menor de lo usual, salvo en los alrededores de la iglesuca, donde aquel día el Emperador escuchaba la misa de mediodía en un atavío inusual. Lo que no podrían saber era que, antes de salir hacia la iglesia, se había entretenido en quemar los documentos que no quería llevarse, consciente de que Sir Neil, tras arrancarse los pocos pelos que conservaba en su noble cabeza, registraría sus residencias (*i Mulini*, San Martino y la Marciana Alta) en busca de algo que ofreciese pistas sobre sus planes. A eso se debía que no hubiera quemado, en aparente distracción, el borrador de una nota donde haría saber al alcalde de Génova su inminente llegada; dudaba que aquello sirviese de algo, salvo si Campbell regresaba más pronto de lo previsto y le daba por perseguirle. A él no podría darle caza, porque le sacaría una ventaja insalvable, pero sí a sus gabarras; de ahí que le tendiera ese último engaño, tan encantado de su astucia como un niño pequeño al que se le ocurre una última trastada con la que acabar de fastidiar a su inocente gobernanta.

Tras volver a palacio —así solía llamar a *i Mulini*, pese a sus dimensiones— convocó a los notables, que no eran muchos: el *dottore* Lapi, el *signore* Tredit, el alcalde de Portoferraio y el de Rio Montagna. También, al arcipreste y al coadjutor. Aparte de agracerles su colaboración y su hospitalidad en los nueve meses que había pasado con ellos, quería pedirles que ayudasen a las mujeres de su casa en lo que

necesitasen hasta que pudiera enviar por ellas. Si todo iba bien —esto no lo dijo— lo haría desde París y como Emperador. Si no..., pues ya lo harían los ingleses.

Las tres. Hora de marchar a Porto Longone, donde su ejército habría ya comenzado a embarcar. A las siete lo harían él y su estado mayor. A las ocho, el bergantín *l'Inconstant*, la goleta *Caroline*, el aviso *Saint Esprit*, las gabarras *l'Étoile* y *Saint Joseph*, y las falúas *l'Abeille* y *la Mouche*, dejarían Porto Longone rumbo a Golfe-Juan, París y la Gloria.

ALLEGRO CON GRAZIA

Bruselas, Mar Ligur y Berlín, martes 28 de febrero

Álava dormía plácidamente, pero una salva de cañonazos le devolvió a la vida. Era la manera que tenía Slender Billy de hacer saber el nacimiento del VKN y que horas después tendría lugar la coronación del rey Willem, en calidad de tal y de Gran Duque de Luxemburgo. Así también anunciaba que a lo largo del día se harían oficiales diversos nombramientos. El principal era el de Jefe Supremo de los Ejércitos, que recaería en él mismo, a partir de aquel momento Prins van Oranje. Su lugarteniente sería Sir Thomas Graham, amablemente cedido por Inglaterra. Según tenía entendido el somnoliento embajador, ya bien conectado con los miembros más influyentes del gobierno *in pectore* (los condes Adam-François van der Duyn, Gijsbert-Karel van Hogendorp y Leopold-Karel van Limburg-Stirum), no se contemplaba con satisfacción que los ejércitos del VKN fueran a quedar en las manos de aquel hijo de Albión. El que de un modo formal estuvieran a las órdenes del Prins van Oranje no reducía la inquietud, pues si en algo estaban de acuerdo valones, flamencos, holandeses y luxemburgueses era en que difícilmente se podría encontrar en los confines de la vieja Europa un príncipe más idiota. Tendrían que conocer a Fernando, se dijo Álava suspirando, y volvió a dormirse.

Las siete naves de la flota imperial avanzaban por separado hacia Golfe-Juan. Las razones de no navegar juntas era no llamar atenciones indeseables, así como no sacrificar la velocidad del bergantín, la goleta y el aviso a la de las barcasas, y evitar que la pérdida de una o dos implicara la del conjunto. De ahí que navegaran sin verse unas a otras, cada una siguiendo una derrota diferente y sin que nadie, además de sus capitanes, supiese hacia dónde iban. Al poco de romper el día, Taillade advirtió que *l'Inconstant* llevaba un rumbo sospechoso. A él no le dijeron hacia dónde iba el Emperador, pero si se molestaba en repintar el bergantín para luego embarcar a toda su gente no podía ser porque pensara invadir Mallorca, y allí era precisamente adonde arrumbaban. Preguntándose a quién podría recurrir, y entendiendo que Chantard no sería buena opción, reparó en el coronel Mallot, jefe de la escolta imperial, por entonces transfiriendo al Mediterráneo lo que había desayunado. Sin vacilar, agarró al descompuesto coronel y le hizo saber dónde acabarían de seguir con aquel rumbo si antes no les atrapaba la BMF, o la Royale, y hasta pudiera ser que la Marina Real. El coronel, confuso, porque tampoco él sabía dónde quería ir l'Empereur, bajó a la cámara del capitán, donde se alojaba Napoleón, para encontrarle oteando por el espejo de popa. Le vio palidecer, y le costó trabajo seguir su ritmo escalas arriba, pero llegó a tiempo de verle requerir a Taillade que repitiera la historia. El alférez de navío sólo necesitó unos segundos, sirviéndose de una carta, para explicar que, dada la posición del sol y el rumbo que indicaba la brújula, en dos días fondearían en la

bahía de Palma. El Emperador jamás había tenido dificultades con una carta marina, si bien prefirió, antes de tomar una decisión, hacer que subieran a Chantard, por si podía explicar a qué se debía ese rumbo tan apartado del que ordenó. Por entonces ya se preguntaba si no estarían ragusándole.^[80] Salió de dudas al verle palidecer y tartamudear, en ese orden. Sin más, le destituyó y confió el mando a Taillade, tras ascenderle a capitán de corbeta. El buen Taillade sabía que tal nombramiento sólo sería efectivo si a l'Empereur le iban bien las cosas, pero aun así aceptó su destino con una sonrisa. Era un hombre leal.

El Emperador dudaba si aquello era un acto de traición o una prueba de incompetencia, pero se inclinaba por lo primero. Veía traidores en todas partes, unos de la talla de Talleyrand y los más como ese pobre diablo de Chantard. Seguía sin superar el disgusto cuando oyó a Taillade ordenar «todos abajo», al tiempo que señalaba una cuarta por estribor: un bergantín de vuelta encontrada y nacionalidad inequívoca, pues lucía los escandalosos colores de La Royale. No era una eventualidad imprevista, de modo que mandó al preocupado Drouot que alertase a los trescientos granaderos que se hacinaban en los sollados. De ir las cosas a peor no acabarían a cañonazos, pues el camuflaje de *l'Inconstant*, por entonces cochambroso mercante inglés, implicaba navegar sin sus dieciséis piezas y con las troneras cegadas. A menos de cien metros sería imposible deducir que aquel carguero negruzco tenía un pasado interesante, pero de suceder así lo natural sería que aquel inoportuno bergantín, cuyo nombre leía con ayuda del catalejo (*le Zéphyr*), se les abarloase para inspección, con lo cual se llevaría una sorpresa. No lo deseaba, pero también era verdad que si algo faltaba en su historial era un combate al abordaje, más propio de un oscuro pirata de Saint Bart que de un emperador de Francia. De ahí que sintiese cierta decepción al ver pasar de largo al indiferente bergantín, cuyo capitán, un teniente de navío llamado *Andrieux*, siempre lamentaría no haber sido más curioso.^[81]



Fürst Blücher zu Whalstatt, por Dawe

El Fürst Blücher era un hombre bien dotado para dar miedo. Alto, fuerte, de mirada penetrante, poderosa nariz, pescuezo de toro y mostacho a la tártara, estaba en una forma física excelente. Su posición efectiva era de comandante supremo del cuarto de millón de hombres que componían el KPA. En realidad no eran tantos, no sólo porque los últimos miles de bajas no acababan de cubrirse, sino porque la nueva distribución de regimientos estaba lejos de completarse. La reforma iba despacio no sólo por su magnitud, sino porque Prusia comenzó la *Befreiungskriege* muy empobrecida, la concluyó en bancarrota y la esperada compensación que debía pagar Francia tras siete años de saqueo, los mismos en que mantuvo estacionada en Prusia una fuerza de doscientos mil hombres cuyo sostenimiento corría por cuenta de su abrumado tesoro, desaparecía de las expectativas nacionales por un capricho de Alexander, Metternich y Liverpool, contra el que nada pudo hacer el poco admirado Friedrich-Wilhelm III. A eso se debía que la mayoría de los regimientos aún vistiera la heterogénea colección de harapos con que iniciaron la campaña de 1813. Las noticias de Hardenberg pretendían hacer creer que las rentas de los territorios

incorporados a la Corona pronto situarían al KPA en los niveles planeados por el Ministerio de la Guerra, lo que Blücher no creía. Su indignación subía como la espuma de una gran jarra de cerveza —su bebida favorita, si bien no la única; en realidad, y salvo el agua, le gustaban todas; a eso, a su dieta exclusiva de caza, *wurst*, mantequilla, queso y huevos, y a fumar como una chimenea, imputaba su prodigioso estado de salud—, tanto que acababa de firmar una carta donde dimitía de su cargo. La misma que había dado a leer al Graf Gneisenau, para tras eso ponerla en manos de su apenado ayudante, Nostitz, con órdenes de hacerla llegar a la residencia del rey, en Viena.

—No deberías acabar así tu carrera. ¿En manos de quién nos vas a dejar?

En presencia de terceros se trataban de Alteza y Excelencia —*Durchlaucht* y *Exzellenz*—, pero en la intimidad se tuteaban. Ambos se mostraban un profundo respeto. El de Gneisenau hacia Blücher no sólo era por sus años y su rango, sino por su colosal valentía y su insuperable talento para conducir hombres. El de Blücher por el jefe de su estado mayor partía de su extraordinaria capacidad intelectual, de su pasión por los detalles, de su impecable sentido del honor y la disciplina y, sobre todo, de su irreprochable honestidad. Su asociación, que duraba ya dos años, demostraba la bondad del principio de responsabilidad compartida establecido por el difunto Generalleutnant von Scharnhorst. El Fürst Blücher una vez la definió con una frase tan celebrada por el rey como aborrecida por los espadones de sangre pura: *Gneisenau lenkt und ich gehe vorwärts!* [82]

—A mi carrera no le falta nada, y si algo me apetece, te lo digo de verdad, es no ver qué pasará con nuestro ejército. Nos gobierna una pandilla de inútiles y nuestro rey es un mastuerzo. No quiero ver cómo lo destrozan entre todos. Sólo me apetece retirarme a Kriebowitz, [83] ver pasar las estaciones y esperar tranquilamente que llegue mi último día. Sobre quién se quedará con esto..., pues tú no, bien lo sabes. Si se pusieran juntos todos los que te odian saldría un *armeeorps* [84] —reían, aunque con amargura—. Lo normal será que Fritz-Willy —un apodo para la estricta intimidad— busque alguien acomodaticio, que no le suba problemas y que lo filtre todo. Uno como Knesebeck —Gneisenau asintió; era el candidato lógico si las perspectivas de conflicto acababan por desvanecerse; sería un desastre si tuviera que dirigir una guerra, pero en tiempo de paz no había razón para pensar que lo haría peor que cualquier otro; la diferencia subjetiva era que con Knesebeck no debería pasar a la reserva, lo que sí sucedería con Bülow, Yorck o Kleist—; ha sido el ayudante más obediente de todos los que ha padecido y en Viena, por lo que cuentan, aunque no ha hecho nada distinguido tampoco ha metido la pata. Tú no vivirías mal con él, aunque sabe Dios qué hará. Igual pone a Tautzien.

—Tardará en contestarte.

—Lo que hace siempre. Si algo detesta es tomar decisiones. Tampoco hay razón

para que se dé prisa. Todo está tranquilo, y ponga a quien ponga seguirá igual de tranquilo. Mientras siga en Viena tirándose condesas —ninguno de los dos sonrió; si Friedrich-Wilhelm tenía ganas de casarse, pues que lo hiciera; sería por demás razonable que se buscara una segunda reina que le ayudase a criar la caterva engendrada con la otra, pero aquel dejarse llevar del ronzo por una condesa casada y con cuatro hijos, por muy formidables que fueran sus tetas, no era un espectáculo edificante—, lo normal será que lo deje correr. Cuando vuelva de allí..., pues cualquiera sabe, August. Cualquiera sabe.

Florenxia, viernes 3 de marzo

El ministro inglés en Florenxia estaba consternado. La razón era una nota enviada por la representación británica en Génova. La firmaba Sir Neil Campbell; decía que, al fondear en Portoferraio, un agente británico le comunicó que Bonaparte se había hecho a la mar el domingo 26, con su tropa. De ciertos papeles encontrados en i Mulini se deducía que su rumbo era Génova, para desde allí ganar Nápoles, por tierra; era el camino que le permitiría estar menos tiempo a flote, reduciendo el riesgo de ser interceptado por un *man o'war* inglés. De ahí, pues, marchó a Génova, donde acababa de fondear, pero allí nadie sabía nada de Bonaparte. Su intención era volver al mar a fin de cortar cualquier rumbo meridional, ya que si hubiese aproado a Francia no le podría interceptar. Le rogaba que retransmitiese aquella nota, junto a cualquier otra información que pudiese recabar, al First Sea Lord y a Lord Castlereagh, en Londres, a Lord Wellington, en Viena, y a la embajada de Su Majestad en París.

La consternación de Lord Burghersh partía de una seguridad: las potencias aliadas pensarían que Lord Liverpool dejaba escapar al Ogro para crear inestabilidad. El riesgo de una guerra civil en Francia si el tal osara regresar allí serviría para que su rey se volviese más sumiso de lo que acostumbraba, lo que sólo podría ir en beneficio de Inglaterra. Se organizaría un escándalo, del tipo que acaba en la horca con el que hubiera metido más la pata. Ese puesto era de Sir Neil; su irresponsabilidad en la vigilancia de Bonaparte resultaba clamorosa, y encima por un asunto de faldas, un *affaire* peor que tormentoso con una signora Cecilia Bartoli, Contesse di Miniacci, que sin duda redondeaba sus ingresos de meretriz elegante trasladando a Bonaparte todo lo que dijese aquel imbécil. Bien, el colgado sería Sir Neil, pero él no saldría indemne. Su sentido de la cortesía le había llevado a no ser tan explícito como habría debido en sus críticas a Sir Neil. Una imprevisión de la que no tardaría en arrepentirse, volvió a pensar tras empuñar la pluma, no sin antes ordenar que se alistasen los mejores correos, porque antes de una hora deberían salir hacia Viena, París y Londres.

Bruselas y París, domingo 5 de marzo

Álava se había ido a la cama molesto por no izar su bandera, ya que la conformidad de Cevallos seguía sin llegar. Quizá su jefe no tuviera claro cuál debería ondear en la Rue de l'Empereur 8, pues la que cien años antes implantara Felipe V, [85] primer Borbón de los seis que llevaba padecidos la desdichada España, se vio tan arrastrada en Bayonne que igual no convenía mostrarla. No sólo eso: hacerlo indicaría sometimiento de los Borbones españoles a sus primos franceses, y los tiempos no eran los mejores para tales vergüenzas. De sus conversaciones con Wellington extraía la conclusión de que arrimarse al árbol francés no depararía la mejor de las sombras. El inglés era más frondoso. No ya *per se*, sino a la vista de los levantamientos en las colonias. Si algo necesitaba España para enfrentar lo que se venía encima era no llevarse mal con El Inglés, pues en otro caso sería difícil que llegase a Las Américas algún transporte de tropas, y de allí el oro que tanto necesitaba el Estado. A todo eso se debía que, tras larga reflexión, decidiese izar la de Carlos III, el único Borbón que a su juicio no fue un cretino total. Cuando menos aceptaba consejos. En su reinado, y en los anteriores, los encuentros de la Marina Real con la Royal Navy se contaban por derrotas; unos cuantos, su tío Ignacio a la cabeza, sostenían que una de las causas era que, una vez la batalla en marcha y habiéndose llenado los aires de humo negro, los barcos españoles apenas se reconocían entre sí, mientras los ingleses, con aquellas enormes Cruces de San Jorge gualdrapeando en todos sus palos, siempre sabían cuál era de los suyos. A eso se debió que su secretario de Marina, Valdés, convocara un concurso de ideas, a resultas del cual propuso a SCM doce opciones distintas. En mayo del 85 Don Carlos eligió una para los buques de guerra y otra para los mercantes; bajo la primera, roja y amarilla, fácil de identificar incluso en la peor de las nieblas, el guardiamarina Miguel de Álava se hizo a la mar por primera vez. Bajo ese pabellón recorrió los siete mares y combatió docenas de veces, siendo la última el desastre de Trafalgar. Era Su Bandera, y en la práctica la de su país, ya que ondeaba en los arsenales y fortalezas de la Marina Real, y en los pocos barcos que aún flotaban. De ahí que aquel día se levantara con la decisión tomada. La bandera, que le acompañaba desde Vitoria, yacía en un arcón. Acompañado de un consejero que no veía la razón de tanta ceremonia, salieron a la calle y la izaron con toda la majestad que pudieron movilizar, que no fue mucha porque caían chuzos de punta.

—Mi general, ¿no estaremos metiendo la pata? Es que no sé si nadie reconocerá esta bandera.

—Ya lo harán. Es muy bonita, si se fija usted —el consejero levantó las cejas, escéptico—. Es porque no es una bandera. Es una señal. Las banderas son trapajos despreciables con los que algunos pretenden afirmar su independencia de los vecinos,

de ser distintos de sus hermanos y de sus primos. Esta sólo nació para que nuestros serviolas distinguieran al amigo del enemigo. Es un instrumento funcional, no un símbolo dinástico. De ahí que sea tan hermosa. La belleza de los objetos, Miniussir, depende de su funcionalidad. De que sirvan de algo. La flor de lis sólo sirvió para que nos odiáramos los unos a los otros. Esta es otra cosa. O debería serlo.

Habrían vuelto al interior de la embajada, pero se detuvieron al pararse frente a ellos el carruaje del Prins van Oranje, que aquella mañana, cosa en verdad rara, se levantaba temprano.

—Miguel, ¿no lo sabes? —el general negó con la cabeza, en gesto de perplejidad—. Boney se ha escapado. Más de un almirante debe andar preocupado por su pescuezo. ¿Qué cómo lo sé? Por un propio de Graham. Voy a verle, para que me cuente más. Vente luego y te pongo al día.

El embajador y su consejero se miraban, perplejos.

—¿Y ahora qué pasará, mi general?

—Ni la menor idea. Sólo sé que debemos mandar un despacho. En buena lógica ya se sabrá, pero la lógica no abunda en Madrid. Además, nuestra embajada, la de Londres y la de Viena son las únicas en servicio. Las únicas con un embajador capaz de mandar mensajes. Bueno, y un consejero —se sonrieron—. Ningún otro ha tomado posesión y todavía tardarán en hacerlo. Es que son duques, y condes..., ya sabe. No estará de más que Cevallos advierta quién trabaja y quién no.

Las noticias llegaban a París al tiempo que a Bruselas. Napoleón había desplegado a lo largo y a lo ancho de Francia un telégrafo de naturaleza óptica, el cual dejaría en pocas horas el tiempo necesario para recibir en París, o transmitir a los puntos más alejados del hexágono francés, las noticias relevantes y las órdenes urgentes. Cuando funcionara sería un avance magnífico, pero el caso era que acababa en Lyon, y eso sin considerar la irregularidad con que funcionaba y las pocas palabras que permitía transmitir. A eso se debían los cuatro días que tardó aquel telegrama en llegar al rey, para desde ahí, tras dejar éste caer con el hastío de los soberanos un indiferente «parece que Bonaparte ha escapado de su isla», regresar a las del barón Vitrolles, secretario del Conseil Privé, y después a las de Blacas. Bonaparte debía de estar muy desesperado para perpetrar ese disparate, se decía el Ministre de la Maison du Roi. Sus posibilidades de llegar a París, juzgaba sin el necesario desapasionamiento, eran nulas. Sin embargo, las que tenía de hacerse con alguna ciudad donde sus simpatizantes fueran mayoría, como Grenoble o Lyon, y desde allí declarar una guerra civil, sí merecían una reflexión.

Dos horas después, y tras reunirse con Soult, mandó enviar contra el Corso los regimientos acantonados en Grenoble. Pese a eso no se quedó tranquilo, por mucho empeño que pusiera Soult en afirmar que Bonaparte no tenía nada que hacer. En los

últimos tiempos andaba todo tan mal que a menudo se preguntaba qué más podría ir aún peor. Bien, ahí estaba la respuesta.

¿Se habría fugado de verdad? ¿No le habrían soltado los ingleses? De ser así, ¿para qué?

Pues no podía estar más claro, se contestó con un profundo malestar: para provocar una guerra civil, desposeer de su trono al rey Louis y entenderse con un Bonaparte domesticado, ansioso de no volver a verse solo contra todos. Quizá para Liverpool, y para esa serpiente de Castlereagh, los enemigos a batir habían pasado a ser Alexander y Friedrich-Wilhelm.

¿Y qué diablos estaría enmierdando Talleyrand? ¿Qué habría hecho para que los ingleses decidieran liberar a Bonaparte o, si no tanto, mirar hacia otro lado mientras organizaba su fuga?

El Duc d'Otrante también conocía la noticia. El ambiente ciudadano era de tranquilidad, pero bien sabía él lo mucho que cambiaría en cuanto empezaran a esparcirse rumores. Aun así, no era lo que centraba su atención. Era la fría evaluación de las oportunidades del Corso. Tenía muchas, aunque no todas. El aparato estatal estaba en manos del rey, como el Ejército y la Guardia Nacional. Si Louis supiera explotar esa ventaja tendría la partida ganada, pero era demasiado irresoluto para jugarla bien. Su Conseil Privé, desde que marchase Talleyrand, era la lista de los cretinos más grandes que se pudieran encontrar en Francia. Eso ponía las posibilidades de Bonaparte más altas de donde por número y fuerza les correspondía. Contaba, sin duda, con su influencia en el soldado francés, incluyendo a la oficialidad y al generalato. No sólo le añoraban, sino que la llegada de Louis XVIII fue la licencia para más de la mitad, a media paga los oficiales y a nada los demás. Las perspectivas se habían vuelto muy duras para el soldado francés y no mucho mejores para el oficial de carrera. Con Napoleón regresarían los buenos tiempos. De momento no había más por evaluar. Era cuestión de permanecer atento y vigilante, su estado natural. En cuanto a su apuesta, no tenía por qué realizarla. Mejor dicho, apostaría por los dos, Louis y su viejo amo. La vida sólo es larga para los tramposos.

Le llegaba un mensajero de Les Tuileries: Vitrolles le ordenaba presentarse a SCM. Muy nervioso debía de estar para quererle ver, siendo, como era, el *votant* ^[86] más notorio. Sería una gran oportunidad para no comprometerse pareciendo que lo hacía, diciendo, por ejemplo, que todo dependería del primer regimiento que se despachara contra el Usurpador; si se pasase a su bando, los que marcharan tras ése harían lo mismo, así que SCM debería elegir uno de fidelidad contrastada. Con una toma de posición como esa, ni l'Empereur ni *le Roi* podrían jamás acusarle de deslealtad.

Viena, lunes 6 de marzo

Los representantes de las ocho potencias llevaban horas reunidos, lo que les pasaba factura en fatiga, irritación y, en el caso de Talleyrand, un mortal hastío. Le costaba seguir las palabras del que se hallara en uso de la suya, por entonces el insufrible Labrador. Parecía mentira, se decía con asombro y ya era difícil que le asombrase algo, que con un orden del día como el de aquella tarde, cómo llevar a Friedrich-August la gran noticia de que podría conservar tres quintos de su reino, y qué diablos hacían con la Orden de Malta, se hubieran enfangado al punto de vociferar casi todos a la vez. Él no, ni Wellington, ni Metternich, pero los demás dejaban asomar sin pudor alguno su pésima crianza, como si aquello fuera una lonja de pescaderas y no una reunión de acreditados diplomáticos.

El primer punto fue sencillo: en una hora convinieron que Metternich, Wellington y él mismo viajarían a Preßburg, donde residía el exiliado Friedrich-August, para convencerle por las buenas, y si no explicarle cuáles serían las malas, de que sancionara el asunto. De ahí habrían debido pasar al segundo, que se suponía incapaz de alterar a nadie, pero Labrador se obstinó en debatir cómo se plasmaría la consolidación de los acuerdos en los pertinentes tratados bilaterales entre las ocho potencias allí representadas, más la propia interesada —Sachsen, o Sajonia como se obstinaba en decir por su ridículo afán de pasar al español los nombres de las ciudades y de las personas—; no sólo eso, sino que vociferaba su oposición a dejar la mesa sin que se antes se acordara un acta coherente. Sus modales eran conocidos, de modo que, como era usual, los demás habrían ignorado sus inconciliables puntos de vista para dar paso a un acta sibilina que dejara satisfecho a todo el mundo, pero esa tarde los rusos, a los que pronto se sumaron los prusianos, querían aprovechar el *merder* para pescar alguna perca despistada, de modo que la sesión devino tan inacabable como tempestuosa.

Lo razonable habría sido que, tras alcanzar un acuerdo de mínimos que no contradecía lo que por separado habían convenido Metternich, Castlereagh, Hardenberg, Kapodistrias y Talleyrand, el cual debería ser sustanciado por una subcomisión formada por La Besnardière —el mejor tratadista de las docenas que infectaban la ciudad—, Anstett —un alsaciano a sueldo de Alexander— y Gentz, y se levantara la sesión, pero Wellington quería cubrir el objetivo señalado, y así, a regañadientes, a Metternich no le quedó más opción que poner sobre la mesa el segundo asunto del orden del día.

La isla de Malta, una posesión de Reino de Aragón, fue residencia de la Orden —por concesión de Carlos I— hasta que los caballeros se rindieron a Napoleón en 1798. Los ingleses la tomaron en 1800, y aunque no lo decían su intención era no irse, pues con Malta y Gibraltar controlaban el Mediterráneo. El propósito de Labrador al crear tal clima de impaciencia era sacar ventaja del agotamiento de sus

contrapartes y obtener un acuerdo beneficioso para su causa, con lo cual demostraba que su conocimiento del alma diplomática era similar a su talento como anfitrión. La primera salva en su contra partió del conde Löwenhielm, el aburrido plenipotenciario sueco, que si se hallaba presente sólo era por evitar que su ausencia fuese aprovechada por los rusos para birlarle Noruega, la que tan a duras penas había rapiñado a la impotente Dinamarca tras ceder su parte de Pommern y Rügen a los insaciables prusianos. Su vengativa propuesta fue respaldada por los demás plenipotenciarios, tan deseosos como él de asestar un estacazo al colega español. Consistía en traspasar a la Orden la isla de Menorca, recientemente recuperada para España. Dado que no lo hizo un ejército español, sino el almirante francés Michel de La Galissonière, lo que de paso acabó con la vida de su contraparte inglés, Sir John Byng —cada diez años, con cualquier pretexto, el Almirantazgo fusilaba un almirante; no había procedimiento más eficaz para mantener a los demás en una forma prodigiosa—, el solemne Löwenhielm, al que costaba esfuerzo mantener la seriedad ante la desorbitación del marqués de Labrador, opinaba de buena fe que Su Cristiana Majestad, el rey Fernando VII, no estaría en contra de ofrecer aquel cobijo, que tan barato le había salido, a los honorables caballeros.



Fernando VII por Vicente López

Sin apercibirse de las sofocadas risas de sus crueles iguales, Labrador prorrumpió en un iracundo aserto contra los pretendidos caballeros, afirmando que se comportaron de un modo tan cobarde que no merecían un lugar bajo el sol, y que si algo procedía en derecho y en justicia no era buscar cobijo a tan vergonzosa caterva, sino que Inglaterra devolviese Malta, pues cuando el rey Carlos I la cedió a los Hospitalarios en 1530 lo hizo en concepto de arrendamiento, cuya renta sería un halcón peregrino al año —los plenipotenciarios, salvo Talleyrand, elevaron sus cejas; si éste no lo hizo fue por saber cómo fijaban sus precios los soberanos españoles—; dado que aquel contrato fue roto por los infames caballeros al no defenderse del Usurpador, y como de ningún modo se planteaban los presentes que regresaran a Malta, los derechos sobre la isla deberían revertir a la potencia que seguía siendo su propietaria en derecho. Encantado con el estupor que caía sobre la fatigada conferencia, añadió que si el duque de Wellington estaba tan deseoso de conseguir a

la indigna Orden un lugar donde vagar, bien podría cederles un condado de los muchos que poseía en Irlanda. His Grace ni pestañeó. Su opinión sobre Labrador era notoria: «es el tipo más estúpido con el que jamás me haya cruzado», según la venenosa duquesa de Sagan había filtrado a todo el mundo, de modo que prefirió responder según acostumbraba en el caso del plenipotenciario español: con su más británico desprecio. Sobrevino un silencio indeseable, con todo el mundo fingiendo consternación, salvo el marqués de Labrador, en pie y dirigiendo a la sala cejijuntas y desafiantes miradas a babor y a estribor, hasta que Talleyrand, sintiéndose obligado a decir algo que favoreciese a Francia, por si al socaire del agotamiento general conseguía que colase, sugirió la posibilidad de buscarles un hueco en Elba, sin entrar a debatir que con eso se haría necesario buscar otro a Bonaparte, o si no en Corfú, ante lo cual se levantó Kapodistrias como impulsado por un resorte, pues por algo era de allí. Según adujo, la representación rusa se negaba en redondo a considerar lugar alguno cercano a los Balcanes; bastante confusa era ya la situación en aquellos andurriales para que la Orden de Malta la complicase aún más. El cansancio era tal que, por una vez, nadie se opuso a una propuesta de Hardenberg: que la Orden se buscara la vida ella sola, pues no era responsabilidad del congreso encontrarle un hogar. Sería una injusticia, pero al menos esa vez hubo unanimidad entre las ocho potencias.

Talleyrand fue de los últimos en levantarse. Se preguntaba si aquella noche, como era usual hasta no hacía mucho, su sobrina esperaría en pie con la secular infusión de manzanilla, deseosa de ser informada de los acaeceres del congreso. Las costumbres de Dorothée ya no eran las mismas. Si antes apenas salía por las noches ahora era raro que coincidieran en Kaunitz, y a veces hasta en las recepciones donde se les invitaba. Nunca ponía excusas, aunque no dejaba de comentar alegremente cuando se veían por la mañana —en eso no había cambios; sus ojos seguían siendo lo primero que veía cuando despertaba— lo bien que lo pasó en la cena de la princesa tal, el teatrillo de la duquesa cual o el *vernissage* de la condesa no-sé-cuántos. No tenía queja de su comportamiento como *châtelaine*, pero los síntomas de que la perdía, de que cada día se alejaba un poco más, eran indisimulables.



Marqués de Labrador, España, por Vicente López

Grenoble, Viena y Bruselas, martes 7 de marzo

Bertrand llevaba un diario de fechas, lugares y acontecimientos. Lo hacía en prevención de la futura impaciencia del Emperador, que tarde o temprano preguntaría «¿dónde me vitorearon por primera vez?». No contestar sería tan desaconsejable como inventarse la respuesta, porque su memoria era implacable; recordaría minutos después o días después, pero lo haría, y él se quedaría con las vergüenzas al aire. A eso se debía su anticipada satisfacción por responder «en Digne, Sire; el sábado 4; serían mil almas, en la plaza mayor y a las cinco de la tarde». Tampoco dudaba que algún día querría saber «¿dónde nos desplegamos listos para combatir?». La respuesta sería «en Sisteron, Sire; la mañana del 5; Cambronne y treinta granaderos para tomar el puente, pero los defensores huyeron; de allí, sin obstáculos, a Gap». «¿Y qué tal nos recibieron? No como en Digne, ¿verdad?». «No, Sire, porque nadie salió de su casa; les dábamos miedo». Debería pensarse si responder así. A l'Empereur no le gustaba pensar que pudiese atemorizar. Tampoco le recordaría el estar preocupado por ser ya siete días en suelo francés y que sólo se hubieran incorporado un soldado y un gendarme. La Provenza no era buen terreno para su causa, pero tampoco esperaba eso. No por él, sino por la moral de la gente, que podría venirse abajo si no llegaban entusiastas; siendo mil, poco podrían hacer cuando se les cruzara el primer regimiento de los muchos que Louis enviaría contra ellos. Sobre lo que no preguntaría sería por lo sucedido en Saint-Laurent de-Mure la tarde anterior, cuando mandó calar bayonetas frente a un puente defendido por dos compañías de la Guardia Nacional; gracias a Dios fue verles desplegarse y huir en desorden, pese a ser suficientes para que tomarlo costase sangre, pero el que los mandaba no debía confiar en el ánimo de sus huestes. Aun así, l'Empereur prefirió no ir más allá, pues ya era de noche. Sería impropio de las costumbres francesas, pero de ningún modo podía permitir un dejarse rodear en la oscuridad.

Aquella mañana se levantaron con el sol. Poco después, a la entrada de Laffrey, l'Empereur comprobó que su desconfianza estaba justificada: la vanguardia se dio con el 5.º de Infantería. Tenía muy pensado qué haría cuando llegara ese momento, pues ordenó que la fuerza se pasara los mosquetes a la mano izquierda con las bayonetas invertidas, en disposición de no buscar batalla. El coronel Mallet protestó vivamente, afirmando que sería una gravísima imprudencia, pero Napoleón le contestó, con hastío, que se limitase a cumplir sus órdenes. Tras eso siguió avanzando, destacándose unos metros de la primera línea de sus *grenadiers-à-pied*, hasta llegar a un disparo de pistola de los soldados del 5.º, a los que su coronel había ya mandado cargar y apuntar. Se detuvo y les miró con detenimiento, para terminar diciéndoles que si en sus filas había uno solo deseoso de matar a su Emperador, pues que ahí estaba su pecho. El coronel del 5.º, percibiendo que aquello se le iba de las manos, mandó abrir fuego, pero nadie le hizo caso; el 5.º no se había perdido una

campana de *le petit caporal* desde los tiempos de Rívoli, cosa que quizá no supiera el iluso que lo envió a Laffrey. Serían docenas las veces que habían avanzado a su lado, tan indiferentes como él al fuego enemigo. Demasiadas para matarle como a un perro. En lugar de obedecer, los soldados del 5.º bajaron sus armas, rompieron filas, prorrumpieron en estruendosos «*¡Vive l'Empereur!*» y corrieron hacia él deseosos de besarle las manos, las cuales les ofrecía tan enternecido como cualquier padre amantísimo. Sus fuerzas acababan de doblarse —a excepción del coronel, ya galopando hacia Grenoble—, sin haber disparado un tiro.

Más allá, en Vizille, se dieron con otro regimiento, el 7.º de Infantería. Desplegado para rendir honores. A su frente se hallaba el coronel Charles Huchet, conde de la Bédoyère; planeaba pasarse a las filas de l'Empereur desde que supo del desembarco en Golfe-Juan. Sería el primer oficial superior en hacerlo. Una hora después, el 11.º de Infantería y el 4.º de Húsares hacían lo mismo, también con sus coroneles. A las órdenes de l'Empereur ya formaban cuatro mil hombres bien equipados, de los que más de mil eran jinetes. Una fuerza respetable, aunque sin artillería. Tal como iban las cosas, en Grenoble la tendría. En las diez horas que aún tardaría en alcanzarla se le unieron otros dos regimientos, así como docenas de voluntarios. Se le vitoreaba en todos los pueblos. El camino, que hasta entonces sólo tenía espinas, se volvía de rosas. Llegó a las nueve, a la luz de las antorchas y al frente de su ya lustroso ejército, que según La Bédoyère, al que había nombrado jefe de sus aides-de-camp, totalizaba seis mil hombres. La ciudad rebosaba entusiasmo y no sólo por su conocida devoción bonapartista. El sueño de muchas noches de insomnio en i Mulini, comenzaba, por fin, a cristalizar.

El Kanzler se fue a dormir de madrugada, tras ordenar a Giroux, su *valet* desde hacía muchos años, que no le despertara. De ahí su malhumor cuando el pobre hombre le zarandó respetuosamente al filo de las seis, balbuceando que debía entregarle una carta recién llegada de Génova. Metternich, en el estado conocido por «conciencia onírica», señaló la mesilla y volvió a dormirse, ante lo cual Giroux se abstuvo de insistir, pese a saber qué pasaba, pues el correo no sólo le dijo de dónde venía, sino que la carta explicaba lo que todo el mundo sabía: que Bonaparte se había fugado.

Metternich, tras despertar una hora después con algún sobresalto, se daba por enterado de que su cónsul en Génova, con fecha 2 de marzo, hacía saber que Sir Neil Campbell, comisionado británico en Elba, se dejó ver en el puerto, acalorado si no descompuesto, preguntando a las autoridades si conocían el paradero de Bonaparte, del que no se sabía nada en Elba desde la noche del 26. Tras eso volvió a su barco para zarpar con rumbo desconocido. Si un don tenía el Kanzler era despertar con la cabeza sobre sus hombros, de modo que llamó a Giroux y le ordenó entregar aquel

papel al secretario de guardia, para que lo tradujese al francés y enviase copias a Lord Wellington, al Fürst Hardenberg, al Graf Nesselrode y al Prince de Talleyrand. Tras eso comenzó su avío matinal, aunque no sin antes enviar un propio al Hofburg, pidiendo al secretario del Kaiser que le procurase audiencia urgente. Sentía una desasosegante sensación de culpabilidad, no por haber desperdiciado una hora, sino por si algún otro mensajero, de algún otro cónsul, había llegado después pero a causa de su pereza no era el Imperio Austríaco quien daba la noticia. Se la sacudió tras haberse acicalado con el esmero habitual: si no había llegado a su despacho ningún otro mensaje, cuando los suyos ya debían de estar en las cuatro legaciones principales, era por haber ganado esa pequeña carrera de prestigio.

En realidad no la ganó, ya que Wellington lo sabía desde medianoche. No dijo nada porque no era una noticia para compartir, sino para reflexionar. Boney contaba con mil hombres, trescientos a caballo. Como fuerza militar era irrisoria, de modo que no buscaría un enfrentamiento. Era una simple buena escolta, suficiente para cruzar la Península Itálica de norte a sur, buscando la hospitalidad de la corte de Nápoles, donde su viejo secuaz Murat y su hermana Carolina reinaban en precario. No sonaba mal, pero una segunda reflexión le indujo a pensar que, por mal que pudieran recibir a Boney en Provenza, su destino era Francia. En cualquier caso, aquello era secundario. Lo que importaba era desmentir lo primero que pensarían Metternich, Hardenberg y Alexander —Talleyrand, no; era demasiado inteligente—: que Inglaterra le había dejado escapar. Los hechos apuntaban ahí, pues no era creíble que todo se debiese a que Sir Neil fuera un irresponsable, pero el que pensase así debería explicar los beneficios de tal monstruosidad. A él no se le ocurría ninguno; aquella fuga no ya pondría patas arriba todo lo acordado, sino que iba contra los intereses británicos, así que de ningún modo podía ser verdad..., o no. El pensamiento de Castlereagh alcanzaba cotas de perfidia inimaginables para el humano común, bien lo sabía él. ¿Habría planeado una operación tenebrosa sin la decencia de avisar? Eran amigos, aunque para Castlereagh eso no significaba gran cosa cuando afloraban sus deseos de ser *premier*. Mejor sería mantener eso que Nelson llamaba «mínima silueta». Cuando menos unas horas, las que tardara en llegar el próximo correo, el de a saber dónde.



Joaquín Murat, Rey de Napoles, por Gérard

A Talleyrand la noticia le alcanzó en su *toilette*, con Dorothée comentando su plan de la tarde: asistir al ensayo de una comedia organizada por Sophie Zichy para después asistir a la representación en la Großer Redoutensaal de una ópera cómica de François-Adrien Boïeldieu, *Le Calife de Bagdad*, una que había hecho reír a media Europa desde que la estrenaran en París quince años antes. La comedia de Sophie le hacía ilusión; no era la primera en que participaría, ya que se había visto requerida varias veces para participar en muchas de las que se organizaban. Sus rasgos y su voz —muy bien timbrada; en eso también era diferente de sus chirriantes hermanastras, que cuando se salían del susurro recordaban en demasía el girar de unos goznes herrumbrosos—, así como su dominio del alemán, el francés y el inglés, la convertían en irresistible para determinada clase de papeles, de perversa malísima, con los cuales

no podía ocultar que se lo pasaba en grande. Al poco de llegar a Viena explicó a las Zichy aquella inocente diversión tan popular en París —nacida de una costumbre que permanecía sepultada bajo la losa de atroz puritanismo impuesta por Bonaparte y que resucitó un año antes, nada más comenzaron a verse por las calles soldados con brazales blancos—, con lo cual quedó fichada de inmediato. A eso se debía que cada dos por tres se viera envuelta en una lectura, un ensayo o una representación, actos todos ellos en los que su tío excusaba su presencia. Le parecía bien que los jóvenes se divirtieran, pero su naturaleza se inclinaba por otras formas de disfrute, más del pensamiento. Gracias a su abstención Dorothée siempre se hallaba en condiciones de despistar unas cuantas horas, lo que más de una vez le servía para no leer y no ensayar.

Al «ensayo general con todo» de la tarde asistirían no sólo las actrices —la trama sucedía en un templo de vestales, bienaventurados lugares donde rara vez hacía frío—, sino unos cuantos espectadores, caballeros todos ellos y por demás interesados en la trama dramática. Su secreto compañero de juegos no sería de la partida, pero no le importaba. El talento es algo que la naturaleza otorga para ser exhibido, y ella disfrutaba exhibiéndolo, al punto que alguna vez se preguntaba si aquella pasión por las tablas, sobre todo si tenía que aparecer semidesnuda, no sería simple y puro exhibicionismo.

La preocupante noticia llegó en un sobre cerrado, entregado en mano por un oficial de la guardia del Kanzler. Lo quiso tender a su tío, suponiendo que si era un asunto grave lo querría leer por sí mismo, pero él declinó con la mano, en gesto de hastío. Era muy breve, y casi al momento se arrepintió de comentar que aquello liquidaba sus planes del día, cuando menos los dramáticos.

—No te alarmes, que nada cambiará. Ni tu ensayo, ni esa ópera que Dios confunda. Ya lo verás.



Klemens-Wenzel, Fürst Metternich, Austria, por Sir Thomas Lawrence

Nadie se perdió *Le Calife de Bagdad*. La razón de tan gran éxito no tenía que ver con la obra, sino con el *souper* y el baile que le seguiría. Esa noche, sin embargo, eran pocos los interesados en bailar. Lo que apetecía era formar corros en derredor de los más al día, en demanda de información no ya sobre los hechos acaecidos, sino los venideros. Los corros se diluían poco a poco, pues los tenidos por mejor informados eran, a su vez, los menos dados a comentar las expectativas del Corso. Las atenciones se congregaban alrededor de los menos herméticos, pese a ser notorio que su expansividad sólo transmitía humo envuelto en altisonancia. Cathcart, el primer plenipotenciario inglés, descollaba en esa categoría, seguido a pocos cuerpos de Dalberg, su equivalente francés, y el amable Razumovsky, muy recuperado de su incendio. Los que de veras *sabían* sólo secreteaban con sus iguales. Al cabo de una

hora, o algo más, habían cubierto una vuelta entera del gran salón, hasta embarrancar unos sobre otros en el área oficiosamente denominada «de soberanos», donde acercarse no era fácil, porque si no se daba la talla surgía un ayudante del Fürst Metternich para, con gran suavidad y exhibiendo la portentosa escuela de la diplomacia vienesa, conducirlo a lugares menos comprometidos. A eso se debía que, ya de madrugada, el Kaiser, Metternich, el Zar, Kapodistrias, Wellington, Talleyrand, Hardenberg y Humboldt comentaran la gran novedad. No lo hacían en la soledad de los unos con los otros. Les complementaban, a manera de catalizadores, la princesa de Bagration, la duquesa de Sagan, la gran duquesa Ekatherina Pavlovna y la condesa de Périgord.

A esas alturas, tras haber hecho numerosos honores colegiados a la bodega del Kaiser, tantos que a éste se le detectaba cierta inseguridad, al Zar se le había subido la sangre a la cabeza, y quizá más cosas. El peligro estaba en que, a diferencia del Kaiser, tenía muy mal vino, de lo que se tenían numerosas pruebas; en aquella ocasión no parecía en favor de mantener el tono amable del que aún se servía, sino de hurgar en la herida británica con más mordacidad de la que sugeriría un diplomático de raza. De ahí que cayera un espeso silencio cuando, señalándole con el dedo en gesto acusatorio, se dirigió a Wellington en un tono más elevado de lo recomendable:

—¿Por qué le han dejado ustedes escapar?

—¿Por qué Vuestra Majestad le puso allí?

La condesa de Périgord, que hasta entonces tenía buena opinión de Wellington, la pasó a excelente. Qué vivacidad, qué tono y qué compostura. La de un ser superior, aunque también era verdad que para superar al Zar no hacía falta serlo. Su hermanastra Mina, que se hallaba en óptimas condiciones de comparar, horas antes explicaba, mientras revisaban sus respectivos atavíos, que no había color, salvo en la franja ecuatorial, donde ninguno de los dos valía gran cosa.

Talleyrand se abstuvo de sonreír. No sólo porque conocía la delicada hipersensibilidad de Alexander, capaz de negar el saludo de por vida por motivos más fútiles, sino porque al ser un experto en frases lapidarias, a menudo celebradas, sabía reconocer el estilo. Wellington no improvisaba. Debía traer aquello muy pensado. Un punto a su favor, aunque ponía de relieve que si había dedicado tanto esfuerzo a preparar aquella respuesta, y seguramente algunas más, era por no sentirse muy seguro del terreno que pisaba. Igual era verdad que tras la melodramática fuga del Corso se hallaba la sinuosa mente de Castlereagh, rara vez comprensible a la primera. El buen Robert, de haber nacido en el *quattrocento*, habría sido un Papa sólo comparable a San Rodrigo Borgia.

Wellington no quería dejar en su estela un Zar desarbolado; de ahí que le tendiera un capote, para lo cual necesitaba volver sus piezas contra Talleyrand, calculando que sabría disculpárselo.

—No tiene nada de particular que Bonaparte haya escapado. Estaba, todos lo sabemos, acorralado entre la bancarrota, la deportación y el asesinato. Encierren a un tigre en una jaula mal cerrada, amenácenle, hostíguenle y déjenle sin comer, y ya verán sus excelencias lo que pasa.

Talleyrand permaneció imperturbable, pese a que aquella salva iba por su rey, partidario de matar de hambre a Bonaparte, como a un vulgar Bernat de Rocafort. Se preguntaba si el tablero europeo no estaría de nuevo a punto de saltar por los aires. El nerviosismo del Zar y la inseguridad de Wellington le hacían pensar que todo el mundo valoraba la situación a partir del principio fundamental que regula la convivencia de las naciones: el más helado egoísmo. Si estaba tan seguro era porque se puso a eso mismo cuando aún le lavaban los pies. Llevaba todo el día dando vueltas al asunto, habiendo ya entresacado algunas conclusiones. La principal, que si el Zar no estuviera tan loco buscaría un acuerdo con Bonaparte para repartirse la Europa central. Ni el Kaiser Franz ni Friedrich-Wilhelm —único que se perdió *Le Calife de Bagdad*; él y la bella Julie, que tampoco acudió, tendrían mejores cosas que hacer— opondrían resistencia, e Inglaterra, tras disfrutar diez meses de *pax britannica* y haber liquidado la última de sus guerras coloniales, encontraría fatigoso enzarzarse otra vez con su enemigo secular, y más tras haberse aliado éste con el mayor irresponsable del continente. A Bonaparte nada podría convenirle más, tanto que no le asombraría saber que ya se cruzaba mensajeros con el Zar. Dado que de Alexander podía esperarse todo, incluso que prestase oído a sus consejeros, y de Bonaparte también, como por enésima vez acababa de demostrar, lo que más le convendría sería determinar qué le vendría mejor, si cambiar de señor o apuntalar al que padecía.

Miniussir caminaba de regreso a la embajada, tras haber pasado la velada en la casona de la Rue de la Blanchisserie que Lord Hay llamaba *the wash house*.^[87] Hay era un caballero dos años más joven y de similar apostura, si bien ahí acababan las similitudes. Como buen primer hijo varón de un duque riquísimo eligió la carrera de las armas, siendo su primera misión ocupar Amberes como ADC de Sir Thomas Graham. En sus primeros tiempos continentales no se divirtió demasiado, ya que los indígenas no acababan de abrirse a sus elegantes invasores. Se comprendía, pues para ellos eran una fuerza de ocupación con la misma misión de todas las anteriores: imponerles un soberano lejano, como cualquiera de los padecidos desde que Philippe le Beau se mudase a la inhóspita Castilla. Que fuera un corso tiránico o un déspota neerlandés —según puntos de vista— daba lo mismo. De ahí que los ADC de Sir Thomas no se prodigarán en Amberes. En Bruselas, por el contrario, se desquitaban. No sólo porque los nativos eran más hospitalarios, sino porque la ciudad sufría una

paralela invasión. La llegada de los Capel, los Creevey, los Lennox y muchos otros más fue muy celebrada por los oficiales de Sir Thomas, no sólo por su agradable talante, sino porque las jóvenes aborígenes, advirtiendo que su encarnizada reserva sólo se justificaría de no haber competencia, se animaban a disputar a las vírgenes inglesas los mejores ejemplares, entre los que Hay destacaba con luz propia.

Las señoritas Lennox ocupaban el centro de la vida social británica. Muy unidas a las Capel, entre todas controlaban no sólo a los más cotizados oficiales de Sir Thomas, sino a cualquiera en situación de ser cazado, aunque fuese cuarentón. La vida de las solteras británicas no forradas era dura, de modo que no dejaban pasar oportunidad de atrapar marido, por mayor y rarillo que pareciese. La oferta local era considerable, pero salvo alguna honrosa excepción les atraía menos, porque tras tantos años de ser franceses los flamencos no dominaban el inglés como deberían, y aunque las Lennox y las Capel fueran capaces de chapurrear algunas palabras en francés no era lo que más les gustaba. De ahí que los seres exóticos, del estilo del joven consejero español tan bien presentado por el general Álava, fuesen recibidos y aceptados con el mismo agrado que, por ejemplo, Lord Hay.

La velada de aquella noche se había convocado para leer lo último de Londres, la ultrarromántica *Mansfield Park*. Su autora, la misteriosa Miss Austen, conectaba de un modo sorprendente con las jóvenes solteras interesadas en hacer una gran boda, como era el caso de aquellas agradables aunque no excesivamente bellas señoritas emigradas. La mente que cocinaba el guiso, la emprendedora y resuelta Lady Mary Lennox, no pretendía crear un *salon littéraire a la Récamier*, por insuficiencia de masa crítica, pero sí organizar un club de lectura donde con alguna regularidad se reuniese la flor y la nata de los caballeros casaderos. A eso se debió que coincidieran Miniussir y Lord Hay.

Miniussir no era un tipo inseguro. Se sabía bendecido con el supremo don de ser muy guapo, aunque de sus escauceos en el círculo donde reinaba Lady Mary sacaba penosas conclusiones. Una, que no era el varón más hermoso. Dos, que tampoco era el más elegante. Tres, que sin duda era el que tenía menos dinero. Eran evidencias de las que determinan una comprensible contención y una prudente censura de las propias audacias, lo cual le hacía sentir un pesar considerable. La razón de que las encontrara poco llevaderas era Lady Jane, la cuarta de las Lennox. Bella, dulce, siempre sonriente aunque usualmente silenciosa, verla por vez primera le supuso un *coup de foudre* del que no se recobraba. Como sucedió con todos sus amores anteriores, era incapaz de respirar si no estaba cerca de su amada, quien, a la hora de bailar un vals —las reuniones comenzaban con lecturas, pero al poco, cuando sobrevenían los bostezos, los músicos de la duquesa se arrancaban con algo de moda en París—, no parecía molestarse si alguna vez la estrechaba un poquito más de lo protocolario. Lo malo era que Hay la estrujaba mucho más, de lo que tampoco se

quejaba. El maldito Hay, que no podía caerle mejor —era divertido, caballero, exquisitamente cortés y nada tacaño; no sólo eso, sino que al saberle superviviente de la carnicería de Toulouse interrumpió las conversaciones para que todos pudieran presentar sus respetos al único héroe de guerra que había por allí; un gran tipo, en suma—, parecía llevarle ventaja en la lucha por el corazón de la joven dama. Un suplicio, como casi todos los episodios de amor imposible que atesoraba en su memoria, pero algo bueno le debía: gracias a Lady Jane ni se acordaba de la ya difuminada Maite. Si algo hacía bien, era eso precisamente: olvidar.

Blücher vivía en un palacete anejo al acuartelamiento de Charlottenburg. Allí se llegaba un Graf Gneisenau de muy buen humor. La causa era un mensaje del embajador en París, el Freiherr von der Goltz. Para cualquier prusiano decente sería la noticia soñada, la clave de recuperar, donde los generales recuperan las cosas, lo mucho que Hardenberg y Friedrich-Wilhelm se habían dejado en Viena.

El príncipe dormía como un tronco, pero su *aide-de-camp*, el coronel Nostitz, no dudó en zarandearle. Aunque llevaba encima una botella de buen *schnaps* no sólo despertó con la cabeza sobre los hombros, sino muy alerta. Llevaba tantos años disuelto en alcohol que una dosis capaz de matar a hombres más fuertes, y más jóvenes, a él no le arrebatava una pizca de lucidez, si bien era verdad que de suyo no padecía demasiada. Gracias a eso no le llevó un minuto valorar el escrito.

—¡El mayor golpe de suerte de nuestra historia; la guerra, bendita sea, empezará otra vez!

Tras eso saltó de la cama, dando brincos. Terminó abrazándose a su leal *aide-de-camp*, mientras su Generalstabschef, que poseía una voz capaz de detener en seco un caballo desbocado, se arrancaba con el vibrante *Wallensteins Lager*, el drama que más le apasionaba del admirable Schiller:

Auf, auf Kameraden aufs Pferd, aufs Pferd,
In das Feld, in die Freiheit gezogen,
Nur im Felde da ist ja der Mann noch was wert! [\[88\]](#)

París, Bruselas, Lyon y Viena, viernes 10 de marzo

Las opiniones sobre la vuelta del Corso eran displicentes, cuando menos en Les Tuileries. Aun así, al ser ya cuatro días sin que se supiese de acción alguna para poner fin a la locura, se alzaban voces de preocupación. La de Madame de Staël, en particular, sostenía un criterio pesimista. No estaba en favor de Bonaparte, al que debía un exilio de diez años —prefería no recordar su entusiasmo por el 18 Brumario, pues con él llegaban un orden y una seguridad que, como todos los franceses con dinero, echaba muy en falta—, pero nunca dejó de reconocerle una gran talla intelectual. Por los Bourbon, en cambio, sólo sentía desprecio. No les veía capaces de frenarle, pues para ello sería necesario que actuaran con una seriedad que de ningún modo mostraban. Dado que no quería estar en París cuando volviese a ser capital del Imperio, tras una última velada en el salón de Juliette, donde intentó convencer a Constant de que la siguiera, se centró en organizar su partida. En principio no pensaba pasar de Coppet, su *château* en la ribera norte del lago Genève; si Bonaparte se llegase a consolidar se iría más lejos, posiblemente a Viena, pero de momento no haría falta. No creía que las potencias fueran a necesitar más de seis meses para volverle a enjaular, los cuales coincidirían con los mejores para vivir en aquella parte de Suiza. Lo que más le preocupaba era el riesgo de aburrirse. Pensaba combatirlo con un séquito de incondicionales, empezando por Juliette. La quería en Coppet no sólo por considerarla bondadosa, divertida y deslumbrante, sino por el coro de interesados en irse a la cama con ella, los cuales jamás dejaban de revolotear a su alrededor, por mucho que hasta en Marte se supiera que Madame Récamier no se acostaba con nadie. Daba por seguro que Constant, al que no podía llevar más del ronzal, acabaría por venir; Chateaubriand, también loco por ella, era más dudoso, pues su destino estaba ligado al del rey. Una pena, pero ya encontraría otros que le sustituyeran. Lo que importaba, se repetía con angustia, era ponerse cuanto antes en seguridad.

Otro día lluvioso, del tipo en que sólo apetece quedarse junto a la chimenea y dedicarse al correo, justo lo que Álava tenía decidido. Hasta la noche no tenía ningún compromiso; había invitado a cenar a Sir Thomas Graham, que acudiría con Lord Hay, su más distinguido ADC. Para equilibrar contaba con Miniussir, de quien sabía por terceros que no se orientaba mal en el proceloso mar de la sociedad británica. No lo criticaba, pues por algún sitio se ha de comenzar, aunque intuía que la presencia en sus aguas de jóvenes atractivas y tentadoras influía en su talante mucho más que la siempre aburrida necesidad de fabricarse contactos, sobre todo en la formidable banca flamenca. Eso corría de su cuenta, y a veces se preguntaba cómo y por dónde comenzar. Billy era de ayuda, pero sólo hasta cierto punto, pues tampoco ponía

empeño en conocer a mucha gente; su interés se concentraba en quienes más se afanaran en hacer agradable su dura vida de príncipe, y esos no eran los siniestros banqueros, tan difíciles de ver fuera de sus tenebrosas madrigueras.

La primera carta interesante procedía de la semideshabitada embajada en París; la enviaba el mayordomo por cuenta del ignoto Almenara, que al fin daba señales de vida. Según decía, la situación no era la mejor para reclamar los 96 cuadros distraídos de la Real Academia de San Fernando. Añadía que allí, en París, los que pensaban que Napoleón prevalecería sobre Luis XVIII ya eran más que los defensores de lo contrario. Se despedía con gran cortesía, diciendo que, una vez viera claro, escribiría de nuevo. Álava se lo quedó pensando. Si al final del proceso iniciado en Golfe-Juan —los periódicos de París, que llegaban con dos días de demora, ofrecían todos los detalles de la marcha— el inquilino de Les Tuileries fuese Bonaparte, aquel cínico Almenara no mostraría otra vez su desvergüenza, porque lo último que haría el otro sería devolver un cuadro, y menos aún a Fernando. Debería explicárselo a Cevallos, y para ello nada como enviarle la carta de Almenara junto con su resumen semanal de actividades. Tras eso se concentró en la segunda. Era de la formidable duquesa de Richmond. Le sorprendió, porque sólo hacía dos días que se habían visto. Al poco valoraba cuán desesperada debía de sentirse para recurrir a él, al fin y al cabo casi un desconocido. El motivo era que dar en Bruselas no ya con una casa, sino con una simple habitación, era imposible. Las noticias de Bonaparte llegaban al mismo ritmo que los cada día más numerosos *émigrés*. Los hoteles estaban a reventar, explicaba la duquesa. Los desalmados con habitaciones libres aprovechaban para llenar la hucha pensando en tiempos peores, tan frecuentes en la historia de la ciudad. Un buen preámbulo, muy teatral, para una fastidiosa petición: ¿encontraría en su casa un huequecillo para dos ahijadas que venían de Dublín y para las cuáles no encontraba espacio decoroso en lugar alguno?

Tras breve reflexión sentenció que de ninguna manera. La idea de albergar a pan y cuchillo aquel par de presumibles irlandesas le aterraba. El problema era cómo negarse sin provocar la ira de la duquesa, que si osaba pedir tales cosas era por lo muy segura que se sentía de sí misma, de ser poco menos que la virreina de Inglaterra. Ciertamente incurriría en el grave riesgo de no volver a figurar en las listas de invitados a las francachelas ducales, de suyo nada espléndidas —era evidente que andaban, ella y su marido, entre la cuarta y la quinta pregunta—, si bien no dejaban de ser buenas ocasiones para conocer gente. Debería buscarse una excusa, y ahí reparó en la tercera carta, en cuyo sobre figuraba no sólo su nombre y su dirección, escritos con una caligrafía claramente femenina, sino un escudo que aun no sonándole justificaba echar mano de la lupa y comprobar que tendría varios siglos de antigüedad: los mismos adonde se remontaba el abolengo de los príncipes de Chimay.

La carta ponía de manifiesto que a la princesa le gustaba perfumar su papel tanto

como su escote y que al sentarse a escribir debía tener ganas de aliviar su alma, pues totalizaba cuatro cuartillas por las dos caras, en letra menuda, bastante clara y sin desequilibrios entre babor y estribor. Tras avivar el fuego de la chimenea, comenzó a leer. Minutos después sabía unas cuantas cosas más que al empezar el sobre. La primera, que los antipáticos servidores con que la princesa le hizo cargar estaban encantados de su caballerosidad. Por lo visto les preocupaba verse atendiendo alguna lamentable familia británica, del tipo que últimamente asolaba la vecindad. Comparando su suerte con la de sus iguales —los sirvientes de las grandes casas, en Bruselas, eran un gremio si no una casta— se hacían cruces de lo buena que había sido, cosa que la princesa no quería que se quedara sin saber. Eso no le dejaba más opción que subirles el sueldo, se decía con pesar. No era tacaño, pero la embajada en el VKN cada día gravitaba más sobre sus hombros. También era verdad que vivir en uno de los inhabitables castillos de Fernando sería más caro, así que mejor no lamentarse. Al menos, por aquello.

La segunda, que un gran pesar había destrozado, un mes antes, el corazón de la princesa: su hijo mayor, Théodore Devin de Fontenay, al que tanto amaba —según Wellington jamás le hizo maldito caso; la princesa debía de tener una memoria muy dócil— y del que tan orgullosa estaba, se le murió a resultas de sus heridas en la defensa de Noguet-sur-Seine. El pobrecito luchó en España y en la propia Francia, distinguiéndose lo bastante para ser teniente coronel y *aide-de-camp* del general Louis-Auguste de Bourmont. Su prometida y ella se turnaron en acompañarle los últimos días de su breve vida, que abandonó dejando en este mundo un par de almas inconsolables que jamás le olvidarían.

«Pues bueno», se decía el endurecido general al pasar página.

La tercera, que su corazón se recompuso días después, el 19 a mayor precisión, al dar a luz a la de momento última de sus hijas, la cual se llamaría Marie-Auguste-Valentine-Louise-Thérèse, explicando que si el último nombre lo escribía en cursivas era porque Monsieur Riquet quería que así fuese llamada en el trato familiar. Con ella le vivirían siete cachorros de once paridos, estando la mayor en trance de casarse aquella primavera, lo que hablaba bien de su calidad reproductora, de la leche con que los engendró —así resumía el general; la princesa lo escribía de otro modo— y del cuidado con que los sacó adelante, ante lo cual no había más remedio que asentir. Para los tiempos que corrían era un porcentaje de supervivencia ciertamente bueno, incluso entre hijos de princesas.

La cuarta, que la situación en París no podía ser peor; siendo preocupante antes de la fuga del Ogro, como esperaba que recordase, había vuelto a los tiempos del Terror. Las calles volvían a verse tomadas por partidas de *sansculottes*, la policía no se dejaba ver y el ejército tampoco. El espeluznante *Ah! Ça ira, ça ira, ça ira! / Les aristocrates à la lanterne*, que tan horribles recuerdos le traía, de nuevo resonaba en

las esquinas, indicando que a la vuelta de nada las *lanternes* crujirían bajo el peso de las princesas. A eso se debía que no saliera de su *hôtel*, pero según avanzaban los días veía que quizá no fuera suficiente cuando al populacho le diera por asaltar palacios. Si eso ya era espeluznante, pensar en un París con el Corso en Les Tuileries le daba pavor, por ser notorio que fue de las que más cantaron y bailaron cuando los austríacos le metieron en una jaula y lo entregaron a los ingleses. De ahí su decisión de buscar refugio en su *château*, con sus hijos. Allí se quedarían en tanto la situación no evolucionase, para bien o para mal —sin explicar lo que para ella serían el bien y el mal—. Monsieur Riquet se quedaría en París, aunque por cautela no en el *hôtel* de Chimay, sino en su casa de soltero de la Rue de la Sourdicre, que aún conservaba pese a vivir desde hacía doce años en la de Babylone.

Álava se preguntaba cuánto habría de verdad y cuánto de histeria. Quizás el recuerdo de los espantosos días que la princesa vivió en sus veintipocos nublab su juicio, como quizá también lo hiciera el instinto protector de una madre recién parida, pero aun así no dejaba de pensar que las cosas podrían estar peor de lo que se comentaba en Bruselas. Bueno, en los ambientes donde se movía. Por lo que decía la Richmond, una nueva oleada de *émigrées* inundaba la ciudad, como en 1790 y 1791. La Richmond. Su carta. Gracias a los cielos, o a su casera, ya tenía una excusa: mi querida duquesa, me gustaría horrores complacerla, pero el caso es que la bruja de la princesa, que Su Excelencia bien conoce, me impuso un contrato draconiano, según el cual no podría dar cobijo ni a mi madre si tuviese a bien resucitar. Eso mismo, algo más elaborado y sin que aflorase la menor pizca de pitorreo, sería lo que contestase nada más acabar de releer la carta de la princesa, que por otra parte decía poco más. Sólo que le gustaría muchísimo se dignara visitarla, se quedase algunos días y le trajese noticias de Bruselas. Lo más sospechoso era esa coletilla reiterándole, si no mandándole, que viniera, incluso poniéndole fecha, reforzada con el inquietante comentario de que allí, en Chimay, se vería muy sola, sin marido y sin amigos. Lo peor de todo: a diferencia de la carta, escrita toda ella en impecable francés, era una coletilla en excelente castellano. De Carabanchel Alto, por más señas.

Igual estaba en vísperas de vérselas con algo más que una oportunidad diplomática, se decía pensativo. Tanto, que tardó un buen rato en dejar de soñar y ponerse a escribir.

No comenzó por la duquesa de Richmond. La princesa de Chimay tenía prioridad.

Las nueve; una hora desusada para Charles-Philippe de Bourbon, Comte D'Artois. Solía levantarse tarde, y a los cincuenta y siete años que ya tenía, mejor llevados que los cincuenta y nueve de Louis, no pensaba cambiar de costumbres. Si su valet le había sacado de la cama casi con violencia era porque la ocasión lo requería. El haber ido a Lyon a revistar tropas tenía por objeto galvanizarlas.

Pretendía que no desertaran alegremente, como los regimientos que las precedieron. Sería una tarea difícil, y tan arriesgada que sólo la palabra de Soult, asegurándole que MacDonald contaba con cuarenta mil hombres, pudo convencerle de ir tan lejos. La estrategia de mandar contra el Ogro un regimiento tras otro se había demostrado inadecuada, porque se los quedaba todos; gracias a eso ya contaba, decían los exagerados, con veinte mil hombres. Sólo se le habían pasado seis regimientos, de modo que no podían ser más de cinco mil, pero aún así *Monsieur* no sentía confianza. Su hermano, sí. De ahí el excelente discurso que pronunció ante las cámaras, en solemne sesión celebrada días antes en el Palais-Bourbon.^[89] Fue breve, aunque hábil, pese a que se percibiera en sus palabras la mano de Madame de Staël, siempre tras las de Chateaubriand, inveterado redactor de todo lo que Louis decía en público. Hasta se permitió prescindir de notas. Por breve que fuera el texto, despenarlo de memoria tuvo mérito. La ocasión merecía el esfuerzo, D'Artois lo reconocía. Se trataba de defender con adecuada convicción las bondades de la *Charte Octroyée*. A eso se debía que dejase París con tan buen ánimo, convencido de que todo iba bien, de que aún iría mejor y de que si volvía con el Corso encadenado nadie discutiría su idoneidad como heredero de un trono que, a la vista de lo gordo que ya estaba su dueño, no tardaría en ser suyo. Charles X, se llamaría cuando así fuera. Por mucho que quisiese a Louis, no veía el día. Lo malo de aquel otro era que llovía como si el mundo se fuese a deshacer, mascullaba según subía los peldaños de la tribuna que MacDonald había hecho instalar. Allí pronunciaría su arenga; tras eso los cuarenta mil se pondrían en marcha y él regresaría donde se hospedaba para entretenerse con ayuda de las autoridades locales, a la espera de verles regresar con el Corso en una jaula, si no con su cadáver subido en un armón. Sin embargo, antes de llegar arriba intuyó que algo no iba bien. Su experiencia en revistar ejércitos no era grande, pero encontraba dudoso que aquella *canaille* sumase tantas almas.

—¿De veras son cuarenta mil?

—Temo que no, Monsieur. Según acabo de saber, han surgido importantes dificultades. Tan graves como para que no podamos contar con el total de la fuerza convocada.

—¿Cuántos hay?

No quería ser excesivamente seco. MacDonald, un *sedanais* de ascendencia escocesa, Maréchal d'Empire desde Wagram, pasaba no ya por leal, sino por no mentir. Quizá se vio tan sorprendido en su buena fe como lo estaba él, pero era el heredero y tenía derecho a saber.

—Alrededor de seis mil, Monsieur. Y mil más de la Guardia Nacional.

Le costó responder. La contemplación de aquella chusma, en absoluto marcial — nada de hombres clavados al suelo como postes: las filas se movían y removían como las espigas de un trigal bajo un aguacero de marzo y un ciclón provenzal, los

fenómenos atmosféricos que por entonces disfrutaban—, le hacía poner en duda que fueran capaces de lanzarse contra el Usurpador y sus *grogards* a la bayoneta calada y con desprecio de sus vidas. Más parecían dispuestos a quitarse los chacós, arrancar las escarapelas blancas y gritar *Vive l'Empereur!* El Comte D'Artois pasaba por estrecho de miras, reaccionario y meapilas, pero desde luego no era imbécil.

—¿Y con esa escoria piensa enfrentarse a Bonaparte? ¿De veras está seguro?

No lo estaba, pero tampoco tenía sentido proseguir la conversación. La escasa confianza que tenía en aquellos regimientos acabaría por disolverse —literalmente— si les mantenía más tiempo en medio de la plaza, en posición de firmes y empapados como peces. De ahí que iniciara una vibrante alocución llamando a la lucha contra el Tirano, invocando el juramento de fidelidad que todos, él también, habían prestado al rey unos meses antes. La tropa, por su parte, no manifestaba entusiasmo. Las expresiones de sus componentes revelaban una regular irritación, quizá por llevar allí, bajo el diluvio, cerca de una hora. Su espeso silencio no presagiaba nada bueno. La situación aconsejaba retirarse, pero D'Artois jamás se había dirigido a formación militar alguna, y menos aún a una de *grogards*, los temibles *chasseurs-à-pied* de la *vieille garde* con que las madres europeas amenazaban a sus hijos cuando rechazaban su cucharada de aceite de ricino. Una de sus compañías formaba frente a la tribuna. El conde reparó en un suboficial; por las condecoraciones que adornaban su pechera debía ser un tipo destacado, de los que poseen ascendiente sobre los demás. En cuatro saltos descendió de la tribuna, desoyendo las súplicas del espantado MacDonald, que sabía de *grogards* y presentía la catástrofe. Así, plantado frente al impasible granadero, le ordenó que gritara *¡Vive le Roi!*

El sargento, cuyas medallas indicaban que había combatido en Marengo, Austerlitz, Iéna y Wagram, se limitó a responder en muy buen tono, aunque no particularmente hostil, ni ofensivo, que de ningún modo gritaría contra su padre y que mucho menos pensaba luchar contra él. No dijo más, pero las carcajadas que brotaban a su espalda terminaron de aconsejar a D'Artois que regresara con MacDonald, para exigirle que lo arrestase por flagrante indisciplina. El Maréchal, distraído, no hizo caso. Su atención estaba en el fondo de la gran explanada, donde alguien izaba una enorme bandera tricolor, que al momento, impulsada por el formidable ventarrón, gualdrapeaba escandalosamente. Al tiempo, y alzándose sobre los murmullos, un agudo *¡Vive l'Empereur!* acabó de convencer a Monsieur de que Lyon era excelente para huir a la carrera. Pálido de pánico ganó su carruaje y ordenó a sus cocheros alejarse a toda velocidad, lo que hicieron al momento, aunque sin poder evitar que les llegara el formidable griterío de ocho regimientos entonando con furor el *Chant du Départ*.

La victoire en chantant, nous ouvre la barrière,

la Liberté guide nos pas, et du Nord au Midi,
la trompette guerrière a sonné l'heure des combats! [90]

Al *maréchal* no le importaba que sus soldados confraternizaran los unos con los otros, pues bien sabía que ninguno le pegaría un tiro. Unos cuantos *grenadiers-à-pied* que formaron a sus órdenes en Leipzig le propusieron con respetuosa sencillez que se uniese con ellos al Emperador, que no debía de estar lejos. Suficiente para MacDonald, que cuando juró lealtad a Louis lo hizo con seriedad. Con gesto de tristeza, y al frente de su minúscula escolta, inició el amargo camino de París.

Napoleón pretendía llegar a Lyon la noche del 9, pero sus avanzadillas señalaban la presencia de un *maréchal* que no se le uniría, pues MacDonald era de los sólo dan su palabra una vez. El 4.º de Húsares, sin embargo, estaba seguro de ser bien recibido, pues otros húsares habían salido a explicarles la escena de la mañana; siguieron adelante, salvo unos pocos que regresaron para explicar lo sucedido y dar detalles de la situación en la ciudad, tan feliz de recibir a l'Empereur que las tiendas habían cerrado. Desde mediodía, pese a la lluvia, los ciudadanos permanecían a la espera de su llegada, con las calles atestadas y mucha gente bailando, no se sabía si de alegría, esperanza o simple histeria.

A la llegada del 4.º cesó la lluvia, como si el clima se incorporase al festejo. A los húsares se les recibía con estruendosos *Vive l'Empereur!*, además de con la *Marseillaise* —no debían saber que Napoleón la detestaba; su himno favorito, *Veillons au Salut d'Empire*, seguía sin ser popular, lo que no conseguía entender—, y también a los compases de una cancioncilla que los bonapartistas de Lyon habían compuesto y musicado en las pocas horas transcurridas desde la singular revista de D'Artois:

Monsieur d'Artois, comme un lion, vole de Paris à Lyon
Mais l'Aigle troublant ses esprits, il court de Lyon à Paris!
Monsieur d'Artois, dans le dangers, est un Achille aux pieds légers!

[91]

La señal de «¡Adelante!» llegó a la cabeza de la columna, detenida en espera de noticias. Suficiente para Napoleón, resuelto a no entrar en Lyon mientras aún estuvieran D'Artois y MacDonald; su regreso debía ser la recuperación pacífica del reinado, no el inicio de una guerra civil. Así, ya seguro del éxito, reemprendió la marcha. La ciudad le recibió con entusiasmo y algún salvajismo, pues las turbas, una vez aclamado el ídolo, se apoderaron de las calles reclamando que se fusilase a los

sacerdotes, tras lo cual dedicaron sus energías a lapidar casas de realistas y a saquear el gran café Bourbon, el de la Place Bellecour. Napoleón, ya instalado en el que aquella noche y la siguiente sería Palacio Imperial de Lyon, antes de irse a la cama escribió a su esposa, pidiéndole con humildad que se reuniera con él. Lo hacía convencido de que Marie-Louise jamás leería esa carta. El destinatario real era Metternich. De ahí que, con estudiada delicadeza, expresara que ya se le habían sumado cien mil hombres. Una cifra exagerada, pero veía difícil que nadie, y menos en Viena, la pudiera refutar.

Marie-Louise también escribía. Era una carta pensada para las casas reinantes, no para el consumo familiar. En ella declaraba su invencible aversión a Bonaparte y solicitaba la protección de las potencias aliadas. Para Méneval, que seguía con ella pese al despido de su personal francés, la mano que la redactaba era de Marie-Louise, pero la dictaba el Graf Adam-Adalbert von Neipperg. En cuanto a la mente donde se habría gestado tampoco tenía duda: sólo podía ser la de Metternich. De Marie-Louise von Habsburg-Lothringen nadie podría decir que no supiese aceptar su destino. Desde pequeña tuvo claro que había nacido para emparentar con alguna casa reinante, a lo cual se debía que hablara con perfección inglés, francés, italiano y español, además de alemán; la casa de Austria, muy ducha en diplomacia matrimonial, sabía desde hacía siglos que las archiduquesas sólo servirían a sus propósitos si eran capaces de sintonizar con los esposos a que fueran destinadas, los cuales no sólo valorarían su atractivo, sus modales y su ancestral reputación de fenomenales paridoras, sino el poder entenderse con ellas. A eso se debió que no protestara cuando en 1810, con poco más de dieciocho años, su padre, inducido por Metternich, aceptara la petición de mano que Napoleón formulase tras aplastar en Wagram al grueso del ejército austríaco. Se trataba de lograr la paz del modo más económico, y entregar a Bonaparte una de sus hijas no le rompía el corazón, pues para eso las había engendrado. Tampoco se rompería el de la propia Maria-Ludovika, que así se llamó hasta el día de su boda. No era una belleza deslumbrante, aunque al menos era joven, fuerte y sana, lo que para el Corso sería una novedad tras catorce años con Joséphine. No hacía falta mucho más para una princesa de cría, pero al natural le gustó. Era muy alta, de rostro acaballado aunque atractivo, simpática, no demasiado lista y bastante ingenua. Por si fuera poco, y según pudo constatar al recibirla en Compiègne —se casaron por poderes—, era sorprendentemente desinhibida, y tan alegre que no dudaba en interrumpir sus reuniones de gobierno para reclamarle atención indemorable, alegando que la elaboración de un heredero no era cosa que conviniese posponer. Sin llegar a sentir pasión por ella llegó a tomarle afecto, quizá por comprobar que aquella virgen de dieciocho no se le presentaba temblando de miedo, sino relajada, sonriente y enteramente a favor de irse a la cama. Los sirvientes de

Compiègne todavía recordaban su ruidosa forma de perpetuar la dinastía Bonaparte, así como las dificultades que sufría el indefenso Emperador cuando pretendía emprender actividades que no fueran esa misma; la emperatriz no dudaba en perseguirle semidesnuda por los salones del palacio, muerta de risa; él, de siempre terriblemente serio, no podía resistirse ante aquella desbordante alegría, con lo que acababa riendo también, dejándose arrastrar por la insaciable mujer, feliz de que alguien le tratara como a un ser humano capaz de dar placer y no como a un tirano que sólo daba disgustos.

Fueron felices hasta mediados de 1812. Desde ahí comenzaron a verse poco, hasta que dos años después, a raíz de que partiera para Elba, Metternich se llevase a la desconcertada emperatriz. Le alarmó verla tan desconsolada, pues lo último que necesitaba era una llorosa ex emperatriz, compungida y apenada por el triste destino de su esposo y deseosa de compartirlo en su condenada isla de Liguria. Siempre cabría la posibilidad de liquidarla, pero Metternich, si podía, prefería soluciones reversibles. No tardó en dar con una inspirada por la duquesa de Sagan, su consejera en política de alcoba. Consistía en buscarle una casa retirada, tipo *château* tirolés, y para que no sintiera temor de verse allí, tan sola y tan aislada, debería dotarla de una escolta de granaderos formidables. Su jefe habría de velar no sólo por la seguridad de la otra vez simple archiduquesa, sino por su paz espiritual, de forma que, tras una temporada de sentirse a salvo, no sólo dejara de ser una preocupación diplomática, sino que volviese a ser un activo de la política imperial. La elección del tal jefe de seguridad era la clave del asunto; no necesitó preguntarse quién lo haría mejor, pues la duquesa poseía una excelente agenda. Su candidato pasó a ser el del propio canciller, que sin más le informó de sus deberes para tras eso poner bajo su protección a la triste archiduquesa. Se trataba de un general de antigua familia, el Graf Neipperg. Seis años más joven que Bonaparte, alto, fuerte y apuesto, era famoso no sólo por el parche con que cubría la cuenca vacía de su ojo izquierdo —perdido en 1793 contra la infantería de la Convención—, que lejos de darle un aire siniestro le confería un interesante aspecto de pirata de la Martinica, sino por un atractivo irresistible. Seguía casado, pese a que la relación con su mujer se consideraba extinguida, tanto que si no se divorciaban era porque hacerlo era incompatible con el catolicismo que asolaba la corte imperial. Pese a eso disfrutaba de la vida con escasas restricciones, a lo cual se debían los excelentes informes que la duquesa pasó al canciller. Para ella era seguro que la infeliz archiduquesa, de la cual sabía por Dorothée que llegó a Compiègne con un incendio entre los muslos, a la que se dejara caer en sus brazos vería el mundo en una forma diferente, y no sólo por el invencible deseo de amor que padecen casi todas las idiotas, sino porque la reputación de Bonaparte sugería una insuficiente dotación para lograr el bienestar de su fogosa emperatriz, mientras que Neipperg, daba ella fe, poseía un armamento bien capaz de

lograr que Marie-Louise se preguntara cómo habría podido vivir sin aquello los veintipocos años de su vida.



Graf Adam von Neipperg

Al mes de conocer al conde, Marie-Louise no era la misma. De ahí que sólo conservase a Méneval, a lo que Metternich no se opuso, pues quería mantener ese discreto canal de comunicación con Bonaparte. La casa era tirolesa, la servidumbre no hablaba francés, el *chef* no se salía de las sólidas recetas austríacas y todo, en fin, redundaba en que Marie-Louise para nada recordara que una vez fuera emperatriz de los franceses. La carta que firmaba quizá respondiese a una petición de Metternich, pero era sincera: lo último que deseaba, en la felicidad que vivía, era volver con *le petit tondu*.

Blacas estaba nervioso. Desde Lyon el Corso avanzaba con aún mayor velocidad; al ritmo que llevaba, en una semana le tendrían en Les Tuileries. A eso se debía que sólo viviera para dar con la forma de contenerlo. Una de sus medidas más desesperadas fue convocar a Fouché. Nadie parecía saber ni qué pasaba ni por qué; sólo que Bonaparte avanzaba y avanzaba, engullendo una tras otra las formaciones enviadas a detenerle. Uno de los últimos consejos de Germaine de Staël fue que hablara con él. Quizá no fuera tarde para ponerle de su parte y escuchar lo que pudiera sugerir para enderezar la situación. De ahí que, sin malgastar un minuto en cortesías, comenzara por el final, ofreciéndole la cartera de Policía con toma de posesión inmediata de todas las prefecturas del país, o al menos de las que aún no se hubieran pasado al Usurpador. Fouché quizás hubiera sido ingenuo de lactante, pero a esas alturas de su vida sería el último pecado del que debiera confesarse. Había calculado con puntos y comas lo que Blacas pediría y ofrecería, de modo que agradeció la confianza que se le mostraba para después alegar que, dado que llevaba

cuatro años en un cruel ostracismo, su información y sus simpatizantes de muy poco les podrían valer, ni a Blacas ni a Su Majestad. Si hubiera estado en ese puesto cuando debió estarlo, nada más regresar el rey, Bonaparte jamás habría desembarcado, pero ahora, dueño de setenta mil hombres, no había fuerza que le pudiera detener. No dijo más, por una cauta prudencia. Fouché, que veía bien de lejos, dudaba que aquel regreso fuese para siempre. Austria, Rusia, Inglaterra y Prusia se pusieron de acuerdo un año antes para colocar en Francia un rey Bourbon; las razones que les llevaron a tan inadecuada elección debían seguir vigentes. Era probable que volvieran a unirse. De ser así, aquel imbécil de Blacas bien podría, meses después, volver a formar gobierno. Mejor no decirle que salvo Louis XVIII, del que no pensaba mal, el resto, comenzando por él mismo, eran una caterva de retrasados mentales. Convendría dejarle la impresión de que, pese a todo, deseaba cooperar, y lo hizo sugiriéndole que llamase a Ney, alegando que fue quien primero rompió el luto, quien primero se arrodilló ante Alexander y quien miró para otro lado mientras éste le cataba la señora, y todo ello lo hizo por la más ruin de las razones, hacerse un hueco entre los nuevos amos. Debía estar tan aterrado por haber perdido el favor del rey como por el regreso del Usurpador. En buena lógica, sería capaz de cualquier cosa por recuperarlo; no ya de capturar a Bonaparte, a cuyo lado no tendría ninguna oportunidad, sino de matarle con sus propias manazas. Ninguna vieja cuenta de lealtad podría prevalecer sobre su incontrolable ansiedad.

Blacas se lo quedó pensando. No dijo nada, pero a Fouché le parecía que mordía el anzuelo. Justo lo que necesitaba: ya tenía materia suficiente para enviar un propio a Bonaparte aconsejándole que tomara precauciones; no necesitaría demasiadas, pues entre aquellas verdades yacía una gran mentira: Ney carecía de talla para encarar al que tantas pruebas le había dado de ser infinitamente superior. En cuanto a la factura que tras eso pudiera girar a l'Empereur, la tenía pensada: el puesto que acababa de rechazar. Sobre lo que hiciera Blacas con su consejo, le daba igual no saberlo. Sus orejas en Les Tuileries se lo dirían a la noche, lo más tardar.

Viena y Autun, miércoles 14 de marzo

Los representantes de las cinco potencias, más Suecia, España y Portugal, se reunían convocados por Talleyrand. Quería someterles una declaración donde a Bonaparte se le declaraba enemigo de la paz, reo de la justicia y, con énfasis, *Hors la Loi*; lo último, que parecía un formulismo, pretendía calar en el imaginario colectivo del pueblo francés.^[92]

El objetivo global era propiciar, en su momento, la ejecución de Bonaparte. Metternich se opuso, pues no quería cerrar ninguna opción a un acuerdo con el Corso si llegase a ser del interés general, o del suyo propio como pensaban los otros; a esas alturas bien sabían «de qué pie cojeaba cada uno», metáfora inspirada en *le diable boiteux*. Tras un breve debate se acordó firmar la declaración, aunque tras suprimir el horror de liquidar al Ogro; aun así resultaba lo bastante dura para que Talleyrand mandara imprimir varios miles, de los cuales unos cuantos saldrían esa noche hacia París y Lyon. No valdría para detener a Bonaparte, aunque sí, quizá, para retrasar su avance, tanto como en sentido contrario actuaban las mucho más inflamadas que propagaba él desde Grenoble, algunas de las cuales había tenido el espanto de leer. En realidad daba por hecho que Bonaparte no tardaría en llegar a París y que Louis cedería el campo; lo que pretendía con aquella declaración era comenzar a minar su reeditado imperio, así como tomar posiciones en otra carrera también recién iniciada: la que tenía por premio la primera silla del futuro Conseil Privé.

No todos volvieron a sus residencias tras concluir la reunión. Metternich, Wellington, Nesselrode y Hardenberg estaban llamados a otra con Franz, Alexander y Friedrich-Wilhelm. Convocaba el Kaiser, aunque por inspiración del Zar. Pretendía ser puesto al frente de los ejércitos aliados, asignando el papel de segundos a Friedrich-Wilhelm, a Schwarzenberg y a Wellington. Se apoyaba en que Rusia podía movilizar cuatrocientos mil hombres, más de lo que podrían agrupar Austria, Prusia e Inglaterra. Wellington se opuso, sirviéndose de palabras más propias de un *Feldmarschall* que de un *Ambassador*, lo que causó cierto estupor, pues al usualmente amigable Zar nadie le llevaba la contraria, y mucho menos en la forma tan destemplada que había elegido Sir Arthur. Si la opinión que tenía del Zar-autócrata era negativa, la que ofrecía como Zar-general sólo podía considerarse desastrosa, lo que no dijo en palabras aunque sí en tonos. En cuanto a la pretendida fuerza de cuatrocientos mil hombres, él no dudaba que la pudiera movilizar, pero tal masa de *mujiks* harapientos, desnutridos, mal equipados y peor mandados de poco valdría frente a la Grande Armée que Bonaparte levantaría en menos de un mes. Su opinión sobre Rusia era penosa. La tenía por un país sin industria, sin cultura y sin nada que le pudiera conferir un rango de gran potencia, salvo su inmensidad y su ilimitada carne de cañón. El peor error en que podría incurrir la todavía no constituida

Séptima Coalición sería ponerse a las órdenes de aquel inepto, incluso al precio de no contar con él. De ahí que se mostrase tan firme, aunque para sorpresa de todos menos Metternich el Zar recogió velas; si el Kanzler no se sorprendió fue por intuir que Inglaterra, y Wellington era el paradigma de Lo Inglés, le tenía comida la moral.

Autun era una pequeña ciudad episcopal construida en derredor de una colina, en cuya cima destacaban dos edificios: una catedral como de pueblo, ni grande ni hermosa, y un palacio no mucho peor para dormir una noche que cualquier otro de los que había honrado con su presencia desde que llegase a Grenoble. Si lo eligió para pasar aquella, en vez de los más confortables que divisaba desde la plaza donde palacio y catedral convivían desde hacía siglos, era por apartarse del clamor ciudadano y recrearse con la vista que regalaba la inminente primavera, por una vez no empeñada en ahogarle a chubascos. También, aunque no lo explicase al fiel Bertrand, para evocar al hombre que más le había traicionado en los cuarenta y cinco años que tenía, pero también el que más echaba de menos.

Estaba fatigado. Demasiados madrugones, demasiadas horas de marcha y demasiados homenajes por parte de alcaldes exultantes, sacerdotes untuosos, ciudadanos entusiastas y ciudadanas histéricas. Había reemprendido la marcha cuarenta horas antes, hacia Mâcon. Ya no era como antes de Grenoble, cuando se paraban y eso era todo. Ahora le seguían setenta mil hombres, en su mitad soldados del ejército regular. El resto eran voluntarios civiles que se sumaban en cada pueblo, más un buen número de gendarmes y miembros de la Guardia Nacional. Las dificultades de intendencia eran pavorosas, pues no disponía de una organización capaz de alimentar a una tropa tan numerosa y, salvo los soldados del ejército regular, tan mal equipada para vivaquear. Aun así aceptaba el criterio de Drouot: cuantos más hombres marcharan tras él, mejor; menos riesgo habría de tener que combatir.

Aquel día recorrieron un buen trecho: de Mâcon a Tournus y de allí hasta parar en Autun, la cual seguía sin obispo, pues su titular estaba en Viena, conspirando contra él. No se lo decía con resentimiento; en todo caso, con tristeza. Dejando de lado las innumerables perversiones de Bénévent, mientras le tuvo a sus órdenes todo fue bien. Era el único capaz de decirle «No, Sire», cuando se le ocurría una mala idea. Fue, también, el único de sus ministros capaz de paralizar por propia iniciativa una orden suya, en el criterio, no pocas veces acertado, de que a la mañana siguiente vería las cosas de otra forma y ordenaría cambiar de planteamientos y abordar el asunto, el que fuese, desde cualquier otro ángulo; más de una vez despertó de madrugada, sudando de angustia por comprender que había errado, para enviar en su búsqueda y sentir el mayor de los alivios, y no poca ira, tras oír de su impasible boca que, por fortuna, se le había olvidado emitir a los embajadores las oportunas instrucciones. En esas ocasiones dudaba entre ahorcarle o recompensarle, pero el muy truhán siempre se las

componía para que tirase por lo segundo, a menudo entre carcajadas aunque sólo por su parte, pues él jamás sufría emoción alguna. Siempre amable, brillante, cortés e impertérrito. Nadie le definió mejor que Lannes, cuando explicando a un tercero las peculiaridades de su carácter afirmó que, si teniéndole frente a uno, en pie y charlando sobre cualquier cosa, viniese alguien por su espalda y le pegara una patada en el culo, nada en su expresión delataría lo que acababa de ocurrirle.

Renunció porque quiso, pues él no le despidió. Por él aún sería su ministro. No marchó lejos, pues consiguió que le nombrara Gran Chambelán, el puesto mejor pagado de su administración, lo cual le permitió no sólo mantenerse al corriente de todo lo que sucedía, sino en su momento apuñalarle con la precisión de un cirujano. Lo más significativo, aunque no supiese apreciarlo a tiempo, fue que tras él, uno por uno, desaparecieron todos los capaces de pensar por su cuenta. Unos lo hicieron porque les echó, pues al quedarse sin él se quedó también sin sentido de las proporciones, y los otros porque pensarían que más valía callar si lo que tenían que decir no era lo que a él le gustaría escuchar. Si l'Évêque d'Autun hubiera seguido a su lado habría liquidado tres años antes el cáncer español, no se habría embarcado en la insensata campaña de Rusia y habría consolidado las fronteras del imperio, mostrando a las potencias coaligadas los placeres de la paz y la concordia. Talleyrand le moderaba, lo que nadie más supo hacer. Sólo en Elba comprendió hasta qué punto le fue necesario. Le traicionó hasta el ensañamiento, lo que jamás debería perdonarle, aunque quizá no lo habría hecho de haberle retenido a su lado, por el infalible procedimiento de llenar sus insaciables bolsillos a cambio de su inteligencia, sus gestiones, su perspicacia y su talento diplomático.

Echaba muy en falta su guía, su consejo y su capacidad de llegar con su palabra donde los regimientos no podrían hacerlo. Quizá fuera posible restaurar su vieja y eficaz relación. Si no por otra cosa, porque seguía siendo el hombre más corrupto del planeta. Bien podría cambiar de bando si ponía sobre su mesa la suficiente cantidad de millones. El problema sería, en ese caso, que al llegar a París encontraría la caja vacía. De no ser así, volvió a lamentarse, Talleyrand regresaría con él.

Berlín y Auxerre, viernes 17 de marzo

El ministro de la guerra, Leopold-Hermann von Boyen, había llevado a Blücher su nombramiento: jefe supremo del Niederrheinarmee,^[93] la fracción del KPA que defendería la frontera oeste. Desde hacía días, a raíz de que Blücher recibiera una carta de Friedrich-Wilhelm inusitadamente afectuosa donde rechazaba su dimisión y le hacía saber que pronto le pediría un gran sacrificio, tanto él como Gneisenau lo consideraban inminente, lo que a éste no le hacía ninguna gracia. Con Blücher al mando él sería, una vez más, el jefe de su estado mayor, un puesto que le resultaba pequeño. Ambicionaba el mando de un *armeekorps*; así tendría libertad de acción para obrar bajo sus propios planteamientos —en virtud de la doctrina del KPA, la que instituía libertad de acción en el campo de batalla dentro de las líneas establecidas por una *directiva general*—, y así acceder a un reconocimiento que creía merecer tanto como el que más, pero que seguía sin conseguir por ser sólo la sombra que marchaba tras Blücher, un cerebro ambulante que pensaba para él y poco más. Él era quien merecía el mando, aunque su naturaleza realista impedía que sintiera conmiseración porque Friedrich-Wilhelm no se lo diese. La razón era tan clara para él como para el propio Blücher: el precio de ponerle al mando sería la dimisión de los cuatro condes, Yorck von Wartemburg, Kleist von Nollendorf, Bülow von Dennewitz y Tauentzien von Wittemberg. Los cuatro, *junkers* arquetípicos, fósiles plantados en los principios de Friedrich der Große, le detestaban hasta el punto de no dirigirle la palabra. Jamás se pondrían a sus órdenes. El rey no tendría más opción que aceptar sus peticiones de retiro, lo que daría lugar a un cisma, pues los *junkers* eran la espina dorsal del KPA. Un riesgo inaceptable para un rey tan pusilánime como Friedrich-Wilhelm, además de innecesario. Depositar el mando efectivo en las manos de Gneisenau era bien sencillo: bastaba con poner a Blücher encima, como año y pico antes. Procediendo así nadie podría sentirse ofendido; los orgullos y las susceptibilidades quedarían a salvo, de forma que todos podrían hacer su trabajo a mayor gloria de Prusia. Todos, en realidad, no: Gneisenau pagaría la factura con su orgullo pisoteado, pero el riesgo de que solicitara el retiro sí entraba en lo que Friedrich-Wilhelm aceptaba. No era desmesurado, debía pensar; después de todo, había demostrado infinidad de veces ser su soldado más disciplinado.



Hermann-Friedrich, Graf Kleist von Nollendorf

Poco después, el alegre comandante supremo se reunía con su Generalstabschef para mostrarle la proclamación del Kriegsministerium, la cual, en su artículo segundo, anunciaba el nombramiento del Graf Neidhardt von Gneisenau como jefe del estado mayor del Niederrheinarmee, un ejército de ciento cincuenta mil hombres destinado a vérselas con la Grande Armée. Todo ello se desarrollaba en varios artículos, pues Boyen aprovechaba la ocasión para reorganizar el KPA con acuerdo a las necesidades no ya de la guerra inminente, sino de sus limitados recursos. «Algo es algo», se decía Gneisenau; ninguno de sus nombramientos anteriores fue publicado en aquella forma tan solemne, aunque no pensaba que aquello significase un reconocimiento especial, lo que Blücher, según le refería los cotilleos de Boyen, confirmaba sin pretenderlo: fue un golpe de autoridad, nada más. Desde hacía días, por lo visto, se registraba una febril actividad no ya en el Kriegsministerium, sino en la corte, tanto la estable, que seguía en Berlín, como la de Viena. La plana mayor ultraconservadora —el anciano Generalfeldmarschall Friedrich-Adolf von Kalckreuth, gobernador de Berlín, el Generalleutnant Karl-Friedrich von dem Knesebeck, principal *aide-de-camp* de Friedrich-Wilhelm, el ministro de la Policía Wilhelm-Ludwig zu Sayn-Wittgenstein-Hohenstein, el de Justicia Christian-Friedrich Scharnweber y el duque Karl-Friedrich von Mecklenburg-Strelitz—, se había lanzado sobre Friedrich-Wilhelm con ánimo de impedir el nombramiento de Gneisenau, para lo cual debían hacer lo mismo con el de Blücher. Su error fue no proponer alternativas, evidenciando que les valía cualquiera mientras no fueran el jacobino mercenario y el demente de su jefe. A eso se debía, explicó el ministro, que Friedrich-Wilhelm mostrase una firmeza insospechada, decretando sin más los nombramientos.

—Y no sólo eso, sino que ha desplumado a Kleist. Está en Aachen, al frente de nuestro viejo Schlesischesarmee —Gneisenau asintió—; bien, pues Boyen le ha

ordenado que me ceda el mando el 30 de marzo. Serás tú quien lo reciba, porque pienso tomarme unos días. Debo ir por Krieblowitz a despedirme de mi mujer, no sea que me pase algo. En general, mi querido August, a partir del día en que cumples sesenta es bueno pensar que quizá sea el último, y que conviene vivirlo como si lo fuera.

Debía ser cierto, se decía Gneisenau, porque Blücher no podía estar en mejor forma; era como si se conservara en alcohol, lo que no dejaba de ser lo que ocurría.

—¿Boyen le ha hecho saber adónde irá después?

—No, porque no lo sabía. Lo decidiremos tú y yo. Bueno, tú. Yo firmaré la orden, más que nada para que no se suicide cuando la vea.

—Podrías ponerle al mando del quinto *armeekorps*, el de los asociados del norte —señalaba el último artículo del decreto—; también es tuyo, ¿no? —Blücher asintió sin pensárselo—. Ahí se ahorrará tratar conmigo, porque puedes hacer que no sea parte formal del Niederrheinarmee. Cuando empiecen los cañonazos das orden de que lo sea y asunto concluido. Si para entonces quiere irse, que lo haga. No sería un peligro. En estos días sí puede hacer daño, porque no queda ningún otro *armeekorps* que le puedas confiar, y nada le haría más peligroso que verse sin nadie a quien mandar.

Lo que más valoraba Blücher de Gneisenau era su objetividad. Kleist era el más indeseable de los que se pasaban la vida poniéndole zancadillas, pero era bueno creando regimientos donde sólo había reclutas. El caso de aquel *armeekorps* aún sería peor, porque lo formarían mercenarios —los prusianos eran conscriptos—, aunque no a sueldo de Prusia, sino de Inglaterra. El espíritu guerrero que cabría esperar de aquella horda no era para confiar, pero si alguien podía ponerla en condiciones era Kleist, y por muchas afrentas que le debiera no antepondría sus opiniones personales. Una prueba más, se decía Blücher con alguna tristeza, de que, como él, jamás sería un auténtico prusiano.

Gneisenau se concentraba en un texto que sólo se podía comprender a partir de una premisa: el rey quería dejar las cosas claras a los ciento y pico generales en activo que se oponían a que le pusiese al frente del Niederrheinarmee, pues eso era lo que significaba su posición de Generalstabschef; un puesto que habría debido reservarse para uno de los cuatro condes, pues por algo estuvieron al mando de *armeekorps* durante las campañas de 1813 y 1814. A eso quizá se debía la reorganización de Boyen: los trescientos mil hombres que poseía el KPA^[94] se distribuirían en siete *armeekorps*. El Niederrheinarmee integraría los cuatro primeros, Yorck se ocuparía del V, el VI lo mandaría Tautentzien y el VII, la Guardia Real, quedaría en manos del Herzog Mecklenburg-Strelitz. Dos de los cuatro condes quedarían, pues, neutralizados. El último artículo anunciaba la creación de un octavo *armeekorps*, compuesto de unidades aportadas por un grupo de ducados cuyos

soberanos unían sus ejércitos al KPA. Ese *armeekorps*, que al no ser prusiano carecía de numeral, se denominaría *Norddeutsche Bundeskorps*. Los V, VI y VII, reflexionaba Gneisenau, lo eran en cuanto a rango, no por efectivos. Haría falta convocar reservistas para enfrentar a Bonaparte los ciento cincuenta mil que, según Hardenberg, Prusia tenía que aportar. Para llegar a ese número habría que desnudar al V y al VI —el VII era intocable—, lo que levantaría las más firmes protestas de sus jefes. Pues bueno, sentenció para sí; ya se aguantarán.

Faltaba Bülow, el cuarto conde; lo encontró al repasar los primeros artículos: Boyen le daba el IV *Armeekorps*. Los otros quedaban a las órdenes de Zieten, Borstell y Thielmann, tenientes generales jóvenes y competentes, pero ver a Bülow con ellos era de preocupar. El rey le habría forzado a dar su palabra de obedecer sin reticencias las órdenes de Blücher, lo que quizá bastase, pues Bülow no sería el más competente ni el más eficaz de los cuatro, pero sí el más disciplinado, además de un hombre de honor, de los que si dan su palabra es para cumplirla. Tenerle a sus órdenes sería complicado, porque no siempre andaría Blücher a mano para firmar las órdenes. Una molestia menor, aunque fastidiosa. Friedrich-Wilhelm habría podido resolverla promoviéndole a General der Infanterie, pero debía pensar que su carrera era demasiado meteórica —en apenas ocho años había pasado de capitán a teniente general—; si le ascendía otra vez sin mediar una campaña cundirían las peticiones de retiro, y el rey no estaba para más disgustos. Sería cosa de confiar en el buen sentido del antipático Bülow, y sobre todo en la insuperable capacidad de conciliación que poseía Blücher, que si de algo sabía era de conducir hombres de muy fuertes temperamentos. Nadie como él mismo para dar fe.

La Grande Armée —L'Empereur prefería llamar así a lo que no dejaba de ser una horda de regimientos heterogéneos, civiles indisciplinados, gendarmes desconfiados y guardias nacionales inseguros— había tomado Auxerre. Tras la cena, compartida con Drouot, Bertrand, Cambronne y La Bédoyère, se retiró a reflexionar. Sentía optimismo, no tan fuerte como el de los amaneceres aunque mayor del usual a esas horas. Quizá porque los últimos días fueron un paseo militar en sentido literal. A eso se debía que tras la jornada de Lyon cambiara de carruaje. Ya no era el muy discreto con que iniciara el camino. Ahora marchaba en la más imponente de sus carrozas — se había traído las veintitantas que poseía—, la de colores verde y oro, tirada por ocho caballos y rodeada de sus lanceros polacos, en sus elegantísimos uniformes rojos y dorados. Se le seguían uniendo regimientos; a los dos que lo hicieron la tarde anterior los mandaba Girard, uno de sus más leales; no dudó en correr hacia él y besarle las manos, ante lo cual tuvo que abrazarle. La escena fue desmenuzada por los periodistas que le acompañaban desde Lyon, tantos que podrían pasar por otro de sus regimientos. De ahí que no resistiese la tentación de rogarles, con fingido pesar,

que transmitiesen al rey lo mucho que apreciaba su generosidad, pero que hiciera el favor de no enviarle más soldados. Ya tenía suficientes.

Aquella mañana, tras desayunar en Vermenton, se le unió uno más, el 14.º de Infantería. Ya pasaba de setenta y cinco mil hombres. Nada podría detenerle, pero aun así no se relajaba, pues no era un ejército equilibrado. A eso se debía que, ya en Auxerre, le alegrara recibir dos buenas noticias. La primera, que se le sumaba una fracción de la potente artillería de la Guardia. El saber que ya podía contar con sus *belles filles* le daba el punto de tranquilidad que le faltaba. Su horda ya era un ejército completo, aunque si algo no deseaba era desplegarlo para combatir, o no mientras el colosal trasero de Louis siguiera pedorreando el trono. La segunda, que Ney cambiaría de bando el día siguiente, sábado 18. Sucedería en la plaza de armas de Auxerre, según el muy bellaco había convenido con Bertrand. Le alegraba contar con Ney. No por lo que pudiera reforzarle, porque fuera del campo de batalla no valía para nada, sino porque tras él no había más. Ney traía la llave de París, así que ya se podría concentrar en las medidas a tomar una vez se hallase, al fin, en Les Tuileries.

El Maréchal Ney no conseguía dormir. Le faltaban pocas horas para volver a ser Prince de la Moscowa y Duc d'Elchingen, unos títulos que añoraba, y la Maréchala más. Intentaba reconstruir las muchas cosas sucedidas desde que tres días antes, olvidado del mundo en su *château* Les Coudreaux, recibiera un sudoroso teniente que venía de París a mataballo con la orden de que se presentase a Soult. Se preguntó si no sería más prudente volverse sordo, pero la curiosidad es mala consejera, tanto que, impecablemente uniformado, a la caída de la tarde siguiente se reunía con él en Les Tuileries. La entrevista comenzó bajo tensión, ya que no se hablaban desde que coincidieran en España. Duró poco, pues Soult, decidido a no perder tiempo en fintas palaciegas, le despeñó que, por indicación de Blacas refrendada por el rey, había sido elegido para mandar una fuerza tan considerable como considerase necesario para enfrentarse a Napoleón, derrotarle y conducirlo ante SCM. Él escuchaba con aparente indiferencia, un tanto teatral porque si le habían llamado de aquel modo tan melodramático sólo podía ser para eso —en realidad no lo supuso él, que de imaginación no iba sobrado, sino Madame Ney, mucho más lista que su marido—; una vez Soult concluyó, expuso que de ningún modo pensaba enfrentarse a su viejo señor para proteger el trono de Louis, salvo si éste se lo pedía en persona. Soult, que contaba con ello, le ordenó que le siguiera maldisimulando una sonrisa, la de advertir lo mucho que le descolocaba la inminencia de ser recibido por el rey. Una vez frente a él, y para su propia sorpresa, y también de Soult y del resto de los presentes —Louis nunca recibía en soledad—, se oyó decir a sí mismo que la intentona de Bonaparte no sólo era una locura, sino el inicio de una guerra civil que destruiría Francia si no se le detenía. Tras esa declaración que nadie le pedía, y de un modo

asombrosamente solemne, se comprometió a capturar al Usurpador y a traerlo en una jaula. No salió dando un portazo porque aquel número ya se conocía en Les Tuileries, aunque sí a grandes zancadas. Soult no tardó en alcanzarle, alegrado por el éxito de su misión —de haber fracasado sería él quien debería ir por Bonaparte—, para informarle de las divisiones con que podría contar, dónde se hallaban y de qué generales dispondría para coordinar las respectivas marchas.

La borrachera de sentirse salvador de la patria se le pasó en su *hôtel* de la Rue Bourbon; lo que se alzaba frente a él era una batalla contra su maestro, del que se decía ya que contaba con cien mil hombres, mientras él ni siquiera sabía con qué se le podría enfrentar. Se veía jugándose a una carta no sólo su porvenir, sino su excelente presente, pues por mucho que hubiera caído en desgracia seguía siendo un hombre riquísimo. Si cambiaba de bando, a la que llegase a oídos de Napoleón su compromiso con Louis quedaría quemado para siempre, y eso si no venía después la Coalición y ponía de nuevo a Louis en el trono. Era como para no pensarlo, aunque aún sería peor que se mantuviese fiel a su palabra y se las viera luchando la primera batalla de una guerra civil contra el que aquellos días era el hombre más adorado de Francia. Si no vencía, cosa probable, no habría una sola casa en Francia donde pudiera buscar cobijo. En qué hora se le ocurriría presentarse a Soult...

A la mañana siguiente dejó París al frente de tres escuadrones del 5.º de Dragones, los únicos que aceptaron seguirle pese a que Soult le garantizó treinta. Su propósito era reclutar sobre la marcha unos cuantos regimientos, para tras eso reunirse en Courtenay con el general Bourmont, quien contaría con diez mil infantes. Una vez al frente de ambas fuerzas, totalizando no menos de veinte mil hombres, seguirían hacia el sureste, para batirse con Bonaparte algo más allá de Auxerre.

Tras día y medio de cabalgar, ya con seis escuadrones —se le había unido el 8.º de *chasseurs-à-cheval*—, llegó a Courtenay. Bourmont le hizo saber que Bonaparte había dejado Lyon, que se le habían unido todas las unidades enviadas contra él y que apenas le podía ofrecer dos mil infantes, los correspondientes a los regimientos 60.º y 77.º. Aun así, no desistieron; el otro por ser un realista fanático y él porque Napoleón aún estaba lejos. Pensaba irse a dormir cuando se presentaron dos oficiales con los que sostenía una relación de años. Le traían una carta de Bertrand y otra de Napoleón. Bertrand apelaba con palabras huecas a su sentido del deber, exigiéndole que no iniciara una guerra civil. En la otra Napoleón le pedía que se le reuniera en Auxerre, donde le recibiría como hiciera dos años y medio antes, tras derrotar a Bagration en la carnicería de Borodino, a lo cual debía su título de Prince de la Moscowa. Si algo le faltaba para no pegar ojo, era eso. Al amanecer, y sin dejar a Bourmont abrir la boca, le comunicó que, a su pesar, se veía obligado a cambiar de bando, pues las tropas comprometidas por Soult brillaban por su ausencia y a fin, además, de ahorrar a Francia una guerra civil. Tras eso, y al frente del conjunto de las tropas —no pensaba

darles opción a elegir—, inició el camino de Auxerre, mientras Bourmont, con media docena de oficiales, emprendía el de París.

Para bien o para mal su destino era el de Napoleón. La guerra empezaría en tres o cuatro meses, los que tardara la Coalición en estar lista. Todos contra ellos, una vez más. Aunque veinte años antes también eran todos contra ellos, y vencieron. ¿Por qué no podría suceder otra vez?

Horas después se detenía en una cresta del camino, con Auxerre a la vista, donde veía llegar regimiento tras regimiento. Una fuerza que no bajaría de cien mil hombres. Aunque Soult le hubiera dado los veinte mil comprometidos, de nada le habrían valido. Definitivamente, la suerte ya estaba echada, pero no en ese momento; él arrojó los dados cuando abandonó la tranquilidad de Les Coudreaux, ignorando las lágrimas de Aglaé, para volver a París y reunirse con Soult.

Mandó vivaquear. Auxerre quedaba tan cerca que habrían podido cenar con sus camaradas, pero no quería reunirse con su viejo patrón como un alma en pena, sino luciendo su facha más imponente y al frente de su no despreciable fuerza. De ahí su hacer saber a los oficiales que las noches anteriores trajeron las cartas su intención de reunirse con l'Empereur a las nueve de la mañana, con el mismo talante con que se le presentara tras Borodino. Sólo quedaba desear que su mutuo destino, para gloria o desdicha unidos sin posibilidad de divorcio, no acabara en las riberas de algún otro Bérézina.

París, sábado 18 de marzo

La noticia de que Ney se había pasado al enemigo llegó a mediodía. La disimulada fuga de la ciudad, comenzada días antes, se volvió trepidante. Antiguos *émigrés* que llevaban días preparando sus equipajes emprendían la cuesta de la Chaussée d'Antin, para desde ahí seguir a Soissons, Laon, Charleroi y Bruselas. A Bonaparte le quedaban dos días de camino, los que tenían ellos para buscar la seguridad del VKN. Los *émigrés*, que apenas habían vuelto a ser parisinos, marchaban sin excesivo dolor, pues casi todos tenían una vida donde regresar y unos amigos en cuyas casas refugiarse. Otros, *royalistes* camuflados que levantaron la cabeza tras ver a los cosacos proteger a los operarios que devolvían a cada calle y cada plaza sus nombres de 1788, no conocían a nadie, ni tenían nada que no fuera su casa, la cual y por mucho que clamaran al cielo no podían llevarse. De ahí los lloros y la desesperación que se palpaba en los barrios elegantes. Bonaparte regresaba, y con él las denuncias anónimas, las detenciones de madrugada, la prisión o el destierro. Aun así, «el común» no sentía una especial inquietud: mandase quien mandara, él seguiría viviendo exactamente igual de mal.

Algunos diputados encontraron tiempo para votar una última ley declarando al Usurpador la Guerra Nacional. Tras eso abandonaron el Palais-Bourbon con paso digno, aunque al poco echaron a correr evidenciando que aquello era un *sauve qui peut!* El Conseil Privé tampoco mantenía la cabeza sobre los hombros, empezando por Blacas, que se descolgaba con dos órdenes tardías. Una, sustituir a Soult, cuyo paradero se ignoraba, por el Général Henri-Jacques Clarke, muy comprometido con Louis XVIII —aun habiendo sido seis años ministro de la Guerra con el Corso— y que a la sazón se afanaba en quemar sus papeles, al igual que su familia en preparar los equipajes; de ahí que no se inmutara cuando supo de su nuevo cargo; ya tomaría posesión cuando se viera con el rey, a saber dónde. La otra era detener a Fouché. Los guardias del Duc de Berry que le fueron a buscar no dieron con él, pues su casa estaba cerrada y su dueño en paradero desconocido, así que se marcharon tan indiferentes como vinieron, ajenos a que su objetivo les observaba desde una ventana de su hospitalaria vecina, la ex reina Hortense, hijastra de Bonaparte y deseosa de volver a ver al que tan buena vida le había dado. Louis XVIII tenía las ideas más claras, quizá por dominar el arte de la fuga. La primera de las suyas tuvo lugar la misma noche de 1791 en que la familia real sería cazada en Varennes. Desde aquella se había ajado unas cuantas veces, gracias a lo cual conocía la liturgia: no decir a nadie nada y mandar el oro por delante. A eso se debía que despachase a Lille, y de ahí a Inglaterra, una de las pocas personas en quienes de veras confiaba, su fiel Hué, primer *valet-de-chambre* y tesorero privado, empleo que ya desempeñó al servicio de Louis XVI. Llevaba con él las joyas de la corona y cuatro millones de francos. Bastaría para costearse los primeros meses de su enésimo exilio, caso de no dar con

alguien que pagara las facturas, lo que casi siempre había sido el caso.

El Tirano, por su parte, no les azuzaba. Seguía con el mismo paso tranquilo. Aquella noche, según se supo a la caída del sol, la pasaría en Sens, a una galopada de París. El final del reinado de Louis XVIII era inminente, lo que a nadie parecía entristecer. Bonaparte quizá trajera la guerra, pero las calles volverían a ser seguras y habría pan. Con aquello, para muchos, bastaba.

París, domingo 19 de marzo

No todos los liberales dejaban París. Uno de los más expuestos a sufrir la hospitalidad del Emperador era el escritor, filósofo y letrado Benjamin Constant.^[95] Su otrora más que amiga Germaine de Staël insistió en que se uniese al grupo que pensaba cobijar en Coppet; le tenía convencido hasta comentar que Juliette no sería de la partida. Fue oírlo y renunciar. Tras eso Madame de Staël abandonaba París como si dirigiera una compañía circense repartida en varios carruajes; si de algo sabía era de organizar exilios, los cuales siempre se sabe qué día comienzan, pero jamás qué año acabarán. El que Constant permaneciera en París no sorprendía excesivamente a quienes más le conocían; asociaban el hecho a que la Récamier tampoco marchara. Sí les sorprendió que aquel día tan poco recomendable para emprenderla con el Ogro vieran en el *Journal des Débats* un editorial devastador, firmado por él, contra un revivido emperador que ya estaba en las puertas de París. El texto era una sucesión de andanadas viscerales, siendo la última la más truculenta: «He ansiado la libertad bajo formas diferentes. He visto que ha sido posible bajo la monarquía. He visto al rey unirse de nuevo a la nación. No iré, miserable tráfuga, a columpiarme de un poder a otro, a cubrir la infamia mediante el sofisma y a balbucear palabras profanas para redimir una vida vergonzosa». Publicar semejante diatriba con Bonaparte a un día de marcha debía ser consecuencia de haber perdido el juicio, lo que quizá fuera lo que sucedía. Constant llevaba un año adorando de un modo perruno a la etérea Juliette, quien, con la sabiduría que sólo pueden otorgar veintidós años de seducir a todo el mundo le tenía cogido del ronzal, lo que se ponía de manifiesto cada vez que le recibía en su *salon*, último bastión del pensamiento liberal. De ahí que se murmurarse —incluso en los días más aciagos hay tiempo para cotillear— que su insensata toma de posición era fruto de un cálculo disparatado, en virtud del cual la divina Récamier —notoria enemiga de Bonaparte—, conmovida por su gallardía y con Chateaubriand lejos de allí, caería por fin en sus brazos. Fuera esa la razón o fuera cualquier otra, lo asombroso era que no saliera corriendo, a Coppet o adónde fuese. A cualquier sitio donde no llegara la muy larga mano de l'Empereur.



Benjamin Constant de Rebecque

Louis *le Desirée* tenía otras ideas: al anochecer, acompañado de un pequeño séquito, salió de Les Tuileries. Viajaba escoltado por una fuerza de caballería, oficialmente al mando del Duc d'Berry y en realidad al del Maréchal Marmont, Duc de Ragusa, de todos los mariscales creados por Napoleón el menos deseoso de verle. La primera intención de Louis, según comentaría Chateaubriand, era ganar Calais para desde ahí cruzar a Inglaterra, soñando con Hartwell, pero el Comte D'Artois — de talante tan ultrarreaccionario como el de sus hijos, el Duc y la Duchesse D'Angoulême y el Duc de Berry—, le convenció de ir a Gante, más cerca de Francia. París quedaba sin monarca y sin que hasta la tarde siguiente hubiese otro, pues el Corso no estaba lo bastante cerca. Los pocos que conservaban esperanzas de no tener que huir, empezando por los más despistados miembros del Conseil Privé —ni siquiera Blacas tenía idea de que su rey hubiera decidido marchar aquella noche—, al fin salían de dudas.



Maréchal Auguste Marmont, Duc de Raguse

París, lunes 20 de marzo

Un día para recordar. Lo disfrutaba con morosidad, paladeando hasta el último de sus minutos. Lo inició temprano, al dejar Sens camino de Fontainebleau. Por doquier se le aplaudía y se le vitoreaba, si no se le adoraba del modo en que los humanos adoran a los dioses cuando deciden aparecérselos. El país se le rendía, y nadie que contemplara su paso podría ponerlo en duda. Francia se comportaba como esas mujeres largamente deseadas que al fin se dejan caer en los brazos de un infeliz que no acaba de creérselo. Quizá por eso disfrutaba de aquella forma la gloria que la patria le concedía, sin acabar de creérselo. Bien sabía que Francia podía mostrarse un día irresistible y al siguiente imposible. No era diferente de cualquier otra mujer. De cualquier otra puta, mejor. Él no era su amante, porque nadie puede ser el amante de Francia. Era su chulo. El mejor de los muchos que había tenido, aunque sólo eso: un chulo de incierta fortuna. Dios quisiera darle fuerzas para domarla otra vez.

Fontainebleau. Once meses desde que viviese, allí, el día más amargo de su vida. La Garde Impériale, que así se llamaba de nuevo, formaba en el Cour de Cheval Blanc, donde se dijeron adiós del modo más emocionado, recordaba los rostros de sus endurecidos *grogards*, dejando caer las más desconsoladas lágrimas sin por ello relajar sus filas, tiesos como álamos. Los mismos *grenadiers* que ahora revistaba y que no podían estar más orgullosos. *Le petit tondu* había vuelto. *Vive l'Empereur!*

Dejó Fontainebleau a las dos de la tarde, hacia París, donde gualdrapeaban cientos de banderas tricolores, la primera en Les Tuileries y la segunda, enorme, colosal, en Les Invalides. La carrera, lentísima y estrechada por la histérica multitud, la cubrían los regimientos de Cazadores a Caballo 1.º, 4.º y 6.º, así como el 6.º de Lanceros. A eso se debía el haber elegido el más legendario de sus uniformes: el verde y blanco de coronel de sus *chasseurs-à-cheval*, con el envejecido *redingote* gris sobre los hombros, el tricornio negro y a lomos de *Marengo*, el de mayor alzada de sus caballos. Bajo un sol radiante, Napoleón en todo su esplendor. En toda su leyenda. Mientras aquello durase, lo debía disfrutar.

Les Tuileries, al fin. En la puerta, formados como *grogards*, los miembros del Servicio Imperial en pleno, con el prefecto Saint-Didier a su frente. Lo mismo que si hubiera salido de allí un par de días antes, como si el gordo Bourbon no hubiera infectado la casa durante nueve largos meses. La única diferencia, o la única que contaba para él, era que Marie-Louise no estaría esperándole como alguna vez lo hiciera, vestida con su mejor sonrisa de archiduquesa complaciente. Jamás lo viviría otra vez. Y pudiera ser que tampoco gozase mucho tiempo del horrendo edificio. Si quería evitarlo debía ponerse a trabajar en cuanto subiera la gran escalera y se quedase a solas con Bertrand. El día de gloria se terminaba. Desde aquel momento no tenía un segundo que perder. Aun así, no conseguía sacudirse la imagen de Marie-Louise invitándole a dejar de ser emperador y ser sólo su amante.

¿Qué tal le iría con el conde tuerto? ¿Chillaría con él tanto como en su cama, y en su baño, y en su despacho, y en la biblioteca, y en todo el maldito palacio de Compiègne?

Pues lo más probable, se dijo con fatalismo. Era hora de trabajar, no de sentirse viejo.

París, martes 21 de marzo

El *Moniteur* traía la lista de los ministros. Destacaban los de Policía (Fouché, 55 años), Guerra (Davout, 44) y Asuntos Exteriores (Caulaincourt, 41). Los había escogido no por sus méritos, sino en el criterio de que servirían a la finalidad inmediata: consolidarse. De Fouché no se fiaba, pero necesitaba en la Policía un hombre que la conociese a fondo, aunque fuera un Casio profesional. Seguiría traicionándole, pero aun así sería más eficaz que cualquier otro que sentara en su poltrona y que, por leal que fuese, careciera de sus contactos. Davout era, con Suchet, el más competente de sus mariscales; rudo, difícil, inteligente y enérgico; en ningún otro podría confiar con similar seguridad cuando dejara París para emprender la inevitable campaña. Caulaincourt no podía compararse con Talleyrand, pero al poseer un cierto ascendiente sobre Alexander —le había representado varios años en San Petersburgo— podría ser un buen ministro para quebrar la unión entre las potencias, sobre todo si conseguía establecer una paz separada con el impredecible Zar. Para cubrir las demás carteras tuvo que recurrir a viejas glorias. Una consecuencia del secretismo en que debió involucrarse para escapar de la isla maldita era el no haber podido preparar un gran gobierno que se pusiese a trabajar ese 21 de marzo, primer día de su imperio liberal. Aun así, no yerraría con Gaudin (59) en Finanzas, Mollien (57) en Tesoro, Decrès (53) en Marina y Maret, duque de Bassano (51), en la Secretaría de Estado.^[96] Habría preferido a Molé para Justicia, pero rehusó; pensaba de su régimen que duraría poco, y aunque deseaba volver a ser ministro prefería serlo de Louis cuando volviera; tuvo que recurrir a Cambacérès (61), un funcionario de lealtad acrisolada —junto con Maret controló el *Moniteur* para él desde que tomara el poder en 1799—, aunque carente de imaginación. Para Interior, por último, recurrió a Carnot (62), otro histórico de la Convención, jacobino del primer minuto y, como Fouché, *votant et régicide*. En general, su gobierno de casi escombros no le gustaba. Sus proyectos ministros —sólo Davout y Caulaincourt eran más jóvenes que él— bien podrían considerarse derrelictos. Habría preferido gente de menos años, resuelta y emprendedora, que no se pasara el día escribiendo larguísimos informes justificando con detalle por qué no hacían nada, pero ninguno de los que merecerían esos delicados puestos se había dejado seducir. La mayoría, ni siquiera tantear; prefirieron escapar.



Jean-Jacques Régis de Cambacérès

Para su sorpresa, no todo eran disgustos: a mediodía se le presentó un alegre Caulaincourt, blandiendo un papel. Era la copia del Estado Francés de un tratado firmado el 3 de enero por Talleyrand, Metternich y Castlereagh, y que Jaucourt, en sus prisas, se dejó atrás. Con aquello podría demostrar al poseedor de la llave de la paz, Alexander, la perfidia de aquellos tres bribones y de los gobiernos que representaban. En el acto mandó a Caulaincourt hacer copias y llevar el original a Butyagin, el ministro ruso —aún no había dejado París—, y una de las reproducciones a Von der Goltz, el prusiano, para que hiciera ver al inútil de su rey con qué clase de socios se jugaba el futuro.



Lazare Carnot

Fouché comenzó a ser eficaz desde nada más ocupar su poltrona, ya que conocía bien a la mayoría de los prefectos, unos tipos perfectamente siniestros que llevaban toda la vida trabajando para él. Al tiempo que se ponía en marcha reabría sus discretos canales con Austria e Inglaterra. No lo intentó con Prusia porque con aquella gente no cabía otra diplomacia que la del cañonazo, y menos aún con Rusia, si bien aquí no renunciaba por certidumbres políticas, sino por carecer de un contacto cercano al Zar. Los que poseía en Austria no eran directos, pues el Kanzler no aceptaría el riesgo de que una carta suya fuera interceptada; por eso se valían de correos opacos, práctica que iniciaron cuando Metternich aún era embajador en París, en los dorados años previos a Marie-Louise. Con Wellington se comunicaba de la misma forma. Con los dos había charlado muchas veces y de muchas cosas, las suficientes para que ambos fueran conscientes de que la mejor acción que podían emprender era conseguir la buena voluntad del inexpresivo, seco, brusco y peligroso Duc d'Otrante. Su objetivo era diáfano: conseguir que su poltrona fuera de por vida, con independencia de que su soberano fuera Bonaparte o cualquier otro, daba igual quién. Viniera quien viniera, necesitaba que Wellington y Metternich le hicieran ver que no podría prescindir de aquel prodigioso ministro de Policía. Todo lo demás, empezando por la propia Francia, le tenía sin cuidado.

Valonia, París y Viena, jueves 23 de marzo

La 3.^a Brigada de Caballería, mandada por el Major-General Sir Wilhelm-Kaspar von Dörnberg, permanecía en Mons (Valonia) desde la visita de Wellington, siete meses antes. Sus regimientos se hallaban en alerta desde que se conoció el regreso de Bonaparte. A eso se debía que Dörnberg, con dos escuadrones del 2.^o de dragones, observara con su catalejo inusitados movimientos en el puesto fronterizo de Bettignies, por donde al poco vio pasar varios carruajes, así como una escolta de cierta consideración. Nada más cruzar el último jinete los carabineros franceses bajaron las barreras, clausurando el paso. Eran novedades importantes, de modo que despachó uno de sus oficiales al cuartel general de Bruselas, tras pasarle una nota en inglés y ordenarle la entregase a Sir Thomas Graham.

Dos de sus tres regimientos eran de la KGL. Desde 1803 servían bajo la Union Jack, aunque a las órdenes de jefes y oficiales alemanes. Lucharon en la Península de principio a fin, demostrando ser tropas muy disciplinadas, al punto que gracias a dos de sus unidades, conducidas por el general Álava, Vitoria pudo librarse del saqueo que sufrían las ciudades españolas cuando las tropas británicas las liberaban, a menudo para mal, de los invasores franceses. Dörnberg poseía un aceptable inglés y era Caballero del Imperio, por lo cual tenía derecho al título de Sir, aunque sus tropas preferían llamarle Herr General. Aquel día tenía pensado comenzar a explorar tras la frontera, pero la llegada del rey francés le hacía cambiar de planes. Debería rendirle honores y acompañarle adonde pensara ir, y también explicar a quien mandara su escolta que a partir de aquel momento se hallaban bajo la protección de la caballería británica, de modo que antes de servirse de sus armas, fueran cuales fuesen las razones que les moviesen a ello, deberían consultar con él o con sus oficiales.

La orden de cerrar fronteras era de Fouché. Al darla invadía competencias de Carnot, que cuando fuese puesto al día entraría en erupción, pero Napoleón le absolvería de aquel pecado venial, y más tras considerar que Carnot, para dar la misma orden, habría pedido informe al Consejo de Estado, la formal aprobación del Corps Législatif y un par de audiencias con l'Empereur. Carnot era como era y Fouché lo agradecía, pues cuanto más vacío de poder dejase alrededor, más ocuparía él. Lo que Dörnberg sí pudo comprobar, esa misma tarde, fue que la línea fronteriza seguía siendo permeable. Bastaba con marchar campo a través o por caminos secundarios. Francia e Inglaterra no estaban en guerra, pero la suerte de los espías solía ser mala. Sus *light dragons* patrullarían impecablemente uniformados de gris y azul —en vez del rojo y oro de la caballería británica—, colores que de lejos podrían confundirse con los franceses, aunque a fin de ahorrarse disgustos lo harían cubiertos con largas capas negras, similares a las que usaban los campesinos en aquella tierra bendita donde si no llovía, diluviaba. Si aun así fuesen capturados se les supondría extraviados, por vestir de uniforme; lo pasarían mejor o peor, y tardarían más o

menos en ser canjeados, pero conservarían la cabeza.

L'Empereur recuperaba su ritmo natural. Se levantaba no muy pronto, se hacía informar de las novedades por sus secretarios, concedía dos o tres audiencias, comía de urgencia, se tumbaba unos minutos, convocaba de nuevo a sus secretarios, les dictaba, se retiraba para reflexionar al tiempo de darse un baño muy caliente —solía ser el más creativo de los momentos en que dividía su jornada—, cenaba con Bertrand y algún otro, se reunía con alguno de sus ministros o sus mariscales y tras eso se retiraba no tan exhausto como para no leer algún informe antes de dormirse. Aquella noche despachaba con Fouché asuntos cuya competencia era de Carnot, pero a él no le importaba que sus ministros invadieran sus respectivas áreas de poder con tal que hicieran bien su trabajo. El de Fouché consistía en mantenerle al corriente de lo que sucedía en el país, y lo hacía bien; sus delegados siniestros y sus prefectos tenebrosos funcionaban incomparablemente mejor que sus despistados equivalentes del ministro del Interior. De Louis XVIII, por ejemplo, sabía que no tomaba su exilio con excesivas prisas. Había llegado a Lille la tarde anterior, indeciso entre parar, seguir hacia el VKN o dirigirse a Calais. Lo que inclinó la balanza fue la glacial acogida de la guarnición. Allí no le querían, o eso decía el informe de uno de sus palafreneros. Tras departir con MacDonald eligió Gante. Una opción adecuada, convenía l'Empereur con objetiva imparcialidad. Quedaba cerca de Bruselas aunque libre de sus agobios, bastante lejos de Willem, con quien Louis no se llevaba bien, y casi al lado de Oostende, de modo que ganar el puerto y subirse a un barco si las cosas iban mal fuera una fácil opción. Lo único que parecía preocuparle, según el palafrenero, era no estar seguro de que hubiera en Gante un palacio de suficiente categoría para que vivir allí no fuera rebajarse demasiado.

L'Empereur rió de buena gana, no por las desventuras de Louis sino por la divertida maldad que su ministro destilaba en cada palabra, pero dejó de hacerlo al saber que había sublevaciones. La policía no tuvo problemas con ninguna, salvo en La Vendée con la del Duc de Bourbon, primo de Louis XVIII, y en el Midi con la del Duc D'Angoulême, hijo mayor del Comte D'Artois y esposo de Charlotte, la hija de Louis XVI. Era la más peligrosa, ya que se les había unido el barón Vitrolles, antiguo secretario del Conseil Privé y de gran ascendencia local, que se ocupaba de movilizar a las autoridades civiles mientras la duquesa organizaba en Burdeos los abastecimientos y la resistencia; D'Angoulême, por su parte, marchaba sobre Lyon al frente de las fuerzas sublevadas.

—¿Cuántos tiene?

—Los informes hablan de miles, aunque nadie ha logrado verles a todos juntos.

El Emperador se quedó pensándolo. Lo de aquellas acémilas podría complicar la situación.

—Que pase Davout. Esto hay que sofocarlo cuanto antes, y su policía y sus gendarmes —por Fouché, que asentía— no lo podrán hacer. Me fastidia, pero no habrá más opción que liquidarlos a cañonazos. Cualquier cosa menos permitir a esas bestias que me organicen una guerra civil.

Viena era una ciudad de sólida implantación religiosa, pese a lo cual padecía una destacable tolerancia. Era explicable, pues el Imperio sufría la mayoría de las sombrías religiones monoteístas que desde hacía siglos, coincidiendo con la decadencia del alegre paganismo, abrumaban a la desdichada Europa. La capital era imparcial en materia de credos, de manera que los diversos hijos de Jesús (calvinistas, ortodoxos, baptistas, evangélicos, metodistas, luteranos, adventistas, católicos, fundamentalistas, coptos, pentecostalistas, anglicanos y anabaptistas, entre otros) comerciaban en paz con judíos y mahometanos, además de con ellos mismos; en realidad, y cuando se trataba de trapichear, las afinidades piadosas eran un inconveniente más que una ventaja. Sin embargo, ciertas fechas de los distintos calendarios cristianos tenían el don de paralizar la ciudad, lo que no sucedía con otras confesiones. Así, el significado comercial de la Semana Santa superaba en mucho al Pésaj de los judíos o al Ramadán musulmán. El fenómeno repercutía en la bastante alicaída vida social. Las noticias sobre Bonaparte, que oscurecían a las demás, determinaban un giro a la seriedad, coincidiendo con el hastío de los plenipotenciarios más notorios y con las dificultades económicas de casi todos los delegados. A ellos se sumaban no pocos aristócratas que, pese a no estar acreditados en el congreso, formaban parte de su casta específica; un ejemplo era la princesa de Bagration, de quien se murmuraba que la cantidad de facturas sin cobrar que atesoraban sus preocupados proveedores bordeaba no ya lo indisimulable, sino el siempre aventurado trance de acudir a la justicia, la cual, como era bien sabido, rara vez es ciega cuando hay princesas de por medio.

Los Habsburg-Lothringen sentían un gran apego por el catolicismo, al punto que durante la Semana Santa renunciaban a toda clase de festejos, salvo los de índole tan pía que nadie consideraría divertidos. Uno era el Lavado de Los Pies. Era un acto íntimo, tanto que a su celebración sólo estaban invitadas las noblezas austríaca, checa y húngara. Las extranjeras en absoluto resentían no verse implicadas en tan piadoso acontecimiento, tan temido por la local; preferían reunirse con discreción en los palacios de los que aún tuvieran presupuesto. En cierto modo era lo que sucedía desde hacía semanas, cuando los bailes multitudinarios pasaron a ser sustituidos por recepciones limitadas y exclusivas. El Congreso, gracias a Bonaparte, aceleraba en búsqueda de su final, lo que nadie lamentaba, y los vieneses, con su Kaiser a la cabeza, menos que ninguno.

El que la ceremonia del Lavado de Los Pies fuera de naturaleza discreta no

excluía que pudiera ser presenciada por nobles ajenos a las grandes familias indígenas; bastaba con que se hicieran invitar por algún noble con derecho a formar parte del cortejo. Era el caso de Dorothée de Périgord, a quien el palacio Kaunitz se le venía encima no sólo por cuestiones económicas, sino porque su tío estaba ocupado en negociar, maniobrar, manipular y conspirar, de modo que raro era el día en que le arrancaba más allá de unos minutos. La posibilidad de observar en primera fila un espectáculo como el que regalaban cada Jueves Santo el Kaiser Franz y la Kaiserin Marie-Ludovika excitaba su agnóstica curiosidad, lo que influía en su determinación de hacerse invitar no tanto como hacerlo del brazo del encantado Clam-Martinitz. El que los cuchicheos comenzaran a extenderse le daba igual. A sus juveniles veintiún años poseía una notable facilidad para pasar de todo, sobre todo cuando podía movilizar explicaciones plausibles, y los Von Medem, sus ancestros maternos, estaban emparentados con una de las innumerables ramas del frondoso árbol Habsburg-Lothringen. De ahí que, vestida de negro riguroso —como todas las condesas, princesas y duquesas presentes en la espeluznante ceremonia— y abarloada de su conde, de húsar impecable, presenciara el espectáculo que daba la real pareja.

La ceremonia tenía lugar en la Großer Redoutensaal, una medida lógica pues se celebraría en presencia de la corte al completo, bien al tanto de que no convenía excusarse. Hacia el centro de la sala se habían dispuesto dos largas mesas, a cada una de las cuales se sentaban doce menesterosos seleccionados entre los más lamentables de la ciudad. Los de una mesa eran menesterosos; los de la otra, menesterosas. En un momento determinado, estando la sala ya repleta de nobleza expectante, un solemne maestro de ceremonias daba tres sonoros porrazos, anunciando la llegada del Kaiser y la Kaiserin. Se abría una gran puerta y aparecían los tales, seguidos de los archiduques y las archiduquesas; cerrando la comitiva, un pelotón de la Guardia Húngara. Como era previsible, de los menesterosos se ocuparían el Kaiser y los archiduques, siendo las menesterosas asunto de la Kaiserin y las archiduquesas. El programa comenzaba con una cena de tres platos, haciendo la real familia de camareros y camareras. Los menesterosos, que no lucían andrajos inmundos sino impecables túnicas blancas, hicieron lo que se suponía debían hacer —«han debido tenerles tres días sin comer», musitaba la estupefacta condesa—, dando cuenta de los alimentos con agradecida voracidad. Tras eso, y una vez despejadas las mesas de platos, cubiertos, vasos y desperdicios —actividad de la que se ocuparon sirvientes de plantilla—, los archiduques y las archiduquesas se dedicaron a colocar bajo los pies de los menesterosos y las menesterosas unos recipientes a modo de palanganas, perfectamente funcionales pese a ser de plata labrada. El Gran Chambelán, tan solemne como suelen ser los de su oficio, escanciaba cierta cantidad de agua sobre cada pie, cediendo el turno a la Kaiserin Marie-Ludovika, que tosiendo de vez en cuando —«la tisis, ya sabes», explicaba el conde— los enjuagaba con un paño y los

secaba con otro, los cuales le suministraban, por turnos, las abnegadas archiduquesas. El Kaiser, por su parte, hacía lo propio, precedido por otro chambelán y escoltado por los archiduques. Así, en poco más de diez minutos los veinticuatro pares de pies relucían de limpieza —«no vayas a pensar que venían directamente del arroyo», susurraba el conde mientras la condesa luchaba con sus tripas; «ya los han lavado antes, a fondo; ni te imaginas lo bien que refriegan las maritornes del Hofburg»—. Con eso concluía la ceremonia, enriquecida con los más tristes acordes de la semipóstuma *Lacrimosa* de Mozart.

—¿De verdad esto ha sido todo? ¿Ya no hay más? —la condesa parecía decepcionada; conociendo las costumbres imperiales como ya las conocía, le sorprendía que aquello no durase horas.

—Hoy, no. Mañana padeceremos una peregrinación callejera, de iglesia en iglesia. Siete, creo. Si hace mal tiempo es insoportable. Cuando hace bueno, aún es peor. Supongo que sólo irá el Kaiser. La Kaiserin se podría morir en cualquier esquina. Es milagroso que siga viva. Según se murmura, y mis fuentes son buenas, sale a vómito de sangre por semana.

Dorothée no dijo nada. El Kaiser habría debido elegir una tercera esposa fuerte, sana y capaz de darle hijos, no aquella escoba de ojos febriles. Ya se lo advirtió su madre, que allá por 1806 intentaba colocarle una de sus hijas. «Con esa prima tuya te quedarás viudo en dos días y tendrás que volver a empezar», pero al muy bobalicón le tenía sorbido el seso, a saber por qué, pues María-Luisa de Módena era un ser sin nada, una verdadera tabla de planchar. Mina no le daba ni un año para verla en la Kapuzinergruft,^[97] que sumado a otro de luto serían dos hasta encontrar al Kaiser en el zoco de soberanos casaderos. Podrían ser suficientes para la católica Johanna, que por entonces tendría treinta y cuatro y cuyo matrimonio, a diferencia de los de Mina y Paulina, podría ser anulado, y que además no tenía hijos conocidos por mucho que su historia con Arnoldi fuera del dominio público, pero la fama de pendón que había criado a la vera del nefasto Gentz la dejaba fuera de juego. Mala suerte, pues; ninguna de las Von Biron culminaría el sueño de su madre: ver a una de sus hijas ciñendo una corona real.

—¿No se puede hacer nada mejor, en estos días?

—En Viena, no, pero a dos horas de aquí, en Laxenburg, los Clam-Martinitz tenemos un pabellón de caza. Está vacío, porque mis parientes no pueden escapar de las liturgias imperiales, pero los húsares tenemos bula. ¿Te gustaría saber lo bien que calienta la chimenea del dormitorio principal?

La condesa no dudó en estremecerse de anticipado placer.

—Dame una hora, para coger mis cosas y despedirme de mi tío.

—¿No se mosqueará?

El conde se arrepintió de haber preguntado. En Viena era tan notorio que las

relaciones entre tío y sobrina parecían más estrechas de lo que sería plausible que hasta él se preguntaba si no sería verdad, pese a que Dorothee no diera la menor pista ni de que lo fuera ni de que no.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Oh, pues por nada..., por si teníais alguna recepción, o algo así.

—En Kaunitz, no. Estamos invitados a no sé cuántas cenas en no sé cuántas legaciones, pero ya sabrá excusarme. Con él no tengo problemas de libertad, ¿sabes?

El conde asintió. Las palabras de Dorothee no guardaban relación con su mirada. No era la de su rendida condesa francesa, incapaz de controlarse cuando iba de una *petite mort* a otra. Era la helada, excelente para echarse a temblar, de la más temible de las princesas prusianas.

Viena, Waregem y París, sábado 25 de marzo

La gran actividad de Talleyrand partía de la convicción, compartida con Wellington, de que Louis no podría contener a Bonaparte. Si éste se hubiera procurado un defensor, y dada la galbana imperante, habría sido inevitable que la postura general se convirtiera en un cauto «esperar y ver», lo que sería opuesto a sus intereses, pues jamás habría sitio para él en una Francia dominada por Napoleón salvo si aceptase cambiar de bando, lo cual sólo sería una opción a valorar si no quedara otra. Gracias a su frenética determinación no sólo consiguió movilizar a Wellington, sino a Hardenberg, quien no tardó en comprender que si el congreso se interrumpiera para dar paso a un nuevo tratado de París, a celebrar con la ciudad tomada por sus *armeekorps*, quizá podría obtener allí lo que no lograba en Viena. La declaración del día 13 se debió a lo bien que logró mover a los dos, y a su través a los demás. Fue un buen primer paso, aunque de nada valdría si no se diera el segundo, para lo cual había convocado a sus iguales; pretendía dar forma de coalición a las buenas intenciones contenidas en la declaración del 13 de marzo, y para tal cosa ninguna fecha iría mejor que un Sábado de Gloria. No le costó confirmar la presencia de los siete jefes de legación; contar con el respaldo de Wellington, Hardenberg y Lowenhielm, a los que Palmella no dudó en sumarse, ayudó a que Metternich y Nesselrode comprendieran que no asistir levantaría sospechas. El único que protestó fue Labrador, que no quería perderse los oficios y al que sólo desde su dignidad de obispo logró convencer de que no pecaría representando a su país en un acto donde tanto tenía que ganar y tan poco que perder.

La reunión fue breve, pues los puntos a debatir eran pocos y más de un plenipotenciario tenía planes. Así, en diez minutos se acordó que ninguna potencia negociaría con Bonaparte por separado; bien sabía él que tanto Metternich como Alexander obviarían el compromiso a poco que la ocasión lo mereciese, pero se trataba no sólo de dar imagen de firmeza, sino de que los más dispuestos a la guerra, Inglaterra y Prusia, se considerasen respaldados, sobre todo la segunda, pues al volver hacia el oeste dos tercios de sus tropas dejaría su trasero al descubierto. Serían aliados, y amigos, pero el caso era que los prusianos, desde los tiempos de Nevsky, jamás acababan de fiarse de los rusos. Tras eso Metternich propuso que la fuerza de seiscientos mil hombres, aportados por Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia, se pusiese a las órdenes de Schwarzenberg. Talleyrand sabía que aquello, insinuado días antes, no prosperaría, dada la firme oposición de Wellington a recibir órdenes de nadie. De ahí que recomendara dejar a Inglaterra fuera del compromiso, por no tener fronteras con Francia. Así, para disgusto del Kanzler, se acordó que cada ejército actuaría por su cuenta, dejando la coordinación a sus comandantes. Tras eso quedaba un último punto: a petición del VKN, las fuerzas que lo defenderían serían británicas y prusianas; su delegado agradecía la oferta del Zar de situar allí sus tropas, pero su

pequeño país no era capaz de cobijar más de dos ejércitos extranjeros. Ni Nesselrode ni Metternich pensaban que aquello fuese verdad —nadie creía una palabra de lo que decían los demás—, de modo que Hardenberg se vio forzado a explicar que pensaba estacionar un *armeeorps* en Charleroi, y nada más, a lo que Wellington añadió que Inglaterra contaba en Valonia con apenas cinco mil hombres, a los que sólo se unirían treinta mil más. No pasó de ahí, pues con tan exiguo esfuerzo quedaba claro que de ningún modo pensaba su gobierno hacerse con el VKN, ni tampoco el de Friedrich-Wilhelm, y además había un cuarto punto que prefería rehuir: determinar bajo qué banderas formarían los contingentes de una docena larga de reinos, ducados y principados alemanes interesados en hacerse con un trozo de la tarta. De uno en uno representaban poco, pero juntos sumaban ciento cincuenta mil hombres. Wellington, Hardenberg y Metternich los querían bajo las suyas. El primero tenía difícil conseguir uno solo además de Hannover —de algo valdría que su Kurfürst,^[98] el duque de Braunschweig-Lüneburg, desde 1714 fuera también rey de Inglaterra—, pero no pensaba cederlos sin lucha, consciente de que todos, si pudieran, elegirían combatir por Inglaterra. Su seguridad nacía de que su país era, de todos los que reclutaban mercenarios, el que mejor pagaba.

Mientras aguardaban a que Gentz pusiera en limpio el texto —para firmar y levantar la sesión—, Talleyrand se preguntaba por el siguiente paso. Las últimas noticias situaban al Ogro entre Lyon y París. Dadas las ocho jornadas que necesitaban los correos, era seguro que ya estaría en Les Tuileries, con lo cual él se quedaría sin el dinero que le hacía llegar Jaucourt. Aún tenía bastante, si alguna vez se tiene bastante, pero no lo suficiente para mantener su excelente ritmo vital hasta que los ingleses o los prusianos —ni los austríacos ni los rusos iban bien de ardor guerrero— echaran al mar a Bonaparte. Suspiró con anticipado pesar al decirse que, si los preparativos guerreros no avanzaban con la debida presteza, se vería en la dolorosa obligación de plantearse un cambio de bando. Quizá, después de todo, no fuera tan espantoso volver a ser ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón.

Le gustaría cenar con su sobrina, explicarle la reunión y escuchar sus conclusiones, por mucho que a veces pecaran de ingenuas, pero no podría ser. Se había ido con otros jovenzuelos a un lugar llamado Laxenburg, donde uno de los tales poseía una casa de vacaciones. Le dolía no tenerla cerca, no disfrutar de la exquisita, inspiradora presencia de su privilegiado cerebro, aunque peor era percibir que los tiempos de feliz intimidad llegaban a su fin. Días antes, en Preßburg, adonde fue con Wellington y Metternich a explicar a Friedrich-August la suerte que tenía, visitó a una de sus más antiguas amigas, la condesa de Brionne, su guía sobre muchos aspectos de la vida, incluyendo los de naturaleza íntima, cuando él era un joven Abbé de Périgord. La encontró en su cama, ya cerca del final. Se alegró de verle, y de recordar los viejísimos tiempos en que Charles-Maurice aprendió, a su través, a ver la realidad

con los ojos de la lucidez. Cuando dejó su cuarto le abrumaba la tristeza, tanto que no pudo contener unas lágrimas que pocas, muy pocas personas habían visto alguna vez en su rostro imperturbable. Le desconsolaba ver lo poquito que quedaba de la espléndida mujer con quien había compartido mantel y sábanas en los dorados años anteriores a 1789, los mismos de los que una vez dijera «quien no los haya disfrutado no puede afirmar que haya conocido la verdadera dulzura de la vida». La misma tristeza que ahora se apoderaba de su alma, o de lo que tuviera donde los idiotas suponen que llevan una. La tristeza de los viejos, única compañera que la vida les otorga en el último tramo del camino, el que acaba en la paz de los que saben que ya no hay más, que ahí acaba todo, que ha venido el ángel de la muerte y ha soplado en la candela de su existencia. Pues ya podía prepararse, porque aquel sueño vivido con Dorothée sería irrepitible. Jamás daría con una criatura igual.



Condesa de Brionne

La Casa Real había cruzado la frontera sin mayor novedad, pese a ser seguida de cerca por las dos divisiones del Général Rémi-Joseph Exelmans; el aire de las mismas

no era belicoso, ya que sólo pretendían asegurarse de que la escolta de quienes huían no se desmandaba; ésta debía contar con cuatro mil hombres, pero tras deducir los que desertaron antes de iniciar el camino y los que hacían lo mismo en cuanto comprendían que más allá de la frontera se quedarían sin trabajo ya sólo serían la mitad. Según les explicaban sus perseguidores —a gritos—, tendrían mejor futuro si elegían a tiempo y no tras dejar de ser franceses —quienes lo fueran, pues era una guardia real mercenaria, como era lo usual en las monarquías borbónicas, siempre desconfiadas de sus arteros súbditos—. Se organizaban en tres regimientos de colorido espectacular: los mosqueteros grises, los rojos y los guardias de corps, deslumbrantes en sus blanquísimos uniformes. No les amargaba retirarse sin combatir, al punto de no tener reparo en desprenderse de sus excelentes piezas de artillería montada, de las que al momento se hacían cargo los dragones franceses. El problema consistía en que, a cada pieza que recuperaban, los tales prorrumpián en alaridos victoriosos, lo que irritaba en grado sumo a los que huían, tanto que comenzaron a explicar a sus perseguidores la forma de ganarse la vida que imputaban a sus madres. La situación entró en crisis a la salida de Béthune, donde los dragones de la 9.^a encontraron inaceptables tales explicaciones, al punto de cargar sus pistolas y desenvainar sus sables. La confrontación entre los húsares *reales* y los dragones de la 9.^o devenía inevitable cuando la sangre fría del general Exelmans, el Seydlitz francés al que *le petit tondu* debía Champaubert, Montmirail, Vauchamps y Château-Thierry, consiguió dejarla para otro día, no porque sintiera menos deseos de rebanar pescuezos mercenarios, sino para impedir que allí tuviese lugar la primera batalla de una guerra civil.

Nada más cruzar se cumplieron las profecías: sólo trescientos jinetes y setecientos mosqueteros seguirían al rey en su destino. Los restantes eran cordialmente invitados a irse al diablo. Los pocos franceses que aún quedaban se preguntaban qué hacer. Temían ser masacrados por los *grogards* de la Guardia Imperial, sin duda deseosos de cobrarse las afrentas de los pasados nueve meses, cuando dejaron de ser *l'élite* para pasar a ser *la merde*. Para los no franceses sólo era cuestión de cambiar de amo. Sabían que los ingleses ocupaban aquel promisorio VKN, al punto que ya divisaban docenas de jinetes azulados, vigilándoles. Lo natural sería que les recibieran bien. Sólo sería cosa de avanzar hacia ellos y preguntarles por su banderín de reclutamiento. Lo que no podían saber era que no hablaban inglés, ni francés: todos, sus jefes también, eran alemanes.

El Maréchal MacDonald observaba la escena. La última de sus misiones había sido conducir ese convoy a la seguridad del VKN, cuidando de los aterrados parientes del rey. Bien, pues ya estaba hecho. Lo que ahora deseaba era retirarse de la vida militar, y también de la pública, y disfrutar sus no desorbitadas propiedades. No creía que por mucho tiempo. El «Sire, nos veremos en tres meses» con que se despidió de

Louis XVIII no fue una cortesía para dar ánimos, sino una predicción profesional.

La brillantez y la eficiencia de l'Empereur nacían en su capacidad de concentrarse y reflexionar. De ahí venía que cada día buscara un par de horas para relajarse, sin agobios, en la intimidad del más inconfortable de sus tronos y después en la de su *boudoir*. En el primero la naturaleza le hacía permanecer un tiempo variable. La suya era una triste afección, propia de los que han de pasar muchas horas a caballo. Montar era una servidumbre que padecía porque no quedaba más remedio; a eso se debía su preferencia por yeguas tranquilas de alzada reducida, con las cuales la tortura se hacía más llevadera, pero a la que podía descabalgaba. Sus almorranas, que con el paso de los años habían llegado a rozar lo intolerable, le amargaban la existencia de un modo atroz, aunque cuando contaba con un aseo confortable, y el de sus habitaciones en Les Tuileries desde luego que lo era, parecían contenerse. Las combatía con unguentos y potingues que le preparaba su fiel doctor Larrey, y en el terrible momento de disfrutarlas con plena intensidad las hacía frente con ayuda de la prensa. Napoleón, como tantos y tantos hombres, era incapaz de visitar una letrina sin un periódico en la mano.

Tras los pavorosos minutos de aliviar lastre venía el consuelo del aseo. Primero, el de las zonas afligidas. Después, inmerso en una bañera pompeyana que Louis había tenido el buen gusto de no dismantelar. A fin de no escaldarse la pedía de agua no excesivamente hirviente, ni tampoco a rebosar, aunque al poco de verse dentro Allí la llenaba con líquido burbujeante, hasta casi alcanzar la temperatura de cocción. Tras eso, y una vez a solas, le faltaba una única cosa: estirar el brazo y coger otro periódico. El *Moniteur* lo había leído poco antes; no vio en él nada de interés, salvo el decreto que abolía la censura. Era pronto para conocer las reacciones a que daría lugar, y no las del populacho, al que la supresión de la censura traería sin cuidado, sino a los propios y a los extraños, a los bonapartistas y a los liberales, a los republicanos, a los jacobinos, a los *feuillants* y a los *royalistes*. No todos habrían huido tras Louis, de modo que por algún sitio aflorarían. Acabar con la censura fue de las medidas que primero analizó al urdir su plan. Nunca supuso difícil llegar a París, si conseguía desembarcar. Lo complicado empezaría después. De ahí el haber calculado cómo convencer primero a los franceses, y después a los aliados, de que aquel nuevo Napoleón tenía poco que ver con el antiguo. Pretendía dar la impresión de que su retiro elbático le había convertido en demócrata. Liquidar la censura sonaría convincente, pese a las molestias que las libertades ciudadanas causan a los gobiernos democráticos, empezando por el muy lejano de Pericles. De ahí que su idea no fuese abolirla para siempre. Sólo hasta que ya no hubiera peligro en restaurar las buenas costumbres.

La medida daría lugar a la resurrección de un puñado de publicaciones

clausuradas. Ninguna era bonapartista, de modo que, siguiendo los consejos de Fouché, no les hizo llegar filtración alguna. Ésas las reservó para un par de libelos de corte satírico, un subgénero periodístico muy apreciado por el pueblo. Uno se llamaba *Le Nain Jaune*, y en tanto se publicó fue muy popular entre los parisinos ilustrados. En su número de aquel día, primero desde que Blacas lo cerrase, no sólo anunciaba la buena nueva de volver a publicarse, sino que ofrecía un irónico resumen del comportamiento de la prensa en los veinte días que duró el vuelo del Águila. El editorialista de *Le Nain Jaune*, pues aquello era en sí mismo un editorial, no necesitó esforzarse. Le bastó con copiar titulares:

El Caníbal ha dejado su guarida.

El Ogro parte de Elba.

El Tirano ha estado tres días en el mar.

El Invasor desembarca cerca de Cannes.

El Usurpador ha llegado a Gay.

El Corso se apodera de Grenoble.

Bonaparte entra en Lyon.

Napoleón, en Auxerre.

El Emperador ha sido recibido en Fontainebleau con grandes aclamaciones.

Su Majestad Imperial, de nuevo en Les Tuileries.

De *Le Nain Jaune* no tenía nada que temer. De quien sí tendría era de Fouché. Su doblez era pasmosa. Lo había comprobado aquella mañana, en la reunión cotidiana. En ella dejó caer, sin darle importancia, que sus agentes habían interceptado en Basilea un mensajero de Metternich camuflado de agente del banco Arnstein & Eskeles, con un mensaje dirigido a él mismo y escrito en tinta invisible.

—¿Y qué quería de usted?

—Saber si podría comunicarse conmigo, Sire. También, que si para lograrlo debía convencerme de alguna forma, podría contar con una muy antigua, en la divisa que prefiriese.

—Ya. ¿Y a qué piensa Su Excelencia que se debe tal cosa?

—Seguramente, Sire, a las muchas veces que al príncipe de Bénévent y a mí nos tocó sobornarle cuando era embajador en vuestra corte. Quizá no se le haya ocurrido que, al menos en mi caso, lo hacía por cuenta de Vuestra Majestad, jamás en la mía propia.

Se quedó pensándolo. Que Metternich intentase sobornar a Fouché lo daba por descontado, como el propio Fouché habría calculado que haría; de ahí venía que lo comentase con el candor de un Candide. Lo que convendría saber era con cuántos

más lo habría intentado el tenebroso Kanzler.

—Contéstele, pero en mi nombre. Dígale que me tiene a su disposición, y que tenga la seguridad de que saldrá tan satisfecho como cuando representaba en París al Kaiser Franz. ¿Sabrá decirlo de una forma que no considere amenazadora? Magnífico, Duc d'Otrante. Bien, ¿qué más hay?

Londres y Chimay, domingo 26 de marzo

Lord Liverpool no era partidario de reuniones masivas en las que sus ministros discutieran los asuntos que trajera cada uno. En su concepción de lo que debía ser un buen gobierno era esencial que cada cual sólo hablara de las áreas que les confiaba. En las demás, y pese a los conocimientos que pudieran poseer, a los efectos del gobierno eran simples aficionados, sólo capaces de distraer a los demás, si no de llevarles a transitar por caminos equívocos a causa de su mejor dialéctica o de alguna suerte de inspiración divina, tan brillante como se quisiera pero no sustentada en hechos, ni en cifras. El único que debía saber de todo y estar al corriente de todo, era él. De ahí que acostumbrara reunirse por separado con los miembros de su gabinete, a los que previamente bombardeaba con notas y cartas tan frecuentes como prolijas. La eficacia en la gestión era su primer afán, y a eso sacrificaba no ya su jornada laboral y su escaso tiempo libre, sino su vida entera. Lord Liverpool era *premier* veinticuatro horas al día, siete por semana, y exigía que sus ministros siguieran la misma regla. Lord Bathurst, secretario de Guerra y Colonias, y Lord Castlereagh, Asuntos Exteriores, no la seguían. El primero por padecer docenas de sobrinos y el segundo por tener otras aficiones, de las que Liverpool prefería no saber nada. Se habían reunido ese domingo por la necesidad de tomar ciertas decisiones, del no infrecuente tipo que afectaba tanto a los ejércitos como a la presencia británica. La primera venía determinada por un informe de Wellington. En él explicaba que las potencias aliadas, hacia finales de mayo, desplegarían cuatro ejércitos. El primero, austríaco, en Lombardía, de cincuenta mil hombres; el segundo, en Baden, lo integrarían contingentes de Austria, Württemberg, Bayern y Baden, totalizando doscientos mil; el tercero, en Flandes, trescientos mil entre ingleses y prusianos, suponiendo que las aportaciones de Inglaterra, sumadas a las del VKN y a las de sus aliados alemanes, igualara los ciento cincuenta mil anunciados por Prusia; el cuarto y último, ruso, doscientos mil que se congregarían en Würzburg. Su duda principal residía en el ejército de Flandes, pues seguía sin saber qué tropas serían aportadas por Inglaterra y no sabía nada de las del VKN y Hannover. Se preguntaba si entre Inglaterra y sus aliados realmente alcanzarían la cifra de ciento cincuenta mil comprometida en Viena, cuándo se podría contar con los que finalmente se movilizaran y al mando de quién estarían, pues las necesidades de coordinación con los comandantes aliados ya eran apremiantes. Todo indicaba que por parte austríaca el jefe supremo sería el Fürst Schwarzenberg, y por la prusiana sería difícil que Friedrich-Wilhelm no eligiese a Blücher. Por el lado ruso no había noticias; el Zar, en eso y en todo, parecía no tener prisa.



Lord Bathurst, por Lawrence

—Bien, ¿qué pensáis?^[99]

—Pues que no hemos anunciado el nombramiento de Arthur, y a su manera nos lo recuerda.

Lord Liverpool y Lord Bathurst asintieron. Lord Castlereagh tenía razón.

—¿Hablas tú con la Royal Commission? —por Lord Bathurst, que aparentaba tomar nota; prefería no explicar que ya lo había hecho—. Habrá que hacerlo saber al Zar, al Kaiser y al otro, el prusiano. Ah, y al Viejo Sapo. ¿Te importaría escribir a Stuart, para que le diga que nombre a nuestro Arthur jefe supremo de sus fuerzas? ¿Se molestará su chico, el que fue uno de sus ADC?

—Le pondremos bajo él, como segundo jefe o algo por el estilo, y con eso bastará. No será una hipoteca para Wellington, no temáis. Jamás ha hecho caso de los segundos jefes. Para él son meros espantapájaros. Siempre se ha entendido directamente con los comandantes de división.

Lord Bathurst conocía las costumbres de Sir Arthur. Llevaba seis años leyendo un despacho suyo por semana, cuando no dos, y a veces más.

—Me preocupa que el ejército de Flandes vaya a tener un mando único —Castlereagh y Bathurst elevaban sus cejas, expectantes—. Si fuera Blücher, el salvaje que padecemos el verano pasado, Arthur dimitiría. Si fuese Arthur no sé si Blücher lo aceptaría o no, pero el que no lo aceptaría sería yo. Ya vimos hace meses lo bestias que pueden ser cuando se les deja sueltos en un país civilizado. Este año lo serán bastante más, por toda la quina que han tragado en Viena. Los tres o cuatro franceses que todavía no les odian lo harán a muerte cuando de nuevo se hayan ido. No quisiera que llegaran a París bajo nuestra bandera, ni que de ningún modo el pueblo francés nos responsabilice de las atrocidades que sus jefes les vayan a dejar cometer. Lo

mejor para nosotros será que no sumemos los ejércitos. Ellos con su bandera, nosotros con la nuestra y que cada mastelero soporte su vela.

—Arthur y Blücher se caen bien, ¿no?

Lord Liverpool recordaba la pesadilla del verano anterior, con Friedrich-Wilhelm, Blücher, Alexander y su hermana espeluznante, sueltos por Londres y sus alrededores.

—Tengo entendido que sí. No se conocían, pero habían oído hablar el uno del otro. Blücher sentía por Arthur una especie de idolatría, y a nuestro duque le intrigaba que los soldados de los cuerpos rusos en el ejército de Blücher le respetasen más que a sus propios generales. Se gustaron, tanto que suelen escribirse. Bueno, ya sabéis cómo es Arthur: se cartearía con el diablo si supiera su dirección.

La grafomanía de Wellington, capaz de comunicarse por escrito con generales que dormían dos tiendas más allá de la suya, le había costado algún disgusto. Sus andanadas amorosas era lo que más a menudo le ponía en dificultades. La prensa todavía sacaba jugo de una carta que había enviado meses antes a una tal Madame Récamier; su mensajero confundió la dirección donde debía entregarla, con el resultado de que acabó en un muy mal buzón. Lord Liverpool, al tiempo de comentarlo, escarbaba en las diversas capas de papeles, cuadernos y objetos inusitados que impedían ver el color de su escritorio, hasta dar con un recorte que leyó en voz alta, para deleite de los dos pares del reino:

Paris, June 13th, 1814.

I confess, Madame, that I am not very sorry that business matters will prevent my calling upon you after dinner; since each time I see you, I leave you more deeply impressed with your charms, and less inclined to give my attention to politics!!!

I shall call upon you tomorrow, provided you are at home, upon my return from the Abbe Sicard's, and in spite of the dangerous effect such visits have upon me.

Your very faithful servant,

WELLINGTON^[100]

—No es una carta comprometida —Lord Bathurst encontraba deplorable que Lord Liverpool la leyera en voz alta, pese a que se hubiera publicado en el *Saint James' Morning Chronicle*, innoble y asqueroso periodicucho donde los hubiera—. Arthur, por razón de su cargo, padece la necesidad de ser amable con toda clase de señoras y señoritas. En su texto no hay nada criticable. Acepto que debería escribir menos, sobre todo a las mujeres, aunque no creo que sea para tanto. Esa carta, quiero decir.

—Bueno. Es su problema —Lord Liverpool componía un gesto de indiferencia al tiempo que sepultaba otra vez el recorte—. Ya escarmentará el día que le pillen. Lo

que me preocupa es qué tal se llevará con Blücher. Descartado que se ponga el uno a las órdenes del otro, lo cierto es que habrán de coordinarse, porque, si he comprendido bien, les tocará llevar el peso de la campaña.

—Con Blücher no tendrá problemas, salvo uno de importancia: no pinta nada. El que manda es un tal Gneisenau, que Dios confunda —Lord Liverpool alzó sus cejas; aquello era una novedad—. Los prusianos inventaron hace años una figura militar que nosotros no tenemos. La llaman jefe del estado mayor, o algo así. No es lo mismo que nuestro QMG, advierto. El QMG se preocupa de obedecer a su comandante y adelantarse a sus órdenes, aunque sin tomar decisiones. El prusiano sí las toma. Tanto, que la responsabilidad es colegiada: si vencen, condecoran al jefe supremo. Si pierden, le fusilan a él. Es un individuo de una formación específica que se rodea de otros educados bajo sus mismas normas en una institución siniestra que llaman *Kriegschule*. Tienen a gala ser los que piensan en sus ejércitos. El jefe del estado mayor es el jefe de los que piensan; los otros no necesitan pensar. Lo explicó el propio Blücher, en Oxford, el verano pasado —Lord Castlereagh y Lord Liverpool, atentos a la explicación, compusieron gestos de no saber de qué se les hablaba—. Quizá recordéis que a Blücher le hicieron Doctor Honoris Causa en no sé qué majadería; cosas del Regente, ya sabéis —asintieron, compungidos; era duro soportar un príncipe tan indisciplinado—. Acudió el tal Blücher, un *aide-de-camp* que hablaba un buen francés, pues el suyo es lamentable, y poca gente más. De nuestro lado formaban el *vice-chancellor*, los *masters* de treinta y tantos *colleges* y no sé cuántos ilustres caballeros más, casi todos con sus esposas. Debo señalar que si el éxito del acto resultó tan portentoso fue porque a continuación se sirvió una cena por cuenta del Tesoro —los dos Lords aceptaron que aquello lo explicaba—. Terminado el acto, Blücher se creyó en la obligación de dar las gracias. A la sazón, según creo, se hallaba un tanto achispado, aunque no al punto de no saber qué decía. Lo hizo por sí mismo, en su pavoroso francés. Dijo, en síntesis, que ser Doctor le gustaba mucho, pero, señalando a Sir Thomas Lee, el *vice-chancellor*, el mismo que horas antes le impusiera la toga y el birrete, añadió que habría debido estirarse un poquito y nombrar a Gneisenau, si no también Doctor, al menos Boticario, para que así hubiera venido también, ya que siempre marchaban juntos. La esposa de Sir George Hall, el Master de Pembroke,^[101] quiso saber, supongo que para romper el silencio en que habían quedado los petrificados presentes, hasta qué punto era profunda su asociación con aquel caballero, a lo que, tras pensárselo, respondió que no se atrevía ni a mear sin que Gneisenau le señalase dónde tenía que apuntar. En aquel momento ya estaban todos en pie. Lady Hall, una dama no sólo encantadora, sino dotada de unos excelentes reflejos y un gran sentido del humor, estalló en carcajadas, pronto acompañada de casi todos los demás, que preferían eso a reaccionar como nadie les podría reprochar, y hasta se permitió dar a Blücher un cariñoso puñetazo en el

hombro, a lo cual respondió nuestro héroe con una muy amable palmada en el trasero de la dama, la cual, tras pensárselo a su vez, siguió con sus risotadas, lo que fue de agradecer porque nos ahorró, a Sir George el primero, un enojoso incidente diplomático, entre otras cosas porque han pasado muchos años desde que se perdiera la cuenta de todos los desgraciados a los que Blücher se ha cargado en duelo.

Lord Castlereagh se tapaba el rostro, sinceramente horrorizado.

—¿Qué sabemos del tal Gneisenau?

—Que no es prusiano. Es un mercenario que habría vuelto a Sajonia de no haberse casado contra una heredera de las forradas. Antes de que sucediera eso sirvió en un ejército de alquiler, en las Colonias. En el tiempo que anduvo por allá, siempre a las órdenes de nuestros menos eficaces mandos, desarrolló un inmenso amor por nuestros enemigos, al punto de batirse contra varios de nuestros oficiales más tontos, con resultados desastrosos para todos ellos, me duele decirlo. Luego, al regresar, se buscó un puesto con los prusianos. Debieron de ser años aburridos, siempre de guarnición, aunque les sacó provecho, pues le permitieron hacerse con un aceptable inglés, un horroroso francés y un regular polaco, y hasta un poquito de ruso, tengo entendido. En la guerra de 1806 fue, o eso me han dicho, el oficial que más destacó. Le cercaron tres o cuatro meses en una fortaleza, Kolberg o algo por el estilo, y aunque le superaban de diez a uno consiguió resistir. Al acabar aquello aún era Major, pero desde ahí comenzó a escalar posiciones. Le ayudó mucho que Friedrich-Wilhelm, que buscaba modernizar su caterva de abueletes, pues otra cosa no eran sus generales, le prestó atención, siguiendo su consejo sobre cuáles conservar y a cuáles jubilar. Dado que de los ciento y pico largos que había en 1806 sólo dos están en activo, Blücher y otro, podréis haceros una idea de la carnicería que perpetró y de por qué se le odia tanto. Así llegó 1813. A su debido tiempo los ejércitos continentales coincidieron en Leipzig. Boney más sus aliados frente a los rusos, los austríacos, los suecos y los prusianos. Un caos, y cerca estuvo Napoleón de sacar ventaja de tanto desorden, pero el plan de batalla era tan condenadamente bueno que al final le aplastaron contra un río y no le quedó más opción que volver a Francia tan desplumado que ya no se pudo recuperar. El tal plan, como habréis supuesto, era obra suya. Desde ahí, por mucho que le odien, reina sobre los ejércitos prusianos, y mientras haya guerra seguirá reinando. Después..., cualquiera sabe, porque a Friedrich-Wilhelm le desgasta demasiado mantenerle. Si no fuera por Blücher le habría quitado, harto de tanta presión, pero ahí se nota la fuerza del viejo patán: el ejército le venera, el pueblo también, y mientras esté al mando nadie podrá obligarle a buscar otro jefe para su estado mayor.

Tanto Lord Liverpool como Lord Castlereagh habían escuchado con singular interés. Quizá por eso llegaron a la misma conclusión, aunque fue Castlereagh el primero que la formuló.

—Arthur, con ese tipo, tendrá difícil hacer lo que le dé la gana, como suele ser su costumbre, comenzando con nosotros —Lord Bathurst, frunciendo sus morros, asintió—. ¿Sería posible convencer a Friedrich-Wilhelm de que ponga otro? Nos debe mucho dinero.

¿No ayudaría eso, un poquito?

—Temo que no. Piensa, sólo un momento, en la cara que pondrías si viene Alexander y te dice que quites a Wellington y pongas a Dalrymple.^[102] ¿Cómo te lo tomarías?

Era una pregunta retórica, y como tal se la tomó Lord Liverpool.

—Visto, pues: nada que hacer. Bien, ¿y qué hacemos con las tropas? ¿Qué podemos mandar a Flandes, si es que podemos enviar allí algo más que nuestros mejores deseos?

—Tenemos, aquí en las islas, cuarenta mil hombres, la mitad a medio adiestrar. Reduciendo las guarniciones al mínimo podríamos disponer de treinta mil. No podemos bajar de seis mil en Irlanda y cuatro mil en Gran Bretaña sin aceptar riesgos excesivos. Sumados a los que tiene Graham, salen treinta y cinco mil. El resto, hasta ciento cincuenta mil, deberán salir del VKN y de los aliados alemanes.

—¿Piensas que podrán llegar a esas cifras? —Lord Castlereagh estaba preocupado, y se notaba.

—De ningún modo. Será un milagro que lleguen a sesenta mil, entre todos.

—¿Qué hay de la gente que tenemos en las colonias?

—El barco que traiga de allí la primera compañía todavía está en Plymouth. No podemos contar con nada procedente de Quebec hasta mediados de julio, si el Atlántico no se lo traga.

—Supongo que habrás pensado en la solución.

—Pues claro. Y vosotros también.

No necesitaba explicarla: pagar una cantidad por cabeza, distinta según fuera soldado, suboficial u oficial, con montura o sin ella. Un par de millones de libras, a la basura.

—Sería bueno —Lord Liverpool por Lord Castlereagh— que comenzaras a negociar a cuánto nos los van a dejar. Friedrich-Wilhelm debe tener muchos. Y Bernadotte, claro, aunque le harán falta para sujetar a los noruegos. En fin, menudo lío. Si supiera el asno de Campbell dónde nos ha metido...

—No se le instruyó para ser el carcelero de Bonaparte. Su obligación era ser nuestro comisario, sólo eso. No pretendo levantar polémicas, pero no se le puede reprochar nada, salvo, en todo caso, que no fuera capaz de adivinar lo que se cocía.

La postura de Bathurst era comprensible. Sir Neil estaba en su nómina y su deber era defenderle. Ahora, de puertas adentro..., se podía ir preparando.

—Bien, es cosa tuya. Ya nos dirás qué piensas hacer con él.

Se miraron, preguntándose los dos ministros si quedarían más asuntos. Ninguno de los dos tenía ganas de seguir en el lúgubre 10 de Downing Street, aunque Lord Liverpool les tranquilizó.

—Hijos míos, esto ha sido todo. Podéis dedicar al Señor lo poquito que aún queda de Su Día.

Se levantó, componiendo una sonrisa fatigada. También él tenía ganas de no ser Primer Ministro, siquiera por unas horas. Si no tanto, al menos unos minutos.

El embajador había dejado Bruselas a la salida del sol. El propósito principal de su misión era pasar una noche, o quizá dos, y pudiera ser que tres, en la hospitalaria compañía de su casera, cuya última carta recordándole su promesa de visitarla era de seis días antes. Imploraba de los cielos que pasar una noche, o dos, o tres, significase disfrutar en soledad un cuarto confortable donde descansar de agotadoras jornadas cazando en los bosques de la princesa —no era un gran cazador, aunque aceptaba que hacer ejercicio de vez en cuando resultaba saludable—, de cenas tolerables y sobremesas aburridas. El secundario era satisfacer una petición de Billy: ver cómo de impenetrables eran las fronteras. Se había hecho pintar en las puertas de su carruaje unos ostentosos escudos, a fin de que ni el carabinero más estúpido dudase de que se hallaba frente a un embajador español. Lo más que podría ocurrir, tras probar en los pasos de Beaumont y Philippeville, sería verse forzado a regresar a Bruselas, donde redactaría una carta para la princesa en la que intentaría no se notase su inmenso alivio.

La distancia entre Bruselas y Chimay se podía recorrer en diez horas, parando de vez en cuando para tomar un bocado, estirar las piernas y que abrevaran las bestias. Eso fue lo que invirtieron el general, su cochero y Zurraspas. El primer alto lo hicieron en una fonda situada más allá de Waterloo; se llamaba La Belle Alliance, aunque no en conmemoración de gestas épicas, sino de la boda que los tatarabuelos de una campechana maritornes, la misma que se ocupaba de atender a los viajeros, contrajeron siglo y pico antes. El general quedó tan satisfecho que se prometió volver. La segunda en que se detuvieron no le inspiró los mismos sentimientos. En Charleroi, oscura y tétrica pese a llamarse Bellevue, sus dueños tenían un acento mucho más duro. Eran franceses del norte y les fastidiaba verse obligados a ser otra cosa. Habían llegado en 1794, al rebufo de las tropas de la Convención. Después de veinte años allí se asomaban a un futuro tan incierto como sombrío, al punto de plantearse regresar a Lille y volver a ser franceses, aunque la vuelta de l'Empereur les hacía recapacitar. Con Él de nuevo en París, todo podría suceder; empezando por que Valonia volviese a ser francesa.

La tercera parada tuvo lugar en el puesto de Beaumont, donde los carabineros no sólo le dejaron pasar, sino que le formaron la guardia, presentándole armas con gran

respeto. Igual, debieron de pensar, aquel embajador marchaba en dirección a París, a reunirse con l'Empereur y ahorrarles una guerra. Les habría entristecido saber que no iba tan lejos: sólo a veinticuatro kilómetros, los que distaba de aquel puesto el pequeño Chimay. Llegando allí el aprensivo general volvió a decirse que hizo mal dejando a Miniussir en Bruselas. Le habría venido bien, no para charlar por el camino sino a título de carabina. Si decidió lo contrario fue porque la visita tenía más de social que de oficial, pues el objetivo no era otro que poner a salvo el contrato de alquiler; los precios de Bruselas se habían puesto por las nubes y temía que la casera le pidiera un aumento de la renta. En absoluto podía considerarse una gestión diplomática, de modo que mejor haría el joven consejero —que asentía, nada entristecido por la perspectiva de quedarse unos días sin jefe— quedándose a defender el fuerte.

Suspiró al divisar un gran edificio, de aspecto muy cuidado, que se recortaba sobre una loma. Pasar allí unos días podría ser muy agradable, todo lo indicaba, salvo por el riesgo de darse con una hidra lujuriosa, sedienta de fluidos diplomáticos. En otro tiempo le habría encantado ser seducido por una dama tan imponente como la princesa, pero desde aquel fatídico tiro en Dueñas sentía una justificada desconfianza en el otrora más alegre de sus huesos; nada le horrorizaría más que no dar la talla en un encuentro que, cada minuto que pasaba, consideraba más y más de temer.

La princesa le recibió con la ceremonia reservada para los grandes personajes. Su cortesía no sólo era cálida. Pese a que dos tercios de su vida los había pasado de francesa, la espontaneidad de sus modales, manifestada en los achuchones que pegaba, no podía ser más española. Tras la primera salva efusiva, celebrada en el jardín y a la vista de la servidumbre, tocaba presentar respetos a la prole del *château*, que formada en número de siete le observaba con frialdad. Abría la formación una vistosa Rose-Thermidor de veinte años, llamada en esa forma en honor de la fallecida emperatriz Joséphine y del golpe contra Robespierre del 27 de julio del 94, el cual les salvó la vida por los pelos —el general, hasta ese instante, ignoraba todo de los hijos de su casera, salvo que tenía muchos; aquel torrente de información le venía directamente de la boca de Su Alteza, encantada de lucir unos retoños tan espléndidos—. Tras ella, no tan alta pero aún así formidable, la llamada Clemence-Thérèse, de quince. A continuación, Jules-Edouard, de catorce, Clarisse Thérèse, de trece, Stéphane-Thérèse, de doce, Joseph-Philippe, de siete y, cerrando la formación, Michel-Gabriel, de cinco. La recién nacida Marie-Thérèse era demasiado joven para mostrarse a la intemperie, de modo que ya la vería después, en su cuna.

Superada la prueba quedaba maravillarse de la pieza en que le tocaría pernoctar. Aceptaba que resultaba principesca. Ya entendía los elogiosos comentarios de Wellington, que había dormido allí camino de París. Se relamía de pensar en la cama —sus habitaciones de Bruselas ni de lejos alcanzaban tal esplendor, y menos aún las

de París, y su palacio de la calle Zapatería podría competir en confort y riqueza ornamental con las cartujas más espartanas— cuando la princesa entreabrió una puerta para mostrarle su *boudoir*. Jamás, lo admitía, se había visto en uno como aquel. Era virgen de bañeras mastodónticas, capaces de contener no un menudo general como era él, sino una compañía de granaderos. Wellington, de aquello, no le dijo nada. Quizá por no ser muy amigo de los chapuzones. Pese a su casi regia dignidad a veces olía un poquito mal, y eso a pesar de su obsesiva manía de afeitarse dos veces al día y lavarse las manos cada dos por tres. En cuanto a él, y una vez lograrse averiguar cómo se llenaba ese cuasi estanque, de ningún modo desaprovecharía la ocasión.

En el comedor cabría una mesa el doble de larga, pero la que había dispuesto la princesa bastaba para los catorce comensales. En el centro, del lado de un gran tapiz—el otro era una sucesión de ventanales—, la princesa. Frente a ella, el invitado de honor. A babor y a estribor de aquélla, dos músicos de renombre, aunque al embajador no le sonaban. Abarloadas a éstos, las esposas de sendos maestros—sentados a su continuación— responsables de desasnar a *los Ouvrard*—la princesa solía designar a sus hijos en función del varón con quien los hubiera engendrado; así, Rose-Thermidor era *mademoiselle Tallien*, los cuatro que la seguían eran *los Ouvrard*, y a los tres últimos se refería como *los Caraman*, lo cual no significaba que sus apellidos fueran esos, pues los Ouvrard mayores eran tan Tallien como su hermanastra, mientras que los otros eran Cabarus a palo seco; debió inscribirlos así por haberlos alumbrado ya divorciada de Jean-Lambert y sin posibilidad de que Gabriel-Julien les diera su apellido; bajo el puritano cetro de Bonaparte los hijos putativos estaban condenados a ser eso precisamente, lo que a ella jamás le supuso apuro alguno; Cabarus era un excelente apellido y sus hijos bien harían en llevarlo con orgullo; después de todo, sostenía con realismo, la respetabilidad no reside ni en la honra ni en la ortodoxia, ni en los títulos que se luzcan, sino en el dinero que se tenga o en la fuerza que se posea, y el que no lo viese así que se fijara en Bonaparte—; al embajador le flanqueaban la tímida Rose-Thermidor y un pintor del que no logró captar el nombre, complementados por un tercer tutor—el de *los Ouvrard* mayores—, su esposa, el administrador y una tal Madame Duchambge con quien la princesa mantenía relaciones no especificadas. Según aclaró mientras le mostraba la casa, ella y su marido mantenían en Chimay una pequeña corte con la que compartían los placeres de la vida, siendo la música el principal. El conde de Caraman era un violinista notable, y además poseía un don para el dibujo. Ella, pues no tanto, lo reconocía, pero cantar le gustaba e interpretar aún más; de ahí venía que la casa rara vez contara con menos de tres o cuatro músicos sueltos por los corredores.



François (Francisco) de Cabarus, por Goya

Si los profesores, el secretario, sus esposas, la dama de presencia inexplicada y la hija mayor eran poco dados a decir nada, los músicos no. Como buenos artistas, ambos disfrutaban hablando de sí mismos, a lo cual les animaba la princesa, temerosa de que sobre la cena cayera una losa de silencio. Aquella no era como las de Talleyrand, las que tanto disfrutara durante la Convención, el Directorio, el Consulado y los primeros tiempos del Imperio, pero entendía que tampoco estaba mal, de modo que no cesaba de alimentarles munición. Así, el aburrido general pudo saber que Monsieur Kreutzer había compuesto cuarenta óperas en su ya larga vida de componer óperas, y que merecería ser conocido por eso y no porque un insoportable Beethoven le dedicase una sonata de violín, la 9.^a por más señas, que ningún solista en sus cabales osaría tocar, pues era imposible para nadie que sólo tuviera cinco

dedos en cada una de sus dos manos izquierdas. El buen hombre se mostraba interesado en explicar la gestación de cada una de sus cuarenta óperas, al igual que hacen las madres con sus partos, pero terció el otro músico, Signore Cherubini, para explicar lo mucho que agradecía el que la princesa le dejara cobijarse allí, el mejor lugar en el mundo para componer una misa funeral. Era más ameno que su colega francés, y el general no dudó en otorgarle sus simpatías; cuando menos, parecía capaz de reírse de sí mismo.

—La vida de hoy es dura para los compositores. Sólo hay un género que se mantenga boyante, con numerosos interesados en adquirir partituras, siempre y cuando no requieran coros excesivos y estén al alcance de cualquier organista. Me dedico a él, y qué remedio, desde hace un par de años, gracias a lo cual, y a la hospitalidad de la princesa —inclinación de cabeza; en respuesta, una gran sonrisa—, he logrado no perecer de inanición. En los últimos años sólo la misa de réquiem posee suficiente demanda, y dentro de ciertos límites no está mal pagada —Kreutzer le miraba con expresión inexpresiva, si bien se deducía que no estaba en favor de lo que oía—. Una misa, si se tiene alguna práctica, no requiere más de un mes para orquestrarla; yo ya llevo seis, que serán siete con la que tengo casi a punto, una en fa mayor para órgano, cuerda, un contratenor, una contralto y dos sopranos, más un coro de vírgenes, o en todo caso de voces blancas, que hay más y salen por menos. Debería pensárselo, mi querido Rodolph; hoy por hoy, sólo las iglesias tienen dinero.

La princesa de Chimay sabía reír muy bien, incluso sin ganas, de modo que para todos menos Kreutzer fue fácil unirse a ella.

—Espero que siga con *Los Abencerrajes*. A Chateaubriand le ilusionaba su colaboración.

El general encontró en aquello un punto de interés. Recordaba la ocasión en que aquel sujeto leyó unas páginas detestables. ¿Sería posible que llevado de su maldad planeara darles música?

—Así lo creo, mi querida Thérèse, aunque no sé nada de su persona. Ignoro si aún seguirá interesado en el asunto, pero entenderá que no puedo seguir adelante sin saber si habrá o no un libreto.

Los adultos a la mesa comenzaron a preguntarse por dónde diablos andaría Chateaubriand.

—Está en Gante, con el rey. Podría escribirle allí, o visitarle. Sólo son diez horas de camino.

—¿Y usted cómo lo sabe, señor embajador?

El Signore Cherubini no parecía complacido con la información. Era como si le molestase advertir que aquel enojoso misterio era, para el diplomático español, una información rutinaria.

—Su Majestad cruzó la frontera el día 23 y la casa real lo hizo el 25. A estas

horas están en Gante, cómodamente instalados. El rey eligió el palacio del conde Hane Steenhuyse, lo bastante grande como para que su Conseil Privé se aloje con él. Tengo entendido que Chateaubriand es ahora su secretario de Cultura. Si lo desea podría llevarme una carta suya, para una vez en Bruselas hacerla llegar a la secretaría de Monsieur Blacas, que según creo es el servidor más cercano al rey.



Pierre-Louis de Blacas

—Le veo muy al corriente de lo que sucede, señor embajador.

¿Por qué no nos pone al día? Es que aquí, en este rinconcito perdido, las noticias tardan en llegar, cuando deciden hacerlo.

El embajador, pese a su escasa experiencia, sabía reconocer la principesca maniobra de ceder los trastos al que quizá trajera nuevas cosas de qué hablar. A la vista estaba que aquellos trece habrían debido consumir, hacía ya mucho, su reserva entera de novedades.

—Sé lo que cualquier vecino de Bruselas que lea la prensa. La de París llega con dos días de retraso, la de Londres con cuatro y la de Viena tarda seis o siete —le sorprendía que sus palabras fueran seguidas con tanta expectación; ¿acaso no llegaban allí los periódicos?—. Según parece, la vida en París ha mejorado. No hay disturbios ni protestas, ni a nadie le ofende que la bandera sea otra vez tricolor.

Donde sí hay cambios es en Les Halles. Los puestos vuelven a estar abastecidos y los precios han bajado; no se debe a ninguna orden imperial, sino a que los intermediarios recuerdan cómo las gastaba Bonaparte con los especuladores y los acaparadores. También se nota, o eso se comenta, en la seguridad de las calles. El ejército vuelve a ser visible, además de la gendarmería, de modo que la gente ya se atreve a pasear sin temor a que la desvalijen al doblar cualquier esquina, si no algo peor.

—Dicen que ya no hay censura. ¿Sabe si es verdad? —era lo primero que decía el pintor, y además lo hacía sin disimular un vivo interés; se debía, según explicó acto seguido, a que antes de pintar retratos de antepasados para la princesa vivía de dibujar caricaturas políticas no siempre afectuosas, una forma de procurar el propio sustento incompatible con la censura de prensa.

—Sí, desde hace una semana. Quizá Bonaparte se haya vuelto demócrata.

—¿Bonaparte demócrata? Nadie que le conozca podría pensarlo. Es del todo imposible.

La princesa se mostraba categórica; no necesitaba explicar que, de todos los presentes, ella y los músicos eran los únicos que alguna vez habían conversado con l'Empereur, pero el nivel de intimidad que llegó a tener con ella no tenía nada que ver con el de los dos pensativos artistas.

—¿Piensa que habrá guerra, embajador?

Mademoiselle Tallien estaba preocupada. Su enlace con el conde Félix de Narbonne-Pelet estaba fijado para el 24 de abril, aunque su madre, partidaria de que disfrutara lo que a ella se le negó, un primer marido enamorado —más adelante podría buscarse uno con dinero—, ya se preguntaba si regresar a París sería una decisión saludable. A Rose-Thermidor no sólo le inquietaba la situación, sino que Félix y ella querían emprender un largo viaje de bodas, a Roma y a Grecia. Con el espectro de la guerra flotando sobre Francia el proyecto quedaría en nada, y eso sin pensar en el riesgo de que su novio fuera movilizado y en vez de viajar con su mujer lo hiciera con su regimiento.

—Me temo que sí. Las potencias han hecho público que de ningún modo le consideran legitimado para el trono de Francia, y que si el precio de volverle a enjaular es la guerra, pues habrá guerra.

Los comensales se miraban unos a otros, consternados. Sabían del embajador que además de su ocupación diplomática sufría la de ser un militar de alta graduación. De ahí que su sentencia, formulada en términos sencillos, profesionales, confirmara que había motivos para preocuparse.

—¿Cuándo piensa que comenzará?

—Nadie puede contestar a eso, signore Cherubini. La situación es confusa, los planes de movilización de los aliados principales no han sido anunciados y no parece

que los seiscientos mil hombres necesarios para marchar sobre Francia puedan estar listos antes del verano. En cuanto a Bonaparte, tampoco estará en condiciones de atacar antes de dos meses. Movilizar trescientos mil hombres no es cosa que se pueda improvisar, y no porque no los tenga, sino porque le faltan armas, municiones, caballos, artillería y carruajes. Ha puesto a Francia en pie de guerra, con sordina, para que no se note, pero sus talleres y sus fábricas ya están a plena producción. Dice que quiere la paz, pero bien sabe que no la tendrá. De ahí que se prepare para lo único donde se siente a sus anchas: la guerra.

Sabía más de lo que podía explicar, pues raro era el correo de Viena que no trajese algo de Wellington; en el último incluso le avanzó que dentro de poco se verían en Bruselas, donde le gustaría que se incorporase a «la familia», una expresión que para nadie significaría nada, salvo sus próximos.

—¿Estaremos a salvo aquí?

La que preguntaba era la princesa. Su aparente despreocupación escondía una inquietud considerable. Álava se pensó la respuesta. No quería ser alarmista, pero tampoco engañar.

—Dependerá de quién ataque antes. Si fueran los aliados Bonaparte se volvería contra los austríacos. No sólo porque siempre los ha derrotado, sino porque son los menos belicosos; si lograra forzarles a negociar destruiría el frente de unanimidad, con posibilidades de alcanzar un acuerdo que le permitiera seguir en el trono. En ese caso la guerra empezaría más al sur, en Alsacia, pero si aún es el de siempre no se querrá ver en una campaña defensiva. Tomará la iniciativa contra los más peligrosos, los resueltos a llegar hasta el final, seguro de que si los derrota los demás negociarán.

—¿Y éstos son los ingleses?

—No, Monsieur Kreutzer. Los prusianos. Son los que más tienen que ganar.

—Pero están más al sur, ¿no?

—Me temo que no, Mademoiselle. El camino natural de Bonaparte para vérselas con los prusianos, sacando del juego a los ingleses, pasa por Lieja y Aachen. Chimay no está en la senda lógica, pero sí Beaumont y Philippeville. Aunque lo normal será que aquí se oigan pocos tiros, alguno sonará.

La princesa puso mala cara. No era la primera vez que discutía con sus invitados la posibilidad de ver desde las ventanas uniformes azules, rojos e incluso negros, pero no dejaban de ser conversaciones de aficionados ignorantes. El general, en cambio, sabía de qué hablaba.

—¿Por dónde andan ahora, los prusianos?

—Entre Aachen y Koblenz. Son unos ciento cincuenta mil, según mis informes.

—¿Y quién los manda? ¿El mismo bestia de Blücher?

La mesa sufrió un estremecimiento colectivo; la mayoría de los sentados a ella vivieron el desdichado París de 1814, con las calles rebosantes de uniformes y donde

todo el mundo pronto comprendió que los más de temer eran los de color azul añil, si no negruzco ala de mosca.

—Eso tengo entendido. Ahora es príncipe, por cierto.

—Príncipe o no, es un completo animal.

Desde ahí la princesa se lanzó en una catarata de anécdotas espantosas sobre la ocupación prusiana, la criminal permisividad de sus mandos y las nefandas acciones del cafre que los mandaba. Era claro que si algo temía no era un Napoleón que, dentro de lo que cabía, pasaba por civilizado; era ese dragón prusiano que respiraba fuego por los belfos. Una imagen afortunada, ya que hizo reír a todo el mundo. No fue casualidad, pues hacía ya rato que la sobremesa daba boqueadas; llegaba el momento que la princesa más disfrutaba y que sus invitados soportaban con la mejor disposición: el de ponerse a cantar. Al otro lado del gran recibidor había un salón de tamaño contenido en el que se desplegaban diversos instrumentos, que al imparcial juicio del general parecían más de tortura que musicales. Tomándolo con filosofía se dejó caer en un sillón, armado con una copa de *cognac* y listo para el sacrificio; esa noche consistiría en un recital de canciones tradicionales a entonar por la princesa, con la Duchambge a cargo del arpa, el profesor Kreutzer empuñando un precioso stradivarius de 1727 y un solemne maestro Cherubini a las teclas de un clavicémbalo Rückers con aspecto de haber padecido toda clase de atrocidades a lo largo de los muchos años que tenía. La velada se presentaba horrorosa, pero algo tenía de bueno: sería posible callar y pensar en otras cosas.

Nous quittons les Pâques, nous sommes au printemps,
les vignes sont belles, les blés vont grainant,
Mariez-vous belles n'attendez plus tant...

El agradable timbre y el dulce tono de la princesa, ideales para cantar una nana, combinados con el melancólico ritmo de la cancioncilla, más la placentera digestión y los vapores del excelente Napoleón, una cosecha de 1802 embotellada por un tal Pierre Celestin que si Dios existiera le concedería la salvación eterna, comenzaban a inquietar al valeroso militar: «Señor, que no me quede frito...».

La velada concluía. Los profesores fueron los primeros en marchar; Madame Duchambge, que también había cantado alguna pieza, lo hizo con el administrador; la enamoradísima Rose-Thermidor, que sollozaba con fastidiosa frecuencia, se les unió sobre la marcha; el pintor se deslizaba en la penumbra con gran sigilo, acompañado del violinista, mientras el profesor Cherubini se deshacía en elogios a la maestría de la princesa. El general sería el último en decir «hasta mañana», según recomendaba la

etiqueta naval. Suponía con optimismo que bastaría una leve inclinación de cabeza, junto a su mejor sonrisa, para desde ahí buscar el camino de su catre, pero la princesa tenía otros planes.

—Se ha quedado una noche magnífica, ¿verdad? No te harías idea del aroma que despiden mis flores a estas horas. ¿Te gustaría verlas? Sin velas ni faroles, que no hacen falta. No con esta luna.

La luna, cierto era, relucía. Sería una descortesía no aceptar la invitación, se decía el general explicándose a sí mismo su inexplicable capitular sin lucha, según se dejaba coger del brazo por una princesa de ojos muy brillantes, con todo el aspecto de haber disfrutado la velada y, por las trazas, nada deseosa de darla por terminada; después de todo, apenas pasaba de medianoche.

El *château*, a la luz de la luna, ofrecía unos juegos de luces y sombras en verdad cautivadores. El general no era sensible a los embrujos arquitectónicos, aunque admitía que aquel panorama resultaba encantador. Contribuía bastante a su benévolo talante que la princesa no sólo siguiera colgada de su brazo, sino que aplicara sobre su tercio superior una presión del tipo que los hombres rara vez no encuentran alentadora. Sabido es que las curvas anterosuperiores femeninas, sobre todo si son de buen tamaño, y las que poseía la princesa desde luego que lo eran, si se apoyan con firmeza sobre un recio brazo varonil suelen provocar que la tal reciedumbre se propague hacia otros puntos; un fenómeno que a su vez puede verse acelerado si cuarta y media más abajo una cadera rotunda y poderosa se afana en lo mismo. El influjo de ambas presiones causó en el noble general no sólo el efecto convencional, sino la inesperada sorpresa y la gran alegría de comprobar que había vuelto a sufrir efectos convencionales, lo que desde hacía treinta meses consideraba parte del pasado, de tiempos muy pretéritos que jamás regresarían. El efecto convencional era evidente, aunque como buen marino prefirió asegurarse, lo que dada la escasa luz ambiente no le supuso gran trabajo: la mano en que terminaba su brazo de no sostener princesas confirmaba con alborozada seguridad que no había duda: su pecio particular resurgía de la primera situación^[103] y se mostraba listo para el combate.

—Eres una mujer estupenda, Teresa.

La princesa debía contar con aquella constatación, así que no contestó. No con palabras. Abrazar al sorprendido general, buscando al tiempo sus labios, era una medida más práctica.

Viena, miércoles 29 de marzo

Sería una cena de «hasta la vista y buena suerte», pues al día siguiente Wellington partía para Bruselas. Aceptar la invitación era una deferencia, pues los recientes acontecimientos habían reducido la cotización de Talleyrand. Su aura, tras empezar a languidecer a la llegada de la mala nueva, se desvanecía por momentos. Ya no pintaba nada, era dudoso que algún día volviese a representar otra cosa que a sí mismo y con regular seguridad se le podía suponer, si no en la ruina, sí con la bolsa lo bastante vacía para no volver a ser el espléndido anfitrión de los meses anteriores. De ahí venían los cuernos que le ponía su castellana, el que licenciase a casi todo su servicio e, incluso, que traspasase al Zar el contrato de su *chef*. Unas murmuraciones por demás exageradas, ya que sus sirvientes franceses seguían siendo los de siempre y la cena de aquella noche sería otra obra de Carême. En cuanto a los asistentes, y siendo notorio que Talleyrand nunca estaba cómodo con menos de diez comensales, Wellington había dejado claro que para él sería un acto de trabajo donde hablarían de asuntos que de ningún modo podrían ser del dominio público, al punto que la sobremesa debería ser de tipo reservado, ellos dos solos. Las intermediarias que acordaron los detalles, la duquesa de Sagan y la condesa de Périgord, no eran simples canales transparentes; algo aportaban, y no con ánimo de hacer sentir su peso, sino con el de ayudar a que los dos se despidieran encantados de haber alcanzado sus respectivos objetivos: el duque, información y compromiso; el príncipe, garantías y dinero.

El duque y la duquesa llegaron a la hora convenida, cuando anochecía. El príncipe y la condesa les recibieron con el aprecio reservado no sólo a los grandes amigos, sino a la muy querida hermana de la castellana que viene acompañada del hombre más admirado por el anfitrión. Tras eso, y sin excesivas formalidades, pasaron a la pequeña sala escogida por la condesa. Iluminada por docenas de candelas, con un gran fuego ardiendo en la chimenea, resultaba muy acogedora. La intimidad en que flotaban era por demás agradable, pese a que tras de cada uno formase un camarero, más el *sommelier* y el *mâitre* de la *châtelaine*, pendientes hasta del más ínfimo detalle. Como siempre sucedía en aquella casa, reconocía Wellington, la condesa de Périgord demostraba que, si hubiese nacido varón, habría sido el mejor *generalquartiermeister* imaginable; pese a su título francés él estaba convencido de que, hiciera lo que hiciese, jamás dejaría de ser una princesa prusiana.

—El que marche Your Grace de un modo tan precipitado nos ha sorprendido. ¿Es a causa de algo tan catastrófico que deba preocuparnos? Dentro de lo mucho que ya lo estamos, claro está.

Wellington sabía reconocer la maniobra de hablar a través de otro. Él no solía servirse de tan cómoda forma de hacer las cosas, porque tenía muy pocos con los que compartir sus pensamientos de un modo tan estrecho. La condesa, que a la luz de las

velas resultaba irresistible, sin duda compartía los de Talleyrand, de modo que no podía ser más natural que se relevaran en el tiro, como habría explicado Álava, tan dado a servirse de divertidos términos navales y al que tanto echaba en falta.

—No hay catástrofes nuevas, mi querida Dorothée. Sólo sucede que la Royal Commission me ha puesto al mando del *British Army of the Low Countries*.^[104] Sumándolo a la gente del rey Willem, y a la de algunos ducados alemanes que se me pudieran unir, contaré con unos cien mil hombres, en principio suficientes para encarar a Bonaparte si al final decide atacar allí, en Valonia.

—¿Es seguro que atacará él?

Wellington dudó antes de contestar a su compañera de la izquierda —según el rígido protocolo prusiano, que combinaba de maravilla con la despreocupación de aquella casa tan francesa, la derecha del invitado de honor era el lugar de la *châtelaine*—. Era consciente de que la cama de Katerina Zahánská era un lugar muy frecuentado, aunque no por cualquiera. Estaba bien al corriente de que los más notorios de sus recientes antecesores eran el Kanzler y el Zar, y que a los diez minutos de dejar el campo libre quizá uno de los dos, si no ambos, volverían a ocupar sus antiguas posiciones. De ahí el cuidado que puso a lo largo de su contenida relación con la duquesa, el de no hablar de nada que pudiera ser de utilidad a sus amigos del momento, en la convicción de que si existe algo de veras próximo a un enemigo es un aliado al que no se tenga sujeto de donde tanto conviene sujetar a los aliados. No pensaba que Mina le sondeara por cuenta de ninguno de los dos, pero la sabía tan inteligente como juguetona, y tan manipuladora de las almas coronadas como ducha en la intriga diplomática, un conjunto de artes que había elevado a cotas inusitadas para un ser limitado, por no decir inferior; a su desengañado criterio, rara era la mujer, si además de Germaine de Staël hubiese alguna, que mereciera ser clasificada en una categoría intelectual más elevada.

—Lo cierto es que no, pero en su historial no hay una sola campaña en la que haya esperado a ser atacado. Sus docenas de batallas están tan estudiadas que se ha vuelto previsible. De ahí que nadie piense que se situará en posiciones defensivas al amparo de sus fortalezas, y que sólo unos pocos opinen que atacará primero a Schwarzenberg. Yo estoy convencido de que comenzará por mí. Soy el que cuenta con menos gente, mi ejército será una horda donde se hablarán no menos de cuatro lenguas y no contaré a retaguardia con espacio suficiente para maniobrar. Él, que lo sabe, intentará echarme al mar. Si lo consiguiera, y se lo pondré difícil —la condesa tomó para sí una nota mental: Wellington hablaba en primera persona del singular, como si él fuera Inglaterra, no un simple *feldmarschall*; exactamente lo mismo que hacía el Napoleón que le tocó padecer mientras fue la única dama de honor con la que Marie-Louise osaba charlar en alemán—, en el acto se volvería contra Blücher. Si le aniquilase, y no sería la primera vez que destroza un ejército prusiano, habría

liquidado la mitad de sus enemigos. Así podría forzar una negociación que le permitiera seguir en el trono. A eso se debe que considere tan dudoso que comience por los austríacos, siga con los rusos y después se vuelva contra Blücher y contra mí. Sus líneas de abastecimiento se harían desmesuradamente largas, y quedarían muy expuestas a los golpes de mi caballería. Un riesgo inasumible para cualquiera con dos dedos de frente, y si algo jamás pondría en duda es que Boney posee unos cuantos más.

El mismo análisis lo había trazado para el Kaiser, el König y el Zar cuando les visitó para despedirse y expresar su confianza en que pronto se verían en París. Mina podría ser tan indiscreta como quisiera, porque relatando sus palabras no expresaría nada que no fuera bien sabido. Incluso podría sorprenderse si se confesara con el Zar, pues éste no sólo le diría que ya estaba bien al tanto, sino que su de momento último amante había marchado con sus más efusivas bendiciones, «una vez más tiene Your Grace el duro encargo de salvar al mundo»; también era verdad, recordaba Wellington aprovechando una disquisición de Talleyrand sobre la querencia natural de los franceses a invadir Valonia, sólo comparable a la fijación de los prusianos con la infeliz Polonia, que los había dejado del mejor humor imaginable; quizá no pensaban plantearlo en ese instante, pero viendo que se iba y que dejaba en su puesto al nada resolutivo Cathcart, el Zar, siempre rápido de movimientos —a menudo desastrosos, pero ésa era otra cuestión—, dejó caer que su inesperada marcha dejaba sin resolver el peor problema de la Coalición: la falta de fondos. Contaba con ello, no por instinto sino porque Mina se lo había hecho saber, «van a pegarte un sablazo», hasta el punto de haber informado a Bathurst y a Castlereagh, gracias a lo cual contaba con autorización para responder, en el tono de un soberano, que su gobierno aportaría la suma de cinco millones de libras esterlinas, a la que añadiría dos millones para compensar su incapacidad de movilizar los ciento cincuenta mil hombres comprometidos, ya que la mayor parte de su ejército seguía en Canadá. Las otras potencias, a cambio de tal suma, incrementarían sus contingentes hasta cubrir la diferencia entre los comprometidos por Castlereagh —veinte libras por infante y treinta por jinete con montura— y los que pudiera él alinear en su diminuto British Army of the Low Countries.

—Así que Your Grace ha cedido el mando a Cathcart —asintió con inseguridad; su sobresalto venía de haberse distraído evocando la reunión con los monarcas, de modo que sólo tenía una vaga idea de lo que comentaba Talleyrand sobre la decisión real de montar la tienda en Gante, cerca de los fondaderos de la BCF,^[105] y que los recientes acontecimientos tendían una sombra de pesimismo sobre las actividades del congreso, como si se regresase a septiembre y lo tan arduamente discutido a lo largo de aquellos meses de durísimas conferencias, implacables banquetes, interminables recepciones, horribles conciertos e insoportables bailes, fuese a quedar en nada—. No

es mala elección, si me permite decirlo. Es un hombre de gran experiencia, buen conocedor de la vieja Europa y del alma rusa —Talleyrand hablaba para la mesa, no para Wellington; un arte difícil, aunque Dorothée ya dominaba sus claves; consistían en no detener la mirada sobre nadie y en no ir de uno a otro siguiendo un orden natural, sino a saltos, como tejiendo una tela de araña; el príncipe de Bénévent, cuando hablaba, tenía mucho de balanguera, hechizando a sus oyentes con los hilos de su palabra embrujada—, lo que sin duda nos vendrá muy bien a todos en los encrespados tiempos que se nos avecinan.

El duque optó por sonreír, acción que a nada compromete, sobre todo cuando no se sabe qué pretende decir el otro. Él, en realidad, propuso a Cathcart no por confiar en su capacidad intelectual; compartía el ácido juicio de Sir Charles Stewart, «Cathcart es tan lento que inicia sus pensamientos cuando los demás han terminado los suyos», pero llegando el congreso a su fase final, cuando ya sólo se trataba de poner en papeles los compromisos adquiridos, un tipo como Cathcart, privado por completo de imaginación aunque concienzudo hasta la exasperación, era el hombre ideal para proteger los intereses británicos. El que hubiera sido embajador en San Petersburgo y se llevara bien con el imprevisible Zar era un valor adicional aunque no esencial. Lo que importaba era que con él guardando la caverna, difícilmente nadie colaría en los textos lo que no había logrado imponer en las conferencias.

—Antes dijiste que Louis se ha quedado cerca de Oostende. ¿Pretende volver a Hartwell?^[106]

La conversación se sostenía en inglés, idioma en el que se sentían tan cómodos como en francés pero en el que resultaba difícil elevar la temperatura, sobre todo si los sentados a la mesa no se tuteaban entre sí. De ahí que la impaciente Wilhelmine, al dirigirse a Talleyrand, cambiase al francés, quizá para exhibir que allí era la única que lo hacía con todos, cosa que a Dorothée le sorprendió. Sabía que su hermana otorgaba el *tú* a muy pocas personas, y rara vez a sus amantes; al propio Alfred Windisch-Grätz le trataba con un implacable *vous* y sólo le hablaba en severo francés; para Mina, se hacía evidente, la intimidad amorosa no significaba tanto como la política o la intelectual.

—Pues lo cierto es que no lo sé. La vuelta de Bonaparte le privó del poco interés que sentía por el congreso. En general, los asuntos que captan su atención no son fáciles de identificar. Quizá sea por la secular flema borbónica, pero a veces pienso que haber colocado entre su persona y la otredad a Monsieur Blacas no fue lo que más pudo beneficiarle de todas las opciones posibles. El que ahora camine con rumbos inciertos por los floridos campos de Flandes en buena parte se debe a eso, diría yo.

Era la entrada que Wellington necesitaba. Deseaba tanto ir al asunto que ni se le ocurrió pensar que no era casualidad. Talleyrand sabía qué le hacía cenar allí, en su

casa, la noche antes de cambiar la Viena congresual por la Bruselas militar; de ahí que diera fin a las *socialities*. Primero, para tratar de lo que a His Grace le interesaba. Después, para poner su precio sobre la mesa. El momento era el adecuado, a medio *loup-de-mer*. Entre lo que aún quedaba del inenarrable guiso y el fantástico postre que preparaba Carême, sobraba tiempo para liquidar lo que aún pudieran discutir con señoras delante. Tras eso, Dorothée y su hermana se despedirían para no llegar tarde a una *soirée* organizada por Ludwig y Theresia von Bayern, donde más tarde se les uniría Wellington. Así, el otro y él podrían quitarse las caretas y mostrarse como a fin de cuentas eran: el caudillo encargado de reponer a Louis en un trono que no merecía y el príncipe imprescindible para que tan triste cosa sucediese.

—A su juicio, ¿cuáles fueron los errores más graves que cometió Louis? ¿Cuáles son los que de ningún modo debería volver a cometer si entre todos consiguiéramos devolverle su trono?

El príncipe se lo quedó pensando, aunque no para ordenar sus ideas, sino por coreografía.

—Su pregunta se contestaría mejor si se formulase desde otro ángulo. Piense, sólo un momento, en Napoleón. El de sus últimos y desastrosos años, del 12 al 14. Bajo él, las madres francesas perdieron un millón de sus hijos, las libertades públicas quedaron anuladas, la presión del Estado se hizo brutal, la pobreza se volvió extrema, la inseguridad ciudadana llegó a ser absoluta y las mejores cabezas del país huían o eran desterradas. De colofón, el país se vio invadido por una horda de rusos, prusianos, austríacos, ingleses, portugueses y españoles. El tirano se va y aparece Louis, a hombros de los aliados. Todo el mundo le recibe alborozado. Trae la paz, la primera en muchos años. Es el salvador, el hombre más querido de Francia, como no podía ser de otro modo, ¿verdad? —no sólo Wellington asintió; también lo hicieron las Von Biron, cautivadas por aquel prodigioso don de la palabra—. Bien, pues... ¿a qué pudo deberse que apenas nueve meses después el infame tirano regresara inerme, tan débil que habría bastado un soplido para devolverlo al mar, y en sólo veinte días estuviera de nuevo en París, aclamado por un pueblo que le traía en volandas? ¿A eso que dicen algunos, que Francia es una prostituta veleidosa que hoy te glorifica y mañana te crucifica? Yo diría que no. El que una proporción aplastante de franceses se haya vuelto contra el rey-salvador para besar los pies del tirano execrable tiene que deberse a causas más profundas, ¿no le parece a Your Grace?

—¿Y cuáles diría Su Alteza que son?

Talleyrand fingió que masticaba el último pedazo de su pescado, embellecido con una salsa indescriptible por mucho que su invitado no supiera distinguirla de una vulgar mostaza. Era lo peor de los militares, opinaba; ninguno sabía comer, empezando por el más grande: Bonaparte.

—La peor de todas, no haber sabido hacerse con el conocimiento del país. Louis

y su Conseil Privé jamás han sabido nada del pueblo francés, de lo que hacía, de lo que pensaba y de lo que le preocupaba. Es natural, pues desde la muerte de Henri IV a ningún Bourbon le ha preocupado su pueblo. Louis volvió de Hartwell pensando que Francia seguía siendo un país de súbditos, cuando resulta que no, que desde hace veinticinco años es de ciudadanos. Tuvo, además, la desdicha de no saberse rodear de gente que se lo explicase. Louis consiguió estar tan mal informado de lo que sucedía en Francia como su hermano XVI. Con mejor suerte para su cabeza, desde luego, pero igual de mal. En el caso de que lograra volver a Les Tuileries, y Your Grace y yo sabemos que no será fácil, lo primero que deberá reclutar es la excelente policía de Bonaparte. Habría de conseguir que se pusiese a sus órdenes, pues construir otra le sería imposible, y después prestar la mayor atención a lo que le dijera. Sólo sería un primer paso, aunque sin dar ése no podrá dar ninguno más.

Palabra por palabra, lo que decía Fouché. A Wellington no le sorprendía escucharlo, aunque le inquietaba que la tal policía sólo funcionara si a su frente se hallara el hombre que más odiaban Louis y su familia, Fouché *le Mitrailleur*, aunque si su nombramiento formara parte del precio para recuperar el trono sería imposible que se negasen. Por muchas cuentas pendientes con los *votants* que pudieran tener Louis y los suyos, la corona de Francia bien valía irse a la cama con ellos.

—Su segunda medida debería ser nombrar un verdadero gobierno. Su Conseil Privé jamás lo ha sido. Blacas y los demás fueron simples instrumentos del absolutismo borbónico. En eso Louis no puede volver a caer. Necesitará un gobierno de gestores eficaces, que apliquen las leyes y no hagan caso a sus caprichos, y menos a los de D'Artois y sus indescritibles hijos. Un gobierno de políticos, diplomáticos y militares fuertes, que le informen de sus decisiones y que no le inviten a participar en ellas. Más o menos, lo que hacen ustedes en su envidiable país —un golpe bajo, se decía Wellington; bien sabía el anfitrión que a Inglaterra no le preocupaba que un Louis reinstaurado por sus bayonetas se comportara o no de un modo constitucional; lo que deseaba era un tipo serio que trajese una paz de hierro, de la clase que favorece la prosperidad, el orden y el comercio; se preguntaba si sería el momento de preguntar a Talleyrand si se veía capaz de presidirlo, y se contestó que con Mina delante, no—. Tras formar gobierno debería procurarse un buen parlamento, de hombres justos, cabales, trabajadores y competentes. Un buen comienzo sería revisar su *Charte Octroyée*.^[107] Sus 76 artículos no sirven para constituir una cámara que albergue a los mejores representantes de la soberanía nacional, y de ningún modo se perpetuará mientras no recoja la separación efectiva de los poderes del Estado, el legislativo, el ejecutivo y el judicial, así como la declaración de los derechos individuales que con tanta sangre alumbró la revolución del 89. Si Louis no impulsa que se haga sólo conseguirá que otros conspiren para que suceda, lo que tarde o temprano dará lugar a otra revolución. Esto, por cierto, se lo deberían aplicar las

potencias aquí reunidas, en Viena; no deberían perder de vista que lo sucedido en mi país hace veintiséis años fue obra de un pueblo exasperado por un absolutismo cerril. Sucedió en Francia porque nuestra monarquía era la más incompetente y nuestra burguesía la más culta. Que lo mismo suceda en todas partes no es más que una cuestión de tiempo —Wellington se decía que no apostaría por eso; pese a los fundamentos democráticos en que se sustentaba la grandeza de Inglaterra, él era un acérrimo defensor del gobierno de los mejores, que otra cosa no son los aristócratas, y lo primero que aprenden éstos es a sujetar al populacho; de ahí que aplaudiese la forma en que lo hacía Bonaparte: a cañonazos—. El objetivo de todo buen monarca es asegurar el orden, pues éste da lugar a la prosperidad, la cual es indispensable para otorgar al pueblo un mínimo bienestar. En los tiempos que corren hará falta para garantizar la estabilidad institucional, cuando menos al punto que los reyes y los emperadores no sólo conserven sus coronas, sino sus cabezas. Una buena policía, una justicia eficaz, un gobierno competente y un parlamento sensato deberían bastar para que todo funcionase, aunque falta un último punto: el ejército. No sólo por ser imprescindible para defender al país de las agresiones externas, sino para imponer el orden cuando surjan las crisis internas, pues por bien que se gobierne siempre las hay. Una de las cosas buenas que tuvo nuestra revolución fue identificar al ejército con la nación, al convertirlo en un elemento integrador de la Patria. Sin un ejército así Bonaparte no habría dominado el continente durante casi quince años. La ventaja de la Grande Armée sobre los restantes ejércitos continentales fue que, al estar insuflado de patriotismo, para sus oficiales era fácil mantener alta la moral. Eso es algo que los prusianos han aprendido demasiado bien. Así son hoy, una horda de nacionalistas exaltados, profundamente revolucionarios en su moral de combate, al servicio de la monarquía más absolutista. Va Your Grace —había dejado de hablar a la mesa; para el calderón final se concentraba en el invitado de honor— a tener un aliado difícil, si me permite profetizarlo. Imploramos del cielo que no salga de sus filas algún Napoleón prusiano. Sería la última y definitiva prueba con que nos podría castigar el Señor.

—Sinceramente, no creo que Blücher tenga mucho de napoleónico.

—No pensaba en Blücher, sino en el que manda. Un tipo en verdad especial; hay que serlo para conseguir ser tan aborrecido por los suyos como por el enemigo. Tuve ocasión de tratarle mientras sus detestables regimientos agostaban París. Me pareció un hombre muy peligroso, infinitamente más que Blücher. Según creo, Friedrich-Wilhelm ha vuelto a ponerle al mando, con la misma ficción del año pasado. Es inevitable que me pregunte cómo de complicado será llevarse bien con él.

—Supongo que se refiere a Gneisenau —Talleyrand asintió—. Blücher, en Londres, me dijo que sus enemigos le llaman *Wallenstein*, aunque no sé qué podrá tener eso de insultante. Lo que sí creí entender es que no ser prusiano en el ejército de

Prusia es cosa que presenta graves inconvenientes. Me lo hizo ver el propio Blücher, que tampoco lo es —Talleyrand alzó las cejas; hasta entonces le consideraba poco menos que arquetípico—; Gneisenau es sajón, lo cual debe ser lo peor que puede pasarle a un militar en el servicio prusiano. Quizás es tan malo como ser irlandés en el británico.

Los dos hombres sonrieron, divertidos. La duquesa de Sagan se preguntaba si aquellos idiotas encantados de sí mismos sabrían que su mansión familiar, de donde partiría el linaje que no tendría, la construyó el tal Wallenstein, para en el acto decidir que no merecían saberlo.

—Pues a ti no te ha ido mal, pese a ser irlandés.

—Querida Mina, no se es un caballo por nacer en un establo. Una cosa son los irlandeses y otra los ingleses nacidos en Irlanda. Los unos y los otros siempre serán una mahonesa cortada.

—¿Una qué? —la duquesa preguntaba con sincera sorpresa; la gastronomía moderna no le apasionaba; si de algo podía presumir era de jamás haber puesto los pies en una cocina.

—Una salsa de aceite y huevo que nuestros amigos ingleses descubrieron en Menorca sin llegar a valorarla. Quienes lo hicieron fueron los hombres del almirante La Galissonière, tras recuperar la desdichada isla para la Corona española en 1756, creo recordar. Es, *Carême dixit*, muy difícil de ligar. Un ancestro de Carême, que se ganaba la vida cocinando para el Duc de Richelieu, quien a su vez mandaba las tropas de ocupación, consiguió no sólo la receta, que no puede ser más elemental, sino aprender a ligarla. Desde su regreso a París asola nuestra desventurada nación. Los franceses que ha matado cuando está un poco pasada son más que los imputables a Robespierre. De todos modos, y si tu curiosidad es grande, puedo pedir a Carême que la prepare; no esta noche, porque no es un postre, pero a la primera oportunidad te las verás con ella.

El príncipe sonreía con placidez, tras dejar en el plato los cubiertos. Una señal para la *châtelaine*.

—Espero que nos perdonéis, pero Ludwig y Theresia nos están esperando. ¿Vamos, Mina? —al tiempo que clavaba en su hermana sus ojos más amables dirigía un gesto al *mâitre*, para que movilizara sus huestes despejadoras de mesas y suministradoras de café y licores—. Nos veremos luego, Sir Arthur.

Se levantó y se hizo con la duquesa, que remoloneaba. Sabía que aquel era el plan, aunque no por eso dejaba de sentirse a su gusto al calor de la mesa, un calor reforzado por una nueva carga de leña perfumada. Las instrucciones del *mâitre* indicaban que tras servir el café y dejar una tentadora bandeja de licores, entre los que figuraba un frasco de Milltown, el *single-malt* favorito de Lord Castlereagh y se sospechaba que también de Lord Wellington, debía retirarse con sus fuerzas, dejando

solos al príncipe y al duque, aunque no sin antes hacer que la chimenea refulgiera. Sería una conversación chispeante. No estaba de más que del hogar surgieran, a su vez, unas cuantas chispas. Wilhelmine dudaba entre dos vestidos, ambos de *LeRoi*. La conversación, más fluida de lo que habría sido cuatro meses antes, no giraba sobre ropa; durante sus primeras semanas en Viena Dorothée seguía tan intimidada por su hermana como cuando posaron juntas para Grassi, ella siendo un lagarto de siete años y Mina, ya duquesa de Sagan, tan espectacular como jamás lo había sido —semanas antes aún tenía muy poco pecho—, aunque no muy alegre porque sospechaba del milagro. En aquellos días la observaba con admiración disimulada y no poca envidia de su áspera seguridad en sí misma, su firmeza, su atractivo y su desapacible carácter, sentimientos agravados por la certeza de ser distinta, ser la rara, la hosca Panienka Batowska,^[108] y ser ignorada del modo más distante. No recordaba una palabra de su hermana dirigida específicamente a ella en vida del duque Peter, el cual tampoco le dijo muchas, quizá por intuir que la única de sus hijas que le había salido fea no era tan Von Biron como debiera. Sólo empezaron a tratarse a raíz de coincidir en Viena. El paso de los meses, sin embargo, había hecho que se acercaran. Katerina Zahánská no tenía el corazón tan de piedra como se murmuraba, mientras que Dorothée de Périgord tampoco era la imperturbable castellana que flotaba con intolerable despreocupación sobre los susurros de la buena sociedad. No sabían por qué, pero el caso era que cada día estaban más encantadas la una con la otra.

—No tiene mal gusto, Metternich. Al menos, para regalar vestidos.

—Nunca he dicho que lo tuviera. En general, todo lo hace bien. Bueno, casi todo.

Se miraron. De la sonrisa de la duquesa se deducía que las incompetencias del canciller pertenecían al ámbito de lo íntimo. Ya se lo contaría. De momento sabía que Metternich y ella terminaron meses antes, al comunicar aquel su decisión de acabar con su secreta relación mediante una solemne carta de fecha 1 de octubre, a la cual la duquesa contestó con otra muy fría el 23 del mismo mes. Si conocía tan a fondo los detalles era porque su tío tenía una copia de la segunda, suministrada por el eficaz Altenstiegl, el cual así le demostró lo muy lejos que llegaban sus ojos y sus oídos; al entregársela le hacía saber que podría pasarle otra clase de documentos, más interesantes y candentes, lo que justificaría el nada insustancial dinero que pedía por arrinconar su afamada incorruptibilidad. Ella la leyó —varias veces; los giros epistolares de su hermana eran difíciles de captar a la primera—, sorprendida de que Metternich hiciese así las cosas, con tan escasa flema y sin haberse apercebido, pese al año y pico de arrugar las sábanas de su hermana, de que a ésta, en materia íntima, las cortesías muy elaboradas no la conmovían. Habría debido comprender que un poco de silencio administrado con firmeza era la mejor política con una Wilhelmine ciertamente ducha en hacer que los hombres se arrastrasen a sus pies. De haber procedido así no habría recibido aquella helada carta, donde Mina rechazaba

cualquier responsabilidad en lo mal que terminaban, reiteraba lo mucho que le hastiaban sus celos y le reprochaba que hubiese puesto en su relación tanta pasión pero «tan escaso arte».

—¿Se le ha pasado ya?

—No, pero disimula. Está más calmado. Lo sé porque ha dejado de rehuirme. Los primeros meses fue desagradable, porque no iba donde yo estuviera. Llegó a ser incómodo, aunque se ha debido acostumar. Incluso vuelve a charlar de política estando yo delante. Lo que sigue sin soportar es verme con Alfred. Todavía se le llevan los demonios, lo que me daría pena si no me diera risa.

—Tú y él os conocíais hace mucho, ¿no?

—Desde mediados de 1809, cuando Franz echó a Stadion y le nombró canciller. Te confieso que me gustó mucho, pero mucho de verdad. No me acuerdo de con quién andaba yo entonces, aunque sí de que le habría puesto en la calle si Klemens se me hubiera insinuado.

—¿No lo hizo?

—No quiso arriesgarse. Venía de ser embajador en París y traía ideas sorprendentes, como casar a Bonaparte con la tonta de Marie-Louise. Para sostenerse necesitaba la influencia de Laure, y aunque le había puesto en París miles de cuernos aquí no se atrevía. Fue culpa suya que comenzara yo con Alfred, por no dedicarme atención, aunque venía por mi *salon* casi a diario. Seguimos así hasta la primavera de hace dos años, cuando se quedó solo en su idea de mantener la neutralidad. Los demás pensábamos que Bonaparte ya no era invencible, que Rusia se había tragado sus mejores hombres y que los trescientos mil que aún podría reclutar no bastarían para contener al medio millón que le opondrían Alexander y Friedrich-Wilhelm. Cuando Boney barrió a los prusianos en Großgörschen, unos empezaron a mirarle mejor y otros peor. Los primeros, por aceptar que no estaba tan muerto como se decía; los segundos, por pensar que si Austria se hubiera unido a los rusos y a los prusianos, al Corso no le habría quedado más opción que volverse a su lado del Rhein.

—¿Dejáisteis de veros? Es que Pauline me dijo que tú estabas volcada por la guerra.

—Cierto, aunque no al modo energúmeno. Por mucho que para mí lo que contaba era recuperar Zahán, y para eso los cañonazos eran inevitables, quise convencerle con argumentos lógicos, no de las tripas. A eso se debió que nos viéramos más. Y a solas. Yo estaba mal con Alfred. No puede ser más guapo y en la cama es un prodigio, pero sus celos me aburrían. Por si fuera poco sólo sabía ser una bestezuela encantadora, porque a la hora de razonar no puede ser más bobo. Todo lo contrario que Klemens. Su conversación es fascinante, la forma en que describe lo que tarde o temprano acabará por suceder a veces aterra, y a la hora de ser un hombre de mundo no puede

ser más generoso. No había día en que no me trajese alguna «tontería», como solía decir. Esto, por ejemplo —mostraba una exquisita pulsera de zafiros—, es una de sus «tonterías». Alfred, en cambio, sólo me traía baratijas. Se puede comprender, porque mientras su padre no reviente apenas tiene para vivir, pero no me volvía loca de alegría. Lo peor era que si alguna vez surgía la palabra *matrimonio* huía despavorido. Siempre ha sabido que lo nuestro no acabaría en boda. Tiene siete años menos que yo, es de familia ultracatólica y oficial del ejército más rancio del universo, mientras que yo soy una luterana dos veces divorciada. Un tipo valeroso saltaría por encima de todo eso, pero Alfred no lo es. Con los franceses sí se atreve, porque le sobra esa clase de hombría, pero los suyos le aterran.

—No sabía que tuvieras ganas de casarte. ¿De veras aceptarías dejar de ser libre?

—No seas ingenua, Doda. Con un marido vas a todas partes, no hay casa donde no se te reciba ni corte que no se te abra; lo aprendí el año pasado, en Londres. La Merveldt, la «embajadora», no quería presentarme a la reina Charlotte, sin lo cual sería imposible que me invitasen a ninguna de las recepciones con que festejaban a los soberanos continentales. En la corte británica, según me despeñó con el debido desprecio, las divorciadas están mal vistas, al punto que plantar al marido determina el ser excluida; si es él quien te planta, pues también, pues lo natural es que se quede con el dinero, y al poner todo en la balanza sale que lo adecuado es considerar a la mujer culpable, aunque sea el marido quien se líe con un pendón. El divorcio es tabú, y las esposas de los embajadores llevan a rajatabla lo de jamás presentar en la corte a sus conciudadanas divorciadas. Lo malo para la Merveldt fue que no midió sus fuerzas, pues Metternich, en cuanto se lo conté, habló con el embajador y le dijo que si lo quería seguir siendo hiciera que su mujer me presentase. Mano de santo: a los dos días la reina Charlotte, que por si no te acuerdas es una Mecklenburg-Strelitz, nos recibió a Pauline, a Jeannette y a mí. Se lo pasó en grande, hablando en alemán todo el tiempo y riéndose como una loca, quizá porque le hicimos recordar que, después de todo, era lo que nosotras, una princesa báltica. Ese mismo día recibí la primera invitación; desde ahí ya no hubo problemas: de ignorarme pasaron a rifármese. Aun así fue doloroso. Hubo idiotas, como la Lieven, la «embajadora» rusa, una cursi que no tiene ni mierda en las tripas —la condesa le regaló una gran sonrisa; su hermana seguía siendo la de siempre, capaz de combinar los más exquisitos modales con la vulgaridad más extrema—, que se permitía mirarme como si yo fuera una sardina que no le gustó a su gato, y no te digo nada de su colega la prusiana, que pese a ser yo la mayor terrateniente de Prusia ni me miraba; no veas la cara que puso Friedrich-Wilhelm cuando se lo expliqué días después en una recepción de *Pumpernickel*, preguntándole de paso si había vuelto a ser vetada en su corte; se puso de todos los colores, me aseguró que de aquello no sabía una palabra pero que aquella misma noche las sabría todas y por último me pidió el siguiente vals, y no veas las caras que

ponía la maldita bruja según nos veía girar y girar. No me habló de aquello nunca más, pero en agosto ella y el embajador estaban de vuelta en Berlín, y ahí siguen —lo decía en tono desapasionado, aunque Dorothée sabía que sólo era camuflaje; Wilhelmine podía ser la mujer más generosa del mundo, pero en sus rencores era la más implacable de las víboras—. Ya ves, unos episodios muy desagradables; de haberme presentado con un marido no habría tenido que vivirlos. Por eso quiero uno. Y no pienses que casarse significa perder la libertad. Es lo contrario. Sigues haciendo lo que te da la gana, pero nadie se atreve a excluirte.

—Louis debía de ser bueno para eso, ¿no?

—Sí, pero salía muy caro. Se gastaba en putas lo que no está escrito, y si le hubiera dejado se habría jugado hasta mis castillos, y los habría perdido, porque de tan tonto como era siempre le liaban. No creas que le despedí sólo por hastío. Es que llevaba camino de arruinarme.

—¿Y cómo fue que pasarais a mayores? Tú y Klemens, quiero decir.

—Pues por la tensión de hace dos veranos. No la de aquí. La de Ratiborschitz. Me fui de Viena en junio, con Hannchen y las niñas, en el inocente ánimo de huir del calor. Al menos eso fue lo que dije a todo el mundo. En Ratiborschitz soy feliz, pero la vida bucólica me fatiga en pocos días. Adoro vestir como una campesina, y despertarme con el canto de los gallos, y cabalgar horas y horas a horcajadas, imagínate lo que sucedería en Viena si se me ocurriese hacerlo en el Prater, y hablar en checo, y hasta ordeñar una vaca de vez en cuando, pero en plan *sport*, porque si debiese hacerlo por obligación me suicidaría. Gentz apareció casi al momento; por entonces nos llevábamos bien, no tanto por él mismo como por Klemens. Siempre han estado muy cerca el uno del otro, así que de un modo no sé si accidental le hacía de alcahuete, de lo cual tardé un poquito en darme cuenta. No le dije, por supuesto, que si me fui de Viena tan pronto como el 6 de junio fue por una carta del Zar anunciándome que pasaría unos días en Opotschno,^[109] y que le gustaría verme. Dentro de que Alexander es inescrutable, y más por carta, me pareció que pretendía servirse de mí para influir en Klemens, ya que por entonces todo el mundo daba por hecho que le llevaba del ronzal. Klemens pretendía pactar con Boney una tregua para buscar un arreglo en un congreso de naciones, con Francia de un lado, Rusia y Prusia en el otro, y Austria, o mejor el gran Klemens-Wenzel-von-Metternich-Winneburg-zu-Bilstein —tono altisonante—, logrando una paz que le convertiría en el salvador de la humanidad. Ya ves, todo un plan, y lo peor era que con visos de cumplirse, pues si bien la gente decente, como yo, quería la guerra, el Kaiser no tenía la menor gana, y si Franz decidía permanecer neutral las posibilidades de Alexander y Friedrich-Wilhelm contra Boney se volverían escasas. De ahí que me quisiera ver, y que yo le quisiera ver. Esas cosas, de sobra lo sabes, me chiflan.

Se sonrieron, encantadas con ellas mismas. Al tiempo, la duquesa elegía el

vestido más oscuro. Lo suyo sería lucirlo sobre varias piezas de abigarrada ropa interior, la que Talleyrand llamaba *Barricades Mysterieuses*, pero antes quiso ver qué tal le caía sobre la piel, la cual no acusaba los treinta y cuatro años que tenía, salvo en los muslos, donde se asemejaba un poquito a una naranja napolitana.

—Te cuelga un poquito, Mina. Yo que tú iría con algo debajo, porque así no estás muy bien.

—¿Tan flaca estoy?

—No es eso. Estás estupenda —quizás incluso más allá de tan fraternal concepto, se decía con alguna prevención; ver a su desinhibida hermana desnuda como un pez no la dejaba indiferente—, pero es un vestido muy ancho. ¿No te lo habías puesto antes?

—Quería estrenarlo esta noche, y que Klemens recuerde que me lo regaló él mientras bailo con Wellington, a ver si con suerte imagina cómo me lo quita. Es enternecedor verle sufrir, ¿sabes?

Ahora optaron por reírse, con ganas.

—¿Y que sucedió?

—Pues lo previsto. Al quinto día, martes 15, se me presentó un guapísimo Major Marschall, *aide-de-camp* de Alexander, para comunicarme que Su Majestad estaba de camino al castillo de Opotschno, donde días después se reuniría con el Kanzler, aunque antes desearía visitarme y cenar conmigo.

—Igual quería más cosas que cenar...

—Ya lo pensé. De ahí que dijese al embelesado Marschall... es que le recibí en *deshabillé*, tan despreocupada como siempre, que sería para mí el mayor de los placeres, y que aunque la casa rebosaba invitados, si el Zar así lo deseaba los ponía en la calle. Ahí el pobre chico, que no sabía dónde mirar, me dijo que a Su Majestad no le importaría compartir la mesa con ellos. Fue un alivio, pues además de Gentz y su *valet*, un tal Leopold, por allí andaba Hardenberg camino de Reichenbach^[110] con su primo Ernst, que le hacía de trompetilla, y estaba también Alfred con un amigo suyo, un tal conde Trogoff de Coatalio. Les había invitado a pasar unos días porque su regimiento estaba cerca, en Pardubitz.^[111] Tenía poco más de día y medio para poner la casa en condiciones de cenar con un Zar, y me veía sin cocinero, sin repostero y con la mayoría de las habitaciones sin abrir. En Ratiborschitz tengo poco servicio, y si bien sobra para nosotras y los invitados de confianza, para lo que tenía por delante no bastaba, de modo que tomé las riendas y pedí a Gentz que marchase a Gitschin,^[112] a seis horas de allí, para pedir auxilio a Metternich. Tras eso me vestí de pantalones y desperté al pobre Alfred, a la sazón despatarrado en mi cama, y le devolví a su regimiento, con Trogoff pero sin su *valet*; me lo quedé para que hiciera de camarero. Me pasé todo el día poniendo a punto la casa y las cocinas, por si al Zar le daba por quedarse a dormir. También movilicé una docena de chicas de las aldeas

cercanas, las más vistosas; vestidas de campesinas endomingadas quedaban graciosas, y eran lo suficientemente dispuestas para darle a la casa un fregado general, hacer unas cuantas camas y, en su momento, poner mesas y retirar manteles, copas y cubiertos. En fin, que fue uno de los días más febriles de mi vida, y encima con la inquietud de que Metternich me dejara colgada, pero gracias al Santísimo se portó bien: a la caída de la tarde volvió Gentz con un tal Bombelles y uno de los *valets de chambre* de Klemens, que sería un segundo camarero. Bombelles es uno de sus *aides-de-camp*; un tipo tan excepcional que vale para todo. Es un repostero consumado, lo que me hacía mucha falta, pues Alexander es goloso hasta la exageración. Cuando me acosté, ya de madrugada, no me lo podía creer: todo estaba en orden. Sólo quedaría, una vez me despertase, arreglarme, vestirme de duquesa campestre y aguardar a que se presentara el Zar, según Marschall a partir de las dos de la tarde.

—¿Fue puntual?

—Le habría venido bien el Vacheron que regalaste a tu conde —Dorothee se ruborizó intensamente, aunque no por vergüenza; ¿cómo lo habría sabido Mina?—; llegó a las cuatro, aunque antes envió a Marschall para decirme que le habían retenido en Náchod. Venía muy espectacular, de *feldmarschall* y al frente de unos cuatrocientos mil cosacos, más o menos. Se quedó encantado con la reverencia que le hice, me levantó como a una pluma, me plantó un beso en cada mejilla y me preguntó que cuándo se cenaba, porque venía muerto de hambre. Ahí empezamos a reírnos y ya no paramos. Se quedó hasta el anochecer y se despidió diciendo que nada desearía más que volver por allí.

—¿Y eso fue todo? ¿No dijo nada en especial?

—Delante de todo el mundo, no, pero paseando por el parque, cuando le mostraba mis rosas y el robledal de junto al Upá, dejó caer que al Kanzler le vendría bien que algún dios se le apareciese y le hiciera reconsiderar su obstinación de no unir los ejércitos austríacos a los suyos y a los prusianos, y si en vez de un dios fuese una diosa, pues aún mejor. Me reí, aunque bajito, para no alarmar a Gentz, que nos seguía con Marschall a su lado, que a su vez no dejaba de preguntarle por las flores y los árboles, para no dejarle oír. Ya ves, Alexander lo traía todo muy pensado, aunque con su punto de dureza. Recordarás que la pensión de mamá, la que acordó papá con la zarina Ekaterina, está bloqueada desde hace tres años. No pensaba preguntarle por eso, aunque no me sorprendió que lo sacase a relucir. Dijo, escuetamente, que confiaba en ponerse pronto al corriente de los pagos. Nada más.

—Suena como si te chantajease. Mejor: te amenazaba.

—Así me lo tomé. No es tonto, Alexander. Sabía que si le mantenía cerrado el grifo tarde o temprano acabaría yéndose a vivir conmigo, lo que no estaría yo segura de poder soportar. En cuanto a mi pensión, y con Zahán aún en manos de Boney, pues

según la tregua de Pläswitz la frontera con los prusianos era el Oder, me habría venido fatal que la bloqueara. Ya ves, me tenía bien cogida.

Su hermana tenía razón: con relleno, el vestido le caía mejor. Aun así, no estaba satisfecha con el escote. No realzaba lo bastante aquello de lo cual estaba tan orgullosa, y dado que aún tenían tiempo —para ella siempre lo había— llamó a la bendita Hannchen, su doncella de toda la vida, muy diestra en asuntos de aguja, hilo y dedal, para que lo rebajase hasta bordear el límite de la indecencia.

—Te arriesgas demasiado. Un mal movimiento y se te salen.

—No sería la primera vez. Es divertido cuando sucede, ¿sabes? —si el gesto serio y hasta severo era la característica más acusada de Dorothee de Périgord, la sonrisa perenne, usualmente pícara y a menudo maliciosa de Katerina Zahánská era uno de los más preciados atractivos de la Viena Imperial—. A la noche siguiente apareció Klemens. Llevaba días encerrado con el Kaiser y unos cuantos generales, debatiendo si entrar o no en la Coalición; como la tregua de Pläswitz caducaría el 10 de julio les llegaban presiones de todas partes, de Bonaparte para que se quedaran quietos y de los rusos y los prusianos para que se unieran a ellos. Klemens iba camino de Opotschno para reunirse con el Zar; dormiría en Ratiborschitz si le hacía un sitio, y por supuesto se lo hice. Pasamos una tarde agradable, charlando y paseando. A la noche, al marchar cada uno a nuestro cuarto, me pareció que me miraba con una rara intensidad, y no creí que fuera por llevar horas hablando de la paz y de la guerra. Tampoco pensé que fuese amor, te lo aclaro. Se hallaba cerca de iniciar la que sería su mayor jugada diplomática y no cabía en sí mismo. Soñaba con un éxito de los que hacen pasar a la posteridad, y quizá yo le pareciera un buen postre, nada más. Ya ves, ni me hacía ilusiones ni me las hice nunca. Metternich es capaz de pasar el peor de los infiernos sabiendo no sólo que no me tiene, sino que yo tengo a todos los que quiero, pero jamás aceptará el precio de que yo sea para él solo.

—¿Dejar a Laure y casarse contigo?

—Acabar con ella no le importaría, pues posee una notable facilidad para no sentirse culpable. Lo que no soportaría es quedarse sin poltrona, porque Franz le cesaría en cuanto se lo dijera. La política y la diplomacia, si no el poder, son para toda la vida, no como las mujeres, y le llenan bastante más que yo —no lo decía en tono amargo; de hecho, sonreía igual que cuando reflexionaba sobre los escotes perversos—. Estuvo dos días con Alexander, sin acordar nada por culpa de los prusianos, que sólo querían reanudar la guerra. Después volvió a Ratiborschitz, para reunirse con Hardenberg. Me avisó pidiéndome no sólo que fuera su *châtelaine*, sino que no le dejase solo con los prusianos; me necesitaba para relajar tensiones, que preveía horribles. Así, en la mañana del 19 llegaron él y Bombelles desde Opotschno, a tiempo de contarme a solas cómo habían ido las cosas con el Zar; una hora después aparecieron Hardenberg, Humboldt y Barbier, desde Reichenbach; a mediodía,

Stadion y Lebzeltern desde Gitschin. Klemens se metió en la biblioteca con Hardenberg y Humboldt; se hablaban a gritos aunque no por la tensión, sino porque Hardenberg estaba más sordo de lo usual; necesitaba que Humboldt se pusiera tras él y le repitiera las cosas. Lo recuerdo tan bien porque Klemens quiso que me quedara con ellos. En cuanto a los demás, ni la menor idea. No quiero aburrirte con detalles, pero la tensión se masticaba. Sólo a la noche comenzamos a relajarnos, Klemens y yo. Salimos a pasear un ratito, entre mis rosas, y allí me dijo que se sentía muy abatido, al punto de pensar en dimitir. La intransigencia de los prusianos era total. No querían oír hablar de nada que sonase a negociación, pero no por eso dejaban de presionar, pues eran conscientes de que sin Austria no derrotarían a Bonaparte. A la mañana siguiente volvieron todos a reunirse, y esa vez sí hubo acuerdo; nada crucial, nada decisivo, sólo la simple aceptación por parte de Hardenberg de mandar a Gitschin una delegación para estudiar con los rusos y los austríacos los términos de una conferencia de paz que proponer a Napoleón. El precio, el que de ningún modo quería Klemens pagar, tuvo que aceptarlo: si la conferencia no acababa bien, Austria entraría en guerra con Francia, junto a Rusia y Prusia. Él, Bombelles y Lebzeltern se marcharon a mediodía. Los prusianos ya lo hacían, tras cenar conmigo y con Gentz, cuando llegó Nesselrode con una invitación para todos ellos, más Gentz y yo, para cenar al día siguiente, lunes 21, con Alexander y Friedrich-Wilhelm. En el acto cambiaron de planes, de modo que, sin ganas, tuve que hacer otra vez de *châtelaine*, aunque con una decisión tomada: de ninguna manera iría yo a esa cena de conspiradores, así que me fui preparando el terreno con una de mis espantosas migrañas. Si lo piensas, sirven para mucho más de lo que supone la mayoría de las mujeres.

La duquesa guiñó un ojo a la condesa, la cual devolvió una sonrisa de total complicidad.

—El Zar volvió por mi casa el miércoles 23, para cenar y despedirse, pues al día siguiente salía para Reichenbach. Lo peor fue que vino con la bestia de su hermano Konstantin. ¿Le recuerdas?

Dorothee asintió con una mueca de repulsión. Si algún día la especie humana se hallara en peligro y ella fuera la única hembra fértil disponible, y sólo el Gran Duque Konstantin estuviese a mano para plantar en ella su semilla, la humanidad habría llegado a su fin.

—Cuando al fin marcharon estaba exhausta. Sólo quería jugar con mis niñas. Aun así, me asaltaba la desagradable sensación de que Ratiborschitz había sido el centro del universo. Se me ponía la carne de gallina cuando pensaba en que un millón de hombres, entre austríacos, franceses, rusos y prusianos, se lanzarían los unos contra los otros en función de lo que se había discutido en mi casa y, en alguna medida, de lo bien o lo mal que hubiera yo representado mi papel de *châtelaine*.

—Pues, según Charles-Maurice, no pudiste hacerlo mejor.

—Puede, pero lo cierto es que, realmente, no hice nada. Mi papel era tenerles cómodos, darles de comer y mantenerles abastecidos de té, café o lo que fuese. Lo peor era cuando se sentaban todos a la mesa del salón; yo, un punto apartada, en mi mecedora, fingía estar concentrada en mi ganchillo, pero no se me iba una. Cuando Hardenberg echaba las patas por alto, cosa frecuente, me levantaba, empuñaba la tetera y rellenaba las tazas, dejando caer alguna tontería que rompiera la tensión al tiempo de mostrar mi mejor sonrisa y, en ocasiones desesperadas, dejando asomar lo que tanto les inspiraba —se levantaba los pechos con ambas manos, sonriendo como una niña traviesa—; el caso fue que sólo en Gitschin llegaron al acuerdo final: Klemens se plantaría en Dresden para ofrecer a Boney otra tregua, con la obligación de atender una conferencia de paz a celebrar en Praga y dejando establecido que si ésta fracasaba los austríacos se unirían a la Coalición. Lo demás es bien sabido: Boney se comportó en Dresden como un completo animal, pero aceptó acudir al congreso. Serviría para salvar una paz en la que nadie creía o para certificar que la guerra recomenzaba. Francia, Württemberg, Sachsen, Bayern y Baden contra Rusia, Prusia y Suecia, que andaba rumiando el unírseles por una promesa secreta de Alexander a Bernadotte, la de darle una Noruega que no era suya. Y Austria, claro.

—¿Y tú qué hacías, mientras tanto?

—Pues sobre todo pensaba en las últimas palabras de Klemens, que no me sonaron a un simple «ya nos veremos». Antes de que pudiese aburrirme apareció Gentz. Al poco regresaron Alfred y Trogoff, y días después vino Hardenberg con Karl-Philipp, su hermano-trompetilla, y con ellos Humboldt y su hijo Theodore, así como un *émigrée* llamado Fontbrune al que Gentz había invitado por su cuenta, lo cual me molestó, pues el tipejo es íntimo de la Bagration y sólo quería cotillear; a esas alturas ya se sabía en Viena que Alexander, Hardenberg y Metternich habían estado en Ratiborschitz; no sólo no se hablaba de otra cosa, decía Fontbrune, sino que las envidias se desataban a un nivel rayano en la histeria. Los acontecimientos, mientras, se sucedían; yo seguía bien al tanto porque cada día llegaban correos para Gentz, Hardenberg, Humboldt y yo misma, pues Klemens seguía escribiéndome. Supe que ya estaba en Dresden, y que Stadion había firmado en Reichenbach, el 27, un tratado con Friedrich-Wilhelm y Alexander, aceptando unirse a la Coalición si las conversaciones con Bonaparte fracasaban. Al saber eso hice abrir unas botellas de mi mejor *champagne*. Todos opinábamos que Metternich se obstinaba en perseguir un fantasma, y que si Boney participaba era para ganar tiempo. Hardenberg explicaba que Bonaparte había perdido su caballería en Rusia y necesitaba tiempo para reconstruirla; si no pudo explotar sus victorias de Großgorschen y Bautzen, donde habría podido liquidar a Blücher, fue por eso, por falta de caballería. Friedrich-Wilhelm quería ese mismo tiempo para reponer bajas y adiestrar reclutas, y para

rearmarse con pólvora, municiones y cañones rusos, pues Prusia seguía ocupada y sus maestranzas en manos de un tal Davout. Alexander, por su parte, debía dar un descanso a su horda, pues llevaba en danza desde hacía un año, tiempo en el que había ido del Niemen a Moscú y de allí al Oder, sin detenerse. La tregua era una necesidad general, aunque también un riesgo. Si el primero en reponerse fuera Bonaparte, las consecuencias serían terribles, aunque todo cambiaría si Austria se incorporaba. La fuerza combinada superaría los setecientos mil hombres, el doble de los de Boney. De ahí que cantáramos como locos, ajenos al precio de la victoria. Medio millón de hombres iban a morir, pero en Ratiborschitz, bebiendo *champagne* en la terraza, bajo el sol del verano checo, habría sido una obscenidad pensar en esas cosas.

La duquesa se sentó tras encender un cigarrillo belga, una moda que Alfred había impuesto en los salones. Cualquier mujer que se atreviese a imitarle quedaría excluida de la buena sociedad, salvo si era la duquesa de Sagan, que tenía bula para todo. Si hasta entonces no lo había hecho era por la tos que le asaltaba cuando se tragaba el humo; de ahí que siguiera entrenando, sin atreverse a debutar; solamente lo haría cuando dominara la suerte como el más aventajado caballero.

—Los días pasaban, sin noticias. Hardenberg, histérico, envió a Karl-Philipp a Reichenbach en búsqueda de información, y Gentz despachó a Gitschin a su *valet* Leopold, con instrucciones de preguntar y regresar. Al día siguiente, preocupados tras ver llegar a Karl-Philipp con las manos vacías, vimos llegar a Leopold. Había dormido en Gitschin por orden del canciller; al amanecer, mientras buscaba su caballo, Giroux le dio un sobre. Lo mostraba como un cura mostraría la Hostia. Viendo que venía dirigido a mí, con la letra de Metternich, sobrevino la Gran Expectación. Nadie se habría ofendido si me hubiese retirado a ver qué decía, pero lo abrí en presencia de todos y leí en voz alta, tras ver que no era nada personal: anunciaba que le tendríamos allí al atardecer del día siguiente, sábado 3 de julio, y que si me fuera posible hiciera sitio a Nesselrode, Stadion y Lebzelttern, que llegarían por separado. Por lo demás, ningún indicio de lo que traía. Muy de Klemens, ya lo ves; tan teatral como siempre, se reservaba el acto estelar. Ni siquiera Gentz era capaz de pronosticar qué sería. Yo me callé, porque intuía que sólo haría eso para proclamar un éxito; para los fracasos prefería el papel; por escrito podía convertir la más clamorosa derrota en un acontecimiento positivo, pero los triunfos generan adoración, y él, un vanidoso compulsivo, sería incapaz de perderse la nuestra una vez oyéramos de su boca que se había llevado al huerto a Bonaparte.

Se interrumpió para dar una larga calada y expulsar una todavía más larga bocanada de humo elegantísimo. Sin toser. «Todo va bien», parecía pensar; «dos ensayos más y se van a enterar».

—El relato de sus andanzas en Dresden se lo habré oído mil veces, pero en

ninguna le vi tan en héroe como allí. En síntesis, Bonaparte aceptaba la tregua, Caulaincourt le representaría y él, Metternich, le soltó al despedirse un «está usted acabado, Sire» que le ha hecho pasar a la historia, pero no daría un táler por que de veras lo dijese. Por entonces le conocía bastante; hoy en día, mucho más, y si algo puedo decir es que ha equivocado la profesión: habría sido un actor genial. Si nos tuvo en vilo explicando las groserías del Corso fue por calcular que si nos mostrase sin más lo que firmaron el 30 de junio, extendiendo el fin de la tregua del 10 de julio al 10 de agosto, en vez de cosechar aplausos le tiraríamos a la cabeza lo primero que pillásemos, así que se hacía un poquito la víctima y un poquito el héroe, para endulzarlo. Hardenberg, el primero en reaccionar, le dijo que nadie le había facultado para extender la tregua, y después empezó a quejarse de no poder empezar con los cañonazos, lo que a fin de cuentas todos deseábamos, salvo Klemens, claro. Aún me pregunto por qué insistió en ir contracorriente. Que se derrame sangre a él le da igual. Tampoco le podían preocupar los riesgos; la superioridad numérica era tan aplastante que Boney no tendría nada que hacer. Lo que pretendía, me jugaría el alma si tuviese una, era que Bonaparte abdicase, Marie-Louise asumiera la regencia y él pudiera manipular el consejo de control que designasen las potencias, lo que sería una obra maestra de la diplomacia, tan maestra que nadie lo aceptaría. Salvo eso no se me ocurre nada que le llevase a oponerse a todo el mundo tan sin apoyos, porque sólo tenía el de Franz.

—Es curioso: Charles-Maurice dice lo mismo. ¿Alguna vez lo has hablado así con él?

—Así sólo lo he hablado ahora y contigo, pero que piense lo que yo no tiene nada de particular. No es el único, aunque ver así las cosas en marzo de 1815 no tiene mérito. Hacerlo el sábado 3 de julio de 1813 a las siete de la tarde, supongo que lo admitirás, alguno sí tenía —Dorothee asintió; contradecir a su hermana solía implicar quedarse sin oírla una buena temporada—. Klemens, Hardenberg y Nesselrode se metieron en la biblioteca, desde donde nos llegaban los gritos, que no sólo eran por la sordera de Hardenberg. Querían dilucidar quién llevaría las noticias al Zar y a Friedrich-Wilhelm. Terminaron eligiendo a Lebzeltern, que se quejaba de que sólo se le usaba para dar disgustos. Le tocaría encarar al Zar, lo que Nesselrode no quería para sí. Klemens, a su vez, ni por asomo aceptaba ser quien lo hiciera. Llevarse un tiro no era lo que más le apetecía para el día siguiente.

—¿Tan violento es Alexander?

—No te harías idea. Igual es cosa de familia. La segunda vez que vino por Ratiborschitz hacía mal tiempo. A los cosacos de su escolta, que habían acampado junto al Upá, se les ocurrió hacer unas fogatas, para lo cual talaron algunos de mis robles. Lo supe porque a media sobremesa se presentó a informar, en ruso, un *aide-de-camp* de Alexander. Konstantin se levantó de un salto, como un salmón de un río,

y preguntó, en ruso también, que cuántos robles habían talado. El oficial dijo que como veinte, y en el acto el Gran Duque le mandó hacer ahorcar a otros tantos cosacos, los que a él le parecieran bien. Me le quedé mirando, tan horrorizada como puedes imaginar, sólo para ver que Alexander no movía un músculo. Me levanté a mi vez, y en un repente de inspiración eché mano de mis mejores lágrimas de pobre mujer para decir, por supuesto en ruso, que ni todos mis robles juntos valían la vida de un solo cosaco, y que, por favor, renunciase a cargárselos. Alexander se quedó pensativo, para después decir algo así como «pues bueno», despidió al *aide-de-camp* y volvió a lo de antes, un relato detallado, en francés, de los malos modales que Bonaparte había exhibido en Tilsit. No dije nada, pero me preguntaba cuál de los dos monstruos lo sería más, si Boney o el Zar —la condesa, comprensiva, compuso un elecuento gesto de «qué cosas»—. Klemens se quedó un día más para seguir lidiando con Hardenberg y Nesselrode, y para explicar que los ejércitos austríacos no estarían en condiciones de marchar sobre Sachsen hasta mediados de agosto. Mentía, porque Schwarzenger llevaba semanas movilizándolos, pero nadie se lo podía rebatir. Así pasamos el domingo, todo el tiempo en política, pero se las apañó para buscar un aparte conmigo, entre mis rosas, para soltarme que lo único que le daba fuerzas mientras peleaba en Dresden era evocarme, y que fue mi sola imagen lo que le permitió resistir al cafre de Bonaparte y, de postre, que si eligió Ratiborschitz para explicarse con Hardenberg y Nesselrode fue porque me quería ver; de no ser por eso les habría citado en Gitschin, como el Kanzler del Imperio Austríaco que a fin de cuentas era.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Besarle apasionadamente?

—Pues mira, sí. Aquello era tan romántico que me derretí. Además, estaba el regusto de ver a mis pies al tipo más poderoso del Imperio. Demasiado para una pobrecita mujer, ¿no?

—¿Quedó todo ahí?

—Qué remedio. Con Gentz suelto por el jardín, ya me contarás qué podíamos hacer. Ahora, me pregunté si convendría darle, de madrugada, el premio a su heroísmo que parecía esperar. Me disuadió recordar que le había colocado en una de las mejores habitaciones, aunque lejos de las mías. Arriesgarme a coincidir en los pasillos con alguno de los cotillas que infectaban mi casa era demasiado para mi pasión, de modo que le dejé sumido en el platonismo. No debió de importarle, porque las niñas, que se amontonaban en un cuarto junto al suyo, luego me dijeron que sus ronquidos no les habían dejado pegar ojo. A la mañana siguiente se levantó con tiempo para desayunar con Hardenberg y Nesselrode, despedirse con normalidad y marchar con Gentz hacia Jarowicz; allí el uno seguiría para Gitschin y el otro para Praga. Tras ellos marcharon casi todos los demás, de modo que al fin pude quedarme tranquila y en paz, o eso creía yo. La primera carta me la envió al llegar a Gitschin.

Desde ahí raro era el día en que no me llegaba otra, junto con bombones, caviar y «tonterías» diversas. Un cortejo en toda regla, ya lo ves. El 10 de julio me pidió que marchase a Praga, donde ya estaban el Kaiser, él, Humboldt y Ansett, el delegado ruso, donde no tardaría en llegar Caulaincourt y donde a él le hacía falta una gran *châtelaine*. Me daba el papel de Laure, que se había ido a Baden-bei-Wien como si no pasara nada, pese a que ya le habrían llegado murmuraciones. Si algo jamás ha escaseado en la sociedad vienesa son las almas buenas —Dorothee asintió, convencida—. Yo había reservado una planta en el Waldstein, donde se alojaba Gentz. Habría preferido nuestro viejo palacio Kurland, el de la Karmelitergasse, donde mamá, Pauline, Johanna y yo pasamos la guerra mientras tú galopabas por la Kurische Nehrung —a Dorothee no le hizo gracia recordarlo; el miedo que pasó a sus aterrados trece años a menudo resucitaba en sus pesadillas—, pero Johanna lo vendió hace nada, porque se la comían las deudas. Klemens vivía en el Schönborn, en pleno Kleinseite,^[113] al lado del Karlbrücke. La sede formal del congreso sería el Hradschin.^[114] Quizás eso no te diga nada —no se lo decía; Dorothee no recordaba Praga—, pero significa que la vida social se desarrollaría en un triangulito, el que forman el Schönborn, el Hradschin y el Waldstein. Si me reservé tanto sitio fue para organizarme mi *salon*, como si estuviera en Viena. Pensaba que así Klemens no tendría que inventarse nada para venir todos los días, de modo que los fijos del lugar, yo la primera, estaríamos siempre a la última.

La duquesa no sólo hablaba, sino que se contoneaba frente al espejo. Su hermana interpretaba lo que hacía: estudiar gestos y posturas para que aquella noche Wellington y Metternich se jurasen odio eterno, y eso que no la verían así, en enaguas y como vino al mundo del ombligo a las orejas.

—El congreso seguía sin comenzar, pues Caulaincourt vino sin poderes. Metternich estaba de los nervios, pues podía pasar en dos días de ser el Gran Héroe a ser el Gran Tonto. Me dio pena, y me propuse consolarle. Cada día se aparecía en mi *salon*, charlábamos sobre las novedades, cenábamos con Gentz, Paul, Humboldt, Louis, Fontbrune y algunos otros más, nos relajábamos jugando a las cartas al tiempo que hablábamos de política y de diplomacia, de la paz y de la guerra, del amor y del tifus, y tras eso todo el mundo se marchaba. Menos él. Ahí fue cuando empecé a ver que, pese a su gran atractivo, por no decir embrujo, a la hora de pasar a mayores padecía un exceso de autoestima.

—¿Quieres decir que no se preocupaba mucho de ti?

—Ni mucho ni poco: nada. Puede ser muy apasionado, pero no es un tipo que adore pasar horas en una cama. Digamos piadosamente que una vez arroja su carga, lo que suele llevarle un minuto, se queda frito, si no se levanta de un salto y empieza de nuevo con la política. Las primeras veces pensaba, tonta de mí, que serían sus nervios, los del frustrado congreso combinados con al fin tenerme desnuda bajo él,

pero al cabo de una semana estaba claro que no: él es así.

—¿No te planteaste adiestrarle?

—Sería una empresa sin esperanza. Entre los dones de Klemens no figura ése — con un gesto muy cómico señalaba el sur de su ombligo—. Boney tiene muy mala fama, pero de por ahí deben ser por el estilo —las dos reían abiertamente, como hacen las princesas, y las plebeyas, cuando despellejan a sus hombres—. De todos modos, eso no era lo importante. Lo que vivíamos, el preludio de la guerra, lo era mucho más. El 10 de agosto nos despedimos tras un *souper* que dio en el Schönborn y donde, de modo significativo, el invitado de honor era Schwarzenberg, ya designado comandante supremo de los tres ejércitos, el ruso, el prusiano y el austríaco. A medianoche, cuando expiraba el armisticio, Klemens pidió el documento en el que declaraba la guerra, para firmarlo. La pluma, ya mojada en el tintero, se la pasé yo. Apenas hubo murmullos, porque para todos era claro que mi papel en Schönborn iba más allá de ser la *châtelaine*. Tras eso, todos los vítores del mundo, y era que allí, salvo Klemens, no había nadie contrario a la guerra. Me habría quedado con él, porque necesitaba un poquito de consuelo, pero estaba comprometida con Alexander, que me había escrito diciéndome que pasaría por Ratiborschitz camino de Praga y le gustaría verme. Así que no hubo forma: tenía que irme.

—¿Y qué tal con el Zar? ¿Buscaba también consuelo?

—Eso pensé, pero sólo quería cotillear. A media tarde siguió hacia Praga y me quedé tranquila. Dos días después apareció Friedrich-Wilhelm. Con él me vi en Náchod; quería ver cómo había quedado la capilla de los Piccolomini, que yo acababa de restaurar. A medida que la recorríamos me salió con que si algo había lamentado a lo largo de su vida era que algún malentendido, cuando su difunto primo Louis-Ferdinand rondaba mi mano, le hubiera privado trece años de verme por Berlín. No me lo esperaba, te lo digo con sinceridad. Cuando la zorra de Luise me hizo aquella judiada me juré no volver a poner los pies en esa mierda de ciudad, pero al verle tan contrito le respondí que todas las heridas cicatrizan, y que podía estar seguro de que una vez recuperase Zahán tendría en mí la más devota de sus súbditas, la duquesa prusiana que jamás había dejado de ser. Debió de quedarme bien, porque sonrió y me besó la mano para después dejar caer que había ordenado a Blücher recuperar Zahán tan sin daños como fuera posible. Tres meses después me llegó una carta del Gneisenau ese del que tan mal habla tu tío. Decía que los cultivos estaban arrasados, que los franceses no dejaron un bosque sin talar y que la cabaña de ganado había desaparecido; peor aún, habían degollado unas cuantas vacas viejas aguas arriba del Bóbr, para que se pudrieran y lo envenenaran; en cuanto al palacio, el último intendente de Boney, un tal Beyle,^[115] no dejó más que las paredes. Schulemburg me dijo que no contara con la renta durante al menos tres años; lo que generase debería dedicarse a comprar animales, replantar frutales y reparar aldeas. Ya

contaba con ello, pero que Dios se ocupe del tal Beyle cuando le ponga la mano encima —la condesa compuso su mejor expresión de pesadumbre, sin sentirla, porque nada más casarse recuperó Günthersdorf, y desde aquel momento recibió su renta completa; pasarse al enemigo, lo que tanto criticaron sus hermanas, con el tiempo se demostró que fue una elección muy acertada—. Volviendo a Klemens, había marchado a Teplitz-Schönau,^[116] con el Kaiser. Las diferentes hordas, por entonces, se habían organizado en tres ejércitos; el *Nordarmee*, que mandaba Bernadotte, lo formaban tropas prusianas, rusas y suecas; el *Schlesischesarmee*, bajo Blücher, era mitad ruso, mitad prusiano, y en cuanto al *Böhmenarmee*, nominalmente al mando de Schwarzenberg pero en realidad al de Alexander, era en dos tercios austríaco y en uno ruso. Al Zar se le ocurrió atacar Dresden desde Teplitz-Schönau, sin coordinarse con Bernadotte, ni con Blücher. El resultado fue veinte mil muertos, treinta mil heridos y quince mil prisioneros, casi todos austríacos. Una catástrofe. Franz ya temía otro Wagram, con Bonaparte de nuevo en Viena, pero Blücher cayó sobre los franceses entre Liegnitz y Wahlstatt, haciéndoles quince mil bajas. Gracias a eso la guerra no acabó a finales de agosto. Yo seguía en Ratiborschitz, con la única compañía de la Trogoff. No sólo porque me caía bien, sino porque al ser francesa, y notársele mucho, tendría dificultades si se quedaba sola. Estuvimos así hasta el último día de agosto, cuando me llegó una carta de Klemens recomendándome marchar a Praga, porque podría suceder que los franceses invadieran Bohemia. Dos días después nos pusimos en marcha, en la berlina grande y con el tiro mayor, el de ocho caballos. Las niñas, Hannchen, que ya estaba de ocho meses y la mar de torpe, la Trogoff y yo. También me llevé la calesa con un segundo cochero, porque Metternich decía que si encontrábamos los caminos intransitables abandonaríamos todo y siguiéramos en ella, que como es pequeña pasa por todas partes. Los caminos, era verdad, estaban atestados. De rusos. Estuvimos cerca de quedarnos sin nada, pero pese a lo bestias que son, si te diriges a ellos en su idioma y de forma resuelta, como lo haría un hombre, se achantan, así que una vez más me tocó hacer de macho. Llegamos a Praga, por fin, y en el Waldstein encontré una carta de Klemens. Me pedía que nos viéramos a mitad del camino de Teplitz-Schönau, en Laun.^[117] Ni me lo pensé. Con las niñas y Hannchen a salvo, me apetecía un poquito de aventura. Escribí una nota diciéndole que allí estaría, se la di a Gentz para que la enviara y de golpe se me pasaron las fatigas. Las acciones clandestinas, bien lo sabes, sientan de maravilla.

—¿Un episodio apasionado?

—Intenté que lo fuera, pero no. A cambio me puso al día de todo. No era lo mejor para mis sentidos, aunque sí para mi curiosidad. De ahí que nos pasáramos la noche charlando, salvo un par de interludios que me supieron a nada. Después se me durmió en los brazos, como un niño. Un niño asqueroso —la condesa sonrió con simpatía;

también ella sabía de amantes ineptos—. A los dos días de regresar me llevé una sorpresa muy agradable: Alfred tenía tres días de permiso y había venido a verme. No le dejé salir de mi cuarto. A ratos me preguntaba si no estaría siendo cruel con Klemens, aunque me absolvía; si hubiera plantado a Laure sí me habría sentido mal, pero estando las cosas como estaban no había nada que me pudiera él reprochar; pese a que Gentz me vigilaba no se dio por enterado, así que siguió escribiéndome a razón de una carta por día, cuando no dos y a veces tres, al punto de hacerme pensar que toda la fuerza se le iba por la pluma. Cómo sería el contraste, que me preguntaba si Alfred sabría escribir; igual son dones incompatibles. Desde aquella escapada en Laun nos vimos poco. Una de las veces fue a finales de septiembre, cuando vino un par de días, con Sterházy; una ocasión agradable, por lo brevísima. Otra, el 4 de octubre; vino cargado de caviar y bombones, pero coincidió con que Hannchen estaba de parto; yo era la comadrona, de modo que me dejó colmada del paladar y no a medias de más abajo. Por lo demás me aburría bastante, aunque un día Gentz comentó que los heridos ya pasaban de cien mil y que los hospitales no daban más de sí. Schwarzenberg había ordenado trasladar a retaguardia los más graves, de modo que sería cuestión de horas que llegaran los primeros. Al verles me asaltó la inspiración, y de la noche a la mañana monté un hospital de convalecientes en pleno centro de Praga. Dejando aparte que me apetecía sentirme útil, lo hice porque así conquistaría la eterna simpatía del Kaiser, por muy divorciada que fuera, y porque los heridos, que llegaban apilados en carretas inmundas, me daban su poquito de pena. Los que más, los cosacos, a los que nadie hacía maldito caso, empezando por los médicos rusos.

De aquello Dorothée había oído hablar. Las almas buenas opinaban que fue otra extravagancia de la Zahánská, para lucir sus docenas de idiomas y porque, además de un pendón, quería ser una santa. No lo discutía, pues bien sabía cómo era su hermana, pero le constaba que raro era el día en que no saliera del hospital ya de madrugada, tras haberse dejado la vida entre los miles de camastros. También sabía que se hizo famosa entre los cosacos, tanto que si alguna vez necesitara sentirse a salvo no debería dudarlo, como según creía dijo una vez el Zar: en ningún lugar del mundo la *зержонья Цаган*^[118] se hallaría más segura que al amparo de sus *soikas*.^[119]

—El alivio llegó tras la victoria de Leipzig, de la que Gentz y yo fuimos los primeros en tener noticias, pues Klemens nos envió un mensajero la noche del 20 de octubre. Así supimos que Napoleón, al frente de los setenta mil que le quedaban, se abrió paso hacia el Rhin a través de Thüringen, indignado porque sus aliados alemanes cambiaban de bando según cruzaba sus tierras, al punto que hasta debió combatir con Wrede, que si bien no se veía capaz de vencerle sí quería evitar que a su rey Max le pasara lo que a Friedrich-August. La guerra estaba ganada, y por si faltaba una confirmación Franz se puso a repartir medallas. A Klemens le dejó para el final,

cuando ya estaba mosqueado. Le hizo Fürst von Metternich, especificando que la naturaleza del título era hereditaria y que sus hijos, a partir de aquel momento, tenían derecho a ser llamados príncipes, y él y Laure, además, *Durchlauchtigst Hochgeboren*, con lo que se pondría todavía más gorda de lo que ya estaba.

Reían, sardónicas. Aquel tratamiento, para ellas, valía muy poco. Las Prinzessinen von Kurland eran *Hoheit*,^[120] lo que jamás serían esos dos recién llegados a la gran nobleza hereditaria.

—Con Napoleón en París todo habría debido terminar, pero había un acuerdo para dar un rey a Francia y hacerla volver al *Ancien Régime*, como si los últimos veinticinco años no se hubieran vivido, de modo que marcharon todos a Freiburg-im-Brisbau, para preparar la invasión. Allí fue cuando Klemens acabó de ponerse a malas con Alexander, el cual había garantizado a los suizos que los austríacos no atravesarían su país, pero Schwarzenberg no tragaba porque sería dar mucho rodeo, de modo que, con el respaldo de su Kanzler, decidió cruzar unos cuantos cantones para entrar en Francia siguiendo el curso del Rhône. Alexander quería batirse con Klemens por haberle desautorizado, pero Franz lo impidió. Los rumores que corren por ahí, que se tienen unos celos horribles por mí, por mi vecina de al lado y por no sé cuántas idiotas más, son bobadas. Las causas son serias, como cuando Alexander decidió lanzarse sobre Dresden y por poco Bonaparte gana la guerra sin habérselo propuesto. Alexander es inteligente, pero su lógica no está moderada por gente que le diga las verdades. Tiende a rodearse de tontos o de tímidos, así que jamás conoce su verdadera opinión. Ser franco y claro con él no es saludable, y a eso se debe que nadie se atreva, salvo Wellington.

Dorothee asintió. Tenía presente aquel genial «¿por qué Su Majestad le puso allí?».

—La guerra, que hacia enero parecía ganada, cambió. Napoleón se concentró en Blücher y le ganó cuatro batallas en diez días. Sobrevino el horror. Klemens pensaba en un armisticio cuando llegó la noticia de Laon. Blücher, que se había quedado ciego, cedió el mando a su segundo, el Gneisenau ése de antes, que se las apañó para despedazar a Bonaparte. Días después un mariscal francés, Marmont, cambió de bando tras ser untado por tu tío, Klemens *dixit*, y ahí ya no le quedó a Boney más opción que suicidarse, aunque tan mal que todo se quedó en una diarrea de lo más innoble. Ahí fue cuando me llegó a Viena una carta de Klemens pidiéndome que marchase a París. Era un invierno aburrido, sin hombres interesantes. La única novedad era un diplomático inglés, un tal Frederick Lamb, de conversación agradable y gustos exquisitos. De lo último doy fe, porque nada más cruzarnos dejó de mirar a las demás. Las comidillas fueron tan virulentas que la noticia llegó incluso a Klemens, y además de un modo sospechoso: se lo dijo Laure por carta, en el mismo tono en que le hablaría de las ardillas del Prater. A eso se debió, supongo, que me

pidiera ir con él. Me lo pensé, porque lo pasaba bien con Lamb, pero tras saber que Laure no iría, me animé; tenía, de paso, una excusa excelente: mi madre y mi hermana pequeña se hallaban allí —se sonrieron, con cariño—, pasándolo fatal, de modo que nada sería más natural que agarrar a Pauline e ir a echarles una mano.

—A partir de ahí lo recuerdo casi todo.

Se acordaba, en particular, de que Metternich las llevó a unos *ateliers* de costura (LeRoi) y orfebrería (Thomire y Biennais) que habían sido el *súmmum* de la exquisitez cinco años antes, cuando él era el embajador de Austria en París; en su favor debía decir que se dejó guiar a otros más al día —no le quiso decir que los suyos estaban *demodées*—; así los cuatro, a los que pronto se unieron Jeannette y su madre —por primera vez desde 1809 coincidían la duquesa y sus cuatro elegantes *prinzessinen*—, pasaron deliciosas tardes de compras —siempre pagaba él— en el divertidísimo París de la Restauración.

—Fui feliz en París —el tono era nostálgico, para sorpresa de Dorothée; ignoraba que Mina padeciese nostalgias—. Tenía tiempo, las atenciones y la protección de uno de los hombres más poderosos del planeta, y por las noches, tras un minuto de calmarle ardores, la más precisa información de lo que sucedía. Gracias a eso Silesia no llegó a formar parte del ducado de Posen, de lo que supongo no tenías la menor idea —cierto, no la tenía, se decía con retrospectivo espanto—. Fue porque Metternich se opuso, por la cuenta que le traía. De ningún modo pensaba yo consentir que Zahán pasase a ser parte de un territorio que cualquier día sería de Alexander. De no haberle dicho que como no se pusiera firme con aquello se podía ir despidiendo de mi cama, Luxemburg, Nassau, Holstein, Schleswig y quizás incluso Dinamarca hoy serían parte de Prusia, mientras que Silesia debería cambiar el alemán por el ruso. Ya ves, querida, cómo se construye la historia.

Dorothée asintió. Era penoso que su hermana y ella participaran en las refriegas diplomáticas sólo a través de terceros, por mucho que a menudo lo hicieran de un modo decisivo. Estaban tan bien dotadas para la negociación política, lo mismo daba que sutil o a cara de perro, como Gentz o como Dalberg, si no como el propio Metternich —a Charles-Maurice le mantenía por encima, siquiera de momento—, pero la dicha de haber nacido hembras determinaba que no pudieran actuar por sí mismas, sino recurriendo a machos poderosos que, tras desahogarse de los bajos, buscaran inspiración y consejo en sus camas deshechas. Un asco, aunque también era verdad que ser jóvenes, bellas e inmensamente ricas compensaba un poquito el formar parte del menospreciado género auxiliar.

—A primeros de junio planeaba volver a Viena, pero ahí fue cuando el Regente invitó a todo el mundo a pasar un mes en Inglaterra. Friedrich-Wilhelm pensaba llevarse a Blücher, que de nuevo estaba en forma y arruinando a las casas de juego, Alexander iría con la loca de su hermana Ekaterine y un *atamán* de cosacos, un tal

Platov, y Klemens, que iría en representación de Franz, quería llevarse a Schwarzenberg, pese a que no tenía la menor gana; el pobre soñaba con volver a su castillo e irse a la cama con su bastísima Nina. ¿Sabías que, según Klemens, está orgulosísimo de jamás haberse acostado con ninguna otra mujer? No me asombra que Blücher le desprecie; lo sé porque hice buenas migas con él, tanto en París como en Londres, pero ahí no he llegado todavía —la duquesa disfrutaba explicando la historia; era tan confidencial que no la podía contar a casi nadie, incluyendo a sus hermanas vienesas, cuyas larguísimas lenguas ya le habían costado algún disgusto; Dorothea, en cambio, era la reserva personificada, tanto que aún no había logrado sacarle si se acostaba o no con Charles-Maurice—; a Klemens tampoco le hacía feliz la idea, pero no podía negarse; de ahí que se llevase un alegrón cuando le dije que me gustaría ir con él. Bueno, fuimos por caminos separados y en días distintos, y en Londres, donde me llevé a Pauline y a Jeannette, me busqué un hotel mientras él se servía de la embajada, pero aun así pasamos buenos ratos, sin que nadie se fijara en nosotros. También fui feliz, ya lo ves, aunque no tanto como en París. Él no tenía la cabeza del todo allí, porque no dejaba de pensar en el congreso que se nos venía encima, y además le angustiaba volver a la rutina cotidiana. Lo nuestro, que ya duraba un año, se materializó gracias a que no estábamos aquí, a que lo vivíamos en clandestinidad, pero en junio del año pasado se acercaban la paz, la normalidad y el no poder dar un paso sin que te observara todo el mundo. Lo rumiaba sin decirme nada, pero poco antes de volver a Viena no pudo más y me insinuó cómo deseaba que fuera nuestra vida.

Hannchen volvía con un escote tan rebajado que la tela bordeaba las aureolas. De ahí que, preocupada, recomendase a su señora que tuviese cuidado al inclinarse frente al Kronprinz de Baviera. Si no, la prensa del día siguiente hablaría mucho menos de Napoleón y de la guerra inminente.

—¿Y qué quería que hicieras?

Hannchen ya se había marchado, dejando a la duquesa entretenida en elegir, dentro de sus inmensos joyeros, con qué perfeccionaría su imagen aquella noche. Aún no había elegido ninguna pieza, pese a tener clara la condición esencial: que se la hubiera regalado Metternich.

—Pues que fuese su Marquise de Pompadour. Laure sería María Leszczyńska y él haría de Louis XV. Para ello pretendía que Laure y yo nos hiciéramos amigas. Su desfachatez llegó al punto de gastar horas en explicarme los gustos de Laure, su carácter, sus preferencias, sus convicciones y el mejor modo de plantearle las cosas, a fin de que terminara por hacer lo que a él más le conviniese. Insistió en que la clave para entenderla residía en su saberse muy fea, sólo capaz de resultar atractiva para los que conocen su inmensa bondad. La pobre, por lo visto, arrastra desde pequeña un invencible complejo de horrenda, de que sólo un hombre muy ambicioso aceptaría

casarse no específicamente con ella, sino con su dote, su apellido y sus contactos, como así fue, por cierto.

—No me lo puedo creer.

—Ni yo pensé jamás que pudiera llegar tan lejos, pero así es Klemens: por mucho que disimule, ni ha salido del *ancien régime* ni lo hará jamás. Es un absolutista incurable.

—¿Y cómo te lo tomaste?

—Con curiosidad. Segunda semana de agosto, para que te sitúes. Él había regresado, aunque no a Viena, sino a Baden-in-Wien, donde los Kaunitz tienen un palacio. Laure y los *minimetternichs* vivían allí, desde junio. Alquilé una casa y me dediqué a observar. A los pocos días me llegó una invitación de la Fürstin, para tomar el té. Nadie la hubiese aceptado, pero ya sabes cómo soy —Dorothee asintió, solemne—, de modo que me presenté con Pauline. No era una invitación exclusiva. Su salón no digo que rebosase, pero había cantidad de nobles damas. Hombres, ni uno, como en el serrallo de un sátrapa. No hablamos gran cosa, pero aun así me pareció que me miraba de un modo especulativo, como evaluando a la que sería su compañera de *ménage-à-trois*. Igual Klemens ya se lo había vendido, y quizás incluso calculase qué pasaría de llevar el triángulo al extremo, a que fuéramos tres en una cama, lo que por mi parte no me apetecía en absoluto. Laure es una especie de avefría, un ser sin sangre. Igual Klemens le tenía reservado el papel de *voyeur* inerte a pie de cama, qué sé yo.

La condesa encontraba imposible no reírse a carcajadas, aunque no por las descarnadas palabras de su hermana, sino por la pésima intención con que las dejaba caer.

—¿Y qué hiciste después? ¿Seguiste viéndola?

—No, para mí fue suficiente. Bueno, y que Alfred apareció. Aunque yo no hacía intento alguno por verle, una parte de mí le añoraba. Esta de aquí —se llevaba las manos al sur de su Venusberg, con la sonrisa de las mejores putas del Palais-Royal—; estaba sola..., bueno, salvo Hannchen, pero ya sabes cómo es de discreta. Creo que Alfred no dijo ni «hola». Simplemente, me desnudó como si fuera una muñeca y allí mismo, en el salón, me hizo ver, tres veces, que jamás sería feliz con Klemens.

Las hermanas sonreían, soñadoras. Bien lo sabían, las dos: por mucho que razone la cabeza, como lo de ahí abajo se incline por otras alternativas, las que sean, no hay nada que hacer.

—Desde ahí todo pasó a importarme un bledo. Volví a Viena, sin despedirme. No había un alma, pero aquí, en el Palm, no necesitaba nada, sino comer bien, beber mejor y que Alfred no se desanimara, y hacen falta muy largas horas de vicio protervo para que abdique de mostrar enhiesto el pabellón. Cuando sucede, pues a dormir un poco y ya está. Lo alimento, lo lavoteo un poquito, y a empezar de nuevo.

No sé si estuvimos así una semana o algo más, pero te aseguro que terminé con mi yo más íntimo tan escocido como si me hubiera revolcado por un campo de ortigas. Tras eso, él volvió a su regimiento y yo me dediqué a pensar y pensar muy largo rato, quizás unos diez minutos. Entonces tomé la decisión: hacer cuanto fuera necesario para que Metternich me plantase, de forma que se sintiera culpable y así pudiera contar con él cuando necesitara un canciller disciplinado.

—¿Y te fue difícil?

—Oh, no. Menos de lo que suponía. Ya era septiembre, y aunque Klemens había regresado andaba tan ocupado preparando su congreso que salvo mandarme cuatro cartas cada día me dejaba en paz. Yo volví a «recibir», y a salir cuando no lo hacía. Un día comprendí que me había puesto un espía, el asqueroso Gentz, que no sé cómo Johanna le aguanta, y le saqué de mi círculo del modo más brutal. Luego me dio grima, porque si bien no sirve para nada suele tener buena información, así que le fui levantando el castigo, pero esa es otra historia. El caso era que Gentz le alarmaba cada día con que si estaba con Lamb, o con Alfred, o con a saber quién, lo cual le ponía de los nervios, aunque sin llegar a estallar. En esto apareció Alexander al frente de su cortejo. ¿Vosotros llegasteis antes o después? ¿Seguro? Pues os perdisteis el despliegue más ostentoso que se haya visto en Viena. Dos noches después apareció en mi *salon*, a dar una vuelta, pero a mí es difícil engañarme: sus ojillos me decían qué perseguía, y como yo también andaba persiguiendo algo, pues llegamos a un acuerdo.

—¿Y qué perseguías? ¿Provocar a Klemens?

—No, qué va. Para eso no me habría molestado. Se trataba de Vava. Mi niña finlandesa —Dorothee asintió, consciente de que hablar de Vava era liquidar el buen humor; no había nada en el mundo que pudiera entristecer más a su hermana que recordar a su hija de trece años, a la que sólo había visto en el momento de malparirla —. El lazo más fuerte de los que me ataban a Metternich era ése, Vava. Se lo había contado en la Navidad de 1813. Si algo he maldecido toda mi vida es no haber tenido la entereza de quedarme con ella. El malnacido de Armfeldt, y también mamá, me convencieron de darla en adopción a otros Armfeldt, unos que criaban otro recién nacido. No sólo se la entregué, sino que constituí para ella un fondo bien dotado, para que nunca le faltara de nada. Bien, pues en esos mismos días me llegó la noticia de que Armfeldt estaba en las últimas. Me preocupó, pues era el administrador del fondo, así que le mandé a mi abogado, Wratislaw, para que se hiciera cargo del dinero. Imagina mi horror cuando me dice que no queda nada, que Armfeldt se había gastado hasta el último céntimo y que las posibilidades de recuperar algo, lo que fuera, eran nulas, porque se moría en la más completa miseria. Entonces se me ocurrió que quizá podría convencer a la niña de que regresara conmigo, a través de los padres. Un gran dinero para ellos y la vida de una heredera riquísima para ella,

pero no tuve respuesta. De ahí que recurriese a Metternich. Reaccionó como el mejor amigo del mundo: en cuanto Wratislaw le hiciera llegar la documentación hablaría con el Zar, pues Vava es súbdita suya desde 1812. Cada vez que le sacaba el asunto me daba muy buenas palabras, aunque siempre las mismas, de modo que al ver al Zar en mi casa ni lo dudé. Alexander, debo decirlo, no me prometió nada; sólo que se haría explicar la situación y qué posibilidades había de llegar a un acuerdo amistoso, pues por lo inamistoso no habría nada que hacer, salvo si aceptase ver mi nombre por los suelos, ya que la otra parte haría público el asunto. Fue leal, porque me lo dijo cuando los hombres rara vez conservan la serenidad necesaria para mentir a sangre fría: justo «después». Antes, sí. Antes mienten todos. Ya sabes, «todo se promete hasta que se mete». En ese bendito instante, cuando aún no se han puesto la cabeza sobre los hombros, raro es el que miente bien. Alexander, además, estaba encantado de la vida. Soñaba conmigo desde la primera cena en Ratiborschitz, y lo último que imaginaba, pues me suponía colgada de Metternich, era que alucinaba con él desde nada más verle descabargar de su brioso corcel frente al portalón de mi castillo. La babosa de Altenstiegl tardó minutos en informar que Su Majestad no había dejado el Palm hasta bien entrado el día, y no tras pasar la noche con *Andromeda*, porque a la sazón se hallaba fornicando con *Pumpnickel*. Por cierto, a mí me llama *Kleopatra von Kurland*, ¿te lo puedes creer? —Dorothee se desorbitó ampliamente; carecía de sentido hacer saber que Altenstiegl no sólo entregaba en la cancillería sus sabrosos informes—. Saberlo y volverse loco fue lo mismo, aunque no sin entender que si se dejaba llevar por su obsesión Franz le despediría, y tras eso sería Laure quien le pondría en la calle, de modo que su mejor opción sería tirar de sangre fría y dejarlo correr. Así lo hizo. Por carta. Muy solemne, de hombre nobilísimo injustamente maltratado por una coqueta perversa. No le contesté porque sé cómo cambia de opinión, y además no era la primera vez que me hacía llegar un mensaje de celos horribles. A la semana, sin embargo, comenzaron a llegarme más, todos con la misma pregunta, que por qué no contestaba. Tanto me hartó que acabé por hacerlo, también por carta, y así fue como acabamos. De un modo que no me dejó satisfecha, las cosas como son. De ahí que me guste tanto putearle.

Volvieron a reírse, como los ángeles que no habían dejado de ser. El cuadro de Grassi, el que adornaba el salón de Löbichau, las mostraba como eso precisamente, dos ángeles a cuál más adorable. La evocación del bonito *schloss*, donde tantos veranos había pasado el ángel más viejo, le hizo evocar a la que tenía la culpa de todo. Al menos, de que no fuera tan feliz como merecía ser.

—¿Sabes algo de mamá?

—Lo último, que pensaba dejar París y que no vendría directamente, sino parando en todas partes. Tiene mucha gente a la que visitar. Podría pasarse la vida durmiendo en casas ajenas, a razón de una por semana, y se moriría de vieja sin tener que

regresar a ninguna de las tuyas.

—¿Dónde piensa izar su pabellón?

—Pues con nosotros, en Kaunitz. Tiemblo de sólo pensarlo.

Se sonrieron de un modo algo sardónico. No eran unas hijas particularmente devotas de la divina Dorothea von Medem, aunque las dos aceptaban que había madres muchísimo peores.

—Tú ya tienes experiencia en vivir con ella y con Charles-Maurice, ¿no?

—Demasiada. No veas los cinco meses que me dio el año pasado, pese a tener su propia casa, la de la Rue Drouot. Es exquisita guardando las formas, pero no podía evitar comportarse más como una suegra que como una visita. No le gustó nada que Charles-Maurice ni la tanteara para ir con él a Viena, y se puso de los nervios cuando supo que sería yo quien marcharía con él, aunque se las compuso para que no se le notase. Debió jurarse que ni muerta vendría por aquí, pero Bonaparte ha hecho que cambie de idea. Cuanto más lejos se halle de su lado, más feliz será.

—¿Tanto la odia?

—Qué va. Él sólo se molesta en odiar a Germaine de Staël, y porque la considera un virago, no una mujer. Por las demás sólo siente hastío, empezando por Marie-Louise. Charles-Maurice me contó una vez cuál era su pensamiento en relación a nosotras. Para él somos simples máquinas de hacer niños, indignas de ser consideradas iguales a los hombres. La naturaleza, según él, nos ha configurado para ser sus esclavas. Afirma que les pertenecemos, nosotras y los hijos que alumbremos, de la misma forma que los frutales, y las frutas que cuelgan de sus ramas, pertenecen al dueño del jardín. De ahí que su Código Civil nos trate como nos trata. La última de sus preocupaciones sería dar con mamá, pero ya sabes lo histérica que se pone, y más con su tendencia natural a sentirse centro del universo. En fin, que cualquier día se nos aparece, y entonces mi vida se volverá difícil.

A la duquesa no le costaba imaginar el origen de la tal dificultad.

—¿Qué tal te va con el bello conde? Hablo sin malicia, ¿eh? De veras que no puede ser más guapo. Tanto, que si decidieras amortizarlo te agradecería me lo traspasaras.

—Le sacas doce años, Mina. La gente murmuraría.

—Ya sabes lo que pienso de todo eso —lo sabía, cierto; Wilhelmine von Biron llevaba la mitad de su vida pasando de cualquier cosa que pudiera decir el resto del género humano—; además, los jovencitos funcionan mejor que los maduros. Supongo que por llevar menos cosas en la cabeza.

—¿Lleva muchas, Wellington?

—Demasiadas. Y no sólo estos días, en que tiene todo el derecho del mundo a estar abrumado. Cuando llegó hace mes y pico también la llevaba rebosante.

—Pero no te costó vaciársela, ¿verdad?

La condesa sonreía con una malicia nada conocida en la corte imperial, aunque no era una novedad para su hermana. En general, las Von Biron eran bastante desinhibidas las unas con las otras.

—No sabría qué decirte. Venía predispuesto contra mi humilde persona. Por si fuera poco es de los que necesitan conquistar. No desprecia ser conquistado, como todos, aunque le desconcierta que una mujer tome la iniciativa de un modo tan manifiesto como la tomé yo la noche de mi cumpleaños. Poco menos que le violé, no te digo más, pero ni aun así fue capaz de abandonarse. Nunca lo hace. Siempre hay un punto de alerta en su actitud. Y una duda, la de si le pasa por su atractivo personal, el de un pobre violinista fracasado irlandés, o por ser el incomparable duque de Wellington.

—Si te lo preguntara, ¿qué le dirías?

—Hace una semana le habría mentado, pero esta noche será mejor que no lo haga.

—¿Por qué? ¿Te ha hecho algo? En la cena no ha podido estar más atento contigo.

—No es eso. Para que lo entiendas: esta tarde vino a recogerme, para venir juntos a tu cena y de paso, y sin previo aviso, a despedirse. De una forma tan afectuosa como lo haría de su caballo favorito. No, afectuosa no es la palabra. Sentida es mejor. Sí, eso: «sentida». Era como si rematara un trámite, una obligación, algo que no podía esquivar y no por miedo a ser criticado, sino por no dejar atrás una mujer muy cabreada. Fíjate si a mis treinta y cuatro añazos aún seré tonta, que todavía hoy esperaba que me invitase a ir con él, a Bruselas. Pues nada. Ni una simple mención. Un polvo de diez minutos, si es que ha llegado a tanto, y eso ha sido todo. Si he venido, te lo juro, ha sido por no hacerte un feo, y también para que no lo notase, no lo advirtiera, no se diera cuenta.

—¿De qué?

—De lo jodida que me deja.

—No me digas que a estas alturas de tu vida te has enamorado.

—Pues claro que no. El que se tendría que haber enamorado es él.

—Para pedirte que le acompañaras a Bruselas.

—Exactamente.

—¿Y te irías con él?

—Por supuesto que no. Ya me dirás qué diablos puede hacer en Bruselas una mujer como yo. Debe de ser la capital mundial del hastío —la condesa, risueña, se dijo que su hermana seguía siendo tan imposible como siempre—. Tu conde sí que parece andar loco por ti.

—Eso me temo. No estoy nada segura de que haya comprendido la situación.

—Explícame la situación, aunque antes dime si tú estás o no tan colada como él.

Dorothee reflexionó antes de contestar. No quería soltar una frivolidad.

—Con él me siento bien, aunque no dejo de pensar que todo es un espejismo, que vivimos en una tregua de la realidad en la que vale todo, se acepta todo, se tolera todo. Un día u otro la fiesta concluirá y todos volveremos a ser lo que de veras somos. No tiene ni dónde caerse muerto, ¿sabes? Su salario no le da ni para pagarse los uniformes. Vive de lo que le pasa su padre, a quien tampoco le sobra el dinero. Estoy convencida de que si un día le dice que se quiere casar conmigo, le pondrá en la calle y le cerrará el grifo. Le veo viviendo a mis expensas, y aunque no me importaría para él sería un problema de orgullo. No podría llevármelo a Günthersdorf,^[121] por mucho que ahí podríamos ser felices, porque sería poner fin a su carrera. Se le acabaría si se hiciera público que lo suyo conmigo no ha sido una disculpable aventurilla del congreso, como tantas otras, sino algo a formalizar. Y todo esto, de por sí grave y serio, es sin contar con mis propias ideas. Sólo las suyas y sus problemas.

—¿Y cuáles son tus ideas?

La condesa tardó en responder. No porque fuese algo que jamás hubiera pensado.

—Me gusta estar con él. Las tardes se nos van sin darnos cuenta de que se acaban, de que ya es de noche. Podría parecer amor, pero cuando nos separamos no pienso en él, ni recuerdo nada que me haya dicho. Somos dos bestias que fornican hasta la consunción, sin que haya nada entre nosotros. Por eso pienso que vivimos algo efímero. Dentro de unos días Schwarzenberg dejará Viena para concentrar su ejército. Karl-Joseph se irá con él. Ahí será cuando acabemos. Si he de ser sincera, lo prefiero. Estas semanas han sido unas vacaciones de mí misma, un comprender lo que habría sido mi vida si mamá no me hubiera casado a martillazos, pero como buenas vacaciones que han sido y todavía son, llegará el momento en que concluyan y tras ellas no habrá nada. Ni para él, ni para mí.

La entristecida Ksiezna Zaganska, como la llamaban sus respetuosos campesinos polacos, asintió, aunque por cortesía; el amor, para ella, cada día era más incomprensible.

—Bueno, ya está bien de charla. ¿Nos vamos?

La condesa de Périgord se incorporó con docilidad. Sentía curiosidad por ver bailar a su hermana en los brazos del esquivo Duke of Wellington bajo la mirada dolorida del Fürst Metternich. Sería una ocasión memorable, salvo si uno de los dos, o los dos, en el último instante decidía no presentarse. Si así fuera, lo que sería para contemplar sería la cara de su hermana.

Talleyrand estaba cansado. De ahí que agradeciera la camomila que Dorothée le preparara en persona, tras haber vuelto de donde los Wittelsbach más pronto de lo que pensaba.

—¿La *soirée*? Pues como todas, aunque con poca gente. A Theresia le han fallado muchos. El principal, Metternich. Aún rehúye a Mina. Wellington sí que fue. Cuando me marché seguía bailando con ella, diría yo que bastante acaramelados. Y tú, ¿cómo estás? ¿Ha ido todo bien?

Talleyrand asintió antes de contestar.

—Es un chico sensato, Wellington. No me ha hecho promesas, porque no hay nadie, hoy en día, que domine la situación al punto de poder comprometerse a nada. Sólo certifica que, a su juicio, lo mejor para Europa será que al término de la guerra inevitable, y Dios quiera que breve, la situación sea otra vez la de hace un mes, de pleno equilibrio entre las potencias, Louis en su trono y Napoleón en alguna isla lejana. Según él, de suceder así ya se ocupará Inglaterra de que Louis no meta más la pata. Que necesitará un gobierno distinto es algo que comprendió cuando vivía en París. Un gobierno para el que, sin duda razonable alguna, él considera que sólo puede haber un presidente: mi pobre e insignificante persona. Si dependiera de Inglaterra, dijo después, ya podría redactar la lista de mis ministros, pero ni él ni nadie puede hoy tener idea de cómo estarán los ánimos cuando todo concluya y los aliados acampen otra vez en las plazas de París. En el entretanto me receta paciencia, confianza y no arriar bandera, y sobre todo no dejar de ser, hasta que se haya firmado el último documento, el representante de una Francia que no existe, pero que si él, Blücher, Schwarzenberg y el indeseable que ponga el Zar hacen bien su trabajo, será la primera beneficiaria de lo que se pacte.

—Muy bien, ¿no?

—Pues no exactamente. Sólo ha sido lo mejor que me podía decir. Donde sí fue concreto fue con el asunto del dinero. Dijo que no sólo era obvio que Bonaparte me ha cerrado el *rubinetto*, sino que los mentideros de nuestra pequeña Sodoma me señalan a punto de vender los muebles. Le dije que para tanto no era, pero que lo sería en unos días. Ahí me ahorró el molesto trámite de desenvainar el sable, lo que de veras le agradezco. Lo hizo dejando caer con elogiabile sencillez que había ordenado a Cathcart me hiciera llegar diez mil libras mañana sin falta, y que cuando necesitase más lo hiciera saber al mismo Lord. Ah, y que no me preocupara por la deuda. Ya echaríamos cuentas en París, cuando presidiera el gobierno. Ya ves, todo un *gentleman*. Tu hermana, por una vez, ha elegido bien.

—Sí, pero no. Lo dejaban hoy. Wellington no se la lleva con él.

El príncipe quedó pensativo.

—Hace mal. Hasta llegar a tu hermana jamás ha estado con una mujer de talla, y tras ella no encontrará muchas, porque no las hay, o sois tan pocas que viene a ser como si no hubiera ninguna. Con Wilhelmine habría encontrado el equilibrio y la serenidad, aunque combinadas con un puntito de locura. La echará tan en falta como nuestro admirado Kanzler. Cuando cae la noche y te ves solo, sin nadie con quien

compartir lo que te haya sucedido a lo largo del día o con quien urdir las fechorías que vayas a perpetrar nada más amanezca, es cuando valoras lo mucho a que has renunciado y lo gravemente que te has confundido. Metternich y Wellington tienen mucho en común. Los dos, por ejemplo, renuncian a ser felices por no librarse de unas esposas que, sin detestarlas, les aburren.

—En ese caso, tú no te has equivocado. Siempre me tendrás para compartir el día.

El príncipe no contestó. Como buen diplomático, sabía percibir las mentiras piadosas.

Aachen, París y Chimay, jueves 30 de marzo

El Graf Gneisenau reflexionaba sobre la ceremonia de traspaso del mando. Deseaba que fuera breve y sin sangre. De todos los *junkers* empeñados en amargarle la vida, Kleist era el más esforzado. Su enemistad era muy antigua, pese a que hasta 1807 apenas coincidieron. El 8 de noviembre de aquel año, el recién ascendido Generalmajor Kleist (cuarenta y cinco años), al frente de veintidós mil hombres y con más de quinientos cañones, rindió Magdeburg a un Maréchal Ney que sólo contaba con nueve mil. Meses después, tras la paz de Tilsit, el Major Gneisenau (cuarenta y siete), al frente de seis mil reclutas famélicos, abandonaba la fortaleza de Kolberg tras haber resistido tres meses las acometidas de dos *corps d'armée* que sumaban cuarenta y seis mil. El aristocrático Kleist acabó desarrollando una explicable aversión al advenedizo mercenario; el que tal indeseable, acompañado de otro aún peor, el Oberst Scharnhorst, ejerciera una creciente influencia en el pensamiento de Friedrich-Wilhelm, le irritaba profundamente. Según entraban en vigor las recetas de los dos para poner al día el KPA, su furia crecía y crecía. Un sentimiento no sólo militar, sino de *kastengeist* —espíritu de casta—; la institución militar prusiana, engendrada por el venerado Hermann von Salza, IV Hochmeister de la sagrada orden de los Deutschrittern^[122] y fundador del Estado prusiano, jamás fue manejada por mercenarios, y menos aún por unos de linajes tan inciertos como los de aquel par de jacobinos, enconados defensores de abolir los privilegios establecidos para la nobleza militar. La tensión entre Gneisenau y él entró en crisis en la segunda mitad de la *Befreiungskriege*, la que culminó en el avance sobre París. La fuerza de ataque, integrada por dos cuerpos rusos y dos prusianos, era un ejército formidable aunque difícil de conducir, pues si bien ninguno de los comandantes de *armeekorps* discutía la legitimidad de Blücher, solamente los rusos aceptaban las órdenes de su Generalstabschef. Gracias a eso su avance nunca fue armónico, lo que permitió a Bonaparte apuntarse sus últimas victorias. A esa experiencia se debía que Gneisenau hiciera saber a Hardenberg que no aceptaría el estado mayor del Niederrheinarmee si Yorck y Kleist formaban en él. De ahí su convencimiento de que sería una ceremonia breve, de lo cual se alegraba, menos por perder a Kleist de vista que por reunirse con el estado mayor de su incipiente Niederrheinarmee y con los jefes del I y el II Armeekorps. Tenían más trabajo y menos tiempo de lo que sus colegas pronosticaban; su asunción de que Bonaparte no estaría preparado hasta mediados de julio demostraba que jamás se las habían visto con él en una situación desesperada, la de Laon o la de Leipzig, y la que vivía en París aún lo era más. De ahí su propósito de poner en pie de guerra, en seis semanas, un ejército capaz no ya de hacerle frente, sino de llegar a la Place Vendôme antes que Austria, Inglaterra o Rusia.

A diferencia de Blücher, que se moriría siendo un húsar, detestaba viajar a

caballo. No sólo porque montar no era lo que más le gustaba, sino por aprovechar el tiempo. En el carruaje podía despachar su correo y dictar órdenes. Le acompañaban sus hombres de mayor confianza: el Generalmajor Grolman, que sería su segundo, el Oberstleutnant Bentivegni, su secretario militar, y el Hauptmann Woytschekowsky, su ayudante personal. Sólo Grolman era un verdadero prusiano. Bentivegni era un austríaco de ascendencia toscana pasado al servicio de Prusia con apenas dieciséis años, y Woytschekowsky un polaco de Jauer nacido Woytschejovski, huérfano de madre —una doncella de los Kottwitz— y al que la Gräfin Karoline había prohijado al punto de pagarle los estudios en la Universidad de Erfurt; estaba con Gneisenau desde Kolberg, y aunque no fuera el hombre más inteligente del mundo quizá fuera el único al que daría la espalda sin dudar.

Entre las diversas cartas había una de su rey. Estaba escrita en términos afectuosos, raros en él. Pronto vio que, si bien la letra era suya, las palabras eran de Hardenberg; le debía preocupar el escaso ánimo con que recibió la orden de hacerse cargo del estado mayor del Niederrheinarmee. De ahí aquel hacerle saber en modo aterciopelado cuánto esperaba de su trabajo, afirmando que su puesto era el de mayor responsabilidad, superior a la del propio Blücher. No pudo contener una mueca de amargura; Friedrich-Wilhelm le concedía todo salvo el mando, pues carecía de la valentía necesaria para encarar la caterva de *junkers* que conformaban su generalato. De ahí que le diera carta blanca para que organizara con Wellington la forma en que los dos ejércitos habrían de cooperar. También, y eso sí era importante, dejaba claro que la política se quedaría en Viena. Él temía que las tortuosidades diplomáticas llegaran al campo de batalla, en forma de acuerdos establecidos por el nada firme Friedrich-Wilhelm que recortasen su capacidad de maniobra, por lo cual había comunicado a Hardenberg que si la interacción con los ingleses resultara contaminada por los bailes y festejos del congreso, dimitiría sin vacilar. La carta demostraba que su pusilánime rey tenía el buen sentido de dejar a su criterio tanto el Niederrheinarmee como la preparación de la guerra. Como en 1813 y 1814 se vería luchando por una gloria que nadie le reconocería y por una patria que rehusaba considerarle como uno más de sus hijos. Triste sino el del soldado mercenario, pero no era bueno dejarse llevar por los negros pensamientos. Tenía tanto trabajo que no podía gastar un minuto en compadecerse.

El rey, en un *postscriptum*, le hacía saber que Wellington le visitaría el 2 de abril. Tenía ganas de conocerle, aunque no por su fama de gran guerrero siempre victorioso. Más le preocupaba su faceta diplomática. Blücher y él eran soldados a palo seco, pero Wellington perseguía objetivos políticos, y el precio de alcanzarlos podría ser arrinconarles. Si así fuese, y con independencia de lo bien que le valoraba Blücher, estaba lejos de saber con quién se las vería cuando se jugase la partida.

Presidía Gneisenau. A un lado de una mesa no muy larga, Zieten, Borstell y sus

jefes de estado mayor, Reiche y Aster. Al otro, Müffling, hasta ese momento jefe del estado mayor, Pfüll, intendente general, Grolman y Bentivegni, que levantaría el acta. Era la primera novedad para los que no le conocían. Kleist jamás haría una cosa como ésa; él daba por supuesto que sus órdenes eran comprendidas y serían obedecidas; en su concepción del mando no cabía que alguien pudiera entender mal. Gneisenau, en cambio, sabía que para evitarlo nada era mejor que levantar actas.

—Hasta la llegada del Fürst Blücher no habrá cambios, salvo que el Freiherr Müffling será el Generalquartiermeister a mis órdenes, quedando el Oberst Pfüll a las suyas. El Niederrheinarmee, hoy, posee cuatro *armeekorps*, aunque sólo dos están aquí, los suyos —por Zieten y Borstell—; dentro de poco se nos unirán los otros dos. Sus comandantes son el Freiherr Thielmann y el Graf Bülow von Dennewitz. Lo previsto es alinear ciento veinticinco mil hombres. El I, con carácter inmediato —señalaba en la dirección de Zieten—, se establecerá en Namur, siendo su misión defender Valonia. El II —dirigía el dedo hacia Borstell—, ocupará Lieja, en respaldo del I y para cubrir una invasión que tuviese lugar más al este del eje Charleroi-Namur. El III se acuartelará en esta plaza, Aachen, y aquí seguirá mientras no cambie la situación. El IV lo hará en Koblenz, y allí se quedará mientras no convenga trasladarlo —una pausa, no tanto para dejarles respirar sino para permitirles asimilar—. El General Kleist ha sido puesto al mando de una fuerza que se llamará *Norddeutsche Bundeskorps*. La integrarán contingentes de Oldenburg, Sachsen, Mecklenburg y Hessen-Kassel. Se ocupará de tomar las fortalezas situadas a lo largo de los ríos Meuse, Sambre y Moselle una vez las dejemos atrás en nuestro avance sobre París.



Friedrich-Wilhelm, Graf Bülow von Dennewitz

La expectación se incrementó. El nuevo Generalstabschef parecía tener las ideas muy claras.

—La invasión será efectuada por cuatro ejércitos principales que cruzarán el Rin, el Meuse y el Sambre, dos secundarios que avanzarán al sur de los Alpes y dos cuerpos españoles que partirán de los Pirineos. El que avanzará más al norte será el inglés, reforzado por efectivos del VKN y totalizando cien mil hombres. Lo mandará el duque de Wellington. Nosotros avanzaremos por el eje Namur-Laon. Al sur, el Fürst Schwarzenberg, al frente de un ejército austro-bávaro de ciento cincuenta mil, cruzará el Rin por Basel. Tras él lo hará uno ruso de doscientos mil. Los secundarios, austríacos los dos, procederán de Lombardía y contarán con ochenta mil. En cuanto a los españoles, aún no se sabe nada; sólo que uno avanzará sobre Burdeos y otro hacia Montpellier. Se supone que Francia contará con trescientos mil. Habrá una diferencia cualitativa entre su ejército y los nuestros. Seremos el doble, pero tres

cuartas partes de nuestras tropas serán bisoñas. Nuestro trabajo será ponerlas de aquí a seis semanas en condiciones de vérselas con cientos de miles de *grogards*, y si digo seis semanas es porque no podemos pensar que Bonaparte se resigne a esperar a que avancemos. Sus oportunidades dependerán de ponerse a punto antes que nosotros, de atacar cuando aún no estemos listos y de liquidarnos uno a uno. Le bastará con destruir dos de los cuatro ejércitos para forzar una negociación. En Viena se preguntan contra quién se dirigirá. Para mí no hay duda: seremos su primer objetivo. Nos atacará cuando se considere preparado, y de ningún modo esperará que llegue julio, como creen los que nunca se las han visto con él. Le tendremos aquí a primeros de junio. Si para entonces no estamos preparados perderemos Prusia por segunda vez. Caballeros, no podemos permitir que tal cosa suceda.

—*Euer Exzellenz*, antes dio a entender que avanzaríamos, aunque ahora parece que deberemos esperar a que lo haga Bonaparte. Algo he debido comprender mal.

—Borstell: general a secas. Su duda es lógica, pero es un simple asunto de fechas. Bonaparte avanzará, nos atacará y le venceremos. No lo digo por fe, sino porque actuaremos en paralelo con Wellington. Juntando fuerzas deberemos ser capaces de acabar con él. Después, todo dependerá de la energía con que le persigamos. De ahí que, contra la doctrina establecida, no nos ocuparemos de sus fortalezas. Ése será el trabajo de Kleist. No será fácil, aunque tendrá el tiempo a su favor. Francia lo tendrá en contra, y si digo Francia y no Bonaparte, como acostumbran en Viena, es porque no será una guerra contra un francés, sino contra el pueblo francés. Ellos han echado a su rey para volver a colocar al supremo hijo de puta en el trono de su país. En dos meses lanzarán contra nosotros sus mejores hombres con su mejor armamento. Tras eso, ¿alguien puede pensar que tenemos enfrente un simple indeseable? No, señores. No será una guerra contra Bonaparte, sino contra Francia, y no la ganaremos aquí, en la frontera, sino en París. Tras la batalla, tras el *hauptschlacht*,^[123] tendremos por delante una carrera sin contemplaciones y sin compasión, y no sólo contra los franceses. El que llegue primero a París dictará las condiciones de paz, y esta vez haremos que sean las nuestras.

Puño sobre la mesa y mirada en derredor. Nadie dijo nada, pero a los generales y oficiales del naciente Niederrheinarmee habían comenzado a brillarles los ojos.



Friedrich-Wilhelm. Herzog Braunschweig-Wolfenbüttel. (los textos no alemanes le llaman Duque de Brunswick)

El Emperador no paraba. Su agenda era una sucesión de reuniones —en general breves; no eran conferencias donde los asistentes expresaban lo que pensaban, sino convocatorias donde se despeñaban instrucciones y los participantes salían a la carrera, sabedores de que si perdían el tiempo perderían también sus cabezas—, impartición de órdenes, revisión de planes —lo mismo militares que civiles, de planificación de fortificaciones que de producción en masa—, dictado de disposiciones —jamás había llegado a tal nivel de simultaneidad: doce secretarios, tras sendos escritorios, trasladaban al papel la catarata de ideas que vomitaba l'Empereur a velocidad inconcebible—, algún bocado en pie y mucho té, que según Larrey era lo menos perjudicial para sus castigados riñones. Sólo sacaba tiempo para retirarse a su *boudoir*, cumplir con la naturaleza y cocerse vivo algo más de una hora, tiempo en el que no dejaba de reflexionar. Para él sólo era otra forma de seguir con lo

mismo: cómo mantenerse.

Sus peores previsiones se cumplían, pero aun así estaba lejos de verse derrotado. La guerra, que siempre consideró inevitable, sólo sería una baza de las muchas que jugar; tendría que ganarla, y pese a la formidable acumulación de obstáculos seguía pensando que tenía posibilidades. La noticia de dos días antes, que D'Angoulême había tomado Montélimar al frente de un ejército reclutado en Nimes, le afianzó en su criterio de que no podía permitir que aquello se propagara. El que se hallase al mando era bueno, porque como militar era un inútil. Peor habría sido que los mandase su esposa y prima, la hija de Louis XVI; estaba en Burdeos, alzando más gentuza contra él. Sentía un total desprecio por los Bourbon, pero a Marie-Charlotte, Madame Royale, la respetaba por la firmeza y el coraje con que veintitantos años antes encaró su encierro, siendo apenas una niña; de ahí venía que, de un modo no despectivo, se refiriese a ella como «el único macho de su familia». Debía liquidar aquel par de molestias con tiempo suficiente para que no le distrajeran recursos cuando empezaran los cañonazos. En Lyon tenía dos divisiones de infantería y en Burdeos una buena guarnición. Bastarían para fulminar a los D'Angoulême, aunque no tenía claro quién enviar contra el duque. Los tiempos no estaban para confiar en los mariscales, y no mucho más en los generales. Solventó sus dudas mientras se hacía izar de la bañera por el mameluco Alí.^[124] Poco después, envuelto en un batín, se apareció a sus secretarios. Su primera orden fue despachar a Lyon al Général Emmanuel de Grouchy, para que se hiciese cargo de las divisiones. Grouchy era un aristócrata del *ancien régime* del que desconfiaron tanto la Convención como el Directorio, pero a él le sirvió bien, y alguna vez demostró no temblarle la mano frente a turbas sublevadas. Su comportamiento en Madrid, en mayo de 1808, fue de todo punto ejemplar, haciendo fusilar a trescientos y pico indígenas que Murat habría preferido indultar. Grouchy sería una buena elección, y no sólo para esa tarea tan modesta. El centro de l'Armée du Nord lo mandaría él, aunque no veía claro a quiénes confiar las alas. Si Grouchy compliera con aquello podría ser su siguiente Maréchal d'Empire y mandar una de las dos.

La otra orden fue para Clauzel, gobernador de Burdeos: que sofocase la sublevación que organizaba la D'Angoulême. Quizá no hiciera falta, pues Clauzel ya estaría mordiendo los calcañares de la caballuna mujer —las hembras Bourbon no podían ser más feas, se decía conteniendo una sonrisa—; no sería la primera vez que tomaba la iniciativa sin esperar órdenes, como hizo al volar Burgos a fin de impedir que Wellington se hiciese fuerte ahí; no fue culpa suya que los zapadores sólo liquidaran el castillo, fallando la pequeña catedral, los edificios fortificados y los puentes que cruzaban el Arlanzón. Que no lograrse arrasarse la ciudad fue uno de tantos avatares de la guerra, pese a que Soult le criticase por dejar el trabajo a medias. Lo que importaba, cuando menos a efectos del dolor de cabeza que representaba la

condenada duquesa, era que fuese capaz de tomar iniciativas sin esperar órdenes. Una capacidad, cuánto lamentaba reconocerlo, que no abundaba en el generalato francés.

Aún no se había vestido cuando Bertrand le mostró el *Moniteur*. Traía, en primera página, su decreto de abolición de la esclavitud. De buena gana lo haría enviar a Londres, aunque ya lo harían los nada ocultos agentes de Liverpool. Era una manifestación más de su nueva personalidad: tolerante, democrática, respetuosa de los derechos humanos y defensora de la cristiandad. Su propósito era debilitar la obstinación de Liverpool, enemigo tenaz donde los hubiese, influyendo sobre la opinión pública británica, tan sensible a la niñería de la esclavitud como deseosa de no guerrear más, de hacer la paz de una maldita vez y dedicarse a vivir bien. Por los Holland y por otros sabía que la postura de Liverpool no era compartida por la oposición *whig* y por buena parte de la ciudadanía, más tacaña que su gobierno con las vidas de los soldados. Cualquier medida que resquebrajara la firmeza del *premier* o que forzara su reemplazo por Grey, el *leader* de los *whigs*, sería buena para su causa por grande que fuera el coste, y el de aquella tenía la ventaja de ser irrelevante. Dado el implacable bloqueo de los puertos por la marina británica, sería imposible hacer llegar a las colonias tanto el decreto como las órdenes ejecutivas, de modo que si algún día debiese hacerlo entrar en vigor sería por haber conservado el trono; de llegar ese momento ya vería cómo lo instrumentaba, si no quedase otra opción que instrumentarlo. Todo dependería de lo fuerte que se sintiera por entonces.

La esclavitud, bien lo recordaba, fue abolida por la Convención el 4 de febrero de 1794, cuando decretó que los negros de las colonias eran seres humanos. Un delirio más del Abbé Gregoire; menuda idea tuvo l'Évêque d'Autun cuando le ordenó sacerdote. Así pasó que años después los daños eran tan horribles que su inevitable decreto de 10 de mayo de 1802, anulando el otro, dio lugar a sublevaciones sin cuento, matanzas colosales, suicidios en masa e incluso una derrota militar, la de Rochambeau en Saint-Domingue contra la escoria sublevada, con el resultado de perder la segunda mayor colonia, la que aquellas bestias salvajes, con la complicidad de Inglaterra, dieron en llamar Haïti. A esas alturas, sin embargo, conservar o no las colonias le parecía secundario. Si el precio de retener el poder fuera cederlas a Liverpool, de buena gana lo haría. Cuando se lucha por la Victoria las bajas son lo de menos, tanto si se trata de hombres como de territorios. Sólo cuenta vencer.

—¿De veras no puedes quedarte otro par de días?

—No, ya te lo dije. Mañana debo verme con Willem, y no será un simple acto social. Ahora, tú sí podrías venir por Bruselas. Tus habitaciones están listas desde la primera noche que pasé allí.

—Bruselas no me gusta mucho. Por los Caraman y los Chimay. No me pueden ver. No sólo por ser como soy. Cuenta más que Joseph-Philippe iba para solterón, de

modo que calculaban heredarlo en vida. El hecho de que se casara, daba igual con esta que ves aquí —la veía, sí, pero no muy bien, porque sólo había una vela encendida y las brasas de la chimenea quedaban lejos— o con cualquier otra, ya destrozaba unos cuantos planes, pero el que hayamos tenido tres hijos no me lo perdonan. De ahí que sólo vaya por ahí cuando toca enterrar alguno —Álava elevó su copa, sonriente, a la salud de su malvada compañera de cama—. Eso aparte, Bruselas es un burdel, y será peor a medida que lleguen más oficiales ingleses. Las que se afanan en cazarlos no son sólo las indígenas, sino las propias inglesas, que con tal de pescar uno hacen lo que jamás harían en su hipócrita país. Así sucede, que hay madres a las que sólo les falta meter en las camas de los más pudientes a sus hijas más tímidas; las otras son tan putas que ya lo hacen ellas solas. Unas son peores que otras, si bien las que van de aristócratas excelsas, como la Richmond, son las más insoportables. Ellas y las *émigrées*, que también son de alivio. Muchas caritas del Faubourg Saint-Germain que miraban hacia otro lado cuando me las cruzaba en Le Procópe ahora me besarían los pies si les hiciese un sitio en la leñera.

Álava la contemplaba con admiración. Thérèse tenía trece años más que Loreto, pero a pesar de sus once partos era incomparablemente más atractiva que su devota, virtuosa y bondadosa esposa.

—Tú conoces a Napoleón, ¿verdad? En persona, quiero decir. Te lo pregunto porque no conozco a nadie que le haya tratado al natural. Verle por las calles, sí. Más de uno. Incluso haber cruzado alguna palabra, pero que haya charlado con él, ninguno, y de verdad que siento curiosidad. Será un hijo de Satanás, aunque debe de ser un tipo interesante.

—Ya lo creo que lo es. Cuando menos, el de hace veinte años, recién llegadito de su pueblo, desde luego que lo era. Bueno, recién llegado de Toulon; por lo que hizo allí le ascendieron de teniente a general, aunque todo el mundo estaba tan loco que a los dos días le metieron en la cárcel. Le soltaron por orden de Barras, que por entonces me acababa de preñar, aunque como soy grandota —sí que lo era, se decía el yacente; alta, grandes pechos un tanto colganderos, pero redondos y rellenos, buenas caderas, muslos estatuescos, pantorrillas magníficas y, lo mejor de todo, un tafanario que capturaba sus sentidos con una fuerza irresistible; Thérèse Cabarus-Devin-Tallien-Barras-Ouvrard-Riquet, marquesa de Fontenay, condesa de Caraman y princesa de Chimay, era un pedazo de mujer—, y con la moda del momento, de talles muy altos, la barriga tardaría en notárseme. A Napoleone, que así se llamaba todavía, nadie le hacía caso. Era muy guapo, de facciones afiladas ciertamente lindas, pero muy bajito, y delgadísimo, como si sólo comiese un día de cada cuatro; tenía un aire insignificante, de pobre diablo acomplejado por su acento y por no tener un franco, aunque si reparabas en su mirada te dabas cuenta de que había en ella un punto de peligro, de ser capaz de ir mucho más lejos de donde cualquier otro frenaría. Si le

conocí fue porque Barras le prohijaba. Necesitaba un perro de presa, y él quería morder a todo el mundo. Recuerdo las revueltas de semanas después, unas que volvieron a ponernos en un ¡ay! Barrás le pidió que acabara con eso después de que otros se negasen, sabedores de cómo las gastaba el populacho. Él lo resolvió a su estilo: instaló una batería en la Place de la Concorde, y cuando llegaron las masas, con sus hachas, sus antorchas, sus hoces y sus guadañas, abrió fuego. Sólo necesitó un par de andanadas, las dos de metralla. La carnicería fue brutal: cientos de muertos, heridos y mutilados. La plaza se llenó de sangre, cadáveres y miembros amputados, pero él ni parpadeó. Sólo permitió que las mujeres se llevaran a los heridos. A medianoche ya se habían corrido las voces: con Buonaparte, pocas bromas. No volvimos a tener disturbios hasta después de que saliera para Egipto —hizo una pausa, para llegarse a la chimenea, depositar otro par de troncos, ofreciendo al general una vista que justificaría morir por ella, o matar por ella, y después regresar al lecho, sentarse a la india y así mostrar lo que jamás debería mostrar a un invitado, y menos con tan pasmosa naturalidad, una decimosexta princesa de Chimay—. En ese tiempo ya no estábamos juntos. En realidad nunca lo estuvimos, al menos de un modo formal, dentro de lo que por entonces se consideraba «formal». Yo tenía veintiún años y estaba encantada de vivir, porque meses antes por poco me quedo sin cabeza. Era la imagen misma del *joy de vivre*, gracias a lo cual se me rifaba todo el mundo. A mi alrededor todo era paz, alegría, cantar, bailar, buen comer, mejor beber y no parar de reír. Justo lo que Napoleón jamás había vivido. Venía de una cultura siniestra, de una educación miserable y de haber sido tratado a escobazos en la escuela militar. Sentía por el mundo un odio atroz; de ahí su determinación de volverlo del revés. No me lo tomaba en serio, pero me conmovía verle adorarme. Sólo eso, porque yo no estaba para tonterías. Sabía que, pese a lo bien que vivía, el tiempo vuela. Mientras estuviera como estaba debía labrarme un porvenir, porque después ya no habría oportunidad, e intuía que con él jamás tendría uno. Tampoco lo tendría con Barras, no vayas a pensar que me chupaba el dedo. Si estaba en su serrallo era porque podía guardar bastante, y eso hacía, sin agobiarle y sin agobiarme. A él no le importaba con quién me veía ni qué cosas hacía, y aún menos que mimase a uno de sus protegidos. A eso se debió que durante un par de meses, los que tardó en advertir que mi cintura desaparecía, Napoleón y yo compartiéramos alguna siesta.

—¿Y qué tal era? No como amante —se apresuró a decir; aún no comprendía que con Thérèse era posible hablar de todo con absoluta naturalidad—, sino como persona. Como individuo.

—Pues aburrido. Secuencial. Sí, verás: casi todos somos capaces de repartir nuestras atenciones entre varios asuntos. Tú y yo hablamos de nuestras cosas al tiempo de vigilar el fuego, echar un trago, disfrutar el aroma del jardín, observar lo grandota que aún está la luna y fornicar de vez en cuando; no te rías, bobo, que sólo

es un ejemplo. Así es como funciona la mayoría de la gente. Bien, pues Bonaparte, no. A él sólo le cabe una idea en la cabeza. Una cada vez. En ella deposita toda su energía. Cuando la culmina, o la consume, o consigue lo que pretendía, carga la siguiente, como cargaría un trabuco, y empieza otra vez. A veces resultaba gracioso. Llegaba por la tarde, impecablemente uniformado. Sin hacerse anunciar subía las escaleras de dos en dos y entraba en mis habitaciones. Le daba igual lo que pudiese yo estar haciendo. Vestirme, peinarme, hablar con alguien, jugar con mi niña..., lo que fuese. Si no estaba sola se sentaba sin decir nada, mirándome de hito en hito hasta que conseguía que despachase al que fuese y nos quedáramos solos, él y yo. Desde ahí, la vorágine. No era un sentimiento amoroso, ni un ataque de pasión, ni tampoco un impulso sexual incontenible. Más bien era una imperiosa necesidad de conquistar, de plantar su bandera. Su manera de hacer el amor, si se le pudiese llamar así, me hacía pensar en la toma de un castillo. Nada de morosidad, lentitud, disfrute del otro cuerpo..., eso no iba con él. Lo suyo era como asaltar una fortaleza, y una vez en la santabárbara, un par de culetazos y esto es todo, ciudadana, me visto y me largo que aún debo conquistar el mundo —reían, los dos, aunque sin ruido; si bien el dormitorio estaba en el extremo del edificio y tanto las puertas como las paredes eran sólidas, la princesa de ningún modo deseaba que la servidumbre despertara, sumara doses y juntara cuatros—. Pese a todo, me inspiraba ternura. Le percibía un punto de desamparo, de niño inseguro y asustado; eso hacía que no le dejara levantarse, a fuerza de caricias y susurros de cariño, y sobre todo por haberme puesto encima. Era más grande, y por mucho que le cabrease, le dominaba. Y le hacía cosquillas. Se reía como un chiquillo, sorprendido de verse disfrutar. Eran momentos muy breves, pero en ellos se revelaba como era en el fondo, un ser humano temeroso de saber que, a fin de cuentas, era eso, humano. Se dejaba repeinar y hasta mordisquear, y ni siquiera se molestaba porque le susurrara *mon petit gringalet*,^[125] muy bajito, con toda la dulzura que podía movilizar. Así resistíamos unos minutos, él porque no sabía encarar lo que le asaltaba por dentro y yo en la idea de conseguir que resucitara el difunto, pero en eso siempre fracasé. No sólo portaba una pieza de mínimo calibre, sino que a sus veinticinco años, fíjate, sólo veinticinco años, era incapaz de disparar un segundo cañonazo. Al llegar ahí, cuando le intentaba reanimar, era cuando se ponía definitivamente grosero; así aprendí que lo mejor era dejar que se fuese, y si no volvía pues que no volviese. Yo..., pues qué quieres que te diga, en parte me fatigaba, me aburría, pero en parte me fascinaba, porque me daba cuenta de que manejaba una bomba, un individuo tan extremadamente peligroso que lo mismo llegaba más lejos que nadie o le fusilaban cualquier día. En ocasiones hasta me preguntaba cómo podría ser un futuro con él, pero una tarde cayó en la cuenta de que algo pasaba. Cuando supo que aquello sería mi tercer hijo, y Barras el padre, se levantó de un salto y se largó a la carrera. Y no volvió. En su concepción propietarista

no cabía estar con una mujer preñada de otro. Debió costarle un sacrificio, porque conmigo cada día estaba mejor, más relajado, pero ésa era otra de sus propiedades, una voluntad que podía imponerse a todo, incluso a sus más profundos sentimientos, que contra lo que pueda parecer los tiene, o los tuvo. Tenía, también, un cierto sentido del humor, que apenas dejaba escapar pero que nunca dejaba de asomarle cuando nos peleábamos en la cama. Y alguna capacidad de hacer reír, también. Y hasta de reírse de muy buena gana, siempre y cuando no hubiera nadie delante. Debía pensar que si lo hacía en público arriesgaría su imagen, su aura de general temible y atroz. Pobrecillo *gringalet*, lo solito que ha estado siempre. De mi cama saltó a la de Rose y así desapareció de mi casa, que no de mi vida.

—¿Le seguiste viendo?

—Pues claro. Cantidad de veces. Rose y yo éramos íntimas, recuerda. Le gustase o no me tuvo que soportar, al punto que cuando se casaron yo fui la testigo de Rose. Desde ahí apenas nos vimos, porque siempre andaba por esos mundos, conquistándolos. Rose y yo seguimos siendo amigas, pero un buen día él volvió de Siria, o Egipto, y todo cambió. Semanas después dio su *coup d'état*, el del 18 Brumario, y le hicieron cónsul. Al poco, yendo yo a ver a Rose, a quien siempre llamé así pese a que le cambiara el nombre, un coronel me dijo que tenía prohibido el acceso a la residencia consular. Así nos quedamos la una sin la otra. Rose lo pasó mal, me lo dijo, pero era muy cobarde y no se rebeló. Cuando él la repudió quiso volver a lo de antes, pero ya no era posible. No por mí, al menos. Aun así, habría querido decirle adiós, pero se murió tan de repente que cuando me llegó la noticia ya estaba enterrada. En realidad, cuando sucedió yo ni estaba en París. Andaba todo tan revuelto, con los prusianos sueltos por las calles, que nos vinimos a Chimay hasta bien entrado el otoño.

—Wellington me dijo que pasó por aquí en agosto, y que así fue como te conoció.

—Cierto. Es un gran tipo, Arthur. No sólo es un caballero, sino que además tiene algo muy bueno: en su cabeza caben muchas cosas. Por enamorado de Juliette que pueda estar, es capaz de hacer una vida normal, y hasta de amar a otras mujeres. Y de cuidar a sus amigos. Tú debes de ser de los que más quiere —Álava elevó las cejas, un punto sorprendido—; lo digo porque no eres inglés. Los ingleses se sienten impelidos a venerarle, como si fuera un deber patriótico; por eso él no acaba de fiarse de los suyos, pero tu caso es distinto, porque tú no tienes ninguna obligación para con él.

El embajador prefirió cambiar de tema, un punto incómodo.

—Pues tenía yo entendido que Madame Récamier no le mira con simpatía.

—Eso dice, pero es que no la entiende. Juliette sólo se muestra esquiva con quienes le atraen. A los otros se lo hace saber con delicadeza decreciente, lo que Arthur jamás podrá decir que le ha sucedido. Es muy generosa para otorgar su cariño

aparente, y te recalco lo de «aparente», cuando se trata de hombres que le caen bien aunque no hasta el punto de pensar «demasiado» en ellos. En lo que sé de su vida sólo le ha ocurrido con dos: August de Prusia y Arthur. Con August casi capituló, al punto de plantear a Récamier un divorcio amistoso, pero el pobre se le deshizo en lágrimas. No podría vivir sin ella. Nunca se les ve juntos, pese a que siempre cenan a solas y charlan un ratito. Así sucede desde que se casaron, salvo el tiempo en que anduvo ella desterrada. Su relación es mucho más estrecha de lo que piensa la gente, tanto que a eso se debió, según parece porque con Juliette nunca se sabe, que al final no hiciera nada con August. Con Arthur sucede lo mismo, día por día, paso por paso. Si de verdad está tan..., ¿cómo se diría?, ¿loco? Sí, eso, loco por ella, no debería rendirse. Juliette oculta bajo terciopelo de hierro un corazón muy delicado. Lo protege tanto porque sufriría mucho si se lo rompieran. Me consta que Arthur ha llegado muy a sus proximidades. Él sabrá qué siente, pero sería muy estúpido si renunciase al amor de su vida por no saber entender a una mujer como Juliette.

—Quizá sea que le preocupa Lady Wellington —el general sabía perfectamente que no, pero se trataba de sondear, y para eso no hay nada como hacerse un poquito el tonto.

—No le protejas tanto, Miguel. Wellington está tan acostumbrado a que ninguna mujer se le resista cinco minutos con la ropa interior en su sitio que se desespera por lo que considera tácticas crueles de una coqueta sin corazón. ¿Qué cómo lo sé? Pues porque Juliette me lo ha contado. Y no muerta de risa, como sería el caso si estuviera jugando. Bastante triste, diría yo. El truhán se marchó sin mandarle una triste nota, él, que hace meses no había día sin que le despachara tres o cuatro, con cualquier pretexto y por el motivo más tonto. Un «le acompañe el libro que me dijo, tras buscarlo por todo París», si no un «al ver esta maravillosa flor no pude por menos que pensar en usted» —el general sonrió, sardónico; bien sabía que los pensamientos más profundos que las flores inspiraban a Wellington eran que no debían añadirse al pienso de los caballos, pues les producían atroces ventosidades—, cuando no para invitarle a su palco, y si no pedirle que le acompañase a inspeccionar sabría Dios qué bobada. Estaba por ella como un colegial, y cuanto más se la ganaba menos cuenta se daba, el anormal.

—No por eso deja de ser un hombre casado y con hijos. Igual quiere mantener su matrimonio a salvo. Hasta hoy, que yo sepa, ninguna mujer lo ha puesto en peligro.

—Juliette no es absorbente. Le daría igual que Arthur siguiera o no casado con la escoba esa que pasea por ahí. Más aún, no vacilaría en divorciarse si ése fuera el precio. Jamás ha sido feliz de verdad. No es posible serlo cuando no eres capaz de perder la cabeza. La felicidad, Miguel, es perderla por alguien que cada mañana te la recoloca sobre los hombros, tras dejarte sin ella cada noche.

La princesa le miraba de un modo tal que al general no le costaba comprender que

tantos y tantos caballeros hubieran perdido las suyas por ser mirados así. Thérèse no tenía nada que ver con la santa de Loreto, suspiraba para sí. Loreto era para morir en sus brazos, aunque de hastío, y de viejo. La princesa de Chimay era para lo mismo, pero en aquel momento. En ese instante. Si así lo pensaba era porque Thérèse ya ganaba su posición, y con premiosa delectación cerraba distancias sobre lo que no necesitaba ser resucitado, pese al horrendo costurón que lo atravesaba.

París, Edimburgo, Viena y Bruselas, martes 4 de abril

Aquella noche cenaría con Caulaincourt, sin ganas. No se preguntaba si habría preferido la competencia de Talleyrand a la fidelidad del otro. La respuesta le llegaba cada día, de Viena y de Londres. Él no podía con todo. Necesitaba servidores competentes que le ayudaran a salir adelante. Se había rodeado de algunos muy aptos, aunque indignos de confianza, y de otros que jamás le traicionarían a cambio de no valer para nada. Sólo Davout daba la talla en todo. Ahora, unos con otros y obviando sus debilidades, conseguían que se avanzase, salvo en lo que de funcionar bien haría innecesaria la guerra que antes de diez semanas le pondría frente a su destino: la diplomacia. La cena no era para estimular a su ministro, pues de donde no había no se podía sacar. Se conformaba con lo poco que sí era capaz de hacer: contarle lo que oían sus orejas a sueldo y redactar con elegancia su correspondencia delicada. Un ejemplo era la carta que poco antes acababa de dictar. No hacía falta que un esteta literario le dijera que resultaba muy abrupta, pese a ser una mezcla de canto a la paz, declaración de buenas intenciones y solemne aceptación del Tratado de París. Para eso sí valía Caulaincourt; no sería capaz de añadir una idea, pero al menos sabría poner aquéllas en el orden adecuado y en un francés exquisito. Y tenía una letra bonita y clara. La suya se había vuelto un desfile de hormigas borrachas, incapaces de mantener una distancia constante de unas líneas a otras y de no llegar al final de la hoja cuatro dedos antes de un lado que del otro. Caulaincourt era bueno para eso, aunque no podía despeñarle un texto sin más, como si fuera un secretario. Debía pasarle la mano por el lomo para que lo hiciera bien, para que pensase de sí mismo que no era tan inútil; de ahí que le invitase a compartir un cuarto de cordero y un poquito de *chambertin*. Él apenas bebía, pero Caulaincourt empinaba bien el codo. Bien, que lo hiciera, siempre y cuando las ocho cartas (Austria, Inglaterra, Rusia, Prusia, Suecia, Holanda, Portugal y, ay, España) estuvieran a la mañana siguiente listas para ser firmadas. No valdrían de nada, pero debía intentarlo. Eso y cualquier cosa que se le ocurriese y pudiera detener una guerra que cada día le parecía más difícil de ganar.

Los programas de armamento, en cambio, funcionaban a la perfección. En seis semanas tendría más cañones que nunca, más mosquetes que nunca y más munición que nunca. Más gente que nunca, no. La fuerza total en filas, entre infantería, caballería, ingenieros y artillería, era noventa y tres mil hombres. Había una reserva de tres veces más, pero dudaba que sin estímulos adecuados sus miembros quisiera alistarse. Hacia junio, cuando la guerra fuese inevitable, no contaría con más de doscientos cincuenta mil de primera línea, excelentes aunque insuficientes. Davout recomendaba entrenar a los doscientos mil integrantes de la Guardia Nacional. Él, que sentía un atávico desdén por aquellos infantes de segunda categoría, sólo válidos para enfrentarse a un populacho desarmado, ponía en duda que al primer cañonazo no

se lo hicieran encima, para salir corriendo al segundo. No se había opuesto a que Davout adiestrase un cierto número de batallones, pero no contaba con ellos. Por si fuera poco, la economía de guerra que había impuesto en el país, pese a funcionar de un modo admirable, no daría más, en aquellos dos meses, que para equipar una Grande Armée de doscientos cincuenta mil hombres. En septiembre sería otra cosa, pues la guerra no detendría el fenomenal esfuerzo en que había embarcado a Francia. Tejedores, hilanderas, costureras, sastres, zapateros, encurtidores, forrajeros..., todos dedicaban interminables jornadas a conseguir que de nuevo conquistara Europa. Francia entera se aprestaba para la guerra, y ahí radicaba una de sus esperanzas: ninguna de las potencias coaligadas hacía lo mismo. Un error muy grave, pues si tenía éxito en las primeras acometidas carecerían de reservas, y sobre todo de municiones, para seguir combatiendo. Quizá bastase para dictar sus benignas condiciones, si consiguiera que los menos resueltos, Metternich el primero, aceptaran la paz.

La pacificación tampoco iba mal. La D'Angoulême, para empezar, se había largado en una fragata inglesa, sin haber conseguido que se le uniese un solo soldado del ejército regular. Clauzel, con muy buen sentido, había rodeado Burdeos con sus cuatro mil hombres aunque sin ir al asalto, para evitar el baño de sangre que pretendía la tremebunda duquesa. Bien, pues una menos. De su nefasto marido aún no podía decir lo mismo. Tras derrotar en Loriol a un regimiento de línea se había hecho con Valence, a una jornada de Lyon. Menos mal que Grouchy ya llegaba. En un par de días tendría mejores noticias. Quizá, con suerte, la cabeza de D'Angoulême. No quería matarle, pues si algo había lamentado fue fusilar a un pariente suyo, D'Enghien. La noticia de que recuperaba viejas costumbres no le pondría en situación de ganar nada y sí en la de perder bastante; cuando menos, en incrementar la cohesión de los unos con los otros, de acabar de convencer a los que aún dudasen. Sería otro error. Debía ordenar a Bertrand que, por telégrafo, diera orden a Grouchy de hacer cuanto pudiera por no cargarse al duque, por mucho que lo mereciera. Muerto sería más peligroso que vivo.

Debería planear otro baño de multitudes, para elevar la moral. Cantidad de veces había triturado ejércitos más numerosos aunque con la moral por los suelos. La de sus tropas siempre fue alta, incluso en la penosa campaña del 14, pero la del 15 comenzaría en muy malas condiciones. Sus hombres se sabrían en guerra con todos. Haría falta un gran heroísmo para no dudar, no flaquear. Insuflarlo sería difícil, aunque lo debía intentar. El soldado común, después de todo, es como el borrego común: unos pocos, bien adiestrados, eran suficientes para conducir al matadero a la masa idiotizada. La última infusión de moral en que participó sólo tenía dos días; debería esperar un poco más, así como buscar un pretexto que no chirriara en los débiles cerebros de sus bestias. El de dos días antes fue bueno: la Garde Impériale

ofreció un banquete a los que marcharon con él de Grenoble a Lyon. Asistieron quince mil, entre soldados regulares y guardias nacionales. Él, de coronel de los *chasseurs-à-cheval*, se dejó ver en todas partes. Una continua sucesión de vítores, en desbocada declaración de fidelidad. Debería pensar en algunas más como aquélla; las que fueran necesarias para que sus acémilas marcharan con entusiasmo contra los cañones de Blücher y de Wellington. Con suerte, y si Schwarzenberg y el ruso hicieran lo que acostumbraban, sólo debería vérselas con esos dos.

Sir William-Howe De Lancey tenía treinta y siete años. Había luchado con Wellington de 1809 a 1814, llegando a ser su Deputy Quartermaster-General y Knight Commander de la orden de Bath,^[126] tras lo cual recibió el mando de la guarnición de Edinburgh. Para un oficial descendiente de una familia hugonote afincada en New York y dispersada tras la guerra de las trece colonias, no era mala carrera, pero no estaba satisfecho. Merecía el ascenso a Major-General y ser ennoblecido, como tantos otros que hicieron mucho menos. Estaba descontento, aunque disimulaba, porque su porvenir dependía del respaldo de un Wellington que no le apreciaba demasiado. Le tenía por competente y capaz, aunque perezoso; él, que lo sabía, no estaba conforme; se inclinaba por otra explicación, la de que Wellington sólo confiaba en oficiales cuya extracción social fuera como la suya. De ahí venía el buscar solución a sus problemas por vía matrimonial. Era un tipo apuesto, de trato agradable y con buenos amigos; el atractivo de ser KCB compensaba lo bajo de su grado, aunque ser coronel a su edad tampoco estaba mal. Le apenaba, eso sí, no haber conseguido destino en un lugar más propicio, pues Edinburgh pasaba por ser de las ciudades más siniestras del planeta. En aquel lugar le sería difícil dar con una señorita que combinase sus ideales de belleza, inteligencia, distinción y dote colosal. En la vida, sin embargo, a veces hay milagros. Uno de los mismos sucedió al poco de llegar, en un acto social del que no supo librarse. Allí, para su asombro, se dio con la mujer de su vida. Miss Magdalene Hall tenía veintiún años, era razonablemente bella, siquiera para los recios estándares locales, y tenía por padres a Sir James Hall, IV Baronet Dunglass, MP y presidente de la Royal Society of Edinburgh, y a Lady Helen Dunbar-Hamilton, lo cual le confería no sólo el halo de pertenecer a una familia influyente, sino la certidumbre de, a su debido tiempo, heredar una inmensa fortuna. De inmediato movilizó su poderoso encanto, comenzando por hacerse invitar en la Navidad de 1814 a la propiedad de los Dunglass. El idilio comenzó allí mismo, conduciéndose Sir William con tan arrebatadora determinación que a las pocas semanas el baronet anunciaba que Lady Magdalene y Sir William contraerían matrimonio el 4 de abril de aquel esperanzador 1815, primer año de paz desde 1790. El Kanzler estaba deprimido. Murat lo

complicaba todo, Laure confirmaba que otro pequeño Metternich se hallaba en camino y el fantasma de Mina no le dejaba vivir. Se había hecho, para su asombro, devotísima de Dorothée, al punto que no iban a ninguna parte si no era la una con la otra. Según Altenstieglitz, el lecho de la Zahánská —la tenía no ya por pendón, sino por soberanista, cuando menos de la parte de Silesia que permanecía en el Imperio Austríaco, la que cobijaba su feudo de Náchod— seguía como lo dejara Wellington. ¿Se habría enamorado, y estaría guardando ausencias? Lo encontraba dudoso. Año y pico de idilio no le dejaban dudas sobre su personalidad: si algo deseaba era ser amada, pese a ser incapaz de sentir lo mismo por hombre alguno. Ahora, por una mujer..., pues no se lo había planteado, y menos por una hermanastra, pero no le asombraría. La opinión que tenía Mina de los vicios era que debían ser disfrutados, y el incesto sáfico no parecía de los que más pudieran amedrentarle, de haber alguno que lo hiciera. ¿Sería posible?

Suspirando, volvió a los informes sobre Italia. Comenzaban explicando que Murat, rey de Nápoles y cuñado de Bonaparte, días antes lanzó una violenta proclama: «¡La Providencia nos llama para otorgarnos la libertad! ¡Un grito se puede oír desde los Alpes hasta los acantilados de Scylla: la Independencia de Italia! ¡Ochenta mil napolitanos, con su rey al frente, dejan su hogar para liberar al pueblo italiano!». Si no hubiese pasado de ahí habría sido uno más de los fuegos artificiales que organizaba de vez en cuando, pero el segundo informe anunciaba que dejaba Nápoles al frente de cuarenta y cinco mil hombres, y que antes de salir dejó caer que la Coalición había ordenado asesinarle. Una exageración, porque no se consideró de un modo formal; sólo se analizó, como cualquier otra posible solución sencilla. El tercer informe, llegado aquella mañana, decía que ya ocupaba la Toscana y la Emilia. Las guarniciones locales no le plantearon resistencia, retirándose a posiciones más sólidas. A todo eso se debió el ordenar a Schwarzenberg que despachase al Generalleutnant Vincent-Ferreries von Bianchi, al frente de sesenta mil hombres. Bianchi no le gustaba mucho, pero su historial era impecable; no sólo eso: se las vio con Murat diecinueve años antes, para derrotarle. Ahora lo tendría más fácil. Su ejército era más numeroso y mejor pertrechado, y tenía la moral de su parte. Los hombres de Murat sabían que tras ellos no había nadie, mientras Bianchi se podía permitir el lujo de perder, pues tras él iría otro ejército, y tras éste otro más. Aun así no estaba tranquilo, porque detestaba la guerra; tenía demasiado de juego de azar para que la prefiriese a la corrupción, la manipulación, la maquinación y la intriga, las cuales eran ciencias casi exactas. En la guerra siempre surgía lo que más detestaba: los imponderables.

Uno de los peores lo trajo el Zar a primera hora de la tarde. Le pilló con el beatífico Max von Bayern, que si bien no se importunó al pasar a ser tres los sentados a una mesa de café, al momento se dijo que lo mejor para él habría sido, ese día, no

haberse levantado. El Zar, muy serio, les tendía un documento que le acababa de dar el último de sus embajadores en París, Pavel Butyagin. Un documento infame, añadió. Firmado por Metternich, Castlereagh y Talleyrand, era la copia francesa del tratado fechado el 3 de enero de 1815, al que acompañaban varias cartas de adhesión, la más antigua firmada por el rey Max, que según la veía imploraba de la Madre Tierra que se lo tragara. Él, en cambio, compuso su expresión más impasible, la de un diplomático incapaz de sorprenderse. Su faz expresaba un perfecto «¿y qué?», sin por ello abrir la boca. No tenía sentido explicar que cuando se firmó las circunstancias eran unas y las del día de la fecha eran otras. El Zar habría debido comprenderlo por sí mismo, y si no por indicación de sus consejeros, que para eso tenía tantos. Si se molestaba en ir a verle, siendo como eran de frías sus relaciones personales, era por su incontenible afán de hacer teatro. Pues muy bien. Que lo hiciera. Él, por su parte, sería el último en aplaudir.

El Zar se marchó como había venido, resoplando. El aprensivo Max se mostraba preocupado, así que debió tranquilizarle —«sólo es su manera de hacer saber que se ha disgustado, pero nada cambia, todo sigue igual»—; horas después tuvo que padecer otra visita intempestiva, la de Nesselrode, al que acompañaba Stein. Les traía por allí el deseo de certificar que Su Majestad estaba furioso. Les oyó con el mismo gesto y talante que a su amo. Lo hecho, hecho estaba. Si Rusia prefería mirar hacia el pasado, allá ella, pero el presente demandaba otras urgencias. El Zar debería decidir dónde quería estar, si en abril o en enero. Ellos preferían la primavera, de modo que, con toda naturalidad, comenzaron a revisar la situación. Lo primero que se preguntaron fue ¿por dónde diablos andará Wellington?

Definitivamente, había sido un día espantoso.

Wellington y Álava cenarían en la mansión de la Rue d'Albert donde His Grace residiría el tiempo que se tardara en habilitar el *hôtel particulier* de la Rue de la Montagne du Parc con la Royal, donde residirían él y su estado mayor. Ese día no había parado desde que desayunara con Sir Thomas para recibir el mando de las tropas británicas. Tras eso se vio con el Prins Willem, que traía un decreto del rey poniendo sus ejércitos a las órdenes de Wellington; con aquello sus tropas pasaban a llamarse Army of the Low Countries, adquiriendo un tamaño interesante, aunque no por eso podría confiar en la fidelidad de sus nuevos generales, quienes llevaban quince años combatiendo para Boney. El primer trabajo a delegar en el Joven Sapo sería verificar sus lealtades; tras decírselo, y sobre la marcha, le nombró comandante del I Corps, anunciándole que Hill mandaría el II. Avanzó también que tanto el I como el II integrarían unidades británicas, del VKN, hannoverianas y de otros países, las cuales conservarían sus mandos naturales, aunque a efectos de maniobra, despliegue y combate actuarían como un ejército integrado, no como unidades

separadas. A Slender Billy no le gustó saberlo, pues deseaba un estatus similar al de las divisiones españolas en la Guerra Peninsular, apartadas de las británicas y sólo sometidas al mando de Wellington, aunque no tardó en resignarse, pues Álava ya le había dicho que bajo cualquier consideración militar no cabría que operasen de otra forma.

Una vez libre del Joven Sapo, recibió una visita reservada: un mensajero de Fouché. Traía un informe sobre las medidas de Bonaparte, sus abastecimientos, su despliegue y la situación en el Midi. Fouché llevaba un cuarto de siglo superando adversidades; había sobrevivido a Louis XVI, a la Convención, a Robespierre, a Tallien, a Barras, al Consulado, al Imperio, a Blücher, al Zar, a Louis XVIII y ahora era, otra vez, ministro de la Policía. Venciera quien venciese quería seguir siendo ministro de la Policía. De ahí su disposición a engañar a todo el mundo. No sólo era un superviviente nato, sino un traidor profesional. Pues bienvenido fuera. Él jamás despreciaría nada que contribuyese a derrocar al Monstruo derramando la menos sangre británica posible. Las demás sangres no le preocupaban; de hecho, si Boney antes de capitular hiciera una carnicería con los prusianos en absoluto lo lamentaría. Lo último resonaba en su cabeza al iniciar la primera de sus cartas a Gneisenau. Empezó por explicar que hablaba en términos provisionales, pues sólo hacía dos horas desde que le fueran confiadas las fuerzas del VKN, pero aun así estaba en condiciones de proponerle agrupar sus ejércitos, de modo que el Army of the Low Countries hiciese de punta de lanza y el Niederrheinarmee lo respaldara en la previsible guerra de movimientos que plantearía Bonaparte; a su juicio sería lógico que tirase por ahí, emprendiendo una campaña tan brillante como la de 1814, gracias a la cual logró demorar tres meses la toma de París; se abstuvo de comentar que a causa de tal planteamiento se cobró varias victorias contra el propio Gneisenau, cuya volcánica susceptibilidad en modo alguno deseaba despertar. Dos días antes, cuando le visitó en Aachen, no tardó un minuto en dejar salir la bestia que llevaba dentro: un espadón inflexible, cortante y opuesto a razonar desde criterios que no fueran los suyos; un tipo muy desagradable, incapaz de disimular una suspicacia que desbordaba lo militar y caía en lo personal. Por ello le rogaba, con sus más delicadas palabras, que considerase la posibilidad de trasladar el Niederrheinarmee al interior del VKN para formar una segunda línea tras el Army of the Low Countries. A título de cortés despedida, le pedía su aprobación para establecer líneas de comunicación entre sus respectivos ejércitos, para lo cual daba órdenes de desplegar, en las poblaciones del VKN que detallaba en un anexo, las necesarias postas de correo militar.

Tras aquella carta, cuya redacción le costó sangre, sólo pensaba escribir otra más a su amigo Castlereagh. Le animaban diversas razones, siendo la principal confirmar que, según previsiones avanzadas días antes, había puesto a Talleyrand en la nómina

británica, en lo cual esperaba que le respaldase porque saldría por un pico. La razón que le hacía escribirle, sin embargo, era el estado lamentable de la fuerza que Inglaterra le confiaba, si bien prefirió abordarla tras una finta de distracción. Consistía en hablar de su preocupación por la iniciativa de Murat, recomendando que se hiciera lo necesario para liquidarle cuanto antes, a fin de no dejar abierto un segundo frente que obstaculizase la lucha contra Boney. Era obvio que quienes deberían neutralizarle, y llegado el caso colgarle, serían los austríacos, aunque sería bueno que la BMF bloqueara los puertos del Tirreno y en especial el de Nápoles, a fin de capturarle si los chicos del Kaiser, por una vez, hacían bien su trabajo; tampoco estaría de más que la BMF se apoderase de la reina Carolina, la hermana más joven de Bonaparte, y la pusiese a buen recaudo en algún lugar que señalase Metternich. Ahí se detuvo para revisar lo escrito, que ya sumaba dos pliegos. Castlereagh era un buen lector, pero el exceso en los detalles a veces le confundía, y no quería que tal cosa sucediera con aquella carta, la cual, si todo iba bien, terminaría en las manos de Lord Liverpool, aunque también era posible que lo hiciera en las del Duke of York.

Satisfecho con la relectura, comenzó con lo importante: quejarse amargamente. Una vez llegaran los refuerzos contaría con seis regimientos de caballería y veinticinco batallones de infantería, una fuerza similar a la de dos *corps d'armée* franceses. Para controlarlos se le concedía un estado mayor tan incapaz que casi preferiría no tener ninguno. De ahí su afán en implorar al Creador que Bonaparte no se diera prisa, porque si atacara en esos días la única de sus opciones sería replegarse sobre Amberes para que la BCF le rescatase. No se pasaba de truculento, pues exageraciones tácticas aparte la porción británica del Army of the Low Countries era decepcionante. Esperaba que Castlereagh supiera manipular a Liverpool, de modo que recibiera más hombres, más armas, más dinero y un estado mayor digno de tal nombre. Sería difícil, porque la situación en Inglaterra era catastrófica. La deuda pública era colosal y la inflación provocaba un tremendo desempleo, lo cual, sumado a las leyes que regulaban los precios del grano importado —las *Corn Laws*; su propósito era mantenerlos altos, a fin de compensar a los terratenientes por el desplome de los mercados, indeseable fruto de la paz en Europa y en las Colonias—, provocaba disturbios gravísimos. Se reprimían con tropas montadas, las mismas que tan imperiosamente necesitaba, pues Inglaterra no poseía una Guardia Nacional como la francesa. Su intuitivo jefe de la caballería, Uxbridge, uno de los más fieles jesuseros del Duke of York, estaba bloqueado en Londres, masacrando con sus escuadrones a los parias sublevados, pero su papel en Bruselas no era ser comprensivo con las cuitas ajenas. Si Liverpool le había puesto allí era para que ganase la guerra, y el primero de sus deberes era exigir todo cuanto necesitase.



Sir Henry Paget, Lord Uxbridge por Wilkin

Ver a su madre le causaba malestar. No era un fenómeno reciente; se remontaba, creía él, a cuando le anudaron el cordón umbilical. Su relación siempre fue fría, probablemente a causa de la pesimista opinión que tenía ella de su futuro. Le tenía por vago, torpe, tosco, inseguro, despistado y falto de realismo. Unos dones que no se cortaba en hacer públicos. Arthur era el menos agraciado de sus polluelos, y no sólo en lo intelectual; su tremenda nariz, combinada con el resto de sus atractivos, hasta veinte años antes le hizo temer que disfrutaría de por vida la cercana presencia de su niño solterón. Esa situación doméstica debió de contribuir a que Arthur Wesley, cuarto hijo del primer Lord Mornington, se desarrollara muy cerrado sobre sí mismo, sumido en una insana introspección. Dado que los estudios no le gustaban, Lady Mornington, habitualmente alcanzada de dinero, decretó que siguiera la carrera de las armas. No le quedó más opción que resignarse. La música le atraía, tanto que había invertido sus ahorros en la compra de un violín que, según decían los que alguna vez

padecían su sonido, torturaba con indiscutible ardor, pero la presión materna, combinada con un doloroso revés sentimental —a manos de la primorosa Caroline Kitty Pakenham, hija del conde de Longford y de la que años después se vengaría casándose con ella—, le llevó a tomarse más en serio su carrera militar, para lo cual, una vez convertido su violín en leña para la estufa, pidió a su hermano Richard, ya segundo Lord Mornington, le consiguiera una plaza de *major* en el 33.º de Infantería —era militar desde hacía seis años, cuando adquirió su primera *commission* en el 73.º; desde ahí había pasado por diversos regimientos aunque sin pisar un cuartel, promocionando a base de comprar vacantes, según la práctica británica para su clase social; en el momento en que los Longford rechazaron su propuesta era capitán en el 18.º de Dragones Ligeros, unidad destinada en la guarnición de Dublín, donde nadie le recordaba—. El resto de su carrera figuraba en los anuarios, pero ni aun invocando toda su gloria conseguía dominar la inseguridad que se apoderaba de sus tripas cuando se veía frente a Lady Mornington. Sus ojos parecían decir «ignoro cómo los habrás engañado, Arthur querido, pero tú y yo bien sabemos que no sirves para nada»; de ahí su determinación: convencerla de que volviese a la seguridad de Londres. Bruselas era demasiado pequeña para que cupieran los dos.

La casa de Lord Mountnorris, donde se hospedaba su madre y donde la tarde anterior se detuvo en su camino a la de los Richmond, ocultaba una sorpresa: la hija mayor del anfitrión, Lady Frances Webster-Wedderburn. Una madre de familia de apenas veintidós años, a la sazón en el tercer mes de su segundo embarazo, lo cual no se le notaba, en parte gracias a la moda imperante, de talles muy altos y faldas amplísimas, y en parte por ser una inglesa muy alta, muy rubia, muy grande y, al inmediato juicio de Wellington, desde que la vio nada interesado en marcharse, muy hermosa. Su marido, Sir James Webster-Wedderburn, era un personaje conocido. Apodado Bold Webster,^[127] le sabía juerguista, boxeador, corredor de fondo y militar renegado, pues dejó el servicio al poco de recibir, en 1807, una herencia magnífica que con gran esfuerzo había logrado dilapidar en apenas seis años. En el entretanto se casó con Lady Frances Annesley, hija de Lord Mountnorris, por entonces deseosa de perder de vista su áspera familia y ver algo de mundo. A Bold Webster y a su esposa se les asociaba con uno de los golfos más notorios de Inglaterra, el celeberrimo Lord Byron, que no cesaba de publicar poemas y relatos donde a nadie le costaba reconocer a Lady Frances en el papel de la muy viciosa heroína, la que fuera en cada caso, aunque todo indicaba que desde la quiebra de Sir James, tan grave que le obligó a reingresar en el 9.º de Dragones, se veían menos. Lady Frances apenas gozaba de la compañía de su esposo, por entonces en Londres —era uno de los ADC de Lord Uxbridge—; prefería la plácida Bruselas, donde vivir no le costaba, pues su padre fue de los primeros aristócratas con exigua liquidez en sentar allí sus reales, enamorado de los excelentes precios de la ciudad.



Lady Frances Webster-Wedderburn

De camino a la *wash house* no conseguía sacarse de la cabeza la imagen de Lady Frances. No tenía que ver ni con la imponente Zahánská ni con la etérea Juliette, pero había en ella, en su mirada, un poso de vicio que le resultaba irresistible. La evocaba mientras Tesson terminaba de vestirla, hasta regresar al momento que más valoraba desde que llegase a Bruselas. Sucedió aquella mañana, cuando tras varias dudas y seis o siete borradores, enviara un billete a Lady Frances, explicándole que había cenado con los duques de Richmond, y que tras hablar de su persona con la duquesa, ésta se sorprendió de aún no conocerla, por lo cual se tomaba la libertad, que agradecería le disculpase, de rogarle que aquella noche acudiese a su *salon littéraire*, donde la duquesa y él se alegrarían mucho de verla. Pocas cosas podrían alegrarle más el día que ver regresar al inexpresivo Beckermann con un breve mensaje: allí nos veremos. De ahí su extraordinario buen humor cuando su mayordomo anunció la llegada del general Álava. Su vida, era de reconocer, no podía ser más prodigiosa.

—Te apuntarías un tanto si fueras a ver a Louis y le rindieras pleitesía.

—No podría decir que vengo como embajador, y siendo así lo normal será que ni me reciba.

Wellington se lo quedó pensando. Louis XVIII era no sólo egoísta y falso en grado extremo, sino lo suficientemente imbécil como para comportarse tal como Álava profetizaba.

—Mañana le hablaré de ti. Antes de salir para Bruselas escribí a Fernando para pedirle que hiciera público que pensaba mandar sus ejércitos más allá de los Pirineos, recalándole que le pedía que lo dijera y no que lo hiciera, y para sugerirle que aprovechara tu presencia en Bruselas para una doble misión, en el criterio de que las realizarías a plena satisfacción, para él y para la causa común —Álava le miraba

fijamente; ¿qué se le habría ocurrido?—. La primera, incorporarte a mi ejército en calidad de comisionado suyo, en igualdad de condiciones con el ruso y el austríaco; el ruso, por cierto, será Pozzo di Borgo. ¿Le recuerdas? —el general asintió—. La segunda, representarle ante la corte de Louis; aquí le señalé que Pozzo haría eso mismo, desempeñar la doble función. Por tonto que sea tendrá que comentarlo con Cevallos, y Cevallos es más listo. Dirá que sí, seguro, así que supongamos que ya lo ha hecho, que tus credenciales ya están en camino y procedamos en consecuencia.

Ahora fue Álava quien reflexionaba. La lógica estaba en favor de Wellington, pero la lógica de Fernando, que no dejaba de ser una forma de geometría, no era euclídea.

—Si voy adelante sin esperar sus órdenes, me desollará.

—No se atreverá, pero si lo hace tienes conmigo un puesto de Full General. Por cierto, me gustaría que lo hiciese —Álava levantó una ceja, intrigado—. Es que necesito un QMG de verdadera talla, y quería pedirte que lo fueras, en tanto me den uno que lo haga no mucho peor que tú.

—¿Por dónde anda Murray?

—En Canadá. Si alguna vez piensa en Boney aún lo situará en Elba. En cuanto a De Lancey, la situación no es mucho mejor, porque se casó hace unos días. He pedido a Bathurst que me lo envíe, aunque me preocupa que venga cabreado. No le gustará que le saquen de una cama recién estrenada, y qué cama, Miguel: la de una chica de veintiún años, guapísima, lista, culta y podrida de dinero. Lo normal será que pida unos días, hasta que se sacie, pero no los tengo. No se los podría dar.

—Un problema, sí —se rascaba la mollera, pensativo—. ¿Le crees capaz de maniobrar?

—A él, no. Al suegro, sí. Un lloriqueo de su niña y le veo escribiendo al Duke of York, a quien le faltarían segundos para explicar a Liverpool que ya tengo un excelente QMG y que mi actitud para con Lowe, según acostumbro, no es más que otro de mis insoportables caprichos de *prima donna*.

Álava conocía el origen de la inquina que se tenían Wellington y el Duke of York; venía de la campaña de 1794, en Flandes. Wellington participó al frente del 33.º de Infantería, el regimiento donde había comprado el último de sus ascensos, a *lieutenant-colonel*. Ahí terminaría, con veinticuatro años, su carrera militar «aristocrática», pues aquel grado era el último de los de pago; los ascensos, desde ahí, se producían por antigüedad o por méritos, o por una mezcla de ambos conceptos rara vez diáfana. Durante aquella desastrosa campaña Wellington aprendió «todo lo que no se debe hacer»; lo hizo saber en una carta nada reflexiva que su receptor no dudó en mostrar al Duke of York, que como todo hijo de rey tenía una excelente opinión de sí mismo. A eso se debió que, de la noche a la mañana, sus oportunidades de promoción se volvieran precarias; realista, entendió que la mejor forma de aflojar el

dogal era buscar la gloria en territorios lejanos, de modo que no hizo el menor intento de permanecer en Irlanda —poseía un escaño en el parlamento de Dublín— cuando el 33.º de Infantería salió para Calcuta en los primeros días de 1796. A su regreso, nueve años después, ya era inmune a cualquier cosa que se le pudiese ocurrir al rencoroso segundo hijo de George III. Volvía convertido en un héroe nacional —bastante adinerado, además; gracias a la costumbre británica de incluir en el reparto de los saqueos a los mandos superiores había consolidado la interesante suma de cuarenta mil libras—, aunque no por ello dejaba el Duke of York de atravesarle palos en las ruedas.

—Coincidí con él un día, donde Graham. Me pareció un tipo gris. Quizás un punto untuoso.

—¿Untuoso? ¿No te pareció llamativa su manera de gesticular?

—Apenas habló. Es que no estuvo con nosotros más de un minuto. ¿Hace algo en especial?

El duque reflexionaba; como siempre que debía emitir un juicio personal, intentaba ser moderado y objetivo, sin dejarse llevar por sus percepciones intuitivas.

—Mientras logra contenerse aparenta ser normal, pero cuando se ve presionado sus ademanes le traicionan, y al poco dudas si tienes delante un Major-General inglés o un barbero gaditano —el general reía, divertido; recordaba la estupefacción de su amigo una vez que recibió, en Cádiz, la visita profesional de un artista de los pelos al que sólo le faltaba una bata de cola—; es un bujarrón de la peor especie, la camuflada, y te digo que son los peores porque los desdichados que nos hemos criado en Irlanda, incluso los que no somos católicos, a la fuerza hemos aprendido a identificarlos. Es que tienen copada la Iglesia, y con ella la enseñanza, de modo que se pasan el tiempo haciendo proselitismo. Son una peste, y de ningún modo quiero ver uno en mi ejército, y menos de QMG. Su presencia destroza la moral de cualquier fuerza de combate, acaba con la disciplina y el compañerismo, y termina por llevar a todos al desastre. Un ejército no es un teatro, ni un taller de costura, ni un *salon littéraire*, por poner ejemplos de lugares apropiados para esa clase de infraseres; allí no molestan, pero en un cuartel son un cáncer. Lowe ya sería nefasto de soldado raso, así que piensa en los efectos a que podría dar lugar en el segundo puesto del ejército. No, ni hablar. Mientras le deba soportar aquí le mantendré sepultado en papeles, de forma que no se levante ni a mear —His Grace debía de estar muy enojado, pensaba el general; así sólo hablaba cuando se lo llevaban los demonios—; por eso me haces falta, Miguel. Mientras no llegue De Lancey necesito un QMG. No me dejes tirado, amigo mío.

—Sabes que puedes contar conmigo, pero no soy capaz de imaginar cómo lo haremos.

—Será fácil. Tendrás, como todos los comisionados, un despacho cerca del mío.

Estarás presente cuando discutamos algo en lo que debas participar, te harás con la documentación, compondrás las órdenes y me las pasarás. Yo las firmaré y haré que se tramiten. Hill tiene un teniente coronel, un tal Charlie Broke^[128] al que quizá recuerdes de la Península, que no es tonto del todo. Se lo pediré prestado y lo pondré a tus órdenes, aunque formalmente a las mías. Cuando no deba firmar yo, que lo haga él, en mi nombre. Lowe pensará que me lo salto, lo que con suerte hará que se suicide, pero no sospechará que su trabajo lo haces tú. No te puedes hacer idea de lo exasperado que me tiene, y no sólo por ser un mariquita. Es, tras Labrador, el tipo más idiota con el que me haya cruzado jamás.

—¿Conociste a Labrador?

—Para mi desdicha. Tardaréis lustros en valorar lo que os ha costado tenerle ahí, en Viena.

El general sólo pudo mirar al cielo en gesto de impotencia, si bien se preguntaba si un diplomático más hábil habría sacado más. Por imbécil que pudiera ser Labrador, no dejaba de sospechar que había entrado a la sala del tribunal ya juzgado y sentenciado. El camarero, mientras tanto, depositaba entre los dos una bandeja con café; aquello hizo recordar a His Grace que ya faltaba menos para verse frente a la que se aparecía una y otra vez en su cabeza.

—¿Damos un paseo hasta la *wash house*? Se ha quedado una noche magnífica.

—Charlotte se pone de los nervios cada vez que alguien dice *wash house* en su presencia. Por cierto, sospecha que fuiste tú quien bautizó así su casa.

Lord Wellington compuso la sonrisa de un niño pillado en una travesura.

—Así fue, pero no le digas nada. Con que me odie York ya tengo bastante. Su marido no tardará en odiarme también, mucho me temo; es que se me insinúa de un modo inquietante: quiere que convierta las divisiones de reserva, que pienso mantener a mis órdenes, en un tercer cuerpo, y que se lo confíe. No pienso hacerlo, vaya eso por delante. Aunque sólo tiene seis años más que yo está muy mayor, y no es eso lo peor: es que bebe como una esponja. Mientras no se mueve de su silla casi no se nota, pero en cuanto camina, o cuando habla, todo se viene abajo. En fin, que no sé cómo decirle que no, pero tendré que hacerlo y será penoso.

—Pues díselo a Charlotte. Él no te debe nada, pero ella quiere deberte mucho. Ya se lo explicará.

Wellington se lo quedó pensando. Ya lo había considerado, aunque hasta entonces no le parecía la mejor alternativa. Con alguna celeridad barajó los pros y los contras. Entre los primeros destacaba el ahorrarse un mal rato. Entre los segundos, debería secundar el deseo de la duquesa de ser coronada reina virtual de la sociedad bruselense. No era demasiado. Después de todo, allí sólo estaría un par de meses, tres a lo sumo. Y podría venirle bien: quién mejor que Charlotte para fabricarle cuantas ocasiones discretas con Lady Frances pudiera necesitar. Pues hecho. Álava, como

siempre, le daba un excelente consejo. El que sólo un QMG de primera categoría sería capaz de dar.

Aachen, Bruselas, Viena y París, lunes 10 de abril

Gneisenau releía un edicto de Friedrich-Wilhelm llamando al pueblo a las armas, y de paso a cualquier ciudadano alemán que quisiera unirse a Prusia. No era mala iniciativa, pero él habría preferido algo más selectivo. El hambre hacía estragos, de modo que los más desfavorecidos responderían a la llamada del rey sólo por comer todos los días. Él no quería esa clase de reclutas. Entendía las dificultades de Friedrich-Wilhelm para despojar a los cuerpos V y VI de sus ya menguados efectivos, y asumía que Prusia no estaba en condiciones de contratar mercenarios, pero algo más sí habría podido hacerse, como llamar a los reservistas; cierto que muchos preferirían que se les cortase algún miembro antes de volver a verse de uniforme, pero había formas de incentivarles. Serían soldados preferibles a las acémilas atraídas por el edicto real, pues en quince días estarían en condiciones de medirse con los *grogards*, mientras que los reclutas no habrían aprendido ni a marcar el paso. Era una mala idea, como casi todas las que alumbraba el rey cuando ni él ni Boyen participaban en el parto. Aquella debía de ser de Knesebeck, el hombre de prosa más grandilocuente del universo y menos aficionado a preguntarse por las consecuencias de sus actos. Lo suyo era montar el festival, apuntarse las medallas ganadas con la sangre de los demás o, si las cosas iban mal, dejar que las calaveras las enterrase otro, a menudo Blücher, de modo que al final era su abrumado Generalstabschef el encargado de sepultar a los muertos, hospitalizar a los heridos, asilar a los mutilados y borrar las huellas. Lamentable, pero así sería mientras Friedrich-Wilhelm no comprendiera que, si no se lanzaba por la senda de las reformas, el día menos pensado se las vería con una revolución.

Íntimamente fastidiado, volvió a la carta de Wellington. Éste, a sus ojos, pretendía relegar el Niederrheinarmee a un papel secundario, para que su influencia en las conversaciones que siguieran a la guerra fuera mínima. Su respuesta debería establecer que si bien el Niederrheinarmee jamás se abstendría de defender el VKN, su misión era proteger las cuencas del Meuse, el Moselle y el Rhein. A tal fin pensaba desplazar a Lieja el cuartel general del Niederrheinarmee. Terminaría la carta, que pretendía fuese clara y concisa, lo usual entre comandantes en jefe —lo primero que despertó sus sospechas en la de Wellington fue su palabrería diplomática y sus alambicados giros de cortesía mundana; si de alguien desconfiaba era de los ingleses cuando intentaban ser amables; en su experiencia, era cuando resultaban más peligrosos—, con una recapitulación categórica: con carácter inmediato sus *armeekorps* quedarían unidos con el Army of the Low Countries por una malla de postas que permitiría mantener actualizados a los estados mayores en un máximo de veinte horas, y sólo seis una vez el Niederrheinarmee se desplegara en el eje Lieja-Charleroi, en primera línea frente a la Grande Armée y cubriendo el flanco izquierdo del Army of the Low Countries. A Wellington le sentaría como un tiro, pero mejor

era dejar las cosas claras. No sólo se trataba de ganar una guerra, sino de ganar una carrera, y que de ningún modo pensaba consentir que His Grace hiciera trampas. Mejor dicho, no podría impedir que lo intentara, pero en ese caso que se atuviese a las consecuencias.

Wellington rara vez dejaba de regalarse alguna distracción. La de aquel día tendría lugar después de cenar, cuando él y su *entourage* ocuparan su palco en el desfalleciente La Monnaie. Como acostumbraba desde sus días en París, acudiría escoltado por un grupo de incondicionales. Los de aquella noche incluirían a Lady Sarah y Lady Georgiana Lennox, con quienes haría su entrada triunfal; eran las hijas segunda y tercera de los Richmond, ambas simpáticas y agradables, además de muy populares entre los oficiales solteros; le conocían desde los tiempos en que una señorita se puede sentar sobre las rodillas de un caballero sin ser crucificada, y le tenían un gran cariño. Se les unirían Lord Fitz-Roy Somerset y su esposa Emily, recién llegados de las islas, ella luciendo un embarazo de ocho meses pero aun así deseosa de no perderse una cena, una *soirée* o una función teatral. También acudirían los embajadores Álava y Pozzo, Lord Mountnorris y Lady Frances, y, a título de invitado especial, el general Clarke, secretario de Guerra de Su Exiliada Majestad Louis XVIII. Henri-Jacques Clarke, más que un general, era un administrador. En calidad de ambas cosas sirvió bien a Bonaparte, que hasta su caída le mantuvo a su lado como ministro de la Guerra. Para general sorpresa el rey le nombró Par del Reino, para luego incorporarle a su círculo de confianza. Clarke optó por seguirle al exilio para verse compensado con un nombramiento que no era más que humo, pero que si Wellington hiciera bien su trabajo le convertiría en uno de los hombres más poderosos de Francia. Se habían reencontrado días antes, cuando SCM le presentó a su renovado Conseil Privé; allí acordaron reunirse aquel lunes, para revisar la documentación que Clarke se había traído de París, la cual contenía el orden de batalla del ejército francés, batallón a batallón, fortaleza por fortaleza. Wellington, un punto indiferente, lo consideró en su justo valor: algo que Álava encontraría de utilidad para deducir los movimientos que Bonaparte podría realizar, y también los que no. Sería, en cualquier caso, un montón de trabajo, pensaba para sí a la vista del ominoso conjunto de listas, censos, cuadros, estadillos y escalillas. Era de agradecer aquella deferencia del inquieto Clarke, a todas luces más preocupado de lo que ya lo estaba él sobre la lealtad esperable de los altos oficiales holandeses, a los que conocía bien, pues había pagado sus nóminas de 1807 a 1814, los años en que lucharon con la Grande Armée.



General David-Hendrik Chassé

—Entre los generales de división sólo Collaërt y Perponcher-Sedlnitsky le serán de utilidad. Chassé, por mucho que clame fidelidad al rey, es un bonapartista declarado; en cuanto a los de brigada, sólo me fiaría, con reservas, de d'Aubremé, Zoutelande, Ghigny, Merlen, Stedman, Hauw, Bijland y Eerens. A los demás no les confiaría ni el mando de una compañía, en la certeza de que a la primera oportunidad se pasarán con ella, su impedimenta y su armamento, a las filas de Bonaparte.

Lo dijo de memoria, sin titubear ante ningún nombre. Su convencimiento era tan patente que Wellington no dudó en tomar nota, para después encargar al flamante comandante del I Corps que se cerciorara de la disposición de todos ellos, y también la de los otros, los que Clarke no nombraba.

—Hablando de lealtades, ¿cómo ve las que Bonaparte pueda concitar entre sus mariscales? La tropa y la mayor parte de la oficialidad le seguirán a ojos cerrados, pero los oficiales superiores alguna vez piensan por sí mismos, y los que tienen un mayor patrimonio, como Soult o Ney, difícilmente podrán considerarle como un caballo al que apostar.

Había meditado las palabras; les daba vueltas desde hacía horas, consciente de que aquello era un asunto delicado, cuando menos para un general francés que fue uña y roña con *Boney* desde los tiempos del Directorio hasta que le hicieron subir al *HMS Undaunted*.

—Salvo Davout y Mortier, no cuenta con ningún incondicional. Seducir a los cuatro que necesitaría para conducir una Grande Armée de seis cuerpos le costará trabajo. Acabará promocionando generales, y éstos, créame, son siempre cara o cruz:

hasta después de la primera batalla no hay forma de saber si son o no competentes, pero Bonaparte deberá ganar todas las que acepte, sin perder ninguna. El único de sus mariscales del que no desearía prescindir es, también, el único en el que no puede influir de un modo directo —el duque levantó las cejas, intrigado—; me refiero a Berthier. Es, para él, lo que Gneisenau para Blücher. Igual de imprescindible. Napoleón es un genio, pero como todo genio es desordenado. En el campo de batalla, bajo presión, se concentra tanto que deja de prestar atención a los detalles. Sus instrucciones son oscuras, cuando se ve obligado a escribirlas lo hace mal, en términos vagos, imprecisos, y como no deja de tener limitaciones, como las tenemos todos, de vez en cuando confunde los numerales de las unidades o las posiciones que ocupan. La suma de todas estas debilidades le habría costado la carrera más de una vez, pero Dios quiso darle a Berthier. Más que un Generalstabschef a la prusiana o un Quartermaster-General a la británica es una prolongación de sí mismo, de su personalidad y su intelecto. Berthier es una memoria formidable que camina junto a él, que traduce sus instrucciones verbales a un lenguaje de órdenes claras y precisas, que cuando descubre un fallo de lógica lo dice con sencillez y, asómbrese Your Grace, Bonaparte lo acepta y rectifica. Es el complemento ideal de Napoleón, el hombre que recuerda instantáneamente la posición de hasta el último batallón, el último escuadrón y la última batería. Bonaparte sin Berthier es la mitad de Bonaparte. A eso se debe que una de las primeras cartas que hizo enviar desde Grenoble fuera para él. Le necesita como el aire, y lo sabe. Ninguno de sus mariscales podría ocupar su puesto.



Maréchal Louis Berthier

Wellington reflexionaba. No era la primera vez que oía el nombre de Berthier, pero nunca le habían explicado su posición junto a Boney; menos aún, su valor para él.

—¿Por qué dice Su Excelencia que Bonaparte no podrá convencerle directamente?

—Porque no está en Francia. Su esposa es una duquesa bávara; el rey Max, con el que tiene cierto grado de amistad, le protege. Tras el desastre de 1814 marchó a Bamberg, abandonando la vida pública. Lleva una existencia retirada, se dice que dedicado a la cetrería y a la escultura, pero algunos pensamos que se plantea regresar. Si Your Grace me permitiera una sugerencia —Wellington asintió—, intensificar la vigilancia sobre Berthier sería una medida prudente. Influir en su voluntad con argumentos positivos, a fin de anular sus hipotéticas tentaciones de volver, sería recomendable. Si con eso no bastase para convencerle de que siga disfrutando de su vida y su fortuna, pues...

El general Clarke suponía, con razón, que no hacía falta ser más explícito.

—Tendré sus consejos muy en cuenta, general. El que no me ha dado, también.

Se sonrieron. A Clarke le gustaba Wellington. A Wellington no le gustaba casi nadie, pero sabía convencer de lo contrario. Tras acompañar hasta su carruaje al encantado visitante se dirigió al salón donde le aguardaba una parte de su «familia», la que acababa de llegar a Bruselas. «Familia» era el nombre que se daban a sí mismos los miembros del selecto grupo de jóvenes ADC que lucharon a sus órdenes la Guerra Peninsular: Lord Fitz-Roy Somerset, Sir William Russell, Sir Charles Manners, Sir Henry Clinton, Lord Fitz-Roy Stanhope, Sir Alexander Gordon, Sir Colin Campbell, Sir Henry Percy, Sir Charles Canning y Sir James Shaw-Kennedy, a los que se unían los dos que todo el tiempo habían estado a su lado, Sir John Fremantle y Lord March. A ellos se añadían His Royal Highness the Prins van Oranje, comandante del I Corps, y His Excellency Don Miguel de Álava, comisionado del King Ferdinand the Seventh. También se había hecho con Sir Edward Barnes para el puesto de ayudante general, con Sir George Wood para el mando de la Reserva de Artillería, Sir James Carmichael-Smith para el de los ingenieros y míster Henry Dunmore, un capaz funcionario civil, para la tesorería del ejército. Sólo le quedaban dos piedras en el zapato. Una, el crucial puesto de QMG, para el que no podría contar con Sir George Murray, aún empantanado en Canadá. Esperaba que Sir William de Lancey pudiera unírseles a tiempo. En el entretanto no le quedaba otra que servirse de Sir Hudson Lowe, si bien, para determinada clase de funciones —guiñó un ojo, provocando un aplauso— podrían contar con el general Álava, tan buen amigo de todos. En cuanto a la otra piedra, conseguir al recién ennoblecido Lord Combermere, el que tantas veces se cubrió de gloria en la Península, no había solución. La caballería quedaría en manos de Sir Henry Paget, Lord Uxbridge, igualmente conocido de todos y que tanto se distinguió en la retirada sobre Corunna. Lo que ya no añadió fue que, habiendo conseguido el 95 por ciento de lo que había pedido, sería una irresponsabilidad forzar la situación al punto de romper

el brazo al Duke of York. Quedarse con Uxbridge era un precio razonable por todo lo alcanzado, y a fin de cuentas no era mal comandante. Bien sabía él que los había mucho peores.



Lord FitzRoy Somerset, por William Salter

Tras aquellos gratificantes minutos regresó a su despacho, a encarar su correspondencia. Si algo celebraba del regreso de Lord Fitz-Roy era lo bien que filtraba el correo; así le liberaba no pocas horas de trabajo, con lo que podía dedicar mayor reflexión a las cartas importantes. Ese día eran tres: dos de Gneisenau, entregadas por su pétreo comisionado Von Röder, y otra de Castlereagh; había una cuarta de Mina de Sagan, aunque prefirió dejarla para el final. Presintiendo malas noticias empezó por la de Castlereagh. Decía, entre otras cosas, que la situación económica era catastrófica. Conseguir los fondos necesarios para sufragar aquella nueva guerra les estaba costando, a él y al Chancellor of the Exchequer, unas

durísimas condiciones de financiación. Inglaterra, predecía, caería en la bancarrota si la guerra durase demasiado. De ahí que le pidiese hacerla breve, y que diera los pasos necesarios con los comandantes aliados para evitar que nadie, actuando por su cuenta, se conformase con alguna compensación ridícula. Inglaterra fue demasiado generosa con el rey Louis a la hora de formalizar el Tratado de París. El acuerdo que pusiese fin a la inminente guerra de ningún modo debería ser tan favorable; Francia debería pagar no sólo la factura correspondiente a la nueva guerra, sino las que se habían dado por saldadas. Era pronto para dar cifras, pero él no respaldaría una cantidad inferior a mil millones de francos. Por prosaico que sonase, había llegado la hora de hacer caja.

La primera de Gneisenau era desagradable. Si alguna duda le quedaba de tener un aliado difícil, aquello la liquidaba. Sería bastante más complicado de mangonear que los santos varones del marqués de la Romana y el general Castaños, e incluso que aquel animal de Cuesta que quiso discutirle sus méritos en Talavera. Un suplicio que se vería incrementado por el talante de Röder, el bárbaro que le representaba en su *headquarter*. Cuando al fin llegase Blücher, y cada noche ofrecía sus oraciones para que fuese pronto, lo primero que debía pedirle sería que lo reemplazara por algún oficial que no fuera tan tarugo. Uno, a ser posible, fácil de manipular. La primera medida sería pedir información al amable Karl-Friedrich von dem Knesebeck, al que había frecuentado en Viena y con el que una vez salió a cazar osos con perros, unos enormes de una extraña raza húngara que los maestros de las jaurías llamaban *komondorok* y que tras verlos trabajar costaba no solidarizarse con los pobres osos. ¿Habría en el KPA un general inteligente, que hablara un buen francés y al que Gneisenau hubiera pisado los callos? Dado el carácter del sajón, el último requisito debían cumplirlo casi todos. El problema era dar con uno que además cumpliera los otros. Una lástima no poderlo preguntar directamente, pero Stewart seguía en Viena y no se llevaba mal con Knesebeck, de modo que anotó pedirle que le tantease al tiempo que comenzaba la segunda carta. Cuando terminó de leerla se dijo que prefería la primera; en ésta sólo se reflejaba la desconfianza de un pobre diablo al que habrían predispuesto contra él, pero la segunda, fechada la tarde anterior, era la de un patán que ponía en duda no ya su honestidad, sino la de Inglaterra. Menos mal que se dignaba explicar la razón: el ministro de Asuntos Exteriores de Bonaparte había encontrado un tratado secreto, firmado por Austria, Inglaterra y Francia. Lo sabía porque aquella mañana se le presentó un coronel francés para entregarle un sobre lacrado con el sello de Napoleón, el cual contenía la copia del tal tratado, la cual, una vez superada su incredulidad, le hacía llegar por si acaso desconocía su existencia. Ese documento, en manos de Gneisenau, suponía más peligro que un machete afilado en las de un intocable presa de *amok*. También era llamativo que Boney eligiese a Gneisenau como receptor del envío. Significaba, para empezar, que conocía el papel

que desempeñaba; también, que le valoraba lo bastante para pensar que armaría un escándalo. Gneisenau parecía considerar el tratado como una conspiración contra Prusia. De ahí que terminara preguntándole de un modo que caía en la impertinencia en qué medida las disposiciones que sugirió para el *Niederheinararmee*, y que rechazaba de plano, venían determinadas por lo que pactaron Austria, Francia e Inglaterra en aquel papelucho ignominioso.

Lo primero que decidió fue no contestar. No entonces. Lo haría por la mañana, tras haber dormido. Tampoco se planteó llevarla más arriba, dejando a Bathurst o a Castlereagh la decisión de responder. Gneisenau, por mucho que fuera quien de veras mandaba, sólo era, en el plano formal, un QMG agrandado. Ninguno de los dos le contestaría, y si por un casual decidieran hacerlo sería con insultante displicencia. No, aún sería peor. Aquél, le gustase o no, era su problema. De cómo lo afrontase dependía que no se saliera de madre y se quedara en su cauce natural, el militar. Redactar la carta sería como pedir al dentista que le sacara con un martillo y un escoplo las pocas muelas que le quedaban, aunque sólo así conseguiría calmar al animal aquel, si tal cosa fuera posible.

Buscando un poquito de relajación rasgó el último sobre. La carta de *Kleopatra* no decía nada de particular, lo que a su juicio era significativo. Mina jamás pondría en un papel que pensaba en él y que sufría por su ausencia. Probablemente, porque no sufría en absoluto; era una mujer perfecta, si no por otra cosa por su envidiable capacidad de no amar y no sentir. No le costó trabajo contestar en el mismo tono desapasionado. Ninguna de las cartas, en el improbable caso de que algún periodicucho del tipo *Saint James' Morning Chronicle* se hiciera con ellas, revelaría otra cosa que la duquesa de Sagan y el duque de Wellington mantenían una relación irreprochable, la que cabría esperar de unas personas de su altísima posición. Sólo quiso ser explícito en el último párrafo: «será para mí una gran alegría recibirla en París; no puedo comprometer una fecha, pero le aseguro que, una vez esté allí establecido, en un plazo de diez días nada podrá impedir que me tenga usted a su completa disposición».

Pocas cosas serían más interesantes que verlas juntas, a Juliette y a Mina. Si se apuntase Frances, entusiasmada con la idea de conocer París, aquello podría terminar en un torneo como el organizado por las diosas para elegir a la más hermosa del Olimpo. Él haría de Paris, Frances compondría una maternal Hera, Mina sería indiscutible como Atenea y Juliette aún podría pasar por una convincente Afrodita. En cuanto a la invitada indeseable que arrojara la manzana de oro, ninguna mujer, diosa o semidiosa sería más adecuada que Germaine de Staël. Si había un papel ideal para ella sería el del *súmmum* de la malignidad, la mala intención y la lengua muy afilada: la divertidísima Eris.

Las cuatro. Álava, Somerset y Barnes ya estarían esperándole. Sería una cena de

trabajo, aunque no por eso dejaría de ser un acto agradable. Mejor que así fuera. Quería estar de buen humor para el concierto. No recordaba el programa, salvo la última pieza. Una *Victoire de Wellington en la Bataille de Vitoria* que compuso en su honor ese grotesco Beethoven que tanto irritaba los delicados oídos de Talleyrand. Stuart la calificaba de obra menor aunque de gran impacto en el público sencillo, el cual, más que aplaudir, rugía de puro entusiasmo. No estaría mal que le diera por ahí, aunque a él le interesaba más lo que hiciese a su llegada. Contaba con que la masa, enfervorizada, se pondría en pie y aplaudiría cuando ocupara su ancho palco de dos filas, seguido de sus acompañantes. Si algo hacía falta para terminar de ablandar el corazón de Frances, de ser tal cosa necesaria, sólo podría ser eso. De ahí que hubiera planeado cómo se sentarían: ella en su derecha y Somerset tras los dos. Nadie podría observar lo que hicieran una vez la luz menguara. De ir todo no ya como esperaba, sino como Frances le decía con los ojos, la siguiente vez que se vieran sería en las habitaciones privadas de su nueva residencia, el *hôtel* de la Rue de la Montagne du Parc. Ya las había visitado, y no sólo eran magníficas. Eran, además, sumamente discretas, al punto de poseer su propio acceso a la Rue Royale, tan necesario a la hora de recibir personalidades de las que no dejan rastro en el libro de visitas.

La campaña de Italia dominaba las portadas de la prensa. El hecho de haberse despachado contra Murat un ejército mandado por el Freiherr Bianchi —siendo su segundo el Graf Neipperg, lo que según ciertas lenguas afiladas habría dejado a la emperatriz Marie-Louise flotando en un charco de lágrimas— añadía picante a la situación. La ciudadanía se abalanzaba sobre los mapas, intentando señalar dónde y cuándo se las verían. Aquel soleado lunes de abril, la primavera ya sentando sus reales en la grandiosa Viena, se sabía que Murat estaba cerca de Ferrara, dividiéndose las apuestas entre los convencidos de que la guarnición no rendiría la ciudad y los sabedores de que los ejércitos austríacos sólo entran en combate cuando son el doble que los enemigos. De ahí que más de uno sospechase que al final intervendría el Fürst Schwarzenberg, si no el mismísimo Erzherzog Karl, cuyo prestigio permanecía intacto pese a que seis años antes Bonaparte le barrierá en Wagram.

Indiferente a todo eso, el Zar se tomaba unos minutos para consolidar sus ideas y escribir a su hermano Konstantin Pawlowitsch. Quería explicarle que pese al mal cuerpo que le dejó conocer el vergonzoso tratado pasteado entre la loca de Castlereagh, el sinvergüenza de Talleyrand y la sabandija de Metternich, no pensaba dejar de movilizar sus doscientos mil hombres, aunque se cuidaría de necesitar muchísimo tiempo para tenerlos dispuestos, y luego se ocuparía de que avanzaran tan velozmente como las tortugas del Aral, para lo cual había puesto a su frente al menos dinámico de sus inertes mariscales, el conde Mijaíl Bogdánovich Barklái-de-Toli. No quería gastar una gota de sangre rusa en devolver a *L'Inévitable* un trono que merecía

mucho menos que Bonaparte. Tampoco se llevaría un gran disgusto si éste obtuviera en el campo de batalla lo que de ningún modo conseguiría en una mesa de negociaciones, ya que, si lograra liquidar a los ingleses y a los prusianos, lo primero que haría sería ofrecerle una paz por separado. La situación, en realidad, no podía ser mejor para él. Si ganaban los aliados habría sido por contar con su respaldo, pese a que al estar tan lejos no podría cubrirse de gloria, ni tampoco de sangre. Si ganaba Bonaparte, se repartirían Europa. Lo único que hacía falta, y rezaba por que sucediera cuanto antes, era que Napoleón barriese a Wellington y a Blücher. Si sucediera, Metternich tardaría un minuto en solicitar un armisticio. Para estar seguro de que sucediera sólo era necesario que Bonaparte atacara pronto y que su ejército se hallara lo más lejos posible. Lo primero era probable. Lo segundo, seguro. Sería bueno para todos que Metternich y Castlereagh comprendieran que a la hora de maquinar iniquidades él era tan bueno como el que más.

El Fürst Hardenberg también se reservaba la mañana para escribir. Tenía mucha correspondencia pendiente, tanta que valoraba la conveniencia de regresar a Berlín, toda vez que la marcha de los asuntos, en Viena, cada día era más técnica y menos política. Los acuerdos ya se habían establecido, de modo que sólo faltaba darles forma legal. Había un cierto riesgo de que fuera un esfuerzo inútil; como bien decía Gneisenau, a la vista de los fríos números la victoria sobre Bonaparte se podía dar por segura, pero no así que la determinación de los unos y de los otros fuera llegar hasta el final, y eso en el supuesto de que todos pensarán en el mismo final. Para los ingleses sólo había uno: devolver el trono a Louis XVIII y hacer que todo regresase al 26 de febrero. Sería ideal a efectos de que los acuerdos de Viena sirvieran de algo, pero la constatación de que Inglaterra y la Francia de Louis constituyeron una entente de facto, a la que aquel gran oportunista de Metternich no dudó en sumarse, le hacía preguntarse si la opción Bourbon era buena para Prusia. Quizá fuera mejor que aquel trono en subasta lo ganara su primo D'Orléans. El problema era no poder garantizar que Louis-Philippe fuese favorable a crear con Friedrich-Wilhelm una entente continental, un eje franco-prusiano capaz de plantar cara no sólo a Inglaterra y Austria, sino a Rusia. Imposible saberlo, aunque de algo estaba seguro: si el Niederrheinararmee llegase a París con ventaja suficiente sobre los otros ejércitos, Prusia quedaría en situación de imponer el monarca que le conviniese. Suciediera o no, esa carrera debían ganarla, y el que tendría que hacerlo era su mayor preocupación desde que Blücher dijese que le veía desganado. Tanta zancadilla, tanta indecisión real, tanta necesidad de contemporizar con unos espadones que le hacían la vida imposible, habían acabado por hartarle. La tentación de mandarlo todo al diablo y retirarse al Hirschsberger Tal^[129] —pese a ser un tipo muy sobrio era imposible no recordar que, gracias a su mujer, era el general más adinerado de Prusia— debía de resultarle irresistible. Tendría que apuntalarle. Blücher sin Gneisenau no valía nada, y

ninguno de los cuatro condes podría ganar esa carrera frente a Wellington, en el supuesto de que antes hubieran ganado la guerra. Lo peor era no poder hacerlo son sencillez: promoviéndole al empleo de General der Infanterie. Sería lo mejor, pero a Friedrich-Wilhelm le aterraban los *junkers*. «No es el momento», le dijo en forma inapelable. No tendría más remedio que animarle por sí mismo, sin poderle dar nada salvo muy buenas palabras. De poco valdrían, salvo si las leía todo el mundo. Ahí era donde residían sus esperanzas.

Comenzó por afirmar que tanto para él mismo como para el rey era claro que sería él, Gneisenau, quien mandaría el Niederrheinararmee. Tras eso, una letanía de alabanzas que provocarían las más verdosas iras. La Gran Bolsa de Bilis, el Graf Yorck von Wartenburg, seguía sin cortarse al afirmar que aquella piara de «reformadores», la fundada por un Scharnhorst cuya única medida decente fue morir, tenía el propósito de trasplantar a Prusia lo más abyecto de la Revolución francesa, y que al igual que cualquier nido de víboras todos ellos acabarían disueltos en su propio veneno. Qué triste resultaba saber que aquello se había dicho en un acto presidido por su ministro de Policía; no le podía destituir, pues en el delicado equilibrio de poderes tejido por el rey la figura de Sayn-Wittgenstein, representante de la más cerril nobleza rural, era inamovible. Ni éste ni sus afines en el gobierno, ni los cuatro condes, ni Kalckreuth, ni el tercio del generalato que respaldaba el poder de los *junkers*, aplaudiría una sola palabra de la carta que, una vez la firmase, filtraría de tal modo que antes de diez días se conocería en todos los rincones del país. Sería inevitable que la filtración llegase a lugares indeseables, pero era un canon que no quedaba más remedio que pagar. Lo que no le preocupaba era la reacción de Blücher. No habría ninguna, pues él fue quien le recomendó escribirla. Para bien o para mal, así se lo hizo saber, él ya estaba por encima de todas esas tonterías. Era Gneisenau al que debía cuidar, de modo que no lo dudara: «escríbala, Euer Exzellenz, y que le salga fuerte».

Lord Cathcart fue de los primeros en conseguir una copia, que al momento hizo traducir. El texto saldría para Bruselas en el correo urgente de todas las mañanas. La legación británica se gastaba una fortuna en jinetes, postas y caballos, pero en tiempo de guerra la velocidad es un arma.

La vida vienesa languidecía. Las causas eran múltiples, aunque relacionadas entre sí. La marcha de los delegados más notorios, el oscurecimiento del König Friedrich-Wilhelm y del príncipe de Bénévent, la desaparición de casi todos los reyes, duques y príncipes alemanes, la disminución de los antes cotidianos escándalos, el cada día más preocupante viento de guerra y la drástica reducción de gastos acometida por el Kaiser daban lugar a que una deprimente sensación de apatía se apoderase de las antaño fulgurantes luminarias de la ciudad, en aquellos días tan apagadas como las ventanas de sus palacios. La princesa de Bagration apenas se dejaba ver, la condesa

Julie Zichy de nuevo frecuentaba las iglesias, la duquesa de Sagan no mostraba interés en acrecentar su magnífica reputación y a la condesa de Périgord ya no se la veía con el bello Clam-Martinitz. El único que mantenía una forma excelente, tan dispuesto como siempre a divertirse cuanto fuera menester por el bien de Rusia, era el Zar. Se mantenía felizmente ocupado, sin tiempo para vigilar el despliegue de sus ejércitos, en aquellas fechas concentrándose sin urgencias en las riberas del Niemen. Sus energías seguían concentradas en cazar y bailar, dentro de lo poco que últimamente se bailaba en la contristada Viena. Esa noche, sin embargo, los apagados fulgores revivían. Con velo y sordina, pero brillaban. La razón era el concierto que Razumovsky ofrecía en honor de su señor en la Kleiner Redoutesaal. El insigne pianista Ludwig van Beethoven, auxiliado por el excelso violonchelista Joseph Lincke y el reputado violinista Ignaz Schuppanzigh, estrenaría su trío para piano y cuerda Opus 97, del que decían quienes habían presenciado los ensayos que sonaba igual de mal que los noventa y seis anteriores.

Que la vida social decaía sin remedio se percibía en las muchas sillas desocupadas. En el estreno de la Octava Sinfonía no cabía un alma, y lo mismo pasó cuando se repuso la Séptima en el Kärntnertor, pero aquel Opus 97 no levantaba expectación. La primera fila mostraba un Zar indiferente y un Kaiser distraído. Ni la zarina ni la emperatriz les acompañaban. De ahí que un abrumado jefe de protocolo rogase a la duquesa de Sagan y a la condesa de Périgord que abandonasen sus sillas en segunda fila para flanquear a los emperadores. Las hermanas, compadecidas, lo hicieron desplegando sus mejores sonrisas, y así pudieron disfrutar de un concierto que Beethoven, irritado, no estiró. Tras aquello sobrevino el baile inevitable. No debería ser de gran duración, pues el número de danzarinas era limitado, amén de que la oportunidad de dejarse llevar por algún caballero interesante resultaba escasa. El Kaiser se había excusado pretextando la mala salud de la Kaiserin, y el Zar habría debido hacer lo mismo y así liberar a la concurrencia de la penosa necesidad de seguir allí hasta las tantas, pero le apetecía enganchar un vals tras otro con la condesa de Périgord, quien demostraba que a la hora de superar pruebas durísimas no había nadie tan profesional como una princesa prusiana.

—El taimado *skurwysyn* pretende llevarte al huerto.

La duquesa de Sagan susurraba en polaco, aprovechando un descanso de la sudorosa orquesta, gracias al cual se habían refugiado en el tocador anejo a la sala.

—Ya no. Ha sido informado de que la sabia naturaleza me acaba de recordar que sigo siendo una mujer. No me asombraría que ahora se volviera contra ti, así que prepárate para lo peor.

—Ni me lo digas —tono de horror—. ¿Dónde habría hoy algo de animación?

—Que yo sepa, en ningún sitio. Lo más prometedor que ahora mismo se me ocurre sería unirnos a Charles-Maurice, Dalberg, Gentz y Humboldt, que hablaban de

organizar una timba.

La duquesa se lo pensó. Escuchar los perversos cotilleos de aquellas cuatro grullas no era lo más incitante del mundo, pero el riesgo de que se le viniera encima el Zar era cierto y claro. Un Zar que a raíz de hacerle saber que lo de Vava no tenía solución había dejado de interesarle. La niña, según él, declaró en presencia de su prefecto en Helsinki que la fortuna que le prometía la duquesa de Sagan le daba igual, y que lo último que desearía en este mundo sería que la separasen de la que consideraba su verdadera, única y auténtica madre. Sin duda era injusto culpar de aquello al Zar, pero ella entendía que algo más habría podido hacer, como permitirle negociar a ella misma o en su defecto al eficaz Wratislaw, a lo cual Alexander se negó sin dar explicaciones. De ahí venía su reciente incorporación a las nutridas filas de los que tenían al Zar por una peste. Si algo bastaba para ganarse de por siempre la fría indiferencia de Katerina Zahánská era decirle que no a cualquier cosa, lo que fuese.

—Pues hecho: a Kaunitz y cuanto antes. Démonos prisa, no sea que nos pille.

Reían mientras escapaban, indiferentes a las miradas de reprobación; bien sabían que para la buena sociedad local siempre serían dos polacas con dinero, sin modales, sin principios y sin vergüenza.

El Emperador se había reunido con Maret, Carnot y Davout. Según informaban, Vitrolles, capturado por Laborde, se hallaba camino de París, Louis-Henri de Bourbon, padre del fusilado D'Enghien, ya no contaba, por haber embarcado hacia España desde Sables-d'Olonne, y Grouchy había capturado en La Palud a D'Angoulême; los términos de su capitulación, firmados por Daultanne, su segundo, y Gilly, el de Grouchy, fijaban que abandonaría Francia rumbo a Barcelona por el puerto de Cette. Grouchy consideró que Gilly había ido demasiado lejos, de modo que retuvo al duque al tiempo de solicitar la validación del acuerdo. L'Empereur, a regañadientes y por insistencia de Maret, lo refrendó. El instinto le pedía conservar a D'Angoulême como rehén, pero aceptaba que no sería una medida elegante. Al tiempo, y pensando en Grouchy, decidió que merecía el bastón de Maréchal. Davout no estuvo de acuerdo, pues había generales de capacidad acreditada que lo merecían más, como Gérard, Drouet, Reille, Vandamme, Mouton y Exelmans. Ciertamente, así era, lo aceptaba tras escuchar las coincidentes opiniones de Carnot y Maret, pero Grouchy había dado pruebas extremas de lealtad al apresar a D'Angoulême. No creía que los otros hubieran hecho lo mismo, pues era un camino sin retorno, una toma de posición tan comprometida que de salir las cosas mal y verse de rodillas ante Louis, sus porvenires se verían liquidados. Una opción, insistía Davout, sería dejarlo para después de la campaña, en lo que no le faltaba razón, pero él necesitaba mariscales. De los en activo que no hubieran seguido al Bourbon, y que por su edad fueran

capaces de luchar con la debida determinación, sólo le servían Suchet y el propio Davout. Ney era una incógnita, como Soult. De Mortier, por último, se fiaba; de su salud, no. Cuando se lanzara contra Blücher lo haría en tres columnas. Necesitaría un mariscal para mandar cada una de las alas, y al día de la fecha sólo podía contar con el propio Davout, Suchet y Grouchy. En los niveles siguientes, los mandos de división y de brigada, no tendría problemas, pues quedaban suficientes de los 282 *gloriouses*.^[130] El problema era la disponibilidad de fuerzas. El último censo señalaba que la cifra mínima para encarar la campaña, trescientos mil hombres, aún quedaba lejos; de ahí su orden de publicar un edicto pidiendo voluntarios. Habría preferido llamar a la leva de 1815, pero sería peligroso, pues la única medida de Louis bien recibida por las masas fue la suspensión del servicio militar. El tiempo necesario, además, para convertir un recluta inculto y nada valeroso en un soldado disciplinado, valiente y capaz no bajaba de tres meses, y no disponían de tanto para verse con Blücher, Wellington y, con suerte, Schwarzenberg. Si la campaña se alargara vendrían bien, pero él no pensaba que aquello fuese a suceder. Se ganara o se perdiera, la guerra sería breve. Las medidas que cabría tomar sin irritar al pueblo serían movilizar la Guardia Nacional, que aun siendo inútil como fuerza de choque bastaría para cubrir las fortalezas, así como llamar a los oficiales todavía sin destino, de los que sólo faltaban por regresar los que simpatizaban con *L'Inévitable*. Así se levantó la sesión; el panorama era sombrío, pero no empeoraba.

Lo que no mejoraba era la situación diplomática. Sus intentos de convencer a las potencias de sus nobles intenciones no lograban respuesta. Sólo le llegaba la cada día más decidida movilización contra él. Era claro que antes de diez semanas se las vería con Blücher, y seguramente con Wellington. Días antes aún pensaba que Tréveris sería el sitio indicado para liquidar a Blücher, y tras eso girar hacia el norte y empujar a Wellington contra el mar, pero el que se juntaran en Valonia no dejaba opción: los campos de Brabante volverían a inundarse de sangre. Tampoco ayudaba la locura de Murat. Ciertamente como rey de Nápoles no tenía futuro, pero siempre sería mejor marcharse con una buena indemnización que tras ser aplastado por fuerzas superiores, y cualquier cosa que movilizaran los austríacos sería superior a los pordioseros de su cuñado. Se había preguntado en qué medida le afectaría esa distracción de la situación general, y le apenó decirse que muy poco. En todo caso, y si Murat hubiera esperado al inicio de la campaña principal, la suya contra la Coalición, los sesenta o setenta mil hombres que Metternich mandaría contra él habría de quitárselos a Schwarzenberg, aunque si de algo andaba sobrado el Kanzler era de carne de cañón. Desgraciadamente, ni aun así le habría servido de nada que Murat pensara con la cabeza, en vez de con lo habitual.

En fin, un día menos para vérselas con Blücher y con el inglés. Y sin Berthier.

París y Bruselas, miércoles 12 de abril

Se había ido a la cama con mal cuerpo. Sentía el acecho de algo que le causaba espanto: una madrugada de insomnio, palpitaciones y angustia. La nostalgia de otros tiempos, si no de otra vida, se hacía con él una vez más. Debía ser a causa de la soledad anímica que le perseguía desde los días de Moscú, cuando comenzó a cuestionarse la claridad de su juicio y a preguntarse si el aislamiento en el mando que con tanta dureza se imponía no iría contra su salud. No lo había buscado de un modo consciente, pero estaba solo, sin consejeros de valía. Sin consejero de valía, porque salvo Talleyrand nadie osaba, desde Tilsit, decirle nada que pudiera importunarle. Talleyrand le dejó en una penosa soledad intelectual, pero la que acechaba esa noche no era del intelecto. Era la todavía peor de los sentimientos. Imposible no asociar los días de gloria con la imagen de Rose, su nombre verdadero, el que tenía cuando la conoció. El que usaba Thérèse. Por eso nunca la quiso llamar así. En aquellos días, con la gloria de la campaña de Italia destellando sobre su cabeza, sólo escuchaba su propia voz. Decretar que Rose se llamaba Joséphine fue como suprimir su pasado, no sólo sus años de honesta esposa del general Beauharnais, sino su alocada vida de *merveilleuse* bajo el Directorio, y en especial los pocos meses en que se resistió desmayadamente a ser la Gónerala Bonaparte. Ojalá se hubiera resistido más, al punto de hacerle desistir. Le habría convenido más una mujer brava, lista, con temperamento. Como Thérèse. Sí, cierto, pero en Thérèse no quería pensar, como no había querido hacerlo en los veinte años transcurridos desde que saltase de su cama espantado de comprender que llevaba meses acostándose con la madre del próximo Barras. Le parecía una iniquidad, aunque con el paso del tiempo aceptó que ni era para tanto ni sería tan grave. La vida con Thérèse habría sido interesante. Divertida. Rose terminó tan anulada que ni siquiera protestó cuando le impuso el sacrificio final, el repudio por no darle un heredero. Con Thérèse habría tenido una docena, pero el espectro que le torturaba esa noche no era el de la española fertilísima, sino el de Rose recortándose desnuda contra una ventana iluminada por la luna, la de un palacio irreal colgado de un acantilado en la mayor de las Borromeas, la Isola Bella del lago Maggiore. La noche más hermosa de su vida. Dueño de Italia, vencedor de los austríacos y esperanza de Francia. Si aquella noche, tras mostrar a su mujer los lugares donde tantas victorias se había cobrado, se sentía con el mundo a sus pies, era por la convicción de que así acabaría por suceder. Esa noche fue feliz, tanto que ninguna otra le devolvía las mismas sensaciones. Alguna vez regresó a esas islas embrujadas, pero no fue igual. No ya la situación, ni la esposa-rehén que le acompañaba. Él no era el mismo. Ya era el rey del mundo, y un rey del mundo, lo comprendía con amargura, jamás puede ser dichoso.

A medianoche, bañado en sudor y con el corazón desbocado, envió un mensajero

a la casa de Hortense^[131] para comunicarle su deseo de visitar la Malmaison, el *château* de su madre, a la mañana siguiente. Hortense, que siempre le quiso mucho, desde cuando era una niña inocente —si alguna vez lo fue, cosa tenida por improbable—, y que además estaba preocupada por lo mal que se tomaba el que pretendiera divorciarse de su hermano Louis, saltó a su vez de la cama para llegarse al *château* con su *chef* y su *maître d'hôtel*, a fin de que Napoleón lo encontrase confortable y acogedor en el lluvioso día que se avecinaba. Él lo hizo a las nueve. Se pasó varias horas paseando por la casa y los jardines acompañado de Hortense, que cuidadosa en los detalles vestía de luto riguroso. Lo hacían en silencio, aunque de vez cuando él lo rompía para recordar cosas de Rose, unas veces momentos de su vida y otras, las más, lo que pensaba y decía en relación a los más diversos asuntos, de una forma perfectamente desordenada; l'Empereur, aquel día, no tenía la menor gana de ser lógico, lo que su hijastra no sólo comprendía, sino que le alegraba; entendía que aquello, para su padrastro, era como cuando sus perros comían hierba: en cierto modo, se purgaba el alma.

A las dos se sentaron a la mesa. Bazinet, el *chef* de Hortense, había preparado un menú excelente, pero el Emperador apenas lo probó. Seguía en un estado de profunda tristeza. Dijo, al terminar, que le apetecía quedarse solo en el dormitorio de la emperatriz. Cuando regresó no estaba más locuaz. Sólo dejó caer algo sobre la caballerosidad de Alexander, que había enviado uno de sus batallones a rendir honores a la pobre Rose,^[132] para que no marchase al cementerio sin la escolta que su rango merecía. Le quedaba despedirse y agradecer a Hortense su amabilidad, y también pedirle un retrato de su madre. Lo quería para llevarlo con él a la próxima campaña, en la idea de que le daría suerte, como la tuvo en todas las que inició mientras fue su mujer. El cruce del Bérézina, el desastre de Leipzig o la vergüenza de Laon habrían tenido mejor signo si no la hubiese apartado de su lado.

De regreso a Les Tuileries pensó que aquel vengativo caserón igual le pasaba factura. Su vida en él había sido trepidante, rodeado de una corte tan numerosa como dinámica. La de aquella tarde no llegaba ni a sombra difuminada de la otra, la de cuando era el hombre más poderoso del universo. Ahora sólo era el más perseguido. En el acto pidió a Bertrand un palacio que no le hiciera comparar los tiempos de gloria y esplendor con aquellos de acoso y derribo. Tras eso, más entonado, se reunió con Davout para revisar el plan de defensa de París. Su incansable *maréchal* proponía confiarlo a La Royale y a la Guardia Nacional. La Royale aportaría trescientas piezas, que instalaría en cuatro fortificaciones que se construirían en la colina de Montmartre, lo que requeriría el trabajo de cinco mil obreros. La fuerza se compondría de treinta mil guardias, veinte mil marinos, veinte mil soldados de los que prestaban servicio en almacenes, talleres, pañoles y fortalezas, y veinte mil tiradores escogidos, a reclutar entre guardabosques, gendarmes y ciudadanos que

voluntariamente se sumasen, además de unos cuantos regimientos del ejército regular. Entre todos, noventa mil. Ni él ni Davout creían que a la hora de la verdad, si Francia se veía invadida por tres de las cuatro potencias —parecía que los rusos se lo tomaban con calma—, pudiera contarse con todos, y menos aún que tuvieran voluntad de combatir. Aun así sería una fuerza respetable; lo mejor del plan, en cualquier caso, era que a los espías enemigos no les quedaría duda sobre la robustez de la Fortaleza París. A poco que supieran contar bocas de fuego entenderían que tomarla costaría medio millón de hombres, y entre todos no podrían llegar a tanto.

—¿Sabemos algo de Berthier?

—Nada nuevo, Sire. Nuestros enviados no consiguen burlar el cerco de Metternich.

L'Empereur suspiró. Por mucho que lo intentase, Metternich no le dejaría salir de Bamberg. Un punto abatido, firmó su conformidad con el Plan París. En esos tiempos, se decía con pesadumbre, dudar más allá de unos minutos, se tratase de lo que se tratara, era un lujo que no se podía permitir.

Wellington se había reunido con el rey Willem en el Kasteel van Laeken. En el plano formal era una charla relajada entre un soberano y el jefe de sus fuerzas armadas, aunque los dos tenían claro quién mandaba de verdad. Willem no podría oponerse a nada que le pidiese Wellington, y éste, que lo sabía, prefirió acudir a la cita con una lista de requerimientos relativamente moderada. Con el tiempo exigiría más, pero era prudente soltar las peticiones poco a poco, no sucediera que al pobre diablo se le sublevara la ciudadanía o, aún peor, le dimitieran sus generales. En el plano de las exigencias materiales, que no eran pocas, el pragmático monarca no protestó ante ninguna, pese a significar que su país se convertía en base logística de los ejércitos británico y prusiano, y sus irritados súbditos en involuntarios anfitriones de doscientos mil soldados extranjeros que durante un tiempo imprecisable vivirían a sus expensas. Era de agradecer la buena voluntad de Wellington, reflejada en su determinación de pagar hasta la última hogaza que consumieran los ingleses y los alemanes de su Army of the Low Countries, pero los prusianos no pensaban hacer lo mismo, de modo que habrían de ser alimentados por su desalentado gobierno; pese a todo no era un precio excesivo por conservar sobre su cabeza la corona del recién nacido país. Una cosa era que Bonaparte se deshiciera en manifestaciones de paz y otra que se lo creyera, y si algo estaba claro para cualquiera que supiera mirar un mapa era que Amberes parecía una bayoneta clavada en la garganta imperial. Lo primero que haría Napoleón, en cuanto se sintiera con la fuerza suficiente, sería sacársela, quedándose de paso con un VKN que, después de todo, había sido parte de su imperio desde nada más coronarse.

Había dejado para el final lo que más podía tocar la sensibilidad real: el papel de

los príncipes. A Willem no le pillaría de sorpresa, ya que, precavido, lo había discutido con el general Janssens, su presidente del Consejo de Guerra. El honrado Janssens estaba tan preocupado como él por las barbaridades que pudiesen perpetrar ambos hermanos, a los que valoraba y estimaba como príncipes, pero que no se podía tomar en serio como jefes militares, pues la experiencia del Prins Willem era insignificante —cuatro años como ADC del propio Wellington—, y que la de Frederik —haber sido espectador en Leipzig— no llegaba ni a eso. Era un alivio, se dijo Wellington, que Willem dispusiera de generales tan sensatos como aquel; sólo lamentaba no haber conseguido su respaldo para que la caballería del VKN se integrara en su reserva. Tuvo que aceptar que se mantuviese a las órdenes de Billy, aceptando los argumentos de Janssens, seguro de la desertión inmediata de los clasistas oficiales holandeses si se vieran a las de un inglés. También hubo de realizar cantidad de juegos malabares para buscar acomodo a los contingentes de Hannover. La consecuencia fue que, salvo una, las divisiones británicas serían mixtas, mezcla de brigadas inglesas, de la KGL y de las milicias hannoverianas. El balance final señalaba una desconsoladora heterogeneidad estructural, por no decir una horda. Por fortuna, contaba con seis semanas para convertirla en un ejército. Un tanto infame, pero ejército.

Al rey le alivió ahorrarse la humillación de ver a sus hijos sin nada que hacer. El puesto de comandante del I Army Corps era suficientemente digno para su hijo mayor, y el de Frederik, comandante de la 1.^a División de Infantería del VKN, tampoco estaba mal, pese a quedar a las órdenes de Hill, jefe del II. Era de agradecer el buen detalle de Wellington, pues Frederik, de dieciocho años mal cumplidos, bajo ningún concepto merecía verse al mando de tres generales tan cubiertos de condecoraciones como Stedman, Hauw y Eerens, pero el decoro es el decoro y ni él ni Wellington perdían de vista que aquella guerra inminente no sólo pretendía preservar la integridad del VKN, sino afianzar la dinastía Oranje, sobre todo entre los pobladores de las provincias valonas y flamencas. De ahí su satisfacción, con la cual contaba Wellington para que tragara la última cucharada de su amarga medicina: la lista de los generales y coroneles que debería licenciar por no considerarles de fiar. Para sorpresa de His Grace, no protestó ante ningún nombre; debía temer que no dejara uno, y que pusiera sus brigadas y sus regimientos a las órdenes de generales y coroneles ingleses. Despejada esa incógnita sólo quedaba explicar cómo se desplegaría el Army of the Low Countries, pues del Niederrheinarmee sólo conocía el propósito de llevarlo al eje Charleroi-Namur-Lieja, sin más. Al rey también le pareció bien, pese a no gustarle que Amberes, la joya de su corona —y de la británica; para Liverpool era otro Gibraltar—, quedase a cargo de unidades inglesas. Era una cuestión menor que para nada ensombrecía el acuerdo general, de modo que al levantarse de las inmensas butacas se sentían igualmente aliviados: el duque porque a

todo se le dijo que sí, y el rey porque no se le había exigido ni la mitad de lo que daba por seguro, a lo que no le habría quedado más remedio que decir, también, que sí.

Aún tenía una hora para enfrentarse a la cena, donde se vería con Lord Fitz-Roy Somerset, el Prins Willem, Lord Hill, Sir Edward Barnes, Sir Henry Hardinge y Don Miguel de Álava. El propósito era revisar el despliegue del ejército, la llegada de los refuerzos, la situación de los acuartelamientos y las noticias del otro lado de la frontera. Terminaría con tiempo sobrado para vestir galas civiles y dejarse caer por la *wash house*, sin más propósito que secretar con Lady Frances, a la cual esperaba convencer de visitar con él un risco situado al sur del gran bosque de Soignies y que se prolongaba milla y pico a cada lado de su cruce con la carretera de Charleroi. Después regresarían a Bruselas con tiempo suficiente para que Lady Frances comprobase cómo de confortables eran sus habitaciones en el *hôtel particulier* de la Rue de la Montagne du Parc; hasta entonces se había resistido, aunque a él le parecía que se hallaba cerca de izar bandera blanca. Un buen plan, pero de momento era mejor dejarlo reposar en las profundidades de su mente. Aún tenía cosas que hacer, y muy pocas ganas de aplazarlas. Comenzó por estudiar una nota de Caulaincourt sin destinatario expreso donde afirmaba que su jefe veía la guerra como algo inevitable. De ser cierto no era una buena noticia. Que Boney acabaría por llegar a esa conclusión estaba cantado, pero confiaba en que tardaría más tiempo, el mismo que necesitaría él para poner a punto su ejército. Si Napoleón arrojara la toalla diplomática la guerra comenzaría justo el día en que se sintiese preparado, y su *intelligentzia* decía que no faltaba mucho. Davout, según lo último de Fouché, hacía milagros, al punto que una masa de cien mil hombres ya ocupaba posiciones en Valenciennes, a día y medio de la frontera. Si el ataque de Bonaparte fuera tan inminente como las diversas piezas del rompecabezas parecían indicar, su propia posición sería pésima. Tanto, que debería parapetarse tras Gneisenau, dejándole correr con el peso de la campaña, lo que a efectos de bajas no le repugnaba, pero sí al de llegar antes a París. Quisiera Dios que aquello no fuese más que humo. Hasta ese día sostenía que Boney no estaría listo hasta primeros de julio, como él mismo. Lo último que desearía en este mundo sería verse obligado a darse prisa, y más con dos quintos de sus efectivos aún por llegar. Por ello le asombraba que Bonaparte no tomase la iniciativa, siendo tan evidente su debilidad. ¿Tanto miedo tendría de los prusianos?

Unos prusianos que, según Röder, ya contaban con su comandante supremo, el Fürst Blücher. De momento sólo había tomado una medida, la de trasladar su ejército a las posiciones que sugería Gneisenau: el I Armeekorps entre Charleroi y Frasnes, el II en Lieja, donde se instalaría el cuartel general, y los otros en Luxembourg y Aachen. Gneisenau sospechaba que Bonaparte asomaría por Valonia cruzando el eje Beaumont-Philippeville, como hiciera Jourdan en junio de 1794. A éste le dio buen

resultado frente al Reichsgeneralfeldmarschall Friedrich-Josias von Sachsen-Coburg-Saalfeld, un austríaco que nunca se las había visto con un globo aerostático; la manera que tenían de hacer la guerra los revolucionarios franceses le cogió a contrapié, de modo que pasó a la historia como ejemplo de cómo no se debe maniobrar frente a un ejército moderno. A Blücher no le pasaría eso; también podría ser derrotado, pero en la penosa forma de Sachsen-Coburg-Saalfeld, de ninguna manera, o eso afirmaba el fervoroso Röder, un fanático de Blücher, aunque aún lo era más de Gneisenau.

Cada día que pasaba empeoraba su opinión personal de Gneisenau, pero con británica objetividad reconocía que la profesional era buena. Los hechos eran incontestables: había organizado su ejército antes que nadie y estaba cerca de poderlo desplegar en posiciones excelentes, desde las que podría descargar un golpe decisivo en cualquier dirección. Si tuviera otro carácter le irían mejor las cosas, porque sin duda le iban mal. Otra explicación no tenía la carta que le había remitido Cathcart. El que Hardenberg se viera en la obligación de apuntalarle de aquella forma tan retorcida sólo podía ser por eso, por tener problemas en sus propias líneas. Recordaba un informe que le había pasado Graham, quien a su vez lo había recibido de York; contenía opiniones sobre Gneisenau recogidas de los oficiales que le tuvieron a sus órdenes en el ejército de Carleton. El más positivo recomendaba colgarle del primer árbol. Aquel oscuro militar, surgido muy tardíamente desde las más hondas profundidades de las armas prusianas, era un tipo resentido con Inglaterra, con los ingleses y, sobre todo, con los principios de preeminencia social que caracterizaban el sistema británico. Quizá de ahí viniese su pasión por el igualitarismo, la conscripción general y la supresión de los privilegios de cuna. Gneisenau bien podría ser una reencarnación de Robespierre. O de Bonaparte. Bien, pero le tenía hombro con hombro en indeseable asociación. Un aliado inmanejable, bien lo demostraba. El problema era no tener elección. Había descartado la idea de presionar a Friedrich-Wilhelm para que pusiera en su lugar a cualquier otro, por salvaje que fuese. Los prusianos salvajes se le daban bien, como demostró con Blücher; en seis semanas de festejos por Inglaterra le hizo tan suyo como a *Copenhagen*. Sería maravilloso que a Friedrich-Wilhelm le mosquease aquella carta de Hardenberg y se cargase a Gneisenau, pero no caería esa breva. Para bien o para mal, con él se debería entender.

Se preguntaba qué pensaría Bathurst de la nota que le había enviado con la última carta de Gneisenau. En ella le hablaba del impacto que tendría el descubrimiento del tratado tripartito en sus relaciones con Blücher; dudaba que pudieran ser de plena confianza, la que debería reinar entre dos fuerzas comprometidas contra un adversario común. A eso se debía su retraso en responder. No podía demorarlo más, así que tomó la pluma y en su inglés más sencillo se dispuso a transmitir al antipático animal que de ninguna forma pretendía imponer posiciones al Niederrheinarmee, y

que si sus sugerencias no le convencían se sintiera libre de desplegar sus unidades del modo que considerase adecuado; el «cabrón», le apesadumbraba reconocerlo, se llevaba esa baza. Enviaría la carta no con un correo, sino con el coronel Hardinge, al que había encomendado la función de representarle ante Blücher y Gneisenau. Sir Henry Hardinge era un veterano de la Guerra Peninsular que había demostrado un tacto exquisito en la manipulación de guerrilleros. Esperaba que con Gneisenau no le fuera peor, pese a ser éste bastante más brutal que aquellas almas bondadosas. Le preocupaba, eso sí, que no dominara el alemán. Su francés era exquisito, pero dejando aparte a Nostitz, el ayudante de Blücher, y a Müffling, el intendente general, ninguno de los oficiales con quienes debería entenderse pasaban de chapurrearlo. Gneisenau hablaba un inglés chirriante y de pésima gramática, pero comprensible, de modo que con él no tendría problemas, o no tantos como tenía él con Röder. De hecho, pensaba pedir a Blücher que lo sustituyera por Müffling; no tenía razones objetivas para pensar que fuese a serle favorable, pero había percibido cierto desprecio en la forma con que Röder le describió el estado mayor del Niederrheinarmee. Siendo, como era, la voz de su amo, era probable que Gneisenau tampoco le apreciara. De ser así, Müffling podría ser «su hombre».

El siguiente asunto era una carta de su hermano Henry, embajador en Madrid. Siguiendo instrucciones de Castlereagh, había sugerido al rey que se incorporase a la lucha, y le vio no ya en buena disposición, sino anunciándole que había ordenado a Castaños (duque de Bailén) y a O'Donnell (conde de La Bisbal) que movilizaran sendos ejércitos de cuarenta mil hombres, con propósito de invadir Francia por Hendaya y Port-Bou, y que así lo comunicó a Labrador, para que lo hiciera público. Aterrado, tomó la pluma para ordenar a su hermano que se olvidara de aquello. Los hipotéticos ejércitos de Fernando distraerían unas cuantas divisiones francesas, cierto, aunque lo mismo se conseguiría si éste no llegase a movilizar un solo batallón. Bastaría con que los informadores de Boney le hicieran saber que los españoles se unían a la partida. Insistió en que todo debería quedar en un farol de Fernando. Sus tropas, dada su colosal indisciplina, tratarían a la población con una violencia tal que provocarían el levantamiento del apático pueblo francés, llevándole a emprender una lucha patriótica contra los invasores desalmados, pegando fuego al polvorín del sentimiento patrio y haciendo imposible liquidar el condenado asunto en las seis semanas que pedía Liverpool. La situación se volvería impredecible, de modo que la mejor actitud de Sir Henry sería mostrar un total desinterés. Procediendo en esa forma, y dada la secular galbana de los ministros españoles, todo habría terminado mucho antes de que se hubiera impreso el primer pasquín pidiendo voluntarios.

El último documento era el estadillo de situación de las fuerzas procedentes de Inglaterra, con fechas de desembarco, zonas de concentración y lugares donde se instalarían, que no siempre serían cuarteles; Álava, sirviéndose del eficaz Broke, no

paraba de requisar monasterios, para irritación de los frailes. Las fuerzas británicas tenían prioridad sobre cualquier voz que se alzara entre Oostende y Lovaina, Genappe y Amberes. La primera misión de un QMC era que las tropas se mantuvieran alimentadas, secas, abrigadas y bien calzadas, y a la vista de aquel estadillo estaba claro que así sería. Mientras, y bien aislado del mundo real, Lowe seguía buscando cuarteles más allá de Amberes. Una desgracia de hombre, aunque casi le alegraba que aún no llegase su relevo. De todos los nombres que le ofrecían sólo le valía De Lancey, y así lo había hecho saber. Dios quisiera que aceptase, aunque cuando llegara le asombraría comprobar que buena parte del trabajo ya estaba hecho.

Hora de cenar. Sus hombres ya estarían a la mesa. Se levantó, satisfecho con la situación y contento de reunirse con ellos. Era como volver a los tiempos de la Península. Quizá mejor, pues Bruselas era más divertida que Badajoz y con Lady Frances era más fácil entenderse que con la Señora de Quintana. Sólo estaba por ver si el «qué dirán» le traía tan sin cuidado como a la noble dama española.

París, Londres y Bruselas, sábado 15 de abril

Tuvo que ponerse muy serio para que Caulaincourt le diese a leer la carta. Méneval explicaba, o eso decía su ministro, que los sentimientos de la emperatriz parecían haber cambiado, así como su persona, pues ganaba peso en cuantía perceptible. Él desdeñaba el cotilleo, empezando por el tonelaje de su esposa; más le interesaba la razón por la que Caulaincourt se resistía con tanto empeño a que leyera por sí mismo. Cuando lo hizo comprendió: la emperatriz había perdido la cabeza por su administrador-custodio. Una vez aceptada la noticia, dio por terminado el despacho con su compungido ministro. Le apetecía evocar sus esponsales con Marie-Louise, a la que había supuesto feúcha y poca cosa, para encontrarse con un pedazo de mujer en absoluto inhibida. Descubrirla tan relajada y amistosa en el palacio de Compiègne fue toda una sorpresa; tanto, que le asaltaron unos invencibles deseos de consumir sobre la marcha. La sonriente archiduquesa, esposa suya sólo por poderes, le sorprendió al responder que, por ella, trato hecho, aunque no sin que antes viniese un sacerdote. Ante tan irresistible combinación de coquetería y firmeza no dudó en aceptar las estrictas condiciones, enviando a Bertrand por el cura más próximo. Regresó con uno en media hora, el tiempo que necesitó la cuasiemperatriz para cambiarse de ropa. El aprensivo sacerdote no debió esperar más de cinco minutos, lo mismo que necesitó hasta despedirse, pues las órdenes imperiales fueron claras: prescindir de todo lo que no sea imprescindible. Nunca un trabajo tan breve fue mejor recompensado: el buen hombre, por dos preguntas, una declaración apresurada y una bendición, regresó a la rectoría de Compiègne tanteándose bajo la sotana una bolsa rebotante de napoleones.

Sus primeros meses con Marie-Louise fueron los más excitantes de su vida. Le hacía cumplir con el débito matrimonial a cualquier hora, en cualquier lugar, incluso forzándole a interrumpir audiencias. Él no protestaba; en realidad, se mostraba encantado de la vida. Por entonces atravesaba todas las plenitudes: la física, la intelectual, la política y la militar. También, y por qué no, la sensual.

Marie-Louise era una tan perfecta Erzherzogin von Habsburg-Lothringen que al año de ser *l'Imperatrice* ya era la madre de su primer hijo legítimo —de los otros tenía uno seguro y otro probable—, lo que hizo saber a fuerza de cañonazos. Habría hecho mejor si a continuación se hubiese dedicado a disfrutar de la vida, y no a invadir Rusia. En aquella primavera de 1815 sería un emperador en paz con todo el mundo y al frente de la nación más próspera del orbe, vería crecer a su hijo y alguno más que habría venido tras él, y sería, en fin, un hombre feliz. El mayor error de su vida fue no dejarse llevar por el instinto. De haber seguido su consejo no se le congelaría el alma de saber que su dulce Marie-Louise, la más juvenil soberana europea, la más sensible y bondadosa, lo que no le impedía comportarse sobre las sábanas como la más entusiasta, cochina y viciosa de las putas de París, sólo tenía

ojos para un conde austríaco tan cuarentón como él, y encima tuerto.

Tras encogerse de hombros se concentró en la siguiente audiencia: Constant, el ideólogo liberal que, gracias a un asombroso sentido de la oportunidad, se había despachado contra él con un editorial violentísimo, sin saber que al día siguiente lo leería en Les Tuileries. En realidad no lo leyó, por tener cosas más graves que hacer, pero Fouché lo leía todo, incluyendo ese *Journal des Débats* que no compraba nadie. A juicio de su artero ministro, si Constant publicaba esas cosas era por padecer una personalidad infantiloidenarcisista, las cuales poseen el don de ser muy manipulables. Así, ayudado por el general Horace Sébastiani y por Joseph Bonaparte, que tenía buena prensa entre los liberales, tanteó su disposición para concebir una obra que le haría pasar a la posteridad. Con eso y con la insinuación de una gran suma le dejó deseoso de colaborar; así lo explicó a l'Empereur tras decirle que había encontrado un gran redactor. Para conservar el trono era necesario juntar en una sola institución la democracia inspiradora de la Revolución con el orden y la prosperidad del Imperio, y —lo más difícil— que los franceses lo creyeran. Una nueva constitución de corte liberal, que garantizase un gobierno democrático, cerraría ese frente, de modo que sin más reflexiones mandó que viniese Constant. Él solo. A la hora de seducir, la intimidación era inexcusable.

Constant, muy nervioso, comenzó a relajarse al ver que l'Empereur y él estarían a solas. Al término de las tres horas en que discutieron lo divino, lo humano, la historia clásica, la reciente, la Convención, el Terror e infinidad de tonterías más, estaba deslumbrado. Se veía frente a un Napoleón distinto, en absoluto autocrático. Sobre su íntimo temor, ser encarcelado por su incendiario artículo del *Journal des Débats*, se tranquilizó al saber que al Emperador le había gustado mucho, que sus reflexiones eran justas y honradas, además de valientes, y que para su desgracia tenía pocos que le hablaran con sinceridad y llamasen a las cosas por su nombre; por eso había vuelto a contar con Fouché. Necesitaba hombres competentes que le dijeran la verdad, y no lo que suponían que querría él escuchar. Tras aquello no le quedó más opción que aceptar, tras asegurarle l'Empereur que su obra no sería censurada ni cercenada. Convinieron que era un trabajo que debía realizar una comisión integrada por el propio Constant —era diputado y las cámaras no se habían disuelto—, Cambacérès, Maret, Merlin, Boulay, Carnot y Regnault, a los que l'Empereur, en una deslumbrante muestra de resolutiveidad, convocó sobre la marcha. Desde aquel momento, concluyó, él y Constant se verían todos los días a fin de avanzar a toda velocidad, pues quería un texto definitivo antes del 20 de abril.

A la hora de cenar estaba de un humor mejor de lo usual. Influyó la constatación, dada por Carnot y Fouché, de que Francia estaba pacificada. Las revueltas, sofocadas. Los revoltosos, encarcelados. Sólo hacía falta darlo a conocer. Al siguiente mediodía, una salva de tres cañonazos haría saber en las principales ciudades de Francia, o al

menos allá donde llegara el telégrafo, que reinaba la paz.

El boletín militar de aquel 15 de abril contenía el nombramiento del Lieutenant-General Sir Henry Paget, Earl of Uxbridge, como jefe de la caballería del Army of the Low Countries, así como su posición de segundo jefe de la fuerza. Uxbridge, Wellington era el primero en reconocerlo, poseía capacidad y maestría suficientes para la primera función. El modo en que cubrió la retirada del ejército hasta Corunna, librándolo dos veces de una total destrucción, una en Sahagún y otra en Benavente, por sí mismo garantizaba que contaría con un buen comandante para su caballería. Si bien tenía en él plena confianza profesional, se alzaba entre los dos un episodio de naturaleza personal que le había llevado no sólo a ignorarle, sino a rechazar presentarse allá donde Uxbridge hubiera sido invitado, sobre todo si acudía con su esposa. El que York se lo hubiese impuesto tenía que ver con eso, no le cabía duda, pero no le importaba demasiado; tenía experiencia en trabajar con gente que no le agradaba, y sabía muy bien cómo diferenciar la relación profesional de la personal.

El boletín también traía el del Colonel Sir William-Howe De Lancey como Deputy Quartermaster-General. Al interesado no le hacía ninguna gracia pese a la lealtad que pudiera sentir por Wellington, que según algunos era total y según otros no tanto. Su amargura no sólo tenía que ver con ser sacado de los brazos de su apasionada esposa, la cual, si bien llegó al matrimonio en un estado por completo virginal, en los doce días que llevaban sin apenas salir del lecho había progresado muchísimo. Sucedió que aquel era el mismo puesto que tuvo en el ejército peninsular a las órdenes de Sir George Murray, gran amigo de Wellington y próximo a regresar de Canadá. Su posición, entendían él, su mujer y sus suegros, era desairada. Cuando menos habrían debido ascenderle a Major-General, y en buena lógica deberían designarle Quartermaster-General, pues si las predicciones sobre la brevedad de la campaña se cumplían, el peso de las operaciones recaería íntegramente sobre su persona. Pese a todo emprendió el camino de Bruselas, donde una vez consiguiera casa se le reuniría su esposa; era ése uno de los escasos privilegios que pudo arrancar, ya que solamente los generales tenían derecho a llevarse a sus familias y a hospedarlas por cuenta de Inglaterra.



Sir William Howe DeLancey, por Lady Magdalene DeLancey

El recién llegado despacho de Cevallos contenía la renovación de su carta de crédito ante la filial en el VKN de la banca Baguenault, la preferida del servicio exterior español. Un alivio, porque hasta el momento había logrado subsistir sin echar mano de sus bienes, o de la generosa dote de Loreto, cuya carta de pago, por valor de ciento veinticinco mil reales, había dejado firmada en Vitoria con fecha 10 de febrero, junto con el apoderamiento a su cuñado Diego Manuel de Arriola y Esquivel para que se ocupara de su administración mientras él siguiera «destinado a países extranjeros», pero de no recibir fondos oficiales no le quedaría otra que recurrir a los suyos propios, y de ningún modo deseaba financiar la diplomacia de Don Fernando. Por lo demás, sólo un par de asuntos se salían de lo usual. El primero trataba de la recuperación del tesoro artístico que Bonaparte y sus mariscales afanaron en los distintos museos, palacios, iglesias y monasterios saqueados a lo largo de cinco años de total desvergüenza; Cevallos esperaba de sus buenos oficios que, cuando llegara el momento, Wellington ayudase a recuperar lo que se pudiera localizar, empezando por los noventa y seis cuadros de la Real Academia de San Fernando guardados en el Louvre. El otro era la necesidad de conseguir que Inglaterra no apoyase los levantamientos criollos en las colonias americanas, a cambio de permitirle comerciar con ellas, cosa que, por otra parte, los ingleses ya venían haciendo desde que Lord Jervis acabara el 14 de febrero de 1797 con la escuadra del teniente general José de

Córdoba. «Pues bueno», se dijo Álava con amargo fatalismo. Los reyes españoles jamás comprendieron que mantener un imperio sin una gran flota era tan inviable como mantener la tal flota sin suficiente provisión de marinos profesionales, bien adiestrados, mejor pagados y libres de las estúpidas supersticiones que habían puesto la escuadra perdida frente al Cabo San Vicente a las órdenes de un inútil como Córdoba. Su corazón de marino había sollozado muchas veces por el horrible destino de la Marina Real, desde los tiempos de Medina Sidonia mandada por ineptos meapilas de apabullantes apellidos. Parecía mentira que una fuerza en la que mostraron sus torrotitos hombres como Blas de Lezo, Roger de Lauria y Álvaro de Bazán se viera como se veía, incapaz de proteger un imperio al que le quedaban cuatro días de ser español. Lamentable, pero carecía de sentido expresar sus sentimientos de marino frustrado. La petición de Cevallos era inútil, pues conocía el punto de vista de Wellington: «da igual que nos dejéis o no, porque sin flota no podéis impedir que lo hagamos; el imperio lo perdisteis cuando dejásteis de ser capaces de protegerlo; mejor haríais si aceptarais la situación y comenzarais a entenderos con vuestros criollos en condiciones de igualdad». Él pensaba lo mismo, pero jamás lo podría decir a Cevallos, y menos a Fernando. Suspirando con pesar se concentró en el *Journal Universel*, un periódico impreso en Gante, dirigido por Chateaubriand y que se había traído tras visitar al rey Louis la tarde anterior. Le recibió sin prisa por acabar, demostrando así lo mucho que se aburría. Se quejaba de casi todo, empezando por sus incondicionales; intentaban animarle, aunque sin decirle nada de interés. Echaba de menos los lúcidos análisis de Talleyrand, un hombre al que no veneraba pero al que había escrito varias veces, pidiéndole que, una vez concluyeran sus obligaciones en Viena, se reuniera con él. Le sabía más inteligente que los restantes miembros de su Conseil Privé, comenzando por Blacas, del que todo el mundo echaba pestes y con el que nadie quería trabajar, lo cual le apenaba porque no podía ser más leal, y acabando por Chateaubriand, a quien despreciaba tiernamente, al punto de recomendar al que declaraba «encantador ministro Álava» —le agradecía que hubiera venido a visitarle de *motu proprio*— que «cuide usted de no admitir jamás un poeta en sus asuntos, pues esa gente no sólo no vale para nada, sino que acaba echándolo todo a perder». Un consejo que agradeció, pese a que fuera innecesario, ya que los poetas le aburrían; para bien o para mal él era un marino, un guerrero; un hombre de acción, en suma.

Debería vestirse para cenar. Su invitado era el Lieutenant-General Sir Charles Alten, quien prefería ser Generalleutnant Carl-August, Freiherr von Alten, pues pese a llevar doce años combatiendo por Inglaterra no se había vuelto inglés. Llevaban año y pico sin verse, desde Toulouse. Hasta el día de Vitoria era un compañero más, como cualquier otro jefe de brigada. Desde ahí pasó a deberle que Vitoria no fuese saqueada, quemada y sus habitantes pasados a cuchillo. Era el comportamiento

habitual de las tropas británicas cuando «liberaban» una ciudad; lo conocía tan de sobra que durante la batalla se mantuvo junto a Wellington, para en el momento de ver que la victoria era segura pedirle un regimiento con el que ocupar Vitoria e impedir que acabara como Badajoz. Wellington le autorizó a llevarse a quien quisiera, y él eligió el 1.º de húsares de la KGL, convencido de que su sentido de la disciplina, cien por cien alemán, les haría renunciar al pillaje. Alten, que conocía bien a su gente y no la valoraba tanto como él, le respaldó el resto del día cortando en seco cualquier asomo de desmán, pues a sus disciplinados mercenarios les fastidiaba no poco saberse sin botín mientras que sus compañeros se ponían las botas con el convoy abandonado del rey José.

Llevado de la nostalgia recreaba lo sucedido esa tarde memorable, cuando al frente de ochocientos alemanes tomó posiciones en las plazas y las calles de Vitoria. Una hora después llegó Wellington en persona, conduciendo una de sus unidades *d'élite*, la brigada de dragones de la Household Cavalry. Él, ya más tranquilo —la espera se le hizo eterna—, le recibió en la Puerta de Castilla. No estaba solo, porque se le unía la preocupada corporación municipal y unos cuantos angustiados notables, pese a sus vociferadas advertencias de cerrar puertas y ventanas, «que los que vienen son peores que los que se han ido». Juntos y en comitiva, Wellington y él recorrieron la ciudad entre vítores, hasta llegar al caserón de los Esquivel, donde Loreto, sus futuros suegros —Don Javier y Doña Leonarda— y el resto del clan, asomados a los balcones, aguardaban exultantes. Wellington, tan irreprochable como siempre que decidía ser irreprochable, presentó sus respetos en alta voz, sin desmontar y ante la general admiración de la multitud, para después seguir hacia Santo Domingo y regresar al campo de batalla. Él prefirió seguir en Vitoria, pese a que con las calles tomadas por los húsares de Alten y los *Blues & Royals* ningún cabrito de los muchos que padecía el ejército de Wellington osaría mover un dedo. Fue, sentía emoción al evocarlo, una noche de las que no se olvidan. La batalla fue una gran victoria, pero las ansias de saqueo de las desmandadas tropas, a la vista de la cueva de Alí Babá que para ellos era el convoy de mil cuatrocientos carros cargados con las más inverosímiles riquezas, amén de con docenas de llorosas *femmes de champagne*, no pocas acompañadas de sus hijos putativos —«burdel ambulante», lo definió Wellington—, fueron demasiado poderosas para que los oficiales las pudieran contener, quizá por ser los primeros en lanzarse sobre las piezas de mayor valor. A eso se debió que no persiguieran a los franceses, pese a que huían despavoridos. Wellington habría podido hacerles cincuenta mil prisioneros, acabando así la guerra en España y despejando el camino de París. Las consecuencias de aquel saqueo intempestivo le ponían de un humor de perros, si bien, y gracias a ser asombrosamente dueño de sus emociones, no lo pagó con quienes de ningún modo lo merecerían. Se limitó a estar un tanto sombrío en la cena que celebró con su estado

mayor y los jefes de sus cuatro columnas (Hill, Beresford, Dalhousie y Graham), para tras eso, y en su compañía y la del Prins van Oranje-Nassau —y su escolta, y su valet, y su cocinero, y sus sirvientes personales; los desplazamientos del marqués de Wellington, que sólo fue duque después de Toulouse, rara vez implicaban a menos de cincuenta hombres—, regresar al palacio de los Álava, cuya servidumbre y la de los Esquivel habían acondicionado a toda prisa, para dormir allí esa noche y la siguiente.

Si aquel día fue de los que no se olvidan, el siguiente aún fue mejor. Rodeado de los suyos, aclamado por las multitudes, en la orgullosa compañía de Loreto, que aquella jornada se mostraba más enamorada que nunca, fue sin duda el más feliz de su vida. De ahí lo patético de su destino: un año después era un maleante sospechoso de traición y encarcelado preventivo, y si se había librado de tan injusto destino fue gracias al hombre más providencial de su vida, se decía mientras elegía su mejor casaca. Quería estar bien para Sir Charles. Se lo debía desde Vitoria.

Viena, París y Bruselas, jueves 20 de abril

Lord Cathcart no era demasiado viejo, pero aquella noche no podía con su alma. El día comenzó para él con la noticia de que Murat y Bianchi se habían visto las caras en el Po, haciendo tablas. No eran buenas noticias para Inglaterra, pues cuanto más tardara en liquidarse la locura de Murat más fuerzas distraería Schwarzenberg de la causa común y la guerra contra Boney se demoraría más de lo tolerable para las finanzas británicas. Las instrucciones de Castlereagh eran categóricas: cerrar aquel ya inútil congreso y convencer a Metternich y al Zar de avanzar sin demora contra Bonaparte. Fácil de decir en la lejana Londres, pero Castlereagh debería recordar que allí, en Viena, cada cual tenía sus intereses, y los de Zar y los de Metternich no eran compatibles con las prisas. Le gustase o no a Castlereagh, la guerra quedaría para Wellington y Blücher, pues ni Schwarzenberg ni Barclay de Tolly dispararían un cañonazo mientras no tuvieran la certeza de que Bonaparte sería incapaz de devolvérselo. A sus cansados ojos militares —seguía siendo un general, pese a que Inglaterra le prefiriese de diplomático—, la Séptima Coalición era un espantajo. Salvo Inglaterra y Prusia nadie tenía deseos de pelear, de lo que Boney debía de estar al corriente; a eso se debía que tampoco él se diera prisa.

La primera reunión fue con el duque Friedrich-Wilhelm von Braunschweig-Wolfenbüttel, un incondicional aliado de Inglaterra que aceptaba unir sus regimientos al Army of the Low Countries. Lo habían negociado días antes y lo firmarían en ese momento, lo que irritaría no poco a Hardenberg, ya que los Braunschweig-Wolfenbüttel antes luchaban bajo colores prusianos, al punto que Karl-Wilhelm, el padre del duque, mandaba el ejército que se midió con Davout el aciago día de Auerstädt. Blücher quería que los *brunswickers* volvieran a unirse a las fuerzas prusianas, pero el duque había combatido en la Península —donde los guerrilleros le llamaban *Duque Negro*, a causa del uniforme negro con calavera en los chacós que vestían él y sus hombres— bajo los colores de Wellington, y las guineas inglesas le inspiraban mas simpatía que las tradiciones familiares.

Tras esa reunión vendrían dos más. La primera sería con los agregados militares de las legaciones austríaca, prusiana, rusa e inglesa, para revisar los planes de operaciones desarrollados por los respectivos estados mayores. Los de Wellington y Gneisenau perseguían lo mismo, invadir Francia con una fuerza tan descomunal que nada se le pudiera oponer, aunque se hacía evidente que terminarían por colisionar, pues los dos pretendían llegar a París antes que los demás. Cathcart no intentó defender los puntos de vista británicos; dado que tras el descubrimiento del tratado Talleyrand-Metternich-Castlereagh la posición de Hardenberg era irreductible, sólo cabía pedir que los cuatro ejércitos rompiesen marcha el mismo día, dejando a la destreza de sus comandantes llegar antes que los demás. Eso fue lo que finalmente se acordó: las hostilidades comenzarían el 1 de julio.

La segunda reunión era diplomática. Los agregados no se marcharon, aunque su papel era secundario, pues los protagonistas subían al nivel superior: Metternich, Nesselrode, Hardenberg y él mismo. El propósito era decidir en cuáles ejércitos se integrarían los contingentes de los estados alemanes interesados en participar. Hardenberg insistía en que todos salvo Hannover deberían formar bajo bandera prusiana, de forma que se mantuviera la necesaria unidad idiomática. Nesselrode se oponía, recordando que los ejércitos prusianos no eran los únicos que hablaban alemán; un error, pues Hardenberg le machacó al recordarle que si un problema tenía el de Schwarzenberg era que sus tropas hablaban húngaro, checo, bosnio, croata e italiano, y alguna lengua más que no recordaba. Metternich, por su parte, no decía nada; era como si aquello no fuera con él. Quien sí habló fue Cathcart, y con cierto grado de autoridad moral, el que le daba ser el único militar de los cuatro. Según explicó, los ejércitos de todos esos pequeños estados tenían una larga tradición de luchar asociados a otras potencias, de modo que sabían entenderse con sus mandos en idiomas que no eran los suyos sin que tal cosa perjudicase su efectividad. Partiendo de aquello, su opinión era que convendría conocer las preferencias que manifestase cada uno, y aceptarlas salvo en caso de inconvenientes muy graves. Ni a Metternich ni a Nesselrode aquello les parecía mal, pero Hardenberg se opuso; en su opinión, Cathcart contaba con que al ser Inglaterra la potencia más adinerada, la tendencia natural de todos aquellos pequeños estados sería inclinarse por quien mejor pagara, lo que al final redundaría en una merma de la operatividad general, y también, por qué no decirlo, en una disminución de los subsidios comprometidos por Inglaterra cuando reconoció no estar en condiciones de aportar los ciento cincuenta mil hombres comprometidos en las primeras sesiones. Aquello, terció Metternich, ya se había discutido sin llegar a ningún acuerdo, al punto que ya no había margen para seguir hablando, de modo que no quedaba otra que iniciar una especie de puja para determinar quién se quedaba con quién, bajo qué condiciones y a cuáles precios. Hardenberg seguía oponiéndose, pero tras quedarse sin el apoyo de Rusia, que al contar con cuatrocientos mil soldados en aquello nada le iba, se vio forzado a transigir. Al cabo de un largo forcejeo se acordó que al Ejército Austríaco del Alto Rin (Oberrheinarmee) se incorporarían los de Baden, Bayern, Württemberg, Hessen-Darmstadt, Frankfurt-am-Main, Liechtenstein y los principados Hohenzollern, lo que totalizaría sesenta y cinco mil hombres. Al Army of the Low Countries se añadirían los de Braunschweig-Wolfenbüttel, Hannover y Nassau, lo que supondría unos veinticinco mil. Por último, el Niederrheinarmee recibiría los de Sachsen, Mecklenburg-Strelitz, Mecklenburg-Schwerin, Thuringen, Hessen-Kassel —para contrariedad de Cathcart, que había presionado al Elector para que uniera sus doce mil al Army of the Low Countries; Wellington habría llegado más lejos en aquella peculiar negociación, pero Cathcart sobornaba mal; era una de las suertes

diplomáticas que menos dominaba, lo cual significaba que nunca triunfaría en tan dura profesión—, Schwarzburg, Anhalt, Waldeck, Lübeck, Hamburg, Oldenburg, Reuß, Lieppe-Detmold y Lieppe-Schaumburg, totalizando treinta y nueve mil. Se integrarían en el Norddeutsche Bundeskorps, salvo los contingentes procedentes de las provincias septentrionales de Sachsen; al pasar a ser prusianas sus soldados también serían prusianos, y por tanto se unirían al Niederrheinarmee; fue una declaración tan irrelevante y merecedora de un «pues bueno» que nadie hizo comentarios. Ellos —Blücher y Hardenberg— sabrían.

No era un mal reparto, se decía Cathcart. Le dolía no haber conseguido las brigadas Hessen-Kassel, las únicas en las que Wellington tenía interés; más disgustado estaba Hardenberg, que se tomaba como una ofensa personal el que Braunschweig-Wolfenbüttel prefiriese Wellington a Blücher y que Bayern, en el último instante, optase por Schwarzenberg. El que parecía satisfecho era Metternich. De los ciento veintiocho mil en disputa se llevaba la mitad sin levantar la voz, sin descomponerse y sin mostrar otra cosa que una estudiada displicencia. Esa era, reconocía Cathcart, la diferencia entre un diplomático de raza y los aficionados voluntariosos que, a fin de cuentas, eran Hardenberg y él.

Hacía ya tres días desde que se trasladase a l'Élysée, un acogedor palacete construido para la marquesa de Pompadour y que hasta 1810 perteneció a Murat. Les Tuileries se le venía encima. En sus desiertos corredores sólo quedaban soldados toscos y aburridos, algunos políticos serviles y, lo peor de todo, multitud de fantasmas. En l'Élysée también los había, pero eran amigables, como el de Eléonore Denuelle, la *lectrice* favorita de Joséphine. L'Élysée fue su guarida de amor, gracias a la complicidad de su hermana Carolina, que no sólo amparaba el adulterio imperial por un lógico sentimiento de solidaridad fraternal, sino porque nunca pudo soportar a la vieja, estéril y engreída criolla. Unas tardes, aquellas de «despachar con Murat», que le habían dejado uno de sus escasos fantasmas vivientes: el primero de sus hijos, el conde Mâcon de Léon, nacido a finales de 1806 y al que no dudó en reconocer pese a que, según su hermana, las costumbres de la *lectrice* no tenían nada de monógamas.

Volvió los ojos al texto constitucional. Se preguntaba cómo lo tomarían sus ministros, ante los que Constant lo defendería una hora después. Su constitución, que algún irónico denominaba *Benjamine*, era breve: 67 artículos frente a los 76 de la *Charte Octroyée*. Aun así, se daban un aire. La *Benjamine*, decía Bassano, era una *Charte Octroyée* más lacónica, en mejor francés y sólo distinta en las definiciones de legitimidad y en el establecimiento del sistema de doble cámara, lo que daría lugar a murmullos. La baja, elegida por sufragio popular, constaría de 629 diputados. La otra, de designación imperial, estaría constituida por un número indefinido de pares

vitalicios, tantos como a l'Empereur le viniera en gana. En teoría no estaba mal, pero Bassano encontraba difícil que la opinión pública se resignase a imitar el sistema de su enemiga irreductible. A él todo eso le daba igual. Si algo le inspiraba la *Benjamine* era un mortal hastío. Le atraían más los datos de producción. Francia trepidaba. El país al completo trabajaba para la maquinaria militar. Cada día las maestranzas producían mosquetes por millares, municiones a toneladas y cañones por docenas; las sastrerías cosían uniformes por centenares y mantas por miles, los requisadores no dejaban en las granjas un caballo que tuviese más de cuatro años y menos de trece, y lo mismo sucedía con las yeguas infértiles o que ya no sirvieran para criar. Las zapaterías cosían botas por centenares, el forraje se acumulaba por montañas y los artesanos del cuero se afanaban en suministrar los millares de sillas y de arreos que reclamaba Davout. La construcción de carromatos no paraba ni de noche, las forjas fabricaban sin cesar sables, lanzas y bayonetas, y la industria de la salazón se olvidaba de sus clientes, volcada en preparar conservas para las tropas. Francia, en suma, era un país en guerra. Sus enemigos no tomaban medidas similares. Inglaterra seguía con su parsimonia de siempre, Wellington pasaba su tiempo de fiesta en fiesta, más preocupado por las esposas de sus oficiales que por la eficacia de sus batallones, el ejército ruso vagaba por las riberas del Niemen sin que su Zar cesara de bailar a todas horas y Schwarzenberg demostraba que seguía siendo insuperable a la hora de justificar lo despacio que iba todo. Sólo el implacable Blücher ocupaba posiciones de ataque. Le conoció a finales de 1806, cuando capituló en Ratekau, herido, agotado, sin víveres y sin municiones. Conocía su historia de mercenario al servicio sueco, capturado y seducido por Friedrich der Große y desde ahí prusiano absoluto. Bebedor, jugador, mujeriego, blasfemo, indisciplinado, violento, brutal, pero capaz de arrastrar tras de sí a *corps d'armée* completos. Su valentía personal, que le hacía cargar al frente de sus húsares como si fuera un tenientillo, constituía por sí misma la mejor arenga imaginable. A eso se debió que le trajese a su presencia. Pretendía ganárselo, como había hecho con no pocos enemigos que tras verle y escucharle se pasaron a su bando no ya convencidos, sino seducidos, pero con él no tuvo éxito. Aquel salvaje respiraba odio por todos sus poros. Su mirada, despeñada desde las alturas de la cuarta que le sacaba, era inequívoca: un día te atraparé, y ese día te fusilaré. A eso se debió que lo canjearse por Perrin pocas horas después. Un error del que se arrepentía muy sinceramente. Le vio tan viejo —ya tenía sesenta y cuatro— y a su país tan de rodillas, que de ningún modo pudo imaginar que seis años después sería su enemigo más implacable. A la vuelta de dos meses le tendría enfrente, como en la docena larga de batallas que habían luchado desde la primavera de 1813. Lo que más le intrigaba era que, siendo tan alocado como era, pues con sus propios ojos le había visto un año antes cargar contra sus lanceros al frente de sus ulanos, mantuviera su ejército en el orden pasmoso que mostraba. Su estado mayor debía de ser eficaz.

Tanto como una vez lo fuera el suyo. Berthier. Quizás hubiera noticias. Hizo llamar a uno de sus *aides-de-camp* para que se llegase a la presencia de Caulaincourt y le preguntara qué había de nuevo. Si algo ansiaba era el regreso de su mano derecha. De no contar con él sólo le quedaría Soult, y no era una idea que le agradase. Soult sabía maniobrar y retirarse con pocos daños, pero esas habilidades no eran las que necesitaba en el hombre que debería complementarle. Además, no confiaba en él. Por desdicha, no quedaban muchos en quienes pudiera confiar.

El día empezaba bien, se decía Wellington: Schwarzenberg le hacía saber que Su Majestad el Kaiser había comisionado^[133] al Freiherr Karl von Vincent en el Army of the Low Countries. Vincent era un general de ascendencia florentina, de una cierta edad (cincuenta y ocho años); había sido el último gobernador de las provincias flamencas y valonas, gracias a lo cual conocía bien a los indígenas. Más que un militar era un diplomático —lo demostró regalándole algo de primerísima utilidad: uno de los pocos ejemplares no simplificados del extraordinario mapa Ferraris,^[134] el mejor de los que describían los presumibles campos de batalla de la guerra que se avecinaba y que al momento dio a copiar a sus cartógrafos; si Boney emprendía el camino de Bruselas cruzando el Sambre por Charleroi o Maubeuge, lo cual era más probable, los combates tendrían lugar en un área históricamente machacada por enfrentamientos a cual más sangriento;^[135] la cartografía de Flandes y Valonia era tan escasa como imprecisa, y de ahí que no sólo agradeciera el magnífico detalle del exquisito Generalleutnant, sino que al momento enviase un mensaje a Cathcart, pidiéndole que hiciera lo posible por conseguir que Vincent fuese destinado a su ejército— y un administrador, aunque lo que a Wellington le interesaba, más que su sabiduría profesional, era su conocimiento del país. La sospecha de que Bonaparte organizaba una sublevación —cuatro de cada cinco valones preferirían un lejano emperador francés a un cercano sátrapa holandés— era de las cosas que más le quitaban el sueño, dentro de lo difícil que resultaba quitárselo.

Liquidado el correo se concentró en su *intelligentzia*. Gracias a lo bien que pagaba poseía informadores no ya cerca del poder, sino en el mismísimo Poder, como Fouché, que si bien era el situado más arriba no era el único en trabajar para él. Sus agentes habían comprado funcionarios en cantidad suficiente para que cada mañana supiese qué había cenado Boney tres días antes, el tiempo que necesitaban los correos para llegar a Bruselas. Bonaparte sabía lo imposible de sellar los varios miles de kilómetros que totalizaban las fronteras de Francia, de modo que las había dejado abiertas. No debía preocuparle, pues la información sin duda fluía en las dos direcciones; si de algo estaba dolorosamente seguro era que por cada uno de sus agentes en París Boney tendría diez en Bruselas.

Su segunda red era civil-militar. La dirigía Colquhoun Grant, un escocés veterano de la Guerra Peninsular que dominaba un arte rarísimo: sobrevivir en territorio enemigo uniformado de teniente coronel inglés —cubierto por un gabán, eso sí—, observando movimientos de tropas y consolidando información aportada por una red de civiles a los que rara vez compraba con dinero —sabía identificar a los motivables por patriotismo, venganza u odio— y por una de oficiales que también vestían casacas rojas, aunque no por excentricidad, sino para evitar, como él, ser colgados si los capturaban.

La última era militar. Las patrullas de la 3.^a recorrían de continuo la frontera, pendientes de los movimientos enemigos. Así conocía con cierta precisión el despliegue de l'Armée du Nord. El de aquella mañana no señalaba peligros inminentes; las patrullas, que llegaban a Valenciennes por el oeste y Dinant por el este, no detectaban concentraciones capaces de poner al Army of the Low Countries en estado de alerta. Podía, pues, mantener su tranquilo ritmo de despliegue. Si el tiempo no empeorase, y el tráfico entre Dover y Oostende se mantuviera en sus cotas habituales —un barco cada día, que podía ser el *Griffon*, el *Salus* o el *Wensleydale*, cada uno capaz de transportar medio batallón, una batería o un escuadrón—, a mediados de mayo contaría con todos sus efectivos. Sumarían cien mil hombres. Sumados a los ciento veinticinco mil de Blücher serían doscientos veinticinco mil, unos veinticinco mil menos de los que movilizaba Boney para cubrir el conjunto de Francia, o eso decía Fouché. De ahí que fuera urgente conseguir que distrajera unas cuantas divisiones, pues si pudiese alinear todos contra él y Blücher lo probable sería que venciese. La cantidad de hombres quizá fuera la misma, pero los de Boney eran excelentes. Los prusianos eran desastrosos, por inexpertos y mal equipados. Los suyos no eran mucho mejores; un tercio de sus ingleses carecía de la mínima experiencia, igual que los *hanoverians*, y la posibilidad de que los holandeses y los *nassauers* cambiaran de bando era considerable. Su coordinación con Blücher era deficiente por falta de oficiales prusianos que hablaran francés, y no era mucho mejor la que tenía con sus unidades del VKN. Era, en fin, un panorama de preocupar. Si no consiguiera reducir en cien mil hombres el tamaño de la horda de Bonaparte, Blücher y él lo iban a pasar mal.

Ése sería el problema de los próximos días, pero no el de aquél. Pensaba salir de picnic con Lady Frances, formalmente para revistar los alojamientos de las unidades recién llegadas, aunque lo cierto era que no pensaba visitar ni uno. Tenía derecho a un día de asueto, siquiera de vez en cuando.



Sir Colquhoun Grant

París, Bruselas y Lieja, martes 25 de abril

La prensa comentaba el *Acte Additionel aux Constitutions d'Empire*, publicada tres días antes en el *Moniteur*. Lo que más comentarios provocaba era el plebiscito que se debía celebrar el 14 de mayo, donde la ciudadanía decidiría si aceptaba o no la *Benjamine*. Fouché contaba con una gran abstención; el pueblo, sobre todo en las regiones de mayor implantación religiosa y por tanto más inclinadas al *ancien régime*, se mostraba saturado, como si pensara que aquella nueva carta magna —la octava en veinticuatro años— era una nube de humo tras la que *Père la Violette* —uno de los apodos del Emperador— pretendía ocultar el fantasma de una guerra que, como la última, sería luchada en terreno francés. Entre los próximos a Napoleón no eran pocos los que insistían en que se dejara de irrelevancias y aplicara la ley marcial. L'Empereur les daba la razón, pero temía que una postura tiránica le condujese a una campaña tras otra, de modo que acabara claudicando ante fuerzas incontenibles. Con ese barniz demócrata no sólo acallaría las voces indígenas, sino que dividiría las opiniones enemigas, pudiendo quizá conquistar una tregua en la que apoyarse. De ahí que hubiese aceptado las bobadas de Constant, incluso la que más le fastidiaba, la supresión del derecho ejecutivo a incautar los bienes de los discrepantes, gracias al cual había financiado buena parte de sus campañas. Si debía sacrificarlo en el altar de la consolidación, pues adelante. Pasaría por todo con tal de mantenerse.

Aunque daba por perdida la batalla diplomática —los comunicados de Viena y de Londres así lo hacían ver—, aún quedaba un último recurso. Sus enemigos eran cinco: Alexander, Talleyrand, Metternich, Liverpool y Castlereagh. Había más, muchos más, pero eran de segunda, incluyendo a Wellington, que jamás iría contra lo que dijera Liverpool. La fuerza de la Coalición residía en la unión que mantenían, y aunque su aspecto fuera indestructible dos de sus miembros eran los más completos sinvergüenzas del planeta. Si lograra resquebrajar su alianza granítica bien podría suceder que los otros se pensarán si seguir o no adelante. Se trataba, pues, de hacer la luz en sus cerebros con la única luminaria capaz de alumbrar las tinieblas más oscuras: el dinero. Había tenido a Metternich los suficientes años en su nómina para dictaminar que su voluntad era cualquier cosa menos inflexible, y en cuanto a Talleyrand no sólo le tenía por un ser carente de honestidad, sino en serios apuros económicos. Dada la situación de los dos, lo primero que necesitaba era un cierto número de mensajeros capaces de llegar a Viena, verse con los malnacidos y trasladarles una oferta que, salvo si se hubieran vuelto del revés, ninguno de los dos osaría rechazar. Sus hombres para la misión, de los que respondía Fouché, se llamaban Gowin de Stassart —holandés, antiguo prefecto de policía y chambelán en la corte del Kaiser—, Charles-Joseph de Flahaut —hijo de un aristócrata decapitado en el Terror, aunque se opinaba que su verdadero progenitor era el príncipe de Talleyrand; lo fuera o no, el joven Flahaut era inteligente, buen diplomático y

consumado seductor, siendo la reina Hortense su pieza más celebrada—, Casimir de Montrond —diplomático criado a los pechos de Talleyrand y experto en negociaciones oscuras— y Léon-Michel Saint-Léon —coreógrafo y bailarín que desde hacía muchos años figuraba en la nómina de Fouché; viajaba con regularidad entre París y Viena por razones artísticas en absoluto sospechosas, gracias a lo cual tenía fácil acceso a lo mejor de la sociedad vienesa sin por ello despertar las sospechas de nadie—. Bien, pues con aquellos cuatro debería obrar el milagro.

Una buena cosa de su ministro de Policía era que con él discutía lo vidrioso con toda facilidad, más incluso que con el rey de la especialidad, el príncipe de Bénévent. La diplomacia, para éste, consistía en discutir problemas gravísimos alrededor de una mesa de comedor, de modo que al llegar a la de conferenciar todo estuviera pasteado. Para Fouché significaba sangrientos degüellos en esquinas oscuras, planeados por conspiradores enmascarados en cavernas tenebrosas. Tratar con él de asuntos sucios resultaba descansado, por no haber necesidad de levantar una distancia moral, ya que Fouché los manejaba con la sencillez del que compra un kilo de patatas para cocinar un estofado; así, en diez minutos de charla relajada le autorizó a ofrecer a Metternich —por medio de Saint-Léon— diez millones de francos si hacía que Austria se inclinara por una política más acorde con los mutuos intereses de Austria y Francia. De Stassart y de Flahaut esperaba que convenciesen a Marie-Louise de que regresase a París. En cuanto a Talleyrand, Montrond podría garantizarle la recuperación inmediata de sus bienes si volviese a comportarse como un francés, más diez millones de francos si rompía la unanimidad de la Coalición. Tanto en el caso de Metternich como en el de Talleyrand, sólo sería cuestión de poner millones encima de la mesa, si las primeras cifras no bastasen. El problema era no contar con suficientes para dar por seguro que ambos aceptarían. Como alguna vez comentase la festiva Thérèse, «sinvergüenzas hay muchos, *mon petit gringalet*; lo que falta es dinero».^[136]

Los consuegros de la princesa de Chimay, los condes Narbonne-Pelet, decían que la promulgación del *Acte Additionel* señalaba el nacimiento de otro frente interior; tenían buena información sobre los levantamientos en el Midi y La Vendée, y el rumor de otro más en Bretaña y Normandía, encabezado por *chuanes*^[137] renacidos, estaba en boca de todo el mundo, igual que una nueva intentona de los duques de Angoulême, cuyos *verdets* parecían estar por todas partes. Su pesimismo se agravaba con el aspecto que presentaban las alturas de la ciudad, cada día más erizadas de cañones, los cuales no parecían apuntar a la lejana lontananza por donde verían llegar a Blücher, sino contra las plazas y las calles, como si el Prince d'Eckmühl contra quien de verdad se parapetase fuera contra unas turbas desatadas que se lanzaran sobre Les Tuileries a un compás tan alegre como pavoroso.

Ah! ça ira, ça ira, ça ira,^[138] les aristocrates à la lanterne!
Ah! ça ira, ça ira, ça ira les aristocrates on les pendra!
Si on n' les pend pas on les rompra, si on n' les rompt pas on les brûlera.
Nous n'avions plus ni nobles, ni prêtres, l'égalité partout régnera.
Et leur infernale clique au diable s'envolera.
Et quand on les aura tous pendus on leur fichera la pelle au cul!

Una letra que a la princesa no se le olvidaba, no sólo por haberla escuchado de continuo entre sus dieciocho y sus veintitrés, sino por cantarla en su salón para escandalizar a sus risueños amigos y encabronar al marqués de Fontenay. No quería volver a oírla, y menos aún verse arrastrada por las calles, destino usual de las princesas cuando la *canaille* abandona sus escondrijos. Dado que se quedaba sola, pues el ministro Caulaincourt había ordenado a su marido realizar ciertas gestiones en las cortes de Baden, Hessen y Württemberg, no había dudado en ordenar a sus doncellas empacar lo que se trajo de Chimay para la boda y el banquete. La última carta de Miguel, profetizando que Valonia sería el escenario de las primeras batallas, le preocupaba menos que la imagen de su colega de Lamballe, desnuda y sin cabeza, destrozándose contra las esquinas por donde los *sansculottes* la llevaban a presencia de la espantada Marie-Antoinette. Si Napoleón y Wellington se daban de garrotazos en el Hainaut, pues ya vería lo que hacía. De momento cualquier cosa era buena con tal de salir de París, la mejor ciudad del mundo, como decía el divertido Miguel, para marcharse de allí.

Había llegado días antes, con la novia, que desde la boda dejaría de ser Rose-Thermidor —nombre demasiado revolucionario para los rancios gustos de sus suegros; preferían llamarla Joséphine—, y Clemence-Thérèse. La ceremonia religiosa fue discreta, y no sólo porque los tiempos no eran los mejores para grandes eventos, sino porque su ex marido Jean-Lambert Tallien, orgulloso padre de la novia, era incompatible con los Narbonne-Pelet, cuya estirpe le debía numerosos guillotinos en los días en que competía con Robespierre por el título de *député* más sanguinario. Los Narbonne-Pelet tenían aquella boda por la última de las afrentas que les imponía la revolución del 89, pero no supieron oponerse a la obstinada determinación de su retoño, enamorado perdidamente de Rose-Thermidor. Fue un amor a primera vista, un flechazo del tipo contra el que no cabe argumentar, y a eso se debía el abatimiento de los escasos Narbonne-Pelet que se dejaron ver en el *hôtel* Chimay. Aun así fue una buena boda, se decía mientras se acomodaba con Clemence-Thérèse en el carruaje que dos días después las dejaría en Chimay. Lo pasó muy bien, sobre todo en el banquete. Ser el centro de atención seguía siendo lo que más le gustaba. Bueno, quizá no lo que más. Eso aún era «lo otro».

Era un hermoso día de primavera, el más soleado de los pocos que los bruselenses llevaban disfrutados ese año de lluvias torrenciales. «Nuestro clima es malo, pero no tanto; me pregunto si no será que nuestros apreciados visitantes, Dios los bendiga, se han traído el suyo con ellos», se disculpaba días antes un entristecido alcalde con el risueño Álava, tras asistir a una misa de Resurrección en la catedral de Saint Michel et Sainte Gudule. A que fuera una mañana tan agradable se debía que, tras despachar con su impresionado consejero en su oficina del cuartel general —no le asombraba ver tantos casacas rojas, sino que se cuadraran a su paso tan estrepitosamente como si fueran engendros mecánicos—, salieran a pasear por el hermoso Warandepark —el nombre oficial del Parc Royal; a la colonia británica le costaba comprender que Bruselas era parte de Flandes, y que allí el francés de la *canaille* y la gentuza era una lengua extranjera—, para luego ir a dar cuenta de un vigorizante *déjeuner à la fourchette* (riñones, salchichas, huevos, queso y jamón), tras una jarra de buena cerveza en una taberna de la Grand Place que desde 1697 y en honor de Don Carlos II el Hechizado se llamaba *Le Roi d’Espagne*.

—Nuestro duque de Ciudad Rodrigo no sufre un jefe de estado mayor al estilo del que padece todo el mundo. Él es su propio *chief of staff*, o Generalstabschef, o *chef d’état-major*, como lo quiera usted decir. Se sirve de un ayudante general, Sir Edward Barnes. Ah, ¿le conoce? ¿De la *wash house*? ¿Que anda detrás de Lady Georgiana Capel, sospecha usted? Ciertamente curioso —se lo quedó pensando; los diplomáticos jamás desprecian un cotilleo, y menos si atañe a un colega con quien se mantiene una fría relación; él se llevaba bien con todo el mundo, pero Sir Edward era un tanto racista; los sureños cetrinos de pelo muy negro que no habían pasado por Eton le gustaban poco—, porque dada su edad bien podría ser su padre. No exagero, joven; Lady Georgiana no creo haya cumplido los veinte, y Sir Edward tendrá dos o tres menos que yo, pero eso, lo acepto, no es asunto nuestro; allá él y sus partes nobles. Como le contaba, Sir Edward se ocupa de los asuntos administrativos. Wellington, además de con él, cuenta con un secretario militar, Lord Fitz-Roy Somerset, cuya función es llevarle la correspondencia, contestar en su nombre las cosas que no le apetece contestar él mismo y recordarle sus compromisos. Se sirve también de un Quartermaster-General, que viene a ser lo que nosotros llamamos un intendente general. Hoy por hoy es Sir Hudson Lowe, aunque no cuenta con él. Cuestión de confianza, ya sabe usted cómo es el duque —Miniussir ignoraba cómo era el duque, pero sabía lo desaconsejable de interrumpir al general cuando tomaba carrerilla; en el tiempo que llevaban juntos había desarrollado por él un cierto apego, aunque sin dejar de tener en cuenta las no pocas manías de su inusual superior—; dentro de poco llegará un recambio de su gusto y al que usted conoce, Sir William de Lancey, con lo cual podré volver a dedicar tiempo a la embajada, pero ésa es otra

historia.



Sir Hudson Lowe

A Miniussir le habría gustado saber para qué diablos el general le contaba todo eso. No le veía el propósito, como no fuera el de colocar un rollo de cuidado a una oreja indefensa. No sería la primera vez. Pese a su buen talante habitual, el embajador podía ser temible cuando experimentaba deseos de hablar de sus batallas. Aún recordaba, con espanto, el relato de muchas horas, en varias entregas, de lo que fue Trafalgar. Se preguntaba cuándo acabaría la tortura cuando vio acercarse un alegre grupo. Lo acaudillaba Lord Hay, al que acompañaban tres oficiales igual de resplandecientes. Intercaladas entre los cuatro, Lady Georgiana Capel, Lady Sarah Lennox y su hermana Lady Jane, colgadas de los brazos de aquellos viriles, marciales y adinerados caballeros. Lady Jane escoraba más del lado de Lord Hay que del otro, el de Lord Saltoun, un coronel escocés que mandaba no sabía él cuántos puñeteros regimientos. Un coronel que debía estar al corriente de que don Miguel no sólo representaba en Bruselas los intereses de su rey. Otra explicación no había para que se soltara de Lady Jane y se cuadrara frente él tan aparatosa como respetuosamente, para mostrarse muy complacido al ver la mano que se le tendía y la caballerosa sonrisa que la escoltaba. Una escena que Miniussir contemplaba sin mayor interés, concentrado como estaba en los ojos de Lady Jane, que por entonces volcaba su no desdeñable arqueo en el también cuadrado Lord Hay, al que parecía observar con reprobable adoración. Era claro, convenía consigo mismo el apenado consejero, que mejor haría enamorándose de otra. Lo malo era que no podía. Le resultaba, simplemente, imposible.

Blücher y Gneisenau revisaban cada mañana las noticias y las incidencias. Tras eso Blücher solía cabalgar un par de horas sobre su *charger* gris, uno de los muchos regalos con que le abrumaron en Inglaterra y que pensaba llevarse a Krieblowitz, su finca de Niederschlesien, para dedicarlo a producir más *chargers*. Lo hacía en la sola compañía de Nostitz, aunque por orden de Gneisenau seis docenas de húsares jamás le perdían de vista. Era por temer un atentado; el que hace uno, hace ciento, y Bonaparte ya una vez mandó sus dragones al interior de Baden para secuestrar al infeliz D'Enghien. Lo que fuera capaz de hacer estando desesperado aún sería peor, y de ahí su extremar las precauciones. Él, por su parte, rara vez se dejaba caer en los brazos del ocio. Un Generalstabschef siempre tiene mil cosas que hacer, de modo que nunca conseguía irse a la cama con la satisfacción de no dejar nada para el día siguiente. Dado el tamaño del Niederrheinarmee, las mil cosas se transformaban en cien mil, y a eso se debía que anduviese desencajado. Convertir aquella horda de irresponsables, en su mayoría no acostumbrados a los usos prusianos —los de Westfalen, Berg y Rheinland lo eran desde hacía menos de un mes—, en una fuerza de combate capaz de medirse con los *grognards*, era cosa sobrehumana. Él era un oficial *d'état major* enteramente «a la prusiana» sólo creía en lo que veía, de modo que se pasaba la vida revistando, inspeccionando y sometiendo a sus exasperados oficiales y a sus desesperadas tropas a una instrucción atroz, aunque nadie se quejaba. Cuando menos, con él a la vista.

Los *armeekorps* se desplegaron sobre Namur, Lieja, Luxemburg y Aachen. Ya estaban completos, aunque faltaban por cubrir algunas vacantes importantes. El Norddeutsche Bundeskorps permanecía en Koblenz. Pensaba moverlo a Trier para en su día lanzarlo contra las fortalezas del Sambre y el Meusse. Si Kleist hiciera bien su trabajo —lo dudaba; de ahí que hubiera elegido al Generalleutnant Albrecht Georg von Hake, jefe de la 13.^a Brigada, para sustituirle nada más tener constancia de que caía muy enfermo, lo que suponía sucedería cuando se supiese incorporado al Niederrheinarmee— habría tomado unas cuantas antes de que Wellington dijese que le gustaría quedarse con alguna. En cuanto a las vacantes aún sin cubrir, la del III Armeekorps quedaría resuelta ese día, pues entre las noticias figuraba la llegada del Oberst Carl-Gottlieb von Clausewitz, reincorporado al servicio prusiano después de tres años en el del Zar. Para Gneisenau era una excelente noticia, y también para Blücher, pues si bien aquel oficial rígido y antipático no le gustaba demasiado, se vio conminado por su Generalstabschef a echar el resto en conseguir que Friedrich-Wilhelm le readmitiera. Clausewitz era uno de los que cambiaron en 1812 la bandera blanquinegra por la blanca, roja y azul.^[139] Fueron tantos —entre voluntarios, prisioneros y desertores del KPA, forzado por Napoleón a unirse a la Grande Armée — que Alexander creó con ellos una fuerza denominada Rußisch-Deutsche Legion —

RDL—, la puso al mando de un alemán —el Oberst Arentßchild— y ordenó que se la equipara bien, ya que su factura la pagaba Castlereagh. Entró en fuego en Borodino, persiguió a la Grande Armée a través del Bérézina y el Niemen, participó en el cerco de Hamburg y acabó uniéndose a las fuerzas de Sir Thomas Graham en la toma de Amberes. Regresó a Prusia en 1814, cambiando su nombre a Deutsche Legion aunque sin reingresar en el KPA. Su porvenir era sombrío, pero la vuelta de Bonaparte dio lugar a que cayera sobre sus cabezas la Real Benevolencia. Sus dos regimientos de infantería pasaron a ser el 31.º y el 32.º del KPA, su caballería se transformó en 8.º de Ulanos y sus unidades de artillería pasaron a ser unas flamantes 18.ª y 19.ª baterías. Sus jefes y sus oficiales, por último, dejaron de ser «sospechosos» y regresaron a las listas del ejército, con el grado que tuvieran por entonces y tras sumar a su antigüedad el tiempo que pasaron en la nómina del Zar. El caso de Clausewitz fue más delicado, pues Friedrich-Wilhelm tenía con él cuentas pendientes. La primera, que habiendo sido uno de sus oficiales favoritos, al punto de confiarle la tutoría del Kronprinz, el que se pasase al servicio del Zar le sentó infinitamente peor que todas las demás defecciones; la segunda, que Clausewitz, jefe del estado mayor de la RDL, influía en el jefe del *corps d'armée* del que formaba parte, un joven general llamado Ivan-Ivanovich Dibich —su nombre real era Hans-Karl von Diebitsch und Narden; como casi todos los buenos generales rusos era un prusiano descarriado—, al que a finales de 1812 logró convencer de que le dejara mediar con el comandante del *armeeekorps* que tenían enfrente, Generalleutnant Hans-David von Yorck, a fin de buscar un pacto que le llevase a cambiar de bando, y si no tanto a dejar de combatir. Yorck era un hombre de gran rigidez; tenía orden de ligar su suerte a la de Bonaparte y no se planteaba quebrantarla, pero el artero Clausewitz le llevó a firmar lo que la historia denominaría *Konvention von Tauroggen*, en virtud de la cual su *armeeekorps* se declaraba no combatiente, su jefe francés, el Maréchal MacDonald, se quedaba con el trasero al aire y, lo peor de todo, el König Friedrich-Wilhelm se veía forzado a entrar en guerra contra Napoleón, pese a no sentirse preparado y a que cien mil franceses ocuparan por entonces las fortalezas prusianas. Friedrich-Wilhelm no se lo perdonaba, pese a lo bien que al final salió todo. Su propósito era mandarle al diablo, igual que su tío-abuelo Friedrich der Große hizo con Blücher; a eso quizá se debiese que, a regañadientes, el anciano Generalfeldmarschall tomara bajo su protección al joven coronel para insistir más allá del real aburrimiento, hasta leer un ansiado «haga Su Alteza lo que le dé la gana y déjeme ya en paz».

Gneisenau decía estar contento con la noticia por tratarse de un coronel joven (treinta y cuatro años) y con tres campañas contra la Grande Armée, la de 1793-1795, la de 1806-1807 y la de 1812-1814. Pocos oficiales prusianos podían lucir un historial semejante, pero si se mostraba tan satisfecho era por razones personales. A él y a Clausewitz les unía su gran amistad con el difunto Gerhard-Joahnn von

Scharnhorst; se conocían desde la fundación de la *Kriegsschule*, sus mujeres eran muy amigas —Frau Clausewitz, *née* von Brühl, era una condesa nada pobre— y la presencia de los Clausewitz en la propiedad de la Gräfin Karoline era continua. Les gustaba trabajar juntos, al punto que Gneisenau había sufrido tentaciones de ofrecer a Clausewitz el puesto de Generalquartiermeister; si no lo hizo fue por no poder esperar indefinidamente, y la orden del rey sólo llegó cuando ya se sabía que aquel cargo sería para Grolman, una vez Gneisenau consiguiera librarse del cada día más aprensivo Müffling.

El correo traía una orden desasosegante: segregar las unidades sajonas. El rey pretendía que los soldados del Niederrheinarmee fueran estrictamente prusianos; quienes no lo fueran debían unirse al Norddeutsche Bundeskorps. La orden no tenía en cuenta que un tercio del contingente sajón procedía de territorios que sólo desde hacía un mes eran prusianos. Partía de la desconfianza del rey y del Kriegsminister, Boyen —un «reformador», miembro del *tugendbund*^[140]—, en la fidelidad que cupiera esperar de aquellos catorce mil ochocientos hombres. La partición de Sachsen se había pactado tan recientemente que la población estaba lejos de asimilarla, y en el caso de los que se volvían prusianos de acostumbrarse a ser lo que cuatro días antes era lo que más detestaban. Gneisenau profetizó desórdenes, pues los batallones sajones no aceptarían ser puestos a las órdenes de coroneles prusianos. Blücher, que no sabía qué hacer ni qué medidas tomar, optó por dejar el enojoso asunto en manos de Gneisenau, que por su parte no veía salida: las órdenes se dan para ser cumplidas y aquella sólo admitía cuadrarse y proceder. Así, dispuso que los batallones exsajones, o neoprusianos, fueran segregados e incorporados al II Armeekorps, en Lieja. Si eligió el II fue por confiar en la sensibilidad de Borstell, más comprensivo con la naturaleza humana de lo usual en un general prusiano. Los no segregados, los que seguirían siendo sajones, deberían despacharse a Koblenz y allí ser puestos a las órdenes de Kleist.

Quedaba preparar la reunión de cuatro días después con Wellington y su estado mayor, cuando tras una cabalgada de tres horas se juntaran en Tienen —su nombre holandés, puntualizaba Gneisenau, porque los valones decían Tirlemont; a veces se preguntaba que pasaría si cada reino y cada ducado alemán se obstinara en hablar una lengua exótica que le distinguiera de sus vecinos, como hacían aquellos idiotas del VKN—, lugar equidistante de Bruselas y Lieja elegido para que ninguno de los comandantes en jefe se viera más de un día lejos de su ejército. La petición de verse les había llegado a través de Hardinge, el comisionado inglés. Un hombre agradable, diligente y capaz; ofrecía la ventaja de no hablar una palabra de alemán, de modo que, además de con Gneisenau, sólo podía entenderse con Müffling, Nostitz y Grolman, gracias a lo cual existía un total control de la información que pudiera transmitir a Wellington. No se sabía quién formaría del otro lado, salvo Hill, el Prins

van Oranje, que ofrecería la cena, y los comisionados ruso, español y austríaco, los cuales deseaban conocer al Fürst Blücher y a sus colaboradores inmediatos. A eso se debía que Gneisenau hubiese invitado al Fürst August von Thurn und Taxis, representante del Kaiser Franz. Por lo demás, marcharían con Nostitz, Müffling, Grolman, Zieten, Bülow, Borstell y Thielmann, además de Hardinge. Como escolta, el 2.º de Ulanos, el del acreditado duelista Oberstleutnant Schmiedeberg.

—¿Vas a movilizar ochocientos y pico tíos para que nos hagan de niñeras? ¿No exageras?

Se sonrieron. El Fürst Blücher era el mejor de los jefes, si no por otra cosa porque con él Gneisenau hacía lo que le daba la gana, y éste quizá fuera desmedidamente prosaico, cauto y obsesivo con los detalles, aunque gracias a eso aquel vivía como lo que a fin de cuentas era: un príncipe.

Tienen y París, domingo 30 de abril

La reunión comenzó a las seis. Se hablaba en francés, idioma en que coincidían casi todos. Se avanzaba despacio, porque Müffling debía traducir para Blücher todo lo que se decía. El asunto más peliagudo había sido establecer las rutas que seguirían los dos ejércitos cuando se lanzaran sobre París, las cuales deberían estar tan separadas como para no estorbarse mutuamente y tan próximas que cada ejército pudiera socorrer al otro en caso de necesidad. En la concepción de Wellington, que defendió en persona, el Niederrheinarmee debería seguir una ruta curva, para llegar por el sur, mientras el Army of the Low Countries alcanzaría París por el noreste. La causa estaba en los ríos que ambos ejércitos deberían cruzar; el suyo, con sus pontoneros, no tendría problemas con ninguno, pero el de Blücher necesitaría vadear, pues de ingenieros y zapadores andaba regular, y a eso se debía que le recomendase caminar unos kilómetros más. Su gente asentía con vigor ante aquella exhibición de buen sentido militar, pero al otro lado de la mesa las expresiones eran pétreas. No hacía falta ser cartógrafo para entender que con aquellas rutas Wellington alcanzaría París varios días antes que Blücher. Álava esperaba una reacción brusca, la de un Cuesta, pero aún no había empezado a comprender a los prusianos, que se limitaban a preguntar por puntos concretos marcados en el Ferraris de His Grace, como si dieran aquello por bueno, aunque sin hacerlo. Era como si se reservasen el derecho a marchar por donde les diera la gana; debía ser por eso que Gneisenau cambiara de tema, sin brusquedad. Tendría decidida su propia ruta, y si no la explicaba sería por algo.

La sesión se levantó sin que se despejara la sala. El Prins van Oranje había encargado un *déjeuner à la fourchette* para reparar fuerzas, lo que aprovecharon los dos bandos para formar corrillos mientras los camareros desplegaban su zafarrancho de copas, manteles y cubiertos. Uno lo formaban Wellington, Gneisenau, Grolman y Álava. El primero deseaba que Blücher designara un nuevo comisionado, y agradecería que fuera Müffling. Gneisenau se lo pensó. De aceptar, resolvería dos de sus problemas: uno, que Röder le vendría bien para mandar la Caballería del I Armeekorps; otro, las muchas ganas que tenía de sacudirse a Müffling, excelente oficial, gran cartógrafo, historiador de prestigio —bajo el nada secreto pseudónimo Carl von Weiss—, dueño de un buen francés y del que había llegado a estar hasta la coronilla. Le tenía por válido cuando las cosas marchaban bien, pero un inútil si los acontecimientos le rebasaban. Aun así, le consideraba incapaz de rendirse a Wellington, así que aceptó el cambio. Tras eso, y de nuevo en forma distendida, los hambrientos caballeros se sentaron a la mesa. En mayor o menor grado se mostraban satisfechos, pero aun así Álava percibía una molesta picazón intelectual: quien salía vencedor era Gneisenau. Menos mal que le quedaba poco de ser QMG. Si algo ansiaba era traspasar a De Lancey la montaña de papeles que su devoción por His

Grace le había llevado a generar. De ningún modo quería seguir siendo el QMG del Army of the Low Countries. Era un trabajo detestable, inacabable, inagotable, y encima con la perspectiva de verse obligado a tratar con el intratable sajón, que para mayor desgracia le caía simpático. No, aquello era para un QMG de plantilla, para un De Lancey o un Murray. Él ya no estaba para esas guerras. Él estaba para recibir a la princesa de Chimay cuando viniese a comprobar lo bien que cuidaba de su casa y de sus muebles. A eso se debía que dos días antes hubiera salido de compras, para gastarse un dineral en un juego de sábanas bordadas *à la brugeoise*, destinadas al grandioso lecho de la cámara de los condes de Caraman-Chimay. Nada le ilusionaría más que inaugurarlo.

El Emperador releía en el *Moniteur* la lista de colegios electorales para la elección de los 629 diputados del nuevo Corps Législatif. Los departamentales designarían 238, los de distrito 368 y los de la industria y el comercio los 23 restantes. Las elecciones, en las que sólo participarían los ochenta mil ciudadanos inscritos en el censo electoral, coincidirían con el plebiscito constitucional. Si quemaba etapas a esa velocidad era porque pretendía ofrecer cuanto antes su nueva imagen de soberano constitucional que gobernaba en democracia un país donde reinaba la igualdad. Las noticias de Viena y de Londres no podían ser peores. Sus esfuerzos eran juzgados como cortinas de humo tras las que ocultaba su esfuerzo de rearmarse para en su momento quitarse la careta y dejar salir el Ogro de siempre. Tenían razón, pero al menos deberían concederle un cierto beneficio, el de la duda. Hubiera o no procedido con lealtad, lo cierto era que Francia dispondría en pocos días del más avanzado texto constitucional que a lo largo de la historia se hubiera proclamado, y que sus instituciones serían tan justas e igualitarias como pretendían los republicanos antes de que la marea de sangre provocada por Robespierre, Marat, Tallien y Danton, entre otros, se los llevara por delante. Aquello lo reconocía incluso Carnot, uno de los pocos demócratas del primer momento, de la primera hora, que sobrevivió no ya para contarle, sino para ser el ministro que avalaba con su presencia la honestidad de sus medidas. El problema, se decía con desánimo, era que Carnot estaba tan olvidado como los propios revolucionarios; lo peor de la historia era lo pronto que se disipaba.

Apartando el *Moniteur*, se concentró en *L'Indépendant*. Sería uno de tantos periodicuchos nacidos con la supresión de la censura si no lo patrocinara Fouché. Su línea editorial mostraba una clara vocación de flotar entre dos aguas. Era comprensible que Fouché quisiera guardarse las espaldas; si la guerra se perdía, cosa probable, necesitaría contar con algo que le permitiera conservar la cabeza sobre los hombros. Si no se ganaba, él mismo sería de los más indiferentes al hecho de que su ministro, y otros tan infieles como él, no se hubieran comportado como incondicionales, y si se ganaba sería el primero en ser cesado y desterrado, si no

encarcelado y hasta pudiera ser que fusilado. A Fouché le necesitaba para que le mantuviera informado y le ganara las elecciones con su insuperable maestría en el noble arte del pucherazo. Lo demás le daba igual. Incluso ese *L'Indépendant* que dudaba fuese nadie a leer. Debía de ser un gran ingenuo si esperaba que con aquella basura podría ponerse a salvo. Lo quisiera o no, su destino estaba ligado al de él. Sus esperanzas de sobrevivir dependían de que ganara la guerra, y no podían ser grandes. Las últimas noticias adjudicaban a Wellington cien mil hombres y ciento cincuenta mil cañones, a Blücher ciento cincuenta mil y doscientos ochenta, Schwarzenberg no sabía qué hacer con doscientos mil y trescientos cincuenta, y Barclay de Tolly debía estar abrumado con doscientos mil y quinientos. Frente a todos ellos, y tras confiar las fortalezas fronterizas a la Guardia Nacional, sólo tendría doscientos veinticinco mil. Los mejores del continente, sin duda, pero uno contra tres. Necesitaba un milagro, no forzosamente divino. Quizá bastase con estar preparado mucho antes que todos ellos, de forma que pudiera descargar un golpe decisivo contra Blücher y echar al mar a Wellington. Si lo consiguiera, conservaría la esperanza.

Pensativo, se acercó a la mesa donde se desplegaba un mapa de Valonia, el *Le Capitaine*. Definido con tres lápices, un triángulo equilátero de cuarenta kilómetros de lado. Los vértices correspondían a Charleroi, Gembloux y Namur. Ahí era donde su destino le aguardaba.

Lieja, miércoles 3 de mayo

La reunión de aquella mañana era más formal. A las órdenes del Fürst Blücher, el Graf Gneisenau, el Generalmajor Grolman —recién nombrado Generalquartiermeister—, el Generalmajor George-Dubislav von Pirch —comandante de la 8.^a Brigada de Infantería, general más antiguo del II Armeekorps y comandante provisional del mismo—, el Oberst Aster, Stabschef del II Armeekorps — y el Graf Nostitz. Las caras, larguísimas, tenían su explicación: la tarde anterior, varios soldados del batallón Leib-Grenadier protestaron por haber sido segregados de su regimiento, el de la Guardia Sajona, que acababa de ser enviado a Koblenz para unirse al Nordeutsche Bundeskorps. El Leib-Grenadier se integraría en la 8.^a Brigada del II Armeekorps, la del Generalmajor Pirch. No se sabía si la vehemencia con que clamaban tenía por origen el echar de menos a sus camaradas de los otros batallones o el no sentirse prusianos, pero el caso fue que los iniciales murmullos subieron de tono, a resultas de una inmoderada ingesta de vino, cerveza y *schnäpse*, hasta el grado de motín, pues en otra forma no cabía definir que se pusieran a pegar tiros en las inmediaciones del cuartel general del Fürst Blücher.



Generalmajor Karl von Grolman

El incidente coincidió con una reunión muy áspera, donde Gneisenau, en pie frente a los jefes y oficiales sajones y ex sajones, cuadrados tras su general Ryssel, les hacía saber que la integración de las unidades ex sajonas en las prusianas tendría lugar les gustase o no. Su tono era tan tajante como categóricas sus palabras: no pensaba mantener a sus órdenes oficiales que conspiraban contra Prusia tan abiertamente como lo hacían ellos; antes que permitirlo prescindiría de todos, a lo cual añadió que las puertas estaban abiertas para los que quisieran unirse a Bonaparte, y que les prefería como enemigos declarados antes que como falsos amigos. Los sajones, con el adusto Ryssel a la cabeza, dejaron la reunión muy preocupados, por ser notorio cómo las gastaba el viejo Paschol^[141] en cuestiones de disciplina. Sin detenerse a compartir impresiones, marcharon hacia sus unidades a fin de calmarlas.

Creyeron conseguirlo, pese a que fueron recibidos a pedradas. En el caso del Leib-Grenadier se dejaron engañar, porque nada más oscurecer los desórdenes se reavivaron. Los amotinados más significados, de paisano —se negaban a vestir harapos prusianos— y sin tener una idea clara de cómo proceder, la emprendieron con los aprensivos centinelas del cuartel general, y tras eso se congregaron frente a la fachada principal para lanzar piedras contra las ventanas, alcanzando al propio Blücher, que había interrumpido su cena, intrigado por el griterío que llegaba del patio. Viendo que aquello era una rebelión optó por montar en cólera, tanto que al aprensivo Gneisenau se le hizo difícil evitar que mandase abrir fuego; la diferencia de número entre los amotinados y los centinelas era tal que acabarían colgados de una viga, los dos. Mejor escapar, lo que hizo tomando a remolque al iracundo Generalfeldmarschall hasta un lugar seguro. Blücher, una vez a salvo y tan irritado como pudiera estar un mariscal prusiano, comenzó a dictar unas órdenes que Gneisenau se vio incapaz de reconducir, y es que frente a un sumarísimo «¡haga Su Excelencia que los fusilen a todos!» poco se puede hacer.

Antes de que clarease, la 8.^a Brigada, con Pirch I al frente —dado que tenía un hermano que también era Generalmajor, se les solía llamar Pirch I y Pirch II—, rodeó los pabellones donde moraban los amotinados, a los que capturó con facilidad gracias a la embriaguez que disfrutaban. Borstell, temiendo que la irreversible represalia que se le ordenaba ejecutar destrozase la moral no sólo de aquel batallón, sino del contingente completo —los ocho mil que seguirían siendo sajones más seis mil ochocientos neoprusianos—, rogó a Blücher se apiadara de los pobres imbéciles y que, mostrando la magnanimidad de los grandes comandantes, les perdonase la vida, con lo cual consiguió ser destituido, arrestado y enviado a Berlín, donde sería sometido a un consejo de guerra, con lo cual acabaron todos de comprender que llevarle la contraria no era saludable. Así, Blücher en persona dio las órdenes de disolver el malhadado batallón, dispersar a sus hombres, quemar su bandera —el mayor ultraje imaginable, y más siendo una enseña bordada por la venerada reina Marie-Amalie von Sachsen— y fusilar a los capturados en ropas civiles, sin convocar consejo de guerra y pese a que apenas se podían sostener, lo que Pirch I, a la vista de lo sucedido con Borstell, no dudó en llevar a cabo.



Friedrich-August I, König von Sachsen

Aún les llegaba el aroma de pólvora fusiladora cuando se reunieron para cerrar el fastidioso episodio. Lo primero era explicar al König von Sachsen la razón de tan extremas medidas. Blücher, desoyendo al cauto Gneisenau, desdeñó hacerlo a través de Hardenberg. Sin pensarse las palabras, y en presencia de los allí reunidos, empuñó la pluma como si empuñara un sable para escribir a Friedrich-August una carta durísima, de un tirón y sin dejarse aconsejar por el preocupado Gneisenau, en términos más de soberano a soberano que de mariscal a rey, acusándole de ser el inspirador de la rebelión desde su forzada semirreclusión en Preßburg^[142] y haciéndole saber que si para restaurar la disciplina se veía obligado a fusilar a la totalidad del ejército sajón, lo haría sin vacilar. Lo último que podría decirse del viejo *Vorwärts* era que se había reblandecido. Si Derfflinger o Seydlitz le vieran desde sus tumbas aplaudirían a rabiar, y lo curioso era que no lo pensaba él, sino los que presenciaban la escena, con la excepción de Gneisenau. Él no habría fusilado a nadie

ni habría quemado nada, y no por eso se resquebrajaría la disciplina. Sentía el mayor de los respetos por el anciano mariscal, pero ser su Generalstabschef, cuando le daba por mandar, era insoportable.

Lo segundo era decidir qué hacer con los sajones. Alinearlos contra Bonaparte serviría para que l'Armée du Nord engordara con catorce mil ochocientos desertores. Mejor sería destinarlos a una guarnición lejana. Debería ser una medida que se tomase de inmediato, para evitar que su mal espíritu se contagiase a las otras tropas no prusianas. Grolman tomaba notas; era su primera crisis y no pensaba permitir que se le comparase, para mal, con Müffling. Les gustase o no a sus nuevos y malacostumbrados ayudantes, a partir de aquel momento iban a trabajar duro. Para empezar, las órdenes para los sajones, tanto los acuartelados en Lieja como los que habrían de marchar a Koblenz, serían expedidas en media hora, de forma que a mediodía estuvieran listos para dirigirse a Waldeck, el lugar que Gneisenau suponía más adecuado para mantenerlos apartados. Se librarían de una guerra, pero a partir de aquel día su bandera sería la del deshonor. Salvo para los descreídos y los escépticos, una suerte indeseable.

Viena, miércoles 10 de mayo

Metternich tenía dos razones para estar de buen humor. Una era que Marie-Louise cedía en favor del Kaiser la educación de su hijo, para lo cual le separaba de su niñera, una Madame de Montesquieu que sería perfecta de no ser francesa. El infante parecía darse cuenta, mientras se despedía de la sollozante mujer, de que además de no ser un niño como los demás —si alguna vez había visto uno, lo que no era seguro—, su vida no estaría presidida por el cariño de unos padres amantísimos, ni por el de ninguna persona en particular. El Kanzler no era tan frío como se decía, de modo que no pudo evitar un cierto malestar al pensar que aquel pobre diablo era un estorbo para todo el mundo, un engorro cuyo mejor servicio a la humanidad sería morir sin descendencia, y que cuando fuera imposible impedir que la buscase no habría más opción que compadecerse de su soledad y abreviar su penosa desdicha, en forma no excesivamente sangrienta y que pudiera vestirse de fallecimiento natural. El problema del infeliz era que, habiendo nacido para lo mejor, ya sólo era un sujeto excelente para ser eliminado. Ahora, tampoco sería bueno liquidarle sin más, pese a lo bien que fallecen los niños pequeños. No era capaz de vislumbrar una situación en que aquél pudiese valer de algo, pero siempre salía más a cuenta no tirar los príncipes a la basura. Cuando menos, antes de tiempo.



General Radetzky von Radecz

Mandando al diablo el fastidioso niño se concentró en la otra: un informe del

conde Radetzky von Radez^[143] sobre la campaña de Italia. Describía la decisiva victoria de Tolentino, tras una carnicería de cinco días que comenzó el 29 de abril. Era, según Radetzky, el fin de Murat. Con eso le valía, de forma que no necesitaba leer más, pero una desagradable manía del Kaiser era preguntarle qué tal iban las campañas, como si él fuera un ocioso Generalfeldmarschall y no un Kanzler abrumado de trabajo. Sería imprudente mandarle al diablo a él también, porque se lo explicaría cualquier otro, lo que sería peligroso. Su éxito con Franz nacía de mantenerle aislado de todo el mundo, en especial de los capaces de contarle algo que no fuera un cotilleo de alcoba. No quedaba más opción que digerir aquella bobada militaroides, a lo que se aplicó frunciendo el ceño y refunfuñando sordamente. Una taza de té después, se creía en condiciones de referir los detalles de la batalla y explicar que Murat se había quedado sin ejército, siendo cosa de días que se quedara sin reino. El eficaz Bianchi, auxiliado por el hábil Neipperg, le perseguía por el camino de Nápoles, hacia donde se retiraba con sus últimos quince mil hombres. Sus muertos y heridos eran otros tantos. Los demás, hasta los cuarenta y cinco mil con que inició aquella locura, prefirieron desertar, expresando así la nula confianza que sentían por la causa de su rey. El pobre asno lo había perdido todo, salvo, quizá, la benevolencia de Bonaparte.

«Pues bueno», se dijo aburrido de tanta marcha y tanta batalla. Tomó una nota, consciente de que su memoria no era la mejor para recordar el deber de otorgar honores. No pensaba en Bianchi, sino en Neipperg. Sería una excelente oportunidad de recompensarle, aunque no por sus heroicos servicios en el campo de batalla, sino en la cama de la insaciable Marie-Louise, duquesa de Parma, Plasencia y Guastalla. Para eso sí que hacía falta un enorme valor, se decía dejando bailotear una sonrisa maligna por su muy seria faz. Era de reconocer que, si de algo entendía Mina, era de generales.

Esperaba la llegada de una caterva de plenipotenciarios. No sería un acto largo, pero cuando se juntaba tanto idiota nunca se sabía qué podría pasar. El propósito era denunciar el Tratado de París. A fin de ahorrar tiempo había encargado a Gentz que preparase un borrador del documento que deberían firmar y lo hiciera llegar a las legaciones. Así dispondrían de un texto de partida leído por todos, lo que debería dar lugar a una rápida decisión. Detectaba en las líneas de Gentz la muy larga mano de Talleyrand, a quien intuía detrás del excelente ritmo de vida de su secretario, ya que le había salido un texto exquisitamente bien apuntado a donde más daño podía causar a Napoleón. Según su propuesta, las potencias aliadas se consideraban de regreso a la situación del 31 de marzo de 1814, la de comprometerse a cuanto fuera necesario para liquidar a Bonaparte. Al tiempo, y de un modo enrevesado para el lector común, aunque no para el diplomático, se hacía saber a Francia que respaldar al Corso en la forma que lo había hecho tendría su precio, y sería tan elevado como doloroso de

pagar.

Los plenipotenciarios, circunspectos, se despedían los unos de los otros. Dos de los últimos en marchar fueron Talleyrand y Dalberg; éste preguntaba por qué su jefe había sido el primero en firmar.

—No crea que me ha gustado hacerlo, pero no había más remedio. Sin duda recuerda usted que nadie quería tomar la iniciativa, lo cual es habitual a la hora de declarar guerras, y lo que acabamos de hacer es eso, declarar una; fui el primero para que Cathcart se animase a ser el segundo; tras él, ya lo vio usted, nadie remoloneó. Declarar guerras es así, amigo Dalberg. Se lo explico porque me consta que no ha declarado muchas, y Dios quiera que no tenga oportunidad de perfeccionar esa detestable faceta del oficio diplomático. Por otra parte, y si lo piensa, esta guerra lleva en marcha mes y pico. Sólo sucede que hasta hoy era interina. No declarada, informal, una *drôle de guerre* o llámela como le dé la gana, porque todavía no se ha cruzado un cañonazo, los franceses siguen yendo y viniendo por Europa y al revés sucede lo mismo, que si alguien quiere darse una vuelta por Francia le basta con emprender el camino. A partir de hoy no será lo mismo. El Tratado de París no sólo era beneficiosísimo para mi país —una forma cruel de recordarle que no era francés, se decía Emmerich-Joseph von Dalberg, Duc de Dalberg desde 1810 por obra y gracia de Napoleón—, sino que daba por terminada una guerra que se remontaba nada menos que a 1792. No la empezó Bonaparte, como piensan los que no saben nada y han entendido aún menos. La guerra que hoy reanudamos la inició la Convención al instaurar la república, pero acepto que, como bien dice usted —Dalberg no decía nada, pero sabía que cuando Talleyrand se lanzaba por la senda del soliloquio representaba todos los papeles—, eso es cosa del pasado, una historia tan vieja que a los diplomáticos ya no nos sirve, de modo que deberíamos traspasarla de una vez por todas a los historiadores —hizo una pausa, en apariencia para simular que tosía contra su pañuelo, aunque su plenipotenciario sospechaba que sólo se le había ido el hilo—. La guerra se inicia formalmente a partir del papelajo que acabamos de firmar. Cuando sea conocido, y ya se ocupará Bonaparte de que se conozca, la opinión pública francesa se tomará muy a mal la injerencia de las potencias coaligadas en sus asuntos internos, lo que tendrá por consecuencia una considerable impopularidad adicional de nuestro nada popular rey Louis, pero eso es algo con lo que podremos vivir. Si lo analiza usted con el debido detenimiento, verá que lo acordado no sólo tiene por objeto desplazar a Bonaparte de donde ahora está sentado, sino asegurar que quien le sustituya esté avalado por las más estrictas consideraciones de legitimidad, y ése sólo puede ser nuestro amado Louis XVIII, lo cual, a fin de cuentas, es lo único que debería preocuparnos, a usted y a mí.

—¿Y cómo piensa Su Alteza que se lo tomará el populacho?

—El populacho no es de preocupar, mi querido amigo. En su calidad básicamente animal, pues otra cosa no es la bestia gregaria y obrera, no se le ocurrirá leer deslumbrantes proclamas diplomáticas. Lo único que de veras capta su atención es el fulgor de las bayonetas y, si mis cálculos son correctos, en el momento de volver a instalar en Les Tuileries a nuestro amado *Louis L'Inévitable* París relucirá con el de varios cientos de miles, quiera Dios que ninguna prusiana. Serán las suficientes, en cualquier caso, para que hasta los más recalcitrantes se vuelvan razonables. Ya lo verá usted.

Bruselas y París, domingo 14 de mayo

Álava releía la última carta de Cevallos. Le comunicaba que, por orden de SCM, a partir de aquel momento debería encargarse, adicionalmente, de su representación ante SM el rey Luis XVIII. También le hacía saber que debería cuidar los intereses de SCM ante SE el duque de Ciudad Rodrigo, quedando facultado para participar en las acciones militares que requiriesen su presencia, lo cual había comunicado al secretario de Guerra, por lo cual acompañaba copia del oficio en que lo hacía:

Excmo. Señor:

El Rey NS se ha servido resolver que por ahora e interin se determina que la partida de su embajador cerca de SMC el Rey de la Francia pase al teniente general Dn Miguel de Alava, con el mismo carácter que en el día de hoy tiene en la corte de Olanda cerca de aquel otro soberano, con el objeto de mantener las relaciones de amistad y buena armonia que de tiempo han subsistido entre ambos Gobiernos. Al mismo tiempo ha resuelto SM que el referido Dn Miguel de Alava, siempre que lo juzgue conveniente al Real Servicio, se traslade al quartel general del Duque de Ciudad Rodrigo, para dar desde alli las noticias de las operaciones de este y de los demas ejercitos conuinados, que pueden servir de mucha luz a las medidas de los nuestros, cuya disposicion comunico a VE de Real Orden, para su conocimiento y por si hubiese que comunicarle asuntos relativos al Ministerio de su cargo.

Dios guarde a VE muchos años

Palacio, 26 de Abril de 1815

Excmo. Sr. Dn. Francisco Ramón de Eguía, Secretario del Despacho de la Guerra.

Con aquello liquidaba un íntimo malestar, el de llevar mes y pico trabajando para Inglaterra pagado por España. Una preocupación menos, alcanzó a decirse cuando la puerta se abría sin que nadie se molestara en llamar, de lo cual dedujo que se trataba de Wellington. A menudo se dejaba caer por su despacho para charlar unos minutos, sobre todo si estaba de buen humor, como quizá sucediera esa mañana. Sería lógico: el infame Army of the Low Countries presentaba un aspecto bastante mejor, el rey Willem no daba la lata, Louis tampoco, Gneisenau llevaba días sin entrar en erupción, Bonaparte parecía tranquilo y la primavera sonreía. Seguía siendo el hombre más cotizado de Bruselas, las grandes casas peleaban por su presencia, no podía dar un paso sin que las multitudes le vitoreasen, las funciones teatrales no comenzaban hasta que ocupaba su palco, las mujeres se lo rifaban y todo en general sería perfecto si aquella vida dulcísima fuese a durar más allá de seis semanas, siete de haber suerte y

ocho si Bonaparte se volvía loco. La sensación de interinidad que infectaba el ambiente, de que los relojes se habían detenido y el tiempo permanecía en suspenso, daba lugar a que todo fuera suave, risueño y placentero. A His Grace the Duke of Wellington la vida le sonreía.

—Las patrullas de Dörnberg confirman una importante concentración de infantería francesa, unos cincuenta mil hombres, entre Charleville y Valenciennes. Grant lo confirma, y añade que alrededor de Laon se ha reunido una fuerza que podría estimar en medio *corps d'armée*. Zieten dice, a su vez, que unos ulanos suyos se toparon hace dos días con una columna francesa. Sucedió en Nalines, al sur de Charleroi. Nadie disparó. Los otros dieron media vuelta y volvieron a sus líneas, pero uno de sus infantes se quedó atrás, a causa de una indisposición de vientre; gracias a eso fue apresado, motivo por el cual sabemos que iban de Longwy a no sabía él dónde. Para ser el primer prisionero que hacemos, nos ha salido un perfecto idiota — el QMG, de brazos cruzados, asentía—. También informa que sus patrullas mantienen identificadas unas cuantas divisiones, desplegadas frente a su *armeekorps* y que suman no menos de treinta mil hombres. Ha enviado copias a Constant Rebecque, en la sospecha de que habrá otro tanto entre Beaumont y Maubeuge. ¿Cómo lo interpretarías?

Álava meditó las palabras. Wellington era implacable cuando preguntaba un dato, pues asumía que debería permanecer vivo y fresco en la memoria de quien tenía el deber de saberlo, pero si se trataba de sacar conclusiones le irritaba que le contestasen a tontas y a locas. No era, lo podía certificar, un jefe fácil. Ahora bien, quizá por eso fuera un jefe competente. Y victorioso.

—Confirma que sus objetivos sois tú y Blücher. Schwarzenberg, no. Aun así no parece que haya movilizado gente suficiente, lo que abunda en que, si bien se acerca, todavía le falta para llegar a situación de ataque. Lo difícil de profetizar es cuánto le falta, si son días o semanas.

Wellington torció el gesto. Sus datos señalaban la posición de casi toda la infantería de Boney, aunque no su caballería y aún menos su artillería. Fouché no hacía del todo bien su trabajo.

—Cambiando de asunto, ayer me llegó una indiscreción, nacida en una casa de banca con la que jamás haré negocios. No porque me disguste saber cierta clase de cosas, sino porque un banco nunca debería decir una palabra de lo que hacen sus clientes. Sucede que la situación económica de Blücher y Gneisenau es catastrófica. La manutención la financian «a la prusiana», diciendo a los campesinos saqueados que presenten las facturas al Viejo Sapo, pero su gente y sus caballos necesitan más cosas que alimento y forraje. Cuando se les acabó el dinero que traían no les quedó más remedio que avalar a su propio Niederrheinarmee, o como diablos se diga eso, respondiendo con su patrimonio de las deudas en que se vean obligados a incurrir con

la casa de banca que me ha dado el soplo.

—No me lo puedo creer.

—¿Que se hayan entrampado por su rey, o que su banquero me lo cuente?

—Las dos cosas, aunque si me apuras encuentro peor la primera. Wellington asintió, pensativo. Le horrorizaba el sólo pensar en avalar la financiación del Army of the Low Countries, mucho más caro que aquel espartano Niederrheinarmee. Como para sudar frío, aunque más lo era la primera derivada: cómo se comportaría la *canaille* prusiana cuando rompiese marcha por los idílicos campos de Francia. Lo último que necesitaba era una insurrección popular a causa de saqueos y violaciones, y no le asombraría que los prusianos, en su avance sobre París, dejaran tras ellos una estela de las dos cosas. Debería discutirlo con Blücher, y mejor si Gneisenau estaba presente. A efectos prácticos, y aun siendo lamentable, Blücher no pintaba nada.

El Emperador estaba en pie a la hora de costumbre, pese a que se acostó muy tarde. Fue porque Lucien acudió a cenar con él, tras permanecer ilocalizable desde su regreso de Inglaterra, un año hacía ya. Le recibió como al hermano pródigo, restituyéndole su calidad de miembro de la familia imperial. No sólo por amor fraternal. Lucien era el mejor parlamentario de la familia, el único de usos aceptablemente democráticos y con capacidad de pastorear el rebaño electo sin servirse de bayonetas. Le necesitaba para culminar su proyecto liberal, que cristalizaría ese domingo, cuando se abrieran los colegios electorales con una urna para el plebiscito y otra para el Corps Législatif. Con tantas prisas, replicó Lucien, sólo conseguiría generar abstención. Cierto, lo aceptaba, pero no había tiempo; la guerra era inminente, y aunque volverse demócrata de poco le valdría frente a Blücher, si consiguiera derrotarle, y tras él a Wellington, quizá la opinión pública británica forzase a Liverpool a darle una oportunidad, lo que acallaría los cañones por una temporada, porque sin el oro de Inglaterra no habría guerra. Ése y ningún otro era el propósito de las elecciones, y a eso se debía que le diera igual qué abstención se registrara. Como en cualquier operación de propaganda, sólo contaba la fachada.

Fouché, que conocía la verdadera situación del cuerpo electoral, no era pesimista con el plebiscito. Los llamados a votar eran cinco millones, y con que lo hiciese uno bastaría para vestir los números de triunfo aplastante. Al controlar las mesas urbanas no dudaba que los resultados serían los que profetizaba. El pueblo, tan ingenuo como siempre, no tenía la menor idea de lo que se le venía encima. Sólo se fijaba en que la bonita emperatriz Marie-Louise, a la que sin haber llegado a querer al menos tenía simpatía, permanecía en Viena secuestrada por su odioso padre. Quizás eso significase una nueva guerra con Austria, pero ésas solían ganarse todas, así que no pasaba nada por ir a visitar los colegios con la familia, que por algo era domingo, y disfrutar un agradable día de asueto.

Las elecciones al Corps Législatif serían más difíciles. Los llamados a votar eran ochenta mil, en general los más cultos y mejor informados. Fouché los sabía convencidos de que la guerra no sería como las de antes, sino como la última, y de que los invasores volverían a imponerles un *L'Inévitable* que a unos caía mejor y a otros peor, aunque al menos simbolizaba una paz que todos ansiaban. No sería ilógico que prefiriesen pasar desapercibidos, no fuera que regresaran los realistas y tomaran represalias contra los que hubieran votado. De ahí que, sin mostrar timidez —él controlaba la Policía; la responsabilidad electoral era de su cordial enemigo Carnot—, avanzase al Emperador que la participación no pasaría del 20 por ciento, para no sorprenderse ante la indiferencia de Su Majestad. De todas las cosas que pudieran preocuparle, que se abstuvieran sesenta o setenta mil imbéciles era la última. Su mente se concentraba en Méneval, ya de vuelta en París. Había venido la tarde anterior, aunque no quiso recibirle con Lucien delante, de modo que le citó al día siguiente, tras los minutos que pensaba dedicar a Fouché. Méneval, un dechado de sobriedad, comenzó diciéndole que a Marie-Louise debía darla por perdida. Jamás — así se lo dijo, para que así lo repitiera—, regresaría con él, incluso si ganaba esa guerra que de ningún modo podría evitar. No tenía nada contra él, pero la vida seguía y ella era feliz con la suya. En cuanto a l'Aiglon,^[144] sólo conseguiría volver a verle, comentaba el apenado Méneval, si otra vez tomaba Viena. El desdichado príncipe, separado de su madre sin haber ella opuesto resistencia, parecía sano y fuerte, aunque sumido en una dolorosa tristeza, impropia de un niño de su edad. L'Empereur ya contaba con ello, aunque no por eso dejó de sentirse abrumado. Todo se volvía contra él. Sería cuestión de tiempo que su hijo también lo hiciera, si lograba vivir lo suficiente. A él mismo no le dejaban salida, ni espacio para la política o la diplomacia. Sólo quedaba La Guerra.

Bruselas, miércoles 17 de mayo

Wellington desayunaba con Pozzo, el ejemplar que mejor ilustraba el concepto *mercenario civil* que tan caro debía de ser para el Zar. En su *entourage* apenas había rusos, y cuando aparecía uno bastaba con rascar en su genealogía para encontrar que, pese a sus apellidos aparentes —solían rusificarlos, como Dibisch, su prometedor *aide-de-camp*, al que seguiría considerando una excepción a la regla de no advertirle Mina que había nacido Diebitsch—, distaba mucho de ser un legítimo patriota ruso. Pozzo era corso,^[145] aunque ahí terminaban sus afinidades con Boney, pues el odio que sentía por él brotaba de sus tripas, no de su cerebro; tampoco tenía que ver con Vincent o Álava, los otros comisionados «diplomáticos», pues los dos eran militares y sabían qué cosa eran las guerras. El mayor mérito de Pozzo era el haberse ganado la confianza de Louis, al punto que, según contó aquella mañana, le había designado miembro de su *Conseil Privé* pese a ser el embajador del Zar, el cual, demostrando lo errático de su juicio, preferiría sentar en el trono francés a Louis-Philippe d'Orléans —el peligroso hijo de *Philippe Égalité*— y no a Louis XVIII, al que consideraba tan quemado, tan rechazado por el pueblo, que, si finalmente lo reinstaurasen a golpes de bayoneta, sería cosa de dos años que los cuatro, él, Franz, Friedrich-Wilhelm y Jenkinson —le gustaba no tratar al Earl of Liverpool por su título; una pequeña y mezquina venganza—, debieran volver a emprender el camino de París.

—¿Y no teme que al Zar le parezca una medida inamistosa?

—El rey Louis piensa que con esto y con el nombramiento del Duc de Richelieu para otro puesto en su *conseil*, estrecha un poco más sus relaciones con Su Majestad Imperial.

Wellington se acordaba de Richelieu, un *émigrée* que se había labrado un porvenir a la sombra del Zar, de quien llegó a ser uno de sus hombres de confianza —dentro de la poca que Alexander sentía por nadie—, al punto de nombrarle gobernador de Odessa. Quizá Louis temía quedarse descolgado de las maquinaciones que se cocinaran en Viena, por sospechar que Talleyrand, demasiado concentrado en sus propios problemas, pudiera no esforzarse mucho en su alicaída causa. También le debía deprimir el escaso interés que le dedicaban sus iguales. Para un hombre como él, enfermizamente obsesionado con las formalidades, el que ninguno de sus colegas coronados designase un embajador a plena dedicación ante su embarrancada corte debía ser motivo de preocupación. El que Pozzo, Vincent, Von der Goltz, Stuart y Álava fueran los representantes de sus respectivos soberanos ante Willem I y sólo a ratos perdidos ante su oronda persona no debía gustarle.

Le despidió tan delicadamente como pudo —Pozzo parecía suponerle tan desocupado como él—, recordándole que a la noche cenarían juntos. Ellos, el Prins Willem y los embajadores en Bruselas, así como los otros dos comisionados.

Incómodo por la coyuntural deserción de Somerset —su mujer acababa de parir una niña que se llamaría Charlotte— se dirigió al despacho de Müffling, donde supo que Blücher aceptaba la invitación que le transmitió a través de Hardinge para revistar la caballería del Army of the Low Countries los días 28 y 29 de mayo. Pretendía que fuera una buena oportunidad de mejorar relaciones. Así, pidió a Müffling que trasladase a Blücher lo encantado que se quedaba, y que Lord Fitz-Roy Somerset le haría llegar el programa. En realidad no tenía idea de dónde podría estar el tal programa, si existía; era el problema que sufría cuando se quedaba sin su memoria viviente, pues otra cosa no era el leal, ferviente y abnegado idiota que tenía por sobrino consorte.

La condesa Kielmansegge acababa de llegar. Traía en sus enaguas un informe de Fouché redactado en tinta invisible donde daba detalles de la fuerza de caballería con que Bonaparte reforzaría la ya desplegada en l'Armée du Nord. El traslado a los puntos de concentración, Lille o Valenciennes, concluiría en los primeros días de junio; tras eso, decía Fouché, todo estaría listo para iniciar hostilidades. L'Armée du Nord contaría con veintidós mil jinetes, de los que cuatro mil seiscientos serían ligeros (húsares, lanceros y *chasseurs-à-cheval*), ocho mil ochocientos medios (dragones y carabineros) y seis mil seiscientos pesados (coraceros). A juicio de Wellington y de su QMG, al que llamó nada más la dama desapareciera dejando sus enaguas en un sofá, la información era lo bastante importante como para compartirla con Uxbridge, que tras haber copado el Hotel d'Angleterre se afanaba en convertir los diez mil quinientos jinetes de sus ocho brigadas en una fuerza capaz de medirse con sus iguales franceses. No le podía ir a ver, porque tenía diez visitas apuntadas, y tampoco hizo falta que dijera más, pues Álava conocía la peculiar forma que tenía His Grace de pedir favores: provocar que se los ofrecieran. No le importó cargarse con aquella obligación. Uxbridge le caía bien, tardaría poco en ponerle al día y después podría ir a comprar una nueva batería de cocina. Con la heredada de la princesa, se quejaba Zurraspas, no había forma de guisar nada que supiera bien. Álava necesitaba que su intendencia funcionase a la perfección, pues la llegada de numerosos amigos de la Guerra Peninsular le hacía ofrecer cenas a diario. Mejor sería que las guisara su criado-chef y no algún restaurante de los que no cesaban de subir los precios. Era una propiedad de las guerras inminentes, había explicado a Miniussir: todo se ponía carísimo.

París y Viena, martes 23 de mayo

Fouché jamás acudía con tonterías; todo lo que traía era relevante, lo bastante para que l'Empereur, además de tenerlo en cuenta, se arriesgase a tomar sobre la marcha decisiones importantes. Lo malo era que rara vez explicaba cosas gratificantes. Ser el hombre mejor informado de Francia consistía en saber mejor que nadie lo mal que andaba todo. Aquella mañana venía con tres asuntos, lo que no era mal comienzo, pues habitualmente traía más desgracias. El primero era la inminente publicación de *Principes de Politique*, lo último de Constant. Él no aconsejaba impedirlo, pues distaba de ser lo que pretendía su autor, un sutil tratado de filosofía política; sólo era, en realidad, un torpe intento de justificar el pasarse al enemigo con armas y bagajes. Fouché pensaba que lo había escrito para que lo leyera la Récamier, la Staël y tres o cuatro ingenuos más; de ahí que sólo hubiera pagado la impresión de cincuenta ejemplares, con los que podría caldearse sus habitaciones a la llegada del otoño, pues sería dudoso que lograra vender alguno. Era la clase de libro, concluía, que sólo podía regalarse.

—Pues bueno. Que lo publique, si así es más feliz. ¿Qué más?

Fouché traía una primera evaluación de los resultados electorales. El plebiscito se había ganado por mayoría pero con una participación inferior al 30 por ciento; él recomendaba engordarla un poquito, hasta el 51 por ciento. Nadie podría refutarla, pues ya se había ocupado de que no hubiera copias de los estadillos. Otra cosa era el asunto de los 629 diputados, porque no sería posible modificar las actas de las mesas. Pese a que los resultados aún eran inciertos, la mayoría dominante sería liberal. Era la peor noticia de las posibles, pero l'Empereur ya contaba con ella; por eso no consideraba importante que aquel gran burdel, pues otra cosa no era el Palais-Bourbon, se llenase de gentuza. La única de sus funciones era existir, y sólo para dar buenos argumentos a los Holland y a los arrinconados *whigs*^[146] de Lord Grenville, último de sus *premiers* y feroz opositor tanto a Lord Liverpool como a lo que allí llamaron Guerra Peninsular. Salvo para eso, aquella recua de 629 incapaces no valdría para nada.

El tercer asunto era el peor: tras la defección del Duc de Bourbon los cabecillas de La Vendée se habían dado un nuevo jefe, un tal Louis de la Rochejaquelein. Debía ser más resolutivo que los dos duques, el de Bourbon y el D'Angoulême, y sin duda estaba mejor dotado para organizar un ejército. Se creía que contaba con veinticinco mil *miquelets*.^[147] El primer golpe lo dio el 17, en Saint-Pierredes-Echaubroges, donde liquidó una fuerza de policía. No fue un revés muy serio, pero aun así le alarmó; en el acto pidió apoyo a Davout, a fin de buscar a Rochejaquelein y acabar con él. Davout ordenó al Général Travot, por telégrafo, que pusiera en marcha sus dos regimientos de infantería. Dieron con Rochejaquelein tres días después. Le

derrotaron aunque no pudieron capturarlo, ni tampoco impedir que se retirara. Eso era todo lo que podía decir de la nueva sublevación en La Vendée. Aún no era peligrosa, pero si no se atajaba podría complicar el esfuerzo general. Fouché tenía razón, aceptaba l'Empereur; sería un traidor profesional, pero aun así era un ministro excelente. Le pidió que se viese con Davout y en su nombre le ordenara crear un nuevo ejército, l'Armée de la Loire, al que debería dotar de tres divisiones, las cuales, sumándoles las que ya se hallaban en la zona, totalizarían veintisiete mil hombres. Debería poner a su mando al Général Jean-Maximilien Lamarque, un veterano de la Península con experiencia en luchar contra fuerzas irregulares. Su objetivo sería uno solo: aplastar sin contemplaciones aquella condenada sublevación, pasando por las armas a los responsables allá donde los apesase. Lo último que se podía permitir era un segundo frente abierto en su propia casa.

Cathcart escribía. Quería transmitir a Wellington que Alexander se había despedido tras comunicar la creación del Reino de Polonia, cuyo rey, por cierto, sería él. Salía para Heilbronn, donde pensaba esperar la llegada de Barclay de Tolly. Aquello señalaba el inicio de la desbandada. El primero que marcharía tras él sería Friedrich-Wilhelm, que una hora después anunciaba la unificación de sus posesiones polacas en un renovado Gran Ducado de Posen. No era nada que no se supiese, aunque despertó interés que no lo llamase por su nombre prusiano, Großherzogtum Posen, sino con el polaco Wielkie Xięstwo Poznańskie, y que pusiese a su frente un Książę-Namiestnik, lo cual le obligó a recurrir a una que supiera traducir aquel horror fonético, la cultísima duquesa de Sagan. Gracias a ella pudo saber que Książę-Namiestnik era el nombre de una figura nobiliaria inusual, la de duque-gobernador o *Statthalter* en la heráldica teutónica. El que ocuparía el cargo, por acabar de complicarlo todo, sería un príncipe polaco-lituano, el Fürst Antoni-Henryk Radziwiłł, Herzog von Nieswiez und Olyka. Él era incapaz de comprender qué pretendía Friedrich-Wilhelm con aquel embrollo, pero la explicación de la duquesa era verosímil: una maniobra de Hardenberg para tranquilizar a los indígenas ingenuos, si quedase alguno, y convencerles de que Prusia no se les echaba encima, y que bajo la bandera de Friedrich-Wilhelm vivirían más felices, prósperos y libres de lo que habían sido jamás. Que lo creyeran o no sería otro asunto. Si le preguntaran a ella, lo que no sería ilógico pues era polaco-letona de nacimiento, les diría que ni en broma, pero no lo harían; si había un pueblo incapaz de preguntar a una mujer algo más trascendente que a qué hora se cenaba, era el polaco.

La otra noticia era la inauguración del Deutscher Kongress, una extensión del Wiener Kongress cuyo propósito era crear una confederación de pequeños y medianos estados de cultura germánica, para que ocupara el lugar del Sacro Imperio que Boney liquidara en 1806. Pretendía sentar las bases de un acuerdo al que se

adhiriese todo el mundo. Los que decidieran hacerlo, que por las trazas serían todos, formarían una *Deutscher Bund* o Confederación Germánica, de momento no mangoneada por nadie si bien era de temer que Metternich se los llevase al huerto, para indignación de Hardenberg. Las opciones, aun así, parecían abiertas. Las conversaciones tendrían lugar en la *Ballhausplatz*, las presidiría Metternich y participarían Prusia, Hannover, Württemberg, Bayern, Baden, Sachsen y Hessen-Darmstadt a nivel de plenipotenciarios. Los ducados y principados menores, y las ciudades libres, estarían representados por simples delegados, en el caso de Holstein por uno danés y en el de Luxemburgo por un holandés. Por último, y según decía Humboldt, la intención era terminar los trabajos con tiempo suficiente para que la tal confederación naciese antes de concluir el congreso, de forma que su existencia quedase reconocida en el acta final. Le parecía un objetivo inalcanzable, dada la lentitud con que avanzaban las cosas en aquella perezosa ciudad, si bien comprendía que se intentase, a ver si, por milagro, todo hubiese concluido antes de que comenzaran los cañonazos.

Antes de firmar se preguntó si convendría decir algo más de la duquesa. Su idilio con Wellington fue un asunto muy discreto, pero él sospechaba que para ella no fue un entretenimiento más. Por parte de Arthur no podría decir lo mismo, aunque rara era su carta donde no deslizase alguna pregunta sobre la duquesa. Ella lo sabía, pues él se lo contaba, y aunque no hacía comentarios le tenía bien al día de sus planes para los próximos meses, que se sustanciaban en visitar sus posesiones en Schlesien para después pasar una temporada en la divina París, empezando por saludar a su tío Louis XVIII. París tras una guerra, por si Cathcart no lo sabía, era imprescindible para renovar armarios. La moda cambiaría, y bajo ningún pretexto dejaría de ser la primera en ponerse al día.

Quizá bastase con un *postscriptum*, explicando que la duquesa le tenía presente al rezar sus oraciones y que le deseaba la mejor de las suertes en la guerra contra *le petite homme*. Con eso no cometería pecado de indiscreción, y al duque le gustaría. Nunca estaba de más acariciar un poquito la vanidad del hombre más influyente de Inglaterra.

Bruselas, lunes 29 de mayo

Uxbridge había echado el resto. Sus diez mil jinetes —seis brigadas inglesas, una de la KGL y otra de Hannover— evolucionaban como en un ballet. Blücher, que sabía de hacer bailar escuadrones, componía un gesto de aprobación, lo mismo que Zieten, Pirch, Thielmann y Grolman. Bülow parecía de piedra, si bien Wellington ya sabía que aquel era su gesto para todo. De Gneisenau no se podría decir que disfrutase, aunque no por desdeñar lo que veía, sino porque no debía ver nada. Su expresión era la de uno que se hallaba no sólo a muchas millas de allí, sino a días, o años. El muy cabrito, según Müffling explicara en una cena con Álava, bien regada con los inusitados caldos que su criado sacaba de no se sabía dónde, sólo vivía para idear, planear y maquinar. A eso se debía que fuera tan difícil seguirle cuando enunciaba cualquier cosa, un avance o una retirada, un ataque o un atrincherarse. Lo tenía todo tan pensado que atreverse a opinar era como adentrarse por una ciénaga; de ahí que lo prudente fuera callar; era preferible a llevarse algún dardo de su despiadada mordacidad.

La parada se celebraba en una llanura limitada por el Dendre, junto a las aldeas de Jedeghem y Schendelbeek, y cerca del cuartel general de Uxbridge, al que no le fue fácil encontrar un terreno suficientemente amplio. Acabó por arrendar los doscientos cincuenta acres^[148] que necesitaban sus escuadrones para maniobrar con holgura. Le costó quinientas libras esterlinas, una suma desmedida —la renta de un año—, pero se podía permitir esa clase de caprichos. Pagó a los lugareños cincuenta más, para que lo segaran y desmocharan; era una medida necesaria, pues el centeno estaba tan alto que ocultaría los caballos, viéndose solamente a los jinetes. El problema, se dijo Álava, era que aquello valdría para la revista de Blücher, pero cuando empezaran los cañonazos, y dado que toda Valonia era un campo de cultivo, los ejércitos tendrían problemas para verse los unos a los otros. El asunto le preocupaba lo bastante como para pensar en alguna táctica de reconocimiento que impidiera disparar contra los propios camaradas, aunque de aquello bien podría ocuparse De Lancey, cuya llegada era inminente. Por mucho que lo guardase para sí, estaba más que harto de trabajar para el Army of the Low Countries. A Wellington jamás podría negarle nada, porque hay deudas que un caballero español nunca termina de pagar, pero se moría de ganas de volver a levantarse a las diez, sin más preocupaciones que decidir entre pasear por el parque o visitar a cualquiera de sus nuevos amigos de Bruselas, Lovaina, Gante y Brujas. Había descubierto las bondades y las dulzuras de ser embajador, y ansiaba como pocas cosas volver a disfrutarlas.

Además de Blücher, Wellington y sus séquitos, asistían el duque de Berry, el de Braunschweig-Wolfenbüttel, los comisionados en los dos ejércitos y una nutrida representación de la mejor sociedad bruselense, la cual no conseguía que Wellington

le hiciera el menor caso. Su atención seguía fija en sus escuadrones, y no porque disfrutara con la coreografía de Uxbridge, sino porque aquella vistosa fuerza no era ni la mitad de la que alinearía Bonaparte; por si fuera poco carecía de lanceros y coraceros, aunque a éstos, y a diferencia de Uxbridge, no los echaba de menos; había presenciado demasiadas veces el espectáculo de alguno caído de su caballo e incapaz de levantarse, correr y salvar su vida. Le habría venido bien la oferta que noches antes le trajo el agradable coronel Johann-Adolf von Zezschwitz, jefe de la despreciada caballería sajona. Ni él ni sus oficiales se conformaban con el papel de fuerzas en reserva con que los prusianos les humillaban. La insubordinación de un único batallón no justificaba que se les dejase fuera de la causa común, y contando con las bendiciones de su rey, nada feliz con las atroces cartas de Blücher, le ofrecía las dos brigadas a que había quedado reducido el Königlich Sächsische Armee. Le habría dicho que sí, porque aquellos ocho mil veteranos constituirían un refuerzo de categoría, pero el precio sería incurrir en más complicaciones diplomáticas, pues Gneisenau le acusaría de haber instigado la rebelión para birlarle la mitad del ejército de Friedrich-August. Dada la fragilidad de sus relaciones con aquel bárbaro, se limitó a explicar al desolado coronel las razones que le obligaban a rechazar su oferta, pese a la excelente opinión que tenía de sus tropas. Después, y tras acompañarle a su carruaje, redactó una nota para Hardinge; siendo inevitable que Blücher supiera de aquella visita, le ordenaba diese a Gneisenau cuenta de la misma con la mayor delicadeza posible, a fin de no buscar al pobre hombre problemas añadidos.

Tras la parada venía la revista. La encabezarían Blücher y Wellington, a los que seguirían, emparejados, los demás. Álava se vio junto a Gneisenau, que fue quien habló primero, al dejar caer que si Wellington quería intimidarle lo había conseguido. La caballería británica era extraordinaria y le gustaría contar en sus filas con algo similar, aunque a ese nivel de destreza, potencia y riqueza ellos no podrían llegar en muchos años. Aun así, pese a la gran admiración que sentía por aquellas brigadas, algo echaba en falta: los ulanos. Le asombraba que los ingleses no contaran con ellos. Ahí Álava se atrevió, preguntar qué cosa era un ulano, lo que resultaba un tanto difícil pues la conversación era en inglés, el acento del sajón sugería que al tiempo de hablar sorbía sopa y el término *ulano* era poco familiar en las orejas españolas. Gneisenau, todo cortesía, comenzó a explicar que las misiones de la caballería ligera no siempre podían ser desempeñadas por los vistosos húsares. Para según qué actividades hacían falta jinetes de otro tipo, y ahí fue donde Álava se quedó sin saber de qué otro tipo le hablaban, pues el Fürst Blücher se acercaba. No llegó a entender qué decía el majestuoso anciano a su Generalstabschef, pero Miniussir, que no estaba lejos, las tradujo por «magnífico ballet; ya veremos si estas bailarinas saben comportarse frente a los lanceros de Bonaparte». Blücher se llevaría una sorpresa si los viera en acción; él los había observado en Ciudad Rodrigo, Fuentes de Oñoro,

Salamanca, Vitoria, Orthez y Toulouse, y sabía que no eran bailarinas. Ahora bien, cada vez que se las vieron con los lanceros franceses lo pasaron fatal. ¿Sería posible que aquellos dos animales tuvieran razón?

A la parada y a la revista siguió una cena en el cuartel general de Uxbridge, en la cercana Ninove. Una cena de soldados, lo que Blücher agradeció de corazón. Los idiomas no eran lo suyo, y verse rodeado de reyes, príncipes y duques, como la noche anterior, siempre acababa poniéndole nervioso. Fue una cena salvajemente protocolaria, ofrecida por el rey Willem para honrar a los mandos de los ejércitos estacionados en su país, en su calidad militar y en la de representantes de gobiernos aliados. La de Uxbridge, en cambio, era de compañeros de profesión, y los militares rara vez no acaban por entenderse. A la relajación general contribuía la cuidadosa distribución de asientos, obra de Álava; con delicadeza de diplomático los había repartido por idiomas, de forma que nadie quedara descolgado. Presidiendo la larga mesa, uno frente a otro, el príncipe y el duque. Junto a Blücher, Müffling, en su habitual papel de orejas y boca de su mariscal, y el Herzog Braunschweig-Wolfenbüttel, que si bien no era un amante de los prusianos opinaba bien del príncipe; ambos pasaron un buen rato, justo lo que pretendía Wellington, quien se veía flanqueado por Gneisenau y Thielmann, de los cuatro comandantes de *armeekorps* el que hablaba un mejor francés. Un irlandés entre dos sajones renegados, se decía el irónico Álava flanqueado por Lord Hill y el príncipe de Oranje, los tres haciendo frente a Zieten, Hardinge y un hierático Bülow que ni allí perdía su espléndida expresión de no haber venido. Una excelente cena de inminentes hermanos de sangre. Quizá no todos lo pasaron bien, comentarían después Wellington y Álava, pero no saltaron chispas. O no demasiadas.

Bruselas y Londres, martes 30 de mayo

A las diez se reunirían él y Blücher, sus estados mayores y sus comisionados. Sería una reunión densa y larga, porque aquella gente pensaba quedarse a dormir; horrible pero inevitable, se decía Wellington despachando su correo. Nada parecía de interés, salvo una carta de Lord Exmouth, jefe de la BMF, que complementaba un relato de Cathcart sobre lo mal que terminaba la opereta de Murat. Sabía cómo se juzgaba la situación en Viena, pero el informe del almirante añadía pimienta. Comenzaba explicando que, por su propia observación, era cosa de días que se arriara la bandera de Murat para que volviese a ondear la de Ferdinand the Fourth of the Two Sicilies, el viejo Bourbon que las potencias coaligadas querían volver a sentar en el trono de Nápoles. De Murat no había noticias; la propia reina Carolina decía no saber nada de su marido. Tras eso Exmouth se desentendía de Murat, para explicar que Bianchi aceptó el día 20 la capitulación de lo poco que aún quedaba del ejército de Nápoles. Lo hizo mediante un instrumento que los austríacos iban a llamar Tratado de Capua y que firmó con un tal general Carrascosa. Desde aquel momento nada impediría que Ferdinand regresase, salvo la presencia en su palacio de la reina Maria-Carolina di Napoli, quien se mantenía muy entera. El 22 la recibió a bordo de su *flagship*, el *HMS Tremendous*. La trató con la caballerosidad esperable de un almirante inglés y hasta le cedió su cámara, para ella y sus cuatro hijos. El almirante recalca que de ningún modo la presionó para que se rindiese a Inglaterra en vez de al Freiherr Bianchi. La decisión la tomó ella, sin que le dijera por qué. Su relato terminaba el 23, cuando el *Tremendous* aparejó rumbo a Trieste, donde la ex reina pensaba pedir la protección del Kaiser. A Exmouth no le pareció mal, pues la Royal Navy no tenía nada contra esa hermana de Bonaparte; a su juicio no era una ex reina pobre, cuando menos a la vista de las docenas de baúles con que subió a bordo, los cuales puso bajo vigilancia, temiendo algún conato de saqueo. La ex reina, muy agradecida, comentó que aquellas cajas guardaban todo lo que tenía en este mundo, y que con ello tendrían que vivir, ella y su familia, una vez el Kaiser señalara dónde. Al tiempo de dejar Nápoles, por último, las tropas austríacas tomaban la ciudad. El rey Ferdinand podría, pues, regresar cuando quisiera.



Lord Exmouth, por Lawrence

El informe, se decía en una nota separada, fue llevado a Génova en una fragata, donde lo recogió un agente de Lord Burghersh, ministro británico en Florencia, que se ocupó de hacer copias y expedirlas a Viena (Lord Cathcart), Bruselas (Lord Wellington) y Londres (Lord Castlereagh & Viscount Melville). Las comunicaciones británicas funcionaban estupendamente, pues el texto sólo tenía siete días de vida. Ojalá todo funcionase igual de bien, se decía Wellington mientras revisaba el último estudio de Álava sobre l'Armée du Nord. Tras sopesar las ventajas y los inconvenientes, decidió mostrarlo a los prusianos en la reunión de horas después. Álava, demostrando una vez más que dominaba su oficio, además de llenar unas cuartillas con los datos numéricos había clavado en un mapa de gran tamaño el despliegue de l'Armée du Nord y el del Army of the Low Countries, dejando a los prusianos el trabajo de colocar los alfileres que correspondiesen al Niederrheinarmee. Las notas no brindaban un panorama esclarecedor, pero las fichas de papel amarillo repartidas por el mapa lo hacían todo más claro. El I Corps d'Armée (Drouet, veinticinco mil hombres), acampaba en Lille; el II (Reille, veinticuatro mil), en Valenciennes; el III (Vandamme, dieciocho mil), en Charleville; el IV (Gérard, dieciocho mil), en Metz; el V (Suchet, veintitrés mil), en Strasbourg, y el VI (Mouton, quince mil), en Avesnes-sur-Helpe. El V estaba demasiado lejos para formar parte de l'Armée du Nord; más parecía una fuerza pensada para oponerse a Schwarzenberg. No se conocía el despliegue de las tropas montadas, aunque Álava

las estimaba en cuatro *corps de chevalerie*, totalizando catorce mil jinetes. A esas cifras había que añadir las de la Garde Impériale, cuyas últimas estimaciones llegaban a veintitrés mil infantes y seis mil jinetes. Sobre artillería sólo había una cifra global: trescientas cincuenta piezas entre todos los calibres. Bien, pues con aquello ya tendrían para no aburrirse lo que restaba de día. Sobre todo a partir de un último dato que Álava no clavaba en el mapa, dejándolo en una nota separada: la disposición de los cuerpos de infantería señalaba un vértice de avance. Bonaparte, a su juicio, pensaba presionar sobre Charleroi, para penetrar en Valonia dejando a su izquierda el Army of the Low Countries y a su derecha el Niederrheinarmee. Hizo bien no pintándolo en el mapa, se decía His Grace. De ningún modo convenía compartirlo. En la carrera que cerraría la campaña, la clave de superar a Blücher no sólo en velocidad, sino en efectivos, residía precisamente ahí.



Sir Thomas Picton, por Martin Archer Shee

Sir Thomas Picton, a diferencia de los restantes mandos superiores de la Guerra Peninsular, no tenía un asiento en la House of Lords. El haber sido tratado tan mal sólo podía deberse a los prejuicios de Wellington, tan adicto al sistema de promoción por dinero que tanto hacía por destruir al British Army, pensaba él, que había llegado al generalato por estrictos méritos de guerra. Era un *lieutenant-general* de gran profesionalidad, pero de trato rudo e inconcebiblemente mal hablado, lo que Wellington detestaba. Con la excepción de Álava, nadie se permitía en su presencia una expresión vulgar, e incluso éste no se salía del castellano cuando sentía necesidad de soltar un impropio; entendía que la exquisita educación propia de las clases altas bastaba para mandar un pelotón, y que cualquier aristócrata, una vez se le diese cierta formación práctica, sabría cumplir con su deber cuando Inglaterra lo demandase. Valoraba los hombres como Picton, pero no le gustaba tenerlos cerca. De ahí que no le reclamase, pero también que no dudara en aceptarle cuando se propuso él mismo a través de York. Sabía que si volvía, pese a la mala leche que albergaba contra él, era por hallarse fatal de dinero. Le pareció bien que trajera su pequeño estado mayor, el teniente coronel Tyler y los capitanes Price y Chambers, tan bárbaros como él, así como una cuadra de dieciséis caballos, cada día más difíciles de adquirir en un VKN donde los prusianos habían arramplado hasta con el último penco. Cualquier refuerzo en hombres y bestias les vendrían muy bien, a él y al infame Army of the Low Countries.



Lord Castlereagh, representante de Inglaterra, por Sir Thomas Lawrence

París y Bruselas, miércoles 31 de mayo

El ritmo de l'Empereur se incrementaba. Los despachos con sus ministros eran muy breves, del todo ejecutivos. Un simple ser informado y sobre la marcha dictar órdenes, sin apenas reflexionar. No por insensatez, sino porque no había tiempo. De ahí que se viera forzado a confiar en su buen sentido, si no en su genio para valorar situaciones. Por desgracia, no todos sus actos podían ser tan veloces. La tarde anterior, sin ir más lejos, se vio forzado a revistar la Garde Impériale por la vigilia del *Champ de Mai*^[149] se dejó ver por demás jovial con sus fidelísimos *grognards*, los cuales no cesaban de vitorearle, acompañados de una multitud que hacía lo mismo. Una donde los no franceses podrían contarse por docenas. París rebosaba espías, algunos muy discretos aunque la mayoría sumamente descarados, conscientes de que le agradaba verles allí, al punto que la usualmente hostil policía de Fouché les ayudaba con sus problemas de alojamiento. Las ceremonias del Imperio eran en sí mismas un colosal espectáculo propagandístico, y él la primera estrella. Lo sería de nuevo al día siguiente, cuando se celebrara el primer *Champ de Mai* desde aquel otro de 1790 que la Convención dio en llamar *Fête de la Fédération*, y que cuanto más cerca estaba menos le apetecía disfrutar. Llevaba días preguntándose qué diablos ganaría con aquella fantochada, pero ya no era posible volverse atrás. De hacerlo no habría interpretaciones favorables, y de ningún modo quería exhibir su íntima debilidad.

El único ministro al que dedicaría más de diez minutos era Fouché; traía noticias de La Vendée, donde ya estaba Lamarque. Según informaba éste, La Rochejaquelein había tomado Cholet y Sainte-Anne-d'Auray, aunque antes de su llegada. Una vez supo de sus veintisiete mil hombres, la situación cambió. No sólo la incorporación de voluntarios se redujo de un modo dramático, sino que la unión entre sus cabecillas, unos tales Sapinaud, d'Autichamp, Falleron y Suzanet, saltó por los aires, al punto de proclamar que rehusaban obedecer al autonombado caudillo, el conde de la Rochejaquelein.

—¿En cuanto tiempo los habrá liquidado?

—En cuanto les obligue a dar batalla. Cosa de una semana. Otra más para sanear rescoldos y restaurar el orden, y eso habrá sido todo. Sería necesario dejar allí diez mil hombres; Lamarque y los restantes podrán incorporarse a l'Armée du Nord hacia el 25 de junio.

El Emperador suspiró. Necesitaba las divisiones de Lamarque para completar el VI Corps d'Armée, pero ya no había solución. El 25 de junio todo habría terminado. Estaría en Bruselas, negociando con Alexander tras descalabrar a Wellington y a Blücher, o estaría en a saber. Igual, hasta muerto.

Wellington, en su despacho, reflexionaba sobre lo que auguró Blücher, que Bonaparte comenzaría por él; que lo hiciera pivotando sobre Maubeuge, Charleroi o Namur era lo que no acababa de ver claro. Las posiciones de l'Armée du Nord no apuntaban nada en sí mismas; Boney debía de contar con que se le vigilaba, en la misma medida que lo hacía él. Ése era el motivo de que no detallara su propio despliegue; se limitó a decir que su I Army Corps se desplegaba entre Mons y Nivelles, y que la Reserva y el II permanecían al largo de la carretera Gante-Bruselas. Al hacerlo le costó mantener la seriedad, por culpa de la irónica mirada de Álava, el único de los suyos que poseía una visión global de las posiciones; sin duda entendía que su intención era facilitar a Bonaparte y a Blücher que se masacraran entre sí, para sólo intervenir una vez se hubieran desangrado lo bastante para que aquel diera el ataque por fallido y éste no pudiera disputarle la carrera por París. El precio, que no le importaba pagar, sería ser tenido por frívolo durante las dos semanas que aún tardaría Boney en cruzar la frontera, o al menos eso era lo que Fouché aseguraba. L'Armée du Nord estaba lista desde hacía días, y si Boney no pasaba de las musas al teatro era por el fangal parlamentario en que se había metido él solo. No podría dejar París mientras no constituyera las cámaras, lo que no podría suceder antes del 10 de junio. Eso significaba que hasta el 15 habría paz. En el entretanto debía conseguir que los agentes de Bonaparte dijese que sus tropas se hallaban tan dispersas que no serían un peligro hasta cuatro días después de iniciarse los festejos. Necesitaba que Boney creyese aquello a pies juntillas, y creía saber cómo: sugiriendo a la duquesa de Richmond que organizase un acontecimiento tan sonado que ni el espía más inepto se quedara sin saber dónde y cuándo tendría lugar. El motivo sería la conmemoración de su triunfo en Vitoria, del que se cumplirían dos años el día 21; demasiado tarde para sus planes, aunque no si la inocente Charlotte lo planificaba para el 15, la fecha de Fouché. Más tarde, no, salvo que invitase también a Boney. Debería ser un baile al que no dejara de acudir nadie de renombre, con especial énfasis en sus oficiales casaderos, con lo que Charlotte debería enviar no menos de doscientas invitaciones. Unas cuantas de las mismas, lo daba por seguro, estarían en París tres días después de ser recibidas. Una vez aquello fuera del dominio público, no habría casa con soltera que declinase asistir. Con eso bastaría para que toda Bruselas supiera que Wellington y su festivo ejército estarían con resaca la mañana del 16. Dada la fama de *bon vivant* que desde hacía semanas se afanaba en cultivar, sería razonable que Boney se lo tragase. Así estaría todo a favor de que la emprendiera con Blücher. Dos días después de molerse a palos, ciento veinte mil franceses y otros tantos prusianos serían, con suerte, un tercio menos. Blücher se habría retirado a Lieja, mientras Boney, tras deducir dos *corps d'armée*, lo mínimo para prevenir que Blücher regresara y le pillara con el *culotte* en las rodillas, sólo podría oponerle un máximo de setenta y

cinco mil. Avanzaría por el camino más corto, para encontrar en la línea Braine-l'Alleud-Mont-Saint-Jean-Smohain un ejército más en forma de lo que habría pensado. Le atacaría, porque no tendría más opción, y así él se alzaría con una victoria decisiva, perdiendo no mucho más de diez mil hombres y conservando los suficientes para lanzarse con garantías por el camino de París, con Blücher a varios días tras él. Un Blücher derrotado, desmoralizado y reducido a menos de setenta mil, no porque Boney le hubiera hecho cincuenta mil bajas, sino porque un tercio de sus pordioseros habría desertado. Era una lástima no poder compartir aquello con nadie salvo Álava, y con éste no hacía falta, porque lo comprendía sin necesidad de darle pistas. Mejor así. Mejor que nadie pudiese acusarle de haber procedido con la más británica de las perfidias.

Bruselas y París, viernes 2 de junio

Las razones por las que Wellington quería librarse de Sir Hudson se podrían condensar en que le ponía de los nervios. Lowe, soltero de cuarenta y seis años y encima irlandés, quizá respondiera en exceso a los parámetros que His Grace tenía por sospechosos,^[150] pero al pobre diablo, analizado con la fría objetividad de Álava, sólo se le podría tachar de aburrido, lento e inoportuno. Aun así, que cesase aquella mañana era una gran noticia, sobre todo para él. Sir William Howe de Lancey había llegado la tarde anterior. Wellington decidió que cenaran los tres juntos, y así, a lo largo de las horas en que disfrutaron los horrores de Thornton, el coronel americano —nacido en New York— fue puesto al corriente del verdadero estado del Army of the Low Countries. Lo que al día siguiente le contase Lowe sería de índole rutinaria, nada con lo que no se pudiese hacer en poco más de una hora, momento a partir del cual ya podría considerarse auténtico QMG del Army of the Low Countries. Así Álava podría regresar a su abandonada vida diplomática, y en todo caso a la poco absorbente de comisionado en el *headquarter*, donde conservaría despacho y asistente, pues His Grace no quería dejar de contar con él.

Wellington participó en el relevo el minuto necesario para validarlo, y tras desear suerte al abatido Sir Hudson se retiró a despachar con Müffling, que traía novedades de interés. La principal era que las patrullas de Zieten habían detectado al VI Corps d'Armée veinticinco kilómetros al sur de la frontera, en las proximidades de Chimay. Frente al mapa que Álava mantenía tan sesgadamente como podía, los pensativos caballeros convinieron que Bonaparte podría descargar su primer golpe donde le diera la gana, pues no había nada en su despliegue que señalara preferencia por Mons, Charleroi o Namur. Aquel mapa no era el único en los que Álava trabajaba y en los que desde aquella mañana se afanaría De Lancey. Había otro donde sus vectores no eran tan inconclusos. Si bien todo podría cambiar de la noche a la mañana, se había jugado una cena en La Tour d'Argent a que Boney empezaría por Charleroi. Wellington, por su parte, valoraba que Bonaparte lanzara un *corps d'armée* sobre Mons para envolverle como a Mack en Ulm, evitando la línea Braine-l'Alleud-Mont-Saint-Jean-Smohain. Sería un golpe genial, pues entre Mons y Bruselas no había una posición comparable. De ahí su preguntarse si Boney conocería la reciedumbre de aquel risco. En sus reconocimientos había tomado la precaución de ir con poca escolta, y hasta prohibió que allí acampara nadie. Sólo dio instrucciones a Carmichael-Smith, el mismo con quien lo descubrió, de valorar lo necesario para fortificar las dos granjas, Hougoumont y La Haie Sainte. La *intelligentzia* de Bonaparte no podría determinar, al menos a partir de sus movimientos, que ahí era donde pensaba esperarle, pero Boney había pasado por allí unas cuantas veces, e igual sacó sus mismas conclusiones. Si fuese así, lanzar sobre Mons uno de sus *corps*

d'armée le sacaría de su posición; no tendría más remedio que retirarse sobre Amberes, lo que si bien sería justificable desde un punto de vista militar resultaría desastroso ante la prensa de Londres. A eso se debía que ordenase a De Lancey estimar la fuerza necesaria y el lugar conveniente para detener un *corps d'armée* que avanzara sobre Mons. Sería doloroso sacrificarla en eso cuando quizá no hiciese falta, pero sería un seguro de vida, y éstos, bien lo sabía, convenía pagarlos.

El precio de conseguir que Müffling no perdiera la confianza del paranoico Gneisenau era suministrarle información de apariencia valiosa. Esa mañana no contaba con nada que quisiera compartir, salvo una nota de Clarke donde hablaba de un levantamiento en La Vendée que había obligado a Bonaparte a distraer treinta mil hombres. Por mucho que Clarke pudiera exagerar siempre serían quince o veinte mil que no formarían en l'Armée du Nord, cosa muy buena en sí misma. Cuanto más debilitado estuviera Boney menos bajas tendrían, cosa tan preocupante para Gneisenau como para él, aunque no por humanidad. Gneisenau no tenía de dónde sacar más y él se vería en problemas si le hacían demasiados, incluso si ganaba. La opinión pública, tras tantos años de guerra en cuya utilidad no todos creían, se preocupaba demasiado del *scum*^[151] que combatía en el continente.

Se acercaba la hora de las audiencias reservadas, que aquella mañana sería una sola: Lady Frances llegaría sobre las doce por el discreto acceso de sus visitas privadas. Aparecería en sus habitaciones conducida por Lord Fitz-Roy, tras lo cual sus preocupaciones del día se congelarían media hora, o un poquito más. Se preguntaba si le daría tiempo a escribir a su hermano Henry, pero un leve toc-toc en la puerta le indicó que Lord Fitz-Roy ya bajaba por ella. En dos minutos la tendría con él. Tiempo apenas suficiente para repasar su aspecto. En cuanto a la carta, ya la escribiría después.

El Emperador había convocado a Carnot para entregarle un edicto llamando a la quinta de 1815. Un mes antes no habría tomado una medida tan impopular, pero las consideraciones políticas ya le daban igual. Sólo importaba contar en septiembre con ochocientos mil soldados en armas, quinientos mil más de los que por entonces se alineaban entre los *corps d'armée*, los acuartelados en las plazas principales y los que defendían las fortalezas. No cesaban de llegar noticias de revueltas, en la Vendée, en el Midi, en Nimes, en Burdeos, en Marsella y en Toulouse. La Iglesia, siempre perspicaz, se alineaba con *L'Inévitable*, al punto que los sacerdotes, además de predicar la deserción y la desobediencia, se negaban a finalizar las misas con el preceptivo *Domine salvum fac imperatorem*, explicando así dónde colocaba sus apuestas el Espíritu Santo. Definitivamente, reconciliar a Francia con la Iglesia fue de las mayores tonterías que jamás pudo cometer. Si volvía victorioso, sería de las

primeras cosas que arreglaría.

Se concentró en el *Moniteur*. Traía los nombres de los 629 diputados y los 117 pares. Los tendría en París el día siguiente, la fecha señalada para que se constituyeran las cámaras con acuerdo a *l'Acte Additionnel*. La mayoría mostraba tendencias liberales, próximas a los postulados de La Fayette. Fouché no creía que formaran una fracción decisiva, pues el número de jacobinos superaba con holgura los doscientos, a los que, llegado el caso, se les podrían agregar unos cien bonapartistas, que por algo puso cuidado en que consiguieran sus actas. La cámara, conforme a ese diseño, sería tan manipulable como ruidosa. Un fragor suficiente para dar la impresión de que la Democracia gobernaba. Estaba seguro de contar con suficientes diputados para ganar las votaciones importantes. Las otras, que deberían habilitarse para guardar las formas, daría igual que se perdieran o no.

Con los 117 pares no había problema, pues todos le debían el escaño. Sus hermanos (Joseph, Lucien, Louis y Jérôme) formaban junto a Beauharnais, Cambacérès, Lebrun, el cardenal Fesch, los mariscales Suchet, Brune, Soult, Masséna, Moncey, Davout, Grouchy, Jourdan y Ney, los generales Lefebvre, Clauzel, Cambronne, Drouot, Flahaut, Drouet, Girard, La Bédoyère, Mouton, Rapp, Mortier, Pajol y Kellerman, y los ministros Maret, Carnot, Gaudin, Decrès, Mollien, Caulaincourt y el propio Fouché, además de otros notorios partidarios de su causa. Serían, en conjunto, dos cámaras fáciles de manejar; podría gobernar, por lo tanto, como lo había hecho siempre. Con ellas cerraba la cuadratura del círculo político, la de contar con la constitución más adelantada, una cámara electa representativa pero sometida y un senado amaestrado. Un panorama idílico, pero sus tripas le decían que no, que algo no iba bien o no estaba debidamente diseñado. La clave no se le ocultaba: la condenada pandilla estaría siempre a favor mientras todo fuera bien, pero a poco que llegaran malas noticias serían los primeros en saltar por la borda, como las ratas que a fin de cuentas eran. Se preguntaba si aquel esfuerzo habría valido de algo. Si tiró por aquel camino fue por mostrar al mundo que volvía del exilio convertido en un demócrata, pero ni dentro ni fuera de Francia se lo habían creído. Dentro, porque los índices de abstención eran clamorosos. Fuera, porque a la vuelta de nada se las vería con seiscientos mil hombres, contra los que no podía oponer ni la mitad. Era desalentador, pero su vida y su carrera jamás fueron fáciles. Lo que tenía por delante sólo era un peldaño. El más elevado, y además sabiendo que la escalera no acababa tras él. Habría más, muchos más y aún más empinados; era inevitable preguntarse si merecía la pena subirlos. La idea de un retiro en Estados Unidos convertido en riquísimo terrateniente, mientras su hijo reinaba en una Francia gobernada por un consejo de regencia fiel a sus ideas, no dejaba de rondarle la cabeza. La suya y las de sus próximos. La de Lucien, sobre todo. Le había propuesto que abdicara y se marchase, a fin de librar al país de una guerra que no podría ganar y en la seguridad

de que Inglaterra, si así conseguía neutralizarle sin sangre, sería la primera en aceptar el trato. Si pudiera confiar en eso no lo dudaría, pero con Liverpool en Downing Street era imposible. Su destino, lo quisiera o no, estaba en sus manos. Salvo si vencía él.



Jean-Baptiste Jourdan, por Julie Volpelière

Bruselas, sábado 3 de junio

Álava y Miniussir salían de visitar al sastre de Wellington. Se habían tomado las medidas de un conjunto de uniformes que les regalaba éste, de General^[152] y de Major. Serían similares a los de cualquier oficial inglés de las mismas graduaciones, salvo en los bicornios y los entorchados, que se parecerían a los empleados en los Reales Ejércitos, aunque las diferencias sólo serían perceptibles para un ojo muy entrenado. La razón del obsequio era que Wellington deseaba contar con ambos, con el general como miembro efectivo de su estado mayor y con el *major* a título de oficial a las órdenes de los dos.

—¿Nuestras obligaciones llegan a tanto, mi general?

—Las mías, sí. En cuanto a las suyas..., pues lo cierto es que no está usted obligado a participar en esta guerra, pero Ciudad Rodrigo desea contar con su concurso. Anda sobrado de oficiales, de los cuales usted conoce a unos cuantos, aunque no dispone de uno solo que hable tantas lenguas como usted, y habrá ocasiones donde le vendrá bien servirse de uno capaz de transmitir mensajes verbales al Fürst Blücher o al Graf Gneisenau. Es usted libre de aceptar o no, pero los riesgos implícitos de toda campaña quizá se compensen con la consideración de un hombre como él. Una carta suya de agradecimiento al rey Nuestro Señor por su excelente comportamiento en lo que se avecina podría valer para pasar de Consejero de Cuarta Categoría a Ministro Plenipotenciario de Segunda, ¿sabe usted? Es libre, insisto, de decidir lo que más le convenga, pero créame si le digo que oportunidades de tomar un atajo tan extraordinario como éste rara vez se presentan a ser humano alguno.

El joven consejero no necesitó muchos segundos para pensárselo.

—Permaneceré a sus órdenes, mi general.

—Así me gusta. Vamos ahora por los caballos.

La cuadra de la embajada era escasa. Cuatro bestias de tiro y tres de monta, de las que sólo un *hunter* inglés, regalo de Uxbridge —su esposa estaba encantada con las doncellas flamencas que le había enviado el amable general Álava—, era de calidad suficiente para encarar la inminente campaña. El general necesitaría cuando menos un caballo más, así como una montura decente para Miniussir, para lo cual recurrió al capitán Mitchell, un oficial destacado en la oficina del Quartermaster-General en Amberes. Se dedicaba, entre otras cosas, a conseguir caballos, bienes de naturaleza muy escasa y cuyos precios no cesaban de subir. Por sí mismo no podía conseguirle uno, pero alguno de sus proveedores bruselenses quizá pudiera. Uno, efectivamente, podría, pero a un precio desmesurado, incluso para un embajador, aunque lo justificaría como necesidad inherente a sus obligaciones de comisionado. Acabó fijando con el tratante unas condiciones de alquiler un tanto especiales: si las dos bestias no volvían de la guerra, se las pagaría en su totalidad, pero si las retornaba

intactas sólo abonaría el alquiler (mil doscientos francos cada uno), que por sí mismo superaba el precio natural del animal. Cerraron el trato añadiendo una buena provisión de vino, pues la bodega del general andaba un tanto alicaída tras un mes de cenas cotidianas, así como unos cuantos pares de botas, para él, Miniussir y Zurraspas. Lo bueno de haber participado en tantas guerras, se decía el general con cierta conmiseración, era saber que si alguna prenda debe ser de primera calidad es la de calzar.

Sir Thomas Creevey era un *whig* de cuarenta y siete mal llevados. Carecía de fortuna, lo que no impidió que se graduara en Cambridge, poseyera una buena reputación como abogado, fuera MP por Thetford y formase parte del último gobierno *whig* que sufrió su país. Aunque nunca destacó por sus dotes políticas, sí lo hizo por poseer un singular talento para las relaciones públicas, sustentado en una portentosa capacidad para el cotilleo, el rumor, la confidencia interesada y la intermediación entre personajes que sin sus habilidades de *go-between* no se habrían entendido. A eso se unía una vida privada peculiar; casado con una viuda de salud lamentable aunque de riñón bien cubierto, no se llevaba mal con los seis hijos que la buena mujer aportó al matrimonio, los cuales, si bien nunca vieron en él un padre que para nada necesitaban, aceptaban que no sanguijueleaba en exceso a su decaída madre, de modo que sus esperanzas de hacerse con una gran herencia se conservaban intactas.

Sir Thomas y su esposa se mudaron a Bruselas a raíz de las vacaciones parlamentarias de 1814. Pensaban que su clima sería beneficioso para Lady Creevey, aunque Sir Thomas, de paso, buscaba mejorar su economía personal, aprovechando el fuerte aumento de presencia británica. Las necesidades de gestión civil que disfrutaba la colonia eran considerables, Sir Thomas parecía conocer a todo el mundo y resultaba natural que Graham primero, y Wellington después, recurrieran a sus oficios cuando tocaba negociar algún entuerto con las autoridades locales. De ahí venía que Sir Thomas y el duque se trataran con frecuencia, sobre todo cuando éste supo que su red de contactos llegaba tan lejos como a París. Con frecuencia le llegaba información no esencial en sí misma, pero que confirmaba o desmentía la de His Grace, y a eso se debía que fuera rara la semana en que no disfrutasen de su mutua compañía. Por lo demás, a Wellington la de Sir Thomas no le gustaba. Le consideraba un charlatán y un cotilla, pero apreciaba sus contactos, su valor como mensajero de la prensa británica, que tenía en él su mejor corresponsal en Bruselas, y su capacidad de influir en el incontrolable rebaño de cabestros que pacía en la House of Commons. Le convenía, en suma, llevarse bien con él, y aunque jamás debería responder ante los Commons, por ser miembro de la House of Lords, bien sabía que una moción en su contra impulsada por aquel patán podría bastar para privarle de lo que consiguiera en

el campo de batalla. De ahí que lo sobornara encargándole gestiones nada imprescindibles —su sola palabra bastaba para poner en primer tiempo de saludo al gobierno del rey Willem, y a éste también— y que soportara sus tediosas sobremesas. Todo fuera por el bien de Inglaterra.

La cena de aquella noche, a la que también asistirían Stuart y Álava, resultó menos aburrida de lo usual. Entre los diversos cotilleos de Sir Thomas despertaba interés uno enviado desde París por otro *whig* igual de chismoso, una peste conocida por Sir John Hobhouse; su entretenimiento favorito era transmitir a Sir Thomas sus impresiones sobre la vida en París bajo Napoleón I. La historia de Hobhouse, escrita en una tinta invisible que cualquier esbirro de Fouché visibilizaría en un minuto, trataba del *Champ de Mai*. Según Hobhouse, la Guardia formaba en el Campo de Marte, frente a la imponente Academia Militar, en el centro de cuya fachada se había montado una plataforma engalanada de un modo exquisitamente representativo del mal gusto imperial y desde la cual Su Majestad presidiría la ceremonia cuando al fin llegara. Él, como varios miles de parisinos más, entretenía la espera con el *Moniteur*, que traía los resultados del plebiscito celebrado el 14 de mayo, 1.288.257 votos a favor y 4.802 en contra, y también hacía saber que la nueva constitución entraría en vigor en cuanto Boney torturase a los electos con la insoportable ceremonia de apertura de las cámaras.

Los miembros del gobierno, la corte y el clero empezaron a ocupar sus lugares una vez se anunciase a cañonazos la salida de l'Empereur de Les Tuileries. Las baterías del Pont d'Iéna, del Hospital des Invalides, de Montmartre y del propio Champ de Mars, respondían a medida que avanzaba la comitiva, para gran alegría y mayor entusiasmo de las masas congregadas. El *Champ de Mai*, pese a su bucólico nombre, era una parada militar diseñada para enardecer al pueblo en vísperas de una guerra patria, concepto acuñado por la revolución para justificar el servicio militar obligatorio; los países civilizados, que se caracterizaban por no disfrutar un servicio militar obligatorio, jamás organizaban esas bufonadas. Napoleón viajaba solo en su carruaje más aparatoso, se murmuraba que de pésimo humor a causa de una discusión la noche antes con su hermano Lucien, que por lo visto insistía en que aprovecharse la ocasión para ceder a su hijo la corona y evitar así a Francia una guerra desastrosa. Le flanqueaban, a caballo, cuatro Maréchaux, entre los que descollaba Ney, del que no se sabía nada desde hacía dos meses. El populacho le vitoreaba, si bien sobrevino un pasmado silencio cuando bajó de la carroza. Todo el mundo esperaba verle con su mítico uniforme de coronel de los *chasseurs-à-chéval*, pero el fantoche que se les aparecía, gordo, sudoroso y vestido de satén blanco —hasta los zapatos lo eran—, con un manto rojo bordado en oro y forrado de armiño cubriéndole los hombros, bajo un bicornio emplumado que lucía un diamante indecoroso, inspiraba cualquier cosa menos adoración.

Tras eso comenzó una misa solemne, oficiada por monseñor Barral, arzobispo de Tours; el programa se desarrollaba con precisión militar, hasta culminar en la firma del ejemplar oficial de la *Benjamine* y en el discurso de l'Empereur, el cual, como todos los suyos, fue largo, denso e insufrible, cuando menos al nada entregado juicio de Hobhouse, quien se despedía explicando que nada más acabar la ceremonia corrió a su alojamiento para reflejarla en un papel, del cual aquella era la copia que como de costumbre hacía llegar a su buen amigo y MP.

La imagen de Boney vestido de adefesio les había hecho reír. Ninguno de los cuatro le había visto jamás, ni siquiera de lejos, si bien estaban acostumbrados a las sangrantes caricaturas con que a diario le crucificaba la prensa británica. Una en la que Wellington no dejaba de pensar. Deseaba enviar un mensaje sutil a Metternich y Alexander, y Creevey podría ser el correveidile ideal. Así, tras pensarse las palabras, aprovechó el primer e inevitable «¿cómo ve Your Grace la situación?» para explicar de modo contundente que Blücher y él podrían resolver el asunto por sí solos, sin que debieran esperar la llegada de los muy retrasados Schwarzenberg y Barclay de Tolly. No le cabía duda de que su solemne aseveración aparecería en primera página del *Times* y de *The Gazette of London*, y que no tardaría más de una semana en llegar a las manos de Metternich y del Zar. Quizá con eso bastase para que dieran a sus respectivos y perezosos mariscales la orden de acelerar. Era cierto que si Blücher se dejara manipular no necesitaría más para imponerse a Bonaparte, aunque también lo era que si los otros abrían un segundo frente habría menos bajas británicas. En cuanto a las prusianas, prefería no pensar que, cuantas más fueran, mejor para Inglaterra.

Lieja, Bruselas y Viena, viernes 9 de junio

De las muchas sentencias que los anuarios ponían en boca de Bonaparte, la que decía «para ganar guerras sólo se necesita dinero, dinero y dinero», no podía ser más cierta, o eso pensaba Gneisenau. La consecuencia de andar tan mal de fondos era una penosa carencia de información. Prusia estaba en quiebra, pero no por eso Friedrich-Wilhelm se abstenía de vivir como un rey mientras él sólo podía mendigar a través de Müffling las migajas que caían de la mesa de Wellington. Von der Goltz hacía lo que podía yendo por Gante de vez en cuando, a ver si Clarke le hablaba de los movimientos de Bonaparte o de la situación en Francia. Siempre volvía con algo, aunque de naturaleza tan irrelevante que maldito para lo que valía. En eso reconocía la superioridad de Wellington; sus meses de representar a Inglaterra en París le habían servido para conocer a todo el mundo, y con la ilimitada provisión de oro que Liverpool ponía en su haber debía de tener a sueldo media Francia. Él seguía sin tener una idea clara de cómo se desplegaba Bonaparte, de cuándo le tendrían enfrente y, sobre todo, cuál sería su dirección de avance. De ahí que las patrullas de Zieten se internaran hasta cincuenta kilómetros más allá de la frontera; ya que no conseguía saberlo por su aliado, no le quedaba otra que determinarlo por sí mismo, aunque no lo conseguía. Igual era porque sus jinetes no podían arriesgarse más al oeste de Maubeuge ni más al sureste de Givet-Charlemont. Las fuentes de Wellington llegaban más lejos, pero Müffling no le sacaba más información de la que aparecía en el mapa que colgaba en su despacho. De ahí que no se atreviese a mover a Bülow hacia el oeste, a Gembloux. Si bien sería lógico que Bonaparte apareciese por algún punto entre Charleroi y Namur, tal y como hicieron todos los ejércitos franceses que alguna vez invadieron Valonia, también podría desplazarse hacia Dinant y abrirse paso hasta la carretera Lieja-Lovaina, cortando en dos el país y segando sus comunicaciones con Prusia. No lo sabía, por mucho empeño que pusiera en averiguarlo. Wellington sí lo sabría, pero era inútil preguntar. Su jugada estaba clara: llevarle a un mutuo sangrarse con Bonaparte para intervenir al final, a la inglesa. No sólo por apuntarse la victoria, sino por no apuntarse los muertos y por quedar en la mejor situación táctica para iniciar con ventaja la carrera de París.

Impaciente, volvió a la carta que había empezado destinada a Hardenberg. Su propósito era desinformar, no al Kanzler sino a quien pudiera leerla en un descuido. En ella profetizaba que Bonaparte no sólo sería remiso a lanzarse al ataque, sino que se retiraría unas leguas al interior, hasta ocupar la posición defensiva natural que formaban los ríos Aisne, Somme y Marne. Si atacase, su objetivo natural sería Schwarzenberg, a fin de sacar a los austríacos de la guerra. Era una mentira descarada, pero crearía confusión. Bonaparte jamás se había enzarzado en una campaña defensiva; siempre, incluso cuando se vio acorralado en el invierno de 1814, su filosofía era constante: atacar donde menos pudiera esperársele. Si afirmaba lo

contrario era por conocer la imprudente afición de Hardenberg a filtrar cartas, y en aquellos días le vendría bien que aquélla llegase a los oídos de Bonaparte. Cuanto más desinformado estuviera sobre la situación del Niederrheinarmee, mejor irían las cosas. Así, rogando a los cielos que sus palabras llegasen adonde debían, había pensado mover a Trier el Norddeutsche Bundeskorps, a fin de contar con sus veinticinco mil hombres para interceptar cualquier avance que Bonaparte lanzara contra el Oberrheinarmee, y de paso situarlo cerca de las fortalezas de Sedan, Dinant y Givet-Charlemont. De ahí que sobre su nuevo despliegue táctico —el I Armeekorps cubriría la línea Charleroi-Sombreffe-Ligny-Gembloux, el II ocuparía el triángulo Huy-Hannut-Namur, el III se situaría en el corredor Dinant-CineyHuy, donde conectaría con el III, el IV se quedaría en Lieja y el cuartel general lo instalaría en Namur— no dijese una palabra. Eso sí debía permanecer en secreto.

Las noticias llegaban al cuartel general de Wellington en cuantía creciente. Las más importantes de la jornada procedían de Viena, París, Heidelberg, Bruselas, Charleroi y Nivelles. Las despachaba con el comisionado español, quien apenas hacía comentarios ni caía en la tentación de recomendar nada, salvo si se lo pedía. De ahí que, pese a la llegada de De Lancey, Wellington le citase cada día, como a Müffling, Vincent o Pozzo di Borgo, aunque con ellos no compartía información reservada.

La primera era de Cathcart, dando cuenta del suicidio de Berthier. El hombre andaba un tanto deprimido, acorralado entre su placentera jubilación tirolesa en un pueblecito encantador llamado Bamberg y el deseo de volver a ser la mano derecha de Boney en la que sería su aventura decisiva. Según decía Metternich, que sabedor del valor de Berthier había ordenado vigilarle, desde que supo del regreso a París de su viejo amo intentó reunirse con él un par de veces, siendo en ambas cortésmente disuadido. El pasado 1 de junio, mientras presenciaba desde su biblioteca el desfile de las tropas bávaras que bajo el mando del Fürst Wrede marchaban a reunirse con el Oberrheinarmee, decidió arrojar al vacío, sin despedirse de los suyos y sin dejar una simple nota. Esa era, puntualizaba Cathcart, la versión que daba un Metternich más inexpresivo que de costumbre.

—¿Qué opinas?

—Que, tanto si se suicidó como si no, es la peor noticia que le podrían dar. En el campo de batalla necesitaba de Berthier tanto como en el diplomático de Talleyrand, en el parlamentario de su hermano Lucien o en el legal de Bassano, según me has contado unas cuantas veces —el duque aceptó la crítica; era cierto que últimamente se repetía—. Sin Berthier, mover su Armée du Nord le resultará difícil. Pondrá un mariscal, sin duda; quiera Dios que no dé con uno que lo haga tan bien como Berthier.

—No tiene ninguno. Sólo Suchet se acerca, pero no le puede quitar de l'Armée

des Alpes. En cuanto a los demás, Davout es su ministro de la Guerra, Mortier manda la Guardia, Fouché dice que Grouchy tendrá un ala de l'Armée du Nord y a Brune le dio l'Armée du Var. Sólo le quedan Ney y Soult.



Maréchal Louis-Nicolas Davout

—Ney, jamás. Imposible. Incluso dudo que sepa escribir.

—Eso pienso yo. Es más, si hubiera recuperado a Berthier, Ney no tendría nada que hacer en su ejército, pero ahora tendrá que confiarle un ala y recurrir a Soult para el estado mayor.

—Soult no es malo. Nunca se dejó cazar, bien lo sabes.

—No lo es para escapar sin bajas, pero lo que necesita Boney no es eso.

La segunda era de Fouché; trataba de la sublevación de La Vendée, que parecía no

ir bien para Rochejaquelein, ya que sus secuaces de más alto rango se le habían sublevado, quizá comprados por Lamarque. Si bien esa defección era grave, debió de parecerle peor que días después, el 4 de junio y en Pont de Mathis, le mataran. El fin de aquel iluminado no significaba que la rebelión se sofocase. Mientras llegase dinero de la casa real, aquellos idealistas no dejarían de fastidiar, lo cual, traducido a hombres, totalizaba no menos de treinta mil; un *corps d'armée* que no lucharía contra la Coalición.

—Esos treinta mil podrían ser la diferencia entre ganar y perder. No sólo cuenta el número, sino que son de primera. Entre Blücher y yo no llegamos a ochenta mil de igual calidad. Con estos que le ha quitado Angoulême, Boney tendría ciento cincuenta mil. No nos quedaría otra que juntarnos con los austríacos.

—Quizá por eso Boney no ha querido pasar de ciento treinta mil. Debe parecerle una cifra lo bastante accesible para ti y para Blücher como para que no esperéis a Schwarzenberg. Frente a los tres a la vez debe de ser consciente de no tener la menor oportunidad. Ahora, de uno en uno...

Álava no necesitaba ser más preciso, pues Wellington ya lo habría pensado. Aquella campaña, le divertía decírselo, discurriría en un múltiple juego de trampas, fintas y engaños, a una escala tal que no vencería el que mejor combatiera, sino el que más y mejor confundiese a los demás.

La tercera, que Creevey tuvo el detalle de hacerle llegar sin fatigarle con su presencia, era de Hobhouse. Fechada el 4 de junio, explicaba que, para horror de Bonaparte, los diputados designaban *Président de la Chambre des Députés* a Jean-Denis Lanjuinais, profesor de Derecho Romano y revolucionario de la primera hora que había derrotado a Lucien Bonaparte por 189 votos a 3. Si Fouché pensaba que aquella cámara surgida de su puchero sería fácil de manejar, se confundía. Lo que habría debido ser para Boney un mullido colchón de plumas se transformaba en un denteroso catre de faquir. A eso se añadían los vicepresidentes, los cuales eran cuatro disidentes declarados, por no decir enemigos manifiestos: La Fayette, Dupont de l'Eure, Flaugergues y el general Grenier; cada uno de aquellos nombres significaba, para los que dominaran el quién es quién del París Imperial, una bofetada suplementaria en el rostro del signore Napoleone di Buonaparte.

La cuarta procedía de Heidelberg, cuartel general de Barclay de Tolly. La firmaba Sir Charles Stewart, que se había unido al cortejo del Zar en su marcha sobre Heilbronn, donde pensaba esperar la llegada del Kaiser Franz y del König Friedrich-Wilhelm. Un viaje interesante, comentaba el irónico *Pumpnickel*, con escalas fastuosas en München, Brunau y Stuttgart hasta llegar a Heilbronn, aunque Alexander no lo hizo en buena forma; en el plano físico a causa de una erisipela primaveral que le daba cierto aire de *mohawk*, si bien era en el moral, que no en el intelectual —no estaba demostrado, apuntaba Sir Charles, que Alexander padeciera esa clase de

planos—, donde parecía estar peor. Había llegado con la celestial *Andromeda Rusa* de los obsesos espías de Altenstiegl, aunque sólo compartían los carruajes. El Zar, tras ocho meses de pecar sin restricciones, dormía contrastablemente solo. La princesa, por su parte, si eligió marchar con Alexander debió de ser porque ningún alguacil que actuase a impulsos de acreedores exasperados sería capaz de abordar la comitiva imperial. Las deudas de Katharina de Bagration igualarían el coste de un par de divisiones en campaña, lo que hablaba bien de su habilidad para timar a todo el mundo. Sir Charles no tenía idea de cuál sería su próximo destino, aunque todos en Heilbronn daban por seguro que allí no se quedaría. La justicia del Kaiser Franz no llegaba tan lejos como a Württemberg, pero el crédito de la dama estaba tan por los suelos como su reputación. No le sorprendería que siguiera para Moscú, pero no era de aquella belleza en sus treintas de la que pretendía él hablar, sino de otra en sus cincuentas que, de la noche a la mañana, se había hecho con la voluntad del cada día más sorprendente Zar.

—Charles no tiene vergüenza —el general elevó sus cejas, sorprendido—. Habla de la Bagration como si no la conociera, cuando se ha pasado semanas sin salir de su cama.

El relato explicaba la vida y los milagros de la baronesa letona Juliane von Krüdener, en sentido literal porque se le imputaban unos cuantos, lo que tenía mérito por ser una santa viva.



Juliana, condesa von Krüdener; amante espiritual del Zar Alexander (por Angelika Kauffmann)

La baronesa, que fue una belleza en su juventud, al punto de provocar algún suicidio, había enviudado quince años antes, y desde tan feliz acontecimiento vivía de hacer el bien. Lo hacía recorriendo las cortes europeas, donde predicaba la bondad, el amor a Dios y, en fin, todas esas cosas. En los últimos tiempos moraba en un molino de por allí cerca, en Schlüchtern, sin más muebles que un crucifijo enorme, o eso decía la leyenda que según las malas lenguas ella misma construía con paciencia de tarántula. No debía estar en fondos, porque llevaba un tiempo tanteando al Zar a través de la Zarina para que se incorporase a su rebaño. Nada más llegar Alexander a Heilbronn se presentó en su palacio con la pretensión de ser recibida. Estaba de guardia un ayudante sospechoso de conocerla, un príncipe Volkonsky que no supo defenderle, así que la Krüdener se coló en la estancia donde Alexander leía una Biblia junto al fuego y desde ahí todo fue un no saber vivir

sin ella. Parece que la consideró una respuesta de Dios a sus plegarias, pues andaba un tanto angustiado de la parte del alma. Volkonsky, que aunque de lejos presenciaba la escena, murmura que se pasaron tres horas, ella predicando su evangelio y el sollozando como un niño, si no babeando como un idiota, para terminar declarando, con cierta solemnidad, que gracias a ella por fin se hallaba en paz. A partir de aquel momento, inseparables, al punto que se la llevó con el a Heidelberg, a saber para que.

—Pues sí que parece raro, aunque de Alexander no me sorprende nada.

—¿Incluso que se refocile con una santa de cincuenta y tantos?

—Igual son revolcones místicos, Miguel. Espirituales. Ya sabes, como los de la monja loca esa que padecisteis hace años. Si, hombre, la que levitaba por los corredores —el general asintió, indiferente; pese a su piadosa familia, las monjas histéricas jamás le inspiraron devoción alguna; Wellington, confundiendo su gesto con uno de incomodidad, cambió en el acto de asunto—. Anoche vinieron dos coroneles de Friedrich-August, Ziegler y Leyser, o algo así. Se los dejé a De Lancey y a Somerset. Venían a ofrecer, otra vez, el *armeeekorps* sajón. Pedí a Müffling que pusiese al corriente a Gneisenau, por si Blücher cambia de idea, les perdona y me los cede, aunque parece que no hay nada que hacer. Su sentido del honor es un completo disparate, al punto que nos podría costar la guerra, pero jamás se apeará de su burro. La pedrada que le pegaron en Lieja no le dio en la frente. Le dio en el alma.

El general sonrió con solidaridad. Blücher era de la vieja escuela; seguía sin saber que los comandantes supremos jamás deben padecer un alma; era imposible mandar un ejército de ciento y pico mil hombres sin ser un completo desalmado.



General Henri-Gatien Bertrand. Mariscal de Palacio del Emperador

La quinta, captada en Bruselas aunque su origen fuera París, manaba de una fuente de calidad: el Général Henri-Gatien Bertrand, mariscal de palacio de l'Empereur. Era un informador involuntario, pues todo en él era de una fidelidad ejemplar, salvo el haberse casado en septiembre de 1808 con la preñada Françoise-Elizabeth Dillon, hija del difunto general Henri Dillon, el que mandaba los regimientos irlandeses al servicio de Louis XVI y que acabó en la *louissette* en abril del 94, dejando dos hijas: la tal Françoise-Elizabeth y una Henriette-Lucie casada con Frédéric Séraphin de la Tour du Pin, conde de Gouvernet y discreto *émigrée* domiciliado en Bruselas, en el 2 de la Rue de l'Empereur. A Wellington, tras saber todo eso por Fouché, no le fue difícil sobornar al mayordomo de la condesa, de modo que las cartas de Madame Bertrand, remitidas como Mademoiselle Dillon, primero las leía él. Rara vez decían otra cosa que cotilleos, pero señalaban el lugar donde anduviera Boney, pues Bertrand jamás se movía de su lado. La de aquel día era interesante, pues la Bertrand detallaba el estado aparente de Bonaparte. Le veía muy gordo, al punto de parecer más bajito; su color ya no era el saludable con que llegó a París, sino ceniciento, casi lívido; se quejaba de dormir mal, a causa de sus responsabilidades y del paso del tiempo, pues no era lo mismo preparar una guerra con treinta que con cuarenta y cinco, y a eso quizá se debiese una somnolencia invencible, por la cual había dejado de recibir sentado; sus audiencias de aquellos días eran peripatéticas, para sorpresa de sus visitantes. Se quejaba, también, del estómago. Madame Bertrand terminaba diciendo que se había deformado, como esas mujeres que tras dar a luz repetidas veces parecen más anchas que altas; no era su caso, añadía festivamente, pues pese a tener tres hijos —Napoleón, Hortense y Henri; los tres mandaban muchos besos a su tía Henriette— sus caderas seguían en los límites de lo razonable.

La última, en el rupestre francés de Zieten, era lacónica: un desertor acababa de afirmar que los *corps d'armée* del triángulo Philippeville-Maubeuge-Chimay totalizaban ciento treinta mil hombres. Todo incidía en lo mismo, afirmaba Wellington: Boney entraría por Charleroi. Tan consistentes parecían los datos que de nuevo se le activó la suspicacia; igual preparaba una celada, como la de Auerstädt contra Brunswick: enviar un *corps d'armée* por Maubeuge, dejar Mons a la izquierda y caer por la retaguardia de Billy. La conclusión era obvia, como explicó al expectante Álava: debía cubrir la línea Mons-Braine-le-Comte, prolongando la principal, Braine-l'Alleud-Mont-Saint-Jean-Smohain.

—Es la mejor posición entre Bruselas y Charleroi para detener a cien mil hombres —Álava no lo veía claro; había pasado por allí dos veces y no recordaba nada extraordinario—; ¿te gustaría comprobarlo? —el general asintió—. Bien; liquidamos esto y nos vamos. A caballo, que hace muy buen día.

No quedaba mucho por revisar. Apenas una nota de Constant-Rebecque, dando cuenta de haber replegado sobre Nivelles sus unidades destacadas en los puestos más lejanos, temiendo que un inesperado avance francés le costase algún escuadrón de su preciosa caballería. No era mala decisión, dentro de lo lamentable que resultaba no poder unir aquellos tres mil doscientos jinetes a la reserva de Uxbridge, pero en eso los generales holandeses Ghigny, Trip van Zoutelande, Merlen y Collaërt —el que los mandaba— se habían mostrado inflexibles: si les ponían a las órdenes de un inglés, renunciaban y volvían a sus casas. La diferencia de poder enfrentar una masa de trece mil setecientos hombres a una de diez mil quinientos era manifiesta, pero no había solución, o Willem no quería que la hubiera. Por mucho empeño que ponía en subsanarlo, el Army of the Low Countries seguía siendo un ejército infame.

Lady Magdalene de Lancey llevaba dos días en Bruselas. Ella y su marido se habían instalado en la casa del sufrido conde de Lannoy. Se hallaba en el Impasse du Parc, cerca de la residencia de Wellington. A Lady Magdalene le gustaba. Desde sus habitaciones en la tercera planta divisaba el inmenso parque. Su vida en Bruselas parecía conformarse con aquellas vistas. Su atención estaba puesta en su marido. Joven, elegante, apuesto y exquisitamente bien educado, además de divertido, Sir William era el ideal de cualquier aristócrata provinciana, por mucho que a las clases altas escocesas no les gustara ser consideradas «provincianas». Todo su tiempo era para Sir William —así le nombraba en presencia de terceros; no se permitía la menor familiaridad—, gracias a lo cual, y tras sólo esos dos días, al mismo comenzó a notársele una menor dedicación a sus responsabilidades, así como un aspecto crecientemente desmejorado. No atendían cenas ni bailes, ni se dejaban ver juntos más allá de la hora, dos si no llovía, que dedicaban cada tarde a pasear por el parque. La esquivada Lady Magdalene pasaba desapercibida para todo el mundo, salvo algunos amigos de su marido que se reunían en su agradable vivienda para evocar sus felices días de solteros. Eran compañeros de la Guerra Peninsular, aunque no todos británicos, como el Major-General Dörnberg, el Graf Alten, el Prins Willem y el embajador Álava. Con ellos Lady Magdalene abdicaba de su reserva escocesa para volverse una *châtelaine* adorable, aunque le azaraba verse sola entre tantos hombres que se conocían desde hacía tantos años y que tantas veces se habían jugado la vida juntos. No tenía intención de alterar la carrera de Sir William, aunque si todo iba como esperaban no sólo sus cortesés invitados, sino su padre y otros notables de la Royal Society of Scotland, tras la inminente campaña la paz reinaría de nuevo, y por muchos años. Sería el momento de sugerir a su nada bien tratado esposo que volcara su interés en los negocios familiares, pues el día menos pensado pasarían a sus manos. Sería una vida más aburrida y recogida que aquella de Bruselas, pero cada mañana no se preguntaría, tras verle marchar a su despacho en el *headquarter* de

Wellington, si aquella no sería la última vez que le veía.

Era el día de las solemnidades, se decía el príncipe de Talleyrand; era el único título que le quedaba, tras haber devuelto a la Santa Sede un principado de Bénévent donde jamás puso sus pies aunque tan buenas rentas le dejase. Las libras inglesas seguían fluyendo, pero en dos días ya no habría Cathcart, ni legación británica, ni tampoco Viena. Necesitaba dinero de un modo perentorio; de ahí que negociase con el cardenal Consalvi una transacción según la cual Su Santidad abonaría una cantidad equivalente a la renta de cinco años a cambio de la renuncia del príncipe de Talleyrand a serlo también de Bénévent. Cinco anualidades que se quedarían en cuatro, pues una sería para Consalvi, según se acostumbraba entre obispos y cardenales a la hora de officiar sus piadosos chanchullos.

El día ofrecía dos ceremonias, ambas en el Hofburg. Pensaba ir a las dos, a la primera en calidad de observador y a la segunda como representante de la Francia de Louis, lo que no dejaba de ser una irregularidad, pues en la Francia real mandaba Bonaparte y sobre la que resultase de la guerra, incluso de ir todo bien para la Coalición, estaba lejos de confirmarse que su trono fuera para Louis. Con mayor exactitud, y según explicase a su sobrina mientras repasaban sus programas, ni siquiera estaba claro que fuese a padecer un trono. Igual, por qué no, la Coalición instauraba la primera república europea consentida y apoyada por las casas reinantes. Sí, sonaba raro, era el primero en aceptarlo, pero si los respectivos gobiernos llegaran a pensar que aquello sería bueno para estabilizar Francia de una vez por todas y que dejara de ser un peligro para la prosperidad general, pues igual la idea se abría camino. Contaban con un candidato que no sólo estaría encantado de ser coronado presidente de la República Francesa, sino que además era tan Bourbon como Louis, su hermano y sus sobrinos. Louis-Philippe d'Orleáns podría unificar en su persona todas las legitimidades, la dinástica y la republicana, *l'ancien régime* y la revolución, así como cauterizar las heridas mal cerradas que desde hacía veintiséis años supuraban la peor pus de todas: la del odio entre franceses.

La primera ceremonia pondría fin al Congreso Alemán, el iniciado el 23 de mayo. Los dignatarios de treinta y cinco estados soberanos y cuatro ciudades libres firmarían un Acta Federativa que daría lugar a la creación de la *Deutscher Bund*, una especie de alianza entre soberanos —no entre pueblos ni estados; sería una unión personal, no institucional—, para formar una confederación de ciudades y países poseedores de una cultura común. Contaría con un *Bundestag* o Asamblea que se reuniría en Frankurt-am-Main con carácter estable, bajo la presidencia del Kaiser y a la que se incorporarían representantes de las monarquías danesa (dueña del ducado de Holstein), inglesa (soberana de Hannover) y del VKN (propietaria de Limburg y Luxemburg). Su Ejército seguiría un modelo federal. En realidad serían varios, pues

las fuerzas de algunos Estados se habían unido al Army of the Low Countries, otras al Niederrheinarmee o al Oberrheinarmee, y las demás formaban el Norddeutsche Bundeskorps.

La segunda tendría por objeto la firma del Acta Final. Participarían todos los delegados, salvo Labrador, quien como siempre, y ante la indiferencia general, se hallaba en desacuerdo. En las últimas semanas se habían quemado etapas a un ritmo ciertamente vivo. La fluidez de las reuniones se vio mejorada por el hecho de no contar él para mucho, tanto por representar a un rey sin corona y no a un Estado cercano a ser desmembrado como por haber perdido su capacidad de sobornar. La común amenaza, Napoleón, estimulaba el pragmatismo de los plenipotenciarios, todos ellos interesados en llegar a un acuerdo antes de que hablaran los mariscales. Los recalcitrantes, Hardenberg el primero, contaban con que aquello en que no quedaran satisfechos sería compensado con lo que sacaran del desmembramiento de Francia, pues todos la consideraban vencida pese al miedo que les daba Bonaparte. De ahí que finalmente se conformase con los dos quintos de Sachsen, la Pommern sueca, la Westfalen inventada por Bonaparte para su hermano Jérôme y las provincias del Rheinland; no era del todo feliz, pues Prusia seguía sin poseer la tan ansiada continuidad territorial —poder ir de un extremo a otro del estado sin necesidad de atravesar ningún otro—, aunque todo se andaría.

Para el Zar, que se hacía con la mayor parte de Polonia, todo estaba bien. Austria conseguía dos tercios de la península Itálica y la presidencia de la Deutscher Bund, en la cual quedaban englobadas treinta y nueve naciones alemanas; casi todas existían antes de 1789, aunque algunas eran de nuevo cuño, nacidas al amor de las guerras revolucionarias o de las imperiales. Prusia no vio mal que Austria presidiera la Deutscher Bund porque aquello sólo poseía valor testimonial; de sobra sabía Hardenberg que Austria decrecía muy deprisa desde su posición prerrevolucionaria, de potencia hegemónica en Centroeuropa. El Imperio Austríaco era demasiado extenso para implantar un adecuado control estatal. Un imperio donde se hablaban docenas de lenguas, se vivían culturas incompatibles y se practicaban todas las religiones imputables al prolífico Abraham, donde los diversos nacionalismos nacidos al amparo de las victorias de Bonaparte cada día dejaban oír con mayor intensidad voces de protesta y rebelión que por la fuerza no era posible contener, y menos con el mediocre y mal mandado ejército imperial. Un imperio al que sólo darían cohesión una economía que trajera prosperidad a la miriada de nacionalidades que lo integraban y una política social de tolerancia y respeto a las docenas de culturas que albergaba, nada de lo cual parecían comprender el obtuso Kaiser y el endiosado Kanzler, cada día más enfrascado en su vida privada y más desentendido de la pública. Hardenberg se daba perfecta cuenta, de modo que no insistió en defender su derecho a presidir la Deutscher Bund. Austria era una fruta madura que

no tardaría en caer del árbol de la historia; mejor esperar a que la gravedad hiciera su trabajo, cosa siempre más barata que los cañonazos.

La potencia más beneficiada era Inglaterra, que salvo la supresión de la esclavitud conseguía todos sus objetivos. Su imperio era más grande que nunca pese a la pérdida de las colonias americanas, el mar era más suyo de lo que había sido jamás y las potencias continentales quedaban lo bastante bien equilibradas para que, aplastado Bonaparte, los comerciantes británicos contaran con un mercado tan enorme como ansioso de adquirir productos ingleses, el *leading edge* de la época. Un equilibrio reforzado con la creación del VKN y por el magnífico puerto de Amberes, su gran base militar en el continente. Como una vez dijera Lord Liverpool, el VKN podría irse al diablo sin que a Inglaterra le importase, siempre y cuando la Union Jack gualdrapeara en las bocas del Escalda.

A España nadie le prestó atención. Siendo la potencia que más había sufrido la invasión francesa, obtenía en compensación por su heroica lucha la cantidad de nada y los territorios de menos aún. Las protestas de Labrador, mal formuladas, a destiempo y ante oídos indiferentes, si no tirando a hostiles, sólo consiguieron obtener un comentario abúlico del hastiado Talleyrand, que cada día le soportaba menos: «Desengañese, mi querido marqués; lo que usted llama Guerra de Independencia vino a ser la representación de una ópera bufa donde Inglaterra puso los tenores y las sopranos, Francia los barítonos y los contraltos, y ustedes el teatro y los figurantes, además de pagar las facturas; no le asombre, pues, que de aquí no haya sacado nada; sería distinto si tuvieran ustedes un ejército en Toulouse, pero ya se cuidó Wellington de que así no fuera; si un consejo le puedo dar, estimado señor de Labrador, es que presente usted sus quejas al duque de Ciudad Rodrigo».

Regresó exhausto, más por hastío que por fatiga, pero encontró fuerzas para terminar un despacho a Louis XVIII en el que sumarizaba los compromisos adquiridos, así como declaraba su intención de salir para Gante. Sirviéndose de un lenguaje claro, para ser entendido, pretendía explicar los errores cometidos por el Conseil Privé desde que Louis recuperara el trono, para después formular un conjunto de recomendaciones sobre cómo debería el rey actuar en el futuro. En el capítulo de conclusiones aconsejaría una reforma constitucional de mayor alcance que la *Charte Octroyé* y acabaría proponiendo al monarca que no esperase a regresar para comunicar la composición de su nuevo Gobierno. Insistiría en que no volviese a cometer el error de confiar en los *émigrés*, pues al haber estado fuera de Francia los últimos veinte años no tenían la menor idea de cómo era la de 1815 y, por último, dejaría caer que su principal hombre de confianza, Monsieur Blacas, había conseguido, sabría Dios cómo, ser el personaje más denostado de Francia. Dado como era Louis, capaz únicamente de conservar en su memoria la última frase de

cualquier cosa que leyera o se le dijera, lo dejó para el final. Si quería verle a su lado cuando volviese a París, en el caso de que Wellington y el bárbaro de Blücher consiguieran que lo hiciera, con aquel último párrafo ya sabría cuál era el precio.

Al día siguiente dejaría Viena. Su plan era marchar sin prisas, pues no era seguro dónde rendiría viaje. Louis estaba en Gante, aunque a la vuelta de unos días podría estar camino de París, si todo fuese bien, o de Hartwell si Bonaparte se saliera con la suya. Él creía en Wellington y en sus dones militares, y por si no bastasen confiaba en Blücher y en la magnitud de su horda, y si no fueran suficientes aún quedarían los rusos y los austríacos, aunque liquidar al Corso llevaría tiempo y sobresaltos. De ahí el haber elegido una ruta muy larga, con una parada en la idílica Baden-in-Baden; reposar en un balneario es cosa que debe hacerse cuando a la vuelta de pocas semanas aguardan responsabilidades agobiantes; para poderlas soportar, nada mejor que unas aguas adecuadas. Las de aquel lugar quizá lo fueran; no las conocía, pero sabía por Mina que allí se vivía de maravilla. Dejarse torturar por sus enérgicas *weisse frauen*, ciertamente competentes en el arte de maltratar a sus dolientes clientes, se había vuelto una costumbre acreditada entre los europeos con posibles, y más a partir de la notoriedad que ganó la población al ser donde marchaba Luise von Preußen para recuperarse de sus innumerables partos. Le habría gustado ir con Dorothee, pero sus caminos bifurcarían en München. Ella y Mina, tras unos días en Nymphenburg con Theresia von Bayern y Augusta de Beauharnais, seguirían a Karlsbad, donde quizá llegasen a tiempo de reunirse con su madre y con su tía Elisa von der Recke, quienes llevaban allí un mes, en su cura desvenejadora de todos los años. Querían no sólo tomar las aguas, sino disfrutar unos días de juvenil irresponsabilidad, rodeadas de la fracción de la buena sociedad que prefería no vivir al natural la última guerra napoleónica. Después seguirían al no lejano Ratiborschitz, que Dorothee no conocía tras la profunda restauración con que Mina lo había convertido en la más celebrada mansión de Bohemia y más apreciada por el Zar y por el Kanzler. Como no había forma de saber cuánto duraría la guerra, tenían intención de dar una vuelta por sus feudos de Silesia, el colosal Zahán y el mediano Günthersdorf. Dorothee tenía un lógico interés en comprobar el estado de su propiedad, que si bien no fue saqueada por Bonaparte sí disfrutó la presencia del atamán Matvey Ivanovich Platov y sus despreocupados cosacos, los cuales no dejaron un árbol sin talar, una pradera sin devastar y una campesina sin violar; Alexander, aunque muy entristecido al saberlo por la propia Dorothee, no tuvo la decencia de pagar los daños, aunque al menos ordenó que se revisase al alza el alquiler que se pagaba por el palacio Kurland de Berlín, su embajada en el 7 del Unter-den-Linden. Una vez inspeccionados sus enormes predios, Mina y Dorothee ya no tenían planes, salvo pasar unos días en Berlín camino de la Rue Saint-Florentin, si por entonces París había vuelto a ser una ciudad digna de que Mina pusiese sus pies allí. Todo eso sería verdad, Talleyrand no

lo ponía en duda, pero también lo era que Dorothée, tras haber descubierto la dulzura de la libertad, deseaba volar por su cuenta. Mejor dejarla ir con la sonrisa del que desea lo mejor para la que se va, de forma que, a la que se sienta colmada, no encuentre incomodidad en regresar, la que siempre se sufre al marchar entre reproches, lágrimas y tristezas diversas. Sólo se vuelve con ganas a los lugares de donde se ha partido con alegría, y si algo deseaba era que Dorothée regresara cuanto antes.



Cardenal Consalvi, Santa Sede, por Sir Thomas Lawrence

París, Nivelles y Bruselas, domingo 11 de junio

Fue un día plácido. Por febril que pareciese Davout, ocupado hasta la exageración en que las fuerzas desplegadas en el triángulo Maubeuge-Chimay-Philippeville respondiesen a lo que había prometido a l'Empereur, éste prefirió recogerse; incluso fue a misa, no por devoción sino por ser visto comulgando en Notre Dame como cualquier humilde servidor de Dios Nuestro Señor. Tras regresar a Les Tuileries se llevó un disgusto, no por esperado menos doloroso. Le aguardaba una comisión parlamentaria, diputados y pares a partes iguales. Corteses y respetuosos, le traían una negativa inapelable a su pretensión de plenos poderes, la que formuló días antes en su discurso de apertura de las cámaras. Les escuchó sin decir nada, limitándose a darse por enterado y aparentar conformarse, aunque ninguno de aquellos cabestros lo creería. Ni el parvulillo más ingenuo aceptaría que renunciaba, que aquella vez no impondría un régimen dictatorial a poco que los Dioses de la Guerra volvieran a sonreírle. A la desventurada Francia, más de uno de aquellos jesuitas lo pensaría, la verdadera democracia sólo se la podrían procurar Blücher y Wellington. Pues muy bien, se dijo. Que lo pensarán. Si le iba bien, el porvenir de todos ellos sería oscuro. Si no, aún lo sería más.

Tras despachar con Davout se retiró a sus habitaciones, a celebrar la secular ceremonia que concluía en un largo baño. Sería el último antes de volver a ser el general Bonaparte. A saber cuándo podría darse otro. En el carruaje de sus efectos personales siempre viajaba una bañera, pero no era mucho más que un barreño, ni de lejos el cuasiestanque donde tan a gusto se dejaba cocer vivo. Era el momento en que mejor razonaba y con más claridad preveía las asechanzas. A menudo se le ocurrían cosas indemorables; entonces daba una voz y Alí acudía. Si bien no era capaz de comprender lo que su amo le decía sí lo era de transmitirlo a los *aides-de-camp* que permanecían de guardia una cámara más allá. Fue lo que sucedió aquella tarde, tras media hora en remojo.

—Que Davout mande a Ney reunirse conmigo en Avesnes, a mediodía del miércoles 13.

La enfermedad de Mortier había decidido la situación. Si estuviera bien mandaría la Guardia, Drouot haría de Berthier, Soult se ocuparía del ala izquierda, la de contener a Wellington, y Grouchy se lanzaría sobre Blücher, con él apoyándole. Sin Mortier sería Drouot quien mandase la guardia y Soult, qué remedio, el estado mayor. El ala izquierda se quedaba sin jefe. Suchet lo haría mejor que Ney, pero la catástrofe aún sería mayor si dejaba el mando de l'Armée des Alpes en las manazas de *le rougeaud*. Dentro de lo que cabía era el menor de los males, aunque no dejaba de ser una desgracia.



General Antoine Drouot. Mandaba la Garde el día de Waterloo

Igual no debía preocuparse. La horda de Wellington permanecía muy al norte, más allá de Bruselas. Además estaba ese fantástico baile de la duquesa de Richmond, el señalado para el jueves 15. A eso se debía el elegir ese día para el suyo. Si el de la duquesa se celebraba, nada impediría que su ala izquierda llegase a Genappe. No era un cálculo delirante, pues sus vanguardias comenzarían a cruzar el Sambre a las seis de la mañana; sólo a eso de las diez el I Armeekorps aceptaría que aquello era una invasión en toda regla. Se desataría la confusión, con multitud de mensajeros yendo y viniendo de Charleroi a donde hubiera plantado Blücher su puesto de mando, en el caso de que lo hubiera movido desde Namur. Cuando alguien se acordase de llevar un mensaje a Wellington ya serían las tres de la tarde. Necesitaría entre cinco y seis horas para llegar a Bruselas. Daría con él a medio baile, con su gente allí, en ropajes de gala. Suponiendo que reaccionase de inmediato, sin caer en la incredulidad de los ineptos, entre que hacía volver a su gente a sus unidades y daba las necesarias órdenes de marcha, ya sería medianoche. Por muy pronto que pudiera marchar, el sol del 16 estaría más arriba del horizonte. No podría llegar a Genappe antes de mediodía, y ahí se daría con un Ney bien parapetado, bloqueando un poblachón de por sí muy bloqueable, pues sólo contaba con un puente para cruzar el Sambre, tan estrecho como de apenas cuatro metros. Por inepto que fuera Ney, muy mal tendría que hacerlo como para no sujetar unas pocas horas, no más de veinticuatro, a un Wellington que por entonces maldeciría su ladina especulación, la de organizar el festejo de la duquesa para que cayera sobre Blücher y se hicieran picadillo mutuamente, quedando él en manifiesta superioridad sin haber disparado un solo tiro.

No era un mal cálculo, pero Wellington no debía de contar con que la línea prusiana era tan larga que antes de llegar a un encuentro decisivo, eso que aquellos bestias llamaban *hauptschlacht*, Blücher habría perdido uno de sus *armeekorps*, y con suerte dos. Suficiente para dar media vuelta y regresar a Lieja o aún más lejos, a lamerse las heridas y esperar a los rusos. En ese caso, y sin el número a su favor, que Dios se apiadase del *maréchal* Wellesley.

Constant-Rebecque estaba intranquilo. Los indicios señalaban que la guerra era cuestión de horas. En cualquier momento serían atacados por los ciento treinta mil *grogards* que se desplegaban entre Maubeuge y Philippeville. Si cruzaban el Sambre por Maubeuge les cogerían con los calzones bajados, y por displicente que fuera el Prins Willem, entregado a lo que predicaba Wellington, que de ningún modo Bonaparte se hallaba en condiciones de avanzar —a lo cual se debía que no se moviera de Bruselas, encadenando una juerga con otra—, él no podía ser tan irresponsable como para consentirlo. Tal y como Wellington desplegaba el Army of the Low Countries, el primer golpe se lo llevarían las unidades holandesas, lo que también era sospechoso. Aquello sonaba como si Wellington prefiriese que a la hora de contar muertos los ingleses fueran los menos. A todo eso se debía que decidiese, sin consultar con el ausente Willem, poner sus divisiones en estado de alerta, suprimiendo los permisos. Sus comandantes, generales Perponcher-Sedlnitsky, Chassé y Collaërt, a los que llamó a consultas antes de tomar la decisión, se solidarizaron sin reservas. El VKN no podía comenzar su historia sacrificando la mitad de su ejército por haber cerrado ellos los ojos a tan inquietantes evidencias. Aun así, Constant-Rebecque era consciente de haber ido más lejos de lo que su rango y posición le permitían. De ahí no sólo sus dudas, sino que a los jefes de las divisiones británicas, el Major-General Cooke y el Lieutenant-General Alten, sólo les informase de sus medidas, sin pedirles que las aplicaran a sus unidades. Intuía que la reacción del príncipe cuando supiera de aquello no sería muy afable, y si sus sospechas fueran fundadas tampoco lo sería la de Wellington, pero era un riesgo preferible al de perder por negligencia tres de las cuatro divisiones con que contaba el ejército de su país.

Wellington leía una carta de Hobhouse; explicaba que Bonaparte presidió el 6 de junio la sesión de apertura de las cámaras. Lo hizo de satén blanco, el mismo atavío con que horrorizó al gentío en el *Champ de Mai*. Pronunció un discurso más breve de lo que se temía, recalcando que iniciaba su andadura de monarca constitucional dejando atrás la de autócrata obligado por el destino en el supremo interés de Francia. Su aspecto no era bueno. Ceniciento y gordísimo, apenas recordaba el Napoleón

invencible que tantas veces galvanizase a las multitudes histéricas. Como se sospechaba, pues la mayoría de aquellos pares y diputados le conocían como si le hubieran parido, concluyó su perorata con una vibrante reclamación de plenos poderes. Según habían acordado, declinaron pronunciarse. Lo harían en la primera reunión plenaria que celebraran, unos días después. La respuesta no satisfizo a Bonaparte, acostumbrado a las adhesiones inmediatas, aunque igual contaba con ello. Después de tantos años, ni sus parlamentarios le podían sorprender ni tampoco él a ellos.

Los problemas de Boney le daban igual. Lo único de valor en aquella carta era señalar que cinco días antes aún seguía en l'Élysée, lo que refrendaba lo último de Fouché: no sólo situaba en París a su amo, sino a la Garde Impériale. Un Bonaparte que viajara en un carruaje de ocho caballos cubriría la distancia entre París y Maubeuge en dos jornadas, pero la Guardia necesitaría una semana. Según eso, Boney no podría contar antes del 14 con el total de su fuerza, de modo que no estaría en condiciones de atacar hasta el 15, la fecha en que Charlotte daría el baile del que hablaba el *tout* Bruselas, ya que no figurar en la lista de invitados, que a su vez era del dominio público, implicaba no ser nadie. Aquella constatación compensaba una mala noticia, transmitida por Sir Charles Stuart. Trataba de l'Armée de la Loire y de Lamarque: tras haber logrado en Thouars una nueva victoria, ofreció a los cabecillas una salida honorable que fue bien recibida; desunidos, desorientados y desmoralizados, querían volver a sus casas. Mal asunto. Si aquel astuto general consiguiese disolverlos, en diez días Boney desplegaría veinte mil hombres más. Dios quisiera que prefiriese no esperar.

Serían seis a cenar: él, De Lancey, Lord Fitz-Roy Somerset, Hill, el Prins Willem y Álava. Un acto informal, sin otra intención que conmemorar la campaña de 1813 y evocar a los amigos que cayeron en ella; ésa fue la razón de no invitar a Uxbridge, pues no estuvo allí. En realidad, y nostalgias aparte, quería revisar la situación de los dos ejércitos, el de Blücher y el suyo, así como lo último que se sabía de Bonaparte. Comenzó aceptando, entre risas, haber descrito al Army of the Low Countries como un «ejército infame», aunque cuando lo hizo sólo pretendía que a Liverpool le alarmase la pésima situación en que se hallaban sus fuerzas. Sus preocupaciones más graves, dos meses después, eran la mezcla de idiomas, la inexperiencia de la gente y la simpatía que muchos valones, flamencos, holandeses y alemanes, antiguos aliados de los franceses, aún sentían por Bonaparte. A lo último debía su convicción de que se registrarían desertiones entre los no ingleses, excluyendo a la KGL, a poco que las cosas se complicaran. Sus unidades británicas en su mayoría eran bisoñas; sólo podrían considerarse tropas de primera, comparables a la *Vieille Garde*, los Guards, los Highlanders y la KGL. Salvo en su caso, la superioridad de los franceses era manifiesta. Sus esperanzas residían en que Blücher neutralizase la suficiente cantidad

de *grogards* para no vérselas con ellos en igualdad de número, ni a campo abierto; si no, estarían tan perdidos como los prusianos en Iéna. Solo combatiría en una posición fuerte, como Torres Vedras; en otro caso levantaría el campo y entraría en una campaña de movimientos, sacrificando Bruselas —las risas habían cesado; la ocasión ya era muy seria, como todos salvo Billy habían pronosticado—. El despliegue del Army of the Low Countries, lo explicaba como recordatorio, se realizaba sobre tres Army Corps. El I, al mando del Prins Willem, lo formaban la 1.^a y la 3.^a divisiones británicas, mandadas por Cooke y Alten, la 2.^a y 3.^a de infantería del VKN, al mando de Perponcher-Sedlnitsky y Chassé, y la 1.^a de caballería del VKN, mandada por Collaërt. El II, al mando de Hill, lo formaban la 2.^a y la 4.^a británicas, a las órdenes de Clinton y Colville, y la 1.^a de infantería del VKN, a las del Prins Frederik. El III no era tal, sino una fuerza de caballería bajo el mando de Uxbridge. La Reserva, cuyo mando retenía, era un cuarto Army Corps. Agrupaba la 5.^a y 6.^a británicas, mandadas por Picton y Cole, los contingentes de Nassau y Braunschweig-Wolfenbüttel, mandados por Kruse y Brunswick, y cinco regimientos de artillería germanobritánicos. Contaba, en total, con ciento seis mil hombres, de los que treinta mil pertenecían al VKN y veintitrés mil al British Army; los otros cincuenta y tres mil eran alemanes. En cuanto a cañones, el total era doscientos dieciséis piezas, entre montadas y arrastradas.

Los seis levantaron sus copas por el Army of the Low Countries. Seguía siendo *an infamous army*, eran los primeros en reconocerlo, aunque mucho peor podrían haber estado.

El Niederrheinararmee constaba de cuatro *armeekorps*, mandados por Zieten, Pirch, Thielmann y Bülow. Cada uno contaba con entre diez y doce regimientos de infantería, de seis a diez de caballería y de seis a once baterías. La mitad de los infantes eran *Landwehr*, inexpertos e indisciplinados. El total de fuerzas a las órdenes de Blücher y Gneisenau era ciento veintiocho mil soldados y trescientos doce cañones. Sumadas a las suyas totalizaban doscientos treinta y cuatro mil y quinientos veintiocho. Sería una masa formidable si actuase como un ejército unificado, pero las razones de aquellos dos para no ponerse a sus órdenes eran las mismas que tenía él para no hacer lo propio; en cuanto a Boney, dudaba que tomase la iniciativa. Tres días antes aún estaba en París; podrían contar, pues, con una semana de paz. Sería cuestión de disfrutarla, empezando por el baile de la duquesa, que prometía ser no ya la sensación de la temporada, sino su final.

Cuando Wellington dejaba las armas y se concentraba en los festejos procedía relajarse y disfrutar de la comida, la bebida y la siempre animada conversación, sobre todo si cenaban al aire libre. No era el caso de aquella noche, porque llovía, pero el ambiente, aun así, no podía ser mejor. El duque les observaba, satisfecho. No le gustaba mentirles; si Billy no estuviese allí les habría dicho la verdad, pero era un

perfecto bocazas, lo cual, por una vez, podría valer de algo. Antes de medianoche alguno de sus irresponsables amigos describiría por ahí sus planes y los de Bonaparte, los cuales llegarían a Maubeuge al día siguiente. Le apenaba usarle para desinformar a Boney, pero la obligación de un comandante supremo es servirse de todo, absolutamente todo, para ganar las guerras.

Picardie y Bruselas, lunes 12 de junio

La noche anterior cenó con sus hermanos y sus ministros. Se le veía mejor, aliviado por dejar atrás la política y poderse concentrar en lo militar, donde su lógica y su claridad de juicio brillaban con mayor intensidad. Influía el que llegaran noticias estimulantes: Mollien recaudaba más de lo esperado, Lamarque había liquidado la sublevación de La Vendée y Carnot percibía un incremento del sentimiento patrio, reavivado por la inminencia de la guerra. La seguridad ciudadana se hallaba en niveles impensables cuatro meses antes, sin desórdenes ni problemas de abastecimiento, gracias a lo cual la hostilidad que despertaba en alguna parte de la ciudadanía parecía pesar menos que un creciente odio por esa Séptima Coalición entrometida en los asuntos de los franceses, porque sólo ellos tenían derecho a decidir cuál hijo de puta querían ver en el trono de su país. Lo último, que Carnot dejó caer con verdadera gracia, le hizo reír de buena gana. Para el francés medio *Père le Violette* quizá fuera un bastardo, pero era *su bastardo*. Un título que ningún Bourbon sería capaz de arrebatarse.

Dejó Les Tuileries al despuntar el sol, con Bassano y Bertrand. Se dirigían a Laon, donde dormirían, para seguir al día siguiente hacia la fortaleza de Avesnes. La comitiva, escoltada por mil doscientos *chasseurs-à-cheval*, constaba de dieciocho vehículos. Transportaba una fortuna en dinero y diamantes, necesaria no sólo para costear diez semanas en Bruselas —en aquella campaña, que sería militar en su comienzo y diplomática en su culminación, debería exhibirse como lo que a fin de cuentas era: el soberano del primer país europeo por riqueza, por potencia y por cultura—, sino para pagar un buen número de sobornos, desdichadamente más onerosos de lo que supuso cuando quiso comprar a Talleyrand y a Metternich en precios que debían quedar muy lejos de las cifras que se manejaban aquellos días en el restringido mercado de las altas traiciones. Tanto Bertrand como Bassano, que tenían larga práctica en viajar con él, encontraban que su talante no era el usual de comenzar campañas. Contra su costumbre, de hablar muy poco, no dejaba de mascullar que los liberales y los idealistas, dentro de las diversas pjaras en que se fragmentaba el Corps Législatif, se habían unido a La Fayette en un propósito de crearle problemas. Habría debido encarcelarles, repetía con machaconería, pero la situación no estaba para grandes alardes. Aun así confiaba en que una gran victoria les cerraría la boca una temporada. La que necesitaba para volver a controlar Europa. Un discurso que no por conocido dejaba de alegrarles, pues era el propio del Gran Napoleón, el semidiós al que habían entregado sus destinos, pero la forma en que lo exhalaba una y otra vez les hacía pensar que algo no iba bien. Jamás, incluso en los peores días de Fontainebleau, le habían visto tan obsesionado.

Wellington comentaba con De Lancey las últimas noticias del campo francés. Lo hacía frente a un mapa de Francia, donde multitud de banderitas indicaban dónde andaba cada cuerpo, cada división, cada brigada y cada regimiento. Al noreste, Boney contaba con los ciento veinticinco mil hombres de l'Armée du Nord; en Nancy, veintitrés mil a las órdenes de Rapp; en el Jura, nueve mil a las de Lecourbe; en el Var, seis mil a las de Brune; en Strasbourg, veintitrés mil a las de Suchet; en Burdeos, siete mil a las de Clausel; en Toulouse, siete mil a las de Decaen, y en La Vendée, veintisiete mil a las de Lamarque. Sólo veinte mil de los últimos podrían unirse a l'Armée du Nord, aunque no antes de diez días. Boney contaba con sesenta mil más desparramados en las fronteras, cubriendo fortalezas y arsenales, y con otros veinte mil en París, éstos a las órdenes de Davout. Todos eran *de línea* o primera clase; de segunda, que otra cosa no era la Guardia Nacional, poseía no menos de doscientos cincuenta mil bajo el mando de Masséna, un viejo conocido de los dos.

Su ejército y el de Blücher aparecían en otro mapa. El despliegue del suyo estaba bien actualizado; el del otro, no; de ahí que ordenase a De Lancey determinar con Müfling dónde diablos estaba. Tampoco sabía nada del Norddeutsche Bundeskorps; como a De Lancey quizá ni le sonase, aclaró que lo formaban tropas de catorce ducados^[153] aliados de Prusia, y a continuación le ordenó que fabricara sus correspondientes banderitas y las clavase al margen del lado este, pues por allí aparecería cualquier día. Del ejército ruso sólo sabía que totalizaba doscientos mil hombres en siete cuerpos de infantería, dos de caballería y dos de reserva, y que marchaban cada uno a su aire, por lo que no tenía la menor idea de por dónde andaba; sería bueno que Pozzo le pusiese al día. En cuanto a los austríacos, su primer ejército, ciento setenta mil, se concentraba en Bâle; el I Armeekorps, de veinticinco mil, lo mandaba el Graf Colloredo-Mansfeld; el II, treinta y cuatro mil, el Prinz Friedrich-Franz Hohenzollern-Hechingen; el III, cuarenta y cuatro mil, el Kronprinz von Württemberg, y el IV, sesenta y siete mil, el Fürst Wrede. El I y el II eran austríacos, el III lo integraban tropas de Baden y Württemberg, y el IV era bávaro. El conjunto lo mandaba Schwarzenberg. El segundo, cincuenta mil entre sardos y piemonteses al mando de Frimont von Palota, todavía estaba en Torino. El tercero acampaba en Ventimiglia; lo formaban veintitrés mil austríacos, los mismos que acababan de aplastar a Murat, a las órdenes del Freiherr Bianchi. Suiza, por último, disponía de treinta y siete mil al mando de un tal Bachmann. Aún no sacaban conclusiones cuando apareció un oficial de Dörnberg. Su jefe se había reunido con un caballero francés que iba camino de Gante; afirmaba que l'Armée du Nord subía de ciento veinte mil hombres y que cubría la línea Maubeuge-Beaumont-Philippeville, lo que ya se sabía, pero no que las tropas estuvieran aprovisionándose para cuatro días de

operaciones. En Avesnes, añadía, se preparaban para recibir al Corso. Aquello reforzaba lo que había dado por seguro: Boney aceptaba la invitación de Charlotte. Caer sobre Blücher con el Army of the Low Countries a un día de marcha sería una tentación irresistible. Desconfiaría, sin duda, pero con sólo ciento veinticinco mil hombres no podía soñar en vencerles si se juntaban. Debía batirles por separado, y fuera o no una celada tendría que arriesgarse, pues no se le presentaría otra oportunidad de pillarles tan alejados el uno del otro. Le apenaba no poder compartir aquello, pero no quería correr el riesgo de que algún día se conociese la desvergüenza con que planeaba dejar a Blücher con las posaderas al aire. La jugada, por otra parte, seguía pasando inadvertida. Sólo Álava se daba cuenta, pero no decía nada; se limitaba, como siempre, a ser su cómplice sin que le hubiera pedido que lo fuera. Sólo de Murray habría podido esperar lo mismo, se decía dando por concluida la reunión. Esperaba la visita de un *aide-de-camp* de Schwarzenberg, el Graf Baar, y sería una desconsideración hacerle guardar antesala, pues las campanas de Saint Michel et Sainte Gudule indicaban que ya eran las once.

Baar traía una carta de Schwarzenberg; explicaba que los rusos había destacado una fuerza de cincuenta mil hombres al mando de Voronzoff, la cual avanzaba tras su IV Armeekorps, el de Wrede. Su propósito común era tomar las fortalezas del Moselle, el Meuse y el Saar. El Oberrheinarmee cruzaría el Rhin el día 24, por Basel, para una vez en Francia dirigirse a Besançon. Su segunda fuerza, la de Frimont, saldría de Genève el 27, para marchar sobre Lyon. Nada de todo aquello era nuevo para él, aunque lo sería para Gneisenau, al que no le gustaría saber que ciento quince mil rusos y bávaros marchaban hacia unas fortalezas que ya consideraba prusianas. Cuando supiera de aquello no dudaría en lanzar su fantasmagórico Norddeutsche Bundeskorps para que las tomase antes que la competencia. De ahí que no pensara copiarle aquella carta; si Schwarzenberg desease que Blücher conociera sus movimientos, Baar se habría detenido en Namur, cosa que no hizo, lo que a su vez no podía ser más lógico: pese a ser una guerra contra un enemigo común, cada potencia buscaba su propio beneficio. Era natural que Schwarzenberg y Blücher, que no se podían ni ver, se perrearan mutuamente aquellas fortalezas; después de todo, él y Gneisenau hacían lo mismo para llegar los primeros a París.

Baar era todo un conde, de modo que le invitó a cenar, explicándole que acudirían los comisionados Vincent, Müffling, Álava y Pozzo. A la inevitable pregunta —la que todos hacían—, «cuándo piensa Your Grace que atacará Bonaparte», respondió lo que a todos, que sin Boney su ejército no se movería, y tres días antes, el 10, se le había visto en el Théâtre Français tragándose un drama horrible, llamado *Héctor* por más señas. Nada, pues, de qué preocuparse; cuando menos, esa semana.



Generalmajor Karl von Müffling

—¿El jueves aún estará por aquí? Lo pregunto porque a la duquesa de Richmond le gustaría que asistiese al baile que organiza con motivo de la victoria de Vitoria. Por aquí no se habla de otra cosa, incluyendo a Boney. Si se queda podré presentarle allí a mis generales y a mis oficiales superiores.

Le guiñó un ojo y el conde sonrió: el mariscal Wellington era tan encantador como el embajador Wellington, el de Viena. La vida en Bruselas, decía Vincent, discurría con acuerdo a unos usos de provisionalidad en los que casi todo estaba permitido. Nada le gustaría más que comprobarlo.

—Me gustaría mucho asistir, Your Grace.

Wellington ignoraba en qué medida Baar podría contribuir a incrementar la potencia del señuelo, pero su aspecto era el de un cretino incapaz de mantener la boca cerrada. No tendría nada de particular que, a la mañana siguiente, alguno de los mensajeros camuflados de panaderos, lecheros o carboneros que cada día cruzaban la

frontera llevase un mensaje a la *intelligentzia* francesa, confirmando la presencia de la oficialidad de Wellington, al completo, en el baile de Lady Richmond.

Sir Thomas Picton había llegado a Bruselas con sus incondicionales, sus caballos y una parte de sus equipajes; la otra permanecía en Oostende a la espera de que alguien la llevase donde se hospedaban, el Hôtel d'Angleterre. Quería ver a Wellington, porque no tenía idea de cuál sería su función, ni el mando de qué unidad pensaba confiarle, de modo que, por medio de uno de los mensajeros que pululaban por los salones del hotel, le hizo llegar una nota. El mensajero regresó en diez minutos —la Rue de la Montagne du Parc no estaba lejos— para decirle que, según Lord Fitz-Roy Somerset, His Grace había salido a pasear por el parque, donde le podría encontrar. Dudó un momento, porque vestía las mismas ropas con que llegó de Oostende, aunque supuso que Wellington sabría ser comprensivo, de modo que se puso en marcha, para encontrarle minutos después, rodeado de sus imberbes ADC. Le saludó con la familiaridad de los viejos compañeros, lo que al momento percibió que no le sentaba bien, porque tras una mirada muy fría le devolvió el saludo con marcada sequedad, y tras eso le mandó presentarse cuanto antes en el puesto de mando de la V División, que llevaba días esperándole. Tras eso reanudó su paseo, así como su animada charla con a saber cuál de los niños que le acompañaban, observaba un compungido Sir Thomas al tiempo que se preguntaba si no habría hecho el idiota uniéndose al ejército de aquel esnob. No se contestó porque la respuesta era obvia: tras haber pagado sus deudas más urgentes con la prima de incorporación, no le quedaba una triste guinea.

Avesnes-sur-Helpe, martes 13 de junio

Aquello más parecía un aula donde un profesor impartía clase que un Emperador explicando planes a su primer nivel de mando. En primera fila, los Maréchaux Soult y Grouchy; flanqueándoles, los Généraux de *corps d'armée* Drouet (I Corps, veintiún mil seiscientos hombres), Reille (II, veintiún mil trescientos), Vandamme (III, quince mil novecientos), Gérard (IV, dieciséis mil). Mouton (VI, trece mil), Drouot (Garde Impériale, veintisiete mil setecientos), Pajol (1er Corps de Chevalerie, dos mil cuatrocientos), Exelmans (2.º, dos mil novecientos), Kellerman (3.º, tres mil doscientos) y Milhaud (4.º, tres mil). Tras ellos, sus jefes de estado mayor y sus mandos de división. A su espalda se alineaban los generales y coroneles del estado mayor de l'Armée du Nord, a las órdenes del Maréchal Soult, y los *aides-de-camp* de l'Empereur, al mando de La Bédoyère; por último, el Général Bertrand. Las noventa cabezas más importantes de una Armée du Nord que totalizaba ciento veinticinco mil seiscientos veinte hombres, más el estado mayor de Su Majestad.

Dos horas después todos tenían claro con quiénes y con cuántos se las iban a ver. En lo último Napoleón tiró por bajo, como siempre. La moral lo es todo, sostenía, lo que valía tanto para la tropa miserable como para los miserables que la mandaban. De allí no debía salir nadie pensando que serían ciento veintitantos mil contra los doscientos treinta mil que sumaban Blücher y Wellington, y de rusos y austríacos mejor no hablar —los había despachado con un evasivo «están lejísimos»—, pero la cifra de ciento sesenta mil que dejó caer no se la creyó nadie. El que más y el que menos daba por seguro un tercio más, como poco. Le gustase o no al pensativo Emperador, que se había puesto a pasear por el reducto fortificado, en aquella sala se le conocía bien. Pensaba en los doce regimientos de la Guardia Nacional que había reunido en Lille para que siguieran un ruidoso programa de maniobras. No sólo pretendía confundir a los espías de Wellington —tendría tantos allí como él en Valonia—, sino verificar que, llegado el caso, podría contar con aquella mediocre horda para cubrir los miles de bajas que sufriría en su camino a Bruselas. Soult insistía en que tan malos no eran y que bien distribuidos rellenarían huecos sin riesgo de que huyeran al ver caer proyectiles de nueve libras. Quizá fuera verdad; a eso se debía una de sus últimas órdenes, que al amanecer del 15 dejaran Lille y se dirigiesen allí, a la fortaleza de Avesnes, por si conviniese llamarles a Charleroi. Todo indicaba que su ala izquierda, la que pensaba confiar a Ney, tendría poco trabajo hasta muy avanzado el 16, donde si todo iba bien se las vería con las vanguardias de Wellington, de quien seguía pensando que, o estaba loco de remate, o era condenadamente listo. En cuanto a Blücher, sus posiciones señalaban que antes de que pudiera concentrar sus *armee corps* se habría quedado sin el I, al que pensaba triturar contra el Sambre y destrozarse entre Charleroi y Gilly. Así, a la hora de vérselas con lo que restara del Niederrhearmee, lo que tendría lugar al amanecer del 16, Blücher sólo contaría con

tres de sus cuatro cuerpos, y hasta podría suceder que únicamente dos, pues el IV seguía en Hannut, demasiado lejos para ser visto en Sombreffe. La posición donde Blücher se haría fuerte no podía estar mejor determinada. En los dos meses que llevaba en Valonia sus *armeekorps* se habían congregado en Sombreffe-Ligny la suficiente cantidad de veces para ser claro que allí era donde pensaban esperarle. Bien, pues allí le verían. La posición no era mala, pero tampoco buena, porque no resistiría un asalto en dos columnas. Blücher acabaría por retirarse, dejando solo a Wellington. Tras una sangría de cincuenta mil hombres debería buscar el cobijo de los rusos y los austríacos, y era verdad que aún estaban muy lejos. La batalla decisiva sería contra Wellington, cien mil contra cien mil, pero los suyos eran mejores. Ya vería entonces, el irlandés, que de habérselas visto con él en España, y no con Soult ni con Gazán, si hubiera sobrevivido para contarle aún sería un triste Major-General Wellesley.

Namur, Bruselas, Beaumont y Chimay, 14 de junio

Gneisenau, frente a su Ferraris, valoraba la situación indiferente al trasiego de oficiales, subalternos, mensajeros y ordenanzas afanosos en trasladar el *hauptquartier* al molino de Brye, cerca de Sombreffe y de la probable línea de fuego. El también impasible Grolman analizaba con él la catarata de noticias que se precipitaba sobre su mesa desde poco antes de mediodía, las cuales, al entender de los dos, ofrecían una simple y única explicación: el ataque de Napoleón era inminente.

El teniente Wilamowitz, un oficial del coronel Reiche, traía una muy seria. El pobre diablo salió de Charleroi al amanecer, para perderse un par de veces en la ruta de Namur, pues al llover a cántaros no tenía forma de saber por dónde iba —los zapadores habían destruido las señales—; a eso se debió que no llegase al *hauptquartier* hasta el mediodía. Traía un informe firmado por Reiche y unos comentarios verbales de Zieten. El uno y los otros partían de lo que dijo un desertor capturado por las patrullas. Dentro de las diversas cosas que contó, la principal era que su *corps d'armée*, el III, tenía orden de avanzar hasta Thuillies, tres kilómetros al norte de Beaumont, y vivaquear al amparo de los bosques. Dado el tiempo necesario para mover una fuerza de veinte mil hombres, y dados los kilómetros a recorrer desde Rance, donde hasta entonces acampaban, Zieten estimaba que llegarían al anochecer, lo cual les permitiría lanzarse al ataque nada más salir el sol, por lo que daba orden de mover la mayor parte del I Armeekorps a la orilla norte del Sambre, así como que sus unidades de ingenieros y zapadores, reforzadas por seis compañías de infantería, volaran los puentes que lo cruzaban y dejaran impracticables los caminos —atravesando árboles, despeñando rocas, sembrando estacas y cavando zanjas— que iban de Thuin, Marbaix, Ham-sur-Heure, Nalinnes, Gougnies y Gerpennes hasta Charleroi, a lo que ayudaba lo suyo la intensa lluvia que caía desde medianoche.

Tras despachar al oficial con un «diga usted al general Zieten que apruebo sus medidas», se concentró en una segunda noticia; era del Stabschef del II, y reportaba la marcha de Philippeville del IV Corps d'Armée, al que suponía en Somzée, doce kilómetros al norte. Trasladado eso al mapa se hacía claro que los franceses apuntaban a Charleroi, quizá pensando en el campo de batalla de Fleurus que tan propicio les fue allá por 1794. Hasta entonces Zieten se ocupaba de vigilar los *corps d'armée* I y II; el III era responsabilidad de Pirch, y el IV y el VI de Thielmann. Las noticias, sin embargo, expresaban que tanto el III como el IV habían caído en el área de Zieten y que no había noticias de los I, II y VI. Gneisenau ordenó que se despacharan mensajeros a Zieten y a Pirch con órdenes de localizar los *corps d'armée* desaparecidos, así como la Garde Impériale, pues no podía estar lejos. A eso añadió una segunda nota, especificando que, según creía, el I y el II debían de estar en algún punto comprendido entre la ribera del Sambre y Beaumont. Tras eso no quedaba mucho por hacer. Aquella información no bastaba para modificar el despliegue del

Niederrheinarmee, aunque sí para establecer el estado de guerra y ordenar a los *stabschefs* de los Armeekorps II, III y IV que se preparasen para marchar. Sería bueno, convino con Grolman, hacer saber a Wellington cómo estaban las cosas. Así, mandó llamar al coronel Pfüll, uno de sus pocos oficiales que hablaban francés, le ordenó marchar a Bruselas para poner al corriente a Müffling y, de no encontrarle, al propio Generalfeldmarschall Wellington.

A la caída de la tarde volvieron a ver a Wilamowitz. Traía no sólo las posiciones de los *corps d'armée* I, II y VI —la Guardia seguía sin aparecer—, sino la confirmación, obtenida de otro desertor, de que a la mañana siguiente comenzaría la invasión. Eso ya era determinante; a partir de ahí sólo procedía poner en estado de alerta los cuatro *armeekorps*. El problema era que las órdenes debería firmarlas él, pues Blücher no estaba en condiciones de firmar nada. Bien sabía que cuando la llevaba como aquella noche lo mejor era dejar que la durmiera, de modo que comenzó a revisar las órdenes que preparaba Grolman. Las dirigidas a Zieten, Pirch y Thielmann las firmó sin dudar. No sólo eran precisas y concretas, sino que su tono y sus palabras no podían ser más acordes con los usos establecidos en el Königlich Preußische Armee. A Zieten le ordenaba retirarse a Sombreffe, así como llevar a cabo las acciones dilatorias a su alcance que pudieran retardar el avance francés. A Pirch le mandaba dirigirse a Sombreffe, para respaldar al I Armeekorps en su retirada de Charleroi. A Thielmann le hacía saber que aquella misma noche debería dejar sus posiciones entre Huy y Dinant para dirigirse a Namur, concentrar allí sus brigadas y marchar tras los pasos del II. A los tres les indicaba que a la mañana siguiente les haría saber dónde deberían establecer sus posiciones una vez se hallaran en el área de Sombreffe, lugar donde pensaba establecer el puesto de mando del Niederrheinarmee.

Quedaban un par de órdenes. Dudaba si servirse de las cartas que preparaba Grolman, tras hacerlas firmar por Blücher, para contestarse que no. Blücher no sólo se fue a la cama borracho como una cuba, sino que arrastraba un catarro contraído en Bruselas del que aún no conseguía recuperarse. Así, maldiciendo de frustración aunque sirviéndose de sus más amables palabras, sugirió humildemente a Su Excelencia el General der Infanterie Graf Bülow von Dennewitz tuviese a bien, entre otras cosas,^[154] concentrar en Hannut su IV Armeekorps, de modo que, si fuese necesario, marchase a Gembloux, y después a Sombreffe, al atardecer del siguiente día, jueves 15 de junio, para reunirse a la noche con el grueso del Niederrheinarmee. Repasó el texto un par de veces hasta decidir que Bülow no podría rechazarlo por irrespetuoso, ni que podría volver a suscitar ante Blücher un contencioso por ordenársele maniobras no refrendadas por él —no sería el primero—; de ahí venía que «sugiriese» y no que «ordenase», pese a estar a horas de iniciarse una guerra donde Prusia se jugaría su destino.

La segunda era más sencilla; Kleist no protestaría por recibir una orden suya

conminándole a mover el Norddeutsche Bundeskorps de Trier a Arlon; preferiría ponerse muy enfermo y entregar el mando a su segundo. Era una desdicha no poder hacer lo mismo con Bülow; sus agarraderas en Berlín eran mejores que las de Kleist —por mucho que se hubiera éste reivindicado gracias a la carambola de Kulm-Nollendorf no se había olvidado el asunto de Magdeburg—; de no ser así, haría semanas que le habría devuelto de una patada en el culo —con el pie de Blücher— a su finca de Prusia Oriental.

Wellington observaba cómo De Lancey movía banderitas azules y negras por el mapa desplegado en una pared de su despacho; lo hacía con Müffling y con el sudoroso Pfüll, quien había traído un despacho de Gneisenau donde trasladaba las preocupantes noticias llegadas a su *hauptquartier*, y que se resumían en que Bonaparte atacaría las líneas del I Armeekorps aquella noche o al amanecer del día siguiente. Pese a su aparente interés, nada de lo que traía Pfüll era novedad, pues él y De Lancey estaban al corriente gracias a Grant y a Dörnberg. Lo que decía Pfüll sólo confirmaba lo que ya sabían, que la *intelligentzia* prusiana no sólo era la inevitablemente limitada de un ejército pobre de solemnidad, sino que la buena fortuna de sus patrullas dependía de los desertores que atraparan, no de sus propias observaciones. De ahí la sorpresa de Pfüll al ver que las banderas azules en el mapa estaban donde deberían estar y no donde habrían estado si aquellos ingleses presuntuosos estuvieran tan mal informados como Grolman suponía. Un punto para Wellington, aceptaba con disimulo, y otro en su desfavor, porque no tenía noticias —o Müffling no las tenía— de que hubiera salido nadie de aquel suntuoso palacio para ponerles al corriente. La forma en que Wellington entendía el principio de compartir información entre aliados, se decía con irritación, debía ser unidireccional.

Pfüll preguntó qué medidas pensaba tomar His Grace ante la inminencia del ataque. Nada que objetar, respondió acallando a De Lancey, que ya componía su más peninsular expresión de «a usted qué carajo le importa». De nuevo frente al mapa, explicó al oficial prusiano que la disposición de sus tropas, según indicaban las banderitas rojas —diseminadas entre Nivelles, Mons, Tournai y Bruselas—, nacía de su firme determinación de que a las veinticuatro horas del primer disparo estuvieran concentradas entre Nivelles y Genappe. No había más, de modo que Pfüll se cuadró a la prusiana y salió seguido de Müffling, dejando a Wellington y De Lancey reflexionando frente al mapa.

—¿De veras nuestras unidades están ahí?

Wellington señalaba el área Bruselas-Nivelles con evidente incredulidad.

—No todas, Your Grace. Antes de que pasara Pfüll moví un poco las banderas, en la idea de que le gustaría verlas algo más cerca de Charleroi. ¿Desea que las ponga otra vez en su sitio?

—De ninguna manera. Müffling volverá, y preferiría que no se diera con la verdad. Mejor me prepara un croquis en un papel, señalando por dónde andan a estas horas. En cuanto al mapa, en lo que a banderas rojas se refiere queda congelado. Después de todo, en cuestión de quince o veinte horas habrá dejado de valer para nada, y nosotros de trabajar aquí. Vaya preparando uno que nos podamos llevar sin que haya que moverlo entre cuatro —De Lancey sonrió; ver a His Grace de tan buen humor le tranquilizaba—. Todo indica que será el Niederrheinarmee quien soporte la primera embestida —señalaba el eje Charleroi-Namur—. Por mucha prisa que se dé, y si Boney no se ha vuelto un viejo chocho, mañana por la noche a Blücher sólo le quedarán tres *armeekorps*. El viernes, si Blücher aún alienta presentará batalla. Boney, tras segregarse un ala izquierda que si todo va como es debido se detendrá en Genappe, le lanzará todo lo que tenga. Le aplastará, y después se volverá contra nosotros. Contará con ciento diez mil hombres, o poco más; los otros se le habrán quedado ahí —ponía el dedo entre Charleroi y Fleurus—; descontando los que deje a su derecha por si Blücher insiste, aún tendrá ochenta y cinco mil, de los que veinticinco mil serán su ala izquierda, menos los que hayamos matado nosotros mientras se pegaba con Blücher. Al día siguiente, o el domingo 18, nos las veremos con él y con todo lo que le quede, salvo su ala derecha, que aún estará entre Blücher y él. Aquí —señalaba una línea trazada con un lápiz muy fino; comenzaba en Braine-l'Alleud, cortaba en Mont-Saint-Jean la carretera Bruselas-Charleroi y acababa en Smohain—. Será como en Torres Vedras: no podrá con la posición. Nos atacará, porque no creo que la línea le parezca tan buena como es, y porque si no lo hace, y se pone a la defensiva, dará tiempo a Blücher para que regrese con Wrede y Voronzoff. Jamás se puede dar una batalla por ganada, pero pienso que aquí —ya no señalaba, sino que ponía el dedo en Mont-Saint-Jean— le derrotaremos de tal modo que sólo le quedará volver a París. Desde ahí sólo será cuestión de ir tras él.

—¿Para liquidarle por el camino?

—No sea ingenuo. No se trata de ganar a Boney. Se trata de ganar a Blücher, a Schwarzenberg y a Barclay de Tolly, o, si lo prefiere, al König Friedrich-Wilhelm, al Kaiser Franz y al Zar Alexander, quienes, por cierto, ya están juntos, en Heidelberg, listos para marchar sobre París.

—¿Y cuál es el premio para el que gane, Your Grace?

El duque se le quedó mirando; dudaba si compartir aquello con su QMG, aunque decidió que sí. Sería bueno que se creyera conspirando por Inglaterra, no por su jefe.

—Devolver su trono a Louis XVIII. En esto, mi querido De Lancey, no podemos incurrir en riesgo alguno. La clave de alumbrar una Europa equilibrada y en paz es un rey de Francia que no se meta en aventuras, un Kaiser que sólo se ocupe de su imperio, un rey de Prusia que se limite a dar de comer a su famélica gentuza y un Zar que salga de Rusia las menos veces posibles. Inglaterra me ha pedido que gane la

carrera de París y usted debe ayudarme a que así sea.

El coronel se cuadró. Sabía que ante determinadas exposiciones de Your Grace lo mejor era no decir nada. Tras eso Wellington desapareció, pues andaba justo de tiempo. Esa noche cenaría en la *wash house*, donde una vez más entonaría su letanía: «Bonaparte desarrollará una estrategia defensiva, Blücher y yo somos demasiado fuertes para ser atacados aquí, hasta que pase algo aún faltan diez días». Lo que dijera en esa cena lo escucharía Boney a la mañana siguiente. Cuanto más hasta el fondo se lo tragara, más débil sería su ala izquierda y más fuerzas volcaría contra Blücher. Ahora, podría suceder que la horda prusiana no se comportara tan heroicamente como esperaba, lo que daría lugar a que Bonaparte llegase al *plateau* de Mont-Saint-Jean con más de ochenta y cinco mil hombres. En ese caso rehusaría la batalla. Lo primero y esencial para ganar la carrera de París era tener un ejército capaz de hacerlo, y contra un Napoleón excesivamente fuerte podría quedarse sin él. Si Blücher no hacía bien su trabajo sacrificaría Bruselas, Gante y Lovaina, pero no pondría en peligro el Army of the Low Countries. Los días corrían a su favor, así que de ningún modo incurriría en riesgos inútiles. Se tardaría más o se tardaría menos, pero Boney estaba liquidado desde antes de comenzar; lo que importaba no era cómo derrotarle, sino que Blücher no llegase a París con tiempo para imponer nada. Para eso aún faltaban unas cuantas maniobras, alguna finta que otra y, sobre todo, facilitarle que se cubriese de gloria, y sobre todo de bajas. El que su posición estuviera tan adelantada sólo podía deberse a que Gneisenau no había sabido estimar la verdadera fuerza de Boney. En cosa de dos días, diez mil muertos, treinta mil heridos y veinte mil desertores, comprendería lo muy profundamente que se había confundido.

Las dos. Hora de pasear por el Warandepark, para dejarse ver. Después subiría en su carroza, que toda Bruselas conocía, y saldría para la Rue de la Blanchisserie. Luego aparecería en el baile de Lady Conyngham; no alcanzaría la magnitud del de Charlotte, pero aun así era un acto social de consideración; allí repetiría que Boney no estaba lo bastante loco para invadir Valonia. Contra lo que pudieran pensar los que no le conocían, Wellington, a su modo, llevaba semanas en pie de guerra.

El Emperador había dormido en Avesnes. Al amanecer marchaba sobre Beaumont, donde le aguardaban Soult y el estado mayor. Habían pernoctado allí, aunque nadie se acostó. El inminente inicio de la campaña no permitía mucho más que alguna cabezada. Soult, aun así, había buscado un lugar para dos noches digno de ser llamado palacio imperial, cuando menos la segunda, la que Su Majestad pasaría con ellos. Dentro de las escasas posibilidades de Beaumont había un caserón, el de los condes de Caraman-Chimay,^[155] que bastaría para l'Empereur, su séquito y el estado mayor.

Retrepado en su *berline*, pensaba en Ney. Había llegado descompuesto, alegando no haber recibido hasta muy tarde la carta de Davout; gracias a eso no pudo conseguir un carruaje decente, sólo una carreta de la que tiraban dos pencos infames. Le asombraba que un Maréchal estuviera tan desasistido como para no procurarse un buen transporte con un chascar los dedos, lo que ratificaba su sospecha de que algo no marchaba en la cabeza del *rougeaud*. A eso y a lo inconexo de su conversación se debió que sólo le contase generalidades, para citarle a mediodía del jueves 15 tras sugerirle que visitase a Mortier, por entonces disfrutando un ataque de ciática en su *château* de la cercana Cateau-Cambrésis; estaría en cama una temporada, en la que no necesitaría sus *chevaux de bataille*, y quizá se aviniese a venderle unos cuantos. Seguía dudando entre confiarle su ala izquierda o mandarle al diablo y ascender a Drouet. Tal vez fuese lo adecuado, pero los enojosos celos entre generales, los que ya se suscitaron con Grouchy, le llevaban a no ver claro. Ney, además, sería un insensato, pero a la hora de cargar contra el enemigo seguía siendo su mejor hombre. Otra cosa no tendría, pero sabía cómo hacerse seguir por un *corps de chevalerie*. El día que debiera medirse con la de Wellington —el informe sobre su parada del 29 de mayo le alarmó; la caballería prusiana era basura, pero aquellos diez mil jinetes de rojo y azul eran algo con lo que no contaba— podría echarle muy en falta.

Sacudió la cabeza, incómodo. Lo decidiría según viera el panorama. Prefería pensar en la fecha: 14 de junio, decimoquinto aniversario de Marengo y octavo de Friedland. Las citaba en la soflama que había dictado para la tropa, la que sería leída en todas las unidades a la caída de la tarde. No eran sus victorias favoritas, aunque destacaban entre las más sonadas por haber sido decisivas; al menos, un tiempo. En sus diecisiete años de mandar ejércitos ninguna terminó por serlo. Las que le aguardaban tampoco lo serían, si las ganaba. Si las perdía, sí, pero en eso prefería no pensar. En lo que pensaba era en la cena. No por hambre. Por la compañía. Desde hacía días, si no semanas, ensoñaba la ocasión con frecuencia creciente. No había trazado sus planes pensando en disfrutarla, pero los inescrutables designios del destino le ponían en situación de hacerlo. Bueno, en el caso de que todo fuera bien, pues igual resultaba un desastre. No lo sabría en tanto no la viviera, y los informes de Lobau aconsejaban vivirla. En Chimay, a media mañana, un escuadrón de sus *chasseurs-à-cheval* tomaría el *château* de la princesa. Con ella vivían sus innumerables hijos, salvo el muerto y la recién casada. El que no lo hacía era su marido; estaba seguro porque Caulaincourt le había enviado ya no recordaba dónde. A ella la sabía en buena forma, gracias a Fouché; semanas antes la describió con policial precisión: «se ha quedado sin cintura, las tetas le cuelgan y pesa varios kilos más que hace diez años, pero en general está estupenda, y para los cuarenta y dos que ya tiene mucho mejor que cualquier señora decente». Suponía que Fouché hablaba por boca de alguna de las doncellas —no había casa de princesa, duquesa, marquesa

o condesa donde no tuviera una en nómina— y no a partir de observaciones personales, aunque tampoco le importaría. Su intolerancia, que diez años antes bordeaba la histeria, ya no existía. El que, allá cuando él era un simple cónsul, Madame Tallien se paseara semidesnuda por los salones de la Comédie-Française no le importaba. Thérèse lo hizo por llamar su atención, y lo cierto fue que la llamó. Por entonces era incapaz de reconocer que la echaba en falta y que no se le olvidaban las sesiones *d'amour l'après-midi* que se regalaron el uno al otro hasta el día de saber que no eran dos en el sofá; en otros tiempos no lo habría reconocido, pero ahora ya sabía que sólo a partir de yacer con ella empezó a conocer la dulzura de la vida. Un sabor que a ratos revivió con Rose y en ocasiones con Marie-Louise, y con unas cuantas más que alguna vez pasaron por sus sábanas, pero eran recuerdos aplastados por la miseria de la vida. Salvo el de Thérèse. Aún podía evocar su aroma. El amor, con ella, empezaba en el olfato. Las otras también olían así, pero sólo una vez metidas en harina. Thérèse, no. Thérèse olía siempre a sexo, a una intensa y salvaje llamada de pasión. ¿Seguiría oliendo así? ¿Los años habrían podido con su perfume de mujer concebida para llevar a los emperadores al delirio? Si no tanto, reflexionaba cambiando de postura, sí a sufrir en el fastuoso carruaje imperial un incómodo ataque de virilidad, del tipo que busca salida por donde no existe y que puede llevar a dar orden de parar, y descender sin ceremonia, y ganar el primer árbol mientras los lanceros miran a otro lado. «El Emperador mea», deben de pensar, «y lo hace como nosotros», suspirarían con adoración, aunque no era cierto. Sólo se la miraba, encantado del milagro y pensando que a la noche igual resonaban para él las trompetas de la victoria. La primera vez en ni recordaba cuánto tiempo.

Adorable Thérèse, Dios la bendijera, se decía sentándose junto a Bassano, que le observaba con sorpresa. Jamás acabaría de conocerle, se decía con malicia infantil. Sólo Thérèse fue capaz de hacerlo, empezando por saber dónde pulsar para que perdiera el control de sí mismo. Nada deseaba más que aquella noche se lo hiciera perder, quizá por última vez, aunque no quería dejarse llevar por tan negros pensamientos. Todo estaba hecho, su estado mayor funcionaba como una fábrica y sólo necesitaba estar seguro de que a Soult no se le olvidaba nada. Cuando así fuese, a Chimay.

Bassano le miraba, incrédulo. Jamás hasta entonces había visto a l'Empereur, los ojos cerrados, la cabeza inclinada sobre un mamparo, susurrar una letrilla que a él aún le asustaba:

Ah! Ça ira, ça ira, ça ira!
Les aristocrates à la lanterne.
Ah! Ça ira, ça ira, ça ira!
Les aristocrates on les pendra...!

Diluviaba desde hacía horas, le habían dicho. Las tropas pasaron la noche chapoteando, sin hacer fuego y sin tomar nada caliente. Ni en sus más negativas evaluaciones pudo pensar que a una semana del solsticio fuese a llover así. Sus planes cubrían todas las contingencias imaginables, aunque no por eso dejaba de valorar que la marcha sería lenta y su artillería menos eficaz. También, y era lo que más le preocupaba, el horrible clima de aquella primavera determinaría que los ríos y los arroyos bajaran muy crecidos. Cruzar el Sambre sería complicado una vez los prusianos volasen los puentes, y el Dijle, usualmente un arroyuelo, requeriría usar pontones. Todo aquello iba contra la velocidad de avance. Necesitaba marchar muy deprisa para evitar que Blücher uniera el I Armeekorps al resto de su ejército, y para tomar posiciones en Genappe antes de que llegara Wellington. Si seguía lloviendo de aquella forma, las tropas deberían iniciar su avance varias horas antes de lo previsto. Sería la única forma de recuperar el tiempo que con dolorosa seguridad iban a perder.

Según explicaba Soult, l'Armée du Nord estaba cerca de acabar su concentración en un rectángulo de cuarenta y cuatro kilómetros de largo por once de ancho, a cubierto tras los bosques de los puestos avanzados del general Zieten, un viejo conocido de Laon. Según los agentes en Valonia, el II Army Corps acampaba en la línea Gante-Ath-Mons, con el puesto de mando en Ath. El I se dispersaba en el triángulo Enghien-Nivelles-Soignies, con el puesto de mando en Braine-le-Comte. La reserva de caballería seguía en Ninove, y la del Army of the Low Countries, bajo el mando directo de Wellington, en Bruselas. Si, como parecía probable, se pusieran en marcha el 16 al amanecer, no podrían impedir que su II Corps d'Armée tomara Genappe, pues habría llegado allí al atardecer del jueves 15.

—¿Se sabe algo de Wellington?

—Continúa su vida regalada, Sire. Pasea como de costumbre, se le aclama como de costumbre, cena como de costumbre y baila igual que de costumbre, hasta la madrugada. No sólo él. Sus oficiales se dedican a lo mismo, con el Prins Willem a la cabeza, de quien dicen que a menudo engancha una fiesta con otra, de modo que no se sabe cuándo duerme, ni dónde, ni con quién, y hasta si lo hace o no lo hace. Todo indica, en suma, que se trata de un ejército feliz.

—¿Y Blücher?

—En Namur. Cada mañana cabalga unas horas, escoltado. El que no se deja ver es Gneisenau.

Gneisenau. El único que no conocía. Blücher, Yorck, Kleist, Bülow..., a todos los había visto alguna vez, con todos había tomado al menos un té y con Yorck incluso había cenado, pero de ninguno sacó la impresión de vérselas con un tipo excepcional. No eran mejores que sus peores mariscales, y con Davout o con Suchet no podrían compararse, pero aquel Gneisenau de nombre difícil era peligroso. Suyo era el mérito de Kolberg, suyo el del río Katzbach, suya la tenaza de Leipzig, suyo el cruce de

Kaub y suya la campaña de Francia. Suyo, sobre todo, Laon. Le había derrotado varias veces, aunque quizá no a él, sino a su jefe. Los informes decían que las pocas ocasiones en que lograba emborrachar a Blücher lo bastante para que no hiciera ni dijera nada eran las mejores para Prusia. Habría debido fusilarle cuando sólo era un oscuro *major*, pero eso, por desgracia, no tenía remedio.

—Continúe.

Las unidades de l'Armée du Nord —treinta y cinco divisiones agrupadas en ochenta y cuatro brigadas, subdivididas en doscientos regimientos y éstos en cerca de quinientos batallones, escuadrones o baterías— alcanzaban poco a poco las posiciones donde permanecerían hasta la hora de atacar. La Garde Impériale ya ocupaba su puesto al sur de Beaumont. El I Corps d'Armée se instalaba en Solresur-Sambre, veinte kilómetros al suroeste de Charleroi. El II hacía lo propio en Leers-et-Fosteau, a la derecha del I. El III aún tardaría dos horas en llegar a Thuilles, por delante de Beaumont y a quince de Charleroi. El VI acamparía en el sur de Beaumont, para en su momento marchar como una prolongación del III. El IV, por último, debería estar en Somzée, al norte de Philippeville, a primera hora de la tarde. Los *corps de chevalerie* estaban de camino. Hasta el amanecer no se desplegarían en posiciones de ataque, a fin de que los relinchos no delatasen su presencia. Las órdenes incluían la prohibición de hacer hogueras. Los hombres, esa noche, cenarían otra vez frío, pero de ningún modo se dejarían divisar por los húsares prusianos.

Nada que objetar. Soult hacía bien ese trabajo, el de un intendente general. El de un *chef d'état major*, no. Para eso necesitaría ser Berthier. En cualquier caso mostraba un rigor irreprochable. Sus hombres despacharían, ese día y los siguientes, miles y miles de órdenes, ya que las del *état-major* llegaban al nivel de batallón, canalizadas a través de los estados mayores de cada *corps* y de las planas mayores de cada división. En los tiempos de Berthier él jamás supervisó si eran o no correctas, si a cada unidad le llegaban o no y si se transmitían con suficientes mensajeros. Daba por seguro que Soult no sería tan animal como para despreocuparse de los detalles. Había mandado ejércitos tan grandes como aquél, sin perder uno solo. No había razón para no fiarse, y además no quería desconfiar. El cielo se despejaba y la tarde se anunciaba encantadora, como sólo puede serlo una de primavera tras un temporal. No quería estar allí, pero sentía culpabilidad por querer irse. Por querer huir.

—Soult, nuevas órdenes: el I, el III y el IV se pondrán en camino a la una, en vez de a las cuatro. Con ellos, el 1.^a y el 3.^a de Chevalerie. El II y el VI lo harán a las tres, junto con el 2.^o y el 4.^o. La Guardia y la reserva de artillería lo harán a la hora convenida. Si surge alguna novedad hágamelos saber, de día o de noche. Sobre todo si hay variaciones en el despliegue de Blücher o de Wellington. Voy a estar en el *château* de Chimay. Mañana les veré a usted y al estado mayor, a las cinco en punto.

A Soult le sorprendía que l'Empereur no permaneciese allí, revisando planes,

noticias y novedades, aunque agradecía que se largase y le dejara trabajar. Tenía por delante muchas horas de actividad, de labores a cual más tediosa y menos necesitada de genio militar; lo que restaba era trabajo de intendencia, y cuanto menos se asomara *le petite homme* por encima de su hombro mejor sería para todos. Cuanto más lejos estuviera menos órdenes de última hora le daría, esas que Berthier tanto criticaba, pues eran más fruto del nerviosismo que de criterios meditados; más de una vez, le constaba, demoró su ejecución una hora o dos, el tiempo en el que *le petit tondu* solía ordenar contramarcha. Quizás en esa ocasión sucediera lo mismo y al poco llegara uno de sus lanceros con orden de volver al antiguo plan de horarios. Mejor sería, pues, tomárselo con calma. Ya daría la orden a las seis de la tarde, si para entonces no hubiera llegado el lancero. Ninguno de los comandantes de *corps* necesitaba conocer sus nuevos horarios más pronto de las diez, pues incluso los que más adelanto sufrirían aún tendrían tres horas para dar las suyas. Así pues, con que lo supieran a las ocho bastaría.

La princesa estaba inquieta. Sabía por Lobau que l'Empereur pensaba pasar allí la noche del 14 al 15. Le dijo también que no debería preocuparse de cenas y bodegas. El mayordomo de l'Empereur traería todo lo que necesitaba Su Majestad para sentirse cómodo. No podía pronosticar si querría o no estar solo, aunque dado que le había pedido que cuidase de su persona, de su familia y de sus bienes como si de su propia madre se tratase, intuía que sus planes no eran irse a la cama, levantarse al alba y salir corriendo. Las preocupaciones, para la princesa, llegaron diez días antes, cuando vio aparecer un caballeresco general Mouton, Comte de Lobau, al frente de su estado mayor y de los jefes de división del VI Corps d'Armée, detalles militares que le resultaron incomprensibles durante unos días, a lo largo de los cuales sólo supo que su habitación reservada para el invitado principal, la que tanto valoraron Álava y Wellington, así como tres de las otras, quedaban ocupadas por los muy correctos generales Mouton, Teste, Simmer y Jeanin, que sus respectivos *aides-de-camp* se amontonaban en el salón de música, tras haber desplegado allí sus camastros de campaña, y que nadie le pidió que moviese a sus hijos o a sus preceptores de sus cuartos, ni a ella misma del suyo. Los indeseables visitantes no tardaron en demostrar lo ventajoso de hospedarles. Los periódicos saqueos de su gallinero y su corral cesaron en el acto, su despensa pasó de un estado de acusada languidez a rebosar alimentos frescos, buen foie-gras, succulentos embutidos y magníficos ahumados, y su bodega se vio reforzada con una sorprendente cantidad de botellas ilustres. Lo único que no mejoró fue su cuadra. Los requisadores habían venido un par de veces, la primera para llevarse todo lo que tenía, salvo un par de pencos apenas capaces de tirar de su calesa, seis yeguas de cría —cuatro preñadas— y unos cuantos potros y potrancas. La segunda, con el talante del que pretende afeitarse un huevo, se llevaron

los pencos. El compungido Mouton le dijo que aquello no lo podía resolver; la disponibilidad de monturas era crítica, tanto que había escuadrones enteros que marchaban a pie. Lo único que se podía permitir era mirar hacia otro lado para no ver sus dos preciosas yeguas intactas. Él y sus generales no sólo se comportaron como unos caballeros muy corteses, sino como unos agradables compañeros de velada. Mouton, que le sacaba tres años, conservaba unos recuerdos muy vívidos del Terror; a sus generales, más jóvenes, también les gustaba evocar aquellos tiempos, pues si bien fueron horribles coincidieron con el fin de sus infancias; para todos fue un regalo compartir sus vivencias con la princesa, y más tras abrir ésta el insondable baúl de su memoria, donde guardaba las novelescas aventuras que le tocó vivir desde la primera vez que oyó sonar la *Carmagnole*. Añadiendo a eso que su pobre hijo había servido a las órdenes de Simmer, la corriente de mutua simpatía entre los cuatro y ella misma se afianzó del modo más cálido. No tardaron en preguntarle qué hacían allí, ella y sus hijos, cuando era notorio que la guerra comenzaría en la frontera del VKN. Las razones eran más complejas de lo que quiso explicar —el miedo que le daba el Emperador era la principal—, aunque los cuatro entendieron que dos hijos con sarampión y otros dos con escarlatina eran razones suficientes. En cuanto al futuro inmediato, afirmaban, podía estar tranquila. El frente se situaría muy al norte, de modo que no le llegaría ni el fragor de los cañonazos. El único riesgo sería el de los merodeadores. Eran peligrosos, porque su cobardía les hacía ser despiadados, de modo que, siguiendo instrucciones de l'Empereur, dejarían un retén al mando de un sargento, suficiente para disuadir a cualquier malnacido. Eso la dejó más tranquila, de modo que se ocupó de alojar al bienvenido pelotón en los cobertizos desperdigados por el jardín. Dado que a ella le haría feliz verles allí, lo menos que podía intentar era que sus aquellos otros invitados se sintieran igual de satisfechos; no le sería difícil, comentaba el sarcástico Teste: por mucho empeño que pusiera, ningún soldado francés la cambiaría por Blücher.

Blücher. No preguntó si había riesgo de que pasara por allí, pues sería decir que no confiaba en la victoria, pero aquellos generales no sólo eran agradables, sino comprensivos. Según ellos, las posibilidades de triunfar no pasaban de dos tercios. Si todo saliera mal, Wellington y Blücher marcharían sobre París. Chimay no estaba en las rutas lógicas, las señaladas por las fortalezas de Givet, Maubeuge y Avesnes. El enemigo marcharía contra ellas dejando de lado la inútil Chimay, aunque siempre habría riesgo de que alguna columna se desviara buscando víveres, así que mejor haría dejando a la vista una parte de su despensa y enterrando el resto, junto a las joyas y objetos de valor que no quisiese arriesgar. Por lo demás, los ingleses eran preferibles a los prusianos, no por ser mejores sino porque Wellington era implacable con los saqueadores; la horda de Blücher, en cambio, ya demostró en París que podía ser muy peligrosa, pero también era cierto que cuando estaba en campaña pasaba por

disciplinada. Su recomendación final fue que permaneciera tranquila, pues muy mal tendrían que ir las cosas para que se viera hospedando un pelotón de prusianos hambrientos.

El mayordomo de l'Empereur llegó con el general Bertrand. Un hombre cortés y con experiencia en conseguir excelentes alojamientos sin que sus dueños se sintieran menospreciados. Lo usual era requisar las habitaciones de los propietarios, si bien Bertrand aceptó que la cámara reservada para el invitado principal, la que ocupó Lobau, le gustaría más, por la espectacular bañera pompeyana que presidía el *boudoir*, tan grande como la de l'Élysée y que Su Majestad ya debía echar de menos. En cuanto a él mismo, el cuarto que fue del general Teste le valdría perfectamente. Aquella noche, allí, en el *château* de Chimay, sólo dormirían el Emperador y el propio Bertrand. La escolta y el resto del séquito lo harían en los carruajes, o acamparían en el jardín. Era la práctica usual, se apresuró a explicar. L'Empereur, contra lo que pudiera pensarse, prefería no causar trastornos innecesarios.

A las seis llegó un pelotón a caballo. La vanguardia imperial, explicó Bertrand. La comitiva llegaría en una hora. Ella podría observar la escena desde las ventanas de la planta superior, donde debería replegarse por razones de protocolo. Bertrand siempre se ocupaba de recibir al Emperador, de mostrarle la casa y de conducirlo a sus aposentos. Una vez acomodado, y tras haber descansado un tiempo que variaba de una ocasión a otra, Su Majestad acostumbraba saludar a sus anfitriones, aunque rara vez más de unos minutos; a continuación se retiraba, unas veces solo y otras con sus ayudantes. En algún momento manifestaría, siempre a través suyo, si cenaría o no, si lo haría en el comedor o en sus habitaciones, y si deseaba o no compañía, de modo que no podía garantizar a la princesa que su presencia llegase a ser requerida. Sólo podía decirle que se abstuviera de cenar mientras él no se lo dijese, y también que, si Su Majestad se dignase solicitar su presencia, sería únicamente la suya, no la de sus hijos. Al Emperador, él no sabía si tal cosa era conocida o no, los niños le desagradaban, por bien que les hubieran educado. Su aversión era tan acusada que le hacía sostener la existencia de un error en el Nuevo Testamento; según él, lo que dijo Nuestro Señor cuando le trajeron a su presencia unos cuantos niños adorables no fue la que predicaba el clero, el afectuoso «haced que las benditas criaturas vengan a mí», sino un expeditivo «¡haced que las malditas bestias se larguen de aquí!». Tras eso el buen general se sorprendió ante la enternecida sonrisa de la princesa; seguramente no sabía que Napoleón, veinte años antes, ya era exactamente así.

La comitiva llegó a las siete, flanqueada por un escuadrón de lanceros. La berlina del Emperador era impresionante. Muy alta, pintada de azul brillante y con las armas imperiales grabadas en oro sobre sus puertas, con dos cocheros dirigiendo un tiro de seis caballos y un individuo de aspecto moruno sentado en un cofre. Bertrand le había explicado que Napoleón lo tenía desde abril de 1812, que lo encargó para la campaña

de Rusia y que lo construyó el más afamado carroceros del continente, un tal Göting, de Bruselas. Un espectáculo vistoso, se decía la princesa sin contener una sonrisa de comprensión. *Le petit gringalet* regresaba, con veinte años de retraso. Ahí estaba, descendiendo de su carruaje, a cuya sombra parecía incluso más bajito de lo que recordaba. Y más grueso. El general Bonaparte de sus apasionadas siestas era un hombre bien proporcionado, esbelto, de facciones afiladas y con el vientre plano característico de los que comen poco y cabalgan mucho. El emperador Napoleón que caminaba con lentitud era un gordo, sin más. Incluso muy gordo. El uniforme no estilizaba su silueta. Levita verde abierta desde algo más abajo del esternón, sobre pantalón y chaleco blancos, hacía pensar que tras haber robado un globo lo escondía en la panza. Podría resultar cómico, pero la mirada imperial aventaba cualquier impulso de sonreír al estafermo. Fría, sombría y cejijunta, era la de Napoleone di Buonaparte con todas sus manías.

Ya se había bañado, maquillado y peinado, medidas programadas tras saber por Lobau que aquella noche dormiría en un palacio imperial, pero aún faltaba el retoque final de joyas y perfume, así como cambiarse de ropa. No sólo se trataba de vestir algo sugerente, sino de facilitar las cosas; recordaba la torpeza de Napoleón a la hora de asaltar *Barricades Mystérieuses*, de modo que las redujo a un corsé transparente. Desnuda frente al espejo se preguntaba si aún la encontraría irresistible. La tripa no tenía remedio, aunque durante sus meses de ardor incandescente tampoco anduvo muy liviana de ahí; los pechos, en cambio, le decepcionarían. Debería realzarlos con un talle muy alto, una medida muy popular entre las damas que, como ella, estaban singularmente bien dotadas para criar a mucha gente. Su rostro, gracias a Dios, lucía más o menos como siempre. Alguna pata de gallo, sí, pero confiaba en una luz ambiental no desmesurada, eterna cómplice de las damas galantes que compensaban con su experiencia los estragos de sus muchos lustros en activo.

Se preguntaba si el etéreo vestido de muselina blanca resultaría indicado. A poco que hubiera luz tras ella sería como estar desnuda, y aunque no se trataba de otra cosa tampoco deseaba que la servidumbre chismorrease. Un largo chal sobre sus hombros bastaría para camuflarse mientras no llegara el momento de quedarse a solas con Él; después de todo, evocaba con una sonrisa, ella fue quien los puso de moda en la divina París de las *merveilleuses*. Eligió uno de seda roja, muy tupido, al que sobre la marcha cosió una violeta de terciopelo, la flor de Napoleón. Bien, pues con todo eso encima, y sólo el corsé debajo, nadie le podría discutir el ser, esa noche, la otra flor del Emperador.

Se recolocaba el chal cuando sonó un leve toc-toc. Era Bertrand: Su Majestad deseaba saludarla. Mientras caminaba tras él se preguntaba si sería normal llevar el corazón tan desbocado. Sólo sería encontrarse con un viejo amante tras quince años sin verse. Sucedió en la Comédie-Française, cuando lo suyo con Ouvrard agonizaba;

iba de Diana Cazadora, lo que no se llevaba en la severa corte consular, pero aún era la moda de un París que seguía en la ligereza, la extravagancia y el buen humor del Directorio. Diana y sus Amazonas cazaban con arco, por culpa de lo cual éstas se cortaban un pecho, pero la diosa tenía bula y las que se vestían de diosa también, gracias a lo cual no se cortaban nada. Por lo demás, su vestido de seda imitando la piel de un leopardo, de un solo tirante, no era más descocado que cualquier otro de los muchos que se veían en los prosenios. El que fuera ella quien concentrara el mayor número de miradas debió ser por su fama y su popularidad, no porque la suya fuera la única teta visible. Pensaba, en su infantil ingenuidad, que con aquel despliegue —tiempo después supo que fue presenciado desde otro palco por el bendito Riquet, desde aquella noche loquito del todo por ella— se haría con las miradas consulares, lo que así fue aunque para mal, pues las únicas palabras que le dirigió, a gritos, fueron para indicarle que vestir de buscona ya no estaba de moda. Le disgustó tanto que se juró no volver a pensar en él, única cosa que no se le había prohibido en relación al Primer Cónsul. Así, años después fue de las que más se distinguieron en festejar a los «libertadores». A eso se debió que buscara refugio en Chimay. La prisión imprime carácter, y de ninguna manera pensaba revivir lo que durante unas horribles semanas disfrutó, a su pesar, en la de Carmes. Su marido sostenía que Napoleón tenía más cosas de las que preocuparse; debía de ser verdad, pues no se habría tomado tantas molestias para fusilarla. Un Napoleón que, dentro de una túnica, no resultaba imperial. Pese a la escasa luz de un par de candelabros, añadida a la que desprendía un hogar crepitante, se asemejaba más a un cuarentón gordo, flácido y ojoso. Aun así no vaciló en arrodillarse frente a él, en gesto de sumisión. Si de algo sabía Notre Dame de Thermidor era de acariciar egos viriles.

—Thérèse, déjate de bobadas. Nos conocemos demasiado para que me vengas con éstas.

El tono era más que amable, casi tierno, y las dos manos tendidas, para que las tomase y se ayudara con ellas a incorporarse, muy afectuosas.

—Espero, Sire, que haya encontrado la casa de su gusto.

—Para ti sigo siendo Napoleón. Y sí, todo está bien. Sobre todo, tu bañera. ¿De dónde la sacaste?

—La trajeron de Nápoles hace cien años, o quizá doscientos; no sé mucho más.

Para ser sus primeras palabras en quince años resultaban un tanto idiotas, se decían los dos sin saber que se decían lo mismo. A eso se debió que l'Empereur optara por desenmascararse.

—El mes pasado, un día en que me sentía muy mal, fui a la Malmaison. Pensaba en Rose. Lo hacía en su estudio, entre sus flores..., en todas partes. Luego, en su dormitorio, la invoqué. La llamaba por su nombre, no por ese horrible que le impuse, imbécil de mí. Ahí advertí que mi angustia, mi zozobra, no eran por ella, pobrecilla

mía, que nunca valió gran cosa. Por mucho que mi memoria se afanara en materializarla frente a mis ojos, no era ella la que se me aparecía. Nada me duele más que admitirlo, pero la que lleva veinte años royéndome las entrañas eres tú, Thérèse. Siempre tú.

«Coño», se dijo la princesa, boquiabierta. Eso sí que no se lo esperaba.

—Me dejas de piedra. Si yo pensaba que no me podías ni ver...

—Era en lo que me había empeñado, pero nunca te pude borrar de mi cabeza.

La princesa miró en derredor. No sólo poseía gran experiencia en el trato con hombres poderosos, sino un afilado instinto para determinar cuándo llegaba el momento de dejar a un lado las palabras. Ahora bien, determinadas acciones requieren intimidad, pues no es lo mismo estar a solas con un desvalido emperador que ante un mariscal de palacio y una guardia de *chasseurs-à-cheval*; por fortuna, ninguno de tales indeseables rondaba por allí. Era su turno, y aún sintiendo una íntima inseguridad se llevó las manos a los hombros y, con lentitud, apartó las hombreras de su vestido, el cual empezó a descender acompañado del chal, que a su vez hacía lo mismo. Un segundo después l'Empereur evocaba sus pensamientos matutinos. Frente a él, una frondosa Princesse de Chimay que salvo un primoroso corsé parecía completamente descalza. Era, pues, momento de abandonarse a su destino. Blücher y Wellington bien podrían esperar. Siquiera, esa noche.

Nada sienta mejor tras un apasionado acto amoroso, administrado con sabia morosidad por la parte dominante, que un pollo cocinado *aux fines herbes* por el cocinero imperial, que antes de trabajar para Su Majestad lo hizo para el príncipe de Condé, y por un *chef* muy conocido en el restringido círculo de su profesión. Así, l'Empereur y la princesa, desnudos sobre las sábanas, daban cuenta no sólo del ave, sino de una botella de Chambertin Clos-de-Bèze, el Côte-de-Nuits preferido de Su Majestad.

—Sigues siendo un bicho —la princesa, sonriendo con la boca llena, se abstuvo de contestar; mejor era deslizar una caricia con la mano disponible, sabiamente apuntada donde reposaba la primera pieza de la Imperial Artillería, en estado de reposo y, si *le petit tondu* seguía siendo el de veinte años antes, incapaz de volver a disparar en varias jornadas—. ¿Qué tal te trata Riquet?

—Muy bien. Es un hombre muy bueno. Me gusta estar con él, y vivir con él, y cantar con él, y tocar música con él..., ya ves, mi vida no puede ser más burguesa.

L'Empereur reflexionaba. En las últimas dos horas se había sentido estupendamente, como un sencillo caballero de provincias que disfrutara la intimidad de una tarde de primavera con su esposa complaciente, divertida, procaz, cochinona, expertísima y un punto metida en carnes. Sólo le amargaba pensar que aquello, de haber visto claro en el momento adecuado, habría podido ser su vida.

—Eres una buena mujer, Thérèse. Me alegra que seas feliz. Lo mereces.

—Muchas gracias. Me gustaría mucho que tú también lo fueras.

—¿Tanto se nota que no lo soy?

—No lo llevas colgado de la cara, pero mañana vas a empezar una guerra. No sé si se puede ser feliz empezando guerras, pero es que sólo soy una pobre campesina, sin la menor idea de nada.

—Esta vez no tengo más remedio. No me dan opción. La guerra siempre me ha gustado. Es mágica, tiene algo que a un militar, y por encima de todo soy militar, le fascina, le llena de un modo tal que sólo es feliz preparándola, luchándola y alguna vez evocándola. Lo sé muy bien, pues he pasado veintidós años, la mitad de mi vida, guerreando sin parar. Ya he disfrutado todo lo que tenía que disfrutar. La de mañana no la quiero. Voy a ella como una virgen al martirio. Sin la mejor gana, pero es mi destino, porque no me dejan otro. Si hoy, ahora, en este instante, se abriera la puerta y entrase un correo de la Coalición proponiéndome la paz a cambio de no invadir Valonia, y de comprometer del modo más solemne que jamás mientras viva recurriré a la fuerza, lo aceptaría sin dudar.

—¿Y lo harías tal y como estás? Recuerde, Sire, que Su Majestad Imperial está en cueros —el Emperador rió la broma, pero con tristeza; mala señal, se dijo la princesa; la magia se acababa, el *petit gringalet* se desvanecía y el *petite homme* regresaba—. ¿Partirás temprano, mañana?

Tardó en contestar. Quizá pensara, se decía la princesa, que nada deseaba más que no partir, no marchar. Sólo quedarse con ella, entre aquellas sábanas donde le había dejado su mejor perfume.

—A las tres y media. Justo al amanecer.

—Yo te despertaré.

Se la quedó mirando, con ternura y también con tristeza. Un gesto que la princesa no reconocía.

—No, Thérèse. No permitiré que te levantes a las tres. Además, no lo harías, que te conozco. Tendrías la culpa de que llegase tarde a mi última guerra. La historia no nos lo perdonaría.

—¿Tan seguro estás de que será la última?

—Si pierdo, sin duda. Si gano... también. No más guerras para mí, Thérèse. Sólo quiero reinar en paz, procurar que Francia sea feliz, y no mucho más. Ver pasar los días y alguna vez venir a verte, cuando Riquet ande por ahí, de misión —le guiñó un ojo; una muestra innecesaria de poder, se dijo la princesa, por entonces ya segura de a qué se debía el intempestivo encargo de Caulaincourt.

—¿De verdad no quieres que me quede a dormir contigo?

—No. Mañana estaría destrozado. Francia no sé, pero mi gente me necesita en buena forma.

Se sonrieron. Sólo quedaba recoger del suelo el vestido y el chal, regalando a Su Majestad una imagen indeleble. L'Empereur, sin pensárselo, se deslizó sobre las sábanas hasta estrecharla con sus cortos brazos, hundiendo la cabeza en su regazo con las manos sólidamente aferradas a su orondo trasero. Un gesto que a la princesa le hizo sentir una gran ternura. Notre Dame de Thermidor era una mujer de gran corazón, hasta el punto de revolverle sus pocos pelos, como si fuera un niño.

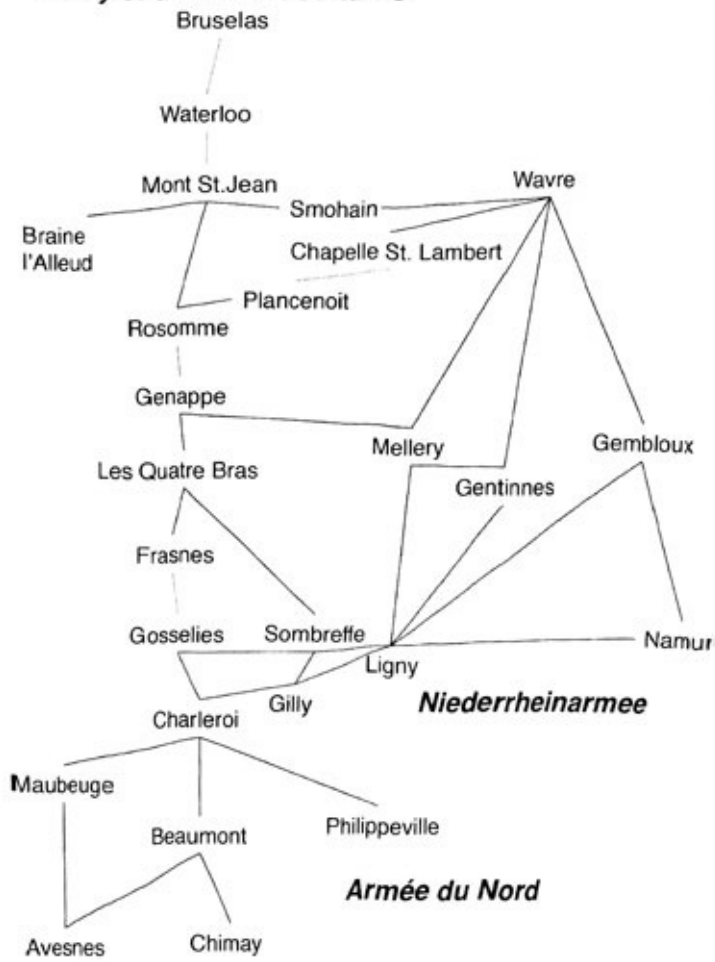
—Mucha suerte, Sire.

Se había separado lo justo para mirarle, sonreírle y dedicarle una gran reverencia, de afecto y respeto. Cosa rara en ella, no fue premeditada. Simplemente, le salió así.

En el corredor, cuatro *chasseurs-à-cheval* se cuadraban a su paso. Era lo menos que podían hacer, pensaba la princesa, preguntándose al tiempo cuándo se moriría su marido, pues mientras viviese no podría contar a nadie qué había pasado aquella noche.

ALLEGRO, MOLTO VIVACE

Army of the Low Countries



Valonia, jueves 15 de junio

01.00 h.

Drouet, Mouton, Pajol y Kellerman ordenaron marchar según indicaban las últimas órdenes, entregadas por tres mensajeros distintos. Vandamme no las recibió; eso explicaba que sus efectivos siguieran durmiendo con explicable placidez. Ya era mala suerte que ninguno de los mensajeros, enviados a las diez de la noche, llegase a su destino, el primero por extraviarse y ser capturado por los *light dragoons* de la KGL, el segundo por entregarse a los prusianos y el tercero por matarse al caer del caballo. A Berthier no le habría ocurrido, dirían después los llamados a opinar; siempre decía que, por favorable que fuera la situación, enviar menos de siete mensajeros era desaconsejable.

02.15 h.

Zieten, a la vista de los informes de su caballería y lo que decían los desertores, puso el I Armeekorps en pie de guerra. Su primera medida fue intensificar la obstaculización de los caminos. Se trataba de conseguir que los inminentes avances de l'Armée du Nord desde Maubeuge, Beaumont y Philippeville hacia Charleroi, donde tenía su puesto de mando, se vieran frenados, para que sus brigadas pudieran retirarse sin agobios hacia Gilly o Gosselies, y de ahí a Sombreffe, para unirse al II y al III. Comunicó su decisión enviando un par de mensajeros al *hauptquartier*, en Namur. Se preguntó si debería informar también a Dörnberg, para contestarse que aún era pronto. Además, estaba lejos, y él no andaba sobrado de mensajeros. Ya lo haría cuando amaneciese.



Generalleutnant Hans-Ernst von Zieten

03.30 h.

A las tres y media se tocó diana en los *corps d'armée* II, III y IV, en los de Chevalerie 2.º y 4.º, y en la Garde Impériale. Las órdenes indicaban que la marcha debería iniciarse a las cuatro. Vandamme, sin embargo, detectaba que algo no iba bien, pues el VI no debería echárseles encima. De ahí que decidiese hablar con su jefe, cosa bien sencilla porque Mouton se había plantado frente a él con expresión inquisitiva. Un breve intercambio de opiniones y la luz se hizo sobre Vandamme: no le habían llegado sus órdenes. A partir de ahí dejó de preguntar y comenzó a blasfemar, acompañado de Mouton, que hacía lo mismo. Al poco se pusieron de acuerdo en unos cuantos puntos: el primero, que Soult era un imbécil; el segundo, que con Berthier aquello no habría sucedido; el tercero, que Vandamme debería romper marcha de inmediato, no ya para no perderse la guerra, sino porque sus pontoneros eran necesarios para que cruzaran el Sambre tanto el III como el VI, así como la mitad de la Garde Impériale. Desde ahí todo fueron carreras, gritos, órdenes y más órdenes, y por fin un nada majestuoso emprender el camino. El III, y por extensión el VI, llegarían al Sambre con tres horas de retraso. El día, definitivamente, no comenzaba bien para Dominique-Joseph Vandamme.



Maréchal Jean-de-Dieu Soult

03.45 h.

El Emperador despertó con una desagradable sensación de culpabilidad. Se repitió la letanía exculpatoria, pero la intranquilidad permanecía, la de que pudiera estar sucediendo algo imprevisto que acabara costándole la guerra. Debía estar cuanto antes en su puesto de mando, así que se tiró de la cama. Bastaba con hacer un poco de ruido para que Alí apareciese, y con él la rutina de asearse. Desde medianoche caía un aguacero implacable, informaba su falso mameluco mientras le vestía. Se alegró de haber ordenado que los *corps* más alejados del Sambre se pusieran en marcha con tres horas de antelación. Con aquella lluvia, y con los caminos atravesados de árboles y zanjas, les harían falta para estar a las seis donde debían estar: l'Armée du Nord, al completo, en la ribera sur del Sambre.

La comitiva estaba preparada, los jinetes sobre sus monturas y el personal de apoyo en los carruajes. Sólo faltaba él. Uniformado como llegó, de coronel de sus *chasseurs-à-cheval*, antes de subir a su *berline* se volvió para decir adiós al último de sus palacios imperiales. No sabía si las ventanas de Thérèse daban o no a esa fachada, pero sí que no había luz en ninguna. La princesa dormiría como un cesto, con seguridad. Él sentía una mezcla indefinible de dulzura y fastidio. Thérèse le había regalado algo muy hermoso, el devolverle por unas horas a su olvidada juventud, aunque también habría podido bajar a darle un último beso. Justo lo que sucedía en ese instante, advirtió con íntima satisfacción. El portalón se abría, para que saliera una princesa cubierta con un capote bajo el cual quizá no había nada. No lo quiso comprobar, ni era cosa de permitir a Thérèse que se llevara un remojón. Se limitó a sonreír y decir adiós con la mano. Aquello le bastaba para subir a la *berline* y emprender el camino un poco más optimista. La vista de Thérèse le parecía un buen augurio.

La princesa permaneció en el portalón hasta que los lanceros ocultaron la *berline*. Bostezando, volvió a su lecho. Madame Tallien era demasiado profesional para fallar en aquel último detalle.

04.30 h.

La vanguardia del I Corps d'Armée (21.º de Infantería) rebasaba el Bois de Villiers. La retaguardia del I Armeekorps, que no había dejado la posición, al verles llegar se retiró hacia Fontaine-l'Évêque; eran fuerzas de infantería ligera y se movían bien a través de los obstáculos. El 21.º se detuvo y abrió fuego, aunque breve, pues era evidente que los prusianos no pretendían contenerles. La noticia llegó de inmediato al Général Druet, Comte d'Erlon, que a su vez la envió al Maréchal Soult. Aún no sabía que aquellos disparos eran los primeros de la guerra entre Francia y la Séptima Coalición.

05.00 h.

Wellington se levantó a las cuatro y media, como cualquier otro día. Llevaba media hora despachando su correo, aunque lo dejó de lado cuando Lord Fitz-Roy Somerset le pasó una copia de la última carta de Madame Bertrand a su hermanastra, recibida en Bruselas el martes 13. No se diferenciaba de las anteriores, salvo en que la indiscreta señora sugería que, si Henriette-Lucie no podía mudarse a una plaza más tranquila, lo cual le recomendaba, no dudara en acudir a su esposo una vez éste se hubiera establecido en el palacio de Laeken, lo que sucedería muy pronto, pues la noche del 14 pensaba pasarla en el *château* de los príncipes de Chimay, muy cerca de Bruselas.

El duque de Ciudad Rodrigo no se ahorró algo que jamás se permitía el de Wellington: una sonora blasfemia castellana. Dado que Bertrand siempre dormía donde lo hacía Boney, de haber tenido en sus manos aquella información con tiempo de reaccionar habría podido despachar a Chimay tres brigadas de caballería, una fuerza más que suficiente para neutralizar los dos regimientos de *chasseurs-à-chéval* que solían constituir la escolta imperial, degollar al desprevenido Bonaparte y regresar sin que los franceses llegaran a darse cuenta de que se quedaban sin Emperador. El que fuera una opción disparatada —una incursión tan profunda en territorio enemigo, con aquel tiempo y encima por la noche, tenía pocas posibilidades de alcanzar el objetivo sin ser interceptada— no le consolaba. Una cosa era renunciar a un plan por inviable y otra no haber tenido la oportunidad de planteárselo.

Le calmaba decirse que, al menos, la carta confirmaba lo que días antes indicó Fouché. Aun así, no acababa de fiarse. Bonaparte dominaba la ciencia de la desinformación tan bien como él, y junto a los cuantiosos datos de calidad que cada día le llegaban también aparecían otros de aspecto dudoso, seguramente preparados por la eficaz contrainteligencia francesa. Por otra parte, y pese a que la Bertrand era específica en cuanto a fechas, su carta estaba fechada el 10, cuando Boney aún estaba en París. Al no haber noticias ulteriores que confirmaran lo que decía la noble dama, comenzando por la usual confirmación de las patrullas de Dörnberg, que a menudo llegaban tan lejos como a Chimay, decidió que lo mejor sería mantener la flema, seguir a la espera y procurar a toda costa que los informadores de Bonaparte comunicasen a su amo que el Army of the Low Countries seguía en la inopia.

05.30 h.

El palacio de los condes de Caraman era horrendo. Un horror, eso sí, de lo más trepidante, dado el incesante flujo de mensajeros que llegaban o se marchaban, aceptaba l'Empereur mientras devolvía el saludo de Soult, que alertado por sus *aides-de-camp* había bajado a recibirle.

—Todo en orden, Sire. Los *corps d'armée*, salvo el III y el VI, que se hallan un poco demorados, marchan según lo previsto. Elementos del I entraron en contacto con el I Armeekorps en Thuin, y el II acaba de comunicar lo mismo en Landelies.

El Emperador tardó en contestar. Estudiaba las banderas desplegadas en un mapa Le Capitaine que los ayudantes de Soult habían clavado con alfileres en un tablero sujeto a un caballete.

—Vandamme y Lobau, según esto, marchan mucho más retrasados de lo que dice usted. Deles orden de que fuercen el paso —Soult, sudoroso pese al frío de la mañana, más propia de febrero que de junio, garrapateó un par de líneas en un papel y las entregó a uno de sus *aides-de-camp*, que salió disparado—. Deberían estar ahí —había puesto el dedo en Ceuillet—, a punto de batir la ribera norte del Sambre.

Zieten se les escapará, ¿se da cuenta Su Excelencia?

No hacía falta ser un genio para comprenderlo, pensaba La Bédoyère. El III tenía la misión de bloquear entre Lodelinsart y el Sambre a las 3.^a y 4.^a brigadas de Zieten, establecidas aguas arriba. El IV, que ya debía estar en Chatelet, a punto de abrir fuego contra las defensas prusianas de la ribera izquierda, tendría bastante con sujetar a las otras dos y empujarlas hacia Gilly, de modo que no podría ocupar el puesto del retrasado III. Era la primera de las malas noticias que llegarían ese día, se decía con ansiedad; en una campaña de ciento veinte horas, las que duraría esa de Valonia y Brabante hasta que Su Majestad y él pudieran secar sus botas en Bruselas, rara vez las habría buenas.

—¿Hay algo más que deba saber? —Soult negó con la cabeza, sin reparar en que aquella no era forma de contestar a Su Majestad Imperial, pero a éste no le importó; en campaña era mucho menos mirado para esas cosas—. Bien, yo sigo adelante. ¿Cuándo piensa usted moverse?

—A las ocho, Sire. Hacia Marbaix, para seguir a Charleroi una vez lo hayamos tomado.

Era lo que acordaron la tarde antes, de modo que l'Empereur no hizo comentarios. En realidad, y salvo el retraso de Vandamme, todo iba según lo previsto. La íntima sensación de culpabilidad que le asaltaba por no haberse quedado en aquel palacio sombrío comenzó a desvanecerse.

—Yo seguiré hasta Jamioulx —señaló un punto en el mapa, cuatro kilómetros al norte de Marbaix—; manténgame al corriente.

07.45 h.

Las primeras unidades de los *corps d'armée* IV, I y II ocupaban sus posiciones en la ribera sur del Sambre, un río que a mediados de junio de un año normal iría tan bajo de caudal que podría vadearse, pero 1815 no era un año normal. En el noreste de Francia, en Valonia, en Brabante y en Flandes llovía con desquiciante intensidad desde antes de comenzar la primavera, de modo que los campos estaban empapados, los arroyos parecían ríos y el Sambre resultaba plenamente navegable. De ahí que las avanzadas de los tres *corps d'armée* cedieran a las baterías las mejores posiciones, para despejar la ribera izquierda y permitir a las compañías de zapadores que tendieran sus pontones, lo cual era, precisamente, lo que sus iguales del I Armeekorps, pese a su inferioridad numérica, estaban empeñados en dificultar. El cruce de un río mediano en 1815 requería despejar a cañonazos la ribera opuesta y enviar a bordo de botes compañías de infantería ligera para terminar de limpiar la cabeza de playa; tras ellas llegarían los zapadores, acarreando los extremos de los cabos a los que se amarrarían los pontones. Una vez asegurados éstos —a edificios, a rocas, a los árboles y, si no quedaba más remedio, a estacas clavadas en el suelo—,

los ingenieros fijaban los pontones sobre los que se asegurarían las pasarelas, lo que llevaba tiempo, pues aquéllos no podían separarse demasiado entre sí. Todo ello daba lugar a que cruzar un río ancho en cincuenta metros requiriese otros tantos pontones por pasarela. Un *corps d'armée* de veinticinco mil hombres requeriría no menos de diez, y sólo tenderlas ya supondría tres horas. El paso de la infantería no sería muy lento, dentro de las precauciones que se debían tomar debido a la inestabilidad de los tinglados, pero el de las piezas de doce libras, cuyo peso en rodadura excedía la tonelada y media, más el de sus percherones, algunos próximos a los mil kilos, daba lugar a que sólo pudiera cruzar una cada vez, y muy despacio. Así, el III, con sus cuatro brigadas de infantería (catorce mil cuatrocientos hombres), dos de caballería (mil trescientos jinetes y monturas), cuarenta y ocho piezas de artillería (quinientos caballos normandos), más los trenes de munición, víveres, impedimenta y auxiliares (cocinas, enfermerías, armerías y herrerías), necesitaría no menos de quince horas para verse al otro lado del Sambre.

Zieten y Reiche analizaban los informes sobre la forma en que se desplegaban los franceses y los reflejaban en la copia de un Ferraris que su amable colega Dörnberg les había regalado semanas antes. No poseían información suficiente para determinar contra qué se las veían, si bien era obvio que una línea de más de diez kilómetros, el Sambre completo entre Thuin y Roselies, requería una gran disposición de tropas, demasiadas para que aquello fuera una maniobra de distracción pensada para ocultar un ataque más fuerte a realizar curso arriba o abajo del río, al este o al oeste de Charleroi. Aun siendo ésa una variable a despejar, Zieten se preguntaba qué significaría la virtual ausencia de fuerzas francesas en el tramo del Sambre comprendido entre Marchienne-au-Pont y Couillet.

—Les hemos dejado fatal los caminos, Herr Generalleutnant. Se habrán retrasado, nada más.

Lo que decía Reiche sonaba razonable, pero Zieten no aceptaba que sus zapadores, los cuales llevaban veinte horas derribando árboles, cavando zanjas y desplazando rocas, hubieran sido más eficaces de lo normal en la senda de avance del III Corps d'Armée. Algo más ocurriría, pero no era momento de resolver misterios. Lo más de preocupar era que si ese III se hallara donde seguramente debía estar, los batallones de la 3.^a Brigada que aún estuvieran al oeste de Charleroi se verían copados nada más Vandamme comenzase a cruzar el río.

—Envíe un mensaje al Graf Gneisenau. Le da cuenta de la situación, de lo que tenemos enfrente y también de que, a mi juicio, esto no es una maniobra de distracción, sino una invasión en toda regla. Copie a Dörnberg, en Mons... y al Freiherr Müffling, en Bruselas.

—Jawohl, Herr Generalleutnant!

La vieja escuela prusiana, siempre tan ruidosa. Zieten, sonriendo para sí, se dijo

que prefería el relajado estilo de Gneisenau, que pese a todos los pesares se iba consolidando, cuando menos en el Niederrheinarmee. Gracias a eso no se oían tantos ni tan brutales taconazos.

08.00 h.

Los observadores de la 3.^a Brigada holandesa destacados en el Sambre regresaban a sus posiciones, para señalar que se producía un ataque francés y que varias divisiones de infantería y caballería se aprestaban a cruzar el río. El capitán Van Loveren, sin dudarlo un momento, envió mensajeros al cuartel general del I Army Corps, en Braine-le-Comte, dirigidos al jefe de su Brigada (coronel Detmers), al comandante de la división (Lieutenant-Général Chassé) y al jefe del Estado Mayor (Major-Général de Constant-Rebecque), dando cuenta de la novedad, no por esperada menos importante.

09.45 h.

La confusión reinaba en l'Armée du Nord. Los oficiales de Soult eran tan nuevos en la función como el propio Maréchal. Sufría serias dificultades para redactar en modo claro las imprecisas instrucciones del Emperador. Los oficiales de Berthier, casi todos despedidos cuando se confirmó que gracias al Fürst Metternich su jefe no regresaría, gozaban de una justificada mala fama —tahúres, tramposos, ladrones, bebedores sin freno y puteros sin límite—, pero jamás se habrían dejado detener por un riachuelo de mala muerte, se decían los generales Drouet, Reille y Gérard. De ahí venía que cada uno de sus *corps d'armée* lo cruzara sin coordinación con los demás y sin darse apoyo, preocupados por la posibilidad de que un contraataque prusiano les pillara con pocas tropas asentadas en la ribera norte y les hiciera pedazos, como sucedió en el Bérézina; para su fortuna, ni Zieten ni su estado mayor eran capaces de imaginar que l'Armée du Nord había planificado tan mal el cruce del Sambre. Así, a las diez menos cuarto de la mañana, y pese a la lluvia inclemente, la tremenda corriente y el nutrido fuego de artillería del I Armeekorps, alrededor de tres mil fusileros y granaderos franceses ya ocupaban posiciones en la ribera norte, obligando a retirarse a los cautos artilleros prusianos y a su infantería ligera, y preparando el terreno para que los regimientos de artillería y caballería, muy vulnerables cuando circulaban sobre pontones, comenzasen a cruzar el río. El Emperador y su séquito cruzaron la frontera por Thy-le-Château, junto a las primeras unidades del III Corps d'Armée, que al fin se hallaba en marcha, pero demasiado tarde para interceptar a las últimas del I Armeekorps, por entonces retrocediendo a buen paso hacia el Sambre y Charleroi. Ya cerca de la ribera Sur encontró al Général Biot, ayudante de Pajol, Jefe del 1.^o Corps de Chevalerie; le contó lo que ya sabía, que con aquel tiempo infernal

todo iba más despacio de lo previsto, en particular en el caso de las baterías de artillería pesada, cuyas piezas de doce libras embarrancaban cada dos por tres.

—El barro nos está matando, Sire.

Como en Rusia, se decía l'Empereur, pero allí las distancias eran infinitas. No era el caso de Charleroi: desde las posiciones del IV a Gilly había poco más de dos kilómetros. Si cruzara el río a tiempo, el I Armeekorps, al anochecer, habría dejado de contar en los números de Blücher.

10.15 h.

Varios batallones del I, del II y del IV ya estaban en la ribera norte, así como dos compañías de *voltigeurs* del III; el VI y la Garde Impériale permanecían tras el III, esperando su turno. Dos de los cuatro *corps de chevalerie* también comenzaban a cruzar. El peligro de un contraataque prusiano parecía esfumarse, y con él la oportunidad de Zieten de ganar la guerra él solo; cuando lo supiera se abriría las venas, pensaba el Emperador con cierta maldad. En una hora l'Armée du Nord estaría lista para emprender el asalto a la ciudadela, que no pensaba dejar a retaguardia. Tomarla no sería difícil, porque Blücher no sacrificaría fuerzas en cantidad importante por una plaza que no valía nada. Las acciones de Zieten sólo estaban destinadas a retardar su avance, a impedir que rebasase a su I Armeekorps en su retirada sobre Gilly. La ciudadela no podía ser diferente de todo lo que llevaba visto.

10.30 h.

Charleroi debía su nombre a Carlos II de España, el último de sus reyes Habsburg-Lothringen. Ocupaba el centro de un amplísimo campo de batalla que iba desde Namur, al este, a Mons, en el oeste, y donde a lo largo de la historia se habían registrado más combates y escaramuzas de las que podían enumerar los cronistas de Valonia; tan inusitado privilegio tenía por origen su calidad de camino natural de las invasiones, en los dos sentidos. En 1815 no se había repuesto de las guerras entre Austria y la Convención, las de 1790 a 1794. Sus calles empinadas, coronadas por los restos de la ciudadela construida por Vauban a primeros del XVIII y medio destruida por los bombardeos del Général Jourdan en 1794, hacían pensar que, si los prusianos decidían defenderla, el resultado sería no ya una carnicería, sino su incendio y su destrucción. De ahí que la escasa población que no había escapado a terrenos más seguros se parapetara en sus casas, esperando de Zieten que fuera razonable y se largara. Era por lo que rezaban en la zarandeada iglesia de Saint Christophe sus avisados vecinos, muy duchos en el duro arte de recibir invasores, siendo la primera lección que se transmitían de padres a hijos el vitorear entusiásticamente a todos los que vinieran, fuesen quienes fueran. Napoleón, al que por instinto daban por

vencedor, no sería una excepción, de modo que imploraban de los cielos que les invadiera cuanto antes, a pesar de la suspicacia que les inspiraban las tropas francesas, famosas por su afán de saquear cualquier plaza que tomaran. Preferirían a los ingleses, que si bien estaban lejos de ser almas ejemplares se sabía que padecían una disciplina de hierro, la cual les hacía pagar sin apenas regatear y con toda puntualidad. Si aquella mañana estaban dispuestos a vitorear a los franceses con más entusiasmo del que sin duda esperarían era porque llevaban dos meses bajo la bota del odioso general Zieten, cuya peor característica no se sabía si era su brutalidad, su rapacidad o el desprecio que manifestaba por todo lo que sonase a francés.

El asalto comenzó sin el usual cañonazo de advertencia. Compañías y compañías de *tirailleurs* y *voltigeurs* seguidas de granaderos avanzaban por las callejuelas respondiéndole al fuego de los infantes prusianos, que se retiraban cuidando de sufrir las menos bajas posibles. L'Empereur, a través de su catalejo, no se perdía detalle. La táctica de Zieten era la esperada: retrasar su avance tanto como fuera posible, para llegar en buen orden a Gilly,^[156] un poblachón al este de Charleroi que abría el camino a la campiña de Fleurus, hacia donde sus exploradores reportaban que marchaban los Armeekorps II y III. El objetivo, en consecuencia, no variaba: llegar a Gilly a tiempo para evitar que Zieten se reorganizase y escapara, y dada la hora del día y las posiciones de sus *corps d'armée* y de la Garde Impériale, sería para fusilar a unos cuantos inútiles si no se conseguía.

—¡La Bédoyère! —el jefe de sus *aides-de-camp* se cuadró a la francesa—. Que venga Grouchy.

10.45 h.

A Dörnberg no le sorprendían las noticias, ni las de Zieten ni las que traían sus propias patrullas. Desde hacía días consideraba inminente un asalto francés, de lo que había informado a Wellington para sorprenderse ante la flema con que se lo tomaba. Bien, pues comenzaba el baile, se dijo nada más instruir a uno de sus mejores jinetes para que se plantara en Bruselas de una sentada. No llegaría en menos de siete horas, tras cambiar de montura en las postas de Le Rœulx, Nivelles —donde debería dejar un sobre para Uxbridge y otro para el Prins Willem— y Waterloo. Se preguntaba si además de su informe debiera llevarle un conjunto de profecías que le había entregado Sir Colquhoun Grant, pero decidió que no; era tan fantasioso que no merecía un segundo de concentración.

11.15 h.

Constant-Rebecque, alarmado por las noticias de sus puestos avanzados, por el mensaje de Zieten y por los numerosos refugiados que huían del asalto francés, dio

una orden que iba más allá de su autoridad: reforzar con la 2.^a Brigada de Infantería, la del Prinz Sachsen-Weimar, los batallones de la 3.^a destacados en Les Quatre Bras. No la comunicó directamente al príncipe alemán, sino a través de su superior, el Lieutenant-Général Perponcher-Sedlnitsky, comandante de la II División VKN. Tras eso pidió a los otros comandantes de división, Chassé, Collaert, Cooke y Alten, que pusieran sus unidades en pie de guerra y se aprestaran a marchar, de ordenarse así, hacia Buzet y Les Quatre Bras, los lugares donde mejor podrían oponerse a un avance francés que se dirigiese a Bruselas. Por último, y ante un preocupado recordatorio de su principal *aide-de-camp*, envió un mensajero a Bruselas, con orden de buscar al Prins van Oranje allá donde se hallase y le pasase una copia de las órdenes. Constant-Rebecque no era desleal con su jefe, del que pensaba que, cuando madurara, sería un buen rey. Sólo sucedía que su manera de tomarse la guerra le resultaba un punto irresponsable. Lo que se hallaba en juego era demasiado importante para no dejarse ver en su cuartel general y pasarse las noches de fiesta en fiesta y de juerga en juerga. Un príncipe de la corona quizá pudiera comportarse así, pero un jefe de Army Corps, con veintiocho mil hombres a sus órdenes, de ninguna de las maneras.

11.30 h.

Emmanuel de Grouchy tenía cuarenta y seis años, y desde hacía dos meses era Maréchal d'Empire. Mandaba la reserva de caballería, pero l'Empereur no le habría nombrado mariscal, desafiando las iras de unos cuantos envidiosos, para encomendarle una misión secundaria. De ahí que no le sorprendiera saber que le confiaba el ala derecha, la cual contaría con el IV Corps d'Armée (Gérard) y el 2.^o de Chevalerie (Exelmans), a los que se uniría el III (Vandamme) y la Garde Impériale cuando cruzaran el río, y que con ella debería cortar en Gilly la retirada del I Armeekorps; su experiencia con el Emperador, para el que combatía con distinción desde los tiempos del Armée d'Italia, le decía que cuantas menos preguntas se le hicieran, mejor, incluso la lógica y cautelosa de si Exelmans, Gérard y Vandamme, los tres dotados de un ego turbulento —aún murmuraban sobre su ascenso—, estaban al corriente de que su nuevo jefe sería él. En el ejército prusiano, se decía con pesadumbre, los meros galones bastaban para que cualquier inferior en grado se pusiera en primer tiempo de saludo, pero en el francés, rebotante de *primadonnas* ennoblecidas, enriquecidas y muy condecoradas, los egos pesaban demasiado; quizá por eso los prusianos sólo tenían dos mariscales y los franceses veintitantos, pero al decírselo no encontraba consuelo. Así, rogando al cielo que sus inminentes subordinados aceptaran como cosa natural que les mandara un Maréchal, subió a su caballo y, seguido de sus *aides-de-camp*, se dirigió adonde según La Bédoyère el IV y el 2.^o avanzaban con exasperante lentitud.



General de Bourmont

11.45 h.

Si el IV Corps d'Armée no avanzaba era porque su vanguardia, mandada por el Général Louis-Auguste Ghaisnes de Bourmont, comandante de la 14.^a División de Infantería, permanecía parapetada frente a las posiciones prusianas de Montignies-sur-Sambre. Su jefe no estaba interesado en jugarse el pellejo, ni el de sus oficiales de mayor confianza, que poco a poco se congregaban a su alrededor. A las doce menos cuarto en punto, habiendo ganado a caballo las primeras líneas de su infantería, dejó a todo el mundo de piedra según enarbolaba una bandera blanca, saltaba sobre cuatro sorprendidos granaderos y, al frente de sus siete oficiales, se lanzaba sobre las posiciones enemigas al galope tendido; sus defensores, como era natural, dejaron de disparar. Su jefe —Generalmajor Elias-Maximilian Henckel von Donnersmarck, comandante de la 4.^a Brigada de Infantería—, que contemplaba la escena con ayuda de su catalejo, pese a sus sesenta y nueve años debutaba en el raro arte de recibir un general enemigo que desertaba con su plana mayor, aunque supo comportarse con acuerdo a las mejores tradiciones prusianas; así, tras pedirles con sequedad sus armas de fuego —sus sables, no; una pistola era un cachivache despreciable, pero el sable de un oficial constituía la imagen misma de su honor—, les adjudicó una escolta y los despachó al puesto de mando de Zieten, encantado de perderles de vista. Lo suyo era combatir con los franceses, no parlamentar con desertores de mierda.

El indignado Gérard también había presenciado la escena. Su enojo era colosal. El Emperador le había prevenido contra Bourmont, sabedor de que, habiendo llegado con Ney a las puertas de Auxerre, prefirió regresar a París y postrarse a los pies de *le Desirée*. Si Gérard insistía en que, pese a todo, era un general valioso, allá él. Bien, pues ahora tendría que aceptar la mirada helada de Su Majestad cuando le diera cuenta de aquello, y además debería mostrarle la carta que le traía uno de sus avergonzados *aides-de-camp* —haber servido a las órdenes de un desertor es algo que

siempre confunde, por mucho que no se le haya seguido en el deshonor—, en la cual el grandísimo hijo de puta decía que aceptaba lo deshonoroso de su acto, pero que aún más lo sería ordenar que se derramara sangre francesa por la simple ambición de un indeseable que no había sabido aceptar el final de sus días de gloria. Decididamente, le aguardaba un mal cuarto de hora con l'Empereur. Mejor si, para compensar, le ofrecía los pedazos de aquella 4.^a Brigada prusiana que tanto se obstinaba en no capitular. Así, tras tomar el mando, se dispuso a demostrar lo bien que mueren los generales franceses.

12.30 h.

La última orden que firmó Blücher en Namur fue concentrar el Niederrheinarmee sobre la línea Saint Amand-Ligny-Sombreffe, quince kilómetros al noreste de Charleroi. Era una posición estudiada desde hacía semanas. Prolongaba el campo de batalla de Fleurus, que no habría sido una mala opción, aunque Gneisenau prefirió las ondulaciones que se irradiaban desde Ligny —un pueblecito de casas enteramente de piedra, fácil de fortificar—, donde su teórica superioridad artillera sería determinante frente a los dos tercios de Armée du Nord que como mucho les opondría Bonaparte. Nada más firmar la orden el *hauptquartier* fue desmantelado; el siguiente ya se había empezado a instalar en el molino de Brye, un kilómetro al oeste de Sombreffe y con excelente visibilidad sobre lo que sería campo de batalla de Ligny. La información que poseían era la correspondiente a las siete, con el ataque francés recién iniciado y l'Armée du Nord aún al otro lado del Sambre. A la vista de lo que se sabía ese borrascoso mediodía, era razonable pensar que la batalla, estimada como decisiva —un *hauptschlacht* en toda regla; ciento veinte mil prusianos parapetados en una posición sólida contra menos de cien mil franceses atacando a campo abierto—, se iniciaría en las primeras horas del sábado 17. A eso se debió que las órdenes para el *armeekorps* más alejado, el IV, no fueran tan perentorias como Gneisenau habría preferido; el Fürst Blücher también sabía cuán delicado era el ego del Graf Bülow.

12.45 h.

El Général Pajol acababa de clavar la enseña tricolor en la ciudadela de Charleroi; mientras, la retaguardia prusiana, en buen orden, atravesaba la ciudad en su camino a Gilly. Eran señales suficientes para que los ciudadanos, encantados de haber salido de aquello bastante mejor que de las seis horas de bombardeo con que veintiún años antes les obsequió el cafre de Jourdan, se lanzaran a las calles con su mejor ánimo vitoreante. A su cabeza formaba la condesa viuda Puissant de Hensy, ante la cual l'Empereur tuvo a bien descubrirse, por mucho que le pareciera una vieja grulla

lamentable. Tras eso reemprendió el camino a lomos de *Marengo*, siguiendo a La Bédoyère hacia la casa de la condesa, una mansión ideal para establecer su palacio imperial de aquella noche y dar cuenta de un excelente *déjeuner à la fourchette*, el mismo que Zieten y su plana mayor se habían dejado sin engullir.

13.15 h.

El Lieutenant-General Hendrik-George de Perponcher-Sedlnitsky, comandante de la II División del VKN, dio la orden de trasladar su 2.^a Brigada de Infantería, bajo el mando del Prinz Sachsen-Weimar (cuatro mil trescientos setenta hombres), al cruce de las carreteras Nivelles-Namur y Bruselas-Charleroi, un lugar muy arbolado conocido por Les Quatre Bras —Perponcher-Sedlnitsky, de cuarenta y cuatro años, era un militar holandés que había dejado las armas en 1809, tras hacerse Bonaparte con los Países Bajos; hasta la fuga de Napoleón era embajador del VKN en Berlín, pero la escasez de mandos superiores le obligó a ponerse al frente de la II División—; dio también la de desplazar la 1.^a Brigada, bajo el mando del Major-General Willem-Frederik van Bijlandt (tres mil doscientos hombres), a Houtain-le-Mont, para que protegiese a la 2.^a. El pesimista Perponcher-Sedlnitsky pensaba que, salvo algún milagro imputable a Zieten, antes de que acabara el día su recién reunificada II División —hasta pocos días antes sus hombres aún vestían uniformes similares a los franceses; ahora lucían los específicamente diseñados para la infantería del VKN, de color verde grisáceo y que a un ojo poco exigente coincidiría con el de las tropas de Nassau— se las vería con la vanguardia de l'Armée du Nord. De ahí que ordenara fortificar Les Quatre Bras y de que los hombres se ciñeran al terreno y a los cultivos, y que se ocultaran, pues mientras no llegaran refuerzos deberían hacer frente por sí solos a un enemigo muy superior en número.

14.45 h.

Wellington analizaba con el Prins Willem los despachos que llegaban. Al no ser ninguno posterior a las siete, sólo permitían deducir que Bonaparte cargaba contra Zieten y que nadie atacaba los puestos del I Army Corps desplegados entre Mons y Charleroi. Con aquello no se podía predecir qué acontecimientos iban a suceder, de modo que, pensaba His Grace, lo más prudente sería mantener la misma postura de alerta y vigilancia, enviando una patrulla tras otra pero sin mover las tropas de sus posiciones. Una decisión que Su Alteza Real no dudó en aplaudir. Con su cabeza en el baile de Lady Charlotte nada podría incomodarle más que dejar la plácida Bruselas, cabalgar hasta Braine-le-Comte y ponerse al frente de su Army Corps. Aunque la guerra fuera inminente, aquel día no podía ser el de su inicio; él no merecía, se repetía con obstinación, tener tanta mala suerte.

15.00 h.

El Emperador, un punto desencajado, veía marchar al II a través de Charleroi. Estaba sentado frente a la taberna Bellevue tras haber parado a soltar lastre, lo que le había dejado muy mal cuerpo. Junto a él, en pie, Soult y La Bédoyère. Más apartado, un aprensivo caballero llamado Thévenier, buen conocedor de los caminos comprendidos en el rombo que formaban Gembloux, Charleroi, Nivelles y Bruselas, al que acababa de «reclutar» para que le condujese a Fleurus, donde tenía previsto establecer su puesto de mando. Las tropas que desfilaban frente a él, al compás del *Pas de Charge des Grenadiers* y vitoreándole con el entusiasmo habitual, habían recorrido treinta y dos kilómetros desde que tocaron diana en sus vivacs de Leers-et-Fosteau. De ahí a Gosselies había doce más. Al llegar estarían muy cansados, pues cargaban con sus mosquetes, sus municiones, sus mochilas y sus víveres. Aun así, daba por seguro que combatirían con denuedo de dar con alguna oposición, aunque dudaba que se diera el caso. Si encontraran fuerzas prusianas serían la retaguardia de alguna brigada retrasada en su fuga; que no fueran prusianas lo consideraba improbable, pues sus datos indicaban que al sur de Nivelles sólo había puestos de observación, incapaces de oponerse a su ala izquierda. Su plan era dejar en Gosselies el I Corps d'Armée, sin comprometerlo en Gilly pero pudiendo unirlo al ala derecha de necesitarlo para encarar a Blücher en Sombreffe, si éste no se hubiera retirado hacia Namur o Gembloux. El ataque contra Zieten en Gilly, por mucho que sus brigadas hubieran caminado veinte kilómetros menos que las de su ala derecha y estuvieran más frescas, tendría lugar aquella tarde, y el resultado sería la destrucción del I Armeekorps. Que al día siguiente Blücher ofreciera o no batalla dependería de lo desesperado que se hallara. Si el tal Gneisenau ejerciera en su mente la influencia que se le suponía, se retiraría. De suceder así, entre Bruselas y él sólo se interpondría Wellington. Un obstáculo que no le detendría. Faltaba mucho para eso, pero no podía evitar soñarse a sí mismo frente a la gran chimenea del Groot Vertrek van de Keizer, el gran salón del Kasteel van Laeken que diez años antes hizo decorar a su gusto, dictando para Metternich y Alexander sus más melífluas propuestas de paz.

Soult tenía noticias, de modo que, sin levantarse, le invitó a dárselas. Según los datos que acababan de llegar, el I Corps d'Armée se hallaba en un 40 por ciento al lado norte del Sambre, avanzando sin oposición hacia Lodelinsart; dos divisiones del II —señalaba el vitoreante 93.º de Infantería— también lo habían cruzado, marchando hacia Gosselies; tres batallones de la Garde Impériale, que cruzaba el río por Marcinelle, ya se hallaban camino de Gilly; el III seguía retrasado, al punto que un tercio de sus efectivos no podrían cruzar el río hasta las primeras horas del día siguiente; más de la mitad del IV, sin embargo, ya estaba en la ribera norte, marchando igualmente hacia Gilly, lo mismo que buena parte de los *corps de*

chevalerie; el VI, por último, de ningún modo podría cruzar el río hasta que lo hiciera la retaguardia del III, de modo que hasta el día siguiente no se podría contar con él.

—¿Con qué podremos encarar a Zieten en Gilly?

—Dos divisiones del IV más media del III, así como seis brigadas de caballería y tres batallones de la Garde Impériale. En total, trece mil seiscientos infantes, tres mil jinetes y ochenta piezas de artillería.

Al amanecer, Zieten poseía veintinueve mil de infantería y dos mil de caballería y apenas había sufrido bajas. El ala derecha, tal y como la pintaba Soult, sería insuficiente para descargar un golpe definitivo, pese a la supuesta inferioridad de los imberbes infantes *landwehr* frente a los bigotudos *grognards*.

—Que Vandamme haga lo que sea, pero necesito que aporte una división —Soult contaba con oír aquello; de ahí que hubiese ya requerido a Vandamme no una, sino dos—. ¿Qué hace Zieten?

—Según informan las patrullas del Général Exelmans, dos tercios de sus fuerzas aún están de camino a Gilly. Marchan en buen orden y parecen haber salvado casi toda su artillería.

—¿Cuándo llegará Grouchy a Gilly?

—Al ritmo que avanza, Sire, alrededor de las cinco de la tarde. Eso significaba cuatro horas de sol; deberían bastar para destruir al I Armeekorps.

—Si Zieten hubiera tenido lo que debe tener un comandante de *corps d'armée*, se habría lanzado sobre nosotros mientras cruzábamos el río. Si esta mañana se comportó como un pobre hombre, dentro de dos horas no habrá mejorado mucho. Bien —una breve reflexión—, insisto en que quiero una división del III en Gilly a las cinco de la tarde. Dígaselo a Vandamme ahora mismo.

—¿Debo comunicarle, Sire, que Grouchy conducirá el ataque?

—¿Cree que hace falta?

Soult se lo pensó. Si Vandamme fuera un tipo normal se cuadraría en cuanto le viera llegar, pero desde que Kleist le apresó en Nollendorf, tras haberse metido él solo en la celada que le tendieron los austríacos y los prusianos, parecía fuera de sí; se había tomado muy a mal el ascenso de Grouchy, al que acusaba de sólo valer para fusilar putas españolas, pero no sería él quien dijese a l'Empereur que uno de los más bonitos de sus niños bonitos estaba como una cabra.

—Sin duda que no, Sire.

—Pues eso es todo. Ah, Ney debe andar al caer. En cuanto llegue, que se me presente.

Soult era bueno en hacer marchar a sus tropas en buen orden, por los mejores caminos y, cuando era necesario, en retirarse con pocas bajas. Reconocía en la forma de hacer de Zieten un estilo similar. Sus hombres se defendían a un coste bajísimo, pues apenas abandonaban cadáveres. La traza que dejaban en su avance hacia Gilly

era de total devastación, volando casas y atravesando árboles; sin duda pretendían que sus *belles filles* y los carros de munición embarrancaran cada diez metros. No era, la de Zieten, la huida de un enemigo derrotado. Era la marcha de alguien con un plan muy meditado, y lo ejecutaba con la más exasperante determinación. De ahí que se preguntara si l'Empereur no estaría cometiendo un pecado gravísimo: el de menospreciar a un enemigo competente.

15.15 h.

Müffling acababa de recibir un mensajero de Zieten. Informaba del ataque a Charleroi y afirmaba que no era una escaramuza, sino un asalto en toda regla. Tras oírle se dirigió al despacho de Wellington, por entonces reunido con De Lancey. Wellington, dentro de su naturaleza flemática, manifestó cierta sorpresa, pues desde sus puestos avanzados en la línea Charleroi-Mons no le había llegado ningún indicio de que aquello fuera un asalto de l'Armée du Nord al completo. A su ofrecimiento de hacer llegar a Zieten alguna respuesta se limitó a decir que le diera las gracias en su nombre y que, si fuera posible, le informara de los movimientos y la composición de la fuerza enemiga.

15.30 h.

Había vuelto a llover. De ahí que l'Empereur y Ney se guarecieran en la lóbrega Bellevue. Ney acababa de llegar de Le Cateau-Cambrésis con seis excelentes caballos. Napoleón le recibió con afabilidad, aunque al momento fue al asunto; en su estilo, directo, conciso aunque a veces impreciso, le hizo saber que contaba con él para mandar su ala izquierda, la cual dispondría de los *corps d'armée* I y II, más la división de caballería ligera de la guardia, la de Lefebvre-Desnoëttes, y que sus órdenes para esa tarde serían avanzar en la dirección de Gosselies, Frasnes, Les Quatre Bras y Genappe, donde debería detenerse. Según sus cálculos, a lo largo del día siguiente, viernes 16, sufriría una creciente presión de Wellington, que convergería sobre su posición en dos columnas, una desde Nivelles y la principal desde Bruselas. Debería contenerlas a cualquier precio. Al día siguiente, sábado 17, él se le reuniría después de haber acabado con Blücher, y a partir de ahí las tornas se invertirían. Le ordenaba expresamente que no se lanzase tras el Inglés, por buena que le pareciera la oportunidad. Su misión era contenerle y conservar tan indemnes como pudiera sus irremplazables *corps d'armée*. Cuando él se le uniera, nada podría impedir que llegaran juntos a Bruselas, pero sólo entonces, no antes.

Ney no se lo pensó porque no había nada que pensar, ni acostumbrase hacerlo. Se limitó a cuadrarse —ya estaban en pie—, ponerse su empapado bicornio, salir en búsqueda de su montura, saludar al impasible Soult —el mismo que tres meses antes

le mandase contra l'Empereur; de ahí debía venir su mutuo no mirarse a los ojos—, que le tendía una copia escrita de las órdenes imperiales, y emprender el camino de Gosselies, cabalgando en paralelo al 11.º de Infantería Ligera, que le había reconocido y prorrumpía en entusiastas *Vive le Rougeaud!* Pocas personas en el mundo podrían determinar hasta qué punto había echado de menos aquellos alaridos.

15.45 h.

Lord Fitz-Roy Somerset acababa de recibir el mensaje de Dörnberg enviado a las once y cuarto. Pese a no tenerse por un gran pensador militar, comprendía que aquella información podría trastocar las disposiciones de His Grace, de modo que se atrevió a interrumpirle. Wellington, ocupado en su correo, le sorprendió diciendo que no encontraba razones para modificar su despliegue, y que se inclinaba por considerar aquel ataque como una maniobra de distracción. Creía probable que Bonaparte intentara desbordarle por el noroeste, a fin de cortarle su vía de retirada sobre Oostende y al tiempo tomar Gante, y así apoderarse del indolente Louis XVIII, a quien a esas alturas ni siquiera se le había ocurrido buscar casa en Amberes. Así, el decepcionado Lord Fitz-Roy —lo suyo no era el cálculo estratégico, lo temía— salió cerrando la puerta tras él. Así se perdió una torcida sonrisa del duque de Ciudad Rodrigo. Todo indicaba que Bonaparte aceptaba la invitación de la duquesa de Richmond.

16.00 h.

El Emperador aún seguía en la taberna Bellevue. Sus *aides-de-camp*, si no Soult, le hacían llegar información relevante. La que La Bédoyère le acababa de pasar le causó inquietud: la vanguardia del II Corps d'Armée reportaba contactos con fuertes unidades de caballería entre Jumet y Gosselies, en su mayoría escaramuzas entre los húsares del Général François-Isidore Wathiez y sus iguales prusianos. Con el *Le Capitaine* desplegado sobre su caballete no conseguía determinar el significado de tales encuentros. Dado que aquellas unidades prusianas se hallaban muy al norte del camino de Gilly, ¿hacia dónde se retiraba Zieten? ¿A Bruselas o a Fleurus? Si él creyera en alguna clase de Dios Todopoderoso le imploraría que no fuese a Bruselas. De ser así, hasta podría suceder que todo estuviera perdido sin haber disparado más que unos pocos cañonazos.

16.15 h.

Ney, junto al jefe del II Corps d'Armée, Reille, observaba desde cierta distancia los cuadros que formaba el 24.º de Infantería (1.ª Brigada del I Armeekorps, a las

órdenes del Generalmajor Karl-Friedrich von Steinmetz) para bloquear el avance francés, con el evidente fin de dar tiempo al resto de la 1.^a Brigada, por entonces avanzando en buen orden por la carretera de Fleurus-Sombreffe-Gembloux. Aquello era consistente con las predicciones de l'Empereur, quien se llevaría una gran alegría cuando supiera que no todo el I Armeekorps se concentraba en Gilly; aquella brigada, cuando menos, marchaba sobre Sombreffe. Tras compartir sus pensamientos con Reille, que opinaba lo mismo, envió un *aide-de-camp* a la Bellevue y ordenó al 1.º de Húsares, una de las unidades *d'élite* del 1.º Corps de Chevalerie, que cargara contra el primero de los cuadros prusianos; que protegieran o no la retirada de su brigada le daba igual, pero el caso era que se atravesaban en su camino hacia Gosselies, pues se habían clavado al terreno en el cruce de las dos carreteras. Cuando el primero de sus escuadrones casi ganaba la primera línea de bayonetas, él y Reille se llevaron la desagradable sorpresa de ver salir de un bosquecillo una de las unidades más detestables de la caballería prusiana, *les ulhans noirs* —los abominables jinetes de Von Lützow eran lo bastante conocidos en la Grande Armée como para tener su propio apodo, una distinción tan macabra como inusitada—; en contados segundos cargaron contra el flanco del 1.º de Húsares, alanceando a buena parte de sus jinetes. Un tipo de ataque muy familiar, tanto para Ney como para Reille. Aquellos miserables, de pasado partisano —cuando en 1813 capturaban alguno lo colgaban de inmediato—, conquistaron una triste fama durante la lucha sobre territorio alemán; acostumbraban salir de la nada y regresar allí mismo minutos después, tras haberse cobrado un buen número de franceses, ensartados en sus lanzas o degollados con sus cimitarras. Que Dios se apiadara de su jefe y fundador, el Freiherr Lützow, si le pusiera la mano encima, pensaba el Maréchal mientras mandaba cargar al 5.º Regimiento del Général Wathiez. Eran tan lanceros como los prusianos, pero su forma de atacar era noble, de frente, no sesgada y por la espalda, la de aquellos asesinos de negro que con razón lucían una calavera en sus chacós. Fue ver a los lanceros del 5.º y regresar al bosque, a sabiendas de que no les seguirían, pues ninguna fuerza montada galoparía entre los árboles con su misma suicida determinación.

—Estos animales han aprendido mucho. Será más difícil de lo que piensa Su Majestad.

Honoré-Charles Reille, un poco más joven que Ney, había empezado a guerrear en 1791. Llevaba veinticuatro años luchando ininterrumpidamente, salvo en los interludios de paz que siguieron a los tratados de Amiens y de Tilsit, y el que siguió a la caída de l'Empereur. Era tan querido por su gente como Ney, al que se parecía en más cosas; por ejemplo, en haber elegido por compañera una hija de gran militar, en su caso la preciosa Victoire-Thècle, una joven de veinte años con la que, casi cuarentón, se había casado nueve meses antes. No se comprendía que hubiera unido

su destino al de Napoleón, y más considerando que su suegro, el Maréchal Masséna, se las compuso para quedar al margen permaneciendo como gobernador de Marsella, un cargo que l'Empereur le otorgó en 1813, le fue confirmado por Louis XVIII y en el cual seguía, olvidado por el muy atareado Napoleón.

—Mejor será cercarlos con la infantería y liquidarlos a cañonazos.

Reille asintió. Sería una mala decisión arriesgar su irremplazable caballería en lo que sólo sería una escaramuza sin historia. Por otra parte, y según observaba, los prusianos levantaban el campo. El resto de su brigada ya se hallaba lejos, de modo que preferían retirarse.

—¿Los perseguimos?

—No. Las órdenes son seguir hasta Genappe. Ya se las verán con Grouchy —el general Reille compuso un gesto de sorpresa—; l'Empereur le ha puesto al mando del ala derecha, ¿no lo sabía?

—Pues no. ¿Cómo se lo ha tomado Vandamme?

Ney compuso un gesto de duda metafísica. No era su problema, pero si de algo se alegraba era de no tener a Vandamme a sus órdenes. Con independencia de su valía personal, si tras lo de Nollendorf alguna le quedaba, era el peor grano en el culo que le pudiera salir a un Maréchal d'Empire.

16.30 h.

Álava y Wellington paseaban por el Warandepark cogidos del brazo y absortos en una conversación que debía de ser apasionante a juzgar por lo serios que caminaban, o eso suponía el jefe de la nutrida escolta de His Grace, la cual marchaba, como era usual, con todas sus armas listas para tirar.

—Boney debe de andar cerca de tomar Charleroi. Esta mañana se presentó en el Sambre, al amanecer. Con sus cinco cuerpos de infantería, la guardia y toda su maldita caballería.

—Se ve que le llegó la invitación de Charlotte —His Grace se permitió una sonrisa; conversar con Álava era como hacerlo consigo mismo—. ¿Sigue todo como antes? Hasta Genappe, quiero decir.

—Exactamente igual. Una docena de puestos avanzados repartidos entre Mons y Charleroi, no más de doce hombres en cada uno, y una línea de vigilancia en Les Quatre Bras. Si Bonaparte se decide a seguir, esta noche le tendremos en Genappe, aunque no creo que a él en persona. Estará entretenido con Blücher. No hay confirmación, aunque parece que Ney se reunió con él hace un par de días, en Avesnes. Tiene dos alas y dos mariscales. Intuyo que se inclinará por Grouchy en el lado de Blücher y por Ney en el mío, aunque bien podría ser al revés.

—¿A cuál preferirías?

—A Ney, porque Boney querrá estar con el más inexperto —el comisionado

español asintió, pensativo—. Ahora se trata de que Ney o quien sea muerda el anzuelo. Para ello, nada mejor que no vea un solo soldado de mi ejército hasta más allá de Les Quatre Bras. No quiero dar aún la orden, porque hay riesgo de que todo sea un engaño y que Boney haya puesto el dedo en Mons, pero en cuanto llegue una confirmación inequívoca, la de que ha tomado Charleroi, mandaré concentrar el ejército al completo, los cien mil hombres, entre Nivelles y Mont-Saint-Jean.

—Si esperas mucho, igual llegan demasiado lejos.

—Sólo aguardaré una hora más. Tras eso lanzaré las órdenes. La mayor parte del I Army Corps estará en Nivelles esta misma noche. Hill y la reserva empezarán a marchar mañana, *at day light*; a las siete comenzarán a tomar posiciones entre Braine-l'Alleud y Smohain. Dudo que Ney, o Grouchy, se atrevan a ir más lejos de Genappe. Lo normal será que aguarden la llegada de Boney. Si mis cálculos son exactos, le tendremos allí, en Genappe, el sábado 17 por la tarde. Si Blücher ha hecho bien su trabajo, triturarle le habrá costado no menos de quince mil hombres. Súmale veinticinco mil más que deje a su derecha, por si Blücher da la vuelta y lo intenta otra vez, y tendrás menos de ochenta y cinco mil, de los que deberás detraer los que deje atrás para proteger sus comunicaciones. En total, entre setenta y cinco y ochenta mil frente a mis cien mil, siendo mi línea no ya mucho mejor, sino una verdadera trampa para su infantería y su caballería, e imagina lo que pasará con sus *belles filles* como siga lloviendo. Si además Billy lograra hacer un poquito de daño en Genappe antes de moverse hacia Mont-Saint-Jean, aún sería mejor.

—¿Y si no quisiera presentar batalla? ¿Si prefiriese perseguir a Blücher?

—Sería su perdición. Quizá lo rematase, pero al precio de vérselas con Schwarzenberg y con Barclay de Tolly conmigo a sus espaldas. No ha podido volverse tan loco.

—¿Quién esperas que te dé la noticia?

—Preferiría que fuera Gneisenau, aunque me valdría Zieten, y siempre y cuando Dörnberg siga informando de que no hay actividad al oeste de Charleroi.

—¿Sigues pensando asistir al baile de Charlotte?

—Es parte del juego. Necesito que a Bonaparte se le diga que mi ejército no podrá moverse hasta mañana, muy entrado el día. En realidad, a medianoche pienso enviar a todo el mundo a sus unidades. Más de uno se las verá con Boney en uniforme de gala.

Volvieron a sonreír, al tiempo de iniciar el regreso a la Rue de la Montagne du Parc.

16.45 h.

El Emperador y su estado mayor marchaban hacia Gilly cuando llegó el oficial despachado por Ney en Gosselies. Nada más leer la nota, Napoleón sonrió con

amplitud. Sus cálculos no sólo se cumplían, sino que la realidad los mejoraba. Sus probabilidades de acabar con Zieten se incrementaban al salirse del juego una de sus brigadas, y que Ney llegase a Gosselies sin encontrar más oposición que los cuadros del 24.º confirmaba que Wellington seguía en Bruselas. Sólo frunció el ceño al oír que un escuadrón del 1.º de Húsares había sido barrido por *les ulhans noires*. Demasiado bien iba todo, aceptó; era natural que algo se perdiera; la estimación de bajas para ese primer día de campaña era cuatro mil de a pie y mil montados. Pese al escuadrón masacrado, esperaba llegar a la noche sin pasar de ahí. De momento tenía noticia de quinientos inútiles para el servicio —no distinguía entre muertos y heridos graves—, pero aún era muy pronto. A la noche serían muchos más, aunque no quería pensar en eso. Hasta Gilly había un buen trecho y no quería retrasarse. ¿Qué tal le irían las cosas a Grouchy?

17.00 h.

Tras deliberar con Álava frente al más pinchado de sus mapas, Wellington llamó a Müffling para explicarle que no veía claras las intenciones de Bonaparte, pues la última información era de las once y sólo permitía deducir que Charleroi se perdía. Si lo que decía Zieten era correcto, Boney pretendía penetrar entre su ejército y el de Blücher; si se confirmaba ordenaría concentrar sus divisiones entre Nivelles y Genappe. Ahora bien, si una parte de l'Armée du Nord se desviaba sobre su propia izquierda para formar una pinza, lo haría en el eje Mons-Le Rœux-Nivelles, para quedar en disposición de bascular a derecha o izquierda en virtud de las circunstancias. De momento, pues, no pensaba moverse; sólo esperar y ver, y en todo caso despachar patrullas de observación a Les Quatre Bras y Bellecourt.

—¿Se lo habrá tragado?

—No tiene razones para dudar. Entre otras cosas, porque apenas sabe nada. Zieten rara vez se acuerda de ponerle al día de lo que hace o lo que pasa.

—¿Se llevan mal?

—Peor: le desprecia. Cada día que pasa, más. Zieten, antes, era de los más hostiles a Gneisenau, pero está claro que se lo ha metido en el bolsillo. De ahí que trate al pobre Müffling como le trata el otro: como a un trapo sucio. Cosa que, si lo piensas, me viene bien.

Wellington sonreía con maldad, igual que Álava; nada une más que la complicidad.



Emmanuel, Marqués de Grouchy

17.15 h.

Grouchy no disimulaba su furor. Se hallaba en el puesto de mando de Gérard, con éste, Barrois —jefe de dos brigadas de *voltigeurs* y *tirailleurs* de la Garde Impériale— y Exelmans. Vandamme se había excusado, aduciendo que no reconocía su autoridad, la de Grouchy, como jefe del ala derecha, pues el Emperador no le había ordenado que se pusiese a sus órdenes ni había dicho una palabra de que hubiese habilitado tal ala derecha. Para él sólo contaban las órdenes que dio en Avesnes y las que tras esas le había hecho llegar por conducto reglamentario, a través de Soult. No ponía en duda la buena fe de Grouchy, pero consideraba más prudente atenerse a lo reglamentado, de modo que, salvo si l'Empereur así se lo mandaba, no tenía intención de participar en las acciones del Maréchal.

—Es una indecencia, pero reglamento en mano y en un consejo de guerra tiene las de ganar.

El pesimista Gérard bien sabía que los reglamentos pueden no valer para nada o ser peligrosísimos; dependía de que se ganara o se perdiera. Grouchy, por su parte, se decía que lo mejor sería continuar adelante. Ya tendría tiempo de ajustar cuentas con Vandamme. Le había hecho perder una hora, la transcurrida desde que le hiciera llegar un *aide-de-camp* con sus peticiones de fuerzas. No regresó hasta minutos antes, con la expresión demudada —era un coronel, no un oficialillo, y se sintió muy ofendido por el desprecio de Vandamme, que ni le saludó pese a tenerle frente a él— y con la nota del *chef d'état-major* del III que los cuatro, Gérard, Barrois, Exelmans y Grouchy, seguían sin acabar de creer. Si de ellos dependiera, Vandamme terminaría frente a un pelotón de fusilamiento.

—Está bien. ¿Con qué contamos?

—Por mi parte, las divisiones 12.^a y 14.^a, el 69.º de Infantería y el 4.º y el 9.º de coraceros. En total, once mil setecientos, y treinta y tantos de mis cuarenta cañones, porque unos cuantos se me han caído al río.

Grouchy asintió, muy serio. Sabía que Gérard era de los que más habían murmurado por no haber recibido un bastón de mariscal, pero se había puesto a sus órdenes nada más verle llegar, del modo más disciplinado. Lo que debe hacer, se decía con amargura, un general francés.

—El 2.º de Chevalerie está completo y a la espera de sus órdenes, Maréchal. Ocho regimientos, dos mil novecientos dragones, cuarenta y dos artilleros y ocho piezas de artillería montada.

—Siento no poder aportar más que tres batallones de la Guardia Joven. Mil seiscientos *voltigeurs* y ochocientos *tirailleurs*. El resto de la Garde Impériale sigue chapoteando en el maldito Sambre.

En total, sumaba Grouchy, trece mil doscientos infantes, novecientos coraceros y dos mil novecientos dragones, más ocho piezas de artillería montada y unas treinta y cinco pesadas. Si Zieten contara con sus seis brigadas tendría enfrente unos treinta mil hombres relativamente frescos y cincuenta piezas de artillería. Los ejércitos de Napoleón eran famosos por derrotar una y otra vez a fuerzas numéricamente superiores, pero eso era cuando los mandaba él. Emmanuel de Grouchy, por desgracia, no se creía tan capaz.

—Bien, pues con esto habrá que hacerlo. ¿Alguna sugerencia?



General Exelmans

17.30 h.

Wellington pensaba cenar con Sir Colin Campbell y algunos otros de su grupo de íntimos. Álava, que pretendía hacer lo mismo con el coronel De Lancey y otros dos

oficiales británicos, estaba a punto de salir hacia su casa cuando se presentó el Prins Willem; Wellington se sobresaltó porque no contaba con él, para tranquilizarse nada más oír que sólo venía por si había novedades, y para decir que durante un par de horas estaría en su residencia, para darse un baño, vestirse de príncipe de la Corona y llegar con puntualidad a la fiesta de la duquesa. Tras eso, y como al desgaire, comentó las acciones emprendidas por Constant-Rebecque, de las que acababa de saber gracias a un mensajero recién llegado de Braine-le-Comte, cuartel general de su Army Corps. Tras eso se marchó, dejando solos a los petrificados Wellington y Álava, que nada más cerrarse la puerta se precipitaron sobre los mapas.

—Dijo que la 2.^a Brigada salió de Nivelles hacia la una, ¿no? Si es así, debió llegar a Les Quatre Bras a las tres y media. Boney no ha podido poner demasiada gente al otro lado del Sambre, al menos hasta mediodía. Dado que llegar a Gosselies le habrá supuesto atravesar Charleroi, para lo cual tendría que limpiar antes las calles de prusianos, y algo le habrán entretenido..., pues hasta las dos, Ney o el que sea, no habrá emprendido el camino de Bruselas, con lo cual es imposible que haya llegado a Les Quatre Bras antes de las cinco, ¿estás de acuerdo?

—La infantería, no, pero su caballería podría estar allí desde mucho antes.

Wellington asintió, aunque a efectos de lo que andaba pensando eso daba igual.

—Una brigada de infantería no impresiona demasiado, ¿verdad? —no esperaba respuesta y Álava no la dio; sabía cuándo His Grace sólo pensaba en voz alta—. Aun así, las avanzadillas francesas darían media vuelta. Ney o quien fuera se alarmaría y enviaría más caballería. Cuando regresase no le quedaría más remedio que informar a Bonaparte, que al momento se mosquearía. Muchísimo. Tanto como para dividirse algo más y destinar un segundo *corps d'armée* a su ala izquierda.

—Con lo cual Blücher le haría pasar un rato bastante peor de lo esperado.

—Quizá no. Según Müffling, su IV Armeekorps marcha retrasado. No parece posible que llegue a Sombreffe-Fleurus antes de mañana por la noche, demasiado tarde para servir de algo. Blücher deberá encarar a Boney con ochenta y cinco mil en lugar de con ciento veinticinco mil. Si Boney desvía treinta mil a su ala izquierda, también le quedarán ochenta y cinco mil. A igualdad de número, Blücher no tendrá nada que hacer —se lo quedó pensando; la variante no le disgustaba—; el problema será si Blücher levanta el campo sin combatir.

—No creo que Blücher haga eso. Gneisenau sí lo haría, pero no él. Para tomar una decisión como esa es preciso pensar con la cabeza, y Blücher lo hace con los huevos.

Wellington seguía reflexionando, cruzado de brazos y con la mirada fija en el mapa.

—Sigo prefiriendo que su ala izquierda siga marchando hacia donde más me conviene.

—Podría bastar con que ordenaras la concentración del ejército, con cuidado de indicar que la totalidad del I Army Corps se deberá extender en esta línea —señalaba el eje Mons-Le Rœux-Nivelles—. Los franceses pensarán que se retiran y, en buena lógica, seguirán hacia Genappe.

—¿Sabiendo que dejan a su izquierda un Army Corps completo?

—Sí, por lo que cubrirían la línea entera Genappe-Les Quatre Bras. Eso aún sería mejor. Permitiría zarandearles un poquito mientras no viniera Boney a rescatarlos.

No sonaba mal, aceptaba Wellington, aunque sin lograr concentrarse; al menos del todo. Era porque un ruido por momentos más molesto zumbaba en su cerebro.

—¿Por qué diablos a Constant-Rebecque se le habrá ocurrido ponerse a pensar, y encima tomar decisiones? ¿Tan difícil le habría resultado consultar a su jefe?

—¿Y dónde le habría podido encontrar? El mensajero no dio con Billy hasta las cinco, y él se veía en la necesidad de hacer algo desde que le llegaron las primeras noticias, a las diez y media de la mañana. Ponte un momento en su lugar: sin su jefe, preocupado por que un ejército francés invade su país, con tres generales holandeses pendientes de sus palabras, ¿qué otra cosa podía él hacer?

Álava tenía razón, pero aun así le desagradaba que Constant-Rebecque pensara por sí mismo. Era de las peores cosas que nadie podía osar en sus ejércitos. Por mucho menos había enviado unos cuantos a un consejo de guerra, con lo que había extirpado de raíz tan peligrosa costumbre.

—Mandaré concentrar el I entre Nivelles y Braine-le-Comte, y el resto en Bruselas. No quiero desautorizar a Constant-Rebecque, pero espero que cuando le llegue la orden de redespargar sus unidades entienda que debe hacer regresar las dos brigadas, la 1.^a y la 2.^a. ¿Piensas que lo hará?

—Si las órdenes son claras, no tendrá opción. No le conozco a fondo, pero me parece un tipo disciplinado. Esperemos que todos estos meses a las órdenes de Billy no le hayan echado a perder.

Wellington temía lo mismo, aunque ya no era momento de seguir especulando. Tras despedirse de Álava se dirigió al comedor donde le aguardaban sus invitados, para explicarles que se retrasaría media hora, y después bajó a la oficina de Sir William, por entonces a punto de marchar a su casa y vestirse de gala; le había ordenado atender la invitación de la duquesa porque sospechaba que no tenía la menor gana, como le constaba que tampoco la tenía Lady De Lancey. Pese a ser las dos escocesas, la opinión que tenían la una de la otra no mejoraría la que ambas tenían de Niseag.

Situados frente a un mapa, Wellington comenzó a despeñar órdenes hasta un total de doce, división a división y brigada por brigada, demostrando que no sólo mantenía en su cabeza una imagen exacta de su ejército y su despliegue, sino que no pensaba establecer un escalón de mando entre aquéllas y él mismo; una situación que para

Hill no era nueva y que para el Prins Willem sería perfectamente aceptable, si no por otra cosa por carecer de criterio, como bien sabía De Lancey, el cual no necesitó más de un cuarto de hora para redactar las órdenes con el necesario detalle; sería trabajo de sus ayudantes copiarlas, lacrarlas y hacerlas llegar a los correspondientes comandantes, así como a Hill, Uxbridge, el Prins Willem y sus respectivos QMG's. Antes de hacerlo las desplegó sobre su escritorio, en el ánimo de revisarlas todas a la vez; la número 10, la que tenía por destino al Prins Willem, era más larga y detallada que las demás, sobre todo en su precisión de que las II y III divisiones del VKN deberían ser concentradas en Nivelles, junto con la III británica, en cuanto se recibiera la orden. Dado que poco antes había visto al Joven Sapo salir del edificio, era dudoso que la orden le pudiera ser entregada con la necesaria celeridad, pues a saber adónde habría ido, por lo que sobre la marcha escribió una copia expresa para Constant-Rebéque. De ningún modo quería que si alguna de aquellas doce órdenes, a su juicio muy tardías, se quedara sin ser ejecutada, se le pudiera imputar responsabilidad alguna. No lo habría reconocido ante nadie, pero Sir William, desde hacía un par de días, estaba más preocupado por su trasero que por La Victoria.^[157]

17.45 h.

El Emperador había llegado a Gilly, extrañado de no escuchar cañonazos. Venía con el 1.º de Chevalerie, que tras bajar de la ciudadela trataba de unirse al ala derecha. En el puesto de mando sólo estaba Grouchy. Gérard y Exelmans intentaban hundir el centro de Zieten, pero éste ya marchaba en la dirección de Lambusart y Sombreffe, dejando a retaguardia varios cuadros de infantería. No era el ataque decidido y enérgico que había esperado de Grouchy, quien replicó que, al haberse negado Vandamme a colaborar, no le fue posible hacer más. La primera reacción de Napoleón fue destituir al último, aunque desistió. Habría debido contar con su reacción de niño mimado, pero no era momento de preocuparse por aquella estupidez, sino de asumir el mando. Le bastó con media docena de órdenes para lanzar un ataque bien coordinado, aunque desgraciadamente tardío, pues Zieten ya se le deslizaba por entre los dedos. Sesenta minutos antes le habría destrozado tres de sus seis brigadas, pero no entonces. Aun así ordenó a su *aide-decamp* de mayor confianza, el Général Letort, que cargase al frente de la caballería disponible, tres mil jinetes entre húsares, lanceros, dragones y coraceros (el 1.º de Chevalerie y las dos brigadas del IV), contra los cuadros prusianos, para ver, minutos después y a través de su catalejo, que, tras dispersar los dos más rezagados, caía herido de muerte. Una grave contrariedad, pues era de sus mejores hombres. Un nuevo disgusto para un día que no empezó bien y que llevaba camino de acabar peor. Pajol se hacía cargo de la persecución, aunque no conseguiría gran cosa. Ese Zieten del que apenas tenía

información dominaba su oficio: llevaba camino de poner a salvo la mayor parte de sus imberbes tropas, marchando en buen orden y conservando su artillería. Un revés, aunque lo compensaba la última noticia sobre Bülow: seguía tan retrasado que de ningún modo podría estar en Ligny a la tarde siguiente. Si estaba tan seguro de que la batalla sería en ese lugar no era por el sentido de avance de las brigadas de Zieten ni por las características del terreno, en apariencia ideales para un combate defensivo, sino porque Blücher había efectuado allí cinco ejercicios en seis semanas. Le sorprendería saber que desde nada más plantar su bandera en Lieja, sus agentes en Valonia no le habían perdido de vista.

18.00 h.

La División de Chevalerie Légère de la Garde Impériale, al mando del Général Charles Lefebvre-Desnoëttes, era la vanguardia del ala izquierda. Su tranquilo avance se vio interrumpido en Frasnès —dos kilómetros al sur de Les Quatre Bras— por un nutrido fuego de mosquete. La sorpresa para Lefebvre-Desnoëttes, un incondicional de l'Empereur, era que quienes disparaban tras el centeno y los arbustos no parecían prusianos. Sus hombres afirmaban que vestían casacas de color verde apagado, pantalones grises, chacós y correajes negros, y que se añadían ramas y hojas para confundirse con la maleza. Ney, que marchaba un kilómetro tras él, cuando supo de aquello le pidió que hiciese algún prisionero, para verificar la identidad de la fuerza. Era una novedad alarmante, pues el Emperador estaba seguro de que no encontraría unidades no prusianas antes de Les Quatre Bras. Si fueran una simple patrulla de vigilancia no tendría importancia, pero éstas solían marchar a caballo, y según Lefebvre-Desnoëttes aquellos cabritos disparaban con mosquetes de infantería; no sólo eso: el detalle de las ramas y las hojas era una completa novedad. No sabía de ningún ejército civilizado, salvo el ruso y tampoco lo era mucho, que se sirviera de tácticas tan innobles.

18.30 h.

El baile de la duquesa de Richmond había dado lugar a que numerosos oficiales viajaran a Bruselas. Pensaban cenar unos con otros, para luego ir a la *wash house* y disfrutar la última ocasión en algún tiempo para divertirse con acuerdo a lo usual en sus pocos años. A eso se debía que los restaurantes parecieran tomados por los brillantes y adinerados oficiales de Su Majestad, y que no pocas casas elegantes, donde residían los de casta más elevada, se vieran inundadas de alegres comensales. Bruselas era una fiesta, y pese a ser día laborable se palpaba por las calles una gran animación, aunque también un principio de inquietud, ya que las noticias del Sur comenzaban a esparcirse.

Miniussir cenó con el grupo de Lord Hay, donde se sabía que una vez empezara la campaña le verían vestido de oficial inglés, pues *The Beau*, uno de los menos crueles apodos de Wellington, correspondía más a la oficialidad que a la tropa, la cual no solía salirse de *Old Attie*, *Nosey* o *Hookie*^[158] había pedido al general Álava que se uniformaran, él y su *aide-de-camp*, de ingleses, a fin de que ni los prusianos ni las tropas de Hannover, Braunschweig-Wolfenbüttel, Nassau y el VKN pudieran tomarles por franceses. Alguien le preguntó por qué no venía vestido así, para ser «uno más», a lo que respondió que no lo era y que prefería no se pensara que deseaba serlo; él obedecía sus órdenes como los ingleses obedecían las suyas, pero en su tiempo libre quería ser lo que de veras era.

A las seis, con el ánimo bien dispuesto gracias a la excelente cena y a los mejores caldos con que se habían esforzado en hacerla bajar, arrumbaron a la *wash house*, a pie, tanto porque la tarde se había quedado estupenda como por despejar las un tanto cargadas cabezas. Llegaron a tiempo de presenciar una de las atracciones —sorpresa de Lady Charlotte: un pelotón de *highlanders*, como ella del Clan Gordon— fácil de identificar; los *kilts* a cuadros grises y verdes coincidían pelo a pelo con los blasones que adornaban las desangeladas paredes—, se había plantado en medio del salón por cortesía de Lord Hill, y al compás de una docena de sollozantes cornamusas se arrancaba con unas amenazadoras danzas guerreras que parecían encantar a la concurrencia femenina, sobre todo cuando algún giro más brusco de lo usual elevaba el alegre sobrevuelo de sus muy viriles faldas. La duquesa, hija del Duke of Gordon, era de las que con mayor vigor aplaudían, feliz de ver lo mucho que disfrutaban sus invitados madrugadores. Sus hijas, que la escoltaban como gráciles fragatas contorneando un pesado *ship-of-the-line*, también aplaudían a rabiar, si bien el abatido Miniussir intuía que Lady Jane lo hacía más por la recién detectada presencia del hermoso Hay que por la exhibición gonadal del 92.º de Infantería. Taciturno, se preguntó qué habría de cierto en una historia que se había relatado a lo largo de la cena, la de una vizcondesa no excesivamente mayor y de atractivos aún aceptables que gracias a su colosal fortuna conseguía no verse demasiado en coplas pese a ser notorio que llevaba un incendio entre las piernas, de un tipo que para ser sofocado necesitaba bomberos esforzados con mangueras prodigiosas. Si la tal se le pusiese a tiro estaría bien dispuesto a comenzar una nueva vida. Lo que fuera con tal de no seguir arrastrando su doble zozobra, la de no existir para el ángel de Lady Jane y la de no tener una maldita libra, pues si tuviera tantas como Hay otro gallo le cantarían, se decía con un profundo rencor: el de saberse pobre, lúcido y pesimista.

19.15 h.

Álava y De Lancey habían quedado a las seis, en la embajada, pero aquél estaba

convencido de que Sir William no sería puntual. Por muy veloz que fuera no le daría tiempo a procesar la catarata de órdenes que Wellington pensaba despeñarle, de modo que, tras cambiarse, salió a buscarle. Su interés en aquella cena iba más allá del cariño entre dos amigos que habían compartido no pocas vicisitudes en los ásperos campos españoles y en el florido valle de la Garonne. No era suyo, sino de Wellington, al cual le preocupaba el comportamiento de su QMG, a quien juzgaba no tan comprometido como él desearía. De ahí que, al saber que pensaban cenar juntos, le pidiese averiguar qué diablos le pasaba, lo cual debía ser importante para él, pues a su advertencia de que serían cuatro a la mesa, ellos y otros dos oficiales de la Península, respondió preguntando sus nombres, y después le aseguró que los dos presentarían sus excusas en el último instante, por habérseles señalado algún servicio inesperado, a lo que añadió un destello de ojillos entornados y sonrisa torcida.

Sir William, que nada más verle se disculpó por el retraso, se dejaba dar los últimos toques. Presentaba un aspecto imponente, quizá por lucir todas sus condecoraciones; se las había prendido Lady Magdalene en la mejor de sus bien cortadas casacas, con el esmero que sólo puede poner una esposa muy enamorada de su guapísimo marido. Si se había entretenido más de lo usual, explicaba, fue por asegurarse de que las doce órdenes fueran debidamente lanzadas. En su opinión, añadía con algún énfasis, aquella noche sería estupenda para no ir a ningún baile. Lo que procedía era concentrar el ejército en la senda de avance de l'Armée du Nord, del que seguían llegando noticias de preocupar. Álava se mostró de acuerdo —la mejor cualidad de un embajador es mostrarse de acuerdo—, aunque no por ello le absolvió de la primera de sus obligaciones: cenar con él. Lo previsto era que se les unieran otros dos oficiales veteranos de la Península —él había renunciado a decir «España»; sus amigos ingleses no se complicaban la vida distinguiendo entre Portugal, España y el sur de Francia, entre otras cosas porque la lucha en la segunda ni fue la más larga ni la más gloriosa; sólo la de mayor botín—, lo que no pensaba decir que no sucedería. Cuando daban las campanadas del primer cuarto salieron hacia la oficiosa embajada española —sería oficial cuando Álava presentase sus recién llegadas credenciales en un acto solemne para el que ya tenía fecha: el 20 de junio—, donde se les serviría una cena de categoría, bien regada con los mejores vinos que Zurraspas había podido conseguir.

19.30 h.

Müffling cifraba un mensaje para Gneisenau. Dos días antes no había riesgo de intercepción en el camino de Bruselas a la rectoría de Sombreffe, donde sabía que Gneisenau pensaba montar el cuartel general si Napoleón empezaba la guerra por Charleroi, pero el mensajero tendría que hacer de noche dos tercios del camino, y una vez rebasara la posta de Abbaye sufriría un claro riesgo de toparse con una patrulla

francesa. La nota nacía de unos minutos con Wellington, en los cuales le mostró el mensaje que Gneisenau le había enviado a mediodía, desde Namur; en él exponía que Blücher ordenaba concentrar en Sombreffe-Ligny el total del Niederrheinarmee, a fin de presentar batalla el día 16, y que proponía una reunión a celebrar en la mañana siguiente, para coordinar los respectivos planes y la forma en que pudieran darse apoyo mutuo. Wellington le dijo que no estaba en condiciones de confirmar el lugar o la hora, pero que desde luego se reuniría con el Fürst Blücher y su estado mayor. Eso, y la noticia de que había ordenado concentrar su ejército en tres puntos, Nivelles, Ath y Bruselas, para desde ahí proceder según las circunstancias, era lo que había escrito y cifrado. No creía que aquello alegrase a Gneisenau; el ejército de Wellington debería llevar dos días concentrado, aunque también era verdad que ni el propio Gneisenau había llegado a tanto. Le constaba que a esas horas el IV Armeekorps no habría cubierto ni la mitad del camino entre Lieja y Sombreffe —el mensajero que trajo la nota de Gneisenau y que regresaría con la respuesta era un oficial de buena vista y mejores entendederas; mientras engullía un buen pastel de carne le había puesto al día sobre lo que se murmuraba en el *hauptquartier*—; definitivamente, ni Wellington ni Gneisenau estaban, al empezar aquella guerra, tan libres de pecado como Prusia e Inglaterra desearían.

19.45 h.

Gneisenau había elegido semanas antes la rectoría de Sombreffe para cobijar el *hauptquartier*. El puesto de mando sería el molino Bussy, en Brye. Desde allí se divisaba el campo de batalla en toda su extensión, con Sombreffe a la izquierda, Saint Amand a la derecha y Ligny en el centro. Habría deseado ponerse de inmediato a trabajar, pero le aguardaban el general Bourmont y sus oficiales. Blücher no quería saber nada de cenar con aquel francés; según gruñó, le daba igual que aquel cabrón trajera el manual de campaña de Napoleón; un traidor hijo de puta era para él un traidor hijo de puta, y no estaba dispuesto a rebajarse cenando con uno. De ahí que, a regañadientes y acompañado de Nostitz, por si su francés no bastase para entenderse con Bourmont, se resignó a compartir con él un *souper* bastante frugal; en cuanto a su séquito de traidores, lo harían con el rudo Grolman, a quien había pedido que fuera lo menos desagradable posible. Todo fuera por el bien de Prusia, por mucho que les repugnase. Cuando acabasen, y no estaba dispuesto a que aquello durase demasiado, volvería su atención a los movimientos de Bonaparte y a la situación de los cuatro *armeekorps*; sólo entonces podría empezar a procesar sus propios pensamientos. Se avecinaba una ocasión de trascendencia comparable a la de Iéna y Auerstädt, y a la de Laon, y no quería dejar nada sin desmenuzar. El mérito de las batallas ganadas corresponde a los comandantes en jefe, pero si se pierden es porque la noche anterior un desgraciado como él no se ha ocupado de hasta del más ínfimo detalle. La victoria,

de haberla, sería de Blücher, pero la derrota caería íntegramente sobre sus hombros. Como siempre.

20.15 h.

El Emperador se notaba febril, de modo que aceptó que por aquel día ya no había más que hacer y ordenó regresar a la mansión Puissant. En otro tiempo habría dormido en cualquier parte, pero los huesos, esa tarde, le pesaban demasiado. Se despidió de Grouchy tras ordenarle que persiguiese a Zieten hasta Saint Amand. No pensaba en nada que no fuera sumergirse unos minutos en agua muy caliente, incluso en el modesto barreño que Alí llevaba con él a todas partes, y después irse a dormir, aunque no sin antes mandar a Vandamme una nota muy seca, poniendo en su conocimiento que hasta nueva orden su jefe sería el Maréchal Grouchy. El espectro de la noche anterior, en el *château* de Chimay, se le aparecía con más intensidad de la deseable. Nada desearía más que volver a las fragantes sábanas de Thérèse; había dormido en ellas como pocas veces en mucho tiempo, quizá por el perfume que le dejara entre sus pliegues. No había conocido mujer alguna que oliese de aquella forma, y a sus cuarenta y cinco años veía difícil que pudiera encontrar otra, quizá porque ya no le interesaba ninguna. La juventud, las mujeres y la sed de gloria se le habían ido por el sumidero de los desengaños; la de vencer, con suerte, aún seguiría en su sitio, prendida de los remaches de su alma.

20.30 h.

Lefebvre-Desnoëttes confirmaba que la infantería enemiga era de Nassau, la única que vestía uniforme verde, según el manual de campaña facilitado por Soult en la conferencia de Avesnes; sus ocho regimientos, seis mil quinientos hombres en total, estaban a las órdenes directas de Wellington. Ney, alarmado ante la nota de Lefebvre-Desnoëttes, la envió al cuartel general del Emperador. Su estrategia, que le había comentado, partía de ciertos fundamentos, siendo uno que su ala izquierda llegaría sin oposición hasta Genappe y que debería resistir allí el viernes 16 y parte del sábado 17, hasta que se le reuniera con la Garde Impériale, un *corps d'armée* y dos de Chevalerie para buscar batalla con Wellington y, tras batirle, ocupar Bruselas. Bien, pues si las brigadas de Nassau se hallaban tan al sur como en Frasnes, era de suponer que Wellington se hallaba más cerca de Charleroi de lo que Su Majestad suponía, de modo que, al no haber entre Charleroi y Genappe ninguna buena posición defensiva, el ala izquierda no tendría más alternativa que retirarse, a Charleroi o adonde l'Empereur ordenase. No obstante, y en tanto no llegaran órdenes en ese o en otro sentido, reanudaba el avance al frente del II, para respaldar a Lefebvre-Desnoëttes y ocupar el cruce de caminos conocido por Les Quatre Bras.^[159]

21.00 h.

El Prinz Karl-Bernhard von Sachsen-Weimar, jefe de la 2.^a Brigada del VKN, era el séptimo hijo del Großherzog Sachsen-Weimar-Eisenach. A sus veintitrés años era un soldado experimentado. Había debutado a los catorce, combatiendo por Sachsen contra Francia —por cuenta de Prusia—; en 1809 luchó de nuevo para Sachsen —a favor de Francia— contra el Imperio Austríaco, gracias a lo cual lucía una Légion d'Honneur que le impuso Napoleón; combatió también para Sachsen en 1813 —por Francia, pero tras cambiar de bando el König Friedrich-August ya lo hizo por la Sexta Coalición— y desde hacía meses era coronel en la nómina del Koning Willem I. Era un mercenario profesional, y muy competente. Las innovadoras teorías del Graf Gneisenau le gustaban mucho, como a casi todos los de su gremio. De ahí venía que hubiese ordenado a sus hombres camuflarse con ramas, hojas e incluso flores, y permanecer escondidos en los campos de centeno que flanqueaban la carretera Bruselas-Charleroi, en espera de que los *chasseurs-à-cheval* —recordaba sus elegantes uniformes, pues habían combatido con él en Wagram y contra él en Leipzig— se acercaran a la distancia de no fallar el tiro, el cual iría contra el caballo; en cuanto cayera éste, dos compañeros del tirador harían por el jinete, para coserle a bayonetazos y volver al centeno en un par de saltos, ignorantes de que con eso harían lo mismo que los mohicanos con la caballería inglesa en la guerra de independencia de las colonias americanas.

Pese a su éxito en aquella escaramuza no se hacía ilusiones, porque los franceses no caerían otra vez en la misma trampa. Su fuerza era muy pequeña, incluso si se le uniese la 1.^a Brigada, de modo que cuando divisó a lo lejos la vanguardia de una gran formación de infantería no dudó en retirarse. Las casas de Les Quatre Bras, si recibía refuerzos, servirían para soportar las primeras acometidas de lo que ya sabía era el ala izquierda de l'Armée du Nord; a diferencia de Lefebvre-Desnoëttes —se conocieron en Dresden, donde luchaban hombro con hombro—, él sí había hecho prisioneros. Así podía informar a Constant-Rebecque y a Perponcher-Sedlnitsky que la gran unidad que avanzaba contra él era el II Corps d'Armée, al que no tardaría en seguir el I, los dos al mando del Maréchal Ney.

21.15 h.

Gneisenau se había quedado solo, tras facilitar a Bourmont un salvoconducto con el que llegar a Gante. Se preguntaba si referir a Wellington lo que Bourmont le había explicado, para contestarse que no; ya lo haría cuando se encontraran a la mañana siguiente. Daba por seguro que se verían las caras, pues no creía que su irresponsabilidad llegase a tanto como para negarse a reunirse con Blücher. Mientras

Grolman regresaba redactó una carta para Schwarzenberg, explicando el ataque francés; le daba cuenta de sus bajas (dos mil hombres) y le anunciaba que la intención de Blücher era presentar batalla el día siguiente, viernes 16, en la línea Saint Amand-Sombreffe-Ligny, nombre preferible a llanura de Fleurus, de tan amargos recuerdos para los austríacos; también dejaba caer que no tenía noticias de Wellington; por último, le rogaba ordenase al Oberrheinarmee que iniciara operaciones, a fin de que Bonaparte se viera obligado a dividir sus fuerzas. No era una carta exquisita, lo aceptaba. Él sabía escribir mejor, de lo cual había dado numerosas pruebas, pero la correspondencia de un Generalstabschef debía ser cualquier cosa menos literaria. Sólo quedaba firmar y pedir a Bentivegni que la confiase a un mensajero que saliera de inmediato hacia Basel; uno cualquiera, pero de los que sólo hablaban alemán. A los pocos que además hablaban francés quería tenerlos cerca.

21.30 h.

Constant-Rebecque valoraba la orden de concentrar el I Army Corps en dos puntos: las divisiones I y III (británicas) en Braine-le-Comte y las II, III y 1.^a de caballería (del VKN) en Nivelles. Desobedecer una orden era un asunto arriesgado, al punto que le podría costar su carrera; un consejo de guerra pensaba que no, pues al fin y al cabo era la orden de un QMG inglés a un QMG holandés, pero en cualquier caso sería una cosa grave, por mucho que obedecer supondría dejar abiertas las puertas de Bruselas a l'Armée du Nord, con pésimas consecuencias en cuanto a saqueos, terror, arrestos y represalias del Corso y de su horda, con independencia de que la guerra se ganara o no. Él, suizo de origen, había combatido para Francia, Prusia e Inglaterra. Ésa sería la primera vez que lo hiciera para el VKN, el cual quizá llegase a ser su patria definitiva. Era un oficial educado en la escuela prusiana y fogueado en la británica, pero capaz de compaginar sus principios operativos con los reinantes en el ejército del Koning Willem, de fuerte inspiración napoleónica. Su experiencia le permitía contemplar el mapa de la situación, alzado a partir de los numerosos aunque contradictorios informes que llegaban de todas partes, desde una perspectiva más pesimista que la inspiradora de la orden de Wellington. Pensaba que cuando Bonaparte detectara que la carretera de Bruselas estaba despejada se lanzaría por ella con toda determinación y que sólo se detendría tras izar su bandera en la Grand Place. Constant-Rebecque no sólo era competente; además era un hombre honrado. Tanto, que ni por un momento se planteó que quizá fuera eso lo que pretendía His Grace the Duke of Wellington.

Aún dudaba cuando su *aide-de-camp* le pasó un mensaje del Prinz Sachsen-Weimar: confirmaba que la fuerza contra la que se había medido poco antes era un destacamento de los *chasseurs-à-cheval* de la Garde Impériale. Según decían sus cuatro prisioneros, fue puesta bajo las órdenes del Maréchal Ney, jefe del ala

izquierda, para llegar tan lejos como se pudiera en la dirección de Bruselas; la intención del príncipe sajón era permanecer en Frasnes hasta que se aproximara el grueso de la tal ala izquierda, formada por al menos un *corps d'armée*, y en ese momento retirarse a sus recién fortificadas posiciones de Les Quatre Bras. Ya no dudó más.



General Perponcher-Seldnitsky

—Comunique a Perponcher-Seldnitsky que su división deberá concentrarse en Les Quatre Bras y prepararse para resistir el ataque de un *corps d'armée*. Haga saber a Chassé y a Collaërt que deberán poner sus divisiones en alerta, listas para salir hacia Les Quatre Bras en cuanto reciban mi orden. Informe a los generales Alten y Cooke, y haga llegar una copia todas las órdenes, así como esto —le tendía el mensaje de Sachsen-Weimar— al coronel De Lancey y al Prins van Oranje.

El *aide-de-camp* llevaba tiempo con él, a lo que se debía cierta confianza personal. En condiciones normales no habría dicho ni hecho nada, pero antes de salir se cuadró de un modo un tanto aparatoso, para saludar con la mayor solemnidad. Era su manera de decir «no estás solo, mi general».

21.45 h.

Grouchy abandonaba la persecución del I Armeekorps. Pajol, que dirigía su vanguardia, comunicaba poco antes que ya rebasaba Lambusart, aunque sin haber causado daños sustanciales al enemigo, que seguía retirándose con el mismo buen orden y escalonando con destreza sus cuadros de infantería. Sería una grave imprudencia insistir en las tinieblas que ya se apoderaban del campo de batalla, en lo que Grouchy le daba la razón. Las oportunidades de aquel jueves 15 se habían desperdiciado, cuando menos a efectos de debilitar a Zieten. Quisiera el cielo que al

día siguiente, sin ríos de por medio y con Vandamme puesto en su sitio por l'Empereur, las tornas se invirtieran.

22.00 h.

Los Armeekorps I, II y III acampaban en el área Ligny-Sombreffe, según reportaban sus Stabschefs. El I lo hacía en Fleurus tras comprobar que Pajol abandonaba; el II vivaqueaba entre Sombreffe y Brye, y el III se quedaba en Mazy. El IV se había detenido a sesenta kilómetros de Ligny, por lo que no se contaba con él hasta la noche del 16 al 17. Pese a ello Gneisenau sentía cierto alivio. Si Bonaparte hubiese atacado al I con la determinación esperable lo habría despedazado, dejándoles sin más alternativa que retirarse hacia Namur hasta encontrarse con el IV. Bonaparte, por fortuna, parecía en baja forma, como le había cotilleado Müffling a resultas de una confidencia del comisionado español. Al día siguiente se les vendría encima, pero su posición era excelente, bien fortificada y en absoluto improvisada. Lo malo era que también se lo pareció, en 1794, al infeliz Sachsen-Coburg-Saalfeld. Sí, pero el pobre diablo mandaba un ejército austríaco, no uno prusiano, se decía sin recordar que había nacido sajón. Al igual que Blücher, Derfflinger, Scharnhorst y muchos otros tan mercenarios como él, había terminado por volverse más prusiano que los propios prusianos.

22.15 h.

Wellington estaba otra vez disgustado, por un mensaje de Dörnberg que Somerset acababa de pasarle. Su contenido era intrascendente, pues informaba de algo ya viejo, que al amanecer se detectaron movimientos en la frontera. Lo que tenía de negativo era estar fechado en Mons a las once menos cuarto; había tardado diez horas y media en llegar a sus manos, cosa inadmisibles para una distancia de cincuenta y cinco kilómetros plagada de postas militares. Algo fallaba en sus comunicaciones, las cuales eran responsabilidad del QMG. Muy molesto, envió un oficial a buscarle, con orden de presentarse de inmediato. Sabía dónde y con quién estaba, de modo que antes de media hora le tendría frente a él, murmurando a saber qué inverosímiles explicaciones. Impaciente, decidió no esperar. A grandes zancadas se plantó en su oficina para despeñar un segundo conjunto de órdenes, especificando a sus destinatarios (las divisiones británicas I, II, III y IV, y la reserva de caballería) que su desplazamiento hacia el sureste debería comenzar a la recepción de la orden. Tras eso, y allí mismo, envió sendas cartas a Feltre y a Berry, comunicando que Charleroi quizá se hallara en manos francesas y que había riesgo de que l'Armée du Nord avanzase hacia Gante, lo que pondría en peligro la seguridad de Su Majestad. Luego, de vuelta en su despacho, encontró a un Müffling de gala; le había invitado a ir con él

al baile, lo que al barón le pareció un gran honor. Le vio alarmarse ante su expresión cejijunta, de modo que, para tranquilizarle aunque sin dar muchos detalles, le puso en antecedentes de las disposiciones que acababa de tomar. Eso hizo que Müffling escribiera sobre la marcha, en el sedoso papel de His Grace —no quería perder tiempo en ir por el suyo—, un mensaje a Gneisenau anunciando que el Army of the Low Countries estaría concentrado al mediodía siguiente, viernes 16, en la línea Nivelles-Genappe, listo para socorrer al Niederrheinarmee si fuese necesario. Tras eso, y de nuevo sonriente, tomó su capote indicando al barón que hiciera lo mismo, para marchar juntos al *wash house*. A Müffling no se le ocurrió que la razón del buen humor de Wellington era la facilidad con que le había manipulado para desinformar a Gneisenau; era imposible que sus Army Corps estuvieran a esa hora en esa posición, y más considerando que Broke esperaba la llegada de su jefe para lanzar las órdenes, porque le constaba que no era capaz de comprender, si no descifrar, las instrucciones con que le había bombardeado. No tenía mala opinión del disciplinado teniente coronel, pero había comprobado unas cuantas veces que sus entendederas resultaban un tanto limitadas.

22.30 h.

Los ayudantes de Reille habían requisado una bonita mansión en Gosselies —la del industrial Melchior Dumont, el cual se resignó a maldormir en su buhardilla tras pensar que aquellos generales no romperían tanto como las dos docenas de fusileros que se hospedarían en la vecina casa de su cuñado—, para que aquella noche sus jefes descansaran lo mejor posible. Se juntaron a cenar Ney, Reille, Bachelu, Piré-Hippolyte y Lefebvre-Desnoëttes. Los cinco se conocían de muchas campañas, y aunque no cundía el entusiasmo —todos, salvo el último, se preguntaban qué diablos hacían allí; era la consecuencia natural de poseer un buen patrimonio y haber llegado a la edad en que apetece disfrutarlo— el borgoña de Monsieur Dumont, sumado a los dos excelentes lechazos que su prudente mujer les había cocinado, no tardó en desatar las lenguas e iniciar la siempre interminable ronda de brindis en honor de los muchos amigos que ya no estaban con ellos. Mal asunto, se decía el aún juvenil Lefebvre-Desnoëttes; cuando la nostalgia se apodera de los viejos guerreros es que no ven nada claro que al día siguiente vayan a vencer; peor aún: que vayan a seguir en el mundo de los vivos.

22.45 h.

Wellington y Müffling salían al patio de caballos cuando vieron llegar a De Lancey y Álava. His Grace, tras excusarse con Müffling, en su más seco «modo militar» ordenó a De Lancey que desarrollara el conjunto de órdenes que poco antes

había emitido al teniente coronel Broke, y que añadiera cuantas medidas adicionales considerase necesarias para que su ejército se hallase, al mediodía siguiente, debidamente desplegado en sus zonas de operaciones. Tras eso tomó del brazo a Müffling, hasta entonces entretenido con un Álava que al preguntarle a qué se debía cada una de sus medallas no le había dejado escuchar una palabra —sospechaba que Müffling entendía el inglés—, subieron al carruaje de His Grace y emprendieron el camino a la descascarillada mansión de los duques de Richmond.

De Lancey estaba un tanto abatido. His Grace parecía pensar que dedicaba demasiado tiempo a su mujer y demasiado poco a sus deberes, mientras él se preguntaba qué podría esperar de un hombre al que había sacado de su casa tras apenas una semana de vida conyugal, al que no había promocionado con acuerdo a sus méritos tras cuatro años de guerra en la Península y al que ni siquiera designaba QMG, pese a que le hiciese trabajar de tal. No estaba maldispuesto con Wellington, pero desde que fuera llamado a un servicio para el que no se había ofrecido no dejaba de preguntarse si hacía bien desoyendo las opiniones de su esposa y de sus suegros, los cuales sostenían que su mejor alternativa era pasar a la reserva y dedicarse a incrementar la fortuna familiar. Muy presuntuoso debía de ser His Grace si esperaba que le sirviese con la misma devoción de Salamanca, Vitoria y Toulouse. Era un hombre descontento, muy decepcionado con su jefe, y no le había importado exponerlo a las claras, en el entendimiento de que Álava encontraría una forma sutil de hacerlo saber. Si Wellington esperaba que fuera un Murray mientras no llegara Murray, que le diera el mismo rango y la misma distinción que sin merecerlos había otorgado a su amigo del alma, que bien sabía él quién de los dos trabajaba y quién se apuntaba las medallas. Para un hombre tan desencantado como era el propio Álava, el caso de Sir William resultaba transparente; le asombraba que Wellington, cuyos sentidos tan bien le funcionaban para manipular a todo el mundo, no le diera la más fácil e inmediata solución: ascenderle a Major-General —le bastaría con pedirselo a Bathurst— y nombrarle QMG de pleno derecho, aunque un mes después pusiese a Murray. Quizá fuera eso, se dijo a continuación, lo que de veras sucedía: Murray sólo aceptaría volver a ser QMG si contase con un De Lancey que hiciera su trabajo, como en España; si no, se quedaría en Inglaterra, felizmente alejado de las miserias que comportaba ser el QMG de una horda tan dura de mandar como el Army of the Low Countries.

Sir William, además, sufría una seria necesidad de dormirla, pues entre Álava y él habían estibado tres botellas de un gran borgoña, pero entendía que ya tronaba el cañón y que debía volver a ser un eficiente QMG. Su problema era no saber por dónde comenzar, de modo que aceptó sin reservas la sugerencia de Álava, que bien sabía cómo la llevaba: pasarse por su oficina y ver en qué consistían las órdenes; si fuera necesario desarrollarlas lo harían en la casa del coronel, una vez éste refrescara

su cabeza y se metieran en harina con ayuda del té más fuerte que Lady Magdalene tuviera en sus alacenas; repartiendo el trabajo entre los dos, en una hora o poco más las podrían entregar a Broke y a los demás ayudantes, a los cuales convendría decir que no sería una noche para dormir. Unas palabras que sonaron a gloria en la neblinosa mente de Sir William; así, tras cogerse del brazo del que demostraba en esa forma tan fehaciente ser un gran amigo, emprendieron el camino de su oficina, no sin conmoverse al oír de Álava que aquello quedaría entre los dos. His Grace no tendría por qué saber que aquella noche había tenido un par de QMG por el precio de uno.

23.15 h.

Faltaba poco para llegar a la *wash house* cuando un oficial prusiano, escoltado por dos guardias de la Royal Household, alcanzó la carroza ducal. Traía un mensaje de Grolman para Müffling, anunciando la pérdida de Charleroi; estaba registrado a las cinco y media de la tarde, y según el mensajero había sido escrito entre Namur y Sombrefe. Müffling lo traducía a medida que leía; His Grace, tras breve reflexión, garrapateó algo en un papel y lo entregó a uno de sus ADC —casi tan numerosos como la escolta de *light dragons*—, con la indicación de que se trataba de «Órdenes Posteriores». Tras eso explicó a Müffling que sólo era una indicación a su estado mayor para que ordenase a las tropas que marchaban hacia Braine-le-Comte o Enghien que siguieran hasta Nivelles. En realidad no hacía falta que lo hiciera, pues De Lancey ya sabría deducirlo cuando le tradujeran el mensaje, pues sin consultar a Müffling lo había metido en el mismo sobre; para su propósito de mantener al comisionado prusiano tan confundido como fuera posible, una cierta cobertura melodramática siempre vendría bien. En su doble naturaleza, diplomática y militar, la coreografía era un asunto que jamás descuidaba.

El salón donde docenas de parejas bailaban desde hacía horas estaba separado de la casa; en otros tiempos fue un taller donde se construían carruajes, pero gracias a un horroroso papel de florecillas y a docenas de candelabros distribuidos a la buena de Dios, se daría un aire a una Kleiner Redoutensaal para intocables bengalíes, se decía Wellington con fría objetividad. El efecto lo agravaba un techo desnudo, no muy limpio, y tan bajo que los músicos no se podían desplegar a mayor altura que los danzantes, ni a los que renunciaban a bailar les era posible observar el panorama, lo que reducía bastante la categoría del evento; por mucho empeño que pusiera la esforzada Charlotte, por bellísimas que fueran las danzarinas —a su entender no era el caso; para uno que venía de bailar con Mina von Sagan, Dorothee de Périgord, Julie Zichy, Aurora Marassé, Rozalia Rzewuska y Katharina de Bagration, las bellezas de Bruselas, indígenas o británicas, se asemejaban a un coro de pescaderas— y elegantísimos los caballeros, aquello se parecía demasiado a una boda de pueblo.

Su entrada, seguido del atónito Müffling —la vida en las sobrias guarniciones

prusianas arrojaba un penoso déficit de *glamour*—, fue por demás espectacular. Los músicos, en pie, se arrancaron con el vibrante «Mirad, aquí llega el Héroe Conquistador», del Oratorio of Judas Maccabaeus, mientras la multitud aplaudía con adoración y la duquesa se le rendía en una reverencia inadecuada, pues las duquesas jamás se inclinan ante los duques y menos si están tan gordas, se decía el prusiano mientras tomaba sarcásticas notas mentales. Tras la entrada triunfal, con la duquesa colgada del brazo de Wellington y una de las diversas señoritas Lennox aferrada del suyo, Müffling comprendió que no sólo habían llegado al baile, sino al *souper*, el cual llevaba una hora en espera de ser servido. Wellington, que venía sin repostar, tomó asiento entre la duquesa y Lady Dalrymple-Hamilton para en su momento comentar que la bazofia —no llegó a decirlo, aunque anduvo cerca— le parecía exquisita; si bien los invitados más prudentes habían expresado que vendrían abastecidos, los que anunciaron que disfrutarían el horror eran numerosos, tanto que Lady Charlotte había contratado un servicio de mantelería, vajilla y cubiertos para doscientos comensales. Tampoco disponía del adecuado número de camareros y cocineros, pero eso lo resolvió la embajada británica, cuyo titular, Sir Charles Stuart, nadie sabría decir si se hallaba en Bruselas para representar a Inglaterra o para cuidar de los Richmond.

Müffling, que pretendía no perderse una, escribía en su libreta que la presencia de Wellington, siendo consciente de la caída de Charleroi, era un acto de suprema irresponsabilidad, a su vez consecuencia de una inmensa vanidad. También era verdad que su ego descomunal no era el único en ser agasajado, pues por algo estaban presentes numerosos generales y oficiales que dos años antes participaron en la batalla de Vitoria, cuya conmemoración, explicaba la duquesa en su invitación, era el motivo del evento. La extravagante *soirée* no sólo sería el éxito social de la temporada, sino que la cerraría, pues el primer festejo del verano, según se murmuraba en los corrillos donde picoteaba en demanda de información, comenzó unas horas antes, en Charleroi. La duquesa, cotilleaban Lord Fitz-Roy Somerset y su estirado hermano Lord Edward, que algún día heredaría el ducado de Beaufort, no había reparado en gastos, para desesperación de su abatido esposo, quien ofrecía innegables muestras de insuficiencia económica desde su inesperado cese como Lord Lieutenant of Ireland, según dejaba caer con viperina maldad el sardónico Lord Rendlesham. El salón donde se perpetraba el baile quizá no fuese adecuado, juzgaba Lord Hill, aunque al menos era espacioso —35 metros de largo por 17 de ancho, estimaba Müffling con mirada de cartógrafo—, lo suficiente para que unas cien parejas danzaran sin colisionar unas con otras, incluso cuando la orquesta se arrancaba con alguna de las violentas danzas a la moda o con los insoportables vales vieneses. El mayor problema de adecentación lo constituyeron las paredes, informaba el cordial general Vincent; pintarlas habría sido insuficiente, de modo que la duquesa, siguiendo la opinión de diversos expertos, optó por cubrirlas, aunque no eligió bien el

papel, al menos a los ojos de sus espantadas hijas, o eso comentaba Miniussir, el *aide-de-camp* del ausente Álava, pero no fue posible buscar otro, como explicaba un sonriente Richmond; la mejoría en su estado de ánimo tenía por origen un nombramiento de última hora, según comentó Wellington por el camino: le había puesto al mando de una pequeña fuerza (dos compañías), cuyo propósito, intuía Müffling, no sería defender Bruselas si Boney se llevaba por delante al Army of the Low Countries, sino proteger la huida de los miembros descollantes de la colonia británica, comenzando, como era natural, por la inmensa familia del propio Richmond.

La lista de invitados, de doscientos veintiocho nombres que lo mismo correspondían a individuos que a parejas, o a familias completas, no dejaba fuera —salvo enemigos o enemistados— a nadie de alguna notoriedad. Había tres príncipes, bastantes duques, algún marqués, numerosos condes y multitud de títulos menores, y ya por fuera de la nobleza participaban docenas de altos oficiales británicos, holandeses y alemanes, además de las fuerzas vivas de la ciudad, cuya función no era sólo dar realce y esplendor, sino aportar suficientes bellezas con las cuales fijar al terreno a los escurridizos oficiales solteros, en lo cual no se había inhibido ninguna, conscientes de que aquel gran tonel de buenos partidos sería desfondado en pocas horas por el mayor aguafiestas de la historia, l'Empereur Napoleón I.

Los dos primeros príncipes eran piezas codiciadas pese a ser inaccesibles, el primero porque no se dejaba pescar y el segundo por ser demasiado joven: Sus Altezas Reales Willem van Oranje y Frederik van Oranje-Nassau. El tercero, Karl-Bernhard von Sachsen-Weimar, levantaba cierta expectación, pues pese a no ser una maravilla de apostura estaba disponible, pero ya era claro que no vendría. En el campo de los duques, tras los príncipes de sangre real la subcasta más elevada, formaban el de Braunschweig-Wolfenbüttel, el de Ursel, los tres D'Areberg (Prosper-Louis, Pierre-Charles y Auguste-Raymond), el de Beaufort, el de Nassau-Usingen y, por supuesto, el de Wellington, que a pesar de aparecer tras los príncipes y ser el último de los duques —una simple cuestión de prelación, por antigüedad en el empleo—, era el invitado de honor.

El número de marqueses era decepcionantemente reducido, apenas los D'Aschéé, aunque había cantidad de condes: los D'Audenarde, Belgade, Bellegarde, Conyngham, Douairiere, Grasiac, Lalaing, Liedekerke-Beaufort, Luiny, Marcy d'Argenteau, Mountnorris, D'Oultremont, Portarlington, la Rochefoucauld, Ruilly, la Tour du Pin Gouvernet, Uxbridge y Waldegrave, acompañados de sus hijas los que padecieran alguna. Los barones y vizcondes, últimos peldaños de la escala nobiliaria, también hacían un buen número: los Brockhausen, Herelt, D'Hooghvoorst, Mount-Charles, Tuybe, Tuyll van Serooskerken y, por último, la vizcondesa Hawarden, la cual sobrellevaba con excelente actitud —muy comentada por las almas buenas— la

triste ausencia de su esposo, Sir Cornwallis Maude, atrapado en Londres por sus graves responsabilidades en la House of Lords. Las fuerzas vivas se reducían al aprensivo alcalde, aunque para compensar se alineaban numerosas familias de la burguesía británica desplazadas a Bruselas por haber excelentes oportunidades de pescar un buen pez en el cerrado barril en que se había convertido la ciudad, rebosante de oficiales en situación de merecer una buena esposa. Destacaban los Berkeley, Capel, Crawford, Creevy, Greathed, Greville, Johnstone, Lance, Lloyd, Ords, Seymour, Smith-Rumbolds, Somerset, Sutton y Van der Capellan, además de Lady Pole y Lady Alvanley. Entre todos añadían una considerable cantidad de jóvenes bellezas, disponibles para bailar y para matrimoniar, y algunas de ellas para más cosas.

La duquesa contaba con los comisionados en el Army of the Low Countries, el Freiherr Vincent, el Comte Pozzo di Borgo, el Freiherr Müffling y Don Miguel d'Álava, con sus respectivos *aides-de-camp*, y con Sir Charles Stuart, sin cuya desprendida colaboración su esposo se habría pegado un tiro. Tras ellos aparecían los generales de Wellington, pese a que no todos, según His Grace, merecían ser invitados a un acontecimiento tan grandioso. La duquesa, por desgracia, se había hecho un lío con las graduaciones, de modo que los primeros en aparecer en su larga lista no eran los de mayor rango, sino los que más le sonaban, y éstos eran los elegantísimos, nobilísimos y guapísimos oficiales asiduos de su casa: Lord Fitz-Roy y su hermano Lord Edward Somerset, Lord Charles Fitz-Roy, Lord Robert Manners, Lord Alexander Saltoun, Lord Arthur Hill, Lord John Rendlesham, Lord James Hay y Lord Apsley —el único del que no recordaba el nombre—, seguidos de los coroneles, tenientes coroneles y asimilados Harvey, Fremantle, Campbell, Seymour, Stewart, Percival, Percy, Edgecombe, Stopford, Gordon, Bradford, Dawson, HastingForbes, Byng, Cathcart y Dawkins. Salvo alguna excepción, como Lord Fitz-Roy —Somerset, todos eran solteros, estaban en sus veintes y parecían por demás forrados. Eran el atractivo capital del baile, siquiera para las bellas del lugar. De ahí que los unos y las otras no tardaran en buscarse, y no mucho más en encontrarse.

La lista de la duquesa proseguía con los Caballeros del Imperio y sus ayudantes; a su juicio eran de menor interés, salvo los solteros y los viudos, y de éstos no todos, pues para ocupar una buena posición en su personal clasificación era preciso poseer un estatus económico que muchos de aquellos bravos militares jamás llegarían a tener, salvo si pegaban lo que Don Miguel denominaba «braguetazo». Abría la marcha Lord Rowland Hill, seguido por Sir Henry Clinton, Sir Hussey Vivian, Sir John Elley, Sir William Ponsonby, Sir Dennis Pack, Sir James Kemp, Sir Thomas Picton, Sir Edward Barnes —un verdadero indeseable; sin más medios que los de un Major-General y con cuarenta cumplidos pretendía nada menos que la mano de alguna de las hijas de Lady Capel, la que fuera—, Sir Peregrine Maitland —otro

arribista deplorablemente pobre, aunque más joven y de apariencia menos repulsiva, que con gran desfachatez se mostraba interesado en Lady Sarah Lennox, quien de suyo muy desvergonzada, parecía mirarle bien— y Sir William de Lancey. Tras ellos se alineaban unos cincuenta oficiales de rango no superior a coronel pero que, por unas causas o por otras, His Grace insistió en que no dejaran de ser invitados. La lista la cerraba la esposa de uno de ellos, Lady Frances Webster-Wedderburn. La duquesa jamás habría contado con ella, consciente de que no se caía de la boca del *tout* Bruselas, pero había sido el propio Wellington quien le recomendase hacerlo, en el tono del que se ha quedado a media pulgada de añadir «porque si no lo haces, no cuentas conmigo».

Era casi medianoche cuando Wellington regresó al salón. Le sorprendió dar allí con el Prins Willem, a la sazón danzando como un salvaje. Con algún esfuerzo disimuló su disgusto, porque le había enviado instrucciones de marchar hacia Braine-le-Comte y ponerse al frente de su Army Corps. Tras tomarle de un brazo, separándole de una bella hija de Lennox, o de Capel, o de a saber quién, le preguntó por sus últimas noticias, para escuchar que no había oído nada de particular; si acaso que Boney, tras hacerse con Charleroi, andaba coceándose con el viejo Blücher. Fue ahí cuando, con helada firmeza, le ordenó presentar sus respetos a la duquesa y salir en el acto hacia Braine-le-Comte. Justo entonces, cuando el baile alcanzaba su punto álgido de animación, el guapísimo teniente Henry Webster, espectacularmente cubierto de polvo y barro —había recorrido los treinta y tres kilómetros de Braine-le-Comte a Bruselas en poco más de dos horas—, entregó al Prins Willem un mensaje del Major-Général de Constant-Rebecque. El príncipe, fastidiado por el coro de murmullos que se levantaba entre las señoritas más próximas —el altísimo Webster era un tipo muy atractivo—, echó un vistazo al documento, para en el acto pasárselo a His Grace, por su parte ya mirándole con aire inquisitivo, de halcón suspicaz. Constant-Rebecque anunciaba que una gran fuerza francesa, identificada como II Corps d'Armée, tomaba posiciones frente a la brigada del Prinz Sachsen-Weimar, en Les Quatre-Bras, a la que había mandado reforzar con la del Major-Général Van Bijland, entendiéndose que, dadas las circunstancias, su decisión de contravenir las últimas órdenes recibidas sería confirmada por Lord Wellington, el cual ordenó a su ADC más próximo —le seguían a todas partes, como un enjambre de abejas rojas— que comunicase a De Lancey una nueva «Orden Posterior», la de acelerar la concentración del ejército. Por lo demás, no perdió la calma. El baile proseguía, pese a que sus oficiales comenzasen a marchar; él en persona, secundado por Hill y sus ADC, les decían uno a uno, del modo menos dramático posible, que regresaran de inmediato a sus unidades.

23.45 h.

En la mansión Puissant, coyuntural Palacio Imperial de Charleroi, el Emperador dormitaba. Su estado mayor, no. Soult no poseía una imagen clara de la situación. Sólo sabía que Ney se había detenido en Les Quatre Bras frente a una fuerza sospechosa de pertenecer a la reserva de Wellington, la cual hasta entonces se suponía que seguía en Bruselas, y que Zieten se había retirado hacia Fleurus dejando setecientos muertos; dada la magnitud del Niederrheinarmee, aquello no pasaba de ser un arañazo, aunque a Soult no le preocupaban tanto los prusianos, a los que había derrotado varias veces, como los británicos, de los que siempre había tenido que huir. Temía, como todos los que alguna vez se las habían visto con Wellington, que la campaña terminaría en un combate «a la española», donde los ingleses sólo se dejaban ver al completo, mostrando su verdadera fuerza, en el último instante.

24.00 h.

En la residencia del coronel De Lancey, éste y el general Álava llevaban una hora enfrentados a la tarea de mover y desplegar un ejército de cien mil hombres, batallón por batallón, batería por batería y escuadrón por escuadrón, a menudo modificada por los mensajes que seguían llegando al cuartel general y, minutos después, a la casa del coronel; Álava y él bien se habrían podido acomodar en su despacho de la Rue de la Montagne du Parc, pero prefería trabajar en su casa por dos importantes razones: la primera, que su gente no le viera borracho, y la segunda, de más peso, por el inexpresable deseo de tener a su lado a la muy abnegada Lady Magdalene, que lejos de irse a dormir permanecía en silencio, viendo cómo su adorado esposo —Álava era una sombra transparente— salvaba el mundo. Hacía más cosas, era de reconocer; una era rellenar las tazas de los dos con un poderoso Earl Grey, y otra ser un ordenanza encantador. Quizá, por intuir que aquellas horas serían las últimas que pasaría con su marido antes de volver a verse, a saber cuándo, en el Más Allá.



El baile de la Duquesa.



*La mano del heroico bruswicker señala que pretende huir, pero la de la rolliza
belleza empujando la puerta significa 'tú no te me escapas'. Lo perpetró John Everett
Millais.*

Valonia y Trier, viernes 16 de junio

00.45 h.

Los generales y los oficiales de mayor rango se despedían de la entristecida duquesa —lo previsto era que la orquesta tocara el *God Save the King* justo al amanecer—; los demás sólo se preocupaban de buscar las bolsas donde trajeron sus uniformes de diario, para cambiarse donde buenamente pudieran y emprender el regreso a sus unidades. Los destinados en Bruselas podían quedarse hasta las dos; a esa hora caería el telón para ellos también, pues a las tres deberían estar en sus puestos, a fin de que la V División, acompañada de los *brunswickers* y los *nassauers*, iniciase su andar *at day light*; franquearían la puerta de Halle y marcharían a Les Quatre Bras, donde Bonaparte ofrecía su propio baile. Dado su reducido número, no bastaban para satisfacer la demanda femenina, de modo que los caballeros civiles, antes desdeñados, habían pasado a estar solicitados. El consejero Miniussir era de los que más lo estaban, no sólo por la escasa competencia sino por ser un tipo ciertamente apuesto. Desde hacía un buen rato enlazaba un vals con otro y una dama con otra, pero de un modo automático. Para él era una forma de huir de sí mismo, a su vez consecuencia de haber salido a tomar el aire al filo de la medianoche. La *wash house* no era una simple gran casa con un salón de baile a su lado; era el centro de una parcela —un híbrido de selva y escombrera— donde se alzaban diversos cobertizos acondicionados como viviendas y donde habitaban los que no se hallaban cómodos en el interior de la casona. El más alejado lo usaba Lord March. Miniussir había estado allí una vez, y lo tenía por acogedor. Aquella noche March iba tras Wellington como un perro tras su amo, de modo que no podía servirse de su casita; la puerta, sin embargo, estaba entreabierta; un misterio sin importancia, si bien a Miniussir, que había perdido de vista la esplendorosa pareja que formaban Lord James Hay y Lady Jane Lennox, se vio asaltado por una imperiosa necesidad de investigar. Para satisfacerla no era necesario esforzarse; bastaba con asomarse a cualquiera de las ventanas, pues todas daban a lo que al tiempo era salón y dormitorio. No llegaba luz del interior, pero la luna se bastaba para iluminarlo, tanto como para establecer que había sido invadido. Los invasores eran Lord Hay, a la sazón con los calzones bajados, y Lady Jane, la cual, deseosa de regalar al esforzado Lord un recuerdo visual que le hiciera compañía las noches de guardia, se había desprendido de la parte de su ropa situada entre su delicado pescuezo y algo más arriba de sus rodillas, donde comenzaban sus medias. El apenado Miniussir podía dar fe gracias a que Hay, llevado de la pasión, acababa de incorporarse desde su anterior posición, de corte tradicional, para conseguir de su rendida enamorada un giro torsional sobre su eje longitudinal, hacer que se arrodillara y, sin más, proceder en la

forma que la naturaleza recomienda para el acoplamiento eficaz entre cuadrúpedos. De Lady Jane no podría decirse que cooperase con entusiasmo, ya que su perfil sólo mostraba una severa inexpresividad, quizá por hallarse muy concentrada en lo que hacía, o en lo que le hacían. Miniussir ya no necesitaba ver más, de modo que retrocedió sobre sus pasos al tiempo de recitarse un mantra de su jefe, uno que solía entonar para subrayar acontecimientos funestos, desgraciados o altamente desfavorables:

Qué tristeza da mirar a la mujer que uno estima,
tirada en un muladar con un hijo puta encima.

02.00 h.

Wellington no bailaba. Prefería reflexionar sentado en un sofá, en compañía de Lady Dalrymple-Hamilton, quien se conformaba con admirar su aquilino perfil, consciente de que Sir Arthur no estaba para nada. Su papel era disuadir a cualquiera que deseara pegar la hebra con His Grace. Así éste podía seguir perdido en la inmensidad de su cerebro sin que nadie le molestara, pero al dar las dos se volvió a su amable Cerberus, sonrió, se levantó y salió en búsqueda del anfitrión, por entonces observando pensativo las evoluciones de la masa. Quería pedirle un mapa de Valonia. El duque tenía uno, de modo que señaló a Wellington el camino de su despacho, en el acertado criterio de que no lo querría examinar allí. Era un Le Capitaine francés, menos detallado que los Ferraris pero de suficiente resolución. Tras desplegarlo sobre una mesa Wellington reanudó sus reflexiones, acompañado de un Richmond que se conformaba con mirar, pensando que igual contemplaba un momento crucial de la historia, el de Wellington dando con la clave para salvar al planeta o algo por el estilo.

—Debo regresar a mi *headquarter*. ¿Tendrás la bondad de disculparme con Charlotte?

El duque se limitó a farfullar un «por supuesto», para tras eso franquear el paso al imponente Wellington, el cual no necesitó buscar a sus ADC: le habían seguido hasta la puerta.

Ya en su residencia ordenó que se presentara Sir William, para disgustarse al oír que se había ido a su casa, pero que seguía trabajando porque cada poco se le hacían llegar los mensajes que llegaban y se recogían las órdenes que daba. Eso no lo acabó de comprender, porque su aterrado ayudante, consciente de que cuando The Beau paseaba por su despacho como un tigre por su jaula podía pasar cualquier cosa, no supo explicarse. De ahí que le ordenara buscarle, para que se presentara de inmediato.

Dada la escasa distancia que había del cuartel general a la residencia del QMG, debería presentarse allí mismo en cinco minutos. De no ser así, comenzarían los fusilamientos.

De Lancey estaba mejor que antes. El milagro era obra de Álava; compasivo, le había enviado a descabezar un sueño, no más de una hora pese a que se transformara en el doble; eso, combinado con el enérgico fregoteo con agua semihelada que le administró Lady Magdalene, le había llevado a reintegrarse a su puesto con el criterio en su sitio. Aun así sentía una íntima inseguridad, de modo que, tras una breve duda, pidió al buen amigo español un último favor: que le acompañara.

El duque, al verles llegar juntos, comprendió, al punto que arrinconó su mala disposición y, en tono amistoso, pidió a De Lancey que les explicase, a él y a Somerset, que se acababa de incorporar, las medidas que había tomado. Álava, prudente, comentó que, no siendo necesaria su colaboración, preferiría volver a su casa, pero His Grace le pidió que se quedara. Intuía que no pocas de las órdenes que hubiera dado De Lancey debieron brotar de su cerebro —la peste a vino que su QMG exhalaba cuando se vieron horas antes le dejó muy preocupado—, de modo que mejor tenerle a mano para que las explicara si De Lancey no lograba ser comprendido. Así los tres, en pie frente al Ferraris, comenzaron a ver cómo el ya despejado QMG, con la copia de las órdenes en una mano, iba moviendo banderita por banderita, siendo cada una un batallón, un escuadrón o una batería.

03.15 h.

El carruaje del Prins Willem se detuvo en la Grand Place de Brainele-Comte, frente al Hôtel du Miroir, donde semanas antes Constant-Rebecque había instalado el cuartel general. De bastante mal humor se dirigió a la oficina de su QMG, para llevarse otra sorpresa: el ayudante que allí parecía esperarle decía que a medianoche se trasladó, con todo el equipo, al campamento del Prinz Sachsen-Weimar, en Les Quatre Bras, donde pensaba establecer el estado mayor del I Army Corps. Al tiempo de decírselo le tendía una carta del propio Constant-Rebecque. En ella le hacía saber que la III División del VKN (Chassé) marchaba sobre Les Quatre Bras para reforzar a la II (Perponcher-Seldnitsky); esperaba que llegase a tiempo de tomar posiciones antes de la salida del sol, hora en la que, según dos desertores, serían atacados por el 3.º Corps de Chevalerie, al que seguiría el II Corps d'Armée. Las fuerzas de Ney eran fuertes en veinte mil infantes, cincuenta piezas de artillería y cinco mil jinetes. Las que poseía Perponcher-Seldnitsky, siete mil quinientos infantes y ocho piezas, permitirían resistir algún tiempo, pero mientras no llegara Chassé se hallarían en precario. La III División sumaría seis mil quinientos infantes y otros ocho cañones, con lo cual se podría defender Les Quatre Bras durante unas horas, aunque ambas divisiones serían irremisiblemente aplastadas de no llegar refuerzos, los cuales había

pedido a Lord Wellington, rogándole —al Prins Willem— que se sumase a su petición. Por lo demás, todo iba bien.

—¿Por dónde andan los demás? Cooke, Alten y Collaert, quiero decir.

—No lo sé, Alteza, pero el Major-Général de Constant-Rebecque comentó que las fuerzas de Lord Wellington estaban más cerca de Les Quatre Bras que las de cualquiera de los tres.

Al Prins Willem le daba vueltas la cabeza. Saltar de un baile a una guerra es duro y él acusaba el golpe, aunque algo no se le había olvidado de las lecciones aprendidas en la Península.

—¿Quién más está por aquí?

—Me temo que Su Alteza Real y yo somos los últimos.

—Si es así, marche volando a Bruselas. Se presenta en mi nombre al Old Attie y se lo repite. Ah, y añade que salgo para Les Quatre Bras. Si vamos a danzar con los franceses, el primer baile será mío.

El oficial, que había pasado nueve años guerreando con la Grande Armée y que fue de los últimos holandeses en llegar a Vilna tras cruzar el Bérézina, se cuadró con solemnidad, al tiempo de decirse que Su Alteza no sería un príncipe muy listo, pero al menos tenía los *valseuses* en su sitio.

03.30 h.

His Grace daba por buenas las medidas, pero aun así quiso hacer una última revisión, para formarse una idea resumida. De Lancey, que lo esperaba —era una de las muchas manías del duque—, sacó de una carpeta un cuadro sinóptico, en dos hojas, que mostraba la posición en que se hallarían las diversas unidades principales una vez concluyera la concentración. Wellington quiso verlo sin mostrar interés, aunque Álava no se dejó engañar: His Grace había identificado algo que le podría ser útil. Quedó claro para qué cuando pidió al desconcertado De Lancey que, junto a su firma, especificara que aquella sería la situación del Army of the Low Countries a primera hora de la tarde, la hora en que culminaría la concentración si todo salía con acuerdo a lo deseable. De Lancey quizá se preguntara por qué se lo pedía, pero no entraba en su mentalidad discutir una orden; dicha en muy buen tono y en un entorno de cordialidad, pero una orden, así que firmó sin más, para sentir una desagradable inquietud al ver al duque doblar los dos folios y guardarlos en un bolsillo de su levita. Él, como Álava, temía que la situación a esa hora sería distinta, muy distinta, y Wellington, sin la menor duda, lo sabía. La reserva de caballería, para empezar, estaba veinte kilómetros al oeste de Bruselas, en el triángulo Ninove-Aspelare-Nederhasselt; aun así, era la única fracción del Army of the Low Countries que podría llegar a Les Quatre Bras antes de mediodía. En cuanto a las divisiones de infantería, la V y los *brunswickers* estaban a doce horas de marcha normal y algo

menos de once a paso forzado, si lo resistían. Era improbable que Wellington pudiera oponer a Ney más de treinta y cinco mil hombres, y eso a partir de las cinco de la tarde. Los siete mil quinientos de Perponcher-Seldnitsky difícilmente podrían resistir hasta esa hora el asalto de dos *corps d'armée* y uno de *chevalerie*. Era, pues, impensable que Wellington pudiera destacar un solo batallón para reforzar al Niederrheinarmee. Sin embargo, se le hacía claro por momentos que pensaba emplear su documento para convencer a Blücher de lo contrario. Al llegar a esa conclusión volvió a sentir malestar, pero sin tiempo de saborearlo, pues His Grace, tras ordenarle que se presentase a las seis, para marchar con él a Les Quatre Bras, daba por terminada la reunión.

Álava y De Lancey habían salido por la puerta del parque. Les apetecía caminar unos minutos, para despejar la cabeza con el aire del amanecer. Tras eso De Lancey marcharía para su casa, con ánimo de descansar un par de horas, escribir al capitán Mitchell para rogarle que se hiciera cargo de su mujer y su doncella y reunirse con Wellington a la hora convenida. El general tenía menos prisa. También pensaba marchar a Les Quatre Bras, aunque dos horas después, tras haber dormido cuando menos hasta las ocho. No iría solo; llevaría con él a su joven consejero, recién convertido en ADC, y a su criado-cocinero, pues no quería ser una carga para la intendencia británica; le bastaba con que la gente de Sir William le consiguiese un par de habitaciones allá donde se alojaran Wellington y su *entourage*, lo que aquél le garantizó. Contaba con alojamiento para el *staff* del duque, los comisionados, los comandantes de los Army Corps y los jefes de división y brigada; no en vano sus hombres habían requisado, hacía ya unos días, las mejores casas de Genappe, Nivelles y Waterloo.

Caminaban ceñidos a la Rue Royal, pues el parque rebosaba soldados en formación. Eran de la V División, la de Sir Thomas Picton, quien seguía de paisano; sus ayudantes habían conseguido uniformes a saber dónde, pero él era escrupuloso en materia de ropas; no tenía nada contra las pulgas y los piojos, siempre y cuando fueran los suyos. La tropa —8.^a y 9.^a Brigadas de Infantería británica y 5.^a de Infantería de Hannover; siete mil hombres en total— mataba el tiempo con ayuda de sus bandas de música. La del 92.^o Highlanders, formado cerca de donde marchaban, tocaba con sus pífanos y sus cornamusas, sin tambores, unos aires sumamente melancólicos, aunque agradables al oído, que Álava no supo reconocer, pese a que le sonaban de algún momento en España o en Francia.

—Es el *Robert the Bruce*. Bueno, así lo llaman los ingleses; para nosotros es *Brosnachadh Bhruis*, o *Hey Tuttie-Tatie*. A His Grace no le gusta mucho. Es porque Robert de Bruce fue un rey escocés que allá por 1314 barrió en Bannockburn a las tropas del King Edward II, logrando así nuestra independencia —Sir William, evidentemente, ya era más que un escocés consorte—, la cual, por desgracia, sólo nos

duró tres siglos. A los ingleses aún les escuece, y Hookie, bien lo sabes, no puede ser más inglés. Los del 92.º —señalaba los montañeses de casaca roja y *kilt* Gordon—, que lo saben, lo tocan siempre que puede oírles; una manera como cualquier otra de meterle un dedo en el ojo.

Sir William guiñaba uno de los suyos al sonriente Álava; se le veía contento, pensaba éste. Quizá por pensar en una despedida más ardiente de lo que se le podría recetar, aunque también era verdad que si estuviera en sus zapatos él haría lo mismo. La deliciosa Lady Magdalene bien lo valía.

04.00 h.

El Emperador se había levantado, despejado y sin fiebre, para estudiar los informes recibidos desde medianoche. Pronto tuvo claro que no hacía falta modificar el despliegue. L'Armée du Nord estaba bien como estaba, repartida en un triángulo de quince kilómetros de lado y siendo los vértices Frasnes, Fleurus y Charleroi. El I, el VI y la Garde Impériale, concentrados en la última, estaban en situación de pivotar en las dos direcciones, al este o al norte. El II y el 3.º de Chevalerie seguían en Frasnes; el III, el IV, el 1.º, el 2.º y el 4.º, en Fleurus. Era la disposición ideal para empujar a Blücher hacia Mästricht y a Wellington a Oostende, pues no sería tan bobo como para replegarse sobre Bruselas. Tres días y dos batallas, que no serían las más grandes que habría disputado, y estaría en situación de convencer a Metternich y al Zar de que proseguir la guerra sería negativo para sus intereses. Tras apartar de un manotazo la idea de que quizás era más optimista de lo aconsejable llamó a Soult, que apareció con cara de haber dado, todo lo más, un par de cabezadas. Sin dar muestras de interés por su estado le mandó enviar órdenes a Grouchy y a Ney. A Grouchy para que se dirigiese a Sombreffe y tomase posiciones a la espera de su llegada con la Garde Impériale y el VI Corps d'Armée. A Ney, que con el II y el 3.º tomase Les Quatre Bras y explorara el terreno en las direcciones de Nivelles y Genappe. A la vista de lo que detectase ya le daría instrucciones para progresar en alguna de las dos o esperarle allí, en Les Quatre Bras. En cuanto al I, debería seguirle sólo hasta Frasnes, para dejarlo allí en situación de pivotar hacia Fleurus si el duelo contra Blücher lo aconsejaba, o hacia Les Quatre Bras y más allá si el camino hacia Genappe estuviera despejado. Eran órdenes consistentes con el plan de Avesnes; ninguna novedad aconsejaba modificarlo, pero Soult sentía una doble inquietud: ni habían hecho a Zieten el daño que predijo l'Empereur ni Wellington estaba tan lejos de Les Quatre Bras como se había supuesto; la presencia de *nassauers* —Ney no consiguió hacer prisioneros, de modo que su identidad seguía sin ser confirmada— era la causa principal de la mala cara que tenía.

04.15 h.

El 92.º Gordon Highlanders^[160] estaba próximo a cruzar la puerta de Halle, justo a continuación del 28.º North Gloucestershire; mataba el tiempo frente al hotel Bellevue, desde cuyas ventanas les jaleaban unas cuantas damas insomnes en distintos grados de desnudez, agradecidas al espectáculo que Lord Wellington les brindaba y vitoreando a los flemáticos montañeses cada vez que la brisa matinal les alzaba los *kilts*. Los soldados, por su parte, no habían cesado de cantar a voz en grito cancioncillas obscenas, en inglés —en *scottish* lo hacían sólo cuando querían cabrear a sus oficiales—, haciendo saber a la somnolienta Bruselas que marchaban a la batalla, y posiblemente a la muerte, con el más elevado de los espíritus, pero la visión de tanta carne succulenta les hizo cambiar de criterio. A eso se debió que se arrancaran con una tonada irlandesa dolorosamente nostálgica.

All the dames of France are fond and free and Flemish lips are really willing.

Very soft the maids of Italy and Spanish eyes are so thrilling.

Still, although I bask beneath their smile, their charms will fail to bind me.

And my heart falls back to Erin's isle to the girl I left behind me...^[161]

04.45 h.

Sachsen-Weimar tampoco había dormido; los franceses les habían hostigado toda la noche a fin de hacerles algún prisionero, enviándoles destacamento tras destacamento, los cuales, una vez escuchaban las esperadas voces de alarma, se daban a la fuga, salvo los que preferían la deshonra de la desertión al honor de perecer a la mayor gloria de su Emperador. Los holandeses y los *nassauers* de la 2.ª Brigada eran voluntarios; estaban allí porque así lo habían querido, no porque se les hubiera obligado en nombre de un Dios del que desconfiaban, una patria en la que no creían y un Emperador al que a esas alturas detestaban con fervorosa intensidad. En la Grande Armée, como en cualquier ejército de conscriptos, la deslealtad se pagaba con la vida. Los ardorosos tiempos de la Convención, todo heroísmo y entusiasmo por la causa de la Libertad, habían quedado atrás; de ahí la gran envidia que sentían por sus enemigos profesionales, que no estaban allí por ninguna clase de fanatismo, ni obligados por la fuerza. Estaban por la paga, la ginebra y el saqueo, de modo que para nada necesitaban ser leales, ni a sus mandos les preocupaba que no lo fueran. Al buen soldado mercenario no le hacía falta ser patriota. Para que fuera fiel hasta la

muerte bastaba con pagarle bien.

Les Quatre Bras formaba una cruz. El brazo norte señalaba Bruselas, el este Sombreffe, el oeste Nivelles y el sur Charleroi. Mirando hacia el sur en el centro del cruce, como estaba el joven príncipe-coronel, se divisaba, del lado derecho de la carretera y a unos cien metros de su eje, la linde del bosque de Bossu, donde se ocultaban sus batallones holandeses; al izquierdo, y algo más lejos, se alzaba una granja bastante grande, llamada Gemioucourt. En el brazo izquierdo, en la dirección de Sombreffe y a sólo cuatrocientos metros, se veía un caserío, el de Pireaumont; entre su vallado sur y Gemioucourt había otro bosque, llamado de Hottu y aún más grande que Bossu; sus *nassauers* habían fortificado el primero, para luego deslizarse a través de Hottu y de los campos de centeno que comenzaban en su linde sur. A los dos lados de la carretera Sombreffe-Nivelles, el este y el oeste, formaba su exigua reserva de artillería, ocho piezas en cada uno. Hacía falta muy buena vista para divisar uno solo de sus soldados, incluso cuando el aún bajo sol asomaba entre los oscuros nubarrones. Los que no estaban parapetados tras los árboles se habían tumbado en el centeno, tan crecido que superaba la estatura de los gastadores. Su brigada era virtualmente invisible, y así quería que siguiera. De ahí que ordenase suspender el fuego. Durante toda la noche hubo disparos, pero desde hacía unos minutos se habían generalizado, sobre todo del lado francés. Quizá Bachelu —gracias a los desertores sabía quién estaba en el lado sur de los bosques: el 2.º de infantería ligera y el 61.º, el 72.º y el 108.º de infantería de línea, bajo el mando de los generales Husson y Campi, ambos a las órdenes del comandante de la 5.ª División, Gilbert-Désiré Bachelu; cuatro mil ochocientos hombres y veinticuatro cañones, a los que al amanecer se unirían las otras cuatro divisiones del II Corps d'Armée— pretendiera determinar cuáles eran sus posiciones por el humo de pólvora que delataba el fuego de los holandeses; los *nassauers* andaban tan mal de munición, apenas diez disparos por soldado, que no malgastaban un tiro, a sabiendas de que sólo podrían abastecerse de los franceses que mataran o capturaran, pues utilizaban sus mismos mosquetes 1777-XIII,^[162] de calibre incompatible (17,5 mm) con los Brown Bess (18 mm) de los holandeses y de casi todos los ingleses. Hasta podría ser el preludio de un ataque. Sería el primero de los muchos que vaticinaba. Lo mejor para resistir era ocultarse, y que nadie disparase mientras su blanco no estuviera centrado en la mira. Si Bachelu quería orientarse, que avanzara. Ya le haría saber dónde andaba la 2.ª cuando se hallaran a cuarenta pasos. Antes, de ninguna de las maneras.

05.00 h.

L'Empereur seguía estudiando noticias. Una de Grouchy le reafirmó en sus asunciones: Zieten se retiraba de Fleurus para tomar posiciones en el eje Ligny-

Sombreffe; Thielmann parecía moverse hacia la posición Sombreffe-Le Docq, mientras Pirch, que con toda probabilidad sería la reserva, formaba entre Sombreffe y Brye. Blücher, así pues, aceptaba la batalla. Debía pensar que su posición era buena. Él sabía que no, se decía inclinado sobre su Le Capitaine. Si todo marchaba según lo previsto, a la noche Blücher sólo contaría con un par de cuerpos, el IV y el que pudiera formar con los supervivientes de la matanza que se avecinaba. Bruselas ya estaría más cerca.



Johann, Freiherr von Thielmann

05.45 h.

Dörnberg había dejado Mons a medianoche, con muy mal cuerpo. Era por haber desestimado un informe de Sir Colquhoun Grant —los hacía llegar a Wellington a través de él— sobre la inminencia de un ataque a Charleroi, tras el cual l'Armée du Nord se dividiría en dos columnas; la menor avanzaría sobre Genappe y la mayor buscaría batalla con el Niederrheinarmee; una vez lo destrozara se reuniría con la otra, para ofrecer a Wellington un choque decisivo. El ver que aquellas profecías se cumplían le llevó a la decisión de galopar en plena noche hasta la Rue de la Montagne du Parc, para poner a Wellington en antecedentes y ofrecerle su cabeza, en el entendimiento de que si sobrevenía un desastre parte de la culpa la tendría él. Wellington, para su sorpresa, no dijo nada. Conocer aquello unas horas antes no le habría hecho cambiar sus planes, los que Constant-Rebecque había destrozado del modo más irresponsable. No quiso explicar al contrito Dörnberg la razón de su imperturbabilidad; su castigo sería ése, la incertidumbre. Se limitó a indicarle que aguardara en su despacho mientras él se arreglaba. Tras eso, con Somerset y De Lancey, saldrían hacia Les Quatre Bras.

06.00 h.

Blücher se había subido a su *charger* nada más amanecer, de mal humor y más gruñón de lo usual. A diferencia de Gneisenau, todo cálculo, precisión y estudio

exhaustivo de los detalles, él juzgaba las situaciones a partir de lo que decían sus tripas, que aquella mañana se mostraban convencidas de que algo no iba bien, de que aún iría peor y de que su Generalstabschef habría debido andarse con menos miramientos cuando escribió a Bülow, sin recordar que, habiendo tenido la oportunidad de corregir tanta cortesía, no lo quiso hacer. La posición Saint Amand-Ligny-Sombreffe había sido estudiada en todos sus detalles y nunca se cuestionó que sería un bastión infranqueable, pero aquellas reflexiones partían de considerar que alinearía ciento veinticinco mil hombres y doscientos veintiséis cañones, no noventa mil y ciento setenta y ocho. Cierto que aun así el número seguía de su parte, pero el II era muy flojo. Buena parte de sus efectivos eran infantes *landwehr* nacidos en territorios que hasta poco antes lo último que desearían en esta vida sería formar parte de Prusia, reclutados a la fuerza y cuya lealtad se consideraba dudosa, por expresarlo, como hacía Nostitz, con suavidad diplomática. De diez mil a veinte mil de sus recién uniformados infantes, y no menos de dos mil de sus jinetes sin caballo, a poco que vieran mal la situación saldrían corriendo, y quisiera Dios que al menos lo hiciesen hacia el Rhein, no hacia la línea francesa.

Gneisenau escuchaba el rosario de gruñidos con expresión grave aunque sin prestar atención. La tenía puesta en los detalles, el lugar donde mora el Diablo. Los que barajaba mientras avanzaban hacia el molino Bussy, en Brye —identificado en su Ferraris como «colina 162»—, no eran tan negativos. Bonaparte, debía de ser verdad lo que filtró Álava, estaba en baja forma, porque de otro modo no se comprendía que a esas horas no estuviera cargando contra sus *armeekorps*, el I a media distribución en la primera línea de contención, el II sin haber terminado de ocupar sus posiciones en el segundo escalón y el III aún marchando desde Mazy. El Bonaparte no ya de Iéna, sino el de Montmirail, no habría perdido un minuto. Se habría reorganizado a lo largo de la noche, se habría desplegado en posiciones de ataque antes del amanecer y habría saludado a la luz del día con la salva de tres piezas con que la cortesía militar señalaba el comienzo de las carnicerías. No le sorprendió que no lo hiciera, pues sus patrullas no cesaban de verificar lo que sucedía en el campo francés, donde tampoco las cosas estaban bien. Casi toda su artillería, su III Corps d'Armée y su Garde Impériale seguían sin cruzar el Sambre; tras eso tendrían veinte kilómetros de marcha para llegar frente a ellos, lo cual hacía imposible que abriera el baile antes de mediodía, si no alguna hora después. Eso le daba un buen margen, no sólo para colocar sus *armeekorps* sino para reunirse con Wellington y asegurarse de que colaboraría. El hueco que dejaba el IV debería ser cubierto por un par de divisiones británicas, y dada la forma en que Napoleón desplegaba sus dos alas, y si fuera verdad lo que Müffling decía en papel de His Grace, el Niederrheinarmee quizá se hallaba en situación de alcanzar una victoria decisiva. Lo malo era que no se lo creía. Difícilmente Sir Arthur sería tan generoso como para permitir que las armas

prusianas triturasen a Bonaparte y quedaran bien colocadas para emprender la carrera de París. Ése no sería el Wellington que intuía tras su imperturbable fachada, la que tanto ensalzaba Blücher; debía estar tramando alguna jugada de calibre similar a la que prepararía él si se hallase al mando y no estuviera condenado a llevar por el buen camino, lo que cada día consumía más tiempo, al miope, obtuso e intelectualmente despreciable Blücher, por el que cada día que pasaba sentía menos cariño. De ahí las pocas lágrimas que derramaría si algún providencial disparo francés hacía para Prusia el más de agradecer de los servicios, aunque no caería esa breva, se decía con amargura.

—¿Hay noticias de Wellington?

—Tras el último mensaje de Müffling, ninguna.

—Deberíamos hacer algo, ¿no te parece?

—Pensaba enviar a Brünneck a Les Quatre Bras, para invitarle a que venga. También podríamos ir nosotros —a Blücher no debía parecerle mala idea, porque asentía—, pero entre unas cosas y otras no estaríamos de regreso antes de la una, y para entonces ya tendremos aquí a Grouchy, o al propio Bonaparte. Debería venir él. Al fin y al cabo, está menos presionado.

Blücher no necesitó pensárselo; en general, nunca lo hacía. Para pensar estaba Gneisenau.

—Envíalo, pues. Cuanto antes.

No necesitaba preguntarse por qué Gneisenau había elegido a Brünneck. Un oficial joven, despierto, de muy buen trato y que, a diferencia de lo usual, hablaba un excelente francés.

06.30 h.

El Graf Kleist, en Trier, releía la orden de Gneisenau enviada la noche del 13: trasladar el Norddeutsche Bundeskorps a la fortaleza de Arlon, en el ducado de Luxemburg. No necesitaba mirar su *Le Capitaine* para entender que con aquel movimiento se convertía en el quinto Armeekorps del Niederrheinarmee. Según tenía decidido desde que recibió la orden de marchar a Trier, era el momento de sentirse muy mal, lo que además sería verosímil porque desde hacía días lucía una cierta ictericia; su estado mayor la imputaba piadosamente a que había comido algo en mal estado, aunque la sospecha general era que si algo le ponía de veras enfermo era la certeza de que, tarde o temprano, se vería obedeciendo a Gneisenau. Pues visto para sentencia: en cuanto llegaran sus jefes de brigada les anunciaría su retiro temporal por causas de salud y entregaría el mando al más antiguo, un Generalleutnant Engelhardt ya sesentón que mandaba las tres brigadas Hessen-Kassel. Tras eso se metería en su cama y allí se quedaría unos cuantos días. En cuanto a Gneisenau, que se fuese al diablo.

07.15 h.

Los exploradores habían identificado al enemigo: la II división holandesa. Según el manual de campaña sólo eran cinco mil hombres, pero Reille pensaba que había más. Por muchos que fueran, opinaba Ney, no llegarían a ocho mil, porque ni Wellington ni nadie organizaba sus fuerzas en divisiones más grandes. Él ya contaba con las de Bachelu, Foy, Piré-Hippolyte y Lefebvre-Desnoëttes, que totalizaban nueve mil cuatrocientos infantes y tres mil cuatrocientos jinetes, así como veinticuatro cañones. No bastarían para desalojar a bajo coste un enemigo de cuantía indeterminada que se ocultaba en dos bosques, una granja fortificada y un caserío que también debía estarlo. No quería quemar la oportunidad que tan por los pelos le concedía l'Empereur —recordaba el consejo de Mortier: «coge lo que te dé y no discutas, porque si Metternich no se hubiera cargado a Berthier ni te habría llamado»—, de modo que decidió aguardar la llegada de la 6.^a y la 7.^a. Entre las dos aportarían nueve mil ochocientos infantes, suficientes para organizar una pinza, la infantería en los bosques y la caballería por los flancos, con lo cual Perponcher-Seldnitsky se retiraría para unirse a las lejanas fuerzas de Wellington. Disponía por lo menos de diez horas para forzar la situación, así que nadie podría criticarle que aguardara la llegada de refuerzos. Todo fuera por sufrir pocas bajas.

07.30 h.

El Prins Willem había llegado a Les Quatre Bras. Él y su escolta, sin refuerzos. Constant-Rebecque y Perponcher-Sedlnitsky no contaban con ellos, o no si hubieran de llegar desde Nivelles o Braine-le-Comte. Las unidades más cercanas eran las que Wellington mantenía bajo su mando y que suponían de camino gracias a un mensajero del coronel De Lancey llegado minutos antes, pero habrían agradecido un milagro, pues no eran capaces de imaginar las razones que pudiera tener Ney para no aplastarles. El Joven Sapo tampoco sabía mucho, por no decir que no sabía nada. Ni siquiera si sería o no del interés de Wellington luchar por aquel cruce de caminos, aunque al menos entendía que, lo quisiera o no, ahora no tenía más remedio que conservarlo en su poder, so pena de perder una valiosísima división en tres cuartos holandesa y en un cuarto de Nassau. No se podía permitir el lujo de abandonarles, por lo que daba por seguro que vendría. Lo que no era capaz de predecir era cuándo.

Mientras charlaban apareció un oficial prusiano, el Major Brünneck. Venía por orden del Graf Gneisenau para explicar a Lord Wellington la situación del Niederrheinarmee y conocer la del Army of the Low Countries, y si había ido a Les Quatre Bras era porque Müffling les indicó que allí estaría. Ellos no sabían cuándo llegaría, le contestó el Prins Willem; Brünneck podría elegir entre salir a su encuentro

por el camino de Bruselas o esperar a que llegase, lo que no tardaría en suceder si había salido al amanecer, como acostumbraba. Para un jinete como Wellington, y con los purasangres que montaba, los cuarenta kilómetros que había entre Bruselas y Les Quatre Bras supondrían dos horas y media. De ahí que, con afabilidad principesca, le invitase a desayunar con ellos y a explicarles qué tal estaba el Niederrheinarmee tras el día tan perro que les había dado Boney.

07.45 h.

Lady Magdalene y Siobhán, su doncella y confidente de toda la vida, salían de Bruselas en el carruaje de Sir William con la sola compañía del cochero y un soldado cuya misión oficial era llevar al capitán Mitchell, jefe de la oficina en Amberes del QMG, las últimas órdenes de His Grace, aunque la oficiosa era más importante: cuidar lo que más valía en este mundo para el preocupado Sir William, el mismo que flanqueando a Lord Wellington y precediendo la comitiva de mando —Lord Fitz-Roy Somerset y Sir Edward Barnes, los ADC de todos ellos, los generales Müffling y Dörnberg, y el *entourage* del duque, compuesto por el doctor Hume, el reverendo Briscall, el *valet* Tesson, el cocinero Thornton y el inclasificable Beckermann—, más el escuadrón de *light dragoons* que les escoltaban, dejaba el *hôtel* de la Rue de la Montagne du Parc para emprender el camino de Les Quatre Bras. A Lady Magdalene, que había ya visto pasar a la V División, le faltaba ver a su marido; de ningún modo pensaba dejar el balcón sin decirle adiós con la mano, y hasta lanzarle un beso si tal cosa no chocara con su férrea reserva escocesa. Se conformó con lo primero y hasta supo devolver el amable saludo de Wellington, que se había descubierto al pasar frente a su casa. Era un cierre magnífico para el hermoso espectáculo que contemplaba desde que Sir William saliera para reunirse con His Grace. Aunque fuera tan monótono como suelen ser los de naturaleza militar, no quería perder la última oportunidad de ver a su marido. Aún conservaba el íntimo calor que le dejó en su apasionada despedida, en el corazón y algo más abajo. Sabía qué significaba casarse con un coronel, de modo que no tenía derecho a maldecir su mala suerte, pero aun así sentía una considerable angustia, pese al consuelo que le brindaba la prosaica Siobhán: al ser el puesto de Sir William tan cercano a Lord Wellington nada malo le podría suceder, ya que los generales rara vez caían, pues bien se preocupaban de no ponerse donde silbaran las balas, de modo que quienes combatieran a su lado estarían tan a salvo como ellos. Era un razonamiento incontestable, lo aceptaba; en la Península, su marido y Wellington estuvieron juntos en a saber cuántas batallas y ninguno sufrió un mal rasguño. No habían derramado más sangre que la inevitable al afeitarse, aunque por mucho que se lo repitiera no lograba quedarse tranquila. Ser una viuda de veintidós años no le apetecía en absoluto.

08.30 h.

Álava, tras escribir una breve carta para Cevallos, sólo había dormido tres horas, lo que para él era nada. De ahí que no estuviera de buen humor. Cabalgando junto a él, su ADC tampoco hablaba, ni mostraba mejor talante. No sólo por el sueño que tenía —dejó el baile al amanecer, para darse con el general cuando regresaban los dos a la embajada y así saber que a las ocho y media, uniformados y desayunados, saldrían hacia Les Quatre Bras—, sino porque la imagen de Lady Jane, puesta de cuatro patas, no se le iba de la cabeza. Cerraba la formación el imperturbable Zurraspas. Como el viejo soldado que a fin de cuentas era, desde hacía días venteaba la guerra. De ahí que ya hubiera colocado los bultos de sus amos en las bestias de respeto, cargado sus armas y las del general —el chaval ya se las apañaría—, y estuviese listo para emprender el camino. Él no iría tan lejos como su amo; se quedaría en Genappe, en la casa que Sir William reservó para los comisionados ruso, austríaco y español, sus *aides-de-camp*, sus criados y sus monturas. Su función sería procurarse víveres —llevaba sobrados, pero los soldados veteranos saben que nunca estorban— y vigilar que todo estuviera en condiciones para que a la noche Don Miguel y Don Nicolás, si volvían, cenaran bien y descansaran mejor.

Pasaban frente al Bellevue cuando el general comentó a su ADC que presentaba una facha excelente. Miniussir se lo quedó pensando. El uniforme de oficial de los Reales Ejércitos, distintivos de grado aparte, desde la promulgación de la Ordenanza de 1768 comprendía una levita de color azul con divisa grana y unos pantalones que debían ser de franela blanca en verano y paño carmesí el resto del tiempo, un diseño que nada tenía que ver con el británico, al punto que a cualquier soldado nervioso le podría sonar a francés, con los naturales y peligrosos efectos. Lo único que su jefe y él respetaban de la Ordenanza era la prenda de cabeza, un bicornio similar al inglés aunque adornado con la escarapela de los Reales Ejércitos, y con una cenefa blanca en el caso del general. Unas diferencias tan de matiz que pasarían desapercibidas. El teniente general Álava bien podría presentarse como General Sir Michael d'Álava, y el capitán a media paga Nicolás de Miniussir como Major Nicholas Miniussir. His Grace lo había pedido así para que nadie desconfiara del que quizá terminara siendo su noveno ADC.^[163] Un papel que al fingido Major no le disgustaba. Tenía presente la profecía del general; no sabía cómo, pero aquel hacer unos días de *british major* igual resolvía su porvenir.

09.30 h.

La comitiva de Wellington había rebasado a los *brunswickers*, que marchaban en cabeza. Se hallaban a mitad de camino, de modo que De Lancey susurró que hasta las dos, si seguía sin llover, Perponcher-Sedlnitsky debería resistir sin ayuda. Wellington

asintió al tiempo de saludar al duque Friedrich-Wilhelm, que cabalgaba junto a su segundo, el Major Brandenstein. Atravesaban Waterloo, dejando a su derecha la iglesia de Saint Joseph y a su izquierda la requisada fonda Jean de Nivelles. Wellington marchaba con prisas, pues quería comprobar cuanto antes la situación de Perponcher-Sedlnitsky. También, al adelantar a las unidades que integraban la columna —saludando a sus banderas— hacía saber a sus oficiales que los alegres días de danzar hasta la madrugada se habían terminado. Ahora llegaban los de bailar con los franceses. De ahí venían ciertos cambios en los que sólo reparaban sus ADC. Uno era que no vestía ninguno de sus majestuosos uniformes —su preferido no era el de Fieldmarschal inglés; con frecuencia se dejaba ver de capitán general de los Reales Ejércitos, cuyo diseño se adaptaba mejor a sus gustos personales, pues al no estar reglamentado le permitía ir como le daba la gana—, sino una levita gris bastante sencilla, unos pantalones de franela blanca y un bicornio negro en el que Tesson había cosido las únicas notas de color de su muy sobria fachada: las escarapelas de Inglaterra, Portugal, España y el VKN. A sus próximos no les sorprendía, pues era su vestimenta de campaña; las tropas la conocían, y si bien jamás le vitoreaban —lo tenía prohibido; dar libertad para ensalzar y aplaudir era también darla para criticar y abuchear; el soldado, en su criterio, estaba para combatir, saquear, sobrevivir o perecer, y llegado el caso cobrar su paga, pero jamás opinar— sentían alivio cuando le tenían a la vista, calmado e impassible por muchas granadas que cayeran a su alrededor, lo que incrementaba no sólo su confianza, sino su moral de victoria.

Otro cambio era su montura; en Bruselas solía exhibirse sobre sus purasangres ingleses, cuya sola vista despertaba la envidia de los que sabían de caballos, pero aquel viaje lo emprendía sobre *Copenhagen*, un *field hunter*^[164] alazán de gran alzada y del cual se decía que no sólo resistía un día de operaciones —lo que podría significar sesenta millas con su jinete a cuestas, y Wellington no era de los ligeros—, sino que ni siquiera relinchaba cuando veía pasar entre sus patas proyectiles de doce libras; era una bestia joven, tan imperturbable como su amo y no menos intratable —más de un mozo de cuadra se había jubilado antes de tiempo a causa de alguna coz bien apuntada—; no era elegante ni distinguido, ni veloz pese a ser hijo de *Meteor*, un semental muy apreciado por los criadores, y *Lady Catherine*, una yegua que de potranca quedó colocada en el Epsom Oaks de 1803; su primer dueño lo hizo correr al cumplir tres años, esperando que saliese a su madre, para quedar decepcionado al ver que siempre llegaba el último, cuando llegaba, porque no era infrecuente que sus *jockeys*, que lo detestaban, desmontaran por las orejas, pero si Hookie lo prefería para los asuntos serios (cazar zorros, ciervos y Bonapartes) sería por algo. El último indicio de que todo era distinto era su silla; la de pasear por Bruselas lucía desnuda, pero la de aquella mañana llevaba sujeta una valija; contenía un recambio de ropa, y no sólo por si se veía en la necesidad de pernoctar lejos de su *valet*, sino por si se

notaba más sucio de lo admisible —sus más próximos sabían que para los asuntos relacionados con el aspecto físico era no ya exigente, sino maniático—; lo que no tenía relación con sus costumbres higiénicas era lo que guardaba en el hueco de la pistola: un portafolio de campaña con papel, plumas, tinta, secante y lápiz. No confiaba en que su QMG o su secretario contaran con todo eso en todo momento. Jamás incurriría en el riesgo de dar órdenes verbales, salvo si le conviniera darlas; una situación, la última, rara en él, aunque a lo largo de aquella campaña quizá necesitase dar alguna, para en el caso de que algo saliera mal poder decir que no había mandado nada. Los grandes generales, bien lo sabía, no eran los que más acertaban, sino a quienes menos errores se les podía probar.

De Lancey, antes de salir, había enviado una bandada de mensajeros a las divisiones de infantería y a las reservas de artillería y caballería, con instrucciones de que a su regreso le dijeran dónde y cuándo las habían encontrado, y cuándo preveían sus jefes alcanzar los lugares de concentración que tenían asignados. La lluvia de órdenes que Wellington comenzó a emitir a la caída de la tarde había creado una gran confusión; su trabajo era resolverla, pero el ejército estaba tan disperso que le llevaría tiempo. Temía, también, que algunas de las órdenes no hubieran alcanzado sus destinos, por no disponer de suficientes oficiales para lanzarlas por triplicado. El que Wellington hubiera despeñado tres conjuntos con escasas horas de diferencia, empezando al anochecer y terminando al amanecer de una de las noches más cortas del año, no era propio de un ejército bien organizado, ni de un jefe que tuviera las ideas claras. Sobre todo, era inadecuado que al tiempo de dictar tales órdenes se hallara participando, con buena parte de sus mandos, en una fiesta innecesaria e intempestiva. Bien sabía que Wellington, en la Península, estiraba su suerte más allá de lo razonable, aunque sin hacer que su gente se implicara. Lo hacía él solo, como cuando andaba enfrascado con la escandalosa Madame de Quintana. En la Península, por si fuera poco, se las veía con mariscales más o menos ineptos, pero allí tendría enfrente a Boney en persona. Demasiadas ventajas eran las que His Grace le concedía. Dios quisiera que se confundiera, pero en su fría opinión profesional el Army of the Low Countries avanzaba derecho al desastre; de un modo, eso sí, elegantísimo.

Wellington cabalgaba muy pensativo. Aun así, de vez en cuando se dejaba interpelar por algún acompañante. Uno muy asiduo era Müffling, a la sazón inundado de dudas. Una era tan fuerte como para sugerir un despliegue agresivo, no a la espera de lo que hiciera Bonaparte. Wellington no necesitó pensarse la respuesta; un tanto desganado explicó que si algo intentaba evitar, en aquella campaña y en todas las que había emprendido, era realizar movimientos en falso. Prefería moverse más tarde del momento adecuado a deshacer sus acciones, lo cual generaría no sólo cansancio innecesario, sino confusión logística, que a su entender era la peor. De ahí que

ordenase mantener las posiciones en el área de Mons, lo cual, a los ojos de Müffling, daría lugar a que no contase con una fracción importante de su fuerza si se viese atacado por el grueso de l'Armée du Nord. Ciertamente, podría suceder, pero lo malo de mandar un gran ejército, añadía con evidente hastío, era que asumir riesgos resultaba inevitable. De ahí que prefiriese tomar sólo aquellos que hubiese calculado con suficiente detenimiento. Lo que se preguntaba el contristado Müffling —la displicencia de Wellington le resultaba más hiriente que los sarcasmos de Gneisenau— era si habría calculado alguno. Por lo que llevaba visto de cómo planteaba la campaña, la especialidad de His Grace era la improvisación.

10.00 h.

Grouchy regresaba de ver al Emperador. Sus instrucciones eran atacar la línea enemiga en dos columnas, la izquierda (IV Corps d'Armée) contra Saint Amand y la derecha (III) contra Ligny, flanqueadas por sus dos *corps de chevalerie*. La Garde Impériale permanecería en reserva. El ataque debería comenzar cuando los cuatro *corps* dispusieran de sus efectivos al completo, lo que Soult estimaba sobre las dos. L'Empereur habría preferido que fuese antes, pues había riesgo de tormenta, pero no sería sensato lanzarse contra noventa mil hombres con menos de los setenta mil que tendría Grouchy una vez llegaran las últimas unidades. El retraso del III, que a su vez provocó el del VI y el de la Garde Impériale, le costaba no atacar a la hora prevista, las diez de la mañana. Si sus órdenes se hubieran obedecido al pie de la letra, seguía refunfuñando, a esas horas Blücher tendría un *armeekorps* menos.

10.15 h.

Wellington se reunía con el Prins Willem, Constant-Rebecque y Perponcher-Sedlnitsky. A su primera pregunta, con qué fuerza contaban, escuchó que siete mil quinientos hombres de la II División y dieciséis piezas de artillería. Esperaban la llegada de la III, y también algunos escuadrones de la I de Caballería. No comprendían las razones de Ney para no hacer nada, salvo que les creyera más fuertes y esperase refuerzos. También podría ser, pensaba His Grace, que sólo pretendiera fijarle al terreno y que movilizara recursos, para lanzar así una maniobra envolvente por el oeste. A eso se debía su decisión de conservar entre Mons y Le Rœulx la IV Británica y la I de Infantería VKN, que totalizaban dieciséis mil seiscientos hombres y cuarenta cañones; de ningún modo se dejaría envolver, como Mack en Ulm diez años antes. Tras eso el Prins Willem comentó que andaba por allí un tal Brünneck, enviado por Blücher para conocer sus intenciones, pues de lo que pensase hacer él dependía lo que hiciera el Niederrheinarmee. Según les dijo en buen francés, Blücher contaba con tres *armeekorps*; no serían suficientes para defender su

posición si Boney les echaba encima cuatro *corps d'armée* y la Garde Impériale, al punto que Gneisenau hablaba de replegarse hacia Gembloux. Era la peor noticia que le podían dar, se dijo Wellington. Boney no iría tras Blücher con toda su fuerza; dejaría un *corps d'armée* a modo de interposición y se lanzaría sobre sus posiciones con más de cien mil hombres, a los que difícilmente lograría contener y de ningún modo derrotar. Alarmado, escribió una nota para Gneisenau en su más claro inglés, explicando que sus divisiones marchaban desde Bruselas y Nivelles hacia Les Quatre Bras, donde se coordinarían con el Niederrheinarmee, con lo cual quizás el otro entendiera lo que no le decía, que iría en su ayuda de ser necesario. Añadió que Ney parecía contar con dos *corps d'armée*, uno o dos de caballería y alguna fracción de la Garde Impériale. Cuantos más franceses pensara Gneisenau que se hallaban en Les Quatre Bras, menos creería tener enfrente, con lo que disminuirían sus deseos de largarse. Lo que pretendía dar a entender —sin decirlo— tampoco era cierto, pues hasta muy entrada la tarde no recibiría refuerzos en cantidad suficiente para despachar dos divisiones a Sombreffe, en el improbable caso que decidiese hacerlo, y para entonces ya sería tarde para Blücher. De todos modos, se decía tras mandar llamar a Brünneck, con aquello no era seguro que pudiese convencerle de presentar batalla. Iba viendo inevitable visitar el molino Bussy. Todo fuera por que al caer la noche su aliado y su enemigo estuvieran debidamente desangrados.

11.15 h.

Fouché había construido en Brabante y Valonia una densa red de información. Le fue fácil, pues durante veinte años habían sido provincias francesas. Era lógico, pues, que l'Armée du Nord conociera no sólo la composición del Niederrheinarmee y del Army of the Low Countries, sino la posición de sus unidades. Una de las órdenes que dio en los últimos días fue informar al cuartel general, en Mons, en Charleroi o en Namur —no podía ser más explícito; daba por hecho que alguno de sus espías cobraba también de Wellington—, de cualquier movimiento importante que se advirtiera en el ejército británico. De ahí que nada más amanecer diversos individuos emprendieran el camino de Charleroi dando amplios resguardos a la ruta natural. El primero, exhausto tras cabalgar más de setenta kilómetros, informó a La Bédoyère y luego a l'Empereur que la V División Británica —los «casacas rojas», especificaba —, los de Nassau (de verde) y los de Braunschweig-Wolfenbüttel (los de negro con calavera) comenzaron a salir de Bruselas a las cuatro de la mañana. L'Empereur no era tacaño con quienes le servían bien, y aquel seminarista nacido francés merecía los diez napoleones que mandó se le dieran. Tras eso se concentró en sus mapas y en las notas de Fouché. Aquellas tropas no eran el total de la reserva de Wellington, porque ni la caballería ni la VI División se acuartelaban en Bruselas; marcharían también hacia Les Quatre Bras, pero más retrasados por partir desde más lejos. Los Army

Corps de Hill y del príncipe Willem debían estar igualmente de camino, pero aun así era imposible que antes de las tres Wellington dispusiera en Les Quatre Bras de fuerzas tan numerosas como para frenar a Ney. Así pues, todo dependía de la prisa que se diera el inusitadamente cauto Maréchal; ya debería escuchar los cañonazos, pero sólo llegaba un silencio que no le gustaba nada. Sin dudar, ordenó a La Bédoyère que trasladase a Ney su deseo de que atacase cuanto antes y no se detuviese hasta Genappe, añadiendo que frente a él no había más de dos divisiones, inglesas u holandesas. Tras eso no quedaba nada por hacer en Charleroi. Era momento de salir hacia Fleurus, donde Soult había instalado el cuartel general. Así, aupado por Alí, se subió en *La Marie*, la que prefería de sus tranquilas yeguas blancas. Pocos sabían que rara vez eran francesas; aquella, sin ir más lejos, era una purasangre de MecklenburgSchwerin, el ducado natal de Blücher. Quizás incluso procedía de sus cuadras.

11.30 h.

La última vez que pasó por allí fue a la vuelta de Chimay, se decía el general Álava con un punto de nostalgia. No recordaba nada, pues el paisaje no podía ser más anodino; bosques, centeno, granjas y una carretera recta pero muy ondulada. Si no fuera por los cientos de soldados que ocupaban el cruce y se repartían a izquierda y derecha, y que debían de ser la reserva de Perponcher-Sedlnitsky, pues el grueso se desplegaba en los bosques y en la granja que se divisaba un kilómetro más lejos, habría pasado de largo sin siquiera suponer que aquella encrucijada era ese Les Quatre Bras que de un modo nada disimulado había maldecido Wellington. A la encrucijada y a unas cuantas cosas más.

Tras saludar al muy serio Constant-Rebecque, le preguntó por dónde andaba His Grace; el otro contestó señalando un pino cercano, bajo cuya sombra se había tumbado Wellington con un periódico tapándole la cara. Un despliegue familiar, se dijo Álava; su amigo poseía un valioso don, el de dormir profundamente casi a voluntad. Gracias a eso conseguía irse a la cama rara vez antes de medianoche y estar en pie, aseado, afeitado y perfectamente atildado, a la salida del sol.

—¿Hace mucho que se puso ahí?

—Como un cuarto de hora. Cuando acabó de flagelarme. Álava sonrió al abatido general. Wellington era para conocerle, y lo primero que un oficial debía tener por ley divina era que tomar iniciativas arriesgadas contradiciendo sus órdenes costaba un consejo de guerra cuando todo salía bien. Tras eso caminó hacia donde yacía The Beau con la cabeza tapada por *The London Gazette*. No estaba dormido, porque al sentir que alguien se acercaba se despojó de la prensa y alzó la cabeza en un gesto nada simpático, aunque lo dulcificó al momento.

—Hola, Miguel. No viste nada de lo de Charlotte, ¿verdad? —lo decía mientras

se levantaba—. No lo lamentos, porque no fue gran cosa. ¿Quién es el último con el que te has cruzado?

—Dejé atrás al 28.º, el de Belson, a las diez y veinte, frente a Mont-Saint-Jean; marchaban a buen paso, marcando el ritmo al 92.º. Les tendremos aquí a las dos y media, si no se paran. Tras ellos venían los *brunswickers*, algo más despacio. Parecían sin fuelle. Son menos duros de lo que se podría pensar de sus calaveras y de sus uniformes de osario. Deberías arroparles —His Grace tomó nota para sí mismo; haría que De Lancey distribuyera los refuerzos según fueran llegando, con cuidado de mezclar las unidades veteranas con las de reclutas y novatos; sería, también, un buen pretexto para no llevarle a Brye—. Constant-Rebecque anda un poquito mohíno. ¿Le has reñido mucho?

—Le habría fusilado, pero con Ney ahí —señalaba el bosque de Bossu— sería una medida mal vista. ¿Por qué carajo se habrá puesto a pensar? —Álava no contestó; su experiencia con His Grace predecía un largo y amargo soliloquio—. Si el maldito majadero se hubiera limitado a obedecer, a estas horas Ney andaría desparramado entre Fleurus y Genappe, al frente de un solo *corps d'armée* y, como mucho, uno de caballería. Estaría peor que Marmont en Salamanca y le haría pedazos exactamente igual, de la misma forma. Boney, mientras tanto, se habría lanzado con cien mil hombres contra Blücher. A la noche los dos estarían hechos polvo, lo que quedase del uno marchando hacia Namur y no más de dos tercios del otro siguiéndome hacia Mont-Saint-Jean. El domingo seríamos cien mil contra no más de setenta mil, y aunque Boney lo supiera no tendría más opción que atacar, pues lo contrario sería darse por vencido y aceptar que lo había perdido todo. Este imbécil me ha costado que Ney tenga dos *corps* en lugar de uno, que a la noche tendré unos cuantos miles de bajas más de las esperadas y, lo peor de todo, que Blücher no estará tan averiado como debería, ni Boney tan maltrecho. Ya ves, Miguel, lo que puede suceder cuando un cretino iluminado por el Altísimo desobedece sus órdenes, abandona su posición, destroza la estrategia de su jefe y compromete la suerte de la campaña. Le salva no ser inglés. Si lo fuera ya estaría columpiándose de una rama —cualquiera que no conociese al Wellington de las batallas pensaría de aquellas palabras que sólo eran una elegante figura de dicción, propias del muy británico sentido del humor de His Grace, pero Álava sabía que no, que hablaba con el corazón y que Constant-Rebecque tenía una inmensa suerte, la de figurar en la nómina del Koning Willem—. Gneisenau me mandó un propio esta mañana, un *major* que habla un buen francés. Lo comento para te hagas una idea de mi mosqueo. Si sólo quisiera transmitirme algo y esperar respuesta se habría servido de cualquiera, pero el tal *major* quería detalles. El sajón de los demonios igual está pensando rehusar la batalla y retroceder hacia Gembloux para reunirse con su IV Armeekorps. De ahí que piense ver a Blücher. Seremos tú, yo, Dörnberg, Müffling, Somerset y unos cuantos ADC. Por cierto, me

gustaría que llevaras a tu chico y a sus orejas.

—¿Y De Lancey?

—Le dejaré aquí. Alguien deberá distribuir los refuerzos a medida que vayan llegando.

Al general no le costó un segundo de reflexión encontrar el sentido final de que Wellington se guardara en un bolsillo el estado de situación que hizo firmar a De Lancey. Todo tomaba cuerpo ante su cómplice mirada. El que le llevase a la reunión con Blücher, también. De nuevo, y no podría decir que sin ganas, se transformaba en el QMG del Duke of Wellington.

—¿Cuándo nos vamos?

—Ya. Estaba esperándote. Dije a Brünneck que llegaríamos sobre las doce. Ya sé que no hay tanta distancia, pero prefiero ir despacio. Según el Ferraris, la carretera discurre un tanto elevada sobre la línea Saint Amand-Ligny-Sombreffe. Me gustaría que precisaras si Gneisenau se ha desplegado para combatir o para retirarse a poco que las cosas se pongan difíciles. Te lo pido porque Müffling no me dejará en paz. Dado que de ti no se ocupará, ten la bondad de hacerlo por mí. Sobre todo, calcula cuánto adelgazará una vez Boney se le venga encima. Si le sangrara treinta mil hombres, o un poco más, estaría dispuesto a sumarme a los que le tienen por el mayor genio militar de la historia.

12.00 h.

Ney releía la orden que l'Empereur le había enviado a las once menos cuarto. Si los datos eran correctos, él sería superior a los holandeses en la proporción dos a uno, si no tres a uno. Lo sería si todas sus fuerzas se hallaran allí, pero no era el caso. Seguía esperando a que llegase la 6.^a, que por si fueran pocos sus males la mandaba el infame König Lustig.^[165] Debería estar allí antes de las dos. Atacando entonces aún habría tiempo para recorrer los seis kilómetros hasta Genappe y hacerse fuerte ahí. Reille, sin embargo, estaba por empezar, pues el tiempo, ya muy amenazador, podría empeorar, obligando a detener el ataque. Tenía sentido, Ney lo aceptaba, pero aun así no quiso ceder. De ningún modo querría verse ante Napoleón con el II reducido a cenizas, aun habiendo vencido. Aquella no sería la batalla decisiva, y su deber era conservar cuantas más fuerzas pudiese para el momento de vérselas con Wellington al completo, lo cual, con seguridad, no sería en ese cruce de caminos.

12.30 h.

Zieten había culminado el despliegue del I en la línea Saint Amand-Ligny, situándose tras dos arroyos que bajaban muy crecidos, el Grand Rye y el Ligne. Pirch colocaba el II tras el I, entre Brye y Ligny. A Thielmann no se le veía desde la

elevación donde la comitiva de Wellington se había detenido, pero aun así era evidente que no era en su posición donde se aguardaba el ataque principal; más parecía ser el cerrojo de una retirada en buen orden hacia Namur o Gembloux. La razón de haberse detenido en el punto más alto de la carretera de Sombreffe era de naturaleza inexorable, y es que hasta los mariscales ingleses de vez en cuando hacen pipí, si bien sólo se trataba de dar tiempo a su cómplice para que revisara con detenimiento la forma en que Gneisenau distribuía sus *armeekorps*.

La comitiva era nutrida, pues a la escolta regular se sumaba un escuadrón de húsares de Silesia mandado por un joven Major Zehelin; se habían extraviado en su retirada de Charleroi, y aunque Zehelin pensaba regresar a su aire aceptó pasar a ser escolta del general Müffling, quien parecía encantado de ver tantos y tan vistosos uniformes azules —lucían unos *dolmans* muy elegantes—, cabalgando a la par con los immaculados dragones ligeros del 11.º Regiment. Zehelin, que no sufría don de lenguas, llevaba toda la mañana sin comunicarse con nadie, salvo algún inamistoso *aide-de-camp* del general Constant-Rebecque; a eso se debía que agradeciese la compañía del Major Miniussir, cuyo perfecto alemán les permitía intercambiar datos sabrosos, en su mayoría de carácter frívolo aunque también de tipo profesional; por ejemplo, a Zehelin le parecía inconcebible, no por observación directa sino porque así lo había dejado caer Müffling, que Les Quatre Bras sólo estuviera defendido por una división de infantería y que las demás fuerzas de Wellington se hallaran muy lejos de allí. Tampoco entendía que al comentadísimo baile de la duquesa de Richmond hubiesen acudido tantos oficiales británicos, empezando por Wellington, cuando Bonaparte, a las mismas horas, machacaba sin piedad al I Armeekorps; tal cosa, sostenía, jamás entraría en el pensamiento de un general prusiano. Quizá por eso se quedara perplejo cuando escuchó de Miniussir que al menos sí entró en el de Müffling, pues le había tenido junto a él, bebiendo el mismo ponche aguado, en el baile de la duquesa. Tras eso, era inevitable, llegaron a un acuerdo de camaradas: todos los jefazos eran idiotas.

De nuevo en marcha, y con el molino Bussy a la vista, Wellington se desembarazó con alguna brusquedad del infatigable Müffling, empeñado en convencerle de que a medida que llegasen a Les Quatre Bras desviase hacia Saint Amand los *totenkopf*^[166] del Herzog Braunschweig-Wolfenbüttel, y se puso a la par con el comisionado español, cuyo gesto era el de tener algo que decirle.

—No se plantean salir corriendo a poco que las cosas se compliquen. Sus posiciones son firmes. Ahora, Boney les hará pasar un mal rato con su artillería. Están demasiado expuestos.

Wellington asintió; por bien que los prusianos se parapetasen, los proyectiles de doce libras les iban a masacrar. Le asombraba que alguien con la fama de gran estratega que tenía Gneisenau se mostrase tan a la vista. Él jamás se dejaría ver así,

tan expuesto como en un tiro al blanco. De aquello, lo encontraba seguro, Blücher saldría malparado. Su centro, en Ligny, era muy débil. Si cometiera el error de comprometer demasiado pronto sus reservas, y la cercanía del II al I así lo indicaba, saldría de ahí, si salía, tan vapuleado como de Lützen y de Bautzen. Aquella posición estaba estudiada para ser defendida con cuatro *armee corps*, no con tres. La consecuencia era evidente: Blücher y Gneisenau pensaban pedirle que pusiera el cuarto, y si no se comprometía levantarían el campo y marcharían al encuentro de Bülow, lo que a Boney le parecería la mar de bien, pues así podría volverse contra él con todo lo que tenía. Eso era, exactamente, lo último que deseaba.

12.45 h.

El Emperador, ya en el molino Naveau, en Fleurus, estudiaba no sólo la disposición de los prusianos, sino el molino Bussy, más allá de Brye, donde los muchos soldados que lo rodeaban le hacían pensar que allí estaba Blücher. De momento no quería tomar el mando, sino ver qué tal se las componía Grouchy. Sus *aides-de-camp* le observaban con curiosidad, porque no vestía el verde y blanco de los *chasseurs-à-cheval*, sino el azul de un coronel de su artillería montada. El bicornio era el de siempre, aunque su legendario redingote gris no aparecía por ninguna parte. Hacía un calor agobiante, pese a que unos sospechosos nubarrones hacia el oeste indicasen que la jornada terminaría en otro diluvio. A l'Empereur le inquietaba que del mismo ángulo no llegara un bramar de cañones. Impaciente, ordenó a Soult enviar a Ney órdenes perentorias: atacar de inmediato. Mientras no oyera la voz de su artillería no pensaba dar a Grouchy la orden de hacer lo propio. Lo último que se podía permitir era una sorpresa por su flanco izquierdo, la muy lamentable de que Wellington rehuyera el combate con Ney y se lanzase contra él. No creía que pudiera suceder, pero mientras no escuchase la hermosa voz de sus *belles filles*, las del II Corps d'Armée, no estaría tranquilo.

13.00 h.

Desde la plataforma que los zapadores del II habían construido en el molino Bussy la visibilidad era excelente, gracias a lo cual Blücher y Wellington verificaban que Bonaparte aún no estaba listo. Sus fuerzas visibles no subirían de cincuenta mil hombres, aunque no cesaban de llegar regimientos. Su disposición sugería un ataque repartido en dos columnas de infantería flanqueadas por masas de caballería. Con eso comprometería dos *corps d'armée* y dos de *chevalerie*. Le quedarían, en reserva, uno de los primeros, otro de los segundos y la Garde Impériale. Dadas la situación y la orientación de las piezas de artillería, el arma favorita de Bonaparte, lo primero que oirían sería un gran concierto de *belles filles*, que haría estragos entre las mal

colocadas fuerzas de Blücher, cosa que Wellington no pensaba decirle. De ningún modo pondría en peligro una cosa tan magnífica.

Tras el estudio de las fuerzas en presencia, los comandantes en jefe y sus respectivos equipos se reunieron en el interior del molino. Por el Niederrheinarmee participaban el Fürst Blücher, el Graf Gneisenau, el Generalmajor Grolman, el Oberst Reiche, el Oberst Aster, el Oberst Clausewitz, el Graf Nostitz, el Fürst Thurn und Taxis y el Colonel Hardinge. Por el Army of the Low Countries, Lord Wellington, Lord Fitz-Roy Somerset, el Major-General Dörnberg, el Generalmajor Müffling y el General d'Álava, más dos docenas de *aides-de-camp* prusianos, británicos o asimilados. La reunión se celebraría en francés; Müffling actuaría como intérprete de Blücher. Las primeras espadas se congregaban alrededor de una mesa rectangular, lo suficientemente amplia para que se pudiera desplegar una copia prusiana del gran mapa Ferraris; Wellington habría preferido el suyo, un combinado del Ferraris y el Capitaine levantado ad hoc por el Major Oldfield, de los Royal Engineers; no lo mejoraba, pero había sido adaptado a la simbología de la cartografía militar británica, lo que resultaba de ayuda cuando no sobraba el tiempo y quienes debían interpretarlo no eran oficiales avisados. Las fuerzas prusianas estaban representadas con todo detalle, incluyendo al IV Armeekorps, que a esas horas atravesaba Perwez, doce kilómetros al noreste de Gembloux. Las francesas aparecían con acuerdo a lo que se apreciaba desde lo alto del molino, a lo que decían las patrullas y a lo que indicaba el general Álava, que para sorpresa de Grolman y Gneisenau —se preguntaban por qué De Lancey no habría venido— se comportaba más como un QMG que como el comisionado de un ejército lejano. Sumando las tres fuentes de información parecía determinarse que frente a las posiciones prusianas se alineaban, o se hallaban camino de hacerlo, tres *corps d'armée* (Gérard, Vandamme y Mouton; Müffling, que describía la situación por mucho que no hiciese falta, prefería identificar a las unidades francesas por el nombre de sus jefes), tres de *chevalerie* (Exelmans, Pajol y Milhaud) y la Garde Impériale (Drouot), salvo su caballería ligera; ésta, junto a los *corps* de Reille, Druet y Kellermann, estaba en Les Quatre Bras. Las fuerzas que se verían con el Niederrheinarmee parecían al mando de Grouchy, aunque nadie dudaba que Bonaparte acabaría por asumirlo. A las otras las mandaba Ney.

Tras aquella detallada introducción, a nadie le sorprendió que Gneisenau preguntara —en inglés— cuál era el despliegue del Army of the Low Countries —*Where is your army, Your Grace?*—, a lo que respondió el propio Wellington, sin palabras, pues de un modo un tanto teatral extraía de su bolsillo un par de hojas cuidadosamente dobladas, las mismas que Álava le había visto guardar horas antes. Las depositó sobre la mesa frente a Gneisenau, Grolman y Müffling, para que fueran leídas en voz alta por el último, el cual reconoció la letra y la firma del coronel De Lancey, así como la hora en que se había fechado: las cuatro menos cuarto de aquella

mañana. Las leyó con detenimiento y nadie le interrumpió, aunque al final Gneisenau creyó conveniente resumir lo que había escuchado:

—Si he comprendido bien, su ejército, a la hora en que se firmó este cuadro de disposición, marchaba sobre Les Quatre Bras o ya se había concentrado allí —Wellington no dijo nada; comportarse como una esfinge le salía estupendamente—; la I División Británica marchaba de Braine-le-Comte a Nivelles; la II, lo mismo; la III estaba entre Nivelles y Les Quatre Bras; la IV iba desde Audenarde a Braine-le-Comte; la V marchaba desde Bruselas y la VI desde Assche; la I División Holandesa marchaba desde Sotteghem a Enghien; la II y la III ya estaban en Les Quatre Bras; su reserva de caballería marchaba desde Ninove, salvo la 3.^a Brigada, que lo hacía desde Mons —Dörnberg asintió; le admiraba que Gneisenau declamase todo aquello de memoria, sin servirse de notas—; la caballería holandesa marchaba desde Braine-le-Comte y los contingentes de Nassau y Braunschweig-Wolfenbüttel, por último, lo hacían desde Bruselas. ¿Es así, o en algo estoy equivocado?

—Su Excelencia lo ha captado tal y como dice ahí —Wellington señalaba el documento firmado por De Lancey,^[167] por entonces en las manos de Müffling, que lo sostenía para que Grolman y un inesperado Clausewitz lo transcribieran en sus diarios de operaciones, en alemán.

—¿Podremos contar con refuerzos británicos, toda vez que las fuerzas de Ney en Les Quatre Bras no parecen capaces de causar graves dificultades a Your Grace?

La pregunta era tan directa como la mirada de Gneisenau, más de halcón suspicaz que nunca. No había más opción que responder de igual forma, y Wellington no dudó en hacerlo, si bien clavando sus ojos en los de Blücher, despreciando los de su segundo.

—Destacaré al menos una división para cubrir su flanco derecho, salvo si yo mismo soy atacado.

Müffling lo tradujo al alemán; tras eso Blücher asintió con solemnidad, obsequiando a Wellington con su mirada de más noble y leal reconocimiento. Álava sabía muy poco alemán, aunque le pareció que la frase traducida era demasiado breve. Quizá se debiese a que Müffling, duro de oído —por los muchos cañonazos que llevaba escuchados; a él le pasaba lo mismo—, sólo había captado la primera oración, pronunciada en tono firme y claro; la segunda, sin ser un susurro, no fue dicha igual. En cualquier caso, nadie reparaba en lo que a juicio de Álava sería un exquisito malentendido, pues era indudable que Ney atacaría en cualquier momento, si no lo había hecho ya. Con aquello, se decía viendo iniciarse la marcha de personalidades rumbo a las batallas de cada cual, el insuperable Wellington remataba su plan: conseguir que los prusianos marcharan alegremente al matadero mientras él se reservaba incólume. Ahora entendía que se hiciera con el estadillo de Sir William de la forma en que un cernícalo se lanzaría sobre un conejo. De Lancey, al escribir

aquello, pretendía resumir la posición que ocuparían las diferentes unidades doce horas después, cuando Chassé y Perponcher-Sedlnitsky ya no pudieran contener a Ney. Para que se hallaran en esos lugares en ese momento, poco después del mediodía, tendrían que haber iniciado la marcha mucho antes de cuando lo hicieron, lo cual era evidente para él y para Wellington, pero ni Müffling ni Gneisenau lo sabían. De ser éste consciente de que Wellington les dejaba vendidos, en el acto habría convencido a Blücher de levantar el campo y marchar a Gembloux. Si antes valoraba como nada en este mundo el talento estratégico de Wellington, aquello le llevó a reconocer la excepcional maestría de aquel hombre, capaz de mandar al Más Allá, sin pestañear, un mínimo de veinte mil prusianos, porque a Blücher no le saldría por menos su inexplicable confianza en un hombre que sólo se fiaba de sí mismo.

Los *aides-de-camp* marchaban tras sus jefes. El único que poseía el comisionado español —un signo de pobreza; nadie, allí, tenía menos de tres— se situó a estribor de su inexpresivo superior una vez éste culminó el trámite de saludar a cada uno de los miembros de la *canaille* prusiana.

—Mi general, el Freiherr Müffling no tradujo al completo lo que dijo His Grace. La segunda mitad se le quedó en el tintero.

—¿La de «si yo, a mi vez, soy atacado»?

—Esa misma, mi general.

—Ya. Bien, pues hará usted el favor de olvidarlo ahora mismo. ¿Conforme?

El aparente *major* no se sorprendió. Servir a las órdenes del general Álava era un curso continuo de no sorprenderse por nada, pero no era cosa de reflexionar sobre lo que aquello significaría porque ya estaban junto a sus caballos. Buenos animales, los dos. El suyo, cortesía de Wellington; si debía en algún momento ser uno de sus ADC, que se le viera tan bien montado como a los de verdad.

Mientras emprendían el camino, cerrando la formación —la tendencia natural del general era ser el matalote de más a popa^[168]—, Álava se decía que Wellington no había medido bien los riesgos. El más grave, a su entender, era que a Blücher le pasase algo, una hipótesis no improbable, ya que a sus setenta y dos años seguía comportándose con la imprudencia de un húsar de veinte. Gneisenau se haría con el mando y la colaboración entre los dos ejércitos se volvería complicada, pues por elaboradas que fueran la vesania y la perfidia de His Grace, el Army of the Low Countries no podría batir por sí mismo al Armée du Nord. Necesitaría del Niederrheinarmee o de lo que aún sobreviviera, y veía difícil que pudiera mangonear a Gneisenau, sin duda convencido de haber sido vilmente traicionado, con la facilidad con que hasta esa mañana lo había hecho con Blücher. No le costaría la campaña, pero sí la gloria, porque al no contar con el escarmentado sajón su mejor opción sería entregar Bruselas, replegarse sobre Amberes y esperar a que Schwarzenberg y Barclay de Tolly obligaran a Boney a replegarse. Desde ahí, las posibilidades de

Inglaterra de imponer a Louis XVIII en el trono francés —objetivo estratégico de la campaña; no necesitaba que Wellington se lo explicara— se volverían precarias.

Todo eso, por otra parte, le daba igual. Ni se le había perdido nada en esa guerra ni le iba nada en ella. Nada de tipo patriótico. Sus obligaciones eran representar a SCM en las cortes del rey Willem y del rey Louis, y en el cuartel general del duque de Ciudad Rodrigo. Eso era todo, y si lo hiciera sentado en su casa de Bruselas nada tendría que temer, pues lo último que buscaría Napoleón sería un incidente diplomático con un país que para bien no pintaría gran cosa, pero para mal podría volver a ser «la úlcera española». Si galopaba cerrando la formación y oteando hacia el sur, por si aparecían los húsares de Ney, era por su apuesta personal, no sólo por su deber de fidelidad hacia el hombre al que debía su libertad y pudiera ser que hasta su vida. Su porvenir estaba ligado al de Wellington, sobre todo si de aquella guerra éste salía coronado Salvador del Mundo, como decía el Zar. De ahí que su decisión estuviera tomada desde mucho antes de aquel día: con él hasta el final.

14.00 h.

A la 6.^a División le quedaba una hora de camino. Sin muchas ganas —en sus veinticuatro años de carrera Michel Ney llevaba disputadas más de cien batallas; conocía el aroma de la victoria, lo sabía identificar, y aquellos bosques y aquel mar de centeno desprendían un tufo que no le gustaba nada— ordenó iniciar el ataque, comenzando por un bombardeo contra las posiciones holandesas en la granja Gemioncourt. Después debería cargar al viejo estilo, soportando fuego de frente y por ambos flancos. La carnicería sería espantosa, pero no había mejor opción. Otra cosa sería si la maldita 6.^a División hubiera llegado ya, mas carecía de sentido protestar. Lo último que deseaba era ser retirado del mando por falta de coraje ante las posiciones enemigas, y después de todo —se decía para darse ánimos— el día de Borodino aún estaba peor y salió no sólo victorioso, sino coronado Prince de la Moscowa. Si había que morir, aquel de Les Quatre Bras sería tan bueno como cualquier otro.

—Reille, avanzando en dos columnas, el 72.^o y el 108.^o los primeros, una compañía de infantería ligera por delante y que Dios nos proteja.

14.15 h.

Desde hacía diez minutos, cuando el bramar del cañón les indicó que Ney se desperezaba, galopaban a mataballo, temiendo que del bosque de Hottu brotase un escuadrón de *chasseurs-à-cheval* y les amargara la jornada. La flema del duque, se decía el intranquilo Álava, cualquier día les costaría un disgusto. Había recomendado desviarse por Dames-Avelines, lo que sólo supondría tres kilómetros más, pero

Wellington prefirió clavar espuelas. A lo lejos se divisaba un cuadro de infantería, cruzado en el camino cien metros antes del caserío Pireaumont. Quizá los primeros refuerzos habían llegado a Les Quatre Bras, y De Lancey, sabedor de por dónde debía volver His Grace, los había enviado en su búsqueda. Si fue así no pudo calcular mejor, pues lo que tanto temía se hizo realidad: de una vereda brotaba una masa de jinetes verdes que cargaban contra ellos. No había más opción que tirar de fusta. Les sacaban doscientos metros, así que llegarían al cuadro, que se les abría del modo más amoroso, antes que los franceses a ellos. El bendito 92.º Gordon Highlanders formaba un rombo contra cargas de caballería. Una primera fila de infantes rodilla en tierra con las bayonetas apuntadas a las barrigas de los caballos; una segunda con las armas encaradas y órdenes de no abrir fuego hasta que la distancia bajase de veinte pasos, con cuidado de apuntar a las monturas —a los jinetes ya los rematarían después—, y una tercera de tiradores listos para ocupar los huecos de los que cayeran. Una táctica vieja de un siglo y que a Churchill le dio excelentes resultados en la Guerra de Sucesión Española; funcionaba tan bien que Wellington no veía razón para cambiarla, salvo si la caballería enemiga traía consigo piezas de artillería montada; en ese caso todo cambiaba, pero los *chasseurs à cheval* no tenían tales cosas, de modo que se quedaron a prudente distancia. Sus órdenes eran cargar contra la letal artillería del Prinz Sachsen-Weimar; no se les había dicho que podrían darse con un cuadro de amazonas,^[169] de modo que se retiraron para dar la novedad con gran alivio de los cobijados en el 92.º. His Grace, por su parte y con acuerdo a su leyenda, mantenía la expresión de haber salido a dar una vuelta. «Definitivamente», se decía en madrileño castizo su más reciente ADC, «el tío tiene huevos».

14.30 h.

Napoleón estudiaba los despliegues. Contaba con setenta y un mil hombres y doscientos cuarenta y dos cañones, y de ser necesario echaría mano de los veintidós mil del I. Los prusianos parecían oponer sesenta mil, pero un prisionero había explicado que pasaban de ochenta y cinco mil, y además esperaban la llegada del IV Armeekorps y alguna división de Wellington. Basar una batalla en lo que dijera un oficial capturado sería una insensatez, pero era una información consistente con la suya, salvo en lo del IV Armeekorps, que difícilmente podría llegar antes de la madrugada. El verdadero número de los prusianos coincidía con su información para los tres primeros *armeekorps*, y el riesgo de que Wellington desviara una o dos de las unidades que había dejado Bruselas al amanecer no era despreciable. Ney debería mantenerle ocupado, sin que se arriesgase a detraer un solo soldado en apoyo de Blücher, así que debería redoblar esfuerzos.

—Grouchy: adelante. Soult: que Ney deje de vacilar y se lance con todo lo que

tenga.

La infantería del IV se desplegaba por la izquierda, frente a Saint Amand. El III lo hacía en el centro, apuntando a Ligny. El 1.º y el 2.º de Chevalerie ocupaban el extremo derecho, mientras la 3.ª división de caballería del III, a las órdenes de Domon, protegía el flanco izquierdo. A l'Empereur no le importaba dejar desatendido el III Armeekorps, que se desplegaba entre Sombreffe y Mazy; estaba demasiado lejos para poder actuar, ni siquiera como fuerza de reserva. Blücher se había desparramado a lo largo de nueve kilómetros, demasiados para contener una presión central que se lanzara con decisión. Soult tenía razón: esa posición requería cuatro *armeekorps*; tres eran insuficientes, por mucho que hubieran fortificado las aldeas. Los que se parapetaran tras los vallados resistirían mientras no se vieran cercados, pero los que permanecían al descubierto, que quizá fueran la mitad del I y un tercio del II, parecían tentetiosos esperando ser derribados por sus proyectiles de doce libras. Una cortesía que Blücher no podría devolverle; su propia infantería, tumbada en el centeno, era invisible para sus apuntadores. En definitiva, Blücher seguía siendo la misma bestia de siempre: no entendía nada. Su segundo quizá fuera bueno, pero su criterio, si lo tenía, de poco servía frente a la cerril rigidez táctica de un carcamal que seguía en la guerra de los Siete Años.

Una batería de la Garde Impériale disparaba la salva de cortesía. L'Empereur miró al cielo. Habría tormenta, pero no antes de dos horas. No necesitaría mucho más para hendir el centro prusiano y liquidar así la que, con suerte, sería la penúltima de sus batallas y la penúltima de sus victorias.

15.15 h.

Gemioncourt ya estaba en manos francesas. Sus desalojados defensores preferían luchar en los bosques, donde ni la caballería ni la superioridad artillera pesaban demasiado. Pretendían ganar tiempo, ya que los exploradores de Lefebvre-Desnoëttes no dejaban de indicar la llegada de fuerzas. Primero apareció un regimiento de «amazonas»; venían corriendo para formar cuadros a la derecha del cruce y así proteger las piezas de artillería; tras ése aparecían más y más, en una riada incontenible aunque de procedencias diversas. Ney, a través de su catalejo, veía uniformes rojos, negros, verdes, azules e incluso amarillos, sin que su estado mayor fuera capaz de identificarlos. Por fortuna, la 6.ª División llegaba también. Ney volvió a considerar la idea de lanzarla por la izquierda, rodeando Bossu para caer de flanco sobre la retaguardia de Perponcher-Sedlnitsky, pero Reille aconsejaba dirigirla contra el propio Bossu, a fin de desalojarlo. Era el último lugar al oeste de la carretera de Bruselas donde las tropas de Wellington se podrían esconder; desde su linde septentrional hasta Genappe todo era centeno, y sería preferible obligarles a salir en vez de dejarlos atrás para que siguieran castigando su flanco izquierdo. Reille había

pasado cuatro años en España; se las había visto con la infantería inglesa muchas más veces que Ney, e insistía en que de ningún modo se les debía dejar atrás y escondidos. Wellington jamás se mostraba en su totalidad antes del final, cuando no quedaba más opción que salir corriendo ante su caballería, y eso, así lo temía, era lo que acabaría por suceder si permitían que sus tiradores siguieran parapetados en Bossu. A regañadientes, Ney aceptó. Aquella clase de guerra no le gustaba. Moverse por entre los árboles era la más innoble y frustrante forma de defender una posición. Wellington sería un aristócrata, pero no un caballero. Uno de verdad jamás haría que sus soldados parecieran estafermos de ramas y hojarasca. En realidad, a Wellington tampoco le gustaban esas tácticas. Los regimientos de la 2.^a Brigada no luchaban con acuerdo al manual táctico de los ejércitos ingleses u holandeses. Su jefe, que años atrás siguió un interesante curso en la Kriegsschule de Berlín, había buscado inspiración en las nada conocidas enseñanzas del entonces Oberstleutnant Gneisenau, quien, desde que regresara de Estados Unidos, parecía empeñado en que las tropas a su mando lucharan como los milicianos americanos y sus aliados pieles rojas.

15.30 h.

Los refuerzos llegaban desde Genappe (al norte) y Nivelles (al oeste), lo que daba lugar a desorden e incidentes; Wellington había ordenado a De Lancey que distribuyese a los primeros y a Somerset que se ocupara de los segundos —la 1.^a División de caballería VKN, encabezada por su 2.^a Brigada ligera, la del Major-General Merlen—; éstos tenían más problemas, pues venían al galope y bajo el fuego de amigos y enemigos. El de los últimos procedía del bosque de Bossu, donde los *tirailleurs* del 2.^o de infantería ligera se habían abierto un hueco entre los regimientos del Prinz Sachsen-Weimar y hacían fuego contra el tramo final de la carretera Nivelles-Les Quatre Bras; el otro confirmaba una profecía de Álava: los uniformes de las unidades valonas y holandesas, los que antes habían lucido por cuenta de la Grande Armée, iban a costar bajas. Buena parte de la infantería del VKN ya vestía de horrendo verde lagarto, pero los húsares de Merlen aún se asemejaban a los franceses. No tuvo nada de particular que los cuadros del 42.^o, formados apresuradamente para encarar una masa de jinetes sospechosos que se aproximaban a gran velocidad, les mataran treinta caballos y unos cuantos hombres antes de que los gritos de los supervivientes, que por si fuera poco los daban en francés (eran valones), hicieran sospechar al Lieutenant-Colonel Sir Robert Macara, su jefe, que quizá no fueran enemigos.

Wellington había ordenado a sus ADC Fremantle y Percy que salieran hacia Nivelles y Genappe, respectivamente, para observar de primera mano la situación de las tropas que llegaban, estimar la hora en que lo harían y ordenar a sus jefes que aceleraran. Los dos acababan de regresar, y sus informes no eran tan buenos como

Wellington esperaba. Las fuerzas que llegaban de Nivelles, que a su vez procedían de Braine-le-Comte y Le Rœulx, habían atascado la carretera, tan estrecha y desigual que no pocos de los comandantes optaban por marchar campo a través; por si fuera poco, los carteles indicadores en los cruces de caminos habían sido arrancados por orden de Constant-Rebecque, de modo que los oficiales no familiarizados con el terreno, desesperados, se orientaban «al cañón», marchando hacia donde resonaba la batalla, lo que con el viento que soplaba no resultaba fiable. Las que venían de Bruselas formaban una columna que acababa en Genappe; la carretera era mejor que la otra, pero insuficiente para que las unidades de mejor paso adelantasen a las más cargadas, lo que daba lugar a palabrotas, blasfemias y amenazas de todo tipo si los que caminaban a marcha regular no cedían el espacio a los que venían a paso ligero. Poco a poco, aun así, su número aumentaba. Los regimientos 42.º, 79.º y 92.º ya ocupaban posiciones de combate, uniéndose a los presionados batallones de Sachsen-Weimar, como también lo hacían los tres de infantería ligera del Herzog Braunschweig-Wolfenbüttel, con su jefe a la cabeza, que ya se mezclaban con los *nassauers* en el bosque de Bossu. La situación difícilmente podría ser más confusa, pero al general Álava le tranquilizaba ver a Wellington tan frío como siempre, yendo de un lado para otro, comprobando por sí mismo el estado de la línea de fuego, la eficacia de sus cañones y elevándose de vez en cuando sobre los estribos del flemático *Copenhagen*, para gritar cualquier orden a un general, un coronel, un capitán o un simple sargento. En la línea de fuego, se sabía desde los tiempos de Seringapatam, *Attie* hablaba con todo el mundo; a eso se debía que la vista de su bicornio y su levita ejerciera un efecto sobre sus hombres similar a la de Bonaparte sobre los suyos: con él a la vista, nadie les podría derrotar.

15.45 h.

Tras una hora de bombardeo la línea prusiana estaba lejos de venirse abajo, se decía un sudoroso Emperador. La causa de su incomodidad no sólo era la elevada temperatura. Era un íntimo malestar que conocía bien: el de sentir que una piedrecilla minúscula descendía por el uréter derecho, se atrancaba en algún recodo del camino, cerca ya de la vejiga, e iniciaba un dolor pulsante, muy tenue pero continuo, que ni echando mano de su sobrehumana voluntad lograba desoír. Un dolor para el que sólo conocía una solución, el agua medio hirviente de un baño muy largo, una hora como poco. Ningún placer era comparable al de su brusco cesar, cuando la piedrecilla, tras encontrar que la cañería se dilataba, dejaba de torturarle; según Larrey no había otra solución: agua y más agua, caliente para bañarse y fresca para beber cuanta pudiese, así como grandes dosis de paciencia. Sí, cierto, lo sabía, pero aquel era el campo de batalla y de ningún modo podría delegar su destino en Grouchy; pese a lo mucho que debía sudar, él también, aquel duelo frente a Ligny le venía grande.

Pidió una silla, en apariencia para reflexionar y en realidad por si con el cambio de postura el dolor desaparecía. No sería la primera vez; quizá, con suerte, Dios decidiera estar de su lado.

—¡La Bédoyère! —un taconazo; estaba tras él, como siempre—. Marche a Fleurus. Reúnase con el Comte d'Erlon. Necesito que caiga sobre Zieten. Su ala derecha está desprotegida, ¿lo ve? —señalaba con su catalejo el extremo suroeste de la línea prusiana—. Blücher está moviendo sus reservas hacia el centro. Si d'Erlon se da prisa, dentro de tres horas Zieten y Pirch serán historia, como esta condenada guerra. Dígaselo a Soult, para que lo sepa, pero salga ya mismo. ¡Volando!

El Milagro. Sucedió como siempre, cesando sin que lo advirtiera. Lo percibía sólo al cabo de un rato, cuando aún dolorido notaba que la pulsación ya no estaba. Regresaría, también como acostumbraba, pero quizá no en un par de horas. No necesitaría mucho más para liquidar a Blücher.

—Digan a Soult que nos vamos. Asumo el mando.

16.00 h.

El viento había rolado al sur, presagiando tormenta; soplabla con fuerza, tanta que hacía llegar a Bruselas el fragor de cuatrocientas cincuenta piezas de todos los calibres disparando a razón de dos descargas por minuto. En el *château* de Walcheuse, una milla más al sur de la puerta de Halle, un grupo de señoras se angustiaba con elegancia; era la residencia veraniega de la familia Capel, que lo había contratado a precio de risa un año antes, cuando ni el más delirante de los profetas auguraría que trece meses después sonaría en la veranda un concierto de artillería. Sentadas a un velador, Lady Caroline Capel, Lady Charlotte Lennox, Lady Charlotte Greville y Lady Charlotte Paget, acompañadas de las muchas hijas que tenían entre todas, se preguntaban en qué medida convenía permanecer en Bruselas. Las cuatro tenían una fe cuasi mística en Lord Wellington, y Lady Paget y Lady Capel complementaban las suyas con una todavía mayor en Lord Uxbridge, que por algo era marido de la una y hermano de la otra, pero el caso era que aquellos cañonazos sonaban como al otro lado de la colina. Dado que habían oído salir a las tropas a las cuatro de la madrugada, el concierto de salva y andanada debía celebrarse no excesivamente lejos. El tiempo que hubieran necesitado las tales tropas para llegar a la línea de fuego era lo que tardarían las del Ogro en llegar a la encantadora veranda si el buen Arthur y el bravo Henry no lograban contenerle. Aun así, no se daban con las fuerzas necesarias para iniciar el cambio de aires. Lady Uxbridge por tener a su marido al frente de la caballería británica, Lady Lennox porque su hijo segundo era uno de los ADC de Wellington y Lady Greville porque Algernon, su prometedor cachorro de dieciséis años, ya era *ensign* en los granaderos de la Royal Household. Lady Capel no tenía hijos en edad de combatir, pero sentía una lógica preocupación

por su hermano Henry, el marido de Lady Uxbridge; por si fuera poco, estaba muy embarazada. Unas cosas con otras, ninguna reunía la determinación adecuada para mudarse a lugares menos amenazados. A su alcance sólo quedaba confiar en Dios, y en todo caso disfrutar de su Earl Grey.

16.30 h.

Jean-Baptiste Drouet, Comte d'Erlon, tenía mucho en común con Ney, empezando por un origen humilde —si el Maréchal era hijo de toneleros, Drouet lo era de carpinteros—, siguiendo por haber empezado a guerrear en 1792, pasando por haber conseguido sus entorchados en el campo de batalla y terminando por sufrir muy pocas derrotas. Como él hizo una buena boda —su esposa Marie-Anne, *née* Rousseau, era hija de un banquero de Reims—, como él se colocó bien bajo Louis XVIII —le nombró Chevalier de Saint Louis— y como él se había embarcado en algo que, a la vista de cómo iban las cosas, podría costarles la carrera, la fortuna e incluso la vida, sin que pudieran explicar a cambio de qué. La llegada de La Bédoyère, al galope y muy alterado, le había escamado. Ni el jefe de los *aides-de-camp* de l'Empereur era el conducto natural para transmitir órdenes en campaña —para eso estaban Soult y sus ayudantes— ni el mensaje debería ser para él, sino para Ney, a cuyas órdenes creía seguir estando. Por si fuera poco, el papelucho que mostraba La Bédoyère, con unos cuantos garabatos escritos a lápiz, sin firmar, podría ser del Emperador o de a saber quién. De ahí que su reacción fuera lógica: no lo veía claro, quería consultar a su jefe y aquellas, además, no eran formas, pero también sabía cómo de próximo al Emperador estaba el exaltado La Bédoyère, que insistía de un modo tan apasionado que bordeaba la histeria. Tras encogerse de hombros dio la orden de arrumbar al cañón del este, siguiendo la calzada romana que iba de Frasnes a Wagnelée y de ahí a Saint Amand. Serían diez kilómetros, de modo que Su Majestad podría contar con que atacaría el flanco de Zieten hacia las siete de la tarde. A La Bédoyère le alegró escucharlo, y tras afirmar que la suerte de Francia recaía en los hombros del conde d'Erlon, que por su parte detestaba esa clase de solemnidades —su opinión sobre La Bédoyère no era positiva: le consideraba un inconsciente, pero desde que se pasó con su regimiento al bando de l'Empereur era el más bonito de sus niños bonitos, por lo cual, tan precavido como cualquier general conocedor de Bonaparte y de su peculiar sentido del nepotismo, no le perdía de vista—, volvió grupas e inició el regreso al molino de Naveau, sin llegar a ver que Drouet despachaba uno de sus *aides-de-camp* para que hiciera saber a Ney que se quedaba sin el I Corps d'Armée.



Jean-Baptiste Drouet d'Erlon, por Ary Scheffer

17.00 h.

El combate había llegado a un punto de gran dureza. Ney presionaba en el centro, en el cruce de Les Quatre Bras. Los bosques seguían en manos holandesas, pero las lindes de la carretera de Charleroi ya eran francesas, de modo que las divisiones del II avanzaban sin ser hostigadas. Wellington volcaba en su centro los refuerzos que llegaban, convencido de que, si resistía otra hora, la proporción de fuerzas se invertiría en su favor. La última de las unidades en llegar, la 2.^a Brigada *brunswicker*, la desplegó tras la 1.^a de Infantería Ligera, en el mismo centro de la línea, y si bien Álava y De Lancey eran pesimistas sobre la determinación con que lo defenderían —eran soldados muy jóvenes—, no había duda sobre la energía con que las galvanizaba su jefe, Friedrich-Wilhelm, Herzog Braunschweig-Wolfenbüttel und Braunschweig-Lüneburg, que a sus cuarenta y tres años había padecido una vida interesante. Hijo del duque Karl-Friedrich-Ferdinand, férreamente asociado a Prusia, tanto que llegó a Generalfeldmarschall de su ejército, y de la princesa Augusta, hermana de George III de Inglaterra, era primo y cuñado del Regente. Su padre mandaba el ejército prusiano el día de Iéna, donde resultó herido de tan extrema gravedad que falleció poco después. Él, que también participó —con el grado de Generalmajor—, se convirtió en el nuevo duque, aunque sin ducado, sin tropas y sin dinero, porque sus bienes y sus tierras fueron confiscados por Napoleón para integrarlos en el fantasmal reino de Westfalia, en cuyo trono puso al mismo Jérôme Bonaparte cuya 6.^a División cargaba en ese instante contra él. No era de los que se amilanaban, de modo que se refugió en Baden, hipotecó los pocos de sus terrenos donde no gualdrapeaba la tricolor y con lo

que obtuvo reclutó una fuerza de dos mil quinientos hombres, expulsados como él de sus añorados ducados. Los uniformó de negro, en luto por la patria perdida, los distinguió con un *totenkopf* sobre tibias prendido en sus chacós —en recuerdo del duque Karl-Friedrich— y, tras no hacer nada de particular el día de Wagram, cruzó con ellos el continente para embarcar hacia Inglaterra, su segunda patria. De allí marcharon a la Península y se integraron en el ejército de Sir Arthur Wellesley. Sus tropas, conocidas como «Black Brunswickers», se distinguieron bastante, aunque hacia el final de la campaña sus hombres vivos y en una pieza eran tristemente pocos. Tras la Befreiungskriege de 1813-1814 volvió a sus territorios, pero el regreso de Bonaparte le resucitó el ardor guerrero. En parte a expensas de su ducado y en parte a las de sus propios bienes reclutó una nueva fuerza (dos brigadas de infantería y una de artillería), la uniformó igual que la de 1809 y, resistiendo las presiones de Hardenberg y de Friedrich-Wilhelm, se puso a las órdenes de su antiguo jefe.



Les Quatre Bras el 28º Foot formando un cuadro contra caballería



Les Quatre Bras Braunschweiger Totenkopfers

Recorría la línea de fuego cuando una bala del 17,5 alcanzó a su caballo alzado sobre sus patas traseras, atravesándolo de lado a lado para terminar alojado en el hígado del sorprendido *Schwarze Herzog*, su apodo no sólo entre sus hombres sino entre los cuarenta mil alemanes (*hanoverians, nassauers & brunswickers*) que hacían el trabajo sucio en el Army of the Low Countries. Ya en el suelo, y tras verse la herida, se supo muerto en cuestión de minutos. Conservó la serenidad suficiente para entregar el mando al Oberst Olfermann y pedirle que le despidiera de Wellington; tras eso le trasladaron a retaguardia, donde se apilaban los cadáveres ilustres para, en su momento, ser trasladados a Bruselas. Wellington, que no estaba lejos, no perdió tiempo en despedidas que podría dejar para más tarde; viendo que la línea de *brunswickers* podía hundirse —el *Schwarze Herzog* había caído a la vista de su gente— se plantó en cuatro saltos del tranquilo *Copenhagen* al frente de las desconcertadas tropas, arrebatando el mando al desorientado Von Olfermann y demostrando que hablaba el suficiente alemán para ser obedecido sin problemas, pese a que los infantes franceses cargaban con aún mayor determinación, entendiendo que con la pérdida del que parecía estar al mando aquellos críos de negro se vendrían abajo. La situación se volvía crítica, pero si no los dioses al menos los relojes formaban en el lado inglés, pues cuando todo amenazaba ruina llegó el 2.º batallón del 95.º de Infantería, que al momento se repartió en cuadros para contener a los coraceros del

Général Hubert, en uno de los cuales se zambulló el perseguido Wellington; por segunda vez en el día, sus cuadros le salvaban de pasar a ser el más apreciado huésped de Bonaparte.

Una vez repelida la carga, el impertérrito duque saludó al recién llegado Alten. Ya contaba con veintidós mil infantes, los mismos que debían quedarle a Ney. Aún era inferior en caballería y en artillería, pues con los de Alten sólo dispondría de veintidós cañones, pero ya estaba en condiciones de aferrarse al terreno y, en cuanto llegaran más refuerzos, de contraatacar. Al tiempo, el recién llegado Leutnant Wussow se detenía frente a Müffling. Había tardado media hora en recorrer los diez kilómetros que separaban el molino Bussy de Les Quatre Bras, encontrando el último por demás acogedor, ya que ni un solo instante le habían dejado de disparar. No traía ningún mensaje; sólo quería una respuesta. Gneisenau le había explicado, en persona, que la presión de Bonaparte sobre su línea era fortísima. Necesitaba saber si podría o no contar con ayuda británica. En el caso de que no fuese así, su mejor opción sería levantar el campo y retirarse a Gembloux, lo cual ordenó dijese al Freiherr Müffling y, si no fuese posible, al Herzog Wellington. La tendría, le aseguró el nada impávido Müffling; no era cobarde, pero el silbido de los proyectiles de doce libras no le dejaba concentrarse; sólo sería cuestión de aguardar unos minutos, los que tardara His Grace en abandonar el 95.^a. No fueron más de diez, al que siguió uno para transferir a Wellington el mensaje de Wussow y no mucho más para traducir a éste la respuesta —el oficial no comprendía el francés de Wellington, seco, rápido y de frases muy cortas—, sin reparar en que His Grace y Álava se miraban con complicidad. Wussow se dio por satisfecho tras saber que Wellington resistía el asalto de fuerzas francesas superiores, para invertir la situación cuando llegaran refuerzos aún en camino; entonces cargaría contra Ney, con lo que descongestionaría la situación del Fürst Blücher. Álava se admiraba del cuidado que ponía His Grace en elegir sus palabras, pues de las mismas no se podría deducir que pensaba enviar regimiento alguno a la línea prusiana, pero tampoco lo contrario. Wussow, tras saludar, volvió grupas y salió disparado, escorado a babor a fin de presentar el perfil que Álava el marino denominaba «mínima silueta»; ignoraba que Gneisenau pretendía que la instrucción de la caballería prusiana incluyera cabalgar hurtando el cuerpo, al estilo de los indígenas que combatieron junto a los ingleses y sus mercenarios —o contra ellos; según les daba— en la guerra de Carleton contra Washington. Aquella variante de la equitación, según supo de Müffling nada más irse Wussow —le gustaba explicar historias, aunque no solía disfrutar de mucho público, pues el que más y el que menos rara vez tardaba en escapar; a eso se debía la estima que sentía por el cortés Álava, quien nunca manifestaba impaciencia cuando le veía carraspear, invariable preludeo de su repertorio—, no había terminado de prender en los usos de la caballería prusiana, salvo en el 6.^o de Ulanos, cuyas tradiciones eran lamentablemente

indulgentes, ya que a su jefe, Lützow, le traía sin cuidado que le acusaran de mandar una horda de comanches.

Ney daba un respiro; la tropa lo aprovechaba para echar un trago, vendarse las heridas o encender sus pipas. Wellington, De Lancey y Somerset preferían estudiar cómo mejor desplegar, decidir los emplazamientos para los refuerzos que no cesaban de arribar y valorar lo que contaban los prisioneros. Tras eso, y una vez entretenidos los dos coroneles en instruir a sus respectivos ADC, Wellington se acercó al paciente Álava. Quería preguntarle su opinión sobre lo que había explicado a Müffling y a Wussow, y sobre las reacciones de los dos, a las que no había podido prestar atención.

—Müffling quizá no escuchó lo último que dijiste a Blücher, «salvo si yo soy atacado», porque no lo tradujo. A eso se debe que no quiera desengañar a Gneisenau. Cualquiera otro en su lugar habría dicho al otro, a Wussow, que de ningún modo espere ayuda británica, estando como estamos con Ney.

—¿Por qué sabes que no lo tradujo?

—Me lo pareció, aunque luego lo confirmó Miniussir. El duque se lo quedó pensando.

—Igual sí la escuchó y no la quiso traducir; a Müffling, ya te habrás dado cuenta, nada le gustaría más que nuestro común amigo August-Wilhelm acabara su carrera esta misma tarde.

La mirada del duque de Ciudad Rodrigo se había vuelto de acero; una calidad que Álava conocía bien; era la misma de un lejano *Mon cher d'Álava, Marmont est perdu!*

17.30 h.

Ney estaba muy acalorado. Había perdido más de mil hombres entre muertos y malheridos, le habían matado tres caballos entre las piernas y los únicos premios eran la granja Gemioncourt y las lindes de Bossu y Hottu. Wellington, mientras tanto, recibía refuerzos y más refuerzos, al punto que su pretendida superioridad inicial había desaparecido. Si quería inclinar la victoria de su lado necesitaba dar un golpe maestro, y aunque habría preferido no servirse del I Corps d'Armée ya veía que no quedaba más opción. De ahí que cuando su temeroso *aide-de-camp* le dijo que no había tal, pues por orden de l'Empereur marchaba sobre Saint Amand, estalló en una cólera similar a la de abrirse paso hasta los vestidores de las duquesas. Una cólera que se habría quedado en eso si el *aide-de-camp* no le tendiera la nota que antes recibiese del *aide-de-camp* de Drouet, el cual permanecía en las proximidades con orden de recuperarla una vez Ney la hubiera leído; un papel como aquel bien podría valer una cabeza, la del precavido Drouet, si al final todo salía mal y el inevitable consejo de guerra se lanzaba por la del desgraciado que hubiese metido más la pata.

Ney nunca recibía órdenes escritas de l'Empereur. En los buenos tiempos le llegaban con la primorosa caligrafía de Berthier, y jamás a lápiz. Aquello podría ser una orden directa de Su Majestad, una verbal puesta en un papel por La Bédoyère, o una simple invención del maldito imbécil que a fin de cuentas era Charles-Angélique Huchet, Comte de La Bédoyère, un niño miserable que a sus veintiocho mal cumplidos se permitía juzgar con presuntuosa displicencia las habilidades y la experiencia de aguerridos mariscales que llevaban veinte años guerreando. Alguien con la cabeza más fría se habría dicho que, fuese por lo que fuera y llevando Drouet una hora de marcha, se necesitarían más de veinte minutos para que le alcanzara un *aide-de-camp* con la orden de regresar, y hora y cuarto más para tenerle de vuelta, bastante reventado por casi tres horas a paso ligero. Serían las siete y todo estaría decidido, pues si a Wellington le seguían llegando refuerzos él ya se habría retirado. Era, en fin, lo que pensaría un Maréchal d'Empire que dispusiese de algo con lo cual pensar, pero Ney era lo contrario de tal concepto, al punto que ninguno de sus *aides-de-camp* osaba pedirle que razonara cuando le veían en el estado de total irritación, si no arrebatado histérico, en que se hallaba entonces.

Le veían pedir papel y pluma para ordenar a Drouet que regresara. Con aquello no se ganaría la batalla, pero costaría que l'Empereur no ganara la otra, la que luchaba con dos tercios de l'Armée du Nord. Fatalistas, no dijeron nada. Los oficiales prudentes, cuando ven que la locura se apodera del jefe, suelen reaccionar igual: susurrándose «que sea lo que Dios quiera» en el idioma de cada uno.

18.00 h.

A Gneisenau le parecía mentira que Blücher se dejara engañar por las apariencias. El problema era no poder contradecirle. Allí arriba, en lo alto del molino y delante de media docena de *aides-de-camp*, era imposible cogerle del brazo y decirle «deja de hacer locuras porque nos estás llevando a la ruina». Por mucho afecto que le tuviera, si osase discutir sus estúpidas órdenes le relevaría en el acto, con lo que su limitada capacidad de salvar lo más posible del zozobranante Niederrheinarmee se iría por la borda. Blücher rara vez mandaba nada sin mirarle antes, pero aquella tarde no parecía en sus cabales. Lo puso de manifiesto al ver la dureza con que uno de los *corps* franceses, el IV, cargaba contra su ala derecha. Zieten resistía bien, pero él creía que no, de modo que ordenó que se le uniera una brigada del II. Poco después, también sin pedir su opinión, mandó que fueran dos; así, las reservas cuidadosamente preservadas por Gneisenau quedaban reducidas a la mitad. Una medida muy peligrosa, porque Bonaparte aún no había empleado a fondo su III Corps d'Armée, ni había movilizad a la Garde Impériale. Eso significaba que, cuando viera madura la situación, cargaría contra su centro con ella y con el III; con sus reservas reducidas a la mitad en poco lo podría reforzar, de modo que la batalla terminaría en desastre. A

eso se debía que ya calculase la mejor forma de retirarse. Las noticias que traía Wussow le afianzaban en la idea; dado lo comprometido que parecía estar Wellington, antes de que una división suya llegase a Saint Amand serían las ocho y media, si no aún más tarde. Para entonces todo se habría perdido, salvo si acaecía un milagro y lograba escapar a tiempo.

18.15 h.

Por el camino de Nivelles llegaban cuatro batallones, tres del Regimiento de Infantería de la Guardia (Foot Guards) y uno del Coldstream.^[170] Entre los cuatro aportaban ciento cincuenta oficiales y cuatro mil veteranos. Con ese refuerzo, más los llegados en la última hora, Wellington disponía de treinta y cinco mil hombres y setenta cañones frente a los veintitrés mil y veinticuatro en que había evaluado la fuerza de Ney. Era momento de recuperar Gemioncourt y las lindes de los bosques. No pensaba ir más allá. Cuanto más se alejase de Mont-Saint-Jean más camino tendría que desandar y más riesgo habría de que la caballería francesa le hostigara por el este. Si combatía en aquel estúpido lugar era porque Constant-Rebecque le había obligado, pero de ningún modo era esa la batalla principal, la que abriría el camino de París.

—Your Grace, ¿sería posible desviar a Brye alguna de las unidades recién llegadas?

—Mi querido Müffling, para derrotar a Ney necesito hasta el último de mis hombres. Desgraciadamente, no me sobra nadie. Por otra parte, son las seis y cuarto. Antes de que llegase un batallón a la línea del Fürst Blücher serían las nueve; a esa hora de muy poco iban a valer, ¿no le parece?

Müffling murmuró algo incomprensible; tras eso se apartó con sus ayudantes. Álava no podía entender qué les decía, pero al ver salir hacia Brye un joven teniente supuso la explicación.

—Müffling quiere hacer saber a Gneisenau que no piensas ayudarle.

—Ya lo habrá supuesto. En ningún momento debió de pensar que lo haría. Es demasiado inteligente para creer en las hadas. Ahora, Blücher me preocupa. Él sí debió creerlo.

—¿Qué crees que hará?

—Retirarse. Adónde lo haga será la clave del asunto. Si es hacia el norte, yo iré también al norte. Si es al este, no me quedará otra que ganar Amberes y esperar a que Schwarzenberg y el ruso saquen a Boney de Bruselas. Lo decidiré cuando sepa qué dirección toma. No creo que Gneisenau se preocupe de tenerme al corriente. Había pensado enviar esta noche a Gordon para que lo averigüe. Debería ir con alguien que hable alemán. Podría echar mano de algún oficial de la KGL, aunque preferiría que

fuera tu chico, Miniussir. No le digas nada, porque aún no estoy seguro de lo que haré.

18.45 h.

Abría marcha el 7.º de Húsares, el del coronel Marbot. Iban al paso, en columna estrecha y muy vencidos al lado izquierdo del camino. Lo hacían por prevención, pues de llegar algún ataque sería por ese lado, aunque también para evitar que los *tirailleurs* del 13.º de Infantería Ligera, que avanzaban tras ellos, pisaran demasiada mierda. Drouet y su plana mayor venían a continuación del 13.º, atentos al cañón —el de Les Quatre Bras ya no les llegaba— y pendientes de los pelotones encargados de advertir si en el camino se atravesaban tropas prusianas y, en su momento, conectar con el flanco izquierdo de l'Empereur. De ahí que sólo mirasen hacia delante, a lo cual se debió su sorpresa de ver adelantarles a un *aide-de-camp* del Maréchal Ney, el cual tendía un papel al perplejo Drouet.

Las órdenes se dan para ser cumplidas y aquella no admitía discusión: en tinta y con trazo firme, ni de lejos era tan dudosa como la otra, la que trajo La Bédoyère. Sin detenerse a pensar que sólo faltaban tres kilómetros, y que sin duda l'Empereur contaba con su I Corps d'Armée, dio dos órdenes: girar en redondo para desandar lo andado y recuperar las avanzadillas. Minutos después, y viendo volver al inquisitivo 13.º —los soldados le miraban con cara de pensar «este asno se ha vuelto loco»—, dio una tercera: que una copia de la de Ney —no pensaba quedarse sin el original— se hiciese llegar a La Bédoyère, junto con una nota suya en la que hacía saber que, obedeciendo la orden de su superior jerárquico, iniciaba el regreso a Frasnes. Con eso, pensaba, su responsabilidad quedaría bien a salvo. En un ejército cuyos mandos de mayor rango estuvieran en sus cabales seguiría su camino en demanda del cañón, pero en aquel de Ney, Soult, La Bédoyère y el resto de los lunáticos, más valía poner el trasero a salvo. Como buen y veterano general francés llevaba veintidós años viendo fusilar, guillotinar, encarcelar o degradar a infinidad de jefes y oficiales despreocupados, ingenuos o incautos que no supieron tapárselo. Por su parte, lo último que aceptaría en su ya de por sí arriesgada vida sería vérselas frente a un pelotón de fusilamiento por no haber conservado aquel maldito papel.

Chispeaba. Quizá volver grupas no tuviera la trascendencia que temía. Las batallas acababan por una de tres causas: un contendiente capitulaba, llegaba la noche o caía la lluvia. Con ésta no había discusión: los cañones no podían disparar y el pedernal dejaba de hacer chispa. Las armas útiles volvían a ser las blancas, y salvo en caso de abrumadora superioridad ningún general confiaría su suerte a las lanzas, los sables y las bayonetas. Lo malo del progreso, no hay militar que no lo sepa, es lo pronto que hace olvidar las viejas técnicas, las viejas tácticas y, sobre todo, los viejos principios.

19.45 h.

Acababa de saber que no podría contar con el I Corps d'Armée. Gruñendo sordamente se concentró en la línea prusiana. El III Armeekorps, muy a la derecha, permanecía olvidado de los suyos; el I, a la izquierda, resistía las acometidas de Gérard, pero sólo porque Blücher había puesto a su lado la mayor parte del II. Su centro, así pues, ya estaba maduro. El III y la Garde Impériale bastarían para hundirlo, separar al I y al II del III y acabar con los dos primeros. Tras eso, a Blücher no le quedaría otra que retirarse con el III hasta encontrarse con el IV. Aun sumándolos sería una fuerza inofensiva. No podría impedir que cayera sobre Wellington y le hiciera pedazos, a él también.

—Soul: ataque general. El III, las brigadas de Duhesme y de Barrois^[171] y el 1.º de Chevalerie. Todo contra el centro —señalaba el fantasmagórico Ligny, en llamas tras siete horas de bombardeo—; en una hora ya no habrá más Blücher. ¿Entendido? Pues andando.

—Amenaza tormenta, Sire. ¿Qué ocurrirá si empieza cuando aún estamos avanzando?

—Que nos mojaremos tanto como ellos. Por lo demás, nuestras bayonetas son mejores.

Las distancias eran tan cortas que diez minutos después la masa que formaban el III y la Jeune Garde, alrededor de veinte mil hombres, comenzaban el asalto al centro prusiano, esparcido a lo largo de la hilera de casas que limitaban Ligny por el sureste. No sólo avanzaban los regimientos; también lo hacían las bandas de música. Las de la Jeune Garde no se ponían de acuerdo, de modo que una tocaba la *Marche de la Garde Consulaire* y la otra se afanaba con el sombrío *Veillons au salut d'Empire*; las del III tampoco se sincronizaban; una prefería el *Pas de Manoeuvre II*, otra se conformaba con el *I* y la tercera, insospechadamente republicana, se inclinaba por el vibrante *Chant du Départ*. Dado el colosal ruido —los cañones prusianos disparaban furiosamente, igual que sus fusileros—, sólo las compañías más cercanas a las bandas podían oír algo de sus melodías, aunque les traía sin cuidado lo que tocaran. L'Empereur solía insistir en que acompañasen a los batallones hasta muy cerca de la línea de fuego, aunque no porque sintiese apego por la música —más de una vez la definió como un ruido inútil—, sino en el criterio de que a sus compases la tropa se motivaba un poquito mejor. Como una vez explicase a Talleyrand, las partituras patriótico-militares, al igual que la religión, facilitaban el pastoreo de las mentes sencillas, de modo que se convencieran, con eficacia y rapidez, de que perecer en la batalla no era ni necesariamente malo ni lo peor que les podría ocurrir.

20.30 h.

Blücher maldecía sin cesar. Aquella masa de veinte mil hombres —estimaba Gneisenau— estaba hundiendo su exhausto centro. Veía combatir casa por casa, huerto por huerto y calle por calle, y pese a la valentía de sus reclutas, pues eran eso precisamente, reclutas mal adiestrados, la Garde Impériale los masacraba. De contar con reservas sería el momento de lanzarlas, pero ya las había sacrificado, de lo que además no podía culpar a nadie, pues la decisión fue suya y las órdenes también. Recordaba la inexpresiva mirada de Gneisenau cuando mandó avanzar los últimos regimientos del II. Del todo irreprochable, pero bien sabía que cuando August-Wilhelm ponía ese gesto de piedra era por no estar de acuerdo. Aun así no se volvió atrás, y ahora pagaba las consecuencias. Dado lo que veía, sólo habría una: su Niederrheinarmee quedaría destruido. Prefería no vivir para verlo, de modo que tomó la que quizá fuera última de sus decisiones: congrega los restos de la caballería de los Armeekorps I y II, treinta y dos escuadrones entre dragones, ulanos y húsares, ponerse a su frente y cargar contra el flanco izquierdo de la columna francesa, no con ánimo de romperla, porque sería imposible, sino para conceder a su zarandeada infantería el tiempo necesario para retirarse de Ligny en un orden razonable. Lo más probable sería que de aquello no regresara, pero lo aceptaba. Él era el responsable de aquel desastre, y si le tocaba pagar el precio supremo, lo pagaría.

Los treinta y dos escuadrones —algo más de cinco mil hombres— no tenían la moral muy alta. Se las habían visto en tres o cuatro encuentros con los *corps* 1.º, 2.º y 4.º, así como con las divisiones 3.ª y 7.ª, las adscritas a los *corps d'armée* III y IV, y les habían vapuleado sin paliativos. Las monturas francesas eran mejores, sus jinetes más expertos, su armamento más adecuado y sus mandos tenían las ideas más claras. Todo ello daba lugar a un pesimismo indisimulable, pero ver acercarse al Alte Worwärts en su bonito caballo inglés, seguido de su ayudante, un coronel Nostitz que hiciera lo que hiciera Blücher siempre podría contar con su lealtad, les devolvió la moral perdida. Le vieron empinarse sobre los estribos, blandir el sable y gritar con su estruendosa y muy cazallera voz su secular grito de guerra: *Vorwärts! Immer Fester Druff!*,^[172] y después no hizo falta que dijera nada más, pues con eso bastaba para que sus jinetes, sus *kinder*, rugieran con entusiasmo. Sólo faltaba ver a cuál regimiento escogía para ser el primero en cargar con él contra El Francés. Las últimas veces que había hecho eso mismo, lanzarse contra el enemigo al frente de sus escuadrones, eligió el 5.º de Húsares,^[173] pues por algo era su coronel honorario, pero en aquella ocasión debía rondarle alguna segunda idea por la cabeza, pues se puso al frente del 6.º de Ulanos, los tétricos *totenkopf* del Oberstleutnant Adolph von Lützow, el cual era notorio que le tenía por un viejo loco, alcoholizado y medianamente subnormal. Quizá significaba que las cuentas personales quedaban al margen y que llegaba el momento de darlo todo por la patria, empezando por la pobre y lamentable

vida que padeciera cada uno. Fuera por lo que fuese, y con el cornetín de órdenes a su lado, en pocos segundos fue pasando de al paso al trote, de ahí al galope y tras eso ¡a la carga!, blandiendo su sable como el húsar que había vuelto a ser. Si había que morir, aquella era la forma que preferiría cualquier Generalfeldmarschall prusiano.



Blücher Vorwärts! Immer fester druff!!!

Gneisenau observaba desde lo alto del molino. Entendía lo que atravesaba la cabeza de Blücher: buscaba la muerte, lo que no le parecía mal, porque sin su molesta presencia quizá lograra salvar la mayor parte del Niederrheinarmee; Gneisenau era un militar absolutamente disciplinado, al punto que, fueran cuales fuesen sus pensamientos, jamás contravendría una orden de un superior, aunque no por eso dejaba de valorar la suerte de quedarse solo. Había rechazado la propuesta de un Grolman que tampoco mantenía la cabeza fría: lanzar el III Armeekorps contra el flanco derecho francés. Le constaba que Bonaparte sólo había volcado en el asalto a Ligny su excelente Jeune Garde; conservaba en reserva quince batallones de los aún mejores *grenadiers-à-pied* y *chasseurs-à-pied*, sus merecidamente respetados *grogards* (la Vieille Garde), más los escuadrones de *grenadiers-à-cheval* del general Guyot, la más que temible caballería pesada de la Garde Impériale. No sólo eran sus mejores hombres; eran además, según dijera Müffling, doce mil y cuatro mil seiscientos, respectivamente. A campo abierto, los infelices reclutas de Thielmann no tendrían nada que hacer, salvo dejarse matar. Sabía que Clausewitz le había hecho llegar un mensajero proponiéndole lo mismo que Grolman, pero ni siquiera contestó. El III debía ser la llave que garantizara el correcto repliegue del I y del II, y ninguna otra cosa. La batalla de aquella tarde se perdía inexorablemente, cierto, pero a poco que supiera retirarse no sería un desastre decisivo, sobre todo si no sufría más bajas. Había perdido entre diez mil y quince mil hombres. Podrían ser veinte mil y no pasaría nada. Una vez se juntaran con el IV podrían acabar con Bonaparte, siempre y cuando lograra entenderse con el maldito inglés. Su espantada de aquella tarde no podía ser más inequívoca: les había dejado en la estacada con el fin de ser más fuerte cuando llegara el momento de marchar sobre París. Bien, pues a eso podrían jugar los dos. Wellington y él.

—Grolman: retirada general. Comienza Pirch, le sigue Zieten y cierra Thielmann. Lo que reste de la caballería una vez el Fürst Blücher acabe de distraer al enemigo, que cubra la retaguardia. El I y el II, hacia Tilly. El III a Gembloux, donde se reunirá con el IV, y desde ahí seguirán a Mont-Saint-Guibert.

A Grolman le admiraba que Gneisenau mantuviera el Ferraris, completo, en su

gran cabeza. Él jamás perdía de vista el suyo. En aquella ocasión no dudó en desplegarlo, pese a la escasa luz. Aún no anochecía, pero el color del cielo era el del Diluvio Universal.

—Herr General, no encuentro Tilly en el mapa. Tampoco Mont-Saint-Guibert.

Gneisenau entendió qué pasaba: Grolman usaba una de las copias trazadas por su cuerpo de ingenieros y topógrafos. Una mala copia. Nada que ver con el original.

—¿Qué otros pueblos aparecen al norte de Sombrefe y al noroeste de Gembloux?

—Las dos rutas convergerían en Wavre, Euer Exzellenz.

—Pues Wavre. Que los tres *armeekorps* se dirijan allí. Que no se detengan a vivaquear. Informe a los *stabschefs* que Bonaparte les perseguirá, y si les alcanza será su fin. Que marchen hasta que no puedan más, y en todo caso que no se detengan hasta que sea de día y puedan vigilar lo que lleven detrás. ¿Entendido? —Grolman se cuadró «a la prusiana»—. Otra cosa: envía un oficial que hable francés a explicar a Müffling que la batalla está perdida y que nos retiramos. Si no da con él, que se haga conducir ante Wellington, o ante Álava si no hay nadie más, y se lo explique de palabra.

—¿Álava? ¿Y qué pinta en todo esto? Sólo es el comisionado español.

—¿No recuerdas que vino con él esta mañana? —Grolman, perplejo, asintió—. Por si no te has dado cuenta, mi querido Karl, Álava es lo que Wellington dice no tener: su Generalstabschef.

21.00 h.

Los hombres de Blücher habían salido a campo abierto entre Saint Amand y Ligny, para cargar contra la izquierda de la columna francesa. Les esperaba una gran masa de caballería, desplegada tras una doble línea de *tirailleurs*, todos de la Jeune Garde. Dispararían a su mayor velocidad hasta tener al enemigo a unos ciento cincuenta pasos; ahí los jinetes franceses cargarían contra sus iguales prusianos, los cuales, pese a su arrojo, tenían un problema: eran menos que sus contrarios, lo cual empeoraba merced a la puntería de los *tirailleurs*. Los jinetes que cabalgaban a la cabeza de la formación eran sus blancos preferentes, porque debían de ser los jefes. El caballo gris del que galopaba más al frente les atraía más que ninguno, a lo cual se debió que, hallándose a trescientos metros de la línea de *tirailleurs*, una de las mortíferas balas del 17,5 alcanzara en el pecho al precioso *charger* gris que His Royal Highness the Prince Regent of England and Ireland regalase un año antes al Fürst Blücher zu Wahlstatt. El animal mantuvo su galope unos segundos hasta caer de costado sobre su jinete, que así se vio atrapado bajo una bestia de quinientos kilos y con la bota enredada en el estribo. No era la primera vez que le ocurría —de una en 1795 conservaba una cojera que se le agravaba cuando cambiaba el tiempo—, pero

era la más inoportuna, pues aun viéndose rebasado por cientos de vociferantes ulanos lanzados a la carga era cuestión de dos minutos que los viera regresar, seguidos de otros tantos coraceros franceses, los del 9.º según declaraban sus guiones.

El Graf August-Ludwig von Nostitz llevaba diez años con Blücher, de quien era bastante más que su *aide-de-camp*. Siempre compartió su destino, incluso la prisión y el exilio. Aquella no sería una excepción. Su caballo no era tan veloz como el *charger* de Blücher, así que le dio tiempo a frenar, detenerse junto al caído Generalfeldmarschall, atar las riendas a las del caballo muerto y, tras eso, intentar con todas sus fuerzas apartar a la bestia, pero sin éxito. Al tiempo veía regresar a los descalabrados *totenkopf*, que pasaron a su lado sin reparar en que abandonaban a su suerte al idolatrado Alte Vorwärts. Dispuesto a compartir hasta el final la suerte de su jefe desenfundó la pistola, desenvainó el sable y se plantó ante Blücher, ocultándolo a los coraceros que llegaban al galope. Para su sorpresa, ninguno le hizo caso, quizá por no ser el único jinete desmontado. Su destino y el de su jefe sería, ya lo comprendía, ser apresados por la horda de infantería que veía correr hacia ellos; una suerte muy mala, pues bien sabía que Blücher disfrutaba de una justa popularidad en la Grande Armée —la mitad de sus efectivos disfrutaría lo increíble cosiéndole a bayonetazos; la otra se inclinaría por descuartizarle—; se preparaba para lo peor cuando de nuevo vio pasar a los coraceros, en dirección contraria. Los *totenkopf* les seguían muy de cerca, tanto que ningún francés mostró intención de hacerse con ellos. Quienes sí lo hicieron fueron tres ulanos, un sargento y dos soldados, que habían cargado contra un enemigo superior sólo por rescatar al viejo Vorwärts. Los soldados desmontaron de un salto, mientras el sargento sujetaba las riendas de sus monturas; con el apoyo del coronel levantaron el *charger* lo bastante para extraer al dolorido Blücher, cortar de un tajo la cincha del estribo y auparlo a la grupa del sargento, un tal Schneider que de este modo conquistó el derecho a no ser olvidado. Así, todos juntos iniciaron el regreso escoltados por el resto del regimiento; se sentían mal, aclaró después a Nostitz su jefe accidental, el Major Bürsche, porque habían salido por su cuenta y sin órdenes a buscar al Fürst Blücher y al Freiherr Lützow, a quien también habían matado el caballo, pero con éste no hubo suerte, porque llegó más lejos y los franceses le apresaron. Tras eso no quedaba más que decir. Los treinta y dos escuadrones se habían dispersado, aunque no tanto como para quedarse sin oír el toque de retirada. La dirección que se gritaba era Wavre, al norte, y allá marchó el 6.º, con el parcialmente inconsciente Blücher aferrado al generoso Schneider. Nostitz y un ulano se habían emparejado con él, sosteniéndole a fin de que no se venciera, cayese del caballo y acabase así su zarandeada vida. No sabían qué habría sucedido, ni con la carga ni con la línea, ni a Nostitz le importaba. Lo que contaba era salir de allí, a lo cual ayudaba el faro en que se convertía el molino Bussy; ardía como una tea, gracias a lo cual el camino era inequívoco: todo seguido, dejándolo a la

izquierda. Por mucho que se hubiera saboteado la señalización, para cualquier oficial que supiera usar su brújula sería imposible perderse: siempre hacia el norte, hasta llegar a ese Wavre que ya les parecía la tierra de promisión.

21.15 h.

La noche caía sobre Les Quatre Bras. Al no dejar de llover la visibilidad era escasa. Ney se retiraba en buen orden hacia Frasnés, donde no tardaría en llegar el I Corps d'Armée, que regresaba de Fleurus chapoteando en el mismo barro que había pisoteado a la ida. Los hombres del I, pese a la fatiga de aquella estúpida marcha, no se sentían frustrados; es siempre mejor hacer el imbécil que luchar una batalla, y más como las dos que habían escuchado, verdaderos conciertos de cañonazos; si algo temía el soldado de infantería era el bote de metralla disparado a quemarropa, y aquella tarde se habrían consumido decenas de miles, en Les Quatre Bras y en el otro condenado sitio, como se llamara. Por fatigosa que hubiera sido la marcha les dio un día más de vida, lo que para la mayoría no estaba mal. A eso se debía que cantaran, aunque no las ridículas patrioterías de cuando l'Empereur andaba cerca. Drouet, un general de soldados, no estaba en contra de que la tropa se relajara entonando cancioncillas obscenas; bien sabía él que unas pocas risas, bien administradas, contribuían a elevar la moral bastante más que los discursos, las arengas y las soflamas. Los que no cantaban eran los destacamentos de infantería ligera que caminaban a la derecha de la columna; su función era verificar que no había tiradores enemigos escondidos. Se complementaban con patrullas de húsares, pero los infantes, *tirailleurs* escogidos en su mayoría, tenían mejor puntería. Los últimos disparos del día los hicieron en el punto donde la calzada romana se acercaba más a la carretera por donde marchaba el alegre I Corps d'Armée. Uno de los infantes, de vista y puntería muy acreditadas, oyó a lo lejos el sonido de un galope viniendo de Brye. Tras atraer el interés de sus compañeros apuntó cuidadosamente, pronto acompañado de los demás. A una distancia de cien metros abrieron fuego casi al tiempo, para estallar en alaridos de alegría cuando vieron caer al jinete y a su montura, sin que al cabo de un largo minuto advirtieran en ninguno de los dos el menor deseo de levantarse. Los *tirailleurs* del 4.º de Infanterie Légère podían seguir presumiendo de ser los mejores de la Grande Armée.

21.30 h.

Lord March tenía una misión: presentar a The Beau la lista de oficiales ingleses muertos; sólo ésa, pues los heridos eran responsabilidad del doctor Hume. Los holandeses y los alemanes no eran asunto del British Army; de hecho, ni Lord March sabía dónde andaban ni le importaban lo más mínimo. Sus órdenes eran levantar

aquella lista y asegurarse de que salieran para Bruselas esa misma noche con una buena escolta, para que no fueran asaltados por los carroñeros que inexorablemente aparecían incluso antes de que las batallas concluyeran. Según Hume, el Army of the Low Countries había perdido cuatro mil seiscientos cincuenta hombres entre muertos y heridos graves; ante tamaña carnicería era comprensible que sólo quisiera terminar aquello tan desagradable, comer algo y echarse a dormir. Por muy endurecido que pretendiera estar, a Sir Charles Lennox le faltaban unos cuantos hervores.

Sería una lista fácil de levantar, pues los muertos no eran demasiados, ni estaban dispersos. De algún modo —el joven March ignoraba cuál— habían sido trasladados del punto en que cayeron o expiraron —rara vez era el mismo— al comedor de una casa de Pireaumont que aún seguía en pie. Allí el angustiado Lord inspeccionaba los cuerpos, mientras su ayudante coyuntural, el flemático Major Miniussir, tomaba nota. Seguían el orden de sus regimientos: el Captain Brown y el Ensign Barrington del 1.º de Infantería, el Captain Buckley y el Ensign Kennedy de los Scot Guards, los Captains Whitty y Cassan del 32.º, el Lieutenant-Colonel Macara, el Lieutenant Gordon y el Ensign Gerard del 42.º, el Lieutenant Tomkins y el Ensign Cooke del 44.º, el Lieutenant-Colonel Morice del 69.º, el Lieutenant-Colonel Cameron, los Captains Little y Grant, los Lieutenants Chisholm y Becher, y el Ensign McPherson, todos del 92.º, el Lieutenant Lister y el recién fallecido Major Smyth —disfrutó una larga y desagradable agonía, les explicaba un indiferente sargento—, ambos del 95.º y, por fin, el Ensign Lord James Hay, ADC de Lord Saltoun, comandante de la infantería ligera del 1.º Regimiento de Guardias.

—Veintiuno —decía el Major con voz de contar los huevos que hubieran puesto las gallinas—; a diferencia de March, llevaba muchas ceremonias como aquella, donde los muertos, además, no presentaban unos aspectos tan agradables; él estaba hecho a cuerpos destrozados por botes de metralla disparados a quemarropa, con las vísceras, las glándulas y los sesos desparramados en todas direcciones; los caídos de aquel comedor, salvo el desventurado Smyth, parecían estar allí a causa de un tiro en el corazón o en la cabeza; de ahí que se lo tomase con aparente frialdad. En realidad su indiferencia era menor; la vista de Hay, al que no conseguía sacarse de la cabeza con los calzones bajados, la lengua fuera, meneando el culo y taladrando a una Lady Jane que para nada parecía sufrir algo peor que la muerte, le zarandeaba el ánimo. No guardaba rencor al pobre diablo, pero verle allí, tumbado cuan largo era y con la cara destrozada por el impacto de una bala del 17,5 —había visto muchas heridas de tan excelente calibre—, no le apenaba en absoluto.

—Y pensar que anoche bailábamos con él en la casa de mi madre...

«Puestos a decir tonterías, habrías podido parir una más elaborada», se decía Miniussir con cierta impaciencia. Si estaba con aquel idiota era por haber aceptado no dejarle pasar solo el mal trago, pero le rugían las tripas; quería reunirse con el

general, que minutos antes insinuó que les aguardaba una buena cena. La que Wellington compartía con sus ADC cuando ganaba una batalla.

—¿Te parece que vayamos acabando?

—Espera un momento.

Se arrodillaba junto al difunto Hay, le cerraba el ojo superviviente y le palpaba los bolsillos. «Vas a encontrar tú mucho», se decía el encallecido Miniussir, que bien sabía cómo las gastaba la tropa cuando trasladaba cadáveres de oficiales, pero algo quedaba: un dije colgado del pescuezo. Lord March le movió la cabeza para extraerlo sin descomponerle mucho más de lo que ya estaba —seis horas al calor de junio sientan mal a los difuntos—; tras eso lo abrió, para encontrar el rostro de una Lady Jane a la que algún imbécil había retratado con expresión angelical; «tendría que haberla visto follando como una loca», se decía el rencoroso Miniussir viendo como Lord March lo guardaba en un bolsillo.

—Si no lo cuento, y tú sí, ¿harás el favor de dárselo? A la pobre Jane, quiero decir.

—No será ningún placer —Lord March elevó sus cejas, sorprendido—; es que te habrás muerto, burro, y no quiero que lo hagas, así que dáselo tú. Por cierto, ¿estaba tan encandilado como para llevar eso al cuello? A James se lo rifaban las chicas. ¿Qué tenía Jane de particular, para él?

—Anoche me dijo que la quería de verdad, como jamás había querido a nadie, que para él ya no existía ninguna y que le había pedido matrimonio. Ah, y que le dijo que sí.

«Y, ya puestos, la muy puta le concedió un anticipo».

—Ya. Bueno, pues si no te importa, nos vamos. Aquí va oliendo mucho a muerto.

21.45 h.

En Ligny ya no llovía. Lo había hecho durante cuarenta minutos, lo que primero interrumpió el fuego de artillería y después el de la infantería. Las últimas unidades prusianas se desvanecían más allá del humeante molino Bussy, sin que la exhausta infantería francesa las hostigase. La lucha nocturna no les gustaba, perseguir fuerzas enemigas era cosa de la caballería y, si algún pretexto les faltaba, nadie les ordenaba que lo hicieran. Ni a los soldados, ni a los oficiales, ni a los jefes, ni al mismísimo Grouchy, que al menos de un modo formal mandaba el ala derecha. Era por sentirse inseguro. Desde que l'Empereur se presentara, no fue más que un mero ejecutor de las continuas órdenes que despeñaba. De ahí su desazón al regresar de la línea de fuego —un calificativo merecido, pues Ligny ardía en pompa; los implacables prusianos cubrían su retirada pegando fuego a todo—, cuando Soult le dijo que se habían quedado solos. L'Empereur dijo no sentirse bien, y con Bertrand, La Bédoyère y su coro de jesuseros se marchó sin decir adónde; Soult sabía que Bertrand, horas

antes, había declarado el *château* de la Paix, en Fleurus, palacio imperial de aquella noche, pero sólo por un cotilleo de *aides-de-camp*, no porque nadie se hubiera molestado en explicárselo.

—¿Y qué hacemos?

—Tú sabrás. Que yo sepa no te ha destituido, así que sigues teniendo el mando del ala derecha.

—Pero tú eres el Maréchal más antiguo.

—No pretendas escurrirte, querido. El mando es tuyo y la responsabilidad también. El *chef d'état major*, o sea, yo, sólo es un humilde recurso a tu disposición. Mi deber acaba en aconsejarte, así que, con todo respeto, voy a recomendarte que le veas y que hagas lo que te diga, porque ya sabes cómo se pone cuando alguien actúa por su cuenta y luego las cosas no van bien. Si, por lo que sea, no consigues que te diga nada, entonces sí. Entonces piensa por ti mismo y decide cómo hemos de seguir.

Sonaba razonable, se decía Grouchy. Soult moraba en la proximidad de l'Empereur desde hacía muchos años. Le conocía mejor que ninguno de sus iguales, salvo Davout. Sería bueno hacerle caso.

—Bien, pues allá voy. Deséame suerte.

El hábil Soult se cuadró con algún aparato. «Si pensabas que iba yo a pringarme, apañado ibas», se decía sin que nada en su expresión le traicionase. Quizá no fuera el más victorioso de los Maréchaux d'Empire, aunque alguna razón habría para que, con Davout y Suchet, fuera el menos derrotado.



Louis-Gabriel Suchet (1770-1826), por Vicente López. A juicio de muchos fue el más completo y competente de los mariscales de Bonaparte

22.15 h.

Una responsabilidad del QMG era conseguir hospedaje a los mandos superiores. Si escogió la fonda Le Roi d'Espagne fue a sugerencia de Álava, que meses antes se había detenido allí. Era grande, limpia y bien surtida. Muy adecuada para que pernoctaran el duque, sus ADC, los comisionados —sólo habían venido el prusiano y el español—, Lord Fitz-Roy Somerset y él mismo, además de los ayudantes de todos ellos. La cena sería obra de Thornton, que aportaría parte de los víveres y los demás los buscaría en el mercado local —pese a la guerra, la vida no se detenía—; entre los que traía de Bruselas figuraban varias botellas de un gran borgoña, pues al duque le gustaba celebrar las victorias y lo de aquel día lo fue. Irregular, errática y atropellada, pero conservaron la posición, pusieron a Ney en fuga y el número y la calidad de las bajas entraba en lo razonable. Salvo la pérdida del duque de Brunswick, que Wellington sentía no porque le unieran lazos especiales al pobre diablo, sino por los efectos que pudiera tener en la moral de los cinco mil y pico *brunswickers*, ninguno de los caídos era irremplazable. Ni siquiera Hay, pese a que le tocaría escribir la fastidiosa carta de duelo a Sir William, Earl of Erroll, de quien aquél era su hijo mayor y presunto heredero; una molestia, pero desde hacía muchos años se ocupaba de las misivas de condolencia de los oficiales que las merecían, los cuales eran los que tenían por padre un príncipe, un duque, un marqués o un conde —de vizcondes abajo no se preocupaba—; con la del joven Hay debería esforzarse algo más, pues le constaba que a Sir William no le gustaba que anduviera por el continente jugándose la vida; sabía que no le quedaba mucho de padecer su escaño —aun siendo más joven que Wellington estaba muy averiado, cosa no infrecuente cuando se han sufrido tres esposas y once hijos, de los que siete, por si fuera poco, eran mujeres—, y por el joven James sentía una predilección especial, tan marcada que había comenzado a entrenarle para las duras exigencias de la House of Lords. Por fortuna le quedaban otros tres varones, de modo que la pérdida se le haría llevadera, pero aun así debería pensarse las palabras. Si algo no necesitaba era que desde un asiento de la House of Lords se alzase una voz contra él.

A la mesa, presidida por His Grace, se sentaban el general Álava, el Freiherr Müffling, Lord Fitz-Roy Somerset, Sir William de Lancey y trece ADC; dos no eran de plantilla, si bien al Major Miniussir se le podría considerar como tal; el otro, un Leutnant Wurcherer del que no se sabía si hablaba inglés o no, de tan callado como era, se había unido al grupo sólo porque Müffling se lo mandó; de naturaleza hosca, mezclarse con los alegres ADC no le gustaba mucho. Éstos, pese a la reserva que debería presidir la cena —por los camaradas caídos y porque al día siguiente, o al otro, les aguardaba una nueva batalla—, se mostraban comunicativos y corteses. El acto llevaba camino de prolongarse, pues His Grace lo disfrutaba, de modo que ni el prudente De Lancey ni el espartano Müffling osaban decir que sería bueno irse a la

cama, los que tuvieran una —los ADC se las apañarían con las usuales yacijas de paja, pero a His Grace, a los comisionados, a Sir William y a Lord Fitz-Roy les aguardaban buenos y blandos lechos—; de ahí que resultara del beneficio general que apareciese un embarrado teniente del 15.º de dragones preguntando por el general Müffling, el cual se levantó un tanto desconcertado para salir al pasillo con el desaliñado caballero; regresó un minuto después, momento en que cesaron las conversaciones. Sucedió, explicó, que una patrulla del 15.º había encontrado un oficial prusiano junto a un caballo muerto; decía llamarse Winterfeldt y ser *aide-de-camp* del general Grolman, y traer un mensaje verbal para el general Müffling; todo eso lo supieron tras llevarle a Les Quatre Bras —con un hombro fuera de su sitio y una pierna fracturada— y pedir a un oficial de la KGL que hiciera de intérprete; gracias a eso sabían también que no pensaba decir una palabra más, salvo al general Müffling, al general Álava o al duque de Wellington. Tras aquello era natural que todos se miraran, los unos a los otros y luego a Müffling, quien, después de ordenar a Wurcherer marchase con el teniente a saber qué diablos quería el tal Winterfeldt, explicó que aquello era irregular. En los procedimientos prusianos jamás se transmitían mensajes verbales, y menos a destinatarios que no formaran parte de los ejércitos propios o aliados, de modo que una vez supiera qué pasaba con aquel oficial lo comunicaría de inmediato a His Grace. Una mirada les bastó, a éste y al comisionado español, para interpretar aquello tan desconcertante: Blücher había salido malparado y Gneisenau, o Grolman, no tuvieron tiempo, ni quizás oportunidad, para escribir. De ahí que, con independencia de lo que contase aquel ignoto Winterfeldt, conviniera indagar. No en ese momento, señaló Wellington con un gesto; lo harían minutos después, sin alarmar; la jornada, para Sir Alexander Gordon y Don Nicolás de Miniussir, estaba lejos de haber terminado.

22.30 h.

Bertrand se mostraba intratable: si Grouchy no sabía usar el poder que recibió la tarde anterior, debería esperar a que Su Majestad despertara. Tras eso y en un tono menos destemplado, explicó que l'Empereur regresó en un estado lamentable, con fuertes dolores en la zona inguinal. Mandó que se le preparase un baño de agua muy caliente, pero dado el reducido tamaño del recipiente no pareció que mejorase, ya que al cabo de unos minutos se levantó sin saber cómo ponerse, y auxiliado por él mismo y por Alí se metió en la cama, diría él que con fiebre y con los mismos dolores. Aun así, él era optimista. El Emperador de vez en cuando expulsaba cierta cantidad de arenilla, y algún cálculo que otro, lo cual le provocaba unas molestias que a veces resultaban intolerables, sobre todo cuando le asaltaban en alguna recaída de su *chaude pisse*, Su Excelencia ya me comprende. Una noche durmiendo con calor aplicado en la zona conveniente —Alí, devotísimo de su amo, le cambiaba la bolsa de

agua caliente cada veinte minutos— debería bastar para que a la mañana siguiente se hallara en plena forma. Si el Maréchal volvía por allí sobre las cuatro quizá podría explicarle lo que traía —inventario de bajas, estimación de las del enemigo, cañones capturados y cosas por el estilo—, escuchar sus instrucciones y regresar con su ala derecha. En el entretanto intente Su Excelencia dormir un poco, que falta le hará para resistir el día que le aguarda mañana; será duro, ya lo verá.

Grouchy estaba desolado. Como cualquier mando de su nivel sabía que las victorias no servían de mucho si no se aprovechaban con una rápida persecución del enemigo en retirada, hostigándolo con la caballería y la infantería ligera, de modo que terminase abandonando lo que más dificultase su marcha: los cañones y los vagones de suministros. Cuando se alcanzaba ese punto la huida ya era desbandada; ningún ejército en esas condiciones era capaz de recobrase, lo había visto infinidad de veces. Si en algo destacaba l'Empereur era en culminar las victorias con persecuciones implacables. Muy mal debía estar para que renunciase a la de aquella noche, cuando habría podido acabar con Blücher y alcanzar su objetivo estratégico: barrer a sus enemigos más belicosos, ocupar Bruselas y negociar desde allí con Austria y Rusia. Él tenía experiencia suficiente para emprender la persecución por sí mismo, y no habría vacilado en hacerlo, pero le faltaba el poder que sólo tenía l'Empereur. Vandamme, Gérard, Pajol, Mouton, Exelmans, Drouot y Milhaud habían visto durante toda la tarde que quien mandaba era Él, que quien pensaba y decidía era Él, y que su pomposo papel, comandante del ala derecha, sólo servía para transmitir sus órdenes y vigilar que se cumplieran. Si aquella noche se dirigiese a los siete reventados generales y les dijera que asumía el mando, que pusieran en pie a sus hombres y que le siguieran contra Blücher y su maltrecho ejército, se mearían de risa. De los siete sólo dos eran lo bastante disciplinados para no discutir las órdenes de un mariscal: Drouot, el comandante de la Garde Impériale, y Mouton, el del VI Corps d'Armée, pero no estaban a sus órdenes. Sus fuerzas eran la reserva de l'Armée du Nord, la que l'Empereur mantenía bajo su mando directo, y aunque pudieran pensar como él no se atreverían a seguirle. Francia no tardaría en reprocharle que no se pusiese al frente de las tropas y cabalgase contra el enemigo con la determinación exigible a un Maréchal, pero en su mano, tristemente, no había más opción que suplicar a Exelmans y a Pajol, a los que tenía por más profesionales, que le cedieran algunos escuadrones para emprender una tímida persecución, a la espera de que Su Majestad despertara y, de una maldita vez, le diera el poder y los recursos. Dios quisiera que para entonces aún no fuera demasiado tarde.

22.45 h.

Ney y sus generales habían dado cuenta de una buena cena, bien regada con un vinillo que no estaba mal, en el Auberge de l'Empereur —dos días antes aún se

llamaba Zum Kaiser Inn—, en Frasnés. Tras eso pensaban echarse por ahí, en cualquier rincón. Ney tenía mucho sueño, pero no dejó de analizar el informe de bajas que le presentaba el médico del II: los muertos o inútiles para el servicio eran cuatro mil trescientos setenta y cinco, a los que debía sumar tres docenas de oficiales. Era más o menos lo que temía, el 15 por ciento de sus efectivos. Al día siguiente volverían a estar en condiciones de combatir, aunque no en el mismo sitio. Por la forma en que se desplegaba Wellington aquella no era la posición donde pensaba vérselas con l'Armée du Nord. De ahí la última de sus órdenes antes de aflojarse dos botones y dejarse caer sobre un montón de paja: que la tropa revisara su calzado, y el que se viera con las botas en mal estado que las cambiase con las de algún muerto. Al día siguiente les esperaba otra larga marcha.

23.30 h.

Blücher no podía más. Nostitz mandó parar viendo que acabaría por desplomarse. Tras eso, y la luz de dos antorchas, examinó su mapa. El pueblecillo que divisaba cien metros hacia delante debía ser Mellery. Tilly había quedado cuatro kilómetros al sur, de modo que ya estaban lejos de Ligny y de Brye. No parecía que les persiguiese nadie, lo que no dejaba de ser una sorpresa, porque las costumbres de Bonaparte, bien que las había sufrido alguna vez, eran distintas. Decidido, pues: ahí se quedaban. Quizás hubiese allí más prusianos refugiados, así que antes de hacer nada envió al providencial Schneider a reconocer el terreno. Regresó poco después con una excelente noticia: el doctor Bieske, cirujano del I Armeekorps y médico personal de Blücher, había montado en el granero comunal un hospital de campaña, muy en precario aunque mejor era eso que nada. Ordenó que aquel buen sargento y media docena de sus derrengados ulanos se quedaran con ellos, y tras eso despachó a Wavre al resto del escuadrón, siguiendo las instrucciones que poco antes les transmitiera un teniente del 3.º de Ulanos Brandenburg, que por orden del Oberst Treskow, comandante de la 1.ª Brigada de Caballería, recorría los caminos redirigiendo a los extraviados. La noche, como sucedía en todas las retiradas tras una gran batalla perdida, era pavorosamente confusa; pese a todo, algo de bueno tenía: la luna llena concedía suficiente visibilidad para no estamparse contra los árboles.

A Bieske le parecía milagroso que Blücher no tuviera nada roto. No sólo eso, sino que se hallara lo bastante consciente como para decir que aquello no era nada y que para recuperarse sólo necesitaba el curalotodo de los húsares, unas enérgicas friegas de ginebra y ruibarbo, y aún mejor funcionarían si además de por fuera se las daban por dentro. El valiente Bieske —había que serlo para desobedecer al Generalfeldmarschall— rehusó autorizar aquella segunda parte del tratamiento, aunque no se opuso a que su venerable superior despachase, a morro, un *magnum* de buen *champagne* que Schneider acababa de requisar en la recién saqueada bodega del

arcipreste local. Así, más sosegado, tranquilizó a Nostitz sobre su estado y le ordenó buscar a Gneisenau. La confusión seguía siendo total, pero ver al mariscal de tan buen ánimo le tranquilizaba, porque significaba que no todo se había perdido. Aunque no tuviera idea de por dónde andaba el Niederrheinarmee, Blücher poseía un cierto sentido —Nostitz lo había comprobado muchas veces— para detectar cuándo las cosas no estaban del todo mal. Quizá fuera el ver marchar unidades de infantería frente al granero, apenas retirado del camino de Mont-Saint-Guibert. Lo hacían en buen orden y con la moral evidentemente alta. Se notaba en lo fuerte que cantaban sus entrañables obscenidades.

24.00 h.

Gordon y Miniussir no se habían tratado demasiado, pero al primero le habían hablado bien del segundo, y aunque no le gustaba que se disfrazara de lo que no era entendía que lo hacía por órdenes de Wellington, de modo no le quedaba más que agradecerle su colaboración. Salían de Genappe escoltados por medio escuadrón del 10th Prince of Wales Light Dragoons, con órdenes de dar con Blücher, y si no con Gneisenau. Wellington quería saber qué había pasado con la batalla de Ligny-Sombreffe, con qué fuerzas aún contaba el Niederrheinarmee y adónde se retiraba. Daba por hecho que así era, que les habían vencido y retrocedían, porque de ser al revés ya lo habrían hecho saber. Nada despertaría más a Blücher las ganas de aclararse la voz, desplegar las alas y cacarear, que haber batido a Boney en persona. Si no lo hacía sólo podía ser por haberse quedado sin plumas.

Valonia, sábado 17 de junio

00.30 h.

Wurcherer volvía de Les Quatre Bras, con Winterfeldt en una carreta. Müffling esperaba despierto; entretenía el tiempo escribiendo una carta para Gneisenau donde daba cuenta de las acciones registradas en Les Quatre Bras, las impresiones que sacaba de los movimientos de Wellington, lo que sabía de la última posición de sus diversas unidades y, por fin, una opinión personal sobre las intenciones de su aliado, que a su entender no eran otras que ofrecer batalla en un lugar que debía de tener decidido pero que no decía cuál era, siempre y cuando l'Armée du Nord hubiera quedado suficientemente recortada gracias al sacrificio de las nobles tropas prusianas. También, que se preguntaba si su empeño en asistir al inoportunísimo baile de la duquesa de Richmond no habría sido una maniobra para ocultar sus verdaderas intenciones, dedicada especialmente a Bonaparte. Del general Müffling no podía decirse que fuera un hombre de pensamiento rápido, aunque sí que, si se le daba el tiempo suficiente para sumar doses y juntar cuatros, podía ser bastante profundo.

Lo que Winterfeldt le contó era peor que cualquiera de sus hipótesis, sobre todo por la incertidumbre que dejaba. El Niederrheinarmee había sido derrotado, aunque ni sabía en qué medida ni hacia dónde se retiraba. Eran las dos preguntas que le haría Wellington, pero Winterfeldt no añadió mucho más; tan sólo que Blücher se puso al frente de los escuadrones que aún quedaban y que no le vio regresar, que Ligny ardía en pompa, desde la iglesia parroquial hasta la última choza, y que los ayudantes de Grolman desmontaban a toda prisa el estado mayor. Lo propio de cualquier catástrofe, se repetía Müffling mientras subía las escaleras y enfilaba el corredor que atravesaba el edificio, en dirección al inquisitivo Beckermann y a un Wellington que Dios quisiera que no se hubiese dormido.

01.00 h.

Gneisenau había elegido el molino Gentinnes como cuartel general hasta que saliera el sol o llegara la caballería francesa, lo que ocurriese antes. Lo hizo porque su silueta se recortaba contra la luna llena, de modo que se le veía bastante bien desde kilómetros de distancia. No se había detenido desde las nueve, cuando al frente de sus ayudantes y un escuadrón de dragones Westpreußen abandonó el molino Bussy. Ya entonces actuaba en calidad de comandante supremo accidental, tan concentrado como si estuviera sentado a una mesa. Recibía mensajeros, se reunía con Grolman y sus ayudantes, daba órdenes —sin que se le viera dudar; no por audacia o irresponsabilidad, sino porque llevaba el Niederrheinarmee, completo, en su cabeza

— y seguía su avance camuflado en la más cerrada oscuridad. Sólo tenía dos puntos de referencia: la pira de Ligny & Bussy y la tenue silueta, recortada en una loma, del molino Gentinnes, seis kilómetros a vuelo de pájaro aunque bastante más a medida que sorteaban los insondables bosques del Brabante valón. A eso se debía que necesitase tanto tiempo para recorrer una distancia que podría ser cubierta en una hora, pero no tenía la percepción de haberlo perdido; antes bien, él y Grolman habían impartido las instrucciones necesarias para que un derrotado Niederrheinarmee, del que ningún general en su sano juicio pronosticaría nada de utilidad antes de una semana, volviera en cuestión de horas a estar en condiciones de combatir. Las siguientes setenta y dos se veían en su mente como una especie de pergamino de Bayeux. Sólo necesitaba que Blücher no resucitase antes de tiempo. Con que le rescataran tres días después, sano y salvo, se conformaba.

01.30 h.

La caballería francesa estaba lejos de donde temía Gneisenau. Grouchy sólo había conseguido movilizar al 1er Corps, el de Pajol, cuyos seis flamantes regimientos se habían visto reducidos al tamaño de dos. Los lanzó hacia el este, pensando que sería la ruta lógica de huida; cuando menos eso fue lo último que logró escuchar del Emperador, quien suponía que Blücher jamás se inclinaría por retirarse hacia el norte o el noreste; lo natural sería Namur, donde conservaba una guarnición y parte de sus almacenes de campaña. Los primeros informes corroboraban ese criterio: los húsares de Pajol anunciaban la captura de un gran número de soldados que marchaban en desorden; también, que los ulanos del III Armeekorps cubrían la retirada de unos cuantos regimientos de infantería —*Kurmarkerlandwehrtruppen*, decían los prisioneros—, y que habían capturado siete piezas de artillería. Eran noticias alentadoras, no por lo que a primera vista expresaban sino porque señalaban una dirección de huida, la que deseaba l'Empereur. De ahí que ordenase proseguir, añadiendo que la prioridad no era capturar fugitivos o material, sino verificar que aquel III Armeekorps marchaba sobre Namur.

02.00 h.

Nostitz estaba de regreso en Mellery. No había encontrado a Gneisenau, pero sí a Steinmetz, comandante de la 1.^a Brigada, que avanzaba despacio hacia la lejana Wavre. Sus tropas estaban extenuadas, aunque no desfallecían; preferían la tortura de caminar al suplicio de combatir contra un enemigo implacable; aquellos soldados, como tantos otros en el bando prusiano, por aquella noche ya tenían bastante. Nostitz, al que preocupaba la indefensión no ya del hospital, sino de Blücher, pidió a Steinmetz una fuerza que defendiera Mellery. El Generalmajor Karl-Friedrich von

Steinmetz había llegado a sus cuarenta y siete años gracias, entre otras cosas, a una exquisita sensibilidad para determinar cuándo convenía ponerse a favor del viento, sobre todo si no le costaba nada. En su avance había recogido varias unidades desgajadas de sus brigadas; una era el espectral residuo del otrora orgulloso 9.º Füsiliere Regiment Kolberg, adscrito a la 6.ª Brigada, cuyos efectivos apenas equivalían a un par de compañías; lo mandaba un jovencísimo teniente Christoph-George von Somnitz, ya que todos sus superiores habían perecido. El tal Somnitz, tras ser requerido para cuidar del Fürst Blücher, se cuadró aparatosamente, convocó a los encantados restos del 9.º —Mellery no estaba cerca, pero al menos ya sabían dónde se detendrían— y rompió marcha tras el aliviado Nostitz. Encontrar a Gneisenau era importante, pero proteger al viejo cascarrabias, al que quería como a un padre, tenía prioridad. Una hora después, tras comprobar, con alivio, que roncaba dulcemente, lo dejó al cuidado del emocionado Somnitz, subió a su también exhausto caballo y se perdió en la noche.

02.30 h.

Gneisenau, sabedor ya de que se le buscaba, estiraba el tiempo que le quedara de mando efectivo para reordenar el Niederrheinarmee. Había mandado a Zieten, a quien sabía llegando a Tilly, y a Pirch I, que solicitaba órdenes allí mismo, en Gentinnes, que marcharan hacia Wavre a través de Mont-Saint-Guibert. Totalizarían treinta y nueve mil hombres, de los sesenta y un mil novecientos con que habían llegado a contar. A Thielmann, cuya brigada de caballería seguía en Sombreffe, también le ordenó dirigirse a Wavre, aunque por Gembloux-Walhain-Corbais. En la primera se debería encontrar con Bülow, del cual esperaba recibir la confirmación de su llegada. El III y el IV sumarían cincuenta y dos mil, lo que representaba una merma tolerable sobre los cincuenta y siete mil setecientos de dos días antes. Eran pérdidas graves, aunque confiaba en que a la vuelta de unas horas se reducirían bastante, una vez recuperase a los extraviados. Al amanecer del 18 contaría con no menos de noventa mil y quizá más de noventa y cinco mil, con lo que desequilibraría el balance de fuerzas entre Bonaparte y Wellington. Los hacía marchar por separado porque aquél, si seguía sus pautas acostumbradas, les perseguiría con un tercio de su ejército, unos treinta y cinco mil hombres; éstos podrían tirar por cualquier camino una vez advirtieran que su rumbo no era Namur. De ningún modo quería que se vieran frente a un IV aislado, lo que podría suceder si Thielmann marchase por Mont-Saint-Guibert. También había ordenado a los depósitos de víveres, pertrechos y municiones repartidos por Valonia y Brabante que marcharan hacia Wavre. Gneisenau no sólo dirigía una retirada penosa y difícil; sus órdenes, desde nada más salir del molino Bussy, apuntaban a un *hauptschlacht*, una batalla decisiva que con Wellington o sin él trataría de disputar dos días después, incluso si Blücher resucitaba para reclamar el

mando. Ahí le asaltaba la última duda, la de precisar qué sería mejor: mantenerle absolutamente borracho, de modo que ni pudiera levantarse, o no dejarle beber una gota. Las apuestas estaban tal altas que, por una vez, no pensaba contemporizar. El Blücher que necesitaba era el de Laon, enfermo, deprimido y metido en su cama. El de Ligny, de ninguna de las maneras.

03.15 h.

El desmoralizado Grouchy, tras unas palabras muy fuertes, había conseguido movilizar al especulativo Exelmans, cuyos jinetes y monturas no estaban más descansados que los de Pajol, pero sí más indemnes. Así, con los primeros resplandores de un alba entrevelada de nubarrones se sumó a una persecución que ya no tenía sentido, pues el Niederrheinarmee había desaparecido. La retaguardia del último *armeekorps*, el III, ya salía de La Ronce, cinco kilómetros al suroeste de Gembloux. Los dos *corps de chevalerie*, pese a no divisar fuerzas organizadas, seguían haciendo prisioneros, aunque de un tipo nada valioso. No eran soldados, sino desertores embriagados —los que se habían mantenido sobrios marchaban a buen paso hacia Namur, para desde ahí seguir hacia Berg y Westfalen; no se tenían por cobardes, pero tampoco por prusianos; eran reclutas obligados a serlo, aquella guerra no era suya, vestían sus detestables uniformes porque se los habían impuesto y, lo peor de todo, el fusilamiento de los sajones les hacía ver claro que no figuraban en el bando de los buenos—; en cuanto a los cañones capturados, el amanecer demostraba que ni eran tantos ni constituían un botín, porque los prusianos los habían inutilizado a fuerza de clavos. Eran las amargas reflexiones que se hacía mientras enfilaba el *château* de la Paix. Blücher, definitivamente, se les había escapado. La gran victoria de Ligny, como la llamaba el idiota de Bertrand, no serviría para nada.

03.30 h.

Nostitz se hacía cruces de lo mal que razonaba esa noche. Conociendo a Gneisenau como le conocía, y estando tan a la vista el molino Gentinnes, sólo minutos antes se le ocurrió que quizá fuese allí donde montaba su *hauptquartier*. Al Generalstabschef no se le notó, ni en el gesto ni en el tono, que no le alegraba el que Blücher siguiera entre los vivos, aunque le aliviaba saber que no en la mejor de las formas. Según Nostitz, era un milagro que no se hubiera roto la cabeza, pero su estado no por eso dejaba de ser lamentable. Quizá, se decía Gneisenau, pudiese despacharlo a Wavre y hacer que se acostara tras recetarle una botella, o dos. Para eso debía verle cuanto antes, convencerle de que todo iba bien y sacudírselo a la misma velocidad. De ahí que ordenara desmontar su efímero puesto de mando y prepararse para cabalgar hasta Mellery, cuatro kilómetros al oeste. La última orden que dio fue

despachar al *headquarter* de Wellington, allá donde se hallase, al avisado Wussow. Llevaría dos cartas, le dijo en persona; la primera, más extensa, en alemán y para el general Müffling; la segunda, en inglés, para el Herzog Wellington si no lograba dar con el otro. En cualquiera de los dos casos, que no regresase sin una respuesta. Lo que había urdido requería confirmación.

03.45 h.

El grupo de Gordon cabalgaba despacio y en silencio. La razón de su sigilo era que, al no tener idea de qué habría sucedido —sólo contaban con la intuición de Wellington—, el coronel y Miniussir se habían inclinado por dar un buen resguardo a las previsibles posiciones prusianas en el caso de que se hubieran retirado, tanto hacia el norte como hacia el este. De ningún modo querían arriesgarse a topar con una patrulla francesa, y tampoco debían exponerse a ser tomados por lo que no eran si se daban con una prusiana, sabedores de que sus aliados eran de gatillo fácil. Eso les llevó, con dificultad porque Sir Alexander no era buen navegante y manejarse sobre mapas no se le daba bien, a pasar por Court-Saint-Étienne, Mont-Saint-Guibert, Chastre y Gembloux, donde al fin se dieron con una patrulla prusiana en misión de descubierta. Tras un suspicaz proceso de identificación —por las dos partes—, un Leutnant Weltzien, del 2.º de Húsares Schlesien, les explicó que se las veían con el IV Armeekorps, que sólo sabía de la batalla que se había perdido y que tenía órdenes de aguardar allí al III; sólo a ése, pues de los otros tampoco sabía nada. Tras reflexionar los tres juntos sobre una copia del Ferraris, Sir Alexander entendió que los otros *armeekorps* se habrían retirado hacia el norte, y que si cortaban hacia el oeste por la línea Saint Gery-Mellery-Abbaye lo natural sería encontrárselos, y con ellos a Blücher. Weltzien se encogió de hombros, lo que apenas se notó. Se despidieron amigablemente y cada grupo reanudó su marcha. El de Sir Alexander, no mucho después y ya cerca de Saint Gery, comenzó a cruzarse con unidades prusianas que avanzaban hacia el norte, desperdigadas pero en buen orden. Él y su gente avanzaban con gran luminosidad —una docena de antorchas—, indicando que pretendían ser vistos, lo que combinado con sus casacas rojas les ahorró más identificaciones delicadas, si no algún disparo. Un teniente coronel que marchaba en cabeza de una larga columna les hizo saber que la batalla fue un descalabro, que tenía órdenes de llegar tan lejos como pudiera en la dirección de Wavre y que sabía de un hospital improvisado en Mellery, a ocho kilómetros de allí; debía de ser el mejor sitio para saber dónde andaba todo el mundo, el Fürst Blücher también; por lo demás lamentaba no poder ayudarles, pero debía seguir. Algo es algo, se dijeron Gordon y Miniussir, y dado que Mellery quedaba cerca reanudaron la marcha con las antorchas encendidas. Así, como una fantasmal Santa Compañía —el somnoliento Major renunció a explicar al suspicaz Coronel qué diablos era eso—, llegaron al hospital-

granero, donde un admirado teniente Somnitz, deslumbrado por su espectacular despliegue, les dijo que sí, que allí estaba Blücher, aunque no sabía en qué condiciones. De todos modos, aceptó tras pensárselo, tampoco sucedería nada porque pasaran a verle.

Dieron con él tras una especie de biombo, desplegado por el Doktor Bieske para procurarle un poquito de intimidación. No estaba del todo despierto, aunque a cambio hedía de sudor —era una noche muy cálida—, ginebra, ruibarbo y ajo, al punto que tras guiñar un ojo al formal coronel inglés le dijo que no se acercara mucho porque apestaba. Tras eso añadió que no tenía ni puñetera idea de qué carajo sucedía —empleaba unos adjetivos más potentes, pero Miniussir prefería dulcificarlos; *traduttore, traditore*—, salvo que, según Bieske, aún habría podido ser peor. A continuación preguntó qué tal le había ido a Wellington, para escuchar un sucinto «bastante bien, Alteza; His Grace sufrió pocas bajas y Ney acabó retirándose», a lo que no llegó a contestar, pues se había quedado frito. No sería de buenos cristianos despertarle, convinieron los dos; ya iniciaban el regreso cuando les alcanzó Bieske, a la sazón muy ensangrentado; acaba de amputar la mano de un oficial inglés al que había visto varias veces en el cuartel general, y se preguntaba si tendrían interés en hablar con él, aunque sólo fuera para distraerle un poco, pues pese a la botella de coñac que se había ventilado seguía bastante lívido. El coronel, que resultó ser Sir Henry Hardinge, contemplaba con melancolía el vendado muñón en que se había convertido su mano izquierda. Él y Gordon eran amigos desde los tiempos de Lisboa y se saludaron efusivamente, dentro de lo que cabía. Sir Henry, tras explicar que una bala del 17,5 se le llevó media mano cuando dejaba el molino Bussy, que se quedó rezagado y sin caballo, que después se perdió y que si había terminado allí fue porque le recogió un alma buena con forma de sargento prusiano, les contó lo poco que a él le habían dicho, apenas que Gneisenau ordenó marchar hacia Wavre. Añadió que Boney les había dado un buen repaso, que las bajas no serían menos de treinta mil, que veía imposible que aquel ejército derrotado, desmoralizado y disperso estuviera en condiciones de volver a pelear antes de dos semanas y, por último, que no sabía interpretar las razones de Gneisenau para marchar sobre Wavre. Bajo cualquier consideración lógica, se habría debido inclinar por Namur o por Gembloux; igual aquello significaba que se había vuelto loco, él también.

Hardinge ardía de fiebre y de dolor. No se sentía capaz de subirse a un caballo y cabalgar dos horas o más hasta las posiciones inglesas. Prefería seguir allí, bajo los cuidados del Doktor Bieske y esperar a que les evacuaran. Sólo quedaba despedirse, desearles suerte y rogar a Gordon que presentase a Lord Wellington sus excusas por no poder desempeñar su cometido durante algún tiempo.

Ya sobre los caballos, Sir Alexander se preguntaba si convendría regresar o buscar a Gneisenau. Miniussir ni se lo planteaba; él sólo era un intérprete

desfallecido, aunque asintió vigorosamente tras escuchar del coronel que lo mejor sería informar a Wellington cuanto antes, pues si Boney había vencido en Ligny no tardaría en lanzarse contra él, y Les Quatre Bras no era la clase de posición donde a The Beau le gustaba ofrecer combate. Tras un breve epitafio para Sir Henry —«se habrá quedado sin mano, pero de aquí sale Major-General»—, indicó al teniente que mandaba el escuadrón que regresaban a Genappe. Se había hecho de día, y por las trazas no sería de tipo esplendoroso; densos nubarrones tapaban el cielo en todas direcciones y la sensación atmosférica era de bochorno, de tormenta inminente.

—No será un buen día para combatir.

—Hoy no lo haremos, Nicholas; a cambio, nos hartaremos de caminar. ¿Qué a dónde, dices? Pues a Mont-Saint-Jean. Es como Torres Vedras: la clase de lugar donde a Hookie más le gusta pelear.

04.45 h.

Gneisenau permanecía en pie junto a la yacija de Blücher, que seguía roncando. Se preguntaba si despertarle cuando un trueno lo hizo por él. Los reflejos del Generalfeldmarschall, incapaz de no reaccionar ante un ruido sospechosamente parecido a un cañonazo, le devolvieron a la vida, para saludar a su Generalstabschef y a su Generalquartiermeister, que se les unía tras haber buscado un cuarto donde podrían conferenciar si a Euer Durchlaucht le parecía bien. Se lo parecía, de modo que se levantó con algo de ayuda e inició el camino, siguiendo a Grolman. Con la boca cerrada olía espantosamente mal, pero era bien sabido que la guerra es infernal, y sus hombres, además, tenían experiencia en disfrutar sus aromas, de modo que se limitaron a mantenerse un poquito alejados de su adorado jefe, sentados en los más diversos objetos y atentos a las palabras que iba desgranando Gneisenau, situado un punto a mayor altura que los demás (Blücher, Grolman y Nostitz) y con las piernas colgando, pues al ser el último en pasar debió conformarse con un barril de repollos. Había comenzado señalando la posición de las unidades. Tras eso apuntó que, por imposible que pareciera, el Niederrheinarmee se hallaría en condiciones de combatir al día siguiente, tan hasta las últimas consecuencias como Blücher determinase. Después añadió que ni las pérdidas eran excesivas ni la considerable cantidad de desertores inventariados por los minuciosos oficiales del Generalquartiermeister le inquietaba gran cosa. Casi todos eran reclutas procedentes de ducados y principados recién anexionados, de modo que su defección no era una sorpresa. Los noventa y cinco mil con que se podría contar eran una fuerza fiable, y con ella, si Wellington colaborase, consideraba seguro batir a Bonaparte.

—¿Cuál es la razón, *Euer Exzellenz*, de que haya elegido Wavre como lugar de concentración?

El que preguntaba era Nostitz; poseía el don de adelantarse a las preguntas que su

jefe desearía formular, si pudiese. A eso se debió que Gneisenau contestase con la mirada fija en Blücher, no en su *aide-de-camp*. Wavre, explicaba, era el punto ideal para decidir entre unirse a Wellington o retirarse hacia Lieja. El Niederrheinarmee quedaría en situación de hacer cualquiera de las dos cosas una vez se reabasteciera, lo que tendría lugar cuando llegaran a Wavre los trenes de suministros. La decisión de unirse o no a Wellington quedaba en manos de Seiner Durchlaucht. El Estado Mayor se había limitado a disponer las cosas de modo que pudiera elegir lo que considerase más adecuado.

Blücher tenía pocas ideas, aunque alguna era clara. Por ejemplo, había dado a Wellington su palabra de unírsele y quería cumplirla. Sobre su mente, aun así, se cernían dudas. Gneisenau no estaba en contra de unirse a Wellington, pues si lo estuviese habría ordenado retirarse sobre Namur mientras tuvo el mando, lo que nadie le habría reprochado; ahora, por la forma en que desgranaba sus medidas él detectaba reservas mentales, quizá nacidas de un hecho irrefutable: aquel *cabrón* —debía preguntar a Grolman qué significaba eso, aunque intuía lo peor— les había dejado vendidos ante Bonaparte, tras comprometerse a enviar refuerzos y sin que nadie hubiera visto un solo soldado inglés. Sabía también que jamás se tomaba nada por lo personal, de modo que sus reservas, las que tuviera, serían de índole profesional. A eso se debió que, tras aclararse la voz, le invitase a explicarlas.

—Wellington sólo se preocupa de sus intereses. Si entrara en batalla contra Bonaparte y no consiguiera sostenerse, abandonaría Bruselas a su suerte y se retiraría sobre Amberes. Si eso sucediera estando el Niederrheinarmee a medio camino entre Wavre y el eje Genappe-Waterloo, las consecuencias serían catastróficas. Sería la peor posición táctica imaginable, tanto que Bonaparte nos haría pedazos. A diferencia de Francia, que ha demostrado varias veces que si pierde una Grande Armée le bastan unos meses para construir otra, nosotros necesitaríamos varios años para reclutar una fuerza comparable a la de hoy. Nuestro ejército es vital para Prusia. No debemos arriesgarlo sin tomar determinadas precauciones, las cuales desearía someter a su consideración.

Blücher no necesitaba que Gneisenau las expusiera. No ya tenía en él una confianza ilimitada, sino que le daba vueltas la cabeza. Demasiadas emociones y demasiado cansancio acumulado en su maltrecho y dolorido cuerpo de anciano. Por si eso fuera poco, el tratamiento de choque contra el malestar de sus huesos influía no poco en su brumoso pensamiento, de forma que fue concluyente:

—No hace falta; disponga lo que considere oportuno y sigamos adelante.

Sin más palabras se incorporó, con ayuda de Nostitz, aunque antes de salir al exterior se pasó por donde Hardinge lagrimeaba de dolor. Le invitó a unirse a su comitiva, pues en Wavre sería mejor atendido. Hardinge se lo pensó. El calvario de cabalgar sería preferible a permanecer allí hasta que llegaran los franceses. Sabía lo

bastante de amputaciones como para ser consciente de que si no mantenía el muñón impecablemente limpio, cambiando los vendajes con frecuencia, las probabilidades de que se le comiera la gangrena serían elevadísimas, de modo que aceptó la oferta del cariñoso Generalfeldmarschall. Así, tras despedirse de Somnitz y de sus fervorosos fusileros, los tres subieron a sus monturas —el Fürst Blücher quiso seguir en el viejo penco del Feldwebel Schneider; era su estilo de mostrar agradecimiento, aunque no estuviera claro por cuál de las dos bestias— y, seguidos por su pequeña escolta de ulanos negros, emprendieron el camino de Wavre.

06.30 h.

Gordon se reunía con Wellington. No traía datos precisos, pero confirmaba que los restos del Niederrheinarmee se retiraban hacia Wavre. Aquello era lo que Wellington necesitaba saber; la información operativa —el balance de bajas y la disposición de las fuerzas— ya se la daría Müffling. Gordon despejaba la gran incógnita: ofrecer batalla en Mont-Saint-Jean o replegarse sobre Amberes. Con la decisión ya tomada llamó a De Lancey. Era momento de poner el ejército en marcha, con antelación suficiente a la llegada de Bonaparte —le asombraba que no estuviera ya en Les Quatre Bras—; las unidades deberían marchar hacia la línea Braine-l'Alleud-Mont-Saint-Jean-Smohain, salvo la I División VKN y la IV británica, que deberían dirigirse a Halle para prevenir una posible maniobra de Boney por el oeste.

Satisfecho por al fin ver claro bajó a desayunar. Sólo estaban Somerset, Álava y el coronel de los Coldstream. No era un público numeroso, aunque valía para comentar que a Blücher le habían dado una paliza pero que aun así no abandonaba, ya que se replegaba sobre Wavre. No le quedaba otra que hacer lo mismo, marchar al norte para clavar la bandera en Mont-Saint-Jean, a pocas horas de marcha de donde se concentraba el Niederrheinarmee. Divertido con la irónica mirada de Álava, dejó caer un indiferente «con esto se pensará en Inglaterra que a nosotros también nos han sacudido, pero si Blücher se retira yo debo hacer lo mismo». Era prodigioso, aceptaba para sí el admirado comisionado, lo bien que se cumplían las maquinaciones de His Grace. Si Maquiavelo le hubiera conocido, no se habría inspirado en el casi santo César Borgia para su adorable *Príncipe*; Wellington le daba sopas con honda, en todo.

Ya se levantaban cuando apareció Müffling. Segundos después sabía del regreso del coronel Gordon y de la poca información que trajo. Al momento convino que sería bueno saber más. Así, ordenó a Wurcherer que se dirigiese a Wavre, que se presentase al Graf Gneisenau y que no volviera sin saber si el Niederrheinarmee se hallaría la mañana siguiente listo para librar con el Army of the Low Countries una batalla decisiva contra l'Armée du Nord en la línea Smohain-Mont-Saint-Jean-Braine-l'Alleud.

07.15 h.

El Emperador se despertó con el sol ya en alto, aunque la luz apenas se filtraba por las ventanas de su espacioso cuarto del *château* de la Paix. En una silla, junto a su cama, el leal Alí había velado su inquieto sueño con similar interés al de una madre por su hijo, lo que le llevó a carraspear, un poquito incómodo; ante Alí no sentía pudor alguno, pero había una cosa que se negaba en redondo a que fuese contemplada: el acto de hacer pipí cuando sospechaba que no brotaría un manantial cristalino. Alí comprendió a la primera; su vida entera giraba en derredor de l'Empereur, al punto que solía bastarle un gesto, y a veces una simple mirada, para entender qué quería su amo. Era como esas mujeres enamoradas tan profundamente de su hombre que sólo tienen ojos para estudiarle, seguirle, admirarle y amarle. Lo que Alí sentía por l'Empereur no tenía nada de carnal, y nadie podría comentar acerca de su personalidad que la encontraba sospechosa; sólo sucedía que su existencia tenía un objeto exclusivo y excluyente: procurar que Su Majestad Imperial se sintiera bien.

Ya en soledad empuñó el orinal y cerró los ojos, esperando el dolor. Segundos después, animado al ver que no llegaba, miró. Lo que suponía: un desalentador marrón rojizo, testigo de que la última de sus piedras no acababa de ver la luz. Quizás hubiera llegado a la vejiga; cuando ya no dolía solía ser por eso, pero a veces ocurría que sólo superaba un recodo para embarrancar en el siguiente. Cuando le sucedía en terreno favorable la solución era sencilla: un baño hirviente, un par de litros de agua trasegada en pequeños pero continuos sorbos y ya estaba, en media hora se libraba de la pesadilla, pero aquel condenado *château* no era terreno favorable. No había en él nada que se pareciese a la divina bañera de Thérèse, lo que le había explicado Alí la noche antes, aunque siempre le quedaba volver a probar con lo que, bromeando con su falso mameluco, llamaba el Barreño Imperial.

Alí ya lo llenaba, lo que llevaba su tiempo. Lo invirtió en leer el parte preparado por Bertrand; así supo que Grouchy había venido a verle un par de veces, la segunda para dejarle una nota donde decía perseguir al III Armeekorps por las carreteras de Namur y de Gembloux. No era una información exhaustiva, pero resultaba consistente con la última de sus percepciones en el campo de batalla, que la línea de Blücher se hundía en el centro y que sus *armeekorps* se dispersaban en todas direcciones. Debería confirmarlo, pero aún no estaba en condiciones de llamar a Bertrand y empezar a dar órdenes. Ya lo haría después, tras haber alumbrado la maldita piedra; de momento prefería procesar papeles. Empezaría por otro de Grouchy, uno que según Bertrand llegó al amanecer. Era el parte de bajas; según su Maréchal, el Niederrheinarmee había dejado atrás dieciséis mil muertos y heridos muy graves, a los que deberían sumarse no menos de tres mil entre desertores y rezagados, los que Pajol había capturado en el camino de Namur. Por parte del ala derecha, incluyendo el VI y la Garde Impériale, se habían perdido nueve mil

seiscientos hombres. En cuanto a piezas de artillería, de momento se contaban treinta unidades abandonadas, aunque todas inservibles. No era una victoria grandiosa, se decía meneando su gran cabeza. Quizá bastara para sacar a Blücher de aquella partida de ajedrez a tres, e iría bien para cerrar bocas en París, sobre todo las que rebuznaban en el Palais-Bourbon, aunque no podía compararse a Marengo, Austerlitz, Iéna, Friedland, Ulm o Wagram. Blücher se le había escapado. No estaría en condiciones de pelear en tres o cuatro días, pero seguía vivo. Todo habría sido distinto si él hubiera estado en condiciones, si la maldita piedra no hubiese resucitado a la caída de la tarde. Habría movilizadado el total de su caballería para perseguir a Blücher allá por donde intentara escapar, pero ya era tarde para lamentarse. Lo que contaba era mirar hacia delante, y el santo y seña de aquel día no era Blücher; era Wellington. De ahí que le preocupara no saber de Ney. Debería enviar por él, aunque no antes de haberse zambullido. Lo hacía con ayuda de Alí, medio llorando de dolor, pero aquel era el precio de volver a estar bien y lo tenía que pagar.

07.45 h.

A Wussow le costó dar con el cuartel general de Wellington. Sólo tras encontrar a Müffling supo que lo trasladaban a la línea Smohain-Mont-Saint-Jean-Braine-l'Alleud. Nada más saberlo tendió sus dos cartas al nervioso general; la escrita en alemán traía un sucinto informe de la batalla de Ligny, de la retirada en dos columnas hacia Wavre y del propósito de Gneisenau, si Blücher lo aprobaba, de unir fuerzas con el Army of the Low Countries una vez reorganizase y reaprovisionase los cuatro *armeekorps*. Müffling, tras reflexionar unos segundos, decidió acompañar a Wussow a la presencia de Wellington, para que le diera la otra carta. Procediendo así evitaría que después His Grace le preguntara cosas de las que no tenía información, haciéndole quedar como un imbécil, un papel que, con gran dolor, en los últimos tiempos interpretaba con más frecuencia de la deseable.

Wellington, una vez leída la nota, pidió a Müffling que trasladase a Gneisenau su intención de presentar batalla el día siguiente, domingo 18 de junio, si contaba con al menos un *armeekorps* de refuerzo. En otro caso cedería Bruselas y ocuparía posiciones en Amberes. También rogó al preocupado Müffling que averiguara el paradero del coronel Hardinge, pues pensaba enviar por él para trasladarle a retaguardia. En modo alguno ponía en duda los cuidados que los doctores prusianos pudieran prestarle, pero Hardinge no hablaba una palabra de alemán, y temía que sus males se agravaran por no poder comunicarse. No sería por eso, pensaba Müffling mientras caminaba con Wussow hacia donde había dejado éste su caballo; Wellington pensaría, como él, que los médicos prusianos eran unos carniceros. Una triste realidad de los ejércitos de conscriptos era no necesitarlos mejores.

08.15 h.

Blücher había llegado a Wavre tan agotado que no se tenía en pie. A las puertas de la ciudad aguardaba una docena de húsares convocados por Nostitz, que había enviado un mensajero en avanzadilla. El comisionado Thurn und Taxis le había buscado un buen alojamiento, de modo que tras bajarle del caballo fue llevado en volandas a su cama. Conservaba la consciencia necesaria para decir que no se levantaría en todo el día pero que le mantuviesen al corriente, a lo que Nostitz asintió sin la menor intención de obedecer. Aunque se moría de sueño mandó disponer una mesa y una silla frente a la puerta de su jefe, resuelto a interceptar cualquier mensajero que llegara. No lo hacía por sola devoción, sino porque al día siguiente Blücher debería desempeñar su mejor papel: galvanizar a las tropas. Si no le dejaban descansar raro sería que pudiese hacerlo. En cuanto a Hardinge, del que se había hecho cargo, le adjudicó uno de sus ayudantes y lo despachó a la Rue de la Montagne du Parc en un carruaje requisado «a la prusiana»; en Bruselas ya sabrían qué hacer con él.

08.30 h.

Wurcherer dio con Gneisenau en Ottignies, al sur de Wavre. Su lejanísimo superior, tras escucharle, se sumió en sus pensamientos. Ahora ya conocía la razón «oficial» de que les dejaran en la estacada; lo que de veras sucedió para él estaba claro: el inglés jamás tuvo intención de ayudar al Niederrheinarmee. Le desagradaba verse obligado a colaborar con tamaño sinvergüenza, pero no tenía opción, y no porque así se lo hubiera mandado Blücher, a quien podría inhabilitar sin que Friedrich-Wilhelm le criticase. Tenía presentes las instrucciones de su rey, las de proceder con la mayor prudencia y siempre pensando en los intereses de Prusia. La mejor manera de defenderlos sería tomar París antes que nadie, y si para conseguirlo tenía que cooperar con aquel truhán, lo haría.

09.15 h.

La mente de l'Empereur, que se dejaba vestir por Alí —de coronel de los *chasseurs-à-cheval*—, seguía concentrada en la decisión que tomó tras experimentar el indescriptible placer de alumbrar una piedrecilla oscura, en compañía de un líquido que debía de ser más sangre que orina, pero que horas después, si su organismo seguía siendo el de siempre, saldría más claro. Lo decidió tras un proceso deductivo en el que tuvo en cuenta los últimos informes de Ney —con quien tendría unas palabras en relación al I Corps d'Armée—, Sault y Grouchy. El criterio del que había partido era el más lógico: formar dos columnas, una más fuerte a la izquierda, que

mandaría él, y otra más débil a la derecha, que dirigiría Grouchy. La misión de la suya sería batir a Wellington y tomar Bruselas. La de la otra, bloquear a Blücher si las pérdidas no le disuadían de pelear. Era una decisión sencilla; el equilibrio entre las dos columnas era lo complicado. A más fuerte fuera la suya menos resistiría Wellington, pero más riesgo habría de que Grouchy no contuviese al otro. Si reforzara en exceso su ala derecha se incrementarían las posibilidades de no vencer, de no poder considerar a Wellington como un enemigo amortizado. Dar con el equilibrio adecuado le había consumido la última media hora, pero mientras Alí terminaba de vestirle ya sabía cómo mejor dividir l'Armée du Nord. Una pena que la política no fuera tan sencilla como la estrategia militar. Quedaba llamar a Soult y explicarle que a las órdenes de Grouchy quedarían el IV y el III, del que debería retirar la 3.^a de Caballería; la 21.^a de Infantería, que debería ser segregada del VI Corps, y los de Chevalerie 2.^o y 1.^o, éste reducido a la 4.^a División, pues la 5.^a, la de Subervie, debería traspasarse a la otra columna, la que mandaría él. Con aquello ponía en manos de Grouchy una fuerza de treinta y tres mil hombres y noventa y seis cañones. Soult debería ocuparse de informar al Maréchal, traspasarle las unidades que aún no tuviera con él y comunicarle que le vería sobre las once, no lejos de Fleurus. En cuanto a su propia columna, la integrarían las unidades hasta entonces confiadas a Ney, más la Garde Impériale, el VI, el 4.^o y la 3.^a de Caballería; todas ellas deberían marchar de inmediato a Les Quatre Bras; desde allí, una vez se hubieran juntado con las de Ney, avanzarían hacia el norte, hostigando a Wellington. Descontando las bajas declaradas por Ney, la fuerza resultante superaría los setenta mil hombres y poseería doscientos cuarenta cañones, más que suficiente para destrozar al inglés, tomar Bruselas y enviar mensajeros de paz al Zar Alexander y al Kaiser Franz.

09.45 h.

El Army of the Low Countries estaba en camino. Los cañones y los trenes de munición marchaban por la carretera. La infantería lo hacía campo a través, pisoteando el centeno. La caballería de Uxbridge, reforzada con los tres mil doscientos holandeses del general Collaërt —sus jefes de brigada, Ghigny, Merlen y Trip van Zoutelende, al fin reconocían que luchar separados de sus colegas británicos atentaba contra las leyes de la guerra—, no sólo protegía los flancos y la retaguardia, sino que se había pasado una hora hostigando la primera línea de Ney, para que no advirtiera la marcha de las últimas divisiones aliadas, las holandesas; tarde o temprano lo haría, pero el objetivo era que no las persiguiera de cerca. De ahí que Uxbridge se apuntara el primer éxito del día: cuando los *tirailleurs* franceses advirtieron que no había nadie contra quien disparar, las últimas unidades del VKN habían ya recorrido un tercio del camino a Genappe. A eso se unía un hecho por el que Wellington habría rezado si fuera capaz de hacerlo: el cielo era de color plomo.

Llovería, seguro. Lo que justificaría una plegaria sería que comenzase pronto. Marchar chapoteando es siempre malo, aunque peor es para el que persigue, que siempre ha de andar ojo avizor, por si alguna batería camuflada le obsequia unos cuantos botes de metralla, lo que sin duda esperarían los que se las hubieran visto con él en la lejana Península.

10.15 h.

La comitiva de Wellington acababa de salir de Genappe, cuando llegó el teniente Wurcherer con noticias de Gneisenau que confirmaban las que antes trajera Wussow: el Niederrheinarmee, a la mañana siguiente, sumaría un *armeekorps*, y quizá dos más, al Army of the Low Countries.

—No estoy seguro de que sea verdad. Con Blücher sobre su pies y la cabeza despejada, no sería capaz de hacerme lo que debe pensar le hice yo a él, pero ésa es la incógnita: nadie sabe cómo está.

—Si sólo quisiera desentenderse, no se habría molestado en ir a Wavre. Nadie le habría criticado por retirarse a Namur. Por mucho que le reviente, pienso que de veras quiere unirse a tu fiesta.

Wellington buscaba una explicación más amplia. La de Álava sonaba bien: para Gneisenau valía más lanzarse sobre París que devolverle la cortesía de la tarde anterior; el precio de conseguirlo era sumarse a la liquidación de Bonaparte, porque si no lo hiciese, y él cedía Bruselas, bien podría Boney desde allí, con Schwarzenberg y Barclay de Tolly aún muy lejos, negociar con el retorcido Metternich y el aún más pérfido Alexander. Nada irritaría más a Hardenberg y a Friedrich-Wilhelm —de no haber coincidido dos meses en Viena con todos ellos quizá les juzgara con mayor caridad, pero no era el caso—, y eso sería demasiado para Gneisenau. Le gustase o no, tendría que arrimar el hombro.

—Nos quedaremos en Mont-Saint-Jean, pero al primer movimiento sospechoso mandaré levantar el campo. Si hay algo aún peor que un enemigo declarado es un aliado del que no te puedas fiar.

10.30 h.

Tras estudiar la línea indicada por Wurcherer —no parecía una extraordinaria posición defensiva—, Gneisenau decidió que sería el IV Armeekorps quien marchase primero, aunque no a la línea de Wellington, sino a Chapelle-Saint-Lambert, un pueblecillo situado en una elevación a la salida del bosque de París desde donde Bülow podría estudiar el despliegue francés y elegir su punto más débil. Le seguiría el I, que trataría de unirse al ala izquierda de Wellington, y si la presión en Wavre no fuera excesiva quizá podrían enviar también al II, para unirlo al IV. No tenían idea de

lo que haría Bonaparte, pero era seguro que les perseguiría, sobre todo cuando supiera que no iban a Namur. Grolman disentía. Napoleón haría mejor, pensaba él, si tras olvidarles concentraba su ejército contra Wellington constituyendo un flanco derecho muy fuerte, capaz de oponerse al Niederrheinarmee si les atacaba por ahí. A eso Gneisenau respondió que, al no saber nada de Bonaparte, y dejando al margen que la sorpresa era ésa, que no hiciera nada, cualquier cosa que pensaran sería una especulación, de modo que la medida más prudente sería suponer lo más probable, que lanzara contra ellos una fuerza de persecución y les alcanzara en Wavre. De ser así, bastaría con el III, apenas castigado, para bloquear unas horas no sólo el avance de la tal fuerza, sino impedir que cruzara el Dijle por Wavre, Limal o Limelette, únicos lugares donde había puentes de piedra —los de madera serían volados en cuanto los cruzaran los últimos infantes prusianos si, ya entrado el día, quien se hallase al mando por el lado francés decidiera desentenderse de Wavre y marchar hacia donde sonara el cañón.

Grolman seguía poniendo pegas —a Gneisenau no le irritaban; pensar juntos implicaba que uno se opusiese a lo que decía el otro, buscando inconsistencias—; opinaba que la secuencia IV-I-II era inadecuada, pues el IV habría de salir de Dion-Valmont, donde se le había ordenado acampar, y atravesar Wavre, Neuf-Cabaret y Chapelle-Robert, lo que implicaba cruzar las zonas de concentración del I, el II y el III antes de iniciar el camino de Chapelle-Saint-Lambert. Se les criticaría, decía en tono de advertencia, pero Gneisenau no se ablandaba. El orden IV-I-II, justificado porque Bülow aún no había combatido y conservaba todos sus oficiales, determinaba que las vanguardias prusianas no llegarían al combate hasta una vez avanzado éste, con tiempo suficiente para regresar a Wavre si se comprobaba que Wellington les dejaba otra vez en la estacada. Gneisenau deseaba ganar esa batalla en Mont-Saint-Jean, pero no arriesgar la pérdida de una fracción excesiva del Niederrheinarmee, ya reducido en veintisiete mil entre muertos, heridos y desaparecidos. La guerra no acabaría en Mont-Saint-Jean. El camino a París sería largo y difícil, explicaba en tono didáctico. Ellos ya vivieron la experiencia entre febrero y abril del año anterior, una campaña en la que Bonaparte cerca estuvo de volverles locos, a ellos, a los rusos y a los austríacos, pese a sólo contar con un cuarto de las tropas que reunían entre los tres. Lo que les aguardaba sería todavía peor, porque Bonaparte contaba con más gente. Vencer en Valonia era importante, pero más lo sería llegar los primeros a París. El objetivo era ése, no ganar una batalla probablemente no decisiva y al precio de desangrar aún más el ya maltrecho Niederrheinarmee. Grolman no tuvo más opción que asentir. Era un magnífico Generalquartiermeister, aunque rara vez veía tan lejos como Gneisenau. Como le habían enseñado a decir los españoles con que guerreó seis meses en Valencia, su jefe «apuntaba perro y medio por delante».

10.45 h.

L'Empereur encontraba placentera la sombra de un abeto en el caserío Les Trois Burettes, saboreando un vaso de vino y mordisqueando un poquito de queso mientras esperaba la llegada de Grouchy. Le acompañaban Bassano, Soult y La Bédoyère. Habían dado un recorrido al campo de batalla. Ni Sombreffe ni Saint Amand presentaban un aspecto particularmente horrible, pero Ligny estaba destrozado. Las casas humeaban, lo que incrementaba el hedor de la gloria, mezcla de pólvora, sangre y cadáveres a medio descomponer. Los zapadores habían recuperado los cuerpos de los camaradas muertos, a los que sepultarían en grandes zanjas que cavarían no sabía él ni dónde ni quiénes, ni le importaba. En cuanto a los prusianos, ya se ocuparían los lugareños, cuando regresaran. La conversación giraba en torno a Fouché, a Lanjuinais, a las últimas noticias de París y el anuncio de la victoria que Bassano había enviado a Davout para que lo hiciese saber a cañonazos. También comentaban un mensaje de Grouchy recibido a las ocho, donde comunicaba la presencia en Gembloux de una gran unidad prusiana. Eso, decía l'Empereur, sólo podía significar que Blücher se retiraba sobre Lieja para lamerse las heridas. Soult, menos optimista, pensaba que sería el IV Armeekorps, el que no llegó a tiempo, y no uno de los que se retiraban de Ligny. El que apareciera tan al norte, y dado que Grouchy no reportaba unidades prusianas marchando hacia Namur, salvo unos cientos de desertores, señalaba que Blücher se retiraba sobre Bruselas, buscando unir fuerzas con Wellington. El objetivo de la campaña, batirles por separado, se volvería inviable, al punto que la mejor medida que podrían ellos tomar sería retirarse a las grandes fortalezas del Sambre y el Meuse, pero Su Majestad no quería pensar en eso, ni él llevarse una de sus insufribles broncas. Había cambiado mucho desde Borodino; entonces era posible comentarle cualquier cosa, pero desde aquel día era otro; sólo Berthier conservó la facultad de decirle lo que pensaba, cierto que a solas pero aun así le dejaba, pero allí, en Valonia, ya no quedaba nadie capaz de contarle lo que no quería escuchar.

Grouchy se presentó a las once. De los sentados en el jardín de Les Trois Burettes era el único que no había dado una simple cabezada, y se notaba. Tenía dudas, pero l'Empereur no le dejó exponerlas; la situación, para él, era cristalina: Blücher, maltrecho y disperso, se retiraba sobre Lieja; Grouchy debería perseguirle con los treinta y tres mil que le concedía, cuidando de no ir más al este de Gembloux, para unir fuerzas o para interponerse si Blücher, en un ataque de locura, invertía el rumbo a fin de hostigar su flanco derecho. Lo decía en un tono de los que invitan a callar. Una vez instruido el pálido Grouchy, l'Empereur se levantó con pesadez, dando por terminada la reunión. El VI Corps d'Armée debía estar cerca de reunirse con Ney en Les Quatre Bras, y quería ver cómo sucedía.

12.15 h.

Grouchy comunicaba las órdenes a sus tres *Généraux de corps d'armée*, Vandamme, Exelmans y Gérard. No exhibió su convencimiento de que Blücher marchaba sobre Bruselas. Sí dijo que se deberían extremar las precauciones; aunque su fuerza era considerable, si los prusianos se revolvían, siendo tres veces más, les harían pedazos. Le preocupaba, en particular, que su escurridizo IV Armeekorps, que debía ser el visto en Gembloux, les atacara por la retaguardia, formando una pinza con los otros tres. Con aquellas preocupaciones rondando por su mente ordenó iniciar la persecución, reiterando que debían enviarse continuas patrullas de reconocimiento, en todas direcciones. Si de algo estaba orgulloso era de haber sido, en sus días de *Général de corps d'armée*, quien sufría menos bajas de todos sus iguales. Deseaba que se pudiera decir lo mismo siendo *Maréchal d'Empire*.

13.30 h.

Gneisenau no paraba de dar órdenes, estudiar informes, discutir detalles con Grolman y sus coroneles y, de vez en cuando, preguntar por Blücher. A efectos formales *Seiner Durchlaucht* estaba de nuevo al mando, pero él seguía como en la madrugada, ocupándose de todo sin pedir autorización para nada. Influyó en su progresiva eficacia que cada hora disponía de mejor y más precisa información sobre los movimientos del *Army of the Low Countries*. Si Wellington estaba preparando una nueva jugarreta sería de un tipo insospechado, porque sus acciones eran consistentes con su anunciado propósito de ofrecer batalla en Mont-Saint-Jean, según acababa de comunicar al general Knesebeck. Le había explicado —por carta— su intención de unirse a Wellington en la batalla que con toda probabilidad tendría lugar el día siguiente, domingo 18 de junio, urgiéndole de paso a que presionase a Schwarzenberg para que se pusiera en marcha, de modo que si Bonaparte no salía bien librado, como creía probable, se viera envuelto en una pinza de la que no pudiera escapar.

Grolman se le acercaba con dos tazas de Earl Grey —eran fanáticos del brebaje inglés—, a fin de relajarse unos minutos. Gneisenau estaba en la mejor de las formas, pero tenía cincuenta y cuatro años, una vida castigada, pesaba un poquito más de la cuenta y hasta el superhombre más portentoso necesita descansar de vez en cuando, sobre todo si en las últimas sesenta horas no ha dormido ni dos.

—¿Qué se sabe de Zieten?

—Hace hora y media reportó que su retaguardia salía de Abbaye. Sus patrullas decían llevar varias horas sin que los franceses les molestasen. Todo indica que avanzan hacia Gembloux, siguiendo a Thielmann. Quizá podríamos darles una sorpresa.

Grolman señalaba la posición de las tres columnas: el IV Armeekorps llegando a

sus posiciones en Dion-Valmont, el II haciendo lo propio en Neuf-Cabaret, el III siguiendo al IV en dirección a Chapelle-Robert, donde sus vanguardias llegarían sobre las cinco, y el I, más retrasado, atravesando Court-Saint-Étienne sin posibilidades de llegar a Wavre antes de las seis. Todos exhaustos, todos hambrientos y, salvo el IV, todos bajos de munición. Hacerles dar media vuelta para que se lanzaran sobre la columna enemiga sería un suicidio, porque de ningún modo la pillarían desprevenida. Esa invitación francesa era una trampa, y no pensaba caer en ella.

—Di a Zieten que hay riesgos de que Bonaparte lance fuerzas de caballería entre sus posiciones y las de Wellington. Debe comprobar que la ribera izquierda del Dijle permanece limpia de franceses. Dile también que disponga enlaces con el estado mayor de Wellington, a través de Müffling. El Dijle mañana será clave. Si conseguimos que quien sea el francés que nos persigue no lo cruce, o no lo haga demasiado pronto, nada podrá impedir que trituremos a Bonaparte, aquí:

Había puesto su dedo entre Plancenoit y una posada identificada como La Belle Alliance, cuatro kilómetros al sur de Mont-Saint-Jean. Grolman no necesitó preguntar a qué se debía esa seguridad; para cualquiera que supiera leer un mapa, y él era bueno en eso, no podría ser en ningún otro lugar.

14.00 h.

El Emperador había llegado a Marbais, cerca de Les Quatre Bras, sesenta minutos antes. Con él, una fuerza de caballería integrada por la división de *grenadiers-à-cheval* (Guyot), el 4.º de Caballería (Milhaud), la 3.ª división (Domon) y la 5.ª (Subervie). Allí, en Marbais, el coronel Marbot, comandante del 7.º de húsares (1.ª división), le comunicó que la infantería británica se había retirado al amparo de una fuerte cortina de caballería, muy superior a su regimiento y a la división de *chasseurs-à-cheval*; por lo demás, no había indicios de que unidades británicas se hubieran retirado hacia Nivelles; todas apuntaban a Genappe, para desde ahí seguir a Waterloo y Bruselas. No podía disgustarse con nadie, porque nadie tenía culpa. En otro momento de su vida se habría tirado de la cama mucho antes de que saliera el sol, se habría puesto al frente del ala izquierda y habría cargado contra Wellington, pero de nuevo se veía en la frustración de admitir que, como Blücher la noche anterior, se le había escurrido por entre los dedos y no por insuficiente caballería, como en Lützen, sino por su mala salud. Esa mañana, por fortuna, todo iba bien; en Les Trois Burettes había hecho frente a lo que más pánico le daba, para ver, con alivio, que ya era casi normal. Con suerte no mearía más piedras en dos meses. Suficiente para ganar esa guerra y empezar a negociar una paz que no tendría nada de imposible.

Wellington le sacaba tres horas. Con lo que caía —llovía con fuerza desde que

dejó Les Trois Burettes— no podría recuperarlas. Aun así, debía marchar tras él, porque no creía que su plan fuese llegar a Bruselas. Defender una ciudad casa por casa es muy sangriento, y los MP verían mal que muriese demasiada gente, sobre todo si formaba parte de su aristocrática colonia, la bendita duquesa de Richmond a la cabeza. Se detendría más allá del bosque de Soignies, quizás en Waterloo. Antes, no, porque no encontraría ninguna posición adecuada. En el entretanto quizá pudiese hacerle sangre, como la que hizo él al imbécil de Marmont en Salamanca. En las retiradas no son infrecuentes los imprevistos que desgajan de la masa principal un regimiento, una división o hasta un *corps d'armée*. Sería cuestión de no perderle de vista, conduciendo él mismo la persecución al frente del 4.^a de Chevalerie y de los *chasseurs* y *grenadiers-à-cheval*, y con las divisiones 3.^a y 5.^a cubriendo los flancos. Diez mil jinetes, en total; si el inglés les diera una oportunidad sabrían aprovecharla.

15.15 h.

Grouchy confirmaba que Blücher se retiraba en dos columnas: la que perseguía él y otra más al oeste que sus patrullas situaban en el bosque de Sainte Catherine, dos kilómetros al norte de Abbaye. Para él era un orden lógico; los *armeeorps* I y II, los más castigados, avanzaban por el camino natural hacia un punto que secaría la ruta del IV y el III, en ese orden. El punto, lo decía su mapa, era Wavre. Desde allí podría seguir hacia Bruselas, volver a Lieja o reunirse con Wellington, lo que más temían él y l'Empereur. El último informe de sus húsares señalaba que no había fuerzas enemigas antes de Gembloux. Con aquella lluvia, imposible que su vanguardia llegase antes de las seis. Lo puso en un papel, añadió que trataría de alcanzar una posición de interposición entre Blücher y el ala izquierda, y lo entregó a su *chef d'état major* para que lo hiciese llegar a Soult. No añadió que sentía una gran incomodidad, la de ver que ni Gérard, ni Vandamme ni Exelmans le mostraban el necesario respeto y el aún más necesario respaldo, porque se limitaban a obedecer sin poner nada de su parte. Igual había un larvado mar de fondo revolucionario, pues los tres eran soldados rasos promocionados en las guerras de la Convención, mientras él, antes un marqués borbónico y en aquellos días Marquis d'Empire —sus tres subordinados eran simples condes—, empezó de teniente, igual que l'Empereur.

16.00 h.

La vanguardia francesa recortaba distancias sobre la retaguardia enemiga, la cual atravesaba con dificultad el puente del Dijle, tan angosto que dos piezas de nueve libras no podían pasar a la vez. La distancia era lo bastante reducida como para que l'Empereur desplegara en línea su infantería, pero un fuerte fuego de artillería y cohetes —imprecisos, pero espantaban a los caballos— le hizo desistir. En aquella

escaramuza no había nada que ganar; de ahí que ordenase volver al paso de marcha, permitiendo que la caballería británica se alejara en tres ejes, el principal por la calzada y los otros rodeando Genappe, por Loupoigne y Baisy-Thy. Recordaba lo que contaban sus mariscales sobre la frialdad de Wellington, siempre listo para retirarse e indiferente a lo deshonroso de hacerlo. Su especialidad era huir hasta dar con una posición donde se sintiera cómodo, y si eso le llevaba de Burgos a Ciudad Rodrigo lo hacía sin pestañear. La retirada de aquel día todavía no alcanzaba los diez kilómetros, pero ya veía que aquel irlandés no se retiraba como los austríacos, los rusos o los prusianos. En realidad no sabría definir cómo lo hacía, pues jamás se las había visto en persona frente a un gran ejército británico. Sólo sabía que quien mandara su caballería —«Uxbridge, Sire», dijo Soult con cierto respeto; «por su culpa no capturamos a Moore en Corunna»— dominaba el oficio.

18.00 h.

Aquella escena comenzó a verla en su mente nueve meses antes: el ejército, salvo la fracción destacada en Halle, ocupaba posiciones en el *plateau* de Mont-Saint-Jean. Una línea magnífica, explicaba en tono didáctico a sus jefes de división; la descubrió tras inspeccionar las fuerzas de Sir Thomas Graham, cuando buscaba una posición para encarar una invasión francesa que marchara sobre Bruselas, ciertamente improbable, pero el ejército francés de por entonces aún era el de Bonaparte, como por desgracia se había evidenciado. Aquel *plateau* le pareció ideal, lo que comentó con Chapman, Pasley y Carmichael-Smith —el último, presente, asentía—, quienes propusieron fortificar las granjas que la precedían, La Haie Sainte y Hougomont, a las que señalaba con el dedo. A eso se debía que sus ingenieros llevaran dos días reforzándolas en secreto, de forma que los trabajos pasaran inadvertidos para los espías franceses. Si Boney se lanzaba contra ellos, como parecía seguro, se llevaría unas cuantas sorpresas. Fue un buen *speech*, pero siempre hay voces discordantes; la de aquella tarde, como solía suceder, era la de Sir Thomas Picton; pese al dolor de una costilla rota, consecuencia de haber caído bajo su caballo muerto —un fenómeno propio de las buenas batallas; nadie podía decir que se había distinguido mientras no le hubieran matado alguno entre las piernas—, se animó a preguntar en tono desabrido si a His Grace no le preocupaba que a sus espaldas se alzase un bosque formidable. Wellington se le quedó mirando con marcada frialdad —siempre hay un aguafiestas, parecía pensar—, para después decir que lo había inspeccionado en más de una ocasión, que no era tan impenetrable como parecía y que, si los presentes cumplían con su deber, las posibilidades que tendría Boney de llevarles contra él eran menores de las que tuvo Ney en Torres Vedras. Una respuesta muy tranquilizadora, pero más de uno se quedó pensando que Sir Arthur, el sencillo Major-General de Lisboa, no se parecía mucho a His Grace the Duke of Wellington. Si no por otra cosa,

porque al primero jamás se le habría ocurrido bailar hasta el amanecer con Bonaparte marchando contra él.



Sir Thomas Graham, por Sir Thomas Lawrence

18.15 h.

El Emperador dejaba una cierta distancia con la retaguardia británica, pero sin perderla de vista. Quería determinar dónde pensaba detenerse. Si su plan era rodear Bruselas debería empezar a desviarse, pero en lugar de hacerlo, según decían sus *chasseurs-à-cheval*, había comenzado a expandirse frente al bosque de Soignies. Un disparate que jamás habría imaginado en un hombre de su fama.

Se había detenido en una elevación a cuatro kilómetros del cruce de aquella carretera de Bruselas con el camino de Brainel'Alleud (al oeste) y Smohain (al este), junto a una fonda deshabitada de nombre La Belle Alliance. Desde ahí estudiaba lo poco que Wellington dejaba ver de su despliegue, apenas que frente al bosque había una hondonada donde desaparecían las unidades inglesas, o alemanas, u holandesas, o lo que fueran. Las pocas situadas a la vista, por delante de lo que parecía un risco nada infranqueable, no serían ni un tercio del total. Un detalle de buen defensor, lo admitía, pese a la incoherencia de situarse delante de un bosque tan frondoso como ese de Soignies. Los coraceros del 4.º, que iban en vanguardia, reportaban haber

encontrado en La Haie Sainte, una granja tres kilómetros al norte, un fuego concentrado de docenas de cañones. Eso confirmaba que allí, el lugar que Le Capitaine llamaba «Plateau de Mont-Saint-Jean», era donde Wellington se hacía fuerte; a mil metros por la izquierda se alzaba otra granja, más grande y coronada por un torreón, la llamada *château* de Hougoumont. Desde las dos se podía disparar contra una masa de infantería que avanzara por la carretera, protegiendo así la línea de batalla. Una distribución ortodoxa; sólo desentonaba el que a su espalda comenzara un bosque tan denso que Wellington no podría cruzarlo si debiera retirarse. Bueno, sus infantes sí, pero no sus trenes de suministros, ni su artillería, ni su caballería. Lo encontraba tan inconsecuente que igual era otra de las añagazas del reconocido maestro de las argucias, el mismo al que solía llamar General de Cipayos, evocando su tenebroso pasado de ocho años lidiando con rajás y maharajás. Bien, pues al día siguiente sabría cómo de distintas eran esas bestias de l'Empereur de la France, siempre y cuando fuera verdad que allí era donde pensaba pelear. El modo más sencillo de comprobarlo era obsequiarle con unas cuantas andanadas de sus *belles filles*, cuyas primeras baterías ya estaban dispuestas sobre otra elevación que según el mapa se llamaba Rosomme y que sería ideal para montar su puesto de mando. La respuesta británica fue inmediata, lo que significaba que sus piezas estaban trincadas a crujía y listas para tirar, no enganchadas a los percherones como estarían si aquello fuera otro truco de Wellington. No era la posición que habría elegido él si estuviera en el lugar del inglés, pero si allí quería la batalla, pues allí la tendría.



En la granja Haie Sainte tampoco se pasó frío. Aquí, el 95° Foot.

19.45 h.

A Grolman le llevó diez minutos asegurarse de que Brünneck memorizaba lo que Gneisenau quería transmitir a Wellington. No podía ser una comunicación escrita; si lo fuese habría necesitado una hora para cifrarla, y otra para ser luego descifrada por un Müffling en cuya destreza ni él ni Gneisenau confiaban. De ahí el elegir a Brünneck como «mensajero inteligente». La situación era tan confusa, el clima tan espantoso y las probabilidades de perderse tan elevadas que no podían aceptar el riesgo de que cayera en manos del enemigo, pese a la gran escolta que pensaban darle. A fin de no levantar sospechas le hacían también portador de una carta con información veraz sobre la posición y el despliegue del Niederrheinarmee, aunque sin valor, pues era la misma que ya conocerían Bonaparte y Grouchy por medio de su

caballería, tan eficaz como la prusiana, gracias a la cual ellos ya sabían que les perseguían dos *corps d'armée* y uno de Chevalerie. Como aún quedaban dos horas de luz Brünneck alcanzaría el *headquarter* de Wellington aún de día, incluso dando un rodeo por Rosieres y La Hulpe, mucho más al norte de adonde se suponía llegaban los húsares franceses. A partir de aquel momento los ingleses quizás empezaran a ser lo que aún no habían sido: unos aliados leales.

20.30 h.

El Emperador estudiaba la posición enemiga desde lo que sería su puesto de mando, en Rosomme; a diferencia de Wellington, cuyo cuartel general se desplazaba tras él, l'Empereur prefería un punto fijo, con un cuarto donde reunirse sobre un mapa con sus *aides-de-camp*, otro donde descabezar un sueño si le asaltaba la necesidad y un excusado en el que pudiese atender a la naturaleza. Lo que hacía Wellington, situar más allá del talud a casi todos sus regimientos, le inquietaba. No veía improbable que a la noche levantara el campo y siguiese hacia Bruselas o Amberes. Sería lo peor para él, pues su línea de suministros se volvería un blanco fácil para la caballería prusiana. Peor aún, los austríacos y los rusos se lanzarían sobre París al encontrar el camino despejado. De ahí su empeño en comprobar que los vivacs que dejaba ver el otro eran tan reales como aparentaban. Al menor indicio de que los deshacían debería lanzarse al ataque, incluso en noche cerrada. Esa era la razón de que ordenase a Soult que la caballería ligera no perdiera de vista las posiciones británicas, y que si las vieran escurrirse corrieran a su alojamiento — Bertrand había elegido una granja cercana, Le Caillou, para ser el palacio imperial de aquella noche— y le dieran la novedad.

—Sire, llevan marchando todo el día, soportando la misma lluvia que nosotros y chapoteando en el mismo barro. Deben de estar exactamente igual de agotados. Wellington no les ordenaría salir en plena noche, y menos aún atravesar un bosque como ese —Soult señalaba Soignies con su catalejo; compartía la preocupación del Emperador, pero no era tan pesimista como él—; mejor dicho, a sus ingleses sí se lo pediría, pero dos tercios de sus tropas no lo son y se le podrían amotinar. Me temo que, para bien o para mal, cuando amanezca seguirá estando ahí.

Sonaba razonable, pero l'Empereur no estaba tranquilo. Se jugaba demasiado para estarlo.

—Será para bien, Soult —tono desabrido, muy hosco—. No se le ocurra dudarle.

Soult se cuadró, aunque a disgusto; cada día encontraba más difícil hablar con l'Empereur.

21.00 h.

De Lancey había reservado la fonda Jean de Nivelles, en Waterloo, para His Grace, sus ADC, los comisionados, el doctor Hume, Lord Fitz-Roy Somerset y él mismo. Thornton, el cocinero de His Grace —veintiocho años; llevaba seis con él—, había dejado Genappe a primera hora, para comprar provisiones en Waterloo y preparar una cena para veinte, un tanto apretados porque las dimensiones del aposento eran exiguas, pero nadie se quejaba. Imperaba el buen humor, pues además de batir a Ney se habían pitorreado de Bonaparte, a quien estaban seguros de vencer al día siguiente, tras lo cual se lanzarían sobre París tan felices como es natural cuando los años no aprietan, la salud es buena, los bolsillos rebosan y la vida, en general, sonrío con amplitud. A los más jóvenes ni se les ocurría que la próxima cena quizá se sirviera en el Más Allá; los negros pensamientos no tenían cabida cerca de un Wellington que con aquella *supper* no liquidaba sus obligaciones del día. Le quedaba reunirse con Uxbridge, que había recurrido al general Álava para ser visto, dado que sus peticiones, canalizadas a través de Lord Fitz-Roy —se detestaban—, no tenían respuesta. Su propósito era conocer el plan que debía seguirse si a His Grace le ocurriese algo durante la batalla. Si Álava quiso echarle una mano^[174] fue por conocer la razón de su falta de sintonía con Wellington. Nació de que Uxbridge, un buen día de 1810 y sin haberse divorciado de Lady Caroline, *née* Williers —con quien tenía ocho robustos hijos—, se fugó con la esposa de Sir Henry Wellesley, el hermano más joven del por entonces marqués de Wellington. La bella era muy fértil, ya que además de los cuatro retoños habidos con Sir Henry —del cuál se libró pagándole veinticuatro mil libras esterlinas— ya tenía otro del fogoso Uxbridge,^[175] al que pronto se uniría lo que por entonces era barriga colosal, la que Lady Charlotte (*née* Cadogan), lucía con descaro en los salones de Bruselas. El divertido drama hizo las delicias de la *yellow press*, lo que Wellington no perdonaba; en su opinión, que Álava conocía, Uxbridge habría debido no tocarla en tanto no estuviera debidamente divorciada, o al menos proceder con el esmero en la retirada que dos años antes acreditó en Benavente. Al proceder con aquellas lamentables urgencias dieron un espectáculo de vituperable vulgaridad, siendo lo más bochornoso que la despreocupada Lady Charlotte se presentara en la vista de su divorcio luciendo un desmesurado barrigón, puesto en grada cuando aún era la impecable cuñada de Sir Arthur. Era, eso, algo que de lo que His Grace jamás les absolvería. Ni a ella ni a Uxbridge.

—Your Grace, Sir Henry pregunta por las disposiciones que haya tomado para el caso de que alguna bala de cañón le impida, mañana, conducir las operaciones hasta el final.

Se lo quedó pensando. Su expresión era inexpresiva, pero Álava, que le conocía la mayoría de sus expresiones inexpresivas, percibía que la pregunta le importunaba, quizá por no haber previsto que le pudieran matar. Era lo malo de salir siempre

indemne. Hasta donde Álava sabía, en los veintitantos años que llevaba en activo jamás le habían pegado un tiro, ni le había herido una esquirla, ni había sufrido el menor rasguño. Sólo una vez, cerca de Toulouse, una bala francesa impactó de refilón en la empuñadura de su espada, empujándola contra su muslo con alguna fuerza, dando lugar a un gran cardenal y a una cojera que le duró dos días. Él le advirtió que aquel impacto fue un aviso de los dioses, molestos por la escasa consideración que sentía por los padecimientos ajenos. En ese momento, según le alcanzaba la tal bala, reía con asombrosa espontaneidad —para quien no le conociera— por la quejumbrosa expresión de Álava, recién alcanzado por otra similar en una parte nada honorable y lamentándose de que los franceses bujarrones le hubieran dado en la *retambufa*. Wellington, que no toleraba se hablase mal en su presencia, con los exóticos adjetivos de Álava solía desgañitarse. De ahí que le reprochara su falta de humanidad, aunque también a carcajadas.

—Uxbridge, mañana ¿quién atacará primero? Es obvio que Bonaparte, ¿no? Dado que mis planes dependen de los suyos, ¿cómo voy a saber qué diablos sucederá? Mis disposiciones son las únicas que puedo tomar: batirle —Uxbridge puso cara de no gustarle lo que oía, o quizá fuera el helado tono de Wellington; éste debió comprenderlo, pues al momento suavizó la situación tomando al otro del brazo—. Suceda lo que suceda, esté tranquilo; tanto usted como yo cumpliremos con nuestro deber.

Uxbridge no necesitaba oír más, de modo que, tras despedirse, les dejó solos. Era lo que buscaba Wellington, pues tenía unos cuantos asuntos para despachar con Álava, siendo el primero saber qué tal fue su cena con De Lancey. Aquél dijo que no escuchó gran cosa, pues antes de que a Sir William se le desatara la lengua le vinieron a buscar y desde ahí todo fue trabajar. En realidad sucedía que no quería crucificar a su amigo. Le había encontrado muy crítico hacia las disposiciones de His Grace, las cuales, pensaba él, superaban el exceso de confianza y caían en la negligencia. Luego, en la mañana de Les Quatre Bras, se sintió fatal cuando comprendió para qué serviría su *disposición*. Álava le veía, en suma, bien dispuesto a dejar en mal lugar al duque si tuviese que hacer frente a un consejo de guerra. No pensaba compartir aquello con Wellington, pero éste sabía interpretar sus silencios. De aquí que le pidiera prepararse para ser su Quartermaster-General si De Lancey quedaba fuera de combate, o si le relevaba. El general, que temía que hiciera eso, dudaba que los ADC, los suyos y los del QMG, lo aceptasen, pero Wellington le tranquilizó: allí todos le consideraban de la familia. Le reconocían como un miembro *senior* de su *general staff*, no como un simple comisionado inútil, al estilo de un Vincent inmaculadamente vestido de blanco, tanto que atraería los cañonazos, o un Pozzo di Borgo en la verde librea de los generales del Zar, él, que no sabía ni de qué lado se cogía un sable.

—Gordon habla bien de tu chico. Apunta buenos modos, dice. Tan imperturbable como un inglés, cosa que le ha sorprendido —el general asintió; le había tenido a su lado desde que comenzó el *picnic* de Les Quatre Bras, gracias a lo cual podía constatar que no parpadeaba cuando las bolas de doce libras caían *too close for comfort*—. Te rogaría que mañana le tuvieses a mano, por si necesitara enviar a Gneisenau un mensaje verbal sin que Müffling lo supiese. A veces me pregunto de parte de quién estará el bobo ése, si de la mía o la de Boney.

—No creo que sea tan desleal. Idiota, sí, pero a traidor es difícil que llegue.

—Los idiotas son los peores. Si yo fuera Boney, a la hora de sobornar empezaría por él.

El general asintió, aunque por simple cortesía. No le alarmaba que Wellington se mostrase paranoico. Le ocurría en todas sus vísperas de gran batalla, salvo cuando Doña María llegaba con tiempo de darle ánimos. Una lástima que Lady Frances no tuviera planes de ir por Waterloo, a ordeñarle la mala leche. Sus hombres se lo agradecerían inmensamente.

22.30 h.

Müffling hablaba con Brünneck. Quería conocer el mensaje de Gneisenau, pero el *major* fue inflexible: sus órdenes decían que nadie lo debería escuchar antes que Wellington, y que se hiciera cargo. Se lo hizo, qué remedio, y precediendo al rígido *major* bajó al despacho de His Grace, a la sazón reunido con Somerset, Álava y Gordon. Así, frente a cuatro pares de ojos pendientes de su persona, el oficial transmitió el mensaje de Gneisenau. En síntesis, confirmaba que si His Grace aceptaba la batalla podría contar desde mediodía con el IV Armeekorps. Wellington, que temía disfrutar el mismo trato que dispensó a los infelices aliados treinta horas antes, interrogó amigablemente al tío Brünneck, en francés —no quería dar a Müffling oportunidad de tergiversar, como quizá también pretendiera Gneisenau—, sobre la situación del Niederrheinararmee, su despliegue, su armamento y su estado de ánimo. Las respuestas del oficial parecieron complacerle, pues le pidió que transmitiese al Fürst Blücher y al Graf Gneisenau su determinación de combatir al día siguiente, domingo 18 de junio, siempre y cuando contase con aquel excelente IV Armeekorps. Claro y conciso. Al deslumbrado Brünneck —le gustaba el estilo de aquel Generalfeldmarschall inglés, tan distinto del de Grolman: serio sin ser brutal y preciso sin hacer pensar que uno le parecía idiota— no le quedaba más por hacer, salvo dar cuenta del café que le servía el amable general Álava y salir por su caballo, y por su escolta.

22.45 h.

L'Armée du Nord vivaqueaba entre La Belle Alliance y Genappe. Los jefes de las unidades retrasadas habrían preferido avanzar un poco más, pero seguía lloviendo con desconsoladora intensidad. Las tropas, hambrientas, heladas y empapadas, no podían más, de modo que, a su pesar, ordenaron vivaquear. Al día siguiente les aguardaban entre seis y doce kilómetros hasta sus lugares de concentración, pero no había opción. Sería cosa, en todo caso, de romper marcha con el sol, o lo que saliese a las cuatro menos cuarto. De seguir así el clima, no pocos oficiales lo pensaban, igual se aplazaba la batalla dando tiempo a que regresaran los prusianos, de modo que a ellos no les quedaría otra que volver al otro lado de la frontera. Entre los oficiales no cundía el optimismo, pero la moral de la tropa se mantenía muy alta, ya que contra Wellington hicieron tablas y a Blücher le zurraron. No había razón para ser derrotistas, aunque aquel tiempo espantoso no presagiase nada bueno.

Los *corps d'armée* I y VI fueron los únicos en llegar a Rosomme. Aquel se desplegó al oeste, rodeando una granja llamada Mon Plaisir, y éste acampaba entre La Belle Alliance^[176] y Plancenoit, un pueblo a medio evacuar. El motivo de la dispersión era prevenir ataques procedentes de Halle o de Ottignies, donde las últimas noticias situaban unidades holandesas y prusianas, respectivamente. L'Empereur y sus *aides-de-camp* habían marchado a Les Flamandes, un caserío cercano cuya casona principal, Le Caillou, sería el palacio imperial de aquella noche, lo que sus dueños habían debido intuir. Allá por donde pasaban los soldados franceses sobrevenía la devastación. No distinguían entre una mesa, una silla o un jergón; todo les valía para calentarse, y más ante la indiferencia de los mandos hacia los desgraciados lugareños, los cuales tenían muy presente lo sucedido en la guerra de 1793-1794. Los habitantes de las granjas y las aldeas habían huido en todas direcciones, llevándose sus escasas pertenencias y el poco ganado que sobrevivió al I Armeekorps, que aunque no solía pasar de Frasnes a veces llevaba sus requisas tan lejos como a Waterloo. Los campesinos sólo dejaban atrás paredes desnudas, alacenas vacías y corrales deshabitados. Bertrand no encontró en Le Caillou nada que mereciera la pena, salvo una sirvienta llorosa que sus desalmados señores habían dejado atrás, otorgando a un par de cochinos su espacio en la carreta; después de todo, le dijeron a título de consuelo, ni los ingleses ni los franceses se la iban a comer. Ciertamente, no pensaban hacerlo, le dijo el caritativo Bertrand —callando que la encontrarían excesivamente dura— poniendo en su mano un Napoléon, con lo cual el llanto cesó y comenzaron a surgir sábanas y manteles, vasos y cubiertos. No vendrían mal para la mesa de l'Empereur, que pensaba cenar con La Bédoyère, Ney, Soult, Reille, Drouot, Pajol, Mouton, Drouet, Kellermann, Milhaud, Desvaux, Bassano y el propio Bertrand.



Conde Charles de La Bedoyère, por Jean-Urbain Guerin



General George Mouton



Al término de la cena llegó un mensaje de Grouchy. Según decía, el III había llegado a Gembloux y el IV debería vivaquear en el camino, que se hallaba imposible por la lluvia, especialmente para las piezas de artillería, las cuales se atascaban en el lodo una y otra vez. Confirmaba que perseguían a Thielmann y que no marchaba en la dirección de Lieja, sino hacia Walhain. Todo parecía indicar, añadía, que las dos columnas prusianas convergerían en Wavre. Malas noticias, aceptó l'Empereur. Aun así, no pensaba que la intención de Blücher fuera reunirse con Wellington en el *plateau* de Mont-Saint-Jean, quizá por estar demasiado fatigado para pensar nada, y además le preocupaba que alguna otra piedra estuviese rondando, pues el pis no acababa de salir tan claro como sería menester. A eso se debió que se fuese a la cama sin inspeccionar en persona la línea de batalla, lo que jamás hasta entonces había dejado de hacer. Los abandonados comensales, sin ánimo de charla, comenzaron a dejarse caer por los rincones, una vez sus ayudantes improvisaran las pertinentes yacijas de paja. La única excepción fue Ney, que prefirió volver a su puesto de mando en la posada Chantelet, a un kilómetro de allí. Los otros generales, y también los coroneles, se repartían entre las granjas y posadas que flanqueaban la carretera de Charleroi. Bachelu, Piré-Hippolyte, Foy y el príncipe Jérôme eligieron la Roi d'Espagne. Cenaban animadamente, sabedores de que allí, horas antes, desayunaron Wellington y sus oficiales. Un camarero que decía saber inglés susurró al oído de Bachelu que durante aquel desayuno se comentó que los prusianos y los británicos se reunirían al sur del bosque de Soignies, para presentar batalla. Bachelu se preguntó si debía dar cuenta de aquello, para decidir que no. Despertar al Emperador para transmitirle un cotilleo de camarero sería una imprudencia. Napoleón no era el de Friedland, donde Bachelu fue uno de sus *aides-de-camp*. Lo que había ganado en peso lo perdía en vivacidad y sentido del humor. Decididamente, no le despertaría por eso.

23.00 h.

Gneisenau despachaba las últimas órdenes. Las dirigidas a Bülow eran las únicas que redactaba en persona; las otras eran de Grolman, aunque las firmara él. Empleaba un lenguaje distinto al hasta entonces usual cuando trataba con Bülow: el directo, sencillo y claro de un *Generalstabschef* ordenando cosas a un *armeekorpskommandant*. De ninguna manera quería que se repitiera el episodio que acabó costándoles la masacre de Ligny. Si le molestaba, que dimitiera o se aguantase. Así, le hacía saber que su IV Armeekorps sería el primero en marchar, le señalaba la ruta y le ordenaba que al llegar a Chapelle-Saint-Lambert comprobara el empeño en

la batalla que mostrara el Herzog Wellington. Si la situación no era excesivamente seria para los colores británicos debería mantenerse al amparo del bosque de París, hasta que llegara un buen momento para lanzar un golpe decisivo contra las reservas francesas, previsiblemente a través de Plancenoit. Si, por el contrario, advirtiese que Wellington estaba en riesgo de perder la batalla, debería lanzarse contra el flanco derecho de Bonaparte. Dada la hora en que alcanzaría Chapelle-Saint-Lambert lo primero sería más probable. El Fürst Blücher, si se hallara en condiciones de montar, y él mismo, se reunirían con él a primera hora de la tarde, antes de que se viera en la disyuntiva de atacar o seguir esperando.

Brabante y Valonia, domingo 18 de junio

01.45 h.

Acababa de llegar un mensajero de Grouchy con un despacho para el Emperador, el cual había ordenado ser despertado si llegaran novedades. Tras leer con atención mandó que pasara el oficial. Entre lo que decía y lo que había leído se confirmaba que Blücher marchaba sobre Wavre, donde según calculaba Grouchy las últimas unidades del III Armeekorps llegarían a la una de la madrugada. Suficiente para dormir un par de horas y marchar sobre Mont-Saint-Jean, se decía el Emperador. O no. Alguien debería dejar Blücher tras él, pues debía saberse perseguido. El último *armeekorps* en llegar se quedaría de cerrojo. Dos días antes el III sumaba veintisiete mil doscientos hombres, pero en Ligny le desertaron unos cuantos. No serían muchos más de veinte mil; Grouchy no debiera tener problemas en barrerlos, pero le retrasarían. Se preguntó si aprovechar la presencia del oficial para ordenar a Grouchy poner en pie a todo el mundo, virar al oeste y avanzar por Abbaye hasta Genappe. Con un gesto pidió a Bertrand le alcanzara su *Le Capitaine*. Demasiado lejos, y más aún por caminos tortuosos, estrechos y que debían de estar impracticables. Grouchy nunca podría llegar a tiempo de hacer nada decisivo. Mejor que siguiese a Wavre y distrajera tantos prusianos como fuera posible.

—Diga usted al Maréchal que reanude la marcha sobre Wavre, aplaste la resistencia que le opongan y siga tras Blücher si ve que se dirige a Mont-Saint-Jean o a Chapelle Saint-Lambert.

El oficial se cuadró —l'Empereur imponía mucho, incluso en camisa— y salió a grandes zancadas. Bertrand sopló a las velas y salió a su vez. El Emperador aún podría dormir otro par de horas.

03.00 h.

Blücher, medianamente repuesto, empezaba el día con Gneisenau, Grolman y Nostitz. No pretendía recuperar el mando, pues no sentía que lo hubiera cedido; sólo quería ser puesto al día. La tarde antes había charlado con Gneisenau, de modo que casi todo le sonaba, si bien sólo conservaba un recuerdo brumoso. Aquella mañana estaba en mejor forma, pero de mal humor. Le pasaba cuando la concentración alcohólica en su torrente sanguíneo descendía demasiado, y la que padecía entonces era bajísima, pues tras el *magnum* de Mellery no había bebido una gota. El día que comenzaba sería el de ajustar cuentas con Bonaparte, y quería emprenderlo en condiciones de absoluta sobriedad.

Lo primero era conocer el estado del Niederrheinarmee. A esas horas el I

Armeekorps vivaqueaba en Bierges, el II en Sainte-Anne, el III en La Bawette y el IV en Dion-Le-Mont, en los cuatro casos a una hora de Wavre; la retaguardia, sólo fuerzas de caballería, permanecía en Mont-Saint-Guibert, ocho kilómetros al sur. El enemigo, al que no se perdía de vista, permanecía en Gembloux y La Ronce. Dado el estado de los caminos, Grouchy no podría recorrer en menos de siete horas los veinte kilómetros que le separaban de Wavre, de modo que, aun marchando a la salida del sol, no le tendrían allí antes de las once, si no las doce o incluso la una. En cuanto a efectivos, el Niederrheinarmee contaba con noventa y tres mil ochocientos hombres en condiciones de combatir; las pérdidas sufridas eran mayoritariamente de infantería, en su mitad deserciones; la caballería no había mermado en exceso, pese a ser dispersada; sólo se perdieron treinta piezas de artillería y se conservaban intactos los trenes de suministros y municiones. Los cuatro *armeekorps* estaban repostados y rearmados. Los hombres tenían provisiones para cuatro días de campaña y municiones en cuantía reforzada, ochenta proyectiles por infante. Las unidades más diezmadas se combinaban entre sí o se sumaban a las indemnes, de modo que se contaba con menos batallones, aunque todos al completo. El Niederrheinarmee, concluyendo, se hallaba en mejores condiciones de combate que dos días antes, pues pese a la pérdida de diez mil hombres de valía se había librado de quince mil que nunca valieron para nada. Como fuerza de choque, a Grolman le constaba y Gneisenau asentía, era mejor que al iniciar la campaña.

Gneisenau tomó la palabra, para decir que había hecho saber a Wellington su intención de aparecer en Mont-Saint-Jean con tres *armeekorps*. La distancia no era excesiva —ocho kilómetros desde Wavre a Chapelle-Saint-Lambert, seis más hasta Plancenoit y de allí dos a Rosomme—, pero el camino discurría por terrenos imposibles. El IV se pondría en marcha en cuanto amaneciera. Le seguirían el I y el II, en ese orden. El III se quedaría en Wavre para cubrir a los otros, tras volar los puentes de madera y fortificar los de piedra. El IV y el II marcharían hacia Chapelle-Saint-Lambert, y desde allí ya se vería; su objetivo era cortar el flanco derecho de Bonaparte, impidiéndole la retirada y partiendo en dos su Armée du Nord. El I arrumbaría más al norte, hacia la granja Papelotte, a fin de unirse al ala izquierda de Wellington. Al hablar señalaba en el Ferraris los diferentes vectores de avance, con la paciencia necesaria para que la nada veloz mente de Blücher lo asimilase. Lo que mostraba era un plan operativo ajustado al menor detalle, aunque lo hacía con cuidado de ocultar qué había detrás. En el conjunto del KPA todo el mundo coincidía en que quien mandaba era él y que su jefe no era capaz ni de ir a mear sin que previamente lo aprobara, pero la realidad era distinta; Blücher, aun respetando sus ideas, carecía de sangre fría, cosa muy mala para mandar un ejército; como se tenía por un buen táctico era frecuente que al calor de la batalla quisiera dar órdenes, y cuando mandaba una estupidez él no siempre conseguía reconducirla, como en Ligny.

Por eso había dispuesto las cosas de forma que marcharan despacio sin que fuera evidente lo mucho que sabotaba los deseos de Blücher. Su desconfianza nacía de que Wellington, al que consideraba un bellaco, en cualquier momento podría levantar el campo, dejándoles vendidos frente a Bonaparte, desperdigados entre los bosques y lejos de sus fuentes de aprovisionamiento. Serían aniquilados, sin la menor duda, y no pensaba permitir que su impulsivo superior, tan aficionado a ir con el resto, se lo jugara sin una buena mano. Por ello no pensaba intervenir hasta bien iniciada la batalla, cuando Wellington estuviera debidamente desangrado. Él no sólo pensaba en el combate de aquel día, que si el inglés no jugaba sucio sería una victoria segura. Lo hacía en el global de la guerra. Para llegar el primero a París no sólo necesitaba conservar su fuerza tan íntegra como fuera posible, sino que la de Wellington se redujera. Se daría por satisfecho si el lunes 19 Wellington no alinease más allá de sesenta mil hombres. Si Bonaparte hacía bien su trabajo, sería más que posible.

03.15 h.

Wellington se acababa de levantar. Lo primero que hizo fue llamar a De Lancey. No tenía nada que decirle, salvo encargarle que verificara el despliegue del ejército —lo que De Lancey llevaba toda la noche haciendo— y que trasladase al Prins Frederik, destacado en Halle, la orden tajante de que bajo ningún pretexto abandonara su posición, salvo por orden escrita firmada por él. Como un deber de cortesía gastó un minuto en explicar que, de ir mal las cosas, no marcharía sobre Bruselas. Su intención sería buscar el cobijo de la flota y preservar sus fuentes de suministros, y tanto la una como las otras estaban en Amberes. Necesitaba un camino despejado, y de ahí que renunciase a medio Army Corps; un precio importante, cierto, pero pagándolo compraba seguridad. De Lancey, que no decía nada, pensaba que algo más habría. Quizá la desconfianza de Wellington en un jefe tan inexperto como aquel imberbe de dieciocho años, aun contando con la presencia cercana de un tipo tan experimentado como Sir Charles Colville. También, el deseo de no arriesgar la vida de los dos príncipes; si ambos perecieran sería una desgracia que, con independencia del dolor que se pudiera sentir en el reino, de sentirse alguno, zarandearía la difícil estabilidad del VKN, que se quedaría sin el Kroonprins y sin el de respeto. La muerte de uno solo, sin embargo, sería tolerable, sobre todo si el que caía era el inútil del primero. Por último, quizá Wellington, siempre diplomático, quería proteger al rey Louis, al que un avance relámpago de Bonaparte sobre Gante podría pillar con las miserias al aire. No era un mal análisis, habría dicho Wellington de haberlo escuchado, pero era tan errado como falsas sus explicaciones: él sólo pretendía impedir que a cualquier otro idiota holandés le diera por ponerse a pensar.

Una vez despedido De Lancey se arregló con esmero, y tras eso tomó asiento y comenzó a escribir. Se había levantado con el deseo de redactar cinco cartas, cuyos

textos ya flotaban en su cabeza. Para todo lo demás que le deparase la jornada todavía tenía tiempo.

03.30 h.

De Lancey había pasado la noche inspeccionando la línea de batalla, los bastiones de La Haie Sainte y Hougoumont, el camino a Papelotte, por donde llegarían los prusianos, y, por fin, las diversas rutas de huida, por el bosque de Soignies o hacia Braine-le-Château y de ahí a Halle, abandonando Bruselas a su suerte. No necesitaba que Wellington le ordenara estudiarlas. Su decisión de prescindir de las divisiones de Colville y el Prins Frederik significaba que no veía clara la victoria. Quizá ni la buscara. Tal vez pretendía iniciar un combate limitado y atraer a los prusianos hasta que se situaran en una pésima posición, para entonces levantar el campo y dejar al ingenuo Blücher que pagara la cuenta. Seguramente sospechaba que Gneisenau quería devolverle la jugada de dos días antes, dejándole plantado ante Bonaparte. Fuera por lo que fuese, las precauciones de His Grace indicaban que no le preocupaba vencer; le preocupaba no encoger demasiado. El terreno, al natural, le gustaba más que visto en el Ferraris. Su copia lo señalaba como una buena posición defensiva, pero dijera lo que dijera el mapa no quería dejar nada en el aire; de ahí su infatigable recorrer la línea, moviendo los batallones y las baterías tantas veces como juzgó necesario para incrementar su fortaleza, enmendando el criterio del propio Wellington. Si algo no quería De Lancey era que la derrota, que consideraba probable, recayera sobre su cabeza. Como noches antes explicó al paciente Álava, salía más barato crucificar a un oscuro coronel que a un glorioso mariscal.

La característica esencial del *plateau* era un talud de cuatro kilómetros; iba del *château* de Fichtermont, en el este, a Braine-l'Alleud en el oeste, y su altura oscilaba entre los tres y los seis pies ingleses. Frente a él discurría un arroyo, el Ohain. En su centro se cruzaba con la carretera Bruselas-Charleroi, que sería la senda de avance natural de l'Armée du Nord, el cual, en su progresión, debería vencer el talud tras una carrera en cuesta de unos seiscientos metros. Sería difícil no ya para la infantería, sino para la caballería. Más allá el terreno descendía; la pendiente se detenía en las primeras estribaciones del bosque de Soignies, que se prolongaba dos kilómetros al Norte, hasta Waterloo, el feo poblachón donde Wellington le ordenó establecer el *headquarter*. La posición era ideal para mostrar sólo una parte del ejército. El resto yacería tranquilamente al otro lado del talud, hasta que llegara su momento. Ni siquiera los cañones deberían ser vistos. Sólo asomarían la boca de fuego y el borde superior del tren de rodadura. El resto, igual que sus servidores, permanecería oculto.

A la izquierda del presumible avance de l'Armée du Nord, o a la derecha de la línea del Army of the Low Countries, se alzaba el *château* de Hougoumont, que tenía más de pequeña fortaleza que de mansión campestre. Lo rodeaba una muralla,

construida con propósito de proteger la propiedad de ladrones y cuatreros. Era grande y alto, pues poseía una ermita coronada por un campanario. Los ingenieros de Carmichael-Smith llevaban días abriendo troneras en los muros, de forma que, al ser éstos de recia piedra brabantina, lo que nació como simple *manor* rural se convertía en sólido baluarte. Su posesión sería determinante, ya que desde sus troneras y sus ventanas se podía batir en total impunidad el flanco izquierdo de las columnas francesas que se lanzaran contra el centro de la línea. Boney no tendría más opción que tomarlo, cosa que le costaría miles de bajas; mientras no lo consiguiera las esperanzas de Wellington serían elevadas, pero si llegase a ver la tricolor en lo alto del campanario habría llegado el momento de largarse, lo que tampoco necesitaba que se lo explicasen; Sir William era un excelente profesional, de los que sabían juzgar a la primera cualquier posición.

En la orilla este de la carretera, doscientos metros antes del cruce con el camino de Braine-l'Alleud a Smohain, se alzaba la granja La Haie Sainte. Su valor era similar al de Hougoumont, no sólo por interceptar la senda de avance de l'Armée du Nord, sino porque permitiría tirar a quemarropa contra el flanco derecho de los que cargaran contra el centro. Su defensa sería difícil. Los muros no eran totalmente de piedra, y pese a los esfuerzos de Carmichael-Smith no estaba tan fortificada como Hougoumont. Si los franceses la tomaban la batalla se perdería, temía él y temía Wellington. Se trataba, pues, de resistir hasta que llegaran los prusianos. A eso se debía que la unidad responsable de conservarla fuese la V División, la de Sir Thomas Picton. Era el general más experimentado, pese a ser el único no ennoblecido de sus iguales en la guerra peninsular. Wellington estimaba su valía, pero le trataba con la distante frialdad que reservaba para quienes no consideraba verdaderos caballeros; a eso se debía que Sir Thomas apenas se relacionara con sus estirados iguales —sólo sonreían a quien el jefe sonreía, como en todas partes—, al punto que salvo el comprensivo Álava, que tampoco había pisado Eton, y mucho menos sus *playing-fields*, nadie se preocupaba de invitarle a cenar.

Si el centro de la línea pivotaba sobre La Haie Sainte y el ala derecha sobre Hougoumont, la izquierda carecía de referencia. Se prolongaba muy hacia el este sobre dos granjas (Papelotte y La Haye), una pedanía (Smohain) y un *château* (Fichtermont); más allá, un pueblo (Chapelle-Saint-Lambert) y tres bosques (Ohain, Paris y Saint Lambert) que venían a ser uno solo. La línea del frente, semicircular, pasaba de cinco kilómetros. Tenían setenta mil hombres para defenderlos, lo que suponía una densidad de unos doce mil por kilómetro lineal. De Lancey jamás había visto una posición así. Nada que ver con Busaco (cuatro mil cuatrocientos por kilómetro y catorce de frente) ni con Fuentes de Oñoro (cuatro mil ochocientos y diez). El campo de batalla mediría tres kilómetros de profundidad y casi cuatro de anchura —el de Ligny superaba los nueve, según le dijo Álava—. El centeno cubría

dos tercios de la superficie; las plantas se alzaban por encima de los seis pies, de modo que no sería fácil observar el avance del enemigo. Además de centeno había plantaciones de trébol, avena y cebada; no eran tan altas como el centeno, pero sí muy densas, lo que dificultaría la puntería de los artilleros y de los tiradores del 95.º.

El disco solar ya se alzaba tras Chapelle-Saint-Lambert. Aunque llevaba horas sin llover, la senda de avance francesa presentaba grandes zonas inundadas. Eso era bueno, se decía De Lancey: les haría difícil andar por el lodazal en que aquello se convertiría una vez los granaderos empezasen a marchar, tanto que quizá Boney encontrase preferible demorar el baile hasta cuando el campo se hubiera secado lo bastante para que su artillería fuera eficaz. De ser así, se habría cavado su tumba.

Un kilómetro al este de La Belle Alliance se alzaba Plancenoit. Sus habitantes lo habían abandonado, salvo algunos jóvenes que aceptaban los peligros de una batalla cercana contra los beneficios de quedarse, que iban desde levantar unas monedas a cambio de servir de guías hasta despojar de lo que ya no necesitasen a los muchos franceses y no franceses que a la noche se habrían quedado allí hasta el día del Juicio Final. Permanecían en la iglesia, pero los de mejor vista se habían encaramado al campanario, extrañados de no ver soldados. Estarán por ahí, durmiendo, decían algunos, aunque a medida que se alzaba el sol la realidad se abría camino: de Plancenoit no se acordaba nadie, salvo un general prusiano que desde Papelotte lo medía con su catalejo. Había dejado la Jean de Nivelles para verificar el despliegue del Army of the Low Countries. Tenía órdenes de hacer llegar a Gneisenau su opinión sobre si las fuerzas de Wellington ocupaban posiciones de batalla o tenían aspecto de levantar el campo al primer signo de peligro. Cuando ya estuvo seguro de lo que veía, incluyendo que no había franceses en Plancenoit, despachó al teniente Wurcherer con un mensaje verbal para Gneisenau y otro escrito, rutinario y sin valor, para Grolman. El saber que su opinión finalmente decidiría que hubiera o no batalla le hacía sentirse importante por primera vez en mucho tiempo.

03.45 h.

Había dormido mal. En otro tiempo, no lejano, ante la batalla se mostraba incansable, inspeccionando su despliegue una y otra vez. Una energía que añoraba, y con dolor. Sólo tenía cuarenta y cinco años, uno más que Wellington. Había engordado, cierto, pero quince meses antes, en la campaña contra rusos, prusianos y austríacos, estaba igual de grueso aunque más en forma que nunca. ¿Cómo había podido envejecer tanto en tan poco tiempo? No quería explicárselo, se decía mirando por encima los mensajes, los despachos y los informes que se amontonaban en su mesa. Soult no los filtraba; era incapaz de discriminar lo importante de lo irrelevante, lo que debía llegar a los ojos de su amo de lo que podía él tramitar. Entristecido, se concentró en los papeles. El primero decía que uno de sus *aides-de-camp*, Gourgaud,

había reconocido la línea enemiga escondido en el centeno, a menos de quinientos metros, y certificaba que allí seguía, en posiciones consolidadas; parecía constar de veinte mil hombres; sin duda eran más, pero estarían al otro lado del talud. Entre setenta mil y setenta y cinco mil, se decía l'Empereur. Wellington contaba con más de noventa mil, pero había desplegado en Halle de quince mil a veinte mil, sin duda por temer una maniobra de pinza. No hacía mal en precaverse, porque aún pensaba en ella. Si la tarde anterior no hubiera llovido habría desviado el I para que cayera sobre su ala derecha precisamente desde Halle, aunque con aquellas pavorosas dificultades no habría podido llegar allí hasta muy entrada la mañana, demasiado tarde para servir de nada. Su *intelligentzia*, gracias a la cual sabía dónde andaba cada unidad enemiga, funcionaba bien; sus agentes no sólo se sabían mover: era que la práctica totalidad del pueblo valón era un agente francés. El informe le devolvió el buen humor, pues liquidaba su preocupación de que Wellington cediera Bruselas y se refugiara en Amberes. Su objetivo estratégico era Bruselas, cierto, pero no era lo mismo izar el pabellón tras haber hecho pedazos a ingleses y a prusianos que ocupar una ciudad abandonada. Necesitaba que Wellington aceptase batalla para poder destrozarle, cosa que intuía más sencilla que fijarle al terreno. Wellington se había escurrido tantas veces de sus mariscales que igual lo intentaba otra vez. Era lo que profetizaba Soult, quizá por haberle pasado eso unas cuantas veces. A él, a l'Empereur, no le habría ocurrido jamás.

04.00 h.

Bülow se ponía en marcha. Sus órdenes eran avanzar por la senda Wavre-Nivelles hasta Chapelle-Saint-Lambert, donde se desplegaría en espera de instrucciones; para entonces habría recorrido trece kilómetros, lo que para un día caluroso y con las tropas portando su equipo de combate, sus raciones y una generosa provisión de brandy, ya era un esfuerzo de consideración. El I marcharía tras él, hacia Froidmont y Ohain, para desde allí unirse al ala izquierda de Wellington, si bien Zieten tenía órdenes de Gneisenau para proceder con acuerdo a dos premisas. La primera, comprobar que Wellington estaba bien involucrado; la segunda, no darse prisa. Cruzar el arroyo Lasne sería penoso para su artillería. Bien, pues que procediera con el mayor cuidado. La guerra no acabaría en Mont-Saint-Jean. Aún podían pasar infinitas cosas, todas malas para Prusia, y la obligación de los dos, la suya y la de Zieten, era conservar los dos tercios que aún quedaban del I Armeekorps tan indemnes como fuera posible. Gneisenau, a Zieten le parecía evidente, no sólo pensaba en la batalla que se avecinaba. Sus inusitadas determinaciones sólo se comprendían a partir de lo que sería la carrera por París.

04.15 h.

Grouchy se organizaba en dos columnas. La de más al norte agrupaba el III y el IV, así como el 2.º de Chevalerie; se puso en marcha con el sol, que prometía brillar ese domingo con la intensidad del verano inminente. La de más al sur la formaban el recortado 1.º de Chevalerie y la 21.ª División d'Infanterie, los refuerzos que l'Empereur se dignó concederle para que hostigase al Niederrheinarmee cuando escapaba camino de Lieja, una orden que pese a sugerírsele en el último despacho seguía sin revocar. Así pues, y aun considerándolo una completa estupidez, ordenó a sus jefes, los generales Pajol y Teste, dirigirse desde Mazy, donde vivaqueaban, a Grand-Leeze, desde ahí a Tourinnes —dando un rodeo de muchos e innecesarios kilómetros— y tras eso se reunieran con él en Wavre. Definitivamente, Su Majestad no se parecía demasiado al de nueve años antes, el de Ulm, al cual no había dudado en considerar el general más brillante de todos los tiempos. El de aquella campaña le parecía un gordo asqueroso que pensaba con el culo, pero mientras no fuera depuesto, y él jamás alzaría el sable contra su jefe, fuera Bonaparte o fuera el que fuese, su deber era obedecerle al pie de la letra, y eso era lo que se había propuesto hacer, con todas sus consecuencias.

05.00 h.

Wellington llevaba hora y media escribiendo. La primera carta fue para Lady Frances; un amorío, si lo fuera, que a sus próximos no les sorprendería, pues no sería la primera vez que The Beau se dejaba ver en compañía de robustas bellezas de abultadas barrigas. Parecía tranquilizarle saber que no dejaría tras él hijos indeseados ansiosos de recibir pensiones, y quizá también el creerse a salvo de las asechanzas «secretas» que incordiaban a los caballeros aficionados a visitar establos ajenos. Las señoras preñadas y decentes rara vez estaban podridas —o eso pensaba él—, de modo que aquel doble seguro económico-sanitario compensaría la incomodidad de amar a unas damas tan rotundas. Lady Frances, por otra parte, no sólo era de rostro gracioso y estilizada figura, dentro de lo que su estado permitía. Era culta, refinada, de conversación interesante y exquisitos modales. His Grace, certificaban sus íntimos, no se acostaba con cualquiera, ni la mera coyunda era su interés principal. Más agradecía una placentera comida y una sobremesa relajada, o un paseo a caballo, o un acudir a un teatro en compañía no sólo de su amada del momento, sino de mucha más gente; de ahí que para nada resultara sospechoso verle próximo a Lady Frances, pese a que un Feldmarschall no debería estar tan cerca de la esposa de un oficial retenido en Londres con a saber qué incierta misión.

La carta para Lady Frances era conminatoria: hoy libraré una batalla, puedo ganar

aunque puedo perder, y en previsión de lo último marche usted ahora mismo para Amberes. El comandante de la fortaleza tiene órdenes de no franquear el paso a nadie que no muestre mi salvoconducto. Bien, pues esta carta es el suyo y el de Lord Mountnorris. La segunda era para el tal comandante de Amberes. Le ordenaba declarar el estado de sitio, cerrar las puertas y sólo abrirlas a la familia real francesa y a un determinado número de aristócratas británicos y extranjeros cuya relación le acompañaba, y que coincidía con la que había empleado Lady Charlotte para confeccionar la parte civil de su lista de invitados. La tercera y la cuarta, destinadas al Duc de Feltre y al Duc de Berry, eran para instarles a dejar Gante y ganar Amberes si Bonaparte —jamás le llamaba Napoleón, y no por desprecio; Napoleón era un usurpador miserable, pero al general Bonaparte le tenía por un igual perfectamente respetable— lograba desbordar la posición defensiva que había montado en Halle a las órdenes del Prins Frederik. La quinta y última era para Sir Charles Stuart; le rogaba que organizara, en coordinación con el duque de Richmond, la retirada sobre Amberes de la colonia británica, sin precipitación y sin pánico, al menos mientras fuera posible que todo marchara bien para las armas británicas.

A la mitad de su tarea le llegó un mensaje firmado por Blücher pero escrito por Gneisenau en su rupestre inglés; lo acompañaba una copia en alemán, con el ruego de hacerla llegar a Müffling, al cual hizo llamar. Blücher y Gneisenau aseguraban que atacarían el flanco derecho de Bonaparte con tres *armeekorps*; no con los cuatro, porque debían dejar el III a retaguardia y con él contener a Grouchy, cuyos treinta y cinco mil hombres y cien cañones no estarían en Mont-Saint-Jean. Suficiente, pensó His Grace: los dados estaban echados. Tras garrapatear al pie del documento su lacónica respuesta^[177] pidió a Müffling que lo devolviese al Fürst Blücher. Müffling lo hizo a través del oficial que lo trajo, al cual ordenó que si se diera en el camino con el Graf Bülow le mostrara el papel y añadiera de palabra que la suerte de la batalla dependería de lo pronto que llegase al *plateau* de Mont-Saint-Jean.

Le daba tiempo a leer un par de cartas que había dejado apartadas. Una era de Talleyrand. Escribía desde Baden-in-Baden, donde se dejaba torturar de una forma sumamente placentera. Tras ese preámbulo mundano se deshacía en deseos de buena suerte y mejor gloria, lo cual era de agradecer aunque no en aquel momento; ya lo haría si vencía. La otra era de Mina. Mientras desplegaba el papel reconstruía su silueta, preguntándose si la seguiría encontrando deseable la próxima vez que se vieran, lo que si vencía ocurriría con seguridad; si no, debería resignarse a disfrutar los placeres del olvido. Decía que dejaba München para recogerse unos días en el Hotel Pupp, en Karlsbad, donde tantos veranos encantadores había pasado con su madre y sus hermanas. Le deseaba la mejor de las suertes y le rogaba que, si encontrara un minuto, le dirigiera unas líneas para explicarle qué tal le iba. Pues muy bien, se dijo con frialdad. Les contestaría lo mismo, más o menos a la vez, cuando

tuviese algo que contar. Algo que justificara seguir siendo adorado.

Las cinco y cuarto. Se puso el bicornio, bajó al patio de caballos, donde Beckermann sujetaba de las riendas al piafante *Copenhagen*, montó y salió al exterior. Allí le aguardaba el que sería su séquito del día. Bueno, el del comienzo del día, se corrigió. A saber los que formarían para cenar.

En pie sobre los estribos examinaba el cuadro. Sus acompañantes inmediatos eran De Lancey y Lord Fitz-Roy Somerset. Les seguían sus ocho ADC y diez más de rango superior a *major*. A continuación el Prins Willem, Lord Hill, Lord Uxbridge y unos cuantos generales más; les había ordenado acompañarle a pasar revista, lo que harían a caballo y entre los alaridos de los soldados, a los que por una vez consentiría vitorearle. Cerrando la comitiva, los comisionados y sus ADC. El primero, Müffling, de sobrio azul oscuro aunque con demasiadas condecoraciones para el gusto de Wellington. Tras él, Pozzo di Borgo en el feo verde culebra de los generales rusos; lo vestía mal, sin gracia, cosa natural porque Pozzo era un diplomático mercenario, no un militar; otro, más prudente, iría de civil, pero aquel corso renegado era incapaz de ser discreto. A continuación, el Freiherr Vincent, en el blanco inmaculado de los generales austríacos; lo vestía con elegancia, pues por algo era un verdadero *Generalleutnant*. Cerrando la formación, Don Miguel de Álava en impecable atuendo de teniente general español, el cual coincidía en todo menos en el bicornio con el de un Full General of the British Army. Así vestido, poco en él haría pensar que no era otro británico más, tal y como Wellington deseaba. Quizá porque, sin saberlo, Don Miguel ya era un completo inglés.

No marcharían solos; les escoltaría un escuadrón de *light dragoons*, y frente a la iglesia de Saint Joseph, por si no bastara, presentaba sus armas el batallón del 27.º Enniskillen que había hecho guardia durante la noche. Su banda de música embellecía el momento con sus pífanos, sus tambores y sus cornamusas, lo que combinado con el límpido aire de la mañana convertía la ocasión en merecedora de los pinceles de un Lawrence. Miniussir encontraba en verdad adecuada, por lo conmovedora, la pieza que con alguna machaconería repetía y repetía la incansable banda del 27.º. Resultaba un tanto monótona, pero añadía en la grandiosa escena, tan magnífica que muy pocos mortales lograrían disfrutar algo parecido a lo largo de sus insignificantes vidas, un punto de grandeza y solemnidad que bordeaba lo sublime. Todo ello lo archivaba en los cuévanos de su memoria, para tener algo que contar a sus nietos en el improbable caso de que llegase a padecer alguno, registrando con cuidado los innumerables detalles que abarcaban sus admirados ojos, pero le faltaba el nombre de aquella hipnótica melodía que con tanto éxito conseguía erizarle los pelos del cogote.

—¿Qué cosa es ésta que suena, mi general?

—Es un aire irlandés, aunque no de católicos reacios a ser británicos, sino de

protestantes partidarios de que haya pocos católicos. Se puso de moda, según creo, a raíz de la sublevación de 1641, que si mal no recuerdo fue una de las carnicerías más grandes de la historia irlandesa, o algo así me contó Richmond, que hace años tuvo la desdicha de conocerla en profundidad. Esto que suena, y que se llama *Lillibullero*, nació no sólo como una melodía pegadiza, sino fácil de acompañar al paso de un batallón. Supongo que a eso se debió que desde nada más nacer quedase asociada de por siempre a los regimientos de voluntarios unionistas que salían por ahí de vez en cuando, a exterminar rebeldes —el general Álava sonreía, soñador; las obligaciones de su carrera militar y de su lastre familiar le habían obligado cantidad de veces a comportarse como un devoto creyente, pese a tener nada de lo primero y aún menos de lo segundo; en materia religiosa, como en tantas otras, coincidía de pleno con la práctica filosofía de Wellington: la fe viene bien después de las batallas, pues va de maravilla para consolar viudas—. A las tropas les encantaba y a sus mandos también, y en la Península era notorio que a Ciudad Rodrigo no le disgustaba. Quizá sea, mi joven amigo, porque a His Grace, que por algo nació en Irlanda, los católicos nunca le han gustado mucho.

Los irlandeses del 27.º Enniskillen, protestantes fanáticos del recalcitrante Fermanagh, se animaron a cantar nada más ver al temido Hookie —a la hora de colgar por violar y saquear parecía sentir predilección por el más salvaje de sus regimientos irlandeses— dar la orden de marcha.

The Protestant Boys are loyal and true
Stout hearted in battle and stout-handed too
The Protestant Boys are true to the last
And faithful and peaceful when danger has passed.
Where cannon were flashing and sabres were clashing
The Protestant Boys still carried the day!

05.45 h.

Wurcherer había entregado a Gneisenau el último despacho de Müffling. El Army of the Low Countries, según decía, se desplegaba en orden de batalla, la derecha en Braine l'Alleud, el centro en Mont-Saint-Jean y la izquierda en La Haye. L'Armée du Nord no parecía completa, porque seguían llegando batallones. Aquello confirmaba, pensaba Gneisenau, que Bonaparte iba retrasado. El camino de Frasnes a Mont-Saint-Jean debió de quedar la noche antes tan impracticable como el de Wavre a Gembloux. Bonaparte, así pues, no podría empezar tan pronto como habría deseado. Cuanto más tardara, más garantías habría de aniquilarle. Según Wurcherer, el camino desde

Wavre al bosque de París estaba en malas condiciones, con veredas muy tortuosas y estrechamientos excesivos para las piezas de artillería. Las pistas estaban sucias de hojarasca, resbaladizas y embarradas, y por si algo faltaba presentaban un perfil ondulado, de continuas subidas y bajadas. A lo largo de la ruta se alzaba una docena de aldeas y caseríos que obligaban a cruzarlos casi en fila india. Una perspectiva muy mala para el avance de la infantería, y todavía más horrible para el de los cañones y sus carros de munición. El IV no podría llegar a Chapelle-Saint-Lambert antes de las doce. Minuto más o menos, lo que tenía él por mejor para los intereses del Niederrheinarmee. Así pues, todo parecía ir bien, a pesar de que Bülow encontrase dificultades inesperadas a su paso por Wavre, debidas a un incendio en la Place du Sablon y a que se le partiera el eje a una de sus piezas de doce libras, la cual se quedó atascada en el punto más angosto de la salida de la ciudad por la vieja ruta de Nivelles. Blücher, a caballo, iba de un lado para otro rugiendo de impaciencia, pero Gneisenau insistía en que aquello no era malo. Que todo marchara despacio no sería bueno para Inglaterra, pero sí para Prusia.

06.00 h.

A Wellington, al llegar al *plateau* de Mont-Saint-Jean, le presentó armas uno de sus regimientos favoritos, el 95.º de Infantería Ligera, inconfundible por los verdes uniformes de la tropa y, ya para entendidos, por sus rifles Baker de ánima rayada. Su banda de música, que solía ser un punto traviesa, le obsequió con algo que muchos de los presentes, como Uxbridge y tres de los cuatro comisionados, no reconocían, pero que a los oídos de Álava resultaba familiar.

—¿Qué tocan esos tipos, general d'Álava? ¿Por qué a His Grace le hace sonreír?

—Es una broma del 95.º, mi querido Müffling. Tocaban nuestra *Marcha de Infantes*, la pieza más antigua de la música militar española; Wellington se la tenía que tragar cada vez que revistaba una de nuestras unidades, porque lo mandado es que suene cuando llega el general en jefe, si no el mismísimo rey. Me parece que intentan saber de qué tal humor llega, y como sonrío debe de ser bueno.

La revista no duró demasiado, pues Wellington la pasó al trote. La sabía necesaria para elevar la moral, pero aquellas cosas le aburrían. De ahí que acabara cuanto antes, para descabalgarse donde había dicho a De Lancey que pensaba situar su puesto de mando, en la esquina sudoccidental del cruce de la carretera Bruselas-Charleroi con el sendero Ohain-Braine-l'Alleud, en una pequeña elevación natural y bajo un olmo bastante frondoso. Desde allí, con ayuda de su catalejo —y cuando no fuera suficiente con la de Álava, que a sus cuarenta y tres años seguía teniendo una vista de serviola—, podía divisar la totalidad del campo de batalla. Se celebraría, seguro, porque no había una nube, pero no sabría pronosticar a qué hora empezaría. Desde antes de salir el sol sus ADC le informaban cada cuarto de hora de las novedades en

el campo francés, y salvo que seguían llegando regimientos nada rompía la monotonía. Todo indicaba que aquella mañana, como en Ligny, Boney no tenía prisa.

—Es natural; con la cantidad de charcos que hay sus chicos embarrancarán^[178] en cuanto den dos pasos. Necesita que todo eso se seque un poquito.

Wellington asintió. A la vista de lo que divisaba en el campo francés, difícilmente se hallarían listos para el combate antes de las ocho, si no de las nueve. Muy a lo lejos, una densa columna llegaba muy despacio desde Genappe, seguramente por tratarse de artillería o de municiones. Era posible que Bonaparte debiera esperar unas cuantas horas a que acabaran de llegar sus últimas unidades. «Benditas sean las tormentas», musitaba recordando la muy violenta de la tarde anterior. En el triángulo Bruselas-Charleroi-Namur llovía sin parar desde hacía semanas, tanto que las inundaciones debidas a la última borrasca superaban todos los registros de casas anegadas y ganado perdido. Gracias a todo eso no sólo Bonaparte andaba retrasado, sino que los senderos trazados bajo los cultivos no podían estar secos, o no lo suficiente para resistir sin embarrarse la marcha de sus setenta mil hombres.

—Müffling, ¿se sabe algo del Fürst Blücher?

—No, Herr Feldmarschall. Mis últimas noticias son las que me pasó Your Grace hace un par de horas. He mandado un mensajero al Graf Gneisenau. No debería tardar mucho en regresar.

His Grace no dijo nada. Pesimista, no contaba con una presencia significativa de prusianos antes de las cuatro. Si Boney comenzase a las diez, lo que parecía probable, él aún se mantendría. Si para entonces Boney no aflojara el lazo, por no haber prusianos cerca, no le quedaría más opción que retirarse por su derecha, salvando cuanto pudiese de su artillería. Lo pagaría Blücher, porque sus regimientos serían aniquilados. Mal para el pobre viejo, pero bueno para él, porque así Bonaparte se abstendría de perseguirle. Que los dioses quisieran, terminó a modo de oración, que Boney no abriera el baile hasta las once, o aún mejor a las doce. Más tarde, lo aceptaba con realismo, sería imposible. Por mucho que hubiera degenerado Bonaparte, tan loco no podía estar. Ni tan mal informado.

Los soldados entretenían el tiempo a la manera de lo que a fin de cuentas eran, profesionales avezados. Encendían fuegos, secaban sus uniformes, desayunaban — desde las cinco sólo líquido—, se preparaban ingentes cantidades de té y daban cuenta de las bien medidas raciones de ron y ginebra con que sus mandos jamás dejaban de ser generosos a la hora de marchar hacia la muerte. Se ocupaban de sus armas, también. Secaban las ánimas, las limpiaban con cuidado y culminaban el proceso disparando un tiro, para comprobar que funcionaban. El viento, que venía del sur, pese a no pasar de tenue les hacía saber que los franceses hacían lo mismo, aunque más nerviosos. Era natural; ellos, a diferencia de aquellos pobres diablos, no tendrían que subir a pecho descubierto una ladera de seiscientos metros, a tiro de las

balas de cañón, los *shrapnel*,^[179] los botes de metralla y, cuando ya estuvieran a treinta pasos, las descargas de fusilería. Ellos estarían a cubierto tras el talud, al menos mientras la caballería francesa no se les viniera encima. Y aun así. También ellos contaban con caballería, y debía ser buena, que la tarde anterior había dado a las vanguardias francesas un excelente repaso. No todos ellos, bien lo sabían, seguirían vivos y de una pieza cuando cayera la noche, pero aquel era su oficio y a fin de cuentas eran profesionales. Los franceses, no. Si no todos sí la mayoría eran reclutas despreciables. Luchaban por un ideal, aunque no suyo, sino de los politicastros que les llevaban allí, al matadero, lo cual no podía ser más asqueroso. La patria, el honor, Dios, la virgen, las tradiciones y todo eso no eran más que un montón de mierda. Ellos, soldados profesionales, mercenarios legítimos, si se jugaban la vida era por dinero, el de la paga y el del botín. De ahí que todos aquellos imbéciles les parecieran lo que a fin de cuentas eran: un rebaño de borregos.

El orden de combate era el que Wellington estableciera en Busaco, su primera batalla en la Península: en primera línea, la infantería ligera con sus magníficos rifles Baker de ánima rayada —el resto de las tropas usaba el barato Brown Bess de ánima lisa—, ocultos por la vegetación. Tras ella, las piezas de seis libras. Más allá del risco, las de mayor calibre y la infantería de línea. En los extremos, la reserva de caballería. Hougoumont lo defendían cuatro compañías de guardias británicos y un batallón de *nassauers*. En total, mil quinientos hombres a las órdenes de los coroneles Fraser (Lord Saulton) y MacDonnell. De La Haie Sainte se ocupaba un batallón de la KGL reforzado con dos compañías de *nassauers*, al mando del Major Baring. Cerca de la última, en el otro lado de la carretera, se ocultaba la 1.ª Brigada VKN, así como un batallón del 95.º de Infantería. El ala derecha quedaba en manos del Prins Willem, el centro en las de Wellington y la izquierda en las de Hill. Un despliegue ortodoxo, se decía el general Álava. Si algo jamás se le podría reprochar a His Grace, siquiera en materia de táctica defensiva, era ser audaz. De siempre sostenía que lo que bien funciona no se toca, y hasta esa mañana, con docenas de combates a su espalda, nadie podía presumir de haberle ganado uno.

En el extremo este, límite del ala izquierda, la 2.ª Brigada de Infantería VKN, al mando del Prinz Sachsen-Weimar, hacía lo mismo que las demás unidades, a excepción del pensativo príncipe, que prefería pasear con las manos a la espalda. No dejaba de mirar a su izquierda, sabedor de que por allí debería llegar Zieten al frente del I Armeekorps. En sus pocos días de permiso en Bruselas más de una vez había esperado en la esquina de una callejuela que desembocaba en la Grand Place la llegada de una joven muy bonita que alguna vez le había mirado con un recatado punto de curiosidad, pese a caminar acompañada de una carabina de aspecto disuasorio. Una tarde se armó de todo su valor y no poca temeridad; vestido con su mejor uniforme, luciendo todas sus condecoraciones y armado de una docena de

rosas, tomó posiciones en la tal esquina, justo enfrente de una pequeña estatua que representaba un niño meando. Había movido sus contactos y recurrido a sus conocidos holandeses y británicos, pero ninguno supo decirle quién era la misteriosa señorita de prodigiosos ojos negros, tan negros que pensaba él sería española. Esa tarde saldría de dudas, aunque a la caída de la noche hubo de aceptar que los hados no estaban de su lado, de modo que pegó un puntapié a las inocentes rosas y regresó a su hotel dispuesto a emborracharse. A lo largo de las tres horas que pasó en aquella esquina procesó un gran número de pensamientos, de muy diversos tipos, siendo el dominante uno que decía «cuanto más mires menos vendrá». Era el mismo que le asaltaba entonces, oteando hacia la lejana Ohain e implorando al cielo que aquella vez fueran mejor las cosas.^[180]

08.30 h.

L'Empereur desayunaba con Soult, Ney, Reille, Drouot, Bertrand, Maret y su hermano Jérôme. Soult insistía en llamar al IV, pero su señor no hacía caso. Achacaba el temor que le inspiraba Wellington a que le había derrotado varias veces. Él no aceptaba que aquel *Général de Cipayes* fuera competente. Sus éxitos frente a los indígenas indostánicos y los debilitados ejércitos franceses en la España de 1812 y 1813 no eran de categoría. Reille, otro de los derrotados, prefería valorar la fuerza enemiga, visto lo poco que l'Empereur estaba dispuesto a conceder al inglés. En su experiencia, la infantería británica era lenta y pesada, pero si se asentaba en una buena posición resultaba muy difícil de batir. El *plateau* de Mont-Saint-Jean era la clase de lugar donde Wellington solía instalarla, por lo cual pensaba que desalojarla supondría un coste altísimo en vidas, de las que no andaban sobrados, así que recomendaba una maniobra por el oeste, rodeando el ala derecha del enemigo y cogiéndole así entre dos fuegos. El Emperador no la desestimó. Incluso reflexionó un largo minuto antes de rechazarla, no por mala sino porque Wellington, a poco que advirtiera el movimiento, levantaría el campo y escaparía por el Noroeste, justo lo que trataba él de impedir. Prefería sacrificar un tercio de su ejército pero acabar con él de un modo definitivo y así dormir a satisfacción aquella noche, tranquilo, feliz y aún no sabía si en el Kasteel van Laeken o en el *hôtel particulier* de la Rue de la Montagne du Parc.

Era el momento de pasar revista. Con ayuda de La Bédoyère montó en *La Marie* y comenzó el recorrido, con las diversas bandas tocando sus piezas favoritas: *Partant pour la Syrie* —compuesta por la reina Hortense, cuya maldad no tenía límite— y la muy galvanizante *Marche de la Garde Consulaire*. Los vítores resonaban por doquier. Satisfecho, descabalgó en el que sería su puesto de mando, un montículo cerca de Rosomme que dominaba el campo de batalla. Faltaban minutos para las nueve. A las

diez, pensaba Soult, deberían abrir fuego, pero el terreno seguía empapado. A l'Empereur no le importaban las dificultades que deberían soportar sus infantes y sus jinetes. Para él, que nunca dejaría de ser un artillero, lo que contaba era que con aquel suelo blando los proyectiles de doce libras no rebotarían más de una vez. El empleo de artillería frente a densas concentraciones de infantería era similar al de un juego de bolos: el proyectil salía del cañón con un momento de inercia colosal. Seguía una trayectoria relativamente rasa y tocaba tierra justo antes de la línea enemiga. Desde ahí avanzaba en una sucesión de rebotes, llevándose todo por delante. Así hasta que la pérdida del impulso le hacía detenerse, a menudo tras haber destrozado unos cuantos pechos, bastantes barrigas y varias docenas de piernas. Con el terreno en el estado de aquella mañana pararían mucho antes de lo normal, y eso no se lo podía permitir. Contaba con doscientas cuarenta piezas de todos los calibres, una cantidad superior a la de Wellington, aunque no andaba sobrado de proyectiles. Si todo marchaba según lo planeado habría bastantes para barrer a Wellington y tomar Bruselas, pero ahí debería reaprovisionarse. Había gastado en Ligny más de lo previsto, y el primer convoy de Avesnes tardaría dos días en llegar. No quedaba otra, pues, que aguardar a que Su Majestad el Sol hiciera su trabajo.

09.00 h.

Wellington estudiaba el despliegue de Bonaparte. Sus posiciones eran simétricas: formaciones cóncavas separadas trescientos metros en los extremos (Hougoumont y Papelotte) y mil quinientos en el centro. La fuerza enemiga no bajaría de setenta y cinco mil hombres. Los suyos eran sesenta y nueve mil. Los de Boney no sólo eran más, sino mejores: todos franceses, todos hablando lo mismo y todos con al menos una campaña en sus mochilas. Ninguno había luchado en menos de tres batallas, y los *grognards* pasarían de cien. Los había que combatieron allí en 1793 y 1794, y luego en Rívoli, Marengo, Austerlitz, Ulm, Iéna, Wagram y Borodino, y todos supieron salvar la piel en Leipzig. La infantería británica quizá fuera más eficaz, pero los regimientos que le habían dado se componían en buena parte de novatos. Confiaba más en la KGL, donde todos eran veteranos de la Península. En cuanto a los demás, era pesimista. Los del VKN habían luchado más de doce años bajo los colores de Bonaparte y los alemanes de Nassau, Hannover y Brunswick eran disciplinados pero inexpertos, además de que su heterogeneidad era patente: cada unidad vestía su propio uniforme y el de no pocas era calcado al francés. Un mal panorama, pero, como decía Miguel, esos eran sus bueyes y con ellos tendría que arar.

09.15 h.

Grouchy había llegado a Walhain. La vanguardia del III ya estaba en Corbais,

apenas diez kilómetros hasta Wavre, donde las avanzadillas del general Exelmans ya incordiaban a la caballería del III Armeekorps. Allí, en Walhain, sus informes de *intelligentzia* decían que vivía un antiguo suboficial francés. Mandó que le buscaran, aunque sin necesidad, pues ya venía él solo. No temía ser visto por sus escondidos conciudadanos, pues allí todo el mundo se sentía más francés que holandés. El antiguo suboficial, que de no faltarle una pierna ya se habría reincorporado, le relató en dos minutos, con precisión militar, que por allí habían pasado el IV Armeekorps y después el III, a buen andar y mostrando una disciplina impecable. De ningún modo le pareció gente derrotada. La ventaja que llevaban era considerable, tanto que sin duda estarían no ya en Wavre, sino más allá, dondequiera que arrumbasen. A las preguntas de Grouchy sobre la calidad del camino que iba de Wavre al *plateau* de Mont-Saint-Jean respondió que no podía ser peor. Si Grouchy no se hacía con al menos uno de los puentes de piedra que cruzaban el Dijle, sus posibilidades de pasar al otro lado y avanzar hacia el *plateau* serían nulas. El buen ex suboficial, puesto frente al mapa que le mostraban los *aides-de-camp*, señaló con precisión dónde se hallaban, los tres. El buen hombre merecía no ya el agradecimiento del más moderno de los Maréchaux, sino una bolsa con diez napoleones, dos pistolas cargadas, por si algún día le hacían falta, y tres de las mejores botellas de su despensa particular. Lamentaba profundamente, lo decía con sinceridad, no poder hacer más por él, pero debía seguir adelante.

10.00 h.

L'Armée du Nord no terminaba su concentración. Daba igual, porque no había prisa. Pese al ya elevado calor, los charcos seguían ahí. «Una hora, Sire», decían Soult y Drouot. Quedaría luz sobrada para desembarazarse de Wellington y abrirse paso hasta Bruselas. Se sentía tan seguro que había encargado a su cocinero, para cenar, una paletilla de cordero bien asada. Sólo una, que le preocupaba estar tan gordo. Grouchy. ¿Dónde demonios andaría? Le tenía en buena consideración, pero jamás había mandado un ejército independiente. Grouchy era un ejecutor eficaz de las órdenes de un jefe al que pudiera ver con sólo enfocar su catalejo. Volvió a pensar en Murat, y en Davout. Cualquiera de los dos le habría ofrecido una confianza superior, pero Murat era un irresponsable que le había privado de una de sus pocas bazas para llegar a un acuerdo con los austríacos, y Davout era irremplazable. Si hubiese dejado en París a cualquier otro, a esas horas Fouché los habría sublevado a todos, el primero a Lanjuinais. Una vez más se preguntó por qué no le fusilaba. No se contestó porque sabía la respuesta: el que le sustituyera no sería mejor ni más leal, pero sí mucho menos eficaz.

—Soult —en el campo de batalla prescindía de tratamientos; hacían perder tiempo—: haga saber a Grouchy que vamos a luchar hoy, aquí, contra Wellington.

Que siga marchando sobre Wavre y que haga frente a cualquier fuerza que Blücher mueva contra él. Que nos tenga bien al tanto de las disposiciones que tome, del progreso de su marcha y de cualquier información que consiga del enemigo. Y que no deje de comunicarse con nosotros. Quiero saber, en todo momento, por dónde anda.

Soult y su ayudante tomaban notas; luego, entre los dos, redactaban los mensajes. Convertían, lo primero, el «nosotros» operacional en el «nos» mayestático del que Napoleón no se apeaba desde que se coronó a sí mismo. Quedaba poco de aquel joven general, todo sencillez, que a la cabeza de un pelotón se lanzara contra el puente de Arcola. Claro que, por entonces, el pobre diablo de Nicolás Soult, soldado raso desde 1785, ni por asomo habría soñado que años después sería todo un Duc de Dalmatie. Sobre todo porque la primera consecuencia de la Revolución fue que Francia jamás padecería otra vez duque alguno. Ni príncipes, ni condes, ni marqueses, ni reyes. Mucho menos, emperadores.

El plan de ataque consistía en machacar el centro de Wellington con la *grande batterie* desplegada en Rosomme (cien piezas de doce libras); tras eso, hacer avanzar el aún intacto I Corps d'Armée, flanqueándolo a la izquierda con el un tanto desgastado II. El objetivo sería tomar el cruce de la carretera de Bruselas con el sendero Ohain-Braine-l'Alleud. La línea enemiga quedaría partida en dos, para desbandarse acto seguido. Sería el momento de decidir cuál de los dos grupos resultantes convendría perseguir, si el de la derecha, que intentaría retirarse a Waterloo, por la carretera y a través de Soignies, o el de la izquierda, que marcharía sobre Braine l'Alleud para desde allí seguir a Halle, donde las patrullas de Lefebvre-Desnoëttes vigilaban una fuerza considerable, tamaño Army Corps, y que según l'Empereur era la razón de no lanzar la maniobra por el oeste que sugirió Reille.

El ataque sería dirigido por Ney. Para otra cosa no valdría, pero insuflar moral lo hacía bien. Era único para marchar al frente de una formación, sin bicornio, para que todos apreciaran su maraña pelirroja, enarbolando su sable y aullando como un poseso. No lo merecía, pero conseguía ser seguido a todas partes. Si no por otra cosa, porque siempre se las arreglaba para regresar en una pieza.

—Soult: que todos ocupen sus posiciones. Abriremos fuego a las once y media.

«Él sabrá», se dijo el cauto Soult; «ojalá no nos arrepintamos de haber cedido tanto tiempo».

El Emperador se había sentado en una silla plegable, tranquilo y relajado. Frente a él, sobre una mesa requisada en Le Caillou, su mapa Chanlaire & Capitaine, una versión simplificada del Ferraris pero aun así muy detallada. Soult era el único de sus hombres que permanecía junto a él. Los otros aguardaban a pocos pasos, en silencio. La suerte, pensaban, ya estaba echada.

11.15 h.

Grouchy se había detenido algo más allá de Walhain, en el *château* de Longpré. Sus *corps d'armée* no estarían en condiciones de combatir antes de las tres, y por débiles que fueran las defensas asaltar una ciudad no era un asunto de minutos. A eso se debía el valorar la idea de dirigir hacia el oeste las divisiones de Pajol y de Teste. Con su Le Capitaine sobre la mesa determinaba que a esas horas se hallarían a la misma distancia de Wavre que de Genappe, y tan inútiles serían en un lugar como en el otro, pues no llegarían a tiempo de pelear, pero si el Emperador se veía obligado a retirarse aquellos seis mil hombres le vendrían bien. Despacharlos hacia Genappe era desobedecerle, pero estaría justificado, pues no había prusianos al este de Walhain. Ahora se trataba de ver qué ruta les ordenaba seguir; si marchaban a Court-Saint-Étienne, y desde ahí seguían el curso del Dijle, acabarían por encontrar un lugar donde vadearlo y marchar desde ahí a Genappe. Lo haría sin informar, pues era una decisión arriesgada. Lo pensaba mientras daba cuenta del *déjeuner à la fourchette* que su anfitrión, el notario Hollert, había ordenado le sirvieran; lo peor de tener un jefe como l'Empereur era que, hiciera que lo hiciese, nadie se podría considerar seguro del terreno que pisaba.

11.35 h.

Una batería de la Garde Impériale acababa de hacer fuego con tres piezas. Tras eso vendría un breve silencio. El que necesitaban todos para encomendar sus almas a Dios.

—Que los mandos ocupen sus posiciones —a His Grace le flanqueaban De Lancey y Lord Fitz-Roy Somerset; a pocos metros, tres grupos de ADC, los suyos, los del uno y los del otro; algo más alejados, los comisionados, de los que sólo uno, Álava, tenía el suyo junto a él—. ¡General Müffling! ¿Se sabe algo de Blücher? —el aludido, sorprendido de ser interpelado a gritos— no terminaba de acostumbrarse al Duke of Wellington de las batallas, —se acercó denegando con la cabeza—. ¿Tendría la bondad de mandarle un oficial, a ver si logramos saber qué pasa?

—Todos los míos están de camino al cuartel general del Fürst Blücher, o regresando. ¿Sería posible —por Sir William De Lancey— contar con alguno de los suyos?

—Ninguno de los míos sabe una palabra de alemán.

—General Álava, su ayudante sí lo habla, ¿verdad?

—Así es, Your Grace.

—Tenga la bondad de ponerlo a las órdenes del general Müffling, siquiera por esta vez.

El minuto de cortesía expiraba. Los doscientos cuarenta cañones de l'Armée du Nord abrían fuego, al fin.

11.45 h.

Grouchy seguía en el *château* de Longpré, tras haber enviado al Major de la Fresnaye con un mensaje a l'Empereur dando cuenta de la posición del enemigo y de su intención de atacarle, desbordarle por la izquierda e impedir que se uniese al Army of the Low Countries. Era lo que había escrito, pues su pensamiento era menos optimista. En esas reflexiones andaba, saboreando unas fresas gordas y jugosas que le había traído el notario en persona, cuando vio llegar un Gérard muy alterado, quien desmontó de un salto y en dos zancadas se plantó ante su impasible superior, aunque sin hablar. Se conformaba con señalar hacia el oeste, lo que Grouchy encontró irregular; aquellos no eran modales, se decía, pero aun así se levantó para seguir a Gérard al otro lado de la casa, donde llegaba un bramido lejano y sordo, como de tormenta; para unos oídos tan entrenados como los suyos no había confusión: aquello era fuego de artillería, y a plenas fuerzas, pues lo que retumbaba no era el cantar de un par de baterías, sino el de las doscientas y pico piezas con que contaba Su Majestad.

—Maréchal Grouchy, si hay una norma que ningún general se puede saltar es que al iniciarse una batalla debe abandonarse cualquier plan que se tenga y dirigirse adonde suena el cañón.

Grouchy la conocía, pero también sabía cómo las gastaba l'Empereur con los que desoían sus órdenes. Gérard, además, no era un hombre de modales amigables —un tosco hijo de alguacil que a los dieciocho se alistó de granadero; a fuerza de valor, coraje, determinación y suerte había recorrido el escalafón al completo, salvo el grado de Maréchal, que a su juicio merecía más que nadie; seguía sin comprender por qué l'Empereur lo había otorgado a ese desgraciado fusilador de prostitutas, pues para otra cosa no valía, en vez de a él—, lo cual se agravaba en el trato personal. De habersele dirigido en buenos términos, los de un subordinado respetuoso, quizá se habría pensado la respuesta, pero llevaba tragada tanta quina por culpa de aquellos ladrones —Exelmans, Vandamme y Gérard; Grouchy,^[181] contra lo usual en el generalato francés, robaba poco— que aquella desabrida exposición le llevó a plantarse sobre su bastón de mando, sin entrar a razonar. Así, dejó caer en tono más despectivo que displicente su convicción de que unos cuantos cañonazos bien podían no significar nada, y que las órdenes del Emperador establecían tajantemente que debía perseguir a Blücher, y nada más. No encontraba razón para destacar hacia el oeste al IV Corps d'Armée. Por si fuera poco, el lugar donde se hallaban, al sureste de Wavre, no era el más aconsejable para lanzarse desde allí sobre las posiciones que ocupara l'Empereur, las que fueran, porque no le había hecho saber ni cuáles eran ni dónde pensaba vérselas con Wellington. Los caminos seguían intransitables, sobre todo para los arzones y los carros de municiones, y por si algo faltaba no había un

solo punto para cruzar el Dijle que no requiriese arrebatárselo a los prusianos. A todo eso se debía que no pensara cambiar de plan. Una vez tomaran Wavre ya vería qué hacía, pero en el entretanto sólo esperaba del general Gérard que cumpliera sus órdenes y dejara de perder el tiempo de aquel modo tan lamentable y tan indisciplinado.



General Dominique Vandamme



General Étienne Gérard, por David

Ninguno de los mariscales a quienes había servido Gérard se permitió jamás hablarle de aquel modo, cosa que le hizo considerar la posibilidad de sacar el sable, pero ahí recordó que Grouchy poseía una bien ganada fama de *sabreur*, de modo que optó por subir a su caballo y regresar con su IV Corps d'Armée. Grouchy se quedó con muy mal cuerpo, pero de ningún modo desafiaría la mala crianza de un Napoleón cada día más iracundo. En el ejército francés no se practicaba la libertad de acción en el campo de batalla que tan buen resultado solía dar a los prusianos —y algún disgusto, también—. Los mariscales jamás debían perder de vista que su papel era ejecutar las órdenes que recibían. Los pocos que se las saltaron y vivieron para contarlo se vieron apartados del mando, si no arrojados a las tinieblas y el crujir de dientes. Salvo a Lannes, que no sobrevivió, y a Davout, cuya buena estrella le llevó a

ganar Austerlitz, Auerstädt y Wagram —el Emperador, era de reconocer, jamás reprochaba que se saltaran sus órdenes a los que le ganaban batallas que ya tenía perdidas—, a ningún Maréchal le había sentado bien pensar por su cuenta. Grouchy no era cobarde, ni estúpido. Sólo valoraba con lucidez qué significaba ser Maréchal d'Empire. Mejor, Maréchal de l'Empereur.

12.00 h.

El Prinz Wilhelm (dieciocho años) era el segundo hijo de Friedrich-Wilhelm III. Se incorporó al Schlesischesarmee para luchar la campaña de Francia con la distinción no de un príncipe de sangre real, sino de un consumado jinete y un soldado de indiscutible bravura. Gracias a esas virtudes el Graf Bülow le confió la caballería de su IV Armeekorps, formada por diez regimientos (tres mil trescientos hombres); en apariencia era una fuerza formidable, pero siete de los diez eran *landwehr*, con un caballo para cada dos jinetes; su verdadero potencial residía en tres regimientos de húsares y uno de ulanos. Medio escuadrón del último acababa de surgir de la trinchera que formaba el Lasne a la entrada de Chapelle-Saint-Lambert. Tras asegurarse de que no había franceses dieron aviso al príncipe, que al minuto se les reunía con la otra mitad del escuadrón. Lo que apreció le asombraba: no había húsares enemigos, ni al suroeste, hacia Fichtermont, ni al sur, en la dirección de Couture. A Bonaparte no se le había ocurrido que por ahí podría surgir el Niederrheinarmee. Una simple batería bien colocada le habría bastado para masacrarles en cuanto asomaron por el talud, pero el Prinz no tenía tiempo para maravillarse; asegurar el perímetro era más importante, sobre todo tras ver que sus oficiales señalaban al norte, donde aparecía un grupo de jinetes al paso. Estaba por mandar desenvainar cuando reparó en sus uniformes. Los recordaba de la revista de Lord Uxbridge; eran húsares de Hannover, los Herzog von Cumberland, y a su frente marchaba un Oberstleutnant Hacke que le saludaba con alegría. Llevaban dos horas esperándoles, por orden de Wellington. No podrían darle mejor noticia que la de su llegada.

12.30 h.

L'Empereur examinaba los resultados del largo bombardeo. No eran decisivos. La posición enemiga era muy buena, mucho mejor de lo que pensó al verla, pero no era cosa que conviniera comentar.

—Sire, un mensaje de Grouchy, enviado a las seis. Confirma que Bülow y Thielmann se retiran hacia Wavre. Todavía no está en condiciones de decir si Blücher quiere hacerse fuerte allí, seguir hacia Bruselas o girar al oeste para reunirse con Wellington.

Se concentró en el mapa que La Bédoyère mantenía sobre la mesa. Si Blücher a las seis estaba en Wavre, y dada la clase de camino que había de ahí a Mont-Saint-Jean, ningún soldado suyo podría unirse a Wellington antes de las tres. Aún había tiempo, se dijo justo antes de oír que Soult divisaba una mancha oscura en el horizonte oriental, en el área de Chapelle-Saint-Lambert.

—Caballería, Sire. Uniformes muy oscuros.

El emperador callaba. Seguía sumido en sus pensamientos, pero de ahí le sacó La Bédoyère.

—Sire, acabamos de capturar un sargento del 2.º de Húsares. Traía una nota de Bülow para Wellington. En alemán. No especifica hora ni lugar. Parece anunciar la llegada del IV Armeekorps.

El sargento no parecía un tipo formidable. Baja estatura, grandes bigotes, poco pelo, marcas de viruela y cierto aroma de brandy. No tenía nada de particular que se hubiera extraviado.

—La Bédoyère, que le interroguen. Quiero saber hacia dónde marcha ese IV Armeekorps.

En realidad era un dato que no hacía falta. La pequeña mancha oscura en el horizonte de Chapelle-Saint-Lambert se desdoblaba en tres. A la izquierda, la misma caballería de antes. Las otras eran columnas de infantería, y también se divisaba un cañón. A esa distancia, ocho kilómetros, no era posible apreciar más detalles, salvo lo muy oscuro de los uniformes.

—Soult, tenemos menos tiempo del que suponíamos. Haga saber a Grouchy que le necesito en Plancenoit. Que venga cuanto antes, con toda su fuerza. ¡Vamos, deprisa!

12.45 h.

El I Armeekorps iniciaba el camino desde Bierges, un arrabal de Wavre donde sus destrozados efectivos apenas habían descansado; se dirigían a Ohain, donde Zieten pensaba unirse al ala izquierda de Wellington. Él y Reiche habían invertido su descanso en reorganizar compañías, batallones, regimientos y brigadas, unificando las que sufrían mayores pérdidas. A eso se debía que ya sólo contaran con una brigada de caballería, la cual abría la formación. A la cabeza marchaba lo que restaba de los tétricos Schwarze Ulanen; sus tres escuadrones ya sólo eran dos, aunque los seguía mandando el infatigable Bürsche, un hombre que sólo a base de caer reventado cada noche conseguía mantener a raya su profunda melancolía, el origen de la cual seguía siendo una murmuración, aunque con posibilidades de llegar a leyenda; sucedía que dos años antes, poco después de la batalla de Göhrde y cuando aún era capitán, una bayoneta francesa le dejó sin el ser que amaba más que a su vida y con quien pensaba pasar toda la que Dios les diera: el imberbe fusilero de dieciocho años

August Renz. Su relación era un secreto que preservaban del modo más férreo, aunque no por miedo al terrible castigo por pecar contra natura, sino porque aquel fusilero de inmensos ojos verdes y larguísimas pestañas había nacido fusilera y se llamaba Eleonore Prochaska. Que a un ulano le gustase un fusilero no estaba bien visto, pero mientras reinara la discreción se solía mirar hacia otra parte, y más en el relajado Freikorps Lützow; ahora, que los fusileros fueran fusileras se toleraba mucho menos. No era un suceso infrecuente, porque las temibles prusianas, llevadas de su ardor guerrero, no solían vacilar a la hora de hacerse con un mosquete, si no un cañón, y emprenderla contra los invasores, y aunque a eso nadie se oponía no se aceptaba que lo hicieran de uniforme. Aquello era lo que más temía la insospechadamente afectuosa Eleonore —Bürsche habría podido explicar que llamarla «Heldengjungfrau»^[182] no fue un completo acierto—, que la expulsaran si se descubría que, contra la definición del general Scharnhorst al señalar quiénes serían los elegidos para ser llamados a filas, ella estaba muy mal dotada para mear contra una pared. La profunda pena del Major Bürsche le había llevado alguna vez a valorar la receta de Heinrich von Kleist —se sabía de memoria el *Estamos muertos en el camino de Potsdam*; era un hombre singularmente culto, lo que predispone a pegarse un tiro mucho más que la siempre saludable ignorancia—, pero la influencia de su paternal jefe le había llevado a sustituir tan lúgubre remedio por un elogiabile afán de matar. Aquella mañana, cabalgando al frente de sus sombríos ulanos *totenkopf*, pensaba darse un atracón. Por falta de franceses no quedaría.

13.00 h.

—Abren marcha dos brigadas de infantería y una de caballería, Sire. Vienen por la garganta del Lasne, subiendo al *plateau* de Chapelle-Saint-Lambert por una rampa natural. Aparecen a razón de un batallón cada cuarto de hora. Todavía no desplegaban patrullas de observación, pero no tardarán.

—¿Hacia dónde apuntaban?

—A mi entender, Sire, su objetivo es Placenoit.

Era natural, se decía tras ordenar a Bernard, uno de sus mejores *aides-de-camp*, que contase todo aquello a Domon y Subervie;^[183] la maniobra de Blücher era la más lógica para caer sobre su retaguardia, pero no lo encontraría fácil. Placenoit era tan angosto que se podía defender con muy poco; lo primero sería hostigarle con la caballería de aquellos dos; luego desplegaría los siete mil hombres del VI a partir del Lasne y hasta el bosque de Ranson, al norte de la carretera de Placenoit; por último, un par de batallones de la Guardia Joven deberían bastar para contener a los que llegasen a Placenoit en tanto él se hacía con Wellington. Tras eso se volvería contra Blücher, y en cosa de minutos le dejaría en la mitad. Nada estaba perdido, pues.

Podía seguir con el plan original.

13.15 h.

Bülow había llegado a Chapelle-Saint-Lambert. Una vez allí debía detenerse. Las órdenes de Gneisenau eran terminantes: que no fuera más lejos en tanto no estuviera seguro de que Bonaparte y Wellington luchaban un verdadero *hauptschlacht*. Fue justo entonces cuando se cruzaron los primeros disparos entre la caballería del Prinz Wilhelm y un escuadrón enviado a observar. La consecuencia fue la primera baja prusiana: el Oberst Schwerin, comandante de la 1.^a Brigada. Los soldados del Niederrheinarmee entraban en fuego cien minutos después que sus colegas del Army of the Low Countries.

13.30 h.

El emperador estudiaba el centro de la línea británica. Eran cientos los cráteres dejados por sus proyectiles en la ladera del risco tras el que se ocultaba El Inglés. De los que hubieran superado la elevación sólo aquellos que lo hicieran lamiendo la cresta pudieron causar daño. El bombardeo había sido una pérdida de tiempo y un inútil desperdicio de pólvora y munición, pero de nada valía lamentarse. Lo pagaría en gente, por penoso que fuera. Romper el centro de Wellington le costaría un *corps d'armée*. Aún le quedarían cuatro. Suficientes para tomar Bruselas y desde ahí negociar.

—A Ney: adelante.



Primera carga de Ney. Si hubiera traído con él una compañía de zapadores con clavos habría inutilizado los cañones de Wellington y éste no habría tenido más opción que levantar el campo, abandonando a los prusianos.

Era un espectáculo magnífico. Los diecinueve mil doscientos infantes del I Corps d'Armée, organizados en cuatro columnas de cuatro regimientos cada una, las armas cargadas y las bayonetas caladas, al compás de cuatro bandas que tocaban la *Marche de la Garde Consulaire*, iniciaban su avance contra La Haie Sainte. Quinientos metros a su izquierda, los quince mil que aún sobrevivían del II, repartidos de la misma forma y al compás de lo mismo, marchaban contra Hougoumont. No habían recorrido un tercio del camino cuando los cañones ocultos tras el risco aclararon su voz. Lo tenían todo a favor: tiro en mínima elevación, terreno descendente, suelo endurecido. Los primeros proyectiles cayeron cortos, aunque pronto comenzaron a barrer las filas de infantes, como si fueran bolos. Nada con lo que l'Empereur no contara. Llegaba el momento de lanzar la caballería. El propósito sería llegar a los cañones antes de que diezmaran a la infantería, espantar a los artilleros y dejar las piezas a los propios infantes, cuya misión sería introducir gruesos clavos en el canal de fuego de cada pieza, de forma que no pudieran disparar mientras no se repararan, lo que allí, en el campo de batalla, sería difícil. El peor enemigo del soldado de infantería era el cañón, de modo que para los del I y del II había dos opciones: acabar

con los de Wellington o perecer. El problema era que la infantería británica también conocía las suyas: impedir que los jinetes franceses llegaran hasta sus baterías o dar la batalla por perdida.

La fuerza que defendía La Haie Sainte no debía bajar de dos mil hombres. Su dueña, la familia Cornet d'Elzius de Chenoy, era profrancesa, no como sus arrendatarios, unos campesinos apellidados Van Achter que quizás observaran desde lejos lo que pasaba con su casa. Lo lamentaría por ellos si prestase atención a esos asuntos, pero lo único que le importaba de aquella granja era que sus divisiones no podrían hendir la línea enemiga mientras se les acribillase desde allí. Antes no creía que fuera un obstáculo de consideración, pero ya veía que Wellington había cuidado de convertirla en un fortín. Tomarla costaría dos cosas que cada minuto se le ponían más caras: gente y tiempo.

13.45 h.

Müffling se había desplazado hacia el lado este, porque por ahí llegaban los mensajeros de Grolman y también por curiosidad profesional, pues también allí era donde la batalla entraba en crisis. Le asombraba que Vivian y Vandeleur, que mandaban las Brigadas de Caballería 6.^a y 4.^a, permanecieran impasibles ante la carnicería que se celebraba frente a ellos, entre la KGL y dos divisiones francesas. Aquello sería impensable bajo la doctrina de Libertad de Acción tan querida para Gneisenau. En virtud de la tal, los jefes de unidades importantes poseían libertad para explotar oportunidades que se les presentaran en el devenir de las batallas. Si Gneisenau estaba tan orgulloso de aquel principio y tenía en él tanta confianza era porque los oficiales prusianos aprendían en la Kriegsschule a pensar por sí mismos, no a ser meros intermediarios entre los comandantes supremos y las tropas. Perplejo, se dirigió adonde los dos generales observaban como la KGL y el I Corps d'Armée se hacían pedazos. Los dos se mostraron de acuerdo: si se lanzaran pendiente abajo con sus seis regimientos de *light dragoons* (el 10.º, el 11.º, el 12.º, el 16.º, el 18.º y el 1.º de la KGL) destrozarían la línea francesa y regresarían con no menos de tres mil prisioneros, pero las regulaciones de la caballería británica eran claras: ningún jefe de brigada cargaría contra el enemigo sin recibir orden de hacerlo. No eran regulaciones generales, sino de Wellington, y si se lanzaran contra los franceses y vencieran, el Old Attie no por ello dejaría de ponerles frente a un consejo de guerra. De la magnitud de su victoria dependería que les fusilaran o no, pero sus respectivas carreras habrían terminado. Tras explicar todo eso al atónito Müffling, añadieron que su pensamiento era conocido desde Vimeira: si un jefe de brigada, llevado de su ardor, abandonaba su posición y actuaba por su cuenta, podría ser que consiguiera un éxito local, pero al precio de poner en peligro acciones de mayor importancia donde se contase con él, con lo cual se cambiaría un éxito parcial por una victoria general o,

aún peor, por una derrota. De ahí que a ningún coronel o general inglés se le ocurriese actuar por su cuenta en un ejército mandado por Wellington. Los que servían a sus órdenes amaban la Victoria, pero mucho más amaban su Cabeza.

14.00 h.

La visibilidad era precaria gracias al humo de pólvora negra de varios cientos de cañones disparando a razón de dos o tres salvas por minuto, al que se unía el de docenas de miles de mosquetes; la confusión, en consecuencia, resultaba ingestible. Ni Wellington ni Bonaparte podían controlar lo que sucedía en los cuatro kilómetros de frente, lo cual encaraban de dos formas distintas: Wellington, recorriendo arriba y abajo la línea de fuego, seguido a todas partes por De Lancey, Somerset, Álava y sus ADC; Bonaparte permanecía fijo en su puesto de mando, despachando mensajeros y ayudantes de un modo continuo, y no sólo para transmitir órdenes, sino para que fueran sus ojos allá donde no llegaba él con los suyos. Ambos estilos de mandar tenían ventajas e inconvenientes, pero Álava, que con frecuencia echaba largos vistazos hacia Rosomme, donde se suponía estaba el puesto de mando imperial, se decía que, si algún día se viera en situación de adoptar uno de aquellos dos estilos, se inclinaría por el de Wellington, si no por otra cosa porque allá donde se le veía, impertérrito sobre su *charger*, la moral de la tropa se inflamaba. No dejaba de ser curioso que Wellington, usualmente despectivo ante las diversas figuras de Bonaparte (político, legislador, estratega, diplomático, seductor, hermano, padre, marido e incluso amante), afirmara que, pese a todo, la vista de su tricornio en el campo de batalla valía por cuarenta mil hombres, cuando era una vista ciertamente difícil de apreciar, al menos de cerca; la suya propia, en cambio, estaba en todas partes.

Entre la ingente cantidad de notas que De Lancey tomaba sin parar —Álava se maravillaba de que pudiera estar pendiente del duque, seguir sus pasos, no pisar heridos, despachar ADC, estudiar informes y no caerse del caballo, todo ello sin dejar de garrapatear en su cuaderno— destacaba la creciente relación de bajas en el mando. La encabezaba el duque de Brunswick, seguía con la media docena de tenientes coroneles y coroneles caídos en Les Quatre Bras y se reiniciaba con Sir Thomas Picton, al que una bala del 17,5 le había dejado sin cerebro según increpaba, en pie sobre los estribos, a unos soldados que le adoraban pese a que les tratara de *son-of-bitches*. Al suceder a la vista de todo el mundo la moral se resquebrajó, lo que llevó a Wellington a dejarse ver por el sector y apoyar a Sir Dennis Pack, jefe de la 9.^a Brigada y Major-General más antiguo de la V División. La situación se volvía difícil para el ala izquierda, crecientemente machacada por la infantería y la caballería pesada francesa, pero ahí comenzaron a dejarse ver las unidades de Uxbridge,

comenzando por la Household Brigade^[184] de Lord Edward Somerset —los elegantísimos regimientos 1.º y 2.º Life Guards, 1.º King’s Dragoon Guards y Royal Horse Blue Guards—; en total eran siete los escuadrones de caballería pesada^[185] que cargaban contra sus iguales franceses, galopando talud abajo por la derecha —según marchaban ellos— de la carretera Bruselas-Charleroi. El encuentro entre las dos fuerzas dio lugar a que la francesa dejara de cooperar con las divisiones^[186] que se obstinaban en aplastar el centro de Wellington, gracias a lo cual los fusileros del abrumado 92.º —los Gordon Highlanders que tantos aplausos cosecharon en el baile de Lady Charlotte— recuperaron el aliento necesario para seguir bloqueando el avance francés.

A Müffling le admiraba la ubicuidad que mostraba el duque, y le maravillaba que con la extrema economía de medios que aplicaba lograra resistir los golpes con que le martilleaba Bonaparte. Si aquel ejército fuera el prusiano y a su frente se hallara Blücher, habría ya volcado la mayor parte de las reservas en apoyo del impertérrito medio millar de «amazonas».

—Álava, ¿estos hombres luchan siempre así? Con falda, quiero decir.

—Las veces que les he visto, sí. Ponerse otra cosa debe ir contra su religión.

—Ah, ¿es que no son cristianos?

—Pues no lo sé, pero ante todo son celtas. Según creo, en vez de capellanes tienen druidas.

El general Müffling prefirió acallar su curiosidad. A veces se preguntaba cuándo su colega español hablaba en broma y cuándo lo hacía en serio, y seguía sin salir de dudas.

La caballería francesa debía pensar que ya tenía bastante, pues empezó a recular. La Household habría debido regresar, pero un escuadrón de los Life Guards y otro de los Dragoon Guards, ebrios del peor alcohol, el de la victoria, se lanzaron a perseguirles, desoyendo los cornetines de órdenes, para ser acorralados un kilómetro más allá por los coraceros de Hubert y la infantería de Bachelu. No regresó ni uno. Wellington seguía la escena sin hacer comentarios. Aquello confirmaba uno de sus más arraigados prejuicios: la caballería británica se componía de locos e irresponsables; de ahí la necesidad de poner a su frente los jefes más fríos, como Stapleton-Cotton. Él habría sujetado aquellos escuadrones, no como Uxbridge, pues si por él hubiera sido se habría lanzado tras ellos al frente de la reserva entera, con lo que habría perdido la batalla, y la guerra, en media hora. Meneó la cabeza en gesto de malestar, aunque sin decir nada. Su catalejo enfocaba otro tramo de la línea de fuego, en búsqueda de la siguiente crisis. Hasta que llegara Blücher le quedaban unas cuantas.



Hougoumont. Para los ingleses, el cénit del heroísmo.

14.30 h.

Al II Corps d'Armée no le había salido bien su asalto a Hougoumont. Sus divisiones regresaban a la línea de partida en un cierto desorden, lo cual podría ser una excelente oportunidad para la caballería británica, se decía un Uxbridge deseoso de lavar el penoso espectáculo que había dado la Household Brigade. Tenía confianza en la Union, ^[187] por la solera de sus regimientos y porque la mandaba Sir William Ponsonby, un aristócrata y político irlandés al que le gustaba ser Major-General en sus ratos libres; hombre cercano a la serenidad (cuarenta y tres años), le parecía el más adecuado de sus jefes de brigada para una carga contra los desordenados infantes del II, de modo que tras rebanar unos cuantos pescuezos regresaran con las menos bajas posibles, restaurando así la sonrisa en la faz de Wellington. Tras instruir debidamente a Sir William le vio lanzarse al frente de sus tres regimientos, el 1.º y el 6.º en cabeza y los elegantes Scots Greys, magníficos en sus soberbios *chargers* grises, cubriéndoles las espaldas. En contados minutos ganaron la retaguardia del II, comenzando a dar sablazos y mandobles; el éxito era tan completo que resultó excesivo, al punto que Sir William acabó dejándose llevar, él también, por la borrachera de las batallas. Se veía frente a una victoria épica, de las que hacen pasar a la historia, de modo que levantó su sable, lo apuntó hacia las líneas de la *grande*

batterie y cargó al galope, sin preocuparse de si le seguían o no; dos de los escuadrones Scots Greys tampoco se lo pensaron, lanzándose tras su venerado jefe, mientras los otros, que tenían presente lo sucedido con la Household Brigade, volvían grupas e iniciaban el regreso a muy buena velocidad. Sir William y los suyos, mientras tanto, ya se cernían sobre los indefensos cañones, que sólo pudieron dispararles un par de andanadas —estaban trincados a media elevación, y apuntarlos más abajo llevaba tiempo y esfuerzo—; hacer una escabechina con los servidores de los treinta que les pillaban más a mano fue un juego de niños, pero regresar era otra cosa, pues los lanceros del general Jacquinot, que aparecían por la derecha, y los coraceros de su colega Farine, que lo hacían del otro lado, se les venían encima. Los Scots Greys que pudieron regresar fueron ciertamente pocos; Sir William no estaba con ellos, de modo que se ahorró un consejo de guerra; si bien pensaba que tenía punta de velocidad suficiente para esquivar a lanceros y coraceros, su caballo no era de la misma opinión —siendo un hombre riquísimo, con docenas de monturas excelentes en sus cuadras, aquel día se había inclinado por el peor de sus pencos—, de modo que no tardó en verse alanceado por todas partes, hasta venirse al suelo con su jinete debajo; el sargento Urban, del 4.º de lanceros, no tenía la menor idea de quién sería ese oficial inglés de aspecto más sorprendido que asustado, pero el hecho de que varios de sus hombres dieran media vuelta y vinieran a quitárselo le hizo pensar que para l'Empereur sería mejor que no lo consiguieran, de modo que le descerrajó un pistoletazo entre los ojos y tras eso clavó espuelas para reunirse con los suyos y volver a perseguir a los ingleses, los cuales, a la vista de que su jefe ya no estaba en este mundo, se afanaban en huir a su mejor velocidad. Tuvieron suerte —fueron los últimos de los suyos en tenerla—, y así minutos después Wellington pudo saber de primera mano que aquel imbécil de Sir William se libraría, mala suerte, de ser fusilado tras un consejo de guerra sumarísimo.



Hougoumont. El punto álgido unos quieren entrar y los otros prefieren que no.

14.45 h.

No era una tregua, pero Bonaparte necesitaba unos minutos para rehacerse, o eso pensaba el general Álava. Lo creía porque la infantería y la caballería se habían replegado tras la *grande batterie*, la cual no cesaba de hacer fuego, lo que quizá fuese un error, pues la distancia que la separaba de la línea enemiga oscilaba entre ochocientos y mil trescientos metros, demasiado para que los cañones de doce libras pudieran tirar en trayectorias rasantes. Necesitaban alzas cercanas a 45º, lo que dificultaba la puntería y, lo peor, daba lugar a que los proyectiles se incrustaran en el suelo al primer impacto, sin que se produjeran los rebotes propios de las trayectorias planas. A eso se debía que pese a más de tres horas de bombardeo —sólo se interrumpió cuando la infantería cargaba contra Hougoumont y La Haie Sainte— la línea británica sólo registraba unas pocas bajas, imputables a los contados impactos directos.

La línea y los bastiones habían resistido el primer ataque, aunque muy tocados. De la Household Brigade y la Union Brigade sólo quedaba un tercio; la caballería pesada, en consecuencia, estaba prácticamente liquidada. Los defensores de los dos bastiones también sufrían fuertes pérdidas, igual que las unidades que defendían el centro de la línea. De Lancey las estimaba en tres mil hombres, sumando los muertos a los heridos graves, a los que habría que añadir un apreciable número de

deserciones, sobre todo entre los *nassauers*. El daño, a su juicio, no era desmesurado, pero dada la hora del día y la fuerza que conservaba Bonaparte, si los prusianos se retrasaban más de tres no quedaría otra opción que levantar el campo, pues el riesgo de que Boney hundiera el centro y les partiera en dos se volvería inaceptable. Se lo dijo a Müffling, que se limitó a poner cara de circunstancias. El IV Armeekorps aún seguía concentrándose, como su interpelante podía comprobar enfilando su catalejo hacia Chapelle-Saint-Lambert, pero a De Lancey aquello no le tranquilizaba, pues había ocho kilómetros desde allí a las posiciones de Boney, lo que por sí solo representaba dos horas y media de marcha; en ese tiempo Bonaparte no tendría que distraer un solo regimiento para cubrir su flanco, y él no estaba seguro de que la línea británica pudiera resistir todo ese tiempo sin romperse. Wellington, por su parte, no les oía. Estaba pendiente de su artillería, que había comenzado a devolver el fuego de un modo selectivo, con pocas piezas pero de acreditada puntería. Veía caer los proyectiles propios en lo que desde allí parecía reserva de la Garde Impériale, y quizá con resultados, porque divisaba cierta confusión en la batería enemiga,^[188] la cual tenía dificultades para disparar con todas sus piezas. Esa era la ventaja de su posición sobre la de Boney, pensaba el general Álava enfocando su catalejo en la misma dirección: mientras ellos veían las doscientas y pico piezas francesas, los apuntadores imperiales no veían las británicas. El gran maestro de la defensa parecía llevar la mano al genio del ataque, siquiera en hacer buen uso de sus cañones. Un pensamiento de autocomplacencia del que se arrepintió al escuchar el silbido de un proyectil de doce libras cayendo a veinte pies tras llevarse por delante unas cuantas ramas del olmo que marcaba el puesto de mando. Era para pensar que, después de todo, aquel día podría ser no sólo el último de su carrera militar, sino el de su juicio final.

15.00 h.

El *château* de Hougoumont —así venía en el Ferraris, pero *Hougoumont* sólo era la transcripción fonética en alemán del término *au Goumont*, su nombre francés—, tras más de tres horas de combate, resistía más o menos incólume las acometidas del príncipe Jérôme y su deteriorada 6.^a División. El angustiado König Lustik había comprobado en propia carne la solidez de las defensas británicas, al punto de comprender que sin artillería de sitio no las podría rendir. Para su sorpresa, el Emperador no sólo no estaba furioso, sino que compartía su visión táctica: sin obuses sería imposible tomar Hougoumont. A eso se debía que le adjudicase una batería y le ordenase volver a intentarlo, tras dedicar la hora que la tal necesitaría para reventar el *château* a recomponer su maltrecha 6.^a División.

Si l'Empereur apenas le riñó fue por reflexionar sobre lo que decía un mensaje de Grouchy, fechado en el *château* de Longpré, Sart-à-Walhain, a las once de la mañana.

En él explicaba que pretendía lanzarse contra las posiciones enemigas hacia las tres de la tarde, que su caballería mantenía el contacto y que gracias a eso podía informar de que uno de los *armeeekorps* había evacuado Wavre, sin poder precisar hacia dónde se dirigía, si al norte o al oeste. Aquello le causó un profundo malestar, tanto que debió sentarse. Dado que Grouchy a las once seguía en Walhain, desde que recibiese la orden de marchar a Plancenoit hasta que su vanguardia consiguiera llegar pasarían no menos de diez horas. Sería imposible que llegase antes de las diez de la noche, lo que de nada le valdría y sin que le pudiera reprochar nada, pues seguía sus órdenes al pie de la letra. En eso se notaba que no era un *maréchal* como Davout o como Murat; ellos se habrían lanzado adónde sonara el cañón. Decididamente, poner su ala derecha bajo el mando de un hombre tan disciplinado fue un error fatal.

15.15 h.

Las últimas compañías de la 14.^a Brigada, la del Generalmajor Funck, alcanzaban Chapelle-Saint-Lambert. Los treinta mil quinientos hombres y las cuarenta y ocho piezas del IV estaban listos para lanzarse contra el flanco derecho de Bonaparte. Nada sería más del agrado de Bülow que dar orden de hacerlo, pero el recién llegado Gneisenau insistía en acumular efectivos —la primera brigada del II no tardaría en llegar— y, mientras, observar cómo se desarrollaba la batalla. En su opinión, que sostenía frente a Blücher con firmeza desusada, era pronto para cargar contra Bonaparte. Wellington aún debía desangrarse más.

15.30 h.

Ney había congregado las divisiones de caballería 1.^a y 2.^a —Jacquinot y Piré-Hippolyte, adscritas a los *corps d'armée* I y II—, y la de *chasseurs-à-cheval* de Lefebvre-Desnoëttes, para cargar contra el centro de Wellington. Pretendía destrozarse su artillería y después caer sobre su infantería, facilitando así que la del I Corps d'Armée avanzase sin ser molestada. Sumaban cuatro mil quinientos jinetes distribuidos en diez regimientos, dos de coraceros, cuatro de lanceros y cuatro de húsares o *chasseurs-à-cheval*. Ney era consciente de que tras coronar el risco encontraría la infantería enemiga organizada en cuadros. Wellington le dedicaría toda su atención, facilitando que la del I, que aun habiendo ya perdido cinco mil hombres seguía siendo una fuerza respetable, se hiciera por fin con La Haie Sainte, la cual, para él y para todos los que tenían alguna experiencia en asaltar posiciones fuertes, era la clave de la victoria.

Aún faltaban unos minutos para estar listos; Ney consumía la espera observando la línea británica, pese a que desde allí sólo se divisaran unas cuantas unidades de infantería ligera desplegadas a lo largo del talud. Algo llamaba su atención: los

infantes dejaban sus escondrijos y se replegaban tras el risco. Alguien con la mente más fría supondría que marchaban a formar cuadros, pero Ney disfrutaba una gran propensión a pensar que sucedía lo que se ajustaba más a sus deseos. Le parecía, en síntesis, que Wellington se retiraba, de modo que procedía elevarse sobre los estribos, enarbolar el sable, mirar a derecha e izquierda, señalar la posición enemiga, sentarse y picar espuelas. No hacía falta que mirase tras él. Los cuatro mil quinientos, como tantas y tantas veces, le seguirían sin vacilar.

15.45 h.

Wellington examinaba la línea francesa. La caballería parecía lista para zarpar; al tiempo, el bombardeo sobre Hougoumont se hacía notar. Saulton decía que se había hundido la techumbre y que sufría seiscientas bajas entre Coldstreams y Scots, pero que no se retiraba. «Bien por los guardias», murmuró antes de regresar con la inquietante masa de caballería. No necesitaba dar órdenes porque la situación era de manual y De Lancey ya emitía la más perentoria: reunir la infantería tras el risco, formando dieciocho cuadros a continuación de la línea de los cañones. La masa de caballería ya se movía, con lentitud inicial aunque ganando velocidad. Era la señal, también, para moverse al cuadro del 42.º Royal Highland —los Black Watch—. ^[189] Los oficiales artilleros, a su vez, prorrumpían en estentóreos *Open Fire!* Las dos primeras andanadas fueron *shrapnel*. Cuando los jinetes llegaron a quinientos metros cambiaron a botes de metralla. ^[190] Los efectos fueron serios, aunque no lo suficiente para detener a los franceses, que al llegar a cien metros pasaron de galopar a cargar. Quedaba el tiempo justo para disparar la última salva y ganar los cuadros de infantería; los oficiales habían ordenado que la carga de cada pieza fuera doble, una bola maciza y un bote de metralla; el alcance, con tanto peso, no superaría los cien metros, aunque no hacía falta que lo hiciera, porque los franceses ya estaban a cincuenta. El efecto fue devastador, pero quedaban muchos lanceros —iban en cabeza—, húsares y coraceros. La primera fila quedó desintegrada por efecto de la metralla, y los rebotes de las bolas abatían a las siguientes como si fueran tentetiesos, pero Ney seguía y seguía, tras la misma coraza de buena fortuna que le había protegido en Neuwied, Elchingen, Iéna, Eylau, Gütstadt, Friedland, Borodino, Weissenfels, Lützen, Bautzen y Les Quatre Bras. En cuestión de segundos él y sus lanceros llegaron a los abandonados cañones. Ahí fue donde debió darse cuenta de que no había ordenado a la infantería subir tras ellos; una orden que tampoco dieron Soult o el Emperador, pues en aquel momento, fatalidades del destino, estaban concentrados en el flanco derecho, donde los soldados del IV Armeekorps empezaban a moverse. Al hacerse con aquellos cañones Ney ganaba la batalla, pero la perdía por no disponer de unos infantes que los clavaran. ^[191] Aquello sería

dramático de no ser ridículo, se decía el general Álava observando la contraída expresión de un Ney inconfundible, no tanto por pelirrojo sino por ser el único que llevaba la cabeza descubierta. Los cuadros más cercanos, aliviados por sólo vérselas con jinetes sin infantes, abrían un fuego asesino apuntado a los caballos, por entonces a no más de cincuenta pasos. Los jinetes también disparaban, y a tan corta distancia su fuego era demoledor, sobre todo el de los que se habían quedado sin montura y tiraban parapetados tras sus bestias moribundas. Las bajas en los primeros cuadros iban siendo numerosas, al punto que los muertos rendían el último servicio a Inglaterra: volverse parapetos. Los húsares y los coraceros, menos diezmados, también caían sobre los cuadros, que aún defendiéndose bien, haciendo cantidad de bajas, comenzaban a tambalearse. Aquello tenía el aspecto de terminar en una doble masacre, pero ahí llegaron las pocas unidades de caballería pesada que aún le quedaban a Uxbridge, los dragones de Dörnberg y d'Arenschildt, a los que se sumaban los de Van Merlen y Ghigny; eran menos de tres mil, aunque suficientes para convencer a Ney de que su oportunidad había pasado y que, tristemente, llegaba el momento de lanzarse pendiente abajo y regresar a las líneas propias.

En los cuadros se respiraba mal. El humo destrozaba las gargantas, al punto que los infantes suspiraban por sus cantimploras, no tanto por la sed como por la irritación de sus faringes, pero no era momento de relajarse, sino de recargar, deshacer los cuadros, rematar a los ciento y pico franceses malheridos que se habían quedado allí —la costumbre de los jinetes, cuando llegaba el momento de la retirada, era llevarse con ellos a todo el que pudiera subirse a la grupa sin forzarles a desmontar—, salvo media docena de oficiales que tampoco pudieron escapar —había órdenes de no degollarles, no por caridad sino para canjearlos; la tropa nunca era objeto de trueque personal, en ninguno de los bandos—, saquearles con la eficiencia que sólo da la experiencia, evacuar a los heridos, apilar a los muertos, recuperar los cañones, avituallarse de munición, alinearse tras el risco y prepararse para la siguiente carga, pues no dudaban que habría otra, y otra, y otra más. Sólo al llegar ahí se ocuparon de refrescar sus gargantas. El arte de resistir cargas de caballería tenía su propia liturgia.

16.00 h.

El ala derecha se alineaba frente a Wavre. Grouchy atacaría tras leer un mensaje de Soult despachado a las diez. Daba órdenes inequívocas, lo que no sólo le supuso un íntimo alivio, sino la satisfacción de llamar a sus generales —Gérard, Exelmans y Vandamme; Teste y Pajol estaban lejos— y dárselo a leer. La razón real era demostrar que tenía razón, si bien la disfrazó de compartir con ellos que l'Empereur les quería precisamente allí, sin que se preocuparan del concierto de cañón que les llegaba del oeste. Otros asentirían, pero Gérard por su orgullo herido, Vandamme por su

obcecación natural y Exelmans por su sentido estratégico, seguían mostrando un tenaz escepticismo. La batalla de verdad, decían, era la de quince kilómetros al oeste; lo que tenían delante sólo era un III Armeekorps dejado atrás para clavarles al terreno; de nada serviría barrerlo si l'Empereur perdía su batalla, lo que sería menos probable si se desentendían del señuelo, cruzaban el Dijle y caían sobre los prusianos. No les hizo variar el gesto saber que, horas antes, había ordenado a Pajol y Teste que cambiaran su rumbo, cruzaran el río por donde pudieran y se lanzaran en apoyo del Emperador. Tras eso volvió a lo que tenían enfrente; según el manual de campaña, el III Armeekorps poseía veintisiete mil doscientos hombres, en su mayoría de pésima cualificación; entre sus bajas y sus deserciones, a Thielmann no podían quedarle más de quince mil. Nada que pudiera detenerles, aunque deberían tomar precauciones para no sufrir excesivas bajas. La primera era valorar la posición enemiga, pues Wavre no era un simple pueblo, sino una ciudad casi tan grande como Charleroi. Dos tercios estaban en la ribera izquierda del Dijle, un río ni ancho ni profundo, pero las lluvias hacían que bajara muy crecido. No había posibilidad de vadearlo, cuando menos en Wavre; sólo podrían cruzarlo si antes tomaban el Pont du Christ, el único de piedra. Dos días antes lo cruzaban cuatro de madera, pero los zapadores de Blücher los habían destruido. El más cercano a Wavre aguas arriba, el de Bierges (a cuatro kilómetros) estaba en manos prusianas. Los de Limal y Limelette quedaban lejos, al menos para su fuerza principal; por ellos cruzarían Teste y Pajol tras aplastar la defensa prusiana local, o eso quería pensar el aprensivo Grouchy.

Al otro lado del Pont du Christ, en el *château* de La Bawette, Thielmann y Clausewitz estudiaban el despliegue de Grouchy. Le suponían treinta mil hombres, el triple de los que tenían ellos en Wavre, tras enviar varios batallones a defender los puentes de Bierges, Limal y Limelette. Sus líneas, organizadas en semianillos irradiados a partir del Pont du Christ, no eran tan inexpugnables como parecerían desde abajo, por los pocos cañones con que contaban (sólo 34), pero aun así serían duras de romper. A Grouchy —sabían quién era, igual que a sus órdenes formaban cinco generales bien conocidos; por Vandamme sentían especial predilección; los partidarios de trocearle vivo no serían menos que los de arrojarle a una caldera de mierda hirviente— le costaría muchas bajas hacerse con el puente, si bien no era sangrarle lo que Gneisenau les encargaba, sino que le anclasen allí. Era una orden de las que se formulan con pesar y se reciben con dolor, pues no se les pedía que vencieran, sino que se sacrificaran por un bien superior, el de que nadie importunase a los otros *armeekorps* en su marcha sobre la línea de Bonaparte. Si lo contaban, y no apostaban por ello, sería para quedar como unos idiotas, pues el día de las medallas sólo las habría para los que vencieran al Corso, no para los que debían dejarse matar para que los otros tuvieran éxito, pero así era la guerra y ellos dos, bien lo sabían, eran los malditos entre sus iguales, los condenados a tragar lo que de ningún modo

nadie aceptaría, y que sólo pagando aquel precio comenzarían a ser considerados libres de sospecha. Una batería del IV Corps d'Armée les sacó de su ensimismamiento al disparar la consabida salva de tres piezas. Llegaba su momento, y Thielmann se santiguó. Clausewitz, no.

16.15 h.

Los informes que llegaban a Chapelle-Saint-Lambert, donde se hallaban Blücher, Gneisenau, Grolman, Bülow y Valentini, coincidían en lo esencial: Wellington empeñaba toda su fuerza, salvo dos divisiones destacadas en Halle; para Gneisenau significaban que Wellington no pensaba ser un segundo Eleazar ben Ya'ir, y menos aún convertir el *plateau* de Mont-Saint-Jean en otra Masada. Se desangraba desde las doce y no parecía que pudiera resistir mucho más, de modo que bien podría iniciar la retirada y dejarles vendidos. El IV Armeekorps, en consecuencia, tenía su autorización para marchar sobre Plancenoit y así vérselas con el VI Corps d'Armée —las patrullas del Prinz Wilhelm lo habían identificado—. Wellington, según comentaba con Grolman, merecía más castigo, aunque no por haberles vendido en Ligny, sino para que no pudiera disputarles la carrera por París. La derrota de Bonaparte ya era segura, como se deducía de la mera observación de las fuerzas en presencia, pero si se retiraba no sería decisiva. De ahí su empeño en maniobrar de forma que, cuando Bonaparte se sintiera vencido, no pudiera retroceder con orden. Bien había él demostrado que un ejército derrotado, si no se le dispersaba, en cuestión de horas podía volver a combatir. De ningún modo permitiría que a l'Armée du Nord le fueran tan bien dadas como dos días antes al Niederrheinararmee.

El cornetín de órdenes comenzó a sonar. Los soldados del IV se levantaron de un salto. No habían comido, pero casi todos habían bebido cantidad de café, con mucho ron y azúcar. Sabían que, salvo milagros, no tomarían otra cosa mientras no cayera la noche, los que llegaran a verla caer.

16.30 h.

Habían pasado veinte minutos desde que los últimos *chasseurs-à-cheval* se lanzasen pendiente abajo y Wellington ordenara ponerse a cubierto, intuyendo el siguiente movimiento. No se confundió, pues nada más cruzar la línea de la *grande batterie* ésta comenzó a disparar. Los proyectiles de 12, 8 y 6 libras, mejor apuntados que antes, comenzaban a caer cerca del olmo de Wellington, así como del borde superior del risco. Dados el ángulo de caída y la pendiente que comenzaba tras aquél, las bolas tocaban tierra e iniciaban una larga serie de rebotes, por lo cual los oficiales dieron a los infantes la orden de ganar el borde del talud, de forma que solamente hicieran daño los impactos directos sobre la cresta o pocos metros más allá.

Wellington se veía centrado —los apuntadores franceses habían tardado en dar con él, pero ya le tenían en sus catalejos—, de modo que se desplazó unos metros a su izquierda, lo suficiente para descentrarse aunque sin perder ángulo de visión. Su QMG y su séquito de ADC, comisionados y secretarios hacían lo mismo, aunque con suerte algo peor. El comisionado Vincent fue la primera baja; un proyectil de seis libras le rozó una mano, sin arrancársela pero causándole una gran laceración; los huesos se le veían y la hemorragia era por demás aparatosa, de modo que De Lancey le ordenó retirarse al hospital instalado en el caserío de Mont-Saint-Jean. El comisionado Pozzo se brindó a escoltarle. Allí no pintaba nada, los proyectiles caían excesivamente cerca y De Lancey, a su vez, no estaba en contra de arrojar lastre, de modo que los dos caballeros se alejaron a buen trote. La segunda baja fue Sir Alexander Gordon. Un proyectil de ocho libras —cada calibre tenía su silbido— le golpeó de refilón en el muslo izquierdo, muy cerca de la cadera. Una herida de las malas, se dijo Álava mientras cooperaba con dos ADC para sostenerle sobre su montura, sorprendentemente intacta. Dada la hemorragia y el trozo de fémur que asomaba por el calzón, Sir Alexander podía ir despidiéndose de su pierna, y seguramente de su vida, pues las heridas tan altas eran muy difíciles de cerrar. De lo deprisa que acabaran de cortársela y de lo enérgicamente que cauterizaran el muñón dependería que Sir Alexander siguiera entre los vivos al amanecer del día siguiente.

Aún le veía marchar, sostenido por los ADC, cuando una nueva bola impactó en el codo derecho de Lord Fitz-Roy. Otra herida muy mala, lo sabían él y su ecuánime observador, el cual le perdió de vista mientras se alejaba con otro ADC. La medicina de los tiempos establecía que los miembros con huesos averiados debían amputarse, pues el riesgo de una embolia, para lo que no había salvación, era de cuatro a uno. Algunos preferían conservarlo —solían ser los que perdían varios a la vez; las embolias, en consecuencia, no les importaban mucho—, y de ellos unos pocos, tiempo después, podían presumir de sangre fría, pero lo habitual era no discutir con los amputadores. El destrozado codo de Lord Fitz-Roy no dejaría espacio a la duda, pero la batalla no permitía preocuparse de los amigos, se decía el endurecido Álava mientras veía pasar volando a Sir William de Lancey. Según explicaba Miniussir, una bola de seis libras le dio en la espalda, no de lleno pero sí con el suficiente ángulo para lanzarle sobre las orejas de su excelente caballo, yendo a dar con sus huesos diez yardas más allá. Las costillas desgajadas de su espina dorsal le asomaban a través de su desgarrada casaca, si bien para su fortuna —o su desdicha— no sangraba mucho. La evidencia de que, sin ganas, era de nuevo el QMG le llevó a echar pie a tierra, indicar a Miniussir que sujetase las riendas de su caballo y el de Sir William, y en dos zancadas situarse junto al coronel, al cual ya rodeaban Percy, March y dos soldados llamados a gritos. El coronel no estaba inconsciente; mareado, sí, aunque no al punto de no saber qué pasaba y qué suerte le aguardaba, por lo cual pedía que le dejaran

morir allí mismo, pero Percy, que le quería, no hizo caso. Desplegaron una manta, le pusieron encima y se lo llevaron en volandas a la casa de las amputaciones urgentes, no sin que Álava le quitara su silbato, el de convocar a los ADC. Su interés en De Lancey terminó ahí, pues la batalla no cesaba, en derredor seguían cayendo proyectiles y él aún necesitaba recuperar el también caído cuaderno de operaciones. Tras eso fue por el caballo de Sir William, un excelente purasangre irlandés regalo de su suegro. Lo hacía porque una de las carteras que llevaba en la grupa contenía el inventario de anotaciones y las copias de las órdenes dadas desde que comenzó la campaña. Marginalmente, la vida media de un caballo en una batalla como aquella se medía en minutos; Miniussir y él seguían montados, pero en cualquier momento podían quedarse a pie; de ahí que pidiese a Miniussir —un excelente jinete; se le notaba el haber aprendido en la escuela española de Viena— conservara el suyo de las riendas, como «respeto» para cualquiera de los dos, mientras él subía en el de Sir William. Lo que vivían, se decía el también curtido Miniussir, era un festival de sangre y vísceras, y si no se asombraba de su propia serenidad era porque los había vivido peores con Morillo. Allí, en Mont-Saint-Jean, la sangre corría por igual, pero con menos aullidos. Los oficiales británicos no perdían la compostura ni aun sabiendo que les quedaban minutos.

Wellington había presenciado la escena desde veinte pasos más allá; repartía su atención entre la *battleline* y la significativa merma de su *staff*, pero le tranquilizó ver que Álava enarbolaba el cuaderno del QMG. Una señal de asentimiento y volvió el catalejo no a la línea francesa, sino a lo que ya sabía se llamaba *plateau* de Chapelle-Saint-Lambert —Müffling, siempre cartógrafo, se lo había dicho—, por donde una masa de uniformes muy oscuros iniciaba la marcha sobre la derecha de Bonaparte.

16.45 h.

Las brigadas del IV avanzaban precedidas por los húsares Westpreußen. Los dragones franceses les saldrían al paso de un momento a otro, aunque lo tendrían difícil, pues las baterías del Oberst Bardeleben, desplegadas en el borde del *plateau*, ya dejaban oír su voz. Las órdenes de Bülow eran despejar a hierro y fuego el sendero que acababa en las primeras casas de Plancenoit, así como arrasar los campos de centeno donde se ocultaría la infantería de Lobau. Bülow sentía una total antipatía por Gneisenau, pero aquella tarde no le discutía una orden; su objetividad, que no le faltaba, le hacía reconocer que, de haber estado en el lugar del otro, habría dado las mismas, punto por punto y coma por coma. El condenado sajón sería lo que fuese, pero desde luego sabía caer sobre un enemigo tomado por el flanco, y él, a su vez, no tenía igual en conducir una marcha y una carga como las que se avecinaban. De ahí que hubiera enterrado el *tomahawk* hasta mejor ocasión. Aquella jornada, no le importaba reconocerlo ante sí mismo —sólo ahí—, Gneisenau estaba dictando cómo

debía comportarse una horda de novatos contra el mejor de los ejércitos europeos.

El Oberst Pfüll seguía el desarrollo de la otra batalla desde lo alto del campanario de Chapelle-Saint-Lambert. Presenció la carga de la caballería francesa, se dijo que un ataque como aquél sería imposible de contener, se maravilló de que la infantería francesa no corriese pendiente arriba y concluyó que Bonaparte no estaba en buena forma. La breve tregua que siguió al penoso sacrificio de aquella caballería tan valiosa, y tan valiente, le vendría bien para correr al *hauptquartier* de Blücher, a explicar lo que había visto. Lo hacía un tanto ensordecido por las baterías de Bardeleben, preguntándose si Wellington, desde su posición, las podría oír. El que sin duda las escuchaba era Bonaparte. Por muy sordo que se hubiera podido volver, de aquella música celestial no podría esconderse.

17.00 h.

Ney no conseguía enfriarse. Había estado tan cerca de quebrar el centro de Wellington que no aceptaba lo que decía Jacquinet, que deberían haber llevado con ellos algún regimiento de infantería. La pendiente, respondió, era demasiado larga para los infantes. Sólo cuando la línea defensiva se hubiera reblandecido podrían avanzar sin ser diezmados, y para eso hacía falta más caballería. Le constaba que l'Empereur andaría despoticando contra él, pues era lo que hacía mientras no lograba vencer. Cuando al fin lo conseguía todo eran parabienes, así que no desfallecía. Los cuatro mil quinientos que había llevado con él difícilmente pasarían ahora de cuatro mil; necesitaba más gente, y el Emperador, según le hizo saber La Bédoyère, que hacía de correveidile imperial, se los concedía. Podría contar con las dos brigadas de Kellermann (ochocientos dragones, ochocientos carabineros y mil seiscientos coraceros) y los ocho escuadrones de Guyot (dos mil seiscientos *grenadiers-à-cheval* [192]); en total, nueve mil ochocientos hombres, casi el doble de la vez anterior, contra unas defensas que, lógicamente, algo debilitadas estarían. Sólo quedaba esperar a que llegaran desde Rosomme, donde se concentraba la caballería de la Garde Impériale, y lanzar la que, con un poquito de fortuna, sería la carga que rompería el centro de Wellington dando paso a La Victoria.

L'Empereur le observaba desde su puesto de mando. Sería la última mirada que le dirigiría en un buen rato, porque había decidido trasladarse a La Belle Alliance, donde la visibilidad era mejor hacia el este. Seguía sin comprender por qué Blücher había retrasado su avance, pero el caso era que por fin atacaba. Lo que ahora convenía era contenerle con los menos recursos posibles. Luego, tras liquidar a Wellington, volvería con él y le haría comprender su colosal error de no haber marchado a Lieja, pero de momento sólo interesaba que no le pusiera en dificultades, y sabía cómo lograrlo.

17.15 h.

Los defensores de la granja Papelotte rugieron de sincero entusiasmo al ver aparecer un escuadrón del 1.º de Húsares Schlesien. El *hauptmann* al mando decía ser la vanguardia del I Armeekorps, y que le seguían el resto del regimiento, el 6.º de Ulanos y la 1.ª Brigada de Infantería. Lo explicó tres veces; la primera, en alemán, al jefe de los *hanoverians*; la segunda, en francés, a los generales Vivian y Vandeleur, comandantes de la 4.ª y la 6.ª Brigadas de Caballería; la tercera y última, de nuevo en alemán, al exultante Müffling, que había acudido al galope. Sin embargo, la gran alegría de verles llegar no despejaba la preocupación que sentían; Hougoumont seguía sitiado por el II Corps d'Armée, La Haie Sainte combatía furiosamente con el I y Ney no sólo se reorganizaba, sino que parecía formar una masa todavía más numerosa que la de hacía hora y media. Que la 4.ª y la 6.ª estuvieran allí se justificaba por la situación anterior, pero el flanco izquierdo ya se podía considerar en manos del I Armeekorps. Ellos sabrían, afirmaba Müffling, pero sus dos mil cuatrocientos *light dragoons* hacían más falta en el débil centro de la línea, y nadie les podría reprochar que, habiendo quedado a cubierto el extremo este, se movieran allí. Los dos generales ingleses sabían leer un campo de batalla, y a lo que aquel pedante prusiano decía en francés habían llegado ya, pero temían la feroz disciplina de His Grace. Sólo al ver que del bosque brotaba un segundo escuadrón de húsares *navy blue* decidieron que sí, que no se jugarían la cabeza lanzándose al apoyo del centro, y más viendo que la masa francesa ya estaba lista para lanzarse al ataque. Un minuto después cabalgaban al frente de sus seis regimientos hacia el centro de la línea, donde Uxbridge les veía llegar con gran alborozo; ignoraba qué les habría llevado a dejar sus posiciones, pero no podían ser mejor bienvenidos.

Un kilómetro al sur se alzaba el *château* de Fichtermont; allí acababa de llegar un destacamento de la 15.ª Brigada (la del general Losthin), para verificar que no había franceses. No sabían que lo defendía un batallón de la 1.ª de Nassau, la cual vestía los uniformes con que antes formaba en la Grande Armée. Fue un combate breve; acabó cuando los prusianos, sorprendidos, oyeron mentar a sus madres de un modo indiscutiblemente alemán. Superado el incidente, no con alegría —en el suelo quedaban varios *nassauers* malheridos—, el destacamento volvió con su brigada, la cual se había reunido con la 16.ª, la del Oberst Hiller von Gärtringen, y las dos, precedidas por el 10.º de Húsares, siguieron hacia Plancenoit por el collado de Genlau. La zona era boscosa y la visibilidad limitada, pero se orientaban sin problemas: bastaba con que algún soldado se subiese a un árbol y señalase una casona situada en lo alto de una loma y que, siguiendo las instrucciones de Grolman, tanto el IV como el II tomaban como referencia geográfica: la posada La Belle Alliance.

17.30 h.

Ney señalaba la posición británica, el mismo *plateau* que habían visitado una hora y pico antes. Tras él formaba casi la totalidad de la caballería de l'Armée du Nord; sólo faltaban las divisiones de Domon y Subervie, destacadas en el flanco derecho, y el 4.º Corps, la última fuerza montada que se reservaba l'Empereur. Nueve mil ochocientos jinetes, los lanceros en vanguardia, los húsares y los carabineros a continuación, y los dragones y los coraceros, de monturas más grandes y lentas, cerrando la formación.

Los cañones ingleses comenzaron a disparar antes que la otra vez. Los lanceros deberían cubrir mil trescientos metros a una velocidad media de 30 km/h, lo que supondría tres minutos, lo cual permitiría disparar seis salvas completas: tres de munición *shrapnel*, dos de *canisters* y una doble, bola maciza y bote de metralla. Tras eso, una carrera y al interior del cuadro de infantería que pillase más a mano. La caballería británica no se reservó para el final, sino que tras la última descarga cayó sobre la formación francesa, reduciendo la cantidad de jinetes que coronaban el talud y se ocupaban de los cañones. Los cuadros de infantería formaban más cerca que antes, de modo que los lanceros fueron recibidos con un nutrido fuego de fusilería que dejó el terreno rebosante de animales abatidos, dificultando el paso de quienes los seguían. Pese a ser el doble que la vez anterior, los franceses pronto vieron claro que aquel no era su día. Sólo fueron capaces de dispersar al 69.º South Lincolnshire, aunque a cambio de un enorme número de bajas. Ney, su sobrio uniforme convertido en harapos, demostraba una y otra vez estar listo para morir; evolucionaba de un lado para otro, pretendiendo estar en todas partes y superando sus asombrosas cifras de caballos muertos entre sus piernas, pero al cabo de veinte minutos también él vio claro que para quebrar los diecisiete cuadros restantes necesitaría mucha más gente; no le quedaba más opción que mandar retirada y lanzarse pendiente abajo, dejando tras él más de mil buenos jinetes muertos y otros tantos, sin montura, que no tardarían en estarlo.

Wellington seguía el combate desde la sombra de su árbol. Era el primer momento desde que la batalla comenzara en que sus más próximos le detectaran nerviosismo, al jugar con compulsivamente con su catalejo; su rostro, aun así, seguía tan de piedra como de costumbre. No estaba descontento, aunque hacía falta conocerle a fondo para percibirlo. La flema de sus británicos, el coraje de sus alemanes, la tenacidad de sus holandeses y la energía de su caballería le habían salvado del desastre. Sucudiese lo que sucediera, Bonaparte no podría enviar contra él nada más poderoso que aquella horda derrotada. El Sol de la Victoria estaba empezando a brillar sobre su cabeza.

17.45 h.

El IV Armeekorps formaba una pinza que a su debido tiempo caería sobre las posiciones del VI Corps d'Armée. Tras él avanzaban cinco baterías, con la intención no sólo de abrir fuego sobre Plancenoit, sino contra el cuartel general de Bonaparte; los apuntadores de Bardeleben lo situaban en La Belle Alliance, por el insólito flujo de jinetes que llegaban y marchaban. La 15.^a y la 16.^a brigadas seguían los meandros de la carretera de Genlau, donde ya cruzaban disparos con los escuadrones de Domon y Subervie, mientras la 13.^a y la 14.^a, inadvertidas, habían dejado atrás Aywières. Faltaba un cuarto de hora para las seis cuando las dos columnas, que habían recorrido en poco más de una hora los cuatro kilómetros entre Chapelle-Saint-Lambert y las líneas del VI Corps d'Armée, situadas en los límites norte y este de Plancenoit, abrieron fuego con sus piezas de seis libras. El Comte de Lobau no se lo pensó mucho. La posición no le gustaba, por mucho que l'Empereur la hubiera señalado en el mapa de un modo terminante, de modo que ordenó retirarse al interior del pueblo. Disparando desde las casas, cualquiera que no fuera un genio de la guerra lo sabría, se combatía mejor. Así, también, despejaba el campo para que sus propias piezas de ocho libras disparasen sin miedo a matar franceses. La situación mejoraría, pero no por mucho tiempo. Se le venían encima treinta mil prusianos, a los que no tardarían en unirse los del *armeekorps* que vinieran detrás, mientras él sólo contaba con doce mil infantes. Necesitaba refuerzos, lo que puso en conocimiento de l'Empereur mediante cuatro mensajeros, no fuera que las granadas prusianas, por entonces demoliendo la primera línea de casas del desdichado Plancenoit, se los cargaran mientras galopaban hacia La Belle Alliance.



Los prusianos, cabreadísimos, entran en Plancenoit

18.00 h.

La posición prusiana en el Pont du Christ era inexpugnable. Sería un milagro que la tomase antes del anochecer, pero la llegada de un sudoroso mensajero le hizo desentenderse: a la una menos veinte Soult le ordenaba moverse hacia Plancenoit, caer sobre la espalda de Bülow y acabar con su IV Armeekorps. Preocupado, echó mano del mapa para confirmar lo que ya veía en su cabeza: ni aun saliendo en ese mismo instante su infantería conseguiría llegar antes de las dos de la madrugada; en cuanto a la caballería, necesitaría las mismas cinco horas que aquel pobre diablo de mensajero; no estaría en posición antes de las once, cuando todo lo que hubiera de suceder habría ya sucedido. Lo más conveniente, y no sólo por la suerte de la campaña si el Emperador vencía, sino por la de Francia si perdía, era terminar lo que le había llevado a Wavre y prepararse para una larga marcha, sobre Bruselas si al Emperador le iba bien y hacia Namur si lo contrario. Lo único en su mano era separar la 7.^a División de Caballería, la de Maurin —dos regimientos de dragones; para tomar Wavre no hacían falta—, enviarle con Pajol y urgir a éste, y al general Teste, a cruzar el Dijle y galopar hacia Plancenoit. Lo mandaría con el mismo mensajero de Soult. En un momento redactó dos notas, una con órdenes para Maurin, Teste y Pajol, y otra notificando a Soult su situación, la hora, lo que tenía enfrente, lo que había ordenado y la imposibilidad de llegar a Plancenoit con su infantería antes de las dos de la

madrugada, suponiendo que Thielmann no le obligase a combatir. La suerte, le gustase o no a Soult, estaba echada, y no era él, Grouchy, quien había lanzado los dados.

Tras despedir al mensajero volvió su atención al Pont du Christ. Allí no hacía falta; Vandamme ya sabía quebrar la resistencia de Thielmann, él solo; mejor haría marchando a Bierges, donde se alzaba el otro puente. Allí estaba Gérard con sus tres divisiones de infantería; sin duda se reiría cuando le diera la novedad, cosa molesta pero que no le preocupaba. Lo que contaba era que aquel puente había que tomarlo, se repetía veinte minutos después, al descabalgarse frente al puesto de mando de un Gérard tumbado en el suelo y rodeado de sus generales. Una bala prusiana le había herido en el pecho, no se sabía con qué consecuencias, salvo que sangraba poco. Debería designar un sustituto, pero el general más antiguo, Baltus, se negó a tomar el mando, aduciendo carecer del espíritu necesario; se ponía incondicionalmente a sus órdenes, pero eso sería todo; estaba tan convencido como su herido superior de que no era en ese maldito lugar donde deberían estar, sino donde sonaba el cañón desde hacía seis horas. Una mirada le bastó para entender que los otros dos, Pêcheux y Vichery, dirían lo mismo, de modo que asumió el mando. Tras eso se asomó por el parapeto desde donde Gérard había dirigido el asalto, para entender que su fracaso no se debió a bajo espíritu: Thielmann, Barón d'Empire y caballero de la Légion d'Honneur —se la impuso l'Empereur en persona— ocupaba una posición formidable. Llevaría horas desalojarle, y seguramente para nada. Mejor ahorrar vidas sin escatimar lo único que se tendría que quedar allí, sucediera lo que sucediese: pólvora y balas de cañón. Contaba con veinte *belles filles*; bien, pues si no había otra posibilidad, fuego a discreción.

18.15 h.

Tras casi siete horas de lucha l'Empereur aceptaba que la posición británica era excelente, aunque como todas las posiciones excelentes tenía una clave de bóveda, la cual, si caía, provocaría un desplome general. La del *plateau* de Mont-Saint-Jean era La Haie Sainte. Había que tomarla costase lo que costara. Una vez se consiguiese, sus columnas podrían lanzarse contra el centro y el ala izquierda del inglés sin que sus tiradores les acribillasen, con lo cual su línea se quebraría donde no la defendieran ingleses, sino los flojos *nassauers*, *brunswickers* y *hanoverians*. Lo haría en dos columnas, una mandada por Ney, al frente de lo que aún quedaba del II Corps d'Armée, y la otra por Durutte, que ocupaba el puesto de Drouet —era su general más antiguo— al haber quedado éste fuera de combate.

Ney marchaba en cabeza. No era el mariscal más listo, pero nadie le podría jamás acusar de cobardía frente al enemigo. Al frente de sus seis mil cargó contra los defensores de La Haie Sainte, que andaban cortos de munición; se les terminó en

cuestión de minutos pero se negaron a capitular, eligiendo resistir a la bayoneta, para escapar a la carrera cuando sólo quedaban cuarenta y seis, casi todos heridos si no mutilados. Nada más gualdrpear la tricolor sobre La Haie Sainte se acercaron varias baterías montadas, para disparar contra el centro inglés a menos de ciento cincuenta metros. No era la peor amenaza que podía sufrir el tal centro —eran piezas de pequeño calibre—, pero en la línea británica también había comandantes capaces de perder los nervios. El que más los perdió fue Zigne Doorluchtige Hoogheid Willem, Prins van Oranje, que juzgando la posición perdida ordenó al coronel de la KGL Christian von Ompteda que se lanzase al frente del 5.º batallón de su 2.ª Brigada — todo lo que aún quedaba de la vapuleada unidad— para neutralizar las baterías francesas y retomar La Haie Sainte. Wellington lo habría impedido, pues era la clase de acción que no se podía emprender sin un sólido apoyo artillero, pero ni el Prins Willem sabía de aquellas cosas ni conservaba la cabeza sobre los hombros. Ompteda no sólo sabía que partían, él y sus hombres, hacia una muerte segura, sino hacia una muerte inútil, pero en su filosofía germánica las órdenes se daban para ser cumplidas, de modo que tras santiguarse ordenó cargar contra el enemigo a sus pocos cientos de hombres, con los resultados esperables. Más de un veterano de la KGL habría descerrajado un tiro al príncipe imbécil, aunque dentro de lo que cabía éste tuvo suerte, pues una bala perdida le rozó un hombro, dándole una magnífica excusa para ceder el mando al espantado Hill, que jamás había visto una exhibición de incompetencia semejante, y escoltado por el capitán Constant-Rebecque, hijo de su *chef d'état-major*, abandonó el campo rumbo a la granja Hospitalliers, en Mont-Saint-Jean, y de allí a su palacio de Bruselas. El Prins Willem había tenido demasiado, al igual que sus exasperados subordinados, aunque a éstos les aliviaba ver que a partir de aquel momento les mandaba un militar y no un cretino de sangre real.



Generalleutnant Herr Karl von Alten, Comandante en Jefe de la KGL (King's German Legion)

Legion)

La última hora estaba siendo trágica para el Army of the Low Countries, anotaba el general Álava en el cuaderno de Sir William. Además de los muchos miles de bajas no reseñables —sólo consignaba generales— habían caído el Major-General Sir George Cooke, jefe de la 1.^a División, el Lieutenant-General Sir Karl von Alten, jefe de la 3.^a, y el Major-General Sir Colin Halkett, comandante de la 5.^a Brigada de Infantería. El anotar en la relación al Prins Willem era por motivos diplomáticos, porque su baja no era una desgracia, pero en el fragor de una batalla como aquella un QMG no se podía permitir emotividad alguna. El que su caballo avanzase pisando sesos, intestinos y criadillas le daba igual; ya tendría tiempo para espantarse, si antes no se lo llevaba una bola de ocho libras, como a Sir William y como a tantos otros. Su destino era seguir a Wellington allá por donde avanzara, y eso era lo único que habitaba en su estoico cerebro, ajeno a que tras él marchaba un *major* provisional que aprendía muy deprisa el supremo arte de no dejarse horrorizar, sucediera lo que sucediese.

Con su bandera ondeando en La Haie Sainte, a Ney le parecía que nada se podría interponer entre su persona y la Gloria Suprema, la de ser el vencedor de la batalla más grandiosa en la historia de Francia. De ahí que reorganizase sus fuerzas para lanzarse otra vez contra el centro de Wellington, reemplazando las bajas con las brigadas de Bachelu y Foy. De nuevo contaba con seis mil hombres. La visibilidad era exigua, pues el humo de las pólvoras, siete horas ya de cañonazos y descargas de fusilería, flotaba muy bajo y tardaba en dispersarse. Marchar, además, era difícil, pues el suelo estaba plagado de cadáveres, de hombres y de bestias, sobre los que revoloteaban millones de moscas, indiferentes a que allí se disputaba el destino del continente. Marchaban envueltos en una confortable neblina, bien a cubierto de los disparos británicos, tanto que se oían muy pocos. Las municiones comenzaban a escasear, en los dos bandos, y era natural que todo el mundo afinara la puntería.

A doscientos pasos de la cresta el aire se aclaraba. Los franceses surgían de la neblina, para en el acto recibir nubes de metralla, lo que no les disuadía. La fiebre de las batallas se había hecho con ellos, al punto que, como sus enemigos, se transfiguraban en seres sin emociones. Sólo querían coronar el talud y ponerse a matar gente, como sin duda esperaban los que, al otro lado de aquél, tenían la mente tan vacía como ellos. La unidad que les hacía los honores era la 1.^a Brigada de la KGL, con su coronel Georg-Karl du Plat al frente; la formaban cuatro batallones de infantería que llevaban doce años en el negocio. Eran cualquier cosa menos aficionados, estaban frescos y, a diferencia de sus iguales franceses, andaban lejos de haber tenido demasiado. La lucha fue breve, aunque insuperablemente sangrienta. Cuando Ney mandó retroceder fue por ver que un minuto después se habría quedado

solo; los supervivientes ya se lanzaban pendiente abajo, dejando atrás mil quinientos muertos y heridos que minutos después serían mil quinientos muertos a secas. La 1.^a Brigada también había tenido lo suyo, comenzando por el ensartado Du Plat. Sus cuatro batallones contarían por uno solo, aunque casi todos sus heridos lo podrían contar. Era, esa, la gran ventaja de la defensa frente al ataque.

L'Empereur se había perdido la función, y no por la neblina que ocultaba el escenario. Sabía por La Bédoyère que su bandera ya gualdrapeaba en La Haie Sainte, pero no se alegraba. Su atención seguía en el flanco derecho, donde la presión del IV Armeekorps era excesiva para su VI Corps d'Armée. Habían cedido mucho terreno, al punto que se luchaba en las calles de Plancenoit, una vez la infantería prusiana tomase la iglesia. Los impactos de su artillería contra los muros de piedra, por si fuera poco, casi no le dejaban hablar con su gente; a eso se debía que Soult insistiera en dejar La Belle Alliance, aunque no para volver a Rosomme, pues también lo ahorquillaban. La técnica de los artilleros prusianos, disparar tres piezas a la vez con mínimas diferencias de alza, les permitía centrar con rapidez el tiro a larga distancia. En deriva no lo hacían tan bien, pero en alcance l'Empereur reconocía que aquella práctica, que según creía se llamaba *gabelgruppe*,^[193] resultaba por demás incómoda para quien la sufría, como por entonces era él. Según Soult, tenía un tercio menos de *aides-de-camp*, mensajeros y ordenanzas que hacía media hora, y las perspectivas eran de ir a peor. A regañadientes aceptó marchar, ante la evidencia de que cualquier proyectil bien apuntado les sepultaría bajo un muro, pero no sin antes ordenar se destacasen dos batallones de la Vieille Garde —uno de *chasseurs-à-pied* y otro de *grenadiers-à-pied*; en total, mil hombres— bajo el mando del general Pelet-Clozeau. Se sumarían a los ocho de la Jaune Garde (cuatro mil y veinticuatro cañones), al mando de Duhesme, que había despachado al mismo sitio cuando Ney iniciaba su marcha sobre La Haie Sainte. Con eso debería bastar para contener a los prusianos otro par de horas, si no llegaban más. Temía que así fuera porque Mouton había detectado unidades no identificadas llegando por el Sur y por el Este. Aquello sólo podía indicar que otro *armeeekorps* estaba uniéndose a Bülow. Fuera como fuese, le daría igual si Mouton, Duhesme y Pelet-Clozeau se sostuvieran las dos horas que necesitaba para quebrar la resistencia de un Wellington que ya debía estar tan exhausto como él.

18.30 h.

Desde su puesto de mando al norte de Plancenoit, Blücher y Gneisenau observaban la toma del pueblo, que a todas luces no iba bien. Los regimientos que más progresaron en el avance hacia la carretera Bruselas-Charleroi, el 15.^o de Infantería y el Landwehr Schlesien, estaban acorralados entre la iglesia y el

cementerio por los recién llegados *grenadiers-à-pied* de la Jeune Garde. Pese a los esfuerzos de sus oficiales no conseguían salir de allí, lo cual empeoró al llegar lo que parecían *grenadiers-à-pied* de la Vieille Garde, inconfundibles por sus morriones de piel de oso. Blücher, con horror, veía cómo aquellos asesinos forzaban a capitular a los reclutas *landwehr* parapetados entre las tumbas, para tras eso liquidarlos sin piedad, unos a tiros, otros a bayonetazos, los más degollados. Las lápidas quedaron teñidas de infeliz sangre prusiana, mientras que los encantados bárbaros, satisfechos con su hazaña, cedían la posición a la Jeune Garde. Aquello era demasiado para el Generalfeldmarschall, que sin dirigirse a ningún oficial en particular ordenó en voz muy alta que de inmediato se convocase a Zieten, para que sumase su *armeekorps* al IV, se tomase Plancenoy y se cazase a los criminales de los morriones negros. Quería sus cabezas y le daba igual el precio que debiera pagar.

El Major Scharnhorst ni siquiera consultó a Grolman con la mirada, pese a tenerle al lado. Subió de un salto a su caballo y se alejó hacia Ohain, donde poco antes había oído que Zieten llegaría de un momento a otro. Era un buen oficial, aunque de miras más estrechas que las de su difunto padre. La traición de Wellington al abandonarles en Ligny merecía una recompensa proporcional, y privarle del I Armeekorps sería lo menos que le podrían hacer, de modo que no sentía la menor congoja por ser él quien transmitiera la fatídica orden; debía ser incapaz, pensaba el aterrado Grolman, de imaginar que aquella insensatez terminaría costando no ya la batalla, sino el Niederrheinarmee.

Grolman y Gneisenau se miraban con pesadumbre, aunque tan disciplinados como siempre. No entraba en su naturaleza discutir las órdenes de un superior, y menos aún oponerse, por mucho que la consecuencia de aquella locura sería que Wellington levantaría el campo y les dejaría solos frente a Bonaparte con Grouchy avanzando por su espalda. Podría ser incluso el fin de Prusia, pero con aquel viejo alcoholizado al mando nada podían hacer. En todo caso, rezar.

18.45 h.

Zieten, al frente de la 1.^a Brigada, varios regimientos de la 2.^a y las baterías 3.^a y 8.^a, tomaba posiciones en Ohain tras una dura marcha desde Genval, pues hacer rodar sus piezas de doce libras era poco menos que imposible; pretendía desplegar las dos baterías y avanzar hacia Papelotte, pero el panorama, muy sombrío, le hacía reconsiderar sus planes. No necesitaba el catalejo para ver que la infantería francesa cargaba en la misma Papelotte contra los *hanoverians*, quienes no parecían determinados a resistir mucho más. Su falta de ardor quizá se debiese a que por su derecha se retiraban cantidades ingentes de camaradas, no podía determinar si alemanes, holandeses o ingleses, aunque le parecía que las casacas más numerosas eran las verdes. Lanzarse a reforzar un ejército casi en desbandada era contrario a los

más elementales principios tácticos, pues la huida entraña confusión, la confusión genera desorden, el desorden equivale a indisciplina y ésta sólo es buena para perder. Reiche, también dubitativo, no recomendaba nada; como él, miraba y remiraba con el catalejo, hasta divisar algo aún más de asustar: en el límite norte de la posición británica, donde la carretera se adentraba en el bosque de Soignies, numerosos carros competían entre sí por ser los primeros en desaparecer. Al tiempo, el ataque francés, reforzado con caballería y artillería montada, parecía cerca de romper la por momentos más débil ala izquierda. Era para preguntarse si no sería más prudente cambiar de objetivo y sumar sus fuerzas a las de Bülow, al que sabían enfangado en Plancenoit. La respuesta llegó por el camino del Lasne, de donde surgía un presuroso Major Scharnhorst. En un minuto le tuvieron con ellos, para escuchar sus órdenes verbales: dirigirse a Plancenoit, donde la Garde Impériale y el VI Corps d'Armée parecían a punto de masacrar al IV Armeekorps. Tras aquello, y pese a que la orden era verbal, Zieten no tenía opción: por mucho que las de Gneisenau —se las dio en persona— eran reforzar a Wellington cuando le viera en auténtico peligro, contra lo que veía y lo que decía Scharnhorst no había más alternativa que señalar el sur y dar orden de marcha.

Las dudas de Zieten se reflejaban en los catalejos de Wellington y Álava. «¿Pero qué pasa con ese imbécil?», se preguntaba el primero, y no de pensamiento. Lo del otro aún era peor, respondía el segundo señalando un punto entre su posición y la de Zieten; allí estaba Müffling, sin visibilidad sobre Ohain y por las trazas aguardando la llegada del I Armeekorps. Álava, que no necesitaba recibir instrucciones, indicó que dejaba la posición y hacía por Müffling. La distancia era de media milla, o un poco más si se desviaba por el interior, no sólo para esquivar las balas de cañón, sino para no galopar sobre cadáveres, sobre los cuales suele ser fácil salir por las orejas. Dos minutos después se juntaba con Müffling, que no le había visto llegar, ni oído —el ruido era infernal, y además era «un pelín sorderas», como decía Miniussir con irrespetuoso desenfado—, para cogerle de las solapas a dos manos e impelerle, a gritos —a la hora de dar voces, Álava no lo hacía como los ingleses ni como los prusianos; su escuela era la española, y no la vulgar, la de cualquier sargento furioso, sino la de hacerse oír en el fragor de Trafalgar desde la cofa del *Príncipe de Asturias*—, a que se llegase junto a Zieten y le recordase la promesa del Fürst Blücher. A eso añadió, sin soltar la casaca del atónito prusiano —jamás habría imaginado que Don Miguel, imagen misma de la suavidad, fuese capaz de ponerse tan como un energúmeno—, que Zieten tenía que saber que con su actitud estaba llevando a Wellington a ceder la batalla y retirarse a Halle, dejando al puto Niederrheinarmee a los pies de Bonaparte, y que si él, Müffling, no tenía suficientes cojones para decírselo, él estaba dispuesto.

—Descuide, general, pero lo haré yo. Ha de ser un asunto entre prusianos.

Zieten levantaba la mano para virar a Plancenoit cuando vio llegar a Müffling. Zieten le despreciaba, pero no podía ignorar lo que gritaba. De ahí que mantuviera el brazo alzado, en una congelada señal de «por ahí», como si fuera una estatua de sal en azul prusia. Scharnhorst, viendo que aquello tomaba mal cariz —no deseaba verse a sí mismo explicando al iracundo Generalfeldmarschall que no logró convencer a Zieten; los sajones borrachos de Borstell sólo eran los últimos de los muchos cientos de infelices que Blücher había hecho fusilar a lo largo de su interesante vida de sangre, fuego y disciplina—, volvió a insistir en las órdenes del Fürst, lo que pareció devolver al brazo de Zieten una cierta vida, como si quisiera girar, pero Müffling lo detuvo al despeñar lo que dos minutos antes le dijese Álava, reforzándolo con que sería Zieten el responsable de perder el Niederrheinarmee por desobedecer una orden recibida en persona, y sólo porque un simple *major* —al que no le gustaba nada lo que oía— decía traer, contra los usos oficiales del Königlich Preußische Armee, una orden verbal que igual no había entendido.

Las palabras de Müffling tuvieron la virtud de componer en la mente del nada imaginativo Zieten la visión de sí mismo frente a un pelotón de fusilamiento, de modo que ya no dudó más. A fuerza de rodillas hizo girar su montura para enfilarla en la dirección de Papelotte, acabó de alzar la mano, señaló allí precisamente y exclamó una sola palabra, pero muy fuerte:

—*Vorwärts!*

19.00 h.

El Emperador estaba lívido. Ney regresaba descalabrado, la toma de La Haie Sainte seguía sin determinar que se hundiera la línea de Wellington, la carga contra Papelotte no daba resultado, la presión sobre Plancenoit le hacía sacrificar recursos valiosísimos y en cosa de una hora llegaría otro *armeekorps*. Si tenía que vencer debía ser entonces, y para conseguirlo no le quedaba otra que lanzar contra Wellington lo que aún le quedaba, sin guardar nada. Sería el último tiro, aunque serviría para vencer. Si al fin hundía el centro inglés, la situación cambiaría en un abrir y cerrar de ojos. Ney, frente a él, esperaba. Con muy pocas palabras le ordenó formar tres columnas, con él, Ney, a la cabeza de la central; la integrarían los últimos quince batallones de la Vieille Garde, siete de *grenadiers-à-pied* al mando de Fryant y Roget, y ocho de *chasseurs-à-pied* a las órdenes de Moran y Michel. Sus últimos doce mil hombres; no eran muchos pero eran los mejores, incomparablemente superiores a cualquier cosa que Wellington conservara. Escoltándoles, los restos de los otrora imponentes regimientos de Guyot y Lefebvre-Desnoëttes, que aunque diezmados aún sumaban mil jinetes. Con aquello Ney no podía volver a fallar. Quizá no fuera mucho, pero a Wellington tampoco le podía quedar más. Ney asentía. La Vieille Garde jamás había fallado. Esa vez tampoco sucedería, pero no acababa de

creérselo. Aunque no se daba cuenta, él también había tenido demasiado.

La columna de Ney avanzaría contra el centro de Wellington. Por la derecha, los restos del II con Reille al frente, más la caballería de Kellermann. Por agotados que se hallasen, aún eran seis mil soldados excelentes. Con La Haie Sainte fuera de combate no podrían fallar frente al ala izquierda de Wellington. Su misión sería romperla por Papelotte y cerrar filas con Ney más allá de la línea, cercando a los batallones holandeses y hannoverianos que defendían el sector, con instrucciones precisas de pasarlos a cuchillo. Dada la inminencia de un ataque prusiano, sería ilógico sacrificar un quinto de las pocas fuerzas que le quedaban en contener una masa de muchos miles de prisioneros. No sentía escrúpulos en razonar así; después de todo fueron los ingleses los que hicieron eso mismo cuatro siglos antes. Ney asintió de nuevo; sería como en Agincourt, aunque al revés: ahora serían los franceses quienes degollarían a los ingleses. En ese momento, llevado de la hiperexcitación, no le parecía mala idea. Reille no pensaba lo mismo; degollar prisioneros era una práctica desaconsejable, pero se veía incapaz de oponerse a las desesperadas medidas que tomaba l'Empereur.

La columna de la izquierda, con Durutte al frente, la integrarían los despojos del I y los supervivientes de las divisiones de caballería 1.^a, 13.^a y 14.^a, así como las pocas unidades de artillería montada que aún existían. El objetivo sería Hougoumont. No pensaba que lograsen capturarlo, pero sus defensores, al menos, se desentenderían de Ney. La suma de las tres columnas pasaba de veintidós mil hombres, la mitad frescos. Avanzarían en un frente de quinientos metros, separadas entre sí por espacios de ciento cincuenta. Sería la clase de Gran Ocasión que la historia solamente ofrece a unos pocos elegidos, como Ney, Reille y Durutte, en cuyas manos el Emperador encomendaba el destino de Francia. Lo único que le quedaba por decir antes de darles la orden de marchar, era que no debían, no podían, fallar.

19.15 h.

El séquito de Wellington se veía muy mermado. Sólo quedaban Álava, Percy, Fremantle y March. Tras ellos, docena y media de ADC, unos de Lord Fitz-Roy y otros de Sir William. Miniussir no estaba; Wellington le había enviado a tomar el mando de lo poco que aún quedaba de los *brunswickers*, pues habían perdido todos sus oficiales y no contaba con nadie, salvo él, capaz de mandar en alemán. A la batalla no podía quedarle mucho, pensaban. El fuego de la *grande batterie* se había detenido, aunque no parecía que por falta de munición. La razón debía tener que ver con la rápida reorganización de batallones y regimientos que observaban con sus catalejos a través de la neblina.

—Boney piensa tirarnos a la cabeza todo lo que le queda.

Wellington asintió. Cualquiera con un catalejo advertiría desde donde creía él que

se hallaba Bonaparte que otra masa de uniformes oscuros rebasaba Chapelle-Saint-Lambert, y que la de más al norte, la de Ohain, se agrandaba por momentos, acercándose a muy buena velocidad. En media hora otros veinte mil prusianos, de los *armeekorps* I y II, se unirían a los treinta mil del IV. Bonaparte se vería dividido frente a cien mil hombres con los cincuenta y cinco mil que aún debían de quedarle. Debería elegir entre sus dos últimas opciones: lanzarle sus últimas reservas o retirarse a Charleroi. Una hora después no tendría ninguna de las dos, y a juzgar por la forma que iba tomando su línea no pensaba desistir. La batalla, hiciese lo que hiciera, estaba ganada, o casi. Se trataba de conservar la cabeza fría, no dejarse llevar por los impulsos, maniobrar con orden y dar tiempo a que los prusianos acabaran de llegar.

—Álava, que Chassé ocupe posiciones ahí enfrente —señalaba el extremo más al oeste de una media luna formada por la 1.^a Brigada de Infantería y las once baterías de nueve libras que aún le quedaban; el resto estaba fuera de combate, bien por acción de los franceses, bien porque no quedaban artilleros o bien por falta de munición—; Fremantle, recorra las posiciones y haga saber que los prusianos ya llegan, pero que aún debemos resistir una última carga. Que la gente se reaprovisione de munición, la que aún les quede. Nos espera una última hora interesante.

David-Hendrik Chassé, un antipático general holandés que había pasado diez años luchando para la Grande Armée y del que Wellington no se había fiado en ningún momento —en la Península se habían visto las caras más de una vez; la de aquel Barón d'Empire siempre le pareció la de un tipo absolutamente devoto de Bonaparte—, mandaba la 3.^a División de Infantería, una unidad de seis mil quinientos hombres compuesta de dos brigadas —la 3.^a y la 4.^a, mandadas respectivamente por el general D'Aubrême y el coronel Detmers, exactamente igual de sospechosos—, no podía estar más fresca, pues llevaba todo el día sin hacer nada, salvo permanecer a cubierto en el extremo más occidental de la línea, tras el caserío de Brainel'Alleud. Wellington lo había decidido así por no confiar ni en Chassé, ni en sus oficiales, ni en los subalternos ni en los propios soldados, de modo que sólo la usaría de no haber más remedio, justamente lo que sucedía entonces. Era un riesgo, pero calculaba que su probable ánimo de cambiar de bando habría disminuido con el paso de las horas, a medida que hubieran visto que los prusianos estaban ahí mismo, visibles incluso sin catalejo, y que las otras unidades holandesas permanecían firmes en sus puestos, sufriendo tantas bajas como las británicas y las alemanas, sin descomponerse y sin desfallecer. Considerando todo eso, era probable que Chassé terminara colocando sus apuestas al caballo ganador, por mucho que sus tripas le pidieran lo contrario.

El arma definitiva de Bonaparte rompía marcha. Pese a la deficiente visibilidad, era evidente que los *grenadiers-à-pied*, los merecidamente aborrecidos *grognards*, encabezaban la columna central, empuñando sus mosquetes y avanzando al *Pass de Charge de les Grenadiers* —a los mil doscientos metros que les separaban de la

terrorífica formación, ni Wellington ni ninguno de los suyos, todos ellos con los oídos muy castigados tras siete horas y media de bombardeo, podían oír qué tocaban las bandas francesas, pero intuían que no podía ser otra cosa—; con un minuto de diferencia, otras dos columnas, éstas de infantería de línea, se lanzaban a lo mismo, cubriendo entre las tres un frente de quinientos metros que venía derecho adonde les observaban ellos, en el extremo este del semicírculo que comenzaba en Hougoumont, bordeaba Braine-l'Alleud y giraba sobre un centro imaginario para terminar en el también castigado árbol bajo el que piafaban con explicable nerviosismo los caballos de todos ellos, salvo el indiferente *Copenhagen*, que parecía tan esculpido en piedra como su jinete.

—Dan sesenta pasos por minuto. En cuanto empiecen a pisar cadáveres bajarán a dos tercios. Les tendremos a veinticinco metros en poco más de un cuarto de hora.

Las cuentas de Álava eran las mismas que había echado Wellington. Pocas cosas sincronizan más las mentes que la inminencia de un combate a muerte, a quemarropa y a la bayoneta.

—Que Maitland se prepare. Sus guardias serán los que decidan esto. ¿Por dónde va Zieten? —His Grace había vuelto su catalejo hacia Papelotte—. No le veo. ¿Le habrán entrado más dudas?

—Mire un poco más arriba, Your Grace. Al fondo y a la derecha. Álava señalaba un anfiteatro entre Papelotte y Fichtermont donde se desplegarían docenas de cañones en intención de tiro rasante. A su izquierda, cientos de jinetes en uniforme oscuro parecían listos para lanzarse pendiente abajo, al amparo de su artillería. Zieten, por las trazas, aguardaba el mejor momento para lanzarse sobre la columna más cercana, la que marchaba sobre Papelotte.

—Les harán pedazos. Por donde avanzan no les pueden ver —era probable; al sur de la posición de Zieten se alzaban las estribaciones occidentales del bosque de París; los franceses de más al este sólo les verían cuando se les echaran encima—. Deben de tenerles muchísimas ganas, Your Grace.

El duque y sus ya pocos acompañantes asentían en ceñudo gesto de aprobación a lo que decía el general Álava. Wellington, en particular, por una vez no razonaba en términos estratégicos, en que a partir del día siguiente competiría con sus aliados por llegar el primero a París. En esos momentos era un simple general agradecido al aliado leal que le permitía, o así debía suceder, volcarse sobre sólo dos tercios de un enemigo todavía ignorante de que para él no había esperanza.

19.30 h.

El Emperador no tenía el alma para esteticismos, de modo que no disfrutaba el espectáculo que Ney le regalaba. Las columnas —muy airosa la central, un tanto descangalladas las otras dos; en cuanto a la caballería, organizada en dos largas filas

aún más exteriores, sus cabizbajos jinetes sugerían que habían vivido tiempos mejores— marchaban a buen paso mientras sobre sus cabezas silbaban los proyectiles de doce libras que la *grande batterie* disparaba con un alza de 400, la necesaria para que las columnas llegaran a trescientos metros de las posiciones británicas sin riesgo de ser despedazadas por fuego amigo y la justa para que los proyectiles no acabaran en el bosque de Soignies. Los artilleros de la Garde Impériale se tenían a sí mismos por los mejores del mundo, pero la evidencia demostraba que la suerte de centrar el tiro en alcance no era la que mejor dominaban; de ahí venía que, pese a las docenas de miles de cañonazos que habían pegado aquel día, casi todas las piezas enemigas, sus objetivos prioritarios naturales, aún seguían en condiciones de tirar. Los *grogards* estaban a mitad de camino, de modo que aún no les caían encima las fastidiosas *shrapnel*. Su silbido era muy característico, porque su perfil se apartaba de la redondez de las bolas macizas; a eso se debía que cuando los infantes las oían llegar echaban cuerpo a tierra de un modo no ya instintivo, sino incontenible. Más de un oficial flemático y valeroso habían visto quedarse sin cabeza, sin piernas o sin huevos, según les increpaba por su vituperable cobardía. También era verdad que, pese a todo, las *shrapnel* resultaban preferibles a las *canisters* con que los artilleros ingleses les asesinaban a quemarropa, pero cuando llegaba ese momento ya cargaban vociferando, de modo que rara vez debían hacer frente a más de dos andanadas. Por el momento tenían bastante con esquivar los cientos y cientos de cadáveres atravesados en su camino, los más de soldados como ellos, casi todos despedazados—cruzaban el área donde las bajas se debían a fuego de artillería; también las había por cargas de caballería, pero ésas solían estar menos desmembradas—, aunque los caballos muertos no escaseaban; tampoco lo hacían los que tuvieron la suerte de quedarse sin jinete; la mayoría de los que perdían el suyo solían ser recuperados entre carga y carga, pues a l'Armée du Nord no le sobraban las monturas, pero una buena parte se mostraba insumisa y nada deseosa de que le volvieran a poner un idiota encima. Como pasaba con los infantes, también ellos habían tenido demasiado.

L'Empereur se repartía entre observar a sus columnas y vigilar Plancenoit. Quedaban dos horas de luz; bastaría con una para romper la línea inglesa, empujarla contra el bosque y volverse contra Blücher. Wellington estaba tan sin reservas como él; no podría resistir aquella carga final, pero el rugido de los *nine pounders* le sacó de su ensimismamiento. Las columnas de Ney se hallaban a quinientos metros del risco, la distancia ideal para las inmorales granadas *shrapnel*, tan en absoluto caballerescas que sólo un caballero inglés las habría podido inventar. Al tiempo, la caballería británica, que seguía negándose a desaparecer, se lanzaba contra la suya en el flanco izquierdo. No necesitaba preguntarse la razón de que desguarnecieran el derecho: por ahí aparecerían los otros prusianos, los que las patrullas de Lobau decían haber visto en Ohain. No tardarían en aparecer. Quizá media hora. Debería inyectar

un punto suplementario de moral en sus exangües fuerzas, sobre todo en la columna derecha, la que marchaba sobre Papelotte. En la batalla la moral lo es todo, lo había dicho mil veces. Debía subir la de aquellos seis mil desgraciados, aunque para ello debiera recurrir a la medida más desesperada, similar a la de arrojar aceite por las amuras de un navío a punto de zozobrar en la bocana de un puerto. Con los dados arrojados sobre la mesa tanto daba una última mentira.

—¡La Bédoyère! Recorra el flanco derecho gritando que ya llega Grouchy, que la gente que sin duda ven a su derecha es la vanguardia de Vandamme. Dese prisa, que casi no hay tiempo.

Charles-Angélique Huchet, Comte de La Bédoyère, tenía veintinueve años, un patrimonio respetable, una mujer joven, hermosa y riquísima que le adoraba, y un primer hijo recién nacido. Lo que no tenía era sentido crítico, ni veía bien de lejos. A eso se debió que vinculase su destino al de l'Empereur. Hasta entonces no había puesto en duda su decisión, pero ahí, mientras clavaba espuelas, no pudo evitar el preguntarse si no se habría confundido al apostar todo al caballo Bonaparte.

19.45 h.

La columna del oeste había llegado a Hougomont, que seguía bajo el fuego de los morteros de asedio. La caballería de Uxbridge la hostigaba, los *chasseurs-à-cheval* y los *grenadiers-à-cheval* la defendían, y todos ellos, sumados a los setecientos u ochocientos guardias que defendían el *château*, se volvían a enzarzar en su batalla particular. Wellington y sus ADC se habían desentendido. Su atención se concentraba en la columna central, por entonces a cien metros y avanzando a buen paso, saltando sobre cadáveres e indiferente al fuego de los cañones británicos, que no era tan denso como en las cargas anteriores. Quizás eso animase a los ceñudos *grogards*, por entender que al enemigo no podían quedarle muchas piezas, ni tampoco artilleros, pólvora o munición; era verdad, aunque sólo en parte; lo que más incidía en el menor volumen de fuego era que la mitad de los *nine pounders* se habían retirado al flanco izquierdo de la posición central, abriendo un hueco de unos doscientos metros de amplitud por donde penetraría la Vieille Garde si aceptaba la invitación. Una vez allí sería bien recibida; en su flanco derecho, por el fuego concentrado de once baterías de nueve libras disparando botes de metralla; en el izquierdo, los infantes de Chassé formaban una larga fila de tres en fondo, listos para disparar; al frente, la 1.ª Brigada de Infantería británica (batallones 2.º y 3.º del 1.º Regiment of Foot Guards), esperaban agazapados en el centeno y en una cuádruple hilera; la mandaba el apuesto Sir Peregrine Mitland y estaba muy descansada porque apenas había entrado en fuego, gracias a lo cual aún conservaba sus mil novecientos cincuenta y tres hombres y sus setenta y siete oficiales. Sus batallones equipaban los a esa distancia mortíferos Brown Bess; un infante bien entrenado, y los del 1.º Regiment lo estaban, realizaba dos disparos por minuto. Según la disciplina de fuego

británica, las dos primeras hileras se incorporarían a la voz de mando, la primera con la rodilla derecha en tierra y la segunda en pie; tras eso apuntarían y dispararían; en el acto volverían a la posición de partida, para recargar, mientras las dos siguientes repetirían el ciclo, lo que supondría una masa de fuego concentrado en el frente de la columna de cuatro mil balas cada sesenta segundos. A una distancia de entre treinta y cuarenta metros, y siendo el Brown Bess muy preciso en distancias inferiores a cincuenta, el porvenir de la Vieille Garde parecía oscuro, y más considerando lo que aguardaba por los flancos. A eso se debía que Wellington siguiera tan tranquilo como siempre, apreciando con deportividad la valentía con que los *grenadiers-à-pied* ganaban la cresta; los pobres diablos no tenían idea de que sólo les faltaban dos minutos para llegar al punto donde las piezas de nueve libras comenzarían a escupir metralla. Un tiempo suficiente para que Wellington volviese su catalejo algo más allá de Papelotte, donde señalaba el general Álava. Lo que veía le gustaba: una masa de jinetes en uniformes negros bajando la pendiente de Oahin a galope tendido, al tiempo que las piezas del I Armeekorps abrían fuego contra la columna francesa, la cual se detenía en seco. Los jinetes cargaban contra los infantes a una velocidad que no debía bajar de cincuenta kilómetros por hora, de modo que los hendirían en cuestión de segundos. Les salían al encuentro unas docenas de jinetes franceses, pero sin convicción, porque los prusianos eran muchos más. De ahí que con escasa oposición cayeran sobre la columna lanza en ristre —a esa distancia ya los podía identificar: eran los mismos lanceros con una calavera en el chacó que dos meses y pico antes le dieran escolta entre Köln y la frontera holandesa—, la traspasaran de lado a lado llevándose docenas de infantes por delante, alanceados como si fueran toros en una tienta española, para volver grupas y cargar por el otro lado. Al tiempo llegaban los húsares y los dragones, y las primeras unidades de una infantería que venía corriendo, y seguramente aullando. Para los desprevenidos infantes franceses, que debían de estar locos por no haberse detenido a formar cuadros, la llegada de aquellas fieras de negro debió ser mucho más de lo que aún eran capaces de soportar, pues pese a que no habrían pasado más de dos minutos les veía romper la formación y echar a correr hacia el sur, algunos arrojando sus armas para ir más ligeros y que no les alcanzasen los siniestros lanceros negros.



El arma definitiva de Napoleón la Vieille Garde cargando contra los Foot Guards

—Es asombroso. Se han venido abajo en menos de dos minutos...

Álava le interrumpió: no eran los únicos pendientes de la masacre. Los *grognards* de la columna central parecían más pendientes de lo que veían a su derecha que del inminente combate contra los ingleses. Ver entrar y salir a los *ulhans noirs* de las filas de sus camaradas del II y ver a éstos caer alanceados mientras los demás echaban a correr, aullando «Les Prussiens! Nous sommes trahis! Sauve qui peut!»^[194] quizá les preocupase. A eso se debía que sus oficiales gritasen a su vez «Vive l'Empereur! En avant!», pero justo en ese instante las piezas de nueve libras se dejaron oír, seguidas de la estruendosa infantería de Chassé. Los guardias de Sir Peregrine, sin embargo, no se unían a la fiesta, lo que quizás irritase a Wellington, pues con un golpe de fusta puso al galope a *Copenhagen*, ganando en un minuto la posición de la 1.^a Brigada para espetar un estentóreo «Now, Maitland! It's your time!».^[195]

La primera fila de *grenadiers-à-pied* la formaban los *grognards* más veteranos, condecorados —ni uno solo dejaba de mostrar su bien ganada Légion d'Honneur— e imperturbables de la Vieille Garde. Un minuto después, tras haberse repartido cerca de cuatro mil proyectiles de 18 mm, no sólo ninguno estaba en pie, sino que presentaban muy mal aspecto. A no pocos de quienes les seguían les ocurría lo

mismo, pero aun así no se arredaban; antes bien, hacían fuego rodilla en tierra, cargando y disparando a un ritmo superior al de los *guards* —los mosquetes Charleville 1777 podían cargarse a un ritmo de tres veces por minuto—, relevándose unos con otros y desplegándose de forma que también los *guards* comenzaban a caer. Si bien la distancia de fuego era mortífera para las dos partes, las balas francesas causaban mayores estragos que las británicas, pero la concentración de fuego de los *guards*, que cruzaban la T de la columna enemiga, descarga tras descarga diezmaba las muy disciplinadas filas de *grenadiers-à-pied*, hasta llegar un momento en que una voz más alta que las demás gritó con gran fuerza «Sauve qui peut!», con el resultado de que la Vieille Garde, sin dejar de hacer fuego, comenzó a recular sin empujar a nadie, pues quienes hasta entonces les seguían ya corrían pendiente abajo.

«La Garde recule!» era el grito que se alzaba en la columna del oeste, la empeñada en un combate sin futuro contra los defensores de Hougoumont y que ya sentía una imperiosa tentación de hacer lo que las otras. Durutte no se dejó impresionar, dentro de que ya veía la batalla perdida y que ordenar seguir allí sólo le valdría para llevarse un tiro, quizá del 17,5, de modo que ordenó retirarse, pero con orden. Sus hombres sabían que no mandaba tonterías, de modo que iniciaron la retirada sin que los *guards* de los coroneles Frazer y MacDonnell intentaran impedirselo. Así, el I Corps d'Armée inició a muy buen paso el camino de regreso, para ser pronto acompañado por la Vieille Garde, que un tanto avergonzada intentaba recobrar la compostura. Lo que no tenía solución era lo del II. Sus hombres volaban más que corrían, alanceados sin compasión por los ulanos de un Major Bürsche aún muy lejos de saciar su inmensa sed de sangre. Sus cuentas pendientes con los soldados franceses no se remontaban al asunto de Ligny; jinetes voluntarios todos ellos, habían padecido siete años de ocupación y uno de *befreiungskriege* donde su destino, de ser capturados, era ser colgados como perros. Los jinetes del Freikorps Lützow llevaban su furia mucho más lejos que los de cualquier regimiento de caballería, tanto que nadie que les conociera podría pensar de la calavera que adornaba sus chacós que la lucían por coquetería, para impresionar a las jovencitas. Los ulanos *totenkopf* ^[196] señalaban con ella qué podían esperar quienes les hicieran frente; no era un símbolo de duelo por la patria perdida —el caso de los *brunswickers*— ni un distintivo aristocrático —el de los húsares de la guardia real—, y aunque habían demostrado infinidad de veces por qué aquel era el símbolo del Freikorps Lützow, ésa era la primera que podían hacerlo como 6.º Ulanenregiment. No pensaban desaprovechar la ocasión, y el Major Bürsche, bellísimo ángel de la Parca, el que menos de todos ellos.



Ludwig-Adolph von Lützow mandaba los 'ulanos negros'; en su opinión, Blücher era un viejo chocho, lunático, alcoholizado y enloquecido

A Wellington le preocupaba que los ulanos negros arrastrasen a los húsares y a los dragones, y éstos a Zieten. El vértigo de la Victoria se hacía con ellos, y eso no le gustaba nada. Lo último que aceptaría sería que Blücher se apropiara de aquélla, de modo que dedicó unos momentos a establecer un balance de situación. Era posible que Bonaparte se sacara de la manga reservas insospechadas, le pillara fuera de su fortísima posición e invirtiera los términos, y también lo era que Grouchy se materializase ahí en medio por alguna suerte de milagro, pero el riesgo de que Blücher se apropiara de Su Victoria le preocupaba mucho más, de modo que se alzó sobre los estribos a fin de ser visto, se sacó el bicornio, lo agitó tres veces de atrás adelante —orden de ataque general—, volvió a sentarse y, contestando a la pregunta

sin palabras de Álava, masculló:

—*In for a penny, in for a pound!*^[197]

Su QMG asintió, sonriente. Tras eso, los encantados caballeros emprendieron el camino del sur, acompañados de cuarenta mil hombres más, tan alegres como ellos.

20.00 h.

La 5.^a Brigada de Infantería y la 2.^a de Caballería del II Armeekorps se acababan de incorporar. Gneisenau las puso a las órdenes de Bülow, toda vez que las demás brigadas del II, y el propio Pirch I, no llegarían a tiempo de contribuir a que todo terminase. Zieten le había hecho llegar un mensajero dando cuenta de haber destruido una columna francesa que atacaba Papelotte, y que otras dos, que se dirigían contra el centro de Wellington, al verles llegar dieron media vuelta para retirarse sin orden. Aquello significaba que Bonaparte perdía la batalla, pero si lograba reorganizarse y llegar a Maubeuge, Philippeville o Avesnes-sur-Helpe sería de nuevo un peligro. La guerra se transformaría en otra extenuante campaña de movimientos, y no tenía la menor gana de volver a pasar por ello. Para impedirlo tenía que aplastar a Lobau, empeñado en defender Plancenoit. No había tiempo que perder, de modo que dio un par de órdenes al impasible Bülow, que no las necesitaba porque veía la situación tan clara como él: lanzar la recién llegada 5.^a Brigada contra el centro de Lobau mostrando muy en alto sus banderas negras, lo que significaba *Keine Gefangenen*.

^[198] Los franceses más veteranos conocían su significado, pero por si alguno lo ignoraba deberían fusilar sin contemplaciones a todo el que apresaran, a la vista de los demás, para que tuvieran claro qué futuro les aguardaba y procedieran con acuerdo al mejor sentido común. Era una pena no poder complementar las banderas negras con algún toque de trompeta identificable por el enemigo. Los españoles lo hacían mejor, dejaba caer un Grolman exultante: cada vez que sus trompetas se arrancaban con su primoroso «toque de degüello», los gabachos se lo hacían encima, y con toda la razón. Bülow, un gran músico, no escuchaba. Estaba dictando las órdenes que lanzarían a sus cuarenta mil hombres en impecable azul Prusia^[199] contra las posiciones de un Lobau al que no quedarían más de seis mil.

—Bülow, en media hora quiero estar allí —Blücher, que llevaba un buen rato en ominoso silencio, desde que supiera por el quejumbroso Scharnhorst que Zieten no le había hecho el menor caso, señalaba la humeante Belle Alliance—. Antes que Wellington, ¿entendido?

El Graf Bülow se llevó la mano al bicornio. Por él y por su IV Armeekorps no quedaría.

20.15 h.

Wellington marchaba por la carretera de Charleroi. Junto a él, Uxbridge; le seguían Álava, Müffling, Miniussir —relevado por el renqueante Major Holstein, jefe del 1.º Batallón de Infantería Ligera de las casi destruidas fuerzas del Herzog Braunschweig-Wolfenbüttel—, Percy, Fremantle, Broke y unos pocos ADC de Sir William, de Lord Fitz-Roy y del propio Uxbridge. No eran un grupo alegre, pese a la victoria. El rojizo atardecer, un tanto alegrado gracias a que las nubes de humo se disipaban —salvo las baterías de artillería montada ningún cañón disparaba, los británicos porque su infantería ocupaba casi todo el campo y los franceses porque no quedaban demasiados; sus artilleros habían conservado la suficiente serenidad para enganchar los arzones a los colosales percherones y emprender el regreso a Charleroi—, ofrecía una visión que para nada estimulaba el buen humor: miles y miles de cuerpos, hombres y caballos, apartados de cualquier modo a los lados de la calzada o retorcidos en posturas imposibles en los desmochados campos de centeno, algunos aullando de dolor y los más guardando un silencio funerario que casi se agradecía. Un hedor, también, que sólo se podía definir como espantoso, mezcla de pólvora quemada, estiércol, sangre, orina y mierda, la que brotaba de los intestinos abiertos de bestias y de hombres, al que ya se unían los aromas de la putrefacción, pues aquel domingo que comenzó fresco se había caldeado hasta la exageración, y los muertos más antiguos llevaban allí, en la carretera de Charleroi, más de siete horas.

La comitiva ducal adelantaba una unidad tras otra; en aquel momento, al 95.º de Infantería. Sus soldados, en su mayoría veteranos de la Península, blandían sus rifles Baker^[200] al paso de Wellington, en señal de reconocimiento, alegría y respeto, pero salvo algún novato despistado no le vitoreaban; sabían de sobra que al Old Attie esas cosas nunca le gustaron, ni siquiera el glorioso día de Vitoria.

—¿Sabe, Álava? Esta gente, definitivamente, no sabe retirarse. Hacen lo mismo que Gazan.

Ni Uxbridge, que cabalgaba junto a Wellington, ni Müffling, que lo hacía con Álava, entendían qué pretendía His Grace al girar sobre su silla y decir aquello al que de un modo indisimulado se comportaba como su QMG, así que Álava, deseoso de limar cualquier resquemor que le quedase a Müffling tras el agarrón de solapas, comenzó a explicarle del modo más amable que dos años antes, al término de la gran batalla de Vitoria, el francés que mandaba el Ejército de Andalucía, un inútil llamado Gazan, viendo la posición perdida renunció a sacrificar su retaguardia para proteger una retirada en orden, permitiendo que se apoderara el pánico de los veinticinco mil hombres que le quedaban, con lo cual dejó atrás ciento cincuenta piezas de artillería y casi todo el armamento personal de su despavorida tropa. Como aún faltaba para La

Belle Alliance y Rosomme, los hitos que marcaban la línea de la *grande batterie*, no podía saberse con cuántas piezas acabarían por quedarse, pero los cientos de mosquetes 1777 abandonados en el camino le hacían pensar que aquellos pobres diablos seguían el procedimiento usual de los franceses: librarse del arma de fuego, la bayoneta, la munición y la pólvora, que podían llegar a sumar diez kilos, para correr con más facilidad y un poco más deprisa.

Si bien casi no sonaban cañonazos, seguían oyéndose disparos. La línea del frente se hallaba trescientos metros al sur, de modo que no estaban a salvo de las balas que disparasen los franceses. El mosquete 1777 no era preciso, pero el alcance de su proyectil superaba los mil metros. De ahí que nadie se sorprendiera porque una bala perdida se incrustara en la rodilla derecha de Lord Uxbridge, sin arrancarle más exclamación que un contenido «*By Lord, Sir, I've lost my leg!*». Wellington, que marchaba también a su derecha, echó un rápido vistazo y respondió en el mismo tono «*By God, Sir, so you have*»,^[201] al tiempo de levantar un brazo pidiendo ayuda. Si bien Álava y Müffling reaccionaron en el acto, los que se hicieron cargo del sereno Uxbridge fueron Fremantle y Percy, que tras ponerse uno a cada lado de su ya pálido amigo y tras constatar que Wellington lo aprobaba, emprendieron el camino de Waterloo. En realidad no decían a dónde marchaban, pero Álava estaba seguro de que no le llevarían al amputadero de la granja Hospitalliers; el alojamiento de Sir Henry estaba en Waterloo, puerta con puerta con el de Wellington, y con seguridad allí encontrarían un médico menos saturado de trabajo que pudiera intentar salvar la pierna del infortunado Uxbridge; también era mala suerte, se decía el no muy apenado Álava, que habiendo estado en situación de perder la vida durante cerca de nueve horas fuese a llevarse la quizás última bala que aquel día dispararían los franceses.

La comitiva reemprendió la marcha, con Müffling junto a Wellington y Álava con Miniussir. No eran emparejamientos casuales. El primero, porque hacia la posada La Maison du Roi divisaba una masa de uniformes oscuros, a caballo y con banderas en alto. Debía de ser Blücher, y a Müffling le correspondería el honor de ser el vehículo a través del cual His Grace y Seiner Durchlaucht se ponían de acuerdo. El segundo, porque Álava intuía que algo debía estar cociendo en la mente de Gneisenau, de un tipo que a His Grace no le gustaría. Necesitaba deslizar una oreja en su estado mayor, y con Hardinge en Bruselas no se le ocurría ninguna mejor que la de su providencial Major Miniussir.

20.30 h.

L'Empereur había llevado su puesto de mando a Les Flamandes. Observando el campo de batalla y la no muy desordenada retirada de sus tropas, tanto por la

carretera como campo a través, se decía que quizá no todo estuviera perdido. Lo pensaba en el centro del cuadro que formaba su guardia personal, tratando al tiempo de superar, sin éxito, la penosa convicción de ser el responsable del desastre. La culpa era suya, pero los errores capitales no los cometió allí. Los que resultaron determinantes fueron los del primer día, cuando permitió por dos veces que Zieten escapase, una en Charleroi y otra en Gilly. Todos los demás partían de ahí, de habérselas tenido que ver, al día siguiente, con tres *armeekorps* en lugar de con dos, y de haber necesitado un *corps d'armée* que al final no se presentó, y haber iniciado la persecución de Blücher, y la de Wellington, mucho después de cuando habría debido. No le consolaba pensar que de haber estado Berthier allí nada de todo aquello habría sucedido. Bien sabía en quiénes depositaba su confianza cuando entregó el *état-major* a Soult y las alas a Ney y a Grouchy. Le habían fallado, aunque no por desobedecer sus órdenes. Si aquello era un desastre total era precisamente por eso, por haberlas seguido al pie de la letra. Una letra que cuando la escribía Berthier nunca se interpretaba mal, pero quejarse del destino de nada le valdría, se decía contemplando la indiferente cara de La Désirée. Como en sueños se vio subiéndose a ella, empujado por La Bédoyère, y emprender el camino seguido de Soult y de sus lanceros rojos, preocupados porque al noreste, por la carretera, veían llegar a las vanguardias prusianas, que ya dejaban atrás La Belle Alliance; por el norte, atravesando las destrozadas plantaciones de centeno, se acercaban las mortíferas baterías de artillería montada, en compañía de aquellas «amazonas» que si vivían para contarlo jamás volverían a despreciar. Gracias a Dios no tendrían que vérselas con ninguna de las dos amenazas, pues Soult había ordenado que tres batallones de *grogards*, mandados por sus generales más suicidas, Cristiani, Cambronne y Roguet, se atravesaran entre la calzada y Les Flamandes. Entre las vanguardias enemigas y aquellos tres cuadros aún quedarían unos miles de infelices que huían sin armas y sin mochilas. Los dejarían pasar, para cerrarse cuando se vieran frente a los lanceros prusianos o los cañones ingleses. Sólo eran tres batallones y no resistirían mucho tiempo, aunque podría ser suficiente para que sus compañeros rebasaran Genappe y se perdieran en la noche. Nadie, inglés o prusiano, tras un día como aquel osaría perseguirles. Tras nueve horas de batalla y muchos kilómetros de marcha, tendrían que ser superhombres para dar un paso más allá de donde los *grenadiers-à-pied* cargaban sus mosquetes y sus pistolas. No lo contarían, meditaban los elegantes polacos a medida que los dejaban atrás, aunque parecían resueltos a vender sus vidas a un precio tan alto que quizá Wellington prefiriese no pagarlo. Blücher, en cambio, seguro que lo haría.

20.45 h.

Las comitivas se juntaban junto a La Maison du Roi. A la de Wellington la

precedía la 3.^a Brigada, la de Dörnberg, cuyos dragones no tardaron en confraternizar con los húsares del 2.^o Schlesien ni con los ulanos de Bürsche, ni con los del Prinz Wilhelm, encantado de comprobar que todos eran alemanes. La banda de la 14.^a Brigada, desplegada en la margen oeste de la carretera —con los tres regimientos de la propia 14.^a formados a continuación, presentando armas; Bülow había interpretado a la perfección los deseos del Fürst Blücher—, se arrancó con un *God save the King* bastante desafinado cuando el Duke of Wellington pasaba frente a ella, para mejorar notablemente con un vibrante *Hohenfriedberger* en el momento en que aquél y el Fürst Blücher zu Wahlstatt se abrazaban sin bajarse de sus respectivos caballos, un magnífico purasangre de nombre *Copenhagen* y un humilde penco anónimo al que su nuevo dueño había cogido un inexplicable cariño. Müffling, junto a ellos, traducía en las dos direcciones las mutuas cumplimentaciones. Gneisenau y Álava se habían apartado a fin de parlamentar en una chirriante mezcla de inglés y francés, pues el primero estaba tan concentrado que armaba sus ideas con las primeras palabras que le venían a la mente. Álava sabía que su interlocutor tenía que ser Gneisenau, pero éste no sabía cuál debía ser el suyo, de modo que aquél se ocupó, antes de pasar a mayores, de hacer saber al otro cómo estaba el organigrama del Army of the Low Countries. Gneisenau, consciente de que la posición real de Álava no era exactamente de comisionado de un ejército lejanísimo, ni se asombró ni pidió confirmación de lo que proponía el español: dar por terminada la batalla, pues el agotamiento de los dos ejércitos —el de Wellington estaba «*fatiguée à mourir*»— haría imposible dar un paso más, para emprender al amanecer la persecución de los franceses, el Niederrhearmee por Charleroi y Philippeville, y el Army of the Low Countries por Nivelles, Mons y Maubeuge. Gneisenau no se detuvo a meditar, exhibiendo que no sólo había deducido lo que pretendería Wellington, sino que para él había empezado la carrera y no pensaba ceder un minuto. Jamás se le presentaría mejor oportunidad de acabar con Bonaparte sin darle posibilidad alguna de resucitar. Por supuesto, no quería excluir a nadie, de modo que si Álava quería enviarle unos cuantos escuadrones de caballería o batallones de infantería, estaría encantado de marchar junto a ellos.

Era la contestación que Álava dio por más probable al estudiar la jugada, pero la tuvo que declinar con alguna pena; le habría encantado ponerse al frente de los hipotéticos escuadrones y batallones, pero Wellington había determinado que ninguno de sus hombres iría más allá de los cuadros atravesados media milla más al Sur. Gneisenau, por su parte, no necesitaba refuerzos humanos. Equinos, sí, porque tenía más jinetes que caballos. Había ordenado requisar cualquier ser de cuatro patas que anduviese por ahí —no eran pocos los que pastaban tranquilamente por los alrededores—, y las brigadas de Zieten habían llegado con ciento y pico sujetos de las riendas —no todos con mantas y sillas francesas—, pero aun así no tenía suficientes.

A la petición de refuerzos ecuestres Álava respondió que la caballería británica estaba tan dispersa que no valdría para mucho, y tras eso fue por lo que le interesaba, preguntando por Hardinge. Gneisenau explicó que le creía en Bruselas, para tras eso preguntar si se había previsto enviarle un sustituto, pues sin él carecía de un enlace con el Army of the Low Countries. Álava, falsamente pensativo, respondió que a Wellington le resultaría difícil designar un oficial antes de unas horas, porque se había quedado sin secretario, sin QMG y sin seis de sus ocho ADC; en el entretanto le proponía el suyo, el Major Miniussir, el cual no sólo estaba ileso, sino que hablaba un excelente alemán y un buen francés. Gneisenau, que recordaba lejanamente al joven *major*, aceptó. Entenderse con un oficial que hablase su idioma sería de agradecer, y contar con alguien que hablara francés le vendría bien, pues sólo le quedaba Nostitz y daba por seguro que se quedaría con Blücher cuando éste, que ya estaba en su límite, decidiera echar el ancla. Estando ya de acuerdo, Álava señaló a Miniussir, quien estaba bien al tanto de la conspiración. Le apetecía echarse a dormir tanto como al que más, pero le animaba la perspectiva de una noche inusitada. Gneisenau le miró con aprobación, a él y a su montura, pero algo no le gustaba.

—¡Woytschekowsky! ¡Una capa y un chacó para este oficial español!

No necesitaba explicar que con aquel camuflaje sólo pretendía evitar al joven *major* que algún fusilero despistado le colocase un tiro por no tomarle por prusiano. El tal Woytschekowsky regresó un minuto después para tender a Miniussir un par de prendas procedentes del 6.º. El resultado pareció agradar a Gneisenau, que sin relajar del todo su expresión de ogro devorador de franceses dejó caer un agradable «Major Miniussir, esa calavera le sienta muy bien, pero procure no parecerse mucho a ella». Por sorprendente que pareciera, el tipo aquel padecía un cierto sentido del humor.



Hougoumont a las 9 de la noche. Los defensores comienzan a relajarse.

21.00 h.

El Lieutenant-Colonel Sir Hugh Halkett, al frente de la 3.^a Hanoverian Brigade, marchaba en cabeza de las fuerzas que perseguían al I Corps d'Armée. Cautó, se detuvo a unos cien metros del cuadro que formaba más al oeste. Dudaba si atacar. Sus *hanoverians* no rebosaban ardor guerrero, ni mostraban deseos de llevarse las últimas balas de la jornada, pero la llegada de la batería E de la Real Artillería Montada, la del Lieutenant-Colonel Sir Robert Gardiner, simplificó la situación. A Sir Robert sólo le quedaban tres de sus cinco piezas, aunque bastarían para dispersar el cuadro de los *chasseurs-à-pied*, los cuales permanecían en silencio, conscientes de la escasa precisión a más de cien metros de sus mosquetes 1777. Sir Robert mandó desplegar sus piezas a ciento veinticinco metros, para después cargar doubles botes de metralla y abrir fuego. Así, a razón de dos andanadas por minuto, acompañadas de las ininterrumpidas descargas de los infantes alemanes, en poco más de cinco el cuadro francés se vino abajo, abandonando su armamento los contados *chasseurs-à-pied* que aún se sostenían para emprender a su mejor velocidad la ruta de Genappe. Los *hanoverians*, con el batallón Osnabrück en cabeza, cargaron contra los heridos con los naturales deseos de rematarlos primero y despojarlos después de todo lo que

llevaran de valor, aunque sin olvidar que los oficiales eran canjeables. A eso se debió que un *feldwebel* Führung, junto a tres fusileros, presentase a Sir Hugh un tipo herido en la cabeza que se identificaba como Général de Brigade Cambronne. Deseoso de que no falleciera, y no por humanidad sino porque la captura de generales aparejaba una recompensa en guineas, ordenó a los cuatro encantados captores que le llevaran a Mont-Saint-Jean y después le condujeran a Bruselas, donde había orden de concentrar a los prisioneros de graduación equivalente a *major* o superior.^[202]

Los cañonazos de Sir Robert llegaban un tanto amortiguados adonde Blücher y Wellington se decían adiós. Miniussir, muy en su papel de agregado a la plana mayor de Gneisenau —el general Grolman, un tal Oberstleutnant Bentivegni, el seco Hauptmann Woytschekowsky y media docena de oficiales; un punto apartados se hallaban el agradable Prinz Wilhelm y el adusto general Röder, los cuales mandaban las brigadas de caballería del IV y del I Armeekorps— observaba cómo se congregaban los diferentes escuadrones, la caballería ligera más cerca y los dragones en prolongación. Le intrigaba que a la grupa de unos cuantos de los últimos se sentaran los tamborileros de las brigadas de infantería que formaban más allá de la heterogénea fuerza, la cual estimaba en cuatro mil jinetes. Aquellos tamborileros tenían algo en común con los franceses, los *brunswickers* y los *nassauers*: eran casi niños, lo cual significaba que pesaban poco; eso, combinado con que las monturas de los dragones eran bastante grandes, permitiría que a lo largo de la noche la fuerza que a todas luces pensaba conducir el propio Gneisenau contara con acompañamiento musical. El sol, al que faltaba poco para ponerse, regalaba una hermosa luz a los jinetes, formados de treinta en fondo en la ribera este de la carretera de Charleroi y presentando un frente de cien metros. Hacia la mitad de la formación, con los caballos y los jinetes orientados al sol, el Graf Gneisenau, encaramado en una pequeña elevación, examinaba con orgullo lo que Preußen ponía en sus manos para que acabara de ganar no ya la batalla, sino la guerra. Con pocas excepciones, los cuatro mil vestían las capas negras de la caballería prusiana. El efecto, para Miniussir, era sobrecogedor: jamás había visto una fuerza de aspecto más terrible. La poderosa voz de Gneisenau, en pie sobre sus estribos, le sacó de su ensimismamiento. Las palabras del general prusiano-sajón, que según Álava sabía todo lo que había que saber de mandar un ejército, salvo mandarlo, se le grabaron a fuego:

—*Soldaten! Heute haben wir gezeigt wie eine Preußische Armee besiegt!* —un gruñido de asentimiento; los atentos jinetes presentían que había más—. *Jetzt werden wir zu zeigen, wie Chase!* ^[203]

Más murmullos. El entusiasmo no afloraba, de modo que Gneisenau pasó a inflamarlos.

—*Lasst die schwarze Fahnen flattern! Kein pardon!! Keine gefangenen!!!* ^[204]

La respuesta, esta vez, a Miniussir no le pareció humana. No eran vítores. Era un

rugido de fieras salvajes. De una sola fiera, porque los cuatro mil rugían al unísono. Un espectáculo de horror, de santiguarse ante lo que aquellos jinetes despiadados parecían capaces de hacer.

Gneisenau parecía satisfecho con el efecto de sus palabras. Sin embargo, y siendo un hombre de temperamento un poco teatral, sabedor del influjo de la poesía sobre los corazones inocentes, había dejado para el final unas incendiarias palabras de Heinrich von Kleist, el que años antes se despidiera de su patria de un tiro en la sien y tras firmar un inmortal «Estamos muertos en el camino de Potsdam».:
—*Schlagt ihn tot, das Weltgericht Fragt euch nach den Gründen nicht!*^[205]

Se diría que hasta los caballos rugían. Los ulanos del 6.º, en primera fila, no sólo aullaban como energúmenos, sino que blandían sus lanzas y sus carabinas, acompañados de los dragones y de los húsares, que hacían lo propio con sus sables y sus pistolas. Suficiente, pareció decirse Gneisenau. Era como haber encendido la mecha de una bomba. Quedaba el hacerla estallar de un modo eficaz; el que mejor conviniera para que, cuando se detuvieran a entonar el *Herr Gott, wir loben dir*, l'Armée du Nord, y con él la Grande Armée, hubieran desaparecido de la faz de la tierra.

Se puso en marcha, y con él su reducido séquito. A la cabeza marchaba el Major Bürsche, seguido de sus dos escuadrones. Gneisenau y su grupo se colocaron a continuación, de dos en fondo; él cabalgaba junto al Prinz Wilhelm, con los cornetines de órdenes a un lado; tras ellos lo hacían Grolman y Miniussir, luego Röder y Bentivegni, después los oficiales mensajeros y a continuación un pequeño grupo de dragones; llevaban a sus grupas unos tamborileros ansiosos de comenzar a tocar, aunque aún no era el momento. Sí lo era de decidir qué hacer con el cuadro de más al este, formado junto a la carretera y que a doscientos metros mostraba un aspecto muy hostil. Gneisenau, para sorpresa de Miniussir, ordenó darle un saludable resguardo; ya se las verían con la infantería de la 13.ª Brigada, que les seguía de cerca. Grolman, percibiendo su extrañeza, le aclaró en su rudimentario aunque pintoresco español, plagado de palabrotas y blasfemias, que su objetivo no era destrozar cuadros de insensatos, como aquel de *grenadiers-à-pied*; era dispersar a l'Armée du Nord, acabar con él en su calidad de fuerza organizada. En la concepción de Gneisenau, que compartía en todos sus extremos, el objetivo de la guerra era la destrucción del enemigo, arrebatarle su moral de combate y todo lo que pudiera servirle para reorganizarse y volver a ser un peligro, empezando por su artillería, siguiendo por sus carros de suministros y acabando con el armamento de su infantería, de forma que sus reyes, o sus gobiernos, perdieran la capacidad de aplicar la fuerza donde no llegara su diplomacia. El propósito de aquella caza nocturna era provocar su desbandada, para lo cual era preciso aterrorizarles. De ahí el redoblar de los tambores, que Gneisenau ordenó comenzase nada más dejar atrás a los

grenadiers-à-pied. Con eso no bastaría, era el primero en decirlo; de ahí las órdenes ya dadas de fusilar a los primeros que capturasen, y no por crueldad o brutalidad, sino para que los otros, los que dejaran vivos, huyeran despavoridos y explicasen a sus camaradas con qué talante venían los prusianos. El Niederrheinarmee tenía una larga lista de cuentas a cobrar con los franceses, la última de pocas horas antes, cuando los *grognards* masacraron a ciento y pico infantes *landwehr* en el cementerio de Plancenoit —Miniussir puso cara de circunstancias; no tenía idea de aquello—, pero no era eso lo que importaba. Si mataban unos pocos, Grolman no creía que hiciera falta pasar de mil, sólo sería para que se corrieran las voces, para que los franceses huyeran tirando sus armas y abandonando sus cañones, de forma que al día siguiente no pudieran congregarse y ofrecer batalla. No era imposible, aclaraba; era lo que habían hecho ellos dos noches antes. Si lograban dispersar aquellos cincuenta mil hombres que huían dos kilómetros por delante, la ruta de París estaría despejada.

21.15 h.

Pajol y su fuerza estaban a mitad de camino de Plancenoit cuando aquél reparó en que del oeste ya no llegaba el atronar del cañón. La batalla, para bien o para mal, había concluido; ellos no llegarían a tiempo de participar. Por si fuera poco, los kilómetros que aún quedaban eran incompatibles con la oscuridad; deberían avanzar a la luz de las antorchas, con lo que serían patos sentados para cualquier fuerza de infantería. Seguir adelante sería una locura, pero aun así solicitó la opinión de sus oficiales. Todos pensaban como él. Sólo quedaba vivaquear lo mejor que se pudiera, estableciendo un amplio perímetro de seguridad, y enviar un par de mensajeros a Soult y otros dos a Grouchy. Pajol, buen general, encontraba lamentable haber recorrido tantísimos kilómetros sin haber pegado un tiro en un día en que se habrían disparado millones, aunque un sexto sentido que no pensaba compartir le decía que, con todo, él y su gente habían tenido mucha suerte.

21.30 h.

Bruselas estaba sobrecogida desde poco antes de mediodía, cuando empezó a llegar el fragor de los cañonazos. Lo traía el viento del sur, culpable de un domingo soleado que habría sido agradable, pero dado que veinte kilómetros al mismo sur llovía metralla, buena parte de la ciudadanía prefirió no salir de casa. El que a la población menos favorecida —nueve de cada diez habitantes— le resultase indiferente que a la noche desaparecieran las banderas británicas y la fantasmal del VKN para ser sustituidas por la tricolor no impedía que cundiera el desasosiego, por los desmanes que pudieran cometer las tropas derrotadas en su fuga y las vencedoras en su entrada triunfal. De ahí que no hubiera un alma, ni siquiera en el Warandepark.

Si un vicio inspiraba el retumbar de los cañones era el de la prudencia, que se vio amplificado con un creciente pesimismo a medida que llegaban carros y carros de soldados malheridos rumbo a los hospitales instalados en los conventos, monasterios, seminarios, teatros y colegios requisados en nombre de Wellington por un tal Sir Charles Broke. Después, sobre las seis, aparecieron los primeros prisioneros, atravesando con aire huidizo las calles solitarias. Sir William de Lancey había ordenado que se concentraran en Waterloo, y cada vez que se alcanzase la cifra de trescientos se les hiciera marchar escoltados por una suficiente fuerza de infantería, con orden de disparar a la primera duda que les inspirasen los aprensivos individuos. A las ocho ya eran tantos que más de uno se preguntaba si no estarían tramando una invasión a retaguardia, sobre todo porque los soldados que los vigilaban parecían pocos para contener una estampida.

El que al llegar el ocaso cesara el concierto de cañón, al tiempo de incrementarse la llegada de soldados heridos, dio lugar a que aumentara el pesimismo. Los residentes británicos, que con indisimulado nerviosismo habían pasado el día concentrados en las viviendas más grandes, protegidos de la chusma codiciosa por las escasas fuerzas del Duke of Richmond, debatían la conveniencia de cargar sus bienes en los carruajes y emprender el camino de Amberes. La opinión mayoritaria estaba en favor, si bien His Grace calmaba las impacencias a base de predicar que había departido con Wellington en el campo de batalla y que le dejó en un estado de gran tranquilidad, con plena confianza en la victoria. No se olvidaba de repetir que, según le aseguró, si viera que la situación se tornaba peligrosa le haría llegar un mensajero, para que alertase a la colonia con tiempo suficiente de abandonar la ciudad antes de que llegara el impresentable Boney. Todo eso estaba muy bien, gruñían los intranquilos, pero bien podría enviarles alguna explicación de que ya no se oyeran cañonazos.

A las nueve y cuarto tres jinetes de rojo atravesaron al galope la puerta de Halle. Cada uno traía sus propias instrucciones. El primero bajó de su caballo de un modo harto melodramático frente a la catedral de Saint Michel et Sainte Gudule, reclamando a gritos la presencia del deán. Cinco minutos después las pesadas campanas centrales comenzaban a tocar a Gloria, como si el Señor acabara de resucitar —en cierto modo, no dejaba de ser eso mismo—. Casi a la vez, el segundo jinete dejaba las riendas de su caballo en manos del elegantísimo portero de la embajada británica, pero al preguntar por Sir Charles Stuart comprendió que algo no iba bien, pues el buen hombre había pedido su coche para visitar al Duke of Richmond y estaba esperando que precisamente su portero regresara con él; Sir Charles, un hombre ciertamente inteligente, no necesitó preguntar al avergonzado *ensign*, el cual, tras comprender a su vez, se cuadraba frente a él: su expresión exultante lo explicaba todo por sí misma. El tercero tardó no mucho más en llegar a la

casona de la Rue de la Blanchisserie donde tres días antes había bailado hasta la madrugada. En el portalón formaban His Grace the Duke of Richmond, Lady Charlotte, una dama que quizá fuera Lady Charlotte Greville y, lo que más le importaba, las señoritas Lennox y otras que debían de ser sus amigas, las señoritas Capel. Jamás en su vida tantas jóvenes bellezas le habían mirado así, aunque entonces fue cuando comprendió que toda gloria es efímera, pues nada más anunciar a His Grace que Lord Wellington acababa de lograr una victoria colosal, definitiva e histórica contra el pérfido Bonaparte, todo el mundo dejó de hacerle caso.

Desde las alturas de la catedral, el primer *ensign*, extasiado, contemplaba la forma en que la oscurecida ciudad se daba luz a sí misma, pasando en cuestión de minutos a ser un fanal jubiloso. Si algún día tuviera nietos, ésa sería la segunda historia que les contaría.

21.45 h.

Wellington y Álava cabalgaban hacia la Jean de Nivelles. Los *light dragoons* que les escoltaban conocían lo suficientemente bien a Hookie como para no acercársele tras una batalla como aquélla; de ahí que les rodearan aunque sin agobiarles, con las armas listas para tirar. Oculto entre los muertos aún podía respirar algún francés con el ojo abierto, el mosquete cargado y ganas de ajustar la última cuenta. Sería difícil, pues a esas alturas el que no hubiera sido degollado por un inglés o un *brunswicker* habría sido cosido a bayonetazos por un *nassauer* o un *hanoverian*, o descerebrado a culatazos por los prusianos de Zieten. De los últimos no se veía ninguno, pero los otros extendían sus vivacs a lo largo y a lo ancho del campo de batalla, con sus fogatas encendidas y dando cuenta de sus raciones. Parecía darles igual que a unos metros de donde calentaban su cena yacieran docenas y docenas de cadáveres, muchos de los cuales lucían uniformes similares a los suyos. Al día siguiente quizá pensarán de otra forma, pero entonces sólo sentían un cansancio infinito, apenas atemperado por una euforia un tanto animal, la de saberse vivos y de una pieza.

A la izquierda se divisaban las luces de la granja Hospitalliers. Álava se preguntaba si no sería un buen detalle por parte de His Grace dejarse ver allí, para responderse que no. Por mucho que no se apreciase, Sir Arthur también había tenido demasiado.

22.00 h.

El mandar aquella horda de asesinos no significaba que Gneisenau abdicase de sus obligaciones. Había enviado varios mensajeros, unos con órdenes para Pirch I de hacer marchar su II Armeekorps hacia Mansart a fin de cortar la retirada de Grouchy, otros para Zieten, mandándole congregarse su infantería y su artillería junto a La

Maison du Roi —donde Blücher pensaba pernoctar—, para vivaquear, alimentarse, aprovisionarse y emprender al amanecer la persecución de l'Armée du Nord, otros a Bülow, aconsejándole que no fuera más allá de Genappe, porque al día siguiente le tocaría lo mismo que a Zieten, y los últimos a Thielmann, dándole cuenta de la gran victoria y pidiéndole un último y penoso servicio: si al amanecer Grouchy seguía frente a él, lo que indicaría un no tener noticias de lo sucedido —no sería improbable; la ruta que debería seguir cualquier mensajero francés hacia la posición de Grouchy estaba copada por las patrullas del I y el II—, debería ceder la posición e iniciar una ostentosa retirada sobre Bruselas, lo que habrían hecho los otros *armeekorps* si hubieran sido derrotados; Grouchy, en buena lógica, les perseguiría, de modo que sería posible deslizar el II a su espalda, cercarle y aplastarle. A Gneisenau no se le había subido a la cabeza la victoria, sino todo lo contrario; su preocupación capital seguía siendo la destrucción de l'Armée du Nord, en implacable aplicación de la *Vernichtungsstrategie* que había parido a medias con el difunto Scharnhorst. Ya celebraría la victoria cuando Blücher y él sentaran sus reales en el *château* de Saint-Cloud, París.

22.15 h.

Wellington y Álava descabalgaban en la Jean de Nivelles. El primero mostraba signos de agotamiento. Uno era no recordar el mal carácter de su montura; si bien era generalmente incapaz de agradecer nada cuando se trataba de humanos, con las bestias y con algunos niños —no los suyos— era más expansivo, de modo que tras desmontar del derrengado *Copenhagen* le dio una cariñosa palmada en la grupa; el animal, lejos de mostrar ternura, relinchó con alguna violencia mientras disparaba sus patas traseras, sin alcanzar a nadie aunque fallando por centímetros la virilidad de His Grace, el cual se limitó a fruncir sus elegantes morros. Se le había olvidado que *Copenhagen* era un caballo de batalla de muy pocas bromas, lo cual tuvo la virtud de hacerle recuperar su secular estado de alerta.

En el recibidor^[206] formaban Fremantle, Thornton y Tesson, el primero para dar la novedad, el segundo para preguntar si deseaba comer algo y el tercero por si se quería cambiar. El único testigo de la escena era el general Álava. Del primero His Grace sólo supo que no tenía nada nuevo que contar, salvo que Uxbridge ya tenía una pierna menos, a Lord Fitz-Roy Somerset le pasaba lo mismo con su brazo derecho y el Freiherr Vincent se recuperaba malamente de la herida en su mano, que sin ser grave le hacía sentirse fatal, razón por la cual el comisionado Pozzo le acompañaba en la casa que dejara libre Sir Thomas Picton. Los dos primeros, acompañados de sus *aides-de-camp*, ocupaban las viviendas donde les había hospedado De Lancey, del que Fremantle no sabía nada. Sobre «la familia» —sus otros siete *aides-de-camp*—

podía decirle que tanto él como Percy estaban bien, que Hill, Cathcart, Lennox y Nassau-Usingen sufrían averías de mayor o menor consideración, aunque ninguna especialmente grave, pero Gordon estaba muy mal, acostado en el catre del propio Wellington y en disposición de incorporarse a la más gloriosa posteridad, para reunirse allí con Canning, que había llegado antes —Fremantle no lo expresaba en aquellas palabras, pero era como el desapasionado Álava las registraba en su bitácora mental; no lo hacía por ser un desalmado, sino por haber aprendido a blindarse de las tragedias con la coraza más insospechada, pero más poderosa, que las almas inteligentes tienen a su alcance: un diogénico sentido del humor—; dado que His Grace no decía nada —era como si su capacidad de sentir algo se viera excedida—, sólo le quedaba pedir permiso para volver con Lord Fitz-Roy, a quien deseaba escoltar en aquella dura prueba; Percy, por cierto, hacía lo mismo con Lord Uxbridge, cuyos ADC estaban igualmente maltrechos. Wellington asintió, con lo cual el grupo quedó en cuatro. A Tesson le dijo que no pensaba cambiarse, pese a estar negro de pólvora, y a Thornton que preparase algo para dos. Tras eso subió a ver a Gordon; Álava le seguía por las escaleras, sin unírsele; sólo quería ver a discreta distancia qué sucedía, en su afán de no perderse nada y no por curiosidad personal, sino porque Wellington solía encontrar difícil recordar qué cosas sucedían al término de las batallas, cuando su alma se relajaba y su capacidad de registrar vivencias se colapsaba, si no por agotamiento sí, al menos, por un invencible desinterés.

Gordon yacía en el camastro donde His Grace había dormido la noche anterior. La muerte ya embellecía su rostro, se decía el objetivo Álava, pues con una pierna segada cerca de la cadera no había torniquete que valiera; cuando hubiera llegado a manos de los amputadores, y por deprisa que le abrasaran el muñón —a lo cual ya era de asombrarse que sobreviviese—, habría perdido tanta sangre que de ningún modo lo podría contar. Era milagroso que su corazón latiese, habiendo tan poca sangre que impulsar, y más aún que se mantuviera consciente mientras el inusitadamente afectuoso Wellington —le había cogido una mano; jamás hasta entonces Álava le había visto hacer tal cosa— le relataba el final de la batalla y qué clase de victoria se habían apuntado entre todos, Sir Alexander el primero. Al pobre diablo le costaba sonreír, aunque lo consiguió, para segundos después quedarse inconsciente. Suficiente para Wellington; el tiempo, implacable, se hacía con él. Era hora de repostar, intercambiar ideas con el usual frontón de las suyas y prepararse para el día siguiente. Acababa de lograr una gran victoria, pero la guerra estaba lejos de haber acabado. Cuando menos, eso creía.

22.30 h.

Grouchy vivaqueaba como a doscientos metros de Thielmann. Tras tomar el bosque de Rixensart se hallaba ya muy cerca del Pont de Bierges, pero Vandamme

seguía bloqueado frente al otro puente, con lo que tomar Wavre difícilmente se lograría más pronto de las siete. Daba vueltas a todo eso con la preocupación de seguir sin noticias, lo que prefería imputar a la impericia de Soult. Era probable que Su Majestad hubiera conseguido una más de sus apabullantes victorias dobles, como Iéna-Auerstädt o Ulm-Elchingen; cuando menos su mitad estaba garantizada, se decía dejándose llevar del optimismo. Podría ser que no, pero en eso no quería pensar. Prefería comprobar a la luz de la hermosa luna llena la fortaleza de su perímetro de seguridad. A diferencia de lo que acostumbraban los franceses, que sólo combatían de día, los prusianos acostumbraban atacar en la oscuridad, avanzando en fila india, en completo silencio y con sus largos cuchillos entre los dientes. Era, esa, una desagradable novedad en los usos y costumbres de guerra civilizada establecidos en la vieja Europa. Muy lamentable, pero las viejas reglas de la caballería cada día estaban menos de moda.

22.45 h.

La fuerza de Gneisenau avanzaba desplegada en un frente de un kilómetro a cada lado de la carretera. Los jinetes marchaban al paso, no sólo por ahorrar fuerzas a sus desfallecidas bestias, sino por dar tiempo a escapar a los franceses que se hubieran detenido a vivaquear a partir de la línea Glabais-Bruyère-Madame —cuatro kilómetros antes de Genappe—, tras la cual debían suponer que se hallaban a salvo, pues con un día como el que habían vivido, ellos y el enemigo, nadie tendría fuerzas para perseguirles. Las órdenes de Gneisenau primaban el hacerles correr, no el matarles, salvo si se ponían a tiro. Los franceses, que se lamían las heridas y el cansancio como buenamente podían, a menudo sin encender fuegos —su desmoralización era total—, estiraban las orejas al llegarles los lejanos redobles, se ponían en pie al sentirlos más cerca, levantaban el vivac y emprendían la marcha cuando percibían las notas de los cornetines de órdenes, aceleraban el paso con justificado pavor al escuchar las trompetas, y al divisar los primeros fogonazos lo abandonaban todo, fuera carro, mosquete o cañón, y echaban al correr al grito de «*Sauve qui peut!*».

Tras los jinetes marchaban varios batallones de infantería. Su función era quedar al cuidado del botín —piezas de artillería y carros de suministros; marcarlos con una tiza no valía de nada, pues los ingleses los borrarían para dejar las suyas; así, al menos, lo harían ellos si la situación fuese la contraria—, custodiar a los prisioneros —al principio sólo se capturaban oficiales, pero el propósito de Gneisenau, según avanzara la noche y no hiciese falta fusilar más desgraciados, era capturar cuantos más se pudiera— y, una vez en Genappe, quebrantar lo que aún quedara de l'Armée du Nord. Gneisenau y Grolman recordaban el angosto pueblo y su estrecho puente, y estaban al tanto de lo muy crecido que bajaba el Dijle. Allí se produciría el

embotellamiento definitivo, el que les otorgaría no menos de diez mil prisioneros y, lo que más les importaba, la mayor parte de su equipo pesado. Con aquello no sólo l'Armée du Nord quedaría destruido, sino que su propio Niederrheinarmee se vería muy reforzado. Lo pensaban ellos y lo pensaban casi todos sus jinetes, pues no hay nada que ayude más a sacar fuerzas de donde no las hay que la esperanza de un gran botín.

23.00 h.

La noche antes eran veinte los sentados a esa mesa, se decían Wellington y Álava. Pese a no haber comido en todo el día no tenían hambre, ni ganas de hablar, aunque había que hacerlo, primero de las bajas en general y después de los amigos que nunca más cenarían con nadie. Así, pasando una revista que casi era una lista, llegaron a De Lancey. Ninguno de los dos conocía su paradero, ni si aún vivía, pero habían visto heridas suficientes para saber que de una como la del DQMG no se salía. El pobre Sir William acabaría sofocado, con los pulmones encharcados; habría hecho mejor pereciendo en el acto, concluyó Wellington para después decir que, además de su muerte, lamentaba que se perdieran sus papeles, pues sin ellos le sería difícil preparar el *dispatch* de la batalla, el que siempre hacía llegar a Bathurst sabiendo que acabaría en la mesa de Liverpool, y no pocas veces en *The London Gazette*. Esperaba que Álava hubiese tomado notas, no sólo aquel día sino los tres que llevaban enfangados contra Boney, pues sin ellas no tendría la menor idea de por dónde comenzar. Recordaba con precisión algunos momentos de la batalla, pero sabía que con el paso de las horas se solaparían unos con otros, hasta terminar confundándose. Un general en jefe, para evitar tan triste cosa, necesitaba un QMG que lo hubiera registrado todo, pues por sí mismo no podría recordar los sucesos y los detalles en el orden debido, y él, para su infortunio, se había quedado sin el suyo.

Álava percibía el mensaje tras las dolientes palabras: «échame una mano, que no sé por dónde comenzar». Le contestó sin palabras, señalando una cartera de color rojo que había dejado sobre una silla y que contenía las copias de las órdenes que De Lancey había lanzado desde que marcharan a Les Quatre Bras; también, lo que a efectos de His Grace más importaba, su cuaderno de bitácora, el que había mantenido escrupulosamente actualizado hasta que saliera volando sobre las orejas de su caballo y que a partir de ahí él había llevado con la misma minuciosidad. En la cartera, cuando la inspeccionó, había encontrado más cosas que las copias de las órdenes, algunas de las cuales lucían una cruz en lápiz rojo, quizás indicativa de que a los efectos de Sir William eran especialmente interesantes; halló, por ejemplo, una copia de la Disposición, a la cual complementaba otra, idéntica salvo en que las posiciones que ocupaban las unidades en el momento de alzarla, poco antes de amanecer, eran las verdaderas. Era la clase de documento que se aporta en un consejo de guerra para

enfrentar al general en jefe con sus propias responsabilidades. No sería determinante, pues aun firmado, datado y sellado no dejaba de ser sospechoso de confección interesada, pero un buen daño sí haría, pues debía ser consistente —pensaba comprobarlo— con el «recibí» firmado por los receptores de las órdenes en las copias reglamentarias, las que liberaban de responsabilidad a los mensajeros. Con aquellas dos disposiciones, más las copias de las órdenes, Sir William tendría un buen caso en su no improbable consejo de guerra, del cual saldría indemne aunque al precio de poner a Wellington en la picota. No era un asunto para comentar, pues crucificar a los muertos no es elegante y menos si no es seguro que lo estén, pero no dudaba que, tarde o temprano, His Grace llegaría por sí mismo a las mismas conclusiones. Cuando lo hiciera, y si se lo contaba, ya le haría ver el peligro que había corrido. En cuanto a él, no necesitaba preguntarse por su propia opinión: en lo que a Wellington se refería su posición era la de Bertrand du Guesclin; le debía la libertad, una de las pocas deudas en la vida que jamás se acaban de pagar; cuando menos, si el deudor era un hombre de honor «a la española».

Wellington declinó examinar el contenido de la cartera. Prefería que Álava la conservase. A él no le quedaban ánimos para nada, porque se caía de sueño. De ahí que se limitaran a brindar por los amigos de la Península, como hicieran alegremente la noche anterior. Tras eso subió al cuarto donde tenía su escritorio, junto al dormitorio donde agonizaba Gordon; se sentó en el suelo, se acurrucó a un lado y se durmió al instante, sin advertir que su maternal Tesson le tapaba con una manta.

Álava, más pensativo que fatigado, y tan consciente de sus obligaciones como de sus conveniencias, había pedido a Thornton un Earl Grey bien cargado, y cuando Tesson bajó le rogó que le trajera papel, tinta y unas cuantas plumas. Esa noche, como la que pasó con Sir William ayudándole a cumplir con su deber, no pensaba dormir. Debía preparar su propio informe para Cevallos, lo que a su entender era urgente —saber de todo aquello por él antes que por ningún otro haría que Fernando comenzase a mirarle mejor—; marginalmente, a Wellington le vendría de maravilla contar con su relato —una vez lo tradujese al inglés—, en calidad de borrador a partir del cual pudiera desarrollar sus propias ideas. Lo haría no sólo por la devoción del caballero leal por el amigo entrañable al que se le debe todo. De aquella guerra Wellington saldría coronado Salvador del Mundo, como dijo el Zar. Sería uno de los hombres más influyentes del continente, y por supuesto de Inglaterra. El tipo de amigo con el que convenía estar muy a bien, y mejor si le hacía quedar en deuda por algo de importancia. Don Miguel, en suma, no tenía la menor intención de ocultar la candela bajo el tonel.

23.15 h.

Thielmann y Clausewitz compartían un trozo de queso y media jarra de vino, a

oscuras, porque se hallaban en el campanario de una iglesia donde al tiempo de repostar estudiaban el despliegue de Vandamme, cuando vieron llegar al teniente Wurcherer con un mensaje verbal del Graf Gneisenau. Tras escucharle comenzaron a dar saltos; después analizaron la segunda parte: Wurcherer anunciaba que a lo largo del día siguiente se les uniría el II Armeekorps, aunque antes, si Grouchy les atacaba, deberían retirarse hacia el norte. Si Grouchy les persiguiera sería el fin, también, del ala derecha de l'Armée du Nord, la única fuerza organizada que se les podría oponer en su marcha sobre París.

—Comunique al Graf Gneisenau que si al amanecer Vandamme sigue allí —Thielmann señalaba el Pont du Christ—, no resistirá la tentación de perseguirnos. Desde ahí, lo que *Seiner Excellenz* ordene.

23.30 h.

Gneisenau se había detenido a mil quinientos metros de una Genappe iluminada por los incendios, probable consecuencia del paso de la horda francesa. «Horda» era la palabra que mejor definía lo que horas antes era orgulloso Armée du Nord. El puente que atravesaba el Dijle no se divisaba desde allí, pero sí la entrada del pueblo, en la que masas y masas de soldados se apretujaban unas contra otras, queriendo abrirse paso en cuanto les llegaban los cada vez más cercanos redobles de los tambores prusianos. En su avance desde la línea Glabais Bruyère-Madame los húsares y los ulanos los habían empujado como los vaqueros a las reses o los monteros a las perdices, sin darles más opción que marchar hacia Genappe; conforme avanzaban y avanzaban el número de carros y armones abandonados se incrementaba de un modo exponencial, hasta que al llegar a la pequeña elevación donde se habían detenido aceptaron que se las veían frente al mayor botín de la historia militar. Los oficiales de Grolman contaban ciento ochenta y una piezas de las doscientas cuarenta que tenía Bonaparte a las once de la mañana; los carros de suministros y los vagones de munición se hallaban junto a los cañones, no en un orden perfecto pero sugiriendo lo que debió de suceder: alguna pieza de doce libras rompería su eje, bloqueando la estrecha carretera por no ser posible sortearla. Eso, combinado con el horror de la tropa, explicaba que hubieran desenganchado los percherones para escapar sin oposición de los oficiales —si no fueron los primeros en montar—, en tal estado de urgencia que muy pocos de los cañones, quizá ni una docena, estaban «clavados». Los demás aparecían intactos, de modo que la idea de hacer girar el más próximo a fuerza de brazos, apuntarlo contra Genappe y abrir fuego se les antojaba irresistible. Los jinetes prusianos, desgraciadamente, no sabían mucho de artillería; de ahí que para Gneisenau fuera una sorpresa muy agradable saber que su más reciente ulano negro tenía experiencia en mover cañones, apuntarlos y disparar; en los Reales Ejércitos había que saber de todo, explicaba éste mientras movilizaba una docena de

dragones para girar la pesadísima pieza entre gruñidos de músculos a punto de partirse. Un minuto después sólo era cosa de buscar en los carros cercanos los utensilios de hacer fuego, que no sólo eran la pólvora, las balas y el empujador, sino el cuerno con el que cargar el canal de fuego y una mecha encendida que a falta de mejor instrumento sería uno de los cigarros de Von Röder. Todo parecía estar listo para disparar, aunque la confianza no era unánime, de modo que sólo cuando el Major Miniussir comprobó que nadie se quedaba más cerca de lo razonable, y tras santiguarse como un buen cristiano, acercó la punta del cigarro al orificio del canal de fuego.

La truculenta detonación y la descomunal lengua de fuego fueron saludadas con alborozo, aunque la sacudida de un segundo después contra los muros de una casa, que con gran cortesía procedió a derrumbarse sobre los espantados franceses, fue lo que hizo prorrumpir a los despiadados ulanos en vítores formidables, Gneisenau el primero. El sonriente Miniussir los agradeció con sencillez, la de pensar que ya nadie le podría discutir su derecho a lucir la preciosa *totenkopf*.

23.45 h.

El viento no había llevado a Gante la tormenta de cañonazos, salvo cuando rolaba unos grados al sureste. Los consejeros del rey se lo tomaban con flema, pero según avanzaba la tarde se ponían nerviosos. Temían que Bonaparte destacase algún regimiento de húsares para cortar un posible repliegue de Wellington y de paso capturar a SCM. A eso se debía que incluso Feltre comenzase a sentir alguna histeria cuando los cañones dejaron de sonar. Terminó de alarmarle constatar que los trescientos jinetes y quinientos de los setecientos mosqueteros que constituían la escolta real se habían dado a la fuga desde su campamento en Alost, con el Duc de Berry a la cabeza. Ese descarado abandonar el barco por parte de la rata mayor —el de Feltre y el de Berry no se podían ni ver— le llevó a rogar a SCM que abandonara su plácida flema borbónica y subiese a la más cómoda de sus carrozas, para ganar Amberes antes que la caballería de Bonaparte le cerrara el camino. En ese afán estaban, con los caballos ya enganchados a la docena de carruajes que transportarían a la familia real, cuando vieron aparecer un jinete al galope, lo bastante hábil para frenar y detenerse antes de que los guardias de corps encararan sus mosquetes. Decía traer un mensaje del embajador de Rusia. El Duc de Feltre lo tomó, rasgó el sobre y leyó en voz alta que Lord Wellington, aquella tarde, había destrozado el ejército del Corso en una colosal batalla celebrada no lejos de allí, en el *plateau* de Mont-Saint-Jean.



Charles-Ferdinand, Duc de Berry

Valonia y Bruselas, lunes 19 de junio

00.15 h.

La infantería prusiana se adentraba en Genappe con gran estrépito de tambores, trompetas y disparos, aunque con gran cautela y muy despacio; Gneisenau había colocado en vanguardia el 15.º batallón de fusileros, pues de haber sorpresas presentarían un blanco menor que los ulanos, hasta entonces en cabeza; la toma de pueblos tenía sus reglas, y la primera decía que los hombres a caballo eran como patos sentados. La suma de todos los ruidos, más los cañonazos del Major Miniussir, había provocado la estampida prevista: lo que aún tenían delante jamás podría volver a llamarse Armée du Nord. El camino, iluminado por la luna y las antorchas, mostraba un inacabable reguero de objetos abandonados. A medida que avanzaban veían tirados en el suelo, arrojados de cualquier forma, mosquetes, correajes, cartucheras, mochilas, trompetas, tambores, arreos y hasta sillas de montar. Era, en cierto modo, como los restos de un naufragio. Todo yacía en desorden, revelando la prisa de quienes, quebrantada la disciplina de un modo irrecuperable, aplicaban a rajatabla el «*Sauve qui peut!*».

La vanguardia la conducía el Major Keller, comandante del 15.º Fusilierbataillon. Su brigada, la 16.ª, quedó diezmada en Plancenoit, donde cientos de sus reclutas *landwehr* fueron pasados a cuchillo por los *grogards* del general Pelet; de ahí que si se diera con él en las callejuelas de Genappe no seguiría las severas órdenes de preservar a los oficiales. Avanzaba sumido en sus cristianas reflexiones cuando, tras girar en un recodo, se dieron, él y el pelotón que le seguía, con una comitiva de cuatro carruajes; sus ocupantes bajaban a toda prisa y subían a los caballos que les ofrecían unos jinetes de rojo; los carruajes se quedaban tirados entre las casas mientras los soldados franceses, arremolinados en la entrada del puente y que ya reparaban en los fusileros prusianos, prorrumpan en alaridos de horror. Keller, distraído con la turba, no tuvo reflejos para pensar que los jinetes que huían por su izquierda quizá fueran tipos importantes, aunque sí para decirse que aquellos carruajes eran de interés. Envió un hombre por refuerzos y ordenó a los demás abrir un fuego escalonado, con lo cual los despavoridos franceses acabaron de volverse locos, tanto que muchos optaron por tirarse al río, que aunque profundo no era muy ancho. Fue cuestión de pocos minutos que ante sus ojos apareciera un puente despejado, más iluminado por la luz de los incendios que por la luna. Dado que aún no llegaba nadie de mayor rango se dispuso a examinar los carruajes, comenzando por el segundo, que destacaba por lucir una N dorada sobre la puerta. Un simple vistazo le hizo ver que había capturado la *berline* de Napoleón. Aquello quizá valiera más que las ciento y pico piezas de artillería que sus infelices *landwehr* se pasarían la

noche custodiando. Mientras llegaba Gneisenau inspeccionó los otros carruajes, para ver que si bien no escondían ningún emperador sí estaban su cocina, su biblioteca, su vajilla y el sinfín de cosas que un emperador francés lleva consigo a todas partes. Al tiempo mandó redistribuir sus fusileros, para evitar un saqueo a manos de sus propias tropas. La cabeza casi le daba vueltas cuando vio a Gneisenau y a los ulanos negros. Sin embargo, y para su sorpresa, las prioridades del Generalstabschef no estaban en aquellos vehículos, sino en qué hacer a continuación. Le oía discutir las con Grolman. El segundo era partidario de abandonar la persecución y dejar a la gente descansar, pero Gneisenau quería seguir. Ciertamente que ya no quedarían muchos cañones por capturar, pero sí docenas de carros y miles de hombres desarmados. Acabaron repartiéndose: Grolman y la infantería se quedarían en Genappe, mientras Gneisenau y la caballería seguirían hasta donde resistieran. En cuanto a los carruajes —ahí se volvieron a mirarle, los dos—, le asignaban la tarea de protegerlos. Tras eso se dijeron adiós, el uno para reanudar la persecución y el otro para buscar una hostería llamada Le Roi d'Espagne que Miniussir le había recomendado para Blücher, aunque no sin antes examinar lo que llevaba el Ogro en su *berline*. La idea que se tenía en el KPA era que Bonaparte jamás viajaba sin una fortuna en oro y diamantes; también sabía que lo usual con los segundos era coserlos en las entretelas. Los refajos de las princesas eran lugares de fama reconocida, pero en el caso de los emperadores ya no sabía qué pensar, de modo que comenzó por tantear los uniformes guardados en el cofre donde Bonaparte pondría los pies cuando viajaba en aquel monstruo. Poco después se decía que si una inspección había estado alguna vez justificada, era esa.

02.30 h.

Los primeros jinetes de l'Armée du Nord llegaban a Charleroi; no eran de caballería, sino infantes que se habían hecho con un caballo; en los normandos, cuya función era remolcar *belles filles*, iban dos si no tres. Casi todos conservaban sus armas. A lo largo de una pendiente larga y pronunciada que desembocaba en un puente provisional tras una doble curva muy cerrada, permanecía estacionado un convoy de cuatro carruajes. Lo vigilaba un pelotón de *grenadiers-à-pied*, muy atentos a la inquietante cantidad de camaradas que bajaba desde Gosselies. Contenía la impedimenta del Emperador; lo sabían por ser, de toda la vida, su escolta de infantería. La noche antes hicieron guardia en Le Caillou, pero el general Bertrand les envió a Charleroi nada más amanecer, siguiendo la rutina establecida para cuando l'Empereur entraba en combate. No sabían cómo habría terminado el de aquel día, pero el aspecto de los colegas, y las cosas que decían, les hacían temer lo peor.

Los jinetes, que poco a poco se congregaban en derredor de los carros, estaban hambrientos y sedientos, y los barriles que asomaban bajo las lonas del tercero les hacían pensar que algo contendrían. El aspecto de los *grognards*, con ser terrible, no

escondía que también agradecerían un trago, y más tras saber que todo estaba perdido y que difícilmente habría más guerra para ellos. La situación era explosiva, pues ya serían sesenta los soldados con bayonetas caladas que se miraban de hito en hito con los *grenadiers-à-pied*. Ahí sonó un disparo al que nadie respondió, pues el que lo hizo no pretendía herir a nadie, sino agujerear uno de los barriles, del que al momento comenzó a manar un vino que debía ser bueno. La escaramuza que siguió, breve y no violenta, condujo a que poco después el carromato fuera saqueado, una vez alguien clavara su bayoneta en los bultos situados tras los barriles y comenzasen a brotar napoleones de veinte francos. A la vista de la novedad, sitiados y sitiadores unieron fuerzas para no dejar un saco sin rajar ni un barril sin desfondar. Al cabo de veinte minutos el carro yacía desencuadrado y sin vigilancia, pues los *grenadiers-à-pied*, muy cargados, emprendían, ellos también, el camino de París. Entre las astillas no quedaba un solo napoleón de los sesenta mil de a veinte y diez mil de a cuarenta con que la tesorería imperial había emprendido la campaña.

02.45 h.

A medida que progresaban en lo que Gneisenau llamaba Die Reine Klapperjagd, [207] sus fuerzas se reducían, pues cada vez que reunían una cierta cantidad de prisioneros la confiaban a medio escuadrón. La persecución era tan ruidosa como fructífera, tanto en prisioneros como en botín militar, para desesperación de los desventurados franceses —algunos habían vivaqueado hasta diez veces, para claudicar al no poder dar un paso más— y también de sus propios hombres, incapaces de imaginar de dónde sacaría su jefe tan feroz determinación. Miniussir, que tras la retirada de Grolman, Röder y el Prinz Wilhelm —se quedaron en Genappe, a esperar a Blücher; con ellos lo hicieron los *aides-de-camp* de mayor graduación, Pfüll y Witzleben— era el de mayor rango entre los que aún seguían a Gneisenau —el capitán Banermeister y los tenientes Behrendt, O’Etsel y Gerlach—, cabalgaba junto a él diciéndose que si Dios se le atravesara en un recodo del camino seguramente vencería, pero lo pasaría fatal. Jamás había visto una exhibición de fuerza comparable; ni siquiera el bárbaro de Morillo en sus más salvajes días fue capaz de perseguir al enemigo con el encono de aquel hombre.

La luna iluminaba Les Quatre Bras, aunque hurtando los detalles; aun así, aquello sólo podía ser el campo de batalla; lo atestiguaba el hedor de cientos, si no miles de cuerpos descomponiéndose; los franceses habrían enterrado a los suyos, pero a Miniussir le constaba que la gente de Wellington sólo tuvo tiempo para los que habían caído en la línea de fuego, no en los bosques ni en el centeno. Contenía un bostezo cuando vio llegar un mensajero, con una carta de Blücher para Gneisenau. Así supo éste que aquél estaría en Genappe al amanecer, que Grolman le había

explicado el regalo de Bonaparte y que le gustaría verle a las ocho de la mañana. Terminaba diciendo que, si bien se caía de sueño, no quería irse a dormir sin escribir un par de cartas, ésa para él y otra para su mujer. El viejo *kriegspeerd*, era comprensible, debía de tener muchas ganas de desplegar sus alas y cacarear.

03.15 h.

Un teniente traía el mensaje que Pajol expidió a las diez de la noche. Grouchy, que dormitaba, no necesitó pensarse la respuesta: si la batalla en Mont-Saint-Jean había terminado, la de Wavre no, y necesitaría toda su caballería para perseguir a Thielmann si las condiciones fueran favorables, así que ordenó a Pajol, en su propia nota, que se reuniera con él en Bierges, siguiendo el curso del Dijle.

03.30 h.

Con Frasnes a la vista, el horizonte por el lado de Sombreffe anunciaba el amanecer. Se detuvieron frente a la Zum Kaiser Inn, cuyo dueño les ofrecía con una reverencia pasar al interior. Gneisenau se volvió a observar su menguada tropa. No serían más de mil trescientos, una cifra que al momento confirmó el teniente Gerlach, designado contador oficial; llevaba el arqueo de los prisioneros, del botín y de los propios efectivos. Suficiente, se dijo Gneisenau. No tenía sentido ir más lejos. Lo conseguido superaba sus expectativas, y no ya por las ganancias materiales, sino porque l'Armée du Nord de ningún modo podría volver a ser una fuerza organizada en menos de diez días. Salvo Grouchy, nada se les podría enfrentar según marchasen hacia París. La situación, en realidad, se había ido tan al extremo que debería cambiar de prioridades; lo venía pensando desde que dejaron atrás el fétido Les Quatre Bras y lo pensaría un poco más antes de descabezar un sueño de dos horas, tres todo lo más. Con eso bastaría para volver a estar a punto, aunque no sin antes cumplir con la más arraigada de las tradiciones prusianas, la que inaugurara en Fehrbellin el Generalfeldmarschall Georg von Derfflinger tras aniquilar con su fuerza de voluntarios un ejército sueco tres veces mayor, y que si congregó a sus hombres para ponerlos a rezar fue seguramente por no podersele creer.^[208]

Al pie de una gran hoguera, bajo un cielo despejado del que las estrellas se borran, rodilla en tierra salvo el que dirigía la oración, mil y pico húsares, ulanos y dragones entonaban el himno de acción de gracias de los ejércitos prusianos:

Herr Gott, dich loben wir, Herr Gott, wir danken dir.
Dich, Gott Vater in Ewigkeit, ehret die Welt weit und breit.
All solch dein Güt wir preisen, Vater ins Himmels Thron,

Die du uns tust beweisen Durch Christum, deinen Sohn,
Und bitten ferner dich, gib uns ein friedlich Jahre,
Vor allem Leid bewahre und nähr uns mildiglich!^[209]

Miniussir era el único que no cantaba, porque ni conocía la letra de aquel salmo luterano ni tenía la menor idea de que aquellos bárbaros fueran tan píos, pero aun así seguía la oración rodilla en tierra, como todos los demás y tan pendiente como ellos del Graf Gneisenau, único en pie por ser quien la dirigía. No estaba seguro de si aquella escena, más drúidica que cristiana, más del Walhalla que del Edén, más de Odín que de Jesús, le conmovía o le aterraba. Quizá fueran las dos cosas. Dios no quisiera que algún día tuviera que luchar contra esos salvajes. No sabría decir qué le inspiraban, si la más total admiración o el más profundo de los horrores. Prefirió decidir que lo primero. Después de todo, aquella madrugada él había sido un ulano más.

04.00 h.

Wellington despertaba. No por sí mismo, sino por haber oído a Hume; el hombre no le habría tocado, pero al verle abrir un ojo pensó que desearía volver a la vida. Traía el estadillo de bajas. Los muertos británicos eran mil cuatrocientos (con los de la KGL), los alemanes mil doscientos (*hanoverians, brunswickers y nassauers*), y los holandeses unos mil. Los heridos graves eran tres veces más. En total, el número de bajas registradas por el Army of the Low Countries, entendiéndose por tales individuos no disponibles para el servicio, era catorce mil cuatrocientos. Una cifra horrorosa, pero inferior a la que temía. Fiel a su leyenda no mostró emoción, aunque Hume, que le conocía bien, percibía cierto alivio, el de saber que le quedaban efectivos suficientes para proseguir la campaña. Tampoco parecieron afectarle las bajas con apellido. Sólo quiso saber las de generales. Los muertos eran pocos: los holandeses Van Merlen y Collaërt, y los británicos Picton y Ponsonby; los heridos de consideración eran más: Halkett, Alten, Uxbridge, Kempt, Pack, Grant, Cooke, Barnes, Adams y Du Plat. De coronel abajo no necesitaba nombres, o no en ese momento, pero sí quería saber cómo estaban Uxbridge y Somerset. Le alegró saber que lo contarían, y que se habían tomado sus respectivas amputaciones no ya con filosofía, sino con *british humour*. Tras eso preguntó por Gordon. Hume, con expresión apenada —le sabía muy unido a Wellington— dijo que falleció a medianoche. A eso His Grace no contestó; no era hombre que dejase aflorar sus sentimientos, si padeciese alguno, lo que según sus allegados no era demostrable. Hume, desconcertado por su ausente silencio, añadió que los heridos leves seguían en los improvisados hospitales de Mont-Saint-Jean y del cercano caserío Joli-Bois. Los

graves habían sido enviados al Hospital Militar de Bruselas, un monasterio jesuita requisado por Broke siguiendo instrucciones de Álava. Se había previsto enviar los que no cupiesen a los hospitales regulares de Saint-Pierre y de Saint-Jean, así como a los provisionales instalados en la lúgubre Abadía de Cambra, en las iglesias de Les Béguines, de Saint-Augustin y de Sainte-Madeleine, así como en diversos teatros de Bruselas. Los heridos del Army of the Low Countries tendrían prioridad; sólo cuando acabaran con ellos empezarían a ocuparse de los que Bonaparte dejó atrás. Había ordenado que se cavaran fosas, unas para los franceses, otras para los holandeses, otras para los británicos y las últimas para los alemanes. Los sepultarían en cal viva, salvo a los que por su grado se prefiriera enterrarlos en el cementerio de Waterloo. En cuanto a los destrozados irreconocibles, muy numerosos, se prefirió no distinguir entre nacionalidades; los concentraban en Hougoumont, para quemarlos. Wellington asintió una vez más, conforme con las medidas; eran las ordinarias, las que se tomaban cuando se vencía; las que, ahora que caía, no se tomaron en Les Quatre Bras. Tras eso despidió al médico, y tras despachar con su orinal tomó asiento frente a la pequeña mesa que presidía el aposento. Era hora de ponerse a escribir. El despacho para Bathurst era prioritario, pero no estaba inspirado. Para entrar en calor literario era bueno empezar por lo sencillo, su correo personal, y más concretamente por Lady Frances. Le sorprendía constatarlo, pero su imagen era lo único que conseguía movilizar el escaso interés que se permitía conceder a cualquier cosa que no fuera la guerra, la que seguía esperándole ahí fuera.

04.30 h.

El Emperador y su séquito llegaban a Charleroi. Desde Genappe no habían cesado de cabalgar. Si habían de apresarle, que fueran los ingleses. Con ellos no tenía cuentas personales, así que le cabría esperar un trato digno, pero el perro rabioso de Blücher le colgaría del primer árbol. De ahí el pánico que le invadió al ver los oscuros uniformes de aquellos hijos de Satanás. No le abandonó en todo el camino, al punto que no fue capaz de señalar por sí mismo el mejor para escapar de Genappe. Él, Bassano, Bertrand, Drouot, Alí, sus cocheros, sus palafreneros y la docena de lanceros rojos que les escoltaban cabalgaron y cabalgaron aguas abajo del Dijle, hasta dar con un puente tan apartado de Genappe y de los caminos que conducían a Charleroi que a los prusianos se les había olvidado volarlo. Estaba tan lejos como en La Motte, lo que supuso dar un rodeo de muchos kilómetros, en total oscuridad y siempre temiendo darse con la caballería de Blücher. Sólo al llegar a Charleroi volvió a sentirse dueño de su cabeza. Esperaba en una calle desierta el regreso de Bertrand y de Bassano, que habían ido a buscar los carruajes de su impedimenta y su tesorería; uno de los cuatro era su carroza de viaje, la que compartió con ellos cuando dejó París para dirigirse a Laon y Avesnes; desde ahí ya podría viajar con alguna

comodidad. Prefería no preguntarse qué haría si aquellos dos volvían con las manos vacías. No estaba en situación de procesar más catástrofes, se decía suspirando con alivio al ver aparecer su enorme vehículo. A la única pregunta, «¿el oro?», Bertrand contestó «perdido, Sire; nuestra gente lo saqueó». Era lo peor de las derrotas: tras ellas todo eran desastres, así que ni preguntó por Bassano. Si había de volver a París con él, que se diera prisa en alcanzarle. A la pregunta de Bertrand, si aprobaba la ruta Philippeville, Mariembourg, Laon y Soissons, respondió con un gesto de desdén, de «mande usted ir por donde le dé la gana». Bassano se les uniría después, añadió Bertrand sin conseguir que respondiera. No quiso añadir que se había quedado con uno de los lanceros y el desolado sargento de *grenadiers-à-pied* que mandaba el disperso pelotón, cuyo sentido de la fidelidad le había llevado no sólo a renunciar a los napoleones que le hubieran correspondido, sino a permanecer allí para espantar a los potenciales saqueadores. El primer carro contenía la carpa de campaña, la que usaba l'Empereur cuando vivaqueaba con sus *grognards*; el segundo era la carroza, el tercero estaba destrozado y en el cuarto sólo había papelotes. Era el que a Bassano le preocupaba, pues los tales eran el archivo personal de l'Empereur, sin el cual jamás salía de París. Si los prusianos llegaran a leer lo que allí se guardaba, la pena de muerte que habían dictado contra Su Majestad alcanzaría unos cuantos cuellos más, el suyo de los primeros. De ahí que no buscara nada en particular, porque no había tiempo, ni caballos para llevarse a París el sentenciado carromato. Con ayuda del sargento, y con la pólvora de tres o cuatro sobrecillos, un minuto después ardía en pompa, lo que a otro menos cauto le habría llevado a montar en su yegua y desaparecer, pero Hughes-Bernard Maret, Duc de Bassano, había visto demasiadas cosas en los cincuenta y dos años de su vida para no esperar los minutos necesarios hasta estar seguro, a ciencia cierta, de que allí ya no quedaba documento alguno que le pudiera incriminar. Los prusianos, o el Bourbon si le volvieran a sentar en el trono, sólo le podrían imputar haber sido muchos años el ministro-secretario de Napoleón y, en consecuencia, el hombre cuya obligación era saber dónde se guardaban, o dónde yacían, sus innumerables esqueletos.

05.00 h.

Wellington había terminado no sólo con su correo, sino de lavarse la cara y afeitarse. Tras un vistazo al camastro de donde ya se habían llevado a Gordon, bajó al comedor para dar allí con Álava, quien presentaba un innegable aspecto de no haber dejado de trabajar desde que se separaron a medianoche. Le había esperado para desayunar, y mientras Thornton preparaba los huevos, el tocino y el té le transmitió la única novedad: Müffling había pedido se le despertase, a lo que se negó sin antes conocer la razón, y tras oír que Blücher tenía intención de dar a la batalla el adecuado nombre Belle Alliance —a mayor precisión, Schlacht bei Belle-Alliance; así lo había

escrito en una carta que acababa de mandar a su rey—, decidió que aquella no era razón suficiente para sacar a His Grace de la cama —del suelo, le corrigió His Grace con una sonrisa—, de modo que, tras gruñir un poquito, el barón aceptó que también él necesitaba dormir, y desde ahí sólo cabía suponer que se fue a la suya.

—¿Y por qué no has hecho tú lo mismo?

—Estaba desvelado, así que aproveché para escribir un informe para Fernando, mi venerado rey, que ya sabes cómo es. Me crucificaría si supiera de todo esto —señalaba en derredor, indiscriminadamente— por los periódicos antes que por mí. Ahora, no pensaba enviárselo sin que tú lo vieras primero y me dieras tu aprobación, así que lo pasé al inglés. Aquí lo tienes.

Le tendía seis pliegos escritos en una letra muy cuidada. Wellington las tomó con gesto de sorpresa, pero con una sonrisa que le traicionaba. El buen Álava, siempre adelantándose a todo; por ejemplo, a saber que aquella mañana no tendría la cabeza para maravillas literarias. Sería el mejor *chef d'état-major* del mundo si se dejara contratar.

Media hora después, tras haber comentado las cuartillas, señalado algunos párrafos y subrayado algunas líneas, se levantó a mirar por la ventana. La mañana parecía fresca. Sería ideal para salir con la jauría y media docena de buenos amigos a cabalgar en pos de alguna zorra, lo que desgraciadamente no sería el caso, pero al menos podría disfrutar el placer de trotar hasta Bruselas. Sería hora y media placentera, con el valor añadido de que le despejaría su todavía embotada cabeza. Quizá fuera porque las paredes de aquella fonda miserable y doliente se le venían encima; tanto lamento, tanto quejido, incluso tanto grito, le decían que allí no podría concentrarse. Decidido: a Bruselas.

—¿Vienes? Necesitaré tus papeles, los que me mostraste anoche. Pasarme horas buscando nombres, momentos, lugares y copias de órdenes no me ilusiona, la verdad. Me vendría bien que me los dictaras. Así ahorraría tiempo, y voy a necesitar el que no tengo para resolver los problemas que dentro de poco me planteará todo el mundo. Waterloo ya es historia, mi querido Miguel. Lo que ahora empieza es la carrera por París, y cuanto menos ventaja me tome la sabandija esa, mejor.

—No te saca mucha. De aquí a Genappe sólo hay una galopada, y su chico Thielmann, o Pirch, sigue chapoteando en Wavre con el cabrito de Grouchy. Estáis iguales, si lo piensas.

—En apariencia, sí, pero algo estará tramando, ya lo verás. ¿Te acuerdas de ayer? Se las compuso para sólo intervenir en el último instante, tras asegurarse de que Boney me hacía picadillo, y encima de forma que además deba darle las gracias.

Álava reflexionaba; efectivamente, así había sido, pero no sería prudente comentar que con aquello apenas le devolvía la gran putada de Ligny. Wellington era muy suyo para esas cosas.

—Al menos te hizo un gran recibimiento. En La Belle Alliance, ya sabes.

—Es lo que más me fastidió. Recibirme con una brigada presentando armas y con su puta banda tocando *a tutta orchestra*. Como si el vencedor fuera él —Álava prefirió callar que nunca estaría del todo claro quién lo había sido, aunque a él no le quedaran dudas de quién merecía pasar primero a la posteridad—; bien, tiempo habrá para cuadrar cuentas. ¿Conforme? Pues andando.

05.30 h.

Los supervivientes de Mont-Saint-Jean llevaban media hora cruzando Charleroi. Hasta las cinco habían pasado muy pocos a pie, pero desde ahí su número subió con rapidez. A eso se debía que los almacenes de Charleroi que sobrevivieron a los combates del día 15 acabaran de verse reventados por los exhaustos soldados —llevaban sin comer caliente más de día y medio—, los cuales se mostraban tan expeditivos a la hora de abatir puertas como presurosos a la de vaciar anaqueles. La razón de su prisa era común: ignoraban cuánta ventaja conservaban sobre las vanguardias prusianas, y si algo no querían volver a escuchar era el redoble de sus tambores. Aunque no tenían un plan —los oficiales que marchaban con ellos habían abdicado de mandar—, pensaban que la fortaleza de Avesnes sería un buen refugio contra esos hijos de sus madres, y aun a fuerza de sólo echarse a dormir cuando no pudieran más su propósito era no detenerse hasta verse tras sus muros. Después de tal momento estarían encantados de volver a ser soldados disciplinados, pero hasta entonces sólo les preocupaba poner a salvo sus pescuezos. Los más veteranos quizás un poco menos, pero los *Marie-Louises*, que con aquella sólo llevaban dos campañas en sus abandonadas mochilas, habían aprendido, de un modo indeleble, a espantarse cada vez que alguien, a lo lejos, gritase «*Les Prussiens! Les Prussiens!*».

06.00 h.

A la mesa donde dos mañanas antes desayunaran Ney y sus generales, se sentaban Woytschekowsky, Bentivegni, Banermeister, O'Etzel, Gerlach, Behrendt, los comandantes de las brigadas de caballería (Treskow, Bürsche, Watzdorf y Sidow) y Miniussir. Al último ya se le tenía por uno más; ayudaba no poco su excelente alemán, pese a que su acento vienés se apartase del muy gutural de la Prusia Oriental que padecían casi todos. Ninguno había empezado, pese al hambre de lobo que tenían y al irresistible aspecto del copiosísimo desayuno encargado por Woytschekowsky. De ahí el alivio general cuando se abrió la puerta para dejar pasar al imponente Graf Gneisenau, que como siempre mostraba un atuendo de gran sobriedad, luciendo únicamente su Eisernekreuz.^[210] Los once, pese a lo mucho que rugían sus tripas, se levantaron de un salto y se cuadraron con estrépito, al mejor estilo del KPA, salvo

Miniussir, que hacía lo mismo aunque con un levísimo retraso que nadie le reprochaba; después de todo, sólo hacía nueve horas desde que comenzase a ser prusiano.

—¿Qué planes tiene, Miniussir?

Antes de llegar ahí Gneisenau se había hecho explicar el estado de la fuerza y el balance de capturas. Se le veía satisfecho, y quizá de buen humor, si bien el oficial angloespañol no se sentía capacitado para determinar a ciencia cierta si aquel tipo tenía humor o no.

—Regresar al cuartel general de Lord Wellington y trasladarle lo que Su Excelencia desee.

—Hágale saber que ocupamos posiciones aquí, en Frasnes, que los Armeekorps II y III mantienen la persecución del ejército de Grouchy y que los otros dos, a media tarde, se habrán concentrado entre Charleroi y Gosselies. El *hauptquartier* del Fürst Blücher está en Genappe, adonde pienso marchar en cuanto acabemos aquí. Dada la nueva situación, pienso proponerle la marcha inmediata sobre París. Espero que nos veamos allí, *major*. Por lo demás, ha sido agradable contar esta noche con un artillero de refuerzo. Ah, y puede quedarse la capa y el chacó. Le sentaban muy bien.

Gneisenau se levantó con cierta brusquedad, lo que al momento hacían todos los demás, incluyendo al admirado artillero de refuerzo. Ni siquiera su jefe, que cuando quería era un maestro de la concisión, sabía decir tantas cosas con tan pocas palabras.

07.30 h.

Philippeville. Allí ya podía considerarse a salvo, pero sentía un cansancio infinito. Necesitaba dormir. No más de seis horas, ordenó; si a la una no despertaba por sí mismo, que Alí no vacilara en zarandearle. La posada L'Auberge d'Or no sería el más elegante de los palacios imperiales, aunque la cama estaba limpia y era cómoda. No necesitaba más, aunque antes de tumbarse dio dos órdenes; la primera, que un lancero saliese hacia Wavre y dijese a Grouchy que marchase a Namur y de allí a Laon, donde le quería cuanto antes, porque ya se dibujaba en su cerebro una nueva Armée du Nord y sus dos *corps d'armée* serían el núcleo central. La segunda era para Drouot; quería que localizase a Soult para que reorganizase *l'état-major* y dirigiese los supervivientes de Mont-Saint-Jean a la fortaleza de Avesnes, para que se rearmaran y siguieran hacia Laon, ellos también. Si esas órdenes y otras que diera más tarde se obedeciesen con prontitud, en una semana podría desplegar en Saint Quentin no menos de doscientos mil hombres. No serían tan excelentes como esos que le traicionaron en Mont-Saint-Jean, pero serían más de los que pudieran juntar Blücher y Wellington. Estaba casi seguro de haber dado con ello, con la fórmula de volver a ser lo bastante fuerte para derrotarlos incluso si marcharan juntos, pero necesitaba dormir. Cuando despertara, la luz se haría otra vez sobre su mente.

08.00 h.

Blücher se reunía en el comedor de Le Roi d'Espagne con su primer nivel de mando. Sentados a una mesa, el Ferraris de Gneisenau cubriéndola por completo, se hallaban éste a un extremo y Blücher al otro; a la izquierda del segundo, Nostitz y Grolman. A la derecha, Bülow y Zieten. Blücher, sentado en escorzo y con su inflamada pierna derecha sobre un arcón, contemplaba en su mano izquierda un tricornio de calibre similar al de una palangana y con aspecto de haber pertenecido a Bonaparte; con la derecha empuñaba un sable muy lujoso que también procedía de la *berline*. El Major Keller sostenía frente a los ojos de *Seiner Durchlaucht* un maletín donde había depositado los diez mil napoleones de veinte y cuarenta francos encontrados en diversas bolsas, todas de terciopelo azul y con una N bordada en oro, que se guardaban en los cuévanos de la *berline*; dentro de una caja de cristal, coronándolos, estaban las docenas de diamantes que Grolman descubrió en las entretelas de un uniforme. Aquella fortuna colosal —Nostitz, ducho en joyería y hecho a pensar en francos, la estimaba en más de diez millones— la redondeaban unos cuantos objetos montados en oro, como un catalejo, una brújula, unos anteojos, dos relojes, seis juegos de gemelos, docenas de condecoraciones y varios anillos, entre los que destacaba el sello imperial, de diseño mazacótico y que a Bonaparte debía pesarle demasiado, pues era notorio que sólo se lo ponía en las grandes ocasiones. Blücher, al menos, no recordaba que lo llevase puesto cuando quiso seducirle invitándole a cenar.

Una de las prerrogativas de los comandantes supremos era repartir entre los subordinados inmediatos una parte del botín. Bülow y Zieten recibieron los relojes, Grolman y Nostitz sendos juegos de gemelos, dos de los anillos serían para Thielmann y Pirch, los anteojos se los quedaría el nada deslumbrado Keller —Blücher sospechaba que si era tan espabilado como aparentaba ya se habría quedado con su parte; si no, que aprendiera para la próxima—, él se reservaba el sable, la brújula y el catalejo, y Gneisenau, por fin, ya vestía en su meñique izquierdo el sello imperial —Bonaparte pasaba por ser un hombre de manos pequeñas, mientras que las suyas parecían un catálogo de bananas—. Los diamantes, las condecoraciones y el resto de las chucherías saldrían para Prusia en el primer convoy, de lo cual el rey pronto tendría cumplida cuenta, porque Gneisenau pensaba escribir esa mañana la reseña detallada de la campaña. Los napoleones, por último, se reunirían con los cinco millones de francos en papel moneda encontrados en el carro de la pagaduría, para ingresar en la desfallecida caja del Niederrheinarmee. Nostitz comentaba que aquella medida despertaría murmuraciones por parte de «los de siempre», pero Blücher estaba en eso tan seguro de sí mismo como en todo lo demás. Aquel dinero era de curso legal, y emplearlo en reducir las terribles deudas del Niederrheinarmee a

causa de que «los de siempre» no le hacían llegar un puñetero táler,^[211] y en costear la campaña en el interior de Francia, que para nada sería un «picos, palas y azadones», Friedrich-Wilhelm no se lo podría reprochar. Tras aquello no había más que decir, así que despidieron al decepcionado Keller, que se soñaba de Oberstleutnant, y siguieron con los asuntos del día. El primero, que Blücher no lograba comprender, era la decisión de Gneisenau de sacar al II Armeekorps de la campaña.

—¿Le ha hecho algo Pirch, *Euer Excellenz*?

—No, *Euer Durchlaucht*. Sólo sucede que la victoria de ayer nos debe llevar a reconsiderar nuestros objetivos. Lo que tenemos delante no es la prevista guerra de movimientos contra un ejército en retirada. Se ha vuelto una carrera donde competimos con los británicos, los rusos y los austríacos. Debemos marchar deprisa, y en estos días hemos aprendido que no toda nuestra infantería *landwehr* puede resistir el paso de la de línea —Zieten y Bülow asentían—. Marginalmente, las fortalezas francesas del Sambre, el Meuse y el Moselle podrían ser un objetivo excesivo para el Norddeutsche Bundeskorps. Por eso propongo redistribuir las unidades del II, cediéndoles los menos ágiles de los regimientos *landwehr* y repartiendo su caballería y su infantería de línea entre los otros *armeekorps*. Haciéndolo así, la fuerza de invasión resultante sumaría ochenta y cinco mil hombres, los mejores que tenemos. El Norddeutsche Bundeskorps, reforzado con el II, sumará cuarenta mil, y aunque no sea muy veloz será lo bastante fuerte para tomar sin dificultad estas diez fortalezas —señalaba Maubeuge, Philippeville, Mézières, Givet, Charlemont, Landrecies, Longwy, Rocroi, Mariembourg y Montmédy; de una en una no decían nada, pero vistas como las señalaba él formaban un arco tensado que apuntase una flecha contra Aachen y Koblenz, los objetivos históricos tradicionales de las invasiones francesas—; después de lo de ayer parece claro que la guerra no será larga; las compensaciones territoriales será lo primero que se discutirá cuando los soberanos lleguen a París, y mejor será que cuando salgan a relucir estas fortalezas nuestros regimientos estén asentados en ellas —Blücher asentía; gran verdad era eso del perro que decía Grolman—. En cuanto a Grouchy, Thielmann y Pirch tienen órdenes de formar una pinza y atraparle, aunque no será tan bobo de morder el anzuelo. Por mucho empeño que pongan en perseguirle, no podrán impedir que pase al otro lado del Sambre. Aun así, trataremos de cazarle. Por lo demás, una vez acabe todo eso Pirch se quedará en Valonia y Thielmann marchará por Philippeville para reunirse con nosotros en Laon. Desde ahí seremos ochenta y cinco mil, como dije antes. Davout tiene noventa mil más los de Grouchy, a los que se sumarán los que ahora están dispersos, pero que no lo van estar toda la vida. Será necesario que les adelantemos. A eso se debe que las vanguardias del I —señalaba con el dedo a Zieten, que asentía una vez más— hoy tomarán Charleroi y avanzarán

hasta la frontera. Mañana dormiremos en Francia, *Euer Durchlaucht*. En cuanto a los demás días...

Durante diez minutos el Graf Gneisenau, sin notas y sin papeles, demostró para qué vivía. Incluso señalaba los lugares donde cada noche se izaría el pabellón del Fürst Blücher. La lista concluía la noche del sábado 7 de julio, en el *château* de Saint Cloud, París.

—¿Y Wellington? ¿Tan seguro está *Euer Excellenz* de que no avanzará con la misma rapidez?

El que preguntaba era Bülow, y por una vez no con mala intención. Sólo pretendía «saber».

—Como poder, podría, pero es dudoso. Apostaría mi mejor caballo a que mañana, cuando nosotros nos adentremos en Francia, él seguirá dando descanso a sus tropas derrengadas.

—No lo estarán menos que las nuestras.

—Cierto, pero así como las de ustedes —por Zieten y Bülow— llegaron anoche a Frasnes y Genappe, y las de Pirch a Mellery, las suyas aún están en Mont-Saint-Jean. Si es así como piensa moverse, cuando llegue a París le recibiremos tan bien como en La Maison du Roi.

Blücher sonreía con malignidad. De no ser por la maldita pierna —llovía sobre mojado; era la misma que se le rompió al caer de un caballo en 1795—, los días que venían serían los más felices de su vida. Nada valdría más para él que gobernar París en su mejor estilo, en tanto no llegaran Friedrich-Wilhelm y los demás. No inventaría nada, porque no hacía falta. No pretendía comportarse con París de un modo distinto al de Bonaparte con Berlín entre octubre de 1806 y noviembre de 1812. Sólo sería cuestión de concentrar en unos pocos días seis años de tiranía y deshonor.

09.00 h.

Wellington y Álava llevaban una hora trabajando. El primero meditaba cada palabra, consciente de lo que aquel despacho supondría para su futuro. Álava, de naturaleza más nerviosa, de vez en cuando se daba un paseo por el amplio despacho de His Grace. Le intrigaba que pese a la temprana hora se congregara frente a la fachada de la Rue Royal un gentío que pronto sería multitud. Si acudían allí, en lugar de al palacio de Laeken, o al del Prins Willem, o incluso a la embajada británica, sería por haber detectado la presencia de Wellington, cosa que le asombraba, si bien no tardó en deducir la razón: el eficiente mayordomo de la casa, un teniente coronel galés para el que no existían los palacios ni los *châteaux*, pues en su concepción de lo universal sólo había cuarteles, unos más grandes y otros más pequeños pero siempre cuarteles, habría ordenado izar la Union Jack en el mástil del edificio, como se hacía en Buckingham Palace cuando estaba George III. Un buen detalle, por su parte;

Wellington no sería un monarca, pero aquella mañana era el Rey del Mundo.

—Si te asomas un momento verás algo que te divertirá.

Wellington, pensativo —en su peculiar estilo literario las palabras fluían solas, sin pensarlas demasiado, pero aquella mañana, empezando a componer el segundo borrador de su *dispatch*, no escribía una frase sin haberle dado la suficiente cantidad de vueltas como para estar seguro de que ninguna otra expresaría mejor lo que pretendía decir—, decidió que unos minutos de distracción no le vendrían mal, así que, parapetado tras las cortinas, estudió el panorama con alguna prevención. Las visiones de multitudes no le agradaban, y menos si suponía que, de asomarse, sufriría un torrente de aclamaciones. Ya emprendía el retorno al escritorio cuando alguien llamó con suavidad. Había ordenado que no les molestasen, salvo si se tratase de algo importante o de alguna visita del tipo al que no se puede invitar a volver el día siguiente, así que abrió él mismo para darse con su marcial mayordomo. Álava, un poquito duro de oído y aquella mañana incluso más, no oyó qué dijo el teniente coronel, pero supuso lo peor al observar un contenido gesto de hastío ducal.

—Está bien, hágala pasar.

Un minuto después, la imponente duquesa de Richmond aproaba rumbo al duque con el porte y la solemnidad de los más pesados navíos de Su Majestad. Frente al Héroe Victorioso se desparramó en una reverencia, pero aquella mañana Wellington no estaba para tonterías. Visiblemente incómodo la izó con alguna dificultad, pues la oronda mujer, pese a sus dignos esfuerzos, no controlaba debidamente su centro de gravedad; tras eso la tomó de la mano, se la besó y se la quedó mirando sin decir nada. La otra estaba por iniciar un parlamento que como todos los suyos sería tan largo como insulso, cuando reparó en la expresión de Álava. Era inequívoca: «estamos trabajando, buena mujer; déle ya el par de besos y déjenos en paz de una maldita vez».

Una vez liberados de Lady Charlotte Wellington volvió a observar la Rue Royal. Le vendría bien extender las alas y cacarear, se decía el general consciente de que a su amigo rara vez le disgustaba dedicar unos minutos a tan placentero asunto, aunque sería un desperdicio que lo hiciera sin contar con audiencia conveniente. La que más destacaría en esa faceta se materializaba en primera línea. Con gran mérito y excelentes codos, pues el gentío apretaba, el inevitable Creevy se había colocado lo bastante a la vista para ser identificado. Wellington, tras dudar unos segundos, salió al balcón y levantó los brazos en señal de agradecimiento a los estentóreos rugidos de la muchedumbre, para después señalar a Creevy con el dedo invitándole a subir, lo que causó en el ego del buen hombre lo mismo que si se le hubiese aparecido el Santísimo. Minutos después, a solas —el discreto Álava se había retirado del teatro de adoraciones—, His Grace, con el tono desapasionado que reservaba para las grandes ocasiones, comenzó a desgranar el relato de lo que llamaba Batalla de

Waterloo con el aire de quien describe una cacería de zorros tan aburrida como cualquier otra. Todo lo que contribuyese a incrementar la propia leyenda era saludable, Creevy era el mayor correveidile del Imperio y hacer saber al mundo que the Duke of Wellington era más imperturbable que si le hubieran esculpido en piedra rendiría excelentes frutos en un futuro no lejano.

Cuando Creevy salió, con gesto de seguir en trance —así debía de verse santa Teresa tras cada colisión con el Santo Cristo de la Levitación, se pensaba por su espalda con escasa caridad—, al general le bastó una mirada para entender que Wellington recuperaba su concentración, la necesaria para componer *dispatchs* que se publicarían en *The London Gazette*. Una vez tal cosa sucediera, el primer nombre que diría cualquier inglés al que se preguntase quién representaba mejor el espíritu, las virtudes y la fortaleza de la raza británica, sería el de Sir Arthur Wellesley, Duke of Wellington.

—Estábamos en La Haie Sainte a las cinco, ¿verdad? Bien, ¿seguimos?

10.00 h.

Los dos *corps d'armée* se reunían en La Bawette, un kilómetro al noroeste de Wavre. El IV había rodeado la ciudad por el Oeste, tras tomar el Pont de Bierges con menos oposición de la esperada y cortar la senda de fuga de Thielmann hacia Plancenoit o hacia donde diablos estuviera Blücher; el III, con Vandamme al mando, tampoco necesitó esforzarse mucho para ocupar el inexpugnable Pont du Christ, ni tampoco para cruzar la silenciosa ciudad, donde Thielmann no se había molestado en bloquear las calles ni en incendiar las casas. Parecía tener prisa en llegar a La Bawette, donde tenía sus carros de suministros, y tras eso iniciar una ordenada retirada por la carretera de Bruselas. Según informaban los exploradores del general Exelmans, que les vigilaban no de lejos, avanzaban a buen paso pese a que se llevaban todo con ellos, los heridos y los muertos también.

A Vandamme aquello le parecía consistente con una derrota de Wellington y Blücher en el *plateau* de Mont-Saint-Jean, la cual habría dado lugar a que los supervivientes huyeran hacia Bruselas, pero Grouchy desconfiaba. Si el Emperador hubiera vencido lo habría hecho saber del modo habitual, despeñando una catarata de órdenes; si el que no hubiera llegado ningún mensajero era razón suficiente para preguntarse si debía o no ir más lejos en la persecución de Thielmann, el no escuchar cañonazos por el oeste indicaba que l'Empereur no estaba empeñado en perseguir a nadie, lo que no tendría sentido si de veras hubiese vencido. A eso se debía su instintiva repugnancia por lanzarse sobre Thielmann, como reclamaba Vandamme en tono exasperante, de considerarle un cobarde o un inepto, si no ambas cosas. Ya se planteaba destituirle cuando apareció el esperado jinete de Sault, que según explicaba se había perdido varias veces desde que dejara Genappe poco antes de medianoche.

No traía órdenes, ni verbales ni escritas, lo que al ir contra las costumbres del *état-major* imperial, y siendo además un sargento al que ni Grouchy ni Vandamme recordaban, era para sospechar, pero a medida que desgranaba los horrendos detalles del colapso de l'Armée du Nord se hacía claro que aquel pobre diablo no era un prusiano disfrazado. La derrota parecía ser tan total, y el desorden tan absoluto, que a Grouchy no le cabía esperar órdenes de nadie. Se había quedado solo, y no necesitaba una gran imaginación para comprender que su ejército sería esencial para impedir que Blücher arrasase París. Sólo él le preocupaba, pues pese a ser de los mariscales que jamás había luchado contra Wellington sabía que no le gustaba saquear. En su avance sobre Toulouse siempre dio muestras de caballerosidad, además de pagar todo lo que su ejército consumía, como el admirado Soult más de una vez había explicado. Blücher no haría eso. Blücher era un animal, y su ejército sería lo único que se interpondría entre París y su odio salvaje. Su deber era preservar hasta el último soldado, para lo cual su primera medida sería elegir el mejor camino para regresar a Francia. Concentrado en su *Le Capitaine* reflexionaba no sólo sobre las ventajas e inconvenientes de cada posible ruta, sino sobre las medidas que habría tomado Blücher. Daba por hecho que al menos un *armeeekorps* estaría marchando desde Plancenoit para cortarle la retirada, de modo que no había tiempo que perder. El camino lógico era el del sureste, hacia Gembloux y Namur, para desde ahí seguir el curso del Meusse hasta Givet-Charlemont, y más allá, pues ya vería. De momento procedía informar de sus planes a Exelmans y a Vandamme, recabar sus opiniones, por si tenían alguna, y emprender la marcha, tras enviar un mensaje a Pajol informándole de la situación y de sus decisiones.

Exelmans, pese a no mirarle con simpatía, era un hombre inteligente, reflexivo y que sabía leer un mapa. Se mostró de acuerdo, pero no así Vandamme, que quizá no poseyera los mismos dones, o que pretendía llevar su enfrentamiento con Grouchy al extremo del delirio, pues proponía marchar sobre Bruselas tras aplastar a Thielmann, liberar a los miles de prisioneros que se hallasen allí para tras eso regresar a Francia vía Enghien, Valenciennes y Lille. Ante aquel disparate sólo había una forma de actuar, pensaba Exelmans, y agradeció al cielo que al fin Grouchy encontrara su virilidad, pues si algo no se podían permitir estando las cosas como estaban era un jefe sin un buen par.

—General Vandamme, si le repugna obedecer mis órdenes le relevaré ahora mismo.

Las palabras eran sencillas, incluso suaves, pero ni la mirada ni el tono de Grouchy dejaban espacio a la duda. Con la sombra de l'Empereur revoloteando sobre su cabeza sólo fue un mero ejecutor de órdenes superiores insuficientemente plenipotenciado frente a sus generales, pero ahora podía revelarse como quien de veras era, un Maréchal d'Empire veterano, competente y seguro de sí mismo.

Suficiente para Vandamme, que sabía cuándo convenía dejar de comportarse como un niño, de modo que se cuadró, expresando así que aceptaba sin condiciones el mando de Grouchy; quizá recordara que otra iniciativa como aquella que proponía, que por desgracia ni Marmont ni Gouvion supieron contenerle, terminó costándole veinte mil hombres valiosísimos^[212] frente a un general tan desacreditado como aquel prusiano Kleist que una vez rindiese Magdeburg a Ney. Las órdenes de Grouchy, por otra parte, no podían ser más lógicas. Exelmans se lanzaría por la ruta de Gembloux hasta llegar a Namur, para tomar los puentes que cruzaban el Sambre y el Meusse; deberían aplastar la resistencia de la guarnición prusiana, la cual no podría ser fuerte, porque la *intelligentzia* del Emperador decía que Blücher se llevó a Valonia casi todo lo que tenía. El IV Corps d'Armée seguiría la misma ruta; el III marcharía en paralelo por la inmediata del suroeste, hacia Temploux, a fin de darse apoyo mutuo de ser necesario. Las divisiones de Pajol y Teste, más los dragones de Maurin, formarían la retaguardia, que también marcharía por Temploux. Por último, los *chasseurs-à-cheval* y los húsares de Maurin deberían hostigar un par de horas a la retaguardia del III Armeekorps, a fin de hacer pensar a Thielmann que se le intentaba cazar. Con aquello, esperaba, Thielmann no pasaría de perseguido a perseguidor hasta que su infantería se hallase muchos kilómetros por delante.

—No debemos perder de vista que de nuestra rapidez en llegar a París, y de que sigamos siendo tantos como ahora, dependerá que Blücher no la destroe. Deberán preocuparse de que no haya deserciones, pues una vez los hombres sepan de lo sucedido en Mont-Saint-Jean rara será la noche donde no desaparezcan unos cuantos, lo que además de dañar la moral colectiva nos hará más débiles. Hagan ver a la gente que, si bien somos un ejército en retirada, nadie nos ha derrotado. Más aún, los vencedores fuimos nosotros, tanto en Ligny como en Wavre. Que la tropa lo tenga presente, pues vamos a necesitar hasta el último de nuestros hombres —los generales asintieron; era, Grouchy tenía razón, una situación muy dura de comprender: cómo habiendo vencido en dos batallas consecutivas, y con unas bajas muy reducidas, eran ellos los que debían retirarse—. ¿Alguna duda? —nadie dijo nada; si algo no se podría reprochar a Grouchy era que no hablase claro—. Pues marchando.

10.30 h.

Wellington seguía escribiendo. Su tercer borrador ya se ajustaba de un modo suficiente a lo que pretendía decir. El texto, que componía con su letra más clara —no pensaba en Bathurst, sino en los impresores de *The London Gazette*, que de jerga militar no podían saber mucho—, conservaba unos cuantos párrafos del que Álava preparase para su rey, pero su extensión era doble, no porque dijera muchas más cosas, sino porque las detallaba de un modo exhaustivo. Por profundamente que su

amigo conociera su pensamiento, no podía calcular los infinitos guiños en todas direcciones que debía deslizar. Redactaba un documento que nada más ser publicado tendría rango de histórico, de modo que se afanaba en que no sólo fuera claro, exacto y veraz, sino en que reforzase su imagen hasta los límites de la divinidad. Quizá no fuera consciente de aquel don, uno de los muchos que tenía, pero era un consumado maestro de la venta por escrito. Sobre todo si lo que trataba de vender era él mismo.

Álava y Miniussir, que acababa de llegar, hablaban en el despacho del primero.

—Parece que La Bestia le ha seducido.

—No le crea tan bruto, mi general. Además de muy listo, si quiere puede ser encantador.

Álava se lo quedó pensando. A él tampoco le caía mal, pese a la mutua inquina que se tenía con Wellington. De siempre le había parecido un tipo razonable. Bastante más que Blücher.

—His Grace ya cuenta con que los prusianos se adelantarán. Lo que trae usted no es una novedad: es una confirmación. Aun así, quiero que lo escuche de sus labios. Espéreme aquí.

Wellington, efectivamente, lo quería *from the horse's mouth*.^[213] Se lo hizo repetir un par de veces.

—¿Doscientas trece piezas de artillería?

—Eso es, Your Grace, así como cuatrocientos carros, unos de pertrechos, otros de municiones, algunos de víveres y, lo que más hizo reír al Graf Gneisenau, la impedimenta de los generales. Los ha dejado hechos unos *sansculottes*, decía. También, la caja del ejército. Unos cinco millones de francos, según el teniente coronel Bentivegni. Ah, y el carruaje de Bonaparte, así como dos o tres de su comitiva personal. El general Grolman encontró allí, según explicaba el Graf cuando desayunábamos, más de cien mil napoleones y varias docenas de diamantes, la mayoría de diez *carats* o más.

El duque parecía concentrado en el tablero de la mesa.

—Doscientas trece, nada menos..., pues sí que les ha ido bien. Nosotros no cogimos tantos, en Vitoria... —era como si se le hubiera ido el hilo, aunque Álava sospechaba que sólo trataba de aparentar una displicencia que no sentía—. ¿Qué piensan hacer con todos esos cañones?

—Se llevarán a Francia los treinta en mejor estado; en los carros encontraron pólvora y munición para muchos más, pero no tienen caballos. La pieza francesa de doce libras, según me dijo el coronel Hiller, necesita un tiro de cuatro percherones, pero salvo ciento y pico, los justos para tirar de treinta, los franceses se los llevaron todos. El teniente Gerlach comentó que las otras piezas se las llevarán a Koblenz remolcadas por bueyes, pero ése ya no será su problema. Se limitarán a dejarlas juntas, porque forman un reguero de diez kilómetros, junto con los carros que no se

vayan a llevar.

El duque y el general se cruzaron una mirada especulativa. Wellington se habría inclinado por cambiar piezas de doce libras por caballos percherones, porque tenía muchos, pero no sería el primero en proponerlo, y Gneisenau, por las trazas, no estaba para trueques.

—¿Y los mosquetes? Se harían con muchos, ¿no?

—Docenas de miles. La munición francesa es del 17,5 y la suya del 18,6, pero en los carros había millones de proyectiles. Si sus armeros no tienen suficientes mosquetes para reponer las pérdidas usarán los franceses, aunque por batallones completos. Para no complicar la intendencia, dijeron.

—Es lógico. ¿Hicieron muchos prisioneros?

—El general Treskow hablaba de diez mil, tras fusilar a quinientos y pico más.

—¿De veras? —el oficial se volvió hacia su jefe; no comprendía su escepticismo—. Me cuesta creer que Gneisenau sea tan animal. Liquidar unos cuantos, al principio de la cacería, pues bueno. Tiene su lógica, porque así los demás saldrían corriendo, pero cargarse tantos...

—El Prinz Wilhelm me contó que los *grogards* degollaron en Plancenot a unos doscientos infantes *landwehr* que ya se habían rendido. Me pareció entender que tanto él como el Fürst Blücher, el Graf Gneisenau y todos los demás, tenían muchísimas ganas de pasarles la factura.

Wellington se lo pensaba. Los *grogards* habían dejado por toda Europa infinidad de cuentas como aquella de Plancenot. Ya era hora de que alguien les hiciese pagar alguna.

—¿Es todo, Miniussir? —el falso *major* se cuadró a la prusiana—. Buen trabajo. Hasta nueva orden, y si Don Miguel no está en contra, es usted mi enlace con el Niederrheinarmee. Cámbiese y regrese a Genappe. Tenga la bondad de decir al Graf Gneisenau que mi ejército permanecerá en sus posiciones hoy y mañana, y que le haré llegar más detalles a través del general Müffling. Por cierto, necesitará un par de mensajeros; ¿se ocupa usted —por Álava, que asentía—? Bien, es todo. Puede usted marchar.

El general hizo al *major* un gesto de «quédese ahí fuera». Suficiente para el oficial, que a la sazón encontraba difícil no mearse allí mismo. Deseaba por su alma encontrar una letrina.

—Este chico, en una sola noche, se ha enterado de más cosas, y ha hecho más amigos, que Hardinge en dos meses. Tuviste una buena idea mandándole con Blücher —Álava no dijo nada; no se tomaba las palabras de Wellington como una muestra de reconocimiento; sólo comentaba un hecho, sin más—. Si no ha exagerado, Boney está sin artillería, sin mosquetes, sin pólvora, sin municiones y sin pertrechos. Tampoco tendrá muchos caballos, porque la mayoría de los que no están muertos los

tengo yo; su *scum* se ha llevado los percherones, no los *chargers*. No podrá reorganizarlos mientras no alcancen Avesnes. Marchando como marchan, sin oficiales que impongan disciplina, dudo que Boney pueda concentrar más de un *corps d'armée*. Suponiendo que Grouchy se nos escape, con los suyos serán tres *corps* de infantería, desmoralizados y desorganizados. Y sin la Garde Impériale, pues hemos liquidado a casi todos sus *grognards*. Nada, en consecuencia, que nos impida llegar a París.

—¿A nosotros o a Blücher?

El duque tardó un poquito en contestar, aunque no porque necesitara consultar sus mapas.

—A nosotros. Blücher está el primero, lo que no le voy a disputar. Si Boney lucha, se las verá con él, no conmigo. Con suerte, se harán pedazos el uno al otro. Eso demostraría que Dios existe.

Álava notaba que Wellington quería volver con su *dispatch*. Las noticias de Miniussir le harían volver a empezar; ya no tendría que relatar una victoria importante, sino una total y definitiva, lo que requeriría otras palabras y un tono más grandioso. Mejor dejarle solo, pues, cuando escribía, una mosca le distraía, de modo que salió del despacho para encontrarse con el aliviado Miniussir.

—Buen trabajo, sí. Tan bueno que a partir de ahora te voy a tutear —toda una sorpresa, se dijo el joven oficial; el general, sin ser un estirado, era un tanto quisquilloso en materia de tratamientos—. Tú me seguirás llamando de usted, por supuesto. Por lo demás, lo que ha dicho His Grace: aféitate, báñate, pídele a Zurraspas todo lo que necesites para una semana de vida salvaje y tras eso te najas, aunque antes te pasas por aquí, para recoger a tus mensajeros.

—¿Podría salir sobre las cinco? Es que pensaba ir por la *wash house*, y quizá me inviten a cenar.

—¿Y eso?

—Lord March tiene metralla en un costado, y está hecho polvo. En vez de ir al hospital prefirió estar en su casa, para que le cuiden sus hermanas —el general asintió; el joven March hacía muy bien, pues un hospital militar es siempre más peligroso que un campo de batalla—; se llevó al teniente Hill, que salió de Mont-Saint-Jean con el culo hecho unos zorros, de modo que así podré verles a los dos.

Álava sospechaba que además del deber cristiano de visitar a los heridos algo más habría. Sin duda Miniussir se había visto a sí mismo explicando su noche de ulano negro a las fascinadas bellezas Lennox. Bien, pues no pasaba nada porque disfrutara un poquito; se lo había ganado.

—Como quieras, pero sal con tiempo suficiente para llegar con luz, no sea que algún centinela histérico te pegue un tiro, ¿estamos? —el *major* sonrió al tiempo de cuadrarse—. Por lo demás, mucho cuidado con las señoritas Lennox. Nada enternece

más a una jovencita tierna y romántica que la cercana contemplación de un oficial heroico, victorioso, guapísimo y soltero.

El consejero Miniussir volvió a sonreír. Si en algo valoraba sus meses de ser un diplomático era por las prácticas en el noble arte del cinismo con que cada día le obsequiaba su impagable superior.

11.00 h.

El 6.º Ulanenregiment entraba en Gosselies. Bien desayunados, y el que más y el que menos con algún botín en el zurrón, los alegres *totenkopf* intuían que no sería un día de muchos tiros. Hasta llegar allí no escucharon ninguno, ni encontraron infantes franceses que salieran corriendo al verles. Tenían orden de no pasar de una elevación donde se divisaba Charleroi en toda su amplitud. Una visión magnífica, pero no pacífica. De la ciudad se alzaban numerosas columnas de humo, testigos de que los franceses, en su retirada, la saqueaban a conciencia. Bürsche redactó un breve informe y lo despachó a Genappe; tras eso mandó descabalgarse y comer algo aunque sin encender fuegos, no fuese a suceder que allí abajo, en Charleroi, quedase alguien con ganas de subir y darles un disgusto. No parecía probable, pero las órdenes eran las órdenes, y la disciplina de hierro implantada en los ejércitos de Blücher era excelente para no saltársela, de modo que mejor sería sacar el pan, el queso y la cecina, y beber de las cantimploras, que arriesgarse a una fastidiosa *spießbrutenlaufen*.

[214]

11.30 h.

Clausewitz observaba desde lo alto de una loma el ya lejano ejército francés. El engaño no podía durar, ni Grouchy ser tan idiota. Tocaba decidir qué hacer: invertir la marcha y pasar de perseguidos a perseguidores, o detenerse a recuperar el aliento. El III no podía ser más disciplinado, pero llevaba marchando y combatiendo, sin cesar, desde la mañana del 15. Tenía derecho a estar exhausto. Perseguir a Grouchy no sólo sería inútil, pues a la vista estaba que huían a toda la velocidad que podían dar treinta mil soldados de infantería. Dado que no conseguirían alcanzarles lo mejor sería descansar, que la campaña no había terminado y tarde o temprano volverían a vérselas con esos mismos franceses. La incógnita era Thielmann, cuyo afán de consolidar su calidad de general prusiano le había hecho cometer más de un error, alguno de un tipo tan peligroso que de no haber interceptado sus órdenes habría podido costarles su excelente *armeekorps*. En su deseo de hacer méritos y colgarse medallas igual mandaba lanzarse contra Grouchy, lo cual le pondría en una situación difícil, pues un Stabschef, por mucha razón que tuviera, jamás debería desautorizar en público al comandante de su *armeekorps*. Todo dependería, como había comprobado

alguna vez, de cómo la llevara cuando le diera la noticia. Gracias a Dios, entre sus mejores virtudes figuraba la de tener buen vino.

Se preguntaba por dónde andaría el II. Las últimas noticias le situaban en Mellery. Si Grouchy seguía marchando hacia Namur a cuatro kilómetros por hora, Pirch no podría ni acercársele, de modo que quizás opinara como él con respecto a detenerse y descansar. Sería una buena medida enviar un mensajero a su Stabschef, Aster, al que sabía razonable, informándole de su posición, la de Grouchy, la dirección de avance que había tomado éste y, por fin, su propia intención de proponer a Thielmann dedicar la tarde y la noche a reponerse, para tras eso preguntarle qué intenciones tenía él para su II, cuyos hombres no podían estar más frescos que los suyos; quizá procediendo así, conspirando a su nivel, conseguirían contrarrestar las suicidas ansias de gloria de sus insensatos jefes.

12.00 h.

Wellington releía su *dispatch* tras haber deslizado un par de correcciones, aunque tan leves que no justificaban la tortura de volver a escribirlo; además, para cualquiera que lo leyera serían producto de la premura con que lo redactó en la madrugada siguiente a la batalla, sin haber descansado y en el mismo *headquarter* de Waterloo donde lo firmaba, fechaba y sellaba. De lo que ahora se trataba era de hacerlo llegar a Londres a la mayor velocidad, antes que alguien le pisara la noticia. Se preguntaba cuántos de sus ADC habrían sobrevivido, pues le repugnaba confiarlo a uno ajeno a «la familia». Sólo eran dos, Fremantle y Percy —le costaba recordar qué fue de los otros, salvo el pobre Gordon—, y aunque valoraba la lealtad de Fremantle se inclinó por Percy. Le sabía más autónomo, más capaz de resolver los problemas que se le presentasen. Fremantle resultaba inmejorable mientras tuviera claro qué hacer, pero en un camino tan largo y azaroso como el de Londres se vería en situaciones impensadas. Percy era un tanto alocado, y bebía y jugaba más de la cuenta, y le gustaban las mujeres mucho más de lo razonable, pero sabía salir de todos los atolladeros, así que le mandó llamar. Su aspecto, concedió minutos después, era magnífico, si no glorioso: sucio de dos batallas, la guerrera plagada de lamparones, unos de pólvora y los más de sangre —no parecía suya—, desprendía un fuerte aroma de sudor muy rancio amén de lucir una barba de dos días, pues aún no se había podido afeitar. No decía estar cayéndose de sueño aunque habría podido hacerlo, ya que venía de pasar la noche acompañando a Uxbridge, quien no pudo pegar ojo ni se lo dejó pegar a él, cosa comprensible si te acaban de cortar una pierna sobre una mesa de cocina sin más anestesia que una botella de *cognac*.

Los siete ADC ingleses de His Grace tenían plaza en otros tantos regimientos; así cobraban no sólo por ser sus ayudantes, sino por sus destinos de procedencia; el

complemento por lo primero para los cuatro de mayor graduación^[215] lo pagaba el British Army; el de los otros, el propio Wellington. El Major Percy, del 14.º de Dragones Ligeros era, tras March, el más aristocrático de los cinco vivos. No habría nadie que le pudiera impedir llegar ni a Lord Liverpool ni a Lord Bathurst, ni se azararía cuando se viera en su presencia, no sólo porque su audacia y su desparpajo eran los naturales en alguien de su excelsa cuna, sino porque Wellington pensaba complementar su excelente facha con un par de *aigles de drapeau* capturadas a sendos regimientos, el 45.º y el 105.º. No habría centinela capaz de ponerse ordenancista con un oficial tan ensangrentado como Sir Henry que las enarbolase para presentarlas a Lord Bathurst, pues por ahí debería empezar, si bien era probable, según le hizo saber, que formarían los tres juntos en los alrededores de Whitehall, a la espera de noticias.

Sir Henry se mostró encantado con las órdenes: en treinta horas o menos, abordar en Oostende la goleta *Peruvian* —ya fletada, por palomo mensajero—, ganar Dover, marchar a Londres, presentarse a Lord Bathurst y entregarle aquel *dispatch*. No necesitaba oír más, así que se cuadró marcialmente, agarró las águilas y aparejó dando muchos nudos, como después describiría el general Álava.

—En tu informe dices que marchas a La Haya para presentar credenciales al Viejo Sapo, ¿verdad? —el general-embajador asintió—. Pues allí no le verás. Ahora estará leyendo el informe sobre Su Grandiosa Victoria que le habrá enviado Billy, pues él es quien ha ganado la batalla con el especial agravante de haber sido herido, lo que automáticamente le transformará en Héroe Nacional. Tras eso él y la Vieja Rana saldrán hacia Laeken, de modo que mañana les tendrás aquí a la hora de cenar. Pienso esperarles, y harás bien si vienes conmigo. De paso, le presentas tus credenciales, pues no encontrarás un momento más favorable. Tras eso, coges tus cosas y me sigues. ¿Qué a dónde? Pues a París, *hombre*. Pasado mañana Blücher nos sacará día y medio de ventaja. Si hay suerte, Davout y Grouchy le desangrarán un poquito por el camino. Eso, y lo que añade Boney cuando se rehaga, si se rehace, y ya le tendremos en un peso más manejable. Por mi parte, lo primero que debo hacer es reorganizar el ejército, y lo segundo llegar a París tras haber disparado los menos tiros posibles. Para las dos cosas necesito un buen Quartermaster-General, y aquí no hay nadie capaz de hacerlo tan bien como tú.

—Arthur, esto no es como hace dos meses, que nadie sabía lo que hacía. El QMG de un ejército que avanza por terreno enemigo ha de dar órdenes continuamente, y dudo que nadie se vea cómodo sabiendo que las doy yo. Fernando, además, me desollará en cuanto lo sepa. Por haber mostrado su bandera no me hará nada, pero si le llega que además fui tu intendente general estaré perdido.

—Lo sé. Fernando es un *castratto* intelectual, pero eso no tiene arreglo, al menos mientras no le decapitéis, y deberíais pensar en hacerlo. Más en serio, había pensado

que vinieras en calidad de buen amigo que consuela a otro buen amigo de la pérdida de muchos otros buenos amigos, muy queridos todos ellos —había vuelto a ser el de siempre, magnífico en su espléndido cinismo—. Como más que ante Willem te ordenó que le representaras ante mí, bien podrás decirle que sólo seguiste sus instrucciones —Álava, tras pensárselo, asintió; era una explicación tan convincente para Cevallos como para Fernando—. El trabajo sucio lo hará Broke, al que pienso designar DQMG. Tú sólo deberás señalarle por dónde debe ir, además de supervisarle. Así hasta París, donde se nos unirá Murray, que a estas horas debe andar a medio Atlántico, y donde ya podrás volver a vivir bien. ¿Qué me dices?

—*Señor duque, a tus órdenes.*

Wellington se relajó en una gran sonrisa. La primera y muy necesitada desde la batalla que, intuía, cambiaría el destino de casi toda Europa. También el suyo. Pocas, muy pocas cosas se podrían interponer entre Waterloo y la poltrona del 10 de Downing Street.

—Cuento contigo para cenar. A las seis. ¿Conforme?

Sería un momento excelente para ir por la embajada, darse un baño y ponerse ropa limpia. El uniforme de Full General estaba lo bastante sucio como para dudar que tuviese arreglo, aunque había visto a Zurraspas recuperar prendas aún más ennegrecidas; menos mal que se había hecho dos. Tras eso y una siesta regresaría para ejercer de QMG durante un tiempo imprecisable. Un trabajo que no le gustaba, pero que le convenía realizar. Su porvenir bajo Fernando era oscuro. Tanto como para plantearse un mudar de bandera. Después de todo, y si había sido capaz de cambiar sin problemas de la Marina Real a los Reales Ejércitos, y de ahí a la diplomacia, ¿por qué no podría cambiar de patria? No necesitaba responderse; algo muy al fondo de su mente, quizás en el alma si padeciese una, le decía que por mucho empeño que pusiera, y pese a la insuperable ayuda de SCM, se moriría siendo español. Por bien que se sintiera con His Grace no se veía capaz de ser otra cosa. En su concepción de viejo caballero vasco, de familia militar de toda la vida, las patrias no se podían elegir, ni escoger. Ellas eran quiénes lo hacían, y España, por mucho que le doliese, le había escogido a él.

13.30 h.

El Emperador se notaba mejor en el plano físico, pues era innegable que había descansado, pero peor en el psíquico, porque la enormidad del desastre se agigantaba en su cabeza cada minuto que pasaba. Observando la tranquila calle mayor de Philippeville se decía que al día siguiente las hordas de Blücher desfilarían por allí, ufanas, orgullosas y arramplando con todo lo que les apeteciera sin que nada ni nadie se les pudiera oponer, y todo porque cuatro días antes había cometido el error de abandonarse a unas décimas de fiebre y a un avieso calculillo de sus infieles riñones.

Su sentido de la valoración oscilaba como un péndulo, pasando del más total abatimiento a la convicción de que tenía tiempo y recursos para invertir la situación. Lo peor, aun así, era no dar con la serenidad necesaria para convertir sus deseos en planes operativos, sus esperanzas en acciones coordinadas y su confianza en una victoria decisiva en la identificación de los hombres con quienes debería contar para lograrla, que no eran los soldados, suboficiales y oficiales que lucharían por él, sino los mariscales y los generales que habrían de secundarle. No podía contar con nadie, se decía en una crisis de amargura de la que no sabía salir. El mismo Ney, al que había visto jugarse la vida veinte veces la tarde anterior, para estrellarse una y otra vez contra el sentido común de aquel inglés que no perdía la flema, había pasado por allí dos horas antes, en un carruaje lanzado a toda velocidad y sin siquiera detenerse a preguntar por él, pese a que sus lanceros no se habían apartado de la puerta de aquel tristón Auberge d'Or. A saber qué andaría cavilando. No sería la primera vez que le traicionara, se decía evocando aquello que decían que dijo, lo de traerle a París en una jaula de hierro. Igual, si marchaba tan deprisa como decía el jefe de sus lanceros, era para buscar un herrero que la forjara.

14.00 h.

Miniussir descabalgaba frente a la casona de la Rue de la Blanchisserie, la que una vez le dijera el amable Hay que su nombre clave para la oficialidad británica era *The Wash House*. El motivo de su no anunciada visita era irreprochable: antes de salir hacia su puesto de comisionado interino en el ejército de Blücher deseaba visitar a sus buenos amigos y compañeros de armas Lord March y Sir Arthur Hill. Como era natural nadie se lo reprochó, empezando por el propio duque de Richmond, el primero que bajó a saludarle, un tanto sorprendido por verle vestido de aquella guisa.

—No es que me haya vuelto inglés, Your Grace. Sólo sucede que además de ocupar un puesto diplomático también soy militar, y al comenzar la guerra el general Álava me mandó ponerme, como él, a las órdenes de Lord Wellington. Al perder una mano el coronel Hardinge, su comisionado en el Niederrheinarmee, debió pensar que le podría ser útil, por hablar alemán, y eso ha sido todo.

Tanto March como Hill mostraban un humor desigual. Se alegraban de contarlo, así como agradecían su temprana visita —era el primero—, pero les entristecía pensar que nunca más reirían las tonterías de Canning ni escucharían las cancioncillas tabernarias de Gordon, y además estaban doloridos, pues a March le habían sacado cuatro pedazos de metralla y a la tarde pensaban extraerle dos más; Hill sufría un poco menos, aunque verse forzado durante días a no sentarse —una bala francesa le había traspasado el culo de lado a lado, explicaba— le tenía deprimido. Sólo les aliviaban la dulzura y las buenas manos de Lady Mary, Lady Sarah y Lady Georgiana, que de mil amores preferían ser sus enfermeras allí en la *wash house* y no

en el deprimente hospital de Saint-Pierre y Saint-Jean, donde internaban a los oficiales heridos sin familia en Bruselas. La que no se había sumado a la tarea era Lady Jane, por la cual había preguntado como al desgaire, para oír que la muerte de Hay, de la que no había sabido hasta esa mañana, la tenía descompuesta. Ninguno de los dos, por otra parte, parecía interesado en sus hazañas de la noche anterior; no le incomodaba, pues además de comprender su estado anímico le importaba un bledo lo bien o lo mal que lo estuvieran pasando. Él había ido a la *wash house* por lo que había ido, y aquellos dos idiotas sólo eran el pretexto indispensable.

Tras dejar a los dolientes camaradas marchó a despedirse del duque y la duquesa con el secreto ánimo de hacerse invitar a cenar, lo que ni siquiera debió insinuar, pues Lady Charlotte había mandado colocar un cubierto más. Así se vio con una Lady Jane distinta de la que se corría viva bajo la luz de una luna embrujada. Su aspecto era de haberse pasado la mañana llorando, y también de haber aceptado cenar con sus padres, sus hermanos y la usual bandada de gorriones por no hacer un feo al elegante invitado inesperado, al cual le costó reconocer bajo su bien cortada *redcoat*.

—No sabía que se hubiera usted alistado, míster Miniussir.

—No es eso, Lady Mary. Como expliqué antes a His Grace —por el duque, a la sazón asintiendo pesadamente; aún estaban en los entremeses, pero la llevaba de colores—, nuestro rey nos ordenó ponernos a las órdenes de Lord Wellington, al general Álava y a mí. Si llevamos uniformes británicos y no españoles sólo es para evitar que algún centinela se confunda y nos pegue un tiro, y para eludir confusiones, ya que al quedar agregado al estado mayor de His Grace me adjudicaron unas misiones que de haber vestido mi uniforme verdadero, que se parece al francés, habrían salido mal.

Ahí se lanzó a explicar sus andanzas con las negras hordas del difunto Brunswick y las no mucho menos tétricas del Graf Gneisenau. Inspiraba su estilo narratriz en el del general Álava, si bien añadía gotas de contundencia que a Gneisenau no le costaría identificar. Como buen aspirante a diplomático, ya casi dominaba el difícil arte de ajustar el propio *interface* al de quien mejor lo tuviera.

—¿Cuándo se incorporó, Nicholas?

Todo iba bien. El que la duquesa le ascendiese al empleo de individuo a ser tratado por su nombre de pila concedía un implícito permiso para que lo hicieran sus cuatro atentas hijas mayores.

—El viernes, al amanecer. Fue dejar de bailar, pasar por la embajada, cambiarme, subirme al caballo y salir para Les Quatre Bras —al oír aquella palabra Lady Jane dio un respingo—; desde ahí..., pues ya supongo que ustedes estarán al corriente de cómo ha ido la campaña.

No lo estaban. Nadie les había explicado nada, cuando menos desde un punto de vista global. Incluso His Grace, que se había molestado en asistir como espectador a

la primera hora de la batalla de Mont-Saint-Jean, seguía sin tener las ideas claras, de modo que, con el beneplácito general, invitó al joven *major* a que las aclarase. Dos platos después casi todos en la mesa tenían la difusa idea de que había sido una campaña de seis batallas, no de dos, aunque las fuerzas británicas —salvo Miniussir todos eran británicos— sólo se vieron comprometidas en Mont-Saint-Jean y Les Quatre Bras.

—Lord Hay cayó en Les Quatre Bras, hemos oído.

Quien preguntaba era una Lady Hawarden exquisitamente inoportuna, pues nada más escuchar ese nombre Lady Jane comenzó a dejar caer copiosos lagrimones. Sus hermanas la consolaban mientras lanzaban miradas asesinas a la que ponía cara de no entender nada. Mientras, y con el talante de un leopardo encaramado en una rama, el señor de Miniussir veía que su momento se acercaba.

—Lord Hay murió valientemente, Lady Jane. Y no sufrió en absoluto. Una bala le alcanzó en la cabeza y eso fue todo. No llegó a enterarse.

—¿Usted lo vio, Nicholas?

La que preguntaba era Lady Mary. Lady Jane se conformaba con mirarle.

—Lo bastante de cerca para preferir su suerte a la de otros que tenían horas de agonía por delante —una mentira piadosa, porque la herida de Hay debió llevarse su tiempo, al no interesar el cerebro; debió pasarlo fatal, no sólo por los dolores, sino por saber que se moría—. Llevaba un dije colgado del cuello. Se lo quedó Lord March. ¿Se lo ha dado ya, Lady Jane? —la moqueante joven compuso un gesto de sorpresa; era evidente que no—. Cuando murió lo tenía en la mano, abierto; debía ser feliz, a juzgar por su expresión —una mirada de cierta intensidad, por su parte, y de no saber qué cara poner, por la otra—

Bien, nada más puedo contarles. Les ruego me disculpen, pero tengo que marchar.

Se levantó con naturalidad, acompañado de His Grace. Las miradas de casi todos a la mesa seguían al apuesto militar español, al que tanto favorecía la cicatriz en la mejilla. Las había de simpatía, como la de Lady Mary, admirativas, como la del joven William-Pitt Lennox, de curiosidad, como la de Lady Georgiana Capel, y valorativas, como la de la vizcondesa Hawarden, aunque las dos más interesantes eran de tipo especulativo: la de Lady Jane y la de su madre, Lady Charlotte.

16.30 h.

La infantería de Steinmetz, comandante de la 1.^a Brigada, se adentraba en Charleroi, descendiendo con las mayores precauciones la pendiente que acababa en el Sambre. Cuando ganaba la doble curva que daba paso al puente se dio con una docena de *belles filles* cuyos servidores no supieron frenar con suficiente destreza, de modo que a los lados de la calle se apilaban amasijos de ruedas rotas, ejes partidos y cañones desprendidos; también había mucha sangre, sin duda de caballo, aunque no

se veía ninguno. No era un misterio: los indígenas, una vez despejado el campo, se habrían lanzado sobre las quebradas bestias y las habrían troceado allí mismo; una de las herencias más prácticas que les habían dejado sus veinte años de ser franceses era lo mucho que apreciaban la carne de caballo.

La ciudad, tras un reconocimiento preliminar, parecía vacía; de franceses porque habían huido varias horas antes y de sus propios habitantes porque no sabían a qué carta quedarse. Buena parte, además, sospechaba que los ceñudos prusianos, a los que observaban tras las ventanas cerradas a cal y canto, habrían oído hablar del cordial recibimiento con que obsequiaron a l'Empereur y a sus *grognards*. Una de las más convencidas debía de ser la condesa Puissant de Hensy, pues por algo no salió a recibir a su antiguo e indeseable huésped, el general Zieten, quien ya contaba con que no lo haría, lo cual era lo que menos le preocupaba mientras descabalgaba frente a la que fue su vivienda de dos meses. Aquella vez lo sería una sola noche, pues al día siguiente su *armeeorps* cruzaría el Sambre y emprendería el camino de Avesnes-sur-Helpe, al igual que Bülow enfilaría Maubeuge y Landrecies. Sería, en cualquier caso, una buena noche para descansar y reponerse, y también para celebrar con sus generales y sus coroneles no ya la extraordinaria victoria de Belle-Alliance, sino su prodigiosa inspiración cuando decidió no hacer caso al pelmazo de Scharnhorst. Gracias a eso, sus posibilidades de algún día ser Generalfeldmarschall se habían vuelto elevadísimas.

17.45 h.

Wellington paseaba por el Warandepark. Su palacio se le caía encima. Tenía mucha correspondencia que atender, pero al ser del género menos placentero le asaltaba una gran pereza. Hume, además, seguía sin entregarle la relación detallada de muertos y heridos entre sus hombres más señalados, por lo que ni siquiera podía valorar la magnitud de la tarea, la de comunicar a una gran cantidad de gente importante la más sentida de sus aflicciones. En realidad no sentía ninguna —eran veinte años de ver caer amigos—, pero era diestro en aquel subgénero epistolar; a través de sus palabras escritas conseguía lo que rara vez causaba cuando las decía, que le tomasen por un ser humano susceptible de sufrir emociones. Las padecía, desde luego. Sólo sucedía que no eran como las de todo el mundo.

Caminaba despacio, muy pensativo. Le rodeaba un pelotón de *guards*; lucían los morriones de los *grognards* que habían masacrado en el acto final de la batalla, lo que no le parecía mal. También le seguían sus nuevos ADC. El de mayor graduación, el Major Basil Jackson, fue quien señaló la presencia del Duke of Richmond y Lady Georgiana, que habían venido desde la *wash house* a dar una vuelta y pudiera ser que a encontrarsele. Compuso su gesto más contrito y se dejó adorar mirándoles desde sus más profundos ojos tristes. «Una horrible ocasión, sí. Demasiados muertos,

ciertamente. La mejor juventud inglesa, desde luego. El Dedo de la Providencia estaba sobre mí, porque no sufrí ni un arañazo. ¿Sir Peregrine? Estupendamente, creo. ¿Sir Henry Bradford? Pues no lo sé, aunque al menos estoy seguro de no haberle visto en la lista de fallecidos; el escuadrón que me acompañó esta mañana era de los suyos, y ninguno de los oficiales me dijo nada sobre que se hubieran quedado sin jefe». Ahí Sir Charles tomó la palabra, temiendo que Lady Georgiana siguiera repasando la lista de sus admiradores o los de sus hermanas. Lo hizo invitando a His Grace al *souper* que la duquesa organizaba esa noche, lo que Wellington declinó con expresión de tristeza. Soportar el cotorreo de Charlotte, así como las visitas llamadas a toda prisa para demostrar que la primera casa de Bruselas en recibir al Héroe Conquistador estaba en la Rue de la Blanchisserie, desbordaba su paciencia. Prefería la maliciosa compañía de Álava, en aquellos momentos la única en una pieza con la que podía compartir sus pensamientos. Así pues, sólo faltaba despedirse y enfilarse a su residencia. Faltaban minutos para las seis, y si en algo no pensaba cambiar era en ser el hombre más puntual del Imperio.

19.00 h.

Wellington y Álava revisaban el estado del ejército. El trabajo que tenían por delante, casi todo en manos de Álava, era el de concentrar compañías, batallones y regimientos, considerando las bajas registradas y la disponibilidad de oficiales y suboficiales; se aplicaría el principio natural, el de añadir las unidades con mayores pérdidas a las que conservaran más efectivos. Sería necesario mover de unas a otras oficiales y suboficiales, así como cubrir las bajas a base de ascender supervivientes, lo que implicaba una dedicación intensiva de Álava y del resignado teniente coronel Broke; aquella noche volverían a pasarla sin dormir, pero así eran los gajes de su indeseable cometido.

Wellington quería dedicar la fuerza del Prins Frederik a tomar las fortalezas situadas al norte del Sambre. Con aquella medida Colville y su IV División quedarían liberados de ser sus niñeras, lo que sería un excelente refuerzo. De postre y como no necesitaba explicar, pues Álava lo había comprendido desde que le arrumbara en Halle, si algo iba mal en la marcha sobre París, tan mal que la estabilidad del balbuceante VKN se viese afectada, las bayonetas de aquellos diez mil holandeses vendrían de maravilla para sujetar a las turbas. Tras dejar resuelto eso se dedicaron al despacho que Müffling enviaba desde Genappe: parecía presionar para que corrieran tras Blücher. Wellington lo encontraba sorprendente, pues en buena lógica Gneisenau querría marchar a buena distancia suya, pero quizá se tratase de otra jugarreta, para que les cubriese la retaguardia cuando Davout les saliese al paso, Grouchy les buscase las cosquillas y Boney les hiciera frente si lograba recuperar algunas tropas tras el desastre de lo que ya sólo llamaba «Waterloo». Era lo que tenía un mayor

sentido militar, y Gneisenau, lo reconocía, jamás pensaba desde otras coordenadas. Su opinión sobre las especulaciones político-diplomáticas, según afirmaba Müffling, era que se ventilaban mejor a cañonazos.

—No debo concederle una ventaja mayor de dos días. Que se desgaste frente a Grouchy, Davout o el propio Boney será bueno en sí mismo, aunque no le podrán detener. Si son sensatos harán algo de ruido, para salvar la cara, y se retirarán. Mejor si lo hacen con Blücher aún fuera de París, para que yo pueda impedir que la saquee. Si no lo hacen así, que Dios les proteja.

21.00 h.

Gneisenau y Grolman, en Le Roi d'Espagne, evaluaban sin hablar las palabras del recién llegado Miniussir. Se podría deducir que Wellington cedía la iniciativa. El segundo se sorprendía; el primero, no; aquel bribón conservaba media docena de ases en sus mangas, siendo el primero suponer que su Niederrheinarmee no marcharía tan deprisa como para impedir a Bonaparte concentrar, reorganizar y rearmar un segundo Armée du Nord con tiempo suficiente para plantar cara entre Avesnes y Saint Quentin, el tramo medio en la ruta natural de avance sobre París. Bien, pues sería su primera sorpresa. Wellington debía calcular que su Niederrheinarmee tardaría varios días en alcanzar Avesnes y Maubeuge, donde se acumulaban cañones, mosquetes, municiones, pólvora y caballos suficientes para equipar otro Armée du Nord; le sorprendería saber que antes de treinta y seis horas las tendría bajo asedio, a las dos, aunque sólo se lo notificaría cuando ya no pudiera intervenir. De momento, cuanto más descanso concediese Wellington a sus elegantísimas tropas, mejor para Prusia.

Miniussir, además, les había entregado una carta de Álava en la que pedía, si al Graf Gneisenau le fuera posible, que desviase alguno de sus escuadrones a Chimay, veinte kilómetros al sur de Beaumont. Allí vivía una compatriota suya, la cual le rogaba pusiese bajo su protección; quizá debiera valorar, añadía, la posibilidad de pernoctar allí, pues en muchas leguas a la redonda no había un *château* más agradable, ni una cocina más exquisita, que la de su gran amiga la princesa de Chimay.

—¿Usted la conoce, Miniussir?

—No, pero sí sé que, además de ser española, es una señora muy agradable y muy hermosa. También, que canta como si fuese profesional. Por si fuera poco es nuestra casera, y debe de ser cierto que su cocina es exquisita, porque si no, mucho me lo temo, mi general no habría puesto los pies allí.

Gneisenau se lo quedó pensando. Sería un buen lugar para pasar la noche del 21 al 22 y celebrar lo mucho que ya tenían para enorgullecerse. Al Fürst le sentaría bien —y le mejoraría el humor—, y tras un vistazo al mapa vio que también podría citar a Thielmann y Clausewitz, pues Chimay quedaba como a una hora de Philippeville,

donde su III Armeekorps debería llegar al atardecer del 21. Lo evaluaría otra vez según marcharan las cosas, pero la idea le gustaba, tanto en sí misma como por ampliar su buena relación con Álava. La desaparición del estirado De Lancey, le había dicho Müffling, daría lugar a que Álava, mientras no llegara un recambio de suficiente nivel, pasase a ser el QMG, al menos a efectos prácticos. Estar a bien con él iría en beneficio de las dos partes, y si el precio de conseguirlo era esa tan poca cosa que pedía, pues por él no quedaría.

—Miniussir, haga saber al general Álava que pondremos a su casera bajo la protección del KPA.

Lo dijo con la solemnidad de todo un Generalleutnant prusiano, pero tras hacerlo guiñó un ojo al encantado *major*, el cual le devolvió una gran sonrisa. Era evidente que habían conectado.

21.30 h.

Por bien que todo parecía salir, Grouchy no se relajaba. Namur ya estaba en su poder. La guarnición prusiana se retiró nada más ver llegar los dos primeros regimientos de dragones, el 14.º y el 17.º. Los otros seis llegaron horas después, para instalar sus cuarenta piezas de artillería montada de forma que cubrieran el puente sobre el Sambre. La toma de Namur, se decía con tristeza, quedaría difuminada por la derrota en Mont-Saint-Jean, pero merecería pasar a la historia como ejemplo de cómo una ciudad fortificada podía ser tomada sin bajas por una fuerza de caballería. De nuevo se planteaba la injusticia de la situación, el retirarse con las orejas gachas cuando iban de hazaña en hazaña y de gloria en gloria. Lo que más le preocupaba era la desmoralización de las tropas, a lo cual contribuía la irresponsable actitud de Vandamme, que no se cortaba en acusarle de haber causado la derrota por no marchar al cañón a medida que se hartaba de fresas. Jamás habrían llegado a tiempo de hacer nada, pues Plancenoit quedaba muy lejos y los caminos, como Pajol constató, estaban impracticables. Si hubiera cambiado de objetivo no sólo el Emperador habría perdido exactamente igual, sino que su ejército ahora estaría rodeado de prusianos y en riesgo de ser destruido, pero Francia necesitaría un culpable y él ya estaba condenado a ser el que abandonó a l'Empereur cuando más le necesitaba.

Asqueado, se concentró en los informes. El IV, con él al mando, vivaqueaba en La Bruyère, a nueve kilómetros de Namur, de modo que a las siete podría empezar a cruzar el Sambre. Vandamme hacía lo mismo en Temploux, dos kilómetros al sur y a uno más de Namur, donde llegarían cuando el IV lo estuviese abandonando. Los hombres del uno y del otro estaban exhaustos tras once horas de marcha forzada, casi cuatro kilómetros por hora. Maurin, Pajol y Teste se habían quedado en Beuzet, cinco al oeste del III. Serían los últimos en cruzar el río, lo que harían hacia las diez de la mañana. Su intención inicial era llegar a Namur aquella noche, pero los

reconocimientos del 8.º de *chasseurs-à-cheval*, el del coronel Schneit, le habían hecho ver que los prusianos de Thielmann se quedaban donde los perdió de vista, en La Bawette, y los del 6.º de húsares, el que mandaba el engreído príncipe de Savoy-Carignan, decían que los de Pirch hacían lo mismo en Mellery. Sus hombres debían estar tan agotados como los suyos, pero aun así no se fiaba. Los prusianos habían demostrado tres noches antes que sabían marchar en la oscuridad. Su infantería estaba demasiado lejos, pero su caballería podría caer sobre Teste, Pajol y Maurin con las primeras luces del día; según el manual de campaña, el II y el III Armeekorps sumaban ocho mil ochocientos jinetes al empezar los cañonazos. Les quedaría la mitad, al menos, lo que bastaría para destrozar su retaguardia. Para evitarlo mandó a Pajol que dejase atrás al 4.º de húsares, el del coronel Blot, de modo que si viera llegar a los prusianos corriese a informar, para concentrar las columnas y hacerles frente con el número de su lado. No deseaba que sucediera, pese a que podría conseguir una fácil victoria contra esa posible masa de jinetes sin infantería. París era el lugar donde sus tropas deberían buscar batalla, no en los odiosos campos de centeno de la baja Valonia. Su deber era entregar su ejército, intacto, al Emperador, a Davout o a quien se hallase al mando. Lo que se hiciera después con él ya no sería su responsabilidad.

22.00 h.

El barón Pozzo di Borgo regresaba de visitar al rey Louis. Había ido a verle no sólo para explicarle lo sucedido en Mont-Saint-Jean, sino por estrechar unas relaciones personales en las que ponía el mayor interés desde nada más sentar aquél sus reales en el palacio del conde Hane Steenhuyse. Lo hacía por ser su deber como embajador del Zar, aunque Feltre y Chatreaubriand sospechaban que su devoción por *L'Inévitable* partía de una constante administrativa: los contratos del Zar con sus mercenarios civiles a menudo concluían de un modo abrupto, y siendo él casi francés sería razonable que quisiera estar lo más a bien posible con un rey al que quizá terminara pidiendo empleo.



Barón Pozzo di Borgo

Había luz en el despacho de Wellington, de modo que decidió visitarle antes de ir a sus habitaciones de comisionado. Le alegró que Wellington le recibiese, aunque no que lo hiciera en compañía de Álava, de quien se sentía un poco celoso. La contribución de su país, que no pasaba de ser su presencia en Mont-Saint-Jean —aún no sabía que la batalla llevaría un nombre más «a la británica», Waterloo, el cual, además, debería pronunciarse *uotérлу*, y no como lo hacían los indígenas desde mil y pico años antes, *baterlóo*—, no justificaba que Wellington le mantuviese tan cerca, y menos aún que desde la muerte de Sir William se comportara como si fuera el QMG y no lo que a fin de cuentas era, un simple invitado a presenciar el festejo en primera fila de cañonazos; aquel sigiloso Père Joseph du Tremblay «a la española» ejercía una influencia que no sólo no le correspondía, sino que justificaba preguntarse a qué oscura razón se debía. En cualquier caso no era momento de preguntarse nada, sino de relatar a His Grace la razón de que se pasase a verle a esas horas tardías. Era, creía él, un asunto de su interés, el de la escasa serenidad que había mostrado la *garde de corps* del rey y la todavía menor del Duc d'Berry, quien aún no se había visto con fuerzas de postrarse ante su tío implorando su perdón. No sabía de aquello porque se lo hubiera explicado SCM, comprensiblemente dolido, sino el desabrido Chateaubriand, entre cuyos escasos defectos no figuraba el de ser capaz de ocultar

secretos capaces de avergonzar a una familia real con la que no mantenía relaciones cordiales; en realidad, y de no ser por el gran aprecio que le tenía el rey, no le costaría esfuerzo hacerse republicano. Wellington, por su parte, daba sutiles muestras de impaciencia, si bien Álava, que las conocía —juguetear con un lápiz, cambiar cada pocos segundos el cruce de sus piernas y rascarse las patillas—, no creía se debieran a la historia que Pozzo relataba con ensañamiento y regodeo; la visión que ofrecía de la familia real le hacía dudar que su objetivo político principal —devolver a Louis XVIII el trono francés— pudiese alcanzarse a poco que aquello, más otros asuntos de parecido pelaje que Pozzo seguramente ignoraba, se hiciera de dominio público, a lo que ayudaría el tener en casa un muy mal enemigo, el inconcebiblemente indiscreto François-René de Chateaubriand, a su juicio el más inaguantable pelmazo del afligido continente. A eso quizá se debiera la brusca transformación del Duke of Wellington en duque de Ciudad Rodrigo, acontecimiento raro de observar. El proceso comenzó con un susurrado *son-of-a-bitch* dirigido al Duc d'Berry, seguido de una sucesión de palabras masculladas en un idioma del que Sir Arthur valoraba su rotundidad. El embajador Pozzo no sabía que podrían significar grupos de fonemas exhalados entre dientes que sonaban a «cabrón», «malnacido», «hijoputa» y «bujarrón», aunque dado el peculiar acento de His Grace, que al haber perdido un buen número de sus muelas no silabeaba bien, él no sería capaz de precisar si procedían de la lengua gaélica —Wellington era irlandés—, la portuguesa, la escocesa o incluso sería posible que la hindú.

El duque, una vez volvió a ser el de Wellington —lo que más debía indignarle, opinaba el inexpresivo Álava, era el haberse jugado la vida, y perder las de un buen número de amigos, por aquella caterva de indeseables—, asumió su habitual aire circunspecto. De nuevo era el que Pozzo conocía, pero no se le manifestó así mucho más tiempo, ya que, alegando la indemorable necesidad de terminar un despacho para el rey Fernando, acompañó al sorprendido comisionado ruso hasta la puerta, con un punto de brusquedad quizás imputable al cansancio de aquellas duras jornadas. El embajador Pozzo no podía saber que al duque, con independencia del valor que concediese a los cotilleos, los correveidiles y los chivatos le inspiraban una instintiva repugnancia.

—Prosigamos: ¿dónde decías que instalaremos el *headquarter* la noche del 22?

Francia, el VKN y Londres, martes 20 de junio

París despertaba con un rito semiolvidado: ciento un cañonazos. Algunos periódicos traían la noticia, distribuida por el ministro de la Policía la tarde anterior, de la gran victoria de l'Armée du Nord sobre las hordas del Maréchal Blücher. El pueblo se lo tomaba con entusiasmo, pero el Corps Législatif, más cauto, se preguntaba si el viejo cabrón no habría conseguido, una vez más, apuntalar en el campo de batalla su desastrosa situación diplomática. El presidente de la cámara baja, Lanjuinais, consciente de que le había hecho pasar un mal rato antes de que partiese hacia el norte, pensó que convenía ser amable, no fuese que al tirano, en cuanto regresase cargado de laureles, le diera por fusilarle. Así, tras pensarse las palabras, envió a l'Empereur una respetuosísima carta de felicitación por la gran victoria conseguida, poniendo empeño en recalcar que «ni los reveses más grandes podrían poner en peligro la devoción que le profesaba». Como buen asambleario, de los pocos que habían logrado sobrevivir a Robespierre, bien sabía que todo estaba justificado si se conseguía mantener la cabeza sobre los hombros.

El Army of the Low Countries marchaba sobre Nivelles y Le Rœulx. Ponerlo en movimiento fue un supremo ejercicio de logística, tanto que por sí solo Álava no lo habría podido culminar, pero el teniente coronel Broke parecía desenvolverse bien. La carga de haber vuelto a ser el QMG, superado el horror de la reorganización tras Waterloo, se convertía en razonablemente llevadera.

La caballería de Pajol cruzaba el Sambre para seguir hacia Givet-Charlemont. Grouchy, preocupado por la moral de sus tropas y temiendo que nada más verse sobre suelo francés comenzaran a desertar, había planeado el cruce del gran río —en Namur ya lo era— con un punto de solemnidad, situando dos bandas de música en la entrada del puente y haciéndoles tocar los aires marciales más vibrantes del repertorio francés. Para la última unidad, el 5.º de Húsares —antes lo hicieron, además de la infantería, la caballería y la artillería, más de cien carros de suministros, municiones, heridos y muertos; Grouchy se proponía sepultar a los últimos, con solemnes honores, al pie de la sombría fortaleza de Mont d'Hairs, en Givet—, había mandado reservar el *Pass de Maneouvre de Gebauer*, el cual superaba el concepto «música militar» para volverse «ballet». Sabía que a la gente sencilla le gustaba ver bailar a los *chevaux-de-bataille* al son de aquella pieza embrujada, y lo quería regalar no sólo a sus tropas, sino a los vecinos de Namur, para que compararan la gracia de la caballería francesa con la tosquedad de la prusiana. Unos vecinos que con inicial timidez, y luego abiertamente, salían a ver pasar unos soldados que durante veinte años les habían representado por Europa y que culminaban su gentileza con el supremo detalle de no volarles los puentes. Grouchy, en realidad, habría querido hacerlo, pero carecía de minas. Partiendo de ahí, nada pasaba por ser amable y quedar bien.

Los *armeekorps* I y IV también lo cruzaban, aunque por Charleroi. El IV lo hacía por los pontones franceses de más al oeste, que nadie se había preocupado de volar. Su destino era Maubeuge, donde sus vanguardias llegarían al siguiente mediodía. El I, que había engordado en varios regimientos tras la canibalización del II, seguiría en dirección a Beaumont, donde sus avanzadillas deberían llegar al anochecer. El cuartel general de Blücher también se movía, de Le Roi d'Espagne a la *maison* Dumont, en Merbeu-le-Château. Él habría querido ir más lejos, pero el doctor Bieske se lo había prohibido —debía de ser el único en el *Niederhreinarmee* capaz de levantarle la voz—, pues el estado de su pierna, inflamada y convertida en un inmenso cardenal, era de preocupar; de ahí que prefiriera ser increpado entonces y no cuando se la estuviera cortando, lo que como no se cuidara seguro que acabaría por suceder. La relación entre los dos era sorprendente, pues no era infrecuente verles llamarse de todo mientras compartían una botella de buen *schnaps*. Alguna vez Gneisenau había propuesto al viejo *Generalfeldmarschall* buscarle un médico más respetuoso con su grado y con su título, a lo que siempre se negaba; Bieske, aducía, sería un indisciplinado y un «cabrón», pero ante todo era «su cabrón».

El IV *Armeekorps* del *Oberhreinarmee*, al mando del Fürst Wrede y reforzado con una división del I Ejército Ruso,^[216] mandada por el teniente general Charles de Lambert —de ascendencia francesa—, se destacaba del grueso de Schwarzenberg, que apenas había empezado a cruzar el Rhein, para cercar Strasbourg, donde se hallaba estacionada l'Armée du Rhin, y neutralizarlo sin disparar un tiro.

El banquero Nathan Rothschild se había presentado en la Bolsa de Londres tan displicente como cualquier otra mañana. El ambiente no era de los más animados, toda vez que las últimas noticias del continente, referentes a la derrota de los prusianos en Ligny y a las tablas de Wellington en Les Quatre Bras, no invitaban al optimismo, aunque todo empeoró tras mandar a sus agentes vender «por lo mejor» un gran paquete de acciones, las cuales cubrían la virtual totalidad del espectro bursátil. Mister Rothschild pasaba por ser un hombre bien informado, al punto que no tardó en deducirse que sabía lo que aún no sabía nadie, que Bonaparte se había impuesto a Wellington y que las armas británicas estaban en trance de ser echadas al mar. La reacción a partir de ahí fue la ortodoxa: todo el mundo se puso a vender, aunque al no haber liquidez suficiente buena parte de la oferta comenzó a ocupar posiciones «papel», a la espera de que apareciese algún alma buena que la comprase por lo que quisiera pagar, y mientras tanto su valor descendía y descendía. Mister Rothschild, preguntado, ni desmentía ni confirmaba. En realidad hacía lo que todos los días: no decir una palabra.

El Emperador se había detenido en Laon. Quería concentrar allí los restos de l'Armée du Nord. No le preocupaba contar solamente con los cien cañones de Grouchy, más los veinte que según escribía Soult se habían salvado de los prusianos.

En Avesnes había material suficiente para reabastecer a los cuarenta mil que, también según Soult, escaparon de Blücher. Con los treinta mil de Grouchy serían setenta mil. Sumando las reservas ya movilizadas, más los veintisiete mil de Lamarque, podría presentar batalla, pero en Laon le aguardaban noticias de Lucien, de Caulaincourt y de Davout. Eran previas a que supieran de Ligny, pero aun así de preocupar: el Corps Législatif que tan imprudentemente renunció a disolver andaba rumiando un 18 Brumario, pero al revés. Se planteaban deponerle mientras se hallara en el frente, incluso si con eso se regalaba la guerra, quizá por pensar que los aliados se abstendrían de pasarles los costes de movilizar seiscientos mil hombres. Dada la situación militar, no podía despreciarles; necesitaría plenos poderes para encarar la siguiente campaña, y mejor sería obtenerlos por las buenas. No quedaba más opción que seguir hacia París; no plantar cara en Laon tampoco era excesivamente grave; podría buscar batalla en Compiègne, o incluso en el mismo París, pero aquel asunto del Palais-Bourbon debía liquidarlo, pues cuando llegaran las noticias de Mont-Saint-Jean sería demasiado tarde. O quizá no, se decía comprobando con horror que su cabeza no saltaba con la debida fluidez de la crisis militar a la política, de cómo poner en pie de guerra una nueva Armée du Nord a cómo dominar a los 746 hijos de puta. Se le ocurriría cuando se viera en l'Élysée. Dos horas, sólo dos horas de agua hirviendo, y de nuevo sería el que no había logrado ser desde que le asaltaron los dolores, en Gilly. Un destino atroz, el suyo: en el punto crucial de su carrera, donde más estaba en juego, la salud le jugó la peor trastada de su vida. De ahí venía que no sintiera un particular enojo con Ney, Soult o Grouchy. Si algún responsable había de aquel desastre, de aquella tragedia, era él.

La cena del Koning Willem era más distendida y menos protocolaria de lo usual en sus rígidas costumbres. Sólo asistían él, la reina, los dos príncipes —el mayor con un aparatoso cabestrillo—, Hill, Wellington y Álava, el último más en calidad de amigo y comisionado que de un embajador presentando credenciales, que por supuesto Zijner Majesteits aceptó con toda cordialidad. Aun así, estaba más interesado en que le hablaran de aquella batalla extraordinaria donde su hijo y heredero se distinguió de un modo tan heroico —suya fue la decisión, había explicado al rey su padre, de mover la II División a Les Quatre Bras, ante lo cual Wellington no dijo nada; se limitó a poner su mejor cara de piedra—, gracias a lo cual la extensión del VKN tenía perspectivas de aumentar; lo deducía de algo que acababa de saber, que His Grace había encomendado a Frederik la toma de las fortalezas situadas al norte del Sambre, no sólo para que dejaran de ser un peligro, sino para que la bandera del VKN ondeara en ellas, y en las comarcas que las rodeaban, cuando se impusieran al próximo gobierno francés las reparaciones de guerra. Eso le satisfizo tanto que, sin pensárselo, allí mismo concedió a His Grace el título de Prins van Waterloo, lo que implicaría la concesión de una inmensa propiedad. No precisó dónde

se hallaría, porque al ser aquello fruto de una súbita inspiración no tenía idea de a quién confiscarla; sólo era seguro que la sacaría de las provincias valonas, pues los campesinos holandeses serían mucho más reacios a dejar que les expropiara por las buenas.^[217]

Faltaba media hora para que se cerrara la más deprimente sesión que la London Stock Exchange recordaba cuando míster Rothschild lanzó a sus agentes a comprar todo lo que se hallase a la venta. Poco después no tenía mucho más dinero líquido que cuando salió de su casa, pero su cartera poseía bastante más del doble de los títulos con que contaba entonces. Si al llegar al *parquet* aquella mañana era un hombre riquísimo, al salir lo era mucho más, lo cual le llevó a no realizar comentario alguno.

El III Armeekorps vivaqueaba en Lambusart, cerca de Charleroi, tras haber venido desde Wavre por los caminos que los I y II recorrieron tres noches antes en sentido inverso. Thielmann y Clausewitz pensaban recuperar su retraso con respecto al I antes de llegar a Laon. Tenían a favor el marchar por carreteras despejadas, mientras el I y el IV debían avanzar con muchas precauciones, en previsión de que las retaguardias francesas les tendieran alguna emboscada. El II también había llegado a Charleroi, pero su destino era distinto. Una vez al otro lado del Sambre, Pirch despacharía una de sus brigadas a Maubeuge y Landrecies, para relevar al IV. Las otras seguirían hacia Philippeville, para luego desdoblarse sobre Givet y Charlemont; el objetivo era tomar las cinco, aunque Gneisenau no esperaba tanto; si lo conseguía, bien; si no, que las sitiase a la espera de Hake. Los cuarenta mil hombres que reunían entre los dos bastarían para tomar la decena de fortalezas situadas en las riberas del Sambre, del Meuse y del Moselle. Si cuando cayera París los diplomáticos hicieran bien su trabajo —no como en Viena—, bien podría suceder que sobre las almenas de aquellas enormes construcciones siguiera gualdrapeando, por tiempo indefinido, la bandera del águila negra.

Fouché supo de Mont-Saint-Jean a mediodía. Nadie del *état major* de l'Empereur se acordaría de anunciarle una derrota, de modo que había situado informadores donde sí llegarían las malas noticias: el Ministerio de la Guerra. Ésa le sorprendió tanto como lo habría hecho la contraria: nada. Esperaba la noticia, la que fuera, para proceder en la forma conveniente; había diseñado varias, en virtud de los diferentes acontecimientos que pudieran acaecer. Su primera medida fue ordenar a los prefectos difundir la noticia en calidad de rumor, junto con otra, de su cosecha, que anunciaba el regreso de l'Empereur para tomar medidas desesperadas, al estilo de un Eleazar ben Ya'ir. Con aquello bastaría para que la inerte clase política, tan lenta de movilizar, adquiriera el estado mental necesario para guarecerse tras los que tuvieran ideas claras. Sería necesario hacerse con el alma de los que pensarán que tenían una, pues si lograba poner a los más influyentes en el sendero de hacer lo que a él le

convenía Napoleón tendría difícil imponerse; así, de paso, él se haría indispensable para el próximo rey, el que fuera, pues necesitaría un buen ministro de Policía para consolidarse, y si él no perdía la sangre fría en el combate que se avecinaba, Louis difícilmente daría con uno más competente. Convendría empezar por La Fayette, el liberal más significado y al que días antes había insinuado la conveniencia de parlamentar. Eran tan incompatibles como el agua y el fuego, aunque tenían cosas en común; los primeros días con Napoleón de regreso en París serían parecidos para los dos, ya que los deseos del marqués —que regresara la República— y los suyos —que Louis recuperara el trono— partían de la misma posición personal: sobrevivir. De ahí que, como no pocas veces sucediese a lo largo de la historia, el Vicio (él) invitase a cenar a la Virtud (el otro). De lo que acordasen dependería el porvenir de los franceses, empezando por el único digno de todos los esfuerzos: el suyo propio.

El Major Percy atravesaba Londres a buena velocidad. Era un atardecer soleado, de los que incitan a los londinenses a pasear por el Strand. Al atractivo de aquella clase de atardeceres se unía cierta impaciencia por saber de la campaña continental, por entonces la única guerra donde los casacas rojas luchaban y morían. De ahí que la presencia de uno con bicornio en el pescante de una carreta no pasara inadvertida, y no sólo porque parecía marchar hacia Downing Street, sino por lucir un aspecto inusitado, plagado de manchurriones, polvoriento y sin afeitarse. Por si eso fuera poco viajaba en compañía de dos águilas francesas, en cuyos estandartes tricolores se leían sin dificultad los números 45 y 105. A eso se debía que una creciente multitud le siguiese a respetuosa distancia, y no por prudencia, sino porque su cochera, muy diestra con el látigo, no permitía que nadie se acercara.

Sir Henry había llegado a los muelles de Oostende a tiempo de ganar la marea en la *HMS Peruvian*. Como estaba muerto de fatiga la tripulación prefirió no despertarle; lo hizo él solo al advertir que algo iba mal, pues estando en medio del mar aquello no se movía. El capitán no tardó en explicarle que la calma chicha era natural en el British Channel en aquella época del año, contra lo cual sólo era posible armarse de paciencia. Percy no sabía nada de navegar en alta mar, pero sí enténderselas con una brújula, y según la suya las luces que divisaba unas millas al noroeste debían ser las de Dover. La *Peruvian* contaba con una trainera donde podrían remar ocho, y con el permiso del comprensivo capitán no le fue difícil movilizar otros tantos tripulantes; al poco ya estaban en ella él, sus águilas y los ocho galeotes, remando con la determinación que da no sólo transportar al héroe que lleva las noticias al Regente, sino al que además ha prometido un par de guineas a cada remero si le dejaban en Broadstairs, las escalinatas del puerto de Dover, antes de las diez de la mañana.

Una vez en tierra necesitaba un carruaje; como el muelle no era buen lugar para encontrar uno se dirigió, seguido de una docena de curiosos, a la oficina del capitán del puerto. Allí, le informaron, no había vehículos ni caballos, pero en la lonja de

pescadores sí que los había. El que ofrecía un aspecto más veloz presentaba dos inconvenientes: uno, que olía fuertemente a pescado; el otro, que lo tripulaba una mujer, y le pareció que no del tipo menos deseable, aunque sí del más patriótico, pues al comprender de qué se trataba —depositar al guapísimo Sir Henry en el 10 de Downing Street, Westminster— ni siquiera se detuvo a charlar sobre tarifas. «Suba usted ahí, sujétese y rece», fue todo lo que dijo mientras empuñaba el látigo. Miss Derrick, como dijo llamarse, sabía conseguir que dos mestizos perezosos se comportaran como verdaderos purasangres, y también dónde y cómo cambiarlos, cosa que debió hacer varias veces en el largo camino de Dover a Londres. A su arte como cochera contribuía su excepcional dominio del lenguaje más apropiado para tratar con los cachazudos carreteros, lo que a Sir Henry le admiró profundamente, al punto de sentir una gran simpatía por la pelirroja señorita, pues jamás había conocido mujer alguna con aquel extraordinario dominio del inglés; sargentos, sí, unos cuantos, pero jóvenes hijas de granjeros que acudían a las lonjas de pescado para que le regalasen los sobrantes del día y así tener algo para echar a los cerdos, ni una.

En Downing Street supo que Lord Liverpool y Lord Bathurst estaban en casa de Lord Harrowby, en Grosvenor Square. Tras señalar el camino a la emocionada Miss Derrick —la vida rara vez ofrece a las hijas de los granjeros la oportunidad de vivir un momento histórico—, no tardó en detenerse frente a la casa en cuestión; un individuo normal habría descendido del pescante sin mirar atrás, ansioso de lanzarse a la gloria, pero Sir Henry estaba hecho de otra pasta, una que le permitía no sólo abrir la mano de la sorprendida Miss Derrick y depositar en ella veinte guineas de las de verdad, las de oro, sino decirle que mientras viviese no la olvidaría. Tras eso, sí. Tras eso ya podía enarbolar sus águilas y avanzar con la determinación de un oficial del 14.º Light Dragoons. Al poco se veía en una sala de mediano tamaño donde Lord Liverpool, Lord Bathurst, Lord Harrowby y mister Boehm jugaban una mano de *whist*. La escena la traía muy ensayada, de modo que no improvisó. Rodilla en tierra, tras arrojar al suelo las águilas con melodramático estrépito, tendió a Lord Liverpool un envoltorio de terciopelo azul donde la noche del baile de Lady Charlotte una dama derretida le había entregado su retrato, el cual dejó no sabía dónde para guardar allí el *dispatch* de The Beau. Tras eso, y en el ánimo de ahorrar a los petrificados presentes el esperar a que Lord Liverpool acabara de leer —eran muchas hojas—, anunció en muy buen tono que Lord Wellington había conseguido una devastadora victoria sobre Bonaparte. La escena, en ese punto, se transfiguró, pues Lord Liverpool, que no quería detalles, prefería entrar en acción. Tras pasar el *dispatch* a su destinatario tendió la mano al *major*, adorable con su hermoso uniforme rojo y oro teñido de sangre y polvo, además de oliendo a una mezcla indefinible de pólvora, sudor y pescado no muy fresco, y se le quedó mirando sin decir nada para después anunciar a sus compañeros que ya seguirían otro día; convenía dirigirse a Saint James Square,

donde His Royal Highness the Prince Regent celebraba no sabía qué, acompañado de tampoco sabía quiénes. Así, poco después, los cinco avanzaban a buen paso hacia donde Su Alteza Real se preguntaba por qué había tanta gente por la calle, siendo cerca de las diez.

A distancia, disuelta en la oscuridad, Miss Derrick también se hacía una pregunta: qué habría de verdad en lo que dijo aquel hombre tan extraordinario —«que jamás la olvidaría»—, el mismo al que veía marchar con sus dos águilas al hombro tras cuatro caballeros en perfecto *gentlemen's night suit*.

El orondo Regente dejó de hacerse preguntas al ver llegar a Lord Liverpool, si bien prefirió escuchar *from the horse's mouth* el relato de lo sucedido. Una vez al corriente, y tras ascender al encantado Sir Henry al empleo de Lieutenant-Colonel, se asomó a la ventana con un águila en cada mano, ante cuya visión la multitud se arrancó, según es consustancial a las multitudes británicas, con un vibrante «*God save the King*», para después lanzarse a rugir al ver aparecer a Lord Liverpool con el recién ascendido ADC; nada era más cierto, se decía la romántica Miss Derrick — lectora contumaz de Miss Jane Austen, en su vida no todo eran cerdos, gallinas, lonjas y carretas; también sabía soñar—, que para magnificar la gloria no hay nada como una barba de tres días y una casaca roja ensangrentada.

Francia, el VKN y Londres, miércoles 21 de junio

El Emperador llegó a l'Élysée con las primeras luces del día. Le recibió Caulaincourt. Desganado, le dio cuenta de la magnitud de la derrota, incidiendo en que con lo principal, los hombres, aún se podía contar; con su moral y su espíritu pudiera ser que no, pero él sabía cómo hacerlos revivir. Las pérdidas peores eran las de armamento, pero en Avesnes había suficiente para rearmar otros dos ejércitos como el que se había perdido. Terminó diciendo que se sabía frente al día más difícil de su reinado, porque la batalla que se avecinaba con el Corps Législatif le agotaba sólo con pensar en ella, tanto que antes de comenzar necesitaba un baño. Tras eso se adentró en sus aposentos, donde Alí ya lo preparaba. Mientras se desvestía pidió a Caulaincourt, que permanecía del otro lado de una cortina, que le contara cómo estaba el ánimo de la ciudad. No le sorprendió saber que aún era bueno. Los parisinos seguían en Ligny, aunque sería cuestión de horas que supieran de Mont-Saint-Jean.

Apenas se había sumergido cuando Alí anunció a Lavalette, uno de sus parlamentarios más fieles. Tras hacer que Alí extendiera una púdica toalla de lado a lado de la bañera, ordenó que se le hiciese pasar. Lavalette, muy alterado, le contó que la noticia de la derrota se había divulgado la noche anterior, que las cámaras ya estaban al corriente y que «abdicación» era la palabra en boca de casi todos. Sin apenas tiempo para encajar la noticia vio llegar a Davout, cuya impaciencia le había impedido esperar. De un modo directo, cien por cien militar, le hizo saber — ignorando al aprensivo Lavalette— que todo estaría perdido si no tomaba medidas inmediatas, empezando por disolver las cámaras, dispersar a los parlamentarios, encarcelar a los recalcitrantes y poner la ciudad en estado de sitio. Davout no podía calcular que l'Empereur no estaba listo para soportar una presión semejante; de ahí su sorpresa, la de verse frente a un hombre derrumbado, inmerso en una bañera de donde a todas luces no quería salir, como si aquello fuera un útero caliente, protector y confortable, y él un nasciturus horrorizado de nacer. Era toda una novedad: por primera vez en su vida, Napoleón había sido verdaderamente derrotado. De un modo irreparable. No le quedaban fuerzas para luchar. Ni contra el parlamento, ni contra la opinión pública, ni contra los prusianos. Él sabía, porque las comunicaciones militares funcionaban, que horas antes Blücher rebasaba Charleroi, y que más o menos al mismo tiempo Schwarzenberg iniciaba el cruce del Rin. Davout era un excelente mariscal, el mejor para leer un campo de batalla e interpretar una posición. Lo que veía frente a él era inequívoco: la guerra estaba perdida.

La 1.^a de Infantería VKN marchaba sobre Houdain, la primera de las fortalezas donde pretendía plantar su bandera. Sir Charles Colville se despedía del Prins Frederik, al que deseaba perder de vista del modo más cordial. En lo personal no tenía nada contra él, pero su desconocimiento de «lo militar» le hacía maravillarse de la colosal imprudencia de His Grace, la de poner nueve mil cuatrocientos hombres y

tres generales tan veteranos como Stedman, d'Hauw y Eerens, a las órdenes de aquel pajillero atontado.

Antes de abandonar Merbeu-le-Chateau Blücher había firmado una proclama de adiós a los valones; también, pese a no comprenderla del todo, la reorganización del Niederrheinarmee. Seguía sin ver la necesidad de poner a Hake y a Pirch I a las órdenes de un mando superior, y menos que Gneisenau insistiera en que fuera el Prinz August von Preußen, pero si tanto empeño mostraba sería por algo, así que además escribió, al dictado de aquél, una carta urgente a Friedrich-Wilhelm, suplicándole pusiese las fuerzas de aquellos dos al mando del puñetero Prinz August. La justificación de Gneisenau era que un mando meramente militar despertaría quisquillosidades en los estados que aportaban sus regimientos al Norddeutsche Bundeskorps. August, todo un príncipe de sangre real, sería bien aceptado, tanto por todos ellos como por *Seiner Majestät*, de siempre fastidiado por la renuencia de sus generales a ser mandados por sus hermanos, hijos, primos o sobrinos. Con aquella designación Gneisenau pretendía no sólo desentenderse de las incidencias cotidianas del aún hipotético *armee* del Prinz August, sino ganar a éste para su causa, pues el apuesto primo del rey estaba mal visto gracias a ciertas murmuraciones.^[218] Gneisenau necesitaba más amigos, y con aquello ganaría uno de veras importante, pues sería gracias a él que resucitase de su ostracismo.

El Army of the Low Countries entraba en Francia rumbo a Malplaquet, donde Wellington había ordenado se instalara el cuartel general. Él llegaría un día más tarde. Si eligió ese lugar para pasar la noche del 22 quizá fuera por invocar el espíritu del que hasta cuatro días antes era la mayor gloria militar de su país, Sir John Churchill, Duke of Marlborough, que allí, en ese mismo Malplaquet, consiguió el 11 de septiembre de 1709 una de sus más sonadas victorias, quizá la que más —al menos fue la más sangrienta— en la muy larga y gloriosa historia británica, por supuesto hasta Waterloo.

L'Armée des Alpes abandonaba los puertos de montaña que tomó al amanecer del día 15; el Maréchal Suchet, en manifiesta inferioridad numérica, sólo podía retirarse hacia Lyon.

La 16.^a Brigada se desplegaba frente a la fortaleza de Maubeuge. Bülow exigió a su adalid la inmediata capitulación, y con acuerdo a la etiqueta prusiana lo hizo del modo más antipático. A eso quizá se debiera que la negativa se formulara en similares términos, lo que alegró a Bülow, pues negociar capitulaciones honrosas no se le daba bien. Aun así no tendría que hacerlo en Maubeuge, ni en Landrecies, pues sería Pirch quien las tomase; su función era cercarlas en tanto éste no le relevara, y de paso impedir que los fugados de l'Armée du Nord se rearmaran en su retirada sobre Laon. Maubeuge y Landrecies eran importantes no sólo por eso, sino por el tráfico fluvial. Los ríos Sambre, Oise, Marne y Sena se comunicaban entre sí mediante una red de

canales. Cuando hubieran tomado los bastiones que los bloqueaban podrían despachar barcasas entre Lieja y París, lo cual, según Gneisenau, sería más rápido, barato y seguro que usar las carreteras francesas. Ahí, como en tantas otras cosas, su filosofía se apartaba de la establecida por Bonaparte, según la cual lo primero y esencial para encarar campañas era contar con buenas carreteras; en su concepción, que partía del principio de hacer marchar a las tropas un mínimo de diez leguas diarias, el transporte fluvial era irrelevante. No dejaba de ser llamativo que sus peores enemigos fueran los primeros en creérselo, salvo Gneisenau, que seguía pensando de las barcasas y los canales lo mismo que Friedrich der Große.

El Emperador, en su habitual estampa de coronel de los *chasseurs-à-cheval*, permanecía en silencio a la cabecera de la mesa donde se reunían sus ministros y secretarios. Estaban todos: Cambacérès, Fouché, Davout, Maret, Mollien, Gaudin, Regnault, Carnot, Decrès, Caulaincourt, Boulay, Defermont, Merlin de Douay, Joseph, Lucien y Berlier, el secretario del consejo. Su aspecto físico era mejor de lo que temían. Más les preocupaba el mental. Su legendario espíritu combativo no asomaba por ninguna parte, y cuando al fin se decidió a comenzar se hizo claro que aquel no era el Napoleón invencible al que llevaban veinte años adorando. Su tono era plano y monocorde, amén de aburrido. Según enunciaba con lentitud, casi con morosidad —él, que tan rara vez explicaba nada; lo suyo era despeñar órdenes, sin más—, para vencer a los tres ejércitos invasores, que serían cuatro cuando los rusos llegaran al Rhin, haría falta movilizar a Francia en su conjunto, de Dunkerque a Hendaye y de Brest a Niza. El que se situase a la cabeza del país para enfrentarse a la invasión habría de poseer poderes dictatoriales. Los podría conseguir enviando a las cámaras un batallón de la Garde Impériale, si a Davout le quedase alguno, pero no quería proceder de un modo brutal. Los poderes deberían serle otorgados por las cámaras, voluntariamente. Lo había pensado a fondo y de ningún modo los aceptaría de otra forma. Tras eso cedió la palabra. Después de un breve debate quedó claro que sólo su hermano Lucien, más Carnot y Davout, estaban a favor de un movimiento rápido y decisivo, bayonetas por delante. Cambacérès, Caulaincourt y Maret, de siempre moderados, se inclinaban por buscar un entendimiento con los diputados y los pares. Fouché nadaba entre dos aguas, aunque al tiempo anotaba la necesidad de mandar un propio a La Fayette urgiéndole a tomar medidas inmediatas, si no quería ver el Palais-Bourbon tomado por una horda de *grognards*.

Al cabo de una hora, cansado de palabras inútiles, zanjó la discusión preguntando a favor de quién estaban las cámaras; habría debido dirigirse a Regnault, responsable de las relaciones con el Corps Législatif, pero el que mangoneaba el Palais-Bourbon era su ministro de Policía, y si quería saber lo que de veras sucedía él era quien mejor podría decirlo. Fouché, con su mejor flema, respondió que los diputados sólo querían hablar de abdicación, y que si Su Majestad rehusara discutirían su deposición. Esa

irritante verdad, dicha con sencillez un punto brutal, pareció galvanizar a l'Empereur, que cambió de tono, abandonando el comedido de hasta entonces para pasar al que tanto añoraban los presentes: el de conquistador. Comenzó por desgranar las opciones militares para enfrentarse a los prusianos, a los ingleses, a los austríacos y a los rusos, según fueran llegando. Bastaría con replegar sobre Lyon los cuerpos de Suchet, Brune y Lecourbe, dejando las fronteras del este a cargo de las fortalezas, las cuales podrían sostenerse durante meses, muchos más de los que necesitaría él para pasar de invadido a invasor. París se pondría en estado de sitio bajo el mando de Davout, aprestándose a una lucha popular, barrio por barrio y casa por casa. Los austríacos y los rusos serían los primeros en pensárselo, y tras ellos los británicos. Los únicos irreductibles serían los prusianos, pero estaban tan desangrados que no podrían hacer nada frente a una Francia en armas. Sus ministros rugían a favor, aunque Fouché con reservas. Le preocupaba que aquel demente se presentara en el Palais-Bourbon enarbolando aquella misma oratoria épica. De ahí el avisar a La Fayette; debería movilizar a las cámaras, constituir las en asamblea permanente y negarse a recibir a l'Empereur. De ningún modo debían los dos, él y su aliado, correr el riesgo de que se hiciera con las 746 almas de los 746 idiotas con una simple soflama de su inflamado verbo, y no porque tal cosa significase la destrucción de Francia, sino porque significaría la suya. La manera que tenía de mirarle no era tranquilizadora. Debía pensar que se hallaba detrás de lo que sucedía en el Corps Législatif, porque no había podido volverse tan imbécil como para no sospecharlo. Si aún no le había fusilado sería por pensar que todavía le podría ser de utilidad, pero a poco que las posturas se acerasen sus reacciones se volverían extremas, y lo último que deseaba era pasar a la historia como el último mártir de Napoléon I.

Las cámaras se reunían en sesión conjunta. No alcanzaban el total de 629 diputados y 117 pares, aunque se superaba el quórum. La Fayette les informaba cuando le llegó una nota de Fouché. A partir de ahí todo se volvió confuso. La situación requería que alguien de prestigio tomara la palabra y arrastrase a la manada. La Fayette quizá fuera el más favorecido por Atenea cuando repartió el don de la elocuencia. De la suya dependería que Francia pagase una factura dolorosa pero conservara su patrimonio y su integridad, o resultase arrasada, desmembrada y repartida entre los vencedores, pues de seguir bajo la bota del Corso así acabaría por suceder. Su propuesta, nada improvisada —él y Fouché le dedicaron una hora la noche anterior—, establecía que la cámara conjunta se declarara en sesión permanente, que cualquier tentativa de disolverla se considerase delito de alta traición y que quien osase ordenar tal cosa fuera declarado *hors la loi*. La cámara, para su sorpresa —él no tenía tan buena opinión de su oratoria—, le respaldó en el acto. El panorama de sangre, fuego y destrucción desencadenado por la vesania de un lunático les hacía entender que la suerte de Francia dependía de su firmeza. Lo que viniera

después tendría una importancia secundaria. Louis XVIII, Louis-Philippe d'Orléans, Schwarzenberg, Wellington, Blücher, el Kaiser, el Zar, Fiedrich-Wilhelm... qué más daban todos ellos, al menos en ese momento. A medida que llegaran, ya les harían frente.

Aquello llegó en minutos a l'Élysée, causando en la debilitada moral de l'Empereur un efecto devastador. Sus deseos de luchar comenzaron a diluirse tras un hastío fatal. A propuesta de Lucien, que comprendía mejor que los demás lo que atravesaba su cabeza, Regnault y Carnot —el mejor orador de todos ellos, tanto que a menudo conseguía imponerse a La Fayette— dejaron el consejo para marchar al Palais-Bourbon. Su propósito era predicar a pares y diputados la voluntad de concordia del Emperador, así como su respeto a la legalidad, eso último por imposición del propio Napoleón, que les ordenó dejaran claro que de ningún modo haría nada sin el respaldo del Corps Législatif.

La princesa estaba preocupada. Los lejanos cañonazos de días antes, más los comentarios del retén que le dejó Mouton, decían que la guerra se desencadenaba por su curso natural, muy alejado del idílico Chimay. En la mañana del lunes, sin embargo, comenzaron a dejarse ver soldados que marchaban hacia el sur, más agotados que hambrientos y que decían haber sufrido una gran derrota cuando ya casi estaban en Bruselas. Ella, prudente, limpiaba y vendaba heridas, y repartía con generosidad embutidos, queso, agua y pan, consciente de que convenía ponerse a favor del viento. Fue un día de sobresaltos, porque cada vez que aparecía un nuevo grupo se preguntaba con qué talante vendría, y si llegado el caso sus custodios no preferirían cambiar de bando y pasar de protectores a saqueadores, aunque llegó la noche sin que las peores predicciones del sargento se cumplieran, quizá porque Chimay quedaba un tanto apartado del camino más corto hacia París. No obstante, y según decían los que se detenían a llenar el zurrón, el peligro no estaba en ellos, sino en los prusianos sanguinarios que les perseguían con sus banderas negras muy en alto. Su vieja pesadilla, el demoníaco Maréchal Blücher, les pisaba los talones, y contra eso no habría solución, pues el sargento y sus hombres no podrían hacerle frente. Un oficial del VI Corps d'Armée, que recordaba el *château* y la hospitalidad de su *châtelaine*, decía que las órdenes eran marchar hacia Laon para unirse allí a los Corps d'Armée III y IV, con los cuales l'Empereur pensaba reorganizar l'Armée du Nord. Fuera como fuese, le dijo al día siguiente su entristecido sargento, ni él ni sus hombres podían quedarse. Sólo le quedaba desearle suerte con los prusianos; en su experiencia de otras campañas podían ser brutales y despiadados, aunque solían ser disciplinados. La suerte de la princesa dependería del oficial que mandara el primer grupo que llegase. Si pertenecieran a un regimiento de línea no le pasaría nada, salvo quedarse sin lo poco que aún había en su despensa. Si fueran reclutas *landwehr* todo iría peor, pero era notorio que rara vez marchaban en vanguardia. Quizás incluso

dejaran Chimay de lado, pues la ruta de París pasaba por Avesnes-sur-Helpe, mucho más al oeste.

Les despidió con aprensión aunque con principesca generosidad, pues además de llenarles los zurroneles entregó al sargento cincuenta napoleones, para que los repartiera como quisiera. Tras eso se quedó sola con sus asustados hijos y sus temerosos sirvientes, acongojada pero tranquilizándoles con su mejor expresión de serenidad. Se le descompuso un poco al ver llegar por la carretera de Beaumont un escuadrón de caballería. Unos tipos siniestros de uniformes negros, caballos negros y lanzas negras que lucían calaveras plomizas en sus ridículos gorros negros. Casi todos mostraban largos mostachos *a la tártara*, y en conjunto componían una visión terrorífica, salvo el que marchaba delante, de uniforme azul, bicornio emplumado y caballo gris. El teniente O'Etzel, que así dijo llamarse, hablaba un francés comprensible. Anunciaba que Su Alteza el príncipe Blücher quería pasar allí la noche. También que, atendiendo una petición del general Álava, les otorgaba su protección, tanto a ella como a su familia y a sus bienes. Su Alteza, que pensaba cenar allí con otros oficiales, deseaba contar con su amable presencia, y a ser posible con los servicios de su acreditado *chef*. En el entendimiento de que su despensa podría estar vacía, le había encargado entregarle algunos víveres, así que le rogaba que señalase dónde debía dejarlos —al tiempo hacía un gesto a un par de soldados que conducían una carreta muy cargada—. Por lo demás, ellos permanecerían allí hasta que Su Alteza marchase, defendiéndoles a ella y a su propiedad de cualquier merodeador que asomara su cabeza.

La princesa volvió a examinar la lúgubre tropa. El buen Miguel, qué magnífico inquilino había resultado ser, suspiraba para sí señalando el camino de la cocina. El sol aún estaba muy alto, de modo que a su *chef* podría darle tiempo a preparar un buen caldero de sopa y unos cuantos pollos para dar de comer a los cincuenta lanceros. Tras eso no le cabía duda de que serían suyos para siempre.

La respuesta de las cámaras al discurso de Carnot fue pedir al gobierno que los ministros de Guerra y Asuntos Exteriores, Davout y Caulaincourt, se personaran allí, ante la soberanía popular, para informar de las dos situaciones, la militar y la diplomática. Regnault regresó a l'Élysée, muy abatido, para sorprenderse de que l'Empereur escuchara con flema, si no con indiferencia. Era porque nada de aquello le sorprendía. Sabía de sobra que para conseguir algo debería ir en persona. Entraba en lo probable que a él le concedieran lo que tan ásperamente negaban a sus ministros, pero le atenazaba el pavoroso recuerdo del 18 Brumario, el de verse acorralado y zarandeado por una masa de diputados levantiscos y encrespados. De ahí que aceptara esa nueva humillación, que Davout y Caulaincourt fueran a informar. Todo le parecería bien mientras no tuviera que ir él.

Daban las seis cuando Lucien, flanqueado por Carnot, Davout y Caulaincourt,

iniciaba una disertación sobre la discutible magnitud de la derrota, la necesidad de una unión nacional en torno a l'Empereur y la salvación de Francia en calidad de objetivo general. Pese a la brillantez de sus palabras no reblandeció la postura común, que con el paso de las horas se había endurecido hasta la petrificación; los Bonaparte, para su consternación, ya no asustaban a nadie. Alzándose sobre las tempestuosas voces que le interpelaban, resonaba la del sombrío Verdier de Lacoste. Se preguntaba qué necesidad tenía Francia de seguir aguantando un Emperador como el que padecían, y que gracias a sus delirios Francia estaba en guerra con Austria, Rusia, Prusia, Inglaterra, el VKN y España, naciones que no lo estaban contra Francia, sino contra él; suprimirle sería poner fin a esa guerra que al país ya le había costado treinta mil muertos y que pronto serían muchísimos más. Aquellas palabras dieron lugar a que los encendidos diputados renunciaran a debatir si a Francia le convenía o no seguir sufriendo a Napoleón. El tono de las intervenciones mudaba del que se vivió un Grenade de Brumaire al de un Mûre de Thermidor.^[219] Lucien, al igual que Robespierre, sentía próximo el horripilante «*hors la loi!*»; de ahí que sintiese algún alivio cuando Jay, un señalado turiferario de Fouché, pidiera en tono conciliador el nombramiento de una comisión cuyo mandato sería exhortar al Emperador a que abdicase, y anunciarle que si se resistía las cámaras votarían su deposición. La Fayette, que además de muy caliente se hallaba inspirado, le respaldó al recordar los muchos franceses cuyos huesos yacían desperdigados por Europa, Siria y Egipto. Nadie, sostenía, podría decir que habían sido desleales a l'Empereur. La frase con que acabó su arenga fue la más devastadora de todas las dichas ese día: «Hemos hecho suficiente por él; nuestro deber, ahora, es salvar a Francia». Los aplausos acabaron de hacer ver a los hombres de Napoleón que no había nada que hacer, y menos tras votarse una comisión de cinco pares y cinco diputados (Thibaudeau, Boissy, Drouot, Grenier, Dejean, Lanjuinais, Andréossy, La Fayette, Flaugergues y Dupont de l'Eure) para que se incorporase al Consejo de Ministros. Lucien no quiso ver más; corrió a l'Élysée, para sorprenderse de que a su hermano mayor no le sorprendiera nada de lo que decía. Parecía conforme con que sólo hubiera dos posibilidades, Abdicación o Disolución, o tres si se unía la Deposition. Están locos, murmuraba; no comprendían que apartándole sólo conseguirían que Inglaterra reimpusiese a *L'Inévitable*. Mejor harían extendiéndole su confianza; para empezar no las disolvería, lo cual sería lo primero que haría Louis. Gracias a la decisión que tomaban durarían en sus puestos lo que tardara Blücher en tomar el Palais-Bourbon.

El III Armeekorps vivaqueaba cerca de Beaumont. Thielmann mandó parar dos horas antes de lo previsto porque la tropa estaba extenuada; desde que comenzara la campaña ningún día recorrieron menos de quince kilómetros, y algunos más del doble. Los primeros, lloviendo y con frío, fueron horriblos, pero aquél, de ardiente verano, les había reventado. De ahí el detenerse. Una cosa era la disciplina y otra

provocar un motín. Mejor que cenaran caliente y descansaran hasta el amanecer. Clausewitz y él aún debían seguir: Gneisenau les había citado en Chimay, a dos horas de allí.

La princesa se preguntaba cómo sería Blücher. Sólo sabía que ya era muy mayor. El resto, empezando porque verle diera miedo, sería leyenda, o eso quería pensar. La de su *petit gringalet* no era mucho mejor, aunque bien sabía ella que, si se le manejaba con destreza, era como un niño. Quizá con Blücher ocurriera lo mismo, se decía según veía que por el camino de Beaumont se acercaba otra comitiva, precedida por una nueva horda de lanceros. Ella presentaba un idílico aspecto de princesa medieval que recibe a un gran guerrero; de blanco, el talle muy alto y con un escote razonable, formaba frente a su *château* a la cabeza de su prole, igualmente dispuesta en tonos virginales. El teniente O'Etzel, junto a ella, esperaba en rigurosa posición de firmes. Tras ellos, dos docenas de siniestros lanceros negros, que la princesa ya sabía se llamaban «ulanos», presentaban armas. Blücher debía de ser el cuarto jinete una vez apartada la escolta, por ser el único anciano. Los otros tampoco eran niños, pero ninguno mostraba guedejas blancas asomando bajo la gorra, bigotazos canosos y manos sarmentosas sujetando las riendas; ahora, ninguno tenía unos ojos entre azules y grises que aun siendo severos parecían saber mirar a una mujer. Le vio descender de su caballo, un tanto astroso para ser de un príncipe, para cogerse de un tipo muy guapo, de unos treinta y tantos, y cojear en su dirección.

—Gebhard-Leberecht von Blücher, Madame.

La princesa inició una reverencia, para ser izada por la fuerte mano del príncipe, que así demostraba saber de coger mujeres al vuelo; tras eso se hizo con la mano de la encantada castellana, para tras besarla mascullar unas palabras en un idioma excelente para tomar castillos al asalto, y princesas también.

—El príncipe le agradece profundamente su hospitalidad, alteza.

—¿Por qué cojea tanto? ¿Le ocurre algo?

Tras un breve intercambio en alemán, el que decía ser coronel Nostitz explicó que se le había caído un caballo encima, y no una vez sino dos. La primera fue veinte años antes, a lo que debía cierta cojera, y la última el viernes pasado, gracias a lo cual apenas podía moverse.

—Para los huesos molidos no hay nada como un baño de agua muy caliente con sales de mi tierra. Tras eso, unas buenas friegas a manos de alguien que sepa darlas. En el cuarto de aseo del príncipe hay una bañera enorme. Si se pusiera en las mías, a la hora de cenar cojearía mucho menos.

El coronel, con expresión divertida, tradujo el ofrecimiento. El príncipe, tras mirar a la princesa, pareció decirse que, tras haber desafiado los peores peligros imaginables por cualquier húsar que se preciara, no pasaría nada por aceptar aquel otro. Cuando menos, sería interesante.

—El príncipe acepta encantado y le agradece su gran amabilidad.

—Siendo así, déjemelo a mí. Ya se lo devolveré a la hora de cenar.

La princesa se asió del príncipe, señalándole las escaleras. El sonriente Nostitz, tras ellos, se decía que Gneisenau había tenido una excelente idea.

Los diez miembros de la comisión se reunieron con los ministros, aunque no en l'Élysée, sino en Les Tuileries. Horas después, tras ásperos forcejeos, acordaron designar un comisario que representase al Corps Législatif, depositario de la soberanía nacional, en las negociaciones con la Coalición. A fin de salvar las formas, y con ánimo de acabar la desmesurada jornada —los parlamentarios, como era propio de su oficio, no pasaban por esforzados trabajadores—, se aceptó que l'Empereur diera su visto bueno al comisario que se designase, lo que no tendría ningún valor pues no se le daría más opción que aceptar. Aquello era una deposición y no se pretendía disimularlo; tras constatar que a ninguno de los presentes le quedaba duda en eso se acordó levantar la sesión, pues el que más y el que menos estaba reventado, y hambriento. Fouché habría preferido dejar todo acordado, aunque no pasaba nada por terminar al día siguiente. Como explicaría de un modo enigmático al aprensivo Thibaudeau, los acontecimientos del 22 de junio iban a vengar los del Grenade de Brumaire.

El ejército de Grouchy vivaqueaba en Givet, a la sombra de Mont d'Haur. Sus seiscientos y pico muertos serían enterrados allí, al pie de la fortaleza. Sus tres mil heridos habían seguido hacia el Fort de Charlemont, donde serían hospitalizados. Le quedaban veintinueve mil hombres, así como su artillería, su caballería, sus carros, sus banderas y sus águilas. Se sentía en paz, pues había cumplido sus muchas órdenes: batió a los prusianos en Ligny y en Wavre, se retiró con pocas bajas y se hallaba en Francia tras dejar atrás unos perseguidores que le doblarían en número. Su comportamiento profesional había sido no ya irreprochable, sino magistral. Lo malo era que nadie lo sabría valorar, empezando por Napoleón. Con la serenidad de la lejanía, y dada la magnitud del desastre, que siguiera siendo l'Empereur de la France le parecía improbable. Al cabo de unas semanas habría un rey Bourbon en el trono de Francia. Con él llegaría una purga militar en toda regla; sus oportunidades, siendo el único Général ascendido a Maréchal mientras duró el vuelo del Águila, y el comandante del ala derecha que tan malamente vapuleó a Blücher, serían escasas, al punto que mejor haría si estudiase dónde guarecerse hasta que las aguas se calmaran y de nuevo hubiera en Francia sitio para él.

Gneisenau, Thielmann y Clausewitz intercambiaban recuerdos y vivencias de aquellos días memorables, explicando Gneisenau que sin el sacrificio del III no se habría conseguido la colosal victoria que celebrarían cuando volviera Blücher, si volvía. Nostitz, antes, había discutido con el *chef* la cena que le gustaría ingerir al príncipe, de gustos muy sencillos, y también había repartido habitaciones de acuerdo

con el mayordomo. En el *château* sólo pernoctarían Blücher y ellos cuatro —lo normal era invadir las casas tras echar a patadas a sus habitantes, pero Gneisenau quería dejar allí un buen recuerdo—; los oficiales vivaquearían en los cobertizos del jardín, si bien se les daría de cenar, igual que a los ulanos; de ahí venía que las cocinas del *château* registraran una febril actividad y que fueran varias las mujeres llegadas a echar una mano, y de buena gana; si con su trabajo conseguían que la guerra pasara de largo tan sin hacer daño como hasta entonces, bien valdría el esfuerzo.

A la mesa, muy larga, se sentaría el Fürst con Nostitz a su derecha y Thielmann a su izquierda; frente a él estaría la *châtelaine*, flanqueada por Clausewitz y Gneisenau. Dado que la princesa no sabía una palabra de alemán, y que todos salvo Blücher se defendían en francés, Gneisenau había dispuesto que sólo se hablara en ese idioma, con lo cual Nostitz difícilmente probaría bocado, pues le tocaría traducir para Blücher, quien se demoraba tanto que la inquietud se apoderaba de los cuatro. Nostitz ya se planteaba ir a rescatarle cuando el mayordomo abrió la puerta para dar paso al Maréchal y a la Princesse, que venían del brazo y encantados el uno con la otra. Blücher, cosa rara en él, no iba de uniforme, sino con una túnica blanca que Nostitz no le recordaba; la princesa lucía un vestido que de tan vaporoso como era casi resultaba transparente, coronado por un escote del que resultaba difícil apartar la mirada, cosa que Blücher, por cierto, no hacía. Componían una pareja de las que provocan el aplauso, y si no les recibieron con uno fue porque la etiqueta prusiana no preveía esas cosas, pese a que Blücher fuera el más venerado de sus comandantes en jefe.

Aún tardarían en sentarse, pues era obligado que la *châtelaine* departiera unos minutos con aquellos caballeros tan marciales; lo hacía sin apercibirse de que uno de los cuatro, el más corpulento y con aspecto de mandar más, se hacía con el sonriente invitado principal y se apartaba un par de pasos, sin preguntar nada de palabra pero sí con la mirada.

—August, te juro que ni sé lo que me ha hecho ni cómo me lo ha hecho, pero me ha dejado como nuevo. No me sentía igual desde mis tiempos de teniente.

El Graf Gneisenau no respondió. Se limitó a sonreír, él también. La vanguardia del I (3.^a Brigada de Infantería y 1.^o de Húsares Schlesien) ocupaba posiciones desde mediodía frente a la fortaleza de Avesnes; el resto del *armeeekorps* llegó a lo largo de la tarde, para completar el cerco. El ataque comenzó nada más trincarse las piezas que marchaban tras la vanguardia, quince de las cuales eran *belles filles*, aunque al oscurecer ya se veía que, sin apenas artillería de sitio —sólo dos obuses—, no prosperaría. Zieten se preguntaba si a los efectos generales bastaría con rodear la fortaleza y seguir adelante dejando frente a ella un retén de vigilancia, en espera de que llegara el II y rematara el trabajo, pero Reiche insistía en debilitar a los

defensores a fuerza de no dejarles dormir. Así, a las doce menos cuarto se reinició el bombardeo desde más cerca, pues al amparo de la oscuridad las piezas se habían desplazado a trescientos metros de las fortificaciones exteriores. Zieten y Reiche querían dormir, pero justo a medianoche una violentísima explosión les puso en pie, a ellos y a toda la ciudad: uno de los proyectiles había hecho estallar la santabárbara de la fortaleza, lanzando por los aires buena parte del edificio principal. Al poco, un alborozado general Jagow les anunciaba que la guarnición capitulaba. Pese a los catastróficos daños causados por la explosión, en los pañoles de Avesnes aún debía de quedar un gran arsenal e ingentes cantidades de suministros, suficientes para que los cinco *armeekorps* se abastecieran al completo. Como había profetizado Gneisenau, aquella fortaleza con fama de inexpugnable se convertiría en la ubre del Niederrheinarmee.



Húsares Totenkopf, también llamados 'de la calavera' o 'de la muerte'

Francia, el VKN y Londres, jueves 22 de junio

Thielmann y Clausewitz marcharon a la salida del sol, aunque no sin tomar su desayuno, porque la princesa les había preparado uno como los que ya no recordaban. Una bondad más de la exquisita dama española, que no sólo les regaló una cena principesca, sino que les deleitó con el anecdotario de quince años prodigiosos, entre Convención, Terror, Directorio y Consulado, que hasta entonces sólo conocían en calidad de aprensivos enemigos apostados al otro lado del Rhein. El que mujeres como aquella fueran consecuencia de lo sucedido en Francia de 1789 a 1799 les hacía pensar que las revoluciones no debían de ser tan malas, le dijeron a cambio de su espléndida sonrisa y tras asegurarle que su casa de la Rue de Babylone sería, en cuanto ellos llegaran allí, la más a salvo de París.

Blücher, Gneisenau y Nostitz se levantaron más tarde, pues querían regalarse un poquito de holganza. Gneisenau algo menos, pues hubo de atender a varios mensajeros. Casi gritó de alegría cuando supo que Zieten había tomado Avesnes, haciéndose con un botín colosal. Se hallaba del mejor humor cuando Blücher tomó asiento frente a él para ser puesto al día según la emprendía con el pan, la mantequilla, los huevos, el tocino, el *würst*, los riñones, el café y una gran copa de algo que la *châtelaine* llamaba «cazalla» y que, según pronosticó, le supo a gloria. Tras eso ya sólo quedaba despedirse y marchar —Avesnes no estaba lejos; apenas tres horas de cabalgar sin prisas—, aunque no sin antes despachar media docena de cartas. La única que Blücher firmó en persona era para Pirch I; le ordenaba poner sitio a las fortalezas de Maubeuge, Landrecies, Philippeville y Givet-Charlemont, y que tomara bajo su protección la persona, la familia y las propiedades de la Fürstin Thérèse von Chimay, de cuya seguridad le hacía responsable. Tendría sus defectillos, pero desagradecido no era.

La figura del «comisario», con la que l'Empereur no había llegado a estar de acuerdo, sólo recibía un tibio respaldo, pues el Corps Législatif temía liquidar un tirano para darse otro. El que más y el que menos intuía que de aquello bien podría salir un Fouché I aún peor que Napoléon I, de modo que, de una forma tirando a desordenada, y confusa, optaron por regresar al punto de partida: destitución o abdicación. La sesión, pues, continuaba, con frecuentes visitas de Lucien, Carnot, Regnault y algunos otros más. No sólo se cruzaban propuestas; se formulaban amenazas, las cuales, a medida que pasaban las horas, subían de tono en una forma de preocupar. Tomaba cuerpo la sospecha de que se acercaba un segundo 18 Brumario, aunque a mediodía sucedió lo contrario: l'Empereur capituló. Según hizo saber a su gobierno, reunido en l'Élysée, no tenía sentido seguir adelante. Carecía de apoyos, y en esas condiciones, afirmaba desde un profundo fatalismo, era inútil luchar. Así, en presencia de sus abatidos ministros, dictó a Lucien su abdicación en el Rey de Roma. Lo que hiciera después el Corps Législatif le daba igual. Estaba convencido de que

aquel niño indefenso, secuestrado en Viena, jamás reinaría, ni en Francia ni en ninguna parte. Dudaba, incluso, que le permitieran vivir hasta la edad en que los príncipes empiezan a reproducirse. A quien de veras cedía el trono, y lo decía para que sus hombres fueran tomando posiciones, era Louis XVIII, salvo si los prusianos llegaban antes que Wellington e imponían a cualquier otro, lo que también le traería sin cuidado. Sólo quedaba pedir a Lucien que llevara el papelajo al Palais-Bourbon. Cuando vieran que ya tenían lo que deseaban, y que al fin desaparecía el último de los obstáculos que les impedía negociar con los ingleses, le dejarían en paz de una maldita vez. No había nada que desease más.

Una hora después el jubiloso Corps Législatif decidía crear un directorio provisional, cuyas misiones serían la jefatura colegiada del Estado y negociar la paz con los invasores; constaría de cinco miembros, tres a designar por los diputados y dos por los pares. En pocos minutos, lo que a más de uno le pareció sospechoso, se acordó que los unos fueran Fouché, Carnot y Grenier, y los otros Quinette y Caulaincourt. No era lo que La Fayette esperaba —nadie movió un dedo para que su nombre apareciera en la lista—, y le preocupaba ver ahí a Fouché, aunque por tortuoso que fuese su coyuntural aliado sin el respaldo del Corps Législatif no era nada, y el tal *corps* lo controlaba él. O eso creía.

Wellington marchaba sobre Malplaquet. Allí estaba su cuartel general para ese día, el *château* de Blairon, donde Churchill durmió la noche del 11 de septiembre de 1709 tras hacer tablas con Villars y Boufflers. Su comitiva se componía de cinco carruajes, escoltados por dos escuadrones de *light dragoons*. En ellos viajaba lo mucho que había comprado y lo no poco que le habían regalado en sus diez semanas de vida bruselense —casi todo lo que se trajo de Viena lo había enviado, semanas antes, a su casa de Hamilton Place—; él prefería ir a caballo, acompañado de su menguado séquito de ADC y de dos comisionados, el prusiano y el español. Su primera medida, cuando llegase a suelo francés, sería publicar un edicto donde anunciaría que su ejército no era enemigo de Francia ni de los franceses, sino su Libertador de la Tiranía. Se tomaba el viaje como un paseo de recreo, aunque no todo en él sería placentero. Tenía una visita que hacer, en Mont-Saint-Jean. Uxbridge, Somerset y los demás heridos ilustres ya estaban en Bruselas, pero no había planes de trasladar a De Lancey. Sabía por Hume que no había muerto, pero con varias costillas desgajadas de la espina dorsal y punzando los pulmones, su fin era cuestión de horas. A eso se debió que abandonara el camino natural. Le visitaría solo, entendiendo que así De Lancey, además de valorar el regalo de su intimidad, podría confesarle sus pecados. Si Hume hubiera dicho que lo contaba no perdería un minuto, pero estando como estaba no pasaba nada por mostrarse generoso. Después de todo, siempre le sirvió bien.

El botín de Avesnes consistía en cuarenta y siete *belles filles*, quince mil

proyectiles de doce libras y un millón del 17,5, más una incontable cantidad de alimentos, pertrechos y suministros. Los prisioneros eran menos de los esperados, en parte porque media guarnición había huído hacia Laon y en parte porque la explosión se cobró cientos de vidas. Los doscientos supervivientes se unirían a los diez mil y pico capturados en la Reine Klapperjagd. Había también quinientos reclutas, pero Zieten recomendaba devolverlos a sus madres, pues eran casi niños, incapaces de trabajar tan duro como necesitaría el general Leopold Wilhelm von Dobschütz, gobernador de Koblenz, al que Gneisenau había ya enviado una primera remesa de prisioneros, especificando que los oficiales fuesen internados en Juliers y la tropa en Wesep, y que la última fuera empleada en construir fortificaciones. Había también ordenado a Dobschütz que los tratara con la mayor severidad, la misma con que los prisioneros prusianos de 1806 y 1807 fueron obsequiados por los soldados franceses mientras se consideraron los dueños de Prusia.

La primera tirada de *The London Gazette* se agotó en minutos. Ofrecía el *dispatch* de Wellington, un punto mejorado por los celosos correctores; no podían permitir que un fallo gramatical o en el estilo empañara el aura del mayor héroe británico desde Marlborough, si no desde Boudicca.

SCM iniciaba su regreso. Habría seguido en Gante, pero la tarde anterior le llegó una carta de Wellington; le recomendaba con firmeza que se pusiera en camino, pues si no lo hacía igual encontraba un primo sentado en su trono; usaba otras palabras, pero él sabía entender sobreentendidos. En su calmoso avanzar le acompañaban su séquito y una guardia personal que de nuevo contaba con mil hombres a las órdenes del Duc de Berry, ya recuperado de su crisis de prudencia. En Mons pensaba encontrar a Talleyrand, que venía de tomar las aguas en Baden-in-Baden; habría debido tomar muchísimas, pues sabía que dejó el carísimo Kaunitz el 10 de junio. Mejor, se decía el rey, que se hallara en buena forma. Sus ideas y su consejo, le asqueaba reconocerlo, le hacían mucha falta.

Fouché, tras evaluar la situación, decidió enviar a Wellington un mensaje verbal. Lo transmitiría por medio de su mercenario más eficaz, un coronel Macirone que hablaba un buen inglés y un mejor alemán. Haría saber a His Grace que Bonaparte ya era historia y que sus funciones, por decisión del Corps Législatif, estaban en manos de un directorio presidido por él —un hecho que aún no se había producido, aunque sería lo primero que ocurriría cuando se reuniese a la mañana siguiente—. Tras asegurarse de que Macirone lo memorizaba le tendió los salvoconductos necesarios para circular por el territorio aún en manos francesas, así como una carta donde figuraba una clave que los oficiales británicos sabrían reconocer. A esas mismas horas del día siguiente, de ir todo como esperaba, Wellington estaría bien al tanto de lo que sucedía en París, cosa imprescindible para que su proyecto llegase a buen puerto. De momento había liquidado a los Bonaparte. Desde ahí necesitaba reunir el mayor

poder posible, para con él alcanzar la paz al precio que fuese y así mostrarse a los ojos de Louis, cuyos quevedos los sostenía Wellington, como imprescindible para evitar una guerra civil. Parecía un objetivo imposible, pues si había una persona que los Bourbons detestasen hasta el extremo era la suya, pero él, Joseph Fouché, tras haber sobrevivido al *ancien régime*, a la Convención, al Terror, al Directorio, al Consulado, al Imperio, a la Restauración y de nuevo al Imperio, para salir de ahí presidiendo el nuevo Directorio, bien sabía que para los grandes conspiradores nada es imposible.

Francia, Valonia y Londres, viernes 23 de junio

El Directorio se reunía en Les Tuileries. Sus miembros se preguntaban si sería buena idea resucitar las liturgias de 1794. Fouché, con objetivos concretos, vio ahí la oportunidad de alcanzar el primero, para lo cual dejó caer que si un error no debían cometer era funcionar como una cámara colegiada, sin nadie que la moderase; de aquel fallo garrafal partió el desorden que se apoderó de Francia durante los años del primer Directorio, de modo que lo más urgente sería elegir un presidente. Carnot se negó, aduciendo que quien habría de nombrarlo sería el Corps Législatif, pero se vio en minoría, pues los otros respaldaban a Fouché. Qué directorio sería ése, preguntaban al disidente, si no fuera capaz de darse su propio presidente. Los prusianos estaban ahí mismo, de modo que no había tiempo que perder y más tras constatar la honestidad de Fouché, que para tranquilizar a Carnot proponía que ninguno se votase a sí mismo, añadiendo que, por su parte, sería incapaz de cometer tamaña bellaquería. Votaron, así pues, y Fouché salió elegido con dos votos. Uno era el suyo —era capaz de hacer trampas a sus hijos cuando jugaban a las cartas—, lo que quizá sospechara Carnot, aunque no había lugar a protestar, pues en su calidad presidencial Fouché ya despeñaba el primer punto del orden del día: poner a Grouchy al frente de un nuevo Armée du Nord, que se formaría uniendo sus fuerzas a las que se reagrupaban en Laon. Serían cincuenta y cinco mil hombres, con suficiente artillería y caballería; no podrían oponerse a Blücher, aunque le retrasarían un par de días, los cuales serían preciosos a la hora de negociar. Aprobado aquello pasó al segundo: designar a los ministros que sustituirían a Caulaincourt, a Carnot y a él mismo. No le costó que dos de sus leales, Pelet de la Lozère y Bignon, recibieran las carteras de Policía y Asuntos Exteriores, aunque hubo de transigir con Interior, donde Carnot quería poner a su hermano Claude-Marie. Tras aquello ya podían ir a lo importante: destacar una misión de paz al mando del general Charles-Antoine Morand, un Par de Francia casado con una noble polaca de las que preferían el alemán a su propia lengua, gracias a lo cual él lo chapurreaba. Nada más acordarlo se levantó la sesión. Para ser la primera, se decía Fouché, ya estaba bien. Quería volver a su casa y no por cansancio, sino para planificar los siguientes pasos, empezando por sincronizarse con Talleyrand. Daba por hecho que *le diable boiteux* presidiría el gobierno de *L'Inévitable*, pero quería estar seguro de que la Policía sería suya, y para eso era necesario que Talleyrand comprendiera, si no lo había hecho ya, que para tener segura su poltrona necesitaba que la otra estuviera en su mano. Él y l'Évêque d'Autun no se querían, pero se comprendían. La oportunidad que se abría frente ellos era de tal naturaleza que si unían esfuerzos prosperarían, pero de no ser así ninguno tendría futuro. Talleyrand debía de pensar lo mismo, así que no estaría de más comenzar a discutirlo.

Louis y Talleyrand se veían en Mons a una hora inusitada, por lo temprana.

Talleyrand, bien informado —Fouché no era el único de sus corresponsales—, exponía un panorama muy preciso de París y del conjunto de Francia. Era seguro que Louis recuperaría el trono, aunque si quería que le durase debería tomar ciertas medidas. La primera, prescindir de Blacas. La segunda, Fouché debería entrar en el gobierno; al oír eso Louis se sobresaltó, pero no tardó en aceptar el lúcido razonamiento de Talleyrand: a Fouché, que tampoco era santo de su devoción, le necesitaban para enfriar ánimos, identificar enemigos y liquidar el riesgo de una guerra civil; una vez cumplida su misión se le podría nombrar embajador en algún lugar remoto y perderle de vista. Con eso el rey, aliviado, se mostró de acuerdo, de modo que pasaron a la tercera y última; Talleyrand suponía que a SCM no le sorprendería, pues Wellington habría debido insinuársela: debía ponerle al frente de su gabinete, y no al estilo gaseoso de Blacas, que nunca fue más que un «favorito» al estilo borbónico, sino en calidad de presidente de su Conseil Privé, si no del Consejo de Ministros, que sonaba más demócrata. El rey no la recibió mal, pero eran demasiadas novedades para esa primera y somnolienta reunión, de modo que no se comprometió, cuando menos en la forma que Talleyrand esperaba. Louis demostraba una vez más ser un perfecto idiota, se decía l'Évêque d'Autun en su carroza. Ni merecía lo mucho que hacía por devolverle la corona ni lo que aún tendría que hacer, pues sólo él podría conseguir que conservara Francia tal y como quedó tras el Tratado de París. Si era tan necio como para no entenderlo merecería con creces las muchas desgracias que le aguardaban mientras no le diera lo que pedía. Negociar el Segundo Tratado de París, ése de cuya inminencia Louis ni sospechaba, requeriría no ya las habilidades con las que se personó en Viena, sino algunas más. No se tenía por vanidoso, pero no había ningún francés tan capacitado como él para conseguir que Francia emergiera del Segundo Tratado no más pobre, ni más fragmentada, de como lo hiciera del Primero. Para conseguir que Louis se diera cuenta contaba con pocas armas, aunque de singular potencia. La primera sería una que a Louis no ya le sorprendería, sino que tras sacarle de quicio le haría recurrir al inglés encargado de recuperar el trono para su colosal trasero: el silencio. En el entretanto, paciencia y barajar.

SCM, a fin de pasar el mal trago cuanto antes, convocó una reunión del Conseil Privé, alegando que, hallándose a punto de regresar a Francia, sería bueno discutir unos asuntos. En realidad era uno solo: anunciar que, tras agradecer a Blacas sus esfuerzos durante los duros meses en que tan brillantemente se ocupó de su gobierno, le nombraba embajador en Nápoles, hacia donde debería salir de inmediato. Tras eso levantó la reunión sin decir quién le sustituiría, si bien era obvio que sería Talleyrand, ya que la noticia de su madrugadora visita no era un secreto bien guardado. Blacas, que no se lo esperaba, se despidió de sus incómodos ministros —la compañía de cadáveres suele ser fastidiosa— procurando no perder la dignidad. Después, en su

despacho y preguntándose dónde andaría todo el mundo —hasta su servicio personal había desertado—, se alegró de ver llegar a Jacques-Claude Beugnot, el único de sus ex colaboradores que aceptaba el riesgo de desearle buena suerte —siempre ha sido desaconsejable dedicarse a la política sin conocer el significado de *vae victis*—; tras abrazarse con él, agradecido —los despedidos de mala manera suelen emocionarse a poco que se les pase una mano por el lomo; es una práctica inútil, aunque a veces hay suerte y resucitan—, comentó biliosamente que Talleyrand hacía un mal cálculo y un peor negocio. Trabajando con él, codo con codo, los dos se habrían perpetuado. Apuñalándole por la espalda sólo conseguiría que al cabo de unos meses el apuñalado fuera él. Beugnot escuchaba con simpatía, pero sin hacerle caso. Lo último que se podría decir de Pierre-Louis-Jean-Casimir Blacas era que poseía el don de predecir el futuro.

El Oberrheinararmee cruzaba el Rhin con gran cautela. El propósito de Schwarzenberg no era llegar a París antes que nadie, sino con las menores bajas posibles, y si se podía conseguir por la mera exhibición de fuerza, sin combatir, pues aún mejor. El jefe de su IV Armeekorps, el Fürst Karl-Philipp von Wrede, tenía otras ideas. Si bien estaba formalmente a las órdenes de Schwarzenberg no dejaba de mandar un ejército bávaro, y el König Max no quería verse desplazado de las interesantísimas negociaciones del Segundo Tratado de París, un río revuelto en el que algo podría pescar. De ahí venía la prisa que se daba Wrede para tomar Saarbrücken, así como el poco empeño que ponía en acompañar su paso al de Lambert, que marchaba dos días tras él. Wrede no quería disputar a Blücher el honor del vérselas con Grouchy, pero tampoco que su horda desfilara por Les Champs Élysées mucho después que la prusiana. No era cuestión de orgullo; era que así se lo había mandado su rey.

No había pasado un día desde que *The London Gazette* publicara el *dispatch* de Wellington cuando la House of Commons votó conceder a His Grace una recompensa de sesenta mil libras esterlinas, así como incrementar sus haberes anuales hasta la suma de doscientas mil. Acumulando todo aquello a las cuatrocientas mil que se le otorgaron en 1814 con motivo del fin de la guerra contra la Francia de Bonaparte, a las cien mil que se le concedieron en 1812 tras la victoria de Salamanca, y a los colosales latifundios que le regalaron el rey de Portugal y la Junta Central española, más el que a no tardar le detallaría el Koning Willem, se hacía patente que Sir Arthur era un hombre inmensamente rico.

El Army of the Low Countries se tomaba otro día de asueto, salvo la 4.^a División, la cual se lanzó sobre Cambrai, defendida por unos cuantos infelices de la Guardia Nacional. Llegó a sus murallas al filo de mediodía, y aunque la resistencia fue más encarnizada de lo previsto, su comandante acabó por capitular; el pobre diablo pedía que se incluyera en el acta de rendición que no se rendía, sino que cedía la plaza, sus

ciento cincuenta hombres y sus catorce cañones a Louis XVIII, a lo cual Sir Charles Colville se plegó sin objeciones. Todas sus bajas desde que desembarcaron en Oostende se habían debido al mal francés y no al ejército francés, y mientras fuera posible prefería que siguiera siendo así.

Wellington había establecido su cuartel general en Le Cateau-Cambrésis. Sabía por Álava que allí, en el palacio arzobispal del feísimo poblachón, tuvo lugar un hecho histórico, la firma del doble tratado de 1559;^[220] a eso se debía que lo reservase para él y su *staff*.^[221]

Estaba un punto deteriorado, pero valdría para pasar un par de noches. Tras recorrerlo sin advertir rastros del acontecimiento convocó una reunión con Álava, Hill, Müffling y Jackson, que ocupaba el puesto de Barnes. El propósito era establecer los puntos a tratar con Blücher, al que pensaba visitar en Chatillon-sur-Sambre, a seis kilómetros de allí. No había mucho que discutir, toda vez que los dos ejércitos marchaban separados, pero Müffling señalaba que la ventaja del Niederrheinarmee ya era de dos días; el riesgo de que Bonaparte buscara pelea no era desdeñable, y de suceder Blücher se vería en desventaja contra una fuerza que podría llegar a cien mil hombres. Wellington escuchaba con impaciencia, pues si la preocupación prusiana fuera tan grande Blücher reduciría su ritmo en vez de pedirle acelerar. Tras acabar el otro su exposición —Müffling y Beethoven, alguna vez lo decía, siempre tardaban demasiado en terminar—, respondió que no podía marchar a más velocidad sin dejar atrás sus trenes de aprovisionamiento, con lo cual se relajaría la disciplina, cosa que no se podía permitir, pues el efecto sería que su gente saquearía las aldeas, como según explicaba el propio Müffling al Niederrheinarmee no le quedaba más remedio que hacer. El Army of the Low Countries venía como un amigo que acude a liberar a otro amigo, no como un invasor deseoso de arramplar con cuanto pudiese. No añadió más, pero el mensaje quedó claro: si Blücher quería comportarse como un bárbaro, que lo hiciera. La filosofía invasora británica —en Francia— sin duda costaba más dinero, pero a la larga sería rentable.

Blücher se había instalado en una posada. Bastaba para él, Gneisenau, Grolman, Nostitz y los comisionados de Schwarzenberg y Wellington. En el comedor se reunían los comandantes en jefe y sus oficiales principales. El ambiente no podía ser más distendido, aunque Müffling percibía que a Gneisenau le preocupaba la última propuesta de Wellington, la que formuló al poco de sentarse y que quizá se le había ocurrido al hilo de lo que comentara él en Le Cateau-Cambrésis; había dejado caer, sin especial énfasis, que podría ser ventajoso que las dos fuerzas avanzaran hombro con hombro. Gneisenau habría querido contestar, pero Blücher quería el protagonismo; era hombre de pocas ideas, aunque firmes, y la que prevalecía en su cerebro era llegar el primero a París; lo demás le daba igual. De ahí que a la meliflua recomendación de Wellington replicara que nada le gustaría más que marchar a la par

con el Army of the Low Countries, siempre y cuando éste sostuviera el ritmo del Niederrheinarmee. Blücher sabía que los soldados británicos no daban un paso sin sus trenes y sus pontones —los prusianos vadeaban los ríos con la pólvora y los mosquetes sobre sus cabezas—, y a eso quizá se debiera que Wellington no mostrase contrariedad, pero no debía ser la respuesta que buscaba. Desde ahí sólo quedaba determinar en un mapa Le Capitaine hasta dónde había llegado cada uno. El Army of the Low Countries ocupaba el triángulo Cambrai-Catelet-Le Cateau-Cambrésis, mientras que las vanguardias del I Armeekorps tenían Laon a la vista; el IV estaba en Saint Quentin, el III se rearmaba en Avesnes y el II había relevado a los retenes del IV frente a Maubeuge y Landrecies. Tras eso no quedaba más por debatir. Procedía regalarse una gran cena, regada de buen vino y mejor humor. A lo largo de la misma Gneisenau encontró un momento para explicar al general Álava que, atendiendo su petición, Blücher había ordenado a Pirch que pusiese a la princesa de Chimay bajo su protección. Su casera estaba, que no le cupiera duda, en las mejores manos.

Louis leía una carta de Wellington. Le pedía que se reunieran en Le Cateau-Cambrésis, desde donde SCM podría seguir a Cambrai. La distancia era considerable, decía Feltre; saliendo de madrugada llegarían a mediodía. Bien, pues que así sea, murmuró el rey. Él viajaba bien de noche; poseía una innata capacidad para dormir de maravilla, por mucho que traquetearan los carruajes. No le preocupaba que los demás no poseyeran el mismo don, pero sí el no saber de Talleyrand. Era sorprendente, porque a esas horas habría oído que la primera de las medidas que solicitó ya estaba tomada. Quizá jugase a ser deseado, lo que debería considerar una impertinencia, pero dadas las circunstancias no pasaba nada por enviarle un propio e invitarle a compartir lo que sería una segunda cena —la necesitaba para emprender el camino—; se preguntaba si empezar con dos docenas de ostras o sólo con una y media cuando el emisario regresó diciendo que Su Alteza estaba muy fatigado y se había ido a dormir. Un insulto en toda regla, se dijo el perplejo rey. El primer deber de un cortesano, y más el de uno que pretendía presidir su gobierno, era no acostarse mientras no lo hiciera él. Su disgusto era colosal, aunque no tanto como para renunciar a ese último festín en Mons. Por graves que fueran los disgustos que le pudieran dar, su estómago jamás se daba por enterado.

Al regreso de Chatillon Wellington encontró una visita, una que mostraba una carta donde figuraba la palabra Seringapatam. En el acto mandó que se le hiciese pasar; pocos sabían que aquel era el nombre de una ciudad que había gobernado hasta 1805; en alguna ocasión, durante sus meses como embajador en París, había descrito a Fouché sus palacios, la hospitalidad de los sultanes Wadiyar y las sutiles diferencias entre cazar zorros a caballo y tigres a elefante. De ahí que, sobreponiéndose al sueño, dedicase a su visita el tiempo que merecía. La información de Macirone, a quien no conocía, en absoluto le decepcionó, pese a comprender que le haría demorar aún más

el ansiado momento de irse a la cama. La causa era el último punto: el Directorio le pediría un salvoconducto para Bonaparte, ya que se quería exiliar en Estados Unidos. Aquello hacía obligatorio empuñar la pluma nada más despedirse del otro para informar a Lord Bathurst, a fin de que alertase al First Lord of the Admiralty —su buen amigo Sir Robert Dundas— y éste a Lord Keith, comandante de la BCF. Lo último que su aura se podía permitir era que Boney se plantara en Las Colonias por no haberlo avisado él.

Francia, Valonia y Karlsbad, sábado 24 de junio

La comitiva estaba lista para salir cuando el rey, desde su carruaje, vio llegar el de Talleyrand. Éste descendió con su natural dificultad y se acercó a la carroza real, donde no se le invitó a subir. El diálogo sería entre un diplomático en pie, destocado y a la intemperie, y un rey sentado en su vehículo. Talleyrand lo inició diciendo estar en contra de que Louis volviese tan pronto a Francia, mientras que SCM opinaba que si se oponía era porque lo había decidido sin consultarle. Aquél insistió en que ganar París tras las pisadas de los casacas rojas era un error garrafal, a lo que Louis respondió que no lo veía de la misma forma. Talleyrand, tras pensarse las palabras, replicó que si Su Majestad se obstinaba en eso él dimitiría —el rey se decía que no sabía de qué, pues aún no le había nombrado— para marchar de inmediato a Karlsbad,^[222] a tomar las aguas con su sobrina, lo que acabó con la exigua paciencia del monarca, quien contestó, en muy buen tono, «¿Cómo, nos abandonáis? Pues que las aguas os sienten bien. Ya nos daréis noticias vuestras». Talleyrand se quedó en pie, contemplando el alejarse de la comitiva real. Sintiendo confundido, cosa inhabitual en él, regresó a su carruaje murmurando improperios tan indignos de un diplomático francés como de un obispo católico. Aun así, no perdía la lucidez. Lo demostraba el que de ningún modo pensase marchar a Karlsbad. Si Louis deseaba demostrar que mandaba él, que lo hiciera. Ya vendría Wellington y le haría entender la realidad.

El IV Armeekorps tomaba Saint Quentin al poco de amanecer, sin lucha, pues la guarnición había huido a Laon al amparo de la oscuridad. El I se hizo con Guise a la misma hora, pero sin dejar escapar a nadie y haciéndose con un gran botín: diecinueve oficiales, trescientos cincuenta soldados, catorce cañones, dos mil quinientos proyectiles de 12 libras, dos mil ochocientos cincuenta mosquetes, setecientos mil balas del 17,5, diez mil libras de pólvora y una gran reserva de víveres. El Niederrheinarmee no necesitaba nada, pero al Prinz August aquello le vendría muy bien.

A Gneisenau le preocupaba el ejército de Grouchy —según le dijo Miniussir había sido bautizado como «Armée de la Moselle»—; a eso se debió que destacase al 3.º de Ulanos Brandenburg, al mando del Major Friedrich-Wilhelm von Falkenhausen, para que no lo perdiera de vista. Tras eso no quedaba nada que hacer en Chatillon-sur-Sambre; llegaba el momento de salir hacia Hannapes, donde se instalaría el siguiente *hauptquartier* del Fürst Blücher, el cual se había levantado del mejor humor. No sólo porque ventaba el aroma de París, sino porque la princesa le había dejado, era cierto, en la mejor de las formas. Quizá se debiese a eso que ordenase al perplejo Miniussir averiguar cuanto pudiera sobre la dama española; si Gneisenau no le conociera como le conocía, y no le supiera muy unido a su segunda y

mucho más joven esposa —la primera le dio siete hijos antes de fallecer—, se preguntaría si el *alte kriegspferd* ^[223] no se habría enamorado. Estaban a punto de subirse a sus caballos cuando les avisaron de la inminente llegada de un tal Général Morand. Gneisenau se quedó a esperarle, para media hora después saber que su misión era entregar al Fürst Blücher y al Duke of Wellington una carta donde se comunicaba que Napoleón I ya no era Emperador de la República Francesa —su título formal—, que la responsabilidad del país quedaba en manos del Corps Législatif, el cual había designado un Directorio para que se ocupara del gobierno, y que aquello extinguía la situación de guerra con las potencias aliadas, de modo que a fin de informar sobre su nueva realidad nacional se habían enviado emisarios a los gobiernos de Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia. Por último, el Corps Législatif entendía que se daban las condiciones de armisticio fijadas por Wellington en su proclama del 22, la de Cateau-Cambrésis. Gneisenau respondió que, primero, la guerra no era contra Bonaparte sino contra Francia; segundo, nada que no fuera la entrega del tal, así como la capitulación de las fortalezas del Meuse, el Sambre y el Moselle, les detendría en su avance; tercero y último, que tanto Blücher como él esperaban que París se rindiera sin condiciones; en caso contrario, los parisinos deberían tener presente la suerte que corrieron Madrid, Moscú, Hamburg y Leipzig. En cuanto al deseo de Morand de atravesar las líneas prusianas para reunirse con Wellington, pues que no. Sería devuelto a las francesas, para que comunicase cómo se veían las cosas en el *hauptquartier* del Fürst Blücher.

Davout valoraba sus fuerzas. Soult, en Laon, contaba con veintisiete mil hombres, rearmados aunque con la moral muy baja, no sólo por la derrota del 18 sino por las noticias de París. Grouchy, en Rocroi, decía contar con veintiocho mil, pero cada noche sufría entre doscientas y trescientas deserciones. No estaba mal, concluyó; le alegraba ver que sus predicciones se habían pasado de pesimistas; sin embargo, lo que tenía que hacer rebajaba su alegría. Lo primero era ordenar que se activara el Plan de Defensa de París; si llegase a funcionar ocasionaría la destrucción de la ciudad, lo cual le hacía sentir un gran malestar. Lo segundo era conminar a l'Empereur a mudarse de l'Élysée a la Malmaison. Intuía que la sabandija de Fouché quería sacarle de París aunque manteniéndole a mano, para cambalachearlo con los prusianos. De ahí que, por su cuenta, pensase animarle a ganar Rochefort y hacerse a la mar sin esperar salvoconductos. En Estados Unidos sería bien recibido, siempre que tomara la precaución de llevar oro en abundancia; él, por su parte, ya se planteaba seguirle; por mucho que su papel en los últimos meses hubiera sido estrictamente profesional, y que sólo se sumó a la causa imperial cuando el rey ya no estaba en Les Tuileries, no apostaría un franco por su destino bajo *L'Inévitable*.

Wellington y Álava esperaban a Müffling, que había dormido en Chatillon. Mientras charlaban llegó un mensajero con la copia de la carta del Directorio y una

nota de Gneisenau. Tras un breve vistazo llegaron a la misma conclusión: aquello era *rubbish* (basura), lo que Wellington anotó algo más abajo de donde se consignaban las firmas originales; por una vez, estaba cien por cien de acuerdo con Gneisenau. En eso llegó Müffling; Wellington ni siquiera le dejó sentarse, alegando que andaban mal de tiempo. Con sencillez, dando por descontado que no tendría nada que objetar, le ofrecía estar presente a la llegada de SCM. Una encerrona, diagnosticó Müffling. De un modo vertiginoso valoró los pros y los contras de rechazar la oferta; entre los primeros estaba que su papel allí era de simple comisionado para los asuntos de naturaleza militar, además de que Friedrich-Wilhelm quizás estuviese a favor de otras opciones para el trono francés; entre los segundos destacaba su interés de seguir a bien con Wellington; necesitaba que, a su debido tiempo, hablase bien de su persona, lo que no cabría esperar de Blücher. Los últimos pesaron más, de modo que al poco trotaba tras el duque y a la par con Álava. Llegando al ayuntamiento, donde Louis pernoctaría, encontraron un tercer comisionado, el barón Pozzo. Se trataba de hacer ver que His Grace the Duke of Wellington recibía en su primer alto en suelo francés a SCM le Roi Louis XVIII, acompañado de un general ruso, uno prusiano y otro español; lo hacían en presencia de un buen número de periodistas, unos franceses, otros británicos y dos o tres inciertos. Aquello era otra de las jugadas propagandístico-diplomáticas de un Wellington más preocupado de la cosa política que de la militar. De todos modos, se decía el general Álava contemplando la escena, no todo estaba bien. Wellington dijo que se trataba de recibir a Louis y a Talleyrand, su virtual primer ministro, aunque por mucho que aguzara la mirada no veía ningún *diable boiteux*. Sólo después, mientras el rey agradecía el recibimiento, alcanzó a tener una idea de lo que sucedía, rematada en un «estos idiotas son como niños» mascullado con un acento insufrible.

El Prinz August, reunido en Colleret con Pirch I, ordenaba bombardear Maubeuge —la más importante fortaleza del Sambre; la ocupaban tres mil hombres con ochenta cañones, a las órdenes del general Latour-Maubourg— y Landrecies —defendida por el coronel Plaige; disponía de dos mil hombres, cuarenta y cinco *belles filles* y abundante munición—. La Festungskrieg (guerra de las Fortalezas) quedaba inaugurada. Más o menos a la misma hora Falkenhausen divisaba l'Armée de la Moselle, marchando entre Rocroi y Signy l'Abbayé. Lo estimó en más de veinticinco mil hombres y menos de treinta mil, lo que comunicó al *hauptquartier* con un mensajero, así como la dirección que parecía llevar; en apariencia era sobre Reims, pero si antes de llegar a Signy l'Abbayé girase a su derecha sería la de Laon, amenazando reunirse con l'Armée du Nord; desde ahí, tras haber informado, su misión sería no perderlo de vista.

El Grand Hotel Pupp llevaba ciento catorce años albergando a la más selecta nobleza en sus anuales peregrinaciones a los manantiales de Karlsbad. Se hallaba un

tanto apartado del centro, a fin de que sus huéspedes no fueran molestados por las indeseables clases populares, también amantes de las fuentes que brotaban por todas partes, cada una con su propia especialidad. La eficacia que sumaban entre todas cubría el total de las afecciones que aquejaban a la especie humana. El Pupp, si bien se aprovisionaba de todas las que fueran menester, poseía sus propios manantiales, muy apreciados por los caballeros de cierta edad —era un hecho cierto que incluso las virilidades más fatigadas resurgían con inusitado vigor a poco que se siguieran con la debida disciplina los tratamientos específicos— y por las damas de cualquiera, las cuales valoraban su eficacia contra uno de los fastidios más molestos de los muchos que afligían a su género, sin distinción de clases o fortuna: el estreñimiento contumaz.

La duquesa de Kurland era una clienta muy querida de la dirección. Todos los años pasaba un mes allí, ocupando una docena de habitaciones, sometiéndose a todos los tratamientos homologados por los doctores adscritos al establecimiento y disfrutando los infinitos placeres que tras las torturas cotidianas se ofrecían no ya para incrementar los ingresos del hotel, sino para evitar que los huéspedes menos pacientes capitularan ante tanta pesadilla. La duquesa era muy abnegada, una virtud que con perseverancia y tesón había inculcado en sus tres hijas mayores. En la menor no tanto, se comentaba en el hotel. En realidad no se había dejado ver muchas veces, pues cuando venía con su madre antes de la guerra de 1806 aún era una niña, y después, cuando se casó para volverse francesa, resultaba natural que prefiriese ofertas de salud más cercanas a París. Ni siquiera estuvo cuando la duquesa y sus hijas mayores sellaron su reconciliación en la emotiva reunión familiar del verano de 1812. De ahí la gran alegría del solemne director Pupp, descendiente del fundador de aquella maravilla de la hostelería, Herr Johann-Georg Pupp, cuando recibió a la condesa de Périgord y a su hermana, la imponente duquesa de Sagan, a la cual acompañaban sus tres hijas adoptivas y su habitual séquito de doncellas, institutrices, cocheros y palafreneros. Habían llegado desde Nymphenburg hacía una semana y por lo menos estarían otra más, para después seguir a Ratiborschitz, pues la duquesa quería comprobar el estado de sus posesiones, y luego a Sagan, por lo mismo y también para ver en qué condiciones estaba el cercano Günthersdorf, el predio que la condesa poseía en Schlesien. Tras eso marcharían a Berlín, y más tarde, si la guerra hubiera terminado, continuarían hacia París.

Cada tarde llegaban al Pupp los últimos periódicos de Viena, Praga, Berlín, München, Dresden y, hasta tres meses antes, París. En sus magníficos salones se respiraba una lógica inquietud por la marcha de la guerra, y más desde que se supo la derrota de los ejércitos del Fürst Blücher y del Duke of Wellington en dos ignotos lugares, Les Quatre Bras y Ligny. La duquesa y la condesa, indiferentes a todo eso, tomaban una copa de buen *champagne*, primer acto de la jornada que les consolaba

de los placeres matutinos, que aquel día consistieron en un clíster formidable, un baño de lodo, una ducha helada y un segundo baño, éste de agua hirviente y sin dejar de trasegar vasos y vasos de un líquido tan inmundo como repugnante. Todo ello en aras de la salud y la belleza, si bien la escéptica condesa no acababa de creer que aquello sirviese para nada; pese a sus tres partos estaba en una forma espléndida, sin una gota de grasa y con todo en su sitio; someterse a esas humillaciones no le hacía ninguna gracia, pero si se negase a rebajarse su deprimida hermana no encontraría fuerzas para seguir ella sola el programa que cada verano le sacaba unos años de las cuadernas. La condesa no creía que tan alicaído estado de ánimo se debiese a la causa explicada por la duquesa, el abrumador hastío que le había dejado el extenuante congreso; intuía que había más, y sospechaba que Sir Arthur algo tenía que ver. En lo que sabía de Mina, que para según qué cosas seguía siendo muy reservada, jamás se había enamorado; encapricharse de alguien, sí, claro, como cualquier mujer decente, e irse a la cama con el objeto del capricho pues también, pero aquel quedarse con la mirada perdida tras examinar su correo y no encontrar ningún sobre de Bruselas, era sospechoso.

Conversaban plácidamente sobre los avatares del día cuando entró un caballero dando grandes voces: Blücher había derrotado al Corso en una batalla que se llamaría de Belle Alliance, y no sólo le puso en fuga tras matarle treinta mil hombres, sino que le hizo veinte mil prisioneros, le arrebató trescientos cañones y, de postre, le dejó sin carruaje, sin ropa y sin un tesoro de muchos millones en oro y diamantes. La más aplastante derrota de la historia, insistía el caballero, a la sazón rodeado de huéspedes entusiastas, y también de camareros a los que, por una vez, se les disculpaba el no ser de piedra. La duquesa y la condesa permanecían en sus butacas tan flemáticas como la nobleza de su casta exigía. No necesitaban aguzar el oído, pues el caballero leía en voz muy alta la reseña de la noticia, extendiendo el apresurado resumen con que había invadido el somnoliento salón. Era llamativo que no se citase al ejército inglés. Igual aquello fue un asunto entre franceses y prusianos, aunque las palabras finales del esforzado lector, haciendo saber que las fuerzas del Fürst Blücher y del Herzog Wellington emprendían la marcha sobre París, les hicieron suponer que Sir Arthur seguía vivo.

—*Nach Paris?*^[224]

La duquesa sonrió a su hermana la condesa, para tras eso prorrumpir en un entusiasta

—*Nach Paris!*

El Directorio prefirió no deprimirse al escuchar a Morand. Como bien profetizó Fouché, sería difícil que prusianos e ingleses desistieran a la primera. Procedía designar un grupo más diplomático y despacharlo a Laon. En media hora convinieron seis nombres (el marqués de Lafayette, el conde d'Argenson, el duque de

Pontécoulant, el conde Laforest y el general Sébastiani, con Benjamin Constant de secretario), los convocaron de urgencia, les pusieron en antecedentes y les enviaron a prepararse para salir a medianoche. Dándose prisa llegarían a tiempo para encontrarse con Blücher y Wellington antes de que cayeran sobre Laon. Si no lograban conseguir que se detuvieran, sería difícil impedir que las negociaciones comenzaran con ellos, y sus respectivas hordas, ya en París.

Francia, domingo 25 de junio

Napoleón abandonaba l'Élysée. Sólo Carnot vino a despedirle. Tras abrazarse con él emprendió, con una mínima escolta, el triste camino a la Malmaison. Su melancolía y su postración eran absolutas. Se veía dejado de lado y abandonado a su suerte, como un perro enfermo y viejo al que se lanza fuera de la casa de una patada en el culo. En la Malmaison, sin embargo, vio que aún quedaban agradecidos. Bueno, una sola: Hortense, la hija de Rose. Junto a ella, con talante respetuoso, un general que no reconoció a la primera. Se llamaba Nicolas-Léonard Beker y estaba en desgracia desde cinco años antes. Fouché le había puesto al mando del destacamento de la Guardia Nacional que cuidaría de la Malmaison, y también de vigilarle, aunque no lo dijera. Fouché debía de suponerle tan resentido con él que sería incapaz de ponerse a sus órdenes; el presidente del Directorio, como era propio de todo gran conspirador, pensaba de los demás que también se pasaban la vida conspirando.

El rey leía una proclama redactada por Dambray, un exaltado del séquito de su hermano, que anunciaba un gran castigo a los traidores que auparon al Usurpador. No le dio importancia —eran pocas las cosas a las que daba importancia—, de modo que firmó con la usual displicencia y aceptó la sugerencia de salir para Cambrai, siguiendo los pasos del Army of the Low Countries. No le disgustaba que marchase con dos días de retraso en relación al Niederrheinarmee, ni que se desviase un tanto al noroeste. Si se le había de asociar con un ejército extranjero, que no fuera el de Blücher.

Grouchy, tras atravesar Signy l'Abbayé, seguía por Rethel y Reims, dejando Laon al oeste y con ello la posibilidad de reunirse con l'Armée du Nord, o eso pensaba el vigilante Falkenhausen. Era momento de mandar otro mensaje a Gneisenau, confirmando no sólo eso, sino que, según decían los últimos desertores, los efectivos de l'Armée de la Moselle se reducían cada noche a razón de doscientas o trescientas cabezas, y que pese a ser un ejército victorioso la moral de los que aún resistían era lamentable. A eso se debía que los oficiales mirasen para otro lado cada vez que cruzaban un pueblo; era también por eso que los lugareños por donde había pasado l'Armée de la Moselle les recibieran con menos hostilidad de la prevista. Quizá sonase raro, pero encontraban preferible la sobria caballería prusiana que la insaciable infantería francesa. En lo que todos se mostraban unánimes era en desear que la guerra terminase de una maldita vez. Si la del año anterior les había dejado esquilados, aquella, que llevaba camino de hacerles perder las cosechas, les pondría en la más completa ruina.

La comisión La Fayette, ya en Laon, había enviado un oficial a las líneas prusianas; llevaba una carta para Blücher, redactada por Constant, donde manifestaba el deseo de negociar del Directorio, pedía que se hiciese llegar a Wellington la copia que se adjuntaba y rogaba enviase un plenipotenciario para iniciar conversaciones.

Tras aquello sólo les quedaba tomárselo con calma.

Wellington mantenía su cuartel general en Le Cateau-Cambrésis, pese a que sus vanguardias estaban en Gricourt, muy cerca de Saint Quentin. Al día siguiente sentaría sus reales en Vermand, donde recordaba un exquisito *château* en cuyos alrededores había cazado algunos ciervos el otoño anterior. Allí estaría un par de días; optimizar sus desplazamientos le permitía dedicar más tiempo a su correo y mantenerse al día de lo que sucedía, en París, en Londres y en la comitiva de Louis. A lo último se debió que fuera de los primeros en leer, con espanto, la declaración del insensato al que tenía orden de recoronar. Había conseguido saber la razón de que Talleyrand no marchara con él, lo cual, combinado con ese horror de proclama, le hacía temer que Louis, manipulado por D'Artois, estuviera próximo a formar un gobierno de «ultras» —el sobrenombre de los partidarios de Monsieur—, lo que quizá provocara otra revolución; alarmado, escribió a Talleyrand afirmando que fue por recomendación suya que SCM adelantara su regreso; de ahí pasó a exponer su asombro por que fuese a echar todo a rodar a causa de un malentendido —prefería definirlo así, pese a sólo ser el choque de un cretino que se sabía rey con un engreído que se consideraba más valioso que su estúpido monarca—, para terminar invitándole, de un modo casi conminatorio, a que se reuniera en Cambrai con Louis.

Escribir aquello le dejó muy fatigado. Para descansar se concentró en los informes sobre la situación de Francia que le hacía llegar su *intelligentzia*; supo así que Lamarque había firmado la paz en La Vendée; justo lo contrario de Marsella, donde hordas de realistas masacraban a los bonapartistas. Lo mismo, a una escala menor, sucedía en muchas otras plazas. Louis encontraría un país tan convulso que lo debería gobernar a punta de bayoneta, quisiera Dios que la suya propia y con el suficiente sentido para limitarse a mostrarla. Lo malo era que tal tipo de buen juicio no figuraba entre los muy escasos que la naturaleza le había otorgado. Necesitaba de Talleyrand para pensar y de Fouché para ejecutar. En otro caso Francia caería en una guerra civil, latente desde la muerte de Henri IV. Sería catastrófico para los intereses británicos, porque con Francia inestable las otras potencias se pondrían a la defensiva y sólo gastarían dinero en armamento, no en productos británicos. La prosperidad de Inglaterra necesitaba que Louis se hiciera con su país en cuanto pusiera el culo en el trono. Si no entrara en razón podría ser bueno pensar en su primo. El problema era Castlereagh, absolutamente opuesto a la idea, no sabía él si por las suyas propias, las de Liverpool o las del más o menos inminente George IV. Fuera lo que fuese, Inglaterra lo apostaba todo por el caballo Louis XVIII y él era el llamado a entregar las guineas al corredor. Nada, pues, que hacer.

Blücher firmaba una carta escrita por Gneisenau, respondiendo a la del Directorio y enunciando sus condiciones para negociar: la primera, que les fuera entregado Bonaparte; la segunda, que los ejércitos franceses evacuaran las provincias del

Marne; la tercera, que las fortalezas del Sambre, el Meuse y el Moselle se rindieran al Niederrheinarmee. Tras eso quedaba por ver con quién la enviaban. Gneisenau estaba por Nostitz. No era un diplomático pero hablaba un excelente francés, y al ser miembro de una familia noble, de blasones antiguos, no se acomplejaría frente a un duque, un marqués y dos condes. A Blücher le pareció bien, aunque con dudas. No por desconfiar de su *aide-de-camp*; era porque no tenerle cerca durante las horas que durase su misión le causaría desasosiego. La confianza irrestringida en los colaboradores inmediatos era el evangelio de Blücher; perder al llorado Gerhard-Johann von Scharnhorst fue la mayor tragedia de su vida profesional; si el destino le dejara sin Gneisenau, sin Grolman y sin Nostitz abandonaría todo y se recluiría en Krieblowitz a esperar que la Parca se lo llevara. Se sabía incapaz de identificar unos nuevos socios tan competentes como aquéllos, y sobre todo tan leales. A partir de los sesenta, sostenía, las personas decentes son incapaces de cambiar de hábitos, de costumbres, de socios y de amigos. Sobre todo, de amigos.

Gneisenau le sometía otra carta, para el Prinz August. Le felicitaba por su nombramiento y le pedía —en realidad se lo mandaba— que no negociase con plenipotenciarios enemigos, y que a todo el que llegase a sus líneas se lo expidiera en el acto, a fin de no entrar en los juegos que sin duda emprendería el Directorio con los ejércitos, los gobiernos y las casas reales de Austria, Rusia, Inglaterra y Prusia. Tras eso no quedaba más que hacer; era hora de marchar a Saint Quentin, que no sólo sería su cuartel general de aquella noche, sino el gran almacén del Niederrheinarmee. La campaña, pensaba Gneisenau, no duraría más de diez días. Sus *armeekorps*, sin embargo, permanecerían durante meses en París o en sus alrededores, y habría que abastecerlos. Saint Quentin, a orillas del Somme, resultaba ideal para instalar en su puerto fluvial un depósito de distribución, a la distancia justa de París para ser accesible tras un día de marcha pero sin riesgo de que una hipotética muchedumbre lo asaltase por sorpresa, pues quedaba lo bastante lejos para masacrarla sin problemas. A esos efectos había pedido que se incorporasen a su estado mayor dos funcionarios estatales, el Freiherr Joachim von Ribbentrop, en calidad de gobernador civil, y el Oberst Loucy, que mandaría la policía. El que Saint Quentin pasase a ser una plaza ocupada no significaba que su vida debiera quedar interrumpida; en su concepción de la ocupación militar, muy adelantada para su tiempo, las tropas ocupantes no debían reemplazar a las autoridades civiles, sino ponerlas a sus órdenes a través de funcionarios también civiles. Procediendo así no haría falta fusilar demasiado, ahorrando dinero y complicaciones.

Ya emprendía el camino —Blücher había salido antes; le gustaba cabalgar a plena luz, para extasiarse ante la devastación que causaban sus tropas— cuando Bentivegni le tendió tres mensajes. Uno era de Thielmann, anunciando que sus vanguardias ya enlazaban con la retaguardia de Zieten. Otro era de Barclay de Tolly; explicaba que

ya cruzaba el Rhein. El último era de Hake; comunicaba que la fortaleza de Sedan se le acababa de rendir; un gran logro, se apuntó en la memoria con objeto de hacerles llegar una nota de felicitación, a él y al Prinz August; la que no capitulaba era Bouillon; Hake prefería dejarla madurar, para concentrar sus esfuerzos en Givet y en Charlemont; una vez las tomara, el sistema fluvial Sambre-Niedermeusse quedaría despejado; el del Obermeusse, por desgracia, seguiría bloqueado por las fortalezas que lo defendían, Bouillon, Charleville y Mézières. La caída de Sedan, en cualquier caso, era no sólo una excelente noticia, sino la constatación de que Hake había conseguido que una horda tan heterogénea como el Norddeutsche Bundeskorps funcionase como un *armeekorps*. Pocos advertirían el valor de aquello, lo que también era bueno; cuanto más se tardara en saber que al Preußen Generalstabs le bastaba con unas semanas para convertir contingentes sin nada en común —salvo el idioma— en potentes unidades «a la prusiana», mejor.

Francia, lunes 26 de junio

Fouché, tras conversar con Macirone, despachaba con el general Tromelin una carta para Wellington; era una reiteración de los deseos de paz del Directorio, aunque también comunicaba que Bonaparte quería marchar a Estados Unidos, por lo cual solicitaba los salvoconductos necesarios para en su momento ser mostrados a los buques británicos que pudieran interceptar a las dos fragatas, la *Saale* y la *Meduse*, donde su séquito y él planeaban hacerse a la mar desde Rochefort-sur-Mer.

Nostitz, en Laon, explicaba las condiciones exigidas por Blücher para entablar conversaciones. La primera fue recibida sin objeciones; si el precio de la paz era ése nadie vacilaría en entregar a Bonaparte, pero la segunda, retirar al ejército del Marne, les parecía inaceptable, al punto que Sébastiani anunció a gritos que antes moriría en las barricadas de París que aceptar aquella infamia. La reunión terminó en ese momento, como pronosticase Gneisenau, sin que se debatiera la tercera exigencia. Nostitz se despidió diciendo que para él fue un honor conocerles y que al Fürst Blücher le gustaría recibirles en el *château* de Saint Cloud, donde pensaba establecer su *hauptquartier* de París. Fue un golpe bajo, pero efectivo. Sus deprimidos oyentes se quedaron preguntándose si Napoleón, después de todo, no tendría razón. La cruda realidad, pese a la delicadeza con que la expuso el agradable Nostitz, tenía poco que ver con las ilusiones que los quinientos y pico parlamentarios se habían vendido los unos a los otros durante sus largas horas de vigilia en el Palais-Bourbon.

Grouchy salía de la iglesia de Saint Nicolas, en Rethel, donde se había retirado mientras su Armée de la Moselle cruzaba la ciudad. No quería rezar, sino reflexionar sin ser interrumpido. Nada más llegar a Rethel se había encontrado con dos cartas de Davout. En la primera le designaba, por orden del Directorio, comandante de l'Armée du Nord y del de la Moselle; tras eso le felicitaba por sus éxitos en Valonia, terminando con una frase —«ha rendido un servicio a Francia que será tenido en consideración por el mundo entero»— que no le parecía encomiástica; firmándola Davout, el más fanático de los mariscales bonapartistas, no sólo podría significar cualquier cosa, sino que le hacía valorar la conveniencia de hacerse humo hasta que Louis estuviera en su trono, los ánimos se calmasen y las probabilidades de acabar fusilado descendiesen a moderadas. En la segunda, fechada un día después, le ordenaba dirigirse a París, renunciando a dar batalla. Su plan, que Davout conocía, era ir por Reims-Château-Thierry-Meaux, para en ese punto virar al noroeste y caer sobre la línea prusiana, que para entonces cubriría el eje Pontoise-Compiègne-Soissons en su persecución de l'Armée du Nord, la cual se habría retirado de Laon para que Zieten corriera tras él. Un plan que durante unas horas le dejaría en plena superioridad sobre Zieten, al que podría destrozar antes de que llegaran Bülow y Thielmann. Con eso no se ganaría la guerra, pero sí una mejor posición negociadora. El que Davout le prohibiera ejecutarlo significaba que no se contaba con él, salvo

para que llegase a París. Ahora, para conducir dos rebaños no hacía falta un Maréchal d'Empire. Bueno, de Francia. O, mejor, de nada; que Louis ratificara su ascenso, siendo él quien puso los grilletes a D'Angoulême, no podía ser más impensable. Su porvenir le parecía tan oscuro que al salir de la iglesia ya lo había decidido: dimitiría. La guerra de Davout no era la suya, se repetía mientras se le cuadraban dos oficiales. El primero explicaba que los prusianos visibles al oeste seguían en posiciones de vigilancia, lo bastante cerca para estudiar sus movimientos y lo suficientemente lejos para no poderles dispersar a cañonazos. El segundo decía que otra fuerza, también de caballería pero con otros uniformes, les observaba desde las colinas del este. Debía ser parte del ejército de ducados alemanes sobre cuyo paradero se había preguntado Soult y que l'Empereur consideraba un farol de Blücher. Bien, pues era un farol de trescientos húsares, según el oficial. A Grouchy le consolaba pensar que aquel ejército de mercenarios aún estaría lejos; sólo eso explicaba que no se le hubiera echado encima.

Talleyrand llegaba por fin a Cambrai. Al momento se reunió con Louis, que le recibió como si se hubieran despedido la tarde antes. El rey, pese a lo mucho que dudaba de su primer ministro *in pectore*, no tenía más opción que publicar su nombramiento de presidente del Consejo y jefe del gobierno. Se había resistido por la preocupación que le inspiraba su hermano D'Artois, pero tras la última conversación con un gélido Wellington estaba convencido de que no habría otra forma de recuperar el trono, pues sin ver a Talleyrand presidiendo un gobierno donde figurara él, Fouché no dudaría en entregarlo a Louis-Philippe, con el beneplácito de Alexander, de Friedrich-Wilhelm y seguramente de Franz, ninguno de los cuales le había mostrado un afecto excesivo durante sus meses en Gante. Talleyrand traía una proclamación escrita con su más esmerada letra. Era radicalmente distinta de la publicada en *Le Cateau Cambrésis*. En la suya se buscaba la reconciliación de los franceses, partiendo de que todos deberían asumir su parte de responsabilidad, el rey el primero, en las desventuras del último año. Con esa proclamación, pensaba Talleyrand, se despejarían las dudas de Fouché, del Directorio y del Corps Législatif sobre las intenciones de SCM; sobre todo quedaría claro que no regresaba con ánimo de pasar facturas, sino de buscar la concordia y el equilibrio entre las distintas facciones políticas. En cuanto a la carnicería reclamada por D'Artois, último punto de su ya muy sosegado primer despacho con el monarca, Talleyrand proponía limitarlo a los que traicionaron a SCM antes de su salida del país, no a los que se pusieron a las órdenes del Usurpador cuando éste ya era un Usurpador entronizado; mejor sería eso que llevar a Louis a dirimir un choque de voluntades, la suya contra la de D'Artois, cuyas consecuencias serían imprevisibles. El precio de transigir sería que unas pocas cabezas ilustres quedarían sentenciadas, lo que dentro de lo que cabía no sería tan grave, pues mientras no pasaran de seis o siete nadie protestaría demasiado.

Gneisenau, tras escuchar a Nostitz, redactó una nota para Müffling, dándole cuenta de la reunión de Laon y repitiendo las condiciones exigidas por Blücher, añadiendo tres más de su cosecha: la entrega de la fortaleza de Vincennes, la devolución de los tesoros artísticos saqueados por Francia, no solamente los esquilados en Prusia sino en los estados que formaban el *Deutscher Bund*, y el pago de un anticipo sobre las compensaciones de guerra que se fijaran más adelante. Nada más despachar el mensajero a Vermand, donde según Miniussir se instalaría el *headquarter* de Wellington para esa noche y quizás una o dos más, vio llegar una pequeña comitiva. La integraban dos oficiales de la plana mayor de Zieten y un general francés vestido de imponente general francés. Zieten decía, en una nota que le pasó uno de los oficiales, que aquel tipo decía llamarse Tromelin y traía dos ejemplares, en francés, de una misma carta de un tal Bignon, uno para Blücher y otro para Wellington. Tras eso, y ya de palabra, Tromelin le hizo saber que la suya era una misión complementaria, no alternativa, de la encomendada por el Directorio a la comisión La Fayette. El francés de Gneisenau era lo bastante bueno para comprender no sólo la carta, sino que sólo era más de lo mismo. No merecía la pena esperar a Blücher, que andaba por ahí, revistando regimientos, de modo que despachó a Tromelin hacia Vermand, para que allí esperase la llegada de Wellington. Un punto agobiado volvió a su trabajo; los mensajes se acumulaban en su mesa y no quería marchar sin despacharlos. Dos en particular, ambos de Schwarzenberg, eran importantes. El primero anunciaba que Wrede había tomado Morhange, un cruce de caminos entre Nancy y Saarbrücken, sin oposición; eso significaba que avanzaba como un cuchillo a través de un bloque de mantequilla, lo cual, pese a su retraso relativo, le permitiría llegar a París al tiempo que Wellington y con sólo dos días de retraso con respecto al Niederrheinarmee. Tendría que acelerar, y para ello, dada la creciente resistencia francesa, debería ser aún más drástico: se acabaron las banderas de parlamento y la cortés invitación a retirarse que sus vanguardias formulaban con carácter general; en lo sucesivo, cada vez que vieran ondear la bandera del enemigo, a cañonazo limpio. El segundo, en cambio, desmentía lo anterior: el I Armeekorps, el de Colloredo-Mansfeld, en su avance desde Basel había topado en Triós-Maisons, más allá de Altkirch, con el pequeño Armée du Jura, la cual formaba con su jefe al frente, un tal Général Lecourbe. Se retiró sin lucha, pero sólo para buscar cobijo en Belfort, izar bandera y negarse a rendirse. Bien por Lecourbe, se dijo; cuanto más difícil lo tuvieran los austríacos, mejor irían las cosas para Prusia.

El Army of the Low Countries se movía con más ritmo que hasta entonces. Wellington y Álava contemplaban un mapa recién actualizado, con profusión de banderitas rojas, negras y azules. Con la toma de Perónne, confirmada minutos antes, el camino hacia París quedaba despejado. Aun así Blücher les sacaba dos días, y Grouchy no parecía capaz de frenarle. Por fortuna, lo último de Gneisenau, que

Müffling acababa de trasladarles, indicaba que los asuntos políticos no le preocupaban. Que se quedase con Vincennes, que recuperase sus obras de arte, incluso que saqueara el tesoro francés, carecía de importancia mientras Wellington reinstaurase a Louis. Tras eso éste se levantó para recibir a Tromelin. Con toda cortesía le hizo saber que carecía de autoridad para negociar un armisticio, ni veía posible que su gobierno emitiera salvoconductos para Bonaparte. Lo único a que se podía comprometer era que, de ser entregado a Inglaterra, no acabaría en las manos de Prusia. Sobre aquello, lo aseguró formalmente, tanto el propio Tromelin como el Directorio podían estar tranquilos. Inglaterra no pensaba entrar a discutir si merecía o no ser fusilado por el Maréchal Blücher; lo que de ningún modo deseaba era repetir el error del propio Bonaparte: que se fabricara un mártir.

Francia, martes 27 de junio

Hake recibió el mando del Norddeutsche Bundeskorps por ser el más antiguo de los tenientes generales al mando de una brigada, no porque se confiara en él. Cinco años antes le tocó ser ministro de la Guerra tras la dimisión de Scharnhorst; todos los que fueron tanteados por el rey declinaron la oferta, pero él no supo negarse, de modo que se vio dirigiendo el Kriegsministerium entre la hostilidad de sus iguales. Los tres años y pico que permaneció en el puesto fueron los más amargos de su vida, incomprendido y menospreciado, y encima para ser sustituido por Boyen nada más Friedrich-Wilhelm se liberase del dogal francés. Por mucho empeño que puso en explicar que sólo fue otra víctima de la ocupación seguía sin ser absuelto, lo que se percibía en detalles muy sangrientos, como que nadie le dirigiese la palabra, que las conversaciones cesaran cuando él aparecía y que a todo el mundo le asaltara la necesidad de marcharse si le veían llegar. El Norddeutsche Bundeskorps fue una liberación: allí nadie se afanaba en recordarle que se había vendido a los franceses. Su pretendida peor calidad, además, no era tal. Sólo sucedía que sus integrantes lucían docena y pico de uniformes distintos, y que sus normas de combate no eran las prusianas. Por lo demás eran unidades disciplinadas y eficaces; sólo necesitaban un jefe que les insuflara un buen espíritu, de lo que nunca se ocupó Kleist. De ahí su sorpresa cuando comprobó que si daba una orden se obedecía con diligencia y prontitud. Aquellos veinticinco mil hombres eran como huérfanos a la búsqueda de un padre, y él, por una carambola del destino, era el que necesitaban. De ahí que se sintiera tan satisfecho por al fin haber iniciado el bombardeo de Givet y de Charlemont. Gneisenau había señalado su toma como primera prioridad, pues el Obermeusse sería impracticable mientras no quedaran neutralizadas. El Prinz August confirmó después que aquél era el objetivo capital, de modo que debería concentrar cuatro de sus cinco brigadas para tomar la doble fortificación. A Givet y Charlemont las defendían tres mil cien veteranos al mando del Général Burke; a campo abierto no serían nada contra los veinte mil con que les haría frente, pero tomar las dos fortalezas, consideradas como la obra cumbre de Vauban, sería muy costoso de no contar con obuses de sitio, y el Norddeutsche Bundeskorps tenía pocos. A Wellington, en cambio, le sobraban, al punto de haber prestado unos cuantos a Pirch para que tomara Rocroi. Él había sugerido a Gneisenau usarlos después contra Givet y Charlemont, pero Burke era tan partidario de Louis XVIII que izó su pabellón al ver llegar sus avanzadillas. Gneisenau les hizo saber, a él y al Prinz August, que había llegado a un acuerdo con Wellington según el cual sus piezas no podrían usarse contra las fortalezas que se manifestaran a favor de Louis XVIII, pero aun así deberían tomar aquellas dos, pues Prusia las quería fuera cual fuera la enseña que ondeara en sus almenas. Un problema para el que sólo había una solución: rendirlas al asalto, al viejo estilo. De ahí los cañonazos. Tres de sus brigadas (la Thuringen, la

Mecklenburg y una de las tres Hessen-Kassel) aún estaban de camino, por lo que aquel martilleo sólo sería testimonial, pero cuanto antes empezaran los festejos, mejor.

El I Armeekorps había tomado Compiègne; sin embargo, y aunque sin sorpresa para Zieten, seguro de que alguna vez acabaría el paseo militar, antes de hacerse con los puntos fuertes de la ciudad se vieron atacados por una fuerte columna identificada como I Corps d'Armée. La conducía un viejo conocido, el Comte Druet d'Erlon, aunque no parecía el mismo de Belle Alliance, y no sólo porque su fuerza no excedería los cinco mil hombres —doce días antes pasaba de veintidós mil— ni apenas contase con artillería o caballería, sino porque su ardor combativo en absoluto recordaba el de los inflamados guerreros que cruzaron el Sambre cantando con entusiasmo. Sus deseos de morir por Francia estaban tan menguados que tras una lucha nada encarnizada se retiraron a los bosques, al principio con orden aunque pronto como en el *plateau* de Mont-Saint-Jean. Zieten lanzó contra su retaguardia el 2.º de Dragones Westpreußen, que no debió emplearse a fondo para capturar varios cientos de granaderos, así como tres docenas de caballos excelentes, propios de generales u oficiales superiores. Los últimos alegraron a Zieten bastante más que los abatidos infantes; buena parte de sus dragones *landwehr*, pertenecientes a los diezmados regimientos Kurmark y Westfalen, marchaban y combatían como infantería, por falta de monturas; con aquellas, o con las que dejaran libres él mismo, su Stabschef y buena parte de sus oficiales, ya contaba con medio escuadrón más. Ésa sí era una ganancia.

El Directorio ya no se acordaba de la comisión La Fayette; andaría perdida por ahí, sumida en la propensión natural de sus miembros a zozobrar en cuestiones morales. A eso se debió que, por iniciativa de Fouché, se designara una segunda comisión más ligera de principios. La encabezaría el conde de la Besnardière —un convencido de Louis XVIII—, el general Andreossy —partidario de una regencia tutelada— y los condes de Flaugergues, Valence y Boissy d'Anglas, los tres a favor de Louis-Philippe d'Orléans. Era una comisión de títulos antiguos, pero, al igual que la otra, no plenipotenciada; su objetivo sería conseguir el apoyo de Wellington, para lo cual —afirmaba Fouché en el sùmmum de la desinformación— bastaría con ofrecer el trono a Louis-Philippe. Llevarían, como refuerzo, una carta para Wellington donde Fouché afirmaba que los franceses deseaban contar con una monarquía parlamentaria calcada de la británica, y que su Corps Législatif ya trabajaba en su diseño. Con aquello bastaría, explicaba Fouché convencido de lo contrario, para que se declarase un armisticio y los guerreros cedieran el sitio a los diplomáticos. Por muchos muertos que pudiera costar la guerra, él necesitaba que llegase a los arrabales de París. Sólo así podría convencer a los que tuvieran auténtico poder —Alexander, Castlereagh y Wellington; los otros no pintarían nada— de que la

paz y el orden serían imposibles de no contar con él. Según sus cálculos, Blücher estaría en París antes de diez días. Lo que hiciera él para resistir ese tiempo quizá no sería lo más conveniente para Francia, pero eso ni se lo planteaba. Como era lógico y natural, sólo le preocupaba que lo fuera para él.

El IV cuerpo ruso, el del general Rajeovsky, acababa de cruzar el Rhein. Era la escolta de Alexander, Franz y Friedrich-Wilhelm, así como de sus respectivos séquitos, los cuales marchaban encabezados por Nesselrode, Metternich y Hardenberg. Llevaban varios días en Heidelberg, a la espera de noticias. La que anunciaba la victoria de Belle Alliance les llegó al atardecer del 20, pero sólo el 25 encontraron la situación lo suficientemente despejada para emprender el camino de París. Allí ya podrían decidir, ellos tres, a quién querían en el trono de Francia. Por mucho que Inglaterra prefiriese al gordísimo Louis, serían ellos quienes decidieran quién residiría en Les Tuileries.

Las noticias del calamitoso intento de Drouet en Compiègne hacían que Grouchy temiera verse cercado; la solución, para impedirlo, era caminar más horas. Una vez entregara su ejército a Davout podría emprender su *sauve qui peut* particular. Materializaría su renuncia en una carta donde detallaría la posición de l'Armée du Nord y de l'Armée de la Moselle, la una marchando por Senlis, Villers-Cotterêts y Crépy, y la otra avanzando hacia Château-Tierry; después expondría la imposibilidad de mantener la disciplina por la falta de cooperación de algunos de sus *généraux de corps d'armée*, lo que daba lugar a un bajo espíritu combativo y a un insostenible número de desertiones. Terminaría declarándose incapaz de revertir la situación sin destituir a los generales menos comprometidos con la misión, por lo cual ponía su cargo a la disposición del Maréchal Davout, hallándose listo para entregar el mando a quien éste designara. Con aquello quemaría sus puentes de un modo irreversible y se convertiría en un apestado, para los dos bandos. Lo único que podría empeorar tan triste condición sería ser un apestado fusilado. De ahí su impaciencia por ponerse, cuanto antes, en seguridad. Su mujer y su hijo más joven ya estaban listos para dejar el país, tras haber convertido en oro y diamantes la mitad de lo que poseían; el resto, los palacios y las fincas, siempre difíciles de colocar, ya estaban a nombre de testaferros. Sería un apestado, sí, pero con el riñón cubierto. En Estados Unidos, además, los inmigrantes no tenían pasado; sólo importaba que tuvieran dinero.

Gneisenau pensaba en Bonaparte. Fusilarle, para Blücher, era una obsesión. Su vida militar concluiría nada más tomar París. Los años que le quedaran serían de gloria, respeto, admiración y cariño, pero no de mando. No tendría que dar explicaciones si liquidase a Bonaparte, dijese Wellington lo que dijera. Era invulnerable, pero él no; de ningún modo quería pasar a la historia como el Generalstabschef del que se cargó al Corso. De ahí aquella carta para Müffling. En ella le ordenaba de un modo cuidadosamente descarnado explicase a Wellington que

si los franceses acababan entregándole a Bonaparte debería traspasarlo al Niederrheinarmee. Que Fouché lo cambiaría por unas mejores condiciones de armisticio le parecía fuera de duda; que se lo quedaran los ingleses no tendría consecuencias para Wellington, pero si le pescaba Blücher His Grace se cubriría de oprobio, lo cual explicaba que de ningún modo pensara cederlo. Bien, pues para llevar al límite tal oposición nada iría mejor que darle a través de Müffling todos los horribles detalles de lo que Blücher haría con él. Con aquello bastaría para que Wellington, preocupadísimo, impusiera su pretensión de quedárselo, por caro que le costase. Para Inglaterra sería bueno, para His Grace también, Friedrich-Wilhelm se ahorraría crear un mártir que años después inspiraría la siguiente guerra entre prusianos y franceses y él, por último, se libraría del baldón. Todos contentos, menos Blücher. Servirse de jesuitismos para conducirlo por el buen camino era fatigoso, pero no quedaba otra. El principio de lealtad para con el jefe, incluso a la hora de traicionarle —por su bien—, estaba por encima de cualquier consideración.

Tras despachar un oficial al *headquarter* inglés, en Nesle, mandó llamar a Miniussir; le apetecía pasear por aquel inmenso palacio de Compiègne —era el *hauptquartier* de aquella noche—, y haciéndose acompañar del joven oficial se ahorraría la molestia de contar a Wellington, en inglés, por dónde andaba el Niederrheinarmee. Lo haría Miniussir, lo que representaba la no pequeña ventaja de hacerle responsable, por no haber entendido bien, de cualquier inoportuno fallo de coordinación con el leal aliado británico. Así, admirándose del extraordinario dormitorio y el impresionante cuarto de baño que Napoleón hizo construir para su segunda emperatriz —le asombraba que, salvo las ventanas, sólo hubiera espejos; siendo Bonaparte una especie de sapo, ¿qué interés podría tener en verse los pelos del culo desde todos los ángulos?—, le hizo saber que Zieten había llegado a Villers-Cotterêts y Bülow a Soissons. De l'Armée du Nord podía decirle que se replegaba sobre París tras renunciar a plantar cara; en cuanto al Armée de la Moselle, estaba en Château-Tierry; lo sabía porque los ulanos de Falkenhausen le seguían de cerca, si bien calló que no sólo vigilaban. A la vuelta de algún tiempo algún otro ejército prusiano pasaría por allí —lo daba por seguro—; de ahí el haber ordenado a Falkenhausen que instruyese a sus hombres para que se comportaran como una *soika* de cosacos, y a él mismo que se transfigurara en un atamán del Don. Se trataba de inducir en las sencillas mentes de los bobalicones lugareños que al grito «*Les Prussiens! Les Prussiens!*» había que cargar el carro y escapar a todo correr. Si la naturaleza y la historia les habían impuesto ser enemigos irreconciliables, cuanto más pánico les inspirasen menos bajas sufrirían la próxima vez que volvieran por allí.

Wellington leía una carta del Prins Frederik. Al fin había tomado Le Quesnoy; su adalid capituló con la condición de que se devolviese a SCM el rey Louis XVIII, a lo cual él no contestó. El general francés no debía de imaginar que al cabo de unos

meses Le Quesnoy dejaría de ser francesa. Completaba su satisfacción explicando que contaba con un buen refuerzo de artillería: cincuenta piezas de 20, 16 y 12 libras, las cuales le vendrían de maravilla para capturar más fortalezas. Pues que así sea, se dijo pasando a un breve informe de Álava: el Army of the Low Countries cruzaba el Somme por Villecourt y Perónne; la vanguardia vivaqueaba en Roye, el grueso allí mismo, en Nesle, y la reserva en Ham. El retraso con respecto a Blücher, por último, superaba los dos días; él confiaba en reducirlo, pues Fouché le había hecho llegar el nuevo esquema de fortificaciones. Las de Davout en el norte y en el este obligarían a Gneisenau a rodear París buscando el oeste y después el sur, cruzando el Seine a través de puentes que ya no existirían. De ahí que cuando estuviera en situación de disparar contra las primeras defensas él lo estaría también, y con mejor armamento. Fouché, para entonces, habría manipulado la situación al punto que a nadie le quedarían ganas de combatir, se aceptaría que la segunda restauración era una buena salida para todos, los restos del ejército dejarían la ciudad y sólo sería cuestión de contener a Blücher hasta que Friedrich-Wilhelm asomara el hocico. De todos modos, y en previsión de que Gneisenau tuviera más suerte de la debida en su labor de cruzar ríos sin puentes, había enviado un mensajero a Wrede, pidiéndole forzara el paso y se le uniese por el sureste; a diferencia de Blücher él no sólo no quería ser el primero en plantar su bandera en la Place Vendôme, sino que se manifestaría encantado de que, además de los prusianos y ellos, estuvieran presentes los bávaros, los austríacos y hasta los rusos. La guerra de Blücher, cada día que pasaba, tenía menos que ver con la suya, la cual, Álava tenía toda la razón, no podía ir mejor.

Francia, miércoles 28 de junio

A Fouché le preocupaba que la segunda delegación firmase cualquier cosa para regresar con un alto el fuego. Un gobierno fuerte jamás refrendaría un mal acuerdo, pero su Directorio no lo era. La tentación de declarar la paz podría ser invencible para sus colegas, lo que sería fatal para sus intereses si en los términos de la tal no figurase que Louis XVIII sería repuesto en el trono. De ahí que habilitase un segundo canal con Wellington, independiente del que mantenía en secreto. El objetivo no sería conseguir la paz, sino sabotear las gestiones de la segunda delegación; conocía lo bastante a sus miembros para determinar que no valían para negociar; sólo sabrían capitular, para regresar con un hecho consumado: «si refrendáis el acuerdo, aquí está la paz; si no, seréis los responsables de que sigan muriendo franceses». El hombre ideal para esa misión era un oscuro teniente coronel llamado Laloy, a las órdenes de Davout pero con una larga historia de colaboración con la Policía. Un hombre bien dispuesto para cualquier cosa, como salir a la una de la madrugada en busca de Grouchy —el primer destinatario de la carta que llevaría con él—, a quien Fouché suponía en Villers-Cotterêts.

La 2.^a Brigada, la del Generalmajor Otto-Karl von Pirch II, marchaba desde medianoche precisamente sobre Villers-Cotterêts. Pirch suponía que los franceses no les esperaban, pues la tarde anterior sus ulanos les habían visto a veinticinco kilómetros de sus posiciones, en pacífica rutina de montar tiendas, encender fuegos y calentar cenas. Él sólo pretendía dar un golpe de mano y hacer unos cientos de prisioneros, para retirarse a los bosques y esperar a Zieten, pero cabía la posibilidad de dar una campanada, ya que l'Armée du Nord había demostrado varias veces que no le gustaba madrugar.

En Haramont, cuatro kilómetros al oeste de Villers-Cotterêts, la reserva de artillería de la Garde Impériale descansaba con placidez. Llevaban diez días arrastrando sus *belles filles*, las catorce que sobrevivieron al despeñadero de Charleroi, y tanto los hombres como las bestias estaban extenuados. Sus jefes no pensaban que los prusianos pudieran estar cerca, gracias a lo cual su perímetro de seguridad era exiguo. La señal de alarma, que duró un minuto —el que necesitaron los ulanos para ensartar a los centinelas—, apenas conseguía poner en pie a los somnolientos artilleros cuando cuatro mil fusileros —los que aún quedaban de los más del doble que semanas antes poseían los regimientos 2.^o Minden-Ravensburg, 6.^o Westpreußen y 28.^o Berg— se les vinieron encima. Los que lograron escapar al amparo de la poca luz, dejando abandonadas las catorce piezas, una considerable cantidad de pólvora y munición, y un buen número de carros, no pararon de correr hasta ganar la seguridad de los mil y pico *grenadiers-à-pied* y *chasseurs-à-pied* que defendían Villers-Cotterêts.

La Libertad de Acción tenía más detractores que partidarios en el seno del KPA,

si bien los segundos eran mayoría entre los mandos jóvenes. Pirch II tenía cuarenta y nueve años, por lo cual formaba entre los primeros; aquel amanecer, sin embargo, sintió lo que Pablo de Tarso cuando se cayó del caballo en el camino de Damasco. La tentación de lanzarse sobre Villers-Cotterêts con sus cuatro mil fusileros —lo de Haramont les había sabido a poco— era irresistible, y no se resistió. Media hora y trescientos muertos más tarde, la Garde Impériale, según acostumbraba en los últimos tiempos, huía en total confusión; Grouchy, que había pernoctado allí con ánimo de galvanizar lo que aún pudiera galvanizarse de l'Armée du Nord, fue de los primeros en poner tierra de por medio protegido por una compañía de ingenieros, para detenerse tres kilómetros al sur, en Bourgfontaine, y allí contemplar el espectáculo de Villers-Cotterêts en llamas. Tras establecer su puesto de mando envió un mensajero a Vandamme, ordenándole venir. No le animaban deseos de ajustar cuentas con aquellos prusianos asesinos, sino el haber advertido que se las veía con no mucho más de una brigada. Si Vandamme llegase antes que Zieten podrían asestarles un zarpazo regular. Un sentimiento que intuía correspondido por el prusiano que tuviera enfrente; a esas alturas los prisioneros a los que no hubiera degollado ya le habrían explicado que allí, al sur de Villers-Cotterêts, estaba el cuartel general de l'Armée du Nord y de l'Armée de la Moselle, con su general en jefe al frente. Un señuelo que le sería difícil rehuir.

El Conseil Privé se reunía en Cambrai. Lo presidía el rey, acompañado de D'Artois y de los duques D'Angoulême y de Berry. El primer punto del orden del día era presentar a Talleyrand como cabeza del gobierno. El segundo, discutir la proclama que presentó éste dos días antes a SCM. La tensión era palpable, pues las posturas de Talleyrand y de D'Artois no podían ser más opuestas. El rey no tomaba partido; quizás hiciera bien, porque los argumentos de Talleyrand eran lo bastante demolidores para que le apoyasen los ministros. D'Artois, irritado, comprobaba que l'Évêque d'Autun le ganaba la mano una vez más. A cambio de unas modificaciones formales, una mera suavización de las palabras, se acordó que SCM firmase la proclama y ésta fuera publicada de inmediato, lo que no sólo sucedería en el territorio controlado por la Coalición, sino en París, de donde se podía entrar y salir con suma facilidad. Talleyrand sabía que Fouché necesitaba carnaza para neutralizar a los bonapartistas, a los republicanos, a los jacobinos, a los realistas y a los partidarios de Louis-Philippe. Con aquello le apuntalaría lo bastante para que resistiese otra semana, la que aún necesitaría Wellington para izar su bandera. Ese día se verían las caras; no sería un trámite sencillo, porque Fouché pediría mucho más de lo que pensaba él conceder, pero ya se preocuparía cuando llegara el momento. Eran muchas las cosas que hasta entonces podrían suceder, y su postura se haría más blanda o más dura dependiendo de cuáles fueran. Como alguna vez comentó a la risueña Dorothee, los buenos primeros ministros se caracterizan por saber que sólo son los primeros

servidores de los acontecimientos. Los dos mejores en eso que jamás tuvo Francia fueron sendos cardenales, Richelieu y Mazarino. Él sólo era un humilde obispo, pero aun así confiaba en servirlos no mucho peor.



Louis-Antoine de France, Duc d'Angoulême, por Lawrence

Laloy encontró a Grouchy a eso de las ocho, en su puesto de mando de Bourfontaine; allí pretendía coordinar un ataque de la muy menguada Armée du Nord y del III Corps d'Armée a la que parecía ser 2.^a Brigada del I Armeekorps, pero la carta de Fouché, proponiendo negociar un armisticio, le hizo cambiar de planes. Aquello no sólo era más importante que cualquier acción militar, sino que si él, enarbolando aquella carta, lograba la paz, Francia se ahorraría un gran número de vidas y una regular devastación, pues si bien las tropas de Wellington avanzaban de un modo civilizado, las de Blücher eran una plaga de langosta. Detenerlas de una forma pacífica sería lo mejor para su país, y por supuesto para él; Louis XVIII, o el que fuese, habría de tener en cuenta sus esfuerzos por conseguir la paz, así que, con suerte, no necesitaría exiliarse. Sin embargo, tras reflexionar unos minutos convino consigo mismo que no debería ser él quien se dirigiese a las líneas enemigas, pues apresarle sería para Blücher una tentación irresistible, por mucho que viniera en misión de paz. Una lástima, porque nada le gustaría más que ir en persona, pero se resignó a delegar en su *chef d'état major*, el Général Sénécal. Debería explicarle lo que ocurría, e instruirle sobre lo que podría o no comprometer. Tras eso le despacharía bajo bandera de parlamento a las posiciones del que ya sabía que era el general Otto-Karl von Pirch. En tanto no regresara él seguiría preparando el ataque contra su 2.^a Brigada, pero sin disparar un tiro. Sería una tregua no declarada que Pirch y Zieten sabrían entender.

Al poco Sénécal se identificaba frente a Pirch, quien no tardó en comprender la trascendencia de su misión, de modo que le despachó a Gonesse, donde aún estaba el *hauptquartier*, escoltado por un teniente que hablaba un poquito de francés. Para eso deberían marchar a Louvres, pero en el camino se dieron con el Graf Nostitz, que marchaba en la dirección de Chennevières-lès-Louvres, donde la segunda comisión de cinco delegados esperaba noticias; Sénécal vio el cielo abierto al saber no sólo que aquel coronel hablaba un francés de nativo, sino que además era el principal *aide-de-camp* de Blücher, de modo que le mostró la carta de Fouché. Nostitz, al momento, decidió interpretar a su manera el principio de Libertad de Acción. No tenía instrucciones de Blücher ni de Gneisenau para establecer acuerdos de ningún tipo, pero conocía sus puntos de vista —coincidían, ya que Gneisenau pensaba por los dos—, así que propuso al francés, a su vez ilusionado por ser él quien ahorrara a París una carnicería, un compromiso de seis puntos en virtud del cual cesarían las hostilidades entre las fuerzas de Grouchy y las de Blücher; aquéllas se retirarían al sur del Loire tras entregar las cercadas plazas de Laon, Soissons y La Fère —Gneisenau había preferido dejarlas atrás; al no ser fortalezas, caerían como fruta madura en cuanto la población sintiera ganas de comer—. Para Sénécal-Grouchy sería una oportunidad comparable a la de Yorck cuando firmó el Pacto de Taurogen, comentaba Nostitz; lo mismo podrían fusilarles que glorificarles, pero la guerra concluiría de facto tras dejar París sin la defensa del ejército regular. El nuevo monarca —los dos veían a Louis XVIII muy bien colocado— tendría que agradecer su trono a los hombres que se lo brindaban de aquel modo tan económico; para Sénécal y Grouchy sólo sería cuestión de no dejarse fusilar durante los pocos días que *L'Inévitable* necesitase para controlar al ejército, al Directorio y al Corps Législatif, obviamente respaldado por las bayonetas de Blücher, lo que a Grouchy no le sería difícil al estar defendido por sus propias cincuenta mil. Sénécal, convencido, apenas dudó. Sobre la marcha escribieron dos copias, para Gneisenau y para Grouchy, las cuales despacharon de inmediato con sendos oficiales. Tras eso seguirían sus caminos respectivos. Sénécal lo haría en la dirección del *hauptquartier*; allí Gneisenau, que habría ya leído el proyecto de acuerdo, le diría si por parte prusiana era firme o no. Después trataría de volver a Bourfontaine o dondequiera que estuviese Grouchy, para ponerle al día. Desde ahí, que Dios le protegiera. Nostitz, tras desearle suerte, siguió hacia Chennevières-lès-Louvres, para reunirse con los enviados del Directorio. Sería una reunión breve, pues las condiciones de Blücher no habían cambiado en una coma; pensaba despeñarlas según comenzaran; si tras eso querían seguir ya se sentaría, pero lo dudaba. Gneisenau había puesto un exquisito cuidado en escribir algo de todo punto inaceptable, al menos mientras quedara un regimiento francés con una pizca de orgullo. Cuando ya no hubiera ninguno sería momento de poner sobre la mesa lo que verdaderamente perseguía; no se lo había explicado, pero, conociéndole,

aún sería peor. Gneisenau no sólo pretendía ganar aquella guerra; su intención era dejar a Francia tan debilitada que no pudiese declarar otra en muchos años. Todos los que hicieran falta para que Prusia pudiera medirse con ella sin necesidad de aliados.

Seiner Majestät der König Friedrich-Wilhelm III acababa de conceder al Graf Gneisenau el ingreso en la selecta Schwarzen Adler Orden,^[225] cosa que a él le daba igual. Sólo sentía un cierto apego por su Eisenerkreuz; no se sabía la razón, pero se intuía: la Cruz de Hierro era una condecoración que podía ganar cualquiera, incluso un triste soldado raso. Para un jacobino declarado como se decía era él no había cosa que pudiera ceñirse más a su igualitaria personalidad. De ahí el tomarse su Águila Negra con tanta indiferencia; se concedía por la gracia del monarca y sólo demostraba que a éste, por lo que fuera, el beneficiario le caía bien. En su caso, de momento; mientras hubiera guerra no cesarían de llegarle honores, pero en cuanto se firmase la paz sería de nuevo el detestado Wallenstein de siempre, lo que no le preocupaba, entre otras cosas porque su mujer tenía muchísimo dinero, lo que influía lo suyo en que casi nadie le soportase. Había ya leído la carta de Fouché y la propuesta de Nostitz-Sénécal. Aplaudía la valentía del general francés. Los riesgos que asumía sólo eran comparables a los que tomó Clausewitz en 1812 para convencer de algo parecido al energúmeno de Yorck. Sólo faltaba que se le presentase, y ni eso, porque Bentivegni ya le anunciaba. Media hora después se despedían en buenos términos cuando llegaron noticias de otra escaramuza en Villers-Cotterêts. Mal indicio, comentó Sénécal. Quizá significara que Davout aceptaba la dimisión de Grouchy para poner a Vandamme al mando. París, además, estaba cerca. El tiempo que tardaban las noticias en llegar a Davout, y el que necesitaban las órdenes para encontrar a Grouchy, o al que fuese, ya era exiguo, no más de tres horas. Era inevitable que Davout ejerciera el mando por sí mismo, lo que sería muy malo para que aquel pacto se abriera paso, pero su deber era intentarlo. Gneisenau no se quiso comprometer a nada que le apoyase, salvo a no emprender acciones ofensivas en lo que restaba de día; defensivas sí, por supuesto, pero no iniciaría nada nuevo hasta el amanecer. A partir de aquel momento, esperaba que Sénécal se hiciera cargo, la guerra seguiría su curso.

Sénécal marchó hacia las líneas francesas. Le acompañaba el Major Brünneck, para regresar en su momento con la respuesta de Grouchy. Dejaron las líneas prusianas, hasta donde les había escoltado un escuadrón del 10.º de Húsares, y se unieron a la 13.ª División de Caballería, la de Watier de Saint-Alphonse; éste marchaba junto a Exelmans, al que intrigó la presencia del *chef d'état major* del detestable Grouchy, regresando de parlamentar nada menos que con el odiado Gneisenau y encima escoltado por un oficial prusiano que hablaba un buen francés. Demasiados ingredientes en un guiso que olía fuertemente a capitulación, de modo que comenzó a preguntar en un tono de los que aconsejaban responder sin evasivas; a

Sénecal, acorralado, no le quedó más opción que relatar la historia, desde la llegada de Laloy a Bourgfontaine a su entrevista con Gneisenau, y a qué se debía la presencia del aprensivo Brünneck y a la prisa que manifestaba por reunirse con Grouchy.

Ni Exelmans ni Watier simpatizaban con aquello. Fouché podría escribir lo que quisiera, pero la guerra era un asunto militar y las iniciativas del presidente del Directorio que afectaran al ejército deberían tramitarse a través de Davout, que por algo se había trasladado a La Villette, y lo que había enviado no eran órdenes de parlamentar, sino cuatro batallones con los que reforzar a l'Armée du Nord. Se habían enfrentado hora y pico antes a las tropas de Pirch en Villers-Cotterêts con malos resultados, pues perdieron seis cañones y los prusianos les hicieron mil prisioneros. A eso se debía que tanto el III Corps d'Armée como el 2.º de Chevalerie se hallaran allí, avanzando hacia el condenado Villers-Cotterêts. Vandamme, al que había llamado el propio Grouchy, conservaba muy alta la moral de su gente, por lo que se avecinaba una tercera batalla de Villers-Cotterêts con aspecto de acabar mejor que las anteriores, pero en medio de todo aparecía Sénecal portando un documento fruto de su iniciativa personal según el cual Francia capitularía en las más deshonrosas condiciones imaginables. De ahí venía que Watier y Exelmans se plantearan fusilarle allí mismo, pero la intervención del alarmado Brünneck, que temía sufrir el mismo trato —la reputación del general Exelmans no podía ser peor—, les convenció de que mejor sería enviarles al cuartel general de Davout, que a fin de cuentas estaba cerca. Tras pensárselo, Exelmans se mostró de acuerdo; en aquellos días, y dada la confusión imperante, las medidas extremas eran desaconsejables, sobre todo si los políticos terminaban de llevarles a la perdición. Así, les asignó una escolta con instrucciones de no dirigirse a ningún lugar que no fuera La Villette. Para Sénecal era una mala noticia, pues verse solo ante Davout y eventualmente Fouché no era lo que más le apetecía, pero Exelmans fue categórico; lo que no explicó fue que, si aquello prosperaba, de ningún modo aceptaría que los méritos se imputaran a Grouchy. Como todos los demás Généraux integrantes del ala derecha, consideraba que Grouchy tenía la culpa de todo. No merecía gloria ni medallas; todo lo más, doce balas en los huevos.

Davout estaba en Les Tuileries. Acababa de conseguir de Fouché que París se pusiera en estado de sitio. Contaba con setenta y ocho mil hombres; sumados a los de Grouchy serían ciento treinta y cinco mil. Por infantería y por artillería tendría buenas perspectivas frente a Blücher y Wellington, aunque bien sabían él y Fouché que Schwarzenberg y Barclay de Tolly estaban al caer. Entre todos totalizarían quinientos setenta y cinco mil. Demasiados para tener esperanzas. Sería preciso movilizar a las masas y combatir en las calles, aceptando la destrucción de la ciudad, aunque antes sobrevendría una sublevación. Para Davout, y para Fouché, París estaba perdida, y con ella la guerra. De lo que se trataba no era de vencer, sino de negociar a partir del

temor a los cientos de miles de bajas que los aliados sufrirían si París se defendía como Masada. Era un juego de maniobras y engaños, muy sutil, y en eso, Davout lo admitía, Fouché le sacaba ventaja. Uno de los movimientos que menos comprendía era su decisión de poner a Napoleón en un carruaje y largarlo a Rochefort. La explicación era que para él, y en el peor de los casos, sería preferible rendirse a los ingleses que ser arrojado a los prusianos. Así, además, ellos dos evitarían complicaciones con los bonapartistas, que seguían siendo demasiados, al punto que aún era posible un 18 Brumario desde dentro del Corps Législatif, para devolverle los poderes en calidad de dictador. Tras dar a todo eso unas cuantas vueltas resolvieron que quien mejor le convencería de marchar a Rochefort era el ministro de Marina, Decrès, con quien Davout tenía buena relación. Hacer de mamporrero no le gustaba mucho, pero las razones de Fouché resultaban aplastantes. Un Fouché que ya tenía pensados sus próximos movimientos. El primero era enviar a Wellington un nuevo emisario para comunicarle que la situación era insostenible y que las posibilidades de un *coup d'état* de tipo numantino se convertirían en certeza de seguir las cosas como estaban. Si Louis XVIII, Talleyrand y él no se plantaban en París en menos de siete días no sería su Directorio con quien deberían negociar, sino con un Napoleón dispuesto a luchar calle por calle y casa por casa; el que aquello costase cientos de miles de muertos quizá no preocupase a Wellington, pero las posibilidades de que Louis siguiera siendo XVIII se volverían nulas. De un París reducido a cenizas sólo podría surgir una nueva revolución, y de ahí una república. Por el bien de todos, debía forzar el paso.

En el *hauptquartier* de Senlís, como todos los días a la caída de la tarde, Gneisenau y Grolman valoraban las últimas noticias, casi todas recientes porque las distancias se habían encogido tanto que nada bajo el mando de Blücher quedaba más allá de a una posta militar; en cuanto a Schwarzenberg, Barclay de Tolly y el propio Friedrich-Wilhelm, ninguno estaba más lejos de treinta y seis horas. Gracias a eso su trabajo se hacía más fácil. Empezaron por el Norddeutsche Bundeskorps, que iniciaba el asedio de Charleville, donde había una gran maestranza de armamento, y de la vecina fortaleza de Mézières. Entre las dos formaban una posición de gran importancia, ya que dominaban el curso del alto Meuse. A eso se debía que Bonaparte las hubiera confiado a un tipo experimentado, el general Lemoine; Hake había logrado saber que dos semanas antes sólo contaba con tropas de segunda, pero las había reforzado con un buen número de fugitivos, a base de atraparlos a medida que atravesaban Charleville. Gracias a eso disponía de tres mil hombres, la mitad veteranos endurecidos, además de con sesenta piezas de artillería y munición suficiente para resistir un asedio de meses.

Bülow, Zieten y Thielmann, por orden de Gneisenau, habían dedicado la tarde a descansar, pero Pirch II tuvo que combatir. A mediodía tuvo éxito contra dos mil

hombres que atacaron con poco espíritu, pero a media tarde se le vinieron encima dos enemigos peligrosos, el III Corps d'Armée y el 2.º de Chevalerie. Según informaba Pirch no sólo les superaban en número, sino que, acostumbrados al bajo espíritu que mostraban los franceses en los últimos días, a sus hombres les sorprendió el talante de aquellos otros, al punto que abandonó Villers-Cotterêts para buscar refugio en el bosque de Compiègne. Sus patrullas informaron después de que Vandamme, pues era quien ostentaba el mando, reanudaba su marcha sobre París; por lo visto sólo pretendía buscar un éxito puntual, no establecer una posición. Un juicio muy lúcido, aceptaba Gneisenau examinando el mapa. Era evidente que los franceses renunciaban a dar batalla frente a París. Mal asunto, porque la darían en París, al amparo de sus fortificaciones en el este y en el norte. La solución era sencilla: dejarles plantados. Rodearían París por el norte y caerían sobre sus posiciones del oeste y del sur, más débiles. Si Wellington quería comprobar cómo de fuertes eran las del este, y qué tal puntería tenían los cañones que Davout había desplegado en la colina de Montmartre, que lo hiciera. Él no le aconsejaría lo contrario. En cuanto a Sénécals-Grouchy, era demasiado pronto para saber nada. De hecho, él no esperaba nada.

Álava y Wellington, instalados en Estrées-Saint-Denis, hacían lo que Grolman y Gneisenau. El Army of the Low Countries acampaba en el triángulo Conchy-Ressons-Lataule, a tres días del Niederrheinarmee. A Gneisenau le costaría eso mismo, si no más, alcanzar los primeros puentes aún en pie aguas abajo del Seine. Si se los quisiese ahorrar debería pedirle sus pontones, y sólo se los dejaría una vez hubiera cruzado él. No tenía intención de humillarle haciéndole pisar la mierda de sus caballos por la Rue de Rívoli, pero el bárbaro aquel no pondría sus botas en Saint-Cloud antes de que se quitara él las suyas en Neuilly. Las noticias de Schwarzenberg, a su vez, eran buenas: el III Armeekorps, el del Krönprinz von Württemberg, tras desbordar a l'Armée du Rhin en Souffelweyersheim había forzado a Rapp a buscar cobijo en *Straßburg*; el I ya era dueño de Montbelliard; el II, el de Hohenzöllern-Hechingen, había derrotado en Belfort al grueso de l'Armée du Jura; el de Frimont, tras batir a Suchet, ya estaba en Conflans, y Wrede, por último, era dueño de Nancy. Cuando Schwarzenberg redactó la nota donde contaba todo aquello, dejaba caer un admirado Álava, no debía caber en sí mismo.

—Con buena pipa bien se fuma, Miguel. Doscientos sesenta mil austríacos contra cincuenta y cinco mil franceses. Bastante han hecho, los pobres. De todos modos, y por mucha prisa que Schwarzenberg se quiera dar, sólo Wrede podrá llegar a París al tiempo que nosotros, o día y pico después, todo lo más.

Álava no respondió. De sobra sabía que Wrede sólo era el peón en séptima de la complicada partida que Wellington jugaba con Gneisenau. Sólo participaría en la fiesta de París si aquél no consiguiera controlar al sajón, de lo cual él no estaba tan seguro como su amigo y cómplice. Pensaba de corazón que Gneisenau les preparaba

unas cuantas sorpresas, y todas desagradables.

París y alrededores, jueves 29 de junio

Las órdenes de Decrés eran comunicar a l'Empereur que había dos fragatas en Rochefort-sur-Mer listas para llevarle a Estados Unidos. Napoleón se lo tomó con alivio, pues los prusianos, de seguir allí, se harían con él en un par de días. Sin consultar a los incondicionales presentes (Lallemand, Lavalette, Gourgaud, Savary, Bertrand, Montholon, Maret y La Bédoyère), ordenó que se alistasen los carruajes, tras lo cual Decrés volvió a Les Tuileries, a confirmar que al fin se libraban del Emperador, con lo cual podrían negociar con la comodidad de no verse forzados a entregarle y pasar a la historia como unos traidores inmundos. A Beker no le apetecía ir con l'Empereur a Rochefort, pero pensaba que, una vez en camino, la coexistencia con su impredecible temperamento sería más sencilla. En eso cavilaba cuando le llegaron unas pisadas con tinteneo, de botas con espuelas. Se quedó atónito: frente a él, Napoleón en uniforme de coronel de los *chasseurs-à-cheval*. Se le había ocurrido que con los efectivos disponibles en el área de París, y dada la estirada posición del enemigo y lo muy separados que se hallaban Blücher y Wellington, al primero le derrotaría por separado con toda facilidad, en estricta condición de general Bonaparte. Tras eso el Directorio podría negociar un armisticio en mejores condiciones. Él, por su parte, tras conseguir aquella última victoria marcharía para Rochefort, abordaría una de las fragatas y desaparecería en el Atlántico, de lo cual daba su palabra. Le ordenaba, en consecuencia, que marchase a Les Tuileries y trasladase su proposición a Davout y a Fouché.

Wellington se había reunido en Estrées-Saint-Denis con la segunda comisión de cinco miembros. Su postura fue inequívoca: el que Bonaparte hubiese abdicado no justificaba que cesaran las operaciones; en cuanto al hijo de Bonaparte, no tenía posibilidad alguna de ser reconocido por Inglaterra como jefe del Estado francés, como no la tenía ningún otro príncipe, comenzando por Louis-Philippe d'Orléans. Una vez expuestos esos dos principios no había lugar a negociar nada, de modo que la reunión se levantó y los cabizbajos comisionados emprendieron el regreso a las líneas francesas. No a París, pues entendían que Wellington deseaba mantener abierto un canal de comunicación con el Directorio. No era gran cosa, cierto, aunque sí mejor que la nada ofrecida por los prusianos.

Era mediodía cuando las vanguardias del IV llegaron al Sena. El Oberst Johann-Joachim von Sidow, que mandaba la 1.^a de Caballería, se detuvo para esperar a Bülow. Llegar al gran meandro del río era como llegar a París, bien visible desde allí; no necesitaba el catalejo para divisar las colinas erizadas de cañones de Belleville y de Montmartre, la fortificada villa de Saint-Denis y el pantano en que Davout había convertido las planicies, tras desviar los cauces del Rouillon y del Vielle-Mar. Blücher y Gneisenau llegaron dos horas después. Aquél quería lanzarse al asalto; el otro aconsejaba seguir hacia el oeste para buscar un mejor punto de penetración,

alegando la necesidad de ahorrar vidas y callando que así se reduciría el tiempo en que su jefe reinaría sobre París; no quería ni pensar en lo que sucedería con la desventurada ciudad si Blücher, al que veía un punto enloquecido, decidía saquearla. Lo último que deseaba era un levantamiento, y no por la mala imagen que daría de Prusia cuando lo sofocase a cañonazos, sino porque sus ochenta mil hombres serían insuficientes, y más si a Wellington le diera por apoyar a la población. No quería incurrir en esos riesgos, así que volcó el peso de su influencia sobre su jefe y amigo, el cual sólo se calmó al recordar un agradable baño y unas mejores friegas a manos de una princesa que vivía en la Rue de Babylone. Decidido: el Niederrheinarmee rodearía París por el oeste y penetraría por el poco fortificado sur. El norte, para Wellington; estaría empezando a desbrozar defensas cuando los ulanos del 6.º — Blücher quería distinguirlos de un modo especial— izaran su bandera en la Place Vendôme, en la mismísima columna de Napoleón, quien, según varios prisioneros, había cambiado l'Élysée por la Malmaison. Blücher, que le quería vivo —muerto no le podría fusilar—, ordenó al Oberstleutnant Friedrich-August von Colomb, comandante del 8.º de Húsares, que marchase a la Malmaison, se hiciese con él y lo arrastrase a su presencia. Colomb, que sabía dónde se alzaba el *château* —dada la ruta que debería seguir, avanzando al largo del río hasta dar con un puente por donde cruzar, serían no menos de cincuenta kilómetros en territorio enemigo—, comprendía que, de llegar, no sería antes de la noche, aunque no le importaba; el 8.º ya llevaba tantas sin dormir que por una más no pasaría nada.

Gneisenau ya ordenaba marchar hacia Gonesse cuando llegó un mensajero de Hake: había tomado Charleville. La guarnición se rindió sin lucha, salvo unas pocas que optaron por marchar a la cercana Mézières. También allí, se deducía, la moral del enemigo andaba por los suelos. Tal y como se sucedían los acontecimientos el armisticio era cuestión de días, como una vez pronosticó. Procedía, pues, darse prisa: cuanto más fuerte fuera su posición, más duras condiciones podría imponer.

Fouché y Davout analizaban la situación. La Garde Impériale y los *corps d'armée* I, II y VI ya se hallaban en París; aportaban veinticuatro mil hombres. El IV y la división de Teste, con trece mil, estaban a punto de llegar. Exelmans y Vandamme lo harían a la noche, añadiendo los últimos dieciséis mil. En conjunto salía una guarnición decorosa, con la que podrían encarar a los prusianos, aunque no a los ingleses, y menos aún cuando se presentaran los bávaros. No había más opción que insistir ante Wellington, al que consideraban a favor de no hacer una carnicería. En esas reflexiones andaban cuando apareció el aprensivo Beker con la propuesta de Napoleón. Fouché cerca estuvo de gritar, y Davout no se cortó en absoluto; al pobre Beker le trataron ciertamente mal, olvidando que sólo era el mensajero. Tras eso le ordenaron convencer a l'Empereur, por las buenas o por las malas, de marchar a Rochefort por su propio bien, pues el Directorio no podría cuidar de su seguridad una

vez Blücher cruzara el Sena. Por mucho que la realidad le abrumase, su papel en la historia de Francia se había terminado, y que no tentase a la suerte porque su porvenir personal estaba en peligro.

Volvieron a la situación militar. Alguien se debería poner al mando de las fuerzas operativas, y Davout no pensaba en Grouchy. Había dimitido por segunda vez y aguardaba instrucciones en La Villette. También estaban allí su *chef d'état major* y un *aide-de-camp* de Blücher; el primero, arrestado; al segundo se le trataba bien. Como Fouché no entendía, Davout le relató lo sucedido desde que Laloy se reuniera con Grouchy. Su reacción fue ordenar a Davout que fusilase a Sénécal, pero Davout prefería no ser tan extremo; intuía que al final se firmaría una capitulación incondicional en términos aún peores, de modo que asintió sin propósito de obedecer. Cuando todo acabase le sería fácil explicar que se le olvidó cumplir la orden, lo que Fouché suponía que haría, pues tampoco él deseaba derramar más sangre de la conveniente, y la cabeza de Sénécal sólo valdría para que alguna viuda histérica le complicara la vida. Tras eso volvieron al punto inicial: a quién ponían al mando. Fouché no quería un jefe único, no le fuese a tentar un golpe militar, pues ya sería lo último que les faltaba. Contemplando el mapa de París se hacía claro que la orilla izquierda era el lugar más amenazado. Quien pusieran allí debería ser, además de competente y obediente, uno que conservase la moral muy alta; nadie reunía las tres virtudes, si bien Vandamme poseía la primera y la tercera. Manejarle sería un dolor de muelas, pero Davout —que retendría el mando en la margen derecha— pensaba que con él se apañaría mejor que con Grouchy. Así, con la bendición del Directorio, Dominique-Joseph Vandamme alcanzaría el punto álgido de su carrera: el mando de tres *corps d'armée*.

A l'Empereur no le sorprendió la negativa de Fouché. Sus planes debían de ser incompatibles con darle aquella última oportunidad. Resignado, subió a vestirse de caballero que viaja con otros caballeros (Beker, Savary y Bertrand), para luego recogerse unos minutos en las habitaciones de Rose. Tras eso se despidió de Madame Letizia y de la reina Hortense, quien, muy apenada, le puso en las manos el mismo collar de diamantes por el que una vez él pagara trescientos mil francos, cuando se lo regaló por el primero de sus partos. Sólo quedaba salir al exterior, tocado con un sombrero redondo con el que resultaba tan irreconocible como sus acompañantes, para subir a su carruaje, una modesta berlina color caldero, e iniciar un camino que difícilmente acabaría en Estados Unidos. La venganza de las naciones se cernía sobre su cabeza, y a él no le quedaba nada para combatirla.

Gneisenau había elegido para esa noche un *château* muy confortable, porque le preocupaba Blücher; no quería que un resfriado le dejara sin entrar en París como un conquistador. El año anterior les recibieron el König, el Zar y el Kaiser, lo que resultó muy deslucido; en lo que se acercaba nadie les daría la bienvenida, y para él era un

deber que su jefe lo viviese. La cena de aquella noche no dejaba de ser un preámbulo. A la mesa se sentaban él, Blücher, Nostitz, Grolman, Müffling, Wellington, Hill, Álava y Miniussir —a éste le costaba sentirse cómodo entre tanta personalidad; como explicara en un aparte a su jefe, no se le olvidaba que sólo era un capitán a media paga, sin más méritos que hablar alemán—; se pretendía convenir una postura común ante los inmediatos acontecimientos, empezando por si atacaban o negociaban. Blücher, que rechazaba dejarse marear, se había propuesto los seis puntos conocidos al otro lado de la mesa y no era sólo que de ahí no se apeaba, sino que veía imposible que Fouché, Davout y el resto de la pandilla los aceptasen mientras no vieran a sus *totenkopf* ocupando Les Tuileries. Para él sólo se trataba de precisar por dónde atacaría cada ejército. Por su parte había decidido rodear París por el oeste y desde ahí caer sobre la ciudad. Wellington podría optar por el norte o por el este, lo último para unirse a Wrede y abrirse paso por la colina de Montmartre, aunque si tiraba por allí lo más probable sería que al coronarla no quedase mucho de París, se decía Wellington; si quería preservarla de ser asaltada por Atila-Blücher no le quedaba otra que forzar una rendición honorable antes de que aquellos bárbaros destriparan Notre Dame, el Louvre y todo lo que se les pusiera por delante, a lo que Blücher parecía dispuesto y a lo que Gneisenau no se opondría, pese a que Miniussir afirmara que no era tan cafre y que se servía de su jefe para horrorizar, no porque quisiera llevar las cosas al extremo del que hablaba el terrible *Vorwärts*. Tras establecer todo aquello no quedaba mucho por discutir; así llegaron a los brindis, en aparente armonía y en el mejor de los ambientes, aunque Wellington deseaba volver a Senlís. Debía forzar las cosas con Fouché, al cual intuía más preocupado por su futuro particular que por el presente general. Mientras no se supiera sentado en el nuevo Conseil Privé no movería un dedo, por muchos miles de vidas que su flema negociadora pudiese costar. En cuanto llegase a su *headquarter* le haría llegar un mensaje. Quizá bastase con aceptar unas cuantas amnistías, unos cuantos nombramientos y hacer unas cuantas promesas que ya vería después si las cumplía o no. Dudaba que sus secuaces, comenzando por Davout, tuvieran ganas de pelear. La guerra ya costaba demasiados muertos. Les pasaría lo que a él, que no querían más. Blücher sí, desgraciadamente. Con suerte, se los harían.

Ya en Senlís Wellington decidió que la mejor forma de hacer llegar un mensaje a Fouché sería servirse de la comisión de los cinco, que seguía esperando tras la reunión en Estrées-Saint-Denis. Habría preferido a Macirone, pero esa noche parecía no venir; si lo hiciera le daría una copia de la carta que había escrito en cinco minutos y en la que hacía saber que las oportunidades del Directorio para lograr una paz honorable pasaban por aceptar lo que negociaron Sénécal y Nostitz, lo cual resultaba de la entera satisfacción de Blücher y también de la suya. No aceptarían nada de valor inferior. Si el Directorio no quería verse obedeciendo los dictados de una fuerza de

ocupación con Blücher sentado en Les Tuileries —eso no lo decía, pero se sobreentendía—, deberían darse prisa.

En su correo no había nada que destacase, salvo un sobre de Lady de Lancey; venía cosido con un alfiler a una nota del capitán Mitchell. No era una carta extensa, pero tampoco seca. Lady Magdalene le comunicaba, con sencillez, que Sir William falleció en la mañana del 27, en la casa de Mont-Saint-Jean donde agonizaba desde la noche del 18; quería expresar que Sir William fue muy feliz durante los años en que permaneció a sus órdenes, y que uno de los escasos momentos agradables que vivió durante su agonía fue cuando His Grace tuvo la inmensa bondad de visitarle. Salvo indicar que pensaba regresar a Escocia, no decía más. La nota de Mitchell añadía que Sir William fue sepultado en la mañana del 28, y que Lady Magdalene regresó a las habitaciones que le había conseguido en Amberes, donde aguardaba un barco que la condujese a Dover; añadía que la encontraba serena, con la tranquilidad de saber que su marido murió en paz. «Pues bueno», se dijo tras encogerse de hombros. Se le acababa de ocurrir una idea con la que quizá frenase a Blücher. Le salió de un tirón, lo que tratándose de Gneisenau —él sería quien la leería— no era frecuente. Se preguntaba cómo dar lugar al efecto que pretendía, y decidió que lo mejor sería servirse de Müffling, dándosela previamente a leer. Hacerla llegar a Miniussir, saltándose al comisionado, no sería, en aquella ocasión, lo más eficaz.

París y alrededores, viernes 30 de junio

Apenas pasaba de medianoche cuando una patrulla del 8.º de Húsares, tras haber cruzado el Sena en varias barcas, llegó a la Malmaison. En el edificio principal no se veía luz, ni había centinelas ni carruajes; nada, en general, hacía sospechar que allí hubiese un Napoleón. El pabellón de los guardeses sí estaba iluminado, y allá se dirigió el teniente Rolf von Tiesenhausen para preguntar «*a la prusiana*». Una vez los habitantes consiguieron sujetar su pánico se hizo claro para el joven oficial que l'Empereur se les había escapado por seis horas. Un disgusto, aunque nadie tenía la culpa, y menos los aterrados guardeses, los cuales, cuando las dos docenas de jinetes marcharon sin violar a las mujeres, fusilar a los hombres o comerse a los niños, se quedaron muy aliviados. Colomb, una vez puesto al día, viró hacia Saint-Germain, donde recordaba un puente de piedra; un militar no prusiano habría regresado a sus posiciones de partida, pero el Principio de Libertad de Acción era muy querido por los oficiales jóvenes, encantados de saber que su buen juicio se alentaba y valoraba. En Saint-Germain estaba la escuela de caballería, por lo que había riesgo de que conservara su guarnición y plantase cara, pero Colomb era optimista, de modo que, nada más llegar, se lanzó contra el puente sin pensárselo dos veces. Le animaban unas recientes palabras de Bülow, preocupado por encontrar un paso de suficiente amplitud por donde la masa del Niederrheinararmee pudiese ganar el oeste de París. El puente de Saint-Germain sería ese paso y lo tomaría él, se decía según lo alcanzaba con sus tres escuadrones. Lo encontró mal defendido, apenas sesenta hombres que además no estaban en alerta, sino preparándolo para volarlo. Cogidos por sorpresa, indefensos contra una horda de húsares surgidos de la nada y lanzados al galope, apenas opusieron resistencia. Ésa era la parte fácil, se decía Colomb tras haber despachado varios mensajeros a Bülow dándole cuenta de la importante novedad. La difícil, mucho lo temía, no tardaría en llegar, pues los franceses supervivientes, que habían huido a la carrera, regresarían acompañados. Era, pues, momento de parapetarse para luego defenderse como si fueran infantería. Vivirían horas de angustia, pero el premio merecía la pena.

Bülow supo de aquello cuarenta minutos después. En el acto envió un mensaje a Gneisenau informándole de la novedad; tras eso desvió hacia Saint-Germain la brigada que marchaba en cabeza. Lo alcanzaría dos horas después, para gran alegría de Colomb y de sus aprensivos húsares, a los que parecía mentira que llegase antes la 15.ª Brigada que los infantes franceses. A Bülow, que no tardó en unírseles, los vítores de su gente le dejaron tan frío como siempre; sólo le importaba que tras cruzar aquel puente se vería en la orilla izquierda del Sena para desde ahí lanzarse sobre las defensas interiores de París, y una vez las aplastasen tomarían la ciudad con el mismo talante con que Bonaparte tomó Berlín en octubre de 1806. Sus otras brigadas marchaban sobre Aubervilliers —veinte kilómetros al Este de Saint-Germain—; allí

les aguardaba un fuerte contingente francés, bajo el mando de Davout en persona. El Generalmajor Friedrich-Wilhelm von Funck, que mandaba la 14.^a Brigada, prefirió detenerse a la espera de órdenes; tarde o temprano se las tendrían que ver con una posición fuerte, de modo que más valía ser cauto. Bülow, cuando lo supo, estuvo de acuerdo; Aubervilliers habría sido un objetivo estratégico de no haberse tomado el puente de Saint-Germain, pero ahora sólo era cuestión de traspasárselo a Wellington. Los intereses del Niederrheinarmee ya no estaban allí.

Müffling acababa de dirigir a Gneisenau una sugerencia de Wellington, basada en que sus pontones habían llegado tras desmontarlos del Somme; dado que Davout habría volado todos los puentes entre París y Limay, el mejor lugar para cruzar el Sena sobre dichos pontones sería los bajíos de Poissy, un punto situado 25 kilómetros al oeste de París pero al que sólo se podía llegar tras rodear el gran meandro por Conflans-Sainte Honorine, lo que significaba día y medio de camino desde donde se hallaban. Al Niederrheinarmee le resultaría imposible cruzar el Sena, pues carecía de pontones, así que sugería cambiar de objetivos: el ejército prusiano caería sobre París por el norte y el Army of the Low Countries cruzaría el Sena por Poissy y atacaría por el oeste. Wellington le había entregado el sobre sin cerrarlo, pidiéndole que leyera su contenido y le diera su opinión; él prefirió no decir nada, como tampoco pensaba formular comentario alguno en el improbable caso de que Gneisenau se lo pidiera, no fuese a pensar que secundaba la proposición de His Grace. Si Wellington estuviera en lo cierto y ya no hubiera puentes su punto de vista sería incontestable, pero intuía que no podía ser así. Gneisenau no se habría lanzado por aquella senda sin estar seguro de poder cruzar el Sena.

Hora y media después recibió la respuesta de Gneisenau, también abierta. Informaba en tono profesional que su 8.^o de Húsares había tomado los puentes de Saint-Germain y Maisons-Laffitte —la 15.^a Brigada fue quien se hizo con el último, pero Gneisenau quería simplificar—. La posición se consolidó poco después, tras desplegar en uno los regimientos 3.^o y 4.^o de infantería *landwehr* y en el otro el 18.^o regular, de modo que a esas horas —aún faltaba para el mediodía— se contaba con un fuerte perímetro de seguridad, con caballería y artillería, en la ribera izquierda del Sena. Según las órdenes que dio nada más ser informado, el III Armeekorps lo cruzaría por Saint-Germain y el I por Maisons-Laffitte. Las tres últimas brigadas del IV les seguirían una vez fueran relevadas en Aubervilliers por el Army of the Low Countries. Tras eso, en un segundo párrafo, exponía que la propuesta de His Grace sería excelente si en verdad no hubiera puentes, pero el caso era que los había, y no uno sino dos. No veía razón para retrasar las operaciones durante los cuatro días que necesitaría el Army of the Low Countries para cruzar el Sena por Poissy. Mejor sería que a la mañana siguiente, con el I y el III al otro lado del Sena, el Niederrheinarmee marchara sobre Saint-Cloud. Una vez lo tomara, y si a His Grace le pareciese

oportuno, sus pontoneros podrían hacer su trabajo en Argenteuil, protegidos por el Niederrheinarmee, y de paso reparar los puentes de Bezons y Chatou, de modo que así el Army of the Low Countries pudiera cruzar el Sena en condiciones de plena seguridad. Müffling no pudo por menos que sonreír. Gneisenau sería un hijo de la gran puta, pero a Wellington le tenía bien tomadas las medidas. Con aquella carta le presentaba un *fait accompli* contra el que nada podría decir. Le gustase o no a His Grace, Blücher entraría el primero en París.

El I Armeekorps había marchado todo el día sin ser molestado. A la caída de la tarde acampó entre Le Blanc-Mesnil y Aulnay, 35 kilómetros al este de Maisons-Laffitte, para descansar un par de horas. El III, que marchaba en su estela, se quedó en Dammartin-en-Goële, con los mismos planes y con su caballería destacada en Le Petit Tremblay. Parecía que los franceses renunciaban a presentar batalla fuera de París. No era una buena noticia, pensaba un Clausewitz que regresaba de hablar con Gneisenau. Tomar al asalto una gran ciudad que se defiende casa por casa es muy costoso, y más si se suma la chusma ciudadana, como en Zaragoza. París acabaría destruida, pero el Niederrheinarmee, incluso venciendo, quedaría despedazado. Todo lo que se pudiera negociar, e incluso conceder, a fin de que los franceses la entregaran sin lucha, sería bueno para Prusia, o así lo veía él, consciente de que su amigo y superior rara vez no tenía en cuenta sus ideas. En general así era, pero aquella noche Gneisenau venteaba la victoria y no estaba para consejos; a eso se debía que presionase al I y al III más allá de lo razonable —Miniussir lo anotaba en triestino, por si alguien cotilleaba sus papeles—; París estaba tan cerca que de ningún modo aceptaría el encontrar en la Place Vendôme, cuando llegara, una Union Jack en lo alto de la columna fundida con los cañones de Austerlitz. De ahí su incansable actividad; aquella noche, sin ir más lejos, no la pasaría en el *château* de Gonesse, como el fatigado Blücher, sino cabalgando con Zieten. Quería estar con él a las diez de la mañana frente al puente de Maisons-Laffitte, lo que significaba recorrer 35 kilómetros en doce horas, más de la mitad a la luz de las antorchas. Por elevada que fuera la moral del I, y grandes su orgullo y su entusiasmo, sería inevitable que un buen número de soldados se quedaran atrás, incapaces de dar un paso más. No serían desertores; sólo pobres desgraciados que ya no podían ni con su alma. No importaba, comentaba con Zieten y Reiche, que cabalgaban junto a él: aún quedarían suficientes para tomar París.

Las vanguardias del Army of the Low Countries habían llegado a Vaudherland, cerca de Gonesse, donde Blücher tenía su *hauptquartier*. Wellington prefirió quedarse más lejos, en Louvres. Cenó a solas con Álava, revisando los últimos mensajes —lo único que le hizo levantar una ceja fue saber que Louis XVIII se había establecido en Roye, cerca de Compiègne; a su modo, aceleraba—, pero un tanto distraído, pues aquella noche vendría Macirone; le preocupaba qué pudiera traer, aunque aún más lo

que diría él, pues la situación corría peligro, visto el talante de Blücher, de volverse incontrolable. A Inglaterra no le convenía que París fuese arrasada y sus habitantes masacrados, y si para evitarlo era necesario retorcer unos cuantos brazos, lo haría. El primero sería el de Fouché a través de Macirone; le haría saber que las probabilidades de que aquello acabase muy mal crecían por momentos, y que, le gustase o no, lo hubiera o no planeado así, no le quedaba otra que arrancar del Corps Législatif la proclamación de Louis XVIII como rey de Francia, pues no sería posible pactar un armisticio conveniente para todos, empezando por el propio Fouché, bajo ninguna otra condición. Dado que Louis también estaba cerca de París sería juicioso que le hiciera llegar la buena voluntad de su Directorio y del Corps Législatif antes de que Blücher lo volviera imposible.

Davout, Exelmans, Drouet, Vandamme y quince generales más habían firmado en La Villette un violento manifiesto redactado por Philibert Fressinet, *chef d'état major* de Davout, en franca oposición al regreso de Louis XVIII e invitando al pueblo a emprender una guerra nacional contra los invasores, pues su objetivo era imponerles otra vez a quienes les habían llevado al desastre que vivían. No se declaraban bonapartistas; sólo se oponían a un rey que rechazaban de plano, y que de llegar al trono lo haría, como quince meses antes, aupado en bayonetas prusianas, británicas, austríacas y rusas. Aquello, se decía Davout presa del más negro pesimismo, era un quemar las naves al estilo de Guillaume le Conquérant, aunque sin sentido; él veía imposible que los indolentes ciudadanos se alzaran contra nadie pese a los devastadores motivos que daban los prusianos, aunque bien podría suceder que las potencias, si llegaran a pensar que reimponer a *L'Inévitable* sería causa de una guerra sin fin, «a la española», estudiaran otras opciones. Él, por ejemplo, estaría encantado de jurar fidelidad a Louis-Philippe, tan Bourbon como Louis y como lo fue su padre, Philippe *Égalité*. Dios quisiera que los aliados no fueran tan miopes como para no ver que sentar en Les Tuileries al denostado Louis XVIII sería como arrojar aceite sobre unas aguas encrespadas. De ahí venía que firmara el último, sin ganas, por simple solidaridad con sus conmlitones. A continuación, y preguntándose si no habría firmado su sentencia de muerte, guardó el papel en un gran sobre, sin doblarlo, y lo envió al Corps Législatif. Más tarde, ya en su despacho, preparó una carta para Wellington y otra para Blücher, las cuales les haría llegar con sendos oficiales. No tendrían poder para negociar, no fuese a suceder como con Sénécal; su misión sería entregar los escritos, esperar respuesta y regresar. En ellas anunciaba el armisticio alcanzado un par de días antes entre Suchet y Frimont, el cual partió de un principio lógico: al desaparecer Napoleón, único inductor de la guerra, no estaba justificado proseguirla. Tras eso no le quedaba nada por hacer, salvo marchar a la línea de fuego. Si se acordase de cómo se hacía, también rezaría; pero a esas alturas de su vida no recordaba ni el padrenuestro.

París y alrededores, sábado 1 de julio

Davout analizaba las noticias del ejército prusiano, el que más le preocupaba. Las fuerzas con que contaba deberían bastar para contenerlo, aunque sólo hasta la llegada de Wellington. Si para entonces no se hubiera pactado un armisticio, y estando Schwarzenberg y Barclay de Tolly casi a las puertas, sólo cabría pensar en una capitulación incondicional, aunque para eso aún faltaban tres días. A las seis de aquel, al no haber recibido respuesta ni de Blücher ni de Wellington, decidió dar un aldabonazo, bombardeando las posiciones prusianas en Aubervilliers desde la suyas en Saint-Denis. Una hora después enviaría contra ellas los restos del I Corps d'Armée y de la Garde Impériale. Sólo serían fuegos artificiales, pero harían que se le tuviera en algo más fuerte de lo que hasta entonces pensarán el prusiano y el inglés. Con eso, y con unas cuantas iniciativas que había ya puesto en marcha, confiaba en comprar los mismos tres días que había prometido a Fouché. Más allá, él vería.

Wellington pensaba desayunar con D'Artois, a solas, aunque reservaría unos minutos para que viera también a Hill, Álava, Müffling y Pozzo, que acababa de llegar de Roye. Las únicas noticias de interés, además de las que Miniussir enviaba todos los amaneceres —había pasado la noche cabalgando tras Gneisenau, evocando la Reine Klapperjagd—, eran de Wrede, que dejaba Nancy tras permanecer allí cuatro días, por lo visto deseoso de no llegar a tiempo de ganar la gloria en las calles de París, y de Frederik, que había iniciado el asedio de Valenciennes con las piezas capturadas en Le Quesnoy; gracias a ellas disparaba bombas incandescentes que causaban incendios formidables, aseguraba muy ufano. Al llegar ahí le fue imposible no fruncir el ceño; aquel idiota no entendía que destruir ciudades y abrasar ciudadanos era lo mejor para levantar el peor de los odios, el de las tripas. A él no le había importado hacerlo en España, pues Bonaparte cargaba con las culpas, pero el VKN tenía una larga frontera con Francia, y ésta no estaría toda la vida tan postrada como entonces. Tarde o temprano Frederik vería cómo las bombas que alegremente lanzaba sobre Valenciennes algún ejército francés se las devolvía, con intereses, en Bruselas o en Amberes. De ahí que sobre la marcha escribiera una nota conminándole a no causar daños a la población civil y la despachara con un mensajero especial, no con la comparativamente lenta posta militar. Era penoso estar siempre detrás de aquellos insensatos —Frederik y su hermano mayor—, evitando que hicieran barbaridades, pero no le quedaba otra, pues al fin y al cabo eran sus insensatos. Los suyos y los de Inglaterra.

Mientras llegaba D'Artois le daba tiempo a releer la carta de Davout y entregar su contestación al oficial que la trajo, al cual había ordenado le dieran bien de cenar y le buscaran una yacija confortable. Para él nada excusaba la necesidad de ser cortés; a eso se debía el tono en que respondió, tan amable como firme; hacía saber que aquel armisticio entre Suchet y Frimont en nada modificaba la situación, y que no veía

razón para detener las operaciones, en la seguridad de que su punto de vista sería respaldado por los gobiernos de Inglaterra y de los países que le habían confiado sus efectivos.

Casi al mismo tiempo Nostitz entregaba la de Blücher —escrita por aquél, en francés, al dictado de Gneisenau—. Era más dura que la de Wellington, no sólo en el tono y las palabras, sino en el fondo. El que Bonaparte hubiese abdicado no era significativo, y aún lo era menos que lo hiciera en favor de su hijo, pues la resolución de las potencias era contra Bonaparte y su familia. En cuanto a las razones de Frimont para firmar un armisticio con Suchet, pues él sabría. Tras eso advertía con crudeza sobre lo que ocurriría en París si las tropas prusianas, tras una dura batalla, la tomaban al asalto. Al Maréchal Davout debería bastarle con recordar lo que hizo él en Hamburg para entender qué ocurriría en su ciudad. Concluía en que si se firmara un armisticio habría de ser en París, una vez se hubiese rendido al Niederrheinarmee. Tras aquella respuesta, Nostitz lo veía claro, Davout y Fouché comprenderían que sólo había dos colores: el blanco de la capitulación o el negro del desastre.

A Müffling le preocupaba la doblez de His Grace; así lo dejaba ver en el informe para Gneisenau que había escrito tras leer la respuesta de Wellington a Davout y la copia de la de Blücher, recién traída por un extenuado Miniussir. Se le percibía en su disimulado deseo de no participar en la toma de París, por estar convencido de que Fouché, al que consideraba capaz de imponer a los suyos las condiciones de paz planteadas por Blücher y por él mismo, necesitaba ganar tiempo, y que a los dos les convendría dárselo; le haría falta para controlar a los diecinueve generales que la tarde anterior firmaron un durísimo alegato contra Louis XVIII, el cual fue impreso por el Corps Législatif, también contrario a restaurarle, y distribuido por la ciudad; el que Wellington poseyera una copia demostraba que tenía comunicación con París, quizá con el propio Fouché. A D'Artois, por su parte, le había visto preocupado, si no aterrado, por la posibilidad de que los *armeeekorps* devastaran París; aquello levantaría tal barrera de odio entre Francia y Prusia que haría inevitable una nueva guerra cuando la primera volviese a verse fuerte, y sería la de un país de treinta millones contra otro de nueve y que quizá no siempre contase con el apoyo de Inglaterra. Por último, deseaba comentar que a Wellington le había gustado la respuesta de Blücher a Davout; no lo decía porque fuera verdad, que no lo era —Wellington sólo encontraba de bueno en ella que le dejaban la zanahoria mientras los prusianos blandían el palo—, sino por regalar un poquito los ojos a Gneisenau, cuyo rotundo estilo epistolar trascendía sobre la elegante caligrafía de Nostitz. Por mucho que le repugnase, pocas cosas le convendrían más que ponerse a bien con él.

El Oberstleutnant Friedrich-Georg von Sohr, al frente de dos regimientos de húsares —el 5.º Pommern y el 3.º Brandenburg—, había tomado el *château* de Versailles a las diez de la mañana. Lo custodiaban dos compañías de la Guardia

Nacional. Sohr aceptó su capitulación siempre que les entregaran sus armas, se arrancaran las escarapelas napoleónicas y, sobre todo, lo autorizara el Fürst Blücher. Sus hombres, tan extenuados como todos los del Niederrheinarmee, mientras llegaba la conformidad se dedicaron a inspeccionar el inmenso *château*, por si Bonaparte se ocultaba en sus desvanes, y a reemplazar sus averiados correajes con los nuevos y resplandecientes que les ofrecían sus casi amigos de la Guardia Nacional; el *château* poseía un nutrido almacén de intendencia que a los mosqueteros del rey se les olvidó vaciar cuando el 20 de marzo salieron por pies; no sería criticable que a los correajes que habían dejado atrás se les diera un uso más noble; al fin y al cabo ellos eran soldados de verdad, aunque por desdicha no estaban a salvo, ya que su paso había sido detectado por dos patrullas del Général Exelmans, acampado no muy lejos, en Vaugirard. Nada más ser puesto al corriente pensó que de allí podría sacar la victoria que necesitaba Davout para comprar un par de días; pese a la inferioridad general él era mucho más fuerte que aquellos pocos escuadrones. Contaba con el 2.º de Chevalerie y con las divisiones 3.ª (Domon), 7.ª (Vallin) y 13.ª (Wathier de Saint-Alphonse); en otras palabras, ocho regimientos de húsares o *chasseurs-à-cheval* y ocho de dragones, o siete mil hombres en total. Salvo la 13.ª no habían sufrido un castigo excesivo, ni apenas sufrieron deserciones. Eran conscientes de ser el postrer fulgor de la en tiempos fabulosa caballería francesa, y que aquélla sería la última oportunidad que se les presentaría de medirse con una fuerza inferior y masacrarla; de ahí que les pasase lo que a su jefe: venteaban sangre. Si, como decían sus patrullas, los prusianos no eran más de ochocientos, a la caída de la noche habría ochocientos hunos muertos en los jardines de Versailles.

La primera noticia de que no estaban solos la tuvo Sohr por una de sus patrullas, que volvía galopando para informar de varias formaciones francesas que se acercaban cubriendo un área muy amplia. En el acto mandó salir hacia Vélizy, pero al coronar la elevación que la precedía encontró dos regimientos de dragones. Tras un breve combate ordenó dar media vuelta, para escapar a través de Versailles, mas la ciudad había ya sido rodeada por los otros catorce regimientos franceses.

El combate concluyó a las siete. Los prusianos quedaron diezmados, con ciento veinte muertos y trescientos prisioneros, en su mayoría heridos; uno, el propio Sohr. Exelmans debió emplearse a fondo para que sus dragones no los degollaran; el armisticio estaba cerca y no quería que un exceso por su parte hiciera más duras las condiciones que Blücher fuese a dictar. Los que lograron escapar, al mando del Major Wins, del 5.º Pommern, galopaban hacia Saint-Germain, pero cuando los húsares franceses ya se les echaban encima se dieron con la 9.ª Infanteriebrigade, que marchaba en dirección a Châtillon. Un buen momento para dar media vuelta, y eso mandó Exelmans, regresando a Versailles para reorganizarse y salir de allí cuanto antes, convencido de que Blücher enviaría contra ellos fuerzas muy superiores. El

honor francés en el que quizá fuera último día de aquella guerra idiota quedaría en alto gracias a esa escaramuza, que aunque bautizó «de Versailles», Davout, a la noche, denominaría «de Rocquencourt», pese a que allí, un pueblecillo insignificante, apenas había pasado nada.

Para Blücher fue un disgusto mortal, pues era coronel vitalicio del 5.º Pommern. Informado por Wins en persona, estalló en un «¡Si lo que dice usted es verdad, ojalá el Diablo se lo hubiese llevado a usted también!». El ensangrentado *major* —estaba cosido a sablazos— no sabía qué decir ni qué cara poner, aunque Nostitz, que conocía las explosiones de su jefe, se lo llevó lejos de sus enfurecidos ojos. «Habría hecho mejor», le dijo, «dejándome a mí el trabajo de contárselo, pero no se preocupe demasiado. Ya se le pasará».

Las noticias que llegaban al presidente del Directorio eran tan ingentes como intranquilizadoras. Gracias el buen tiempo los telégrafos funcionaban a plena ocupación; eso hacía que Fouché se mantuviera bien informado, aunque preocupado por los disturbios. Tres meses antes, a raíz del vuelo del Águila, los bonapartistas se despacharon a gusto con los realistas y los conservadores. Ahora les devolvían la jugada. Las represalias, sobre todo en el Midi, eran furiosas. Bandas de *verdets* recorrían las aldeas matando y saqueando. Para las mujeres sospechosas de simpatizar con Bonaparte habían implantado un protocolo medieval: marcarles los pechos a golpes de *battoirs royaux*, unos atizadores rescatados de los desvanes que reproducían la flor de lis. El *Terreur Blanche*^[226] ya era una realidad territorial, y lo peor era que parecía extenderse a velocidad incontrolable. Fouché temía que aquellos desórdenes dieran lugar a un intempestivo proceso electoral, el cual no podría mangonear tan magistralmente como en el pasado; serían otros quienes lo hicieran, incluso si él estuviera en el Conseil Privé y fuera ministro de la Policía. De resultas sólo podría salir un Corps Législatif de tendencia realista, con lo que sería cuestión de semanas que debiera exiliarse. Charlotte de Bourbon no le perdonaría jamás que se quedara sin padres y sin hermano, ni que la hiciera padecer la más espantosa de las adolescencias, pensando al despertar de cada día, que sería el de su decapitación; con sus tíos se podría entender, pues eran políticos capaces de valorar la preponderancia del presente y la importancia del futuro frente a los pecadillos de antaño, pero el odio de aquella furia procedía de sus entrañas, y contra eso de nada valía el buen razonar. Que Dios tuviera piedad del alma que no tenía si se cumplían sus tristes intuiciones y un Corps Législatif a la medida de D'Artois se hacía con el poder; de nada le valdría lo mucho que conspiraba en favor de Louis XVIII, al punto de preguntarse si no haría mejor cambiando sus apuestas y colocando hasta el último napoleón al caballo Louis-Philippe. Wellington estaría en contra, y también Talleyrand, que por algo ya era primer ministro de SCM, pero tal vez no estaba todo perdido. Tal vez era posible buscar un camino por ahí.

Sabía que Napoleón estaba en Niort, tras haber dormido en Tours. Lo tenía claro, él también. La BCF se había movilizado frente a Brest, Concarneau, Saint Nazaire, La Rochelle, Rochefort y Royan. Sus posibilidades de pasar entre las docenas de buques ingleses desplegados frente a sus bocanas eran nulas. No le matarían, porque ni Castlereagh ni Liverpool querían un Napoleón mártir, pero que se fuera despidiendo de la vida, pues su porvenir sería una mazmorra en forma de isla; con séquito y biblioteca, pero isla, y no como Elba, sino la más perdida que figurara en el inventario de islas perdidas. Tras encogerse de hombros se concentró en las cartas que traía Davout, al cual preocupaba que fuera condición necesaria para sellar el armisticio una declaración del Corps Législatif reconociendo como rey a Louis XVIII. Fouché, por el contrario, lo encontraba sencillo, ya que cuando el fragor de los cañonazos llegase al Palais-Bourbon sus señorías se volverían muy comprensivas. Sí, pero no había tiempo, insistía Davout; con la victoria de aquella tarde ganaban otro día, pero más allá del martes 3 no se podría impedir que los prusianos, los ingleses y los bávaros invadieran la ciudad. Fouché, tras pensárselo, escribió de un tirón otra carta para Wellington, que dio a leer a Davout. A esas alturas era claro, temía éste, que de no entenderse con el inglés Blücher les colgaría de una *lanterne*. A él antes, seguro. Sería su forma de recordarle que no había olvidado lo de Hamburg.

París y alrededores, domingo 2 de julio

El III Armeekorps ocupó Versailles al amanecer. Tras un oficio religioso continuó hacia Châtillon, dejando una compañía *landwehr* para enterrar a los muertos del 3.º y del 5.º; desnudos y en su mayoría desmembrados, presentaban un aspecto espantoso. A muchos le costó sujetar sus estómagos, pero todos coincidieron en jurar venganza. La guerra no acabaría sin que dejaran tras ellos un ciento largo de franceses tan despedazados como aquellos hermanos prusianos.

El Corps Législatif seguía en su limbo particular. Los diputados y los pares debatían y debatían sobre la idoneidad de los diversos candidatos a regir los destinos de La France. A Fouché no le alteraba que quien más apoyos recibía fuese Louis-Philippe. Pese ser a todo un Bourbon, estaba más cerca de los principios republicanos que de los realistas, lo cual le convertía en una figura interesante; joven, vigoroso y en apariencia poco imbécil, podría concitar las dos vertientes enfrentadas: los partidarios de una monarquía constitucional con un Bourbon en calidad de rey y los que suspiraban por la república, con el mismo Bourbon presidiéndola. Tanto él como Talleyrand le miraban con simpatía, por considerarle la suma de las virtudes de la monarquía y de la república. El Zar, asimismo, le respaldaba, pues no podía ni ver a Louis, y menos a D'Artois. Tenía, sin embargo, dos enemigos poderosos, Austria e Inglaterra, si no Metternich y Wellington. El último sostenía, en sus conversaciones a través de Macirone, que la sustitución de Louis por Bonaparte fue una «usurpación militar», mientras que la de Louis por Louis-Philippe sería una «usurpación familiar», aún más peligrosa en el devenir de los tiempos. Su peligro partía de su presumible inestabilidad, la cual sería indeseable para restablecer el equilibrio europeo. Los gobiernos existían para crear prosperidad; si él se preocupaba tanto de la de su país era porque así se preocupaba, igualmente, de la de todos los demás, en el entendimiento de que a más próspera fuera Inglaterra más lo serían las demás potencias. Un punto de vista tan indiscutible que no aceptaba discutirlo. Era una especie de verdad revelada. La única que justificaba el que se le sacrificara todo, incluso la paz, como se puso de relieve durante los años en que Bonaparte se afanó en que fuese una *pax franca*. Cuando casi se tocaba con los dedos la tan ansiada *pax britannica* no pensaba permitir que nadie la pusiera en peligro, por mucho que simpatizara con los ideales del muy británico —por educación, filosofía y mundología— Louis-Philippe d'Orléans.

El Army of the Low Countries ya ocupaba el sector norte. Wellington había instalado su *headquarter* en Gonesse, donde antes estuvo el de Blücher. Sus fuerzas en Aubervilliers, tras reemplazar a la última brigada de Bülow, alcanzaron un armisticio local con los franceses de Saint Denis. La situación general, como hacía saber a Müffling, indicaba que, a poco que unos y otros pusieran buena voluntad, los franceses aceptarían en cuestión de horas las condiciones que Blücher y él acordaron

días atrás, para después marchar a la orilla sur del Loira. En sus cálculos figuraba la necesidad de mantener al corriente a Blücher y a Gneisenau, aunque no del todo, no en todo y no con excesiva sinceridad. De ahí que comenzase a escribir a Blücher, aunque pensando en Gneisenau; si así lo hacía era por asumir que aquél, al no entender nada de lo que diría en su carta, la pasaría sin más al otro, aunque cabía el riesgo, si la enviaba por el conducto habitual, Müffling, de que le pasara una traducción de su cosecha y en cuya fidelidad no podía confiar. De ahí que aquélla, por mucho que Müffling pudiera ofenderse, la enviaría con Miniussir, por si el inglés de Gneisenau necesitase algún refuerzo.

Al filo del mediodía Blücher estableció su *hauptquartier* en el *château* de Versailles; tenía ganas, como explicó a Gneisenau, de sentir al asomarse a sus balcones lo que sintieron los Louises 14, 15 y 16, el último mientras mantuvo la cabeza sobre sus hombros. El I Armeekorps, que ocupaba el centro de la línea, se había hecho con Izzy, Vanves, Clamart y Les Molineux. El III, que formaba el ala derecha, dominaba Châtillon, Fontenay-aux-Roses, Bagneux, Châtenay y Plessis-Piquet. El IV, que sería la izquierda, controlaba el área comprendida entre Versailles y Saint-Cloud. El Niederrheinararmee adoptaba la forma de un tigre que se replegara sobre sí mismo para saltar sobre su presa. Cuando Blücher se acordaba de que tenía setenta y dos años era para pedir a Dios que le diese los días necesarios para vivir ese gran salto. Después, que hiciera con él lo que le diera su divina gana.

Pese al éxito de Rocquencourt, Davout era pesimista; el ejército no estaba en condiciones de sostener el asalto angloprusiano, y más si se les unía Wrede, a dos días de marcha. Era el pretexto que buscaba Fouché. Con escasa oposición del Directorio y del gobierno, reunidos con él y con Davout, consiguió que se aprobase un armisticio basado en la evacuación del ejército más allá del Loire. Davout refunfuñaba, sosteniendo que sería una deshonra retirarse sin haber luchado; para evitar que la moral del ejército se acabara de hundir necesitaba una última operación contra Blücher; con ella se salvaría la cara, sobre todo si se vencía. Fouché se vio forzado a contemporizar; si los mariscales y los generales necesitaban aquella última oportunidad de que les mataran unos cuantos soldaditos, pues adelante. Con todos los muertos que ya llevaban, unos pocos más no irían a ninguna parte.

Louis XVIII había dejado Roye para sentar sus reales en el precioso *château* de Arnouville. No se le veía nervioso, aunque su hermano estaba fatal, porque le parecía seguro que los prusianos acabarían arrasando París. Talleyrand, por su parte, recomendaba serenidad. Con la calma del que observa el mundo desde Júpiter, afirmaba que Wellington era el mejor valedor de la causa real. Era como si hubiera hecho, él solo, el trabajo de todos los demás, incluyendo el de los más cercanos servidores del rey. Sin su presencia y su decisiva participación, SCM y su corte haría mucho que habrían vuelto a Hartwell. No era cosa, pues, de atosigarle. Mejor dejar

todo en sus manos y confiar en su capacidad para cerrar los asuntos con Fouché, con Davout y, sobre todo, con Blücher.

Gneisenau recibió a media tarde la carta de Wellington. La leyó de un tirón, con Miniussir delante. Sólo entonces, tras estar seguro de haber comprendido, despidió al oficial español y comenzó a escribir anotaciones en los márgenes. La carta, en esencia, planteaba la conveniencia de firmar un armisticio que permaneciera en vigor hasta la llegada de los ejércitos ruso y austríaco. El Army of the Low Countries y el Niederrheinarmee mantendrían las posiciones que ocuparan al caer la noche de aquel 2 de julio. El ejército francés, a su vez, se retiraría más allá del Loire. La Guardia Nacional se haría cargo de París. A la llegada de los otros ejércitos y de los soberanos de Prusia, Rusia y Austria, y del plenipotenciario de Inglaterra, el armisticio sería elevado a definitivo. Las fuerzas aliadas no entrarían en París, a fin de no ser consideradas «tropas victoriosas», sino ejércitos amigos venidos a liberar del tirano al pueblo francés, y así serían reconocidas por SCM Louis XVIII, el cual sería repuesto en su trono. Las meticulosas anotaciones de Gneisenau desmontaban una por una todas las aseveraciones, comentando su evidente doblez y sus verdaderos propósitos; culminaban en la recomendación de seguir adelante con los planes en vigor; si fuera con el soporte de Wellington, bien; si no, pues también. Una vez terminó de anotar se reunió con Blücher, quien no necesitó ni diez minutos para estar de acuerdo con su clarividente Generalstabschef. Tras eso envió a Wellington una lacónica respuesta, firmada por él, donde lamentaba informar de que no había podido hablar con el Fürst Blücher, por estar descansando, y que lo haría cuando despertase. Aprovechaba la oportunidad para comentar que durante aquella jornada el Niederrheinarmee había logrado alcanzar la totalidad de los objetivos previstos, empezando por la meseta de Meudon, un punto importantísimo para sus planes pues desde allí la batería de cien piezas pesadas que había ordenado instalar no tendría problemas para reducir a escombros el centro de París, comenzando por el Louvre, les Tuileries y Notre Dame. Una manera nada sibilina de indicar que no veía necesidad de detenerse cuando las tropas francesas ya tenían listas las banderas blancas. Tras eso, satisfecho de su aparente brutalidad —él también sabía ir de farol—, comenzó a dictar las órdenes del día siguiente. Sería, en apariencia, una jornada de consolidar posiciones, preparando el asalto final; éste comenzaría el 4 de julio, al amanecer y con el más implacable de los bombardeos. El que Wellington opinase que con aquellas medidas sólo conseguiría sembrar el horror entre los inocentes parisinos le asombraba, porque hacía pensar que His Grace padecía una virtud insospechada: la ingenuidad. Lo que pretendía era eso precisamente, que al grito «*Les Prussiens!*» la reacción instintiva del ciudadano francés, y del soldado francés, fuera salir corriendo. Mientras Prusia sólo fuera un tercio de Francia, en superficie, recursos y población, necesitaría jugar a eso; cuando estuvieran al mismo nivel... pues también. Atila, Tamerlan y Genghis

Khan lograron buena parte de sus victorias gracias al pavor que sus nombres despertaban en el enemigo. Si gracias a sus medidas Prusia lograba que Francia se lo pensase antes de volver a invadirla, cosa que había demostrado cantidad de veces le gustaba mucho hacer, habría regalado a su país un margen de seguridad que a sus futuros gobernantes les vendría ciertamente bien.

Había salido a pasear por los jardines del *château* cuando le alcanzó Grolman, para decirle que los zapadores del I habían habilitado los puentes de Chatou y de Argenteuil. Marchando a su través, y a lo largo de la noche, destacarían unidades en Courbevoie, Suresnes y Asnières, enlazando con las posiciones de Wellington. El cerco de la mitad noroccidental de París quedaría completado. Para lanzarse al asalto sólo necesitaba dar la orden. Sí, cierto, pero hacía falta un día para consolidar posiciones y reorganizar las tropas. En realidad pensaba que jamás la daría. La sola contemplación de la meseta de Meudon erizada de cañones, en su mayoría de madera pintada de negro —desde la oficina de Fouché parecerían auténticos—, haría recapacitar a los generales franceses que aún tuvieran ganas de salvar el honor. El día 4 París sería suyo, sin disparar un cañonazo. No haría falta.

Era medianoche cuando Wellington comenzó a escribir un *dispatch* para Bathurst. Sería un documento extenso, en parte cocinado por su QMG, donde daría cuenta de las acciones de los últimos días, las suyas y las de Blücher, y de los objetivos inmediatos del Army of the Low Countries; también, hasta donde sabía, del Niederrheinarmee. La parte genuinamente suya era la que profetizaba que Blücher seguiría las recomendaciones que le había hecho llegar esa tarde. No le creía tan loco —no creía tan loco a Gneisenau, pero eso prefería no explicarlo; en sus *dispatchs* jamás le citaba, ya que no quería contribuir a que se magnificase su papel— para entrar en París sin haberlo acordado con él, aunque quizás en esa ocasión, pensaba el general Álava sólo para sí mismo, pues al no estar picado con el hierático Generalstabschef su tendencia no era menospreciarle, quizá fuera Wellington quien se dejaba engañar por el muy taimado y de veras astuto Graf Neidhardt von Gneisenau.

París y alrededores, lunes 3 de julio

Davout había desplazado a Montrouge los restos de la Garde Impériale, complementándolos con el 2.º de Chevalerie y con las divisiones de Teste, Berthezène y Lefol. El ataque comenzó al amanecer, con un modesto bombardeo a cargo de las veinte piezas que le quedaban a Vandamme. El objetivo era Izzy, defendida por las 1.ª y 2.ª Infanteriebrigaden. Davout era consciente de que aquello no llegaba ni a testimonial; a eso se debió que, viendo cómo se defendían Pirch y Steinmetz —a esas alturas todos sabían cómo se llamaban todos—, no empeñase la totalidad de sus fuerzas, para sufrir las menos bajas posibles. A las siete vio que se le venía encima el grueso del I Armeekorps, con el III tras él. Suficiente, convino con Fressinet, y ordenó una retirada que al poco se convirtió en desbandada, otra más donde la otrora invencible Vieja Guardia era la que más velozmente corría. Los prusianos, enardecidos, querían perseguirles más allá de las primeras casas, pero Zieten, que temía una emboscada, les tiró de las riendas. Era la constatación final, aceptaba Davout, de que París era indefendible. Sólo quedaba resignarse y ofrecer un armisticio peor del que días atrás negociara el ingenuo Sénécals, y eso hizo, enviando al Général Revest a las líneas de Zieten, el cual se lo tomó en serio, despachando a Reiche a Versailles para informar a Blücher y a Gneisenau. En su respuesta Blücher aceptaba de un modo provisional, indicando que se reuniría con Wellington para establecer las condiciones que lo habrían de regular y ordenando transmitir a Revest su deseo de reunirse con el Maréchal Davout, y con los miembros del Directorio y del gobierno que le acompañaran, en su *hauptquartier* del *château* de Saint Cloud. Lo último era una travesura de Gneisenau, pues a Bülow no le había dado tiempo de tomarlo, pero si Blücher tenía ese capricho nadie a sus órdenes sería tan vil de dejarle sin disfrutarlo.

Horas después Wellington se reunía con Blücher en el ya tomado *château*. Venía con Álava, Hill, Müffling y Harvey, un coronel jurídico. Blücher esperaba con Gneisenau, Grolman y Nostitz. La reunión fue tan breve como amistosa; el único punto de fricción era el empeño de Wellington en no entrar en París, pero Blücher se mostró inflexible: no pensaba privar a sus hombres del orgullo de marchar por los Champs-Élysées. Wellington insistía en cultivar la imagen de que tanto Blücher como él habían venido a liberar a los franceses, pero a Blücher todo eso le daba igual. El último de sus asertos sonó en verdad sombrío: «Es un deber de cortesía, Your Grace; en modo alguno deseo privar a París de lo que antes disfrutaron Berlín, Viena, Madrid y Moscú». Tras eso Wellington se retiró con su gente, a reflexionar. Acabó por decidir no pasar del Bois de Boulogne, si bien el 2.º del 73.º Highlanders, más el 1.º del 27.º Enniskilling —los batallones que más bajas sufrieron en Waterloo—, acamparían en los Champs-Élysées. Blücher, tras escuchar su respuesta, ofreció una sonrisa y un simple «por mí, de acuerdo». Tras eso venía mandar que pasasen Davout

y sus acompañantes. La reunión amenazaba ser larga, pues Bignon, una vez Müffling leyera las condiciones del acuerdo, demostraba ser un gran orador. Llevaba media hora desgranando sus floridas ideas cuando Gneisenau le cortó en seco francés. Las condiciones eran las que se habían dictado y las opciones de la comisión francesa eran firmar al pie del documento que les arrojaba sobre la mesa o volver a París escoltados por sus ulanos, momento en el cual cesaría la tregua. Bignon diría más tarde que ni Napoleón era tan ineducado, pero el caso fue que, tras un retirarse a debatir, el resignado Davout aceptó lo que se llamaría «Pacto de Saint-Cloud». Era un documento de dieciocho artículos cuidadosamente redactados; no podía ser de otro modo, siendo los autores expertos oficiales de tres estados mayores. Lo firmaron el barón Bignon (ministro de Asuntos Exteriores), el conde Guillemon (jefe del Estado Mayor), el conde Bondy (prefecto del Sena), el barón Müffling (representante del Fürst Blücher) y el coronel Hervey (delegado del Duke of Wellington). Tras ellos, un abrumado Maréchal Davout, Prince d'Eckmuhl, comandante en jefe del Ejército francés. En virtud de lo pactado cesaban las hostilidades en el área de París y el ejército francés comenzaba la evacuación de la ciudad, para lo que dispondría de tres días. Las unidades que aún siguieran en París el día 6 serían apresadas por el Niederrheinarmee, puso en claro Gneisenau con la mirada fija en Davout. Una mirada que para el francés significaba que aquel grandísimo bastardo, el mismo que se negase a rendir la fortaleza de Kolberg, sólo lamentaba no ahorcarle allí mismo.

Dos horas después Davout y Fouché se preguntaban qué más desgracias podrían ocurrir cuando llegó un mensajero de Châlons-sur-Marne. Decía que un *corps d'armée* ruso, mandado por un tal Czernitscheff, había tomado la ciudad. La guarnición se vio sorprendida por la infantería rusa, que actuaba como si no se las viera con tropas entregadas. Tomaron las murallas, degollaron una docena de fusileros para horror de los demás y sólo dejaron de masacrar gente ya rendida tras aparecer el comandante, Général de Brigade Rigault, enarbolando una gran bandera blanca. Tras apresarle sin la menor consideración se dieron al más alegre de los pillajes, comenzando por las más lindas de las aterradas ciudadanas. Ciertamente, las cosas siempre podían ir a peor, musitó el flemático Fouché, para tras eso dejar caer que, después de todo, los prusianos no eran tan malos. Estaban tan concentrados en guerrear que ni se habían fijado en las jóvenes francesas ni en sus irresistibles encantos.

París y alrededores, martes 4 de julio

Era un día de tensa inactividad. Los prusianos, agotados, se relajaban sin dejar de vigilar a los franceses, a quienes se les notaba el alivio de saber que lo contaban. La mayoría de sus unidades iniciaba los preparativos para marchar más allá del Loire. Se había previsto que la Garde Impériale fuera la primera en abandonar París, lo que hizo a media mañana, con relativa discreción y vigilada de lejos por los ulanos del 6.º, para los que aún no llegaba el momento del reposo. A la cabeza de los batallones, sin águilas y sin banderas, marchaba el Général de *corps d'armée* Antoine Drouot, el que los mandara en Ligny y en Mont-Saint-Jean; poseía tal prestigio entre la tropa, y estaba ésta tan deseosa de que todo acabara, que apenas le costó una breve arenga conseguir que los pocos miles de *grogards* se pusieran en marcha. Influyó también que Fouché le hiciera llegar horas antes una considerable cantidad de dinero, con la que pagó los atrasos y las soldadas. Las tropas a las que no se adeuda nada de siempre son muy disciplinadas, como bien saben los caudillos.

Wellington se había reunido con Álava según acostumbraban, aunque no había nada que planificar; en todo caso, que se completara el despliegue del ejército por los suburbios septentrionales, lo que se había iniciado al amanecer, en forma cuidadosamente amistosa. La reunión en el *château* de Neuilly donde Wellington había fijado su *headquarter* provisional sería la última entre los dos, cuando menos en calidad de comandante supremo y QMG. Sir George Murray estaba de camino, Broke podría bastarse solo hasta que llegara y Álava sentía el natural deseo de volver a ser el embajador de su país en la corte de *L'Inévitable*. Pretendía mudarse a la embajada esa misma noche, aunque aceptó quedarse allí al menos una más, ya que la seguridad en las calles de París estaba lejos de quedar asegurada. Entretenían el tiempo revisando mensajes. Destacaba uno de Knesebeck donde a Wellington se le hacía saber que Seine Majestät der König Friedrich-Wilhelm le concedía la Hoher Orden von Schwarzen Adler, fundada por Friedrich I, el primer König von Preußen; pasaba por ser la más distinguida de las condecoraciones prusianas, al punto que hasta entonces no había sido concedida, explicaba Knesebeck, a militar no prusiano alguno, salvo a Bonaparte, aunque la recibió en calidad de cónsul, no de general. Tras musitar «pues bueno», His Grace se concentró en el siguiente, del capitán Mitchell. Comunicaba que Lady de Lancey había embarcado con su doncella y con lo que había salvado de su equipaje y sus enseres, en su mayoría perdidos, rumbo a Dover y Edinburgh. El último, tras seis o siete más perfectamente irrelevantes, era de Miniussir; decía que una unidad prusiana, el 1.º de Dragones Königin, había establecido contacto en los alrededores de Meaux con los cosacos del general Czernitscheff; el ejército ruso, a lo que parecía, ya estaba en las puertas de París; tras eso pedía permiso para despedirse de Gneisenau, entendiendo que, al igual que Müffling había cesado en sus funciones de comisionado, él ya no hacía falta en el

hauptquartier del Fürst Blücher.

—Ojalá lleguen pronto, ellos y los austríacos, y sobre todo Friedrich-Wilhelm; mientras no lo hagan, Blücher nos hará sudar tinta. Por cierto, de ningún modo pienso asistir a su desfile, pero me gustaría saber qué tal le sale. ¿Te dejarías caer por allí? Como embajador español que ha salido a dar una vuelta, por supuesto. Nada que lo haga oficial —el general asintió; también él sentía curiosidad, no por el desfile, sino por apreciar de primera mano qué tal se lo tomaba París—. Me gustaría contar con Miniussir otro par de días. No sólo porque aún necesitaré alguien allí, sino porque al quedarme sin Müffling me quedo sin nadie que hable alemán. ¿Te importará? —el general compuso un gesto de «por mí, de acuerdo»—. Por cierto: Charlotte amenaza con venir, ella y sus hijas, para saber como se visten ahora las chicas de por aquí. No debe de ser el único motivo, porque cuando escribió la carta en que lo anuncia sus noticias sobre nosotros serían de cuando estábamos en el Marne, o por ahí; lo sospecho porque habla de Miniussir. Dice que les causó una grata impresión cuando vino a visitarles el día después de Waterloo. Hasta ese punto, bueno, pero el que quiera saber si es hombre de fortuna, y qué clase de carrera es la suya, si militar o diplomática, me hace pensar que hay gato encerrado.

Álava no dijo nada, pero el que la duquesa mostrase tal interés en un joven caballero sin dinero, estando su hija de quince años muy lejos de ingresar en la casta de las solteronas incurables, era para mosquearse. Ignoraba si Miniussir aún pensaba en ella, lo que tendría cierta justificación al haberse muerto la competencia, pero lo último que le desearía sería una suegra como Lady Charlotte.

París, miércoles 5 de julio

Blücher se había levantado en buena forma, y no sólo porque ser el dueño del *château* de Saint-Cloud era uno de los sueños oscuros que le habían perseguido toda su vida. El agotamiento de los últimos días ya era cosa del pasado; de nuevo estaba como cuando salió de las manos de la princesa, Dios la bendijera. En prueba de su excelente disposición llamó a Gneisenau y a Nostitz, para darles un par de órdenes. Al primero, que volara el puente de Iéna; lo tenía entre ceja y ceja desde un año antes, cuando se hizo con la cuádriga de la Brandenburg Tor, que Bonaparte se había traído de Berlín a título de trofeo de guerra, y la devolvió a su lugar arrastrada por los mejores caballos de la Garde Impériale, los que remolcaban sus condenadas *belles filles*. Nadie le puso pegos porque no preguntó; si lo hubiera hecho habría surgido alguien para decirle que no era buen momento. En aquella ocasión tampoco pensaba preguntar. Iéna era el nombre de la mayor afrenta de las armas prusianas, y no podía consentir que puente alguno recordara eternamente que un día lejano un ejército francés trituró a otro prusiano; así, de paso, ajustaría la última cuenta pendiente, la de Rocquencourt. Al discreto comentario de Nostitz, que quizá bastara con cambiar el nombre del tal puente, respondió que para eso ya era tarde. Napoleón lo hizo construir con motivo de su lamentable victoria, y por eso consideraba que volarlo era un deber sagrado, a lo que Gneisenau no respondió; cuando un superior le daba una orden directa su actitud era la que mandaban las ordenanzas: cuadrarse y saludar. En cuanto a la orden para Nostitz, consistía en reclamar al presidente Fouché la entrega de cien millones de francos, cincuenta para el Army of the Low Countries y cincuenta para el Niederrhearmee, a título de anticipo sobre indemnizaciones de guerra. Si Fouché pusiera pegos debería invitarle a observar por la ventana, con ayuda de su mejor catalejo, el aspecto de la meseta de Meudon; no le cabía duda de que a partir de aquel momento el tal Fouché se tomaría su petición con la mayor seriedad.

Una de las cosas que Blücher y Wellington acordaron en el *château* de Saint-Cloud fue designar un gobernador militar, responsable de mantener el orden mientras la guerra no acabara, se firmara la paz y los ejércitos aliados se retirasen de París. Gneisenau pensaba en Zieten, por haber sido el comandante de *armeekorps* que más se distinguió desde que comenzara la guerra, pero a Wellington no le agradaba que un cargo semejante quedara en manos de alguien tan próximo a Gneisenau, de modo que comentó a Blücher, en un aparte y a espaldas de su Generalstabschef, que Müffling sería un mejor candidato. Blücher, que no deseaba tiranteces con Wellington, aceptó sin discutir. A Gneisenau lo tocó explicar a Müffling las razones de su nombramiento, sin disimular que no le hacía feliz. Al poco era Wellington quien daba su felicitación a Müffling, y al tiempo, haciéndole ver que sabía recompensar a quienes le servían bien, le anunciaba que His Royal Highness the Prince Regent of England and Ireland le nombraba Knight Commander of the Order of the Bath, la más elevada

condecoración militar británica. Müffling se deshizo en agradecimientos, aunque tras eso indicó que algo le tenía muy preocupado: el que Blücher quisiese albergar en casas particulares a la infantería y a la oficialidad del I Armeekorps, el único de los tres que residiría en París. La caballería se quedaría cerca de sus caballos, los artilleros no se apartarían de sus cañones y los zapadores no perderían de vista sus explosivos, pero al resto, veinte mil hombres de los que seiscientos eran oficiales, Zieten había ordenado buscarles acomodo, y hasta donde sabía él con muy malas formas.

—¿Algún deseo de ajustar cuentas?

Müffling no estaba seguro. Durante los años de la ocupación los soldados franceses vivieron así, en casas particulares y a las expensas del erario público; los forzados anfitriones presentaban a las autoridades locales sus liquidaciones de gastos, y cuando se podía se les pagaba. Mientras estuvieron en Valonia los soldados del Niederrheinarmee se hospedaron en cuarteles, pero la manutención fue objeto de requisa, si bien Willem fue con sus súbditos menos cicatero que Fiedrich-Wilhelm con los suyos. Ahora, los planes de Blücher en París eran idénticos a los de Bonaparte para Berlín. Sería el ojo por ojo llevado al extremo, pero no sería esa la única razón, añadía Müffling. Sucedió, también, que la intendencia del Niederrheinarmee no podía ser más catastrófica; si Blücher debiera pagar por lo que consumieran sus soldados, éstos acabarían comiéndose sus caballos. Wellington prefirió encogerse de hombros. Quería ganar tiempo hasta que llegara Friedrich-Wilhelm e impusiera su autoridad, que si no había cambiado demasiado desde que coincidieron en Viena era mucho más civilizada. Sólo una vez a solas con Álava se avino a decir lo que pensaba de todo aquello.

—Allá por donde pasan se les acaba odiando. No sé si no les importa o si es lo que pretenden. Si es lo primero son muy torpes. De Blücher no me asombra nada, pero el otro es más listo. Igual es lo que anda buscando. Si fuese así es que ya está pensando en la próxima guerra. Me pregunto si no habremos acabado con un Bonaparte francés para crear otro prusiano. ¿A ti qué te parece?

En según qué cosas no era bueno decir a Wellington lo que realmente se pensaba, y en ese caso era que la colosal antipatía que sentía por Gneisenau le hacía centrar en él todas las sospechas imaginables. Álava sólo veía en el sajón un profesional que hacía su trabajo lo mejor que podía y que se mostraba obstinadamente inmune a los encantos de Sir Arthur. Ninguna otra cosa... o sí, algo más había: el tipo aquel le caía bien, y según Miniussir la simpatía era mutua. Eran cosas que no podía explicar a su exclusivista, celoso, acaparador, absorbente y un tanto paranoico amigo. Lo mejor, como a menudo le sucedía con Wellington, sería encapillar el cáncamo y ceñir a sotavento.

—Miniussir dice que sólo sueña con volver a Erdmansdorff, su finca de Silesia,

con su mujer y los hijos que aún no se les han casado, y cogerse unas buenas vacaciones, de un par de años por lo menos. No es esa, diría yo, la forma de pensar de un tipo que prepara una guerra. Es más, no me asombraría que ya estuviera de los cañonazos tan hasta los mismísimos como yo. Ahora mismo, apostaría por ello, no debe haber un solo general prusiano con ganas de comenzar otra, salvo en todo caso un tal Yorck al que casi acaban de matar un hijo y del que me han hablado fatal. Tú le conoces, ¿no?

Wellington sonrió. Sabía reconocer cuándo Miguel tendía una nube de humo. De ahí que dedujera que, sin mentirle, no le decía lo que pensaba, y si no lo hacía era porque no quería decepcionarle, lo cual sólo podía deberse a una razón: por lo que fuera, el animal aquel le gustaba.

Gneisenau reflexionaba en su despacho. Blücher, Grolman, Bülow, Zieten y el Prinz Wilhelm habían ido a Rocquencourt, a interesarse por los heridos. De los trescientos habían muerto veintitantos, y las perspectivas eran de ir a peor. Aquel encuentro no se saldaría en menos de doscientos, lo que resultaba todavía más trágico si se tenía en cuenta que desde Frasnés a París no se habían sufrido tantos. A Blücher y a Bülow se les veía muy afectados, el segundo porque los regimientos de Sohr, adscritos al II, fueron transferidos al IV por petición suya y del Prinz Wilhelm, el jefe de su caballería. Él, Bülow, fue quien les envió tan lejos sin protección de infantería, y aunque nada se le pudiera criticar, al menos con la doctrina en la mano, el caso era que se sentía fatal, tanto que a Gneisenau casi le hacía sentir una cierta simpatía, sobre todo cuando hablaba del hijo mayor de uno de sus mejores amigos, el Graf Yorck von Wartenburg. El chico tenía dieciséis años, ya era teniente y apuntaba excelentes maneras, pero un dragón francés le cortó un brazo de un solo tajo; se habría desangrado en cuestión de segundos si otro dragón, que sin duda era un buen tipo, no le hubiera hecho un torniquete. Los frailes de un monasterio cercano atendían a los heridos más graves, como el joven Ludwig-Heinrich, pero el caso era que se les morían a chorros. Era lo propio de los encontronazos con la caballería pesada, se decía con frialdad profesional, que rara vez los muertos lo eran en el acto; dado que buena parte de las heridas eran mutilaciones más o menos espantosas, casi todos los que fallecían lo hacían días después, por haberse desangrado, por la gangrena o por una embolia. Definitivamente, la guerra no era un buen lugar para enviar a los propios hijos, y menos para que los matasen el último día.

Molesto con aquel reblandecerse tan opuesto a la imagen de sí mismo que cultivaba desde que un húsar *totenkopf* le pescara en un charco, se concentró en la orden de Blücher y en el problema resultante: como volar el maldito Pont d'Iéna sin volarlo, sin que Blücher se irritase, sin que Wellington le crucificara y consiguiendo que Friedrich-Wilhelm, cuando llegase, aplaudiera. Le había costado largos minutos de profunda reflexión, aunque ahora sabía cómo proceder. Como una vez dijera su

admirado Voltaire, gracias a cuyos escritos había logrado mantener su mente a salvo de las religiones, todas las cosas, en este mundo, se parecen mucho a lo que no son.

A la mesa, de forma ovalada, se sentaban Pozzo di Borgo, Von der Goltz, Fouché, Talleyrand y Wellington. Era una cena conspirada por Vitrolles, que actuaba como representante discreto de Louis XVIII, y por Wellington, que intermediaba entre Talleyrand y Fouché. Que se hallaran presentes los embajadores de Rusia y de Prusia no dejaba de ser incomprensible, tanto que ni siquiera ellos se atrevían a opinar sobre los motivos de su presencia. Sólo sabían que Vitrolles les había dicho «id», y habían ido. Eugène-François de Vitrolles, el ausente, llevaba la mitad de sus cuarenta años entrando y saliendo de las cárceles imperiales. La última vez fue a raíz de significarse a favor de los duques D'Angoulême, lo que le supuso acabar en la prisión de l'Abbaye. Allí seguía cuando Fouché, recién entronizado Presidente, pensó que liberándole abría un canal de comunicación con Louis XVIII. Vitrolles pensaba reunirse con SCM, pero tras verse con Fouché consideró que su papel ganaría en importancia si se quedara en París y organizase un fluido tráfico de mensajeros hacia y desde la cada día más cercana corte real. Su propósito para la cena de aquel día, complementario al de Wellington, era que Talleyrand y Fouché acordasen una forma de colaborar, último paso que Louis necesitaba para entrar en París sin riesgo de ser echado a patadas. El rey estaba bien al tanto de la cena-reunión, al punto que había pedido a Talleyrand «defendiera bien su causa, con el mismo empeño que si se tratase de su virginidad». Quizá éste no se sintiera suficientemente plenipotenciado —conocía el invencible rechazo que Fouché inspiraba en la familia real—, o la presencia de Von der Goltz y Pozzo di Borgo le incomodaba, pero el caso fue que se pasó la cena disertando agradablemente sobre las inextricables dificultades de la situación política, valorando en gran medida la fuerza de los liberales de Constant y de los republicanos de La Fayette, a lo cual Fouché no sólo asentía, sino que abundaba en lo mismo, aunque sin dar un paso en la debida dirección, la de unir fuerzas con Talleyrand. A Wellington le parecía que con aquella escenificación aquellos dos sinvergüenzas no sólo pretendían demostrar que de ningún modo estaban condenados a entenderse, sino que ocultaban sus cartas de un modo tal que le resultaba imposible comprender qué sucedía. De ahí que, cuando se despidieron los unos de los otros de la misma educadísima forma, sólo estuviera seguro de que algo decisivo, y no sabría decir qué, hacía falta para que se pusieran de acuerdo; algo que, le incomodaba pensarlo, debería ocurrírsele a él, y habría de ser pronto, porque la situación amenazaba salirse de control.

Le ayudó en sus cálculos que, ya de noche, viniera Vitrolles a decirle que se había visto con Talleyrand para saber de primera mano qué había sucedido, y que su respuesta le dejó muy preocupado: «Su Excelencia el Duc d'Otrante no ha dicho nada

ni se ha comprometido a nada; ¿qué le haría pensar eso a usted?». Alguien debería convencer a Fouché de que mostrase sus cartas, y ya iba viendo que aquel trabajo acabaría correspondiéndole a él. Era una responsabilidad fastidiosa, pero si había de arrostrarla por el bien de Inglaterra, lo haría, pese a lo asombroso de constatar que los destinos de Francia, la gran enemiga histórica de su país, habían quedado en las manos de un militar nacido en Dublín del que su madre seguía pensando que no valía para nada.

París, jueves 6 de julio

Macirone había dejado Les Tuileries tras una larga conversación con Fouché, a quien encontró muy preocupado por la fallida cena de Neuilly. Aquello resultaba incomprensible para el sagaz coronel, pues Fouché quizá fuera el hombre más adinerado del país. No necesitaba estar en ningún gobierno si no era para presidirlo, y tan alto no parecía pensar. Sería más feliz si tras apuntarse un tanto tan notable como devolver el trono a SCM se conformara con el agradecimiento real, lo que significaría ponerse a salvo para siempre y vivir tan estupendamente como cualquier duque con muchísimo dinero, cosa que, a sus cincuenta y seis castigados años, no estaría mal del todo. Reforzaba ese criterio el saber que su patrón, viudo inconsolable desde hacía tres años, se consolaba con una joven aristócrata en la ruina, la condesa Gabrielle-Ernestine de Castellane, a todas luces encantada de obtener a cambio de su agradable persona un *status* económico por el que suspiraría cualquier francesa, decente o no.

Wellington le recibió al amanecer, para escuchar que, una vez privado del soporte del ejército, el Corps Législatif reconocería sin ganas a Louis XVIII, siempre y cuando SCM garantizase que no endurecería su trajinada Charte Octroyée y que declararía una suficiente amnistía; suficiente, sobre todo, para los pares, en buena medida bonapartistas. No sería una negociación sencilla, pero Fouché se sabía en posición de lograrlo siempre y cuando se sintiera suficientemente respaldado. Lo último era un eufemismo, se decía Wellington. Todo el mensaje lo era, en realidad. Fouché, sin llegar a fijar su precio, declaraba que poner el Corps Législatif a los pies de Louis le resultaría sencillo, pero sólo si recibía una oferta de aceptable calidad. Bien, ya se ocuparía él de que le llegara, se dijo antes de pedir a Macirone que rogase a Fouché que se mantuviera, esa tarde, disponible para cenar.

Pese a que la jornada debería ser plácida, el Niederrheinarmee seguía en movimiento: Zieten destacaba tres batallones de infantería, una brigada de caballería y una batería de artillería para tomar las once puertas de la ribera izquierda, la zona cuya ocupación le fue asignada en el Pacto de Saint-Cloud; los zapadores de Thielmann reparaban los puentes de Saint-Cloud y Sèvres, no por amabilidad, sino para facilitar la circulación de sus trenes de abastecimiento; los de Zieten, por último, iniciaban los preparativos para volar el Pont d'Iéna; no sería un trabajo sencillo, pues era una obra concebida para durar siglos. Sus grandes sillares harían de su voladura el sueño de cualquier zapador, pero al no querer llevarse un chasco a la hora de pegar fuego a la mecha Gneisenau fue muy preciso con Reiche: se debería proceder del modo más cuidadoso, se tardase lo que se tardara. Quería que la voladura fuese formidable, de modo que tanto daba que se tardaran dos, tres, o incluso cuatro días en disponer las cargas; sólo importaba que saliera bien y Blücher quedara satisfecho.

Si bien Blücher se mostraba por todas partes, Gneisenau permanecía en Saint-Cloud inmerso en papeles. Aunque se respirase un agradable aroma de paz, él no

daba la guerra por concluida. Quedaba por tomar un buen lote de fortalezas, y mientras en ellas no gualdrapeara la bandera del águila negra no estaría tranquilo. La de Landrecies, que seguía sin capitular, ya le irritaba. Sabía por Miniussir, y éste por Álava, que su comandante, un tal coronel Plaige, no podía ser más bonapartista, de un modo tal que se negaba en redondo a creer que su ídolo hubiese abdicado por segunda vez; sabía también que aquel fante de Louis XVIII, a impulsos de Wellington, había enviado un general de los suyos a reemplazarle, aunque nada más presentarse le hizo encerrar. No le gustaba pedir favores a Wellington, pero ya iba viendo que necesitaría sus piezas de sitio; en otro caso, Landrecies permanecería clavada en la retaguardia prusiana, medio II Armeekorps quedaría inmovilizado y, lo peor de todo, el tráfico por el Sambre seguiría siendo imposible. A regañadientes, llamó a Miniussir y le pidió el favor de redactarle una carta para Wellington en su mejor inglés, pidiéndole sus cañones. Él, esa mañana, estaba demasiado fatigado para escribir en otra lengua que la suya. Miniussir, todo diligencia, le trajo el texto minutos después, aunque a diferencia de lo usual no desapareció tras cuadrarse. Por lo que fuera permanecía frente a él, tieso como un poste. No necesitó preguntarse qué sucedía: el buen oficial se despedía, si bien, y si él lo consideraba necesario, aún podría quedarse un día o dos; no mucho más, porque debía volver a ser lo que a fin de cuentas era, un diplomático español. Se levantó y le tendió la mano. Le había sido de gran ayuda, esperaba que nunca se le olvidara la gran noche que dos semanas antes pasaron juntos, no debería dudar en acudir a él si en algún momento le surgían dificultades y estuviera en su mano ayudarle y, por último, si llegase a considerar la posibilidad de cambiar el servicio español por el prusiano, que supiera se le recibiría con los brazos abiertos. Miniussir no esperaba unas palabras tan cálidas, aunque aquello no fue nada cuando vio a Gneisenau abrir un cajón de su escritorio, extraer un pequeño estuche, abrirlo y sacar la condecoración más valiosa de las que concedía el Estado prusiano: una Eisenerkreuz de segunda clase. Verle prendérsela de la pechera con aquellas manazas de triturar sandías le llegó al alma; de ahí que, al cuadrarse y saludar, no le sorprendiera saberse de aquel hombre mientras viviese.

Gneisenau no poseía suficiente autoridad para conceder una Cruz de Hierro. Aquella era de un sargento; se le había otorgado por sus méritos en Laon, pero cayó en Gilly antes que Blücher se la pudiera imponer. No había dejado deudos que la pudieran reclamar, y que Friedrich-Wilhelm levantase una ceja por aquel extralimitarse no era cosa que le preocupara. Ya se lo explicaría, y ya le convencería. Durante unas semanas, o unos meses, nada de lo que pidiera le sería denegado; más adelante..., pues ya no, por supuesto, pero lo que importaba era que aquel día sí podía.

Fouché reflexionaba sobre sus dos últimos visitantes. El primero fue Vitrolles; quería trasladarle lo que decían Talleyrand y Wellington, lo cual coincidía con su

propia evaluación. En el *château* de Murat, entendió, aquella tarde habría otra cena, sin invitados innecesarios. Él y Talleyrand frente a frente, lo que significaba él y Louis hablándose a las claras. Pues muy bien; llevaba muchos días listo para llamar a las cosas por su nombre, aunque resuelto a no ser el primero en hacerlo. El segundo visitante le sorprendió, pues aun recordando al embajador Álava de meses antes, y sabiendo que tenía cierto grado de amistad con Wellington, no creía que fuera tan estrecha como para ser su emisario. A eso se debió que, con cautela, le hiciera explicar a qué se debía su estar tan bien informado. Sólo tras despejar sus explicables dudas se avino a discutir los asuntos que parecían interesarles a los dos. Lo primero que le transmitió el enviado de His Grace fue que no se preocupara demasiado del dinero que reclamaba Blücher; a la égida del Fürst le quedaban cuatro días, los que tardaran los soberanos en llegar. El peligro se desvanecería si durante dichos días ofreciera sus mejores palabras, sus mejores sonrisas y su mejor dejar pasar el tiempo, cosas todas ellas de las que Fouché se sentía muy capaz; ya desde antes de ingresar en l'Oratoire de París treinta y cuatro años antes, intuyendo que para sus peculiares dones seguir los pasos de Mazarino sería el mejor proyecto de vida, era consciente de que hablar con suavidad, sonreír a todo el mundo y no hacer nada era la mejor de las soluciones eclesiales para resolver casi todos los problemas. En cuanto a lo que más le interesaba, el emisario expuso con inusitada claridad —se le notaba el no ser francés— que la intención de Wellington era resolverlo esa misma tarde, a partir de las cuatro y en Neuilly. A la cena que a esas horas ya estaría cocinándose sólo asistirían él, Talleyrand, el anfitrión y Castlereagh, que acababa de llegar. His Grace confiaba en que, a los postres, el ministro de la Policía y el presidente del Conseil Privé se hallarían tan de acuerdo como para marchar a Saint Denis, a fin de que aquél jurase su cargo ante Su Majestad.

El gobernador de París se había buscado una gran residencia: el *hôtel particulier* del Maréchal Berthier. Nada más izada su bandera se reunió con el general Hulin, segundo jefe de la Guardia Nacional; habría preferido al principal, el Maréchal Masséna, pero éste se había excusado pretextando una enfermedad. Müffling consideraba más probable que la tal *maladie* fuera de orgullo militar, pues un glorioso Maréchal difícilmente aceptaría ponerse a las órdenes de un oscuro Generalmajor, y encima en París; de ser así, Masséna se confundía, pues él, siguiendo las sensatas recomendaciones de Wellington, no pensaba dar una sola orden; sólo pretendía establecer con quien mandase la Guardia Nacional unos procedimientos de coordinación destinados, únicamente, a preservar el orden. Su objetivo prioritario era que no se produjeran disturbios, y para ello debía convencer a los parisinos, empezando por Hulin, de que bajo la bota prusiana no vivirían peor que bajo la de Bonaparte.

Tras su encuentro con Hulin se reunió con el prefecto Élie Decazes, un realista

visceral. Reiteró lo que había expuesto a Hulin: el Niederrheinarmee no intervendría en la vida cotidiana de París. Sólo se personaría en aquello que afectase a la seguridad militar. A ello se debía que pidiese su colaboración para el control de los oficiales y generales del ejército que, una vez vencido el plazo, no hubieran abandonado la ciudad. No pretendía expulsarlos, aunque sí estar al corriente de sus movimientos, a fin de sofocar cualquier iniciativa que diese lugar a disturbios. Ahí Decazes le hizo saber, para su consternación, que cuando llegó la noticia de Mont-Saint-Jean alguien ordenó que se distribuyeran en los suburbios varios miles de mosquetes, así como una gran cantidad de pólvora y munición, por si fuera necesaria una defensa popular. Los ciudadanos a su entender menos recomendables, en su mayoría obreros, fueron quienes los recibieron. Para empeorar las cosas, los suburbios meridionales estaban próximos a la fortaleza de Vincennes, que seguía bajo el mando de un devoto de Bonaparte. Si había en París un peligro más que potencial, era ése, aunque a su juicio la solución sería sencilla: pedir a SCM, una vez volviese a serlo, que reemplazase al adalid de Vincennes por uno que le fuese fiel a él, no a Bonaparte; tras eso él se ocuparía de desarmar a la población. Lo haría sin ruido y sin excesos, aprovechando los domingos y las fiestas, cuando la masa trabajadora se reunía en sus barrios, en las proximidades de sus casas, para sufrir los oficios religiosos; estaba seguro, por fin, de que mientras los requisadores fueran franceses uniformados no habría problemas. Müffling accedió. Todo lo que decía ese buen hombre sonaba razonable, aunque le faltaba por escuchar lo mejor: el orden público se financiaba con las rentas del juego, pues París, desde los días del Directorio, era una ciudad rebotante de casinos. En 1814, y pese a los tres meses de guerra, generaron unos impuestos superiores a ocho millones de francos; una cantidad que aseguraba padecer una policía bien pagada, lo primero y necesario para no disfrutar de una corrupta. Si en algún momento le había preocupado saber cómo financiar el orden público, ya podía dejar de hacerlo.

SCM se instalaba en Saint Denis, en la *maison-école* de la Legión de Honor, cuando recibió la visita de Wellington. Éste sabía que D'Artois se oponía visceralmente a que *le régicide* estuviera en el gobierno, y también que, pese a su pragmatismo, Louis solía necesitar que se le apuntalara en sus resoluciones. Cuando dejó Saint Denis marchaba más contento que cuando llegó. Su misión llevaba camino de acabar tal y como Inglaterra le había pedido.

La mesa era más pequeña que la tarde anterior. Girando según Coriolis decía que las cosas debían girar en el hemisferio norte, se sentaban Wellington, Castlereagh, Talleyrand y Fouché. Terminaban el segundo plato asomados a una magistral escenificación por parte de Fouché de las invencibles fuerzas que se oponían a que regresara *L'Inévitable*, cuando Talleyrand, hasta entonces único interesado en

apreciar el arte del *chef*, le propuso, con asombrosa economía de palabras, que se incorporase al Conseil Privé como ministro de la Policía, con el complemento de una total amnistía para todos sus pecados, presentes y pretéritos, así como para los que hubieran cometido sus secuaces en los últimos decenios. Maravillando a los ingleses, que ahí comprendían lo lejos que se hallaban de dominar el sublime arte del cinismo, Fouché aceptó en el acto y con la misma concisión. Tras eso, sin malgastar el tiempo en postres innecesarios, agradecieron a los maravillados *british lords* su amabilidad de reunirles y emprendieron el camino de Saint-Denis en la carroza del presidente del gobierno, seguida de la vacía del ministro de la Policía *in pectore*.

La casa-escuela de la Légion d'Honneur era un gran edificio, con muchos corredores; Talleyrand y Fouché debieron recorrer unos cuantos hasta llegar al coyuntural salón del trono, donde les aguardaba SCM para dar a besar su mano al ministro de la Policía. Los sudorosos caballeros —era un atardecer muy cálido—, en su largo deambular, debieron cruzar estancias y estancias donde les observaban otros caballeros, cuyos talantes iban de la resignación al asombro. Chateaubriand, que no les quería mucho, tras verles atravesar la sala que hacía de antecámara real se animó a seguirles para presenciar la escena; padecía una memoria que los buenos políticos no se pueden permitir, por culpa de la cual y durante lo que le restaba de vida rara fue la ocasión en que, si se hallaba en posesión de la palabra, no la describiera: «Talleyrand, caminando despacio y aferrado a Fouché, *le vice appuyé sur le bras du crime*» —la más celebrada frase de sus Mémoires d'outre-tombe^[227]—, llegaban adonde Louis les aguardaba; el regicida, de rodillas, tiende las manos que guillotinaron a Louis XVI para estrechar las que a su vez le ofrecía el hermano del mártir real; el obispo renegado, allí presente, da fe del juramento».

Tras eso, encantados de la vida, desandaron lo andado y, de nuevo en la carroza de Talleyrand, enfilaron el *hôtel particulier* de la Rue Saint-Florentin. Era una hora excelente para empezar a conspirar.

ADAGIO LAMENTOSO

París, viernes 7 de julio

El riesgo de que la ciudad fuese asaltada por el Maréchal Blücher y su horda desalmada se había desvanecido; así al menos parecía pensar la ciudadanía, pero sin tenerlas todas consigo, pues el número de los que habían venido a presenciar su desfile por los Champs Élysées, la gran avenida construida en tiempos de María de Medici, era reducido. Predominaban, curiosamente, las mujeres. Será porque los hombres han ido a trabajar, razonaba el consejero Miniussir, de impecable *morning dress*, pero el embajador Álava, en atavío parecido, prefería pensar que, de siempre, las mujeres son más audaces que los hombres, aunque para materializar su esencia se vean obligadas a camuflar de inconsciente curiosidad lo que rara vez es otra cosa que fría osadía y calculado atrevimiento. Lo que no terminaba de comprender era cómo se habrían enterado de que aquella mañana el I Armeekorps pensaba desembocar en el Rond Point para desfilar hasta la Place de la Concorde y desde ahí repartirse por París; la 1.^a Infanteriebrigade ocuparía la Île de la Cité y la de Saint-Louis, así como los puentes que iban del Neuf al d'Austerlitz; la 2.^a se quedaría en el Luxemburg; la 3.^a se desplegaría por el Champ de Mars y el Hôtel des Invalides, y la 4.^a, junto a la 1.^a Kavaleriebrigade, permanecería entre la Concorde, Les Tuileries y el Louvre. Las únicas unidades que no desfilarían serían las baterías de artillería y las compañías de zapadores, porque aún tenían quehacer en la meseta de Meudon. Álava y Miniussir lo sabían porque Müffling, de solemne Generalmajor, se lo acababa de contar. Miniussir advertía que no eran demasiados los venidos a maravillarse; ningún representante de Wellington, para empezar, y en cuanto a presencia diplomática sólo estaban su jefe, Von der Goltz, Pozzo, Thurn und Taxis y los *aides-de-camp* de todos ellos. Por no estar no estaba ni Blücher, quien, junto con Nostitz y Bülow, había renunciado a presidir el acontecimiento por no abandonar en sus últimos momentos al agonizante Ludwig-Heinrich Yorck von Wartenburg. En su lugar estaba Gneisenau; esas cosas no sólo le aburrían, sino que Miniussir le sabía sepultado en papeles, pero aun así, con su facha más imponente y acompañado de Grolman, Thielmann, Clausewitz y los oficiales de más alto rango de su estado mayor, observaba la llegada del orgulloso Zieten, cabalgando al frente de su formidable I Armeekorps con Reiche, Steinmetz, Jagow, Pirch II, Henkel von Donnersmarck, Röder y sus planas mayores varios cuerpos tras él. Ningún otro jinete marcharía por delante de las cuatro brigadas de infantería, quedando para el final las de caballería, que habían vuelto a ser dos. El momento lo amenizaba una banda donde la uniformidad dominante, no exclusiva, era negra. La del 25.^o Infanterieregiment era la mejor del Niederrheinarmee, si bien había tenido que ser reforzada con elementos de otras unidades, pues desde Ligny un cuarto de sus efectivos estaba fuera de combate. Su destino habría sido quedarse sin disfrutar aquel honor, como el propio 25.^o, pero la redistribución de unidades realizada por Grolman en la mañana del 19 la situó en el semideshecho I. El 25.^o fue

la primera unidad de infantería en cargar contra el II Corps d'Armée, a lo cual se debía que Zieten lo eligiera para ser la que rompiera marcha. Sus uniformes negros respunteados en rojo eran casi harapos, se decía un Miniussir impresionado por el paso de aquellos tipos siniestros —lucían la misma calavera que conservaba él como un tesoro muypreciado—, lo que le hacía preguntarse si tendría un significado especial, como tan a menudo sucedía en el extraño mundo del KPA. Para conocer la respuesta nada como recurrir al incansable Müffling, siempre listo para explicarlo todo, lo supiera o no.

—Se llama *stechschritt*;^[228] es una forma de marchar idea de un hombre muy grande, nuestro Alte Dessauer.^[229] Los suboficiales instructores dicen que desarrolla el espíritu de cuerpo, ya que los reclutas, una vez aprenden a desfilar así, se sienten ya por siempre parte de sus regimientos. Los del Freikorps Lützow, pues estos del 25.º son los antiguos *jägers* del Freikorps Lützow, lo tienen como emblema, como una forma de diferenciarse —Miniussir no tenía la menor idea de qué cosa era un Freikorps Lützow, ni curiosidad por saberlo; en todo caso lo preguntaría después a su jefe, que parecía escuchar con interés—; ésta, pensándolo bien, será la última vez en que alguien les vea desfilar así, de modo que fíjela en su memoria como lo que a fin de cuentas es: algo que jamás se repetirá. Es que sus nuevos uniformes ya están de camino. El rey no quiere que paseen por París con esos andrajos. En unos días pasarán a vestir, ellos y los del 6.º Ulanenregiment, como los demás soldados del KPA. Y sin calavera. El deseo de Su Majestad es que sólo la guardia real, el 1.º Husarenregiment, luzca esa insignia. Si ha transigido hasta hoy es porque Lützow es un hombre popular, una especie de héroe germánico para consumo de jovencitas románticas o simplemente idiotas, pero eso se ha terminado.

—¿Qué es eso que suena, general Müffling?

El que preguntaba era el embajador Álava; pese a su dureza de oído podía distinguir las piezas agradables de las desagradables, y aunque la música militar no padecía muchas de las primeras, la que se complementaba de una forma tan admirable con los batallones que marchaban de aquel modo tan desafiante le había despertado una cierta curiosidad.

—Es la *Grenadiermarsch des Grenadier-Garde-Bataillons*. Una pieza muy antigua, de finales del XVII, creo recordar. No es nada usual, quizá porque tiene muy poco de marcial. De hecho no es apropiada para desfilar, aunque, y no sé cómo, a estos tipos les va bien con ella.

A Miniussir, que de música no sabía gran cosa, lo que decía Müffling le parecía razonable. A su entender era difícil hacer coincidir una melodía acaso concebida para bailar con aquel amenazador *stechschritt*, y a eso quizá se debiera que nada más pasar el 25.º y comenzar el turno del 24.º, el cual marchaba como acostumbraba la gente normal, y además en reglamentario *preußen blau*, la banda cambiase a un charangoso

Fehrbelliner, o así decía Müffling que se llamaba el horror.

—Ya ve, Miniussir, por qué no puede haber sitio para el Freikorps Lützow en el KPA. Se sale demasiado de las uniformidades. De todas. A ustedes les pasaba lo mismo con sus «guerrilleros», ¿verdad?

El desfile proseguía. Veinte mil hombres, por muy bueno que fuera el paso al que marchaban, se llevarían hora y pico, pensaba el aburrido Álava. El problema era que los prusianos considerarían un insulto que diera media vuelta y se largase, de modo que no quedaba otra que tragárselo, preguntando alguna tontería de vez en cuando, para que Müffling no pensara que se había dormido sobre la silla y dejando volar su mente sobre otros asuntos, unos rutinarios y otros no, algunos intensos y otros prosaicos, que de todo había desde que se sentase con De Lancey en su despacho del Impasse du Parc, tres semanas hacía ya. Tres semanas que a ratos le parecían una eternidad y en otros como si sólo hubieran sido cinco minutos. Para bien o para mal aquel episodio de su vida también había terminado, como las calaveras del 25.º. El que ahora empezaba era de lo más azaroso, pues con un rey como el suyo era imposible predecir el futuro, aunque si todo fuera tan mal como profetizaba quizá fuera bueno pensar en la renovada oferta de Wellington: que cambiase de bandera y se asociara de por vida con él. En esas reflexiones estaba cuando su montura se retorció un poquito entre sus piernas. El pobre caballo debía de estar tan aburrido como él, y ahí recordó que no era suyo, que seguía montado en el de Sir William. Por mucho que le apeteciera quedárselo —dada la confusión de aquellas semanas nadie podría reprocharle que lo hiciera—, no entraba en su naturaleza chulear caballos a las viudas, de modo que comenzó a componer en su memoria la carta que aquella noche, sin falta, escribiría para esa preciosa Lady Magdalene que tan magnífico té hacía. Se planteaba si sería correcto proponer una suma cuando Miniussir le sacó de su ensimismamiento.

—Mi general, llega la caballería. Esto se acaba, gracias a los cielos.

«Todo lo teutón siempre dura demasiado», se decía parafraseando a Wellington. Por fortuna Zieten no tenía demasiados escuadrones, y además marchaban al trote, de modo que poco después se veían frente a la unidad que cerraba la parada, el sombrío 6.º Ulanenregiment de tan dulces recuerdos para Miniussir. Marchaba con su jefe legítimo a la cabeza, el Oberstleutnant Ludwig-Adolph von Lützow, canjeado junto a los demás oficiales prusianos una vez se formalizara el Pacto de Saint-Cloud, al que acompañaba el que tan dignamente le sustituyó, el lúgubre Major Bürsche. La banda de música, que parecía también alegrarse porque llegara el fin de la pesadilla, se había vuelto a salir de las monótonas partituras prusianas. Aquello que sonaba era imposible que lo fuera.

—¿Le gusta eso, general?

—La verdad es que sí. ¿También es antiquísimo?

—No, de hace seis años. Es de Beethoven —Álava recordaba el concierto de Bruselas donde fue torturado con lo más horrísono del tipo aquel; aun así, por contraposición a los espantos que llevaba hora y pico escuchando, aquello parecía de otro mundo—. Es un *zapfenstreich*; el número XVIII, a mayor precisión; Beethoven no es famoso por escribir música militar, pero cuando la gana de beber le aprieta no desdeña encargo alguno. Esta pieza se la pidió el Erzherzog Anton-Viktor von Österreich para estrenarla en una parada militar que se celebraría en honor de la Kaiserin Maria-Ludovika. No tuvo éxito, pues a la emperatriz estas cosas no le gustan mucho. Habría ido al olvido, pero la partitura llegó a las manos de nuestros músicos militares, que se la quedaron en el acto. Es una obra para caballería, y un poquito difícil de tocar, cuando menos para una banda de regimiento normal, pues por mucho que se simplifique Beethoven siempre será Beethoven, ¿no le parece, general?

Le parecía, en efecto, pese a no saber prácticamente nada del tipo aquel.

—No sé mucho de música, pero la gente se mueve bien con ella, ¿verdad? —Miniussir, en apoyo de su jefe, asintió; a él también le costaba trabajo conseguir que su cabeza siguiese allí—. Por cierto, desde hace tiempo me muero de ganas por saber qué son exactamente los ulanos, además de lanceros. ¿Un pueblo raro de los Cárpatos, como los cosacos o algo así?

Müffling se aclaró la voz. Un mal indicio, se decían los aterrados españoles; lo que se avecinaba sería de garabatlillo. En qué hora preguntaría yo nada, se añadía el de mayor graduación.

—Los ulanos, contra lo que piensan algunos, no son guerreros de una raza exótica, dice bien Su Excelencia. Son soldados de caballería ligera, parecidos a los húsares salvo en que su arma principal no es un sable, sino una lanza. Por lo demás se sirven de las mismas dos pistolas y también de un arma blanca, pero más corta y ligera; se llama cimitarra y no es de golpear y cortar, sino de rebanar, fundamentalmente pescuezos. Su entrenamiento no es sencillo. Se tarda meses en formar un escuadrón, y es porque, a diferencia de los húsares, lo suyo es atacar en masa. De ahí que la infantería los tema como al diablo, porque un escuadrón de ulanos puede quebrar cualquier columna o cualquier cuadro; bueno, ustedes lo vieron en Belle Alliance. Su origen es peculiar, pues no son un cuerpo tradicional de la caballería prusiana. Proceden de los húsares *towarczys*, unos mercenarios bosnios que luchaban para Prusia desde tiempo inmemorial. Eran de trato difícil, pero Seydlitz supo domarlos. No fue hasta mucho después que alguien, el Freiherr Günther creo recordar, creara nuestro primer regimiento. Son cristianos de bien —señalaba el majestuoso trotar del regimiento—, hombres de fe, aunque conservan las tradiciones de los *bosniaken*. De ahí lo portentosamente bien que degüellan.

Los ulanos se alejaban, la banda dejaba de tocar y todo indicaba que aquello, salvo en lo que a Müffling se refería, concluía, pero ahí el destino, en forma de Graf

Gneisenau, se animó a intervenir.

—General Álava, Major Miniussir, les agradezco no ya que hayan venido, sino que hayan resistido hasta el final. Si una muestra de amistad querían darnos, ninguna como esa. ¿Nos veremos esta noche, general? —Álava asintió—. He ordenado a Bentivegni que busque un *chef* indígena. Espero que así, por una vez, podamos cenar decentemente. Sería lamentable que nuestra primera ocasión de todos juntos en París no saliera tan bien como hemos merecido, ¿no cree?

El general sonrió. Definitivamente, Gneisenau le caía muy bien.

El Directorio y el gobierno estaban convocados a mediodía, pero muchos de sus miembros habían venido antes, ansiosos de noticias. Fouché, aun así, no empezó la reunión hasta que se hubieran congregado suficientes prohombres. Comenzó explicando que el Corps Législatif, el que se constituyó el 3 de junio, había dejado de alentar. La *Charte Octroyée* de Louis XVIII estaba de nuevo en vigor. En un plazo breve, dos meses todo lo más, se convocarían elecciones para designar diputados. A los nuevos pares del Reino los elegiría Su Majestad. El Directorio y el gobierno provisional, por último, cesaban en sus funciones. El nuevo gobierno sería comunicado ese mismo día, o el siguiente, por el Prince de Talleyrand, su presidente, que había jurado ya su cargo ante Su Majestad, como también lo hizo él, la tarde antes, en calidad de ministro de la Policía. Eso era todo y no tenía más que decir, de modo que levantaba la sesión tras agradecer a los presentes su colaboración durante aquellas azarosas semanas. Tal y como había previsto, algunos de los ya ex directores y ex ministros, con Carnot a la cabeza, se lo tomaron a mal. De siempre sospecharon que Fouché se traía un doble juego, pero jamás habrían imaginado tal descaro y que lo aceptara con tamaña desfachatez. Más de uno ya pensaba que Carnot pretendía pasar de los improperios verbales a los físicos —a sus sesenta y dos años aún estaba en la suficiente buena forma como para soltar un sopapo el ministro de la Policía— cuando un clamor familiar les anunció lo que un ujier aterrado confirmaría segundos después: el Palais de Les Tuileries acababa de ser tomado por el 3.º batallón del 19.º Infanterieregiment. Un excelente motivo, lo aceptaron sin dudar, para levantar aquella última reunión del Directorio y del gobierno provisional.

Gneisenau había regresado a Saint-Cloud, para encontrar allí a Blücher —el teniente Yorck von Wartenburg había subido un par de horas antes al paraíso de los húsares—, un punto entristecido por haberse perdido su desfile, sentimiento que cedió paso a uno de sorpresa cuando Nostitz anunció al Generalmajor Karl-Heinrich, Graf von der Goltz, embajador de Friedrich-Wilhelm III en la corte del reinstaurado Louis XVIII, una realidad fáctica que las bayonetas de su 19.º Infanterieregiment, a

petición del mismo Von der Goltz, habían contribuido a facilitar. El aprensivo Von der Goltz traía con él una carta del príncipe Talleyrand, presidente del primer gobierno de Louis XVIII —los dos sabían que lo era desde varios días antes, porque Wellington se lo había dicho, aunque la noche anterior se lo confirmó el propio Von der Goltz, justo antes de pedirles un batallón para despejar Les Tuileries, a lo que Blücher no se negó tras oír que lo hacía en nombre de Friedrich-Wilhelm—; en ella, y en términos respetuosos, Talleyrand solicitaba del victorioso Generalfeldmarschall que paralizase la destrucción del Pont d'Iéna, que había pasado a llamarse Pont des Invalides. Blücher, indiferente a la incomodidad de Gneisenau, empuñó la pluma y a continuación del texto de Talleyrand escribió con su letra más clara —en alemán— que, le gustase o no a Monsieur de Talleyrand, el Pont d'Iéna sería volado conforme a sus disposiciones, y que nada le complacería más que dicho Monsieur de Talleyrand estuviera sentado encima del mismo cuando tal cosa sucediera. Von der Goltz, lívido, salió del *château* implorando del cielo que Friedrich-Wilhelm llegase de una vez y pusiese a Blücher el bozal.

El embajador y el consejero habían llegado a la embajada tras atravesar con alguna desconfianza las calles más céntricas. A saber lo que ocurriría en las barriadas obreras —a ninguno de los dos les gustaban mucho los obreros—, pero el centro no hacía pensar que se había librado por los pelos de ser devastado por la horda del Atila moderno, el príncipe Blücher. La gente paseaba o se sentaba en las terrazas, las jóvenes *demoiselles* se mostraban tentadoras bajo sus sombrillas y Terzuolo presentaba su aspecto habitual, tanto que al general le costó no detenerse a echar un vistazo. Miniussir, por su parte, no tenía ojos suficientes para extasiarse ante tanta maravilla; ese París de verano tenía bien poco que ver con el sombrío y lluvioso de la lejana mañana de febrero en que lo cruzó camino de Bruselas. Los dos querían recuperar su esencia de diplomáticos, empezando por ocupar su embajada. La hospitalidad de los *headquarters* y los *hauptquartiers* había sido irreprochable, pero la casona de la Rue Mont Blanc siempre sería preferible. La cocina de la embajada no era del todo mala, y además necesitaban que alguna mano experta, más que las de Zurraspas, diera un repaso a sus ropas. Un gozo que se vería incrementado al entrar en el patio de caballos, donde un recién llegado cochero se afanaba en adecentar el carruaje de Su Excelencia tras un largo y azaroso camino desde Bruselas, con una parada en el *château* de Chimay, donde la princesa le había entregado una carta para Don Miguel. Todo parecía recuperar la normalidad, y aunque Álava no pensase que sería mucho tiempo embajador en París, tanto él como Miniussir pretendían sacar el mayor provecho a los días que fuesen a estar allí. La resplandeciente ciudad, habían percibido desde sus caballos, no sólo estaba lejos de parecer apesadumbrada. París, por las trazas, si no era ya una fiesta no tardaría en serlo.

El embajador sentía envidia por su consejero, que pensaba cenar con unos cuantos oficiales prusianos con los que había hecho una regular amistad, para después lanzarse todos juntos a investigar la oferta pecatriz del promisorio Palais Royal. De mil amores se habría unido a la partida, pese a los veinte años que de promedio les sacaba, pero sus obligaciones oficiales aún no habían terminado. Estaba invitado a cenar, junto con Wellington, Hill y Byng, en el *château* de Saint-Cloud, donde se unirían Blücher, Nostitz, Gneisenau, Grolman, Zieten, Bülow, Thielmann y Müffling. El motivo era distendido, celebrar todos juntos el extraordinario éxito de aquella campaña de diecinueve días, pero la experiencia le decía que, habiendo prusianos de por medio, el riesgo de que saltara una chispa era constante. Por su parte, y a fin de comenzar a marcar distancias, de hacer ver que ya no era el QMG de His Grace, acudiría en la solemne uniformidad de gala nocturna de un embajador español, la que con tanto esmero le había cortado su sastre de Vitoria. Sería una forma como cualquier otra de hacer saber que su papel como atemperador de diferencias entre los dos comandantes en jefe ya era historia. También ayudaría el ir en su propio carruaje desde la Rue Mont Blanc, no en el de Wellington desde Neuilly, como esperarían los prusianos. Al colgar en el armario sus bien cortados uniformes de British General había colgado también sus autoimpuestas obligaciones para con His Grace; desde ahí esperaba volver a ser, simplemente, un buen amigo suyo.

Se pretendía que fuera un acto relajado y agradable, pero algo lo vino a fastidiar: los prusianos estaban ofendidos por el *dispatch* de Wellington, del que habían tenido noticia por su embajador en Londres, el cual, de un modo por demás innecesario, les había enviado los ejemplares del *London Gazette* y del *Times* donde se publicó. La versión del último era la que más les indignaba: en primera página, más o menos a la mitad de la columna de la izquierda, tras cinco anuncios de obras de teatro y el aviso de un espectáculo de fuegos artificiales patrocinado por el Regente, aparecía una comunicación fechada el día 22 en el 10 de Downing Street. Comenzaba explicando que

El ejército del Duke of Wellington fue atacado el pasado día 18 por el de Buonaparte. Al término de una sangrienta batalla, la línea británica consiguió una gran victoria, capturando dos águilas y ciento cincuenta piezas de artillería. Durante la noche, los prusianos del mariscal Blücher se unieron a la persecución, capturando otros sesenta cañones.

El resto aún era peor. Wellington ni siquiera intentó protestar. La traducción de Gneisenau era fidedigna, sin sesgo, de modo que se limitó a encajar las quejas de casi

todos los prusianos sentados a la mesa. Blücher, en silencio, le miraba con extrañeza, como si no pudiera creer que su gran amigo, por el que se había jugado su ejército, hubiera sido capaz de producir un escrito tan ignominioso.

Una vez escuchadas las fuertes críticas, cuando no violentos exabruptos —Bülow se había despachado a gusto; si algo había quedado claro para la historia, proclamaba con vehemencia dando puñetazos en la mesa, era que sin la intervención de su IV Armeekorps a esas horas His Grace estaría criando malvas—, Wellington se limitó a decir que la prensa británica era una peste, y que vivía de poner en boca de los políticos y de los militares lo que de ningún modo habían dicho. Él tenía presente que la victoria —ponía cuidado en no decir «Waterloo»— fue mérito de las dos fuerzas, al cincuenta por ciento, y que nadie conseguiría oír de su boca ningún otro reparto de gloria. Gneisenau, que no se lo creía, tampoco disimulaba su enojo, al punto de insinuar que, a su juicio, His Grace había pretendido apoderarse de la victoria para usarla en su beneficio personal. Con aquello la tensión subió de punto, aunque Nostitz, siempre delicado, la rebajó al traer a colación el «asunto Bonaparte», que para su jefe seguía siendo de alta prioridad. Era un buen momento, añadió Gneisenau sobre la marcha, para corregir el error de 1814, el de dejarle con vida para que al poco reapareciera y la guerra volviese a empezar; todo estaba en favor de apresarle y fusilarle, sin juicios y sin zarandajas. Prusia, Rusia, España y Portugal tenían suficientes motivos para darle por juzgado y condenado. A eso, dicho en tono contenido, se sumó Blücher con la vehemencia de un húsar deseoso de decapitar con su propio sable al más sanguinario de los tiranos. Wellington, que no perdía de vista la manaza de Gneisenau, en cuyo meñique brillaba el sello imperial, respondió relajadamente que hacer justicia con un soberano, y estaba fuera de duda que Bonaparte había sido el soberano de Francia, indigno pero legal, era un asunto de soberanos. Dado que Friedrich-Wilhelm, Franz y Alexander estaban a punto de llegar a París, su opción era traspasarles el qué hacer con Boney. Tras eso desvió la conversación a las facilidades de hospedaje ofrecidas por la temible París, tan peligrosa para la entrepierna del soldado común. Para su sorpresa fue Gneisenau el primero en sonreír. Álava no se sorprendió. En aquella mesa unos cuantos militares jugaban a ser diplomáticos cuando sólo uno lo era de verdad —él aún no pensaba de sí mismo que lo fuera de pleno derecho—, pero Gneisenau apuntaba excelentes cualidades. Cuando menos representaba pantomimas tan bien como His Grace.

La sobremesa no se prolongó, pues había caído un patente velo de incomodidad. Álava no tenía ganas de ser arrastrado a una velada en Neuilly, de modo que volvió a su embajada con la esperanza de ver luz en una determinada casa de la Basse du Rempart. Se llevó una gran alegría cuando no sólo la vio, sino unos cuantos carruajes a un lado de la calzada. El *salon littéraire* de Juliette de Récamier había vuelto a funcionar, señal no sólo de que la normalidad regresaba, sino de que la *intelligentzia*

de Wellington no estaba tan engrasada como solía ser habitual, pues no hacía una hora que situase a su dueña en el *château* de Coppet, pastando con el rebaño liberal de Germaine de Staël.



Germaine de Staël, por Madame Vigée-Lebrun (un verdadero peso pesado de la política y la literatura)

El salón no rebosaba; se notaba que los habituales no habían regresado de sus exilios, o que, aun estando ya en París, no veían la situación lo bastante clara como para salir de noche. Quizás influyera que los teatros todavía no habían vuelto a la normalidad, lo que harían al día siguiente, o eso dejó caer el bien informado Müffling, que se había pasado la tarde convenciendo a la prensa de París de que la situación de guerra se había extinguido, de que a la vuelta de dos días no se verían

soldados armados por las calles y que si algo podía garantizar era que la paz, el orden y la calma estaban asegurados, tanto por la Policía y la Guardia Nacional como, si llegase a ser preciso, por el Niederrheinarmee.

Juliette le recibió con alegría; la presencia de un embajador en ropajes de lo mismo significaba que la paz regresaba, lo que causó el natural revuelo alrededor del encantado diplomático. Recordaba pocos rostros, aunque no se le había olvidado el de Benjamin Constant, al que le pareció detectar un acusado grado de ansiedad. De todos modos apenas pudo valorar actitudes, pues a la que se supo que había entrado en París con el ejército de Wellington ya no le dejaron en paz. No sólo traía noticias del mundo exterior, sino el propio mundo exterior, de modo que sentado en el centro de un sofá, con Madame Récamier a su babor y la Béranguer a la otra banda, en todo momento bien surtido de *champagne*, dedicó un buen rato a explicar no sólo qué había sucedido, sino qué cosas estaban acaeciendo y cuáles se hallaban próximas a ocurrir. Curiosamente, lo que suscitaba el interés principal era el futuro de Napoleón, del que ninguno sabía más que había dejado París. Los murmullos comenzaron al saber que había llegado a Rochefort-sur-Mer al amanecer del día 3, a fin de abordar una de las fragatas puestas a su disposición, sin saber que aquel puerto, igual que Concarneau, La Rochelle, Royan y Brest, estaba bloqueado desde varios días antes por la British Channel Fleet, a cuyo almirante jefe, Sir George Elphinstone, Lord Liverpool había ordenado hacer cuanto fuera necesario para impedir que Boney ganase alta mar y se refugiara en los Estados Unidos de América.

Tras explicar la suerte que parecía esperar a Bonaparte, le tocó referir la historia de la campaña, la marcha sobre París y los acontecimientos del momento, empezando por el regreso a Les Tuileries de Louis XVIII. La vida en la ciudad no tendría por qué ser más difícil que antes de la partida de Bonaparte hacia la frontera del noreste, ni la seguridad volverse más comprometida. Lo que veía con pesimismo era la suerte que pudieran correr los que más se significaron en sumarse a Bonaparte mientras Louis aún estaba en Les Tuileries. Los que se sumaron a su causa una vez ocupara el trono —había más de uno en aquel *salon*— tendrían poco que temer, o así se habían pronunciado tanto el rey como Talleyrand. El «terror blanco» que parecía extenderse por el país no estaba impulsado desde arriba, o eso creía, de modo que duraría lo que tardara el gobierno en hacerse con el control del estado. Con aquellas palabras suscitó un evidente alivio entre no pocos de los presentes, aunque percibió cierta inquietud por Ney, no tanto por él mismo sino por Madame Ney, una de las más íntimas amigas de Juliette. No añadió nada más. Lo que le apetecía desde aquel momento era escuchar a los demás, seguir dando cuenta de aquel poco extraordinario *champagne* y estudiar la posibilidad de triunfar donde fracasaron Wellington, August von Preußen y muchos otros más. Esa noche, quizá gracias a la no excesiva luz ambiente, Madame Récamier le parecía irresistible.

Horas después se preguntaba si hacer saber a Wellington el paradero de Juliette. Lo hacía porque a media velada ella le preguntó por él, primero por su salud y luego por sus planes. Ahí recordó un lejano comentario de su casera, y al momento llegó a la misma conclusión: a Juliette le repateaba profundamente verse a todas horas pensando en His Grace. Lo disimulaba, pero el tono y el sesgo de sus preguntas no dejaban espacio a la duda. El que Wellington se hubiera encogido de hombros al cabo de unos cuantos intentos infructuosos, dejara de ir por su casa y se marchase a Viena sin hacerle llegar una simple nota de adiós, debía de ser una novedad tan desasosegante que no la dejaba vivir, y menos sabiendo que había regresado, y en qué forma: el Conquistador del Mundo, con París a sus pies y las parisinas también, y ella preguntándose cómo podía ser tan puerco de no dejarse ver. De ahí debía de venir aquel lánguido dejar caer, a cuenta de su encierro en el convento de L'Abbaye-aux-Bois, donde permaneció escondida las semanas en que Bonaparte revoloteó sobre París, que había pensado en él, y que de haber podido le habría escrito para desearle suerte. Por un momento dudó si ofrecerle sus servicios para llevarle alguna carta, pero se dijo que no; si Juliette necesitaba un alcahuete, que lo pidiera. Bastante había tenido él con percibir que sus propias posibilidades de invadir el corazón de la deseadísimas mujer eran las mismas que tenía Bonaparte de llegar a New York.

En el de Thérèse sí ocupaba un buen lugar. En la carta que le trajo su cochero decía estar muy agradecida por sus gestiones con el encantador príncipe Blücher, y confiaba en poder decírselo en persona al cabo de pocas semanas, cuando la situación se hubiera normalizado lo bastante para que pudiera regresar con su marido y con sus hijos. Ya le gustaría que se lo agradeciera en una forma específica, pues el que la princesa rescatara su pecio de la primera situación le había dejado un desasosegante deseo de navegar a todas horas. Sería cosa de valorar las inmensas posibilidades que ofrecía París a uno tan necesitado de buenas singladuras como por entonces era él. Juliette no sería un blanco a su alcance, pero en su *salon* había identificado unos cuantos que sí podrían serlo. A eso se debió su decisión de volver a la noche siguiente; su pretexto, presentar a Miniussir.

París, sábado 8 de julio

El día comenzaba con otro *armeeekorps* marchando del Rond Point a la Place de la Concorde, aunque al compás de una banda menos afinada que la del 25.º. Lo encabezaba el Graf Bülow von Dennewitz, al que complacía lo suyo que fuera el Fürst Blücher a quien saludaba del modo más solemne según pasaba frente a él. Aunque tanto el I como el IV contaban con efectivos similares, el desfile del IV duró bastante menos; sus hombres marchaban más agrupados y a un paso más ligero, para irritación de Bülow, pero Gneisenau fue inflexible: si tenía que haber desfile, que fuera breve. Había menos espectadores, y menos asistentes de nivel. Ni Álava ni Pozzo se habían dejado ver, ni tampoco Von der Goltz, ni Müffling. El mensaje no podía ser más claro, se decían Thielmann y Clausewitz: al día siguiente, que sería su turno, nada de bandas de música o banderas en alto; un simple marchar a paso de maniobra y eso sería todo. El tiempo de gloria por las calles de París había terminado.

Gneisenau, ya de regreso en Saint-Cloud, revisaba las noticias. La principal era de Hake, que había tomado Reims sin apresar a la guarnición; prefirió despacharla, con el beneplácito del Prinz August, a la ribera sur del Loire. La segunda decía que Pirch I seguía empantanado frente a Maubeuge, por el mal estado de su artillería de sitio; esperaba que un tren de asedio del Army of the Low Countries se le incorporara en tres o cuatro días, con lo cual confiaba rendirla en no más de dos semanas. En la tercera y última se le hacía saber que la guarnición de Luxemburg había llegado a la fortaleza de Longwy, la cual, sin ser muy grande, ocupaba un lugar de gran importancia estratégica, pues cerraba el paso a los suministros procedentes de Prusia. Siendo buenas noticias no estaba satisfecho. La reinstauración de Louis XVIII y la próxima llegada de Friedrich-Wilhelm significaban que haber llegado a París tres días antes que Wellington no había servido de nada. Un pésimo síntoma era una carta de Fouché, donde sin identificar el cargo que ocupaba —tenía fecha del 7— refería que los trámites para librar los cien millones requeridos por Su Alteza el Prince Blücher ya se habían iniciado, de acuerdo con el Prince de Talleyrand y el Duc de Wellington, y que le mantendría informado de los avances. Una forma cortés de ganar tiempo, pues Fouché debía estar al corriente de por dónde andaba Friedrich-Wilhelm, y que con él ya establecido en París aquella petición se disolvería en el limbo de las ocasiones perdidas. La única forma de conseguir la entrega inmediata del dinero sería enviar a Les Tuileries un nuevo regimiento —el 19.º se había retirado al caer la noche—, apresar a Fouché y a Talleyrand, y al mismísimo Louis XVIII si ya estuviese allí, encerrarlos en Saint-Cloud y hacer saber que se reanudaba el estado de guerra, y que así se seguiría mientras no les llegaran los millones, pero ni siquiera Blücher sería capaz de dar ese paso con el ejército de Wellington en el Bois de Boulogne. Definitivamente, de aquel necesitadísimo dinero se podían ir despidiendo, Blücher y él.

Louis XVIII había regresado a Les Tuileries sin apenas ceremonia, casi con sordina. En la misma hora en que concedía su primer besamanos —a Lord Castlereagh y a Lord Wellington—, un batallón de la Guardia Nacional, enviado por el Maréchal Masséna a petición de Elie Decazes, el magistrado nombrado por Fouché prefecto de París, tomaba el Palais-Bourbon, a fin de impedir que los diputados menos felices con el hecho de haber dejado de serlo siguieran alborotando. A Decazes le preocupaba el comportamiento esperable de los jóvenes y nerviosos miembros de la Guardia Nacional, una vez se vieran con la caterva de Padres de la Patria enojados por no poder seguir espetándose discursos los unos a los otros, pero Fouché tenía razón al dejar caer que la otra opción, recurrir al gobernador Müffling, era peor, pues no dudaría en hacer entrar allí un escuadrón de sus espeluznantes lanceros negros; definitivamente, mejor que aquello quedara entre franceses.

Una visita que no llamó gran atención fue la del Major Friedrich-Wilhelm Ribbentrop (*aide-de-camp* de Grolman), al barón Dominique Vivant-Denon (conservador del Musée Royal du Louvre). En tono cortés le hizo saber que las obras de arte saqueadas en su día de Berlín y de otras ciudades prusianas y alemanas le debían ser entregadas. El indignado conservador se negó en redondo, esgrimiendo que las cláusulas del Pacto de Saint-Cloud especificaban que las propiedades públicas y privadas quedaban garantizadas por los dos ejércitos, el del duque de Wellington y el del mariscal Blücher. El indiferente Ribbentrop se encogió de hombros, sin decir nada. Era la respuesta con la que habían contado Grolman y Gneisenau. De ahí que la contrapropuesta ya estuviera preparándose.

A primera hora de la tarde Wellington y Castlereagh visitaron a Blücher acompañados de un intérprete de la ya reabierta embajada británica. Pretendían rogarle que dulcificara sus actos —la forma en que la infantería del I Armeekorps gestionaba su hospedaje no era una obra maestra de la diplomacia, ni siquiera de la militar—, pero Blücher seguía enfurruñado por el *dispatch* de Wellington. La noche antes sólo escuchó un resumen, pero al poco le dieron a leer una traducción fidedigna, con lo que su enojo desbordaba el que habían mostrado Bülow y Gneisenau. Así lo hizo ver a Castlereagh, a Wellington y al aterrado consejero, que pese a su dominio del alemán no encontraba en la lengua británica términos equivalentes a los que despeñaba el tonante príncipe. Castlereagh, juzgando la situación como sólo sería capaz de hacerlo un diplomático de raza, imputó el desgraciado malentendido a un error de redacción por parte de los periodicuchos que publicaron el *dispatch*, proponiendo al príncipe hacerle llegar una versión que se ajustase más a la realidad, a lo que Blücher ni contestó, dando por terminada la reunión y señalando la puerta, con el dedo, a los tres ingleses. Wellington se quedó con mal sabor de boca, pues si todo había salido tan bien hasta ese momento era gracias a la buena relación que mantenía con Blücher, pero Castlereagh, con frialdad,

le recomendó no preocuparse, pues el venerable mariscal era un cadáver virtual. Friedrich-Wilhelm llegaría en dos días, y en ese momento el carcamal aquel, así como su maldita tribu, dejarían de ser una molestia. Friedrich-Wilhelm necesitaba demasiado el dinero inglés para que una tonta cuestión de celos militares, yo he vencido más que tú, yo soy más héroe que tú, me han hecho más muertos que a ti, le hiciera ponerse difícil. Era cierto, pero aun así Wellington se quedó entristecido. Pese a la rudeza de su carácter y a sus pésimos modales, había llegado a sentir una cierta simpatía por el anciano príncipe.

A Müffling le dejó perplejo un informe del teniente Wussow, donde inventariaba con prusiana minuciosidad las ingentes cantidades de vino, víveres, cuberterías, vajillas y cristalerías que había encontrado en los diversos pañoles, alacenas y despensas de la casa, más cueva de Alí-Babá que Gobierno Militar, lo que parecía indicar que allí cenaban cada día no menos de cuarenta invitados. Tras reflexionar ordenó a Wussow que devolviese los alimentos a sus proveedores, haciéndoles saber que como cualquier otro sobrio general prusiano él poseía su propia cocina de campaña y su propia intendencia. Más atónito aún le dejó saber que su salario de gobernador militar, con el que de ningún modo había contado, saldría de la renta de las casas de juego que alegraban la ciudad. Su cargo, contra lo que pensaba, no era consecuencia de la ocupación, sino una canonjía que sólo podía ser disfrutada por un Général, y nada debería cambiar porque durante un tiempo lo hiciera un Generalmajor. El salario, expresaba Wussow con un brillo de codicia en sus juveniles ojos, ascendía nada menos que a dos mil francos diarios, y antes de que su jefe hiciese otra tontería dejó caer que su antecesor, el general Nicolas-Joseph Maison, los había cobrado hasta la mismísima tarde anterior. Müffling, de nuevo tras pensárselo, aceptó que sería una descortesía renunciar a tan magnífico sueldo, de modo que lo aceptó, aunque no para su persona. Wussow debería ocuparse de que las cantidades fueran ingresadas en la caja del KPA —no en la del Niederrheinarmee, y no sólo porque Müffling ya no formaba parte del mismo; al igual que su amigo Álava no era partidario de ocultar las antorchas bajo los toneles— durante las semanas o los meses que durase su cometido de gobernador militar.

Álava no había olvidado los noventa y seis cuadros de la Real Academia de San Fernando, ni tampoco al misterioso José Martínez y Hervás, el cual había dejado una dirección al mayordomo de la embajada. No confiaba en dar con él, aunque a fin de hacer tiempo hasta la hora de visitar el *salon littéraire* por excelencia, y tras cenar con Miniussir en Le Procope, se acercaron a la casa de la Île Saint Louis donde decía vivir el individuo. Allí estaba, efectivamente. Ponerse de acuerdo en cómo proceder les llevó diez minutos. El resto fue un larguísimo «pájaros y flores»; al marqués y a su esposa, una francesa inteligente a quien él llamaba Louise, les preocupaba su hipotético futuro en la devastada España de SCM Don Fernando VII de Borbón. Su

vida, que con gran crueldad les explicaron con detalle, les había resultado bastante dura, quizá por un raro don para estar en el mejor lugar en el peor momento; así, por ejemplo, fueron contrarios a José I hasta muy entrado 1809, gracias a lo cual su hermosa casa de la Rue Saint-Florentin les fue confiscada por l'Empereur, quien les obligó a malvenderla a Talleyrand; luego, y para su desgracia, se pasaron al bando del Plazuelas cuando Wellington ya era duque de Ciudad Rodrigo, de modo que al poco se vieron obligados a regresar a un París donde se les miraba mal. Aquello les tenía desquiciados, de modo que apelaban a su caballerosidad no sólo para que recuperase los cuadros, sino para que hiciese constar ante Don Fernando que su intervención había sido decisiva. Unos cuadros que, por cierto, no eran noventa y seis; no bajarían de mil, de los que algo menos de trescientos estaban en el Louvre; los demás, aunque inventariados allí, habían pasado a las manos de indeseables como Sébastiani, Belliard, Soult y algún otro que no recordaba en ese instante. Álava, cauto, prefirió callar; sus órdenes se referían a noventa y seis piezas bien identificadas; hasta esa tarde no sabía una palabra de las demás, y no pensaba correr el riesgo de meter una gran pata diplomática por lo que pudiera decir el borracho aquel —aun sentado a un par de metros le llegaba un repelente pestazo de buen *cognac* y pésima digestión—; así pues, él y Miniussir se despidieron amablemente, prometiendo seguir en contacto. Después, y mientras arrumbaban a las interesantes amigas de Madame Récamier y a sus aún más interesantes escotes, aceptó que por él no habría pega en cederle una parte de gloria; si con eso el patán aquel salvaba su abotargada cabeza, por su parte no quedaría.

Talleyrand también trasnochaba. En cuestión de horas el *Moniteur* publicaría su nombramiento de presidente del Consejo y ministro de Asuntos Exteriores. También traería el de su gobierno, que a diferencia del de Napoleón y el de Blacas sería ejemplarmente reducido: el ministro de Finanzas sería el barón Joseph-Dominique Louis, de Guerra se ocuparía el poco glorioso Laurent Gouvion de Saint-Cyr, la Marina y las Colonias quedarían a cargo del fidelísimo François Jaucourt, Justicia e Interior corresponderían a Étienne-Denis Pasquier y la Policía, por último, quedaría en manos del supremo superviviente, Joseph Fouché. Se anunciarían también los nombres de los secretarios de Estado, entre los que destacaría el Duc de Richelieu, cuya responsabilidad sería ocuparse de la Casa Real y cuya designación, que a Talleyrand no le hizo ninguna gracia, fue consecuencia de una gestión ante SCM del barón Pozzo di Borgo, actuando —decía— en nombre del Zar. El *Moniteur* describiría también la doble cámara. Para elegir a los diputados de la baja los ciudadanos serían llamados a votar; en cuanto a los Pares del Reino, SCM ya los había designado y sus nombres aparecerían a continuación. En realidad los eligió Talleyrand secundado por Pasquier; la lista sería tachada de frívola, pero no lo era. Si las elecciones no pudieran ser debidamente mangoneadas, y Fouché tendría difícil

conseguirlo, la cámara baja sería incontrolable; a eso se debía que los pares fueran casi en su totalidad individuos tan corruptos como él y sobre los que pudiera ejercer la debida influencia, lo cual hablaba bien de su exquisito sentido del Estado. SCM firmó al pie de la relación sin siquiera pedir que le leyera los nombres; ya suponía que ninguno de aquellos padres de la patria tendría un pasado de *sansculotte*. Sin embargo, y como era inevitable dado el asistemático procedimiento que Pasquier y él habían seguido, durante la cena reparó en que había olvidado un par de próximos a Louis, lo que podría costarle un disgusto; uno era el inevitable Blacas y el otro el anciano conde de Nançay, Claude-Louis de La Châtre, uno de los más fieles gentilhombres de SCM, al cual prefirió no despertar para que aprobara su inclusión; lo hizo él mismo, sirviéndose del hueco que había dejado el rey al pie del documento, entre risas, las suyas y las de Madame Jaucourt, que fue quien le hizo ver lo imperdonable del olvido, ya que muchos años antes se la conoció por Madame de La Châtre. Gran verdad encerraba, reconocía Talleyrand, eso que con tanta frecuencia repetía su indeseable huésped de Valençay: «hágase el milagro, hágalo el diablo»; debió de ser una de las pocas cosas inteligentes que dijo jamás.



En el *Moniteur* vendría un último decreto, de menor calado político pero de importante repercusión ciudadana: por disposición real, las calles y los puentes de París recuperarían los nombres que tenían en 1788, salvo cuatro de los últimos, que habrían de llamarse, respectivamente, de Louis XVI, Royal, de Les Invalides y du Jardin du Roi. El tercero, hasta ese día, se llamaba d'Iéna. Como en casi todo lo que decretaba Talleyrand, los orígenes de la medida eran brumosos; la causa principal era dar una satisfacción a D'Artois, ilusionado con la idea de que así se borrarían de la memoria colectiva los últimos veinticinco años, pero la que verdaderamente le importaba era dar un argumento a Friedrich-Wilhelm para que desautorizase a su perro rabioso. No estaba seguro de la eficacia de su resolución, si bien, y siguiendo la recomendación de Wellington y del embajador español, que habían estado en la cena, mandó a Fouché que despachase un tal coronel Macirone al *hauptquartier* de Friedrich-Wilhelm, a una jornada de París, con un ejemplar del *Moniteur*, una carta suya y otra de Wellington. Con aquello, era de suponer, el hermoso Pont d'Iéna, o de Les Invalides, se salvaría.

París, lunes 10 de julio

El gobernador Müffling reflexionaba sobre la situación; el que a la noche debiera presentarse a su recién llegado Rey le insuflaba optimismo, ya que con él en París acabaría la dictadura de Blücher, la cual, por otra parte, tampoco resultaba tan feroz. Era verdad que la ocupación de viviendas para cobijar en ellas al I Armeekorps había dado lugar a incidentes deplorables y a quejas ciudadanas, aunque también lo era que Talleyrand pensaba compensar a los propietarios invadidos, lo que despejaba los nubarrones que oscurecían su por lo demás agradable vida parisina. Una de las cosas que más le alegraban era la voladura del Pont d'Iéna, la cual se produjo la tarde anterior. Blücher había querido que fuera un acontecimiento inolvidable, para lo cual mandó acordonar los accesos, de forma que las previsibles multitudes no se pudieran acercar; deberían conformarse con observar desde las riberas del gran río lo que prometía ser un fenomenal castillo de fuegos artificiales. A la caída de la tarde y con la presencia de Blücher, Gneisenau, Zieten, él mismo y un buen número de generales y oficiales del Niederrheinararmee, se realizó la voladura, que dio lugar a una explosión horrisona, sobrecogedora, y a una densa nube de polvo y humo, y a miles de piedras lanzadas en todas direcciones, pero a nada más. El Pont d'Iéna, o des Invalides, allí seguía, incólume. Superado el estupor inicial, el Fürst, evidentemente disgustado por las carcajadas de la festiva multitud, regresó a Saint-Cloud. Gneisenau se quedó a comprobar que la única víctima de la voladura, un sargento que se había caído al río, era convenientemente pescado. A Müffling no le parecía descontento. El episodio, analizado desde un punto de vista que con bastante dolor había logrado comprender —el de Gneisenau—, debía satisfacer a todo el mundo, a Blücher porque la voladura se produjo, y al resto de la humanidad porque una vez repuestos los adoquines de la calzada el Pont des Invalides sería de nuevo el más amplio y moderno de París. El que aquello se debiese a un milagro divino, de la diosa protectora de la ciudad o algo así, no se lo creía. Los zapadores prusianos eran justamente famosos por acabar con todo, fueran puentes, fortificaciones, catedrales o palacios. Si aquella tarde se habían columpiado de un modo tan estrepitoso tuvo que ser porque Gneisenau les ordenó volar el puente, sí, pero volarlo mal. Así era su estilo de hacer las cosas, y por una vez a él no le quedaba otra que aplaudir.

El desfile del III fue discreto. Las tropas cruzaron la ciudad como si marcharan por el campo, para ocupar las posiciones que se les habían asignado entre Fontainebleau, Malesherbes, Namours y la ribera norte del Loira. Lo hicieron a las órdenes del coronel Clausewitz, cuyo criterio era que las demostraciones de poder siempre acababan por ser contraproducentes. Sólo la presión del Generalmajor Borcke, único de los jefes de brigada que no era un simple Oberst —Thielmann estaba en cama presa de una tremenda fiebre, o de una tremenda resaca—, le hizo aceptar, a regañadientes, que no podía dejar a los soldados del III sin su instante de

gloria. Con su marcha sólo el I permanecía en París, pues el IV se concentraba en Versailles. Los veinte mil infantes del I eran su preocupación principal, ya que, con acuerdo a las regulaciones del KPA, las fuerzas que se alojaban con la población quedaban a las órdenes del gobernador militar, pese a que Zieten siguiera en la ciudad y conservara el mando de su artillería, su caballería y sus ingenieros. Una ciudad que se había dividido en dos áreas, una bajo el mando de Wellington y la otra bajo el de Blücher. La primera comprendía la orilla derecha del Sena, con seis *mairies* o juntas municipales. La otra se ocupaba de la izquierda y de las islas, con el resto de los *mairies*. En cada uno de los últimos se destacaría un oficial encargado de coordinar con el prefecto de la ciudad el mantenimiento del orden público, y en su caso de tramitar las quejas de la población. Las medidas de Wellington eran más discretas que las prusianas. Un tercio de su ejército se desplegaba en el Bois de Boulogne; los dos restantes permanecían entre Rocroi y Cambrai; en la última era donde pensaba establecer su *headquarter*, marcando así diferencias con Blücher, que lo mantendría en Saint-Cloud. El 73.º de Infantería era la única presencia británica en París. Montaba sus tiendas en les Champs Élysées, entre l'Arc de Triomphe y el Rond Point; en cuanto se corrieron las voces fueron numerosos los parisinos, y aún más las parisinas, que aprovecharon la tarde dominical para dar un paseo por la mezcla de parque y avenida que siempre fueron los Champs Élysées, y así echar un vistazo a los impasibles granaderos escoceses. Pretendían verificar sus leyendas; la primera, si de verdad eran gigantescos —un desengaño; los bajitos, por lo visto, sobrevivían mejor—, la segunda, que los centinelas ni parpadeaban —cierto, y sin excepciones—, y la tercera que no llevaban nada bajo sus faldas, lo que pronto se confirmó, pues el atardecer trajo consigo una brisa fuertecilla. Una medida muy hábil del artero Wellington, pensó Müffling. Si pretendía que los parisinos vieran a su ejército como el-amigo-que-viene-a-liberarles-del-tirano, dejando al de Blücher el papel de invasor indeseable, eligiendo al 73.º daba en el clavo. Puestos a elegir, ninguna ciudadana en sus cabales preferiría el sombrío infante prusiano que ocupaba sus casas al flemático escocés que permanecía plantado en los Champs Élysées mostrando una total indiferencia, incluso cuando la indiscreta brisa del norte dejaba brevemente a la vista sus apetecibles miserias.

El Zar, el Kaiser y el König llegaron a la hora prevista. Wellington y Blücher les recibieron con gran pompa en la Place de Louis XV. Asistían los diplomáticos presentes en la ciudad, entre los que Castlereagh destacaba con luz propia. Tras el acto de bienvenida marcharon a las grandes casas que sus hombres les habían conseguido para residir allí las semanas o los meses que fueran a permanecer en París. El inventario de palacios disponibles era considerable, de modo que no se sufrían problemas de intendencia. Friedrich-Wilhelm, al menos, no puso pegas al que

le correspondió —Von der Goltz y Grolman jamás habrían arriesgado sus porvenires por no actuar con determinación—; al verse allí manifestó su deseo de abandonarse a un necesitado descanso, aunque no sin felicitar a sus hombres, en los que confiaba ciegamente ya desde 1806. En ese momento, y para sorpresa general, anunció que su admirado Graf Neidhardt von Gneisenau era promovido al empleo de General der Infanterie con efectos inmediatos. Si lo hubiera hecho tres meses antes habría diez mil prusianos más, se decía el ascendido con amargura disimulada, pero nada ganaría quejándose de tener un rey tan idiota.

Wellington había escogido el *hôtel* Grimod de la Reynière; allí cenaba con Álava y con el recién llegado Murray, que así recibía los trastos de un modo formal; de paso revisaban la situación, tanto la militar como la diplomática, la de París y la de Francia y, en especial, la muy ruidosa de las fortalezas fronterizas. Las novedades no eran excesivas, apenas que Niza y Grenoble se habían rendido a los austríacos; también, que Frederik, desoyendo las recomendaciones de prudencia y medida, machacaba Valenciennes. La primera misión de Murray sería ordenarle que respetara la ciudad y cuidara de que ni una sola granada cayese por fuera de la ciudadela. Tras eso no quedaba más que reunirse con los pocos camaradas de la Península que sobrevivieron a Waterloo. Al hilo de aquello Wellington comentó que Uxbridge debía estar repuesto, porque tres días antes salió con su mujer desde Oostende para Dover a bordo de un bergantín enviado por sir Robert Dundas. El que seguía embarcado, aunque sin hacerse a la mar, era Boney; llevaba cuatro días sin bajar de *l'Saale*, porque si lo hacía sería en el acto facturado a París y entregado a Blücher. Debía tener pocas esperanzas de ganar mar abierto, pues a Wellington le constaba que varios de sus hombres habían subido a bordo del *HMS Bellerophon*, un veterano de Trafalgar y de Aboukir fondeado en la bocana de Rochefort, para reunirse con el Captain Maitland, su comandante, y negociar las condiciones de capitulación.

—¿Qué se hará con él, Your Grace?

—Su destino está escrito: Saint Helena. Jamás saldrá de allí. Cuando menos, vivo.

París, martes 11 de julio

Gneisenau y Grolman se habían citado, como todos los amaneceres, para revisar la situación y redactar las órdenes que proponer al Fürst Blücher. La reunión de aquel día sería más larga de lo usual, pues a primera hora de la tarde, acompañando a Blücher, Zieten, Thielmann y Bülow, se reunirían con Friedrich-Wilhelm y con Hardenberg. No pensaban aburrirles con detalles exhaustivos ni con una prolija lista de problemas. En realidad, casi todo iba bien. No había incidentes ni motines, ni en París ni en las demás plazas donde ondeaba la bandera prusiana. El único disgusto, porque siempre tiene que haber uno, era la fortaleza de Longwy, que no sólo no se había rendido a la fuerza enviada contra ella, sino que la derrotó sin miramientos y le hizo varios cientos de prisioneros; era un serio contratiempo, ya que haría necesario desviar a Longwy parte de las fuerzas de Hake, lo que retrasaría el final de la *festungskriege*, aunque para compensar explicarían a Friedrich-Wilhelm que a las nueve de aquella mañana el 28.º Infanterieregiment habría tomado el Louvre. Inventario en mano, confeccionado en Berlín con toda minuciosidad, Ribbentrop y sus ayudantes arramplarían, con el presumible horror del conservador, con las cerca de tres mil obras de arte saqueadas por Bonaparte a lo largo y a lo ancho no ya de Prusia, sino de la mayoría de los ducados y principados alemanes.

Castlereagh estaba preocupado. Las razones eran múltiples, aunque la de sentarse a escribir a Liverpool partía de algo que Wellington le había contado la noche antes, cuando acudió a verle tras cenar con Murray. En síntesis, los prusianos le alarmaban; su despiadada dispersión por la *rive gauche*, la inmisericorde forma en que se apoderaban de las casas, la frustrada voladura del Pont d'Iéna, sus desfiles y sus intempestivas apariciones en orden de batalla, terminarían por exasperar a la población, y de ahí a provocar un levantamiento sólo había un paso. De momento ya eran docenas los enfrentamientos entre sus tropas y grupos de civiles desarmados. Empeoraba la situación la cercanía del Army of the Low Countries, pues aun pagando sus facturas y molestando lo menos posible acabaría por no tener más opción que tomar partido, lo que sería catastrófico lo hiciera en favor de quien lo hiciera. Parte de todo eso acabaría cuando Friedrich-Wilhelm comenzase a dar órdenes, pero aún quedarían amenazas sutiles. Blücher era un zoquete incapaz de pensar con la cabeza, porque no tenía, pero a sus órdenes había uno capaz de hacerlo a muy largo plazo y que había demostrado innumerables veces que sabía razonar en términos estratégicos, lo que por sí mismo no era negativo; lo de preocupar era su espíritu, indisimuladamente liberal si no jacobino. Unas convicciones, las suyas y las de un tal Scharnhorst muerto dos años antes, que le habían llevado a crear un ejército inspirado en el modelo francés, donde las tropas luchaban por un ideal y no por la paga, como en el saludable sistema inglés. A eso se debía que los soldados prusianos estuvieran impregnados del mismo fanatismo patriótico que los franceses de sus

grandes días, a lo cual se añadía un ánimo de revancha que compensaba su precario equipamiento y su insuficiente instrucción. El ejército prusiano se transformaba muy deprisa en una fuerza tan de temer como en su momento lo fue la Grande Armée, y a eso se añadía el peligroso talante de la oficialidad joven, la educada conforme a esa siniestra institución que llamaban «Kriegsakademie». A Friedrich-Wilhelm le costaría trabajo devolver su flamante KPA, del que tan orgulloso parecía estar, a los estándares de los fiables ejércitos profesionales, y eso si no se volvía contra él. No parecía previsible, pero a medida que su verdadero jefe se hacía más y más poderoso, pensar en un 18 Brumario «a la prusiana» podría no resultar exagerado. No cabía más remedio, en su opinión, que comenzar a ejercer sobre Friedrich-Wilhelm, por su bien, una saludable presión.

Metternich y Schwarzenberg cenaban en Saint-Cloud con un Blücher que andaba mohíno desde su reunión con Friedrich-Wilhelm, quien le había mostrado afecto, respeto y admiración, aunque no sin dejar caer que no se debía insistir en la voladura del Pont d'Iéna y en que deberían dulcificarse las relaciones con la ciudadanía. Era obvio que con aquello concluía su orgía de poder omnímodo. Comenzaba otra guerra, la diplomática por ese incierto II Tratado de París del que Metternich no cesaba de hablar, y para lucharla no hacía falta ningún anciano príncipe guerrero. Metternich, a su vez, estaba horrorizado. No era la primera vez que cenaba en el exquisito Saint-Cloud, del que bien recordaba sus delicadas estancias y sus preciosos jardines; de ahí su espanto ante la brutalidad de aquellas acémilas de azul pescando en el estanque los raros pececillos de colores, no sabría él decir si para comérselos o para matar su hastío. El que Blücher no lo impidiera le parecía sintomático. Bonaparte no era un ejemplo de buenos modales, pero Blücher se comportaba como un verdadero animal. Sólo le había visto prestar atención cuando Schwarzenberg explicó que Suchet había entregado Lyon al Freiherr Frimont, y que Lecourbe hacía lo mismo con Belfort al Graf Colledero-Mansfeld.

—¿Menos de quince mil franceses contra más de ochenta mil austríacos, y han necesitado tres semanas para que se les rindieran? Imagino que no habrá tenido muchas bajas, Fürst Schwarzenberg. Ya me habría gustado ver a sus gloriosos ejércitos en Belle Alliance o en Ligny, en igualdad de fuerzas con los franceses y con Bonaparte al frente. De haber sido así, lo mismo no estábamos cenando aquí, hoy.

El cuarto comensal apenas hablaba. Metternich le recordaba de alguna reunión en Freiburg. Un tipo que jamás opinaba en contra de Blücher, pero Wellington quizá tuviera razón cuando afirmaba que, sin ningún género de duda, era el que mandaba. Quizá, His Grace no se recataba en añadir, las potencias congregadas en París asistían, sin saberlo, al nacimiento de un Bonaparte prusiano.

Una prueba de que París estaba de regreso a la normalidad era que las sastrerías volvían a estar abiertas. El *atelier* Leger & Michel era de las más selectas, al punto

que uno de sus más fieles clientes, el príncipe de Talleyrand, recomendara sus servicios al embajador español. No andaba mal de ropa, pero casi toda la que su cochero había traído con él era de un tejido bastante recio, muy poco apropiado para el verano parisino. Necesitaba ropajes más livianos, y Monsieur Leger, dueño de un excelente ojo para identificar a un cliente prometedor, y más si lo recomendaba el presidente del Conseil Privé, le garantizó que a la vuelta de dos días contaría con el más urgente de los encargos, y con los demás en menos de una semana. Las tarifas de Leger & Michel no se parecían a las de su abnegado cortador de Vitoria, pero un embajador, aunque fuese provisional, no podía ir por ahí vestido de trapillo. De ahí que incurrir en unos gastos quizás un punto desmesurados no le pareciera, esa vez, un asunto para dedicarle demasiadas angustias. Tampoco dudó al suscribirse por tres meses al *Journal General de France*, el tiempo que tardaría en llegar el conde de Perelada, si se confirmaba que sería él y no cualquier otro conde, o duque, quien representase a Don Fernando en la corte de SCM. Aquello era, en cualquier caso, una necesidad oficial, de modo que, a diferencia de lo que haría con la ropa, pidió que la factura fuese a la orden de Son Excellence l'Ambassador d'Espagne. De allí fue a visitar al general Müffling, para pedirle que le ayudase a rescatar sus noventa y seis cuadros, pero no tuvo éxito. Müffling comprendía que acometer tal tarea sin el respaldo de un batallón sería ilusorio; estaría encantado de conseguirle uno, pero el Louvre quedaba en la *rive droite*, el territorio adjudicado a los británicos y a los austríacos. Si Ribbentrop se había llevado un regimiento era porque la partición aún no estaba regulada, pero a esas alturas se vería muy mal que una compañía de fusileros cruzara el Pont Neuf para rescatar noventa y seis cuadros españoles del Musée du Louvre. Le sugería tratar aquello con el propio Wellington, aunque su postura de no dejar ver tropas por las calles era conocida. Lo lamentaba profundamente, lo cual esperaba que comprendiese, pero en verdad que no podía prestarle ayuda.

Müffling tenía razón: Wellington sollozaría de dolor, sí, pero no le daría un solo soldado. Quedaban los austríacos, aunque sobre ellos no tenía influencia. Podría intentarlo con Gneisenau, y quizá con Blücher, pero la presencia de su rey les habría cortado las alas. Aun así no se rendía. Excelente jugador de mus, no sería la primera vez que se tiraba un órdago sin llevar nada.

París, sábado 15 de julio

La reunión de aquella mañana estaba impregnada de amargura. Las órdenes de Friedrich-Wilhelm, transmitidas por Von dem Knesebeck, eran una clara desautorización de las medidas de Blücher; sólo había quedado a salvo la recuperación de las obras de arte, y eso se debía, como razonaba Gneisenau, a no haber esperado a que llegara el monarca, pues en otro caso seguirían en el Louvre por siempre jamás. La orden de renunciar al anticipo sobre la indemnización era lo que más pesadumbre les causaba. Con París bajo la mira de su artillería Talleyrand no habría podido negarse, pero estaba claro que de nuevo los políticos les vendían. Gneisenau trataba de consolar a su afectado jefe, que no podía disimular el sentirse como un cascarón vacío. De ahí que no le sorprendiera escuchar del viejo guerrero que pensaba presentar su dimisión. Estaba tan abatido que ni siquiera se alegró al escuchar que Pirch I al fin había tomado Maubeuge, y que ya desplegaba su artillería frente a Landrecies; si no resistía más que Maubeuge, a primeros de agosto se podría establecer el tráfico de suministros por el Sambre y el Oise hasta el Sena. En cuanto al Niederrheinarmee, ya ocupaba sus posiciones definitivas hasta que llegara el día de regresar a Prusia: el I Armeekorps seguía en París, aunque con órdenes —también de Friedrich-Wilhelm— de abandonar las casas particulares y ocupar los pabellones abandonados por el ejército francés; el III acampaba en Le Mans, donde Thielmann establecería su *hauptquartier*, y el IV dejaría Versailles para dirigirse a Rambouillet y Houdan, donde Bülow acuartelaría su infantería; una parte de su caballería se quedaría en Chartres, con destacamentos en Alençon, Blois y Évreux, y la otra, la que procedía del II, entre Pontoise y Poissy. El Niederrheinarmee, a todos los efectos, se transformaba en un ejército de ocupación territorial.

Con Alexander, Franz y Friedrich-Wilhelm habían llegado sus respectivos *entourages* de ministros, diplomáticos, generales, asesores y ayudantes diversos. Su propósito era iniciar las negociaciones que darían lugar a un tratado de paz que no sólo cerraría la desgraciada guerra, sino que perfeccionaría los acuerdos de Viena de un modo tal que los cañones no sonaran durante décadas. Con escasos días de retraso comenzaban igualmente a llegar personajes que, si bien no estaban llamados a verse las caras en las mesas de negociaciones y en los comités consultivos, se mostraban decididos a no perderse lo que se avecinaba, y en ciertos casos a ejercer una oscura influencia. Entre los que inspiraban mayor curiosidad figuraba la baronesa Krüdener, la última de las amantes del Zar; llegó un día después que su enamorado —si no de su cuerpo sí de su espíritu—, el cual le había conseguido una gran casa, el *hôtel* Montchenu, comunicada con su propia residencia, el palacio Élysée-Bourbon, por un jardín privado. También había despertado expectación la llegada de dos ilustres aristócratas, la duquesa de Sagan y la condesa de Périgord. Lo hicieron en gran estilo, en una espectacular comitiva donde viajaban ellas, la hija mayor de la primera y su

numerosa servidumbre, así como una escolta de húsares austríacos facilitada por el Fürst Metternich. Residirían en el *hôtel* Talleyrand, si bien la duquesa sólo durante unos días, hasta que su residencia, el algo abandonado *hôtel* Bourbon-Condé, volviese a ser habitable —su sexagenaria pariente Louise-Adélaïde de Bourbon, Princesse de Condé, lo abandonó con explicables prisas en el verano de 1789; pensaba regresar cuando los invasores se largasen, de modo que le pareció un trato equilibrado cederlo unas semanas a su lejana sobrina si ésta se lo ponía en facha—; mientras tanto estaría encantada de vivir en el 2 de la Rue Saint-Florentin; si había en París una casa cómoda, grandiosa, interesante, divertida, en la que se comiera de maravilla y sucedieran infinidad de cosas apasionantes, era la de su tío segundo, el Prince de Talleyrand.

Álava, Miniussir y Almenara se presentaron en el despacho del conservador del Musée Royal du Louvre, Vivant-Denon, quien se mostró sorprendido, pues no sabía que ya hubiera en París un embajador español. Éste llevaba la voz cantante, y con exquisita cortesía, pero con precisión militar, le hizo saber que venía con la intención de recuperar los noventa y seis cuadros incautados por Napoleón en la Real Academia de San Fernando, y que lo hacía en la más amable forma posible, pero si Monsieur Vivant-Denon estimaba conveniente que lo hiciera en compañía de un batallón de fusileros prusianos, en un par de horas regresaría con ellos. El conservador, aliviado porque sólo le hablaran de noventa y seis piezas, pensó que más valdría ponerse a favor del viento. Los cuadros que reclamaba el embajador, según comenzó a explicar, no figuraban entre los favoritos del pueblo, al punto que sólo seis colgaban de las paredes; los otros, que a su entender no valían gran cosa, permanecían apilados en los sótanos como reserva pictórica general, de modo que si Son Excellence había tomado la precaución de traer con él unos cuantos mozos de cuerda y algunas carretas, se los podría llevar *ipso facto*.

Unas horas después los noventa y seis cuadros, que no parecían en el mejor estado de conservación, estaban sobre las carretas —Álava, seguro de su farol, había traído cuatro, además de varios mozos—, listos para emprender el camino de la que otra vez se llamaba Rue de la Chaussée d'Antin. El marqués de Almenara, que como era un poco sordo no había seguido bien los comentarios del susurrante Vivant-Denon, aún se maravillaba del milagro, aunque comenzó a indignarse al escuchar de Miniussir que, a juicio del tipo aquel, las noventa y seis maravillas, los más brillantes tesoros de las pinacotecas reales españolas, eran basura podrida. El embajador prefirió no hacerle caso. Müffling le había procurado una escolta muy exigua, una docena de guardias nacionales, y le preocupaba sufrir un asalto de camino a la embajada; de ahí que no viera el momento de aparejar, aunque a fin de hacer callar al otro se comprometió a que, si todo acababa tan bien como había empezado, esa misma noche se pagaría una cena para los tres, y su señora si se la quería traer, en el

carísimo La Galiotte.

Hardenberg y Humboldt se alojaban en la que fuera residencia del Maréchal Lannes, en la Rue de Varenne. Habían invitado a cenar a Blücher, Gneisenau, Müffling, Grolman y Zieten. Al término de la cena el feroz Generalfeldmarschall tomó la palabra, tachándoles de ineptos y acusándoles de haber traicionado la sangre alemana, que no sólo prusiana, derramada en Ligny, Belle-Alliance y a lo largo del camino de París. El Kanzler y su segundo acabaron la cena con la desagradable sensación de no sólo no estar en condiciones de controlar a Blücher, sino de ser los primeros en verse frente a un pelotón de fusilamiento si pretendieran imponerse por vía disciplinaria. Esa fue la razón de que Humboldt, de madrugada y aún bajo la impresión que le causaron las duras palabras de Blücher, redactase un memorándum que haría llegar, una vez lo aprobara Hardenberg, a los aliados presentes en París. En él afirmaba que la mejor y más práctica forma de reducir el papel de Francia en calidad de amenaza para Europa sería recortar su territorio y su población. También, que las potencias aliadas deberían exigir una fuerte indemnización, una que cubriera los inmensos costes que aquella nueva guerra les había obligado a soportar. Recalcaba que había sido una guerra contra Francia, no contra Bonaparte, pues cuando éste desembarcó en Golfe Juan la nación francesa no sólo no se le opuso, sino que le llevó en volandas a París. De igual modo, nadie protestó cuando movilizó un ejército para llevar al exterior de las fronteras francesas la muerte y la devastación. Francia era culpable, y como tal debía pagar las consecuencias. En su opinión, los aliados deberían desposeer a Francia de lo que aún conservaba de Valonia, más Alsacia, Lorena y el Franco Condado, así como las ciudades de Lille, Metz, Mulhouse y Belfort, las cuales deberían pasar a formar parte de Prusia, por ser la potencia que más sangre había perdido en aquella desdichada guerra. Tras releerla decidió que no se había pasado; Blücher sería un animal, sí, pero también una musa magnífica.

París, viernes 21 de julio

Wellington, Schwarzenberg y Blücher, más sus estados mayores, se habían reunido en Saint-Cloud para revisar la situación militar y decidir si la guerra estaba o no cerca de su fin. En los diversos frentes austríacos los combates con el ejército de Rapp habían concluido, tras garantizarle paso franco hasta la margen sur del Loira, y Frimont y Bianchi habían alcanzado sendos armisticios con l'Armée du Var y l'Armée du Jura. Las hostilidades, en fin, habían cesado en toda Francia, salvo en las fortalezas del noreste; por las trazas, aún lejos de capitular. De las situadas al norte del Sambre la principal era Valenciennes, aunque Wellington no quiso explicar que su jefe, un tal Roy, se había puesto a la disposición de Louis XVIII; era porque no estaba del todo claro, ni para él ni para Castlereagh, que Valenciennes fuese a ser francesa mucho más tiempo; de ahí el haber ordenado al Prins Frederik suspender los bombardeos, pero sin dejar entrar o salir a nadie, ni de la ciudad ni de la fortaleza. Si no se rendían por el fuego, que lo hicieran por el hambre; cuando tal cosa sucediese, a Frederik sólo le quedarían por tomar los bastiones de Bouchain, Lille y Douai, así como el fuerte de Condé. Por parte de Blücher, SCM el rey Louis había ordenado capitular al comandante de Landrecies, el recalcitrante coronel Plaige; ya se vería si obedecía o no. Una vez se rindiese aún quedarían por tomar Bouillon, Longwy, Givet-Charlemont, Mézières, Montmédy, Rocroi, Mariembourg y Philippeville; la guerra de las fortalezas, en definitiva, todavía tenía semanas por delante.

La mañana, para el embajador Álava, no fue desagradable. Había ido de compras instruido por Cevallos, que desde nada más saber de Waterloo raro era el día en que no escribía. En aquella ocasión le pedía una cubertería de plata, que había comprado tras duro regateo, aunque dejando que la mayoría del descuento fuese a parar a lo que había elegido para el cumpleaños de Loreto. Después visitó al dentista —recomendado por Talleyrand—, y había cerrado el ciclo adquiriendo una buena provisión de vino. Ya en la embajada, y tras escribir a Cevallos —explicándole que, salvo si ordenase lo contrario, prefería no devolver a España los noventa y seis cuadros, pues su estado era tan desastroso que sin primero restaurarlos acabarían destrozados; no sólo era su opinión, sino la de dos expertos a los que había consultado, uno propuesto por Almenara y el otro por la marquesa de Castellane; les había pedido sendos presupuestos, y en cuanto los recibiera se los haría llegar—, pensaba echarse una siesta, pues aquella noche Talleyrand daba una cena con aspecto de no concluir hasta la madrugada, pero la recién llegada valija traía el ejemplar de la *Gaceta de Madrid* del jueves 13 de julio; Cevallos, todo un detalle, se lo había enviado nada más imprimirse, dos tardes antes de su publicación. El texto que venía en una separata lo reconoció a la primera, pues por algo lo había escrito él la madrugada del 19 de junio. Todo estaba en favor de servirse una copa de su buen *Milenario* y comenzar a leer.

SUPLEMENTO A LA GACETA DE MADRID DEL JUEVES 13 DE JULIO DE 1815.

El teniente general de los Reales Ejércitos D. Miguel de Álava, ministro plenipotenciario de S. M. en Holanda, ha dirigido al Exmo. Sr. D. Pedro Cevallos, primer secretario de Estado y del Despacho, la carta siguiente:

Exmo. Sr. Muy Sr. mio:

El poco tiempo que medio entre la salida del correo y la victoria del 18 no me permitio escribir a V.E. con la extension que habria deseado; y aunque el ejercito va a marchar en este instante, y yo salgo tambien para La Haya a entregar mis credenciales, sin embargo dare a V.E. algunos detalles sobre este importante suceso, que no sera extraño nos acarree el fin de la guerra mucho antes que podiamos esperarlo. Tengo escrito a V.E. con fecha del 16 que Bonaparte, marchando de Maubeuge y Fillipville habia atacado los puestos Prusianos sobre el Sambre, y que arrojandolos de Charleroi habia entrado en aquella ciudad el dia 15. El 16 mando el duque de Wellington reunir su ejercito en el punto llamado los Cuatro Brazos, donde se cruzan los caminos de Namur & Nivelles y de Bruselas a Charleroi, y en persona se dirijio a dicho punto a cosa de las siete de aquella mañana...

No le costaba trabajo evocar aquellas horas, ni aquellos días; los recuerdos permanecían fijos en su memoria, con buenas perspectivas de volverse indelebles.

... Lord Wellington, que habia reunido para la mañana del 17 todo su ejercito en la posicion de los Cuatro Brazos, estaba tomando sus medidas para atacar al enemigo, cuando recibio un aviso del Mariscal Blucher que le participaba los sucesos del dia anterior con el incidente que le habia arrancado la victoria de entre las manos; añadiendo que la perdida que habia experimentado era tal, que se veia precisado a retirarse a Wavre sobre nuestra izquierda, donde se le reuniria el cuerpo de Bulow, y que el 19 estaria pronto para cuanto quisiera emprender. En consecuencia tuvo el Lord que retirarse al momento y ejecuto su retirada con tal maestria que el enemigo no se atrevio a incomodarle en ella: tomo posicion en Brain l'Alleud, delante del gran bosque de Soignies, segun tenia determinado de antemano, y coloco su cuartel general en Waterloo.

Yo me incorpore con el ejercito en aquella mañana, aunque todavia no habia recibido las ordenes para ello, porque crei servir a S.M. mejor de este modo, y cumplir con las de V.E. al mismo tiempo, y esta determinacion me ha

proporcionado la satisfaccion de haber presenciado la batalla mas importante que se haya dado en muchos siglos, por sus consecuencias, por su duracion, y el talento de los gefes que mandaban en ambas partes, y porque pendia de su resultado la paz del mundo y la seguridad futura de toda la Europa...

Había dudado al escribir aquel párrafo, aunque terminó por decidir, y no se arrepentía, que lo mejor para su pellejo sería no explicar que llevaba con Wellington desde mucho antes de lo que decía.

... En este tiempo llego el aviso de que el cuerpo Prusiano de Bulow habia llegado a St. Lambert, y que el Principe Blucher con el otro a las ordenes del General Thielman, se avanzaba a toda prisa a tomar parte en el combate, dejando en Wavre los otros dos que tanto habian sufrido en la batalla del 16 en Fleurus. La llegada de estas tropas era tanto mas necesaria, cuanto que el enemigo tenia fuerzas mas que triplicadas, y que nuestra perdida era horrorosa en un combate tan desigual desde la 1 de la manana hasta las 5 de la tarde.

Bonaparte, que no los creia tan cerca, y que habia contado con destruir a Lord Wellington antes de su llegada, conocio que habia perdido infructuosamente mas de 5 horas, y que en la posicion critica en que iba a verse no le quedaba otro recurso que atacar desesperadamente la parte debil de la posicion Ynglesa, y ver el modo de batir al Duque antes de que su derecha fuese envuelta y atacada por los Prusianos. Desde entonces todo fue una repeticion de ataque sobre ataque de caballeria e infanteria sostenidos de mas de 300 piezas de artilleria que desgraciadamente hicieron un estrago espantoso en nuestra linea y mataron o hirieron los oficiales, artilleros y caballos de la parte mas debil de la posicion...

Aún le maravillaba la buena fortuna que tuvieron Wellington, él y Miniussir, pues salieron sin un arañazo, mientras a su alrededor, salvo Fremantle y Percy, todos quedaron muertos o mutilados. Quizá fuera verdad lo que decía Wellington, que le señaló el dedo de la providencia. Sería un dedo muy gordo, pues bien que les había cobijado, a él y a su rara mezcla de consejero y *aide-de-camp*.

... Por fin, a cosa de las siete de la noche Bonaparte trato de hacer el ultimo esfuerzo, y poniendose a la cabeza de su guardia ataco el mismo el punto indicado de la posicion Ynglesa con tal vigor, que arrollo las tropas de Brunswick que ocupaban parte de el, y tuvo por un momento indecisa y aun mas que dudosa la victoria. El Duque, que conocio tan critica situacion, hablo a las tropas de Brunswick con el ascendiente que tiene todo hombre grande, las hizo volver a la carga, y poniendose a la cabeza de ellas restablecio nuevamente el combate, esponiendose a toda clase de riesgos personales. Felizmente en este momento

percibio el fuego del Mariscal Blucher, que atacaba con su vigor acostumbrado la derecha enemiga; y viendo el momento de dar un golpe decisivo, se puso a la cabeza de las guardias de infanteria Ynglesa y les dijo cuatro palabras que fueron contestadas por un hurrah general, y guiandolos el mismo Duque con el sombrero, marcharon a la bayoneta a medirse cuerpo a cuerpo con la guardia Ymperial.

Pero esta se puso en retirada, que pronto se convirtio en una huida completa, y en la mayor derrota que jamas han presenciado los militares. Columnas enteras arrojando las armas y cartucheras para escapar mejor, dejaban señalado el sitio de su formacion; solo en el cual nos apoderamos de 150 piezas de artilleria. La derrota de Vitoria no es comparable con esta, y solo se le parece en que en ambas ocasiones han perdido todo el tren y pertrechos del ejercito, asi como todos sus equipages.

El Duque siguió el alcance hasta cerca de Genappe donde hallo al respetable Blucher, y ambos se abrazaron del modo mas cordial en el camino real de Charleroi; pero viendose en el mismo punto que los Prusianos y que su ejercito necesitaba de descanso despues de lucha semejante, dejo a Blucher el cuidado de perseguirlos, y este juro no dejarles un momento de reposo. Asi lo va ejecutando, y ayer habia llegado al medio dia a Charleroi, de donde pensaba salir al anocheecer para seguir el alcance...

La última frase tuvo la inspiración de añadirla tras el regreso de Miniussir, cuando él y Wellington supieron que la batalla dejaba de ser una gran victoria para volverse una gesta decisiva.

... Esto es en resumen lo que ha pasado en este dia memorable, y las consecuencias de este suceso son demasiado conocidas para que yo me detenga a detallarlas. Bonaparte mal afirmado en su trono usurpado, sin dinero y sin tropas con que reclutar su ejercito, ha recibido un golpe tan mortal que segun los prisioneros, no le queda mas recurso que cortarse el cuello. Por este motivo dicen ellos que jamas lo han visto esponer tanto su persona, y que parecia que buscaba la muerte para no sobrevivir a una derrota de consecuencias para el tan funestas. Dige a V.E. con fecha del 16 que su maniobra me parecia atrevida delante de generales como Blucher y el Duque: el suceso ha justificado plenamente mi prediccion. Asi creo que el haberla ejecutado no ha provenido sino de su desesperacion al ver las fuerzas enormes que iban a atacarlo por todos lados de la Francia, y con el objeto de dar uno de sus golpes acostumbrados antes de la llegada de los Rusos y Austriacos.

Su reputacion militar se perdio para siempre; y en esta ocasion que no hay traicion de aliados ni puentes volados antes de tiempo a quienes echar la culpa, toda la verguenza va a recaer sobre la superioridad numerica, superioridad de artilleros todo estaba en su favor, y el haber sido el acometedor prueba bien que tenia medios suficientes para ejecutarlo. Por fin, este talisman, que como un hechizo tenia encantados a los militares franceses se disipo en esta ocasion. Bonaparte ha perdido para siempre la reputacion de invencible, que en adelante la tendra un hombre honrado, que lejos de emplear este titulo glorioso en turbar y esclavizar Europa, lo convertira en un instrumento de su felicidad, y en procurarle la paz que tanto necesita.

La perdida de los Ingleses es horrorosa, y de los que se hallaron al lado del Duque solo el y yo salimos intactos en las personas y caballos. Los demas todos han sido muertos, heridos o han perdido uno o mas caballos. El Duque de Brunswick fue muerto el 16, y el Principe de Oranje y su primo el de Nassau, aide-de-camp del Lord, recibieron dos balazos. El Principe de Oranje se distinguió extremadisimamente, pero por desgracia aunque la herida no es peligrosa privara al ejercito de la importancia de sus servicios por mucho tiempo, y acaso perdera el uso del brazo izquierdo. El Lord Paget, general de la caballeria, recibio al fin del combate una herida que hizo necesaria la amputacion de su pierna derecha, perdida irreparable, porque dificilmente se encontrara un gefe que conduzca la caballeria con el valor y ciencia que el. El Duque no ha podido contener sus lagrimas al ver tantos dignos y valientes hombres muertos, y la perdida de tantos amigos y compañeros fieles, y solo la importancia del triunfo puede hacer menos sensible perdida tan considerable.

No quiero concluir este oficio sin decir a V.E. para noticia de S.M., que el Capitan D. Nicolas de Miniussir, del regimiento de tiradores de Doyle, de quien tengo hablado a V.E. anteriormente, asi como de su destino en este ejercito, se porto ayer con el mayor valor y bizarria, habiendo sido herido cuando arrojadas las tropas de Nassau del jardin las reunio e hizo volver a su puesto; que durante el combate tuvo otro caballo herido, y que por su conducta anterior y por la que ha observado en este dia, es digno de que S.M. le de una prueba de su satisfaccion. Este oficial es bien conocido en la Secretaria de Guerra, y lo es tambien del General Don J. de Zayas que ha hecho mucho aprecio de su merito.

Dios guarde a V.E. muchos años.

Bruselas, 20 de Junio de 1815.

B.L.M. de V.E.,
Miguel de Alava.

A Miniussir, en realidad, no le había sucedido nada, pero según repasaba el escrito, antes de firmarlo, pensó que agrandar su figura con una herida de importancia no explicada, y con un caballo muerto entre sus piernas, vendría bien para conseguirle una recompensa y de paso justificar lo mucho que se había gastado en alquilar monturas. Como todo artillero naval sabía que jamás debe desdeñarse la posibilidad de que un tiro de fortuna reviente la santabárbara enemiga, y la de Fernando era su extraordinaria tacañería. Si con aquella mentira venial conseguía para el chaval el ascenso que merecía, quedaría liberado de confesarse, de aquel pecado y de todos los demás. Talleyrand había dado un par de cenas desde su regreso, aunque relativamente íntimas para sus gustos y preferencias, o eso le había explicado Wellington, que aunque de natural muy reservado con sus propios asuntos era dado al cotilleo cuando se trataba de terceros. Él estuvo en una de las dos, y así pudo comprobar que sí había visto una vez a Talleyrand, en Bayonne, aunque sin haber hablado con él; también, que aunque su intendencia no era mala estaba lejos del contar y no acabar que describía Wellington, si bien eso sucedía cuando contaba con la más portentosa *châtelaine* del continente, lo que por entonces no era el caso; por último, que si alguien poseía el don del encanto, la conversación, el humor y la capacidad de provocar a su alrededor lo que más le conviniera, carcajadas o espanto, sonrisas o escalofríos, era el Prince de Talleyrand, modelo indiscutible del perfecto diplomático. En su caso, al menos, ya tenía en quién fijarse y de quién aprender; jamás sería tan exquisito como él, no se hacía ilusiones, aunque mejoraría muchísimo si no le perdía de vista.



Lady FitzRoy Somerset (sobrina favorita de Wellington). No se perdía una. (Esposa de Lord FitzRoy Somerset)

La cena tenía por objeto agasajar a los embajadores y plenipotenciarios presentes en París. Asistían, según Álava constataba en el gran salón del *hôtel* Talleyrand, Wellington en su calidad de representante del rey Willem, Castlereagh, el embajador ruso Pozzo di Borgo, el bávaro Thurm und Taxis, el prusiano Von der Goltz, el ya recuperado Vincent —designado por el Kaiser embajador en París—, el príncipe Metternich, el conde Nesselrode, el príncipe Hardenberg, Sir Charles Stewart y él mismo. La representación femenina —sabía por Wellington que Talleyrand jamás organizaba «cenas para hombres»; las consideraba intolerablemente aburridas— estaba encabezada por su sobrina y *châtelaine*, la condesa de Périgord, a quien tenía unas infinitas ganas de conocer; eran tantos los que le habían alabado su exótica belleza báltica, su ingenio, su cultura, sus modales, su elegancia, su exquisita cortesía y, en fin, su indiscutible don de fascinar por igual a los hombres y a las mujeres, que se llevó una cierta decepción. Esperaba tanto de la suprema beldad que le sorprendió

encontrar una mujer muy joven, relativamente menuda —esperaba una *walküre*— y de nariz un tanto aguileña, pero superado el contraste de lo visto con lo imaginado no tardó en comprender que si Talleyrand era el gran maestro de los diplomáticos, su sobrina era la reina de las *salonnières*. En sus proximidades operaba otra dama con aspecto de no estar nerviosa; se daba un indefinible aire de familia con la que ya sabía se llamaba Dorothee, pese a ser moderadamente rubia y la otra muy morena; quizá fuera culpa de la nariz, que también ostentaba un discreto caballete. Pese a que nada en sus ademanes delatase que adoraba ser centro de atención era evidente que monopolizaba las miradas de los caballeros en presencia, de modo que con destreza marinera se abrió hueco hasta quedar abarloado al costado de la bella, para ser presentado por un Wellington algo envarado a Wilhelmine, Duchesse de Sagan. «Carajo, la Sagan», se dijo con sorpresa porque no la sabía en París. Era mucho lo que había oído y leído de la hiperfamosa mujer, aunque salvo una sonrisa en verdad simpática no se hizo con nada más, ya que Talleyrand le había cogido de un brazo para presentarle más bellísimas mujeres. Un tanto abrumado por los acontecimientos acabó sentado a una gran mesa ligeramente oval entre una Contesse Auguste-Charlotte von Kielmansegge a la que pronto intuyó un pasado interesante, y una Princesse Dorothea von Lieven, esposa del embajador de Rusia en Inglaterra, que por nada del mundo se habría perdido aquellas turbulentas semanas en el París de la Segunda Restauración.



Princesa Dorothea von Lieven, esposa del embajador ruso en Londres



Auguste-Charlotte, princesa Kielmansiege

En una mesa de veinte comensales no sería posible mantener una única conversación salvo si se hablase a gritos, lo que no era el caso, a excepción de cuando alguien tenía que dirigirse a Hardenberg, cuya sordera debía ser notoria o eso pensaba el embajador Álava, pendiente de lo que sucedía en los diversos cuadrantes sin por ello dejar de sostener una conversación apasionante con una condesa Kielmansegge ciertamente ducha en el noble arte de despellejar a todo el mundo. Su blanco favorito era la *châtelaine*, a la cual reprochaba que señalase como invitado de honor a Wellington —se había sentado a su derecha—, cuando según las reglas de la prelación habría debido elegir a Hardenberg, ya que siendo Metternich y él los de mayor rango de los invitados a la mesa, por ser a la vez cancilleres y primeros ministros, aquél era más antiguo en el empleo. También le reprochaba que le hubiese saludado no con la reverencia que las condesas deben realizar ante los duques, sino echándole los brazos al cuello y estampándole un par de besos, uno por mejilla, para tras eso formular una innecesariamente alta declaración de agradecimiento por haberles salvado del Tirano. Un Tirano, según el despreocupado Lord Stewart explicaba por entonces a la duquesa de Sagan —estaba sentado frente a la Kielmansegge, con la Sagan a su babor y ésta frente al hechizado embajador español—, que unos pocos días antes había renunciado a procurarse un dorado exilio en Las Colonias, para tras eso pasar de *l'Saale* al *HMS Bellerophon* y sobre su cubierta rendir su sable a Sir Frederick Maitland, comandante de la nave y hermano de Sir Peregrine, el que le dio la puntilla en Waterloo. Al general le habría gustado explicar que la puntilla se la dio Gneisenau en un poblachón llamado Genappe, pero además de que se había jurado jamás decir eso en tanto Wellington no lo aceptara de una forma pública, y no sería él quien le sugiriese que lo hiciera, le parecía evidente que aquel adorable híbrido de diosa y duquesa paladeaba las palabras del guapísimo Sir Charles —joven, rico, viudo, alto, moreno y de ojos azules; sin duda que hacía estragos— con algo más que un comprensible interés histórico.

Tal como estaba configurada la mesa, Talleyrand en uno de los centros y flanqueado por las recién llegadas de Londres Lady Harriet Granville y Lady Frances Shelley —junto con la Lieven formaban un trío de magníficas cotillas, o eso iba pareciendo al embajador; de la Shelley, en particular, tenía entendido que se la consideraba la última *femme de champagne* del infatigable Wellington—, y Hardenberg frente a él, escoltado por una escotadísima Lady Caroline Lamb —otra inglesa muerta de curiosidad— y una condesa de Boigne que debía de ser la única indígena en aquella cena internacional, resultaba difícil escuchar las palabras del anfitrión, lo que Álava lamentaba porque debían de ser divertidas, a juzgar por las carcajadas que con envidiable frecuencia estallaban a su alrededor.



Lady Caroline Lamb, esposa del futuro 'premier' Lord Melbourne; éste no se enfadó mucho por el devaneo que se trajo Wellington con su señora en el mágico verano de París y 1815

—¿No consigue usted escuchar al príncipe, Monsieur D'Álava? Era la primera vez que la diosa le dirigía la palabra, lo que, pesimista, interpretó por un simple deseo de dar un descanso al exhausto Stewart —no había parado de decir tonterías—, a fin de que recuperase fuerzas alimentándose un poquito, aunque también podría ser por quebrar en seco a la incansable Kielmansegge, con la que tampoco había cruzado palabra en todo el primer plato y buena parte del segundo, pese a que de vez en cuando le dirigía unas miradas tirando a gélidas. Ninguna diosa es perfecta, reconoció el general; la imperfección de aquella residía en su voz, un punto áspera y quebrada, de un tipo que, si fuera una divinidad española, no dudaría en calificar de «cazallera».

—Temo que no, Alteza, y de veras que lo siento, porque a juzgar por las caras que ponen los que le rodean debe de hablar de algo por demás interesante.

—Mis amigos me llaman Mina, embajador, y espero que usted lo haga también.

Un excelente detalle de señorío, reconoció Álava exhibiendo una gran sonrisa; pese a ser la mujer más rica del mundo, en absoluto era estirada.

—Los míos me tratan de Miguel.

—Eso ya lo sabía. Me lo dijo Wellington. Habla muy bien de usted, ¿sabe?

Álava se lo quedó pensando, unos segundos. No sabía muy bien qué responder.

—Bueno..., hemos estado juntos en un par de guerras. Igual nos hemos dado suerte, uno al otro.

Una nueva salva de carcajadas atronó el centro de la mesa. Destacaban, en particular, las de un Lord Wellington que rara vez se prodigaba en eso, como bien sabía su antiguo QMG.

—¿Sigue sintiendo curiosidad por lo que ha dicho?

—Desde luego, pero me pregunto cómo ha podido usted oírle; los cañonazos de Waterloo quizá me han dejado más sordo de lo que ya estaba.

—No se preocupe, que tampoco yo puedo escucharle, aunque podría repetirle, palabra por palabra, lo que acaba de contar —los ojos de la Kielmansegge, la Lieven y el Álava la miraban con la fijeza que sólo da la expectación—; sucede, mi querido embajador —una sutil forma de dar un poquito en los morros a la sajona y a la rusa; se notaba que no le gustaban—, que como buen diplomático Charles-Maurice atesora un inmenso repertorio, y a menudo lo exhibe, sobre todo si entiende que conviene provocar algunas risas para poder después hablar de cosas serias en una forma relajada. Lo que acaba de referir es su célebre teoría de las perversiones. ¿Nunca le ha oído explicarla? —el ojiplático embajador denegó con la cabeza; le maravillaba que una dama de tan suprema elegancia y educación tan exquisita pudiese hablar de «aquellas cosas» con esa displicente sencillez; la princesa y la condesa, por su parte, sostenían una dura lucha entre su incontrolable curiosidad y las convenciones sociales—. Bien, pues yo se la cuento. Es muy breve, se lo avanzo. Él a menudo la extiende hasta la desmesura, pero yo sólo domino la versión lacónica. En síntesis, él sostiene, y yo no estaría en contra, que de todas las perversiones que afectan al género humano, y en particular al que vive de predicar la religión, la peor, la más abominable de todas ellas, es la castidad —el embajador no pudo reprimir una gran sonrisa, y no por los conceptos que vertía la duquesa, sino por la malicia extrema con que lo hacía, los ojos muy brillantes y muy abiertos, y un levísimo gesto irónico en unos labios que justificarían matar por ellos—; de ahí viene que los países donde la cultura católica es mayoritaria, que son los mismos donde la educación infantil suele confiarse a los religiosos y a las religiosas, son los que produzcan un mayor número de pervertidos, por no decir degenerados, y es que la castidad forzada, si lo piensa usted, es el origen de todos los horrores: la pederastia, el onanismo, la sodomía y, en fin, todas esas actividades que tanto preocupan a los clérigos. Él lo comprendió en sus duros años de sacerdocio y obispado, aunque vio la luz a tiempo y así abandonó tan peligroso vicio a muy temprana edad, no recuerdo si a los doce o a los trece. Tras eso y ya curado para siempre, pues según parece los remedios impartidos entre sábanas imprimen carácter, dedicó cierto esfuerzo a codificar su teoría, en lo cual le ayudaron la

infinidad de confesiones lamentables que hubo de soportar en el ejercicio de su ministerio. A eso se debe la simpatía que aún siente por las recomendaciones jacobinas, las de no permitir a los sacerdotes y a las monjas acercarse a los niños y a las niñas, salvo a los que dieran pruebas fehacientes de una saludable promiscuidad. A todo eso suele añadir, pero esta vez no creo que lo haya hecho, pues Castlereagh le oiría, que si bien tampoco está en favor del sistema inglés, el de administrar castigos físicos a los adolescentes en sus adorables traseros desnudos, lo encuentra menos nocivo, pues pese a parecer vituperable acarrea unas ensoñaciones deliciosas.

La duquesa se interrumpió para beber un poquito de vino y saborear expresiones. Tanto Álava como Stewart se abstenían de controlar sus risas —Stewart algo menos, al final; quizá todavía le doliera el culo, se decía el endurecido embajador—; la Kielmansegge y la Lieven miraban a otro lado, con gesto entre disgustado e incómodo. Como Álava no tardaría en constatar, Mina von Sagan no estaba bien vista entre sus iguales de género, lo cual le importaba un bledo. Por algo era, según Wellington le había explicado en Bruselas, la mujer más rica del continente, y no sólo eso: a diferencia de casi todas, que para los asuntos de su propio dinero se veían forzadas a confiar en sus maridos, sus padres, sus hermanos o sus tutores, administraba sus bienes por sí misma y hacía con ellos lo que le daba la gana; exactamente igual que haría un hombre, de haber alguno, además de Nathan Rothschild, que tuviera tanto dinero como ella. Esa era la razón, según Wellington, de que se hallase tan por encima del bien y del mal, del pecado y de la virtud, del cielo y del infierno, y de Dios y del Diablo. Era tan perfecta y tan completa, no había dudado en asegurarlo, que por ella sólo podía sentirse miedo.

París, sábado 22 de julio

Gneisenau repasaba el cuadro de situación que le había preparado Grolman. Lo hacía mientras llegaba Clausewitz, con quien pensaba cenar en un Saint-Cloud de donde había marchado todo el mundo, comenzando por Blücher, que acompañado de Nostitz quería darse una vuelta por las casas de juego del Palais-Bourbon. Él daba por hecho que volvería con la bolsa rebotante. A Fouché y a Talleyrand, si recordaban la primavera del año anterior, les parecería rentable cubrir las pérdidas de los establecimientos afectados a cambio de mantener a Blücher entretenido y contento.

La que más le alegraba era que la guarnición de Landrecies al fin salía para el Loire. El juicioso Prinz August le había concedido el mismo trato que a la de Maubeuge. El botín conseguido en absoluto resultaba desdeñable, pero lo mejor era que al fin se despejaba la ruta fluvial Niedermeusse-Sambre-Oise-Seine, lo que simplificaría en gran medida la intendencia del Niederrheinarmee. Lo que más le irritaba era el empecinamiento de la pequeña fortaleza de Bouillon. Su comandante, un general partidario de Louis XVIII, había izado la bandera borbónica nada más ver llegar al Norddeutsche Bundeskorps. Él habría sido partidario de tomar aquello como una neutralización, pero Wellington se opuso, aunque sin explicar lo que no podía ser más obvio, que sus acuerdos con el rey Willem incluían traspasarle aquella fortaleza. Lo había pensado con detenimiento antes de proponer a Blücher que aceptara la posición de Wellington, pues aquello reforzaría las futuras pretensiones prusianas sobre territorios franceses. Sin embargo, el condenado tipo, un tal Bonnichon, había emprendido una defensa numantina que ya duraba un mes y que bloqueaba media brigada Mecklenburg. Un coste desmesurado para un bastión que no valía nada; si en vez de alemanes los sitiadores fueran prusianos habría ordenado un ataque con las banderas negras muy en alto, pero con aquellos blanditos mercenarios no cabía contar. Pasar a cuchillo guarniciones heroicas no figuraba en sus anticuadas costumbres.

No le disgustaba que los rusos acamparan lejos de París. El Zar se había inclinado por las recomendaciones de Wellington, pues a Louis y a Talleyrand no les hacía el menor caso. Con los rusos a sesenta millas el riesgo de choques con la población civil, con la guardia nacional y con los contingentes prusianos, austríacos y británicos, se reduciría bastante. La idea de ver a las hordas verdes vagando borrachas por las calles, plazas y avenidas de París les había quitado el sueño, a Müffling y a él. Un año de mandar sobre dos *armeekorps* rusos les habían dejado claro que aquella carne de cañón era excelente para mantenerla tan lejos de la civilización como fuera posible.

Clausewitz venía preocupado, si no alarmado. El comportamiento de las tropas de Zieten, por mucho que hubieran abandonado las viviendas particulares, tarde o temprano les pondría en dificultades. Actuaban como una horda de bárbaros en

terreno conquistado, no como un ejército aliado que había venido a liberar a los franceses de un tirano indeseable. Con sus acciones generaban en el pensamiento inconsciente de los ciudadanos una gran aversión hacia Prusia y los prusianos, de consecuencias que podrían llegar a ser muy graves, pues jamás debería olvidarse que Francia era un gran país, unido y homogéneo dentro de sus formidables fronteras naturales, rico, próspero y habitado por treinta millones de almas, mientras que Prusia era una suma de territorios inconexos cuyos habitantes desconfiaban abiertamente los unos de los otros; un país pobre, atrasado e indefenso por carecer de fronteras naturales. Un día u otro su coyuntural superioridad militar se vería de nuevo anulada por una pujante Francia deseosa de ajustar cuentas. Su conclusión era que Prusia debería mostrarse más prudente, o acabaría pagando un precio terrible por su arrogancia, por su desprecio hacia la población y por la política indiscriminada de saqueos, tolerada, si no inspirada, por el mando supremo del ejército. Gneisenau escuchaba sin dejar de masticar. Valoraba en gran medida la opinión de su amigo, aunque la influencia que su pensamiento ejercía sobre los suyos no era siempre la que Clausewitz deseaba o esperaba. En aquella ocasión sucedió eso precisamente:

—En ese caso, mi querido Carl, lo que deberemos hacer será conseguir que Francia jamás sea tan fuerte como para preocuparnos, y al tiempo crecer nosotros mismos a fin de convertirnos en un país con fronteras naturales, sin estados independientes situados entre nuestros territorios y con tantos habitantes como Francia. ¿Qué cómo? Pues muy fácil: anexionándonos los que hablen alemán. Ya sé que hoy parece imposible, pero hay cerca de cuarenta reinos, ducados y principados que, si nos lo proponemos, en pocos años encontrarán conveniente formar parte no de una Confederación Germánica sin utilidad práctica, sino de Prusia. O, mejor aún, de un Imperio Alemán. De un II Reich.

No era la primera vez que Clausewitz escuchaba esos sencillos aunque implacables conceptos. Quizá fuera ésa la principal característica de su amigo y superior, la implacabilidad. Caracterizaba todo lo que hacía, cuando menos desde que le conociera en Berlín a finales de 1807, aunque sospechaba que comenzó a ser así cuando le pescaron de su primer charco. El día que les presentó su jefe y en cierto modo preceptor, el Oberst Scharnhorst, Gneisenau, recién ascendido a Oberstleutnant, venía de haber resistido con incomprensible obstinación un asedio de tres meses en la fortaleza de Kolberg. Ahí había demostrado que si por las buenas era muy difícil conducirlo por donde no quería ir, por las malas era imposible. Scharnhorst era por entonces un pensador militar acreditado en un reducido círculo de personajes cuya influencia sobre Friedrich-Wilhelm, aplastado, humillado y arruinado por Napoleón, se acrecentaba cada día que pasaba, no sólo por expresar con precisión y sencillez las razones que habían llevado al país al desastre de 1806 y 1807, sino por tener bastante claras las medidas que debían tomarse para devolver a

Prusia su pasado esplendor, sus pasadas dimensiones, su pasada población y, sobre todo, su pasada fuerza. Él era por entonces un *hauptmann* de veintisiete años, de origen incierto —se sospechaba que su *von* era un invento de su abuelo—, sin fortuna personal y sin otros méritos que una inteligencia muy despierta y una singular capacidad para sintetizar y codificar las ideas que brotaban de la privilegiada mente de Scharnhorst, presidente del comité de reforma del KPA y director de la recién creada *Kriegsakademie*, y las que no tardaron en manar de la mucho más radical de Gneisenau, su asociado más íntimo. Así, durante seis años, hasta la muerte de Scharnhorst en 1813, formaron un equipo donde los dos mayores pensaban y racionalizaban, y el joven lo ponía todo en papeles no siempre publicables. Así se desarrolló la gran estima y aún mayor admiración que sentía por los dos, las cuales no le impedían valorarles como a su afilado juicio eran: Scharnhorst, que nunca se distinguió en el campo de batalla, era el mejor Generalstabschef imaginable para tiempos de paz, mientras que Gneisenau resultaba muy superior en todos los demás. Quizá, se decía reflexionando sobre sus últimas palabras, debería pensar en ceder el sitio a uno como Boyen, menos dotado para llevar adelante una campaña pero más adecuado para lidiar con una paz que, si entre todos no la estropeaban, podría durar generaciones. Gneisenau, por mucho que le apreciara, se hallaba tan cómodo en medio de los cañonazos que podría terminar siendo un peligro.



Generalleutnant Gerhard-Johann von Scharnhorst, por Fritz Bury

Wellington y Álava cenaban en Beauvilliers, el más antiguo, distinguido y de más interesante cocina de los dos mil y pico restaurantes de París, cifra muy notable si se consideraba que veintiséis años antes, cuando el populacho tomó la prisión de La Bastille, no llegaban a cien. El que se hallase a rebosar —al igual que Le Cadran Bleu, La Tour d'Argent, Meot, Frères Provençaux, Le Rocher de Gancale, Véry, Le Procope, Le Veau qui Tête y La Galiotte, los más acreditados en el circuito de la gran cocina parisina; quizás hubiera más, pero Álava podía dar fe de que al menos en aquellos se cenaba de maravilla— era otra demostración de que la vida ya era estable. La ciudadanía convivía sin problemas con los numerosos grupos de soldados prusianos, británicos, alemanes, holandeses y austríacos que a las horas de luz recorrían extasiados la ciudad —por la noche sólo se veían oficiales, además de las

escortas de los mandos que iban de cena en cena o de fiesta en fiesta, como el medio escuadrón de *horse guards* que protegía las espaldas del Old Attie, y por extensión la de tres docenas de personalidades más o menos conocidas que accidentalmente cenaban en el antro, entre los que destacaba el grupo formado por Lord Stewart, la duquesa de Sagan, Sir Henry Percy y Lady Frances Shelley, a los que Álava y Wellington habían saludado mientras se dirigían a su mesa—, y con los cada día más numerosos visitantes, los cuales se podían agrupar en cinco tipos principales: los pertenecientes a los nada reducidos séquitos de los soberanos, los incontables políticos, diplomáticos y dignatarios de las legaciones extraordinarias, los centenares de visitantes acaudalados que amenazaban con volverse miles, los periodistas, escritores y corresponsales de prensa extranjera y, por fin, una sorprendente cantidad de *cocottes* de primera fila y muy seguras de no encontrar excesiva competencia, ya que la oferta local bastante haría con atender malamente a la masa de soldados que turnándose a razón de diez o doce mil al día copaban los peores *arrondissements* de la ciudad. Gracias a los cinco grupos, no sólo era imposible dar con una mesa en los restaurantes más famosos, sino que tampoco era posible conseguir una localidad en los atestados teatros. Habría sido una guerra horrible y espantosa, y todo el mundo lamentaba de corazón que hubiera treinta y tantos mil franceses menos, pero a los gremios de la hostelería y el espectáculo, así como al comercio, le había venido estupendamente.

—Parece que la duquesa y Lord Stewart se llevan bien. Igual acaban en algo.

—No apuestes por eso. Ella sólo intenta darme celos, y Charles está en las últimas. Su esperanza es pegar un braguetazo, y Mina sabe demasiado de parásitos para que se deje liar. Charles, en realidad, sólo mata el tiempo a la espera de que la Vane-Tempest crezca un poco. Apenas tiene quince años, y si bien no parece que llegue a ser una belleza posee casi tantas tierras como la Sagan. Bebe los vientos por él desde que tenía doce, y aunque a su padre le horrorizaba que acabara casada con un tipo veintidós años mayor y con fama de trueno, le será imposible oponerse.

—¿Por qué? ¿Presiones sociales? ¿Familiares?

—No. Es que se ha muerto. Apoplejía, creo. Con Mina, y con la Bagration, y con todas las demás, nuestro buen Pumpernickel no hace más que distraerse. Si la otra, como me han cotilleado, viene con alguna de sus tías a dar una vuelta por este divino París, ya verás lo que tarda en volverse discreto.

—Y la pobre duquesa se llevará un disgusto.

—No seas ingenuo, Miguel. Mina tiene todos los hombres que quiere, o casi todos. Su problema es que ninguno tarda en aburrirla. Cuando da con uno que no lo hace, o bien está casado y no le apetece descasarse, como le pasó con Metternich, o, simplemente, no quiere dejarse atrapar por una mujer tan posesiva, tan obstinada y tan dominante —un comentario, se decía el embajador, que sonaba un tanto a

exculpación; le habría gustado saber más, pero bien sabía que a Wellington jamás debía preguntársele—. Hablando del encomiable Kanzler, te recomiendo el menú «a la Metternich»: ternera braseada con *paprika* y un pastel de castañas, lo último anegado en una salsa de chocolate. Al hombre le gusta mucho, al punto que a menudo se zampa dos raciones. Ah, por cierto: invito yo —el embajador elevó sus cejas, intrigado; ni los que más le querían acusarían a Wellington de rumboso—; es que Willem y su amable parlamento acaban de nombrarme Prins van Waterloo, lo que trae consigo una pensión vitalicia de veintiún mil florines y el usufructo *ad aeternum*, extensible a mis descendientes en línea masculina, de una propiedad que por lo que me cuenta Billy es colosal.

—Pues que sea enhorabuena. Llevas camino de ser el mayor terrateniente del mundo.

—No tanto. Entre la finca esa, la que me regalaron los portugueses y las dos de Granada, no llego ni al diez por ciento de lo que tiene la Sagan. Cuando te dije que no hay nadie que la iguale, no exageraba.

Álava, distraído, vagabundeaba la mirada por el extremo del no muy grande comedor, donde la horda de la duquesa se deshilachaba en desinhibidas carcajadas; la voz cantante parecía llevarla ella, por entonces poco menos que llorando de risa. Podría ser la mujer más rica del mundo, aunque no la menos espontánea, ni la menos segura de sí misma. Poseería todas las discutibles virtudes que había enumerado Wellington, no lo ponía en duda, pero él sería incapaz de resistírsele.

—¿Qué tal van las negociaciones? ¿Progresáis mucho?

—En absoluto. Nadie tiene prisa, en parte gracias a Talleyrand, que necesita ganar tiempo. Sabe que a más pronto lleguemos a un acuerdo, más terreno deberá soltar y más millones deberá pagar. De ahí que aplique su maestría en maniobras dilatorias, al tiempo de socavarnos por separado, planteándonos a cada uno acuerdos excelentes a cambio de plantar a los demás. Todo entre banquetes, recepciones y bailes que no se acaban nunca, como si hubiéramos vuelto a Viena. Gracias a Dios los prusianos no tragan, o no traga Gneisenau, que sigue a lo suyo, tomando fortalezas. Gracias a eso el espíritu de guerra todavía pervive, y con él la dureza de algunos, como Hardenberg y Nesselrode. Gracias a eso, ni Castlereagh ni yo hemos necesitado emplearnos a fondo. No todavía, por lo menos.

—¿Cómo es que vosotros sois dos y los demás uno solo?

—Los rusos son tres, pues además de Nesselrode están Kapodistiras y Razumovsky. Nosotros, además, no somos dos. Castlereagh representa los intereses de Inglaterra y yo los del VKN. Nadie se lo cree, como es natural, pero así se ha dispuesto en el plano formal y todo el mundo ha tenido que tragar. Sólo Talleyrand tendría derecho a oponerse, pero se siente cómodo con los dos. Igual piensa, el infeliz, que aún seguimos en Viena. Cambiando de tema —era evidente que a

Wellington no le apetecía mucho hablar de cosas serias—, ¿qué tal te fue ayer con la Kielmansegge? ¿Te amargó la cena?

—No especialmente, pero me costaba prestarle atención. La duquesa es mucho más divertida.

—Probablemente, pero la otra tiene su punto de interés. Aún es joven, que a los cuarenta no llega, y como pudiste ver no tiene mal aspecto, pese a que su hijo mayor, de los cinco que tuvo, ya tiene dieciocho. Se casó jovencita con un conde Lynar al que dicen asesinó cuando tenía veintitrés, por haberse vuelto loca por otro conde, un tal Ferdinand-Hans von Kielmansegge al que deberías recordar porque mandaba la milicia de Hannover el día de Waterloo. Con él tuvo sus dos últimos cachorros, aunque después partieron peras. Ahí le comenzó una extraña pasión por Bonaparte, se piensa que platónica porque Joséphine y ella se llevaban bien. Se murmura que le hizo de agente confidencial, tipo «alcoba», en unas cuantas cortes, las de München, Dresden y Stuttgart entre otras. Le fue tan fiel como para seguirle a Elba, pero se sospecha que al tiempo trabajaba para Fouché. Bueno, eso es lo que suponen algunos. Yo, en cambio, estoy seguro. Es que una vez me fue a ver a Bruselas, llevando unas enaguas excelentes que luego tú estudiaste —Álava sonrió, divertido; recordaba la sabrosa información, si bien no llegó entonces a saber sobre qué caderas había llegado a Wellington—. Aún debe de seguir trabajando para él, a lo que supongo se debe que Dorothee la sentase a tu lado. ¿Te tiró los tejos, en algún momento?

—Pues pudiera ser. No recuerdo cómo, pero me dijo algo así como que sentía una gran curiosidad por visitar la embajada, por los cuadros y todo eso.

Wellington compuso un gesto de *voilà*.

—Te felicito cordialmente. Si Fouché te ha puesto una espía es porque valora en gran medida la influencia de la corona española en la negociación del tratado.

—Si es así, está muy despistado. Yo no pinto nada. El negociador será otro, si es que Fernando se acuerda de mandar uno. A mí, por lo menos hasta hoy, Cevallos no me ha ordenado que lo sea.

—Ya lo hará. Si no se ha vuelto idiota del todo entenderá que tú puedes ejercer mucha más influencia que cualquier otro, así como llegar a mucha más gente.

—Te agradezco tus balsámicas palabras, pero no soy conde ni marqués. Ya verás como al final acaba enviando uno. En la mentalidad borbónica, lo que cuentan son los títulos.

Wellington asintió con fingida tristeza. Lamentaba la mala suerte de su amigo, la de soportar una nacionalidad que le trataba de un modo tan injusto, pero también era verdad que mejorar de posición y de fortuna le sería sencillísimo. Bastaría, simplemente, con que acabara de volverse inglés.

París, martes 1 de agosto

Gneisenau y Grolman estudiaban la evolución de la *Festungskrieg*, pese a que después no habría reunión con Blücher; éste había tomado la costumbre de acostarse muy tarde, cuando regresaba de la casa de juegos que hubiese devastado la noche anterior y tras dar cuenta de la tercera botella de la jornada. Era difícil verle antes de mediodía, e incluso entonces Gneisenau prefería distraerle lo menos posible. Su inmutable malhumor no le asustaba, pero le aburría. Sin que hubiera dejado de respetarle ansiaba la llegada del día en que regresase a Schlesien y les dejara en paz, pues aún quedaba mucha guerra por luchar. La buena noticia era la rendición de Mariembourg. En cuanto a las demás fortalezas, lo peor llegaba de Mézières y de su vecina Charleville. Las mandaba un tal Lemoine, bonapartista fanático al que traía sin cuidado que hubiera un rey en París; poseía no sólo una formidable reserva de munición y alimentos, sino las maestranzas de Charleville, una población dedicada por entero a la industria militar. Su fuego artillero no dejaba vivir a sus sitiadores, media brigada Oldenburg, contra la que realizaba frecuentes salidas y a la que había hecho bastantes prisioneros. Para reducirle, decía el Prinz August, pensaba reducir a cenizas tanto Charleville como Mézières, a fuerza de bombardeos. Si se había retenido era por la llegada de un enviado de Louis XVIII al que había franqueado el paso hasta las posiciones de Lemoine. Aún no conocía los resultados de lo que hablaron, aunque suponiendo que no habría cambios seguía desplegando piezas contra Charleville, cuya población estaba espantada; sin tener nada que ver en todo aquello, la obstinación de aquel lunático estaba por costarles sus propiedades y quizá sus vidas. El Prinz se despedía diciendo que si algo no podía comprender eran las resoluciones de aquel insensato, aunque no por eso estaba menos dispuesto a convertir Charleville y Mézières en dos montones de ruinas.

La última novedad era una nota de Knesebeck, anunciando que Napoleón sería despachado en un navío inglés a la lejanísima Santa Helena, en el Atlántico Sur, donde quedaría confinado de por vida, custodiado por una guarnición británica. Las cuatro potencias (Austria, Rusia, Francia y Prusia) estaban invitadas a enviar comisionados, lo que Knesebeck le hacía saber para su conocimiento y por si deseaba sugerir algún oficial que hablase francés y, deseablemente, inglés. Para un hombre como Bonaparte, pensaba sin sentir compasión alguna, caer en Belle-Alliance o ser fusilado en Vincennes habría sido un final preferible, si no por otra cosa por lo mucho que se aburriría en ese peñasco perdido. En todo caso, apuntó para sí en un rincón de su privilegiada memoria, debería dedicar unos minutos a revisar la larga lista de sus enemigos, a ver si daba con algún candidato adecuado a esa honorable comisión. Sería la más retorcida de las venganzas, se dijo esbozando una sonrisa que ninguno de sus contadísimos amigos, ni siquiera Clausewitz, sería capaz de interpretar.

Wellington, Álava y el recién llegado Somerset revisaban las noticias y los periódicos; esa mañana prestaban especial atención al *Moniteur*, que traía tres edictos de Talleyrand; según la *intelligentzia* de Wellington fueron acordados en la reunión del Conseil Privé del 24, pero su publicación se demoró por las dudas de Fouché y de Talleyrand. El primer edicto traía la lista de los que por haber llevado el país a la catástrofe serían sometidos a un consejo de guerra; el segundo mostraba la de individuos contra los que no había nada específico, pero que deberían dejar París y establecerse donde les indicara el ministro de la Policía, para permanecer vigilados hasta que las cámaras decidieran qué hacer con ellos, si desterrarles o procesarles. La primera y peor —sus integrantes podrían darse por muertos si se dejaban capturar— la componían Bertrand, Cambronne, Clausel, Debelle, Drouet, Drouot, Mouton-Duvernet, Cesar y Constantin Faucher, Grouchy, La Bédoyère, Laborde, Charles-Françoise y Henri-Dominique Lallemand, Lavalette, Lefebvre-Desnoëttes, Lobau, Ney y Rovigo. La segunda la formaban Arnault, Arrighi, Barrere, Bassano, Bory de Saint Vincent, Boulay de la Meurthe, Bouvier, Brayer, Carnot, Cluys, Courtin, Davout, Defermont, Dejean, Divat, Dumoulard, Durbach, Exelmans, Forbin-Janson, Fressinet, Garner de Saintes, Garrau, Harel, Hullin, Lamarque, Le Lorque Dideville, Lepelletier, Marbor, Mellinet, Merlin, Pierre, Pummereuil, Real, Regnaud, Soult, Thibaudeau y Vandamme. Las dos, decía Wellington, eran más breves que las santificadas el 24, en las que figuraban unos cuantos más que si desaparecieron fue por diversas y discretas presiones, en especial la suya; le causaban una profunda pena, pero no por caridad, sino por clarividencia política. Él había explicado varias veces no sólo a Talleyrand, sino al propio Louis, que si un error irreparable podían cometer era tomar represalias de sangre contra militares y políticos señalados. Álava no lo veía tan en blanco y negro. Cierto que sería una tragedia, de las que cuestan la desunión del ejército, pero ésa sería la gran ventaja para Inglaterra; el ejército francés se convertiría en una fuerza no sólo derrotada, sino desunida, con lo cual dejaría de ser temible durante al menos una generación. Lord Fitz-Roy Somerset opinaba lo mismo, pero Wellington insistía en su juicio. A su modo de ver, las hipotéticas ventajas militares para Inglaterra eran secundarias. Los inconvenientes políticos eran más graves, pues acrecentarían el riesgo de un levantamiento contra la familia real, lo que a su vez crearía inestabilidad en el continente, todo lo cual iría contra el propósito prioritario de su país: incrementar el comercio lucrativo y mantenerlo a gran altura durante muchos años, hasta que las arcas públicas estuvieran tan llenas que mereciese la pena emprender alguna buena guerra. Consciente como era de la pésima situación financiera de Inglaterra, no podía sino buscar la paz con todas sus fuerzas, y aquellas dos estúpidas listas atentaban, sobre todo, contra los supremos intereses de su país.

El tercer edicto era breve: el gobierno acordaba pagar a Prusia e Inglaterra una indemnización preliminar de cincuenta millones de francos; la segunda, explicaba

Wellington con bastante frialdad —todo lo que hacía Talleyrand aquellos días le inspiraba una gran desconfianza—, repartiría la suma que le correspondiese con el VKN, Hannover y los ducados de Nassau y Brunswick. No era mala novedad, lo aceptaba, pero le preocupaba que Talleyrand pretendiese cerrar así el asunto del dinero, ya que Liverpool, según reiteraba Castlereagh, en modo alguno estaba dispuesto a conformarse con menos de doscientos cincuenta millones. Contra lo que pensaban los prusianos, que aún quedaba una guerra por terminar, la de las fortalezas, desde hacía días se disputaban otras dos. Una era la de los territorios y las almas; la otra, la del oro. Prusia y Austria querían de lo primero, e Inglaterra y Rusia sólo pensaban en lo segundo; después de todo, y si se sumaban los imperios coloniales, no necesitaban ni más acres ni más campesinos. El dinero era, como siempre terminaba por suceder, lo más importante.

Álava recordaba la sentencia de Wellington: «una batalla es como un baile; cada uno al que preguntes te dará una visión distinta, ninguna falsa pero todas lejos de ofrecer un panorama global»; aquel del *hôtel* Grimod, la suntuosa residencia de Wellington —a Fouché no le costó convencer a su propietario, el abogado y periodista Alexandre Grimod de La Reynière, de que lo alquilase al British Army; marcharse a otra de sus casas no le hacía feliz, aunque reconocía que, al menos, los ingleses pagaban—, ilustraría bien aquella declaración. Asistían unos trescientos caballeros, aunque sólo cuarenta damas, y por lo que sabía él pocas eran francesas. Una cierta conspiración anti-Wellington se había extendido por la ciudad, centrando en él las frustraciones de la ciudadanía, pese a que siguiera tan frívola y desenfadada como siempre, o al menos desde que los cañones de Blücher dejaron de atronar. Un Blücher que se había excusado, quizá para no verse con el gordísimo Louis XVIII, aunque también podría suceder que aquel ambiente le aburría; preferiría seguir saqueando las casas de juego, gracias a lo cual cuando regresase a Kriebowitz sería un caballero rural bastante más adinerado que cuando la dejó en enero de 1813. El que sí vino fue Gneisenau, que fiel a su estilo mostraba un aspecto muy sobrio; vestía su reglamentario uniforme de General der Infanterie, sin apenas condecoraciones; sólo lucía su Eisernekreuz y, pensando que Friedrich-Wilhelm le reprocharía que no lo hiciera, las dos más valiosas para cualquier oficial prusiano, la Pour-le-Merit-mit-Eichenlaub^[230] y la Kreuz-des-Schwarzen-Adlerordens.^[231] Wellington, por el contrario, mostraba buena parte de las muchísimas que tenía, empezando por las últimas con que le habían honrado los monarcas presentes. Álava, en estricto atuendo de ministro plenipotenciario, sin otra condecoración que su Toisón de Oro —otorgado por las Cortes de Cádiz—, se preguntaba, conteniendo una sonrisa, si su amigo no acabaría echando chepa por culpa de toda esa chatarra.

Además de Louis y Friedrich-Wilhelm pululaban por el salón —presidido por un gran retrato de Bonaparte, obra de Gérard— el Zar Alexander, el Kaiser Franz, el Comte D'Artois, los duques D'Angoulême y de Berry, Hardenberg, Humboldt, Castlereagh, Stewart, Cathcart, Metternich, Gentz, Kapodistrias, Nesselrode, Razumovsky, Pozzo di Borgo, Vincent, Von der Goltz, Hill, Murray, Schwarzenberg, Colloredo-Mansfeld, Wrede, Zieten, Grolman, Müffling y el gobierno Talleyrand en pleno. Salvo Blücher no faltaba nadie, aunque aquello era un baile y buena parte de los invitados deseaban eso precisamente, bailar, de modo que las escasas damas en presencia se veían obligadas a dar lo mejor de sí mismas para que ninguno de los trescientos se quedara sin un vals, una mazurka o una polonesa. Las que más en forma estaban, o mejor resistían la fatiga, eran la duquesa de Sagan y sus hermanas, la princesa Hohenzollern-Hechingen y la condesa de Périgord, a las que secundaban eficazmente las princesas Lieven, Bagration, Narishkin y Auersperg, las condesas Boigne, Kielmansegge, Rzewuska, Wróblewska y Marassé, así como Madame Staël-Holstein —cuando convenía sabía ser suiza—, Mademoiselle Choiseul-Gouffier, Madame Eynard, Frau Jablonowska, Lady Granville, Lady Burghersh, Lady Lamb, Lady Shelley, Miss Meade, Lady Mary, Lady Sarah y Lady Georgiana Lennox, Lady Georgiana y Lady Mary Capel y, por fin, una excesivamente juvenil Lady Frances-Anne Vane-Tempest que, rompiendo el pacto de solidaridad establecido entre las damas, no se salía de los brazos de un incómodo Lord Stewart. La única que no bailaba —las que se adentraban en la venerabilidad, que había unas cuantas, a esos efectos no contaban— era Lady Frances Webster-Wedderburn, quien, colgada del brazo del tampoco muy cómodo Wellington, sostenía como podía su barrigón de casi nueve meses, pese a lo cual no había tenido reparo en subirse al carruaje de las atrevidas Capel y las impacientes Lennox, y hacer con ellas el alegre y prometedor camino de Bruselas a París.

Álava, como buen embajador, se deslizaba con suavidad por el margen exterior del gran aposento, entrando y saliendo de los corros, repartiendo saludos y sonrisas aunque sin perder de vista los avatares danzarínicos, al punto de llevar un instintivo registro de parejas significativas. Así pudo constatar que la resuelta Lady Sarah Lennox se las apañaba cada tres o cuatro bailes para enlazar un vals muy ceñido con un embobado Sir Peregrine Maitland, que Friedrich-Wilhelm se mostraba sospechosamente devoto de la Marassé, que la Kielmansegge de vez en cuando le dirigía miradas dos o tres segundos más largas de lo establecido en el protocolo de condesas decentes, que Lady Lamb parecía un punto fastidiada por la obstinación de la Webster-Wedderburn en no desasirse de Wellington, que si los interesados en bailar con la Sagan se pusieran en fila llegarían a la Place de Louis XV y que la reputadísima Dorothée de Périgord, pese a cumplir sus turnos con unos y con otros, a la que podía se amarraba con un oficial austríaco ciertamente apolíneo aunque un

tanto bajito.

—¿Esa de ahí es la condesa de Périgord, mi general?

El buen Miniussir, todavía carente de oficio, trataba de comprender sus fundamentos a base de seguir las aguas de un matalote que no se daba cuenta de serlo.

—Si la memoria no me falla, sí. Es que sólo la he visto una vez.

—Pues hoy está en coplas. ¿Las ha oído?

—Temo que no, pero haz el favor de ilustrarme.

—La gente de Grolman comentaba que hubo un duelo esta mañana. El ofendido era un coronel francés, de los que no se unieron a Boney. El retado, un *aide-de-camp* de Schwarzenberg. Condes, los dos. La razón, que al segundo se le imputa un proceder muy reprobable con la esposa del primero.

—¿Resultado?

—El segundo arreó al primero un sablazo en mitá los cuernos, con el ancho de la hoja. Dado que los padrinos habían convenido un primera sangre, ahí concluyó todo. Al francés se lo llevaron en volandas, con la cara partida y sangrando como un cochino, y el otro se volvió con los suyos.

—¿Y las coplas esas que dices tienen que ver con la condesa?

—Con ella, con su marido, un tal Edmond de Périgord al que aún no deben haber acabado de remendar, y con el que la mira como si pensara comérsela, el conde Clam-Martinitz.

—Pues el tal Edmond es el sobrino y heredero de Talleyrand, y la señora, según se dice, además de su *châtelaine* es algo más que su sobrina. Si lo del sablazo se confirma será un asunto divertido.

Se miraron y sonrieron, malévolos. Qué sería de los diplomáticos sin los buenos chismes.



Edmond de Talleyrand-Périgord, Conde de Périgord

La música cesaba cada tres o cuatro piezas, para dar un descanso a las esforzadas danzarinas, pues con el gran calor que hacía tanto baile frenético daba lugar a que la mayoría de las bellas sudaran como pollos. Una que no lo hacía demasiado, quizá por mostrarse virtualmente desnuda, se acababa de parar frente a los dos, tras desprenderse con escasa dulzura de un príncipe ruso.

—¡Cuánto me alegro de verle, Don Miguel!

—La alegría es mía, doña Guillermina.

La duquesa sonrió. Le gustaba cómo sonaban en español su nombre y su tratamiento.

—He oído por ahí que ha rescatado del Louvre ciento y pico cuadros valiosísimos, algunos del mismísimo Velázquez, y que los ha colgado en su embajada. ¿Es verdad?

—Salvo que lo hemos hecho entre los dos, así es. Por cierto, le presento a Don

Nicolás de Miniussir. Además de trabajar conmigo representó al duque de Wellington en el cuartel general del Fürst Blücher durante toda la campaña, desde Waterloo a París. Señor de Miniussir, la duquesa de Sagan.

El aludido doblaba la cerviz no tan adecuadamente como habría debido. Le costaba un gran esfuerzo escoger entre los bellísimos ojos de la duquesa y sus no peores pechos, sin recordar que a la hora de inclinarse ante una dama sólo deben mirársele los pies. Un error que le costó una sonrisa de las que descomponen a cualquier agraciado consejero de cuarta categoría, y también una mirada como de gataza frente a un inocente ratoncillo que al otro diplomático no le costó calibrar. Nadie podría imaginar lo que habría dado él porque la Vévodkyne Zahánská le hubiese mirado así.

—¿Baila usted el vals, Monsieur de Miniussir?

—Temo que no excesivamente bien, Alteza.

—Pues venga conmigo, que yo le pondré al día.

Le había cogido de la mano, remolcándole hasta el centro de la pista con la naturalidad de una grácil fragata que hiciera lo mismo con un desarbolado bergantín. Un entristecido *man' o war* les miraba con alguna pena y no poca envidia. Miniussir quizá no se diera cuenta, pero rara era la mujer que no se lo comía con los ojos. Quién hubiese nacido así, suspiraba el embajador reemprendiendo su vagabundeo por el salón. Por interesante que pudiese resultar a los ojos de cierto tipo de princesas, ni su santa madre le habría descrito jamás como un hombre guapísimo. En esos tristes pensamientos se deslizaba sobre las baldosas cuando sintió que le cogían del brazo.

—¿Has oído lo último?

—¿Lo del duelo?

—No. Eso debe ser nuevo. Luego me lo cuentas. Hablo de La Bédoyère — Wellington había logrado deshacerse de la Webster-Wedderburn, que quizás estuviera rompiendo aguas por ahí; se le notaba que ardía en deseos de compartir sus pensamientos con alguien de confianza—. Se había escondido en Riom, con Exelmans, pero le dio la locura y volvió a París a ver a su mujer, de la que por lo visto está loco perdido, y a su hijo, que sólo tiene unos meses. Lo hizo sin tomar precauciones, de modo que alguien le reconoció. Esta mañana, al amanecer, le detuvieron en su cama. Le han llevado a la prisión de l'Abbaye. Lo sé por Decazes, el prefecto de París. Ya le ha visto, y está deshecho. Sabe de sobra, y si no lo sabía él se lo ha explicado, que tiene los días contados.

—¿De veras piensas que Louis será capaz de cargárselo?

—Hace un rato intenté hablarle del asunto, y me rehuyó. Talleyrand está desolado, igual que yo. Los muertos como La Bédoyère a la vuelta de nada serán mártires, pero estos alucinados quieren dar un escarmiento y no entienden que sólo conseguirán quedarse sin corona. No sé si en un año, en tres o en diez, pero como

sigan por este camino D'Artois no morirá rey. Te aseguro que no.

Álava no necesitaba que Wellington se lo asegurase. Lo veía con la misma claridad. El precio de conservar la corona para la casa de Bourbon pasaba por predicar la concordia, el apaciguamiento y el perdón, por muchos sapos vivos que Louis, su hermano, sus sobrinos y el coro de ultras que los jaleaban se tuvieran que tragar. Claro que, bien mirado, una Francia inestable, bordeando la guerra civil, podría no ser buena para Inglaterra, pero para España quizá sí lo fuera. Lo tendría que pensar.

París, viernes 4 de agosto

Wellington, Álava y Lord Fitz-Roy Somerset comentaban las noticias del día tras sendas tazas de té. Al primero se le veía preocupado, dentro de que sólo sus dos interlocutores serían capaces de percibir sus imperceptibles muestras de inquietud; para el resto del género humano, Sir Arthur Wellesley podría competir tranquilamente con la Esfinge de Gizeh.

—Estos bestias, además de a La Bédoyère, han arrestado a Ney. Estaba escondido en Figeac, lejísimos de aquí. Por las trazas, alguien le ha vendido.

Wellington, al que Fouché mantenía bien actualizado, siguió con una noticia todavía peor; procedía de Avignon, donde a mediodía del miércoles 2 una turba de realistas había tirado al Rhône al Maréchal Brune, comandante de l'Armée du Var, tras tomar la precaución de pegarle un tiro, por si sabía nadar. Aquello, según Fouché, oficializaba un terror blanco que, si D'Artois no sujetase a sus ultras, acabaría conduciendo al país a una guerra civil. Lo que más inquietud causaba en His Grace, explicó a continuación, no era eso, sino que Giorgina de La Bédoyère había movilizado sus influencias a fin de liberar a su marido; una de sus primeras acciones fue hacerle llegar una emisaria de cuidado, Madame de Staël, la cual le dio la noche antes una carta manchada de lágrimas, rogándole por lo que más quisiera en el mundo que intercediera por su cuasifusilado esposo, en la convicción de que a Louis XVIII, que le debía el trono, le sería imposible negarse a una petición suya. Le pedía, igualmente, que la recibiera, lo cual le causó cierto espanto. No por pensar que le fuese a montar una escena desagradable, de llanto, dolor y todo eso, sino porque la condesa de La Bédoyère tenía fama de ser un regalo para la vista, y no tenía la menor gana de verse a sí mismo en la incómoda situación de no poder aceptar el supremo sacrificio de una esposa enamorada que no quería ingresar en el gremio de las viudas. Tras negarse a través de Germaine lo menos rudamente que pudo, le recetó un buen abogado, para escuchar que Giorgina se había dirigido a Benjamin Constant —ninguno de los muy prestigiosos a los que recurrió en primera opción quería saber nada de mostrarse hostil a la corona—, el cual no debía saber que se había librado por los pelos de acompañar al otro en las listas del *Moniteur*, y tras eso preguntó por qué no hablaba con Chateaubriand, para desorbitarse al escuchar que lo había hecho a través de la compasiva Juliette de Récamier, aunque con resultados decepcionantes, pues tampoco deseaba significarse contra el rencoroso D'Artois. En cuanto a Talleyrand, amigo de la Staël desde hacía un cuarto de siglo, sin duda le oiría las mejores palabras, pero no movería un dedo. Estaba tristemente convencida de que no había nada que hacer, salvo si él intervenía. Entonces, sí. Entonces, seguro, y por eso Germaine se le había lanzado al cuello. Una situación fastidiosa, porque de ningún modo quemaría su ascendiente sobre Louis por un idiota reconocido. Prefería reservarlo para cosas importantes, aunque tampoco deseaba ingresar en la sufriente

cofradía de los ignorados por la Staël, de modo que prometió hacer lo que pudiera pero secretamente dispuesto a no mover un dedo. Los asuntos que andaban en juego eran lo bastante serios como para limitar su capacidad por un cretino que no supo cuidar de sí mismo.

—¿Qué tal resiste Talleyrand?

His Grace compuso un gesto de duda metafísica.

—Sus maniobras para desunirnos siguen sin salirle bien; no se siente respaldado por Louis; los ultras le hostigan a todas horas y en todas partes —llevaba la cuenta con los dedos, en expresión de innumerabilidad—; los prusianos le siguen arrebatando fortalezas; no consigue controlar los desórdenes del Midi, ni los de Toulouse, ni los de La Vendée, ni los de ninguna parte; de dinero está fatal y París, de postre, cada día es más un polvorín. Por si todo eso fuera poco, su *châtelaine* apenas le hace caso, porque se pasa el tiempo con el ADC de Schwarzenberg que casi la deja viuda el otro día; le debe andar curando los ardores atrasados, o eso se sospecha, porque los que hablan con ella la describen como si estuviera ida, mostrando con la mayor impudicia el aspecto de una hembra peor que satisfecha. Eso, a nuestro buen Évêque d'Autun, le tiene carcomido de celos, al punto, murmuran dos o tres de sus ministros —Álava no preguntó quiénes; bien sabía que todos ellos, no sólo Fouché, rara era la semana en que no se confesaban con His Grace—, que le resulta imposible concentrarse. Parece mentira que con los años que tiene, y la experiencia que se le supone, se comporte más como un colegial enamorado que como un primer ministro aplastado de problemas.

Era un análisis muy despiadado, como solían ser los de Wellington, pero Álava no pensaba que aquella vez exagerara. Él, pese a su más reducida información, opinaba lo mismo; había conseguido establecer un cierto trato personal con el primer ministro, que valoraba y agradecía sin dejar de sorprenderle que le dedicara tanto tiempo, al menos de un modo relativo, pues un hombre tan acosado como él no debería malgastarlo en cenas multitudinarias o en asistir a las organizadas por los que no disimulaban su propósito de llevar el país a la miseria, pero el caso era que siempre le sentaban en un sitio lo suficientemente cercano a él —cuando los acontecimientos sucedían en el *hôtel* Talleyrand— para que ni se perdiera palabra ni el otro se quedara sin escuchar sus comentarios, las raras veces que los formulaba. Si alguna fracción del oficio diplomático ya dominaba, era la de saber escuchar.

—¿Y eso es malo?

Wellington se lo quedó pensando, aunque no porque la pregunta le sorprendiera. En realidad, era la misma que no paraba de hacerse desde que asistiese a la firma del Pacto de Saint-Cloud.

—Pues no sabría qué decir. Louis no cuenta con nadie más inteligente, pero tiene tantos enemigos que igual le va mejor con uno más tonto. No creo que tardemos en

saberlo. Si no me confundo, en cuanto sepa por cuánto le saldrá la guerra se sacará de la corona uno menos artero, a ver si así le hacemos un descuento. Una vez suceda eso, y por mucho aprecio personal que yo le tenga, será como si se hubiera cerrado la tapa de su ataúd. Y no te digo nada si además la sobrina se le marcha con el conde austríaco. A eso, la verdad, no estoy seguro de que pueda sobrevivir.

París, viernes 11 de agosto

Si Gneisenau seguía tan de cerca la *Festungskrieg* era por su deseo de facilitar a Hardenberg buenas bazas negociadoras, que siempre son las basadas en la fuerza. Era un firme partidario del ataque preventivo y del hecho consumado, y aunque su país estuviera en manos de pusilánimes no cejaba en su empeño de fortalecerles. Si algo iría bien para crecer a costa de Francia era ocupar sus territorios, y si las negociaciones ulteriores les forzasen a desalojarlos que fuese a cambio de algo; cuando no hay que marcharse de ningún sitio porque no se ha puesto allí la bota, no es posible reclamar una compensación a cambio de hacerlo, y su propósito era conseguir para Prusia la mejor de las posibles, por inútiles que fueran su rey y su gobierno. Su preocupación inmediata seguía siendo la ciudadela de Mézières; Charleville ya se había rendido, pero las fuerzas parapetadas en la primera contaban con suficientes suministros como para resistir indefinidamente. El Prinz August la machacaba sin piedad, pero Lemoine resistía con inconcebible obstinación. Él no creía que pretendiera regalar a la historia una nueva Masada; sólo querría dejar pasar los días hasta que se acordaran las condiciones de paz, en el entendimiento de que así conservaría para Francia la importantísima Mézières, con lo cual demostraba un criterio excelente, pues si él estuviera en su lugar haría eso mismo. Ahora, obstinación por obstinación la suya debía prevalecer; de ahí que ordenase al Prinz August ir al asalto sin preocuparse de las bajas; días antes se inclinaba por ahorrar vidas, pero el tiempo siempre acaba por marcar las prioridades. Influía también que Hake acababa de conseguir dos éxitos inesperados, la toma de Rocroi, intacta, y la de Philippeville, un tanto averiada pero en condiciones aceptables. A los soldados supervivientes los había despachado hacia el Loire, y no por caballería hacia el enemigo valeroso, sino porque Dobschutz ya no podía dar de comer a más prisioneros. Con aquellas dos capturas Hake liberaba una buena porción de tropas. Nada impedía que las volcara en Mézières. También ayudaría el haber traspasado Bouillon al Prins Frederik; estando ya decidido que aquella parte de Francia sería del VKN, que fuera el imberbe aquel quien corriera con el coste de hacerse con ella. La última de las noticias incidía en lo mismo: el comandante de Longwy, Ducos, había enviado a París uno de sus oficiales, en demanda de instrucciones. En buena lógica Talleyrand le ordenaría capitular, de modo que tras hacerse con la fortaleza y dejar allí una pequeña guarnición podría liberar la fuerza de asalto, que además era prusiana y por tanto más expeditiva que la de mercenarios alemanes, y reforzar con ella el cerco de Givet-Charlemont, más cercano a Longwy que Mézières. Poco a poco, se decía estudiando el mapa, la situación se aclaraba. Si nada se torcía más de lo admisible, antes de dos meses, y por tanto antes de que concluyeran las negociaciones, las fortalezas serían suyas. Lo que Hardenberg consiguiera por devolverlas no sería su problema, pero que Dios se apiadase de su alma si gracias a

ellas no conseguía quedarse con Alsace.

Wellington dedicaba su atención a lo que sucedía en París. Lo que más le inquietaba era el recién terminado consejo de guerra contra Charles de La Bédoyère. Su defensor, Constant, no hizo un gran trabajo, aunque no por incapacidad, sino porque no le dejaron. Álava, que junto a Somerset le acompañaba en el análisis, decía que, según había oído de la Récamier, a la que se dictara sentencia pensaba marchar al exilio, consciente de haber figurado en La Lista —debería también serlo de que si al final no se vio en ella fue gracias a él, se decía His Grace con bastante amargura—; la sentencia se sabría en pocos días, aunque Wellington no dudaba cuál sería; de ahí su firme intención de rehuir a Georgine de La Bédoyère, a la cual sólo le faltaba echar abajo de un patada la puerta de su despacho, tal era el empeño que ponía en hacerle intervenir y sin querer aceptar su firme resolución de no complicarse la vida por el idiota de su marido. Dado que aún estaba de muy buen ver, y que nadie pensaba quitarle un franco, mejor haría, sentenció sin especial frialdad, *a la británica*, si se preocupaba de ir buscando algún posible interesado en «proteger» a una viuda interesante.

La segunda novedad venía de Schwarzenberg: le pedía zapadores para desmontar los caballos de San Marcos, los que Bonaparte se trajo en 1797 para coronar el arco del Carrousel. Austria, por lo visto, quería sumarse a la política iniciada por Prusia y seguida por España de recuperar por las malas sus obras de arte. Debía ser contagioso, pues el Papa también se sumaba, si bien, y quizá por no poseer un ejército propio, prefería las buenas, sirviéndose como peticionario de un escultor, Canova, que se había ganado el pan, y más cosas, esculpiendo para los Bonaparte. Sucedió que las únicas obras de arte depositadas en el Louvre y aún pendientes de ser devueltas a sus propietarios eran las pontificias y el resto de las españolas. Vivant-Denon se había negado a retornar las primeras alegando que no habían llegado al Louvre como botín de guerra, sino a consecuencia de un tratado suscrito entre Francia y los Estados Pontificios. Si desde un punto de vista jurídico el argumento era incontestable, la realidad era que Su Santidad firmó el acuerdo deslumbrado por el brillo de miles de bayonetas francesas, de modo que la libertad de que gozara en el momento de bajarse lo que se bajarán los papas era, cuando menos, discutible. Pio VII, que defendía esa interpretación, prefería no servirse de la fuerza —la que alguien ejerciera por él—, pues bien sabido es que los Papas sólo bendicen la violencia cuando el Espíritu Santo considera que así debe ser. A eso se debió que despachase un representante tan de paz como Canova, el cual nada más llegar se postró ante Alexander, Franz y Friedrich-Wilhelm. Un proceder muy hábil, pues dio lugar a que los tres *feldmarschalls* (Wellington, Blücher y Schwarzenberg) instruyeran por escrito al gobernador Müffling para que rescatara las piezas reclamadas por Su Santidad y

las confiase al embajador del VKN —el duque de la Toscana—, el cual se ocuparía de hacerlas llegar a Roma. Müffling, tras convencer al indignado Vivant-Denon de que sería mejor no desafiar a Jesucristo, cerca estuvo de poner un marco a la carta: pensaba, y con razón, que no habría otra donde hubieran firmado, al pie, los tres mariscales aliados presentes en París.



Pio VII, Papa de Roma

Lord Fitz-Roy, mientras Álava se concentraba en los periódicos ingleses, hizo saber a His Grace que los comandantes de las fortalezas de Bouchain, Lille y Douai, aún no atacadas por las fuerzas del Prins Frederik, se manifestaban a favor de Louis XVIII para después marchar hacia el Loire sin que Frederik, por una vez juicioso, lo impidiera. El chico, visto aquello, igual podría llegar a ser un príncipe de provecho.

Lo demostraba, según supo a continuación, que había llegado a un acuerdo con el general Roy, el defensor de Valenciennes: la guarnición de la ciudad —la poca que sobrevivía— se dirigiría también a la orilla sur del Loire; Valenciennes quedaría en manos de la Guardia Nacional, liberando así a las fuerzas del VKN. Después pactó lo mismo con Bonnaire, comandante del Fort de Condé, que a esas horas ya estaría también de camino. La paz, cuando menos en el área de su responsabilidad, estaba cerca de alcanzarse, de modo que no dudó en manifestar su buen humor al escuchar de Lord Fitz-Roy un muy naval memorándum del Viscount Keith. En él daba cuenta de que Bonaparte había llegado a Torbay a bordo del *HMS Bellerophon*, que le había visitado para explicarle cuál sería su destino y que le vio tomárselo a muy mal, demostrando no ser consciente de su posición y de lo muy agradecido que debía estar a Inglaterra porque no se le colgara de una verga; los aires que se daba eran los de uno que piensa de sí mismo que sigue siendo el emperador de Francia, no un prisionero condenado a serlo de por vida. Debería dar gracias a Dios por ir a una isla de clima excelente y con un séquito que le riera las gracias, y no a la lóbrega mazmorra que merecía. En cualquier caso, y por mucho que protestara, hizo que fuese transferido con séquito y equipaje al *HMS Northumberland*; pese a su insistencia no le autorizó a bajar a tierra —le alarmaba la gran cantidad de curiosos que se acercaban a los dos barcos, a fin de cruzar palabras a bocina—, pretextando que sólo esperaba una inminente señal del Viscount Melville, First Lord of the Admiralty, para dar orden de aparejar. Añadía en un postscriptum que su común amigo el contraalmirante Cockburn, comandante del *Northumberland*, permanecería en Saint Helena un par de meses, en funciones de gobernador y carcelero de Bonaparte, hasta la llegada del designado por Lord Bathurst para esa función, el honorable Sir Hudson Lowe. Los interlocutores de Wellington sabían que rara vez prorrumpía en carcajadas; de ahí que les sorprendiera verle sujetarse la tripa para no estallar de risa. Sucedió, supieron a continuación, que la idea de confiar a Lowe aquella misión no nació en la cabeza de Bathurst, sino en la suya. Qué mayor venganza podría nadie tomarse sobre aquellos dos maleantes que condenar al uno al supremo aburrimiento de soportar la mezquina personalidad del otro, y a éste de facturarle al fin del mundo para mantenerle allí, lejos de la civilización, mientras Boney alentara. Se lo había sugerido en una de sus cartas, y aunque nunca hizo comentarios ahora veía que su pequeña maldad no cayó en saco roto. Algo más sereno añadió que sentía cierta pena por Boney. Por muy tirano que hubiera sido, no se le podían negar sus méritos intelectuales y su talla de gran general. Dejarle abandonado entre las garras de aquel carcelero infernal sería eso mismo, un anticipo del infierno. Despeñarle desde lo alto de un acantilado habría sido más caritativo, ya que, no le cabía duda, Lowe acabaría llevándole a la desesperación, si no al suicidio. En realidad, con aquel nombramiento no sabría él decir a quién se castigaba más, si a

Bonaparte por el inmenso daño que había causado a la vieja Europa o a Lowe por haberse granjeado el desprecio y la enemistad de casi todos sus iguales. Ser el carcelero de Boney, en aquella isla infame perdida en el Atlántico, no dejaba de ser un destierro.

Una de las características de los buenos amigos es que deploran dar malas noticias. Álava guardaba silencio desde hacía unos minutos, esperando a que Wellington terminara su recorrido por los palacios de París, el noreste de Francia, el idílico Devon y la misteriosa Saint Helena. Sostenía entre sus manos el último ejemplar del muy amarillo *Saint James' Morning Chronicle*; traía en primera página un titular escandaloso al que seguía un texto escrito con muy mala intención, tanta que a His Grace, pensaba él, se le quitarían por una temporada las ganas de reír a carcajadas.

—Creo que debería leer esto, Your Grace.

Minutos después Wellington seguía sentado en su sillón con la mirada perdida y murmurando de vez en cuando «jamás le toqué un pelo», mientras Lord Fitz-Roy, que se había hecho con el periodicucho, componía su mejor expresión inexpresiva mientras tomaba nota de la gran admiración por His Grace que mostraba el articulista; le definía como eterno y heroico vencedor en cualquier campaña que acometiera, se tratase de lo que se tratara y tuviera enfrente a quien tuviera enfrente, bien fuera un Napoleone di Buonaparte o una Lady Frances Webster-Wedderburn que, ocurrencias del destino, se hallaba por entonces a punto de dar a luz el que sin duda sería un precioso bebé al que no afearía en exceso una nariz de corte aguileño, en el caso de que Dios Nuestro Señor quisiera bendecirle con una. Contemplando la escena con prudente disimulo, en pie junto a una ventana y simulando examinar los otros periódicos, por si se hacían eco del encendido elogio, el general Álava se decía que a su buen amigo, aquella vez, le habían alcanzado bien por debajo de la línea de flotación.

Las obras en la embajada para devolverle un buen aspecto, el que reclamaba su no inminente ocupante Don Antonio María Dameto y Crespí de Valldaura, Grande de España, marqués de Bellpuig y de Anglesola, conde de Perelada y de Savallá, y vizconde de Rocabertí —sus blasones se remontaban al primer milenio, que así los describió Cevallos en un escrito que Álava prefirió tomarse como un «perdona, hombre, pero no he tenido más remedio»—, progresaban a buena velocidad, gracias a los esfuerzos y al buen dinero que había traído consigo un joven oficial de la Secretaría de Estado enviado desde Madrid, Agustín de Tavira y Acosta. Los días del general Álava como embajador provisional estaban contados —era el primero en reconocer su penosa inferioridad blasónica—, pero no tanto como para renunciar a tomar ciertas medidas, las cuales calculaba que no serían criticadas por el prodigioso

Perelada cuando se dignase aparecer, lo que, intuía, no tendría lugar en tanto no concluyeran las negociaciones por el tratado de paz; Don Antonio, como buen Grande de España, poseía una bien ganada fama de ser en absoluto partidario de matarse a trabajar. Una de las tales fue habilitar una sala de buen tamaño y mejor luz para que trabajase allí un afamado retratista y restaurador, Ferreol Bonnemaïson, que le había presentado Almenara. Cinco cuadros de Rafael^[232] de los arrancados a Vivant-Denon estaban en tan mal estado que corrían riesgo de perderse, de modo que, sin esperar instrucciones, contrató a Bonnemaïson para que los traspasase «de tabla a lienzo» y los dejara en condiciones de volver a España. De aplicarse su tarifa usual el coste no bajaría de cincuenta mil francos, si bien logró ajustarlo en treinta y seis mil. En realidad lo bajó algo más, aunque la última parte del descuento se sustanciaría en un retrato para su mujer que ya le pintaría el artista cuando buenamente pudieran, los dos.^[233]



El Conde de Perelada. Reemplazó a Álava en su cargo de embajador interino en París al poco de conseguir éste los 12,5 millones

Había hecho colgar los dos primeros en la biblioteca, la cual iba recuperando su pasado esplendor. Los cuadros desaparecidos no regresarían, aunque a cambio,

siquiera por un tiempo, en su lugar podía contemplarse una extraordinaria colección de Velázquez, Rafael, Ribera, Cano, Carreño, Coello, Mengs y los dos Herrera, el Viejo y el Mozo, así como del aún vivo Goya, dispuestos tan sabiamente —las habilidades necesarias para desplegar compañías por una línea de batalla servían para distribuir obras maestras por una pared en blanco— que los selectos invitados a maravillarse frente a ellas difícilmente sospecharían que su aparente desorden, así como el descuido en su colocación, eran el producto de un cuidadoso estudio de luces y de sombras. El primero que levantó sus cejas en gesto de asombro fue Wellington, acompañado de Lord Castlereagh, Sir George Murray y Lord Fitz-Roy Somerset, y tras ellos los contemplaron, en diferentes visitas, Gneisenau, Müffling, Thurn und Taxis, Von der Goltz, Razumovsky, Vincent y Pozzo. Unos se maravillaron más y otros menos, aunque todos coincidían en no haber sospechado que tras la descascarillada fachada de la embajada española se ocultaran estancias tan grandiosas y cuadros tan portentosos; resultaba muy alentador que la vieja y altiva España se alzara de las cenizas en que Bonaparte la dejó sumida y se asomase al mundo con aquella rara mezcla de grandeza y sencillez que Álava sabía imprimir a todo lo que hacía, unas palabras ciertamente sorprendentes procediendo de alguien tan sobrio como Gneisenau; igual Miniussir tenía razón cuando decía que ni de lejos era tan bárbaro como aparentaba.

Esa tarde recibirían dos nuevas visitas, también interesadas en apreciar los tesoros recuperados para España por el embajador y su interesante *aide-de-camp*. Aquel dudó un poquito antes de confirmar la invitación que Miniussir había realizado por su cuenta, pues de ningún modo quería ofrecer a personas de nacionalidad francesa la visión de obras de arte que hasta poco antes colgaban en las paredes del Louvre; saber que aquellas damas eran mitad rusas, mitad prusianas, no acababa de convencerle, pues una era francesa por matrimonio, aunque al final capituló, y tras regañar con poca suavidad a su cabizbajo *aide-de-camp* ordenó que se dispusiera un servicio de té no para una duquesa y una condesa, sino para dos reinas. En eso contaba con una suerte inmensa: el mayordomo de la embajada no habría desmerecido al servicio del II duque de Feria.

Las bellas artes rara vez despertaban en Álava otra cosa que una cortés indiferencia, pero apreciaba su inmenso valor como vehículo de representación, sobre todo de sí mismo. Habían pasado muchos años desde que descubriera la utilidad de un buen relato en relación a una obra de arte, preferiblemente un cuadro, ya que se prestaban muy bien a la oratoria intencionada, la que nunca se conforma con un único sentido. Sumado eso a su excelente memoria y a su buen francés, a menudo conseguía ganar la difícil atención de los que, como él, se sometían sin ganas, para no quedar mal, a la fastidiosa obligación de aparentar una exquisitez que ni sufrían ni les

importaba lo más mínimo no haber sido bendecidos con ella. Como además tenía práctica —era la cuarta vez que repetía la función—, resultaba por demás natural que la duquesa de Sagan y la condesa de Périgord permanecieran pendientes de sus palabras, plantadas frente a una majestuosa *Circuncisión* de Zurbarán.

—Con todo mi respeto por lo religioso, me parece una bestialidad. Los judíos deberían preguntarse si les merece la pena conservar estas costumbres tan atroces. Buena parte de sus problemas vienen de ahí, de las cosas tan horribles que se hacen a ellos mismos.

Los tres se quedaron mirando a la duquesa, y en particular su hermana, que jamás dejaría de asombrarse ante su colosal desfachatez; más de una vez le había confiado que los caballeros descubiertos, por muy buenas razones, eran preferibles a los encapuchados.

—En España no quedan muchos, así que no podemos opinar —Miniussir asintió; agradecía que su jefe, quizá para compensar su empeño en monopolizar la conversación, tuviera la delicadeza de hablar en plural—, aunque tenemos entendido que las cosas en Centroeuropa no son fáciles para ellos.

—¿Fáciles? En Sagan tengo mil y pico, y les aseguro que me quitan el sueño. Son insustituibles, porque sin ellos no tendría herreros, ni maestros, ni boticarios, ni nada, en fin, que requiera un intelecto desarrollado, pero vivo en vilo por lo mucho que se les odia, y no por causas religiosas, el que sus ancestros se cargasen a Cristo y todas esas tonterías, sino por ser cuadrados en un mundo redondo. El día menos pensado mis campesinos les organizarán un *pogrom*, y las consecuencias serán funestas, porque los que sobrevivan se irán, y a ver de dónde saco yo católicos que sepan trabajar.

—¿Un qué? —Miniussir no se había podido contener; su adoración por la duquesa, que para el embajador era evidente, le hacía salirse del protocolo con más frecuencia de la recomendable.

—Un *pogrom*. Una palabra rusa, погром. Su significado se podría resumir en que una multitud incontrolada se vuelve loca de la noche a la mañana y la emprende contra quien sea. Los polacos, y no se olviden ustedes de que Silesia es mucho más polaca que checa o que prusiana, se parecen a los rusos en ser unos borregos para los asuntos religiosos. De ahí que a cualquier cura o a cualquier pope que sepa elegir el tono y las palabras no le cueste mayor esfuerzo conseguir que su rebaño se líe a degollar circuncidados. Me daría igual si no fuera porque las consecuencias económicas son lamentables para las grandes explotaciones agrarias, y Sagan es eso precisamente, ciento veinte mil hectáreas donde no hay más que frutales, pastos, vacas, ovejas y *muzhiks*. Y judíos, claro. Quiera Dios que a mis *vasallen* no les dé un *amok* y empiecen a cargárselos.

La duquesa, según remataba su helada disquisición —no daba la impresión de

haber hablado de personas, se decía el petrificado embajador—, se desplazaba con levedad hasta detenerse frente a dos retratos de parecidas dimensiones. Uno, de Anton Mengs, era de la difunta Kaiserin Maria-Luisa de Borbón, la madre del Kaiser Franz. Otro, de Francisco de Goya, representaba una mujer de largo pelo negro, vestida de blanco y rojo, que para la duquesa y la condesa era una completa desconocida.

—Es la duquesa Cayetana de Alba. Ella y su marido fueron los principales mecenas del pintor.

La duquesa contemplaba los dos cuadros con evidente interés. Iba de uno a otro en un afán más quirúrgico que pictórico. Su hermana, mientras tanto, disimulaba con maestría un bostezo inoportuno. El influjo de Talleyrand sobre su personalidad, siquiera en asuntos de belleza pictórica, era tan irreparable que no dudaba en sostener —en privado— lo mismo que su tío, que la influencia del cantamañanismo y la papanatería en la crítica especializada de la época era tan colosal que de ningún modo convenía enfrentarse a sus apasionados practicantes, o al menos a ella no le convenía, porque Talleyrand, decididamente situado por encima del bien y del mal, no vacilaba en destrozar, con principesca suavidad, a todo pedante agrandado que le importunara demasiado.

—Miguel, usted dijo que Goya sigue pintando, ¿verdad? —el embajador asintió—. ¿Se dejaría seducir para venir a París? Es que no estoy segura de querer ir a Madrid sólo para que me haga una maravilla como esta —señalaba con el dedo a la otra duquesa—. ¿Le podría usted convencer?

—Sería una misión imposible. Nos conocemos, desde luego, y me debe algún cliente, pero a su edad, con lo sordo que se ha vuelto, dudo que le apetezca no ya viajar, sino salir de su casa.

Eran argumentos de peso, y la duquesa, tras valorarlos, no quiso insistir.

—Wellington me dijo una vez que había posado para él, en Madrid, y que le hizo tres o cuatro retratos. Me costó creer que alguien tan impaciente como él resistiera tanto tiempo sin hacer nada.

—Sólo posó una hora, y además no estuvo quieto, porque al tiempo despachaba con un oficial médico un asunto de trasladar heridos a retaguardia. Goya, indiferente a todo eso, se concentraba en captar sus facciones; las encontraba muy difíciles, o eso me dijo después.

—Tengo entendido que no quedó muy satisfecho. ¿Es así? Ahora era la condesa, que se relevaba en el tiro con su hermana la duquesa.

—Él prefiere a los retratistas que se preocupan de mejorar el modelo. Al hambre nadie le sale feo —la duquesa, divertida, sonrió, aunque sin explicar que no siempre se conseguía; ella, sin ir más lejos, tenía muy malas experiencias—, pero Goya es distinto. Él pretende captar la personalidad del retratado. De ahí que su imagen de

Wellington tras vencer en Salamanca no se parece, ni de lejos, a los cuadros que le hacen Lawrence, Dawe y otros cuantos más.

—Pues a esta señora la pintó guapísima. Ya quisiera yo dar con alguien que me retratase así. Debe ser una maldición, porque todos me sacan siempre como un verdadero mamarracho.

Miniussir, todo galantería, quiso protestar, pero una helada mirada del embajador le disuadió. La duquesa, por su parte, se había extendido en una detallada explicación de sus encontronazos con Grassi, la Kauffmann, David, Ingress, Lawrence, Isabey, Gérard y Ender, entre otros.

—Grassi no lo hizo tan mal; quedaste mucho mejor que Pauline y que Jeannette.

—Para un estilo tan arcaico como el suyo, no, cierto, pero no me reconozco en ninguno de los que me hizo. Pintó una especie de angelote de Van Eyck, de nariz perfecta, y la mía es como es. Lo que necesito es alguien como Goya; igual me tiene que preparar un viaje a Madrid, *don* Miguel.

El embajador asintió, aunque sin comprometerse. Su información sobre la Zahánská decía que cambiaba de opinión seis o siete veces cada día. Demasiadas para escribir a Goya. La duquesa, por su parte, reemprendía su recorrido, para detenerse ante una preciosa *Magdalena* de Ribera.

—Alguna vez he pensado en cómo se debió sentir esta chica cuando andaba detrás de Jesucristo. Enamorarse de un dios debe ser complicado, ¿verdad?

No lo había dicho con carácter general, sino tras clavar la mirada en un descolocado Miniussir. Al embajador le parecía estar asistiendo a un concierto donde sonaba una melodía que no le llegaba. Lo que había llevado allí a la duquesa no era ver cuadros magníficos. Sólo podía ser el deseo natural de visitar la guarida de la presa. Todo lo demás, él incluido, era simple coreografía. En los teatros de París, decía Müffling, era imposible hallar un asiento; Álava le daba la razón mientras esperaba en el palco de Germaine de Staël, entre Juliette de Récamier y Aurora de Marassé, que comenzara el *Tartuffe*. Aprovechando que las bellezas se habían enfrascado en sendas conversaciones con terceros, dejaba correr la mirada sobre los palcos contrarios. No le sorprendió ver a Wellington y Castlereagh en el de Lord Stewart, ni a Talleyrand y su sobrina en el de Pasquier, pero sí un poquito vislumbrar a Miniussir en el de la duquesa de Sagan, junto a una jovencita que debía de ser la muy comentada Emilie von Gerschau, hija en adopción de la duquesa y que muchos tenían por suya propia, fruto de alguna inoportuna *maladie de neuf mois*. Era evidente que Miniussir progresaba de un modo espectacular. A la duquesa, Wellington *dixit*, los hombres jóvenes y guapos le gustaban mucho, al punto que no había ganado por nada su título de «Kleopatra von Kurland». Todo indicaba que su joven consejero no tardaría en unirse a la cofradía. Una excelente oportunidad si sus gestiones, de las que no le había dicho nada, tenían éxito y le caía un buen destino, en Viena. Por mucha

envidia que le diera, el chaval lo merecía. Dios quisiera que, por una vez, Cevallos le hiciera caso.

Madrid y París, martes 15 de agosto

Cevallos se ocupaba de su correspondencia. Una de las cartas que le daba más pereza contestar era la última de Álava; le sucedía siempre que se veía en la obligación de suavizar la verdad a una persona de valía, pero no tenía más remedio, de modo que, torciendo el gesto, comenzó con un amable «mi querido general», no porque así fuese a cambiar nada, pero Álava lo sabría distinguir del impersonal «Excmo. Sr». Tras eso procedió a darle un poquito de coba. No le fue difícil, pues todo respondía, con bastante precisión, a la verdad. Era cierto, por ejemplo, que la opinión de SCM sobre la persona del general era mejor que la de seis meses antes, tanto que andaba rumiando la posibilidad de concederle una recompensa que guardara relación con sus méritos, tanto en la vertiente militar —a Don Fernando le gustaba decir que uno de sus hombres había estado en primera fila el día de Waterloo— como en la diplomática, por los excelentes contactos que había conseguido para España y que no dudaba —empezaba el turno de las malas noticias— tendría la generosidad de traspasar a su sucesor en la de París, el Excmo. Sr. conde de Perelada. El rey, añadió, estaba especialmente satisfecho con la recuperación de los noventa y seis cuadros, y él aún lo estaba más de que lo consiguiera sin más ayuda que la del joven Miniussir, a quien debería decir que, a la espera de mejores noticias, se le concedían dos ascensos: uno, al grado de teniente coronel vivo y efectivo, con percepción de sus nuevos haberes desde aquella misma fecha; otro, a la categoría de consejero de segunda categoría, también con inmediata mejora de su salario; no era, lo reconocía, lo que Don Miguel le había sugerido, pero sí lo que podía él conceder sin autorización real; cuando la tuviera ya le haría saber hasta dónde llegaban su reconocimiento y el de SCM. Tras ese preámbulo venía a pedirle que hasta la llegada de Perelada se desempeñara con la misma diligencia, no sólo en relación al rey Louis y a su gobierno, sino con los monarcas y dignatarios presentes en París, varios de los cuales habían manifestado a SCM, a través de sus embajadores en Madrid, lo mucho que valoraban la calidad de sus gestiones y que las cuales contribuían, en sus respectivas opiniones, a que Don Fernando y España recuperaran el lugar que les correspondía entre las potencias europeas, aunque no podía decirle que más de uno de aquellos embajadores había llegado a susurrarle que mejor habría hecho poniendo un hombre como aquel al frente de la legación en el extinto congreso de Viena. Le avanzaba igualmente que, mientras no se alcanzara un acuerdo para el tratado de paz, debería mantener su cotidiano contacto con el duque de Ciudad Rodrigo, a fin de cooperar cuanto pudiera en el mayor beneficio para España que resultara de dicho tratado, en cuya negociación actuaría como plenipotenciario el marqués de Labrador, ya en camino; ésa era la parte que más trabajo le costaba explicar, a lo cual se debía que hubiera escrito hasta tres borradores para dar con la fórmula menos desagradable de hacerlo saber al que sin duda estaba infinitamente más capacitado para llevar a

buen término la difícil misión, pero SCM había sido inflexible: Labrador era su hombre, y el otro, en todo caso, que se pusiese a sus órdenes.

Todo ello lo debería realizar sin perder de vista sus obligaciones con respecto al rey Willem y al gobierno del VKN, a los cuales le recomendaba visitar con la frecuencia que a su juicio conviniera; era la manera más sutil que se le había ocurrido para facilitarle sacudirse al cretino de Labrador; conociéndole como había llegado a conocerle, más por sus hechos que por sus escritos y más por éstos que por el trato personal, estaba seguro de que no resistiría cinco minutos a las órdenes del marqués, de modo que si encontraba preferible ocultarse tras sus obligaciones en Bruselas o en La Haya, que lo hiciera. No esperaba nada de aquel aún hipotético II Tratado de París, salvo un nuevo desastre como el de Viena, pero lo último que deseaba sería regalar al malhadado Labrador un inocente al que cargar la culpa de todo lo malo que acaeciese. De ahí que le diera esa elegante salida. No dudaba que la comprendería según la leyera. Un tipo como Álava seguro que cortaba pelos en el aire.

Los cuadros aún no recuperados eran el último asunto en el que deseaba extenderse, y no sólo por seguir instrucciones de SCM, sino por ser patrón y protector de la Real Academia de San Fernando. El que aún siguieran en Francia entre mil y dos mil valiosísimas obras de arte, sumando a los cuadros la orfebrería, el mobiliario, las esculturas y los incunables que se habían saqueado, le dolía en el alma. Dudaba poder recuperar más allá de un cuarto —pensar en la mitad sería no ya sueño, sino delirio—, pero Álava sin duda sabía moverse, al punto que quizá pudiera obrar el milagro. Había confiado a un artista de confianza, Francisco Lacoma, la tarea de levantar un inventario de obras requisadas por El Francés, indicando aspecto, tamaño y características que permitieran su fácil identificación. El hombre, rarísimamente diligente, dos semanas antes le había presentado el fruto de su trabajo, tras lo cual, y sin necesidad de insistir en que aceptara, le despachó a París, para que se pusiese a las órdenes de Álava y le ayudase a recuperar las más posibles de aquellas obras. Partiría de una constancia que le había extrañado, el que no se correspondieran en más de dos tercios los noventa y seis cuadros recuperados con los rapiñados por Vivant-Denon cuando acompañó al Corso en su expedición de 1809. De ahí que faltaran tantas piezas valiosas y a cambio aparecieran unos cuantos Goyas que, con todo su aprecio por el impertinente baturro, no valían nada puestos al lado de un Agüero, un Gilarte o un Pantoja de la Cruz. La explicación, intuía Cevallos, debía ser que Álava fue a recuperar noventa y seis cuadros y noventa y seis le dieron, bien embalados y tras sólo mostrarle tres o cuatro. Él, que al ir de farol no querría ponerse tiquismiquis, los aceptaría sin sospechar que Vivant-Denon le daba un timo. Bien, pues con Lacoma junto a él eso no se repetiría, si bien aparecería otro problema: sacar del Louvre trescientos o cuatrocientos cuadros, y esta vez de los buenos, requeriría mucho más que imaginación, talento y la gran astucia de un general tan acostumbrado a ir sin

nada como cualquier militar español, siempre corto de intendencia. Le harían falta sables, y bastantes. Muchos más que los de Miniussir y el suyo propio. Si consiguiera que le prestaran el batallón que como mínimo haría falta, quedaría demostrada la singular estupidez de un rey capaz de cambiarlo por un conde de Perelada que hasta para desabrocharse la bragueta necesitaba que le ayudasen un ujier, un mayordomo y un *valet-de-chambre*.

El día comenzaba mal para Wellington, se decía el embajador Álava, sentado frente a él y al lado preferible de Lord Fitz-Roy, su derecho, pues en ese despliegue le resultaba más difícil pasarle papeles. El tintineo social iniciado por el *Saint James' Morning Chronicle* no sólo no se apaciguaba, sino que Lady Frances y su marido lo amplificaban hasta el extremo, ella por haber parido la tarde antes al segundo de sus hijos y él por haber llegado desde Londres a tiempo de pregonar el acontecimiento, aunque sin perder de vista una valija que trajo consigo y que rebosaba periódicos amarillos y no tan amarillos —hasta el *Times* se había sumado a la ordalía—, empeñados en hacer sangre ducal. His Grace, aunque no lo decía, sentía una considerable preocupación por los comentarios que fuese a escuchar aquel día y los siguientes, y una todavía mayor por las cartas que tarde o temprano le iban a llegar, entre las que sin duda encontraría una de Lord Liverpool, de modo que no estaba del mejor humor. Le costaba permanecer concentrado ante la combinación de noticias y murmuraciones que le traían sus cómplices favoritos, pese a ser a todas luces importantes. Las de Lord Fitz-Roy nacían de fuentes oficiales; destacaba que, según una nota del ministro de la Policía, en las elecciones celebradas horas antes para elegir los cuatrocientos dos diputados que compondrían la cámara baja, en las que participó un colegio electoral reducido a setenta y dos mil miembros, apenas se registraron incidentes reseñables.

—Son menos que cuando las últimas de Boney, ¿no?

—Un diez por ciento. Según Fouché, D'Artois le obligó a no dejar un bonapartista. Me preocupa, porque con una cámara dominada por los ultras sus días y los de Talleyrand estarán contados. Siempre lo han estado, pero lo natural hubiera sido que duraran entre seis y nueve meses. A más pronto caigan, más tardaremos nosotros en marchar. No porque no haya recambios de calidad, sino porque ninguno podrá sujetar a D'Artois y a los asnos de sus hijos. Un buen ejemplo de lo que son capaces de hacer —Lord Fitz-Roy, respaldando a su jefe, blandía una nota recién llegada de la secretaría de Talleyrand— es ése de Toulouse; según dice ahí, sus *verdets* acaban de cargarse un general, un tal Ramel, que aunque muy disciplinado no podía ser más de su propia cuerda; le degollaron a la vista de una turba incontrolada por haberles mandado entregar las armas a la Guardia Nacional. Ya ven, pues, cómo están las cosas. Estos bestias, que no han aprendido nada, van derechos a una guerra

civil.

—Estando así las cosas, La Bédoyère lo tiene francamente mal.

—Hoy se hará pública la condena —His Grace no explicó cuál sería, pero se pasó frente a la garganta cuatro dedos de su mano derecha, en gesto por demás expresivo —; su señora, que se lo huele, me ha vuelto a escribir. Más con lágrimas que con tinta. Me pide que la reciba cuanto antes, apelando a todo lo que se le ha ocurrido, mi caballerosa humanidad y otras tonterías por el estilo. Haga usted el favor —por Lord Fitz-Roy— de contestarle por mí, con la mayor cortesía pero dejando claro que me será imposible hacerle un hueco, porque no voy a estar en París, o lo que buenamente se le ocurra.

—Igual sería prudente que Your Grace se fuese un par de días. Su jauría está en Cambrai, ¿no?

Wellington sonrió con alguna tristeza. Nada le gustaría más que seguir el consejo de Álava y perderse tres o cuatro días persiguiendo ciervos a lomos de *Copenhagen*, con sus excelentes perros y unos cuantos amigos no mucho peores, pero no podía ser. Especialmente, no aquel día.

—Hoy se nos casa Fouché. No puedo dejar de ir. La víctima es una tal Ernestine de Castellane. Tiene veintisiete años y quienes la conocen afirman que no podría estar más apetitosa, ni más en la ruina. Ya ve Su Excelencia, una boda por amor. El primer testigo es Su Majestad, aunque delegará en Talleyrand. Por lo demás, intuyo que será un acontecimiento social, pues si bien todos le damos por muerto lo cierto es que todavía no huele, y aún es peligroso. Bien que me gustaría ir a Cambrai, dice usted bien, pero no puede ser. Además —componía su mejor gesto de recordar súbitamente —, tenemos teatro; el Français, por más señas. Cuento con su presencia, por cierto. Se representa *Les Ménechmes*, de un tal Jean-François Regnard. No es que me apetezca presenciar esa basura, pero Germaine de Staël y algunas otras brujas se han invitado a mi palco, ellas solas. Tal y como están las cosas, si hay una mujer con la que no convenga llevarse mal es ella, de modo que ya lo ve: nada que hacer.

París, viernes 18 de agosto

Wellington daba otra recepción. El motivo, la imposición de la insignia de la Orden de Bath al Fürst Blücher zu Wahlstatt, al conde Barclay de Tolly, al Fürst Wrede y al Fürst Schwarzenberg, en presencia del König Friedrich-Wilhelm, el Zar Alexander, el König Max y el Kaiser Franz. Al ser una ceremonia militar no había franceses, de modo que los caballeros no llegaban a un tercio de los que se congregaron allí mismo en la fallida ocasión del día 2. Hora y pico después comenzaron a llegar señoras muy distinguidas en cantidad superior a las cuarenta de la otra vez, aunque no porque Wellington hubiera relajado el umbral de admisión; sólo sucedía que según avanzaba el verano eran más y más las damas que acudían a París en pos de sus maridos, sus padres, sus hermanos, sus parientes o sus amigos. Álava dejó de contar al llegar a cincuenta, y si bien el balance final seguiría desequilibrado, la proporción de carcamales era tan elevada que serían pocos los que deberían esperar para conseguir pareja, sobre todo si no apuntaban a las piezas codiciadas. La Vévodkyne Zahánská era, como la otra vez, la que necesitaba más páginas en su carnet de baile, de lo cual no se quejaba; con independencia de lo que pudiese agradarle ser una mujer tan cotizada, lo cierto era que adoraba bailar. Era difícil no seguirla con la mirada mientras giraba y giraba en brazos de todo tipo de galán uniformado, incluyendo a un Wellington que la trataba con la mayor cortesía, la de un perfecto anfitrión hacia su invitada de mayor rango —a nadie le sorprendió que abriera el baile con ella—, pero sin salirse de los límites sociales; era como si quisiera dejar establecido que si alguna vez hubo algo entre los dos, lo que para la inmensa mayoría seguía siendo un rumor sin confirmar, había dejado de haberlo.

Uno que debió conseguir un gran número de anotaciones en el *dance card* de la duquesa era un apuesto coronel austríaco; no se contentaba con bailar, pues a la menor ocasión, y los vales ofrecen muchas, no vacilaba en estrujarla, lo que Miniussir encajaba con aparente indiferencia, quizá porque tampoco permanecía mucho en la dársena, y no sólo por poder competir con cualquiera en términos de prestancia, sino porque la combinación de su exótico uniforme con una *eisernekreuz* resultaba irresistible para buena parte de las damas, cuando menos las que sabían identificarla.

—Es el príncipe Alfred Windisch-Grätz. Manda un regimiento de ulanos y lleva cantidad de años liado con ella, si bien de un modo intermitente, cuando Mina no tiene algo mejor que llevarse a las sábanas. Un tipo molesto, y ciertamente impertinente, pero sin duda posee algún gran don.

Álava no necesitó preguntar cuál era el don, ni dónde lo llevaba. Sus seis años con Wellington le habían dado, entre otras cosas, un gran dominio del singular metalenguaje de His Grace.

—He oído que mañana por la tarde se cargan a La Bédoyère.

—Cierto. A eso se debe que Drouot se haya presentado esta mañana en la prisión de Abbaye, para entregarse. Lo ha hecho a fin de conseguir que, ante la nobleza de su gesto, se aplaque la ejecución del otro idiota, pero ni por éstas. Louis ha rechazado con el desprecio más olímpico la totalidad de las peticiones de clemencia que se le han formulado, incluyendo la mía, si bien es verdad que no pasé de mandarle una carta protocolaria, de las que se firman para quedar bien, no para salvar la piel de nadie. Sin embargo, me acaban de pedir que intervenga en persona y recurriendo a toda la influencia que pueda ejercer, lo que me tiene un punto fastidiado, si he de ser sincero.

El embajador se volvió hacia su amigo, intrigado y no sólo por las palabras, sino por el tono.

—Me ha escrito Juliette, intercediendo por La Bédoyère, al que califica de gran amigo suyo, y también por Constant. Hasta hoy no me había dado ninguna señal de vida en el mes y medio que llevamos aquí. Que lo haga por una cosa como ésta me parece por demás fastidioso, qué quieres que te diga. ¿No se le habrá ocurrido pensar que a los amigos se les trata de otra forma?

El tono de His Grace reflejaba una considerable irritación. Comprensible, se decía el embajador, aunque no por eso simpatizaba con los zarandeados sentimientos de Lord Wellington. En lo que llevaba vivido con él le había demostrado que saber tratar a las mujeres no era una especialidad que dominase. Quizá porque a las de verdadera categoría, y Juliette lo era, no las entendía.

—¿Y qué piensas hacer?

—Con el casi muerto, nada, porque no hay nada que hacer. Al otro, en cambio, lo sacaré de aquí. Mañana se presentará Percy en casa de Juliette, para que le mande buscar. Le dirá que prepare un equipaje mínimo y esté listo para ponerse de camino a mediodía. Saldrá para Mons disfrazado de cochero, aprovechando un convoy de suministros que vuelve a Valonia. Desde ahí, que se las apañe solo. Escribiré a Billy, por si puede ayudarle los primeros días, pero el resto será cosa suya.

—Quizá no sería malo que fueras generoso —Wellington elevó las cejas, intrigado; era inusual que Álava le diera esa clase de consejos—; si te ha escrito Juliette no es por La Bédoyère, que sólo es un pequeño noble de provincias y, en todo caso, el marido sentenciado de una de sus amigas; es por Constant, y si se preocupa por él no creo que sea sólo por aprecio personal, sino por ser la clase de individuo que siempre cae de pie. Cuando dé la vuelta la tortilla será de nuevo un hombre importante, del tipo que Juliette necesita para seguir viviendo del cuento. No perderás nada por hacerlo, ni te costará gran cosa, pero desde ahí tendrás con los dos un enorme saldo a favor.

His Grace se lo quedó pensando. Era raro, sí, que Álava le dijera esas cosas, pero lo cierto era que no podía tener más razón: quedar como un gran señor no le costaría nada.

París, miércoles 23 de agosto

Wellington se asomaba sin ganas a un día muy nublado que preferiría no vivir en París; estaría más feliz en Cambrai, pero no era hombre que desertase ante las obligaciones, los disgustos, las preocupaciones y, sobre todo, la ominosa sensación de que todo estaba más o menos próximo a saltar por los aires. Lo había empezado explicando al embajador Álava lo que sabía del triste fin de La Bédoyère, pues aun habiéndose comportado con elogiabile hombría lo estropeó al final, ya que se quiso despedir de una forma criticablemente melodramática, pidiendo mandar el pelotón de fusilamiento, lo cual se le concedió, era de suponer que por contar el oficial que lo dirigía con que no daría orden de volver las armas contra él. Así, tras caminar unos cuantos pasos acabó plantado, muy tieso, contra el paredón de la Barrière des Ministres.^[234] Tras eso, el consabido minuto de reflexión ante unos soldados que le contemplaban, en el mejor de los casos, con impaciencia. Luego, una mirada en derredor, un sacarse su sombrero —al haber sido expulsado del ejército ya no era militar, ni siquiera para morir— y un señalar su corazón con la mano libre, al tiempo de gritar —la voz se le quebró un poquito, aunque dadas las circunstancias no era para reprochárselo—. «C'est là qu'il faut frapper!».^[235]

Álava meneaba la cabeza, con desdén. De naturaleza muy sobria, si algo detestaba era esa clase de gestos, por su manifiesta inutilidad. Si fuese una materia por la que se pudiese apostar, lo haría por que ninguno de los doce soldados que mataron a La Bédoyère a esas horas se acordaría de aquella última tontería del que tantas había hecho desde que se le ocurrió cambiar de bando.

—Castlereagh, Metternich, Nesselrode y Hardenberg hoy confirmarán que las obras de arte arrebatadas por los ejércitos franceses desde las campañas de 1791 deberán ser devueltas a sus legítimos propietarios, con independencia de quién se las llevase y de dónde diablos estén. Louis lo sabe, porque se lo hemos dicho, pero se lo ha tomado como si no fuera con él. A Talleyrand también se lo dijimos, y aunque reaccionó muy educadamente, con gran flema, me consta que pondrá todas las dificultades imaginables. Los acontecimientos comenzarán a precipitarse dentro de pocos días, así que procura estar atento. ¿Cómo cuántas te quedan por recuperar?

—Unas dos mil, pero en el Louvre no habrá más de quinientas. Las demás se las llevaron Sault y Sébastiani, que ya las habrán hecho desaparecer. Las doy por perdidas, salvo que aprobéis la incautación de los bienes que se les puedan encontrar, a esos dos y a todos los demás generales y mariscales, lo que intuyo no sucederá —Wellington compuso un gesto de «así es»—; ahora, las del Louvre sí quisiera recobrarlas, pero necesitaré ayuda. Mejor, necesitaré bayonetas. ¿Me las prestarás?

—Cuenta con ellas, pero no ahora mismo. Los austríacos van a dar una segunda campanada, con mi ayuda, y mientras las aguas no se aquieten no podremos hacer

nada, salvo rezar por que no se arme una sublevación de tal magnitud que nos lleve a ocupar la ciudad.

—Ya está ocupada, ¿no? Lo digo por la gente de Zieten.

—Son sólo veinte mil. Si se organiza lo que algunos profetizan necesitaremos los quinientos mil que reunimos entre todos, pero si llegamos a tal extremo prefiero no preguntarme qué sucederá después.

Wellington estaba disgustado; no le gustó enviar el 73.º Highlanders, que seguía en los Champs Élysées, a tomar el Louvre y así garantizar que las obras de arte confiscadas a neerlandeses, rusos y austríacos emprendían el regreso, lo que había llevado al histérico Vivant-Denon cerca del suicidio. En total, y según clamaba la tarde anterior en ese mismo sillón —le vino a ver bajo una excitación tan descontrolada que no se pudo negar a recibirle—, «su». Musée Royal du Louvre se había visto despojado de 2.065 cuadros, 130 estatuas, 289 objetos de bronce y 2.619 obras de menor tamaño y distintos formatos, a sumar a las que se habían llevado los prusianos y los españoles. Lo peor, como sabía Wellington gracias a los no pocos MP que también protestaban, eran las airadas quejas de los adinerados turistas británicos, indiferentes a que la guerra no había terminado y a que a unas horas de marcha desde Calais y Dunkerque seguían repicando los cañones. Aquellos insensatos venían, sobre todo, a visitar el Louvre. ¿Dónde demonios habían ido a parar todas esas maravillas que les habían empujado a visitar aquella carísima, insegura y muy viciosa ciudad donde se comía tan mal?

—Ayer me dejé caer por donde los Webster-Wedderburn, a felicitar a Bold Webster por el nacimiento de su segundo cachorro y, de paso, sugerirle que no dé pábulo a la basura que se publica en Londres. Su esposa, no me quedaba más remedio que asegurárselo, es la más amable y honrada de las mujeres; entre nosotros, certifiqué, jamás hubo más que una noble amistad, tan honesta como todas las que tuve la honra de mantener en el reducido mundo de los expatriados británicos durante las diez semanas que permanecí en Bruselas. Ya ves, un sacrificio de lo más heroico.

—Ya lo veo, ya. ¿Qué tal se lo tomó?

—Con flema. Se lo creerá o no, pero lo dio por bueno. Ahora, no da el asunto por enterrado. Piensa querellarse contra el *Saint James' Morning Chronicle*, y si gana el juicio contra todas las publicaciones que se hayan hecho eco. Su abogado, que debe ser bueno, recomienda que no reclame por menos de cincuenta mil libras, y que para ejercer presión pida cárcel preventiva para los editores de la condenada basura. Llegó a pedirme que me uniese a él, pero ahí me mostré firme: cuantos menos líos se tengan con los periódicos, mejor. El pobre bobo no debe saber que tienden a comportarse como los cocodrilos del Brahmaputra; en apariencia cada uno va por separado, pero si atacas a uno se lanzan todos a morderte. Allá él si tira por ahí, pero yo no quiero saber nada, y menos por unas cochinas cincuenta mil libras. La honra va barata estos

días, pero ningún auténtico caballero se pringaría por tan poco. Pedir cincuenta mil libras es proclamar que se necesita el dinero y que se acepta una cantidad inferior con tal de sacar algo. Si hubiera pedido un millón, como le aconsejé, nadie le acusaría de moverse por interés económico; todo el mundo pensaría que su verdadera intención es acabar con esa basura de *periodicucho* y se le aplaudiría en tanto no aceptara componendas, pero él no busca eso, está claro. Así, que cuanto menos trato tenga con él y con su señora, mejor.

Álava sabía qué significaba eso: Lady Frances jamás sería vista de nuevo en una recepción ducal, y por extensión en ninguna donde se contara con la presencia de Wellington. Ella y su marido acababan de ser arrojados a las tinieblas y al crujir de dientes.

El día estaba nublado. Miniussir temía que la excursión a la Malmaison se suspendiese, con lo que su desbocado corazón se haría pedazos. Sería una misión para dos, a caballo, comiendo lo que su compañera trajera en un *picnic* que, aseguró, sería exquisito, lo que no puso en duda; siendo la mujer más acaudalada del universo, con seguridad sus cocineros harían maravillas. Él debía llevar el vino, así que uno de los carterones sujetos a su silla contenía dos botellas del *champagne* favorito de su jefe, al cual ya le contaría que las había sacrificado en acto de servicio. El otro contenía la negra capa de los ulanos del 6.º, en previsión de que lloviera y se viese obligado a cubrir a su pareja, dada la incapacidad de las mujeres para predecir los acontecimientos y tomar alguna precaución, cuando menos en asuntos atmosféricos. Por lo demás vestía de impecable oficial español, con su sable, su vieja pistola y su *eisenerkreuz*. No lo hacía por coquetería ni por presunción, sino por saber que buena parte del camino a la Malmaison, así como el propio *château*, estaban en un área controlada por el I Armeekorps. Por excelentes que fueran sus relaciones con el ejército prusiano, desconfiaba del talante de sus patrullas ante un oficial extranjero y una mujer joven y guapa, por mucho que dijera ser duquesa y compatriota. De ahí lo que llevaba colgado del cuello; bien sabía que a la vista de la cruz negra bordeada en plata la reacción usual del infante prusiano era el primer tiempo de saludo, y más valía que así fuera, se decía con íntima inseguridad mientras enfilaba el portalón del *hôtel Bourbon-Condé*.

Si la puntualidad era la cortesía de los reyes también debía serlo de las duquesas, aunque la que sonreía encantada de verle según bajaba la escalera no parecía exactamente una duquesa. Sin maquillar, el pelo arrebuñado bajo un sombrero «a la británica», una chaqueta roja y una falda negra muy amplia de la que asomaban unas botas de montar, más parecía una dama rural que sale a dar una vuelta por el campo. Si aquello ya le sorprendió, no fue nada comparado con verla ganar su caballo —un magnífico purasangre irlandés; lo había comprado a Sir Charles Stewart, explicaba—

para montar sin ayuda, pero no a mujeriegas, sino tan a horcajadas como él. La falda, lo veía entonces, no era tal, sino un pantalón de perneras muy amplias, del tipo que no sabía se llamaba *jupe-culotte*. A la Vévodkyne Zahánská, todo lo indicaba, le daba igual que las mujeres tuvieran prohibido montar así. Estaba perfectamente claro que aquella dama extraordinaria se ponía el mundo por montera.

Talleyrand revisaba un avance de resultados de las elecciones del 18 de agosto que le había pasado Fouché. Los realistas, según temían él y su gobierno, habían barrido a los liberales, a los republicanos, a los jacobinos y a los contados bonapartistas a los que se había permitido acercarse a los colegios electorales. La consecuencia sería una cámara baja dominada por los ultras con la que sería difícil entenderse. No quedaría más remedio que soltar lastre. Lamentaba que debiera ser tan pronto, y sobre todo le fastidiaba tener que hacerlo con París aún lleno de soberanos y cancilleres, pero la elección era inevitable: o tomaba él la iniciativa, o D'Artois la tomaría contra él. Sólo era cuestión de seleccionar la fecha más adecuada, la cual, por otra parte, no podía ser más obvia: justo a continuación de que se anunciara con carácter oficial el resultado de las elecciones.

Había terminado por llover con intensidad, aunque ya bien avanzada la tarde y cuando se hallaban cerca del Bourbon-Condé. Gracias a eso, a que tardara tanto en diluviar, habían pasado un día que Miniussir encontraba memorable, pese a no estar seguro de por qué. Quizá fuera por el paseo en sí, pese a lo silencioso que había sido, sobre todo a la ida, mientras trotaban hacia la Malmaison; a la duquesa, lo comprendió enseguida, le apetecía cabalgar. Lo hacía con un estilo magnífico, pero no el de una dama convencional. Se parecía más al de un húsar, aunque rara vez hacía uso de la fusta o de las espuelas; su relación con el caballo parecía ir más allá de la normal entre una bestia y su jinete, pues a fuerza únicamente de rodillas, y de vez en cuando un tirón de riendas o una palmada en la grupa o en el cuello, conseguía que su *thoroughbred* marchara por donde quería y a la velocidad que deseaba. Era evidente que montar le apasionaba, lo que para empezar no estaba mal, se decía su escolta con disculpable arrobo: así tenían un punto más en común.

Miniussir jamás habría supuesto que visitar un *château* fuese un asunto tan apasionante. Lo vigilaba una compañía del 24.º Infanterieregiment, cuyo *hauptmann*, una vez disipada la suspicacia de verse frente a un oficial de uniforme inusitado aunque con una *eisernekreuz* al cuello, acompañado de una dama sonriente y amistosa, y los dos hablando un perfecto alemán, pronto entendió que sólo pretendían echar un vistazo a la última casa que tuvo Napoleón, y que permitírsele, así como llamar a los guardeses para que se la mostraran, sería una medida prudente. No se

quedó sin preguntar al oficial cómo había conseguido su *eisernerkreuz*, para casi al momento recordar al enviado de Wellington que se les unió en Genappe y que hizo con ellos el camino hasta París. Nunca le había visto de cerca, pero sabía por el Major Laurens, su jefe, que Seiner Hoheit, el Prinz Wilhelm, le consideraba un camarada más, a lo que añadió que también él, por supuesto. Si el propio Gneisenau le había impuesto aquella condecoración, la más valiosa para un soldado prusiano, sólo podía ser porque lo era.

—No me había contado usted nada de todo eso.

—Son historias militares, muy tediosas. Jamás le aburriría con ellas.

—Pues quiero saberlas. Todas. Me las contará más tarde, cuando hayamos visto esto —por el *château*, cuya puerta ya les franqueaba una frondosa guardesa— y nos paremos a beber su *champagne*.

Contra lo que había temido la duquesa, que las estancias se hallaran cerradas y los cuadros y los muebles tapados con sábanas, todo estaba como para recibir una visita, y era, explicaba la guardesa, porque cada dos por tres padecían una, si bien rara vez de sólo dos personas y sin que antes hubieran avisado de la secretaría de Monsieur de Talleyrand o del estado mayor del príncipe Blücher. Solía suceder, además, que no hablaban francés, y que sus guías-intérpretes no conocían la historia de la casa, y menos aún la de sus ocupantes —se percibía que pese a ser una guardesa de manos sabañónicas no era inculta—, de modo que solían marchar sin haberse dado cuenta ni de dónde habían estado ni de los fantasmas que se agazapaban en aquellas delicadas estancias. Ahí la duquesa, que pese a su rango sabía tratar a la gente sencilla, se llevó una mano al bolsillo, sacó un par de napoleones y en compañía de una gran sonrisa los tendió a la encantada mujeruca, pidiéndole acto seguido que no dejara de presentárselos, a todos. Así fue como Nicolás de Miniussir, sin haberlo sospechado, se sumergió en un mundo de cuya existencia no tenía la menor idea: el de la vida privada del emperador Napoleón I y de su primera esposa, la emperatriz Joséphine.

Tres horas más tarde, apenas diez minutos después de haberse despedido de la guardesa y del amable capitán Von Zillas, se detuvieron en un claro del camino, tendieron un mantel, sacaron las botellas y el *picnic*, y comenzaron a repostar, al tiempo que la duquesa se hacía explicar, hasta la última coma, qué había pasado en Waterloo y a qué se debía que Miniussir poseyera una condecoración capaz de poner firmes a los guapísimos capitanes prusianos.

—El día 8 daré una cena en honor de uno de mis soberanos, Friedrich-Wilhelm; también soy súbdita, se lo debo aclarar, del Zar Alexander y del Kaiser Franz; gracias a eso la vida se me complica de un modo espantoso, porque nunca consigo estar segura de si soy austríaca, prusiana, rusa o a saber qué. Usted, por cierto, ¿qué es exactamente?

—Nací en Trieste cuando era parte de Austria, de padre toscano y madre catalana;

luego fui francés y desde 1810 soy español. Quizá también siga siendo austríaco, pero el caso es que no lo sé.

La duquesa sonrió; saber que había otros con sus mismos problemas de identidad le confortaba.

—Bien, a lo importante: ¿a cuáles de sus soldados podría encontrar Friedrich-Wilhelm en mi casa sin que la cena se me volviera incómoda? Contaba con Knesebeck y con Blücher, pero tras oírle sospecho que debería invitar a unos cuantos más. ¿Qué me puede usted decir del tal Gneisenau?

—Es un tipo muy culto y de conversación amena como pocas, aunque al igual que Blücher no está cómodo fuera del alemán. En cuanto a los demás, pienso que no debería olvidarse del Graf Nostitz, el Graf Bülow y el general Zieten, y por supuesto del Prinz Wilhelm, que por algo es hijo suyo. Del rey, quiero decir. Bueno, y el general Müffling, el gobernador de París.

—¿Al general Álava le gustaría venir?

—Sin duda, pero no habla una palabra de alemán; debería elegir muy bien dónde sentarle.

—Pues, si me hace usted ese favor, dígame que recibirá la invitación dentro de unos días. A usted no hace falta que se la envíe: ya se puede dar por invitado.

Lo había dicho con una mirada que al desorientado Miniussir le sonó a prometedora, pero no había tiempo de profundizar, pues acababa de sonar un trueno. Sólo había tiempo para recoger el *picnic*, montar en los caballos y emprender el regreso a un trote más que ligero. De donde se habían detenido al Bourbon-Condé habría no más de quince kilómetros, lo que con el tranco que llevaban sería menos de una hora, pero debieron detenerse a mitad de camino, para que Miniussir disfrazase de ulano negro a la ya mojada duquesa. Él, impávido, resistió el chaparrón con la entereza propia de los Tiradores de Doyle, pero al llegar al *hôtel*, donde aún llovía más, ofrecía un aspecto lamentable.

—Usted no sigue adelante. Usted entra conmigo, se seca y se cambia, y ya veremos después si le dejo marchar o no. Mi querido Miniussir, lo último que desearía es que agarrara usted una pulmonía.

El destino empuñaba las riendas, suspiraba para sí el ilusionado Miniussir mientras entregaba las de su caballo a los palafreneros de la duquesa, la cual, por su parte, le cogía del brazo y le hacía marchar a su lado, a muy buen paso. Estaba claro, lo que para nada le disgustaba, que allí mandaba ella. En cuanto a lo que fuese a suceder a lo largo de la tarde, y pudiera ser que de la noche, Dios tenía una última oportunidad de hacer saber que no era un invento de los curas.

París, domingo 27 de agosto

Wellington, Murray, Somerset y Hill esperaban en el despacho de His Grace noticias de lo que a esas horas sucedía en el Arc du Carrousel. Parecían un punto nerviosos, pues bien sabían que aquel día sería el peor de los que llevaban vividos en el asunto de la restitución de las obras de arte rapiñadas por Bonaparte, sus mariscales y sus generales. Las acciones anteriores habían pasado desapercibidas, tanto por haber tenido lugar cuando la población aún estaba preocupada por la presencia en las calles de los fusileros prusianos como porque sucedieron puertas adentro del Louvre, pero ahora no sólo había menos miedo, sino que se trataba de algo muy querido del pueblo, los caballos venecianos que coronaban el arco del Carrousel, el situado entre Les Tuileries y el Louvre, y se preveían incidentes. Días antes ya se intentó desmontarlos, bajo la protección de dos batallones de la Guardia Nacional enviados por el general Dessoles, su nuevo jefe, pero lo impidió una multitud vociferante, muy hostil y sin duda organizada, y sin que los cautelosos guardias se sintieran inclinados a intervenir. Müffling, que contra la opinión de Wellington se había empeñado en confiarles la operación, se quedó muy decepcionado; su política de cooperación, buena voluntad y hacer las cosas de la manera menos inamistosa no había dado resultado, pues por favorable que fuese la disposición de los oficiales franceses no dejaban de ser oficiales franceses, al punto que quienes mandaban los dos batallones, viendo que la situación llevaba camino de acabar en motín, dieron orden de retirarse, lo que interpretó la enardecida multitud como una señal de victoria, con el consiguiente jolgorio, regodeo y alborozo, y sin que tardaran en sumarse unos diez mil parisinos más, atraídos por las festivas noticias y demostrando que saberse invadidos por los ejércitos aliados seguía sin gustarles nada.

Esa mañana, por sorpresa y sin haber advertido a Dessoles, un contingente austríaco integrado por cuatro batallones de infantería y una división de caballería, bajo el mando del joven Fürst Friedrich-Wilhelm von Bentheim-Bentheim, había tomado no sólo el área donde se alzaba el Arc du Carrousel, incómodamente próximo a Les Tuileries, sino las calles adyacentes. Les fue fácil desalojar al retén de levantiscos que vigilaban los accesos, temerosos de que los invasores no dieran por bueno lo de dos días antes; quizá pensaran que volverían a vérselas con los barbilampiños reclutas de la Guardia Nacional, pero los granaderos austríacos, muchos de los cuales habían estado en Wagram, en Dresden y en Leipzig, no mostraban el mismo talante, pues avanzaban en línea de combate, con las bayonetas caladas y las armas cargadas. Así llegaron hasta el propio Arco, de donde arrojaron sin miramientos a una desconcertada multitud menos numerosa que la de días anteriores, pues era domingo, muchos de sus integrantes habían marchado a reunirse con sus familias, no pocos asistían a los oficios religiosos y los más disfrutaban los efectos de una larga noche conmemorativa de su pírrica victoria. Una vez asegurado

un amplio perímetro de seguridad, los infantes austríacos cedieron el protagonismo a los zapadores británicos que desmontarían los caballos —con menos cuidado hacia el entorno del que Müffling había recomendado—, para después asegurarlos sobre cuatro carretones y verles iniciar el camino a la basílica de San Marcos. Los aprensivos zapadores, preocupados por los gritos de la multitud y nada seguros de que los austríacos fueran suficientes para masacrarla si cruzara las barreras, no se anduvieron con miramientos a la hora de sujetar sus andamios a las paredes del arco y asegurar sus tornos en el techo, con lo cual, cuando desmontaron todo aquello y se marcharon, el desventurado Arc du Carrousel presentaba un aspecto desolador, con su primoroso revestimiento desconchado y lleno de agujeros, y buena parte de sus valiosos bajorrelieves hechos pedazos. Una pena, pero en las operaciones militares siempre hay bajas, fue todo lo que dijo el aliviado Wellington cuando le presentaron el informe; para él sólo contaba que aquellos cuatro malditos caballos debían dormir en los cuarteles austríacos, mejor sin sangre, y se había conseguido.

Era una jornada especial para la Académie Royale de Musique, antes Académie Impériale de Musique. Se representaba una obra, *L'Enfant Prodigue*, que fue un éxito en abril de tres años antes, más por la coreografía de Pierre-Gabriel Gardel que por la música de Henri Berton, el cual, como hiciera en 1812, dirigiría la orquesta; el *tout* París estaba presente, con el rey Louis en un rebosante Palco Real. A Wellington, que ocupaba su amplio proscenio —en realidad eran dos, unidos por la expeditiva medida de retirar el panel que los separaba; el director del teatro se lo pensó antes de ordenar hacerlo, ya que ni los ineducados *maréchaux* osaron jamás pedir tal cosa, pero finalmente prefirió que lo hicieran sus carpinteros y no los zapadores de His Grace—, le acompañaban la recién llegada Lady Castlereagh, su escolta Lady Kinnaird, Lord y Lady Fitz-Roy Somerset, Madame de Staël, Sir Peregrine Maitland, Lady Sarah Lennox, Sir Walter Scott y su hijo, los embajadores Vincent y Álava, el *aide-de-camp* del segundo y algunos otros personajes desconocidos del gran público. Al otro lado de la platea se divisaba el también proscenio de la duquesa de Sagan, esa noche acompañada de la princesa Hollenzollern-Hechingen, las condesas de Périgord y de Remusat, la duquesa de Duras y tres o cuatro señoras más. Contra lo usual en las costumbres de su titular no se divisaba caballero alguno, lo que a Miniussir le agradó comprobar. Así estaría menos nervioso cuando, al acabar la representación —un solo acto dividido en tres cuadros, o una pesadilla de dos horas— y tras regresar a la embajada con su jefe, montara en su caballo y enfilara el camino del Bourbon-Condé, donde había sido invitado a quedarse unos días, acompañando a la duquesa Wilhelmine, a su hermana Pauline, a su hija Emilie y a unos cuantos invitados más, todos ellos recién llegados de Viena y a quienes la hospitalaria duquesa daría cobijo esos mismos días, para lo cual necesitaba reforzar su intendencia, cosa que había

hecho apelando al sorprendido embajador español cuando se cruzaron en el *hall* del teatro —tras estamparle un par de besos—, el cual, y como era natural, no tuvo inconveniente alguno en prestarle cuanto tiempo fuera necesario a su encantado consejero. Ese requerimiento, a juicio del ilusionado Miniussir, confirmaba que la opinión de Seiner Hoheit sobre su persona no empeoró tras haberse deslizado en su dormitorio de invitado acatarrado y con sus ropas por secar —una maliciosa doncella que atendía por Hannchen le había comunicado que hasta la mañana siguiente no podría contar con ellas—, pretextando que se había quedado preocupada tras oírle toser y estornudar mientras cenaban con Fraulëin Gerschau, la divertida y perspicaz hija de la duquesa. Tras marchar, ya despuntando el día, le dejó una inexpresable sensación de que la vida para él jamás sería la misma que hasta entonces, pero el caso era que desde aquel mágico amanecer no se habían vuelto a ver. Miniussir, en suma, pensaba que todo le sonreía. Indiferente a las andanzas de aquel insoportable majadero de hijo pródigo al que con gusto pegaría un tiro si con eso la tortura terminaba —no veía el momento de volver a ver a la duquesa, solos en su dormitorio, a la luz de un par de velas y sin más atavío que una fina cadena de oro que, según le dijo, jamás se sacaba del pescuezo—, recreaba en su memoria los acontecimientos del día, los cuales comenzaron al verse con el general para desayunar los dos juntos; ahí le hizo saber que, según anunciaba el secretario de Estado y del Despacho en una carta que acababa de llegar, había sido ascendido a la categoría de consejero de segunda y al empleo de teniente coronel vivo y efectivo, con antigüedad del 15 de agosto en ambos casos.

—¿Qué significa «vivo y efectivo», mi general?

—Vivo, que recibirás tu paga entera, no media como hasta hoy; efectivo, que si bien el nombramiento habrá de ser confirmado por Don Fernando, ya eres teniente coronel a todos los efectos salvo al de quedar inscrito en la escalilla de jefes, cosa que, para los años que tienes, no está mal del todo.

No era la única buena noticia, supo acto seguido. La primera venía en una carta de Sir Henry Dunmore, tesorero del Army of the Low Countries, explicando al general que le correspondían los haberes de un Full General durante un período de tres meses, más los complementos relacionados con su exposición al fuego enemigo y su dedicación a tareas de alta responsabilidad, lo que totalizaba una suma espectacular, la cual podría retirar cuando quisiera; de paso le agradecería que hiciese saber al Major Miniussir que His Grace había resuelto lo mismo para él —con acuerdo a su graduación—, añadiendo un complemento especial por haber actuado en calidad de comisionado interino en el ejército del Prince Blücher, lo que representaba una cantidad prodigiosa, tanto que Miniussir decidió que no haría un mal papel cuando visitara por su cuenta Beaugeois, la joyería favorita de su jefe.

La segunda también se la transmitió el general: la tarde anterior, cenando con His

Grace, éste comentó que Lord Liverpool había llevado a la House of Commons su propuesta de que la mitad de los cincuenta millones librados por el gobierno francés fuera repartida entre los hombres del Army of the Low Countries a razón de 30.589 para los generales y los comisionados, 10.394 para los coroneles, tenientes coroneles y *majors*, 2.168 para los capitanes, 833 para los tenientes y *ensigns*, 461 para los suboficiales y asimilados, y 61 para los soldados. Aquellos premios los recibirían, ellos o sus deudos, todos los que combatieron en Waterloo, con independencia de su nacionalidad. Según eso, explicaba el embajador a un consejero al que resultaba difícil no ponerse a dar saltos, a él le correspondían 30.589 francos y a Miniussir 10.394. A la vista de todo aquello sólo era posible una cosa: pedir al solemne mayordomo que descorchase la mejor botella de *champagne* que hubiera en la casa.

No eran las únicas cartas del día. Justo antes de salir disparado hacia Leger & Michel —la primera medida de su recién estrenada riqueza sería encargarse ropa; pese a las dos guerras que cargaba sobre sus espaldas seguía siendo un soltero de veintiún años—, el mayordomo le había tendido un par de sobres en los que su nombre aparecía escrito en caligrafías femeninas. Se detuvo un par de minutos para leerlas de un tirón, sin pararse a reflexionar; el momento que vivía entonces, desoladoramente aburrido por culpa de aquel hijo pródigo merecedor de ser expulsado de la casa de su padre a patadas en el culo, era excelente para ponerse a ello. Comenzó por el de la señorita Cabal, que así firmaba. No estaba seguro de si eran veinte, o treinta las cartas que le había escrito desde que llegase a Bruselas, a las que había ella contestado una sola vez y con la misma dulzura que habría empleado para explicarle a cómo iban las patatas en el Camino de Hortaleza. La de aquella mañana era todo lo contrario, un festival de admiración por sus hazañas y de ilusión por la extraordinaria carrera que llevaba, de la cual decía su padre que no las había mejor encarriladas, ya que ser teniente coronel a su edad, estando como estaban las cosas en el país, era para sentir el mayor de los orgullos, el mismo que sentía ella, cuyo pecho, no se lo podía ocultar, se le había inflamado al leer en la *Gaceta de Madrid* el relato de la gran gesta que firmaba el general Álava. Eso significaba, teniendo la carta fecha 13 de agosto, que Don Antonio poseía información privilegiada, por lo cual cambió de idea, pues tenía decidido no gastar un minuto en responder, pero una de las eficaces enseñanzas de su jefe decía que jamás conviene proceder sin cortesía, pues la consecuencia es dejar enemigos en la estela que algún día pueden hacer un daño insospechado, de modo que no tardó en componer en su memoria un breve texto donde alabaría la sabiduría de Don Antonio, que tanta razón tenía cuando le advirtió de que a sus respectivas edades el corazón suele traicionar a la cabeza. En realidad, advertía con sorpresa, el rostro de Maite se había diluido en su memoria de un modo total, pudiera ser porque aquella noche, contemplando los saltitos de un Monsieur Gardel que se ponía en ridículo al intentar convencer al

despiadado público de que se podía ser, a la vez, un grácil Azaël y un venerable cincuentón, la Vévodkyne Zahánská se había hecho con todo lo que había en su alma.

La otra era de Lady Jane. No era larga, pero algo le decía que aquel texto pluscuamperfecto era fruto de un dictado. Le agradecía su caballerosidad al describirle con palabras tan hermosas la muerte de su común amigo Lord Hay, le transmitía su alegría por saberle indemne, seguía con la gran admiración que sintió al tener noticias de su valentía y arrojo, así como de la estima en que le tenía Lord Wellington, y para terminar le indicaba que a la vuelta de unos días saldría para París y que confiaba en verle allí, para reanudar una gran amistad que significaba mucho para ella y cuyo recuerdo tanto le reconfortó durante las últimas y penosas semanas. «Pues bueno», se dijo entonces y se repetía en ese instante, al tiempo que aplaudía con sincero entusiasmo el fin del espanto. Si, como intuía, la carta se alumbró en una maquiavélica mente maternal deseosa de dar con un hijo político no mucho más pobre que Sir Peregrine, y no le costaba deducir por qué, apañada iba. Lo cierto, admitía con cinismo diplomático, era que un mes antes habría sentido un gran júbilo de recibir una carta como ésa; en sus reflexiones de seis largas semanas el que Lady Jane pudiera ser un amor de segunda mano había llegado a ser un concepto aceptable, incluso al punto de saberse tan generoso como pudiera llegar a sentirse un capitán a media paga frente a la posibilidad de verse padre de un constante recordatorio de Lord James Hay con los calzones bajados y la lengua fuera, pero eso fue, precisamente, un mes antes. Al teniente coronel vivo y efectivo que se levantaba de su silla, soñando con el momento de montar en su caballo y emprender el camino del *hôtel Bourbon-Condé*, lo último que le apetecería en este mundo sería coincidir en un mismo sofá con la tontísima Lady Jane.

París, jueves 31 de agosto

Wellington y Álava cabalgaban juntos hacia la Place de Louis XV, antes de la Concorde, donde a mediodía tendría lugar la parada militar con que un implacable Zar Alexander pensaba castigar a los desdichados que la presenciarían. Sería en honor de los soberanos o en el de sus directos representantes, gracias a lo cual Wellington podría escurrirse a un confortable segundo plano, pues Castlereagh era el de mayor rango, pudiendo así seguir acompañado de Álava, cuyos malignos comentarios poseían el don de hacer llevadero cualquier espanto castrense. Así le anunció, en tono comprensiblemente bajo, que Castlereagh, tras un incontable número de reuniones y conferencias de tanteo, haría pública la posición británica en relación a lo que se llamaría II Tratado de París: Suiza y el reino de Cerdeña recibirían las áreas del este y el sureste que Francia logró retener a consecuencia del I Tratado, el distrito de Landau sería incorporado a Prusia, Mariembourg, Philippeville y el condado de Hainaut se unirían al VKN, las fortalezas fronterizas serían desmanteladas, Francia pagaría una indemnización global de ochocientos millones de francos y, para concluir, una fuerza de ciento cincuenta mil hombres, aportada por Austria, Inglaterra, Prusia, Rusia y el VKN, permanecería estacionada en el noreste del país, corriendo Francia con sus gastos de sostenimiento durante un mínimo de siete años, prorrogables en tanto no se abonase hasta el último franco de la indemnización.

—Entiendo que con esto pretendéis cargaros a Talleyrand.

—Es Louis el que se lo quiere sacudir; con esto sólo se pretende darle una salida elegante, la de presentar su dimisión sin que su rey se la pida, y es que mientras ocupe su poltrona no se cederá en un solo franco, dentro de que tampoco se pretende ceder demasiado al que le sustituya.

—¿Tenéis pensado quién será?

—Las apuestas van diez a uno a favor de Richelieu, con Molé colocado y Vitrolles de *outsider*. No me gustan mucho, pero es de reconocer que con el primero se negocia bien. Es de los que se presentan en las salas de conferencias con los calzones bajados. Ah, por cierto: Willem te ha escrito. Te concede, que lo sepas, la Gran Cruz de Comendador de su Orden, la de Willem. Es el mayor honor que puede conceder su reino, aunque sólo eso, un honor. Ya le conoces —le conocía, sí; costaría encontrar en el planeta un monarca más tacaño—. ¿Nos vemos esta noche? *Britannicus*, de Racine, en el François. En el palco estará la Kielmansegge, que según se asevera por ahí se muere por tus pedazos. Te lo digo porque ha pedido a Somerset que te siente a su lado. Si prefieres pasar, no me ofenderé.

—Será un honor asistir, Your Grace.

Se sonreían del modo más cómplice, para recuperar apresuradamente la seriedad, pues ya sonaba el cornetín de órdenes. La tortura, bajo el sol de plomo de la Place de

Louis XV, comenzaba.

París, domingo 3 de septiembre

A la reunión entre Gneisenau y Grolman se incorporaba Müffling, que había recibido una carta de Talleyrand anunciándole la destitución de Dessoles y el nombramiento del Maréchal Oudinot como nuevo jefe de la Guardia Nacional. No sabía interpretar las razones ni las implicaciones; Dessoles sería un inútil, pero en las dos direcciones; Oudinot, por el contrario, era un hombre de prestigio entre la tropa y la oficialidad, de acreditadas cualidades militares y patriotismo contrastado. Le recordaba de cuando el *armeeorps* de Yorck combatió contra los rusos a las órdenes de MacDonald, y tenía presente la opinión de aquél sobre su desmedido sentido de la disciplina y lo muy difícil de su trato. Se preguntaba si con él sería posible trabajar, pues lo último que deseaba era que las tropas de Zieten debieran volver a las calles para poner en su sitio a una Guardia Nacional cada día más en complicidad con las turbas, a su vez crecientemente incontrolables. Era un asunto para preocuparse, y Gneisenau así lo aceptó. Quizá fuera bueno, comentó sin segundas intenciones, que Müffling se hiciese acompañar de Grolman a la primera reunión con Oudinot, a fin de hacer ver al francés que los días de tolerancia y buenos modales podrían llegar a su fin si sus guardias no empezaban a comportarse con un mayor sentido de la realidad, siendo ésta que de la noche a la mañana tres *armeeorps* podrían pasar a ocuparse de mantener, *a la prusiana*, el orden ciudadano. Müffling aceptó sin dudar. Era consciente de que la estrella de Blücher emitía sus últimos resplandores y que dentro de poco cesaría en el mando de una manera oficial, pues en la efectiva Gneisenau le había relevado hacía semanas. Un Gneisenau que no podía estar en mejor relación con Friedrich-Wilhelm, que iba con él a todas partes dejando a Blücher en Saint-Cloud. Estando las cosas como estaban, las sugerencias de Gneisenau, si se quería conservar la cabeza sobre los hombros, no debían tomarse como tales, sino como auténticas órdenes. A eso se debía que hubiera ido a buscarlas. El Freiherr Müffling, como tantos y tantos de los que se dedican al oficio militar, no podía vivir sin tener encima un jefe.

Tras aquello se dedicaron a comentar la propuesta de Castlereagh, la misma que Hardenberg había descrito a Gneisenau la noche anterior. En su opinión, así se lo dijo al incómodo canciller, para unas ganancias tan pírricas no habría merecido la pena ir a la guerra. La gran tajada la sacaban los ingleses a través del VKN y los austríacos por medio de sus títeres sardos; para Prusia, una vez más, sólo quedarían las migajas, pese a ser quienes de veras ganaron la guerra. Si Hardenberg se conformaba con esa basura de Landau debería plantearse ceder su sitio a uno dispuesto a llegar tan lejos como fuera necesario a fin de conseguir para Prusia una justa compensación, la cual como mínimo debería incluir Elsaß y Lothringen.^[236] Tanto Grolman como Müffling manifestaron estar de acuerdo con aquello, si bien el segundo lo hacía porque

convenía estarlo, pues disfrutaba unas fuertes reservas mentales; había permanecido cerca de Wellington el tiempo suficiente como para no caberle duda de que Prusia, pese a las pretensiones de Blücher, Gneisenau y otros muchos como ellos, no desempeñaba en aquella comedia el papel protagonista. Por duro que fuese admitirlo, quien tiraba de los hilos de todos los títeres era Inglaterra, y la mano que lo hacía era la de Sir Arthur.

El siguiente asunto eran las fortalezas. Mézières se acababa de rendir al Prinz August; los supervivientes serían despachados hacia el Loire; la ciudadela quedaría en manos de la 8.^a Brigada del II Armeekorps, que ocupaba el lugar de las fuerzas de Hake, trasladadas a Givet-Charlemont. El Prinz calculaba que cuando el obstinado Comte Burke viera que le cercaban veinte mil hombres, tres cuartos de Norddeutsche Bundeskorps más fuertes refuerzos de asedio llegados de Koblenz, lo que suponía trescientas piezas de artillería pesada y doscientas de sitio, se pensaría muy mucho si seguir empeñado en no capitular. Hasta entonces resistía con pocas bajas, pero cuando se viera frente a lo que se desplegaría frente a él a partir del 8 de septiembre se le haría claro que sus tres mil cien hombres no podrían sostenerse. Por orden de Gneisenau se le había permitido mantenerse al tanto de la evolución de la guerra y de las novedades en París, de modo que para él y sus oficiales sería evidente que cualquier día se firmaría la paz con las potencias aliadas, en cuyos términos para nada contaría su sacrificio. No tendría sentido que aun así no rindiera Givet-Charlemont, pero Gneisenau no creía que la razón acabara por iluminar la mente de aquel cabezón. Harían falta cinco mil cadáveres, entre franceses y prusianos, para que se convenciera de que cometía una estupidez. De ahí que ya tuviese decidido pasarle por las armas si aceptara izar bandera blanca cinco mil muertos después de cuando habría debido.

Hake decía de Longwy que su jefe seguía decidido a defenderla. Otro burro más, suspiró Gneisenau, para ordenar que Hake iniciara un bombardeo inmisericorde, de día y de noche, y sin preocuparse de la población civil. Si aquel idiota quería morir *a la española*, que lo hiciera. La última noticia, indirecta pues venía del Prins Frederik, decía que otro de los obstinados, un desconsolado general Bonnichon, había rendido Bouillon. Su tristeza venía de comprender que aquella plaza nunca más sería francesa. Los holandeses habían venido a quedarse, cuando menos hasta la próxima guerra. Tras eso Grolman comenzó con las «noticias ciudadanas». Una interesante, pues ilustraba el talante de los parisinos, era el de facturación durante agosto de las docenas de teatros que alegraban la vida de la población, o de la que tenía dinero para malgastarlo en esa estupidez. Según Müffling, entre todos ingresaron cuatrocientos sesenta mil francos, cantidad muy apreciable si se consideraba que, de promedio, abrían un día de cada tres. Encabezaban la lista el Académie Royale de Musique con setenta y cinco mil, el Théâtre Français con sesenta y cuatro mil, el Variétés con cincuenta mil, el Concerts de Madame de Catalani con cuarenta y ocho mil, l'Opéra

Comique con cuarenta y un mil, l'Odéon con treinta y tres mil, el Vaudeville con veintinueve mil y el Gaieté con veinticinco mil. En los dos primeros tenían palcos, entre otros, Lord Stewart, el Fürst Metternich, la duquesa de Sagan y Lord Wellington. El último se había llevado un disgusto tres noches antes, en el François. El público, nada más verle, se puso en pie y comenzó a insultarle, increparle y abuchearle a un punto tal que, indignado, lo abandonó con su docena de invitados. Conocía los detalles por habérselos explicado el general Álava, uno de los que marcharon tras él. Según sospechaba, el incivilizado ataque se debió a que los abucheadores le consideraban responsable del saqueo de «sus» obras de arte. Wellington, terminó explicando Álava, consideraba tan asombroso como injustificado que siendo Inglaterra la única potencia que no había sacado absolutamente nada de lo que atesoraba el Louvre, la fracción del populacho que se podía pagar las carísimas localidades del Théâtre Français —Müffling aceptaba que no serían *sansculottes*— le considerase responsable del *vandalico saquo*. Gneisenau sonreía con placidez, aunque no al estilo de los serafines; los ojillos entornados, fijos en un cuadro colgado en la pared, así como la boca desviada levemente a estribor, sugerían que no sentía excesiva pena por las desventuras de His Grace. La última noticia, también de Álava, decía que la ex reina María-Carolina se había instalado en el *schloss* Haimbourg, cerca de Viena. Su exilio, hasta llegar ahí, había sido accidentado, empezando porque al llegar a Venecia el gobernador la invitó cordialmente a irse al diablo. En Viena no le fue mucho mejor, si bien Metternich ordenó aceptarla siempre y cuando no se dejara ver, y no se hiciera llamar de otra forma que Gräfin Lipona, título que carecería de significado para cualquiera que no hablase italiano y no pudiese advertir que aquello era Napoli silabeado al revés. En realidad, decían las fuentes de Álava — un ministro plenipotenciario antes destinado en Viena y que se acababa de incorporar a la legación española—, nadie tenía nada contra ella, salvo el ser una Bonaparte. Se suponía que Metternich prefería tenerla vigilada y no enredando por ahí, quizá para conseguir a su través información de interés no ya histórico, sino de la que sirve para resolver viejos misterios y ajustar cuentas olvidadas. También se murmuraba que quizá el príncipe, de quien se aseguraba que la conoció *a la bíblica* cuando era embajador en París, quería revivir viejos momentos. Después de todo, y según decían quienes habían podido verla, Maria-Carolina Murat se conservaba estupendamente bien.

París, viernes 8 de septiembre

El día era fresco, había informado el mayordomo al general cuando salía de compras. Empezó por los amigables Leger & Michel, después hizo un alto en la librería Lafitte, en la Rue du Bac, y de allí siguió hacia Terzuolo, tras comprar útiles de aseo en La Planche, cerca de donde vivía Juliette de Récamier, en la esquina de la Chaussée d'Antin con la Basse du Rempart. No tenía ganas de volver a la embajada; su ambiente se había vuelto irrespirable, al punto de haber lanzado a Zurraspas a la búsqueda de unas habitaciones donde los dos, y Miniussir si se apuntase, pudieran vivir en paz. Hasta la llegada del marqués de Labrador la vida en la gran casa era plácida y agradable, una vez el servicio verificase que tanto él como Miniussir, así como el joven Tavira, eran personas de bien, educadas en la sencillez y partidarias de tratar a los criados como si fueran personas. La presencia del agreste señor, sin embargo, había quebrantado la paz ambiental, y eso que sólo llevaba tres días; le habían bastado para enfrentarse al mayordomo por la calidad de las habitaciones que le adjudicó, pues no sólo no eran del tamaño y riqueza ornamental que merecía un hombre de su talla, sino que no estaban en buen sitio. Le daba igual que las de sus compañeros de vivienda también se hallaran allí, en la zona de transeúntes. Él debía residir en «la noble», y el razonamiento del mayordomo, que aquellas piezas eran para el uso exclusivo de Su Excelencia el Embajador, le daba igual. Si bien aquello indicaba el talante y la ralea del individuo, en sí mismo no era de gravedad. Sí lo era lo que opinaba de su posición; lo había manifestado en las tres ocasiones que desayunaron juntos ellos dos, Tavira y Miniussir. Los tres, sostenía, deberían ponerse a sus órdenes por ser el de mayor rango, y seguir sus instrucciones a efectos de conseguir el objetivo que le había marcado SCM: conseguir las mejores ventajas para España en el recién comenzado a discutir II Tratado de París. También había dejado caer la lista de lo que pensaba reclamar, que Álava se negó a comentar; aquello estaba tan por fuera de la sensatez que más valía dejarle que se diera de colodrones con la realidad. No se reprochaba su decisión de inhibirse, pues no sólo Cevallos le había dejado fuera de aquello, sino porque hacerse ver con aquel asno acabaría en dos días con su reputación de hombre inteligente y agradable con el que siempre se puede contar, al que se debe invitar a todas partes y por el que siempre se pregunta cuando no está presente. Si algún día Labrador necesitase contactos —no había mostrado el menor interés en los que pudiera él poseer, ya que los negociadores y plenipotenciarios con quienes trataría en París eran los mismos a los que había deslumbrado en Viena, o eso decía—, que se los fabricara. En cuanto a su pretensión de hacerse con Miniussir, por necesitar un ayudante, ya le disuadiría; la función oficial de su joven consejero mientras no retornasen a Bruselas, que así lo había establecido con Cevallos, era ser su segundo en la recuperación de las obras de arte a las que pudieran echar mano, a lo cual se dedicaba en jornada completa. Si Labrador

deseaba que alguien le llevase la cartera, que pidiera refuerzos a Madrid.

Aquel atardecer habría cena de gala en el Bourbon-Condé. Sería en honor del König Friedrich-Wilhelm, por demás satisfecho de que su mayor terrateniente prefiriera decantarse por lo prusiano en vez de por lo austríaco, al revés de lo que hacía en Viena. No se sabía qué razón habría tras aquella toma de posición, aunque los más antiguos conocedores de la Zahánská opinaban que, simplemente, le habría dado por ahí. Lo que sí estaba por encima de toda duda era que su poder de convocatoria seguía siendo el mayor de dondequiera que sentara sus reales, fuera Viena, Praga o París; lo demostraba que hubieran confirmado su presencia el Zar Alexander, el conde Barclay de Tolly, los plenipotenciarios Razumovsky, Nesselrode y Kapodistrias, el embajador Pozzo di Borgo, el príncipe Metternich, el barón Gentz, el barón Vincent, el príncipe Schwarzenberg, el príncipe Thurm und Taxis, el príncipe Wrede, Lord Stewart, el duque de Wellington —el marqués de Londonderry, al que su caballo había coceado en los Champs Élysées, estaba en cama—, Lord Fitz-Roy Somerset, el príncipe Blücher, el conde Gneisenau, el príncipe Hardenberg, el barón Humboldt, el conde Nostitz, el barón Von dem Kneesebeck, el conde Von der Goltz, el embajador Álava y el señor de Miniussir, cinco de los cuales —quizá sospecharan que lo mismo eran más— tendrían derecho a certificar que *recibía* en sus salones no mucho peor de como lo hacía en sus alcobas. No habría representación francesa, pues aunque camuflada sería una cena de vencedores, aunque sí presencia femenina indígena o asimilada, encabezada por la baronesa Staël-Holstein y la condesa de Périgord, a las que se unirían las condesas de Boigne y de Remusat. En cuanto a la no francesa, la integraban las princesas Hohenzollern-Hechingen y Lieven, Lady Kinnair —había pedido que la sentaran junto a Blücher—, Lady Shelley, Lady Lamb, Lady Granville y la condesa Kielmansegge. No era un balance perfecto, aunque dadas las condiciones protocolarias de aquellos azarosos días tampoco estaba mal, había reconocido a la duquesa el aprensivo Miniussir, a quien preocupaba sentarse a la misma mesa que un emperador y un rey, más que nada por si detectaban que no lo hacía en estricta calidad de diplomático.

Sumido en esa reflexión, la de su calidad personal en el acontecimiento que se avecinaba, permanecía reclinado sobre un par de almohadones; al tiempo contemplaba la silueta de la duquesa, que se recortaba contra la ventana entreabierta; no parecía preocuparle que alguien situado en el exterior y armado de catalejo la pudiera observar, porque sólo su cabeza sobresalía de la línea del etéreo visillo, el cual levantaba cautamente sujetándolo a dos manos. En esa posición, de puntillas y componiendo un escorzo muy leve, la melena recogida y envuelta en una toalla, y la espalda mostrando algunas gotas por no haber sido bien secada —cuando se daba un baño era Hannchen quien se ocupaba de aquel menester, pero ese mediodía, y dadas

las circunstancias, se había inclinado por apañárselas ella sola—, le parecía un sueño al que convenía sujetarse con fuerza, no viniese alguien a despertarle y le hiciese así bajar de aquel indiscutible Olimpo al triste Averno donde chapoteaban los humanos no elegidos por los dioses, y en su caso por la más deslumbrante de las diosas.

Miniussir era objetivo. Por mucho que la pasión le devorase no dejaba de aceptar que aquella suerte de Afrodita resultaba un poquito culona, pero era un mínimo defecto con el que bien podía convivir, dado sobre todo el ningún remilgo con que su dueña le dejaba disfrutarlo. Le había sorprendido comprobar que aquella inteligentísima mujer —sus juicios, cuando en algún entreacto los dejaba caer, sonaban tan acerados como los del mismísimo Gneisenau— dominaba las suertes de la cama tan bien o mejor que cualquiera de las aguerridas profesionales a las que alguna vez recurría, cuando encontraba insoportable la presión de la calentura. Con la duquesa no había límite ni restricción, ni en eso ni en nada; quizá de ahí viniera el mantra que susurraba de vez en cuando, aprovechando algún mordisquearle la oreja: *mon cher Nicolás, Gott ist tot, there isn't any sin and tutto è permesso*^[237] Esas tres oraciones, aceptaba, constituían el más eficaz antídoto de los Evangelios que nadie, jamás, le hubiese predicado. Se preguntaba, también, cuánto duraría el milagro. No porque divisara nubes en el horizonte, sino por ser consciente de lo poquito que podía ofrecer a su omnipotente hada madrina, la cual, en las poco más de dos semanas transcurridas desde que pasó a formar parte de su alcoba, ya le había comprado un Breguet Tourbillon similar al que Bonaparte regaló al Zar cuando se llevaban bien, y un par de pistolas Wogdon & Barton, idénticas a las que usaron seis años antes Lord Canning y Lord Castlereagh tras considerar que a tiros debatirían con mayor comodidad. El reloj no lo podría pagar ni con sus sueldos de dos siglos, y el valor de las pistolas debía de ser tan incalculable que su flemático superior se desorbitó de los dos ojos cuando se atrevió a mostrárselas. Por su parte, y tras conseguir un anticipo del general sobre los 10.394 francos que le concedió Lord Liverpool, no pudo ir más allá de un precioso chal de Cachemira comprado en el mismo Atelier de Mademoiselle Martin que al general, tiempo atrás, le recomendó la princesa de Chimay, quien, por lo visto, fue la que trajo a París no solamente la moda de lucirlos para camuflar la etereidad de la descocada vestimenta *merveilleuse*, sino un estilo de colocárselos, *a la Tallien*, que aún seguía vigente.

Se habría hecho más preguntas, pero a la vista de lo que contemplaba le resultaba difícil conseguir que su cerebro mantuviera el control de su consciencia. Otro de sus órganos reclamaba con descaro le prestase atención. Dado que hacerlo no le costaría más esfuerzo que levantarse de la cama, pues no debía desprenderse de ropaje alguno, puso proa, que así lo habría explicado el general, a donde sospechaba que se le aguardaba, en lo cual se reafirmó cuando, tras estrechar una espalda por demás estimulante, depositó un beso de caníbal en un morrillo que tuvo la delicadeza de

ahuecarse.

—Cuánto ha tardado usted..., ¿no le gustaba el panorama?

Era una pregunta retórica, y como tal se la tomó. En vez de contestar, y con una falta de miramientos que ya sabía no disgustaba en exceso a su compañera de juegos, asió sus caderas, las atrajo hacia él haciendo que su dueña se doblase un poquito al tiempo de quejarse dulcemente, y sin más contemplaciones procedió al estilo que, según Boccaccio, más valoraban las provocativas yeguas párticas. En el caso de la suya, no había duda: sus jadeos y sus a duras penas ahogados gritos indicaban a qué clase de «arte» se refería en su celebrada carta de «adiós, muy buenas» al por lo visto mal dotado canciller del Imperio Austríaco. Un defecto que nadie, jamás, podría imputar al teniente coronel Nicolás de Miniussir, a todas luces vivo y sin la menor duda efectivo.

Vertus, domingo 10 de septiembre

Comenzaban los tres días más temidos del calendario: Alexander, resuelto a festejar el santo de su nombre a mayor gloria de Dios, había organizado un programa que llenaba de horror a los invitados al contemplarlo, sin que tuvieran forma de rehuirlo, pues si bien el Zar no peleaba por demasiadas compensaciones su apoyo era necesario para triunfar sobre la oposición, de modo que ninguno de los jefes de legación, plenipotenciarios o embajadores, a excepción del lesionado Castlereagh — el caballo le agredió en público; gracias a eso no cabía dudar de su necesidad de reposo—, se planteaba la posibilidad de presentar otra excusa que la de haberse muerto, única que Su Majestad aceptaría.

El pavoroso acontecimiento, que duraría tres días, tendría lugar en el llano de Vertus, un lugar entre Brienne, Châlons-sur-Marne y Épernay, a unos cien kilómetros de París. Era ciertamente plano, aunque lo dominaba una pequeña elevación, la colina Mont-Aimé. A su alrededor se concentraba el ejército ruso desde varios días antes, los mismos que sus fatigados efectivos dedicaban a ensayar los horrores que perpetrarían. Los de aquel día consistirían en una parada militar sin precedentes, donde ciento sesenta mil soldados desfilarían ante Alexander y sus invitados, entre los que figuraban los soberanos presentes en París, sus ministros, sus plenipotenciarios y sus generales, así como los embajadores acreditados en la corte francesa. Tras ellos se agolparían varios centenares de parisinos destacados y de visitantes más o menos ilustres, en su mayoría británicos. De lo que no se había preocupado el Zar era de construir unas gradas desde las que se contemplara el espectáculo con razonable comodidad. Las víctimas lo presenciaban desplegadas en las faldas de la colina, la mayoría sobre sus caballos —las damas, que había unas cuantas, bajo sus sombrillas—, y los que no montaban —el rey Louis y algunos otros más, en su mayoría damas de cierta edad, entre las que destacaba la duquesa de Courlande— lo hacían retrepados en sus sillas de manos o a cubierto del sol bajo una carpa de regular tamaño. Destacaban, por la calidad de sus bestias y por la elegancia de sus atavíos —además de por su belleza natural, pese a que con todo lo que llevaban encima no se advertía gran cosa—, las hermanas Von Biron, invitadas por el Zar cuando atendió la cena que la mayor dio en honor de Friedrich-Wilhelm. Habrían declinado el honor, pero con el amo de sus pensiones —y las de su madre, y su ausente cuarta hermana— era preciso ser cuidadosas, y así, sentadas a mujeriegas sobre sus preciosos animales —el purasangre de la duquesa de Sagan atraía tantas miradas como su dueña—, luchando contra el más penoso aburrimiento y conteniendo como podían unos incontenibles bostezos, observaban sin la menor gana el estúpido ballet para hombres, bestias y testas coronadas.

El teniente general Álava y el teniente coronel Miniussir, impecablemente uniformados —Monsieur Leger jamás fallaba un plazo— y sobre sus también

excelentes caballos, hacían lo mismo que sus tres elegantes vecinas, aunque con una mirada muy distinta, sobre todo en el caso del embajador-general. Aquello, a su juicio, demostraba que la fuerza mandada por Barclay de Tolly estaba lejos de ser la horda de pordioseros que describía Wellington. Él veía un ejército bien organizado que maniobraba y desfilaba con elogiada precisión, pese a la desmesura de su número, casi ocho veces mayor que aquel I Armeekorps que dos meses antes viera recorrer los Champs Élysées. Era una fuerza valiosa y sin duda temible, y por si fuera poco instalada tan cerca de París que se podría reunir en un chascar los dedos con su aliado de los últimos veinticinco años, el demostradamente salvaje Niederrheinarmee. Aquello, más que un festejo tan inútil y ridículo como solían ser casi todos los de naturaleza militar, le parecía un mensaje sutil para soberanos y plenipotenciarios, un aviso en toda regla de que para nada se deberían despreciar los puntos de vista de Su Majestad en las azarosas conversaciones que, según se hizo público dos días antes, comenzarían el miércoles 20 de septiembre.

Tras la parada militar el Zar ofreció una cena para sus trescientos invitados en los jardines del cercano *château* donde se hospedarían los principales, si su propia intendencia no les había procurado un alojamiento cercano de suficiente dignidad. Se servía en veinticinco mesas circulares dispuestas sobre planchas de teka y bajo una colosal pérgola, desplegadas la noche antes por los zapadores rusos. El banquete propiamente dicho era responsabilidad del gran Carême, que pese a su fidelidad a Talleyrand, para el que trabajaba de vez en cuando y con el que volvería cuando el Zar regresase a la desierta inmensidad de su país, desde hacía seis meses era el principal activo diplomático de Alexander. A sus órdenes formaban cincuenta cocineros, reclutados para materializar un menú que comenzaría con varios miles de ostras dispuestas sobre hielo —Carême había reclamado que se instalara en el *château* una planta que lo generase—, a las que seguiría una selección de cuatro sopas, otra de veintiocho aperitivos, seguida de otra sobre veintiocho entrantes para terminar en una cuarta de veintiocho *grandes pièces*; tras eso vendría elegir entre *tête de veau* al Madeira, *fricasse* de pollo, rodaballo cocinado en salsa de anchoas y *vol-au-vent à la Toulouse*, complementado todo ello con las más inverosímiles guarniciones y rematándolo un insuperable festival para golosos, con hasta doce ofertas diferentes. Pantagruel se habría sentido desafiado ante todo aquello, al punto que no pocos asistentes, empezando por las señoras, capitularon antes de llegar a los platos principales. Miniussir, al que habían sentado entre Sir John Fremantle y el Oberst Reiche, fue de los que resistieron hasta el final, pues su juvenil estómago podía con todo aquello aunque no con mucho más, pero Álava, preocupado por su manga, fue de los que más pronto desertaron. Le habían colocado en una mesa donde abundaban los embajadores, todos ellos tan corteses que no se salían del francés. Así se pudo enterar de algún cotilleo, como el ascenso a Generalfeldmarschall del

vencedor de Murat, el Freiherr Bianchi, o la concesión al mismo por parte del rey de Nápoles, Ferdinando IV di Borbone —quien lo explicaba era su embajador en París— del ducado de Casalanza, con lo cual habría otro duque más infectando al continente, pesimista comentario que despertó las crueles carcajadas de los mundanos diplomáticos. También escuchó que la Fürstin Metternich había dado a luz el 1 de septiembre al octavo de sus hijos, una niña que sufriría el nombre de Henrietta-Gabriele. Una puntualidad elogiada, añadía la venenosa lengua que lo relataba, pues el acontecimiento sucedió exactamente nueve meses después de la reaparición pública de la princesa en la fiesta del incendiado Razumovsky, luciendo un apretado brazalete de diamantes que todo el mundo sabía diseñado para un brazo más esbelto —las miradas se desviaron a la mesa de soberanos, donde la duquesa de Sagan departía tranquilamente con sus compañeros de babor y estribor, el Zar Alexander, nieto de su madrina y primo lejano suyo, y su tío Louis XVIII—; era evidente, la naturaleza lo demostraba, que Metternich, también aquella vez, había sabido hacerse perdonar sus azarosos amoríos, a lo que siguió un nuevo torrente de malignas carcajadas diplomáticas.

Lo que más le hizo reír, sin embargo, fue una flemática explicación de un viejo conocido de Bruselas, el embajador Stuart, que preguntado por el excelente humor que mostraba Wellington explicó que tenía por origen un hijo de puta. Los ojos se desorbitaron, las mandíbulas cesaron de masticar y todo el mundo guardó silencio, expectante, hasta saber que un buen amigo de Wellington, Sir William Maxwell, criaba purasangres y de vez en cuando hacía correr alguno en el hipódromo de Doncaster, donde tenía sus cuadras. Días antes, uno de sus menos gloriosos pencos de tres años, de nombre *Filho da Puta*, montado por un tipejo diminuto apellidado Jackson, había dado la campanada en el Saint Leger Stakes, una de las más prestigiosas carreras de Inglaterra, la última y más larga de las que componían la Triple Corona. Wellington debía poseer información privilegiada, pues se había jugado por él nada menos que cien guineas, sin importarle que aquel maldito jamelgo cotizara 32 a 1. Así acabó embolsándose la envidiable suma de tres mil doscientas libras y otros tantos chelines, por lo cual no tenía nada de particular que le vieran exultante. Mucho más que a él, que apostó cincuenta por *Whisker*, pues venía de ganar el Derby, cotizaba 5 a 1 y era el favorito indiscutible, y aun así quedó a seis cuerpos, el maldito inútil. Lo último lo dijo con expresión grave, para echarse a reír un segundo después acompañando al resto de la mesa, que hacía lo mismo. Nunca se acaba de conocer a las personas, se decía el embajador Álava mientras cruzaba una mirada de simpatía con el raramente jovial Stuart, que demostraba ser un caballero en lo bien que sabía perder cincuenta guineas. Jamás habría sospechado que Wellington se jugara el dinero en las carreras, aunque también podría ser, recordaba entonces, que las tres únicas palabras que sabía de portugués, y que hasta 1811 rara vez se le

caían de la boca, coincidían con el nombre de aquel caballo portentoso. Quizá fuera ésa la información privilegiada de la que sospechaba Sir Charles. En cualquier caso, y como se decía en la Marina Real de los que poseían una suerte prodigiosa, extraordinaria, no cabía duda de que su buen amigo la tenía lisa.

—Volviendo a la que todos adoramos y sin la que nuestra profesión serían tan tediosa y tan monótona, ¿sabe alguien con quién anda en estos días?

—¿No era Pumpnickel?

Si Álava fuera más nuevo en el oficio se admiraría de que aquella pandilla de distinguidos embajadores se refiriese así al colega de Su Graciosa Majestad en Viena.

—Así se dice que vino, pero al poco le dejó plantado en Le Rocher de Gancale, se murmura que tras vaciarle sobre la bragueta una sopera de *bouillabaisse*. A la dama, que sigue tan temperamental como siempre, no le pareció bien que Lord Stewart se desentendiese de su persona los días que anduvo por aquí la joven señorita británica con la que dicen pretende perpetrar infanticidio matrimonial.

Era llamativo que Sir Charles Stuart no sólo se sumase al despellejamiento colectivo de su colega y compatriota, sino que lo hiciera con indisimulada fruición. Álava creía saber por qué; según recordaba, en alguna ocasión Wellington le había criticado por abandonar la caballería, donde a su juicio era competente, para dedicarse a la diplomacia, una ciencia donde sus dones eran tan apropiados como los de una virgen ruborosa para gestionar una *soika* de cosacos, a lo cual se debía que los verdaderos diplomáticos, como Sir Charles, le despreciaran del modo más olímpico.

—Se dice por ahí que un corresponsal del *Saint James' Morning Chronicle* se le puso al lado cuando cabalgaba con su hermana, la Hohenzollern-Hechingen, por los Champs Élysées. Le preguntaba sobre asuntos indiscretos, a grandes voces, cuando surgió de la nada un oficial de uniforme azul y grana que con su sable y de un tajo le cortó las riendas, para después acariciarle los bigotes con la punta mientras le miraba fijamente, causándole tal indisposición de vientre que aún no se ha recuperado.

Casi todos compusieron un gesto de solemne asentimiento. Los periodistas, pese a reconocer la inmensa valía de los que se dejaban sobornar a bajo precio, no les gustaban mucho.

—Son colores que se parecen mucho a los que viste Su Excelencia, general d'Álava.

La mesa se volvió a mirarle de forma inquisitiva, pero Don Miguel era mucho Don Miguel.

—Puedo asegurarles que no tengo nada que ver. La última vez que me ceñí un sable, además de hoy, fue cuando desfilaron los prusianos. Por cierto, que no recuerdo haber visto por allí, llegando a la Place de la Concorde, o de Louis XV que se dice hoy, a ninguna de Sus Excelencias.

Según había previsto, la conversación derivó con rapidez a otros asuntos.

Benditos sean los cotilleos, alcanzó el general a decirse sin prestar atención a lo que se comentaba sobre la última víctima de la Marassé. Qué sería del oficio diplomático sin ellos.

París, viernes 15 de septiembre

Gneisenau terminaba de contar a Grolman lo sucedido en los festejos del Zar, pues éste se los había perdido al quedarse a defender el fuerte. Según explicaba, el segundo día fue, de lejos, el más duro de los tres. Su propósito era celebrar la fiesta nacional rusa, en la cual se conmemoraban las hazañas de su santo patrón, San Alexander Nevsky, un tipo que siete siglos antes, con sólo veintidós años, se había opuesto a los espectrales Caballeros Teutónicos. Dada la excelente relación entre rusos y prusianos, culminada en el idilio que sostenían Friedrich-Wilhelm y Alexander, al recordar aquellas gestas éste prescindió, delicadamente, de las precisiones incómodas. Por lo demás, todo fue grandioso. Las tropas formaban en siete *korps*, apiñado cada uno a un altar levantado por los zapadores. La baronesa Krüdener, en sobrio atavío negro, los recorrió con solemne lentitud, seguida de un Zar que, cosa rarísima, caminaba con la cabeza descubierta. Tras eso una fuerza de popes había celebrado siete misas simultáneas, en las que se había echado mano de toda la pompa que podía movilizar la iglesia ortodoxa, con los ciento sesenta mil soldados desempeñando un seguramente involuntario papel de coro. Al terminar se les había echado de comer —los pobres llevaban todo el día con una simple hostia—, igual que a los empachados invitados, de nuevo sobre las planchas de teka y siguiendo los designios de un tal Carême. Según les dijo el propio Alexander a Paschol y a él, aquel había sido el día más feliz de su vida; tanto, que incluso rezó por sus enemigos. En cuanto a la última jornada, fue más llevadera. No hubo banquete, ni gran parada, ni celebraciones religiosas. Sólo ceremonias castrenses, culminadas en una solemne imposición de condecoraciones. El Zar las remató al entregar a Barclay de Tolly su bastón de mariscal tras hacerle príncipe, con lo cual el gran inútil —era notorio que a Gneisenau no le gustaba mucho— remataba su mejor campaña, ya que sin haber disparado un cañonazo se veía elevado a lo más alto de la jerarquía militar. Tras eso, una última revista de tropas, a caballo y no de todas, sino de unos pocos regimientos escogidos, y cada mochuelo a su olivo, concluyó con gesto displicente para unirse acto seguido a las carcajadas de Grolman.

Tras aquellos minutos de maligna relajación se concentraron en lo importante: la *Festungskrieg* estaba cerca de acabar; cosa de dos semanas, todo lo más. Así pensaba informar Gneisenau a Hardenberg, al que debía visitar a mediodía. Les hacía pensar eso, a él y a Grolman, que Burke había desalojado Givet para buscar refugio en el Fort de Charlemont, un tanto alejado del Meusse, de modo que la navegación por su curso alto quedaba despejada. Caería él solo, como fruta madura, por lo que August había desplazado su brigada Mecklenburg para sitiar Montmédy, que al también haberse rendido Longwy era la única fortaleza que aún resistía. Dios quisiera que Hardenberg supiera sacar provecho de todo aquello, lo que Gneisenau, tristemente, consideraba improbable. Servirse de la fuerza como argumento capital, bien lo sabía,

no era una simple cuestión de voluntad.

Álava releía la carta que pensaba enviar a Cevallos. En ella incluía dos presupuestos para la restauración de los cuadros en mal estado, el de Bonnemaison y el de dos especialistas italianos que le había recomendado Canova. Le pedía, también, su autorización para residir en París una vez se incorporase Perelada, lo cual se podría justificar por razones de salud —no del todo falsas; el clima de Bruselas no le sentaba bien—, aunque la verdadera razón era que Ciudad Rodrigo se pensaba repartir entre París y Cambrai; marginalmente, no tendría sentido regresar al VKN por cuanto el rey Willem se había instalado en París, como casi todos los monarcas europeos, los cuales no pensaban moverse de allí mientras no quedaran establecidas las indemnizaciones de guerra y las repercusiones territoriales a las que dieran éstas lugar. Willem tenía excelentes razones para no irse, pues todo indicaba que su botín sería cuantioso, nada menos que las provincias valonas aún francesas, lo que supondría no sólo unos cuantos miles de kilómetros cuadrados esenciales para su pequeño país, sino cien mil almas adicionales y un considerable incremento de la renta nacional. Con aquellos argumentos Álava no pretendía que Cevallos le autorizase a quedarse, pues pedirle que mantuviera su contacto con Wellington implicaba que lo hiciera, sino aportarle ideas para conseguir no sólo que SCM estuviera de acuerdo, sino que aceptara el cuantioso coste adicional que aquello supondría. Si algo no deseaba en absoluto era tener que pagar de su bolsillo una casa en la carísima París. Talleyrand reflexionaba sobre los resultados de las elecciones, los que se publicaban en el *Moniteur* de aquella mañana. De los 402 escaños, 350 estaban en manos de los ultras o de sus simpatizantes, los partidarios de liquidar hasta el mínimo vestigio de la revolución del 89. Constituían una mayoría tan aplastante como inmanejable, según había comprendido nada más ver, semanas antes, las primeras cifras apuntadas por el preocupado Fouché. La minoría, compuesta de republicanos y liberales de muy escaso peso, era tan reducida que de ningún modo la podría equilibrar. Frente a ese panorama parlamentario era evidente que su tiempo al frente del gobierno sería escaso. De las medidas que tomase dependería que se contara en días, en semanas o en meses; en años, imposible, lo cual no sólo no le preocupaba, sino que le aliviaba. Ser presidente del Conseil Privé cada día que pasaba le apetecía un poco menos. Era incapaz de tomarse su cargo como se lo tomaban Liverpool o Hardenberg, que sólo vivían para eso; ni siquiera le valía la fórmula de Metternich, que se las componía para ejercer sólo un reducido número de horas al día. Lo suyo, aceptaba con realismo, era conspirar para derribar a un gobierno, pero le aburría ser el pobre diablo contra el que conspiraban los demás y que sólo podía resistir a fuerza de trabajar, la clase de pecado del que jamás desearía confesarse. Los imbéciles que pensaban de la vida que su objeto era pasársela en el tajo merecían eso

exactamente. De ahí venía la beatífica forma en que se tomaba la ominosa realidad parlamentaria. Si dispusiera de los medios económicos adecuados y la suficiente seguridad institucional presentaría su dimisión ese mismo día, pero no era el caso. No lo haría mientras no tuviese asegurado un cargo de muy alta remuneración y escasísimas obligaciones, que le asegurase vivir tan prodigiosamente como le gustaba y como a pesar de sus penosas obligaciones había conseguido no dejar de hacer desde su regreso a París, y que le facilitara permanecer muy cerca del rey, conservando su influencia por no decir su capacidad de hacer y deshacer gobiernos, e incluso reyes, sin por ello verse obligado a modificar sus magníficas costumbres. Mientras no le llegaran garantías de que tal cargo era suyo —lo tenía identificado— debería resistir, y la primera medida era soltar lastre. Sería lo que haría en los minutos finales de aquel último consejo en el que participaría Fouché; si lo hubiera visto venir tan clarividientemente como él no habría cometido la estupidez de casarse un mes antes, y encima forzando a Louis a ser su testigo, lo que significaba que sus prodigiosos quince días al frente del último Directorio debieron de consumirle sus últimas reservas de inteligencia. «Bienaventurados los idiotas pues ellos pagarán las facturas», concluía en forma de oración final por el alma insepulta de Fouché mientras se abría la puerta y un ujier anunciaba que sus ministros y secretarios ya estaban reunidos y esperándole.

Aquella noche se celebraba una infinidad de cenas en el selecto ambiente de los soberanos instalados en París, sus ministros, sus diplomáticos y las personalidades cuya ocupación principal era permanecer en sus proximidades. Una de las más reservadas, pero de las que suscitaban mayor curiosidad, era la que celebraban en el Élysée-Bourbon, residencia del Zar, éste, la baronesa Krüdener y el Kanzler Metternich. A los que se hallaban al corriente les parecía una saludable restauración de las buenas relaciones entre dos magníficas figuras de la política europea, que tan bien se habían llevado durante años y que por un quítame-allá-esa-duquesa se habían visto cerca de confrontarse como Canning y Castlereagh. En realidad, eran cuatro las sillas a la mesa y cuatro los servicios dispuestos en ella, pero cuando a la pregunta de Metternich —según se comenzase a comentar esa misma noche— «¿a quién esperamos?», respondió la baronesa, «pues a Jesús Nuestro Señor», el flemático canciller acabó de aceptar que su hierático anfitrión estaba como una cabra, pues otra explicación no había para que mantuviese a sus expensas a semejante bruja y le permitiera ejercer sobre su persona una influencia tan fatal que le ponía de continuo en las situaciones más ridículas. Lo que más a favor estaba de su implacable juicio, no se recataría en explicarlo al Freiherr Gentz, era que la baronesa, vista de cerca y pese a la compasiva luz de las velas, aparentaba no solamente los cuarenta y nueve que confesaba, sino una docena más; si un hombre como Alexander, por cuyo lecho

habían pasado las más espectaculares bellezas del continente, se manifestaba tan cautivado por aquel adefesio habría de ser, a la fuerza, por motivos espirituales, y eso, en un autócrata que imponía su dictadura sobre cincuenta millones de almas —si cada ruso tuviese una, lo que consideraba dudoso—, era tan inexplicable que sólo se podía comprender a partir de la premisa precedente, que había perdido la razón, lo cual, expresaba el Kanzler como último producto de su acerada reflexión, quizá fuera preferible a lo contrario.

Una cena que no despertó interés entre los observadores de la sociedad invasora era la que tenía lugar en el Grimod de la Reynière. Participaban Lord Wellington, Lord Fitz-Roy Somerset y su esposa, el ya restablecido Lord March y su madre, la duquesa de Richmond, a la que acompañaba Lady Jane, ambas recién llegadas de Bruselas y que mientras no encontraran una residencia decorosa deberían sentirse allí como en su casa, según Wellington les hizo saber al tenderles la mano para que descendieran del nada lustroso carruaje que las había traído desde la Rue de la Blanchisserie. La duquesa, como no tardó en explicar, habría querido venir antes pues tenía problemas por resolver, pero las restricciones económicas que le imponía su tacaño marido habían demorado su partida más de lo deseable. De los dos primeros no se cortó en hablar durante la cena, causando no poca incomodidad; uno era que Lady Sarah había hecho público sin consentimiento su compromiso con Sir Peregrine Maitland, y otro que Lady Mary amenazaba perpetrar lo mismo con el Lieutenant-Colonel Sir Henry Bradford. Ambos matrimonios serían una desgracia, y de ahí su interés en hacerlas desistir. A las protestas de Wellington, que tenía la mejor opinión de los novios, Lady Charlotte respondió que sin duda eran personas y soldados excelentes, pero como madre preocupada por el porvenir de sus hijas era presa del horror, pues ninguno de los dos tenía donde caerse muerto. Wellington prefirió no explicar que ya se había preocupado de ayudar en ese punto, especialmente a Sir Peregrine, que sería nombrado vicegobernador en el primer territorio del Canadá que quedara libre. Con Sir Henry se había esforzado menos, en parte porque aún faltaba mucho para que pudiera reincorporarse —de Waterloo no salió indemne— y en parte por considerar que su edad (cuarenta y tres años) era un poquito proveya para casarse con una chica de veinticinco.^[238] De ahí que se limitase a consolar a la duquesa recordándole que Dios acostumbraba proveer. El tercer problema, sin embargo, era lo bastante grave como para que no pudiera dejar él mismo de preocuparse, como supo al poco de que Lady Charlotte y él se quedaran solos. Un problema que les había dejado en herencia el difunto Lord Hay y que a la duquesa, y a la desmejorada Lady Jane, cada día que pasaba les quitaba un poquito más el sueño.

—¿De verdad él está loco por ella? ¿No será una ilusión de Jane, fruto de la

desesperación?

—Ella está segura de que sí, tanto que alguna vez hasta le vino bien para dar celos a Hay.

His Grace se lo pensaba. En lo que sabía del muchacho, que no era demasiado, no le veía excesivamente romántico, capaz de sufrir en silencio un amor imposible y cosas así. Además, recordaba entonces, había un problema que podría imposibilitar cualquier acción que planearan.

—Será o no cierto, pero el pobre diablo aún está más tieso que Maitland y que Bradford.

—Ya me lo temía, pero aun así no veo ningún otro capaz de casarse con ella de la noche a la mañana, sabiendo, encima, que seis meses después tendrá un bebé parecidísimo al difunto Hay.

Charlotte tenía razón. Un milagro como ése sólo sería posible si la dote de Lady Jane fuera descomunal, lo que por desgracia no entraba en las posibilidades de los Richmond, lo cual, a su vez, explicaba por qué Charlotte le contaba todo aquello: no sólo le pedía que llevase al altar a su averiada hija, sino que pusiera él la dote, o al menos algo que pudiera estimular, de un modo decisivo, la presumible repugnancia del caballero a tomar una esposa que ganaba peso por momentos.

—Veré lo que puedo hacer, pero no te hagas ilusiones. Alguna casa tendréis, ¿no?

La duquesa suspiró. Su vieja casita en Westminster, donde tan felices fueran ella y Charles sus primeros años, la conservaba para el día en que Lord March, que algún día sería el quinto Duke of Richmond, encontrase a la madre de sus nietos. El chico era generoso, menos mal. No se tomaría muy a mal quedarse sin su prometido regalo de boda si así sacaba del apuro a su hermana de quince años.

—Sabes que sí. Alguna joya valiosa, también. Lo que haga falta dentro de lo poco que nos queda, pero no me falles, Arthur. Como tú no lo arregles, no sé qué podremos hacer.

Lord Wellington no se ablandó. De sobra sabía cuál era el mejor tratamiento cuando la temible *maladie de neuf mois* hacía presa en alguna joven de muy buena familia: una temporada en el campo, cuidando de alguna tía moribunda, una familia pobre y con hijos que a cambio de tener uno más conseguía ser un poco menos pobre, y asunto concluido. El problema era no poder recetárselo a la compungida Charlotte, y entendía por qué: con sólo quince años, Jane saldría de aquello bastante trastornada. No le quedaba otra que hacer lo que se hallase a su alcance, comenzando, lo primero de todo, por hablar con Miguel. Según había comenzado a maquinarse, su colaboración sería imprescindible.

Con el Palais-Royal no habían podido ni el *Ancien Régime*, ni la Convención, ni el Directorio, ni el Consulado ni el Imperio, y mucho menos la Restauración. Al estar

vedado su acceso a la policía —era una propiedad privada del Duc d'Orléans, no una simple plaza de París— sus lóbregos soportales, sus laberínticas columnas y sus tenebrosos rincones constituían el lugar de cita ideal para lo mejor y lo peor de París, para los restaurantes más excelentes y los burdeles más caros, para las timbas más desenfrenadas y para los que se buscaban los unos a los otros, conscientes de que lo suyo seguía siendo un asunto muy mal visto y donde, para su desdicha, todos los gobiernos, fueran del tipo que fuesen, mantenían un punto de vista disuasorio. Entre los diversos restaurantes a los que se llegaba esquivando mendigos, prostitutas, bujarrones y seres de aire patibulario, destacaba Véry, cuyo menú —quince sopas, dos docenas de platos de pescado fresco, una y media de carnes ovinas, otro tanto de bovinas, las más exóticas guarniciones, unos postres exquisitos y una bodega magnífica— era la envidia de sus competidores. Para llegar a él era necesario atravesar buena parte de la columnata, lo que aseguraba cierta discreción a sus clientes, que a menudo, cuando salían de allí, no era para regresar de inmediato a sus palacios, sino para obtener algún provecho suplementario de lo que la muy canalla vecindad ofrecía con suprema generosidad si se contaba con un bolsillo rebosante.

El Kanzler Metternich, esa noche, daba en Véry una cena en honor del Fürst Reuß zu Greiz, un joven y agraciado caballero que pronto heredaría el estratégico principado de Reuß y que, todo lo indicaba, era la última conquista de la insaciable Vévodkyne Zahánská. Estarían presentes la propia duquesa, la condesa de Périgord, el conde Clam-Martinitz, Lady Lamb, el barón Gentz, Mademoiselle Mars —la más famosa de las actrices parisinas del momento—, el conde Ferdinand Palffy —un notorio empresario de teatro que según se decía buscaba en París nuevos espectáculos, empezando por el de Mademoiselle Mars, para llevárselos a los tres locales que poseía en Viena, el Burgtheater, el Am Kärntnertor y el grandioso An der Wien—, y la princesa Lieven, que acudiría como *ersatz* de la baronesa Staël-Holstein, la cual declinó asistir cuando supo que la invitación no era extensible a su joven, guapísimo y tuberculoso marido, al que amaba tiernamente quizá pensando en lo poco que le duraría. Todo eso lo sabía el angustiado Miniussir por haberlo escuchado de la propia baronesa, según lo explicaba entre grandes tragos de *champagne* a la siempre comprensiva Juliette de Récamier, a dos o tres señoras aún desconocidas para él y al perfecto general Álava, quien, ni siquiera cuando su aburrimiento bordeaba lo mortal, era capaz de ofrecer otra cosa que una cortés sonrisa y un atento gesto de profundo interés en la estupidez que le anduvieran contando.



Karel, Graf Clam-Martinitz (amante principal de Dorothee en 1815)

Miniussir no había vuelto a saber de la duquesa desde que se despidieran en Vertus, y aunque no fuera mucho el tiempo transcurrido no dejaba de sorprenderle, pues su proximidad había llegado a ser tal que ya ni se anunciaba cuando se dejaba caer por el Bourbon-Condé, cosa que repitió aquella mañana, bastante mosqueado y deseoso de salir de dudas, para encontrarse con una Hannchen un punto nerviosa y que decía de su jefa que no se levantaría de la cama porque tenía una migraña espantosa. Desde ahí no había hecho más que rumiar y rumiar, para terminar paseando por los alrededores del Véry, en el insano ánimo de comprobar si la tal migraña era tan colosal como Hannchen afirmara, o si, por el contrario, la duquesa ya estaba en plena forma.

Serían las cinco cuando vio acercarse un alegre grupo, cinco señoras por demás elegantes y otros tantos caballeros a juego, seguidos a cierta distancia por dos docenas de infantes en el blanco inmaculado del ejército austríaco. Si bien su vista no era tan prodigiosa como la de su jefe le bastaba para distinguir facciones. Así pudo comprobar que Mina mostraba un aspecto excelente, colgada del brazo de un jovencito exquisitamente vestido y al que no recordaba de cena o recepción alguna — los demás eran caras conocidas, salvo un cincuentón concentrado en la Mademoiselle Mars que alguna vez le había dejado indiferente haciendo de Julieta, o de Ifigenia, o de a saber qué—; si el tal era el Fürst Reuß zu Greiz, lo que parecía probable, respondía bastante bien al modelo de varón robusto y apolíneo que la dueña de su alma encontraba preferible, como sin ir más lejos era él mismo, con la grave

diferencia de que todo en su persona indicaba ser un príncipe de verdad y con el riñón muy bien cubierto, mientras que él, pobre desgraciado, sólo contaba con un par de salarios que se le antojaban ridículos y con una propina británica que a la vuelta de unas semanas se habría evaporado. Era lo peor de ser tan realista, suspiraba dando media vuelta para enfilar la dirección opuesta, sin esperar a que Véry se tragase a la encantada pandilla y sin reparar en que la duquesa, que también tenía muy buena vista, se había retrasado un par de pasos con la mirada vuelta en su dirección.

París, miércoles 20 de septiembre

Era un buen día para Prusia y para él mismo, se decía Gneisenau mientras escuchaba de un Grolman muy contento que Burke, tras recibir una orden directa de su rey —previamente pactada con él y con Wellington— entregada en mano por un emisario de su mismo rango, había pactado con el Prinz August la neutralización de sus fuerzas. En virtud de tal orden, sus hombres permanecerían bajo bandera de tregua en el Fort de Charlemont hasta la firma del tratado de paz entre Francia y las cuatro potencias, que ya se había empezado a negociar. En ese momento recibiría nuevas órdenes. No era lo que más les habría gustado, ni a Burke ni al Prinz August, aunque ahorraría muchas vidas, y también les permitiría cenar juntos aquella noche y seguramente muchas más, dado que las negociaciones llevarían su tiempo y ellos dos, después de todo, no podrían negar que se habían caído bien. Cuando menos, su concepto del honor y la gallardía militar era idéntico.

Montmédy, a su vez, se había rendido la noche antes. Su guarnición, con sus armas y sus banderas, ya salía para el Loire. Con la neutralización de Charlemont y la toma de Montmédy cesaban las hostilidades. Sumando las plazas capturadas por el Niederrheinararmee a las tomadas por el ejército del Prinz August, el KPA se había hecho con doce fortalezas de primera categoría, más de quinientos cañones, docenas de miles de mosquetes y enormes reservas de pólvora, munición, víveres y suministros. La posibilidad de un alzamiento del ejército francés que instaurara en París un gobierno deseoso de reiniciar hostilidades al amparo de aquellas fortalezas se había desvanecido. Quedaba demostrado, así pues, que los principios estratégicos en que se había planteado la campaña eran acertados.

—Enhorabuena, Herr General. Un completo éxito. Nadie te lo podrá discutir, jamás.

Gneisenau, que deploraba cualquier forma de solemnidad en el trato personal, se limitó a componer un gesto mitad de duda y mitad de indiferencia.

—Ya verás como no. Esto sólo será otro clavo más en la tapa de mi ataúd. Para ellos siempre seré un peligro, y con la paz asegurada Friedrich-Wilhelm acabará por dejarme caer a fin de vivir tranquilo. Esperemos, en todo caso, que por el bien de todos nunca más me tenga que llamar.

Grolman no necesitó preguntar quiénes eran. De sobra lo sabía, como lo sabían todos en el KPA. Jamás perdonarían a Gneisenau que hubiera nacido siglo y pico antes de cuando habría debido.

Miniussir no estaba, esa mañana —serían las diez y media—, en estado de revista. Llevaba unos días muy malos, sin ganas de otra cosa que no dejarse ver. Se había escondido en el Louvre, donde con el debido disimulo, camuflado de visitante

austríaco y acompañado del recién llegado Lacoma, recorría con detenimiento las incontables salas del lugar, identificando y situando las pinturas pertenecientes a colecciones saqueadas en España, muchas de las cuales habían emergido de las profundidades del museo para reemplazar a las recobradas por los prusianos, los austríacos, el general Álava y él mismo. Aunque no era un trabajo fascinante le mantenía entretenido, lo único a que por entonces aspiraba. Después daban largos paseos, con el pretexto de mostrar al provinciano Lacoma las maravillas de la ciudad, aunque con el secreto propósito de caer en su cama tan reventado como fuera posible, a ver si así, al fin, podía dormir de un tirón alguna maldita vez, lo cual ya llevaba cinco días sin lograr, pero aun así no cejaba en su obstinación de sacar de su cabeza, de su alma y de su corazón a la que tan fieramente rechazaba ser desinstalada. La manera que tenía Miniussir de hacer frente a los desengaños amorosos no era la usual en la ola de romanticismo que hacía estragos entre la desventurada juventud. Sufría, y muchísimo, pero se lo tragaba como en su opinión debían hacer los hombres, y ni en sueños consideraba la posibilidad de postrarse ante la dama cruel que le había dejado sin alma, si no sin hígado, al estilo de cualquier joven desesperado de su tiempo. Él, no. Él, ni hablar. Si se había terminado, terminado estaba. De no mediar algún grave accidente jamás la vería otra vez, y a la que recobrara las fuerzas saldría por ahí, a buscar un clavo con el que sacar aquel otro, lo cual se repetía una y otra vez, todas las que fueran necesarias para espantar el espectro que se le aparecía unas veces recorriendo con sus dedos, amorosa, la densa pelambre de su pecho y su barriga — cuando no se internaba más al sur, lo cual era lo que peor llevaba—, otras se refugiaba en sus brazos tranquila y relajada, explicándole la historia de su vida con asombrosa naturalidad y sin la menor reserva, y alguna vez, por fin, se mostraba desnuda y recortada contra una ventana, incitándole a la práctica de un pecado, el nefando, que debía ser el más mortal de todos, lo que poseía la triste virtud de arrastrarle a la práctica de otro igualmente vituperable aunque de tipo manual, que sólo acometía, expresaba en descargo, para poder después dormir, lo que por desgracia nunca conseguía. Todo aquello conspiraba tan en su contra que aquella mañana se había quedado en su cuarto, sin desayunar y tras informar a Lacoma de un modo algo destemplado que aquel día no tendría escolta militar. Tumbado en su catre, desnudo, resudado y sin afeitar —perteneía, como Wellington, al tipo de hombre al que se le oye crecer la barba—, contemplaba el techo sumido en una perezosa desesperación cuando escuchó un toc-toc en su puerta. Serían las fregonas, dedujo mientras se levantaba y hacía por su batín. No tenía necesidad de limpieza, de modo que las despediría sin más —solían ir de dos en dos; el cuerpo diplomático, por lo visto, no les inspiraba confianza— y regresaría con sus pacientes musarañas, a la espera de tiempos mejores. Así, componiendo su mejor gesto de frialdad y desdén por las clases inferiores, descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

Frente a él, la Vévodkyne Zahánská. Vestía como un lejano día de turismo a caballo, el que acabó en una noche que tantísimo esfuerzo ponía en no revivir a razón de diez o doce veces cada hora.

Se miraron unos largos segundos. La expresión de la duquesa era seria, incluso un punto severa, pero no parecía hostil, ni enojada. De la de Miniussir sólo se podría decir que la turbamulta de pasiones salvajes que atravesaban su cerebro, todas a la vez —ira, rencor, celos, furor y algunas otras de tipo menor—, hacía ver que los demonios se lo iban a llevar de un momento a otro.

—Está usted que da pena verle. ¿No le da vergüenza?

—Nadie tiene por qué verme, y usted menos que nadie.

La duquesa, muy segura de sí misma, sonrió. Sabía mucho de tratar con niños enfurruñados.

—Se va usted a sentar, después le afeitare, luego le lavaré y le vestiré, y a continuación se vendrá conmigo. Quiero ir a Fontainebleau y necesito acompañante, porque me da miedo ir sola.

—¿Y qué le hace pensar que voy a querer ir con usted?

El tono del oficial, a su pesar, no era convincente. No podía serlo tras ver que la duquesa cerraba la puerta, corría el cerrojo y avanzaba contra él, lo cual le hacía recular, fatalmente, hacia la cama.

—¿Y por qué piensa usted que debería creer lo contrario?

No añadió más. Se concentraba en desabrocharse su chaqueta de perseguir zorros, bajo la cual, para estupor de Miniussir, no había nada. Jamás hasta entonces habría supuesto que una dama como aquella fuese capaz de salir a la calle sin ropa interior, si bien, y a partir de aquel instante, ya no supuso nada. Incluso el cerebro más insumiso es incapaz de resistir la contemplación de un amplísimo *jupe-culotte* seguir los mandatos de la implacable ley de la gravedad. La Vévodkyne Zahánská se había quedado en un finísimo *petite-culotte*, y hasta eso desaparecía un segundo después. Las únicas que seguían en su sitio eran las botas de montar, por fortuna sin espuelas. No podía ser más evidente, se habría dicho si pudiera decirse algo, que de un momento a otro le iban a cabalgar.

El marqués de Labrador estaba de mal humor. Se sentía ofendido, más como español que como representante de su rey. Lo rumiaba según regresaba del *hôtel Décrès*, residencia del príncipe Metternich, al que tras una larga espera no había conseguido ver, para terminar conformándose con un helado barón Gentz que, tras unas mínimas cortesías, le hizo saber que Su Alteza Serenísima no le podía recibir por estar preparando la conferencia de la tarde, la primera de carácter oficial donde los representantes de las potencias, los mismos que fueron designados cinco días antes, se verían con la comisión francesa que negociaría el Tratado de Paz en nombre

de SCM el rey Louis. El marqués de Londonderry ostentaría la representación del Príncipe Regente, Su Gracia el duque de Wellington la del rey Guillermo, los condes Kapodistrias y Razumovsky actuarían en nombre del Zar Alejandro, el príncipe Hardenberg y el barón Humboldt lo harían por cuenta del rey Federico-Guillermo y, por último, los príncipes Metternich y Schwarzenberg hablarían en nombre del emperador Francisco. La comisión francesa la integrarían el príncipe de Talleyrand, el duque de Dalberg y el barón Louis. En cuanto a la lista de reivindicaciones y reclamaciones que le presentaba el marqués de Labrador, sólo podía decir que llegaba tarde, pues la unificada se redactó en agosto, y los jefes de las cinco legaciones, diez días antes, hicieron pública su resolución de considerarla cerrada y no incluir nada más. Sólo le quedaba desear que la lista española coincidiera con la general, si bien, y en cualquier caso, al marqués siempre le quedaría la posibilidad de hacer llegar a SM don Fernando VII la posición de los integrantes de la comisión, para que aquél, si así lo deseara, escribiese a sus soberanos con las quejas que desease formular. Por lo demás, que pasara Su Excelencia un muy buen día y, si lo estimase oportuno, se fuese a hacer puñetas. Bueno, aquello no llegó a decirlo, reconocía el marqués, pero su tono y su gesto eran los de uno que pretendía expresar eso precisamente.

La primera noticia de haber llegado a la embajada la tuvo cuando el carruaje se detuvo. Con alguna pesadez, y tan enfrascado en sus pensamientos como había venido todo el camino, descendió para llevarse la mayúscula sorpresa de ver salir de la residencia de transeúntes a la duquesa de Sagan. Don Pedro tenía cuarenta y tres años y una excelente opinión de su prestancia física, la cual le había llevado en sus primeros tiempos vieneses a tantear sus oportunidades con la famosísima Cleopatra de Curlandia —su apodo policial era del dominio público—, para conseguir, todo lo más, alguna sonrisa entre protocolaria y desdeñosa. Verla salir destocada de aquella casa —donde aún seguía él durmiendo, incapaz de vencer la intransigencia del recalcitrante mayordomo—, la melena suelta, las facciones encendidas y muerta de risa, remolcando de la mano a un teniente coronel Miniussir —iba de tal, aunque con una condecoración no reglamentaria colgada del cuello y una disparatada calavera de metal cosida en un lado del bicornio, junto a las escarapelas española, británica y prusiana— que tampoco parecía disgustado, para subirse a sus caballos, los dos sin ayuda y de sendos saltos, y la duquesa, por si fuera poco, a horcajadas, le llevó a preguntarse si el mundo no se habría vuelto loco.

Talleyrand no se preparaba para la reunión, la cual tendría lugar allí, en su *hôtel* de la Rue Saint-Florentin. No le hacía falta. Conocía la posición de Castlereagh y calculaba con qué se habrían descolgado los demás —significativamente, Gentz no se brindó a colaborar—, de modo que sólo sería cuestión de hacerles hablar al tiempo de soltar tinta, como un buen calamar —si los diplomáticos quisieran incluir un animal

simbólico en sus escudos nobiliarios, sería ése—; lo malo era que ni siquiera eso le apetecía. Su desgana frente a la inminente reunión sólo se podría considerar como alarmante. Algunos de sus más próximos, Jaucourt y Pasquier a la cabeza, lo percibían desde hacía días, desde que forzase a Fouché a presentar su dimisión por el sutil procedimiento de venderle públicamente las excelencias de representar a Louis XVIII en la interesante corte del presidente Monroe —Fouché, se dudaba que atinadamente, prefirió Dresden; quizá le marease navegar—, aunque la noche antes sucedió algo tan inusitado que les despertó una gran inquietud: a la mitad de una de sus afamadas cenas para veinte, organizada tan magistralmente como de costumbre por la reina de las *châtelaines*, Talleyrand prescindió de su renombrada suavidad para engancharse con un Wellington que tampoco ponía empeño en exhibir su acreditada flema y su envidiada frialdad. Al cabo de unos minutos de comentarios amargos y tonos de voz asombrosamente altos para lo que se acostumbraba en esa casa, los petrificados presentes comenzaron a entender que la velada no sería tan agradable, ni tan larga, como allí se acostumbraba. El que dos caballeros tan arquetípicos como Wellington y Talleyrand perdieran de aquel modo los papeles sólo podía significar que algo muy grave se hallaba próximo a ocurrir, sin que nadie, ni siquiera un Gentz que no se perdía una sílaba, pudiese determinar de qué se trataba, si bien todos pensaban que, habiéndose fijado para la tarde siguiente la primera ronda de negociación, podría tener que ver con lo que, desde que Castlereagh lo hiciera público, parecía el tiro de gracia contra el gran sostenedor del equilibrio entre las potencias, el primer ministro Talleyrand.

No era lo único que había sucedido, pero ni él ni su sobrina pensaban comentar que aquella mañana, en la cotidiana ceremonia del primer té, antes de que comenzara la también diaria liturgia del aseo y vestimenta del príncipe, Dorothee le dijo que se iba. En dos semanas marcharía para Ginebra, y de allí a Milán, Venecia y Viena. Lo haría sin sus hijos, que de momento se quedarían al cuidado de las mismas excelentes gobernantas que los atendían desde que nacieron. Aún no lo había decidido, pero era probable que abriera casa en Viena, la ciudad donde sus hermanas pasaban más tiempo y donde tan felices habían sido los dos. Se lo decía con honestidad y sencillez, esperando que la noticia no le conturbara, y en cualquier caso rogándole comprensión. Él asintió. Jamás permitiría que Dorothee se asomase a la intolerable amargura en que le dejaba. Lo que había vivido con ella sólo podía calificarse de milagro, y a su edad era imposible que se pudiera repetir. Jamás, por mucho tiempo que aún viviese, la Providencia le regalaría otra persona tan exquisita y adorable como Dorothee von Biron, princesa de Courlande y condesa de Périgord.

El embajador Álava regresaba también. Había tenido una mañana muy movida, con demasiadas cosas delicadas que hacer. La primera gestión fue con SCM, a quien

acompañaba el secretario de Estado que canalizaba sus relaciones con el gobierno, el Duc de Richelieu. Era una reunión-audiencia pedida semanas antes, en la que sólo pretendía exponer a SCM que, ante la próxima llegada del embajador titular, él cesaba en sus cometidos como representante de Don Fernando y que pronto dejaría París para regresar al VKN, pero siguiendo instrucciones de Cevallos añadió, eligiendo con cuidado las palabras, que se le había pedido procurara el retorno de una cantidad indeterminada de obras de arte rapiñadas por Bonaparte y sus detestables *maréchaux*, de las cuales buena parte se apilaba en los sótanos del Louvre sin que nadie les hiciera el menor caso, y que desearía saber si por parte de SCM habría mayor obstáculo en que gestionase con el conservador Vivant-Denon la mejor forma de recuperarlas, a lo cual el rey Louis respondió encogiéndose de hombros y con vago gesto de su real mano, que Álava prefirió interpretar como «haga Su Excelencia lo que le dé la gana». Tras eso el rey, que ya no se acordaba de las agradables visitas del embajador cuando él se aburría en Gante poco menos que a morir, le deseó la mejor de las suertes en sus nuevos cometidos y le dio a besar su mano, lo que significaba que ya no había más audiencia. Él la besó con su mejor reverencia pese a lo sudorosa que la encontró, y tras eso dejó Les Tuileries para enfilarse el largo camino al *château* de Saint-Cloud.

La razón de visitar a Gneisenau era el haberse quedado sin bayonetas. Wellington se mostró avergonzado por quebrantar su promesa, de lo cual tenían la culpa, decía, las tensas negociaciones que aquellos días sostenía con Talleyrand, aunque no se opuso a que se buscara la vida en algún otro cuartel general; hasta le propuso hablar con Schwarzenberg, pero él tenía otras ideas. Con el austríaco no tenía un saldo a favor, pero con Gneisenau sí, o eso pensaba. Lo cierto fue que mostró simpatía por sus problemas, aunque sin dejarse arrancar un compromiso. Alegaba necesitar que Blücher lo aprobara, pues desplazar una fuerza militar en la ribera derecha podría ser delicado, por mucho que Wellington, de cuyos compromisos verbales él tenía razones para no fiarse, no formulara reparos. Se despedía con la promesa de que lo estudiaría cuando apareció Blücher, que avisado por Nostitz de la presencia del general Álava deseaba saludarle. Ahí vio el cielo abierto, y con razón: bastó con que aquel héroe resacoso recordara una mágica velada en el *château* de Chimay para que susurrara un «*Euer Excellenz*, no podemos dejar tirados a nuestros amigos españoles» —se lo tradujo, después, el propio Gneisenau—; tras eso todo fue un simple coordinarse con el Oberstleutnant Lützow, comandante del 6.º Ulanenregiment, y con el Major Leslie, jefe accidental del 25.º Infanterieregiment.

Aprovechaba el interminable camino de Saint-Cloud a la Rue de la Chaussée d'Antin para leer su correo, que aún no había podido examinar. Comenzó por la carta de Cevallos; era larga y prolija, como casi todas. Mezclaba consignas con órdenes, ruegos con peticiones, alguna vez daba una buena noticia y, sobre todo, era raro que

no incluyera una lista de compras para SCM, asunto para el cual siempre había dinero. La buena noticia de aquélla era que Don Fernando, satisfecho con el trabajo de Miniussir, aprobaba su ascenso a ministro plenipotenciario de cuarta categoría, y además le otorgaba el cargo de agregado militar en la embajada de Viena, en apoyo de la misión del duque de San Carlos. Tomaría posesión una vez hubieran recuperado los 406 cuadros y los 283 objetos artísticos diversos que figuraban en el inventario de Lacoma, y los hubiese acompañado hasta Madrid, donde a SCM le agradaría concederle audiencia para escuchar el relato de sus hazañas. En cuanto a él, le avanzaba que Don Fernando, también muy satisfecho con sus logros y sus éxitos, pensaba concederle algo muy especial, de lo que todavía no le podía dar detalles pero que a buen seguro no ya le gustaría, sino que le haría ver hasta qué altísima medida el rey estaba encantado con su proceder.

«Pues bueno», se dijo sin dar mucho valor al avance de recompensa. Bien sabía lo fácil que para todo el mundo es predicar y lo difícil que resulta dar trigo, cuando no, simplemente, recordar la palabra dada. Lo que sí le gustaba era el puesto que daban al chaval. Lo suyo con la duquesa, se jugaría su caballo —Lady De Lancey se lo había regalado; dijo tener presente lo mucho que se desvivió por su marido aquella noche del Impasse du Parc, y que siempre tendría presente que las últimas horas que disfrutó con Sir William se debieron a su generosidad; qué menos, pues, que se quedara con su montura—, jamás sería otra cosa que un capricho de verano, pero si Wellington tenía razón y la Sagan jamás licenciaba del todo a sus amantes, para Miniussir sería la mejor de las ayudas, pues no le costaría nada que se le abriesen todas las puertas de Viena, si no del Imperio Austríaco. Más allá, él vería.

Wellington y Álava cenaban juntos. Invitaba el primero en la carísima Le Veau qui Tétte, y el segundo sospechaba que lo hacía por su mala conciencia. Fuera como fuese no pensaba reprochárselo. Con los amigos tan poderosos como His Grace no quedaba otra que pasarles todo por alto, y llegado el caso hasta reírles las gracias, si bien, cuando menos hasta entonces, no le había hecho falta llegar a tanto. Razonamientos aparte, gracias a él se mantenía bien al día de los asuntos importantes, mucho más que Labrador y seguramente Perelada el día que se dignase aparecer; de momento no tenía intención de compartir con el segundo ni el más minúsculo átomo de información, salvo si Cevallos se rebajase a pedirselo, y ni aun así le contaría otra cosa que cotilleos. No tenía empeño en hacer fracasar a su aristocrático sucesor, pero el orgullo es el orgullo, y si su talento y sus dones eran tan superiores a los suyos, bien tendría ocasión de demostrarlo; por él, desde luego, no quedaría. Un ejemplo de lo que Labrador y Perelada tardarían semanas en saber a partir de sus propias fuentes era lo que Wellington explicaba mientras daba cuenta de una excelente paletilla: esa tarde se había celebrado la primera ronda de negociación. Fue breve, por sólo ser

expositiva; los negociadores aliados hicieron saber a los franceses las condiciones que deberían aceptar para que se alcanzara la paz; sólo eso, pues era de suponer que deberían pensarse su respuesta, la cual, conociendo a Talleyrand, sería por demás retorcida. De ahí venía el haber convenido no exponerlas, sino despeñarlas, y en un tono que se pareciese mucho a un ultimátum. A Castlereagh, designado para llevar la voz cantante, le bastaron cinco minutos para explicar a un flemático Talleyrand y a unos consternados Dalberg y Louis que Francia tendría que renunciar a —en el último instante optó por esa fórmula y no por la previamente acordada, «sería despojada de»— los territorios que aún conservaba de los conquistados entre 1790 y 1794. Así pues, una parte de Saboya, las fortalezas de Joux y l'Écluse y los terrenos situados al sur del lago de Ginebra, pasarían a formar parte de Austria; las fortalezas de Condé, Mariembourg, Philippeville, Givet, Charlemont y los territorios que las rodeaban, se integrarían en el VKN; por último, el Sarrelouis y el distrito de Landau serían para Prusia. Las restantes fortalezas fronterizas habrían de ser desmanteladas. En el capítulo económico, Francia tendría que pagar seiscientos millones de francos en concepto de indemnización, y doscientos más para financiar la construcción de fortificaciones tras las lindes de Austria, Prusia y el VKN. Debería también correr con los gastos de sostenimiento de una fuerza de ciento cincuenta mil hombres, a razón de treinta mil por cada una de las potencias aliadas, Austria, Rusia, Inglaterra, Prusia y el VKN, la cual ocuparía las fortalezas de Valenciennes, Rocroi, Bouchain, Cambrai, Maubeuge, Landrecies, Thionville, Longwy, Laquesnoye, Avesnes, Bitche y Fort Louis. Eran, añadía Wellington con estudiada displicencia, unos términos más suaves de los que Prusia preconizaba, pero aun así resultaban, como no tardó Talleyrand en decir, tan humillantes como inaceptables, para después añadir que sentía una profunda indignación ante todo aquello, y que lo encontraba incluso más insolente por las formas que por el inicuo fondo en que se sustentaba.

—¿Sigues pensando que dimitirá?

—Si no lo hace por propia iniciativa, Louis le cesará en tres o cuatro días, pero no te preocupes por él, porque me consta que lo sabe —Álava se abstuvo de preguntar a qué se debería tal cosa; no podía ser más obvio—; de igual modo, *L'Inévitable* ya tiene aceptado que le deberá compensar con un cargo de una naturaleza tal que nuestro *diable boiteux* acepte dejar de conspirar una larga temporada. ¿Qué cuál? —a esa curiosidad no se pudo resistir—. Pues el mismo que le dio Boney: Gran Chambelán. Cien mil francos al año y tres o cuatro veces más a título de gastos de representación, así como un gran despacho cerca del de Su Majestad, gracias a lo cual seguirá enterándose de todo e influyendo en casi todo, de modo que pueda continuar haciendo sus carísimos favores —sonrieron, los dos; si la corrupción fuera una de las bellas artes, y quizá lo fuera, Talleyrand sería para ella lo que Da Vinci a la pintura y Buonarotti a la escultura—, vivir tan exquisitamente como hasta hoy mismo y seguir

siendo la persona con la que todo el mundo, si quiere sacar algo adelante, deberá confesarse.

Levantaron sus copas y brindaron, sonrientes, a la salud de Talleyrand.

—¿Qué tal sigue Miniussir?

Álava se sorprendió de que Wellington le preguntara por su recién ascendido ministro de cuarta categoría, pero no por eso dejó de contestar. Por algo lo haría, y sospechaba que pronto lo sabría.

—Está encantado de la vida. Fernando le ascendió a teniente coronel y plenipotenciario de cuarta, y por si fuera poco le nombró agregado militar en Viena, lo cual, para sólo veintiún añitos, es toda una carrera. Tomará posesión en cuanto lleve a Madrid lo que podamos sacar del Louvre; desde ahí cobrará tres sueldos con casa, comida y servicio gratis, de modo que, si se sabe administrar, vivirá como un gran señor, con lo cual aumentarán sus posibilidades de pegar un braguetazo *comme il faut*, lo cual, según dice, le haría mucha ilusión. Ya ves, un hombre feliz: todo le sonrío.

—Me sorprende que haya prosperado tanto. ¿Piensas que lo merece?

—Tal y como se hacen las cosas en España, pues tanto como el que más. Piensa en Labrador, y en Perelada, y en sus méritos para desempeñar sus cargos. Miniussir, cuando menos, se jugó la vida cuando había que jugársela, y sólo por un miserable salario de consejero de cuarta y la media paga de un capitán. Lo suyo no es una injusticia, y si lo fuera sería de las que menos me disgustan.

—Cuando hablas de que pegue un braguetazo, ¿es porque tiene algo a la vista?

—Pues no sabría decir en qué condiciones ni con qué rango de oportunidades, pero justo antes de salir de la embajada Labrador se me quejó de haberle visto salir de allí esta mañana, correctamente uniformado aunque luciendo insignias no reglamentarias, y en una muy alegre compañía.

—Eso no significa nada, salvo que fuera una dama de categoría.

—Es lo que más irritó a Labrador, que fuera la Zahánská. Desde que la conoció en Viena es para él una especie de obsesión imposible.

Wellington tardó unos segundos en responder.

—¿De veras están juntos?

—Según mis noticias, desde hace mes y pico Miniussir no sale de su cama.

Otra ronda de pensamientos. Wellington ya no disimulaba que aquello le fastidiaba.

—Pues será mejor para él que no se haga ilusiones. Mina cambia de amante jovencito varias veces al mes, y eso cuando solamente tiene uno. Por cierto, ¿Miniussir sabe que le saca trece años? Si está pensando en ser el siguiente duque de Sagan, que se lo saque de la cabeza.

El malestar de His Grace parecía más profundo de lo que a primera vista se

suponía en el otro lado de la mesa, tanto que Álava comenzó a preguntarse si habría hecho bien dando tantos detalles.

—Le supongo consciente de todo eso, pero dado que la duquesa rara vez tira sus amantes a la basura, para él será estupendo que, una vez en Viena, le abra puertas y le ayude a identificar algún buen partido. No creo, la verdad, que haya pensado en nada que vaya más allá.

Wellington prefirió callar que, dada la situación, carecía de sentido explicar lo que había planeado para convencer a Miniussir de volverse un teniente coronel inglés con plaza en el 33.º Foot —se la compraría él—, ADC suyo —así recibiría dos excelentes salarios— y propietario de una bonita casa en Westminster, donde al volver a su puesto en París-Cambrai podría dejar a su jovencísima esposa y a su hijo inminente, al cual la sociedad daría una cálida bienvenida por entender, comprensiva, que la proximidad de las grandes batallas tiende a incendiar el corazón de las generosas muchachas británicas. Le había parecido, cuando lo puso todo junto, un *package* irresistible, pero a la vista de lo que contaba Miguel era claro que no valdría para nada. Un tipo de veintiún años que llevara mes y pico acostándose con Mina de Sagan no podría ver atractivo alguno en una chica de quince que además de ser tonta perdida engordaba por momentos. Uno de cuarenta y cinco, se decía con nostalgia según levantaba la mano para pedir una botella del mejor *chambertin* que hubiera en la casa, tampoco.

Había pensado recalar en el *salon* de Juliette, pero estaba un tanto «colocado». El *chambertin* que les propuso el *sommelier* era tan extraordinario que dieron cuenta de tres botellas; a él le supieron a gloria, pero al salir a la calle percibía inquietantes síntomas de inseguridad, a un punto tal que ordenó a su cochero aproar a la embajada. Sólo le apetecía poner en orden sus ideas e irse a dormir. Lo habría hecho, pero al llegar a la embajada el abnegado mayordomo le puso frente a una sorpresa: un ayudante del primer ministro había traído un gran paquete y una carta. El primero contenía una extraordinaria vajilla de porcelana, sin duda de Limoges. La carta, tan exquisitamente cortés como cualquiera de las de Talleyrand, exhalaba un tono general de «hasta la vista en tiempos mejores» que le causó una gran pena. Quizá el tiempo de Talleyrand había pasado, pero aun así la política y la diplomacia francesas, pensaba él, no se podían permitir el despilfarro de quedarse sin un hombre tan grande.

París, sábado 23 de septiembre

Su profecía se cumplió, comentaba Wellington con Álava mientras cabalgaban por les Champs Élysées: Talleyrand ya no presidía el Conseil Privé. Su interpretación de la situación, que Wellington compartía, era que discutir las pretensiones de los aliados, tratando de regatear unas pocas fortalezas, unos pocos acres, unas pocas almas o unos pocos millones, sería una estupidez. Lo único que podría forzar a los soberanos a tirar de las riendas a sus plenipotenciarios sería que Louis XVIII interviniese ante sus iguales, exponiendo el haberse comportado como un aliado leal y recordando sus sobrehumanos esfuerzos en convencer a su pueblo de que las potencias eran aliadas de Francia que habían venido a liberarles de un tirano, pero si las tales seguían adelante con su plan de castigar al país por las fechorías de Bonaparte le privarían de su credibilidad como rey y harían que jamás los franceses volviesen a creer en su palabra, con lo cual sólo le dejaban un camino: renunciar al trono y exiliarse, dando libertad a los ciudadanos para elegir por quiénes y bajo qué figuras institucionales deseaban ser gobernados, lo que a su entender sólo podía traer una nueva república, lo que iniciaría un proceso revolucionario a lo largo y a lo ancho del continente, de consecuencias incalculables.

—¿Tan lejos quiso llevar las apuestas?

—No le quedaba otra opción. Además, tenía razón. Si Louis se hubiera encontrado los huevos para proceder así, todos nosotros, Castlereagh y yo los primeros, habríamos reulado. Gracias a Dios sucedió lo que debía considerar seguro, que Louis se arrugaría. Pagar el precio de seguir sentado en el trono, por enorme que fuera, le parecería menos arriesgado que ir con el resto, y algo así fue lo que dijo a Talleyrand, el cual replicó, pienso que con alivio, que no le quedaba otra que presentar su renuncia y desear a Su Majestad que Dios le iluminara cuando eligiese a su nuevo presidente del Conseil Privé, pues Francia quedaría tan empobrecida y humillada por las exigencias de los aliados que de ningún modo le sorprendería una nueva revolución. Louis, tras agradecerle los excelentes servicios prestados, le aceptó la dimisión con la cara del que se ha librado de un peso insoportable, y así salió de Les Tuileries nuestro buen Talleyrand. Lo hizo con su gobierno, que tampoco quería verse asociado con el expolio. A Louis le faltaron segundos para llamar a Richelieu, como creo que una vez te dije. Debía de pensar que Talleyrand exageraba, ya que despierta unos odios y unos resentimientos tan colosales que harían imposible un acuerdo en términos mejores, siendo esa la verdadera razón de que no quisiera negociar. Debe de pensar que Richelieu conseguirá reducir la factura, y si es así tiene razón, es eso precisamente lo que pensamos hacer, aunque sin exagerar. Razones morales aparte, todos necesitamos los millones franceses, y me temo que nosotros, los ingleses, los que más.

—¿Cuándo hará público el nombramiento de Richelieu?

—Mañana o pasado, cuando el otro acepte. No lo haré mientras no le aseguremos una rebaja, y en eso estamos, viendo qué le podemos dar. Me preocupa, no creas que no, porque si no somos suficientemente generosos no aceptará, por mucho que Louis y Alexander le presionen hasta la exageración. Louis no se puede permitir un gobierno en funciones más allá de una semana, ni son muchos los hombres razonablemente competentes capaces de aceptar la maldición que será ese puesto si se mantiene la dureza de hoy, con lo que podría terminar llamando a Fouché, que con tal de regresar sería capaz de aceptar todo y transigir con todo. Así que ya lo ves, tampoco a nosotros nos queda otra que ponernos un poquito menos exigentes. Mañana, todo lo más, estaremos de acuerdo.

Era una buena noticia para el general Álava. Con dos días de gobierno en funciones le bastaba, pero no tenía un minuto que perder, de modo que tras despedirse de Wellington abandonó la formación rumbo al *château* de Saint-Cloud, donde Miniussir, Tavira y Lacombe ya estarían esperándole.

Vivant-Denon sabía que Talleyrand ya no empuñaba el timón y que se reiniciaba el inquietante proceso de ver a cuál nuevo canalla debería presentar sus respetos, rezando para que no le considerara bonapartista y le pusiera en la calle de una patada en las asentaderas. El sólo pensar en eso le hacía sentirse mal, pues no era hombre de gran fortuna personal. A lo largo de su ya larga vida —tenía sesenta y ocho años— había ganado mucho dinero, pero también había gastado demasiado. Si se viera sin aquel excelente trabajo al frente del Musée Royale du Louvre tendría por delante una vejez difícil, y a eso se debían su desvivirse por la familia real y su desconfianza por los colaboradores que le imponían, en especial un ambicioso Louis-Nicolas de Forbin que a todas horas y con cualquier pretexto exhibía la fortaleza física propia de sus treinta y ocho años, y al que no tuvo más remedio que aceptar pues por algo fue Su Majestad quien lo recomendó. Ese día, como era sábado, no estaba. Forbin, una luminaria social, solía pasar los fines de semana con una multitud de imbéciles como él, en un *château* que su mujer tenía por ahí, a saber dónde. Faltaban minutos para que dieran las dos, hora en que las puertas se cerraban, si bien él no pensaba marchar. Le agradaba dedicar las tardes de los sábados a sus propias colecciones, pues allí era donde las conservaba, y también a solazarse, mientras aún entrara luz por los ventanales, con las mejores obras de las miles y miles exhibidas. Él no sólo era conservador y coleccionista, sino un artista, buen pintor, mejor grabador e incluso gran escritor, si bien que con poca obra publicada. Esa tarde pensaba inventariar las piezas no reclamadas por los bárbaros invasores, tan ignorantes que ninguno habría sido capaz de distinguir un Tintoretto de un Pinturicchio. Gracias a eso se habían llevado un gran número de obras mediocres, si no penosas, dejándose muchas excelentes gracias al sencillo expediente de cambiar los títulos y los nombres de los

autores en sus rótulos explicativos. En otros casos, como el de los españoles, su propia desorganización les había llevado a dejarse allí el noventa por ciento de lo que, repartido en varias remesas, le llegara entre 1809 y 1813. Le asombraba que supieran tan poco, pero el hecho era que septiembre terminaba, y con él, o eso creía, el plazo que Talleyrand había dado a las potencias que se sintieran con derecho a sacar de allí obras de su propiedad, si pudieran demostrar que habían salido por la fuerza de sus palacios y sus pinacotecas. En esas reflexiones andaba sumido cuando se abrió la puerta con alguna violencia y el jefe de sus ordenanzas se plantó frente a él bastante congestionado.

—*Les Prussiens! Les Prussiens!*

No tuvo tiempo ni de levantarse. Tras el pobre hombre aparecían un sujeto uniformado y otro que vestía de un modo indefinible, aunque desde luego muy mal. El uniformado, cuyos ropajes no le recordaban al del desagradable Ribbentrop que Dios maldijese, le tendía unos papeles al tiempo que le miraba de un modo intranquilizador, si bien con unos ojos negros inusuales en un prusiano y que, no de un modo enteramente consciente, le parecían bellísimos.

—Comte Denon, vamos a llevarnos estas obras. Usted decidirá cómo lo hacemos.

El sujeto era tan ineducado que ni se había quitado el bicornio. Ahí el conservador reparó en una calavera de plata, o pudiera ser estaño, similar a la que adornaban los chacós de los condenados granaderos prusianos, los mismos a los que había intuido un incontenible deseo de fusilarle contra la *Gioconda* y después pegar fuego al museo. Por si fuera poco, llevaba colgada del cuello la condecoración que distinguía de los demás animales a los prusianos más salvajes. Eso no era consistente con que fueran españoles, y deberían serlo pues un solo vistazo le había bastado para identificar, a grandes rasgos, qué pretendían llevarse, así que no se resistió a inquirir la naturaleza del misterio.

—Soy el teniente coronel Nicolás de Miniussir, y este señor es Don Francisco Lacoma, gran conocedor de nuestras obras de arte y que no se dejará confundir por ningún rótulo falsificado. Ahora, *monsieur*, le ruego que nos diga si está dispuesto a colaborar o si antes prefiere ver mis credenciales.

Lo decía echando mano a la empuñadura de su sable desde la misma mirada negrísima, sin siquiera imaginar que al conservador sus ojos se le antojaban irresistibles. Aquel jovencito quizá no lo supiese, pero habría sido un modelo exquisito para un Marte vestido con su casco y con su espada, y en todo caso una hoja de parra, pero al llegar ahí reconoció que más valía contestar.

—¡Esto es un atropello! ¡Ahora mismo informaré a Su Majestad de lo que pretenden ustedes hacer!

—Pues deberá dejarlo para más tarde, porque mientras no acabemos de aquí no sale nadie. La casa está tomada por un regimiento de infantería y los accesos los

vigila nuestra caballería, de modo que mejor hará si nos conduce, por las buenas, adonde se hallan nuestros cuadros. ¿Qué decide?

Su mano tiraba de la empuñadura del arma, de la cual asomaba una cuarta de acero refulgente. Aquello ya fue demasiado para el petrificado conservador. Con el gesto fruncido gruñó algo que sonó a «sígueme» y salió al corredor, donde veinte soldados en uniforme azul oscuro escoltaban a otros tantos mozos de cuerda y carretilla. En qué desgraciada hora se le ocurrió quedarse, aquel sábado.

París, martes 26 de septiembre

Gneisenau releía una carta de Boyen que le retransmitía Knesebeck. Anunciaba que al día siguiente haría pública la reorganización del KPA, determinada por el fin de la guerra. El país quedaría dividido en siete circunscripciones militares. Al mando de la principal, la del Rhein, estaría el General der Infanterie Graf Neidhardt von Gneisenau. Su *hauptquartier* estaría en Koblenz, y además de mandar el nuevo Ejército del Rhin —Rheinarmee— tendría bajo su mando la región de Westfalen, a las órdenes del Generalleutnant Thielmann, y el *armeekorps* destacado en Francia, cuyo jefe sería el Generalleutnant Zieten. Él sabía más de lo que se decía en la carta. Por ejemplo, que cuando asumiera el mando del Rheinarmee su Generalstabschef sería Carl-Gottlieb von Clausewitz, pese a los gruñidos de Friedrich-Wilhelm y de unos cuantos más, que juzgaban inaudito confiar un puesto de tanta responsabilidad a un simple coronel, al cual le aguardaba un duro trabajo, como a él. La situación entre Francia y Prusia era de paz, de lo que no se quejaba, pero su deber como jefe de dos tercios del KPA, los más en forma y fogueados del total, era prevenir otra posible guerra. El propio Friedrich-Wilhelm le preguntó si no exageraba cuando le puso en antecedentes de sus planes, a lo que respondió que a primeros de marzo de aquel año nadie habría imaginado que seis meses después se hallarían en París, tras ganar una guerra violentísima que a Prusia le costaría quince mil muertos. El *igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum* era el pilar fundamental de su filosofía militar —él no era bueno en latín, pero su esposa sí; gracias a ella sabía que Julio César, al que se atribuía el categórico *si vis pacem, para bellum*, jamás dijo tal bobada—; Francia tardaría más o tardaría menos, pero un día u otro se recuperaría, y la situación entre las dos potencias sería otra vez la un país riquísimo, treinta millones de almas y medio millón en filas, contra otro de apenas nueve y doscientas mil, respectivamente. Cierto que Prusia contaba con aliados suficientes, pero nadie podría decir cómo estaría unos años después y si los amigos de 1815 no serían para entonces enemigos ávidos de trocearla. De ahí que su intención fuera construir una red de anillos defensivos que pudieran contener un ataque francés dirigido a través del viejo camino de las invasiones. También, pero eso ya no lo dijo a su rey, trazar los planes y acopiar los medios necesarios para, si llegase a convenir, descargar sobre Francia un brutal ataque preventivo, a través de las Ardenas —era la razón de que hubiese presionado a Hardenberg hasta la impertinencia para que conservara Luxemburg bajo control prusiano—, que la incapacitara durante otro buen período de tiempo. Gneisenau, en eso también, marchaba muy por delante del suyo.

Álava pensaba cenar en Meot con su equipo recuperador de cuadros, Miniussir, Lacoma y el voluntario Tavira, que aun no siendo esa su misión se les sumó

alegremente. Con el que no contaba era con el cada día más insufrible Labrador, cuya última genialidad era imputar a la violenta operación que SCM no le quisiera recibir. Mientras llegaba el momento de salir con Lacoma y Tavira —Miniussir iría por su cuenta, o en eso quedaron cuando le vio marchar la tarde antes hacia el Bourbon-Condé— terminaba una carta para Cevallos donde le daba detalles de la recuperación, comenzando por alabar el trabajo de los tres, en especial el de Miniussir, que fue quien la dirigió; él, por insistente consejo del duque de Wellington, optó por no dejarse ver. El inventario levantado por Tavira señalaba la recuperación de 108 piezas escultóricas y de mobiliario, así como 284 cuadros, todo lo cual ocupaba trece cajones muy pesados y de grandes dimensiones; tanto, que fue necesario llevarlos a la embajada, donde quedaron depositados, a razón de dos por carro, a su vez tirado por dos percherones. El valor de lo recuperado era tan incalculable que había reforzado la seguridad con un pelotón de la Guardia Nacional aportado por el general Müffling, aunque dudaba de su eficacia si el edificio fuese asaltado, por lo que había convenido con Sir Arthur que, cuando regresaran al VKN las primeras unidades del Army of the Low Countries, para lo que no debía faltar mucho, se les uniría un convoy español que contendría los trece cajones, más los que se necesitasen para estibar los que ya estuvieran en condiciones de viajar de los noventa y seis cuadros recuperados el 15 de julio. Las obras recobradas llegarían a Bruselas, por tanto, escoltadas por la caballería británica. Una vez almacenadas en la embajada sugería que se gestionase un transporte marítimo que las llevara desde Amberes hasta un puerto español. Del resto de las detalladas en la lista de Lacoma, entre las que figuraban piezas valiosísimas de Velázquez, Tiziano, Ribera, Murillo y Van Dyck, sólo sabía que se hallaban dispersas en colecciones privadas cuyo paradero Vivant-Denon afirmaba desconocer. Su recuperación sería dificultosa si no imposible, y en cualquier caso necesitaría que se iniciase un proceso judicial por los servicios legales de la embajada, cuyo coste y resultado no estaba en condiciones de aventurar. Con aquello entregaba una patata muy caliente al conde de Perelada, cuando llegara, pero ni Cevallos ni Fernando le podrían criticar por no comérsela, pues él, en realidad, ni siquiera debería estar en París.

Liquidados los cuadros comenzó con las noticias políticas. La primera era de importancia: SCM había hecho público esa mañana que su nuevo presidente del Consejo Privado sería el duque de Richelieu, Armand-Emmanuel de Vignerot du Plessis. Se sabía de su historia que, tras haber emigrado con su familia en 1789, ingresó en el ejército ruso, donde alcanzó el rango de general; el Zar le nombró gobernador de Odessa en 1803; hizo allí un gran trabajo, convirtiendo en apenas once años un sucio e insalubre puerto en una ciudad floreciente y moderna. SM el Zar sentía por él afecto y admiración, a lo cual se debía que le tuviese a su lado a lo largo de sus dos campañas en suelo francés. En cuanto al príncipe de Talleyrand, SCM

hacía saber que le nombraba Gran Chambelán, un cargo en apariencia honorífico y de nula importancia práctica, pero que le mantendría próximo a SCM; parecía no querer dejar de contar con él, quizá por alguna suerte de pesimismo en relación al duque de Richelieu, al que algunos embajadores consideraban una imposición del Zar Alexander. También se había hecho pública la creación de una gran alianza entre Austria, Prusia y Rusia, fruto de una iniciativa religioso-moral impulsada por el Zar, en cuyo pensamiento influía notablemente la piadosa baronesa Krüdener, y se pensaba que si los otros monarcas aceptaron suscribirla fue porque, como cualquier alianza de culturas y civilizaciones de naturaleza difusa —preservar la paz mediante la buena voluntad, la honradez, la bondad, la honestidad y el respeto a los principios religiosos—, ni significaba nada ni serviría para nada. Llegado a ese punto prefirió callar que, según opinaba Gneisenau, con aquello sólo se pretendía dejar satisfecho a un lunático que quizá tras eso dedicase sus erráticas energías a otros asuntos más serios, como sacar a su hambriento pueblo de su atraso de siglos, y también que, como le había explicado Wellington, Inglaterra se negó en redondo a participar en tamaña estupidez; las alianzas de civilizaciones inspiradas en principios morales, sostenían tanto Castlereagh como él, sólo podrían dar lugar a reducir las distancias entre las potencias fuertes y las débiles, cosa que a éstas sin duda les interesaría, pero de ningún modo a Inglaterra, que por algo era, le gustase o no al Zar, la dueña del mundo. Cuando menos, el de 1815.

La última noticia que pensaba dar a Cevallos quizá fuera la más de preocupar: los hermanos Constantin y César Faucher habían sido fusilados tras un consejo de guerra sumarísimo. Los motivos, según se opinaba en los círculos que solía frecuentar —el salón de Juliette de Récamier era el principal, pero no pensaba decirlo; de ningún modo quería correr el riesgo de que Cevallos le ordenase presentar allí a Labrador, o a Perelada cuando se materializara—, eran de una extrema futilidad. La causa real de que los fusilaran era su decisiva participación en la lucha contra los sublevados de La Vendée, por la cual fueron ascendidos de coroneles a generales y por la cual terminaron contra un paredón, y sólo por el terrible delito de haberse comportado con la profesionalidad esperable de unos militares al servicio de un Estado legalmente constituido. Opinaba, como Wellington, que la creciente ascendencia de los ultras bien podría conducir al país a una guerra civil. Lo más de lamentar, si llegase a ser el caso, sería no poder ni siquiera pensar en qué bando debería colocar España sus apuestas. Desgraciadamente, su lamentable Borbón jamás iría contra el aborrecible Bourbon.

Miniussir no cabalgaba en la mejor de las formas, ni con ganas de celebrar nada, pero hacía tiempo que Álava le había enseñado que los diplomáticos deben comportarse como si carecieran de alma. Esa noche debían festejar el éxito de una

misión que bajo cualquier perspectiva de realismo habría debido acabar en fracaso, y de ningún modo debía permitir que su corazón destrozado desluciese lo que para Tavira y Lacombe era el acontecimiento más excitante de sus anodinas vidas. Así pues, y como a menudo decía el general, «a joderse y poner buena cara», por mucho que su alma sollozara.

Se había despedido de Mina frente al portalón de su *hôtel*, ya terminado de adecentar. Al día siguiente lo dejaría junto con Emilie, Hannchen y el resto de su nutrida servidumbre, rumbo a Milán, desde donde pensaba recorrer la Toscana en compañía de unos cuantos amigos —adoraba Italia, tanto que hasta barajaba la idea de abrir casa en Florencia—, para después seguir a Venecia y reunirse con Dorothée; allí se quedarían unos meses, para regresar a Viena una vez disfrutaran el carnaval de 1816. Para entonces, quizá, su dulce *chevalier servant*, pues a ese rango había promovido a Miniussir, habría terminado de llevar a España sus cuadros horribles y estaría listo para que le abriera las puertas de Viena, y también para que le presentase a todo el mundo, incluyendo a muchos que su jefe, aquel enano imbécil de San Carlos que por haberse tirado a la vieja puta que antes calentaba la cama de Talleyrand se consideraba un dechado de belleza, seguro que seguía sin conocer. La Vévodkyne Zahánská, cuando quería, era exquisitamente capaz de llamar a las cosas por su nombre.

La despedida, en realidad, tuvo lugar en el dormitorio del Bourbon-Condé que Hannchen le adjudicó la primera noche que pasó allí, uno que a fuerza de usarlo había llegado a considerar suyo en exclusiva. Desde que se refugiaron ahí al filo de la medianoche, hasta que la duquesa se marchara como un duende poco antes de amanecer, se habían dicho adiós una ciertamente asombrosa cantidad de veces, aunque también tuvieron tiempo para charlar. Gracias a eso Miniussir se llevaba la certeza de que allí dejaba la mejor amiga que podría tener jamás, y que no debía desechar la idea de que a la vuelta de unos meses, en Viena, no volvieran a lo mismo, pero que haría bien si aceptase la vida como era y abriera bien los ojos, al amor y a lo que fuera, pues ellos dos, pese a lo bien que se llevaban y lo mucho que disfrutaban, incluso cuando no se dedicaban a pecar contra los mandamientos más estúpidos, no estaban hechos el uno para la otra. Mina no le había dicho nada que no tuviera él más que pensado, pero aun así le devoraba la tristeza, la de tener la seguridad de que jamás en su vida podría dar con una mujer tan excepcional. Y tan generosa, se decía palpándose con cierta inquietud, la de perderlo en un descuido, el magnífico solitario de seis *carats* que le había mandado lucir mientras viviese, aunque sin decir a nadie, jamás, quién se lo había regalado.

París, martes 3 de octubre

Álava leía la última carta de Cevallos. No decía nada, pero los recortes de prensa que solían adjuntar sus eficaces auxiliares a veces eran de interés. Uno de aquel día lo era: el general Díaz Porlier, que también comenzó la guerra peninsular de teniente coronel para terminarla de mariscal, se había sublevado en La Coruña el 18 de septiembre, tras detener al capitán general y proclamar la Constitución de 1812. «Bien por Porlier», fue su primera reacción, para decirse acto seguido que, por estimulante que fuese aquello, nadie le seguiría; su intentona terminaría en un baño de sangre y él fusilado, salvo si por algún milagro se le uniesen unos cuantos más, en otras capitanías, cosa por demás improbable. Si algún día se viera él en situación de dar un golpe, y el que fuera embajador en el VKN sin duda era para que tal cosa jamás sucediese, no lo haría sin tener comprometido un tercio de las capitanías. Sin eso, y por doloroso que fuese aceptarlo, sería imposible acabar con el Borbón.

Con gesto de hastío empuñó la pluma, sin ganas, pero debía comunicar dos grandes noticias. No lo hacía por el solo deber de mantener informado al secretario de Estado, sino por la refinada crueldad de volver a marcar distancias con Labrador, y que así Cevallos comprobara por sí mismo cuál de sus dos plenipotenciarios residentes en París estaba bien al corriente de todo y cuál no lograba enterarse de nada. La primera era de dos días antes —no era pública, de modo que quien no tuviese oídos en la mesa de negociación difícilmente la podría conocer, y le constaba que Labrador no poseía ningunos—: a instancias del Zar, comunicadas a Richelieu por Kapodistrias, los plenipotenciarios aliados aceptaban suavizar sus exigencias. Así, Givet-Charlemont, Condé, Joux y l'Écluse seguirían siendo francesas, la indemnización de ochocientos millones quedaría en setecientos y la ocupación militar bajaría de siete a cinco años, con opción de reducirla todavía más al término de los tres primeros.

La segunda era de aquella mañana —más fresca, imposible—: Richelieu daba por buenos, a reserva de lo que decidiera el rey Luis, los términos ofrecidos. La opinión de Ciudad Rodrigo era que pretendía ganar tiempo, parapetándose tras un necesario período de discusión sobre detalles procedimentales, durante los cuales intentaría socavar la posición de los aliados a través del siempre voluble Alexander, al que ya iba consiguiendo preocupar con el argumento de que una Francia excesivamente humillada podría caer en mano de los ultras, de modo que la sombra de una nueva guerra volviese a cernirse sobre Europa. Casi palabra por palabra, lo que Talleyrand había dicho a Louis, lo que demostraba dos cosas: una, que cuando lo dijo no podía estar más sentenciado; la otra, que Talleyrand seguía siendo el único dotado de una cabeza valiosa de toda la condenada pandilla. Debía de ser por eso que aquella noche organizaba una cena en su *hôtel*, aunque no para decir adiós a la política, como pensarían los idiotas. Simplemente, opinaba Wellington, daba comienzo a un tiempo

más relajado y feliz en el que seguiría dominando la escena, gracias no sólo a que se mantendría bien informado, sino a su extraordinaria inteligencia, incomparablemente superior a la del infeliz que, según sus propias, malignas y muy divertidas palabras, había llegado a ser primer ministro de Francia gracias a ser el francés que más sabía de Crimea. Sería también la última que le organizaría su prodigiosa *châtelaine*, pues había hecho saber a unos cuantos de sus íntimos que hacia el 6 o el 7 de octubre pensaba dejar París para visitar a sus hermanas. Sería una ocasión interesante, y no sólo por lo que decidiera explicar el viejo diablo de la diplomacia, sino porque los asistentes serían de categoría. Estarían presentes Castlereagh, Metternich, Kapodistrias, Gentz, Humboldt, Molé, Pasquier, Jaucourt y el barón Louis, además de Wellington y él, con una dama encantadora intercalada entre cada dos. No conocía la lista de las doce agraciadas con asistir a una de las pocas exhibiciones de inteligencia profunda que brindaba la obtusa París de los últimos tiempos, aunque cuando menos habían confirmado su presencia Madame de Staël, la princesa Lieven, Lady Granville, Lady Shelley, la cada día más escandalosa Lady Lamb, la recién regresada princesa de Chimay, la duquesa de Duras y, para sorpresa general de la *crème* político-intelectual, Madame Récamier.

París, sábado 7 de octubre

El conde de Perelada ya estaba presente. Llegó la tarde anterior, a tiempo de repentizar una cena con el personal diplomático; le bastó con ver la cara que ponían los que no eran Labrador según éste sugería en tono ultrapomposo dejarlo para otro día pues tenía un importante compromiso, para convenir que no debía dejar pasar la oportunidad de cenar con el barón Gentz, pues sin duda le trasladaría buena información y ellos dos ya tendrían tiempo de hacer lo mismo cualquier otro día. Tras eso exhibió un segundo detalle de señorío, pues tras rechazar el humilde menú de la embajada, sin herir la sensibilidad del *chef*, propuso al embajador Álava que eligiese un restaurante de los que aquellos días estuvieran más de moda, sin preocuparse de los precios, ya que, según explicaba, un día era un día y no todos ellos se tomaba posesión de una embajada como la de París. Cuando Álava propuso Beauvilliers no sólo no descompuso el gesto, sino que le pareció una elección muy acertada, pues lo recordaba de tiempos no peores y desde luego que se comía muy bien. Así, en la imponente carroza del nuevo embajador salieron los cuatro (él, Álava, Tavira y Miniussir) hacia el hiperfamoso restaurante, donde siempre había una mesa reservada para las personalidades de última hora y donde, faltaría más, jamás dejarían de hacer sitio al *ambassador* d'Álava y a sus acompañantes.



Jan-Willem Jansens, ministro de la Guerra

Tras una larga sobremesa exquisitamente bien regada, tanto que a los diplomáticos más jóvenes les costaba no caerse redondos, estaba bien al día de lo que sucedía en París, de qué contenían las cocheras y de cómo habían llegado allí todos

aqueellos cajones, de quiénes eran los hombres fuertes del momento y de cuáles eran los acontecimientos inminentes en que debería personarse, aceptando que una excelente oportunidad de comenzar a establecer sus propios contactos sería la doble del día siguiente. A eso se debía que a las diez de la mañana, flanqueado por Tavira y Miniussir, asistiera en la embajada del VKN a la imposición en el pecho del general Álava de la Cruz de Comendador de la Orden de Willems, en una ceremonia más sentida que pomposa y más entre amigos que solemne; la presidía el Koning Willem, reforzado por el todavía comandante supremo de sus ejércitos, Duke of Wellington, el heredero de la corona, Prins van Oranje, el gobernador de La Haya, Leopold van Limburg-Stirum, el canciller de la Orden de Willems, general Jan-Willem Janssens, y el nuevo presidente de su consejo de guerra, el Graaf Friedrich-Adrian van der Goltz. No fue breve, aunque sí lo suficiente para que a mediodía, en la embajada británica, el mismo Álava recibiera de manos de Lord Castlereagh, en representación de His Royal Highness the Prince Regent of England and Ireland, la Cruz de Caballero Comendador de la Orden de Bath, en reconocimiento a sus méritos durante la guerra peninsular y la campaña de Waterloo. Asistía la totalidad de los altos mandos británicos presentes en París, así como una buena representación de sus iguales de otros ejércitos, en la que destacaban los príncipes Blücher, Schwarzenberg y Barclay de Tolly. Si alguna duda tenía el conde de Perelada de con quién se codeaba el embajador Álava, cuando concluyó la ceremonia no le quedaba ninguna. Fue al término de la misma cuando supo, gracias a su amistoso colega Castlereagh, que a esas mismas horas se constituía en el Palais Bourbon la cámara baja del parlamento francés, la misma que SCM Louis XVIII llamaba en su círculo íntimo «*Chambre Introuvable*», porque ni soñando habría sido posible imaginar una más afín a sus ideas y sus intereses. Richelieu tendría serias dificultades para seguir un programa de gobierno mínimamente liberal, lo que a su juicio, y al del gobierno de Lord Liverpool, en absoluto facilitaría que Francia volviese a la deseada estabilidad. Los tiempos difíciles, concluyó mientras los embajadores españoles asentían, estaban lejos de concluir.



Leopold van Limburg-Stirum

París, lunes 9 de octubre

Álava salía de un edificio próximo a la embajada española, en el 4 de la Chaussée d'Antin. Allí había tomado habitaciones para él, Miniussir y Zurraspas, que se ocuparía de los dos. Perelada le había dicho que por él no tenía que marchar, pero entendía que seguir allí podría serle incómodo, aludiendo de un modo elíptico a que también lo era para él soportar la presencia del tercer embajador, un marqués al que apenas le costó dos días convencerle de que lo último en que se debería mezclar era en la negociación del tratado. Allá Labrador y sus responsabilidades; él prefería esperar las pocas semanas que faltaban para que aquello concluyera y pudiera él comenzar su propia misión. Sabía, porque así se lo dijo Cevallos, que Álava, pese a que saldría para Bruselas en cuanto liquidara el asunto de los cuadros, tenía un segundo deber, el de permanecer muy cerca de su gran amigo Ciudad Rodrigo, lo que no despertaba sus celos diplomáticos. A fin de ayudarle cuanto pudiera en esa misión complementaria de la suya le brindaba los servicios de la embajada, lo que agradeció de corazón, pues seguir contando con el eficaz mayordomo y con el no menos dispuesto Tavira le facilitaría la vida. En lo que a Miniussir se refería, Perelada opinaba que como personal diplomático en tránsito debería servirse de la residencia, pero si prefería marchar con el general, con quien era evidente que sostenía la clase de relación que sólo se forja en una guerra, él no tenía nada que decir. Por lo demás, los cajones podrían seguir allí tanto tiempo como fuera necesario, y en cuanto a los noventa y seis cuadros de la primera oleada le parecía bien que se restauraran en la embajada. El conde de Perelada, pese a sus sospechas, estaba resultando ser no sólo un perfecto caballero, sino un diplomático en toda regla.

Aquella era la segunda vez en el día que salía en su carruaje. La primera, con Miniussir, fue para presenciar el enlace de Sir Peregrine Maitland con Lady Sarah Lennox, en el Grimod de la Reynière. Fue una boda breve y sencilla, para profunda pena de la duquesa de Richmond, que habría preferido para la primera en casarse de sus hijas una ceremonia más notoria en lo social, pero era claro que la situación no admitía demoras. Tras aquello se fueron a cenar los dos juntos, a Le Procope —les encantaba el *coq-au-vin*—, sin ningún motivo especial salvo el de lo bien que lo pasaban juntos, además de para intercambiar cotilleos y maldades. Así supo que la duquesa de Sagan había marchado días antes hacia Milán y Florencia, y que allá por diciembre se reuniría en Venecia con la condesa de Périgord, para quedarse allí una temporada y luego seguir a Viena, donde la condesa tenía idea de abrir casa y no sólo porque allí vivían sus hermanas, sino por la presencia cercana del Graf Clam-Martinitz. Según los datos de Miniussir, en apariencia muy exactos, las dos habrían dejado París un par de días antes, dejando muy desconsolado al príncipe de Talleyrand.

—Pues anoche cené con él y con unos cuantos más, y estaba como siempre.

—Llevaría la procesión por dentro. El hombre anda, según creo, como alma en pena. Si renunció al cargo no fue por fatiga o hartazgo, ni porque se lo dijera el rey. Fue, o eso me han dicho, porque la idea de quedarse sin la condesa no le dejaba vivir. De ahí que haya dejado de salir por ahí. No quiere ver a nadie, ni tampoco que le vean. Incluso se dice que planea volverse a Valençay.

Un buen punto a favor de Miniussir: había desarrollado una considerable maestría en el arte de administrar los tonos y los tiempos del cotilleo, un don que no bastaba para ser un gran diplomático, pero que sin el que resultaba imposible serlo. Tras eso regresaron a su nuevo domicilio, para cambiarse y seguir cada uno su camino. Miniussir estaba invitado a una timba que organizaba el hospitalario Percy, la cual acabaría en alguno de los magníficos burdeles del Palais-Royal. El general tenía el compromiso de asistir a la *rentrée* de la princesa de Chimay. En parte le apetecía, pues el espectro de su desnuda casera se le aparecía de vez en cuando, y en parte le agobiaba, pues salvo sorpresas él sería el individuo de más alto rango. El prestigio social de la princesa, lo sabía por diversas fuentes, desde que la rancia nobleza del Faubourg Saint Germain regresara del exilio estaba por los suelos, y no sólo a consecuencia de la nefasta exhibición de vulgaridad que diera en la boda de su hija, sino por la sospechosa protección de su *hôtel*, la casa más vigilada de toda la *rive gauche*.

Sería la primera vez que se vieran desde que la visitó seis meses antes, aunque se habían escrito con frecuencia intensificada las últimas semanas, cuando la princesa comenzó a pensar en volver. Hasta mediados de septiembre no tuvo prisa, pues la vida en Chimay, protegida por un II Armeekorps que garantizaba su seguridad, le resultaba placentera. No sólo era ideal para un verano caluroso, sino que su intendencia no podía estar mejor abastecida. El coste, hospedar de vez en cuando al Prinz August o al general Pirch, era llevadero, especialmente cuando se trataba del primero, al que recordaba de cuando bebía los vientos por Juliette de Récamier. Era un invitado no sólo encantador, sino generoso. Gracias a él sus cuadras volvían a parecer eso mismo, unas cuadras, y sin que le preocupara demasiado que sus nuevos pupilos lucieran en sus lomos marcas regimentales británicas, holandesas o francesas. Fue un verano prodigioso, pero la captura de las fortalezas determinó que sus excelentes huéspedes comenzaran a espaciar sus visitas, obligados a pasar tiempo en las plazas conquistadas. No le privaron de su protección —cuando los merodeadores ahorcados en la plaza del mercado llegaron a media docena se hizo claro para los miembros de aquel gremio que acercarse al *château* de Chimay era peligroso—, aunque sí de su presencia, con lo cual la vida se le hacía un punto aburrida. Eso, el que su marido hubiera sido llamado a París por el Duc de Richelieu, su deseo de ver por sí misma el estado en que se hallaba su *hôtel* de la Rue de Babylone —allí residía el barón Lützow, al que había invitado a que se considerase su huésped; según

informaba la servidumbre lo hacía con tranquilizadora discreción, sin organizar orgías ni francachelas y con gran cuidado por la casa, la cual estaba defendida por un destacamento de lanceros acampados en el patio de caballos— y el comprensible deseo de visitar al maravilloso *maréchal* Blücher, con el que toda su vida tendría una inextinguible deuda de gratitud, constituía el conjunto de razones que la movían a regresar. Fue lo que decía en la última, la de anunciar que se ponía en marcha. Lo siguiente fue una invitación a su *rentrée*. No le apetecía mucho, pues el 9 de octubre no era un día muy alegre para él —se cumplía un año de que fuera encarcelado por un rey que le debía una pata de su trono—, y porque no tenía ganas de cruzar muchas palabras con el agradable conde de Caraman-Chimay —su capacidad de conversar tranquilamente con maridos engañados a cuenta suya, en lo que tenía poca experiencia, era reducida—, pero intuía que quizá la princesa encontrara de interés, alguna tarde cualquiera, conocer sus habitaciones de la Chaussée d’Antín. Si aquello había de suceder, la mejor manera de impulsarlo sería dejarse ver en su mejor aspecto de gala nocturna y resplandeciente Toisón de Oro. Todo fuese a mayor gloria social de la princesa y, con suerte, a mejor disfrute de sus remendados bajos.

París, lunes 16 de octubre

Poco antes de mediodía se concentraban en Saint-Cloud los comandantes de los tres *armeekorps*, sus *stabschefs*, los generales y coroneles al mando de las brigadas de artillería, infantería, caballería e ingenieros, el *Generalquartiermeister* y el *Generalstabschef*. Nada en su atavío indicaba que se reunieran para un acto de significado especial, salvo que todos lucían sus condecoraciones más valiosas. A las doce apareció el Fürst Blücher, de impecable *Generalfeldmarschall* y tan escaso de chatarra como de costumbre. Le seguía un cariacontecido Nostitz. El motivo del acto, que sería tan breve y poco solemne como se acostumbraba en el KPA, era comunicar a los mandos del *Niederrheinarmee* que *Seiner Majestät der König Friedrich-Wilhelm III* había concedido al Fürst Blücher un permiso indefinido. *Seiner Durchlaucht* pensaba comenzar al cabo de unos días, aunque traspasaba en ese momento el mando efectivo del *Niederrheinarmee* al *General der Infanterie Graf Neidhardt von Gneisenau*. No saldría de inmediato hacia su añorado *Kriebowitz* porque antes debía despedirse de las personalidades y compañeros de armas estacionados en París, pero su intención era ponerse de viaje dentro de aquel mes de octubre. Tras eso, y una vez hiciera saber el orgullo que sentía por haber conducido el mejor ejército que jamás tuviera Prusia, se marchó por donde había venido; al Fürst Blücher, era notorio, las ceremonias que durasen más de dos minutos le impacientaban hasta el extremo. Álava contemplaba con frialdad un retrato de SCM —2,1 de alto por 1,41 de ancho— pintado por Antonio López que junto a un par de sobres moderadamente abultados había llegado en la valija. El más grueso contenía la usual colección de recortes de prensa; la recorrió con prisas, aunque se detuvo un largo minuto en una noticia esperada: el mariscal de campo Díaz Porlier, al que conocía del *Príncipe de Asturias* y con el que combatió codo a codo en Trafalgar, trece días antes fue ahorcado en La Coruña, tras ser encontrado culpable de sedición en el consejo de guerra sumarísimo al que le sometió el capitán general de Galicia, un mercenario valón llamado Felipe-Augusto Leclément de Saint-Marq al que también conocía y del que tenía una pésima opinión. Lamentaba que su profecía se hubiera cumplido —un mal gesto, ahorcarle; un militar que se había jugado la vida por España tantas veces como él habría merecido, cuando menos, doce tiros en el pecho y uno de gracia en la sien; aquello era otra de las ruines venganzas de Don Fernando VII de Borbón—, aunque confirmaba su convicción de que lanzarse por el sendero de la guerra requería elegir muy bien a los compañeros de viaje; aquel pobre Díaz Porlier, en paz descansara, se lo había buscado por ingenuo.

La carta de Cevallos no era extensa, pero todo en ella era sabroso. Empezaba por las buenas noticias, según acostumbraba —era propio del planeta diplomático—; la primera decía que SCM, en prueba de la satisfacción que sentía por su trabajo, le concedía la Encomienda de Hornachos, lo que quizá no le dijera nada, por lo cual se

lo explicaba: se trataba de un inmenso conjunto de predios y heredades en la fertilísima Tierra de Barros, provincia de Badajoz, que albergaba una docena larga de pueblos, villas y aldeas; SCM había ordenado al Consejo Rector de la Real Orden de Santiago, su propietaria desde 1234, que iniciara la tramitación de su investidura, de modo que a la vuelta de pocos meses, en algún lugar a determinar, se celebrara el acto religioso-militar en el cual recibiría el hábito de Caballero de Santiago y se le designaría comendador de Hornachos, por lo cual y a partir de dicho momento sería perceptor vitalicio de la magnífica renta (noventa mil reales) que generaba la tal Encomienda.

Un buen detalle, se decía el general mientras tomaba nota de que debería escribir a Loreto para que, a través de su hermano Diego, averiguara qué implicaciones traería consigo el supuesto espléndido regalo, así como cuánto dinero neto significaría el tal honor; no era un hombre particularmente materialista, pero a partir de ciertas edades, una vez superadas las ingenuas etapas idealistas, las únicas distinciones que realmente se agradecen son las que se pueden llevar a una casa de banca. En cualquier caso, y para las costumbres de Don Fernando, aquello significaba no sólo que dejaba de considerarle un apestado, sino que le invitaba de un modo cauteloso a que se uniese a su grupo de leales. No le apetecía mucho, pues SCM le inspiraba una profunda repugnancia política e intelectual, pero también era posible que acercándose a él pudiese hacer más por la desventurada España que permaneciendo alejado, en el dorado exilio de un embajador en el VKN con residencia en París.

La segunda noticia decía que SCM aceptaba el presupuesto de Bonnemaison; lo había preferido al de los especialistas recomendados por Canova (Palmarolli y Benvenuti), ya que no podrían trabajar en exclusividad para la corona española, sino repartiéndose con el encargo que les había hecho Su Santidad para dejar en condiciones las colecciones vaticanas y florentinas. SCM, además, deseaba que uno en particular —la más voluptuosa de las diversas *Venus* de Tiziano— lo presentara en su nombre al Zar Alexander. Aquello le daba una excelente justificación para permanecer en París sin hacer trampa durante los muchos meses que Bonnemaison necesitaría para cumplimentar el encargo, así que, muy contento, siguió adelante con la tercera y última: Cevallos, no en su calidad de secretario de Estado y del Despacho, sino en la de patrón y protector de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, le anunciaba su nombramiento de Académico de Honor, por su determinación y eficacia en la recuperación de las maravillas artísticas expoliadas de 1808 a 1813 por los hermanos Bonaparte, sus mariscales y sus generales. El resto de la carta era el usual: compras y más compras por cuenta de SCM; Cevallos, a lo que parecía, encontraba más sencillo usarle a él de recadero que al magnífico Perelada, con quien, por cierto, no podía llevarse mejor. Un ejemplo era la cena de aquella tarde-noche, donde acompañando al titular compartiría mesa y mantel con el conde

D'Artois y el barón Vitrolles. A los dos los conocía, pero no al nivel de intimidad que deseaba. Sería una oportunidad de darse más a conocer y entablar una relación personal con el heredero de la corona, más que nada por si algún día debía buscar el exilio, y de ser así Francia sería preferible a cualquier otro país, sobre todo si lo hacía con el beneplácito de su presumible rey. Perelada, era de reconocer, se comportaba con gran caballerosidad y un excelente sentido del toma y daca, pues gracias a él, y sin haber discutido compensación alguna, se había sentado a las mesas de Wellington y Castlereagh, Vincent y Metternich, Von der Goltz y Humboldt, y Pozzo di Borgo y Nesselrode, cosa que Labrador, que cada día se quejaba más amargamente, seguía sin conseguir. El balance, lo admitía, estaba descompensado a favor de Perelada, pero lo aceptaba pues para él era una inversión, ya que necesitaría de su complicidad para seguir siendo embajador en Bruselas con casa en París. El juego era tan claro para los dos que no habían necesitado insinuarse ni una sola vez. Gracias a la diosa Eris, santa patrona de los diplomáticos arteros, por una vez había tenido suerte con su compañero de singladura.

París, domingo 22 de octubre

Wellington y Álava desayunaban a solas; Lord Fitz-Roy había marchado a Calais, a esperar la llegada de Lady Wellington, la cual, harta de chismorreos sobre su inminente separación, había establecido del modo más directo que su marido era suyo, que jamás había dejado de serlo y que para ponerlo de relieve nada mejor que pasar con él unas semanas en el fascinante París de la segunda Restauración. Si Wellington se lo había tomado mejor o peor era un misterio, salvo para Lord Fitz-Roy por unas razones y Álava por otras, y no porque las comentase; sólo sucedía que le conocían muy bien.

Las noticias del día eran tres. La primera, que Wellington mandaría el ejército de vigilancia, que constaría de los mismos ciento cincuenta mil hombres inicialmente previstos aunque distribuidos de otra forma: Prusia, Rusia y Austria contribuirían con treinta mil cada una, Inglaterra y el VKN con treinta mil entre las dos, y el resto serían aportados por diversos estados alemanes. Prusia y Rusia querían que lo mandara Gneisenau, pero la opinión de Louis XVIII, que al fin y al cabo pagaría la factura, fue determinante: con Wellington se llevaba bien. Álava no necesitaba que su amigo se molestara en explicarle lo mucho que le agradaba el nombramiento. No tenía ninguna gana de volver a Inglaterra, donde al cabo de unos meses su aura se habría disuelto en el marasmo de los acontecimientos cotidianos. Cuando las campanas de Saint James tañeran a relevo en el 10 de Downing Street no contaría con ninguna ventaja especial, pero en el continente, por el contrario, sería el hombre que llevaría sobre sus hombros la penosa tarea de mantener Europa en paz, de modo que su fama deslumbraría por tiempo indefinido. Marginalmente, podría seguir viviendo como un feliz soltero virtual, cubriendo de vez en cuando el expediente de soportar un mes o dos a su señora y dedicando el resto de su tiempo a gozar sin restricciones, como había hecho desde que se firmara el Pacto de Saint-Cloud.

La segunda noticia les dejó indiferentes, pese a estar relacionada con un cordial enemigo de los dos: la guarnición de la fortaleza calabresa de Pizzo, tras resistir el día 5 de aquel mes un ataque por sorpresa de Murat, al que acompañaban unos cuantos desesperados, le había capturado, juzgado y condenado. El pobre diablo, según decía Wellington, se portó bastante bien frente al pelotón que le mandó a la inmortalidad, con gran dignidad y sin idioteces como aquella del bobo de La Bédoyère.

La última era muy divertida: la baronesa Krüdener había dejado París, nada contenta. Quizás eso indicase que Alexander recobraba la razón, pues la suma de los ridículos en que aquella iluminada le había hecho incurrir desbordaría las posibilidades de un *Saint James' Morning Chronicle*. La última y definitiva fue su empeño en competir con Juliette de Récamier en el mercado de los salones literarios; en la última reunión que celebró, donde se las compuso para que participara una Germaine de Staël más venenosa que nunca, tuvo con ella unas palabras nada suaves

—la deslenguada baronesa no podía ser más atea ni menos partidaria de ser evangelizada, mientras que su devotísima colega parecía no ya cenar con Dios todas las noches, sino acostarse con él—; a los dos días se publicaron en *Le Nain Jaune*, con el efecto comprensible de hacer llorar de risa no sólo a los nada escasos parisinos que compraban la desvergonzada publicación —se decía que *L'Inévitable* formaba entre sus filas—, sino al conjunto de las legaciones extraordinarias y misiones diplomáticas que atestaban la ciudad. Para el Zar debió ser demasiado, pues a los dos días el *hôtel* Montchenu estaba disponible.

—¿Vendrás con Perelada, esta noche?

Wellington hablaba de la recepción que daba Blücher en su *château* de Saint-Cloud. El motivo era decir adiós a París con carácter oficial. Asistiría todo el mundo, Fiedrich-Wilhelm, Alexander y Franz a la cabeza, pero en la vertiente militar, de forma que sólo sus *aides-de-camp* irían con ellos. A eso se debía que Castlereagh ni por un momento pensase asistir. Wellington iría con Murray, Hill, Percy, Lord March y Fremantle, lo que a su juicio era una composición equilibrada y suficiente. Álava pensaba llevarse a Miniussir, pero no había dicho nada de su embajador.

—Se lo dije, pero no me hizo falta explicarle que allí no pintaría nada.

Wellington asintió; Perelada también le parecía un tipo sorprendentemente profesional.

—Nuestro viejo *warhorse* está bastante ñoño, me han dicho. Debe de ser por la tristeza de saber que jamás mandará otro ejército. Fíjate como estará de alicaído que ha dejado de salir a jugar.

—Según Miniussir, que tiene allí, en Saint-Cloud, muy buenas orejas, la racha le cambió a raíz de que Fouché nos abandonase. Dejó de ganar siempre para sólo hacerlo de vez en cuando. Al cesar Talleyrand la suerte le abandonó definitivamente. Se lo tomó a mal, tanto que una noche armó una de categoría en el Cercle des Étrangers, el del Palais-Royal, tras perder más de cien mil francos al *trente-et-un*. Tras eso se lo pensó y ya no volvió a salir.

—Es natural. Entre mediados de julio y finales de septiembre ha debido de ganar más de un millón, si no el doble. Si ha sabido conservarlos le vendrán la mar de bien. ¿Sabes que aún está empeñado en pagar a Friedrich-Wilhelm el préstamo que le hizo para comprar Kriblowitz?

Se hacían cruces, los dos. Blücher, ciertamente, poseía un sentido de la honestidad muy difícil de catalogar. No podía ser tan burro como para no darse cuenta de que dejarle ganar era la sutil forma que tenía Talleyrand de sobornarle para que no hiciese más barbaridades, pero al mismo tiempo era incapaz de aceptar un regalo real si no se le otorgaba de forma pública, como el *schloss* Sommerschenburg de Gneisenau. Definitivamente, la vida sin él en Saint-Cloud sería más sencilla, pero aun así le añorarían. Era un animal, tan noble como terrible y tan tierno como salvaje,

pero en ningún caso un peligro. El Napoleón prusiano que dejaba en su puesto sí que lo era.

París y Compiègne, sábado 28 de octubre

La noticia del día, lo comentaba Wellington con Álava mientras cabalgaban por les Champs Élysées, era el decreto del Duc de Feltre, ministro de Richelieu, convocando un consejo de guerra compuesto exclusivamente por *maréchaux de France* para juzgar a Ney, recién trasladado a la Conciergerie desde la prisión de l'Abbaye. Con aquello la tensión subiría otro grado, incrementando el cada día más claro riesgo de guerra civil. Según los informes de Müffling, que le hacía llegar con prusiana puntualidad, los enfrentamientos en las calles de París estaban pasando de aleatorios a sistemáticos. Los alrededores del Palais-Royal se habían transformado en una maqueta donde los bandos enfrentados probaban fuerzas. Los ultras elegían para congregarse dos de los más grandes locales del área, el Café de Valois y el de Chartres, mientras los bonapartistas y los liberales, antes irreconciliables y ahora unidos contra el enemigo común, lo hacían en el Lemblin, tan grande como los otros dos juntos. Hasta no hacía mucho rara vez se pasaba de gritos e insultos, pero a partir de la ejecución de los Faucher las respectivas actitudes se habían radicalizado, al punto que la cautelosa policía, que de ningún modo se quería ver cogida entre dos fuegos, sólo se internaba por la Rue de Montpensier cuando el sol ya estaba en alto, para siempre dar con unas cuantas cabezas rotas y algún muerto que otro.

—Esto se ha vuelto tan irrespirable que nada más firmemos marcharé a Londres con Kitty, para pasar la Navidad. Tras eso volveré, pero solo y a Cambrai. Tal como van las cosas, para mi salud será mejor dejarme ver aquí lo menos posible. ¿Qué planes tienes tú?

—Cuando Bonnemaïson acabe con los cuadros, irme con ellos a Bruselas. Por mucho que haya vuelto a ser el lugar más aburrido del planeta, París se ha puesto demasiado emocionante.

—Podrías venirte a Cambrai. Cazaríamos, comeríamos y disfrutaríamos en compañía de buenos amigos y mejores amigas, que no nos van a faltar. Cuando debas hacer algo de naturaleza oficial, te subes en tu coche nada más amanezca para llegar a dormir a Bruselas, y cuando acabes vuelves corriendo. Si no me confundo, tu misión secreta sigue siendo la misma, ¿no? —se sonrieron; era inútil disimular—. Pues de ningún modo lo podrás hacer mejor que allí, en Cambrai. Piénsalo.

El general obedeció, aunque no muchos segundos. No sólo porque su curiosidad estaba centrada en otro asunto, sino porque lo de marchar a Cambrai con Wellington lo tenía decidido desde hacía mucho, aunque de ningún modo se habría insinuado. Cierta tipo de hospedajes sólo funcionan a satisfacción si se es formalmente invitado.

—¿Qué tal anoche?

Wellington y Lady Kitty habían cenado contra el Zar y su hermana Ekaterina —tras desaparecer la Krüdener se había convertido en su *châtelaine*—, en compañía de Castlereagh, Nesselrode, Stein y las parejas de los tres. Álava y Wellington habían

comentado alguna vez que podría ser una cena interesante, la primera que daba el Zar tras haber regresado de donde moraba Jesucristo al indecente mundo de los mortales. Se trataba de ver si de nuevo era el de siempre, dentro de lo imprevisible que acostumbraba ser «el de siempre», o si aún mostraba los estigmas de la santidad. De ahí la curiosidad de Álava y la rara minuciosidad con que Wellington describía los detalles, por mucho que nada mereciera ser descrito, al menos mientras no liquidaron los postres. Cuando eso sucedió, las señoras, cumpliendo muy disciplinadamente con los deberes de su sexo, se marcharon con la impredecible *châtelaine* a tomar un té o un a saber qué. Los cinco caballeros, ya solos y a sus anchas, se dejaron de las banalidades usuales en toda mesa donde las señoras no eran como la Vévodkyne Zahánská y comenzaron a beber, a fumar y a tratar de asuntos serios, pues para eso estaban allí. El Zar debía padecer graves preocupaciones, pues al poco dejó caer un lúgubre «pudiera ser que más pronto que tarde tengamos que defender a Friedrich-Wilhelm de sus ejércitos», a lo cual siguió un obscuro silencio.

El comentario, pensaba Wellington, quizá no se refiriese al comportamiento de las fuerzas prusianas en sus primeras semanas en París, ni tampoco a Blücher; más parecía ir por el otro, el que siempre se las apañaba para pasar desapercibido, cuando menos para la ciudadanía, pues para cualquiera que supiera un poquito de Prusia, del KPA y del Niederrheinarmee, y en su día del Schlesischesarmee, no podía estar más claro que tenía la culpa de todo; así, al menos, acabó por explicarlo Stein, ampliando lo que dijo el que pagaba su salario, a lo que Wellington asintió para seguir en atento silencio según Nesselrode añadía que aquel sajón renegado era excesivamente jacobino para resultar de fiar, cuando menos en un sistema paneuropeo donde la intención de los soberanos y de sus gobiernos era restaurar un absolutismo tolerante, amén de constitucional, pero absolutismo puro y duro. El sajón llevaba desde 1807 clamando contra los privilegios de clase y tratando de convertir el modelo tradicional del KPA en algo peligrosamente similar al francés, aunque no al de Bonaparte, sino al de la Convención. Eso le hacía varias veces sospechoso, tanto en Prusia, donde la nobleza militar le detestaba sin reservas, como en Austria, en Rusia, en Francia y, pese a la lejanía que imponía el Canal, en la propia Inglaterra, frente a lo cual Castlereagh se inclinó por no mover un músculo, aunque Wellington no se resignó a quedarse sin decir lo que últimamente repetía cuando identificaba una oreja favorable, que lo último necesario en Europa era un Napoleón prusiano. Pese a todo, él pensaba que ni aún era momento de ir por la cabeza de Gneisenau ni eran ellos quienes debían sugerir a Friedrich-Wilhelm que se la cortase. Lo primero, porque la guerra de las fortalezas, ciertamente gloriosa para Prusia, todavía chisporroteaba. Blücher era el hombre más popular de su país, y en su momento podría ser el más apasionado valedor del sajón; mejor, pues, no animar a Friedrich-Wilhelm a incurrir en riesgos innecesarios frente a su propia chusma. Lo segundo, porque no haría falta.

Gneisenau, cuyo mejor don era fabricarse un amigo por cada diez enemigos, desde hacía varios años era la obsesión del peor que hombre alguno podía tener, el ultrarreaccionario Fürst zu Sayn-Wittgenstein, ministro de la Policía y gran amigo personal, por cierto, del Kanzler Metternich. Un tipo, Wittgenstein —explicaba Stein, un tanto acalorado gracias al *Napoleón* del Zar—, que poseía las mayores calificaciones para ocupar la más alta posición en política sin jamás haber hecho nada, sin haber trabajado un solo día de su vida y sin poseer el menor mérito personal, profesional o intelectual, salvo uno en verdad insuperable: saber hacer circular la información de alcoba por el circuito del dinero, siempre ansioso de adquirir información reservada. Si Wittgenstein detestaba tan vehementemente a Gneisenau era por no ser indígena, no ser aristócrata de cuna, exhibir un pensamiento descaradamente liberal, haber sido con Scharnhorst el alma de los «reformadores», tratar con indisimulado desprecio a quienes se le oponían y mostrarse tan arrogante como engreído, convencido de que nadie se le podía igualar en el plano intelectual, ni en el KPA, ni en el gobierno, ni en la política en general. Wittgenstein y sus leales, el ministro de Justicia Scharnweber y el duque Karl von Mecklenburg —insistía el volcánico Stein— eran enemigos formidables, aunque muy pacientes. Mientras aún retumbara el cañón Gneisenau estaría en franquía, pero cuando la *Festungskrieg* fuera un recuerdo lejano y las fronteras con Francia se mostraran tan pacíficas como todos deseaban, sus problemas se harían cada día más insolubles, hasta que acabase por abandonar. Sus incondicionales, que los tenía —empezando por el idiota de Hardenberg, apostillaba—, carecían del poder necesario para proteger a su caudillo de alguna sutil maniobra concebida para echarle a la calle. Gneisenau —terminaba tras apreciar cierta incomodidad en la mesa— tenía más probabilidades de dimitir que de ser cesado, y si finalmente decidiese avanzar el resto sobre la mesa, se llevaría la mayor decepción de su vida.

—¿A qué se debía esa incomodidad? ¿A lo que decía, o a cómo lo decía?

—A lo segundo. Por buenos que fueran sus argumentos, estaba borracho. A la hora de buscar la garganta de alguien, un caballero no puede manifestarse así. El estilo y la clase son necesarios para todo, en especial si el que te paga es alguien tan inconsecuente como el Zar. Si yo fuera Stein, iría mirando qué puestos de consejero para conflictos europeos quedan hoy en las cancillerías, aunque también podría suceder que no le pasara nada. Si una virtud distingue a nuestro admirable Alexander, es lo prodigiosamente bien que hoy piensa una cosa y mañana la contraria.

Álava se lo quedó pensando. El Zar no era único en aquello, ni mucho menos. Si había en el mundo un autócrata capaz de disputarle la primacía en ese don, era Don Fernando VII de Borbón.

Blücher había citado en Compiègne al Prinz August, a los generales Bülow, Hake,

Pirch I, Zieten y Thielmann, a sus *stabschefs* y a sus comandantes de brigada, y a Grolman y Gneisenau. El motivo del acto, sencillo y cien por cien militar, sería entregar de forma oficial el mando del Niederrheinarmee. Blücher partiría esa tarde para Berlín, donde se quedaría unos días, y de allí seguiría sin detenerse hasta sus posesiones en Schlesien, de donde ya no pensaba moverse. La ceremonia no habría durado ni un minuto de no haberse demorado en la lectura de un comunicado de despedida para los soldados del Niederrheinarmee y del Norddeutsche Bundeskorps, el cual, contra lo acostumbrado, no estaba redactado por Gneisenau. Era suyo, de su puño y letra. Quizá por eso no resultaba ni tan seco ni tan frío como sus proclamas usuales. Blücher era un hombre apasionado, lo que se reflejaba en casi todo lo que hacía; sobre todo, cuando escribía. En aquel mensaje de adiós sus subordinados captaron un detalle que les dio que pensar —salvo a Gneisenau, bien al tanto de lo que rondaba por la cabeza de su jefe—, y que a su debido tiempo haría también cavilar a los observadores del pensamiento militar prusiano: a diferencia de lo usual, y además en una forma no ya solemne, sino inequívoca, Blücher se había referido a los hombres a su mando no como *preußische soldaten*, sino como *deutsche soldaten*.

París, miércoles 8 de noviembre

El consejo de guerra lo formarían cuatro mariscales y tres generales designados por el Duc de Feltre, ministro de la Guerra; lo presidiría el mariscal de mayor edad, Adrien Moncey, Duc de Conegliano, aunque para disgusto del ministro manifestó que, pese a su firme voluntad de servir en cuanto pudiese a SM el rey, se consideraba incapaz de juzgar a un igual con la necesaria imparcialidad. Feltre no se lo tomó a bien, al punto de arrestar al estoico Moncey —se conocían desde hacía muchos años, y no se gustaban—, para sustituirle por Mortier, Duc de Treviso, dejando la presidencia en manos de Jourdan. Así, la tarde anterior se hizo público que a Ney le juzgarían cuatro mariscales (además de Jourdan y Mortier, Massena y Augereau) y tres generales (Villatte, Claparede y Gazan); otro general, el conde Grundler, sería el fiscal militar, el barón Joinville actuaría como acusador por la corona y el capitán Bondion sería el secretario judicial; por último, y por si se produjese alguna baja de última hora, el Maréchal Victor permanecería en reserva. Las sesiones comenzarían el jueves 9 de noviembre y se celebrarían en el palacio de Justicia, de cuya seguridad se ocuparía la Guardia Nacional.

Ney y sus abogados se reunieron en la Conciergerie. Su letrado principal, Pierre-Antoine Berryer, lo consideraba un buen tribunal; por muy sesgados que sus miembros pudieran parecer a su cliente no dejaban de ser tan militares como él, lo que podría dar lugar a que, pese a las presiones que llegasen de Les Tuileries, salvase la cabeza; meses después, cuando se hubiese acallado el gallinero que por entonces era Francia, recuperaría su libertad, pero Ney, que había recibido algunos otros consejos, no lo veía como Berryer, quizá por considerar que a sus veinticinco años podría estar bien de talento y oratoria —era hijo de un gran penalista, Pierre-Nicolas Berryer—, pero la experiencia no podía ser su fuerte. Tal y como él lo veía, los crímenes de los que se le acusaba se cometieron siendo no sólo un mariscal, sino un Par de Francia, dignidad superior a la de Maréchal, por lo cual le correspondía ser juzgado por sus iguales. Por mucho que insistiera su exasperado abogado, cuyo sentido de la realidad en absoluto coincidía con el de su cliente, aquello le permitiría ganar un par de meses, y sin duda sería un completo circo, pero al final le condenarían, porque no eran pares electos, sino designados por Talleyrand en nombre de SCM, y bien claro tenían que su dignidad dependía de llevarse bien con la Familia Real, con Richelieu y con su gobierno. Un punto de vista muy sabio, pero Ney se había hecho su composición de lugar y se negó a ceder; ya se veía pronunciándose ante sus ciento sesenta y tantos iguales, y entendía que ninguno dejaría de aceptar sus aplastantes argumentos y su extraordinaria hoja de servicios. A un hombre que se había jugado la vida por Francia en más de cien batallas y no menos de cuatrocientos combates menores, no se le podría condenar a muerte por las estúpidas acusaciones que formulaba ese despreciable monarca de opereta.

El pesimista Berryer le recomendó que cuando menos recurriese a Wellington en su calidad de firmante del Pacto de Saint-Cloud, para que certificase que le debería ser aplicado su artículo XII, redactado de un modo tan vago^[239] que permitiría ser interpretado de la forma que más conviniera. Si Wellington daba ese paso, ni los pares del reino serían capaces de condenarle, ni el rencoroso Louis, al que animaba un despiadado afán de venganza, manifestado en la frecuencia con que invocaba «la jaula de hierro donde Ney pensaba traernos a Bonaparte», osaría oponerse. Aquel era el mayor activo con que contaba, y aunque Ney no estaba por recurrir al que fuera su vencedor terminó por aceptar no sólo que debía escribirle, sino que su esposa era el mensajero adecuado para entregar la carta, en persona y en la más estricta intimidad. Para Berryer fue penoso ser tan preciso en ese punto —se veía charlando con un muerto en vida—, pero la reacción de Ney le tranquilizó. Mejor, la no-reacción. El heroico *rougeaud* se quedó sin decir nada, con la mirada fija en las desconchadas paredes.

París, sábado 11 de noviembre

La última carta de Cevallos anunciaba que SCM restablecía la Junta Suprema del Estado, la que se creó en tiempos de Carlos III y que funcionaba como una Presidencia de Gobierno colegiada. Con eso no sólo se acelerarían los pasos para devolver el país a la situación anterior a 1808, sino que se quedaría, en cuestión de semanas, sin el que, pese a no ser un amigo personal, era el único de sus apoyos ante Fernando y la «chusma vil». Una pésima noticia, se dijo el general antes de reparar en la siguiente, a cuyo lado casi era buena: Don Fernando había mandado que se suspendieran los periódicos, a excepción de *La Gaceta de Madrid* y el *Diario de Madrid*. España era de nuevo, a todos los efectos, no ya una monarquía descaradamente absolutista, sino una dictadura en toda regla.

Venía de charlar con Wellington, el cual le había dado a leer su carta de contestación al desesperado Ney. Mucho debía estarlo para enviarle su petición por medio de la Maréchala; vino vestida como si pretendiera no estarlo más allá de unos segundos si lograba quedarse a solas con él, lo que no consiguió, ya que, cauto, se hizo acompañar de Somerset y de Hervey, el cual explicó a la desconsolada mujer que la petición de su marido se basaba en premisas falsas, y si alguien podía decirlo era él, pues el tal artículo XII salió de su recetario de jurista militar, lo que remachó el propio Wellington diciendo que así lo explicaría en la carta que de inmediato pensaba escribir^[240] y que al día siguiente le haría llegar. La petición, en realidad, no le había cogido de sorpresa, pues sabía gracias a sus fuentes mejor situadas que la defensa del indefendible Ney sólo se podría basar en una interpretación favorable del tal artículo, la cual no sería disparatada, pero sí bastante inconveniente, y no para él, sino para Lord Liverpool, a su vez muy presionado por el Prince Regent, del todo a favor de su amigo el rey Louis, el cual le mandaba una carta tras otra y un mensajero tras otro; en previsión de que sucediese algo así había escrito a Bathurst, a fin de conocer el punto de vista del gobierno, y su respuesta, llegada dos días antes, no sólo coincidía con la de Hervey, sino que le «sugería» salirse de cualquier cosa que no fuera una simple petición de clemencia por razones de caridad cristiana.

Tras despedirse del preocupado Wellington emprendió el camino del Élysée-Bourbon, donde SM el Zar le había concedido audiencia. El objeto era entregarle la *Venus* de Tiziano que le regalaba Don Fernando y que Bonnemaison había restaurado trabajando día y noche. No tenía planes para el resto del día, consciente de que las audiencias con Alexander podían durar diez minutos o diez horas, dependiendo de infinitos factores. El Zar, por lo demás, no le caía tan mal como a His Grace. Se habían visto en media docena de ocasiones, y no podía decir que hubiera sido descortés con él. No creía que le fuese a disfrutar en exclusiva, pues era consciente de su insignificancia; un Emperador de Rusia no se molestaría en verse a solas con un

embajador interino —si le recordara debía ser en ese papel—, de modo que la fortuna de la entrevista, de haber alguna, dependería de quién le acompañara. Según Talleyrand, con quien se había encontrado noches antes en el *salon* de Juliette, si Alá estuviese de su lado sería Czartoryski, o quizá Razumovsky, pero de no ser así hasta podría ser Stein quien le amargara la visita, en cuyo caso la única de sus opciones sería pedir a los cielos que a SM le surgiese algún imprevisto y así pudiera él marcharse a la carrera. En fin: que fuera lo que Dios quisiera.

Madame Ney había visitado a su esposo, como cada tarde. Lo hacía para llevarle su cena y traspasarle información adicional a la que recibía de Berryer. Así supo el mariscal que Wellington se desentendía, con lo cual acabó de venirse abajo. Si antes se hallaba cerca de tan penoso estado anímico era por saber que su formidable actuación del día precedente ante los siete miembros del Consejo de Guerra dio lugar a lo que perseguía: en menos de una hora se declararon incompetentes por cinco votos contra dos, para suprema irritación de Joinville, al que no ilusionaba vérselas con ciento sesenta y tantos pares del reino. A Berryer le sucedía lo mismo, aunque por otras razones; las de Joinville se debían a que trabajar no le gustaba, y las suyas a su seguridad de que aquellos sinvergüenzas harían lo que dijera *L'Inévitable*. Lo más que cabría esperar, salvo si Wellington intervenía, era ser fusilado en lugar de ahorcado, la suerte que la despiadada duquesa D'Angoulême llevaba semanas pidiendo. No sólo le imputaba el último de sus exilios, sino que jamás se le borraría de la memoria esa desdichada ocasión en que osó abrir de una patada la puerta de sus aposentos y despeñar tal torrente de obscenidades que le costó dormir como Dios mandaba una buena temporada. Si un don poseía Charlotte de Bourbon era el de ser implacable, y aunque fuera lo último que hiciera en esta vida no pensaba perderse la satisfacción de verle patear colgado de una cuerda de violín.

Si el *maréchal* capitulaba, su esposa no. El que Wellington la hubiese recibido en tan cuantiosa compañía demostraba la calidad de su juicio: la sabía capaz de realizar por su marido el sacrificio total y definitivo, y si se protegía era por dudar que, llegado el caso, fuera capaz de resistir la tentación de aceptarlo; no se le habían olvidado las apenas disimuladas miradas de His Grace a las profundidades de su escote, ni tampoco las que lanzaba como arpones a su gran amiga Juliette cuando decidió ponerle sitio. Eran dos muescas que seguía sin tallar en la culata de su Wogdon & Barton —si conocía la marca de su pistola era por habérsela explicado el marido de Germaine, que de aquellas tonterías entendía—; quizá no se pudiera resistir a la tentación de inscribirlas una tras otra o, mejor aún, las dos al mismo tiempo. A eso se debía que cuando salió de la Conciergerie dirigiera sus pasos a la Balse du Rempart. Juliette seguía siendo la fortaleza que más tiempo había sitiado sin hacerla capitular; si alguna vez necesitara una buena razón para sacrificar su virtud,

era esa.



Madame Ney luchó con todas sus fuerzas y hasta el último minuto por salvar la vida de su marido. A diferencia de Napoleón con Luise, Wellington no se dejó poner en situación de verse obligado a rechazar su supremo sacrificio.

París, lunes 13 de noviembre

Alexander, Metternich, Wellington y Friedrich-Wilhelm se habían reunido en l'Élysée-Bourbon para fijar unos detalles del que de un modo definitivo se llamaría II Tratado de París. Las cuatro potencias estaban de acuerdo en todo, empezando por lo más difícil, el reparto de las tierras y el dinero que cedería Francia para en esa forma comprar su derecho a no ser un país en cuarentena. Friedrich-Wilhelm estaba por despedirse —solía ser el primero que lo hacía, como si por ahí fuera le aguardase algo más interesante que la compañía de sus iguales; en realidad sólo sucedía que andaba cerca de cerrar un trato con el restaurador-pintor-marchante-intermediario Ferreol Bonnemaïson, en virtud del cual se quedaría, por quinientos cuarenta mil francos, con los ciento cincuenta y siete cuadros de la colección Giustiniani, con la cual su *Gemäldegalerie*, que había recobrado cierta vida gracias a Ribbentrop, dejaría de ser la modesta exhibición provinciana que tanto criticó la desdichada Luise— cuando los tres primeros comenzaron a exponerle su preocupación por la posibilidad de que su prestigioso KPA estuviera politizándose. Al cabo de diez minutos ya sabía que la inquietud de sus aliados convergía en su mejor soldado, lo que le hacía preguntarse si no pretenderían que así perdiese la primera batalla de una guerra en la que alguno igual estaba ya pensando. A Wellington, en especial, le mosqueaba que prefiriera rodearse de oficiales procedentes de las castas inferiores —había pocos *Von* entre sus próximos, alegaba—, y que diera cobijo a individuos que, como Clausewitz —His Grace dominaba como pocos el arte del golpe bajo—, abandonaron a su rey antes de unirse a la coalición francoprusiana de 1812, que pese a ser impopular en ella estaba empeñada la palabra de Su Majestad. Podría ser un exceso de suspicacia por su parte —la de todos ellos—, pero les desasosegaba pensar que Gneisenau, de un modo quizás inconsciente, se hallara en camino de verse al frente de un movimiento subversivo en el seno del KPA cuyo fin fuese abolir la monarquía y establecer una República liberal —si había dos palabras que pudiesen alarmar a un soberano, lo que bien sabía Metternich, por entonces el que hablaba, eran esas—, como habría sido la de Francia si Robespierre no se hubiera hecho con ella cuando aún no estaba lista para defenderse del enemigo interior. La revolución del 89 fracasó porque ni nació del ejército ni lo supo controlar, al punto que uno de sus hijos acabó por devorarla para volver a un *ancien régime* donde salvo el absolutismo todo era nuevo, empezando por el monarca y siguiendo con la nobleza. En el caso de una República prusiana engendrada desde su ejército, con Gneisenau y su inmenso prestigio al frente, nada podría evitar su consolidación. Ni siquiera su impasible soberano.

A Friedrich-Wilhelm aquello no le pillaba de sorpresa, pues más o menos en los mismos términos se lo explicaba Sayn-Wittgenstein cada lunes y cada martes. Así, con calma, procedió a tranquilizar a sus interlocutores. Gneisenau, para empezar, era

el hombre más fiel que se podía encontrar en Europa. Todo en él se regía por la regla de la lealtad, por lo que no había posibilidad de que se alzara contra la legalidad establecida. Consideraba seguro que, si alguien lo hiciera, el primero en plantarle cara sería el propio Gneisenau, y dada su ascendencia en el cuerpo de oficiales ningún general estaría tan loco como para tomar las armas contra él y contra su rey. Con aquello esperaba dejarles calmados, aunque no por eso dejaba de sentir un punto de inquietud, el mismo que cuando Kalckreuth, el propio Sayn-Wittgenstein o su cuñado Mecklenburg-Strelitz le contaban profecías desastrosas parecidas. Si algo reconocía en Gneisenau, si algo le hacía temible de verdad, era su inteligencia, muy superior a la de cualquiera de sus iguales. Muy superior, lo reconocía con la honestidad que reservaba para su trato consigo mismo, a la suya propia. En lo que sabía de Gneisenau, y en París le trataba con bastante asiduidad, la doctrina política le aburría tan profundamente como la militar. Lo establecido, lo sagrado, lo que no se podía discutir sin cometer un grave pecado, le inspiraba un invencible desprecio. No lo manifestaba en su presencia, pero su red de correveidiles era lo bastante amplia como para tener una clara idea de qué pensaba sobre cualquier cosa, como la tenía de qué leía, qué comía y qué bebía. Gneisenau nunca daba nada por demostrado ni por indiscutible. A eso se debían sus éxitos militares, algunas veces en asociación con Blücher y las más a pesar de Blücher —Friedrich-Wilhelm no se tenía por muy listo, pero sí por bien informado—. Sus estrategias y sus planteamientos, con frecuencia heterodoxos, le habían llevado a una victoria tras otra, siendo Belle Alliance la demostración final de que la heterodoxia, cuando era bien conducida, podía dar lugar al mayor de los éxitos con el menor de los costes, incluso frente a enemigos de la talla de Bonaparte.

No le divertía que sus cortesanos más reaccionarios, con Sayn-Wittgenstein a la cabeza en lo político y Yorck en lo militar, se refiriesen a Gneisenau con el apodo *Wallenstein*. Salvo no ser prusianos de cuna y poseer un gran talento militar, Wallenstein y Gneisenau tenían poco en común, empezando por la tendencia del primero a la traición y siguiendo por su carácter, pues si Wallenstein fue un tipo insoportable Gneisenau lo era nada más con aquellos a los que despreciaba. Cierto que últimamente parecía despreciar a todo el mundo, pero había muchos, Blücher el primero, que le consideraban un tipo alegre, divertido y amigable fuera del trabajo, así como el mejor compañero para una velada donde las preocupaciones de la Jefatura pudieran apartarse siquiera un par de horas. Otra diferencia, muy significativa, era que Wallenstein fue toda su vida un saqueador, un ladrón colosal que no dudaba en cometer los mayores desmanes, mientras que Gneisenau había dado sobradas pruebas de no preocuparse por los bienes materiales. Cierto que al casarse con la Kottwitz resolvió su vida económica, pero también Wallenstein fue hombre de fortuna y no por eso dejó jamás de robar. En el terreno moral, Gneisenau era un

hombre sorprendentemente virtuoso, al menos para lo acostumbrado en la casta militar. Su matrimonio pasaba por ser de los más felices del generalato, si acaso un punto improductivo, ya que sólo tenían siete hijos. Al formidable conjunto de virtudes que mostraba Gneisenau se debía el gran respeto que se le profesaba en el KPA y en buena parte de la nobleza, la menos comprometida con el mantenimiento a toda costa de los privilegios de casta. En realidad, lo único de que Gneisenau podría ser acusado era de su escaso interés en cultivar la diplomacia interior, la de tratar con la nobleza y los altos funcionarios del Estado. Ahí era raro que dejara de manifestar una reprobable soberbia, sin duda que inducida por su notable velocidad de pensamiento, aún más acusada si se comparaba con la lentitud de sus contrarios. A esa soberbia le debía casi todos sus problemas. A nadie le importaba, por ejemplo, que Blücher fuera igual de soberbio; era porque nadie le consideraba más allá de lo que a fin de cuentas era: un viejo espadón borrachín que había nacido para beber, pelear, jugar y ser tan diestro en la cama como a caballo, y desde 1806 para ser el enemigo implacable de Bonaparte, capaz de galvanizar a las tropas y hacerlas marchar más lejos y a más velocidad de lo que nadie habría podido conseguir. Blücher no era un peligro, pero Gneisenau sí. No era el único. También lo eran Hardenberg, Boyen, Grolman y algunos otros más, aunque ninguno podía igualar en prestigio a Gneisenau. Aquello, a Sayn-Wittgenstein, era lo que más le preocupaba o lo que más envidiaba: si algún día *Wallenstein* decidía dar un 18 Brumario a la prusiana, el país entero le seguiría sin vacilar. Lo que no haría con él ni con ninguno de los suyos.

En la reunión de aquella mañana se fijó la forma de repartir los setecientos millones. No sería de una vez ni tampoco al contado, sino a lo largo de cinco años y en *bons au porteur*. Prusia recibiría ciento cuarenta y cinco, de los que veinticinco ya estaban en Berlín. Detrás venía Inglaterra, que debería conformarse con ciento veinticinco —veinticinco ya cobrados—; los cien restantes eran menos de lo que Castlereagh había escrito a Wellington meses antes, aunque no se quejaba, entre otras cosas porque la guerra fue muy breve y, aún mejor, bastante barata. Rusia y Austria recibirían cien cada una, demostrando que habían hecho un negocio excelente. Tras ellas y en orden decreciente venían el VKN con ochenta y uno, Bayern con cuarenta, Sardegna-Piamonte con dieciséis, España con doce y medio, Württemberg, ocho, Baden, seis, Sachsen, seis, Hessen-Kassel, cinco, Hannover, cuatro, Schweiz, tres, Hessen-Darmstadt, tres, Denmark, dos y medio, Portugal, dos y, ya con menos de dos, Mecklenburg-Schwerin, Nassau, Braunschweig-Wolfenbüttel, las ciudades hanseáticas, Anhalt, Sachsen-Gotha, Sachsen-Weimar, Oldenburg, Schwarzburg, Lippe, Reuß, Waldeck, Frankfurt, Hohenzollern-Hechingen, Sachsen-Meinungen, Mecklenburg-Strelitz, Sachsen-Coburg, Hohenzollern-Sigmaringen, Sachsen-

Hildburghausen y Hohenzollern-Liechtenstein. En cuanto a las fronteras, se retraerían a los límites de 1790, con lo que Francia perdería quinientas veinticinco mil almas, las correspondientes a Beaumont, Bouillon, Chimay, Couvin, Florennes, Mariembourg, Philippeville, Solre-sur-Sambre y Walcourt (cedidas al VKN), Saarbrücken y Saarlouis (a Prusia), Landau (a Bayern) y, por último, Sardeña-Piamonte se quedaría con Saboya.

Wellington, tras haber repasado la lista con gran cuidado, escribía una carta que pretendía fuera leída por Don Fernando en persona, y si no que al menos se la leyera Cevallos. En ella informaba que los doce millones y medio que se asignaban a España eran para que con ellos se construyeran fortalezas fronterizas, en previsión de posibles invasiones francesas, aunque la forma de gastarlos quedaba enteramente al criterio de SCM. Tras eso explicaría que si España recibía esa compensación, la octava por cuantía económica, era gracias a la decidida intervención y hábiles gestiones del general Álava, pues en principio no había nada pensado para los países que no hubieran aportado regimientos. Terminaría indicando como al desgaire que al nivel de los delegados de las cuatro grandes potencias no se tenía noticia de ninguna otra gestión efectuada por diplomáticos españoles distintos del embajador Álava, las cuales, de haberse producido, no debían haber alcanzado el adecuado nivel de interlocución. Era una crueldad para con Labrador, pero Wellington, al que no se le olvidaba una determinada reunión en Viena donde se habló largo y tendido de islas mediterráneas, condados irlandeses y halcones peregrinos, habría desempeñado un gran papel de haber nacido mujer y española.

De nuevo Perelada demostraba ser un gran señor pese a ser un conde. Ofrecía una cena en el cavernoso La Tour d'Argent, siendo el motivo la despedida de Don Miguel como embajador interino ante la corte de SM el rey Louis, lo que no significaba que fuese a desaparecer, pues aún seguiría por allí unas cuantas semanas y, creía él, les visitaría de vez en cuando, desde Bruselas. Tras eso, como perfecto anfitrión que sabía ser, cedió la palabra en modo circular, de modo que cada uno de los presentes pudiera formular su *laudatio* personal, comenzando por Talleyrand, que desmintiendo los rumores sobre su corazón destrozado se mostraba en plena forma; tras él, una exquisita representación de lo más granado de París, transeúnte o estable — D'Angoulême, Wellington, Castlereagh, Feltre, Müffling, Gneisenau, Murray, Pasquier, Somerset, Gentz, Stewart, Vincent, Von der Goltz, Nesselrode, Pozzo di Borgo y un Miniussir sinceramente conmovido por haber sido invitado—; el capítulo femenino estaba peor representado, pues Perelada, como no intentaba ocultar, aún no estaba bien ambientado y apenas conocía damas tan distinguidas como para compartir una cena como aquella, con lo cual consiguió que todo el mundo, empezando por Madame de Staël, única representante del sexo enemigo, se brindara gozosamente a

resolver tan disculpable problema de instalación.

Tras la cena buena parte de los comensales arrumbaron a sugerencia de Madame de Staël al *salon* de Juliette, a fin de comenzar el proceso de situar al encantador Perelada en la proximidad de señoras fascinantes. Extrañó que Wellington prefiriera excusarse, aunque tuvo la cortesía, en un aparte, de aclarar a Germaine que si no pensaba poner los pies en la casa de Juliette de Récamier era porque había percibido en ella una inexplicable hostilidad, al punto que cuando coincidieron en una cena celebrada el 3 de octubre ni ella ni la duquesa de Duras, a la que también había considerado tiempo atrás una de sus mejores amigas, le dirigieron la palabra. Él, insistía, no tenía la menor idea de a qué podría deberse aquella insufrible actitud, pero dado que había en París multitud de casas deseosas de recibirle, y que le constaba seguir contando en la ciudad con numerosísimos amigos, con algún dolor había decidido decir adiós para siempre a la de Madame Récamier.

París, miércoles 15 de noviembre

Comenzaba el juicio que apasionaba no sólo a las clases política y militar, sino a la prensa, la francesa y la extranjera. El acusado —ya no era huésped de la insalubre Conciergerie; la noche antes fue trasladado al confortable Palais du Luxembourg, residencia de la Cámara de los Pares— no participaría, pues la jornada se reservaba para cuestiones de procedimiento, siendo la principal pronunciarse sobre una moción inspirada por Berryer, según la cual la decisión, de ser desfavorable a su defendido, debería tomarse por mayoría de dos tercios; como bien temía el lúcido abogado se acordó que bastaría una mayoría simple, con el consuelo de que si se registrase igualdad se consideraría favorable al reo. Por lo demás, la sala de plenos rebosaba. Se hallaban presentes todos los pares, salvo dos enfermos, los eclesiásticos y el Maréchal Augereau, que desafiando a Joinville y a Feltre había declinado su participación en un acto que calificaba de vergonzoso. Se habían dispuesto dos tribunas para invitados; la primera cobijaría veinticinco diputados, que asistirían en calidad de comisión designada por la cámara baja; la segunda se reservaba para un máximo de sesenta personas —las mujeres, que para el Código Napoleónico en vigor no estaba claro que lo fueran, no podían asistir—, de las que al menos seis eran periodistas y el resto personalidades diversas, como el antiguo ministro español en París. Éste no lo hacía, era de reconocer, por padecer ninguna suerte de curiosidad morbosa; sólo sucedía que Wellington, interesado en saber qué sucedía pero no al punto de mandar uno de sus ADC —estaría tan mal visto como si acudiera él en persona—, le había pedido que no se perdiera una palabra.

París, lunes 20 de noviembre

Álava desayunaba en sus habitaciones de la Chaussé d'Antin; en realidad eran algo más, ya que había contratado la tercera planta de un edificio no pequeño. Él contaba con un gran dormitorio, un salón lo bastante amplio para dar una recepción, un comedor para una docena de comensales y el despacho donde ingería su té mientras planificaba sus obligaciones para ese día. Miniussir disponía de un dormitorio espacioso y su propio despacho; poseían, además, dos cuartos de invitados, y tras una puerta entelada en verde, *a la británica*, se ocultaba el cubil de Zurraspas, en el que Don Miguel no había puesto los pies pero donde le constaba que su leal servidor no sólo administraba su cocina, su lavadero, su pañol de costura y planchado, sus alacenas, su despensa, su armero y su dormitorio, sino algún tipo de compañía probablemente apasionada —los amortiguados sonidos que alguna madrugada le llegaban así parecían indicarlo— de la que algún día le hablaría, o eso esperaba.

A mediodía se firmaría el II Tratado de París.^[241] Sería un acto de soberanos en el que su rey estaría representado por Perelada, quien se había negado a ceder protagonismo al cada día más insufrible Labrador, del que gracias a Dios se libraría dos días después. A la presencia del último se debía que Álava hubiera renunciado a ir, ya que de ningún modo quería ser visto en las proximidades de aquel idiota. Ocurría también que sentía un hondo malestar, el estado de ánimo menos indicado para participar en acto diplomático alguno. En aquél estarían presentes los soberanos de Francia, Prusia, Rusia, Austria, el VKN, Bayern, Baden, Württemberg y muchos otros más. En realidad, salvo el Prince Regent y Don Fernando no faltaría nadie; del primero se sabía que viajaba mal, pero el caso de su rey era distinto: no quería salir del país por si luego no le dejaban entrar, pese a que con eso demostraba una vez más lo muy lejos de la Gran Europa, la de las Grandes Potencias, que se había quedado España. Si en su momento hubiese armado un par de divisiones que llegaran a Perpignan y Bayonne ahora estaría en París, listo para echar mano del gran pedazo de tarta que le hubiese correspondido, y que dados los padecimientos de la guerra contra Bonaparte bien habría podido suponer, además de quizás ochenta de los setecientos millones, los mismos que se llevaba el VKN, la recuperación del Rosellón o la de las añoradas provincias de Lapurdi, Zuberoa y Nafarroa Behera, aunque quien lo hubiera negociado habría debido ser alguien más dotado que aquel triste majadero de Labrador. Alguien como él. Con el apoyo de Wellington lo habría conseguido con la misma facilidad que aquellos doce millones y medio, pero de nada valía pensar en esas cosas, se decía sin salirse de su tristeza. Sobre su país se alzaba una maldición de siglos y siglos de oscurantismo y estupidez, y con sus solas fuerzas nada podría resolver. Tras haber cumplido más que a satisfacción con aquel tratado maldito, pese

a que nadie se lo hubiera mandado, mejor haría dedicando las que le quedaran a poner en franquía su propio porvenir. El de su patria, mal que le pesara, no tenía solución.

Más tarde, y en un acto posterior de tipo privado, los plenipotenciarios de Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia firmarían el tratado de constitución de la Cuádruple Alianza, una extensión del anterior Tratado de Chaumont que perfeccionaba la Santa Alianza diseñada en Heidelberg unos meses antes, cuando Alexander, Franz y Friedrich-Wilhelm coincidieron allí. Su objeto era preservar el orden monárquico según existía entonces, cuando sólo uno de los cuatro firmantes padecía un gobierno democrático; los otros, pese a la presencia más o menos simbólica de algún parlamento inofensivo, eran autocracias aupadas, como todas, en el ejército, la religión y la incultura general. Para el embajador Álava era claro que tras la grandilocuencia santurrona con la que se describía ese nuevo ente, su propósito no podía ser más agresivo: impedir que volviese a repetirse algo tan pavoroso para los intereses dinásticos como la revolución de 1789. Con aquel acuerdo las cuatro potencias se daban a sí mismas el derecho a intervenir donde se desatara una revolución, e incluso donde sólo se manifestara inquietud o malestar contra su forma colegiada de regir los destinos europeos. Si a partir de aquel momento alguien demandaba democracia, o si no se conformaba con la que se disfrutara en su país, el que fuera, se las vería con la Cuádruple Alianza.

Él, a la noche, se reuniría con Wellington; éste le contaría lo sucedido en los dos solemnes actos del día y él haría lo propio con el alegato de Berryer, que había previamente amenazado con perorar no menos de doce horas. Sería una jornada interminable; de ahí que, cosa excepcional, la presidencia de la cámara hubiera ordenado se iniciase a las nueve de la mañana en vez de a las dos de la tarde, la hora usual. Tras aquello, y en todo caso la sesión del día siguiente, pues era claro que la estrategia de Berryer pasaba por sepultar a los pares en sus muy floridas palabras, el asunto quedaría listo para deliberación, debate y sentencia, lo cual ya no sucedería en presencia de testigos incómodos. En cuanto a qué sucedería finalmente, para él no había duda: Ney estaba tan muerto como cuando empezó la bufonada. Tan muerto como Lavalette, otro en la lista del *Moniteur* cuyo juicio comenzaría ese mismo día, en el tribunal de Assizes. Era comprensible que Richelieu pretendiese dar a la implacable venganza borbónica un cierto aire de justicia imparcial, pero la cruda realidad era que Luis no pretendía con aquellos vergonzosos simulacros de juicios nada diferente de lo que hizo Bonaparte once años antes con su primo D'Enghien. En todo caso, al Corso se le debía reconocer que jamás se planteó aburrir a nadie, y menos del incalificable modo en que Richelieu lo estaba consiguiendo.

París, miércoles 22 de noviembre

La ciudad se vaciaba. Primero marchó el Kaiser, impaciente por llegar a Viena, donde Maria-Ludovika parecía lista para el gorigori. Schwarzenberg también había marchado, al igual que cuatro quintos de su Oberrheinarmee; las unidades austrobávaras adscritas al ejército de vigilancia ya ocupaban sus posiciones, y en cuanto a la legación diplomática pensaba marchar ese mismo día. Unas horas más tarde no habría otros austríacos en París que los funcionarios de la embajada y los escasos turistas otoñales. El Zar también había marchado, escoltado por varios miles de cosacos —el grueso de su ejército ya marchaba en dirección al Rhein—; su convoy era tan imperial como él, pues eran docenas los carros donde cargaba lo mucho que había comprado en las últimas semanas, una vez liberado de la pía influencia de la escalofriante baronesa Krüdener. La última de sus adquisiciones era un conjunto de treinta y ocho cuadros que hasta poco antes permanecían ocultos en la Malmaison. Su propietaria, la duquesa Hortense de Saint-Leu, ya le vendió el año anterior, al poco de fallecer su madre, la porción principal de su colección, ciento dieciocho piezas de autores flamencos, holandeses y franceses cuya procedencia no se discutía, pese a sospecharse que algunas no estaban allí por haber sido compradas, y mucho menos pagadas. Sobre la procedencia de los otros treinta y ocho no había unanimidad de criterio, pues algunos opinaban que procedían del saqueo de Kassel y otros sostenían que se trataba de regalos hechos a l'Empereur, pasando por alto que los obsequiantes actuaban no a impulsos del gran amor que le profesaban, sino a la vista de las bayonetas de sus más patibularios *grognards*. Fuera como fuese, Hortense sospechaba que cualquier día se plantaría en la Malmaison algún escuadrón de ulanos negros para llevarse hasta las telarañas, de modo que, con buen criterio, prefirió pactar con el Zar un precio de saldo y así hacerse con algún dinero líquido, por mucho que aquél no fuera ni la mitad del que alcanzarían esas obras, en buena parte del cotizadísimo Rembrandt van Rijn, en las galerías de París.

Friedrich-Wilhelm se había ido esa mañana. Su convoy no era tan largo como el de Alexander, pese a llevar con él otra gran cantidad de cuadros, la excelente colección Giustiniani. Con su marcha desaparecía de París el último de los soberanos mayores y quizá también de los menores, y gracias a eso la casi totalidad de las legaciones diplomáticas mostraba un aspecto de liberación, de un al fin volver a la normalidad que si bien era bueno para casi todo el mundo causaba tristeza en los buenos restaurantes, en las joyerías distinguidas, en las grandes casas de juego, en los más reputados *ateliers* y a las exquisitas *cocottes* del Palais-Royal. Aquellos cientos y cientos de plenipotenciarios, diplomáticos, oficiales y auxiliares se habían dejado verdaderas fortunas desde que comenzaron a llegar a mediados de julio, exactamente cuatro meses antes de aquel día otoñal, frío y lluvioso, el habitual de la ciudad en aquella época del año. Para más de un filósofo fácil la revolución de 1789 terminaba,

sin solemnidad y sin ceremonia, ese día tan apropiado para no salir de casa, calzarse las zapatillas y leer los periódicos al calor de la chimenea. Exactamente lo que Álava se había propuesto hacer. Ese día, con la cámara de los pares deliberando y debatiendo, no tenía nada mejor en qué ocuparse hasta la caída de la tarde, para entonces cenar en Véry's con Perelada, celebrar la tan anhelada desaparición de Labrador, conmemorar el segundo aniversario de la boda del general e intercambiar la usual panoplia de cotilleos, para terminar arrumbando al *salon* de Juliette, donde aquel conde astutísimo, con lentitud diplomática y poniendo un pie detrás de otro, iba conquistando un espacio complementario al que su rango y sus contactos previos le habían procurado desde muy pocos días después de llegar a París. Si algo nadie le podría jamás reprochar, era no conocer su oficio.

Uno de los cotilleos sería el de la despedida de Müffling. Si Álava conocía los detalles era por habérselo llevado a cenar al Frères Provençaux; lo hizo por suponer que no se hallaría en la mejor de las formas, como suele suceder tras haber sido un hombre poderoso y volver a ser un pobre desgraciado al que Gneisenau consideraba no mucho más valioso que una mierda de caballo, y con el que Fiedrich-Wilhelm no tuvo ni siquiera el detalle de ascenderle a Generalleutnant, pese al excelente papel que había desempeñado al frente del gobierno militar. Tan bien debió de hacerlo que al poco de cesar recibió la inesperada visita del conde Chabrol, prefecto de París; no quería que se quedara sin oír de su boca el agradecimiento de los ciudadanos por la caballerosidad y el buen trato que había dado a la ciudad mientras duró su mandato. Le agradecía también, con palabras claras y en términos inequívocos, que contra la costumbre más establecida no se hubiera servido de su cargo para rapiñar sin compasión, tal y como consideraban su derecho los gobernadores militares de las plazas ocupadas, y más si eran tan ricas como París. Siendo notoria su oposición a recibir recuerdos o regalos que poseyeran valor pecuniario le había traído uno que no tendría más remedio que aceptar: una reproducción de un valiosísimo pergamino egipcio que se mostraba en el Louvre y que SM el rey Louis había encargado especialmente para él. No sólo era una reproducción tan exacta como perfecta, cosa que percibió sin dificultad —el Freiherr Müffling era un consumado artista de la plumilla y la tinta china—, sino que además era bellísima. Ciertamente, no podía dejar de quedárselo, pues como reproducción que a fin de cuentas era carecía de valor económico, de modo que lo agradeció de corazón. Estaba tan contento con aquella imitación de pergamino que la llevaba encima, para enseñársela; no se quedó sin hacerlo, ni él sin preguntarse si en realidad no le habrían dado el timo inverso, el de garantizarle que aquello era una copia para que se lo quedara, pues hasta donde sabía él de papiros y pergaminos aquél estaba lejos de ser una imitación, lo que se abstuvo de comentar. De ningún modo pensaba estropear el buen sabor de boca que aquel buen hombre se llevaba por ser el primer gobernador alemán de París a quien los

parisinos no maldecían. Cuando menos, que supiera él.

El segundo cotilleo no era público: Antoine-Marie Chamans, conde de Lavalette y responsable imperial de La Poste, la organización que desde mediados del XVII se ocupaba del servicio de correos, había sido condenado a la horca por incontables delitos de conspiración y espionaje postal; si de momento se salvaba era por haber recurrido la sentencia, lo que quizá le concediera otro mes de vida. Todo eso lo sabía por Wellington, a quien visitó tras despedirse de Müffling. Lo que no comentaría con Perelada era que unos cuantos muy audaces, capitaneados por un gran amigo del propio Lavalette, Louis-Amable Baudus de Villenove, se habían conjurado para sacarle de la Conciergerie si el recurso fracasaba. Wellington no le dijo más, pues no estaba puesto en los detalles, aunque aseguraba que sería una operación no sólo ingeniosísima, sino que haría reír al mundo entero.

Faltaban minutos para la medianoche cuando el Fürst Metternich se acercó a su carruaje, donde le aguardaba Gentz, para volver a Viena. Prefería salir de noche, a fin de dar esquinazo a los periodistas —las noticias interesantes, tras nueve meses prodigiosos, comenzaban a escasear—; en cuanto a los riesgos inherentes a todo viaje nocturno por la bandoleresca Francia de la segunda Restauración, estaba tranquilo: Schwarzenberg había dejado atrás cuatro escuadrones de caballería ligera para que su gran amigo y valedor no debiera preocuparse de otra cosa que no fuese aburrirse demasiado.

Con la puerta del vehículo entreabierta se volvió hacia la casa, para despedirse de donde vivió cuatro meses nada fascinantes, ni tampoco divertidos. Lo habrían sido si Mina hubiese vuelto al redil, pero lo cierto fue que no le hizo maldito caso. Al principio pensó que, tras quitarse Pumpnickel la máscara bajo la que ocultaba sus verdaderos planes, sólo sería cuestión de mostrarse tan agradable como a fin de cuentas era él de por sí. El que se cruzara por en medio el *aide-de-camp* de Álava no habría debido ser un obstáculo que superara la semana —rara vez Mina soportaba sus «consuelos» por más tiempo—, pero el que se hubiera vuelto loca por él habría podido destrozarle de no haber recurrido a toda su fuerza de voluntad. Aun así seguía sin comprender qué habría visto en él, además de una prestancia física innegable. Igual revivía su archivado idilio con Windisch-Grätz: también era guapísimo, también era muy joven y, probablemente, también calzaba una *belle fille*, pero hasta entonces Mina no se había rendido tanto a un hombre como para renunciar a su papel de anfitriona perfecta y musa de las grandes ideas. Algo cambiaba en la que debería volver a considerar como una gran amiga, y no el amor imposible de los últimos dos años. Igual ya no le divertía ser la mujer más influyente de dondequiera que residiese, fuera Viena, París o Praga. Igual, si había degenerado lo bastante, sólo quería ser una mujer feliz. Lo mismo que pretendía su hermana Dorothée, a la que sabía en Venecia

con su *chevalier servant* y a la cual, si su información era correcta, su bello y bravo amante se hallaba cerca de plantar, tras explicarle que la idea de vivir en adulterio con una condesa católica encinta no le subyugaba, y que, por si fuera poco, los dardos de Cupido le habían empujado hacia una tal miss Selina Meade que carecía de todo lo que a ella le sobraba: un esposo, dos hijos camino de tres y una familia de arpías. Miss Meade, que sólo tenía dieciséis años, estaba sentada en una dote colosal, lo que redondeaba el atractivo de unos ojos verdes prodigiosos, una larga melena irlandesa y un cuerpo que, según Gentz, habría deseado para sí la mismísima Gran Prostituta de Babilonia. Los tiempos se avecinaban duros para las Von Biron, pues los años, implacables, se les echaban encima. Lo mejor para su paz anímica, se decía conteniendo una mueca de dolor, sería sacarlas cuanto antes de su vida. Pensándolo bien, el que Mina se largase a su adorada Italia cabalgando en su garañón español, como según sus informes podría suceder, sería lo mejor que podría pasarle. A él.



Lady Selina Meade, empeñada en disputar a la condesa de Périgord el guapísimo conde Clam-Martinitz

Había ocupado su asiento sin preocuparse de cerrar la puerta; ya lo hacía por él alguno de sus criados, a saber cuál; tras un suspiro se volvió hacia el silencioso Gentz, que le miraba del usual modo especulativo, y exhibiendo una sonrisa desencantada dejó caer una frase ridícula.

—*Mon cher Fritz, la commedia é finita.*

París y Londres, martes 28 de noviembre

Quedaban pocas reuniones como aquélla, se decía un Grolman pendiente de Gneisenau, a su vez concentrado en los informes; los leía exactamente igual que la mañana del 4 de julio, indiferente a estar próximo a marchar. Había discrepancias sobre demarcaciones en las zonas asignadas al contingente prusiano y, aún peor, no se había recibido el adelanto exigido a Feltre para cubrir la intendencia de Zieten durante los próximos meses. A eso se debía que ni se moviera él de Saint-Cloud ni lo hicieran de sus cuarteles los *armeekorps* I y IV, y no lo harían mientras el dinero no estuviera en la caja del *Niederrheinarmee* —le quedaba poco de llamarse así; una pena que un nombre tan glorioso quedase amortizado, se decía Grolman con alguna tristeza—. Por en paz que hubieran quedado todos con todos, y por muchos abrazos que se dieran Friedrich-Wilhelm y Louis, y Hardenberg y Richelieu, al menor indicio de que aquellos tramposos intentaban engañarles desplegaría sus sesenta mil hombres a lo largo de los Champs Élysées, en orden de combate, con las bayonetas caladas y los cubrebocas de las piezas retirados. No sentía deseos de hacerlo, pero a diferencia de Wellington y Schwarzenberg él no confiaba en la palabra de los franceses; más exactamente, no les creía en absoluto.

Una noticia del Prinz August hacía brillar los ojos de Gneisenau. Explicaba que su *Norddeutsche Bundeskorps* había iniciado el regreso a los lugares de procedencia. En tanto no cruzara el Rhein marcharía como el ejército unificado que había sido durante meses. Una vez en la otra orilla cada contingente seguiría su camino, tras recuperar su identidad. El espíritu general, añadía el Prinz, era de alegría desbordante y orgullo por lo realizado. Lo mejor para él y para Hake, también muy satisfecho, era la constatación de que las tropas alemanas en ningún momento mostraron incomodidad por luchar juntas unas con otras y con las prusianas del II *Armeekorps*. Era la mejor prueba de que una lengua común y una cultura similar podían unir de un modo indestructible fuerzas en principio heterogéneas. Unas fuerzas que algún día, si los Estados de la recién nacida Confederación Germánica se unieran bajo los colores de Prusia, formarían un más que terrorífico ejército alemán.

La vista de la demanda que Sir James Webster-Wedderburn había planteado contra míster Charles Baldwin, propietario del *Saint James' Morning Chronicle*, la publicación que osó acusar de adulterio a Lady Frances Webster-Wedderburn con el Duke of Wellington como tercer vértice del triángulo, se celebraba en el Old Bailey, en medio de una gran expectación. A Lord James y a Lady Frances, ausentes de la sala, les representaban los famosos letrados Sir John Campbell, que ya sonaba para el codiciado cargo de Attorney-General del reino, y Sir William Draper-Best, MP por Bridport y dueño de una elocuencia devastadora; el defensor de míster Baldwin, un menos famoso míster John Lens, tenía práctica en aquella clase de asuntos, si bien era verdad que aún no se las había visto con adversarios de aquel porte, y menos frente a

la más grande de las glorias nacionales vivas, la cual, por su parte, tampoco había venido, aunque le representaba su gran amigo Sir Charles Lennox, cuarto Duke of Richmond. Si el discurso de Sir John, frío, preciso y ajustado minuciosamente a los hechos y a la ley, resultó demoledor, el testimonio del Duke of Richmond, volcado en lo emocional, acabó de liquidar la débil defensa de míster Lens, al describir a Lady Frances como la más noble de las damas, de impecable virtud y por completo incapaz de cometer ningún acto inmoral; su confianza en ella era tal que para poder atender aquella vista él y su esposa, la por otros motivos también célebre duquesa de Richmond —la prensa británica todavía celebraba su prodigioso baile previo a Les Quatre Bras, comparándolo con el juego de bolos de Sir Francis Drake—, no tuvieron el menor reparo en confiarle los más jóvenes de sus hijos solteros. En cuanto a Lord Wellington, como era natural, no le hizo falta decir nada. No había en Inglaterra un hombre más invulnerable y menos necesitado de ser defendido.

El *salon* de Madame Récamier estaba más animado de lo que solía ser habitual. Todo el mundo deseaba intercambiar las últimas noticias, las últimas ocurrencias, los últimos cotilleos y las últimas profecías, aunque no en el usual plano general, sino en el asunto dominante de la temporada, el juicio de Ney, la inminente sentencia y el consiguiente fusilamiento del pobre diablo, que si bien allí jamás había despertado simpatías, en aquellos días se le veía como un mártir de la libertad y la decencia. Álava se mantenía en un discreto segundo plano, revisando con Monsieur de Coriolis lo acertado de su teoría, cuando vio llegar a la *maréchala*. Su aspecto no recordaba el de sus días de mayor esplendor: vestida de próximo luto, abotonada mucho más arriba de donde acostumbraba, sin otra joya que su alianza matrimonial, sin maquillar y con unos ojos tan enrojecidos que daba grima verlos, se había presentado en el *salon* sin hacerse anunciar, para tras eso colgarse del brazo de Juliette y desaparecer las dos en el interior de la casa. Una maniobra, reflexionaba el general de un modo vertiginoso, que sin duda indicaba la búsqueda desesperada del único que podía insuflar un soplo de vida en su cuasifallecido esposo, y que, implacable, seguía negándose a recibirla. Si bien Wellington demostraba con aquello ser invulnerable a los formidables encantos de Madame Ney, podría suceder que no lo fuese frente a los menos desarrollados pero aun así muy deseables de Madame Récamier. El problema consistiría en que al no dejarse ver His Grace por allí desde tiempo inmemorial, el camino de llegar a él, tanto para la una como para la otra, seguramente pasaba por su persona, lo que de ninguna manera quería comprobar, así que, del modo más cortés aunque también apresurado, se despidió del sorprendido Coriolis, al que aterraba la sola idea de haber aburrido a un hombre tan paciente como el ministro español, y aparejó hacia la puerta dando muchos nudos. A sus cuarenta y tres muy vividos años, el general Álava era una pieza difícil de atrapar.

París, sábado 2 diciembre

Álava regresaba de su desayuno con Wellington. Su plan, aprovechando el bonito día de otoño, era caminar hasta la joyería Beugeois, en el 11 de la Rue Chabanais, donde recogería una pulsera de zafiros que había encargado días antes; era su regalo para Loreto, que últimamente le dirigía una media de tres preocupadas cartas a la semana, en las cuales, además de ponerle al día sobre la situación en Vitoria y en el conjunto de las provincias vascongadas, le decía que por muchas ganas que tenía de verle ni se le ocurriera venir, pues Nicasio de Velasco y sus secuaces acechaban las dos casas, la de los Álava y la de los Esquivel, y que prefería marchar a Bruselas, por espantoso que fuese vivir allí, antes que arriesgarse a que le mataran. Él tampoco estaba convencido de que pasar la Navidad en Vitoria fuese una opción aconsejable, aunque por otras razones. Una era no estar seguro de que su exilio diplomático estuviera cancelado; de ahí venía que hubiera escrito a Cevallos, preguntándole si SCM aprobaría que pasara las fiestas con los suyos, a los que hacía casi un año que no veía. Otra, que cruzar Francia por la ruta Tours-Poitiers-Angoulême-Bordeaux era no ya inquietante, sino peligroso, al punto que Wellington le había prometido hablar con D'Artois para que le procurase una escolta militar, hasta Tours de la Guardia Nacional y desde allí del ejército; quizá lo consiguiera, pero aun así no dejaba de ser un asunto de preocupar, lo cual le causaba un íntimo pesar, pues tenía muchas ganas de volver con Loreto. A su manera, el general Álava quería mucho a su mujer.

Wellington, como siempre, le había contado algunas maldades. Destacaba la llegada esa mañana, vía paloma mensajera, referente al fallo judicial en el caso Webster-Wedderburn contra el *Saint James' Morning Chronicle*. La publicación perdió, como estaba cantado, aunque sin quedar descalabrada: sólo debería soltar al nada feliz Sir James la modesta cifra de dos mil libras esterlinas. Para Bold Webster sería un disgusto cuando lo supiera, y no sólo por lo muy a la baja que los magistrados del Old Bailey tasaban su honor, sino porque necesitaba las cincuenta mil libras para sacar el vientre de penas, y más aún cuando los vientos de paz comenzaban a soplar con desagradable intensidad, lo que para el British Army siempre significaba oficiales con hojas de servicios poco impresionantes puestos a media paga.

Habría marchado a Beugeois sin pasar por su casa, pero el que Zurraspas aguardara en el patio de caballos, obviamente para que no se fuera sin hablar con él, hizo que se pusiese a la defensiva. No sentía temores por nada en especial, ni su conciencia se hallaba más alterada de lo acostumbrado, pero lo inusual le ponía en guardia, como a cualquier español que conociese a su monarca.

—Don Miguel, hay una señora esperándole. Madame Récamier, dijo que se llamaba.

«Con la Iglesia hemos topado», se dijo invocando la única frase del *Quijote* —

pesadísimo libro donde los hubiera, nunca se recató en afirmar; el sostener una línea de pensamiento tan en contra de lo establecido tenía que ver con que de pequeño, en el Real Seminario Patriótico Bascongado de Bergara, le habían obligado a entriparlo de la cruz a la fecha; él, como tantos y tantos españoles, sostenía una guerra larvada contra todo lo que fuera obligatorio, y más si lo era por haberle salido de sus partes a un jesuita facineroso y bujarrón, que así se recortaba en su memoria el santo varón que, iluso él, intentaba que aquella pandilla de vascorros recalcitrantes desarrollara un mínimo interés por el discutible don de la lectura— que mantenía viva en su cabeza. Sus sospechas de cuatro días antes regresaban, añadía mientras la emprendía con los alterosos escalones que conducían a sus habitaciones. Aquella visita sólo se podía deber a una razón, y de veras que le fastidiaría verse obligado a negarse.

Juliette aguardaba en el salón del que partían los cuatro conjuntos de dormitorios-despachos-aseos. Estaba sentada sin leer nada, pese a que allí no faltaba lectura. Para entretenerse parecía bastarle con sus pensamientos, y debía llevar un gran pertrecho, pues su aspecto era el de haber resuelto esperar todas las horas que fueran precisas, una determinación que bien podría deberse a que tras la veloz huida de su mosqueada presa ésta no había vuelto a poner los pies en su *salon littéraire*.

—¿Por qué lleva tantos días sin venir por mi casa, Monsieur d'Álava?

—Me parece que sólo han sido cuatro, *madame*. No creo que sean demasiados.

—Pues me ha parecido que me rehuía.

El general reflexionaba dando su mejor velocidad. Sentía una gran consideración por Juliette —y una mayor aún por sus contactos y su influencia; de ningún modo le gustaría quedarse sin los unos y sin la otra—, respetaba no sólo su acreditada sensibilidad sino una inteligencia nada desdeñable para una mujer —por adelantado a su tiempo que pudiera ser no dejaba de ser un hombre del mismo—, e incluso había llegado a desarrollar un cierto afecto por su enigmática personalidad. Todo ello conspiraba con singular energía en favor de dejar a un lado las tonterías y decirle la verdad.

—Ni por mí ni por usted, *madame*. Sucede que los acontecimientos de los últimos días me han llevado a retraerme, un poquito. Es que no quisiera verme involucrado en acción alguna que me pudiera indisponer con otros buenos amigos a los que también aprecio muchísimo.

Juliette se lo quedó pensando. Quizá no esperase una toma de posición tan clara y tan sencilla.

—Supongo que se refiere a los intentos de Madame Ney para que la reciba Lord Wellington.

—Entre otros, *madame*. Debo decirle que siento la mayor simpatía por su causa. En mi opinión, el Maréchal Ney no merece la suerte que le aguarda. Nos hemos visto muchas veces, las más a través de nuestros respectivos catalejos, aunque alguna,

como en Waterloo, a menos de cien pasos y con el sable desenvainado. En todas ellas bien pudimos matarnos el uno al otro, pero como enemigos en guerra, con el respeto debido entre caballeros que militan en bandos opuestos, diría yo y pienso que diría él también si alguien se lo preguntara. En modo alguno puedo estar de acuerdo con lo que no es más que una venganza tan despiadada como insensata, pero éste no es mi país, ni la misión que me ha traído aquí me permite participar en esta clase de asuntos. Algo similar, me parece, le ocurre a Lord Wellington. A él tampoco le permiten involucrarse, por mucho que piense lo mismo que yo.

—¿Lo ha comentado con él?

—Varias veces. Créame si le digo que la suerte del *maréchal* es una de sus mayores preocupaciones, y si no hace más por él es porque no puede.

Otra ronda de reflexión. El diálogo quizá no marchara por donde habría previsto la pensativa Juliette, aunque la posición de su mentón indicaba que de ningún modo pensaba presentar la popa.

—Mi querido amigo, comprendo sus razones para desear no ser visto en estos días, pero aun así necesito que me ayude. Por otra parte, lo que voy a pedirle no le incomodará con nadie, incluyendo a Lord Wellington —el general elevó sus cejas, intrigado—; sólo se trata de...

—A ver si he comprendido: me quiere ver a solas, en tu casa, mañana tres de diciembre a las dos en punto de la tarde, por un asunto de suma gravedad. ¿Es así? — el general asintió, lo que dio lugar a que Wellington se lo quedara pensando unos largos segundos—. A mi entender está claro lo que persigue, y aún más claro que piensa pagar por ello el precio que le pida, incluyendo el mayor sacrificio que se pueda exigir a una vestal profesional, ¿no te parece? —nuevo gesto de asentimiento, aunque innecesario; aquello no era una conversación, sino un soliloquio de His Grace, fenómeno al que Álava estaba muy acostumbrado—. Bien, pues si me haces el favor dile que allí estaré, pese a que me haya ignorado del modo más cruel en los últimos meses. Dile también que si acepto reunirme con ella es por lo buenos amigos que fuimos una vez, pero no porque piense que le puedo ayudar en lo que, me temo, piensa pedirme. Hay cosas que, por mucho poder que posea, un general en jefe no puede hacer.

¿Dónde piensas meterte, por cierto? ¿Y qué harás con Miniussir?

—Había pensado llevármelo a l'Opéra Comique. Dan una de Mozart, *Les Noces de Figaro*. Después iremos al *salon* de Thérèse; la pobre cada día está más desolada, porque sólo va gentecilla —Wellington compuso un leve gesto de pesar; se había olvidado por completo de que la princesa estaba en París—, pero es de reconocer que da el mejor *champagne* de cualquier *salon littéraire*. Para cuando nos vayamos de allí será noche cerrada. Supongo que para entonces ya no necesitaréis mi humilde casa.

La mente de His Grace había vuelto a irse lejos. Su expresión era la de valorar qué pensaba recibir y qué le costaría conseguirlo. La conclusión debía parecerle favorable, porque se le dibujaba una tenue sonrisa. Como una vez explicara en el Café de la Fontana de Oro el mordaz paisano de Álava Félix María de Samaniego, gracias a cuyas *257 Fábulas en verso castellano para el uso del Real Seminario Bascongado* logró sobrevivir a su devota educación —y gracias también a las no pocas que con cauto sigilo se pasaban de unos a otros los infelices internos y que años después, ya muerto su autor, vio impresas en un volumen titulado *El Jardín de Venus*—, las pichas tiesas jamás han creído en Dios.

París, domingo 3 de diciembre

Miniussir se aburría educadamente con el descarado coqueteo de Clemence-Thérèse; apuntaba unas maneras excelentes, aunque para igualar las de su madre le faltaban muchas singladuras, se decía el general observándoles desde no muy lejos, en apariencia pendiente de la princesa, un tanto compungida porque salvo Álava y seis parejas silenciosas, del tipo que rara vez dicen nada porque han nacido sin nada que decir, ninguna otra persona podía percibir la pena que la embargaba desde nada más saber que ya no era francesa; el que buena parte del patrimonio familiar se hallara en Haunaut significaba que, le gustase o no, desde hacía diez días era súbdita del rey Willem, lo que se puso de manifiesto en una carta recién llegada donde Su Majestad hacía saber al conde de Caraman-Chimay que contaba con su talento y su experiencia para reforzar su cuadra diplomática, y que le gustaría verse con él en su palacio de Laeken el jueves 14 de diciembre, a fin de saber si podría disponer de su valiosa persona para una de sus principales embajadas. Salvo Álava, Miniussir y las seis parejas no había en el *salon* Chimay ninguna persona que no viviese allí, lo que dada la hora parecía difícil pudiera mejorar, lo que a su vez explicaba que la princesa no estuviera de buen humor. Sin embargo, el que se abriera la puerta y el mayordomo anunciase al duque de Wellington le cambió la cara en un visto y no visto. No había podido visitarles antes, explicaba poco después el recién llegado, porque sus obligaciones le mantenían más ocupado de lo tolerable, pero no quería dejar pasar ese domingo sin saludar a la derretida princesa y permanecer unos minutos en su compañía, no demasiados pues junto al sorprendido embajador, que disimulaba como podía él no esperar ser raptado cual Europa entre los cuernos de Júpiter, debía volver a su *headquarter* del Grimod de la Reynière.

—Sabes que jamás hablo de asuntos íntimos, pero esta noche necesito el apoyo de un amigo, y tú eres el único al corriente de lo que me habían programado para esta tarde.

His Grace lo comentaba con fría serenidad sentado en una esquina del enorme salón de su residencia, desde donde contemplaba el retrato de Bonaparte que santificaba la estancia. El general, sentado a su derecha y armado del mejor *Napoleón* de la casa, escuchaba con atención. El que hasta quedarse allí —tras ver desaparecer al ordenanza que les trajo el frasco y las copas— His Grace no hubiese hablado de otra cosa que de la princesa y de sus cuitas sólo significaba que de ningún modo deseaba que sus confidencias fuesen oídas por nadie, ni siquiera por el más leal de sus sirvientes. Aquello era para las solas orejas de su amigo y así se lo tomaba el general, a su vez intrigado por lo que pudiese haber sucedido; en sus seis años de relación con Wellington jamás le había visto tan alterado —dentro de lo poco que

dejaba ver de sus estados de ánimo— por ningún asunto de naturaleza personal.

—Yo llegué primero, sobre la una y media. Me abrió Beckermann; le había mandado por delante, por si habían venido esos que tanto temes tú, los «moros en la costa». Le despedí, aunque no marchó lejos, sino adonde le aguardaba mi escolta, que se había quedado al otro lado de tu casa, por lo que pudiera pasar. Es lamentable que me haya vuelto tan desconfiado, si no tan paranoico, pero ya llevo tres atentados en esta condenada ciudad, ¿sabes? Total, que dieron las dos. A la segunda campanada llamaron a la puerta. Como estaba solo abrí yo mismo. Allí estaba. Deslumbrante, para qué decir otra cosa. Bajo el abrigo, una túnica muy vaporosa y habría jurado yo que nada más. Confieso que de no tener claro a qué venía incluso me habría emocionado.

Unos segundos de clavar la mirada en Bonaparte, que se la devolvía un tanto sardónico, un sorbo de *Napoleón* y de nuevo a rumbo, se decía un general íntimamente divertido.

—Debo reconocer que fue tan al asunto como rara vez hace una mujer. Nada de marearme con reproches, con andanadas de «por qué no ha venido usted a verme» y todas esas estupideces. Así me ahorró tener que responderle «porque no pudo usted volverse más antipática», lo que habría creado tiranteces innecesarias. Debía tenerlo bien estudiado, porque sin quitarse ni el sombrero me soltó que venía para pedirme un gran favor, el más grande que ningún hombre le habría podido hacer jamás, y que si lo hacía era porque nadie más en este mundo estaba en situación de hacérselo.

—Ney, supongo.

—Precisamente. Aunque no me había figurado que pudiera ir tan al grano sí tenía prevista una respuesta disuasoria, y se la solté: mi ascendencia sobre Su Majestad ni de lejos es tan grande como se dice por ahí, las órdenes de mi gobierno dicen que no me inmiscuya en asuntos internos de Francia y en cualquier caso ya sería demasiado tarde, pues Ney, al escapar disfrazado y bajo un nombre ficticio, demostró que se sabía no protegido por el artículo XII del Pacto de Saint-Cloud. El asunto, en fin, estaba tan absolutamente fuera de control que ni yo ni nadie podría salvarle la piel.

—Sospecho que con eso ya contaba.

—Yo también, pero mi deber era exponerlo en forma inapelable. No debió de salirme bien porque volvió a la carga, y debo confesar que desde un ángulo imprevisible.

—Se te quedó en cueros.

—No seas bruto, Miguel —la severidad de las palabras no lograba ocultar una sonrisa divertida; si a Wellington le gustaba confesarse con Álava, dentro de lo poco que abría su alma inmortal, era porque, se tratase de lo que se tratara, siempre le hacía reír—; comenzó explicando que la piel de Ney no le preocupaba, pero la de Aglaé sí, pues era la mejor de sus amigas y temía que si aquel asunto concluía como todo

indicaba que lo haría, podría tirar por el camino de su madre —Álava levantó una ceja; la historia de Madame Ney, en el caso de que alguien se la hubiera explicado, se le había borrado de la mente—; ya veo que no te acuerdas. Simplificando, te diré que la madre de Aglaé fue durante años la doncella favorita de *l'autrichienne*, algo así como Hannchen para Mina; cuando Robespierre se las compuso para que la pobre idiota siguiera la suerte de su marido XVI, la buena mujer agarró una depresión de caballo, al punto que decidió romper con todo, hija de doce años incluida, y se tiró por la ventana. Los loqueros piensan que las tendencias suicidas pueden ser hereditarias, y Juliette, por lo que dijo, estaba convencida de que a la Ney le podría dar por ahí el día en que le devolvieran el marido metido en una caja y bien cosido a tiros. A eso se debía, terminó por explicar, la mitad de las razones que la llevaban a pedirme que me saltase todo a la torera, echara el resto con Louis, que como me debe la corona no podría decirme que no, y así sacara del apuro al pobre diablo, a cambio de darme algo que jamás había concedido a nadie y que, le constaba, yo no había dejado de ansiar.

—¿Qué has dicho sobre una mitad de las razones?

—No seas impaciente, que ahora voy con eso. Sucedió, me dijo tras una transición diría yo que un punto melodramática, que mis acometidas no le habían dejado indiferente, a lo cual sólo pude responder en la forma que sueles hacerlo tú, levantando las cejas como si fuera una lechuga. Sólo una vez en su vida, y hacía mucho tiempo desde que ocurrió, sintió algo parecido por un hombre, nuestro buen amigo August... sí, el que manda la tropa esa de alemanes que va por ahí asaltando fortalezas, y con el que, según explicó, jamás llegó a nada, sin más detalles. Ya pensaba que se moriría sin volver a sentir que se le aceleraban los pulsos y le latían las sienes cuando aparecí en su vida hecho un completo cabestro, añadió innecesariamente —Álava ya luchaba con sus tripas; el relato superaba todo lo que habría podido esperar—; arrogante, prepotente, presumido, displicente y no sé cuántos elogios más, pero el caso era que pese a odiarme con toda su alma debí quedarme con ella, pues desde hacía casi año y medio no podía dejar de pensar en mí. Asombroso, ¿verdad?

—Thérèse lo sospechaba; debe ser cierto que para entender a una mujer hace falta ser una mujer.

El duque se lo quedó pensando, aunque sólo unos segundos. No parecía estar para psicologías.

—Siguió con que de no mediar el pánico de su amiga y el temor por la suerte que pudiera correr lo habría dejado estar, pues prefería que me quedara con el recuerdo de algo que pudo ser y no fue que con el de una decepción, pero estando las cosas como estaban, y teniendo que pedirme lo que me pedía, era incapaz de dejarme sin conocer todo lo que le había movido a verse allí conmigo.

—¿A qué decepción se refería?

—Eso mismo me pregunté mientras la escuchaba. Supuse que sin ropa igual temía no valer gran cosa, o que su inexperiencia de vestal le hiciera ser tan torpe y aburrida como suelen ser casi todas las malditas vírgenes. De veras que no imaginaba que pudiera referirse a otra cosa.

El general ya presentía que ahí residía El Gran Misterio, así como la razón de que His Grace necesitara esa noche un confesor de cabecera.

—No le pregunté qué quería decir porque intuía que la situación exigía un pasar de las musas al teatro, de modo que me la quedé mirando de un modo inequívoco, el de «mejor no digas nada más y vamos al asunto de una puta vez». Pareció no tomárselo a mal, porque no protestó cuando la tomé a remolque rumbo a tu dormitorio. Por cierto, deberías hacerte con una cama un poquito más dura.

Desde ahí His Grace se lanzó a una detallada descripción de las ventajas que ofrecían los lechos consistentes sobre los blandos, a la cual no se opuso el general; lo que viniese detrás quizá fuera excesivo para revivirlo sin anestesia, por lo cual se preocupaba de mantener debidamente abastecida la copa de su amigo. Era su maldición, se decía con humor: siempre sería el QMG de Wellington.

—Como no era cosa de arrojarla sobre la cama y proceder al estilo de los cosacos, estarás de acuerdo —el general lo estaba—, comencé contribuyendo a liberarla de todo lo que pudiera incomodarle, como el abrigo y el sombrero. Reaccionó bien, o mejor diría que no reaccionó. Sí, eso describe la situación con más exactitud: se dejaba, nada más. Así llegó el momento de pasar a mayores.

Nuevo trago de *Napoleón*. El general no creía que su amigo estirase la historia por disfrutar reviviéndola, sino porque despeñarla sin más le haría revivir un dolor que debía ser grande.

—Para mi sorpresa, la iniciativa la tomó ella. Debo hablarte, antes, de las condiciones ambientales: las cortinas apenas filtraban luz y la temperatura era muy alta, porque la chimenea, que según Beckermann llevaba horas encendida, estaba en su punto álgido. Así no había forma de saber a qué se debía el color tan incendiado que mostraba. Yo pensaba que sería simple calor, pues en verdad que hacía mucho, aunque ahora pienso que podría deberse a otras razones. Las mismas que le llevaban a tomar el mando, como si no quisiera demorar un desenlace que preveía trágico.

El general volvió a elevar sus cejas; siempre le parecía que «trágico» era un término desmesurado.

—Su primer movimiento fue apartarse las hombreras. Primero una y después la otra, no las dos al mismo tiempo como suele ser lo usual —el general se reprochaba jamás haber prestado atención a esos detalles; su buen amigo, lo reconocía, era una caja de sorpresas—. Después, y diría yo que con una lentitud estudiada, si no premeditada, las hizo descender más o menos hasta la cintura, con los efectos que sin

dificultad podrás imaginar, haciendo innecesario que los explique.

—¿Alguna sorpresa?

—Pues no, porque ya sospechaba yo que ahí no se ocultaba nada extraordinario. En eso era, para que te hagas una idea, justo lo contrario que Thérèse.

—¿Era ésa la decepción?

—Eso mismo me preguntaba yo, para decirme que tampoco era para tanto. Una mujer puede ser muy bella, y muy hermosa, sin necesidad de poder amamantar a un elefante, ¿no lo crees así? —el general asintió, aunque no excesivamente convencido; a él le iban más las que sí podían—. A partir de ahí ya siguió por el procedimiento habitual de casi todas las señoras cuando estrenan caballero, el de airear un último pudor. Sí, ya sabes: girar un poquito para quedar en escorzo y no descararse al completo —al general le parecía, en aquel momento, escuchar el relato de una batalla y no el de un acto amoroso que, por deseado que hubiera sido durante muchos meses, tampoco tenía nada de particular—; ahí es cuando la cortesía recomienda poner algo de uno mismo, cuando menos en Inglaterra, de modo que me acerqué para tratar de socorrerla en el proceso, y de paso tantear lo que sí me parecía un poquito escurrido, qué quieres que te diga. Yo ya sabía que Juliette no tiene unas caderas de las calificables como rotundas, pero así, al natural, aquello me pareció todavía menos generoso de lo que había esperado. Vamos, que con Rubens no habría tenido nada que hacer —una pausa, más *Napoleón* y unos segundos de mirada perdida—. Tratando de facilitar las cosas, como te dije, había cerrado distancias. A una mujer, cuando menos en mi experiencia, dejarse acariciar le incomoda menos que dejarse mirar, de modo que renuncié a los ojos y me dediqué a las manos, comenzando la izquierda por el hombro del mismo lado y la derecha pues..., cómo lo diría yo..., por el sur de la espalda, espero que así te puedas situar —el general se situaba, lo que hizo saber con una sonrisa cómplice—. Desde ahí todo sucedió del modo más ortodoxo, hasta el momento en que la izquierda, una vez dejó atrás el ombligo..., una cuarta más abajo del mismo, para ser exactos, me hizo saber que algo no iba bien.

—No me digas que se había extraviado en la espesura.

—Pudiera ser, aunque lo peor no era eso. Era el haberse dado con un gigante agazapado.

El general, con gran cortesía, se desorbitó ampliamente de mirada.

—¿Y cómo te lo tomaste?

—Lo mejor que pude —Álava reconocía que a él le habría sido imposible conservar aquella prodigiosa flema de párpados semicaídos—. ¿Recuerdas esas dos esculturas del Louvre, una yacente que se llama *l'hermaphrodite endormi* y otra erecta cuyo rótulo dice *hermaphroditus*? ¿Que sí? Pues no son exactamente lo mismo con que me di yo, pero servirán para que te hagas una idea.

Al general no le hacían falta esas esculturas para que su memoria se activara.

Solía ser excelente, pero cuando se trataba de asuntos inusitados conservaba el recuerdo durante años sin que se le desdibujaran los detalles. El que recuperaba en ese instante se correspondía con una monja capuchina llamada Sor Fernanda; el caso tuvo cierta notoriedad hacia 1792, cuando a sus treinta y siete años y por disposición del arzobispo de Granada fue devuelta del convento de Guadix al pueblo de Zújar, en el que aún vivían sus padres. La desdichada Sor Fernanda, una monja de vocación por encima de toda sospecha, poseía la peculiaridad de que cuando estornudaba, o cuando realizaba un esfuerzo físico inusual, le asomaba de los bajos un apéndice de tamaño no desdeñable, cosa que había mantenido en comprensible secreto los primeros treinta y cinco años de su vida, pero un día no pudo más y se lo contó a su confesor, lo que dio lugar a una investigación inquisitorial que por fortuna sólo le supuso dejar de ser monja, y no acabar en la hoguera como le habría correspondido en tiempos más devotos.^[242]

—¿No te habrás confundido? ¿No sería un *bouton de rose* más robusto de lo usual?

—¿Tanto como así?

His Grace se había llevado las manos algo más arriba de su cabeza, bien separadas y con los dedos muy abiertos, en expresión de inconmensurabilidad.

—Si el caso es ése, no, desde luego. ¿Y qué hiciste?

—Nada que no puedas imaginar. Los ardores se me vinieron abajo, hazte cargo — el general, asintiendo con vehemencia, se lo hacía—, y hasta sentí, no lo puedo negar, un cierto repelús, un principio de repugnancia física del que me avergüenzo profundamente, pero que se me notó. Lo supe al ver, tras apartarme un par de pasos, que Juliette se había echado a llorar. Así me quedé, ni sé si como un pasmarote o como un tentetieso. La situación me abrumaba, tanto que sólo tuve fuerzas para inclinarme, recoger el vestido, a la sazón arrebuñado entre sus pies, y subírselo procurando no tocarla. Reconocerlo me duele más de lo que podrías imaginar, pero me daba un poquito de asco. Bueno, bastante más que un poquito. Ahí fue, una vez tapada de nuevo, cuando se decidió a susurrar que a eso se debía el que jamás hubiera sido de nadie, por su invencible temor a sentirse rechazada.

Cayó un silencio algo más largo que los anteriores; de tres sorbos, para mayor precisión.

—Algo después, cuando logré recobrarle, le dije que comprendía sin temor a error qué suponía para ella lo que me acababa de hacer ver. Mucho debía querer a su amiga para revelarme su secreto, así que, dentro de lo que se hallase a mi alcance, podía contar conmigo, empezando por que aquella misma tarde mandaría un mensaje al rey, pidiéndole audiencia urgente. Al tiempo, y tras vencer con un esfuerzo infinito la repugnancia que sentía, le di el abrazo más cariñoso que me sentía capaz de dar — el general se preguntaba si alguna vez había visto a His Grace abrazar a nadie, para

contestarse que no—, con lo cual metí la pata otra vez, pues arreció en sus lloros con un desconsuelo lamentable.

—Las mujeres saben sollozar así cuando les conviene hacerlo, supongo que lo sabes.

—Estoy al corriente, pero en aquellos momentos no me resultaba posible considerarla una mujer, o no a un punto tal que me ahorrara preguntárselo.

—¿El qué?

—Pues cuál era su esencia, o cómo se sentía, por no ser brutal y soltarle un «y qué carajo eres tú».

—¿Y qué te dijo?

—Que quizá fuera las dos cosas. A mí siempre me había mirado como una mujer, pero alguna vez, en esa impúdica intimidad de *boudoir* donde tan a gusto se sienten las señoras, ella y el gigante se habían dado cuenta de que todo podía ser más confuso de lo que suponían.

El general no se veía capaz de formular una opinión. Por mucho que lo intentase, le resultaba imposible ver en la etérea, delicada y bellísima Juliette de Récamier un caballero bien armado.

—Por cierto..., el tal gigante, ¿venía con sus *personal belongings*?

—Pues no lo advertí, ahora que lo pienso. Debes comprender que nada más establecer contacto me asaltó un invencible deseo no ya de retirar la mano, sino de salir corriendo.

—Es comprensible. No es que me apasione la idea de ahondar en la resolución del misterio, pero sí me gustaría saber cómo debo pensar en ella de ahora en adelante.

—A mí me pasa lo mismo, aunque no creo que me pueda quitar el sueño el quedarme sin saberlo. No, al menos, ahora que te lo he contado. Bueno, que me has dejado que te lo cuente. Me siento aliviado, ¿sabes? El hecho de habértelo explicado me permite racionalizarlo. Si tras eso me las compongo para no cruzarme con ella nunca más, habré liquidado mi trauma particular.

Pobre Juliette, se decía el general con un punto de compasión. Si fuera una simple virgen y hubiese aceptado dejar de serlo por salvar a Ney, habría pagado un precio incomparablemente inferior.

París, miércoles 6 de diciembre

Las intervenciones habían concluido. Por orden del presidente la sala de plenos quedó vacía de invitados y, en general, de cualquier persona no involucrada en la votación. El procedimiento, largo y tedioso, concluyó a mediodía, con un resultado peor del que había pronosticado Berryer: 139 de los pares votaban por la muerte del reo, 17 preferían que se le deportase y 5 se abstenían. El acta se redactó a toda prisa, de forma que los mensajeros judiciales hicieran llegar el fallo a Les Tuileries y al gobierno. El Maréchal Ney se podría considerar, así pues, a punto de ingresar en la inmortalidad.

A esa misma hora SCM rechazaba una petición de clemencia formulada por el angustiado Richelieu; le había explicado las mil y una consecuencias negativas que traería fusilar al *rougeaud* —hasta llegó a soltarle un desvergonzado «Majestad, el patíbulo jamás ha hecho amigos»—, pero sin éxito, pues el rey era incapaz de volver sobre sus pasos. Tuvo, eso sí, la decencia de hacer saber a su aprensivo primer servidor las razones de su negativa: contra lo que pudiera pensarse no era un asunto de obstinación real, pues aunque sus difuntos antecesores, hermano y sobrino, se alzarán de sus tumbas para reprocharle su escasa entereza no por eso capitularía; la verdadera razón era la inmovible sed de venganza de su sobrina Charlotte, quien había sabido movilizar a su favor al resto de la familia real. El apacible monarca, que alguna vez confesaba ser mucho más feliz de conde de Provenza que de Louis XVIII, deseaba vivir sus últimos años del modo más pacífico posible, lo que implicaba mantener calmado al virago aquel, a lo cual el abatido Richelieu ya no supo replicar. Lo único a su alcance, se decía exhibiendo un plausible sentido del peligro, sería ordenar que la ejecución, tras dar a entender lo contrario, no se llevase a cabo en el llano de Grenelle, donde le cabían pocas dudas de que se congregaría el populacho a saber con qué intenciones, sino en los jardines del Luxembourg, un lugar tan hermoso que a nadie se le ocurriría cargarse allí a ningún desventurado *maréchal*.

Tras la marcha de Richelieu sólo le quedaba por despachar una última e indeseable audiencia. Intuía que Wellington —le había pedido ser recibido no a través de su embajada, sino enviándole uno de sus ADC—, uniformado y escoltado por un escuadrón de sus fastidiosos húsares, éstos que tras apoderarse de los morriones de la *vieille garde* los habían incorporado a su vestimenta, venía con las mismas pretensiones que Richelieu, aunque con tan mal estilo que merecía una respuesta en consonancia. No fue una reacción instintiva, sino un acto perfectamente meditado: cuando Wellington, plantado frente a él en el salón del trono y ante su habitual cattera cortesana, ostentadamente uniformado de *feldmarschall* victorioso y luciendo todas las condecoraciones imaginables, le pidió en buen tono clemencia para un tipo con el que se había visto en más de diez batallas y porque a su juicio sería extremadamente impopular hacerle fallecer de aquella forma, le dio la espalda, le

dejó plantado a la vista de todos y abandonó el salón con la majestad de un rey de Francia, que para eso lo era. La escena la describía His Grace con todo detalle a un general Álava que había venido a verle antes de ir a cenar con Talleyrand para decirle que había sentencia, que no era buena, que ya estaba comunicada y que Ney se la tomó como lo que a fin de cuentas era, un hombre muy valiente, pidiendo nada más que se autorizase a su esposa y a sus hijos hacerle la última visita el día siguiente, a las cinco y media de la mañana. Wellington escuchaba con limitado interés, pues su cabeza seguía hirviendo de indignación, al punto que, cuando acabó de referir la escena y contra lo que acostumbraba, en vez de referirse al rey como «His Majesty» prefirió servirse de un más explícito «el hijoputa ese», demostrando así que sus conocimientos de castellano eran mucho más profundos de lo que confesaba.

Media hora más tarde, y mientras bajaba la suntuosa escalinata del *hôtel* Grimod, Álava se cruzó con una *madame la maréchala* de luto riguroso que subía los escalones de dos en dos, seguida de un Lord Fitz-Roy Somerset cuya expresión denotaba echar en falta su brazo derecho; de haber contado con los dos se habría lanzado en plancha sobre la resuelta mujer, como en un placaje del *mob football* que de niño jugaba en la Westminster School cuando venían a visitarles los salvajes de la Rugby School. A Wellington le aguardaba una mala media hora, se dijo el general con un punto de maldad un momento antes de indicar a su cochero adónde aproar: *hôtel* Talleyrand, Rue Saint-Florentin 2.

Se notaba, pensaba el general, que la coyuntural *châtelaine* de Talleyrand, la princesa de Vaudémont, jamás haría olvidar a la condesa de Périgord. Para empezar, el cuidadoso equilibrio de sexos propio de las cenas del *hôtel* Talleyrand no se cumplía, pues los caballeros eran muchos más. Después, el esmero que la condesa ponía en agrupar a los más compatibles entre sí, tras situar en los alrededores del príncipe a los que, por la razón que fuera, se pretendía quedaran más a su merced, también lucía por su ausencia; él, cuando menos, no tenía una opinión de sí mismo tan elevada como para considerar que haber sido sentado a la derecha del anfitrión, con una sarcástica vizcondesa de Laval entre los dos, fuera otra cosa que un accidente, si no una muestra de incompetencia. Por último, ni el menú ni su preparación era el de los oníricos tiempos de Carême. No podría decir que aquello fuera una bazofia cuartelera, pero en nada recordaba las maravillas de semanas no lejanas, esas donde la presencia de Dorothée iluminaba la espléndida estancia con el sello de una delicada perfección que sólo un profundo conocedor de las etiquetas europeas consideraría más prusiana que francesa.

El príncipe seguía empeñado en desmentir lo mucho que se decía de su abatimiento y su desesperación. Desde que se sentaron a la mesa no había hecho más que fascinar a sus invitados saltando entre asuntos con una maravillosa fluidez, que lo

mismo le valía para despellejar a Richelieu con elegancia primorosa que para evocar al lejanísimo Bonaparte, quizá ya llegando a la última de sus islas —«Córcega, Malta, Elba, Santa Helena...», toda una fijación insular», comentaba un punto sardónico—, si no entonar una cruel oda fúnebre para el casi mártir *maréchal* y de paso desear una mejor suerte al antiguo director de La Poste, para tras eso lanzar un guiño a su encantada *châtelaine* accidental, una de las amigas más notorias del desdichado Lavalette, al punto que desde ir éste a prisión ella y su esposa hubieran enterrado el *tomahawk*, uniendo sus fuerzas —la primera pasaba por ser una criatura tan adorable como maquiavélica y tan generosa como terrible, sobre todo en sus odios; nacida Louise-Auguste de Montmorency-Laval, a los quince años se convirtió en princesa de Vaudémont y nuera de la condesa de Brionne, gracias a lo cual quizá fuera la decana de las protegidas de Talleyrand— en la causa común de no quedarse la una sin amante y la otra sin marido.

—Si algo debe la cultura occidental agradecer a la religión judeocristiana es la invención del pecado. Si no contáramos con él nuestra vida sería desoladoramente aburrida —el sonriente general recordaba una maldad de la incomparable Zahánská: era cierto que Talleyrand, alguna vez, tiraba de repertorio y se repetía—; el mero acto de pecar, espero coincidan en esto conmigo, en sí mismo no sería tan delicioso de no tener presente que cometiéndolo desafiamos a Yahvé, o a Dios Nuestro Señor si además de la Biblia nos ha tocado padecer el Nuevo Testamento. Aceptar con angustia el jugarse la salvación eterna, las tinieblas y el crujir de dientes, pero a pesar de todo seguir adelante hasta consumir la vil acción, es de las experiencias más deliciosas que se pueden gozar.

—¿No lo es más el acto de contrición, el confesar y el comulgar?

—Mi querida Madame Vandeuil, no sea usted perversa; de sobra sabe que un padre confesor sólo es un individuo que, alegando representar al Señor, nos mantiene apaciguados a un coste muy bajo. El poder de los sacerdotes, de los nuestros y de todos los que actúan en nombre del Dios Único y Verdadero, uno cualquiera de los muchísimos que hay, es ése, convencernos gracias a nuestro sentimiento de culpa de que para no acabar en el infierno debemos acatar todo lo que Jesús, a través suyo, nos ordene. Gracias a eso la sociedad se mantiene tranquila y resignada, y los afortunados como nosotros conseguimos vivir aquí el paraíso que los demás, el insulso rebaño de creyentes, disfrutarán en el Más Allá. Conseguir lo mismo a base de policía y bayonetas saldría carísimo, ya lo demostraron Robespierre, Fouché y la Diosa Razón, y al final para nada, porque tarde o temprano siempre surge alguien más listo, como Bonaparte, que vuelve a servirse de la Iglesia. No es que sus servicios sean baratos, pero al menos son dóciles, y si se hacen bien las cosas incluso se puede participar en el negocio. Gracias a eso, por ejemplo, nuestro glorioso Emperador de la República Francesa consiguió divorciarse, cosa en la que un católico vulgar no podría ni soñar,

por muy bruja que fuera su esposa y muy mala vida que le diera. De ahí viene, si lo piensan ustedes, que tanto la justicia como la Iglesia entiendan la conveniencia de contar con una válvula de seguridad, una que permita deshacer con sencillez lo que Dios ha unido sin que lo pueda separar el hombre: cargándose a la señora.

—¿Esa es la válvula de seguridad?

—Claro que no, mi querido Pasquier. La válvula es que matar a la propia esposa sea un pecado venial, a poco que se consiga echar mano del honor, la honra y todo eso. Las mujeres lo tienen más difícil, pues librarse de sus maridos odiosos sí es pecado mortal. De ahí que, astutas, recurran al veneno, sabedoras de que si lo hacen despacio, sin prisas, parecerá que Dios se ha puesto de su lado para librarlas de un infierno en vida; los maridos, que ya lo tienen a favor, pueden ser más despreocupados, como todo el mundo sabe. Usted, Pasquier, que hasta no hace mucho fue ministro de Justicia, sin duda lo recuerda: es rarísimo que un marido deshonorado pase por el patíbulo, pero las pocas envenenadoras a quienes se pillan con el arsénico en la mano van derechas al verdugo, ¿no es así?

Pasquier, melancólico, asintió. Álava, por su parte, evocaba el «Dios se ha muerto, el pecado no existe y todo está permitido» que Miniussir recitaba como un mantra. ¿De dónde lo habría sacado?

—¿Y eso no le parece una prueba de hipocresía estructural?

—Por supuesto, general d'Álava. Perfectamente justificada —buena parte de los ojos en presencia se desorbitaban; los que no, se decía el ministro español, era porque, como él, aquello ya lo habían escuchado, alguna vez—; si se fija usted, los tres dioses monoteístas son machos; han sido inventados por teólogos machos, creados a la imagen y semejanza de profetas machos, y, en consecuencia, sus representantes en la tierra son igualmente machos. Es natural que su legislación canónica esté sesgada en favor del macho; sus cánones los han escrito ellos para ser ellos los beneficiarios, así que no hay nada de qué asombrarse. Las religiones politeístas, las que jamás deberíamos volver a llamar paganas, suelen ser más avanzadas, pues si bien el poder máximo siempre lo disfruta un superdios macho, un Odín, un Zeus o un Júpiter, a su lado hay multitud de diosas exquisitamente poderosas, además de muy atractivas. Es de lamentar la falta de imaginación de los padres de nuestra iglesia. La influencia de Pablo de Tarso, Agustín de Hipona y Tertuliano de Cartago no pudo ser más desdichada. Gracias a ellos María es la única figura femenina de nuestra fe, lo cual es una pena, porque la pobre no puede ser más aburrida. Espero reconozcan que un paraíso eterno con Afrodita, Hera y Atenea, por citar sólo a las tres gracias, resulta mucho más estimulante para el pecador común.

—Se olvida de las santas, Eminencia —Madame de Staël sabía ser muy viperina, si bien Álava sospechaba que recordar a Talleyrand su pasado episcopal era parte del juego—; ¿qué sería de los pecadores franceses sin su amada Jean d'Arc?

—Las santas no cuentan, mi querida Germaine. No son diosas, sino simples mortales que a menudo dejaron de serlo de un modo particularmente desagradable, o si no piensen, sólo un momento, en la infeliz Águeda de Catania. Una diosa es otra cosa. O ha existido desde siempre, o es hija de un dios y de una diosa, pero en cualquier caso no ha tenido que morir para ser inmortal.

—Me cuesta creer que hable usted en serio, alteza. No es que yo sea particularmente devoto, pero el cristianismo existe desde hace mil ochocientos años. Si, como da usted a entender, no es más que una estafa, ¿cómo es que nadie todavía se ha ocupado de liquidarlo?

El tono del que preguntaba —era el más joven de los sentados a la mesa— indicaba que no sólo hablaba en serio, sino que le faltaban muchos años, y quizá cierto talento, para desarrollar el sentido del cinismo necesario para disfrutar las cenas del Évêque d'Autun. Éste, sin embargo, no le miraba mal. No era la primera vez que aquel imberbe Ferdinand-Eugène Delacroix, estudiante de arte y sin más títulos que ser hijo de Charles Delacroix, su antecesor en el cargo de ministro de Asuntos Exteriores del Directorio, cenaba en aquella casa. La razón, se murmuraba en los cenáculos, estribaba en que su padre biológico era el propio Talleyrand, que a fin de algún día ocupar su lugar en el gobierno comenzó por hacerlo en su cama. Fuera como fuese, las facciones del muchacho se darían un aire a las del sonriente anfitrión; en cuanto a otros dones que también hubiera heredado, se opinaba que la profundidad de pensamiento y la velocidad de juicio no figuraban entre los más aparentes.

—Mi estimado Monsieur Delacroix, mil ochocientos años de antigüedad en el empleo de Dios Todopoderoso, los que tiene nuestro amado Cristo Rey, no son gran cosa si los compara con los más de cuatro mil que pueden exhibir Zeus y los otros once dioses olímpicos. Habitan entre nosotros hasta donde la historia se remonta, y el que hayan pasado de moda no significa que deban ser arrinconados. Le sorprendería saber la enorme cantidad de fieles que aún conservan. Yo mismo, sin ir más lejos, soy devotísimo de Afrodita, de Atenea y de Dionisio, si bien temo que no por mucho tiempo, porque a la vuelta de unos años, quiera Zeus que los viva con la cabeza sobre los hombros, me volveré, como todos, un adorador de Hades. El mismo ante quien mañana, sobre las nueve, se postrará nuestro desdichado Ney, al que tantas veladas divertidas debemos —era el insuperable don del príncipe de la diplomacia, se decía el admirado Álava: lo excepcionalmente bien que cambiaba de asunto a poco que percibiera una mínima tirantez—; ¿sabían ustedes que Richelieu, en su sabiduría descomunal, ha ordenado que no sea ejecutado en Grenelle, como se había hecho saber, sino en el propio Luxembourg? Debe preocuparle que los *sansculottes* se revuelvan, entonen el «*Ah! Ça ira!*» y repitan con la casa de los pares lo que sus ancestros hicieron con La Bastilla, y así vuelva todo a empezar, *louisette* incluida. Yo

también estaría preocupado, aunque gracias a Dios los prusianos aún siguen por aquí. Jamás habría podido pensar que algún día diría esto que voy a decir, pero el hecho de saber que más allá de Saint-Cloud aún quedan sesenta mil me dejará dormir esta noche, y la de mañana también.

Había separado un tanto la silla de la mesa, señal inequívoca para los habituales de la casa de que daba por terminada la sobremesa y que llegaba el turno de los licores, que como era usual se tomarían en el salón, aunque no los caballeros por un lado y las damas por otro, sino todos juntos y revueltos. El *hôtel* Talleyrand, en eso también, estaba más de un siglo adelantado a su tiempo.

París, jueves 7 de diciembre

Apenas pasaban de las ocho cuando el Graf Gneisenau montaba en su caballo para revistar con alguna solemnidad a la que sería su escolta en el largo camino hasta Koblenz, el 6.º Ulanenregiment, a la sazón al mando del Oberstleutnant Bürsche. Con aquella ceremonia terminaba la presencia prusiana en el París de 1815, la cual intuía Gneisenau que no sería la última en la historia; las aguas de los tiempos bajaban tan revueltas que dudaba que fuese a durar mucho la tensa paz que disfrutaban. Su deber, en cualquier caso, era que si volviesen a sonar las trompetas de la guerra en los años que aún le quedaran, su Rheinarmee se hallara en las debidas condiciones, y su estado mayor con un plan para penetrar en las defensas francesas como un cuchillo por un bloque de mantequilla. Un plan que llevaba dos meses perfilando; al tomar posesión de su *haupquartier* al pie del acantilado sobre la margen derecha del Rhein donde pensaba edificar una inmensa fortaleza —si Friedrich-Wilhelm no mudaba de criterio se llamaría Ehrenbreitstein—, lo primero que haría sería discutirlo con Clausewitz, para después ordenarle que lo desarrollase como si fuese a sustentar la campaña del próximo verano. Los generales que pierden las guerras son los que al comenzar una nueva piensan lucharla de la misma forma en que ganaron la última, error que no pensaba cometer. Cuando de nuevo soplaran los vientos de la guerra, y si fuera él quien debiera dirigirla, se lanzaría por el camino de Sedán.

Sólo dos hombres habían venido a despedirle. Al primero, el prefecto Gaspard de Chabrol, le despachó en un minuto, aunque no por descortesía; pesimista, le parecía que su propósito no era darle un sentido adiós, sino comprobar que se largaba. Pese a que apenas se había dejado ver por las calles de París, y en todo caso mucho menos que Blücher, era consciente de que su ominosa presencia en Saint-Cloud debía ser una pesadilla no sólo para el aliviado Préfet de la Seine —París, desde 1800, no padecía un alcalde, sino un prefecto nombrado por el gobierno; Chabrol debía ser bueno en su oficio, pues a pesar de haber sido designado por Napoleón el 23 de diciembre de 1812, Talleyrand le confirmó el mismísimo 7 de julio de 1815—, sino para el rey, su camarilla y su gobierno; a eso se debía el haber ocultado los últimos despliegues, de forma que no se supiera que los *armeekorps* I y IV se concentraban en Saint Germain, para marchar todos juntos desde ahí, el I hacia las fortalezas en el Meusse donde plantaría sus banderas, y el IV hacia Koblenz, con él. Marchando en aquella dirección no necesitaría pisar una última vez las calles de aquella detestable ciudad rebosante de putas y de mierda, donde un quince por ciento de sus hombres habían caído presa de a saber qué inmundas guarrerías. Por hermosa que pudiera ser para otros, que la consideraban poco menos que la capital del mundo —él medía los edificios en términos de cuántos cañonazos harían falta para derruirlos; no era insensible a la belleza, pero jamás la pondría por delante de sus sentidos militares—, la tenía por sede universal de las purgaciones, los chancros y el mal francés.

Con el segundo visitante se avino a tomar un café y charlar unos minutos. El general Álava era un tipo que le gustaba, y no ya por saber que a la recíproca pasaba lo mismo. Con él no sólo era facilísimo entenderse, sino que siempre le transmitía información interesante, como la de aquella mañana. Pobre Ney, convinieron los dos. Gneisenau también se las había visto con él, unas cuantas veces, y aunque de haberle capturado en su momento le habría encantado destriparle, no estaba de acuerdo con que le fusilaran los suyos, aunque su conmisericordia ni de lejos llegaba donde lo hacía la de Álava: él jamás se dejaría caer por el Luxembourg, y encima de uniforme, para presentarle sus últimos respetos. Aquella clase de romanticismo con el enemigo no iba con él.

Los *armeeorps* I y IV no eran los únicos en dejar París aquella mañana. También lo hacían casi todas las unidades del Army of the Low Countries estacionadas en el Bois de Boulogne. Un tercio se quedaría en Cambrai, pero el resto seguiría en dirección a Mons, donde pensaban arribar entre los días 11 y 14. Una de las que llegaría más pronto era la reserva de artillería de la IV División, a la cual daría escolta el 2.º regimiento KGL de la 5.ª Brigada de caballería. Su jefe, Lieutenant-Colonel Linsingen, había destacado el 3.º de sus escuadrones para que se adentrara en la ciudad y se uniera en la embajada española, Rue de la Chaussée d'Antin, a un convoy mandado por el Lieutenant-Colonel Miniussir, para desde ahí reunirse con el resto de la columna y marchar todos juntos hacia Mons. Una vez allí sería de nuevo el 3.º escuadrón el que seguiría con los españoles hasta una Bruselas que no echaban de menos. En algo, después de todo, los franceses no perdieron la guerra: su capital se había quedado con el alma de todos los invasores; la de los endurecidos mercenarios KGL, también.

Los congregados en los jardines de Luxembourg no eran demasiados, pese a que mantener en secreto que allí tendría lugar la ejecución del ex Maréchal Ney no había sido el mayor éxito del gobierno Richelieu. Presenciar el fusilamiento deshonroso de un militar es algo que sólo se puede hacer a partir de dos hipótesis: o a uno le anima un rencor del tipo más vil, o se acepta desafiar las iras del poder aportando un granito de solidaridad que, bien pensado, de muy poco valdría, ni al reo, ni a los suyos, ni a nadie. Pese a eso el general Álava no había vacilado en incorporarse al nada numeroso segundo grupo. Su sentido del honor y la decencia iba mucho más allá de lo tenido por aceptable, tanto que consideraba un deber aún más humano que militar el asistir al fin de la vida del que unas cuantas veces pudo quitarle la suya, y también al revés. Ney no hizo nada deshonroso ni execrable —salvo saquear más de la cuenta, pero no le fusilaban por eso—; su muerte sólo podía ser considerada como lo que a

fin de cuentas era, una venganza miope y absurda. La monarquía no tenía nada que ganar ajusticiando a ese gran guerrero, y en cambio sí tendría mucho que perder, pues en el mismo instante de morir trascendería sobre su mediocre condición humana para ser coronado mártir del pueblo y de la libertad. En su pesimista concepción, la muerte de *le rougeaud* sería uno de los clavos más largos en la tapa del ataúd que ya cobijaba la desfalleciente monarquía francesa.

El reo llegó con unos minutos de adelanto. No tenía nada de particular, por cuanto había salido del cercano palacio en un coche donde solamente le acompañaba el cura de San Sulpicio, cuyos auxilios sólo poco antes, tras decir adiós a su mujer y a sus hijos, se había resignado a soportar, si no por otra cosa por si era verdad esa tontería del Más Allá. No se le había dicho que la ejecución tendría lugar en el centro del camino que conducía del palacio al observatorio, a fin de que no lo filtrase a su mujer o a su abogado, y así evitar que los miles de parisinos que a esa hora ya se congregaban en Grenelle corrieran al Luxembourg; el gobierno quería que aquel acto se celebrara sin más testigos que los legalmente necesarios, aunque no se pusieron pegas a los poco más de una docena que desde las ocho y media paseaban, fumaban y carraspeaban al frío del desapacible amanecer, como Álava.

Al haber sido expulsado del ejército y privado de su condición de caballero de la Legión de Honor no podía vestir de uniforme. Llevaba una levita de paño azul no muy gruesa, calzón y medias negros y un sombrero redondo, igualmente negro. Con aquel atavío, se decía el general, a poco que aquello durase más de unos minutos acabaría tiritando, de frío aunque los malvados dirían que de miedo, para mayor satisfacción real. Quizá pensando en eso el propio Ney tomaba la iniciativa, caminando a pasos seguros hasta un punto situado diez metros por delante de donde formaba el pelotón, compuesto íntegramente de soldados veteranos y al mando de un oficial que tampoco parecía necesitar ningún hervor. Se detuvo allí, pleno de dignidad, y tras rechazar con un gesto el pañuelo negro que le ofrecía el oficial dejó vagar la mirada unos segundos por los veintitantos asistentes al último de sus actos públicos. Todos vestían ropas civiles, salvo el general responsable de que todo saliera según lo mandado —el conde de Rochechouart— y otro que vestía el uniforme azul y grana de un teniente general de los Reales Ejércitos, con las escarapelas británica y holandesa cosidas en su bicornio y que, cuadrado como un álamo, saludaba como lo hacían los oficiales de la marina española. Ney no le reconoció, porque no podría reconocer a nadie. Miraba, pero ya no veía.

—¡He luchado más de cien batallas, todas por Francia, ninguna contra Francia!
¡Protesto ante Dios y ante la Patria contra la indignidad del tribunal que me condena!
Vive la France!

El aprensivo Rochechouart, temiendo que Ney gritase más inconveniencias, hizo un gesto de apremio al oficial, que seguía sin moverse. Por veterano que fuese,

aquello le desbordaba. Quizá fuera uno de los miles que alguna vez se había lanzado contra el enemigo siguiendo a *le rougeaud*. El conde ya temía verse obligado a tomar el mando cuando se le adelantó el duque de la Force, uno de los pares del reino que más se habían significado en la tarea de mandar al otro mundo al advenedizo aquel. Con los ojos chisporroteantes de rencor —apañado iba el oficial, se decía el general Álava tras salirse del primer tiempo de saludo—, se puso al frente de los doce soldados y en rápida sucesión ordenó preparar, apuntar y disparar. Ahí era cuando Dios podría demostrar que no era una quimera desviando el fuego del pelotón y acabando con el cabrón aquel, se decía el filosófico general para en el acto convenir que no, que Talleyrand no podía estar más cargado de razón. De los doce tiros seis hicieron blanco en el pecho, dos en la cabeza, uno en el cuello y otro en el hombro. El reo no se desplomó cual saco de carbón, como quizás esperaban los que no sabían de fusilamientos, sino que salió volando para estrellarse contra el paredón, cosa perfectamente natural cuando a uno le alcanzan diez proyectiles del 17,5 disparados a diez metros de distancia.

El cadáver quedaría donde había caído durante no menos de media hora, siguiendo la reglamentación militar, para después ser llevado a un hospicio cercano, el de la Maternidad, donde a la mañana siguiente lo podrían recoger sus deudos, en el mismo estado lastimoso en que había tomado tierra. Los testigos emprendieron el regreso a sus carruajes, aunque antes de llegar a su destino más de uno se pasaría por la redacción de algún periódico; no pensaban cobrar por informar, pero llevarse bien con la prensa era cosa, en 1815, por demás recomendable para cualquier político prudente. Álava, tenía otros planes. Primero se pasaría por la embajada para informar a Perelada, y después iría por su casa, se ocuparía de su correo —esperaba carta de Cevallos—, se daría un buen baño y saldría con tiempo suficiente para llegar a las tres a La Tour d'Argent, donde había quedado con Wellington. Sería la última vez que se verían en varias semanas, pues su amigo pensaba salir para Londres cuatro días después, con Lady Kitty. Regresaría pasadas las fiestas, seguramente antes de que volviera él de Vitoria. Tenían unas cuantas cosas que tratar, las suficientes para no estar seguro de que después le apeteciera dejarse caer por el *salon* de Juliette. Tras eso no le quedaría nada por hacer en París, de modo que se aprestaría para salir hacia Vitoria en no más de tres días.

La carta de Cevallos había llegado junto con otra de Loreto; el activo Cazorla, el eficaz secretario de la embajada, las había traído en persona, consciente de la importancia que tenían para el general. La de Loreto no decía nada de particular; sólo insistía en lo mucho que le ilusionaba tenerle con ella siquiera unos días, aunque también en lo preocupada que le tenían los riesgos del viaje y, sobre todo, el peligro que para él pudiera representar lo muy crecidos que se mostraban Nicasio de Velasco y sus despreciables secuaces, Dios los maldijese. La de Cevallos, por el contrario, era

terminante: le desaconsejaba regresar a España, especialmente si, como era natural, pretendía permanecer unos días en Vitoria; la razón era la situación general, gracias a la cual los incontrolables partidarios de SCM campaban por sus respetos en todas partes, y Vitoria era de las plazas donde resultaban más inmanejables. El rey no le tenía vetado, ni mucho menos; se podría decir que le consideraba ganado para su causa, pero desconfiaba de sus propios espadones, al punto que su vida, en Vitoria, no valdría nada una vez el granuja de Velasco detectara su presencia. De ahí que le ordenase, y prefería decírselo así para que no hubiera equívocos, que pasara las fiestas donde le diera la gana con tal que no fuera en España. Tanto le preocupaba su seguridad, a Don Fernando y a él, que SCM había ordenado al consejo rector de la Orden de Santiago que se tramitara dispensa especial para que la solemne ceremonia religiosa donde sería recibido en el seno de la orden y nombrado comendador de Hornachos se celebrara, de un modo por completo excepcional, en la ciudad de París, y para ser aún más preciso en la capilla de la embajada española, ya que, después de todo, no dejaba de ser suelo español. La consecuencia era, pues, muy clara: nada de ir a Vitoria. Un disgusto, aunque se repuso muy deprisa. En Bruselas, después de todo, lo había pasado muy bien.

Era el mismo reservado en el que habían cenado al poco de llegar él a París, once meses antes; once meses que le parecían once años, de tantas y tan asombrosas cosas que le habían ocurrido. Le costaba evocarlas en orden, porque surgían a borbotones de los cuévanos de su memoria, y además ya se abría la puerta para dejar pasar a un Wellington que como siempre llegaba con la hora.

—¿Cómo fue lo de Ney?

Álava le contó lo que había visto y también lo que no, como, por ejemplo, que había pedido a su mujer que le dieran tierra en el relativamente nuevo cementerio del Père la Chaise, pensaba él que por llevar camino de ser el más elegante de París. Wellington escuchaba en silencio, para sólo comentar, cuando Ney ya no daba más de sí, que quizá Louis no viviera lo bastante para comprobar por sí mismo la inmensa estupidez que había cometido matando al tipo aquél, pero a D'Artois le daría tiempo sobrado para maldecir ese día. Si hay un tipo de muerto aficionado a levantarse de su tumba es el fusilado, y si no que preguntaran a Boney por el Duc D'Enghien. Según sus informes, de la lista de fusilables cuatro ya lo habían sido; de los demás sabía que Lavalette había recurrido su sentencia y que los hermanos Lallemand, así como Savary, se habían refugiado en Malta, protegidos por la BMF; Lefebvre-Desnoëttes y Gilly estaban en New York, Grouchy se les reuniría en cosa de días, Bertrand había seguido a Bonaparte a Saint Helena, y Drouot, Cambronne y Lebelte aguardaban en la prisión de l'Abbaye sus respectivos consejos de guerra. Los otros, comprensiblemente cautos, seguían escondidos. Quizá, pensaba él, la sed de sangre

que pudiera sentir la familia real se aplacase con aquel impopular fusilamiento —a La Bédoyère no le conocía nadie, pero Ney era un héroe nacional—, y con suerte para Francia se podría convencer a Louis XVIII de que renunciase a sus ansias justicieras, pero la verdad era que a él todo eso le traía sin cuidado. Los Bourbons eran tan burros como los Borbones. Lo que pudiera suceder con los unos y con los otros cada día le dejaba más indiferente.

—Alexander acaba de nombrarme *feldmarschall* de su horda. Dice que, como voy a mandar en treinta mil de sus soldados, no quiere que ninguno de sus generales se confunda.

Con aquello Wellington ya era *feldmarschall* de Inglaterra, el VKN, Austria, Prusia, Rusia y Portugal, así como capitán general de los Reales Ejércitos. Risueño, añadía que lo más de agradecer de todos aquellos títulos era que no se limitaban a ser honoríficos; todos llevaban aparejada la paga del general de más alto rango en los respectivos ejércitos, a resultas de lo cual ya no sabía qué hacer con todas las nóminas que cobraba ni con tanto dinero como recibía. Quizá por eso, dejaba caer con estudiado desinterés, se le había despertado un cierto afán coleccionista, para redondear siquiera un poquito la excelente colección que le regaló —aún no se había recuperado de la sorpresa— el inclasificable Fernando. De ahí que pensara comprar alguna cosa más, y agradecería recibir algún soplo, pues le constaba que Friedrich-Wilhelm supo de la colección que se había llevado en sus carros gracias a uno que le dio el propio Álava, reprochándole de paso que no se lo dijese a él en primer lugar.

—Hasta hoy no sabía que te interesaran esas cosas.

—Así era, pero desde que soy tan inmensamente rico no me queda más opción que poner de manifiesto que lo soy, no por presunción sino porque sería muy mal visto que no lo hiciera, y el modo más elegante y menos criticable de hacer que todo el mundo lo sepa es acumular obras de arte.

Lo había dicho con un cinismo tan frío que Álava no tuvo más remedio que reírse. Resultaba muy de agradecer que Wellington, por mucho dinero que tuviera, siguiera siendo el de siempre.

—El cardenal Fesch, el tío de Boney, está buscando comprador para un lote de cuadros, esculturas, bustos y piezas diversas de mármol, pórfido y hasta granito. Yo que tú hablaría con él, y pronto. Según mis noticias, Metternich ha encargado a Consalvi que se lo negocie, aunque a la baja, pues al haberse largado los monarcas será imposible que nadie le pague lo que pide.



Cardenal Fesch, tío de Napoleón

Wellington se lo quedó pensando. Le interesaría, pero marchaba en cuatro días, y a la vuelta era de temer que la vieja zorra de Metternich se hubiera hecho con el paquete.

—¿Cuándo sales para Vitoria?

—Ya no salgo. Cevallos me ha escrito. Las cosas en Vitoria están tan mal que si llego igual no vuelvo. Dice que no es cosa de Fernando, pero que ni se me ocurra poner los pies allí.

—¿Y qué harás entonces?

—Me quedaré hasta el 20, o así. Luego iré a Bruselas, a ser un par de semanas embajador en el VKN. Pasaré las fiestas con Billy, que dice andar abatido. Su padre, ya sabes. No parece tener ganas de morir.

Sonrientes, brindaron a la salud del Viejo Sapo.

—En ese caso, ¿podrías hacerlo en mi nombre? —el general asintió; ya contaba con que se lo iban a pedir—. Cuando tengas algo para contarme, no me lo escribas. Date un paseo hasta el Grimod, que no lo voy a evacuar, y que me lo manden por palomo. Así, con suerte, lo podremos cerrar antes que Metternich pueda reaccionar, pues él no cuenta con unas comunicaciones tan rápidas.

Tras eso anunció que, aprovechando las semanas que pensaba estar en Londres, examinaría una finca que le había ofrecido su amigo Lord Rivers. Estaba en Hampshire, cerca de Windsor y no muy lejos de Londres. Si acababa comprándola ya

tendría un excelente lugar para recibirle cuando quisiera ir a verle, si bien sería difícil que tal cosa sucediese antes de tres años, los que pensaba pasar en Cambrai, donde Lord Fitz-Roy había requisado el *hôtel* Franqueville, aunque sólo hasta que acabaran las obras destinadas a convertir la gran abadía de Mont-Saint-Martin en una residencia digna del comandante del ejército de vigilancia, una donde Álava siempre podría contar con sus propias habitaciones. Para la inauguración, que sería en primavera, pensaba ofrecer una semana de festejos, cacerías incluidas, para unos pocos íntimos, como los Richmond, los Creevy, los Capel, los Greville y las hermanas Caton, tres herederas de Baltimore con fama de formidables a las que no conocía en persona, pero con las que pensaba desarrollar una gran amistad. Él también estaba invitado, por supuesto, tanto si venía solo como si le acompañaba Loreto. No todo eran buenas noticias, añadió a continuación; una de las que menos le agradaba explicar era que Castlereagh había convocado al duque de Fernán Núñez, el ministro español en Londres, para informarle del desagrado que sentía el gobierno de Su Majestad por la implacable persecución de liberales en que se había embarcado Fernando, así como por el incremento en el tráfico esclavista, determinado por la gran necesidad de mano de obra en Cuba. Los dos asuntos, sumados a los contenciosos habituales, darían lugar a un nuevo enfriamiento de las relaciones entre Inglaterra y España, lo cual sería para la segunda lo último que se le podría recetar. Sería bueno que, aprovechando alguna carta de rutina, hiciese saber a Cevallos que si Liverpool les ponía la proa Fernando se podría ir despidiendo de sus colonias. Estaban como la fruta madura que dobla las ramas del árbol; una simple brisa las haría desprenderse, y si de algo estaban muertos de ganas Castlereagh y Liverpool era de dar el soplido final.

París y Venecia, lunes 11 de diciembre

Wellington, Lord Fitz-Roy Somerset y Sir George Murray se habían reunido para revisar las últimas disposiciones tomadas por el primero antes de salir hacia Londres, donde permanecería un mes. También, era inevitable, se admiraban de la espléndida vajilla de porcelana de Sèvres que Son Excellence le Duc de Duras, jefe de protocolo de la Casa Real, acababa de presentar a His Grace the Duke of Wellington en nombre de SCM le Roi Louis XVIII; con ella, una carta de SCM donde manifestaba el inmenso aprecio que sentía por His Grace y donde dejaba caer, como al desgaire, que «hacer pequeños regalos es cosa que mantiene viva cualquier amistad». Por último, y temiendo haberse quedado corto, le concedía la cruz y el collar de Oficial Comendador de la Orden del Espíritu Santo, una condecoración creada en los tiempos de su lejano antecesor Henri III y que, con independencia de lo que pudiera significar en términos de reconocimiento y distinción real —era la primera que se concedía desde la segunda Restauración, había dicho Duras—, valía una fortuna, por pesar las dos piezas que la componían no menos de dos libras entre oro y diamantes gruesos como judiones. Aquello debía significar que se había quedado preocupado tras su grosero desplante cuando vino a interceder por Ney. Lord Fitz-Roy aseguraba que la prez en cuestión no valdría menos de seiscientos mil francos. Suficiente, concluía un Wellington de sonrisa torcida, para disculpar la grosería real. La vida de un insensato aficionado a no pensar con el órgano de pensar, no valía el favor de un rey de Francia.

Duras, aprovechando los minutos en que Wellington estuvo a solas con él, se permitió una reflexión personal, que His Grace, a la vista de aquellos obsequios —había decidido, sobre la marcha, llevárselos a Londres; Kitty disfrutaría lo indecible ofreciendo a Bathurst, a Castlereagh y a Liverpool una cena en esa vajilla propia no ya de un duque, sino de un rey—, intuyó que no era suya, sino de Richelieu si no del propio Louis. Según Duras, el pueblo francés daba muestras de sobrellevar muy mal la miseria en que le sumía el II Tratado de París y la opresión de saber que un ejército de ciento cincuenta mil hombres ocupaba sus fortalezas orientales, a tres días de París, Grenoble o Lyon; el que su comandante, además, fuera el año y medio antes venerado duque de Wellington añadía petróleo al fuego, de lo cual, le constaba, His Grace era consciente. A eso se debía su petición de que hiciera cuanto le fuera posible para que la inicua ocupación militar finalizase antes de los cinco años establecidos, y que se aliviara el asfixiante peso de los cincuenta millones de francos anuales que costaría financiarla, los cuales, sumados a los setecientos a pagar en concepto de indemnización de guerra, y a la insoslayable amortización de los mil quinientos millones de deuda nacional contraída por el Corso en los cien días que duró la Usurpación, bien podrían determinar que algún iluminado, algún ultra de los más ultras, diera un *coup d'état* y lanzase a Francia por el sendero de la guerra. Si Wellington, en quien SCM confiaba tanto como en el hijo que por desdicha no tenía,

no lograba convencer a su gobierno de aflojar el dogal, en menos de un año Francia entraría en bancarrota, y la pobreza general sería tan agobiante que difícilmente podría sofocarse una nueva revolución. Si el propósito de la Cuádruple Alianza era preservar la paz, debería primero asegurar el orden en Francia, y no a fuerza de bayonetas. No habría suficientes para sujetar treinta millones de franceses hambrientos.

No era necesaria mucha imaginación para determinar que con todo aquello Louis no sólo pretendía disculparse, sino que fuera su voz ante Castlereagh y Liverpool, una capaz de hablar más alto que la del abrumado Richelieu. Bien, pues si era ése su deseo, así lo haría. No sólo porque no le costaría nada. Comenzar a ejercer una influencia decisiva en el gobierno Liverpool, daba igual cuál fuera el objetivo, era lo primero y necesario para estar bien situado cuando se alzasen las cintas de la carrera, esa que, algún día quizá no lejano, acabaría en la fea casucha del 10, Downing Street.

El sol brillaba sobre la basílica de San Marcos y sobre la inmensa plaza que se desplegaba frente a ella. Gracias a eso la solemne ceremonia, demorada varios días por la lluvia y por la siempre inconveniente *acqua alta*, comenzó poco después de las nueve de la mañana, en presencia de un gentío cuyo número se incrementaba con el paso de las horas. Era un acto donde se mezclaban diversas liturgias, destacando la ingenieril sobre la religiosa, ya que los espectadores no se congregaban allí para escuchar las aburridas monsergas de monseñor Milesi, el patriarca interino —desde que dos años antes cesara el antipatriarca Bonsignore, designado más por Napoleón que por Pío VII, el patriarcado de Venecia seguía sin titular—, sino a ver cómo una cuadrilla de forzudos izaba los caballos de bronce con un torno de gran tamaño, unos caballos que Bonaparte se llevó a París con el descaro de los déspotas y que regresaban a la ciudad gracias a la generosidad del Duca di Wellington —del infeliz Principe di Schwarzenberg no se acordaba nadie, quizá porque de todas las ciudades italianas Venecia era la que se consideraba menos austríaca—; en general, aquellos caballos a nadie le importaron un pimiento mientras estuvieron en su sitio, pero bastó con que se los llevaran para que pasaran a ser un asunto personal de todos y cada uno de los venecianos. A eso se debía que horas después, cuando las campanas de San Marcos señalaban la del Ángelus, en la gran plaza no cupiera un alma.

Las autoridades habían reservado un recinto de personalidades protegido por la guardia del Kaiser, que presidía el acto. Casi todos eran severos y solemnes caballeros, gracias a lo cual los ojos de la multitud no perdían de vista las figuras de dos damas jóvenes y bellas, vestidas con suprema elegancia y que cogidas del brazo disfrutaban el largo espectáculo, indiferentes al ruidoso populacho y sin dejar un momento de cuchichear. Junto a ellas, pero no tanto como para compartir su intimidad, un también joven oficial del ejército austríaco vigilaba con aprensión el

comportamiento de la masa, por si harta de discursos y homilías descubriera que aquello era una tomadura de pelo, ya que los caballos que izaban los sansones eran reproducciones no excesivamente primorosas —los originales habían llegado de París tan deteriorados tras los dos largos viajes, el de ida y el de vuelta, y el no muy cuidadoso desmontaje del Arc du Carrousel, que las juiciosas autoridades decidieron internarlos en el Arsenal del Castillo, para restaurarlos y en su momento instalarlos en un Museo de la Basílica todavía por habilitar—, y les diera por sublevarse, así como raptar a sus preciosas protegidas. El Oberstleutnant von Schulemburg, en verdad, desde que trabajaba para la Herzogin von Sagan no ganaba para sustos. Le preocupaba, también, no ser agobiante, y que la duquesa no pensara que pretendía participar en sus conversaciones privadas; era innecesario, pues la Vévodkyne Zahánská y su hermana la condesa de Périgord hablaban en una confusa mezcla de polaco, checo e inglés, como siempre que no querían ser entendidas por orejas indiscretas.

—Charles-Maurice me ha vuelto a escribir. Quiere que ilumine tu cabecita loca y te convenza de regresar a su lado. Desde que te fuiste, añade, no vive para otra cosa.

—Pues a mí no me lo dice. Sería lo natural, ¿no?

—No querrá rebajarse. O será otra de sus maniobras retorcidas, vete tú a saber. La verdad es que con él nunca se sabe. ¿Por qué no le dices que ya estás pensando en volver, pero que antes tienes que darte una vuelta por Günthersdorf, o algo por el estilo? Así sufriría un poquito menos, el pobrecillo.

La condesa se lo quedó pensando, aparentemente absorta en la nada delicada forma en que los forzudos izaban el segundo caballo. Sería divertido ver, se decía en un vaivén de su mente traviesa, que cuando diese alguna otra pendulada se soltara de las cuerdas y cayera sobre las cabezas del Kaiser y del pelmazo *monsignore* Milesi. Sólo así el espectáculo ganaría un poquito de interés.

—Hace un mes ni lo habría pensado, porque veía las cosas de otro modo, pero ahora supongo que acabaré por hacerlo. De ningún modo podría volver ahora, bien lo sabes —mientras hablaba se palpaba con disimulo su barriga de cinco meses; con el pesado sobretodo que llevaba no se le notaba, si bien a ella no se le iba en ningún momento de la cabeza—, pero ya le voy echando de menos.

La duquesa no preguntó qué le había hecho cambiar de criterio, porque bien lo sabía: el patán de Clam-Martinitz no sólo la comparaba desfavorablemente con la esplendorosa irlandesa que a los dos minutos de quedarse a solas le demostró que su dominio del francés era insuperable, cosa que a él, después de todo, quizá no se le pudiera reprochar, pues Dorothee llevaba un embarazo criminal, de náuseas a todas horas, a lo cual probablemente se debiera que se dejara seducir por una pelirroja de dieciséis fogosos años que a sus dones naturales añadía el poseer una dote colosal; era la causa más probable de que tras una discusión tempestuosa el bello Clam

abandonara el *palazzo* Rocabertí, donde los tres se alojaban por cortesía del embajador español en París —un buen amigo de la madre de las dos—, y no parase hasta la casa de su preocupado padre, allá en Viena, el cual, una vez supo que su hijo había recuperado la cordura, no dudó en resoplar con el más profundo alivio.

—¿Para cuando lo esperas?

—A mediados de abril. ¿Ya le has encontrado padres?

—Y bastante buenos. Una de mis doncellas de Náchod espera para febrero. Es robusta, cariñosa y trabajadora. Bastante bestia, también, lo que para una fregona no es malo. Tu cachorro no podrá empezar mejor; tendrá una madre que lo criará estupendamente, pues tendrías que ver las tetazas que se le quedaron de su primero. Ella y su marido, que también es mío, lo inscribirán un año después, o dos, para que nadie vea nada raro, y asunto concluido. Para ellos será como si se les hubiese aparecido el dios en el que crean; igual es Yahvé, porque con la nariz que se gastan deben de ser judíos; sea el que sea ya me ocuparé de que vivan mejor que ahora, y si en el futuro le quieres ver, o la quieres ver, ya te diré por dónde anda —la condesa denegaba con la cabeza; si no abortaba era porque parir era menos peligroso, pero en absoluto sentía instintos maternales por aquella enojosa *maladie de neuf mois*—; por lo demás, a la que dejes de manchar nos damos la vuelta que te dije por Günthersdorf, y luego por Zahán, nos pasamos por Berlín para que Friedrich-Wilhelm nos adore un poquito, y ya está, todo seguido hasta París. En la Rue Saint-Florentin y en los brazos de tu tío a mediados de julio —llevaba la cuenta con los dedos, indiferente a que uno de los forzudos se había estampado contra el suelo tras caer a plomo veinte metros, haciendo un ruido interesante aunque acallado por los alaridos de la multitud; la Vévodkyne Zahánská era muy poco impresionable—, ¿qué te parece?

—Ojalá fuera esta tarde. No es sólo que lo lleve fatal; es que me muero de impaciencia.

La duquesa compuso un gesto de comprensión. Algo parecido sentía ella cuando, recién casada, entre todos decidieron que ya era tarde para camuflar de sietemesino lo que ya llevaba medio camino recorrido. De aquello venía el sinvivir de saber que Vava se dejaría matar antes de volver con la que tan mala madre demostró ser. Que Dios, o lo que hubiera más allá del final, se apiadara de Doda y nunca le hiciera sentir lo que a ella tanto le amargaba un par de minutos cada tres o cuatro meses.

—¿Y tu soldadito español? ¿Tienes alguna noticia?

—Ayer tuve carta. No escribe mucho, no vayas a pensar que me ha salido un pelmazo. Me decía que salía para Bruselas, con sus cuadros. Más allá no tenía idea de qué sería de su vida. Su jefe le había dicho que un barco le recogería en Amberes sabría Dios cuándo y que volvería en él a España, con su botín. Después saldría para Viena por el camino más corto. Esperaba que para entonces aún le recordase y cumpliera mi promesa, presentarle a todo el mundo. Más allá, y en lo profesional, ya

se las apañaría. En lo personal, y por desgracia para él, jamás sabría ni respirar sin tenerme cerca, pero de ningún modo pensaba impacientarme con sus cuitas. Nada más. Muy sobrio, ya lo ves.

—Sí que lo es, cierto. Nada que ver con Clemens, ¿verdad?

—Ni con Alfred. Es curioso, porque se le debería parecer, cuando menos por la edad, pero no. Es eso, muy sobrio. Y muy poco hablador, aunque cuando quiere puede ser encantador, y divertidísimo. Y no aburre. A mí no, al menos. Es otra gran diferencia con Alfred, que cuando abría la boca para explicarme algo era como si me cantara una nana. Me di cuenta cuando le obligué a contarme qué hizo en la guerra, esa que Wellington presume de haber ganado.

—Ah, ¿es que no lo hizo?

—Pues no, según mi pequeño Nicolás. La ganó ese Gneisenau que nos presentaron en el primer baile de Wellington. Cuando lo dijo me sonó a cuento chino, pero cuando empezó a dar detalles me dejó de piedra. Siempre pensé que Arthur es un punto fantoche, aunque nunca imaginé que lo fuera tanto. Gneisenau debe ser un tipo interesante. Y es vecino tuyo, además —la condesa elevó sus cejas—; tiene una gran propiedad en el Hirschberger Tal, cerca de Günthersdorf. Cuando vayamos a verlo podríamos visitar a su señora, que como detesta Berlín prefiere vivir allí. Es condesa, como tú, y ya de soltera estaba podrida de dinero. Podríamos llegar a ser muy buenas amigas, ¿no te parece?

Reían, encantadas con ellas mismas. Mientras, el Kaiser daba por terminada la ceremonia, porque las cuatro réplicas, tan de bronce como los originales, ya refulgían al sol. Del forzudo estrellado, cuyo cadáver la policía se había llevado a toda prisa, nadie se acordaba, como era natural.

París, jueves 14 de diciembre

Álava revisaba su correo al tiempo de ingerir el primer té de la jornada. La primera carta era de Miniussir. No era larga. El chico, al escribir, aún era más parco en palabras que al natural: llegó sin novedad, los cajones se apilaban en un salón del primer piso hasta entonces vacío, siguiendo sus instrucciones había contratado un servicio de vigilancia y eso era todo, salvo, en todo caso, que hacía un frío espantoso. Le respondió sobre la marcha, explicándole que sus planes habían cambiado, que ya no iría por Vitoria, que pensaba pasar las fiestas en Bruselas y que se reuniría con él a lo largo del día 23, para cenar juntos el 24. Zurraspas llevaría todo lo necesario para una cena de Nochebuena como Dios mandaba, de modo que no debería preocuparse por la intendencia, salvo en materia de chocolate, pues en París no lo había tan exquisito como en Bruselas.

La segunda y la tercera eran de Cevallos. En una le hacía saber que SCM deseaba que le consiguiera una mesa de ónix, a saber qué sería eso. La otra debía de ser extraordinaria, porque contra los usos habituales entre Cevallos y él estaba cifrada; lo comprobó al cabo de una hora, lo que tardó en pasar a otro papel un texto que al eficaz Juan Gil Ríos, oficial de cifra de la Secretaría de Estado, no le habría costado menos preparar. Cevallos solicitaba su colaboración en un asunto delicado, para lo cual comenzaba por pasarle información confidencial: SCM quería casarse pronto, por asegurar su descendencia, pero desoyendo su recomendación, la de tomárselo con calma para mejor servirse de aquel segundo matrimonio y así mejorar la situación diplomática. España no contaba en Europa, de modo que sería imposible procurarse una princesa real o una gran duquesa, pero había casas menores con las que merecía la pena emparentar, en la idea de que sirviéndose de los vínculos que aportasen podría negociarse una discreta política de alianzas. Él había tendido sus redes en la esperanza de pescar alguna princesa rusa o alguna duquesa prusiana, pero todo avanzaba tan despacio que le resultaba imposible controlar a SCM, el cual había iniciado su propia pesca, y los resultados eran alarmantes: estaba cerca de acordar con el regente de Portugal un doble matrimonio —el taimado malandrín se había plantado en un «dos o nada, lo tomas o lo dejas»—, entre don Fernando y su hermano don Carlos, de una parte, y de la otra las infantas Isabel María y María Francisca de Braganza, hijas la primera de don Juan VI y la segunda de la infanta Luisa Carlota. Las negociaciones, para su horror, las había confiado al secretario de Indias, el inútil de Lardizábal, que a su vez delegó en los aún más ineptos y corruptos Calomarde y Alameda. Don Fernando, por si fuera poco, pretendía una boda secreta, para dejarle fuera del juego. Si se sintiera seguro de sí mismo le cesaría y pondría otro afín a sus deseos, pero SCM, por lo que fuera, no quería dejar de contar con él. Sólo quería casarse. A ese fin pretendía enviar a Río de Janeiro al sinvergüenza de Vigodet, plenipotenciado para formalizar un matrimonio por poderes. Embarcaría en Cádiz

con el nefasto Alameda. Él dudaba si enfrentarse al rey con todas sus consecuencias, siendo la primera dimitir, o encogerse de hombros y dejarlo correr. Total, un disparate más o menos en nada empeoraría la situación del país. Le contaba todo eso no ya para que comprendiera la pesadilla que vivía, sino por si encontraba posible tantear a Wellington y al príncipe de Orange, por si hubiera en Inglaterra o en el VKN alguna princesa o alguna duquesa en edad de procrear, no insuperablemente horrenda y a la que apeteciese reinar en España, pese al tremendo precio de yacer con el tristemente célebre Fernando VII de Borbón.

Su primera reacción fue pensar en Lady Mary Lennox, la hija mayor de los Richmond; estaba desahuciada en el mercado de las grandes bodas, por su precario atractivo y por su desfalleciente dote, pero al proceder de un linaje de colosales paridoras quizá SCM la encontrara de interés. No tardó en decirse, sin embargo, que ante una beldad tan caballuna como era la pobre Lady Mary, que por si fuera poco hablaba un pésimo francés, Don Fernando igual mandaba encarcelarle otra vez, de modo que allí mismo privó a Lady Charlotte de alcanzar el sueño de su vida, el que una de sus hijas luciera una corona real. Lo que tendría que pensar cómo hacerlo, si finalmente lo hacía, era informar a Wellington. Estando las cosas como estaban quizá no fuera una medida prudente inducir ruidos en los deseos de Don Fernando, por mucho que a Cevallos le repugnasen; después de todo, y a pesar de que se había portado con él de un modo muy leal, no dejaba de ser un cadáver virtual.

De momento sólo quedaba entretener las horas que faltaban hasta que apareciera su visita de las tres. Lo haría llevando a herrar sus caballos y a reparar su carruaje, para que resistiera el camino hasta Bruselas. No lo necesitaría antes del lunes 18, cuando visitaría, para despedirse, al amable conde D'Artois —con él lo era—; mientras tanto, y para salir a dar una vuelta, cenar en un buen restaurante o pasar un rato en el *salon* de Juliette, a la que con algún esfuerzo ya conseguía mirar sin acordarse de Sor Fernanda, le bastaba con los medios de a bordo. Caminar unos kilómetros, solos él y su bastón, y pese al frío de un diciembre raramente soleado, le sentaba muy bien.

La princesa seguía en buena forma, según comprobó nada más Zurraspas la hiciera pasar a sus habitaciones. No quiso bajar a recibirla para que su cochero no le identificase; toda precaución era poca para que su santo marido, ausente de París, se mantuviera en la higuera. El buen hombre había recibido una invitación del rey Willem para unirse a su gobierno, dado que había pasado a ser uno de sus más distinguidos súbditos. A la princesa no le gustaría vivir en Bruselas —se lo explicaba una vez despachadas las primeras urgencias—, pero tampoco sentía deseos de seguir en París. El trato recibido desde su regreso de Chimay le hacía ver que sus posibilidades con la sociedad parisina no tenían visos de mejorar. Había terminado

por resignarse a envejecer en su querido *château*, con su pequeña corte y representando comedias para sus invitados. Era, ése, un pensamiento que ya no le apenaba. Para los franceses siempre sería Madame Tallien, cuánta razón tenía Jean-Lambert cuando se lo dijo, y en el VKN jamás dejaría de ser el trueno que parió catorce veces a resultas de cuatro maridos o amantes distintos, y de los últimos, además, bien podría presumir de cien o de doscientos. Jamás sería bien recibida en los salones de Bruselas, Amsterdam o La Haya, incluso si Riquet llegase a ocupar un puesto de altura en el gobierno de Willem, de modo que sólo le quedaba tomárselo con filosofía y seguir disfrutando de la vida, mientras aún tuviera una. Y verse con él, de vez en cuando.

—En eso, sin problemas. Sigo siendo ministro en Bruselas con residencia en París, aunque buena parte de mi tiempo la pasaré a mitad de camino, en Cambrai. Mantendré las dos casas abiertas, la tuya y ésta —señalaba en derredor, indiscriminadamente—, así que coincidir o no dependerá de ti.

—¿No tienes ninguna otra, Miguel?

Era un tono distinto, pensó el embajador. Hasta diría él que un punto entristecido.

—Como tú, ninguna. No voy a presumir de santo, porque no lo soy, pero contigo siempre quiero repetir —la princesa le miraba con ojos muy abiertos; quizá necesitase, pensaba el general de un modo apresurado, algo que la entermeciese, y que le diese ánimos; por lo que fuera la encontraba un poquito apagada—, y es que, si he de serte sincero —cambio de tono, a gutural y asalvajado, y también de idioma; como buen políglota, bien sabía que determinadas barbaridades sólo resultan convincentes en el castellano de los burdeles—, ¿dónde podría yo encontrar otro culo como éste?

Se había lanzado por ella, luchando para darle la vuelta y proceder al estilo patentado en Sodoma y en Gomorra, pero le costaba trabajo, porque las risas de la mujer, de nuevo segura de su atractivo, se lo ponían difícil. Aun así, no desfallecía; ignoraba por qué, pero si algo necesitaba Thérèse, al menos esa tarde, no era una exquisita sesión de amor con un caballero muy respetuoso, sino sentirse ferozmente deseada, y después poseída del modo más brutal, por un macho loco perdido por ella. No era el caso, pero el haberle devuelto a la tercera situación le haría estar eternamente agradecido. Como buen marino y hombre de honor, el general Álava siempre pagaba sus deudas.

París, jueves 21 de diciembre

Álava y Perelada cenaban en Le Cadran Bleu, para despedir el prodigioso 1815. Los dos encontraban positiva su asociación, si bien Álava no pensaba compartir todo lo que sabía, empezando por las cuitas matrimoniales de SCM. Así, según daban cuenta de lo que habían pedido —Álava era hombre de buen diente, pero jamás podría compararse con Perelada, quien, a ojo de oficial estibador, no desplazaría menos de doce arrobas—, se traspasaban cotilleos y noticias. Las peores, como de costumbre, procedían de la conturbada España, donde destacaba un Real Decreto de 15 de diciembre que Cevallos les adelantaba para que se pusieran al paio, si no a son de temporal. En él Fernando zanjaba el pleito contra los liberales que tanto criticaban las cancillerías inglesa y francesa. Según su real voluntad, cincuenta y uno de los casi cien procesados serían condenados a prisión —los que no se habían exiliado—, destierro —cuando salieran, si salían— y confiscación de bienes. Destacaban en la lista nombres de patriotas tan selectos como Agustín Argüelles, Antonio Larrazábal, José María Queipo de Llano, Francisco Martínez de la Rosa, José Canga Argüelles, Joaquín Lorenzo Villanueva, Diego Muñoz-Torrero, José Álvarez Guerra, Gabriel Císcar, José María Calatrava, Eugenio de Tapia, Manuel Quintana, Francisco Fernández Golfín, Alberto Rodríguez de Lista y Nicasio Gallego, individuos casi todos que se habían jugado su vida y sus bienes contra El Francés y por Fernando, y que ahora recibían la recompensa de la corona. Una noticia que Álava lamentaría del modo más abierto de no saber que Perelada, pese a su talante amigable y la buena relación que mantenían, formaba sin reservas en el lado de SCM. De ahí su no decirle que, de haber seguido en España, él sería el condenado cincuenta y dos. La comidilla del día, en cualquier caso, era la fuga de Lavalette. Sucedió la noche anterior, aunque aún no se conocían los detalles. Todo comenzó al recibir Lavalette en su celda de la Conciergerie a su desconsolada esposa, Emilie-Louise de Beauharnais —prima de la duquesa de Saint Leu—, y a su hija de trece años. Él estaba en capilla, pues al haberse rechazado su recurso la ejecución se señaló para las primeras horas del día siguiente. Aunque la celda estaba vigilada, Lavalette y su esposa, más corpulenta de lo usual —acababa de dar a luz un niño muerto—, se las apañaron para intercambiar sus ropas —la hija, que pasaba por vistosa, se decía que actuó ante los admirados centinelas como un poderoso instrumento de distracción—, de modo que al término de la visita una supuesta condesa de Lavalette, cubierta con el velo de las viudas inminentes, abandonaba la prisión deshecha en llanto, apoyada en su hija. El conde yacía sobre su camastro, la cabeza vuelta contra la pared y encomendando a Dios su alma inmortal. Una situación ortodoxa, teniendo en cuenta las circunstancias, pero dos horas después apareció un confesor con ánimo de ofrecer sus servicios; una vez en la celda, y pese a que la yacente figura explicaba con sus manos que no quería saber nada de auxilios espirituales, el centinela que marchaba con el cura se

apercibió, con disgusto, de que allí no yacía un conde, sino una condesa vestida de conde. Las carcajadas resonaban por todo París, y más cuando se constató que no había rastro ni del conde ni de su hija. El paradero de la segunda no era un asunto que interesase a nadie, pero el de Lavalette se había vuelto la única preocupación del ministro de la Policía.

—A saber dónde se habrá escondido. Decazes le busca por todas partes.

El general no dijo nada, pues la política francesa le había dejado de interesar. Veía en ella una degeneración intelectual que, como a cualquier español ilustrado, le resultaba familiar. Al prescindir de Talleyrand SCM privó a su Conseil Privé de casi toda su inteligencia, lo que no podría ser más catastrófico. Sucedería en meses o en años, pero el porvenir de la dinastía Bourbon estaba sentenciado.

—Feliz 1816, embajador.

El conde de Perelada, sonriendo del modo más amistoso, elevó su copa y devolvió el deseo.

—Feliz 1816, general. Se habían despedido en la bulliciosa esquina de la Chaussée d'Antin con la Basse du Rempart; al general le apetecía pasar unos minutos en el que iba dejando de ser el ombligo intelectual de la ciudad, mientras Perelada prefería ocuparse de su correo, que según decía tenía un tanto descuidado. Álava, en realidad, no sentía especial motivación por enterrar allí la última velada de París y 1815, pero su casa se le venía encima. Últimamente no dormía bien, lo que había empeorado tras despedirse de Thérèse. Prefería estar un poquito más cansado, y quizás un punto más bebido, cuando diera con sus huesos en el catre. Al día siguiente debía madrugar, a fin de llegar a dormir lo más allá de Laon que fuera posible, pero una vez instalado en su carruaje ya podría dar alguna cabezada. Todo a favor, pues, de presentar a Juliette sus últimos respetos de aquel año, y también de servirse una buena copa de su mejor *Napoleón*, o si se terciase incluso dos, o tres, o las que fueran.

El *salon* no presentaba un gran aspecto. Quizá sucediera que ante la proximidad de las fiestas algunos habituales hubieran marchado, como haría él al día siguiente. Fuera como fuese, además de Juliette, Germaine y Chateaubriand no había nadie cuya conversación le apeteciera soportar.

—¿Sabe algo de Wellington, Monsieur D'Álava?

La que preguntaba era Germaine. La *salonnière* y el más leal de sus admiradores en activo, y el principal desde que Constant marchase al exilio, cuchicheaban varios pasos más alejados.

—Salvo que seguramente ya está en Londres, nada. Según creo, piensa quedarse tres o cuatro semanas. Luego no estoy seguro de que regrese a París. Su *headquarter* está en Cambrai. Hasta donde sé, allí es donde piensa vivir. El clima de aquí no le sienta bien.

—¿Por la humedad?

—Por las balas. Y por las bombas.

Madame de Staël sonrió, sardónica. Era comprensible que His Grace no quisiera poner en peligro su pescuezo en una ciudad que cada día le mostraba una mayor hostilidad.

—¿Hace mucho que no le ve?

—Unos quince días. Dos o tres después de que mataran a Ney.

—Un asunto ciertamente desgraciado.

El general prefirió no contestar; lo que no comprendía era el interés que la Staël pudiera tener en el paradero de Wellington, aunque quizá sucediera, se dijo en un súbito relámpago de comprensión, que su amigo no fuera el único en conocer un determinado secreto.

—¿Sabe si logró ver al rey? Es que se comprometió a intentar una última súplica.

—Lo hizo, pero sin resultado. Hasta donde me contó, Su Majestad no le dejó ni hablar.

La mujer se le quedó mirando unos largos segundos, los necesarios para verificar si decía la verdad o si sólo cuidaba del mejor de sus amigos, se decía el evaluado conteniendo su impaciencia. Por otra parte, que lo hiciera Germaine y no Juliette debía de significar que Wellington no se había explicado con quien tan caro pagó el favor de que lo hiciera, lo que tampoco le sorprendía. Cuando Wellington acababa con alguien era del todo y para siempre, sin dejar el menor resquicio ni a la cortesía ni a las convenciones sociales. Era perfectamente capaz de abandonar cualquier casa o cualquier local si veía entrar a uno al que hubiera excluido de su vida, lo que resultaba incómodo para el tal, porque a la que se supiera de la condena nadie le invitaría jamás a nada, ni siquiera los neutrales. Siempre sería preferible dejar de contar con su presencia que con la de His Grace.

—¿Qué tal está Madame Ney?

—Destrozada. Si todo fue absolutamente horrible, la experiencia de recibir el cadáver de su marido, tan destrozado que costaba reconocerle, para lavarle, vestirle y darle sepultura, fue una pesadilla, pero define cómo es ella el que no lo quisiera confiar a otros. Su mujer hasta el final, para lo bueno y para lo malo. Ya ve, Don Miguel: una persona como no hay muchas.

—¿Cómo está, general?

Chateaubriand le saludaba de un modo más formal que amistoso; le sabía preocupado por una posible sordera, si bien Talleyrand, que fue quien se lo explicó, también añadió el diagnóstico: «no le pasa nada; sólo sucede que como ya no le llama nadie le parece que ha dejado de oír bien». Devolvió el saludo con similar entusiasmo, para después saludar a la *salonnière* con una inclinación de cabeza. Se preguntaba, en paralelo, qué diablos hacía él allí. Había pretendido pasar unos minutos agradables, pero los rostros que divisaba, comenzando por aquellos dos,

reflejaban de todo menos alegría.

—Vengo a despedirme. Salgo mañana para Bruselas, porque mi misión aquí terminó con la firma del tratado. Mi puesto sigue allí, en el VKN. Alguna vez vendré, porque Bruselas no está lejos, pero será sólo de visita, para ver a los amigos. Espero que para entonces aún me recuerde.

Le alegró recibir una sonrisa. Lo que tenía enfrente, fuera hombre o mujer, debía de dar por descontado que se hallaba bien al corriente, aunque no le retiraba su dulzura, o eso, al menos, era lo que parecía. La misma de cuando le regaló un libro cuyo título ya se le había olvidado.

—Me gustará volver a verle por mi casa, Monsieur D'Álava. Como una vez le dije, aquí siempre será bien recibido; por usted mismo, no porque tengamos amigos comunes... o los hayamos tenido.

No hacía falta estirar la situación, de modo que renunció al *Napoleón*, se despidió sin más formalidades y de nuevo se vio en la Balse du Rempart. Como decían los marinos caía una buena rasca, pero no le importó. Agradecía el frío en el rostro —la temperatura en la casa de Juliette solía ser desmesurada—; le facilitaba el poner en orden sus ideas, las cuales se manifestaban un tanto revueltas. Le apenaba dejar París, pese a saber que podría volver cuando quisiera, pero ya no sería lo mismo. El París de aquellos meses difícilmente se repetiría, cuando menos en lo que aún le quedara de vida. Ciertas oportunidades no suelen tener lugar más de una vez cada dos generaciones, pero aquella ciudad había disfrutado un par en apenas dos años. Sería metafísicamente imposible que volvieran a coincidir allí todas las personas fascinantes que había tenido el privilegio de tratar en esos casi seis meses; algunas, incluso más que tratar, se decía dejando que una sonrisa traviesa le bailoteara por el rostro. El París de la segunda mitad de 1815 sería irrepetible, al punto que, probablemente, jamás podría volver a vivir unos meses tan asombrosos como aquéllos, y no sólo como los últimos seis, sino como todos, en realidad, desde que un año antes saliera de Madrid.

Un año, se decía con la pena de sentir que ya se terminaba, que valía por toda una vida.

CODA

Sir Arthur Wellesley, duque de Wellington (1769-1852), residió en Cambrai hasta bien entrado 1819. Allí disfrutaba de la vida, de la paz y de la gloria, más intensa y prolongadamente de lo que jamás había podido en el global de su existencia. Su casa funcionaba como una pequeña corte donde residían con carácter casi estable algunos de sus amigos más íntimos. Consciente de que la situación en Francia se volvía explosiva, en 1819 convenció a su gobierno y a las potencias coaligadas de retirar el ejército de vigilancia, y de aceptar una sensible reducción de la indemnización aún no liquidada. Después regresó a Inglaterra, donde había vivido muy pocos años de sus recién cumplidos cincuenta. Lo hizo en calidad de Master-General of the Ordnance.^[243] En ese puesto quedaba bien colocado en la carrera por la poltrona de Lord Liverpool, si a éste le ocurriese algo —el atentado político no era una costumbre desacreditada en Inglaterra; el último asesinato de *premier* había tenido lugar en 1812, gracias a lo cual Lord Liverpool ocupaba la vacante que dejara el acribillado Sir Spencer Perceval— y Lord Castlereagh, su competidor más fuerte, optase por no batallar. Aunque ninguna de las dos vicisitudes era probable, procuraba cumplir con su trabajo de un modo esmerado y, por lo demás, permanecer atento y despierto a la espera de un milagro. El primero acaeció el 12 de agosto de 1822, cuando Castlereagh, que tenía sus mismos cincuenta y tres, de manera inopinada se rajó la yugular con un abrecartas; una discreta investigación reveló que sufría una cierta clase de chantaje, de un tipo muy desagradable pues en aquella época lo último que se podía permitir un político era ser pillado en flagrante *contra natura*, pero como a fin de cuentas ya estaba muerto apenas se habló del asunto. El segundo tuvo lugar el 9 de abril de 1827, cuando Lord Liverpool, aún joven —tenía un año menos que Wellington—, sufrió un derrame cerebral del que no se recuperó; falleció el 8 de diciembre del año siguiente, aunque a efectos de Wellington aquello daba igual, pues desde nada más ser claro que ya no habría más Lord Liverpool se desató la refriega. El que se alzó con la victoria, para sorpresa general, fue Sir George Canning —no eran pocos los que tenían a Wellington por excesivamente militar, al punto de resultar sospechoso de conducir su hipotético gobierno como si fuera un ejército en campaña —, el mismo que dieciocho años antes se había batido con Lord Castlereagh por una conspiración de tres al cuarto. No era un hombre tan frío como debería ser el *premier* de la nación más poderosa del globo, ni al juicio de Wellington y de otros seis miembros del gobierno reunía méritos suficientes para el cargo, de modo que todos ellos presentaron sus respectivas dimisiones —con unos cuarenta más, entre secretarios, directores y altos oficiales del gobierno—; eso dejó a Canning tan desasistido de su propio partido que se vio forzado a entrar en coalición con los *wighs*, pero antes de rematarla un infarto volvió a dejar libre la silla del *premier*. Parecía el momento de Wellington, pero de nuevo George IV puso sus ojos en uno

que diera menos miedo. El elegido fue Sir Frederick Robinson, Viscount Goderich, trece años más joven que Wellington y en absoluto partidario de la dureza; no sólo jamás había vestido una casaca militar, sino que, según se murmuraba, no sabía ni empuñar una pistola. Un tipo tan pacífico no podía durar mucho en la selva parlamentaria británica, se decían los partidarios de Wellington, cada día más convencidos de que si algo necesitaba el país era la férrea mano del vencedor de Waterloo, y así fue, pues el 21 de enero de 1828, cinco meses después de haberse mudado a Downing Street, presentó su dimisión, deshecho en llanto, a un perplejo George IV; éste, sin más opciones, a regañadientes hizo llamar al terrible Wellington. Su sueño de muchos años al fin se cumplía: con apenas cincuenta y nueve, una edad nada propecta para un tipo que se mantenía en una forma física espléndida, era el primer ministro del Reino Unido de Inglaterra e Irlanda. En otras palabras, el hombre más poderoso del planeta.



Príncipe Regente de Inglaterra, más tarde George IV (Lawrence)

Los que habían pronosticado que conduciría su gobierno como si fuera un estado mayor, acertaron. Estaba demasiado acostumbrado a dar órdenes y que se obedecieran como para perder tiempo en tonterías como la empatía, la sensibilidad y el aceptar que a la hora de negociar es preciso dar al contrario un espacio para que pueda salvar la cara. Él no estaba para eso; un buen ejemplo de su talante lo constituyó su discrepancia con Lord Winchilsea, cuya florida oratoria era molesta de combatir por alguien tan impaciente como Wellington, de talante tan expeditivo como para resolver sus diferencias retando a duelo al joven y exaltado Lord, lo que tuvo lugar en Battersea Fields el 21 de marzo de 1829. Wellington se presentó con su padrino, Sir Henry Hardinge, y Lord Winchilsea con el suyo, el Viscount Falmouth. Ninguno de los dos hizo blanco, el desafiado por apuntar al suelo y el desafiante por tener muy mala puntería —era notorio ya desde sus tiempos en la India—, pues hubo pocas dudas de que tiró a matar. El aterrado Winchilsea prefirió no insistir con un segundo tiro y presentó sus excusas, que Wellington aceptó del modo más helado. Así era él y así fueron las cosas, al punto que a los dos años y medio de ocupar la poltrona donde Liverpool se sentó durante quince, y en la que habría seguido muchos más de no reventarle la cabeza, Inglaterra estaba inmersa en una marejada de disturbios y revueltas casi revolucionarias —en buena parte de los países continentales pasaba lo mismo—, contra las que de poco valía el empleo generalizado del ejército. Wellington, tras perder una moción de confianza lanzada por los *wighs* sin que los *tories* ofrecieran excesiva resistencia, no tuvo más remedio que poner su cargo a la disposición del novato William IV —llevaba cinco meses en el trono—, quien, con profundo alivio, ese mismo día, 15 de noviembre de 1830, pidió a Lord Grey que formara gobierno, volviendo así los *whigs* al poder tras veintiún años en la oposición.

Durante los cuatro siguientes Wellington se mantuvo al frente de su partido, aunque aceptando que su tiempo ya no era el de pensar en grandes logros. De una parte había conseguido todo aquello a lo que un inglés podía por entonces aspirar; de otra, los años comenzaban a pesarle; de otra más, las luchas parlamentarias le aburrían hasta lo indecible; por último, le apetecía disfrutar de la vida los años que aún le correspondiese vivir, aunque sin alejarse del poder, no con ánimo de regresar sino por protegerse de las asechanzas. Era consciente de haber dejado tras él, en su imparable ascensión política, un reguero de cadáveres a los que alegraría muchísimo alzarse de sus tumbas y emprenderla con él cuando no pintara nada. De ahí que insistiera en seguir pintando mucho, al menos mientras fuese capaz de mantenerse sobre sus pies, altivo y desafiante. Así fue cediendo protagonismo al que sería nuevo *premier* cuando él acabara de hacer pedazos a Lord Grey, su pasatiempo favorito una

vez transcurrieron los cien días de cortesía parlamentaria. Desde su asiento en la House of Lords le lanzaba continuas y violentas andanadas, demostrando así que, contra lo que se pensaba de sus habilidades, era mucho mejor atacando que defendiendo; su labor de zapa fue tan eficaz, y tan desacertadas las medidas del desorientado Grey, que a mediados de julio de 1834 éste traspasó el cargo al hombre fuerte de su partido, Sir William Lamb (Viscount Melbourne), el cual no se llevaba mal con Wellington pese a no habersele olvidado el parisino desliz que tuvo His Grace con Lady Caroline Lamb en el idílico verano de 1815. Los años de 1832 a 1834 fueron un tiempo agradable para Wellington, en parte por la presencia en Londres del primer embajador de Louis-Philippe d'Orléans, el príncipe de Talleyrand, al que acompañaba su sobrina, la en otro tiempo enigmática condesa de Périgord y en esos otros prodigiosa duquesa de Dino. Talleyrand era una garantía de paz, y así supo hacerlo ver tanto a Grey como a Melbourne; ambos, en materia de asuntos europeos, aceptaban los puntos de vista de un Wellington que cuando coincidía con Talleyrand los dos rejuvenecían quince años. Para los que podían evocar los trepidantes meses de febrero, marzo y abril de 1815 —si los habían vivido en Viena—, era como si los dos —los tres si se sumaba la duquesa— hubiesen vuelto a los mágicos días de aquel irrepetible Congreso de Naciones.

Melbourne estaba mejor dotado que Grey para pelear con Wellington, pero ni aun así lograron los *whigs* mantenerse, de modo que a finales de 1834 el rey William pidió a Sir Robert Peel, al que Wellington había traspasado la jefatura de la oposición, formara gobierno. Peel, por desgracia, estaba en Italia, de modo que Wellington volvió a ser *premier* durante diez semanas, de modo interino. Sólo al regreso de Peel tuvo Inglaterra un gobierno propiamente dicho, en el que Wellington aceptó la cartera de Asuntos Exteriores. La conservó algo más de un año, hasta que de nuevo los *tories* pasaron a la oposición. Por entonces tenía sesenta y seis, y aunque su forma física seguía siendo buena estaba sordo de un oído y el otro llevaba camino de lo mismo. Las tentaciones de retirarse le alcanzaban a menudo, pero algo en su combativa personalidad le impedía desertar frente al enemigo y dedicarse a no hacer nada. Sólo en 1842, a los setenta y tres y tras haber vuelto Peel a formar gobierno, aceptó el mando supremo del British Army, un puesto que, junto a tres sinecuras reservadas a los escasísimos británicos que podían presumir de haberlo sido todo en esta vida (Lord Lieutenant of Hampshire, Lord Lieutenant of the Tower Hamlets y Lord Warden of the Cinque Ports), conservaría el resto de la suya.

Wellington conservó hasta una edad muy avanzada su envidiable atractivo para el género femenino —para satisfacción de la *yellow press*—, al punto que hacia 1846, siendo un viudo de setenta y siete bien llevados —Lady Kitty había fallecido en 1831, con él a su lado; curiosamente, durante los últimos años de su matrimonio estuvieron más cerca el uno del otro que durante todos los demás de su vida en

común—, declinó sin ganas una propuesta de matrimonio formulada por una de sus más fervientes admiradoras, Lady Angela Burdett-Coutts, a la sazón no sólo una hermosa filántropa de apenas treinta y dos años, sino la mujer más adinerada de Inglaterra, pues por algo había heredado de su abuelo materno, míster Thomas Coutts, la formidable casa de banca Coutts & Co.

Siempre puso un exquisito cuidado en ampliar y engrandecer la leyenda de sí mismo; con independencia de que la tal crecía y crecía sin que fuese necesario insuflarle nada, él ponía gran empeño en dificultar cualquier acción que pudiera enturbiarla, sobre todo si la tal incidía en Waterloo. En su obsesión por que las cosas se dejaran como estaban, pues así eran perfectas a sus fines, era imprescindible que no se iniciaran debates o se formularan críticas, incluso de tipo bienintencionado — bien sabía que a éstas rara vez dejaban de seguir las otras—, empezando por poner muy mala cara cuando alguien hablaba de publicar estudios sobre la batalla o sobre la campaña. Uno de los que con más energía emprendieron esa peligrosa labor fue un capitán llamado William Siborne, empeñado desde 1830 en construir una maqueta que reconstruyera la batalla en su punto álgido, entre las siete y las ocho de la tarde. Para realizar el proyecto efectuó una encuesta entre la casi totalidad de los participantes vivos que habían ocupado puestos de mando en la batalla, en los tres bandos. La inmensa mayoría respondió con amabilidad e incluso poniendo esfuerzo en recordar, por entender que la oportunidad era buena para consolidar un hueco en la historia. Para su sorpresa, el que no mostró la menor simpatía fue quien más esperaba que colaborara, el Duke of Wellington. No sólo se negó, sino que a partir de aquel momento comenzaron a llegar malas noticias, empezando por la súbita congelación de fondos públicos para financiar el proyecto y siguiendo por la de su propia carrera militar, quedando claro para él y para muchos otros que atravesarse a la proa de His Grace tenía mucho de acto suicida. Pese a todo Siborne siguió adelante, modificando en su maqueta cuanto entendió necesario para conseguir el *nihil obstat* ducal, como reducir la presencia de soldados prusianos —de plomo y pintados a mano— desde los cuarenta y ocho mil que pensaba él debían ser a los menos de seis mil que le sugirió Lord Fitz-Roy Somerset, pero ni por esas. La postura de Wellington hacia el engendro de Siborne —así lo bautizó— jamás varió un ápice, lo que llevó al pobre diablo a la desesperanza y a la depresión, para fallecer en 1849, con sólo cincuenta y dos años y tres antes que su enemigo implacable.^[244]

Wellington no necesitó enfadarse para liquidar otro problema de naturaleza más peligrosa, el octavo tomo del *Hinterlassne Werke über Krieg und Kriegführung*, escrito por un general Von Clausewitz ya fallecido y publicado en Prusia por Marie von Brühl hacia 1835. Un ejemplar llegó a las manos del 3rd Earl of Liverpool, hijo del antiguo *premier*. Lo tradujo en pocas semanas —no era un volumen desmesurado— y envió el resultado al coronel Gurwood, editor de los *Wellington's Dispatches*,

por si His Grace considerase de interés que se publicara. Un tiempo después Gurwood le comunicó que Wellington lo encontraba insultante y que se negaba en redondo a que se aireara. Liverpool, que sabía lo peligroso de oponerse a los designios de His Grace, optó por olvidarse del asunto, empezando por hacer desaparecer la traducción; siglo y medio después ninguna editorial británica se ha mostrado interesada en volver a traducir el original y publicarlo en Gran Bretaña. Tuvo que ser un historiador alemán, Peter Hofschröer, quien primero lo tradujese y después consiguiera un editor (la Universidad de Oklahoma) que no se preocupara por la posibilidad de que His Grace se alzara de su tumba, con lo cual el tal libro, bajo el más comercial y agresivo título *On Wellington, a critique of Waterloo*, ya se puede conseguir en el mundo anglosajón, o al menos en una parte del mismo.

Todos los 18 de junio desde 1816 organizaba un banquete conmemorativo de la victoria de Waterloo, al que acudían los que a su juicio más se habían distinguido, incluyendo a los comisionados. Era tristemente lógico que de un año para otro las sillas a la mesa fueran menos y menos, pero aun así el de 1852 fue tan magnífico y solemne como el de los mejores tiempos, al punto de ser bendecido con la presencia del príncipe Albert, consorte de la reina Victoria, la cual se había criado a los pechos políticos, militares y diplomáticos de Wellington. Por mucho que le hubiese gustado participar era consciente de su triste condición de mujer, de modo que se resignó a ser representada por su esposo, el cual le dijo, a la vuelta de Apsley House, la colosal mansión en el Hyde Park Corner a que Wellington debía que la *yellow press* le llamase Iron Duke (Duque de Hierro), que había encontrado a His Grace no ya en la mejor de las formas, sino resplandeciente, como si aquella noche hubiera vuelto a ser el que acabó con Bonaparte treinta y siete años antes. Tres meses después, el 14 de septiembre y mientras pasaba el verano en el Walmer Castle, en Kent —uno de los privilegios del Lord Warden of the Cinque Ports—, se sintió indispuerto a primera hora de la mañana. Cuando llegó un médico a verle, no mucho después, había perdido la consciencia, y ya no despertó. La reina Victoria ordenó que fuera sepultado con los mayores honores que Inglaterra pudiera conceder al más ilustre de sus hijos; su cuerpo se conservó en el Walmer Castle hasta el 18 de noviembre, día en que se le trasladó a Londres, por ferrocarril —una ironía del destino, pues Wellington detestaba casi todos los nefastos inventos de la vida moderna, como los navíos a vapor, el telégrafo y, sobre todo, los ferrocarriles, por los que sentía un asco especial—; de la estación de Waterloo se le llevó hasta la catedral de Saint Paul y allí, tras una ceremonia de gran emotividad, quedó junto a Lord Nelson, el otro gran héroe británico de las guerras napoleónicas. Allí siguen, recibiendo cada día incontables visitas de curiosos y turistas deseosos de ofrecer su respeto y su homenaje a los gloriosos vencedores oficiales de las más grandiosas ocasiones británicas de todos los tiempos: Trafalgar y Waterloo.



Sir Arthur Wellesley por Sir Thomas Lawrence

Juliette de Récamier (1777-1849) no varió de vida con la marcha de las legaciones, pese al desplazamiento del interés político-intelectual a salones operados por *salonnières* más al día y mejor relacionadas. El principal activo del suyo, además de sí misma, era Madame de Staël, su amiga más íntima; con ella viajó a Pisa en febrero de 1816 para testificar en la boda de su hija de diecinueve años, Albertine, contra el 3.º Duc de Broglie, y con ella pasó el verano en el *château* de Coppet, la residencia suiza de la baronesa y de su tuberculoso esposo, Albert-Jean de Rocca, cuyo espectral aspecto sugería que Germaine pronto sería una viuda pasada de peso. No fue así, pues semanas después, el 5 de enero de 1817, sufrió un ataque de apoplejía mientras bailaba bien cargada de *champagne*; tras seis meses de postración falleció el 14 de julio, con gran alivio general —su agonía fue penosa, sobre todo para los que, habiendo disfrutado muchos años de su insuperable hospitalidad, preferían no dejarse ver por su casa de la Rue du Bac, porque allí todo era malhumor, reproches, lloros, gritos, tristeza y amargura—; su lánguido esposo, del que salvo Juliette nadie se preocupó, quedó tan desprotegido y en la ruina que seis meses después marchó tras ella entre la indiferencia general.

La muerte de Germaine inició el declive de Juliette y de su *salon littéraire*. Ayudó a que lo cerrase, a finales de 1819, que su marido se arruinara una vez más. Ella, que algo había puesto a salvo, se atrincheró en la última planta de un convento semidesocupado, el de l'Abbaye-aux-Bois; no se llevó a su marido, pero sí a su sobrina Amélie Cyvot, con la que sostenía una relación más de madre que de tía. Pese a disponer de muy poquitos medios viajaba mucho, y no en salidas de pocos días, sino de meses. Así, entre noviembre de 1823 y mayo de 1825, acompañada de su sobrina, del filósofo Pierre-Simon Ballanche y del poeta Jean-Jacques Ampère —uno había renunciado a convertir su amistad en algo más apasionado; el otro aún se hacía ilusiones, lo que no dejaba de sorprender porque la Juliette de 1825 tenía cuarenta y ocho años y según algunos de los que habían soñado con ella, como Prosper Mérimée, ya no estaba para despertar muchos ardores— vivió en Roma, en una casa que le prestaron en la Via Babuino, donde no tardó en verse rodeada por otras damas otoñales que también vivieron tiempos mejores, como la duquesa de Devonshire y su antigua conocida Hortense Bonaparte, *née* Beauharnais, que a partir de ahí se convirtió en su amiga inseparable. A cambio se quedaría sin su sobrina-hija, que tras conocer en Nápoles a un apuesto Charles Lenormant no vaciló en casarse con él, de lo que Juliette se alegró de corazón, pese a que le costase quedarse sola de un modo definitivo.

De nuevo en París volvió a «recibir». Sus visitantes no añoraban el *champagne* de la Rue Mont Blanc, de la Basse du Rempart o de la Rue d'Anjou-Saint-Honoré; la visitaban por el placer de verla y el aún mayor de hablarle y que les respondiera. Su buhardilla, que años después trasladó al más confortable primer piso, se convirtió en

un prodigioso intercambiador de influencias, ya que la calidad y la cantidad de sus habituales —Chateaubriand, Constant, Lamartine, Balzac, el Duc de Broglie, Prosper de Barante, Mathieu de Montmorency, Sainte-Beuve, Delécluze, La Rochefoucauld, Ballanche, Villemain, Latouche, Sainte-Aulaire, Pasquier, Valery, Girardin y el barón Gérard, entre otros; las mujeres eran menos, explicablemente; sólo destacaban la duquesa de Ragnie, la de Appony, la condesa de Hautpold, Madame Swetchine y Madame Gay— estimulaba un animado mercadeo de recomendaciones. No fueron pocos los sillones académicos, las cátedras, los altos puestos en las distintas administraciones e incluso alguna cartera ministerial que se pastelearon entre aquellas paredes, no siempre a espaldas de la espiritual Atenea que las embellecía. El pastelero mayor seguía siendo el inconmensurable Chateaubriand, que aún mostraba gran deseo de rendir la inexpugnable virtud de la diosa. No parece que lo consiguiera, pero sí es cierto que la visitó hasta casi el último de sus días, un año antes de que la propia Juliette falleciera; de hecho, sólo salía de la última de sus casas, en el 120 de la Rue du Bac, para pasar unas horas con ella, lo que resultaba por demás aparatoso, ya que, perdidas las piernas por culpa de la gota, tenía que hacerse subir y bajar en una silla.

Jacques Récamier murió en 1830; algunos afirman que no sólo era el san José de Juliette, sino su padre biológico, y que temiendo no poder dejarle nada propuso a su padre legal, el notario Jean Bernard, una boda sin otro fin que traspasarle sus bienes si se quedaba sin cabeza; otros sostienen que la razón del casamiento fue proteger la realidad física de Juliette, de la cual sólo sabían ellos y Madame Bernard; dado que difícilmente podría unirse a uno dispuesto a no consumir, parecía razonable cerrar las puertas a la curiosidad social casándola con aquel amigo de la familia; en cualquier caso, y fuese su relación con ella la que fuera, siempre se comportó del modo más amable y generoso.

Juliette, ciega y ya muy consumida, tras la muerte de Chateaubriand se fue a vivir con Amélie, su sobrina. El 11 de mayo de 1849 se la llevó el cólera. Quedó tras de ella el rastro de una exquisita delicadeza, una profunda sensibilidad y un corazón muy generoso. No está olvidada, pues sigue reinando sobre París. Para comprobarlo basta con visitar el Louvre, adentrarse por la galería de pintura francesa de gran formato y situarse frente al cuadro que le pintó David. Una Juliette de Récamier en el esplendor de sus veintitrés años nos mira desde ahí, reclinada en un sofá, y nos hace aceptar que His Grace the Duke of Wellington hizo lo que haría cualquier mortal cuando perdió la cabeza por ella.



Juliette de Récamier a los 25 años, por Gérard



August-Wilhelm-Anton, Graf Neidhardt von Gneisenau (1760-1831), residió en Koblenz hasta el verano de 1816. Desde nada más ponerse al mando del Rheinarmee percibió un descarado interés en hacerle abandonar. Las cortapisas que hubo de soportar, sumadas al aplazamiento *sine die* de las reformas sociales prometidas por Friedrich-Wilhelm, le llevaron a entregar el mando al general Hake y retirarse a sus posesiones de Silesia. Desde ahí se dedicó a mejorar, agrandar y embellecer el patrimonio familiar —su residencia, Erdmansdorff, era la envidia de quienes la visitaban, empezando por el propio Friedrich-Wilhelm, cada día más inquieto por haberse quedado sin su general más capaz—, y a estudiar la naturaleza con el afán y la dedicación que hasta entonces ponía en ganar guerras. En 1818 falleció el gobernador de Berlín, Kalckreuth; una gran pérdida para los ultraconservadores de Sayn-Wittgenstein, y no por la influencia del decrepito mariscal, sino porque su puesto era crucial en la estructura del poder estatal, pues el gobernador de Berlín tenía el mando de las tropas acuarteladas en la ciudad; era por tanto el hombre que con un chascar los dedos podía poner la capital en estado de guerra, ocupar los edificios del gobierno, arrestar a los ministros y altos funcionarios que no le fueran simpáticos y, en suma, evitar un 18 Brumario, si no dar el suyo. El nombramiento de Gneisenau puso en primer tiempo de saludo a los ultraconservadores, y así Friedrich-Wilhelm no sólo comenzó a vivir un punto más tranquilo, sino que fue poniendo los cimientos de una Prusia industrializada —basada en la filosofía calvinista del esfuerzo y la superación frente a la molicie, la corrupción y el hedonismo de otras culturas más meridionales— y respaldada por la institución más respetada del país: el cada día más inquietante Königlich Preußische Armee.

Una de las propiedades de su nuevo puesto era controlar la Kriegsakademie, de lo que se ocupó al nombrar Direktor al Oberst Clausewitz y al respaldar la renovación del claustro de profesores; los todavía embebidos de la vieja filosofía, la de Friedrich der Große, fueron sustituidos por jóvenes oficiales educados por Scharnhorst y que habían luchado a las órdenes de Gneisenau en las campañas de 1813, 1814 y 1815, y que no podían estar más convencidos de los principios estratégicos que predicaban no sólo el *direktor*, sino el propio Gneisenau las muchas veces que les convocaba. Una de las más grandiosas tuvo lugar el 18 de junio de 1825, cuando en conmemoración de la gloriosa victoria de Belle-Alliance Friedrich-Wilhelm le otorgó el grado de Generalfeldmarschall. Con aquel ascenso alcanzaba el punto más alto de la carrera militar, lo que para nada le afectó. Sus actividades principales siguieron siendo las mismas: vigilar que nadie se subiese a las barbas de Friedrich-Wilhelm y predicar a través del Generalmajor Clausewitz los pilares fundamentales de su filosofía sociomilitar: el ejército emana del pueblo y es parte del mismo, nadie puede considerarse superior a nadie por razón de su cuna y el objetivo de la guerra, que veía como una simple prolongación de la diplomacia, es la destrucción del enemigo, tan

total como sea posible. Con eso, y con ver crecer a su familia —no todos sus hijos le colmaban de alegrías, pero eso entraba en las reglas del juego—, se conformaba.

La vida discurría de un modo apacible, cuando menos en la Prusia de 1830, cuando las campanas de la guerra comenzaron a repicar. Gneisenau había dejado atrás la madurez para entrar en una vejez que no llevaba mal del todo; a sus setenta se mantenía en buen estado, pese a reconocer que su pasada celeridad de juicio se había ralentizado. Ya no era el estratega brillantísimo que llevaba en la cabeza los mapas, los recursos, su ejército, el del enemigo y hasta el último detalle de la campaña, la que fuese, aunque a cambio contaba con el más eficaz de los estados mayores que Prusia tuvo jamás, incluyendo al suyo cuando hacía para Blücher lo que Clausewitz haría para él si les llamara Friedrich-Wilhelm. Una nueva revolución había estallado en Francia, más organizada y con las ideas más claras que la del 89, aunque más violenta. En apenas tres días de julio el pueblo había obligado a Carlos X —el antiguo Comte d'Artois— a renunciar en favor del Duc D'Angoulême, que tras el asesinato del Duc de Berry era el único hijo que le quedaba. El duque sólo necesitó veinte minutos para convencerse de la imposibilidad de reinar, de modo que tras despedirse a la francesa se refugió junto a su padre y su familia en la flemática Inglaterra. El nuevo rey —no lo era del todo; en realidad no se sabía si Louis-Philippe d'Orléans era un monarca constitucional o un presidente coronado— era incapaz de tranquilizar a las aprensivas cortes europeas, temerosas de retroceder a 1789 y que la catástrofe volviese a empezar, con Inglaterra la primera, que veía con pavor cómo el incendio revolucionario francés infectaba sin remedio al cada día más inestable VKN. Las posibilidades de ir a la guerra contra una Francia revolucionaria y agresiva, deseosa de recuperar los territorios perdidos en 1815, cada día que pasaba parecían más ciertas y claras, lo que para Gneisenau y Clausewitz se puso de manifiesto cuando el 1 de marzo de 1831 el primero fue convocado por Friedrich-Wilhelm.

Clausewitz estaba convencido de que su amigo sería puesto al mando de un nuevo Rheinarmee, con él como su Generalstabschef, pero no iba por ahí el pensamiento real, le hizo saber a su regreso el aún perplejo Gneisenau. Al rey no le inquietaba lo que sucedía en el oeste. Si Francia se lanzaba por el sendero de la guerra, y el que Louis-Philippe hubiese designado a Talleyrand para ocupar su embajada en Londres indicaba que no era su propósito, se las vería con los ejércitos de Inglaterra, el VKN, Austria, Prusia y la *Deutschebund*. El verdadero peligro, razonaba el rey, estaba en el este. Aquella segunda revolución francesa se había extendido a Varsovia, y de allí al conjunto de la Polonia controlada por Rusia, la cual puso al desdichado país en estado de sitio tras ocuparlo con una fuerza de ciento veinte mil hombres. A Friedrich-Wilhelm, que de toda la vida sospechaba del cariñoso amigo del este mucho más que del hosco enemigo del oeste, le preocupaba que la horda rusa no se conformara con

pacificar Polonia, sino que, aprovechando la carencia de fronteras naturales que desde su nacimiento padecía Prusia, pegase un mordisco a sus posesiones polacas, si no a la propia Schlesien. De ahí su decisión de movilizar cuatro de los nueve *armeekorps* con que contaba el KPA —el I, el II, el V y el VI; ciento cuarenta mil hombres en total—, y se los confiara con la misión de impedir a toda costa que los hermanos rusos clavaran una sola de sus banderas en la tierra patria. Por lo demás, tenía plena libertad para organizarse. De ningún modo pensaba enseñar su oficio al vencedor de Belle Alliance. Así los dos, él y Clausewitz, saldrían para Posen, donde situarían su *hauptquartier*, una semana después.

Posen —Poznan para los polacos— era una ciudad insalubre. Su infraestructura sanitaria era el «¡agua va!», la hospitalaria no existía y la falta de higiene de las castas inferiores constituía un excelente caldo de cultivo donde prosperaban las bacterias más hostiles, el vibrión colérico a la cabeza; era natural que cada tres o cuatro años una epidemia veraniega redujera en cuantía significativa los excedentes de población, aunque la de 1831, iniciada en el calor de la primavera, llevaba camino de pasarse. La vida de Gneisenau, en Posen, no era trepidante. Se reunía con Clausewitz al amanecer de cada jornada y después fijaba su atención en otras cosas, rara vez de naturaleza militar. Los rusos, por su parte, disfrutaban del cólera más que los prusianos —su higiene aún era peor—, de modo que salvo una tímida petición de su general en jefe, Ivan Ivanovich Dibisch-Zabalkansky, para cruzar las líneas de sus vecinos en su camino a Ostroleka y así ahorrarse un rodeo de muchos kilómetros —a lo cual Gneisenau se negó pese a que aquel general y aliado, a cuyas órdenes había servido Clausewitz en 1812, era tan alemán como él—, ni sucedía nada ni parecía que fuese a suceder, sobre todo porque de los ciento veinte mil hombres con que Dibisch y luego Ivan Feoderowitsch Paskewitsch-Erivanski^[245] llegaron a contar, más de diez mil acabaron disueltos en sus diarreas, muchos más que sus muy suspicaces colegas del otro lado de la frontera. La muerte del joven Dibisch (cuarenta y seis años) demostró que nadie se podía considerar a salvo, lo que Gneisenau comprobó en su habitación del Hotel de Vienne la noche del 23 de agosto de 1831. Al principio no parecía un ataque muy grave, pero al amanecer empeoró, para entrar en coma sobre las tres de la tarde. Al anochecer, y pese a los esfuerzos de su médico, el *doktor* Gumpel, parecía de un modo bastante innoble. Fue sepultado a toda prisa, como se acostumbraba con las víctimas del cólera, y allí quedó, en Posen, hasta el 18 de junio de 1841, segundo año del reinado de Friedrich-Wilhelm IV, en que fue trasladado, con gran pompa militar, a una posesión de la familia, el *schloss* Sommerschenburg que Friedrich-Wilhelm III le regalara en 1814. Allí reposa en un panteón situado al otro lado de la carretera que delimita por el sur el cementerio local. A su espalda se construyeron un mausoleo y un campo de honor, éste presidido por una sobrecogedora estatua en mármol de Carrara, obra del prusiano Christian Rauch. Frente a ella se conmemora de

vez en cuando al gran soldado alemán; se hacía más a menudo en vida de la RDA, que pretendía quedarse con la historia prusiana —Sommerschenburg está en la linde de Sachsen-Anhalt con Niedersachsen, unos pocos kilómetros al este de la línea fronteriza—, si bien sería injusto decir que la Bundesrepublik, dos siglos después de la Reine Klapperjagd, le haya dejado en el olvido.

Sommerschenburg está seis kilómetros al sur de la Autobahn A-2; si llegando a la salida 63 se acepta perder diez minutos cruzando campos de cultivo y de ganado, y si se permanece atento a la derecha de la carretera 245a, tras una curva muy cerrada se verá sobresalir una estatua un tanto espectral. El que haga eso quizás encuentre merecedor de sacrificar algún minuto más el recogerse ante la perturbadora y escalofriante imagen del verdadero vencedor de la batalla de Waterloo.



August-Wilhelm, Graf Neithardt von Gneisenau, a los 54 años.

La asociación de **Carl-Gottlieb von Clausewitz** (1780-1831) y Gneisenau se hizo más estrecha cuando Friedrich-Wilhelm confió al segundo el nuevo Rheinarmee, con Clausewitz como su Generalstabschef. A éste le ilusionaba su trabajo, donde la tarea más complicada sería moderar el impulso de Gneisenau, el de pensar que la guerra volvería en cuestión de meses. Era la mayor diferencia entre Scharnhorst, el maestro, y Gneisenau, el mentor. Aquél, rey de la organización, se ocupaba de que las armas prusianas estuvieran preparadas cuando llegara el momento; Gneisenau, genio del ataque, planeaba el antes y el después. Así, mientras Scharnhorst preparaba las fuerzas que habrían de luchar la próxima guerra, Gneisenau ideaba el mejor modo de agredir sin previo aviso a los posibles enemigos, consciente de la debilidad de Prusia, de su incapacidad de sobrevivir a una guerra de atrición y de la necesidad de acabar con el contrario de un golpe brutal y definitivo. Si Scharnhorst opinaba que la misión de la guerra era facilitar la diplomacia, volviendo a ella en cuanto fuera posible, Gneisenau optaba por destruir al adversario, de modo que no pudiera obtener por la fuerza lo que no consiguiera negociando. Con la mentalidad de Scharnhorst las campañas de 1813, 1814 y 1815 no habrían alcanzado el éxito del que todos en el KPA estaban tan orgullosos, pero Clausewitz temía que Gneisenau ya planease la de 1816, y la de 1817, y la de todos los años hasta que algún día reventase. Su misión era moderarle y aplacarle, disuadiéndole de marchar contra los franceses, o los daneses, o los austríacos o, lo que más horror le causaba, los rusos. Le apenaba reconocerlo, pero para su amigo los vecinos eran potenciales enemigos contra los que un día u otro debería lanzarse, y mejor no al frente de un débil ejército prusiano, sino de un devastador ejército alemán.

La retirada de Gneisenau supuso para Clausewitz una gran decepción. De ser un tipo feliz pasó a trabajar con un comandante que, sin mirarle mal, se sentía mejor con otros. A eso se debió que a los pocos meses concluyera su relación con un Rheinarmee cuya orientación estratégica difería notablemente de la concebida por Gneisenau. De ahí su alegría cuando en 1818 éste aceptó ser gobernador de Berlín. Desde aquel momento sólo se separarían el 24 de agosto de 1831, cuando un abatido Clausewitz cerró la tapa del ataúd de su amigo, al que había vestido él mismo aceptando que aquello le costaría una cuarentena en Kobylepole, un suburbio deapestados. Allí comenzó a descender los peldaños de una profunda depresión. Insensible, adusto, antipático y de talante peor que glacial, daba con ensalzable precisión la imagen de un oficial prusiano tan odioso como arquetípico, sin apenas amigos y pensando de sí mismo que se veía rodeado de anormales. El nombramiento del General der Infanterie von dem Knesebeck como nuevo comandante del Ostarmee lo acabaría de redondear, pero Knesebeck, que comprendía sus sentimientos, sabía que la razón de ser de aquel ejército se desvanecía por momentos, pues las fuerzas de Paskewitsch-Erivansky acababan de reducir a cenizas la

desdichada Varsovia, con lo cual la sublevación se podía dar por liquidada. Para lo poco que iban a coincidir no valía la pena enemistarse, debió de pensar, y con razón, pues a finales de octubre los dos ejércitos, el ruso y el prusiano, estaban de vuelta en sus cuarteles. Clausewitz llegó el 7 de noviembre a su casa de Breslau, en muy baja forma, pero se las apañó para ofrecer una estampa mejor cuando a las pocas horas llegó su mujer, que venía de Berlín preocupada por la depresión, si no desesperación, que se reflejaba en sus cartas. Nueve días después, cuando parecía que se recuperaba, se sintió mal hacia mediodía; se acostó mientras su esposa mandaba buscar a los médicos de la guarnición, que sin apenas profundizar diagnosticaron cólera. Lo sería o no —algunos opinaron, después, que fue un ataque cardíaco—, pero al anochecer Clausewitz se reunía con Scharnhorst y Gneisenau. Ahí habría concluido su historia, con lo que dos siglos después sería un desconocido más, apenas el ocupante de una pequeña casilla, la del Stabschef del III Armeekorps el día de Wavre, pero Marie von Brühl pensaba invertir sus últimas energías en que su esposo se volviera una de las más admiradas celebridades de la historia militar. No lo hizo sola, sino ayudada por su hermano Heinrich y dos amigos de su marido, el Generalmajor Gröben y el Major O'Etzel. En cuestión de meses organizaron sus escritos en una colección de ocho tomos que denominaron *Hinterlassne Werke über Krieg und Kriegführung*, de la cual los tres primeros constituirían el famosísimo *Vom Krieg*,^[246] el cuarto describiría la campaña de Italia de 1796-1797, el quinto y el sexto relatarían las de 1799-1800 en Suiza e Italia, el séptimo hablaría de las guerras de 1812 a 1814 y el octavo, por fin, detallaría la campaña de Valonia. En 1835, tras publicar el último volumen y cuando *Vom Krieg* era no sólo un éxito entre los militares prusianos, alemanes y austríacos, sino entre los rusos —los primeros que lo tradujeron—, Marie von Clausewitz se dejó ir, exhausta. Falleció en Dresden el 28 de enero de 1836. Los suyos la enterraron en Breslau junto al gran amor de su vida, el Generalmajor Karl von Clausewitz.

En la obra de Clausewitz se mezclan el relato analítico de unas campañas vistas desde los ojos de un oficial de estado mayor *a la prusiana*, con unas ideas filosófico-morales que no siempre partían de sus agudos razonamientos. Los principios esenciales no eran suyos, sino de sus maestros, lo que nunca trató de ocultar; la obra de Clausewitz es, en síntesis, el compendio de los criterios y las ideas de los dos grandes soldados combinados con los suyos propios, que a menudo no son más que ampliaciones o extensiones de conceptos parcamente formulados por los otros, que a su vez sólo pretendían ser entendidos por profesionales, no por profanos. La sabiduría encerrada en esas páginas se convirtió en la base sobre la que los sucesivos estados mayores del KPA construyeron su estrategia. Cuando no muchos años después los ejércitos prusianos aplastaron a sus equivalentes daneses, austríacos y franceses en tres campañas vertiginosas, se puso de relieve lo bien que habían aprovechado el regalo que les hizo Marie von Clausewitz. La tercera, en 1870, fue definitiva, cuando

un ejército conducido por el Generalfeldmarschall Helmut von Moltke derrotó al ejército principal francés, mandado por su emperador Napoleón III en persona; lo hizo en Sedán, el lugar donde Gneisenau había puesto su dedo cincuenta y cinco años antes. Meses después el König Wilhelm fue coronado Kaiser del II Deutsche Reich en el *château* de Versailles, el mismo Wilhelm von Preußen que al frente de la caballería del IV Armeekorps se había lanzado por las laderas de Chapelle-Saint-Lambert contra las posiciones francesas en Plancenoit. Ese día, el seco Generalfeldmarschall no tuvo reparo en afirmar que la clave de hallarse allí, asistiendo a ese acto histórico, estaba en las páginas de *Vom Krieg*.



Colonel Karl-Gottlieb von Clausewitz

Thérèse de Riquet, Princesse de Chimay (1773-1835), no resistió el vacío que le hacía la buena sociedad. Pese a su fortuna y su generosidad, a que su marido fuese miembro de la *Chambre Introuvable*, y a estar emparentada por el matrimonio de su hija mayor con una familia por encima de toda sospecha, en su *salon* no se veían personajes de notoriedad. Si su marido renunció a la nacionalidad francesa y aceptó la del *Verenigd Koninkrijk der Nederlanden* no fue por las posibilidades que tal cosa ofrecía —llegó a ser miembro de la *Première Chambre des États Généraux*, o cámara alta, por designación del *Koning Willem*—, sino por sacar de la cruel París a su deprimida mujer. Se acostumbraron a no moverse de su *château*, rodeados de unos incondicionales entre los que destacaban Cherubini, Auber, Kreutzer y Bériot; a éste se unía su pareja, la soprano María Felicia García-Sitjes —más conocida por María Malibran—, una celebridad a la que, pese a la tremenda diferencia de registros, le gustaba cantar dúos con la princesa en el teatrillo que hizo ésta construir en el jardín de su *château*. Las visitas a París fueron espaciándose, aunque a la princesa de vez en cuando le daban ataques de nostalgia, y entonces era imposible convencerla de que visitar a los fantasmas de su primera juventud —ya iría por la quinta, o la sexta; *Theresia Tallien* jamás aceptó hacerse mayor— siempre acababa deprimiéndola.

Murió en su *château*, en enero de 1835. Está enterrada junto a su marido en la iglesia de Chimay, tras una lápida donde dice que ahí yace Marie Thérèse Ignace, Comtesse de Cabarus y Princesse de Chimay, nacida en Madrid y muerta en Chimay. La mayoría de quienes pasan por allí no saben que tras esa sobria lápida reposa la más feliz y popular de las Tres Gracias de la Revolución Francesa.



Thérèse de Riquet, princesa de Chimay (née Cabarus) por Gérard



Nicolás de Miniussir i Giorgeta (1794-1868) permaneció en Bruselas hasta marzo de 1816. Una fragata le trajo a España, junto a sus preciados cajones. A Madrid no llegó hasta junio. El 30 de tal mes, y en un acto celebrado en la Real Academia de San Fernando, el secretario de Estado Pedro Cevallos, el pintor Vicente López, el arquitecto Julián Barcenilla y el interventor Manuel Castor dieron las obras por recuperadas, designando una comisión formada por el conde de Sástago, el pintor Maella, Pablo Recio y Francisco Ramos para que las hicieran llegar a sus propietarios. El teniente coronel partió hacia París para entregar valijas muy reservadas a los embajadores Perelada y Álava. De ahí siguió a Viena, donde llegó entrado el otoño. El embajador, que ya no era San Carlos, le recibió con frialdad, pues no necesitaba un agregado militar. No podía devolverle a España, pero sí abandonarle a su suerte hasta que se aburriera y renunciase. Para su asombro, el joven agregado pronto mostró un nivel de interlocución muy superior al suyo; nunca supo explicarse a qué se debería su amistosa relación con Metternich, a quien veía en un lugar tan exclusivo que por su parte no lograba visitarlo, el *salon littéraire* de la duquesa de Sagan. Para su fortuna y paz interior, las necesidades del servicio pronto empezaron a requerir asignaciones del bellaco a las representaciones de Londres, París, Berlín, Dresden y Bruselas. Cuando volvía de tales misiones no había forma de sujetarle, aunque cada vez regresaba menos, hasta desaparecer a finales de 1819. La situación del Estado español se había vuelto para entonces tan explosiva que SCM acabó jurando, el 10 de marzo de 1820, la constitución de 1812. Tras aquello, un buen número de liberales, que habían preferido el exilio a la prisión, regresaron ávidos de tomar posiciones. Miniussir consiguió la fiscalía de la Capitanía General de Castilla la Nueva, en Toledo, un puesto en apariencia menor pero donde podía observar, en su conjunto, no ya qué cosas sucedían, sino cuáles tenían mayor aspecto de ir a suceder. Eran tiempos inestables, donde la exaltación romántica daba lugar a radicalismos extremos, los cuales inquietaban a los interesados en que nada cambiara. Era razonable que, dada la corriente ultrarromántica que atravesaba la infeliz España, el buen teniente coronel creyese haber dado con la mujer de su vida, la guapa señorita María del Carmen de Torrijos y Uriarte, la cual, nacida en 1796, era la hermana menor del glorioso brigadier José María de Torrijos, perseguido por sus convicciones liberales y que tras ser excarcelado era la luminaria del momento. Se casaron el 15 de diciembre de 1820, fecha desde la cual Torrijos sustituyó al general Álava como mentor del que a todas luces llevaba una carrera excepcional.

El convulso período comprendido entre 1820 y 1823 concluyó con la invasión de un ejército francés (los Cien Mil Hijos de San Luis) conducido por el Duc D'Angoulême. A los cien mil hijos que numerosos españoles atribuían no sólo a San Luis se opusieron pocas unidades. El Regimiento Barbastro, una de ellas, el 17 de mayo de 1823 se las vio en Castellterçol con la división del Général Donnadieu.

Miniussir, que lo mandaba, se llevó un tiro en el pecho, siendo evacuado a Barcelona. Se recuperó a tiempo de unirse a la defensa de Figueras, pero al capitular ésta le internaron en Francia. Quedó libre a los pocos meses, aunque las cosas en España no estaban para regresar. Así, como tantos y tantos otros, inició un exilio que terminaría diez años después, tras morir Don Fernando y decidir la reina regente que sería bueno recuperar los miles y miles de cerebros excelentes, la mayor riqueza de cualquier país, que su difunto marido había regalado a la competencia.

El Nicolás de Miniussir que regresó a España el 1 de noviembre de 1834 no tenía que ver con el que la dejó a mediados de 1823. Con los ideales extinguidos, siendo un extraño para su mujer y sus dos hijos, sus peores cicatrices no eran las que lucía en su piel de cuarentón. Los costurones de su alma eran peores. Sin dinero y sin contactos, y con su carrera estancada, sus oportunidades de prosperar dependían de su aura de liberal exiliado y del afán que le dejaran mostrar en sus cometidos. Tuvo la suerte de ser nombrado inspector de las comandancias de carabineros de Málaga y Granada, lo cual le supuso ponerse al frente de las fuerzas encargadas de perseguir partidas de bandoleros, endémicas en Sierra Morena. Le fue bien, pues al poco liquidó a la más temida, la de un tal Orejitas. Sabedor de lo que se jugaba se comportó *a la prusiana*, pasando por las armas a todos los que capturaba; en pocas semanas se acreditó como un despiadado defensor del orden, lo que le valió ascender a coronel y ser nombrado gobernador de San Felipe de Xátiva. En ese cargo mostró un ardor insuperable al combatir las partidas guerrilleras del general Cabrera y de un fraile apodado *Esperanza*, con tal éxito que a los pocos meses, el 9 de julio de 1836, fue trasladado al frente donde a la reina regente le apretaba más el zapato, el del Norte. Allí ya no se trataba de acosar guerrilleros y bandoleros, sino de participar en campañas a campo abierto contra fuerzas, las de Don Carlos María Isidro, tan regulares como las de su cuñada, la reina regente María Cristina de Borbón. El general en jefe del Ejército del Norte, Luis Fernández de Córdova, le confió primero un regimiento, el 15.º Extremadura, y después una de sus brigadas. Se distinguió de sus iguales de un modo sobresaliente, pasando a ser uno de los favoritos del general Espartero, al punto que, tras el éxito de la batalla de Luchana, que se alcanzó gracias a él, le propuso para el empleo de brigadier. Ahí acabó su buena suerte, pues resultó herido al cruzar el río Lichani. Pasó seis meses en Alhama de Aragón, convaleciendo. Al reincorporarse, a mediados de diciembre de 1837, fue nombrado comandante de Ciudad Real, lo que no era una canonjía, pues en La Mancha operaban dos fuerzas guerrilleras, mandadas por unos tales *Sabariego* y *Palillos*, contra los que no tuvo suerte, pues además de resultar zarandeado cerca de Malagón, en febrero de 1838 resultó herido en un pie. Se pasó en el dique seco el resto del año, el siguiente y la mitad del otro, para reincorporarse a mediados de 1840, con el país en relativa paz, a la capitanía general de Andalucía. En el entretanto se le había vuelto a distinguir, y no sólo con las

condecoraciones al uso, sino sumando a su antigüedad los años que pasó en el servicio austríaco, lo que a efectos de ascensos y pensiones era importante. Aun sin andar en fondos tenía suficiente para comprar una propiedad en Almagro, de las expropiadas a la Iglesia. Eran buenas tierras, pese a que sus anteriores propietarios las tuviesen abandonadas. Aún convalecía de su herida, lo que no le impidió marchar a Francia para visitar a sus amigos y establecer nuevos contactos, por lo que pudiera pasar. En Troyes tuvo tanto éxito en lo segundo que regresó a Madrid con una señorita de veinticuatro años —él tenía cuarenta y cuatro— llamada Sofía Kermarschii y George —un exótico cruce de francesa y polaco—, a la que unas veces presentaba como ahijada y otras como sobrina, un viejo ardid propio de los eclesiásticos que sólo pretendía salvar las formas, sin engañar a nadie. Su ahijada-sobrina dio a luz el 13 de agosto de 1841 un robusto varón que fue inscrito con el nombre de César Giorgeta Kermaschii, quedando adjudicada la paternidad a un espectral marido de la señora y ciudadano de Trieste llamado Gaudencio Giorgeta, del que nadie oyó jamás hablar, ni antes ni después de ser consignado en el registro de la madrileña Iglesia de San Martín, cuyo buen párroco estaba más que acostumbrado a mirar para otro lado.

La carrera del brigadier Miniussir prosiguió con más incomodidad de la que habría él deseado, ya que fue nombrado fiscal del consejo de guerra que se ocuparía del general Diego de León, el cual se había sublevado junto a su colega O'Donnell contra el regente, general Espartero. De resultas del proceso el general De León fue fusilado el 15 de octubre de 1841. Espartero, agradecido a Miniussir por lo bien que había cumplido su deber de severo fiscal, le otorgó una codiciada sinecura, presidir la junta de revisión de ordenanzas, y no mucho después, en mayo de 1843, le ascendió a mariscal de campo, nombrándole comandante general de Ciudad Real. No estuvo más de un mes en ese puesto, ya que viendo lo que al país se le venía encima pidió la baja por razones de salud, así como permiso para viajar a Austria y allí seguir un tratamiento médico, y así fue como quedó en una suerte de limbo militar, percibiendo sus haberes íntegros hasta cuatro años antes de su muerte.

Regresó en 1848, cuando las aguas de la política bajaban más tranquilas. Su intención era no salir de Almagro, viviendo como un respetable terrateniente, aunque al volver Espartero del exilio, en 1854, le fue a ver, por si habría para él un sitio en su gobierno, pero sin éxito; sus sesenta mal llevados no le hacían atractivo para un Baldomero Espartero, duque de la Victoria, que necesitaba savia fresca. En 1856 sufrió un derrame cerebral que le dejó en cama los doce años que aún viviría. Los últimos cuatro los pasó en Valencia, donde su hijo César prosperaba de un modo encomiable. Falleció allí el 5 de mayo de 1868. Sus restos reposan en el cementerio de Valencia, junto a los de Sophia Kermarschii —le sobrevivió doce años; nunca le abandonó—, su hijo César y su nuera Teresa. Cerca de siglo y medio después de su

muerte Nicolás de Miniussir está olvidado casi por completo. Queda tras él un excelente retrato que le pintó Federico de Madrazo en su mejor facha de mariscal — tenía cuarenta y nueve años—, donde se le advierte una prestancia impactante, y poco más, aunque cada vez que alguien termina de leer, por primera vez o revisándolo, el informe de Waterloo que Miguel de Álava escribiera la madrugada del 19 de junio de 1815 en la fonda Jean de Nivelles, el espíritu del guapísimo capitán Nicolás de Miniussir, de los Tiradores de Doyle, aletea de nuevo, siquiera un poquito.



Nicolas de Miniussir i Giorgeta, por Federico de Madrazo

Wilhelmine, Herzogin von Sagan (1781-1839), pasó los primeros meses de 1816 entre Viena y Praga, con su hermana Dorothee; después volvió a Viena, viajando de vez en cuando a Schlesien, a Italia y a Löbichau, donde vivía su madre. Mantenía su *salon* del Palm como un punto de reunión para todo aquel que pretendiera ser alguien, pero ya no era como antes, cuando Viena rebosaba personalidades extranjeras y ella tenía licencia para comportarse como le diera la gana. La sociedad vienesa, quizá por el luto de la corte —a la Kaiserin Maria-Ludovika se la llevó la tisis en abril de 1816—, había vuelto a ser muy formal y muy gazmoña, y pese a convenirse que a la temible Zahánská era mejor no hacerle feos, pues su influencia seguía siendo lo bastante poderosa para excluir a los que osasen, ya no era necesario adorarla. Un buen día, en 1819, anunció que se había casado en Löbichau con su administrador de los últimos años, el Graf Schulemburg. Un matrimonio que fue diseccionado sin piedad —el novio era un conde sin dinero siete años más joven—, siendo pocos los que imaginaron la verdad: la declaración del pobre diablo, que soñaba con ella desde hacía más de diez años, le pilló en una época muy baja, con los treinta y ocho en la estela y las cicatrices de su corazón asomándose a su rostro, desencantada por el fracaso de sus infinitas aventuras y deseosa como nada en este mundo de un enamorado del que se pudiera fiar. En esas condiciones era razonable que se preguntara ¿y por qué no?

Al poco de su boda inició una vida errante donde al frente de una cohorte de hijas, hermanas, amigas y sobre todo amigos —Schulemburg, realista, entendía que su esposa necesitaba sentirse deseada por jóvenes apuestos y ardientes; era, en cierto modo, el oxígeno de su alma—, raro era que pasara más de un mes en ninguna parte, aunque jamás en Viena; por razones que jamás explicaría, durante más de siete años se abstuvo de poner los pies en la ciudad donde tanto se la echaba de menos. Así, su fama de incisiva y acerada intrigante política, y de Cleopatra de las alcobas, comenzó a desvanecerse. Las nuevas generaciones aportaban escándalos magníficos, más que capaces de hacer olvidar los comparativamente inocentes de una duquesa que se convertía en una dama de mediana edad con bastantes achaques, y de cuya belleza cada día que pasaba quedaba un poco menos.

En 1828, con cuarenta y siete cumplidos y harta de su marido, le puso en la calle para iniciar una moderada vida familiar con sus hermanas vienesas, y de vez en cuando con Dorothee, con quien tenía mayor afinidad intelectual pero cuyo carácter, como el suyo, se iba volviendo complicado. Había vuelto a Viena dos años antes, sin esconderse; de nuevo «recibía» en su *salon littéraire*, donde la presencia del Kanzler Metternich era constante, sobre todo a raíz de la muerte de su segunda esposa, Antoinette von Leykam. Algunos ya se preguntaban si la pareja no estaría cocinándose un enlace de madurez, de personas que se habían amado ardientemente pero que por avatares de la vida no se pudieron unir en tiempos más propicios, a

favor de lo cual estaba el cúmulo de tragedias personales que acosaban al canciller y que a cualquier otro le habrían sumido en la desesperación —una esposa muerta de tuberculosis y otra de posparto, a las cuales se unieron todos menos dos, Leontine y Henrietta, de los hijos engendrados con la primera—, para quedar decepcionados cuando Metternich anunció su boda con Mélanie Zichy, a quien debió antes asegurar que su relación con la duquesa era estrictamente social. A la novia, que desconfiaba, le bastó una velada en el Palm para convencerse de que su prometido no mentía: la en tiempos fabulosa Vévodkyne Zahánská, por magnífica que hubiera sido, de ningún modo podría competir con ella, cuando menos en una cama. Lo llevase mejor o lo llevase peor, había dejado de ser una mujer de temer. Le amargaba, sobre todo, tener por delante una vejez donde no le faltaría de nada salvo compañía interesante, sin siquiera soñar que además fuera desinteresada. La soledad, lo que más temía, se le volvía insoslayable, y más desde que sus dos hijas supervivientes —la tercera, Clara Bressler, murió a los diecisiete años en un viaje por Italia— iniciaran sus propias vidas, sin excluirla pero lejos de Viena y explicablemente volcadas en sus incipientes familias.

El 29 de noviembre de 1839, en su casa de Viena, cerca de cumplir cincuenta y nueve y sin nada que lo presagara, se sintió sofocada según desayunaba; media hora después el primer médico en llegar comprobó que no respiraba. Las causas nunca se supieron, o no se hicieron públicas. Su hija Emilie sospechaba de un envenenamiento accidental, por culpa de los potingues que usaba para teñirse —su aversión a las canas era legendaria—, pero cuando su muerte dejó de ser noticia también eso se olvidó. Sus hermanas la enterraron en Viena; Jeannette habría querido hacerlo en Ratiborschitz, el lugar, según alguna vez dijera, donde más feliz había sido en su no muy larga vida, pero Pauline, su heredera, ya le buscaba comprador, y temía, con razón, que al nuevo dueño no le agradaría salir a dar una vuelta por el jardín y darse allí con el hostil espectro de Katerina Zahánská paseando entre sus rosas.



Wilhelmine-Katherine, Herzogin von Sagan, por Johann Ender(para la policia del barón Hager era 'Kleopatra von Kurland')

A **Charles-Maurice Talleyrand-Périgord, Prince de Talleyrand** (1754-1838), su sobrina le anunció a primeros de 1816 su intención de regresar una vez resolviera unos asuntos relacionados con su patrimonio. Entretuvo la espera dedicando su tiempo a restaurar su *château* de Valençay. Así hacía de la necesidad virtud, pues había sido expulsado de la corte; la culpa la tuvo un ataque de mal humor donde arremetió contra Decazes en presencia de varios correveidiles de Richelieu. Sus graves críticas, formuladas además en un lenguaje impropio de un obispo, le costaron una severa carta del rey, en la cual le «recomendaba» serenar su ánimo durante unos meses, lejos de la corte. Por mucho que aquello le indignase Louis no dejaba de tener razón, lo reconocía, ya que desde la marcha de Dorothée le costaba sujetar las peores facetas de su carácter. De paso se ahorraría la penosa obligación de consolar a Germaine de Staël. Sabía por Louise de Vaudémont, la que tan arriesgadamente había ocultado a Lavalette, que su antigua cómplice y amante se quejaba de que no la fuese a ver tras su episodio cerebral. Tenía razón, pero a él no le gustaba visitar a los moribundos. Prefirió retirarse a Valençay para ocuparse no sólo de las reformas, sino de su correspondencia delicada. Se traía entre manos, entre otras cosas, conseguir de Ferdinando I delle Due Sicilie un ducado para su sobrina. Las normas de la prelación, siendo ésta una simple condesa, le hacían quedar muy atrás en las recepciones y los besamanos; aparecer como duquesa, sin embargo, le haría estar delante de las princesas —las napoleónicas poseían mayor rango, pero se las despreciaba en todas partes—, y en general de todas las demás. De ahí que le consiguiera el ducado de Dino —un peñasco inaccesible, perdido en la costa de Calabria—; el recipiendario sería él, en reconocimiento a sus desvelos para que Ferdinando recuperase su trono, aunque al momento daría traslado a su sobrino Edmond. Así, cuando Dorothée regresara de su periplo —si era tan largo debía ser por coincidir con alguna *maladie de neuf mois*, lo que de ningún modo le afectaba; la inteligencia y la sabiduría rara vez son compatibles con los celos—, dejaría de ser la condesa de Périgord para volverse una duquesa de Dino distinta, más madura y más perfecta, si cabía.^[247]

El que Dorothée alumbrara una niña en Praga jamás ha podido demostrarse. Sí es seguro que cuatro años después, el 4 de febrero de 1820, un cochero de la Herzogin von Sagan llamado Johann Pankl —casado con Teresie Novotná, criada de la duquesa— inscribió una recién nacida con el nombre Barbora Panklová. En opinión de algunos era una niña prodigiosa, pues al momento de nacer, afirmaban, hablaba un checo excelente; además, correteaba por los campos que rodeaban el *zámek* (castillo) con la soltura y el empaque de una bestezuela cuatro años mayor. Hasta sus diecisiete disfrutó la dura infancia propia de su clase, aunque pudo acceder a una educación algo mejor de lo esperable, ya que la Vévodkyne no sólo se ocupaba de que así fuese, sino que, cuando pasaba unas semanas en Ratiborschitz, hacía llamar a la niña —por

entonces apodada *Barunka*, un diminutivo de Barbora—, se pensaba que a fin de verificar sus progresos. Su destino sería pasar a formar parte del servicio personal de la duquesa, como la envidiadísima Hannchen, lo que suponría no sólo vivir mejor de lo que Dios le tenía reservado, sino pasarse la vida por los prodigiosos mundos que se alzaban más allá de Náchod. Tenía diecisiete «legales» cuando se cruzó por su camino un funcionario estatal llamado Josef Nemeč, de treinta y dos, y aunque no era un prodigio de apostura, ni de talento, resultaba preferible a la tosca oferta local. La duquesa, que ya tenía cincuenta y seis, se lo tomó como una deserción, al punto que como regalo de bodas le dio unos pendientes que no valían nada para después borrarla de la poca vida que le quedaba. Desde ahí la que ya se llamaba Božena Nemečová disfrutó una existencia similar a la de cualquier checa de su condición: un marido autoritario que la trataba como a una cosa, parir un hijo tras otro y aceptar una pobreza tan atroz que con frecuencia se quedaba días enteros sin comer, pues lo poco que le daba su esposo era para sus hijos. El tal Nemeč era un patriota modélico, de los que ambicionaban un Estado propio separado de Austria. Eso dio lugar a que, sin él pretenderlo, Božena se relacionara con un naciente movimiento intelectual cuya seña de identidad era no hablar otra cosa que checo. Ella, como tantas otras desgraciadas, huía de su vida escribiendo lo que se le ocurría, más para consolarse que para ninguna otra cosa. Llegó a terminar diez colecciones de cuentos y un par de novelas; la primera, que tituló *Babicka* (Abuela), fue la obra de referencia del independentismo checo. No era una historia militante, sino el relato novelado de su infancia, del cariño que sentía por su abuela Magdaléna y de lo maravillada que se quedaba cuando un personaje denominado La Princesa entraba en escena; los exégetas de *Babicka* sostienen que la tal es un retrato de Katerina Zahánská, lo que resulta cuando menos aventurado porque rara vez hace otra cosa que preguntar, aunque, por otra parte, la duquesa quizá no hiciera otra cosa. Fuera como fuese, Božena siguió viviendo sumamente mal hasta fallecer en 1862. Para el público era una desconocida, pero nada más morir sus obras comenzaron a venderse. Siglo y medio después *Babicka* posee un *status* de *best seller*. Su origen biológico sigue siendo un asunto debatido, aunque no se discute que sus retratos y fotografías —vivió lo bastante para que le tomasen algunas— muestran cierto parecido con Karel Clam-Martinitz.

En el verano de 1816 Dorothée regresó con su tío, el cual, a su vez, había vuelto a ser admitido en la corte. Seguía siendo tan temido como admirado, a lo que ayudaba mucho que SCM le recibiera con frecuencia, quizá para que rebajase con sus lúcidos análisis las inciertas maravillas que le contaba Richelieu. Su influencia sería mayor o sería menor, pero buena parte de las razones que movieron a Wellington a proponer a su gobierno rebajar las obligaciones del II Tratado de París las escuchó cenando en el *hôtel* Talleyrand o en algún fin de semana en el *château* de Valençay. Así fueron

pasando los meses y los años, con la pareja viviendo en paz y felicidad, acrecentando su patrimonio, viajando a menudo, recibiendo a sus amigos y viendo crecer a los hijos de la duquesa, que se había separado formalmente de su marido Edmond, duque de Dino. El que se reconciliaran a mediados de 1820 causó cierta sorpresa, y más al saberse que la duquesa esperaba un nuevo hijo, el cual nació el 29 de diciembre —fue niña y se le impuso el nombre de Pauline—; a los pocos días del parto se volvieron a separar, con la evidente satisfacción del duque por haber logrado que su esposa liquidara previamente sus infinitas deudas. Pauline de Talleyrand-Périgord fue primero una niña muy bonita y después una joven muy hermosa; su tío-abuelo siempre le mostró un cariño muy profundo —era, para él, su pequeña *Minette*—, quizá para protegerla, ya que ni sus peores enemigos pudieron jamás atribuirle una inteligencia deslumbradora; en general, los más agudos murmuradores de la familia Talleyrand siempre la consideraron mucho menos lista que cualquiera de sus no reconocidos hermanastros, el conde de Flahaut, el pintor Delacroix y la baronesa Charlotte de Talleyrand-Périgord.



Charles, conde de Flahaut (dentro de los muchos hijos ilegítimos de Talleyrand, Flahaut fue el mejor considerado en vida)



Charlotte, Baronesa Alexandre de Talleyrand-Périgord (hija ilegítima de Talleyrand, muy apegada a su padre)



Eugène Delacroix; con el tiempo llegó a ser el más célebre de los hijos de Talleyrand



Pauline de Castellane; formalmente sobrina, pero se la tiene por hija de Talleyrand y Dorothee de Périgord; siempre estuvieron muy unidos.

Hasta 1830 Talleyrand y Dorothée vivieron entre París y Valençay, al que habían convertido en una de las mansiones rurales más interesantes del continente, a un punto tal que no haber sido invitado alguna vez a pasar allí unos días se consideraba prueba irrefutable de no ser nadie. Algunas invitadas, en otros tiempos apasionadas amantes de Talleyrand, pasaban allí largas temporadas. La que antes falleció (1821) fue la duquesa de Courlande; sus habitaciones pasaron a ser ocupadas por Louise-Auguste de Montmorency-Laval, princesa de Vaudémont, cuyas sábanas visitó Talleyrand en su camino a Estados Unidos y cuyo mutuo cariño jamás llegó a enfriarse, al punto que su apolítico *salon* del Consulado tenía en él a su visitante principal. Otra cuya presencia en Valençay era crónica fue Marie-Thérèse, princesa Poniatowska y condesa Tyskiewitz, que como las anteriores procedía de la excelente cosecha de los felices años sesenta; nunca fue muy bella, pero a cambio era divertida e inteligente, además de gran conocedora de la Europa central, pues por algo era sobrina del último rey de Polonia; el mutuo afecto que se tenía con Talleyrand y su sobrina —ésta jamás miró mal a las antiguas amantes de su tío; sólo a su esposa legítima— quizá lo demostrara el que a su fallecimiento Dorothée la enterrase junto al mausoleo reservado para él. Talleyrand se mantenía tan conectado con el poder como con la oposición, aunque apenas conspiraba. Sería preciso, pensaban él y su sobrina cuando D'Artois fue coronado Charles X, que éste se comportara como un completo idiota para que fuese desplazado del poder, pero sólo para comprobar, durante los seis años siguientes, que su estupidez superaba cualquier registro imaginable. Una de sus medidas más eficaces para ser expulsado de su país fue rodearse de ministros incapaces de trasladarle la realidad que se vivía en las cámaras, en el ejército, en los salones y en las calles. Vivían en un sueño de absolutismo tan extremo que no se daban por enterados de que la tierra se abría bajo sus pies. El primero de los tres presidentes de Conseil Privé que disfrutó Charles X, Jean-Baptiste de Villèle, quedó fuera del juego dos años después, cuando aquél, al revistar la Guardia Nacional, pensó que había vuelto al Lyon de 1815 y que aquellos facinerosos eran los *grogards* de MacDonald. Le sustituyó por el moderado Jean-Baptiste de Martignac, un buen hombre aunque no entraba en sus posibilidades hacerle comprender la situación; mantenerlo en el poder fue una pesadilla para los dos, y para el país, que permanecía estupefacto entre una familia real que no entendía nada y un primer ministro que no la convencía de nada. Charles le hizo dimitir en agosto de 1829 para designar a Jules de Polignac, cuyo talante y disposición eran tan extremos como los suyos, al punto de plegarse a un deseo pergeñado por Charles y D'Angoulême: abolir la libertad de prensa, disolver la cámara baja y atrasar varios años la convocatoria de nuevas elecciones, convencidos de que lo último que necesitaba Francia era una cámara electa incapaz de reconocer el divino derecho de

sus reyes a reinar sin restricciones.

Talleyrand, buen conocedor de la familia real, sabía interpretar sus intenciones a partir de sus nombramientos, y éstos sólo podrían conducir a una nueva revolución. Así, con cautela, comenzó a diseñar una nueva Francia donde de nuevo volviese a ser el hombre providencial que la salvara del desastre. Para eso necesitaba un proyecto de monarca que se dejase aconsejar, y que fuese igualmente aceptado por unas potencias europeas aferradas a sus absolutismos y por un pueblo francés cada día más republicano. Para lo primero deberían respetarse los principios de legitimidad, pues en otro caso alguno de los monarcas podría verse tentado de volver a la primavera de 1815; gracias a los dioses no sólo existía un candidato apropiado, sino que pedía su consejo: Louis-Philippe d'Orléans. Para lo segundo convenía conducir a la opinión pública por el camino adecuado, lo que hacía necesario servirse de la prensa. No con toda, pero sí con la influyente, y en ésta destacaba un caballero muy bajito llamado Luis-Adolphe Thiers, redactor político de un periódico moderado, *Le Constitutionnel*. Thiers era de los más asiduos al *hôtel* Talleyrand y a los *châteaux* de Valençay y Rochecotte, una mansión situada en un recodo del Loire que la duquesa de Dino había comprado al poco de nacer Pauline, con ánimo de restaurarla, embellecerla y que fuera no sólo una residencia veraniega donde aislarse del trasiego y la efervescencia de Valençay, sino una valiosa propiedad para en su día dejar a su hija. Thiers, como tantos otros, no sólo estaba seducido por la sabiduría, la experiencia y la clarividencia de Talleyrand, sino por la exquisitez, la belleza y la inteligencia de su *châtelaine*, la cual, según se insinuaba, le hizo hueco en su lista de amantes envidiables, con las bendiciones de su tío, que con suprema elegancia daba por bueno el peaje de compartirla de vez en cuando, pues él, mal que le pesara, ya no estaba en condiciones de contribuir muy a menudo a que le mejorara el humor.

El talante de Polignac hizo arreciar las diversas conspiraciones de Talleyrand. La principal cristalizó en enero de 1830, cuando reunió en Rochecotte, bajo la inspiradora presencia de Dorothée, a los periodistas más influyentes del momento: Adolphe Thiers, Armand Carrel, François Mignet y Auguste Sautélet. La duquesa hizo de partera en el alumbramiento de un periódico que llamarían *Le National* y cuyo fin sería estimular a los franceses a retornar al sendero de las libertades democráticas, el que Bonaparte se cargara un lejano 18 Brumario. Fue un momento decisivo en la historia francesa, ya que la revolución a que daría lugar cambiaría su futuro de un modo irreversible. Su similitud con el del verano de 1813 era innegable: de nuevo una Prinzessin von Kurland alumbraba en su idílica mansión campestre un acuerdo que, al cabo de unos meses, pondría Francia del revés. Lo que la Vévodkyne Zahánská inspiró en su *schloss* Ratiborschitz no se diferenciaba gran cosa de lo que su hermana la Duchessa de Dino contribuyó a dar a luz en su *château* de Rochecotte.

La situación hizo crisis en julio de 1830, cuando Charles X, su familia y el

gobierno Polignac se dieron con una rotunda mayoría liberal tras la celebración de las elecciones legislativas. Su reacción fue decretar unas medidas que llevaban meses rumiando: amordazar a la prensa, disolver la recién elegida cámara baja, reducir la cuantía de los futuros diputados para que los electos en distritos afines fueran mayoría, llamar a votar a partir de septiembre y desde ahí estirar los mandatos de forma que sólo se convocaran elecciones cuando a la corona le conviniera. Se le dio el nombre de «Ordonnances de Saint-Cloud», y aunque la mayoría de los periódicos se inclinó por acatarlas, con *Le Journal des Débats* y *Le Constitutionnel* a la cabeza, un gran número de redactores indignados se agrupó en las páginas de *Le National*, publicando un editorial devastador contra la corona y su gobierno. La policía, que al momento comenzó a secuestrar ejemplares y arrestar firmantes, se dio al atardecer con unas inesperadas multitudes hostiles. Talleyrand se mantenía informado, aunque, fiel a sus costumbres, las de paladear los días de *coup-de-état* del modo más alejado posible, no se movió de Valençay, ni lo haría mientras no tuviese claro quién había ganado. Al día siguiente, martes 27 de julio, el pueblo inauguró una tradición exquisitamente parisina: gritar «à les barricades!». Los disturbios comenzaron en el Palais-Royal, lugar excelente donde los hubiera para sublevarse contra los poderes públicos. Así comenzaron las *trois glorieuses journées de juillet*, del martes 27 al jueves 29 de julio de 1830, que acabaron no sólo con la dinastía borbónica, sino con la monarquía de inspiración divina.

Convencer a Louis-Philippe de aceptar el cargo de ciudadano-rey fue responsabilidad de Thiers, el cual no necesitó insistir para vencer la repugnancia del que, gracias a las profecías de Talleyrand —le llegaban a través de su hermana Eugénie-Adélaïde d'Orléans, en excelente sintonía con la duquesa de Dino—, lo veía venir desde hacía meses. Louis-Philippe necesitaba un gobierno con el que hacer frente a sus más graves problemas: la caótica situación interior y la desconfianza de las potencias aliadas, las cuales miraban a Francia como una fastidiosa exportadora de revoluciones. Al designar el 11 de agosto un gobierno temporizador (Molé, Laffitte, Perier, el duque de Broglie, Dupont de l'Eure, Guizot, Clauzel, Thiers y el barón Louis) pensaba que podría capear el temporal interior hasta que las aguas se calmaran por sí solas. El problema estaba en Asuntos Exteriores, donde necesitaba un ministro de primera para disuadir a los aliados de que comenzaran a invadirle; pensaba en Talleyrand, aunque se quedó perplejo cuando éste le dijo que la clave no era el ministerio, sino la embajada en Londres. Para lo primero le bastaría un buen diplomático, de los que Francia no andaba escasa, pero lo segundo, con Wellington acorralado por las revueltas y los *whigs*, requería un enviado que se pudiera entender con él en su críptico metalenguaje. Por su parte, nada le ilusionaría más que realizar aquel delicadísimo trabajo. Louis-Philippe no tardó en quedar convencido de que para él y para Francia no había mejor opción, de modo que aceptó la propuesta de

Talleyrand tras otorgarle los medios materiales necesarios para el éxito. Para evitar la guerra *le diable boiteux* debería sobornar a gran escala, lo cual requería contar con muchísimo dinero.

El que Louis-Philippe pidiera el *placet* para Talleyrand fue uno de los pocos alivios del abrumado Wellington en el verano de 1830. Su viejo aliado venía para garantizar la paz, así que mandó recibirle con todas las muestras imaginables de amistad y deferencia; no necesitó esforzarse, pues a Talleyrand y a su sobrina les precedía una reputación deslumbrante. La sociedad británica les examinó con indisimulada curiosidad, la cual quedó bien recompensada, pues la pareja no sólo reunía un asombroso caudal de inteligencia y encanto —además de, por parte de la duquesa, un atractivo que a nadie dejaba indiferente—, sino que, a diferencia de lo usual en los diplomáticos que infectaban Londres, hablaban un perfecto inglés; los miembros del gobierno y los altos funcionarios dominaban el francés, *lingua franca* de los tiempos, pero los aristócratas de la rancia Inglaterra eran otra cosa, lo que a menudo daba lugar a desencuentros lamentables; el que los representantes de la exquisita Francia se dirigieran a ellos en su idioma les causó la más grata de las impresiones, por lo cual a la pareja se le abrió de par en par el cerrado mundo de la nobleza tradicional, y a la duquesa el restringidísimo *salon* de la Queen Adelaide, de soltera Adelheid-Amalie von Saxe-Meiningen. La reina, un año más joven que Dorothee, había llegado al trono por una serie de carambolas, y aunque se llevaba bien con el vetusto William IV no dejaba de sentirse aislada, pues al haber vivido en Hannover la mayor parte de su juventud y los primeros años de su matrimonio padecía muy pocos íntimos en la corte de Saint James. Su francés oscilaba entre pésimo y horrible, y aunque su inglés era mejor agradecía la compañía de damas distinguidas que le hablaran en alemán. A Dorothee y Adelaide les bastaron minutos para ser las mejores amigas del mundo, lo que levantó los peores celos de la más feroz crítica de la primera, la princesa Lieven, la cual administraba el *salon* más selecto de Londres, pero al pasar la duquesa de Dino a ocupar el centro de la sociedad quedó eclipsada por completo.

Talleyrand y Dorothee no regresaron hasta el verano de 1834. Su misión fue un éxito, tanto con los *tories* de Wellington como con los *whigs* de Melbourne, lo que despertó los celos del ministro de Asuntos Exteriores, el conde Rigny, al cual no le gustaba nada que Talleyrand mantuviera con el rey su propio canal de comunicación a través de Madame Adélaïde. Talleyrand no quería discutir, de modo que renunció tras alcanzar un último éxito, un tratado multilateral entre Francia, Inglaterra, España y Portugal, para regresar a su añorado Valençay tras una última crueldad, declarar que con un ministro tan idiota como Rigny la diplomacia francesa jamás haría bien su trabajo, lo cual, amplificado por la prensa —Thiers la seguía controlando—, expulsó al otro a las tinieblas y al crujiir de dientes. Él, a partir de ahí, dejó de ocuparse del

futuro. A su edad no cabía pensar en ningún proyecto situado más allá del día siguiente, pues el que vivía bien podría ser el último, de modo que se conformaba con disfrutar los pocos que le quedaran en Valençay y en el más recogido Rochecotte, yendo a París sólo en invierno. Dorothee montó en Valençay una corte rotatoria, de modo que siempre hubiese alguien cuya conversación entretuviera las cenas, único momento del día en que al príncipe le apetecía ser sociable. A la cabeza figuraba un diplomático de treinta y cuatro años llamado Adolphe de Beaucourt, un tipo culto, discreto, inteligente y apuesto que había sido su secretario en Londres; Talleyrand le dictaba sus memorias, exigiendo que no se publicasen hasta mucho después de su muerte, cuando no quedase nadie que las pudiera refutar. También destacaban el barón de Barante, con el que Talleyrand compartió años antes las sábanas de Germaine de Staël, el barón Vitrolles, un viejo adversario que sentía por él un inmenso respeto —y uno aún mayor por la duquesa—, Molé, que aceptaba las invitaciones de Dorothee más por ella misma que por su viejo maestro, y Thiers, que solía venir con su extravagante mujer y sus nada convencionales cuñada y suegra, las cuales caían fatal a la refinada duquesa, pero consciente de que a su tío le gustaba charlar con Thiers jamás les puso mala cara. También llegó a ser habitual una dama británica llamada Henriette, hija de Sir George Canning y marquesa de Clanricard; era una de las aristócratas más estiradas de la estricta sociedad británica, pero había sucumbido a la fascinación de la duquesa —si su hermana mayor fue conocida por *Cleopatra de Courlande* a ella la llamaban, amigos y enemigos, la *Circe de Valençay*—, al punto que durante un tiempo se rumoreó que su amistad quizá fuese más allá de los límites que por entonces existían en el trato entre damas irreprochables situadas por encima de toda sospecha.

En el verano de 1837 les visitó la duquesa de Sagan, la cual ya no era la resplandeciente compañera, confidente y cómplice del Congreso de Viena, sino una bruja muy desagradable con la que resultaba imposible conversar no ya sin discutir, sino sin pelearse. Aquello apenó a Talleyrand, que a sus ochenta y tres años no estaba para disgustos; de ahí vino que las duquesas tuvieran unas palabras y que la de más edad comprobase que la pequeña Doda, por entonces de cuarenta y cuatro excelentes años, había desarrollado una lengua que sería la envidia de las más acreditadas víboras del Indostán. La duquesa de Sagan dejó Valençay derramando unas lágrimas muy amargas, lo que dos años después, al saber de su muerte, Dorothee sentiría de corazón, pero la vida era como era e incluso las más excelsas duquesas podían comportarse como las peores verduleras, siempre y cuando no las escuchase nadie.

Un visitante de otro tipo era Félix Dupanloup, *abbé* de Valençay. Soñaba con que Talleyrand volviese al redil; a éste le daba igual morir o no en el seno de la Iglesia, pero intuía que para la misma era un asunto tan importante que ya sabría recompensar a la duquesa y a sus hijos. Así, hacia la Navidad de 1837 comenzó una delicada

negociación entre la Iglesia y él, representados por Dupanloup y su sobrina, cuyo pronóstico, pese a la buena voluntad de todos, era incierto.

El 3 de marzo de 1838 pronunció, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el *Éloge* de Charles Rheinhard, el que le reemplazó como ministro de Asuntos Exteriores durante los cuatro últimos meses del Directorio y al que sustituyó tras el 18 Brumario. Había expectación por oír sus palabras, que se presentían últimas. Verle avanzar sostenido por dos ujieres reforzó esa convicción, pero cuando empezó su discurso, que iba más allá de un elogio al colega muerto, se aceptó que su cuerpo estaría gastado, pero no su mente, ni su voz, ni siquiera sus ojos, porque leía sin servirse de lentes. Lo que traía preparado no tenía que ver con Rheinhard, al que siempre consideró un buen secretario y poco más, sino con su concepción de la diplomacia y lo que significaba ser ministro de asuntos exteriores, un cargo para el que no valía cualquiera, pues requería unos dones que la naturaleza es tacaña en otorgar y que si se poseen deben perfeccionarse con esfuerzo y tesón, pero que no se pueden aprender. Fue una lección magistral sobre la diplomacia, una combinación de arte y profesión donde cerca de dos siglos después sigue costando dar con alguien que dispute a Talleyrand la categoría más elevada, la de ser ejemplo y guía para los que pretendan ganarse la vida con ella.

Su hermano Archambault falleció el 3 de mayo; Edmond y Dorothée se convertirían en duques de Talleyrand, Napoleón-Louis seguiría siendo duque de Valençay —lo era desde su boda con Alix de Montmorency— y Alexandre-Edmond sería el nuevo duque de Dino. Todo eso a Talleyrand le daba igual, pero a su sobrina no; bien sabía lo que significaba circular por Europa con un título mejor o peor. No llegaron a comentarlo, porque la primera cena que Talleyrand ofreció tras la muerte de su hermano fue también la última. Tuvo lugar el 12 de mayo, con una concurrencia reducida: Noailles, Montrond, la princesa Lieven y unos pocos más. Horas después comenzó a sentirse mal, pero aún necesitó tres días para dar por buena la versión final de su arrepentimiento, según la cual se confesaría de sus errores y pecados, comulgaría y recibiría la extremaunción. Lo último que perdió, antes de la consciencia, fue su sentido del humor, ya que no quiso firmar hasta el día siguiente (17 de mayo), cuando su reloj interno ya no contaba en horas, sino en minutos. La carta, escrita por su sobrina, era suave, nada de solemnes arrepentimientos ante la muerte y disparates así, absolutamente impropios de un hombre de su valía; no era más que una explicación tirando a displicente de por qué su vida fue como fue, rematada en que, aun así, le agradaba morir como un príncipe de la Iglesia. El chispazo de humor final tuvo lugar según recibía la extremaunción del inseguro Dupanloup, sorprendido de que le tendiera las manos para ser ungido en ellas, no como los moribundos vulgares, que deben conformarse con recibir los óleos en la frente. A su pregunta sin palabras respondió «es que soy obispo», y ya no dijo más.

Está enterrado en Valençay, donde casi la totalidad del municipio viene a ser un inmenso mausoleo dedicado a la memoria del príncipe Charles-Maurice de Talleyrand.



Charles-Maurice Talleyrand-Périgord por François Gérard

Dorothee de Talleyrand-Périgord (1793-1862) pensaba dejar Francia, donde se sabía simplemente tolerada —si en Prusia se la veía como una desertora, para las almas buenas del Faubourg de Saint Germain era una princesa prusiana camuflada—, pero no lo haría sin antes casar a sus hijos menores. Al segundo, flamante duque de Dino, le buscó una novia de dote inmensa, Valentine de Sainte-Aldegonde. A Pauline, que le preocupaba más, le consiguió un marqués perfecto, Henri-Charles de Castellane, al que se unió en el mismo 1839, recibiendo como regalo de boda el magnífico *château* de Rochecotte; ella conservaría Valençay, pero no el *hôtel* Talleyrand, porque prefirió venderlo al barón Rothschild por una suma descomunal, para tras eso cubrir las deudas acumuladas de sus irresponsables hijos varones, dejándoles claro que a partir de aquel momento sus problemas de dinero serían exclusivamente suyos.

Tras asistir al *Éloge* de Talleyrand que pronunció el buen Guillaume Brugière, barón de Barante, ya no le quedaba mucho por hacer en la Francia de 1839. Durante cinco años se dedicó a viajar, en parte por curiosidad mundana y en parte por mantenerse no muy lejos del último de sus amores, un aristócrata prusiano llamado Felix-Andreas, Fürst Lichnowsky, ciertamente agraciado y de aura por demás romántica, si bien era verdad que a finales de 1839 tenía veinticinco años, exactamente veintiuno menos que la duquesa. Los sentimientos que pudiera sentir por él no le apartaron de su vida errante, la cual estabilizó en 1844, al sentar sus reales en Berlín. Allí fue bien recibida, no tanto por el König Friedrich-Wilhelm IV como por su hermano Wilhelm, y muy en especial por la esposa del segundo, la Prinzessin Augusta. La corte de los Hohenzollern, pese a la pujanza de Prusia, seguía siendo un lugar muy provinciano; de ahí que todo el mundo se alegrara de contar con una celebridad como la duquesa de Talleyrand, que además de todo lo que pudiera ser era una princesa nacida en Berlín. Allí recibió una carta de su hermana Pauline, propietaria de Zahán. Sucedió que a la muerte de Wilhelmine su inmenso patrimonio pasó a las manos de una endeudadísima Pauline. La consecuencia fue un sistemático saqueo de las propiedades mobiliarias —hasta el último cuadro, el último mueble y la última joya—, unas liquidadas de un modo directo y otras en pública subasta. Una vez vaciados el Palm y las propiedades de Wilhelmine (Ratiborschitz, el *zámek* de Náchod y el de Zahán), llegó el turno de los predios en sí. El de Náchod —del que Ratiborschitz formaba parte— se lo quedó la familia Schaumburg-Lippe. El de Zahán era difícil de vender, por su tamaño, al punto que Pauline acabó por ofrecérselo a su hermana. Dorothee, que prefería negociar frente a frente, salió para Viena, donde comprendió que a Pauline le quedaban semanas, si no días. Al momento llegaron a un acuerdo: en su testamento Pauline repartiría Zahán entre Dorothee y su hijo Konstantin, con la condición para éste de vender su parte a su tía por un determinado valor. Pauline murió el 8 de enero de 1845. Meses después Dorothee pasó a ser la

plena propietaria del ducado, y no mucho más tarde, por licencia expresa del König Friedrich-Wilhelm, Herzogin von Sagan. Desde ahí dejó de ser Dorothée para volver a ser Dorothea, y también Ksiezna Zaganska; si a Mina le gustaba escribir su título en checo, ella se inclinaba por el polaco, ya que había encontrado la propiedad en un absoluto abandono y necesitaba, lo primero de todo, galvanizar a los apáticos indígenas. De su habilidad y su inteligencia, y de sus ganas de trabajar, dependería que Zahán recuperara el esplendor perdido, y a ello se puso el mismo enero de 1845. Sus recién adquiridos vasallos sabían que su nueva señora lo era también de Günthersdorf, el cual tenía fama de ser un paraíso; de ahí su esperanza en la Ksiezna Zaganska, que pese a su carácter distante a los pocos días demostró que a la hora de remangarse lo hacía como ellos. No en los campos, pero sí donde tenía que hacerlo. En los diecisiete años que fue Ksiezna Zaganska convirtió su propiedad en la más próspera de Silesia, la mejor organizada y donde los campesinos alcanzaban un mejor nivel de vida. Construyó escuelas, hospitales, carreteras, alcantarillado, puentes y canales, convirtiendo a los hijos de Zahán en unos afortunados, al menos en relación a la media de los campesinos polacos. No lo hizo sugiriendo ni proponiendo; lo suyo era el ordeno y mando. Era lo más opuesto a una demócrata, uno de los últimos ejemplos vivientes del despotismo ilustrado, pero en todo momento fue una déspota competente, lo que para las familias a sus órdenes resultó preferible a una hija de la revolución simpática y bondadosa, pero inútil de solemnidad. Siguió siendo, por supuesto, la hechicera *salonnière* de toda la vida, gracias a lo cual Zahán se convirtió en lugar de peregrinación para las cortes de Berlín, München y Dresden, pero de puertas adentro era la férrea princesa prusiana que nunca quiso esconder del todo su esencia.

El tiempo fue pasando, las revoluciones también —la de 1848 se llevó al insensato Lichnowsky—, y a la vez llegaron los inventos de la vida moderna. Detestaba el ferrocarril, como Wellington, aunque por otras razones; viajar, para ella, era un acto de placer en sí mismo, por lo cual su carroza estaba siempre dispuesta. Su manera de hacerlo, bastante anárquica —se paraba donde quería y cambiaba de rumbo cuando le daba la gana—, era incompatible con la rigidez ferroviaria, de igual modo que prefería los aromas naturales, incluyendo el de las boñigas de sus caballos, a la carbonilla de las locomotoras; en cuanto a la supuesta mayor velocidad del caballo de hierro, en absoluto la valoraba; los otros serían dueños de los relojes, pero el tiempo, como le sucedió a su tío, era suyo.

Su afición a no permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio —se movía sin parar entre sus propiedades, y a menudo llegaba tan lejos como a Berlín, Dresden, Viena, Praga y Karlsbad— fue, sin embargo, lo que le costó la vida: en 1861, viajando de Günthersdorf a Zahán, su carruaje perdió una rueda y volcó; ella quedó malherida, pero eso no fue lo peor, sino las largas horas que pasó bajo la lluvia y a la

intemperie, hasta que la rescataron. No llegó a recuperarse. Fallecería el 19 de septiembre de 1862, a los sesenta y nueve años, en su amado *schloss* Wallenstein, en Zahán, rodeada de sus hijos, sus nueras —Pauline se había quedado viuda muchos años antes—, sus nietos y algún biznieto.

Dorothea von Biron descansa en un pequeño mausoleo que hizo construir en la Kreuzkirche de Sagan. Allí reposan ella y su hermana Wilhelmine, cuyos restos había hecho traer de Viena. En otra iglesia de la ciudad, de culto evangélico, hizo sepultar los de su padre, su madre, los dos hermanos que murieron de niños y su hermana Pauline. Tiempo después su hijo Napoleón-Louis hizo llevar allí los de Johanna, la que más tiempo vivió de las cuatro hermanas, que había vuelto a ser luterana.

Zagan, siglo y medio después, no es un lugar que atraiga el turismo, salvo por la proximidad del famoso Stalag Luft III y su acreditado túnel Harry. Entre febrero y abril de 1945 resultó seriamente dañada. Tras la paz, muchos de sus habitantes, que pese a su origen polaco ya eran alemanes, se vieron forzados a dejar sus hogares y buscar refugio en la RDA o en la RFA; fueron reemplazados por campesinos desplazados desde más allá de Brest-Litowsk y cuyas tierras habían pasado a ser parte de la URSS. Ni sabían nada de las Von Biron ni les preocupaba que los soldados de la estrella roja, que se acuartelaron allí hasta 1991, se comportaran como una plaga de langosta. Ya tenían bastante con sobrevivir, aunque sí encontraron energías para destruir la iglesia evangélica —eran católicos fervientes— donde varios de los Von Biron estaban sepultados desde siglo y pico antes. La Kreuzkirche, que dejó de llamarse así, no sufrió daños adicionales a los propios de la guerra —era un templo católico—, pero nadie se ocupó de restaurarla. Su aspecto, en piedra gris y ladrillo rojo, era por demás siniestro, y aunque tuviera una cruz puesta encima no resultaba del gusto comunal.

Ese mismo siglo y medio después resulta posible ir de Berlín a Zagan en menos de dos horas. Los actuales habitantes no han hecho suya la historia prusiana, pero la metabolizan. A eso se debe que de la destruida iglesia evangélica de la Gracia se hayan restaurado el campanario y la cripta, y que los huesos que pudieron recuperarse del duque Peter y los suyos vuelvan a descansar allí. El grandioso palacio Wallenstein lleva camino de volverse centro cultural europeo, pero aún parece faltar para eso. La Kreuzkirche, por último, sigue siendo la misma iglesia neogótica desgachada y tétrica —desde 1945 se llama Kosciól Sw. Krzyza—; su interior es lo que merece la pena, y no sólo porque su valioso mobiliario haya sobrevivido de un modo milagroso, sino por albergar el mausoleo donde reposan las duquesas de Zahán. Dos bajorrelieves muestran sus rostros, de perfil, luciendo con orgullo el caballete de las Von Medem. No son obras de arte particularmente vistosas, pero al situarse frente a ellas con la debida concentración es posible sentir la presencia de dos de las más fascinantes europeas de todos los tiempos. Sólo por eso quizá no sea una mala idea

renunciar a un día de vacaciones en Berlín y dedicárselo a la Vévodkyne Zahánská y a la Ksiezna Zaganska.



Dorothee (Dorothea) de Talleyrand-Périgord, Condesa de Périgord, por François Gérard

Miguel-Ricardo de Álava y Esquivel (1772-1843) siguió como embajador en el VKN hasta julio de 1819, pasando en París la mayor parte del tiempo. Allí, el 9 de marzo de 1816, se le impuso el hábito de la Orden de Santiago y se convirtió en comendador de Hornachos. El 3 de junio de 1817 recibió la Cruz de Oro de 1.^a Clase de la Orden Nacional de San Fernando;^[248] le había sido concedida por sus méritos en la batalla de Vitoria, y por deferencia de SCM venía costeada por la Casa Real — el reglamento de la orden, de agosto de 1811, establecía que las cruces concedidas a jefes y oficiales deberían ser pagadas por los beneficiarios—; era otro guiño de Don Fernando, deseoso de hacerse con su alma, y como tal se lo tomó. Regresó a Vitoria en julio de 1819, con licencia por enfermedad. No tenía nada grave, pero la situación del país se había vuelto apasionante; ni se la quería perder ni verse fuera de las oportunidades que pudieran plantearse, ni dejar de proteger a su familia de un sartenazo de Su Cristiana Majestad. Cinco meses después, el 1 de enero de 1820, el coronel Rafael de Riego se sublevó en Las Cabezas de San Juan, reclamando la Constitución de Cádiz, abolida por SCM en 1814. Fue la primera de incontables algaradas y pronunciamientos, al punto que a Don Fernando, acorralado, no le quedó más opción que plegarse ante lo inevitable y aceptar, el 8 de marzo del mismo 1820, la vigencia de la tal Constitución, expresando su famoso pensamiento de aquella mañana, «marchemos francamente, yo el primero, por la senda constitucional», dando paso así a lo que la historia llamaría Trienio Constitucional.

El primer gobierno bajo la Pepa, presidido por Evaristo Pérez de Castro —hasta poco antes ministro en las ciudades hanseáticas; él y Álava se comprendían bien, por ser más desterrados políticos que verdaderos embajadores—, convocó elecciones. Álava no se presentó, pese a recibir apoyos de todas las facciones, las cuales se agrupaban en «doceañistas» o moderadas y «veinteañistas» o exaltadas. Se le propuso ponerse al frente de la milicia —una guardia nacional *a la española*—, y así preservar la precaria paz del país, lo que terminó por aceptar aunque nada convencido de que con el caos imperante pudiese hacerse mucho. El 18 de diciembre de aquel 1820 Pérez de Castro le ofreció la embajada de París, necesitado como estaba de apoyos internacionales y de compensar la desfavorable influencia que los enviados de Don Fernando ejercían en la reaccionaria corte de Louis XVIII. Tras pensárselo declinó el nombramiento, alegando mala salud, si bien lo que sentía era una profunda desconfianza. Los enfrentamientos entre moderados y exaltados producían una España ingobernable, y lo último que un embajador honesto podría representar era un gobierno en el que no confiara.

En septiembre de 1821 aceptó la capitánía general de Aragón. Tras eso, y ante una nueva convocatoria electoral, se presentó por Vitoria. Resultó elegido por clara mayoría, pues contra su nombre y en su ciudad era imposible competir. Así, con su

acta de diputado y tras renunciar a la capitanía general, arrumbó a Madrid más aprensivo que ilusionado pero dispuesto a trabajar. El 1 de mayo de 1822 fue nombrado presidente de las Cortes en sustitución de Cayetano Valdés, con setenta y tres votos a favor —los de la familia moderada— contra sesenta y nueve —los de la exaltada—; no lo fue mucho tiempo, ya que renunció el 31 del mismo mes, asqueado del vergonzoso comportamiento de sus verduleros colegas, en absoluto digno de un parlamento civilizado. Se quedó en su escaño sin apenas participar, aunque volvió a dirigir la milicia nacional el siguiente 7 de julio, cuando la Guardia Real se sublevó en Madrid, acabando su asonada en un combate contra la milicia, dirigida por Álava —se le nombró por ello Benemérito de la Patria—, en la usualmente pacífica Plaza Mayor. Ante aquella toma de posición de SCM, en cuya neutralidad nadie confiaba, volvió a caer el gobierno —el séptimo y último de moderados cautos, cuya cabeza era Francisco Martínez de la Rosa—, para formarse uno de volcánicos exaltados presidido por Evaristo San Miguel; sería el primero de los siete que padecería la desdichada España en lo que aún faltaba de Trienio Constitucional. Álava dudaba que fuese a durar más allá de unas semanas, pues las advertencias de Wellington eran inequívocas: como no logréis calmaros, y neutralicéis a Fernando, alguien os invadirá; no seremos nosotros, aunque tampoco nos opondremos.

El congreso de Verona comenzó el 20 de octubre de 1822. Participaron Austria (representada por el Fürst Metternich), Rusia (el Zar Alexander y el conde Nesselrode), Inglaterra (Wellington), Prusia (el Fürst Hardenberg y el conde Bernstorff) y Francia (el duque de Montmorency-Laval y François-René Chateaubriand). El problema español era el tercero del orden del día —pesaban más el de Italia y el de Turquía—, pero aun así se le prestó atención. No se tardó mucho en acordar que si Francia veía peligro de que se le contagiase una nueva y detestable revolución liberal *a la española* estaba en su derecho de protegerse, invadiendo España y devolviendo a Fernando de Borbón su poder absoluto. Salvo Inglaterra, que prefirió quedarse al margen —al no disfrutar un sistema de corte absolutista no encontraba razones para perseguir a los que no quisieran uno—, las potencias acordaron retirar sus embajadas de Madrid, tras advertir al gobierno español, si se le pudiera llamar así, que o deponía su capricho de padecer una constitución liberal o se verían obligados a intervenir.

Francia despachó un ejército de cuatro *corps d'armée* a las órdenes del Duc D'Angoulême, muy satisfecho con la misión porque la campaña sería un paseo militar y su prestigio como gran héroe de la patria se pondría, en consecuencia, por las nubes. La única incógnita, la posible reacción del populacho —los soldados franceses de 1823 eran tan franceses como los de 1808 a 1813; algunos incluso eran los mismos, y a ninguno se le había olvidado la peculiar forma de combatir que tenían los guerrilleros y la maestría de las mujerucas de los pueblos a la hora de

trocear gabachos—, la despejó Wellington, que lo sabía todo de luchar en España, con españoles y contra españoles. A su juicio, lo único que D'Angoulême debería cuidar sería no dar un paso sin poner el oro por delante, pagando religiosamente hasta la última hogaza que consumiera su ejército. El mejor antídoto contra el fanatismo patriótico español, en su experiencia, era el dinero en metálico. Bonaparte cometió un gravísimo error al requisar por las malas todo lo que necesitaba su enorme fuerza de doscientos setenta y cinco mil hombres, los cuales, no debía olvidarse, entraron en España no sólo de un modo pacífico, sino pagando. Los alborotos comenzaron cuando Bonaparte mandó cerrar la bolsa de los napoleones, cosa que Wellington tuvo en cuenta las dos veces que invadió Francia, siempre con el saco de las guineas abierto de par en par. Si D'Angoulême ponía cuidado en ese particular detalle tendría garantizado llegar a Cádiz en menos tiempo que Soult, disparando muy pocos tiros y sin apenas bajas.

D'Angoulême le hizo caso, y así, el 7 de abril de 1823, sus flamantes cien mil hijos penetraron en España por los límites oriental y occidental de los Pirineos. Se dirigió primero a Madrid, tras aplastar la episódica resistencia que ofrecieron unos cuantos regimientos despistados, y de allí siguió a Cádiz, donde se refugiaban el gobierno y los diputados, los cuales se habían llevado con ellos a un aterrado Fernando, que unos días se veía colgado y otros fusilado. Hacer de su temor realidad era la corriente de opinión mayoritaria, pero algunos de los más influyentes —costaba serlo en medio de aquel caos—, como el almirante Valdés y el general Álava, sostenían que no, que convertir a Fernando en un mártir al estilo de Louis XVI no tendría ninguna consecuencia positiva y sí muchas negativas. A eso se debió que le salvaran el pellejo, si bien y para ello debieron llevarle desde Cádiz al Puerto de Santa María en una falúa comandada por ellos mismos, Álava y Valdés; nada más dejar el bulto en tierra les bastó una expresiva mirada de SCM para dar todo el velamen y arrumbar a Gibraltar a su máxima velocidad. Aquello tuvo lugar el 1 de octubre de 1823, fecha en que acabó el patético Trienio Liberal, donde la exaltación, la crispación y la falta de serenidad de la clase política privó a España de su mejor oportunidad para volver a ser un gran país. Así comenzó lo que años después se dio en llamar Década Ominosa, en la cual SCM Don Fernando VII de Borbón implantó un régimen de terror tan absoluto como su fórmula política. En cuanto al Duc D'Angoulême, su aventura le salió prodigiosamente bien. Sufrió poquísimas bajas, el coste no llegó a la cifra presupuestada y cuando regresó a Francia lo hizo en loor de multitud, muy animada por un canto laudatorio que le dedicó su rendido admirador François-René de Chateaubriand:

Por aplastar a los españoles en un paseo,
por tener éxito donde Bonaparte fracasó,

por triunfar en la misma tierra donde los ejércitos de aquel gran hombre
sufrieron la adversidad,
por hacer en seis meses lo que él
no pudo hacer en siete años,
esto es una gran maravilla.

Por fortuna para Miguel de Álava los muchos amigos que había hecho en sus diez años de asociación con Wellington le permitieron no ya salir del paso, sino vivir bastante bien pese a que sus propiedades fueron incautadas por el primer gobierno de Don Fernando, el presidido por Víctor Damián Sáez y Sánchez-Mayor. Álava, previsor, había sacado del país una cierta parte, intuyendo lo que a él y a España se les venía encima, pero el caso fue que al llegar a Plymouth en una fragata británica, donde por si fuera poco se había machacado una cadera quedando seriamente averiado, no tenía un céntimo. Tampoco le haría falta, pues en el muelle le aguardaba el propio Wellington. De allí siguieron a su residencia de Stratfield-Saye, Hampshire, donde le había reservado una casa equipada con todo lo que pudiera necesitar un caballero, incluyendo su propio mayordomo. Allí viviría el general hasta 1826, al principio a las plenas expensas de Wellington y después a las suyas propias, cuando pudo comenzar a ganarse la vida.

En 1826 se mudó a Tours, porque la salud de doña Loreto no le permitía disfrutar el maravilloso clima inglés. No le costó conseguir de Charles X el permiso para residir allí —de la gestión se ocuparon Wellington y Talleyrand—, pues por mucho que se hubiera significado en la defensa de un sistema liberal, tanto él como D'Angoulême tenían presente que de no haber sido por él Fernando VII se habría unido al club fundado por Edward II de Inglaterra, del que su hermano y tío Louis XVI era el socio más reciente. La vida en Tours era distinta, pero en general agradable. La salud le mejoró —su mujer no era la única en agradecer que allí lloviera menos— gracias a los excelentes balnearios franceses, y así vivieron hasta 1833, cuando el 29 de septiembre la Divina Providencia se llevó a un Fernando de Borbón tan echado a perder que pese a sólo tener cuarenta y nueve años parecía un anciano decrepito.

Álava supo semanas después que, por resolución de la reina regente de 15 de octubre, había sido amnistiado. Al momento salió para Madrid, dejando a su mujer en Vitoria. Nada más llegar se supo propuesto para el Consejo de Estado y para prócer del reino; el secretario de Estado, Francisco Cea Bermúdez, le ofreció la embajada en Londres, donde se cocían asuntos de gran interés para España. Su reacción fue favorable, aunque antes de comprometerse quiso verificar la estabilidad del gobierno Cea, encontrando que no era pétrea. Su sucesor, nombrado el 15 de enero de 1834,

era un viejo conocido suyo, Francisco Martínez de la Rosa, y aunque no le inspiraba demasiada confianza le dijo que sí. Aún tardaría en incorporarse, pues el *placet* se demoraba por la desconfianza de Palmerston, ministro *whig* de Asuntos Exteriores, en el notorio amigo personal del peor enemigo de su gobierno, Wellington. El asunto llevaba camino de pudrirse cuando Melbourne cesó pillando a todo el mundo de sorpresa, empezando por Sir Robert Peel, de viaje por Italia, lo que dio lugar a que durante unos meses Wellington volviese a ser *premier*. Inglaterra concedió el *placet* nada más llegar Sir Robert. El 16 de enero de 1835 la reina regente le designó embajador extraordinario en la corte británica, para gran alegría de sus numerosos amigos ingleses, empezando por el encantado Wellington, a la sazón secretario de Asuntos Exteriores. Era la culminación de su carrera diplomática, pero ya tenía sesenta y tres años bastante castigados por sus muchas heridas de guerra; intuía que su vida pública no sería muy larga, y la personal tampoco, pero aun así se aplicó cuanto pudo en obtener las mejores condiciones en los contenciosos con Inglaterra, casi todos concentrados en la nefasta guerra civil que asolaba el país. La situación era tan inmanejable que meses después, el 7 de junio de 1835, Martínez de la Rosa presentó su dimisión. La reina regente ofreció el puesto a José Queipo de Llano, también moderado, pero éste cayó cuatro meses después. Los progresistas, conducidos por Mendizábal, apostaron por Álava, cuyo prestigio excedía con creces el de todos ellos. La reina regente lo aceptó, pero al llegar la comunicación a Santander, donde se hallaba el general, pues había venido desde Londres acompañando a la British Legion, la declinó en el acto, alegando que dada su mala salud serviría mejor a España desde su puesto en Londres que presidiendo el gobierno. Eso dejó el campo libre a Juan Álvarez Mendizábal, que tampoco lograría estabilizarse, pero al general Álava todo eso le daba igual. Sólo pensaba en retirarse, aunque se vio forzado a dejar la embajada de Londres y hacerse cargo de la de París, donde las relaciones con el gobierno de Louis-Philippe eran calamitosas, por su apoyo descarado al infante Carlos María Isidro. Su gestión tuvo éxito, consiguiendo autorización para que las guarniciones leales cercadas en los puestos fronterizos se aprovisionaran en Francia, o buscasen allí cobijo para no caer prisioneros de los carlistas. Si la situación en España hubiera sido estable sus éxitos diplomáticos le habrían lanzado a lo más alto, pero como era desastrosa nadie prestó atención; para todo el mundo era más interesante la sublevación de la guardia real en la Granja de San Ildefonso, la que tuvo lugar el 12 de agosto del fatídico 1836, cuyo resultado fue la segunda resurrección de la Pepa y la caída del gobierno moderado que desde hacía tres meses presidía Francisco Javier de Istúriz. El golpe lo inspiró el partido progresista, lo cual dio lugar a que Álava, muy asqueado, dimitiera de su cargo y volviese a Tours. La reacción del nuevo gobierno, presidido por José María Calatrava, fue desposeerle de sus honores y prebendas, aunque dos años después, tras

volver los moderados al poder, presididos por el incombustible Bardají, se le devolvieron en su totalidad, paso previo a pedirle se ocupara de la embajada en Londres, lo que aceptó el 14 de julio de 1838, con la misión de resolver de la manera más económica posible un gran entuerto financiero, la liquidación de los picos, palas y azadones de la British Legion. Terminada la guerra civil y con la reina marchando al exilio, expulsada por el brioso general Espartero, presentó la última de sus renunciaciones el 20 de marzo de 1841. No regresó a España de inmediato; prefirió dar un largo rodeo, visitando amigos y recorriendo lugares llenos de recuerdos; para su mujer era evidente que se despedía de la vida, lo que le causaba una gran pena, pero verle padecer sus múltiples dolencias le daba mucha más. Llegó a Vitoria el 8 de junio de 1843, con las justas fuerzas para renovar su testamento, dar cuenta de sus planes al ministro de la Guerra —los tenientes generales no se retiran nunca— y salir para Barèges, un balneario de los Pirineos al pie del Col de Tourmalet donde quizá lograra aliviar sus tormentos. Allí falleció el 14 de julio, sin apenas sufrir. En realidad, se lo llevó el agotamiento.

Recibió sepultura en el propio Barèges. Años después, en junio de 1884, sus restos fueron trasladados al cementerio de Vitoria, junto a los de su esposa. De allí ya no se han movido.

Dos siglos después del gran año de su vida son muy pocos los que se acuerdan del general Álava. En su ciudad le dedicaron una estatua muy poco afortunada, en el portalón de la Diputación Foral, y otra de mármol en el monumento conmemorativo de la batalla de Vitoria, en la Plaza de la Virgen Blanca, pero ésta es tan imprecisa que la mayoría de los que se acercan a verla piensan que se trata de Wellington y no del que salvó a Vitoria del saqueo británico. Salvo en Vitoria no hay muchos colegios, plazas, avenidas, calles o monumentos que honren su memoria, de haber alguno. Quizá sea el destino que merece no sólo por haber sido uno de los más grandes españoles de su tiempo, sino uno de los primeros auténticos europeos de nuestra torturada historia.



Álava, por Sir George Dawe

ILDEFONSO ARENAS

Majadahonda, octubre de 2012

La familia Bonaparte



Napoleón I en su coronación, por Gérard



Su Católica Majestad José I Bonaparte, Rey de España



Carolina Murat, née Bonaparte, por Gérard



Elisa Bonaparte, por Marie Benoist



Jérôme Bonaparte, ex-rey de Westfalia



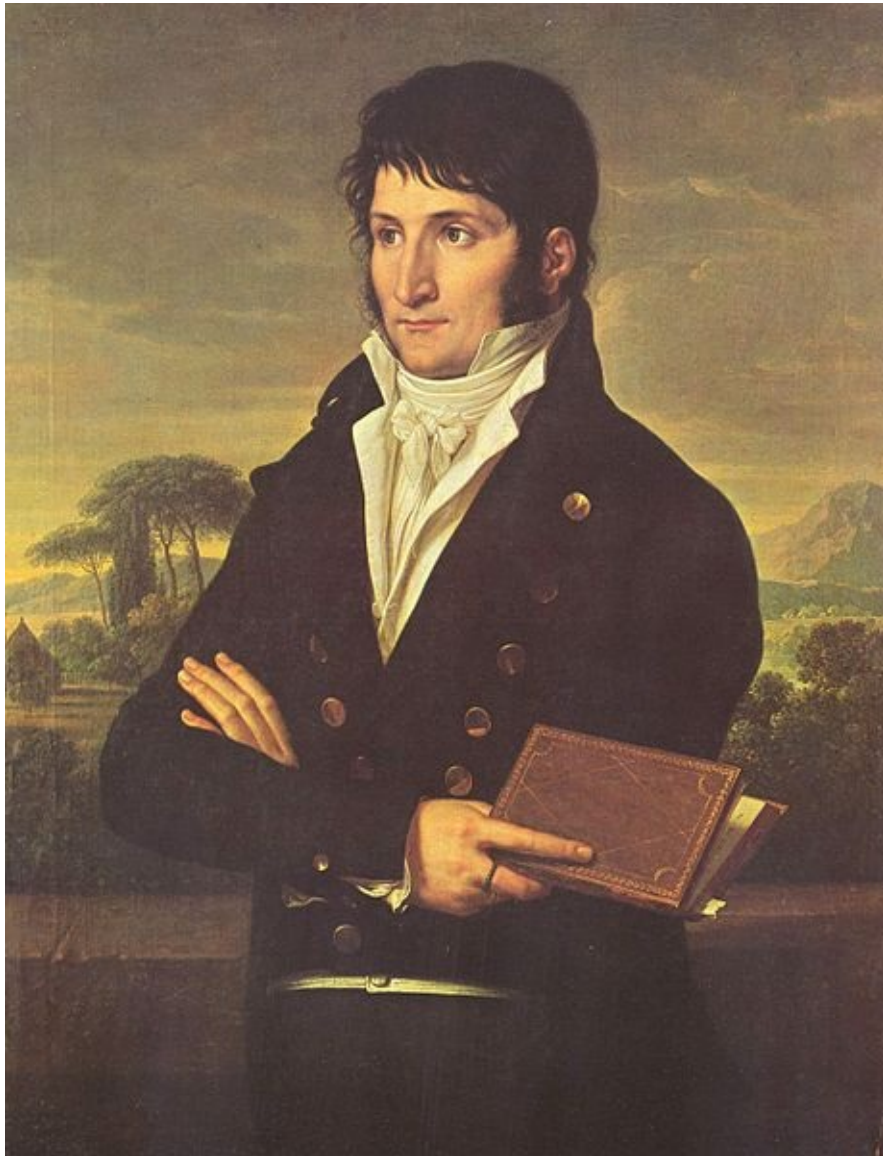
Josephine Bonaparte (Rose de Beauharnais), Emperatriz de Francia



Laetitia Bonaparte, Madame Mère



Louis Bonaparte, ex-rey de Holanda



Lucien Bonaparte, por Fabre



Marie-Louise Bonaparte, ex-Emperatriz de Francia por Lefevre



Paulina Bonaparte, Princesa Borghese

Bibliografía

Este libro es un conjunto de apuntes biográficos y reseñas históricas, y también es ficción. Es lo primero por recoger sucesos descritos en obras de consulta de veracidad acreditada. Es lo segundo por desarrollar dichos sucesos más allá de los datos conocidos. Los acontecimientos históricos aquí descritos son fidedignos hasta donde se ha podido contrastar, salvando el hecho de que sobre la inmensa mayoría de los acaecidos en 1814 y 1815 existen múltiples versiones, descripciones, interpretaciones y explicaciones. Quien se asome a estas páginas puede tener la seguridad de que aquí no encontrará una historia que contradiga los hechos. Los personajes quizá digan lo que no dijeron, porque se ignora qué dijeron, pero de ningún modo dejan de hacer lo que desde 1814 y 1815 forma parte de la historia. La siguiente bibliografía es la base de la que parten estas páginas; quien desee conocer en detalle la historia de 1814 y 1815 —nada sería más enorgullecedor que haber contribuido a despertar esa curiosidad— quizá pueda encontrar en ella una base desde donde iniciar su propia investigación.

Abella, Rafael, y Javier Nart, *Guerrilleros*, 2007.

Abrantes, Duchesse d', *Histoire des salons de Paris*, 1834.

Adkin, Mark, *The Waterloo Companion*, 2001.

Altamira, Rafael, *A History of Spain*, 1949.

Arrese, Daniel Ramón, *Apuntes biográficos de Don Miguel-Ricardo de Álava*, 1864.

Arrigon, J., *La Duchesse de Dino et les dernières années de Talleyrand*, 1955.

Artola, Miguel, *La España de Fernando VII*, 2008.

Asprey, Robert, *Rise and Fall of Napoleon Bonaparte*, 2001.

Barbero, Alessandro, *La Batalla: Historia de Waterloo*, 2004.

Bartel, Paul, *La Jeunesse inédite de Napoléon*, 1954.

Bauer, Frank, *Gerhard von Scharnhorst*, 2007.

Becerro de Bengoa, Ricardo, *El General Álava*, 1889.

Bernardy, Françoise de, *Le Dernier Amour de Talleyrand: la Duchesse de Dino*, 1956.

Berthier, Louis Alexandre, *Mémoires*, 1827.

Bertraut, Jules, *Madame Tallien*, 1946.

Blei, Fritz, *Talleyrand oder Der Zynismus*, 1984.

Brühl, Clemens, *Das Leben des Herzogin Wilhelmine von Sagan, Prinzessin von Kurland*, 1942.

Cabal, Juan, *La Emperatriz Josefina y Madame Récamier*, 1959.

Campbell, Neil, *Napoleon at Fontainebleau and Elba*, 1869.

- Carr, Raymond, *España 1808-1975*, 2003.
- Carrère, Casimir, *Talleyrand amoureux*, 1975.
- Chamans de Lavalette, Antoine-Marie, *Mémoires et Souvenirs du Comte Lavalette*, 1831.
- Chandler, David, *Waterloo, the Hundred Days*, 1988.
- Chateaubriand, François-René de, *Memorias de Ultratumba*, 2006.
- Chimay, Princesse de, *Madame Tallien, Royaliste et Révolutionnaire*, 1936.
- Chimay, Elisabeth de, *La Princesse des Chimères*, 1993.
- Christiansen, Eric, *The Origins of Military Power in Spain 1800-1854*, 1967.
- Clausewitz, Carl von, *On Wellington, a Critique of Waterloo*, 2010.
- Cooper, Duff, *Talleyrand, Duff Cooper* (1997).
- Corti, Conte Cäsar Egon, *Metternich und die Frauen*, 1948.
- Craig, Gordon A., *The Politics of the Prussian Army 1640-1945*, 1955.
- Creevey, Sir Thomas, *The Creevey Papers*, 1905.
- D'Arjuzon, Antoine, *Wellington*, 2003.
- D'Osmond, Charlotte-Louise, *Memoirs of the Comtesse de Boigne*, 1907.
- Dalton, Charles, *Waterloo Roll-Call*, 1890.
- Dard, Émile, *Napoléon y Talleyrand*, 1953.
- De Lancey, Magdalene, *A Week at Waterloo*, 2008.
- De Ros, Lady Georgina, *Personal Recollections of the Great Duke of Wellington*, 1889.
- De Vos, Luc, *The Four Days of Waterloo*, 2002.
- Delbrück, Hans, *The Dawn of Modern Warfare*, 1920.
- Delbrück, H., y G. Perz, *Das Leben des Feldmarschalls Grafen Neidhardt von Gneisenau*, 1880.
- Driault, Édouard, *Napoléon en Italie*, 1901.
- Eaton, Charlotte Anne, *The Days of Battle, or Quatre Bras and Waterloo*, 1853.
- Edmonds, Major-General Sir James, *Wellington's Staff at Waterloo*, 1933.
- Esdaile, Charles, *La Guerra de la Independencia, Charles Esdaile*, 2004.
- Feckes, Elizabeth, *Dorothea, Herzogin von Dino und Sagan*, 1917.
- Foulkes, Nick, *Dancing into Battle, a social history of Waterloo*, 2007.
- Fournier, August, *Die Geheimpolizei auf dem Wiener Kongress*, 1913.
- Fraser, Edward, *The soldiers whom Wellington led*, 1913.
- Fraser, Sir William-Augustus, *The Duke-Waterloo-The Ball*, 1889.
- García Cárcel, Ricardo, *El sueño de la nación indomable*, 2007.
- Glover, Gareth, *The Waterloo Archives: German Sources*, 2010.
- González de Echávarri, Vicente, *Alaveses Ilustres*, 1904.
- González Duro, Enrique, *Fernando VII, el Rey Felón*, 2006.
- Gorgaud, Général Baron Gaspar, *La Campagne de 1815*, 1818.

- Görlitz, Walter, *The German General Staff, its History and Structure 1657-1945*, 1953.
- Gronow, Lieutenant-Colonel Rees, *Reminiscences*, 1862.
- Grouchy, George de, *Mémoires du Maréchal de Grouchy*, 1873.
- Guedalla, Philip, *The Hundred Days*, 1934.
- Guirao, Ramón, *San Marcial y el paso del Bidasoa*, 2007.
- Gurwood, Lieutenant-Colonel, *Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington 1799-1818*, 1838.
- Hallard, Alys, *Madame Récamier*, 1906.
- Hamilton-Williams, David, *Waterloo, New Perspectives: the Great Battle Reappraised*, 1993.
- Haweis James, Walter, *The Campaign of 1815, chiefly in Flanders*, 1908.
- Henderson, Ernest, *Blücher and the Uprising of Prussia against Napoleon*, 1911.
- Hibbert, Christopher, *Napoleón, sus esposas y sus amantes*, 2002.
- Hibbert, Christopher, *Wellington, a personal history*, 1997.
- Hintze, Otto, *Preußische Reformbestrebungen von 1806*, 1943.
- Hofschröer, Peter, *Waterloo*, 2005.
- Hofschröer, P., *Prussian Cavalry of the Napoleonic Wars 1807-1815*, 1998.
- Hofschröer, P., *Prussian Reserve, Militia & Irregular Troops, 1806-1815*, 1996.
- Holmes, Richard, *Wellington*, 2006.
- Houssaye, Arsène, *Notre-Dame de Thermidor*, 1875.
- Hyde, Montgomery H., *The strange death of Lord Castlereagh*, 1959.
- Jackson, Basil, *Notes and Reminiscences of a Staff Officer*, 1903.
- Jomini, Antoine-Henry de, *The Political and Military History of the Campaign of Waterloo*, 1860.
- Jomini, Antoine-Henry, *Précis politique et militaire de la campagne de 1815*, 1839.
- Jomini, General Barón, *The Campaign of Waterloo*, 1853.
- Junot, Madame (Duchess d'Abrantes), *Memoirs of Napoleon, his Court and Family*, 1855.
- Kelly, Christopher, *The Battle of Waterloo and the Second Restoration of Louis XVIII*, 1818.
- Kirchiesen, Gertrude, *Die Frauen um Napoleon*, 1912.
- Knopf, Alfred A., *Waterloo*, 1979.
- Koch, H. W., *A History of Prussia*, 1978.
- Koch, H. W., *The Rise of Modern Warfare*, 1985.
- La Garde-Chambonas, Auguste de, *Souvenirs du Congrès de Vienne 1814-1815*, 1904.
- Lachouque, Commandant Henry, *Waterloo*, 1975.

- Lacour-Gayet, Georges, *Talleyrand 1784-1838*, 1934.
- Lamartine, Alphonse de, *Historia de la Restauración*, 1854.
- Larreina, Emilio, *La batalla de Vitoria*, 2009.
- Larrey, Dominique, *Mémoires de Chirurgie Militaire et Campagnes*, 1812.
- Leisching, Hugo, *Der Wiener Kongress*, 1893.
- Lennox, Lady Sarah, *The Life and Letters of Lady Sarah Lennox*, 1902.
- Longford, Elizabeth, *Wellington, Pillar of State*, 1969.
- Longford, Elizabeth, *Wellington, The Years of the Sword*, 1969.
- Lucas-Dubreton, Jean, *Le Maréchal Ney 1769-1815*, 1941.
- Ludovika, Kaiserin Maria, *Eugen Guglia* (1894).
- Ludwig, Emil, *Napoleon*, 1926.
- Lynch, John, *Historia de España: la Etapa Liberal 1808-1898*, 2007.
- Madelin, Louis, *Talleyrand, the amoral, unscrupulous and fascinating French Statesman*, 1948.
- Majchrzak, Jerzy Piotr, ... *wiecej niz zycie (Dorota Talleyrand-Périgord i jej czasy)*, 2004.
- Marston, James Edward, *The Life and Campaigns of Fieldmarschall Blücher of Wahlstatt*, 1815.
- Maxwell, W.H., *The Life of Field-Marschall His Grace the Duke of Wellington*, 1841.
- Mcguigan, Dorothy Gies, *Metternich and the Duchess*, 1975.
- Méneval, Baron Claude-François, *Napoléon et Marie-Louise, Souvenirs Historiques*, 1844.
- Mercer, General Cavalié, *Journal of the Waterloo Campaign*, 1927.
- Merejkovsky, Dimitri, *El Fin de Alejandro I*, 1969.
- Merejkovsky, Dimitri, *Vida de Napoleón*, 1962.
- Metternich, Prince Clement, *Mémoires*, 1880.
- Miller, D., *Lady De Lancey at Waterloo, story of duty and devotion*, 2008.
- Ministerio de Defensa, *Guerra de la Independencia*, volúmenes 8 y 9, 2007.
- Moreno Alonso, Manuel, *José Bonaparte, un rey republicano en el trono de España*, 2008.
- Müffling, Baron Carl von, *The Memoirs of Baron Müffling*, 1997.
- Müller, Paul, *Feldmarschall Fürst Windisch-Grätz*, 1934.
- Nemcová, Božena, *The Grandmother (Babivka)*, 2006.
- Nicolson, Sir Harold, *The Congress of Vienna*, 1946.
- Pabón, Jesús, *Talleyrand y el Congreso de Viena*, 1946.
- Palacio ATard, Vicente, *La España del siglo XIX, 1808-1898*, 1978.
- Paret, Peter, *Clausewitz y el Estado*, 1976.
- Paret, Peter, *Yorck and the Era of Prussian Reform 1807-1815*, 1966.

- Parkinson, Roger, *Clausewitz*, 1970.
- Pasquier, Étienne, *Histoire de Mon Temps, Mémoires du Chancelier Pasquier*, 1894.
- Pflaum, Rosalynd, *By Influence and Desire*, 1984.
- Pitt Lennox, Lord William, *Drafts on my Memory*, 1866.
- Pitt Lennox, Lord William, *Three years with the Duke, or Wellington in Private Life*, 1853.
- Posadas, Carmen, *La Cinta Roja*, 2008.
- Potiquet, Docteur, *Chateaubriand et l'hysterie*, 1912.
- Potiquet, Docteur, *Le Secret de Madame Récamier*, 1913.
- Queralt, María Pilar, *La vida y la época de Fernando VII*, 1997.
- Robert, Andrew, *Napoleón y Wellington*, 2008.
- Robinson, Major General C.W., *Wellington and the De Lancey Memorandum*, 1910.
- Saint-Denis, Louis-Étienne, *Souvenirs du mameluck Ali sur l'Empereur Napoléon*, 1926.
- Sallé, Alexander, *Politisches Leben des Fürsten Karl-Moritz von Talleyrand*, 1834.
- Sánchez Arreseigor, Juan José, *Vascos contra Napoleón*, 2010.
- Sanders, Edith, *Los Cien Días*, 1970.
- Santacara, Carlos, *La guerra de la Independencia vista por los Británicos*, 2005.
- Schick, Ingrid T., y Wilhelm v. Halem, *Das Bilderlexikon der Uniformen*, 1978.
- Scott, John, *Paris Revisited in 1815*, 1816.
- Scott, Sir Walter, *The Life of Napoleon Buonaparte, Emperor of the French*, 1834.
- Shaw Kennedy, General, *Notes on the Battle of Waterloo*, 1865.
- Siborne, Major General William, *History of the War in France and Belgium in 1815*, 1844.
- Siborne, Major-General William, *Waterloo Letters*, 1891.
- Sidney Britt III, Albert, *The Wars of Napoleon*, 1985.
- Simpson, James, *Paris after Waterloo*, 1853.
- Snow, Peter, *To War with Wellington, from Peninsula to Waterloo*, 2010.
- Sobková, Helena, *Katerina Zahánská*, 2007.
- Sotto y Montes, Joaquín de, *Síntesis histórica de la caballería española*, 1968.
- Stanhope, Earl of, *Notes of Conversations with the Duke of Wellington 1831-1851*, 1888.
- Summerville, Christopher, *Who was who at Waterloo*, 2007.
- Sweetman, John, *Raglan (Lord Fitz-Roy Somerset), from the Peninsula to the Crimea*, 1993.
- Thomazi, Auguste-Antoine, *Napoléon et ses marins*, 1950.

- Uffindell, Andrew, *Waterloo Commanders: Napoleon, Wellington & Blücher*, 2007.
- Uffindell, Andrew, *Great Generals of the Napoleonic Wars and their battles, 1805-1815*, 2003.
- Ullrichová von böhlau, María, *Metternich-Wilhelmine von Sagan: Ein Briefwechsel, 1813-1815*, 1966.
- Unger, W., *Gneisenau*, 1914.
- Urrutia, e., *Miguel Ricardo de Álava*, 1926.
- Valentini, Georg-Wilhelm von, *Der Kleine Krieg*, 1833.
- Villepin, Dominique de, *Los Cien Días*, 2005.
- Von Binzer, Emilie, *Drei Sommer in Löbichau*, 1877.
- Von Bunsen, Marie, *Talleyrands Nichte, die Herzogin von Sagan*, 1935.
- Von Jagwitz, Friedrich, *Geschichte des Lützowschen Freikorps*, 1892.
- Von Pivka, Otto, *Brunswick Troops, 1809-1815*, 2001.
- Wagener, Françoise, *Madame Récamier*, 1986.
- Zamoyski, Adam, *Rites of Peace: the fall of Napoleon and the Congress of Vienna*, 2008.
- Ziegler, Philip, *The Duchess of Dino, Châtelaine of Europe*, 1962.
- Zweig, Stefan, *Fouché, el genio tenebroso*, 2007.



ILDEFONSO ARENAS ROMERO. Español de nacimiento, es consultor. Ha trabajado para diversas compañías multinacionales de la industria informática, y ha residido en varios países. Aparte de un cierto número de textos profesionales, ha publicado un par de obras de ficción, ambas bajo seudónimo. *Álava en Waterloo*, su tercera obra extensa, se inspira en un año especial en la vida de una figura histórica, el teniente general Miguel-Ricardo de Álava y Esquivel. El año es 1815, y a través de sus ojos, y los de algunos otros personajes históricos que le fueron muy próximos, el lector puede asomarse a los decisivos acontecimientos que sucedieron ese año.

En la imagen, el autor en el lugar de la batalla.

Notas Andante

[1]Cargo equivalente al actual presidente del Gobierno de España. <<

[2]Su Católica Majestad. Los farragosos protocolos de las administraciones públicas españolas de la época obligaban al uso de acrónimos, si bien sólo por escrito. De palabra era preciso pronunciar hasta la última sílaba. <<

[3]Término de origen francés, sumamente internacionalizado. Su equivalente castellano es ayudante de campo. La horrible palabra *edecán* es una españolización lamentable del original francés.<<

[4]Sir Samuel Ford Whittingham, Lieutenant-General of the British Army y teniente general de los Reales Ejércitos. Don Fernando quiso hacerle secretario de Estado de Guerra, pero el embajador Wellesley le obligó a declinar el ofrecimiento.<<

[5] Cargo equivalente a Defensor del Pueblo.<<

[6] Con Pepe Botella, Rey Plazuelas, El Títere y Rey de Copas, el más popular apodo
de José I (1808-1813).<<

[7] José O'Lawlor llegó a teniente general. Fue gobernador de Granada y administrador, por cuenta de Wellington, de las fincas Soto de Roma y Dehesa Baja de Íllora, propiedades expropiadas a Godoy que las Cortes de Cádiz le donaron en 1813.<<

[8] El nombre del país era Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, pero a principios del XIX Inglaterra era más usual.<<

[9] Los empleados de la Real Casa fueron sometidos en 1814 y 1815 a un proceso de purificación, a fin de verificar su lealtad.<<

[10]Este cuadro, un óleo sobre lienzo de dimensiones 294 x 240 cm., suele exponerse en Apsley House, Londres.<<

[11]El texto entrecomillado es una transcripción literal. En el original no hay tildes.<<

[12] Dos siglos después se opina que padecía una deformación de origen genético, llamada síndrome de Marsan.<<

[13]El palacio Questenberg-Kaunitz está en el número 5 de la Johannesgasse, en el centro de Viena y muy cerca de la Cancillería —en la Ballhausplatz—, que era la sede formal del congreso.<<

[¹⁴]Obispo de Autun. Título eclesiástico al que Talleyrand jamás renunció, según él porque imprimía carácter.<<

[15]Príncipe. Título germánico, propio de una autoridad administrativa o militar.<<

[16] Apodo popular de la reina Marie-Antoinette.<<

[17]Farolas. Durante la revolución de 1789 era frecuente que partidas de ciudadanos malhumorados se plantaran frente a residencias de nobles espantados al grito de *à la lanterne!*, con evidentes intenciones de colgarles de las mismas.<<

[18]En el congreso participaban cuarenta y cinco Estados o ciudades-Estado. Los representados por sus soberanos eran Austria (Österreich), Prusia (Preußen), Rusia, Dinamarca (Danmark), Baviera (Bayern), Württemberg, Baden, Saxe-Weimar, Saxe-Coburg, Braunschweig-Wolffenbüttel, Nassau, Hessen, Aremberg, Schaumburg-Lippe, Neuwied, Salm-Kyrburg y Solms-Braunfels. Los que enviaron un plenipotenciario fueron Inglaterra (United Kingdom of England and Ireland), Francia (France), España, Portugal, Nápoles y las Dos Sicilias, Suiza (Confœderatio Helvetica), Países Bajos (Nederland), Suecia (Sverige), Lombardía-Cerdeña, Sajonia (Sachsen), Saxe-Hildburghausen, Saxe-Gotha-Meiningen, Oldenburg, Mecklenburg-Strelitz, Anhalt, Reuß, Lippe-Waldeck, Detmold, Schwarzburg-Sondershausen, Hohenzollern-Sigmaringen, Schwarzburg-Rudolstadt, Hollenzollern-Hechingen, Löwenstein-Wertheim-Freudenberg, Lübeck, Hamburg, Bremen, Frankfurt-am-Main y los Estados Pontificios.<<

[19]Ann-Dorothea-Charlotte von Medem; los textos en español la tratan de duquesa de Curlandia, los franceses como Duchesse de Courlande, los británicos como Duchess of Courland y los alemanes como Herzogin von Kurland.<<

[²⁰]La forma polaca, Zagan, es la oficial desde 1945, cuando la Baja Silesia se unió a Polonia y la Alta a Checoslovaquia. En 1785 su nombre correcto era Zahán, expresión checa, por entonces lengua dominante en Silesia (en alemán, Schlesien). La pronunciación, en francés y en alemán, es Sagan; a eso se debe que suela escribirse así, aun siendo una forma impropia.<<

[²¹]Baja Silesia. La norma del Congreso de Viena era respetar los nombres de las personas y de los lugares que tuvieran en su país de origen, y de no ser posible, como en el caso de los escritos en alfabetos no romanos, los que tuvieran en francés.<<

[22] Las cuatro hijas de los duques de Kurland ostentaron el título de Prinzessinen von Kurland mientras fueron solteras.<<

[23] Mary von Steinach, Clara von Bressler y Emilie von Gerschau. Les dio una exquisita educación, impensable para las niñas de su tiempo, empezando por inscribirlas en el más acreditado de los colegios vieneses, el de Madame de Brévilliers. Emilie, de casada Von Binzer, llegó a ser una novelista conocida, así como la mejor biógrafa de Wilhelmine von Biron.<<

[24]Policía Superior y Junta de Censura.<<

[25] Situado en el distrito Gmina Lwówek Śląski, el cual forma parte de Polonia desde 1945, hoy se llama Skala.<<

[26]Diablo cojo; era el apodo más extendido de los muchos que disfrutó Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord.<<

[27]Dorothea llegó allí escoltada por el capitán Lafontaine, un ayudante del general Saint Hilaire, gobernador de Berlín. El carruaje fue atacado por una partida de merodeadores y el apuesto Lafontaine cayó herido. La romántica Dorothea, que le cuidó día y noche durante diez semanas, inauguró con él la larga lista de hombres de los que se enamoraría sin poderlo remediar.<<

[28] Textualmente, *Merde dans un bas de soie!* <<

[29]Prenda de cabeza de forma cilíndrica; su origen parece ser húngaro —la palabra *chacó*, y sus equivalentes en inglés, francés y alemán, deriva del húngaro *csákós*—; comenzó siendo utilizada por las unidades de caballería ligera, pero en 1815 era, en sus infinitas variantes, la prenda de cabeza común para la tropa y la suboficialidad de los ejércitos europeos.<<

[30]Real Ejército Prusiano.<<

[31]Teniente primero. Su rango equivalente en el ejército español es teniente. Leutnant equivale a alférez, Hauptmann o Kapitän a capitán, Major a comandante, Oberstleutnant a teniente coronel y Oberst a coronel.<<

[32] Sacro Imperio Romano-Germánico.<<

[33] Desde 1945 se llama Pokoju Kosciól Swietego Ducha y es el principal atractivo turístico de Jawor (la Jauer prusiana); es la mejor conservada —el mantenimiento lo paga la BRD— de las tres iglesias protestantes que se construyeron en Polonia —en madera, sin cimientos, sin piedra y sin clavos— a raíz de la paz de Westfalen, la que puso fin a la guerra de los Treinta Años.<<

[34]Nobleza territorial prusiana, muy apegada al ejército.<<

[35]Academia de la Guerra (también llamada Kriegsschule). Fue el núcleo fundacional del futuro Alto Estado Mayor Alemán.<<

[36]Intendente general.<<

[37] Jefe del Estado Mayor del Ejército de Silesia.<<

[38]Guerra de Liberación Nacional, junio de 1813-abril de 1814.<<

[39] Los rangos del generalato prusiano eran Generalmajor, Generalleutnant, General (de Infanterie, Kavallerie o Artillerie) y Generalfeldmarschall. Equivalían a brigadier, mariscal de campo, teniente general y capitán general.<<

[40]El de general de los Reales Ejércitos, en 1814 —aún estaba en vigor la Real Ordenanza de 1768 —, era similar para los cuatro empleos, con mínimas diferencias en la prenda de cabeza y en las bocamangas.<<

[41]En la acepción francesa de los tiempos, palacio urbano.<<

[42]British Mediterranean Fleet, o Flota Británica del Mediterráneo. Dentro de las diversas flotas que a lo largo de la historia desplegó la Royal Navy, la BMF es la que se remonta más en el pasado, nada menos que a 1665. Operó hasta 1967.<<

[43] Extensión del Hofburg construida en 1705. Consta de dos salas; reformadas con acuerdo a los últimos avances, aún recuerdan las mágicas estancias donde tantos bailes de máscaras —*redoutes*— se celebraron a lo largo del Congreso de Viena.<<

[⁴⁴]Duquesa, en alemán. Herzog equivale a duque; Erzherzog/ Erzherzugin a archiduque/arquiduquesa.<<

[45]El Sistema Métrico Decimal, establecido en Francia en 1799, se debió al impulso de Antoine-Laurent de Lavoisier, desde 1790 secretario y tesorero de la Comisión de Pesos y Medidas; guillotinado en 1794, no pudo ver su obra terminada.<<

[46] Una libra esterlina de 1815 equivaldría a 50 de dos siglos después.<<

[47]El más popular de los diversos apodos que los parisinos daban a la guillotina.<<

[48]Doble tratado firmado en Osnabrück y en Münster, en el año 1648, que puso fin a la guerra de los Treinta Años.<<

[49]Nombre popular de las monedas de oro de 20 o de 40 francos, de curso legal en Francia desde los primeros días del I Imperio. La de 20, de 21 mm de diámetro, contenía 6,45 g. La de 40, de 26 mm. 12,9 g. a un mismo 90% de pureza.<<

[50]Ése era su nombre austroalemán. Desde 1945 se llama Ratiborice, su nombre checo.<<

[51]Verenigd Koninkrijk der Nederlanden. En su breve vida —desapareció el año 1830, al segregarse las provincias suroccidentales para formar el reino de Bélgica e independizarse, a su vez, el Gran Ducado de Luxemburgo—, el Reino Unido de los Países Bajos fue más conocido por las siglas de su nombre holandés, VKN, sin duda por razones de simplificación.<<

[52]Cuatro reinos, un electorado, seis grandes ducados, trece ducados, cuatro ciudades-Estado y once principados. En total, 39 Estados de habla alemana, más o menos tutelados por el Reino de Prusia y el Imperio Austríaco.<<

[53]El ducado, *ducat* o *dukat* era una moneda de oro —*goldmünze*— de 3,50 gramos de peso. De origen veneciano, desde hacía cinco siglos se usaba en transacciones internacionales de tipo restringido, usualmente entre particulares.<<

[54]Principado, pero no en el sentido español. Un Fürstentum era un ente gobernado por un Fürst, no por un Prinz. Su rango de importancia entre los Estados que compusieron el Sacro Imperio Romano-Germánico (Heiliges Römisches Reich), y que luego conformaron la Confederación Germánica (Deutscher Bund), era el de nivel inferior, tras la ciudad-Estado, el ducado (Herzogtum), el gran ducado (Großherzogtum), el electorado (Landgrafschaft) y el reino (Königreich).<<

[55]Príncipe de la corona o príncipe heredero del trono.<<

[56] Más conocida por el impropio nombre Nach Wacht, se expone en el Rijksmuseum de Amsterdam.<<

[57] Sobrenombre que desde tiempo inmemorial padece la marina militar francesa.<<

[58]MP; abreviatura común, ya en 1815, de Member of Parliament, o miembro del Parlamento.<<

[59] Sir Francis Walsingham. Embajador de Inglaterra en París; le tocó presenciar la Massacre de la Saint-Barthélemy.<<

[60]Se podría traducir por Guillermito el Esbelto. Era un apodo de connotaciones irónicas, pues el príncipe Willem no pasaba por delgado. Poseía, eso sí, un cuello singularmente largo, además de nada grueso.<<

[61]Con el tiempo pasó a llamarse Boulevard des Capucines.<<

[62]King's German Legion, o Legión Alemana del Rey. Unidad de mercenarios alemanes, compuesta por varios regimientos de infantería, caballería y artillería. Se creó en 1803, al apoderarse Francia de Hannover, propiedad de la corona británica — su Kurfürst o elector era George III, rey de Inglaterra—; la mitad de sus soldados rechazaron servir bajo bandera francesa, prefiriendo marchar a Inglaterra y formar allí una unidad que, a todos los efectos, era una extensión del ejército británico.<<

[63]El padre Klemens Maria Hofbauer, fallecido en 1820, fue canonizado por Pio X en 1909. Es el santo patrón de Viena.<<

[64]No se acuñaron más. Hasta la introducción del sistema métrico siguió valiendo lo que había valido con más frecuencia, que no siempre: veintiún chelines. Hoy equivale a una libra y cinco peniques, aunque rara vez se usa fuera de los hipódromos.<<

[65] Apodo que Sir Charles Stewart se ganó al poco de llegar a Viena, tras una disputa callejera con un cochero nada respetuoso con los aristócratas borrachos. El conflicto, resuelto por *knock-out* a favor del cochero, fue universalmente celebrado.<<

[66]El Graf Radetzky, el Freiherr Binder, el Freiherr Wassenberg y el plebeyo Hudelist, único que sabía por dónde andaba.<<

[67]Pablo Morillo era un sargento de treinta años al comenzar la guerra de 1808. Hijo de campesinos zamoranos, ingresó en la Infantería de Marina al cumplir once. Sus ascensos se debieron a méritos en combate. A los treinta y tres era brigadier, y a los treinta y cinco, en reconocimiento a su valentía en Vitoria, Wellington propuso su ascenso a mariscal de campo. Fue quizás el mejor ejemplo en el bando español de lo que auguraba Bonaparte, que «todos los soldados rasos llevan en sus mochilas un bastón de mariscal».<<

[68]Solía abreviarse a DQMG (intendente general adjunto).<<

[69]En 1819, siendo capitán general de Nueva Granada, mandó ejecutar al colombiano Francisco de Caldas, matemático muy apreciado por su saber. Una comisión de profesores y científicos le pidió clemencia, alegando la talla intelectual del reo. Fiel a sus convicciones contrarias al saber les despachó con un seco «España no necesita sabios» que quizá siga vigente.<<

[70] Si bien pertenece a Italia desde 1954, fue parte del Imperio Austríaco entre 1382 y 1918.<<

[71] Título nobiliario austríaco de segunda categoría; era equivalente al inglés *esquire* o al español *señor*. <<

[72] Término político británico muy universalizado; se podría traducir, en castellano coloquial, por pájaros y flores.<<

[73] Young Frog & Old Frog, respectivamente.<<

[74] Sir Charles Lennox, primer hijo varón de los duques de Richmond, usaba el título de Lord March (Earl of March). <<

[75] Desde 1947 se llama Porto Azzurro.<<

[76]Esta espada, que durante muchos años estuvo perdida, se exhibe en el National Army Museum, Londres.<<

[77]Institución holandesa. La República de las Siete Provincias estaba presidida por un *stadhouder*, cargo que sería el de un presidente de no ser hereditario. El último se llamó Willem V y fue expulsado en 1795 por los ejércitos de la Convención. Casado con la princesa Wilhelmine von Preußen engendró al que con el tiempo sería Willem I del Reino Unido de los Países Bajos.<<

[78]Jinetes de caballería ligera, similares a los húsares aunque adiestrados para operar en grandes formaciones —los húsares preferían actuar en pequeños grupos—; guardaban con ellos una relación similar a la de los *grenadiers-à-cheval* con los dragones.<<

[79]Corrupción francesa del término inglés *the riding coat*, o capote de cabalgar.<<

Notas Allegro con Grazia

[80] *Ragusade* es un término de argot, muy francés. Se origina en la defección del Maréchal Marmont, Duc de Raguse, que el 2 de abril de 1814 pactó la neutralización de sus veinte mil hombres. Bonaparte, cuando lo supo, sólo dijo que Marmont le daba el golpe de gracia; tras eso no le quedaba más que abdicar. Francia jamás absolvió al Duc de Raguse, condenándole a padecer el estigma de la traición y asociando su nombre a la más innoble, la que se comete contra el padre al que se debe todo. <<

[81]El incidente ha sido novelado hasta la exageración, llegando algunas versiones a narrar un diálogo *a bocina* entre Andrieux y Taillade, que concluiría con la pregunta «*qué tal está el gran hombre*», a la que contestaría el propio Napoleón con un alegre «*maravillosamente*». Lo cierto era que si *l'Inconstant* estaba disfrazado de carguero inglés difícilmente Andrieux preguntaría —en francés— por Napoleón, y si lo reconoció bajo su camuflaje habría investigado la razón de que luciera la Red Ensign.

<<

[82]«Gneisenau es el que dirige y yo el que marcha delante.» <<

[83]Hoy se llama Krobielowice (Polonia). Señorío de Silesia que Blücher compró en 1812 con dinero prestado por el rey. Blücher, que jamás fue un hombre de gran fortuna personal, aceptó el préstamo, que no regalo, a condición de poderlo devolver.

<<

[84]El concepto *cuerno de ejército* se traduce al inglés como *Army Corps*, al francés como *corps d'armée* y al alemán como *armeeekorps*, aunque su significado, en 1815, difería bastante de unos ejércitos a otros. <<

[85] Las armas de la casa de Borbón, o Bourbon, bordadas sobre un gran paño blanco.

<<

[86]Diputados de la Convención Nacional Francesa que votaron la ejecución de Louis XVI.<<

[87] *Lavadero*, pero en el ambiente de los Households Guards podría significar otras cosas, también relacionadas con la limpieza.<<

[88]«En pie, camaradas, a caballo, / al campo de batalla y a la libertad, / que sólo ahí pueden los hombres mostrar su valía.»<<

[89]Sede de la Asamblea Nacional Francesa; construido en 1728, su pórtico griego de doce columnas fue añadido en 1808.<<

[90]«¡La victoria canta con nosotros, levantemos las barreras, / la Libertad guía
nuestros pasos, y de norte a sur / las trompetas de la guerra nos anuncian que ha
llegado la hora del combate!»<<

[91]«El señor de Artois, como un león, vuela de París a Lyon, / pero el Águila, quebrando su espíritu, corre de Lyon a París. / El señor de Artois, ante el peligro, es un Aquiles de pies ligeros.»<<

[92] En el Terror, ser declarado *Hors la Loi* (fuera de la ley) significaba la guillotina.<<

[93]Ejército del Bajo Rin. Conjunto de los cuatro *armeeekorps* asentados a lo largo del curso bajo del Rin.<<

[94]El KPA contaba en 1815 con 136.000 soldados regulares; los conscriptos, que eran mayoría, permanecían tres años en filas y dos más en la reserva. Se les sumaban 164.000 miembros de la milicia territorial o *landwehr*, cuyo compromiso era por siete años; en tiempo de paz permanecían en filas cuatro semanas al año, pero en guerra se integraban con las unidades de línea.<<

[95]Se llamaba Henri-Benjamin Constant de Rebecque, aunque prefería no ser asociado a otros Constant de Rebecque, mercenarios tan suizos como él que se contrataban al mejor postor. A él, era notorio, los militares nunca le gustaron mucho.

<<

[96]A diferencia de lo que sucedía en otros sistemas europeos, la Secretaría de Estado no equivalía a un Ministerio de Asuntos Exteriores, sino a una Jefatura de Gabinete del Primer Ministro, cargo que Napoleón siempre desempeñó por sí mismo.<<

[97]Cripta de la Iglesia de los Capuchinos. En ella reposan la mayoría de los miembros de la dinastía Habsburg-Lothringen.<<

[98]Elector, o miembro del colegio electoral del Sacro Imperio Romano-Germánico.

<<

[99]Las reglas que regulan el buen uso del idioma inglés no permiten el tuteo, pero el que dos o más personas se traten por su nombre de pila viene a significar lo mismo en cuanto a cordialidad, afecto y confianza. Esta práctica es hartamente frecuente a primeros del XXI, tanto que no implica una distinción especial. En 1815 no sucedía eso; personas como Liverpool, Castlereagh y Bathurst jamás se *tutearían* en presencia de terceros a los que alguno de ellos no tratara en esa misma forma.<<

[100]La reproducción es textual. La traducción aproximada —el original estaba en francés— sería la siguiente: «París, 13 de junio. Le confieso, señora, que no siento tristeza porque mis obligaciones no me impidan ir a verla después de cenar; desde que lo hago, y cada vez que me despido de usted, me siento más profundamente impresionado por sus encantos y menos inclinado a dedicar mi atención a la política. La visitaré mañana, en el supuesto de que no haya usted salido, una vez regrese de visitar al abad Sicard y a despecho de los peligrosos efectos que visitarla ejercen sobre mí. Su muy fiel servidor, Wellington».<<

[101] Uno de los cuarenta *colleges* que componían en 1815 la Universidad de Oxford. Al ser federada su organización resultaba difícil de comprender. Su autoridad principal era el Chancellor, aunque sus funciones sólo eran representativas. El poder ejecutivo estaba en manos del Vice-Chancellor, cuyas funciones equivaldrían a las de un rector.<<

[102] Sir Hew Dalrymple era el paradigma del general inglés incompetente. Firmante del Pacto de Sintra (30 de agosto de 1808), le cupo la responsabilidad de retornar a Francia desde Lisboa el derrotado ejército del general Junot, con sus armas, sus bagajes y —lo que más indignación causó— todo lo que había rapiñado en los largos meses de 1808 durante los que ocupó y saqueó Portugal. Aunque logró superar un consejo de guerra, jamás se le volvió a confiar un mando.<<

[103] Dícese de un barco de guerra que se halla en tercera situación cuando está en condiciones de combatir, en segunda cuando permanece inactivo, aunque listo para el rearme, y en primera cuando se considera sólo válido para el desguace.<<

[104]Ejército Británico de los Países Bajos.<<

[105]British Channel Fleet, o Flota Británica del Canal. Nombre genérico entre 1690 y 1914 del conjunto de unidades que cuidaba del British Channel, o Canal de La Mancha. En 1914 pasó a llamarse Home Fleet.<<

[106]Hartwell House (Buckinghamshire, Inglaterra) era el nombre de la residencia campestre del conde de Provence, después Louis XVIII de Francia, durante la parte final de su primer exilio, entre 1809 y 1814.<<

[107]Carta Otorgada. Constitución francesa de 1814, concedida graciosamente por Louis XVIII. Partía de que la corona encarnaba la soberanía, por derecho divino. Si bien establecía la figura de una doble cámara legislativa, de diputados elegidos cada siete años y de pares nombrados por el rey, no separaba los poderes del Estado, los cuales seguían en manos del soberano.<<

[108]Señorita Batowski, en polaco. En Mittau no sólo se hablaba inglés, francés y alemán, sino el checo de los altos sirvientes y el polaco de la baja servidumbre; para ésta, Dorothea era la princesita Doda, el diminutivo popular de Dorota —Dorothea en polaco—; las doncellas preferían llamarla Dorka, que significaba lo mismo en checo. Sus crueles hermanas se servían de un despectivo Panienska Batowska, lo que no empezó a comprender hasta que ya no había un conde Batowski al que preguntar.<<

[109] Desde 1945 se llama Opocno; está a muy pocos kilómetros de Ratiborice.<<

[110] Su nombre completo prusiano era Reichenbach-im-Eulengebirge; su nombre polaco desde 1945 es Dzierzoniów.<<

[111]Se llama Pardubice desde 1945; está situada en la ribera del Elba, relativamente cerca de Ratiborice.<<

[112] Su nombre desde 1945 es Jicin.<<

[113] Era el nombre alemán, en desuso desde 1919. El nombre checo es Malá Strana.

<<

[114]Nombre alemán del castillo de Praga; es más conocido por su nombre checo, Hradcany.<<

[115] Marie-Henri Beyle; con el tiempo sería más conocido por su pseudónimo literario, Stendhal.<<

[116] Su nombre checo es Teplice; está muy cerca de la frontera de la BRD con la República Checa.<<

[117]Era su nombre alemán; el checo es Louny.<<

[118] Duquesa de Sagan, en ruso. <<

[119] Los cosacos no se organizaban con acuerdo a los usos comunes del ejército ruso. La unidad básica de su orden de batalla era la *sotnia*, que agrupaba un centenar de jinetes. Entre cuatro y seis *sotnias* componían una *soika* o regimiento. Varias *soikas* formaban un ejército (más bien una horda, o hueste), al mando del cual se hallaba un *atamán*. <<

[¹²⁰]Hoheit equivale al español Alteza; su rango precede a Durchlauchtigst Hochgeboren, o Alteza Serenísima.<<

[¹²¹]Palacio propiedad de Dorothée de Talleyrand-Périgord. Situado en Slask (Silesia), en los alrededores de Zelenia Gora (en 1815 y a caballo, a seis horas de Zagan), hoy se llama Palac w Zatoniu; se halla en ruinas desde 1945.<<

[122]La orden de los Caballeros Teutónicos se fundó en el siglo XII, para combatir en la III Cruzada. A su cabeza se hallaba un Gran Maestre —Hochmeister—; Hermann von Salza fue el cuarto de su historia. Ejerció gran influencia sobre el Kaiser Friedrich II, al punto de obtener un terreno salvaje a orillas del Báltico —entre la ribera derecha del Vístula y la Kurische Nehrung—, con derecho a fundar un Estado feudal sometido al imperio y gobernado por la Orden, una vez lo arrebatase a las tribus indígenas, lo que sería su problema, pues el Kaiser no pensaba intervenir. Tal Estado, nacido en 1230, se llamaría Preußen<<

[123]Concepto fundamental de la doctrina militar prusiana. Se traduce por «batalla capital», pero el significado real, inseparable de lo que se dio en llamar Vernichtungsstrategie —estrategia del exterminio—, va más allá de lo que expresan ambas palabras.<<

[124]No era mameluco, ni era ése su nombre. Se llamaba Louis-Étienne Saint-Denis, era de Versalles, tenía veintisiete años y llevaba nueve al servicio de Napoleón. Si dispuso que se le llamase así fue porque con él reemplazaba a su primer y verdadero mameluco, Roustam Raza, un regalo del Sheikh de El Cairo que rehusó seguirle a Elba. A eso se debió que a su regreso a París no le aceptase, otorgando su confianza al mal llamado Alí, que permaneció junto a él hasta su muerte.<<

[125]Textualmente, mi pequeño alfeñique. El significado real, dado el contexto, quizá fuera mi pequeño muñequito.<<

[126]La Orden de Bath, fundada en 1725, comprendía tres clases de miembros: el superior, GCB (Knight o Dame, caballero o dama), el intermedio, KCB o DCB (Knight o Dame Commander), y el inferior, CB (Companion o compañero).<<

[127]Se podría traducir por Webster el Intrépido. El apellido original era Webster; convertirlo en Wedderburn-Webster y después en Webster-Wedderburn fueron caprichos que en culturas no británicas resultarían inexplicables, pero en la sociedad inglesa de finales del XVII cualquiera que dispusiera de unas pocas libras podía cambiar de nombre y apellido sin dar explicaciones, y no eran pocos quienes lo hacían, como, por ejemplo, Arthur Wesley, nombre original de Sir Arthur Wellesley.

<<

[¹²⁸]A Sir Charles Broke, hijo de Sir Charles Bowes Vere Broke, se le conoce más por Vere-Broke, apellido que adoptó en 1822.<<

[129] Desde 1945 se llama valle de Jelenia Góra. El *schloss* Erdmansdorff se convirtió en la escuela pública de Myslakowice. Medio siglo después quedaba muy poco de la preciosa residencia neogótica de los condes Neidhardt von Gneisenau.<<

[130] Los generales que guerreaban por cuenta de la Convención no siempre se veían respaldados por la confianza institucional. Un total de 668 generales y coroneles fueron arrestados tras conducir operaciones desafortunadas. 62 fueron guillotinado por cobardía o traición, 100 quedaron encarcelados por tiempo indefinido, a 188 se les jubiló y 36 resultaron degradados. Los 282 restantes, tras ser exonerados, se juraron no volver a pasar por aquello, poniendo su mayor afán en salir siempre victoriosos.<<

[131] Hortense-Eugénie de Beauharnais, casada con Louis Bonaparte, fue reina de Holanda hasta que su padre adoptivo, cuñado y emperador depuso a su marido en 1810. Napoleón le conservó su título y su tratamiento —Su Majestad la Reina Hortense de Holanda—, y así la llamó siempre, pese a que Louis XVIII, presionado por el Zar Alexander, que había tomado bajo su protección a Hortense y a su madre, le otorgó el más práctico título de duquesa de Saint-Leu.<<

[132] Marie-Josèphe-Rose Tascher de la Pagerie, ex emperatriz de Francia, falleció en la Malmaison el 29 de mayo de 1814.<<

[133] *Destacado* sería un término más exacto, aunque *comisionado* es más usual, cuando menos en la jerga militar.<<

[134]Joseph-Johann von Ferraris fue un mariscal austríaco aficionado a la cartografía que recibió en 1777 un encargo del Kaiser Joseph II para levantar un mapa de los Países Bajos meridionales. El resultado fue una colección de 275 láminas a color, escala 1:11.520. Una obra de arte, aunque poco práctica. De ahí que Ferraris produjese más tarde una versión de sólo 25 láminas en escala 1:86.400. Esta versión fue explotada comercialmente, siendo Capitaine, de París, su principal impresor.<<

[¹³⁵]Gembloux en 1578, Fleurus en 1662, 1690 y 1794, Neerwinden en 1693 y 1793, Ramillies en 1706 y Malplaquet en 1709.<<

[136]Stassart entregó sus cartas; fueron leídas en una reunión de plenipotenciarios, sin más comentarios que considerar patético el estilo literario de Napoleón. Flahaut fue detenido en Stuttgart y devuelto a Francia. Saint-Leon transmitió sus mensajes a Metternich y a Talleyrand, para ser también devuelto a Francia. Montrond sí logró hablar *in extenso* con Talleyrand, aunque sólo para comprobar que no había nada que hacer. A los aliados les valía cualquier rey para Francia, menos Bonaparte.<<

[137]Seguidores de Jean Cottereau —apodado Jean Chouan, o Juan el Taciturno—, un caudillo contrarrevolucionario que encabezó en 1793, en la Alta Normandía, una sublevación muy sangrienta contra la Convención.<<

[138] Todo irá bien, todo irá bien, todo irá bien, los aristócratas a las farolas /
¡colguémosles a todos! / Y si no los colgamos los haremos pedazos y si no los
quemaremos. / No queremos más nobles ni más curas, la igualdad reinará por todas
partes / y la camarilla infernal se irá al diablo / ¡y cuando les hayamos colgado a
todos les meteremos un azadón por el culo! <<

[139]Al igual que sucedía con la bandera española, el propósito de la rusa era ser una señal de reconocimiento naval; a principios del XIX sólo era oficial en sus barcos, de guerra y mercantes; en tierra convivía con la Cruz de San Andrés.<<

[140]Masonería militar prusiana, prohibida, y por tanto clandestina, desde 1809.<<

[¹⁴¹]Blücher era famoso por arengar con una sola palabra, ¡*Vorwärts!* —¡adelante!—; cuando recibió el mando del Schlesischesarmee, dos de cuyos *armeekorps* eran rusos, aprendió a decirlo en su idioma (¡*Paschol!*).<<

[142] Su nombre sajón. Hoy es Bratislava, capital de Eslovaquia.<<

[143]El Reichs-Generalfeldmarschall austríaco Graf Radetzky von Radez en realidad era checo, lo que no le gustaba mucho; de ahí que cambiara su nombre, Jan-Josef-Václav Hrabe Radecký z Radce, por el que ha pasado a la historia.<<

[144]Aguilucho; apodo que los bonapartistas daban a quien suponían que algún día sería Napoleón II.<<

[145]No era francés de origen, pues nació en 1764, cuatro años antes de que Córcega pasase a ser una posesión francesa.<<

[146] Apodo de los que con el tiempo formarían el Partido Liberal Británico. En 1815 llevaban ocho años en la oposición.<<

[147] Apodo de las milicias borbónicas; a los que lucían la peculiar escarapela del duque de Angoulême solía llamárseles *verdets*. <<

[148]Aproximadamente, 100 hectáreas.<<

[149] Ceremonia épico-mística, muy antigua; comenzaba con una misa solemne seguida de discursos y acababa en una parada militar. En desuso desde hacía siglos, la Convención la resucitó en 1790 —la misa que celebró l'Évêque d'Autun, Prince de Talleyrand, aún se recordaba—; la de 1815, convocada para el 26 de mayo aunque aplazada al 1 de junio, tenía por objeto publicar los resultados del plebiscito, así como hacer entrar en vigor el *Acte additionnel aux constitutions d'Empire*.<<

[150] Año y medio después Sir Hudson se casaría con una hermana viuda de Sir William de Lancey, con la que tendría tres hijos.<<

[151]Escoria. Calificativo que solía usar Wellington cuando hablaba de sus soldados. Jamás se recató en afirmar que combatían por la paga, la ginebra y el saqueo, lo cual, por otra parte, no encontraba censurable. Los ejércitos de conscriptos, como el francés y el prusiano, eran, a su entender, más difíciles de conducir por el buen camino, el de dejarse matar sin protestar.<<

[152]General era un rango equivalente al de teniente general de los Reales Ejércitos. Eso haría de Álava el subordinado de mayor rango a las órdenes de Wellington, pues incluso Hill era Lieutenant-General, equivalente a un mariscal español.<<

[153]Hessen-Kassel, Mecklenburg-Schwerin/Strelitz, SachsenWeimar-Eisenach, Oldenburg, Sachsen-Gotha, Anhalt-Bernburg/ Dessau, Schaumburg-Lippe, Anhalt-Kothen, Schwarzburg-Rudolstädt/Sondershausen, Waldeck y Lippe.<<

[154] Enviar a Jülich y Aachen los enfermos del IV Armeekorps y los hospitalizados al cargo de la Kommandantur de Lieja, comunicar a ésta que dejara de servirse de la ruta Huy-Namur para comunicarse con el cuartel general del Fürst Blücher, por el riesgo de que cayera en manos del enemigo, y que utilizara la vieja calzada romana, por Ramillies y Gembloux.<<

[155] Dos siglos después es un colegio. Algunos historiadores lo confunden con el otro palacio de los condes de Caraman-Chimay, el situado en Chimay, 22 kilómetros al sur; éste, dos siglos después, sigue siendo la residencia de los príncipes de Chimay.<<

Notas Allegro Molto Vivace

[156] Los quince municipios que en 1815 rodeaban Charleroi —en seis de ellos, Lodelinsart, Goutroux, Montignies, Gosselies, Ransat y Gilly, tuvieron lugar violentos combates—, desde 1977 son barrios de la ciudad (del Gran Charleroi). <<

[157] Las copias originales de las doce órdenes (para Dörnberg, Uxbridge, Cooke, Alten, Colville, Picton, Brunswick, Kruse, Wincke, Hill, Oranje y Drummond) oficialmente se perdieron el día 18 de junio, junto con el resto de los documentos de Sir William de Lancey. Las que figuran en los archivos del duque de Wellington, bajo el nombre de Wellington's Dispatches, son copias, algunas de fiabilidad no garantizada, de los originales enviados a sus destinatarios y conservados por éstos.<<

[158]The Beau significaba El Bello, en alusión irónica a lo mucho que se atildaba el Lord y a la excelente opinión que tenía de su aspecto; de ahí que fuera un apodo reservado a los que le trataban de cerca. Old Attie se podría traducir por «el viejo Arturito», Hookie por Ganchote y Nosey por Narizotas, motes todos ellos propios de la peculiar agudeza mental de la tropa.<<

[159] La apreciación de Lefebvre-Desnoëttes no era exacta, ya que se había enfrentado a unidades del 2.º Regimiento de Infantería del VKN, cuyos nuevos uniformes se parecían a los *nassauers*, aunque también era cierto que la mitad de los efectivos de la 2.ª Brigada (cuatro regimientos) procedían del contingente de Nassau. Los otros cuatro de sus ocho regimientos, al mando del Generalmajor von Kruse, eran los que permanecían a las órdenes directas del duque de Wellington.<<

[160]Era su sobrenombre oficioso (Montañeses del Clan Gordon) desde su creación en 1794. Pasó a serlo de forma oficial a raíz de su fusión con el 75.º de Infantería, en el año 1855.<<

[160]The Girl I left behind me, un título tradicional de la música militar británica de finales del XVIII y principios del XIX.<<

[162] Versión Año XIII (de 23 de septiembre de 1804 a 22 de septiembre de 1805); los submodelos del mosquete 1777 más extendidos en la Grandé Armée y en sus aliados equipados con material francés fueron los correspondientes a los años IX y XIII.<<

[163]El comandante de un ejército británico en 1815 tenía derecho a cuatro ADC a sueldo del British Army y hasta cuatro más pagados de su bolsillo. Los de Wellington eran los tenientes coroneles Canning, Fremantle y Gordon, el major Percy, el capitán Hill, los tenientes Cathcart y Lennox, y el príncipe-coronel Nassau-Usingen.<<

[164]Caballo de procedencia preferiblemente irlandesa, entrenado para cazar zorros; podía ser o no un purasangre, pues lo que contaba era su resistencia, su habilidad para saltar y su capacidad para esquivar obstáculos a gran velocidad.<<

[165] Rey Alegre. Apodo que sus súbditos del reino de Westfalia daban al rey Jérôme Bonaparte, quien siempre se manifestó en contra de aburrirse con las pesadas obligaciones administrativas inherentes a toda corona que se precie.<<

[166]Calavera. En las campañas de 1813, 1814 y 1815 proliferaron las unidades alemanas que lucían ese distintivo. Las más notorias fueron los regimientos Braunschweig 17.º (húsares) y 92.º (infantería), los prusianos de húsares 1.º y 2.º, y los *jägers* y ulanos del Freikorps Lützow (cuerpo irregular de voluntarios), aunque hubo algunos más.<<

[167] Este documento, conocido por De Lancey Disposition, se ha perdido; algunos historiadores sostienen que fue copiado por el Major De Lacey Evans, ADC del Major-General Ponsonby, pero no se ha podido demostrar. Es posible que alguna copia escrita por el propio coronel De Lancey se halle en los archivos del general Álava.<<

[168]En una formación naval en línea de fila, el barco que precede al observador es el matalote de proa —en la jerga de la época— y el que le sigue es el de popa; el primer buque de la fila es el matalote de más a proa y el último el de más a popa.<<

[169] Sobrenombre muy despectivo que los soldados franceses daban a la infantería escocesa, a causa de sus *kilts*. <<

[170]El Coldstream Regiment of Foot Guards (Regimiento de Infantería Coldstream, de la Guardia Real) era la unidad más antigua del British Army. Debe su sobrenombre al pueblo de Coldstream, donde fue fundado el año 1650.<<

[171]Cada una de las dos constaba de cuatro regimientos (dos batallones cada uno) de infantería ligera; dos eran de *voltigeurs* y dos de *tirailleurs*; componían el total de lo que se conocía por Jeune Garde (Guardia Joven) y totalizaban seis mil cuatrocientos hombres.<<

[172] ¡Adelante! ¡Derechos a ellos! <<

[173] Husaren Regiment von Pommern, o Regimiento de Húsares de Pomerania.<<

[174] Gracias a eso se sabe de la reunión y se conocen las palabras de Wellington, las cuales han sido noveladas hasta la exageración, contribuyendo a componer —en paralelo con otras muchas anécdotas— la delirante iconografía de Waterloo.<<

[175] Lord Uxbridge llegó a contar con catorce hijos legítimos, ocho de su primer matrimonio y seis del segundo.<<

[176] La Belle Alliance no debe su nombre a gesta militar alguna, sino al matrimonio de su fundador y una bella sirvienta, lo que sucedió a mediados del XVIII, mucho antes de que pudiese asociarse con el Fürst Blücher y el Duke of Wellington.<<

[177] *I quite agree, o De acuerdo.* <<

[178] *they will run aground* en ortodoxo inglés naval; era un expresión válida para señalar que un navío estaba pronto a desencuadernarse sobre una playa, pero impropia de la infantería; el general Álava era muy aficionado a servirse de jergas inadecuadas que provocaban efectos hilarantes, dominando a la perfección, cosa muy rara en alguien que no tenía el inglés por lengua materna, lo que los humoristas británicos llamarían, lustros después, pausa en el juicio mental.<<

[179]Munición de artillería británica, en 1815 aún experimental; consistía en un bote de metralla que se disparaba por medio de una pieza de seis libras. Llevaba en su interior, rodeado de una buena cantidad de balas de mosquete, una carga de pólvora que hacía explosión a entre quinientos y mil metros de la boca de fuego, provocando la dispersión de las balas en todas direcciones y causando la devastación en un área de unos cien metros cuadrados. No era precisa, pero cuando acertaba sobre una compañía —cosa no usual— la destrozaba. Llevaba el nombre de su inventor, el genial Major-General Sir Henry Shrapnel.<<

[180] Un año después, en mayo de 1816, se casó con una prima suya, la princesa Ida von Sachsen-Meiningen, con la que tuvo tres hijos y a la que sobrevivió diez años. Pese a lo feliz que fue con ella, hacia el fin de sus días dijo a una de sus amigas más íntimas que nunca olvidó a la desconocida de ojos negros, quizá española, cuyo nombre jamás pudo saber.<<

[181]A diferencia de sus iguales en el mariscalato, Emmanuel de Grouchy era un verdadero aristócrata, de los de antes de 1789. Sus modales y su cortesía no tenían nada que ver con los usuales de los mariscales y generales franceses de 1815.<<

[182] *Der Heldenjungfrau zum Gedächtnis*, En Memoria de la Heroína Virgen, es la dedicatoria que aún se puede leer en el monumento a su memoria que se conserva en el cementerio viejo de Potsdam.<<

[183] Comandantes de la 3.^a y la 5.^a Divisiones de Caballería.<<

[184]Se podría traducir por «guardia Real»; en la tradición militar británica no había una unidad cuya misión específica fuera permanecer junto al monarca; de ahí que la Household Brigade fuese despachada al continente igual que cualquier otra.<<

[185]La caballería pesada británica constaba de dragones; la francesa, de dragones, coraceros y carabineros; los segundos no tenían equivalente en las ordenanzas británicas; en la prusiana sí, pero no participaron en la campaña de 1815. Los dragones franceses montaban caballos más ligeros que los británicos, menos sólidos y peor entrenados —no los había mejores en junio de 1815—, aunque los jinetes solían ser muy corpulentos, al punto que usaban sables más largos y pesados que los de sus colegas ingleses.<<

[186] La 2.^a y la 3.^a del I Corps d'Armée, mandadas por los generales Donzelot y Binet de Marcognet.<<

[187]Llevaba ese nombre por componerse de un regimiento inglés (1.º Royal Dragoons), otro escocés (2.ª Royal North British Dragoons, o Scots Greys) y un tercero irlandés (6.º Enniskilling Dragoons).<<

[188] Sus artilleros acababan de matar al general Desvaux de Saint-Maurice, jefe de la reserva de artillería de la Garde Impériale.<<

[189]Se podría traducir por la «Guardia Negra».<<

[190] Un tipo de munición más conocido por su nombre británico, canister.<<

[191]Clavar un cañón era introducir a martillazos un clavo muy grueso en el canal de fuego, el conducto por donde se vierte la pólvora que, una vez incendiada, llevará la ignición a la recámara, dando lugar al disparo. Un clavo introducido en esa forma era imposible de extraer sobre la marcha, de modo que la pieza quedaba inutilizada. Tampoco era fácil repararla después, ya que el canal de fuego solía quedar tan ensanchado que el cañón podría reventar si se intentase hacerlo disparar.<<

[192] Los *grenadiers-à-cheval* eran a los dragones lo que los *chasseurs-à-cheval* a los húsares. Sus uniformes eran más vistosos y sus monturas más selectas, y en general eran tropas de caballería más expertas, pero ahí acababan las diferencias.<<

[193] Literalmente, grupo de tenedor.<<

[194]«¡Los Prusianos! ¡Nos han traicionado! ¡Sálvese quien pueda!»<<

[195]«¡Ahora, Maitland! ¡Es su momento!»<<

[196] Sus uniformes negros estaban respunteados en rojo y los botones eran dorados, aunque no por diseño, sino porque los hilos rojos y los botones cobrizos eran los que tenían más a mano los sacrificados cortadores y las abnegadas costureras que los cosieron. Los tres colores del Freikorps Lützow, años después, fueron el origen de la actual bandera alemana.<<

[197] Expresión coloquial británica —no ha caído en desuso—; literalmente significa dentro por un penique, dentro por una libra, pero su verdadero significado equivaldría más exactamente al castizo *de perdidos, al río*. <<

[198] Sin prisioneros.<<

[199]El tono nominado vulgarmente azul Prusia —Preußische Blau— data del XVIII, de cuando los uniformes prusianos comenzaron a teñirse con un pigmento indegradable por el agua descubierto por el químico Heinrich Diesbach; lo curioso fue que Diesbach pretendía crear un tinte rojo, como el de la infantería británica; nunca supo explicarse por qué le salió azul.<<

[200]En la campaña de 1815 sólo unas pocas unidades *d'élite* equipaban el Baker, tan caro que a lo largo de sus treinta y ocho años de vida sólo se fabricaron veintidós mil —del Brown Bess se hicieron millones—; esas unidades fueron el 23.º y el 95.º Foot, los batallones 1.º y 2.º de infantería ligera de la KGL y el 10.º Light Dragoons.<<

[201]«Por Dios, señor, he perdido la pierna». «Por Dios, señor, así es». La traducción no es literal, pero es la que más se aproxima en cuanto a sentido. El incidente ha sido novelado hasta el disparate; los hagiógrafos de Wellington cargan las tintas en la humanidad del duque, reflejada en sostener al jefe de su caballería para que no se caiga del caballo, mientras que sus detractores remarcan su estólida frialdad. Los imparciales hacen ver que dos caballeros ejemplares, como eran ambos, de ningún modo se descompondrían ante un incidente normal en cualquier batalla. Por lo demás, Wellington y Uxbridge sobrevivieron muchos años a Waterloo y, aunque nunca llegaron a ser amigos, siempre se llevaron bien.<<

[202] Meses después la prensa francesa comenzó a preguntarle si Cambronne había dicho eso que le achacaban, «*La Garde meurt mais ne se rend pas*», o si por el contrario había exclamado un mucho más lógico «*merde!*», a lo cual siempre respondió lo mismo, que no sabía nada de aquello y que ni se le ocurrió preguntar al cuadro de *chasseurs-à-pied* si tenían o no ganas de rendirse, no ya porque su aspecto era de no tener intención, sino porque a la distancia en que se hallaban ni le habrían oído ni a él le habría llegado la hipotética respuesta. Pese a eso, «*Merde*» será eternamente «*le mot de Cambronne*». <<

[203]«¡Soldados! ¡Hoy hemos demostrado cómo vence un ejército prusiano! ¡Ahora vamos a demostrar como aniquilamos!»<<

[204]«¡Izad bien altas las Banderas Negras! ¡¡Sin compasión!! ¡¡¡Sin prisioneros!!!»<<

[205]«¡Aplastadlos hasta la muerte, que el día del Juicio Final nadie os lo reprochará!»<<

[206]La Jean de Nivelles de dos siglos después se llama Museo Wellington y se conserva como estaba el 18 de junio de 1815, salvo el recibidor, transformado en librería, caja y tienda de souvenirs.<<

[207] Término intraducible, al menos de un modo literal. Tomando las debidas distancias, y pensando en lo que Gneisenau pretendía decir, podría expresarse como «La madre de todas las batidas al ojeo», lo que desde luego no causaría el mismo efecto.<<

[208]La batalla de Fehrbellin (28 de junio de 1675) pasa por ser la cuna del ejército prusiano, y por extensión del alemán.<<

[209]Una traducción aproximada, por el sentido más que por las palabras, sería: «Señor, te adoramos, Señor, te damos gracias. Dios Padre eterno, te honramos y acatamos tu divinidad. Padre de los Cielos, manifiéstate a nosotros a través de Cristo, tu hijo, para que podamos implorarte que nos des la paz, nos libres del sufrimiento y nos des de comer». <<

[210]Cruz de Hierro. Es una orden —conjunto de condecoraciones que siguen un grado— fundada por Friedrich-Wilhelm III en marzo de 1813. Se concede en tiempos de guerra; a eso se debe que sólo existan cuatro, las de 1813, 1870, 1914 y 1939. Se otorga por méritos en combate, tanto a la oficialidad como a la tropa; fue la primera condecoración prusiana de índole popular, no restringida a la nobleza; a eso se debía que fuera la más valorada por los generales y oficiales *reformadores*.<<

[211] Moneda usada en Prusia y en otros estados. En 1815 la más corriente (había varias) contenía 22,2 gramos de plata.<<

[²¹²]Batalla de Kulm-Nollenforf, 29-30 de agosto de 1813.<<

[213] De la boca del caballo. Expresión coloquial británica, nacida en los hipódromos aunque válida para cualquier contexto.<<

[214]Correr la baqueta.<<

[215] Los tenientes coroneles Sir John Fremantle (Coldstream Guards), Sir Charles Canning (3.º Foot Guards) y Sir Alexander Gordon (también del 3.º Foot Guards), y el mayor Percy; los otros tres eran el capitán Sir Arthur Hill (por entonces aún no tenía plaza en propiedad) y los tenientes Sir George Lennox (9.º Light Dragoons) y Sir George Cathcart (6.º Dragoon Guards).<<

[216]El I ejército ruso lo formaban seis cuerpos de infantería, uno de caballería y otro de artillería, totalizando ciento sesenta mil hombres; el II (reserva del I) lo integraban cuatro cuerpos de infantería y uno de caballería, sumando cuarenta mil más.<<

[217]La finca ocupa 1.083 hectáreas y se asienta en los distritos de Nivelles, Thines, Obaix, Frasnes, Baisy y Genappe. Procede de la expropiación en 1795 al Capítulo de Sainte Gertrude de Nivelles, a la abadía de Affligem y a la Orden de Malta. Mientras exista un descendiente varón del primer duque de Wellington los aparceros que la explotan seguirán pagándole una considerable renta anual. El día que deje de haber tal descendiente —las hembras no valen— el Estado belga recuperará la propiedad.

<<

[218]La reputación mundana del Prinz August, que superaba en mucho a la guerrera, se había incrementado de un modo escandaloso a raíz de asociársele con la más joven de las Gracias del Directorio, la bellísima Juliette de Récamier, la misma por la cual, según decía el escandalizado Von der Goltz, embajador en el París de Louis XVIII, bebía los vientos el mismísimo duque de Wellington, que no debía ser tan de piedra como se comentaba.<<

[219]Granada (19) de Brumario y Morera (9) de Termidor. En el calendario republicano francés, los días (de diez horas) no tenían un número, sino el nombre de una flor. El efecto era sin duda bucólico (dos siglos después se diría ecológico), pero la ciudadanía, que siempre tuvo problemas para situar los meses en su sitio, jamás consiguió prescindir de los días numerados.<<

[220]Se firmó los días 2 y 3 de abril de 1559, entre los representantes de Elizabeth I de Inglaterra, Henri II de Francia y Felipe II de España. Desde un punto de vista histórico señala el punto de máxima influencia en Europa de la corona española.<<

[221]El edificio, también conocido como Palais Fénelon, hoy alberga el Museo Matisse de Le Cateau-Cambrésis. Pese a la despiadada reconstrucción a que fue sometido entre 1982 y 2002, aún es moderadamente reconocible.<<

[222] En alemán era, y es, Karlsbad. Hoy, en checo, se llama Karlovy Vary.<<

[223] Viejo Caballo de Guerra; uno de los muchos apodos del Fürst Blücher.<<

[224] ¡A París! <<

[225]Orden del Águila Negra. En 1815 era la más alta condecoración de las que concedía el Reino de Prusia.<<

[226]Terror Blanco. Término histórico francés, algo impreciso; corresponde al período comprendido entre el 23 de junio de 1815, día en que una turba incontrolada masacró en Marsella un cierto número de mamelucos que habían servido en la Guardia Imperial, y el 5 de septiembre de 1816, fecha en la que Louis XVIII disolvió las cámaras elegidas el 22 de agosto de 1815.<<

[227] El Vicio apoyado en el brazo del Crimen.<<

Notas Adagio Lamentoso

[228] La mejor traducción, aunque no sea literal, es «paso de la oca». <<

[229]Leopold I, Furst von Anhalt-Dessau, 1676-1747.<<

[230]Cruz del Mérito con Hojas de Roble; Gneisenau recibió la Pour-le-Merit en 1807 y las Eichenlaub en 1814.<<

[231]Cruz de la Orden del Águila Negra.<<

[232] *Caída en el Camino del Calvario, La Virgen del Pez, Sagrada Familia («la Perla»), La Visitación y Agnus Dei.* <<

[233]El retrato, de medio cuerpo, acabó siendo pintado en 1816; está en poder de la familia Esquivel.<<

[234]El lugar, años después, se llamaría Barrière de Grenelle. Era una de las puertas del muro que por entonces circundaba París (dos siglos después sería el 61 del Boulevard de Grenelle, XV Arrondissement). Era un lugar donde se fusilaba mucha gente. Allí, por ejemplo, fueron pasados por las armas Armand de Chateaubriand, en 1809, y los generales Malet, Lahorie y Guidal (y quince más), tras el golpe de Estado del 23 de octubre de 1812.<<

[235] ¡Aquí es donde debéis apuntar! <<

[236]Alsace y Lorraine (Alsacia y Lorena) en alemán.<<

[237]«Mi querido Nicolás, Dios se ha muerto, el pecado no existe y todo está permitido.»<<

[238]La boda no llegó a tener lugar, pues Sir Henry falleció en 1817 sin llegar a recuperarse. La desconsolada Lady Mary se casaría ya treintona con Sir Charles Fitz-Roy, seis años más joven que ella, con quien tendría cuatro hijos.<<

[239]«Se respetarán las personas y las propiedades particulares. Los habitantes y, en general, todos los individuos que se encuentren en la capital continuarán disfrutando de sus derechos y libertades, sin poder ser molestados ni investigados en nada relacionado con las funciones que desempeñan o hayan desempeñado, en su conducta o en sus opiniones públicas».<<

[240]La carta, que se conserva en inglés y en francés —Wellington escribió dos copias —, explica que la razón del artículo XII era proteger a los ciudadanos de los ejércitos aliados, pero no del gobierno francés que se pudiera crear una vez restablecida la paz.

<<

[241]En realidad eran cuatro, cada uno suscrito entre Francia y una de las potencias aliadas (Austria, Inglaterra, Rusia y Prusia).<<

[242]El caso se archivó en la Curia Eclesiástica de Granada; el atestado describía lo averiguado por una comisión de cinco autoridades (dos cirujanos, dos médicos y una comadrona); su informe se concretaba en que «Descubriánse baxo la región hipogástrica dos labios unidos en la parte superior al monte de venus y en la inferior al perineo. Separados los labios no se hallaron ninfas ni clítoris; en el sitio que debía ocupar este, se manifestó el conducto urinario, por donde salía ese liquido. Dos lineas mas abajo no se hallo el orificio externo de la vagina; en su lugar había un perfecto pene demarcado su balano en la parte superior por una linea membranosa que lo circunscribía, y terminaba con el ureter por donde deponía mensualmente desde los 14 o 15 años una cierta cantidad de sangre, expeliendo por el mismo conducto un liquido seminal cuando experimentaba una erección o estímulos venéreos. El pene carecía de prepucio; cuando se observó tendría pulgada y media de longitud, y en su erección aseguro la sor llegar a tres pulgadas. En su base se encontraron dos eminencias colaterales redondas y pequeñas en forma de testículos, cubiertos por el mismo velo que interiormente cubre las partes carnosas de los labios».<<

Notas Coda

[243]El MGO, a primeros del XIX, era responsable de la artillería, los ingenieros, las fortificaciones, la intendencia, los suministros, los transportes, las municiones, los hospitales y, en general, de todo lo que no fuera infantería y caballería. Tenía el rango de un ministro y no estaba a las órdenes del comandante supremo del British Army.

<<

[244]Siborne construyó dos maquetas; ambas fueron adquiridas por el British Army tras la muerte de Wellington. La mayor se exhibe en el National Army Museum; la menor, que también es la más moderna, está en el Royal Armouries Museum.<<

[²⁴⁵]Dibisch/Diebitsch murió de cólera el 10 de junio de 1831, poco después de vencer en Ostroleka (el 26 de mayo).<<

[246]El título español más aceptado —no el único— es *De la Guerra*.<<

[247]A lo largo de su vida Dorothea von Biron se sirvió de cinco títulos: Prinzessin von Kurland, Comtesse de Périgord, Duchessa de Dino, Duchesse de Talleyrand y Herzogin von Zahán, lo que dio lugar a confusiones con su hermana Wilhelmine, anterior duquesa de Sagan (formas francesa y alemana del ducado de Zahán). A los efectos de Dorothea, sin embargo, el título con el que más frecuentemente se la cita es duquesa de Dino, a menudo de un modo impropio, pues no lo fue legalmente hasta diciembre de 1817 y dejó de serlo en mayo de 1838, cuando lo traspasó a su segundo hijo.<<

[248]Es la antecesora de la que dos siglos después se conoce por Cruz Laureada de San Fernando.<<